[TRATADO SOBRE LOS SALMOS.]

ADVERTENCIA AL TRATADO DE HILARIO SOBRE LOS SALMOS.

I. A las Sagradas Escrituras les debemos tal reverencia que consideramos que las obras que a ellas se refieren deben ser preferidas a otras. Por lo tanto, manteniendo el orden de las materias más que el de los tiempos, colocamos en primer lugar las exposiciones de los salmos: y lo hacemos con mayor gusto, porque ordenadas de esta manera, serán de no poco auxilio para quienes lean a Hilario. Pues cuando las difíciles sentencias de él se expresan aquí de manera más clara, o se mezclan con otras más evidentes, esperamos que, leídas sin tedio, se comprendan más fácilmente y que el ánimo del lector avance desde allí más preparado e instruido para entender los libros más oscuros sobre la Trinidad.

II. Es evidente que estos libros son posteriores a aquellas exposiciones, como se desprende del Tratado del Salmo LXVII, n. 15, donde, después de relatar los comentarios de Fotino, Sabelio y Arrio, Hilario añade: "A los cuales, como espero, se ha respondido más ampliamente y con mayor detalle en otros lugares". ¿Quién negaría que aquí se indican los libros sobre la Trinidad? Así también en el Salmo LIII, n. 8, se cuida con tanta precaución del error de Apolinar, quien ideó que Cristo asumió carne sin alma, que queda claro que esta herejía ya no pasaba desapercibida. Sin embargo, Apolinar nunca fue sospechoso de herejía antes del año 360. No obstante, no se puede negar que la misma idea fue concebida antes por los arrianos, antes de que Apolinar la defendiera. Sin embargo, concluimos que estos Comentarios fueron escritos después del año 360. Primero, son posteriores a los libros sobre la Trinidad: por lo tanto, no fueron publicados antes del exilio de Hilario. Además, en ellos hay un gran silencio sobre el nombre arriano, sin ninguna disputa contra esta secta, sin controversia alguna: de donde se puede deducir que los escribió para los católicos, no para los arrianos; y por lo tanto, cuando ya había regresado a los suyos, completamente católicos, no cuando estaba exiliado entre los asiáticos, casi todos arrianos. Finalmente, dado que desde su regreso a las Galias hasta el conflicto con Auxencio, es decir, desde el año 360 al 364, casi no tuvo tiempo libre; queda que en los últimos años de su vida, que fueron más pacíficos en su iglesia, llevó a cabo esta obra excelente. Y ciertamente no refleja a un maestro novato, sino a un anciano muy instruido, versado en tratar y explicar lo que concierne a la fe en la encarnación de Cristo.

III. De esta obra no solo hace mención Casiodoro en el prefacio del Salterio c. 12, sino que también alaba su prólogo en la exposición del salmo VI. Asimismo, el autor del comentario sobre los salmos, publicado bajo el nombre de Jerónimo, elogia el Tratado del salmo LVII. El mismo Jerónimo, en la carta CXLII a Marcela, menciona las exposiciones de los salmos CXXVI y CXXVII como obras indudables de Hilario. Agustín, queriendo defender la causa de la Iglesia contra los pelagianos con la autoridad de Hilario, cita varios testimonios de diversos Tratados, a saber, sobre los salmos I, LI, CXVIII, lit. 3, lit. 15, lit. 22, los cuales no dudó en anotar en sus respectivos lugares. Hincmaro, siguiendo su ejemplo, reúne numerosos extractos de catorce diferentes Tratados en un solo capítulo 25, del libro sobre la Predestinación.

IV. Puede cuestionarse si Hilario expuso todos los salmos. Cassiodoro, en su libro sobre la Institución de las letras divinas, indica que él trató algunos. Cuando Jerónimo publicó su libro sobre escritores eclesiásticos, solo había visto los Tratados sobre los salmos I y II, y del LI al LXII, y del CXVIII hasta el final. A estos, en el códice Regio y en algunos manuscritos antiguos, se añaden otros siete (es decir, desde el salmo LXII al 69), sobre cuya autenticidad

nunca se ha permitido dudar a nadie. En efecto, su concordancia con los demás es tan grande, su conexión tan estrecha, que claramente se revelan como obra de un mismo autor. Ciertamente, en el salmo LXV, n. 1, lo que se trató en el prólogo n. 20, y en el salmo LXVII, n. 15, lo que se discutió más ampliamente en los libros sobre la Trinidad, y lo que se expuso al comentar el salmo LIX, n. 2, se recuerda en el salmo LXVIII, n. 1. Además, al inicio de este siglo, se publicaron tratados sobre los salmos XIII y XIV, extraídos de un antiguo códice de San Maximino de Miciaco. Tampoco faltan, según el testimonio de Sixto de Siena, quienes afirman que Hilario escribió Tratados sobre todo el cuerpo del Salterio, y que dicha obra completa existe en España. Si existe allí o no, la credibilidad recae en los autores: pero hay muchos argumentos que apoyan que él expuso todos los salmos.

V. En primer lugar, en el salmo CXLII, n. 2, indica claramente que ha tratado sobre el tercero. Lo mismo sugiere, aunque de manera un poco más oscura, sobre el trigésimo séptimo en el salmo LXIX, n. 1. Sin embargo, sus palabras son claras respecto al cuadragésimo cuarto en el salmo LIX, n. 2. Así también, por sus palabras en el salmo CXLIX, n. 2, apenas puede dudarse de que haya comentado los salmos 95 y 97. Finalmente, en el salmo CL, n. 1, declara que ha explicado tanto el quincuagésimo como el centésimo. De lo cual se concluye que Hilario expuso los salmos III, XXXVII, XLIV, L, XCV, XCVII y C, aunque actualmente no tengamos nada sobre ellos. En verdad, apenas se encuentra razón alguna para no considerar que comentó todo el salterio, quien explicó tantos salmos tan distantes entre sí, sin haber dado nunca una advertencia previa sobre por qué trata uno en lugar de otro.

VI. No mucho menos significativo es el argumento que proporcionan aquellos pasajes en los que Hilario recuerda haber tratado frecuentemente ciertos temas, de los cuales no hay mención en los tratados anteriores que aún existen. Pues bien, en el salmo LII, n. 18, recuerda haber dicho a menudo que Jesús es el salvador, aunque esto no se había oído antes, salvo en esa parte del tratado del salmo XIII que ahora se publica por primera vez. Nuevamente, en el salmo LIV, n. 2, confiesa haber advertido frecuentemente que, al comprender los salmos, debíamos moderar nuestro entendimiento para recordar a Cristo como Dios y hombre al mismo tiempo, aunque esta advertencia no se había escuchado antes. Y para reunir más ejemplos, en el salmo LVII, n. 4, menciona que había hablado frecuentemente sobre los dientes de los pecadores y las muelas de los leones, y poco después, que había mostrado frecuentemente que la severidad del juicio de Dios se significaba en el arca de Dios; asimismo, en el salmo LX, n. 4, que en los salmos anteriores se había tratado sobre la protección de la misericordia significada bajo el velo de las alas; y finalmente, en el salmo LXII, n. 7, recuerda haber enseñado frecuentemente que en la elevación de las manos no se indicaba una postura de oración, sino una señal de obra excelsa. Sin embargo, en los tratados anteriores solo se menciona una vez sobre los dientes de los pecadores, y la significación de las alas no se explica con frecuencia; si es que puede decirse que se explica, ya que sobre este asunto apenas se toca en el salmo LVI, n. 4, y sobre los demás hay un absoluto silencio. Pero este silencio clama que muchos de los tratados de Hilario sobre los salmos o aún están ocultos, o incluso han desaparecido.

VII. De este deseo estaba antiguamente poseído Tomás de Sarazena. Por lo tanto, escribiendo una carta aún no publicada a Nicolás Nicoli, dice: "En el monasterio de Pomposa, que se encuentra entre los confines del territorio de Rávena y Ferrara, encontré a Hilario de Poitiers sobre algunos salmos. Una obra ciertamente muy elegante tanto por la gravedad de sus sentencias como por su estilo de expresión. Creo que la tienes. Sin embargo, hubiera deseado que ese volumen hubiera pasado por tus manos y haber visto si se contienen más cosas en el otro." Con el mismo deseo ardiente, hemos examinado bibliotecas de ultramar y de más allá

de los Alpes, aunque con poco, pero no nulo, fruto. Pues aunque son muy raros los ejemplares manuscritos de esta obra, se nos ha permitido extraer de la biblioteca Vaticana aquellos que hasta ahora habían permanecido ocultos sobre los salmos IX, XIII y CXI. De donde nuestra conjetura, a saber, que todos los salmos fueron expuestos por Hilario, se confirma cada vez más. A esto favorece Fortunato, cuando dice de él (lib. I, n. 11), "Reveló con lenguaje elevado los escritos del cántico davídico (más expresamente el ms. Compend. libro de los salmos) uno por uno."

VIII. Al exponer esto, evitó dos extremos. No aprobó a aquellos que en los salmos no perciben nada más que la letra, ni a quienes quieren referir todo a Cristo. Aunque alaba la piedad de estos últimos, reconoce que para mantener esa postura a menudo se debe forzar la verdad; ya que en los salmos a veces se anuncia la fe y la vocación de las naciones, a veces se reprenden los pecados del pueblo judío o se proclama la venganza; en ocasiones se nos instruye para el temor, en otras para la alabanza y confesión de Dios. Sin embargo, enseña que estas cosas, que representan algo distinto de Cristo, deben ser cuidadosamente discernidas; y también advierte que en lo que se refiere a Él, se debe prestar atención a lo que fue profetizado sobre el nacimiento de la divinidad de Cristo, que es de parte del Padre, cuando se trata de la persona del hombre que asumió, donde se proclama la operación, pasión y resurrección. No niega, sin embargo, que todas las palabras de los salmos están dirigidas a que seamos formados, progresemos y seamos adquiridos por Cristo; y hasta ese punto, todo se refiere a Cristo. De este modo, concede que todo lo que está escrito en los salmos (en el salmo CLVII n. 1) pertenece a Cristo, aunque muchas cosas deban referirse a la persona de los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires de la primera generación y de la generación siguiente (es decir, de la sinagoga y de la Iglesia); sin embargo, todo es de Cristo, porque toda la doctrina de los salmos tiene como fin que Él sea conocido, en quien y por quien son todas las cosas. Pero a aquellos que aman la letra, de ninguna manera les niega, incluso cuando parece negarlo, la verdad de las cosas que se enuncian en los salmos: solo sostiene que no se debe quedar atrapado en esta simple comprensión.

IX. Sin duda, habiendo absorbido profundamente la doctrina de los apóstoles, que enseñaron que todo lo antiguo ocurrió en figura, no dudaba en absoluto de que lo que está escrito o realizado en la ley fueran prefiguraciones de los tiempos evangélicos. Así lo expresa especialmente sobre los salmos en el salmo CXLII, n. 1: No reconocemos nada en los salmos que no sea profético. Por lo tanto, al autor de estos, a quien observa frecuentemente mencionar los eventos futuros como si ya hubieran ocurrido debido a la certeza de la profecía, suele llamarlo simplemente profeta por una especie de antonomasia. También lo llama en otras ocasiones hombre evangélico; no solo porque observó diligentemente los preceptos evangélicos, sino también porque sus palabras y acciones fueron profecías de lo que sucedería en los tiempos evangélicos. Así, en el prólogo, afirma que el libro de los salmos no fue escrito por una sola persona, aunque en el salmo CL, n. 1 (por la costumbre prevaleciente, si no me equivoco, de atribuirlo a David), lo considera como la obra de un solo profeta. Por lo tanto, dice, dado que el volumen está compuesto con un sentido de inteligencia superior más allá de la opinión literal, era necesario concluirlo con un final digno, para que, según la gloriosa perfección de nuestra esperanza, el libro de tan gran profeta también se completara. Incluso en aquellos salmos que, según las reglas establecidas por él mismo, presentan a otro autor, a veces considera a David como si hablara en ellos. Convencido de que aquel gran rey prefiguró todas las palabras y acciones del Señor con la fidelidad de un siervo y el ejemplo de un profeta, a menudo modera el discurso entre él y Cristo, de modo que lo que concede y narra como verdaderamente realizado en David, para que a través de la acción del profeta el sentido y el discurso de la profecía se hagan conocidos, quiere que se

refiera a la comprensión de los misterios de Cristo: cuando, dice, el profeta no profetizó tanto por el espíritu como por las pasiones.

X. Tampoco se le escapa que esa doble manera de entender una misma expresión no agradará a todos; ni faltarán quienes piensen que él, por la múltiple inteligencia del ingenio humano, podría estar forzando el sentido de la verdad; de modo que lo que se ha dicho en la persona de David, se transfiera al Señor y Salvador nuestro mediante sutiles traslaciones de múltiples maneras. Pero, anticipándose a esto, muestra que no sin la voluntad de Dios ha sucedido que, cuando Cristo es profetizado en los salmos, y en aquellos que son sobre Él, diga muchas cosas como hombre, que podrían aplicarse a otros hombres; sin embargo, entremezcla algunas palabras que no convendrían a nadie, sino a quien gozara de la naturaleza divina. Nunca, en verdad, dice en el salmo CXLI, n. 3, la profecía de los salmos, siempre que se pronuncia desde la persona del Señor, no añade algo peculiar de Él, que no pueda ser común con otros. Y no solo cuando Cristo, sino también cuando otras cosas son preanunciadas en los salmos, observa que hay en ellos ciertas notas, por las cuales se nos advierte que debemos buscar otro sentido, diferente al que primero se presenta. De ahí que inicie el tratado del salmo CXXV con estas palabras esclarecedoras: Si no hubiera en los salmos ciertas profecías tales, que no se ajustaran a las cosas y personas de los tiempos en que fueron escritos; ciertamente muchos se atreverían a pensar que nada en los salmos se ha dicho espiritualmente; y creerían que buscamos afirmaciones inventadas e interpretaciones falsas, con las cuales pareceríamos haber entendido algo más alto y profundo que el sentido de los demás: como si adaptáramos a nuestro sentido lo que está escrito, y no más bien siguiéramos el sentido de una inteligencia diligente y cuidadosa a partir de lo que está escrito. A esto se refiere lo que dice Agustín en el salmo CIII, Ser. 1, n. 18. ¿Por qué el Espíritu Santo mezcla ciertas cosas en las realidades visibles que parecen absurdas, sino para que, al no poder tomarlas literalmente, nos obligue a buscarlas espiritualmente?

XI. Imbuido de esta opinión, Hilario no puede soportar a aquellos que, por un excesivo amor a la letra, no entienden la virtud de las palabras ni perciben el espíritu del profeta, y piensan que los salmos deben ser comprendidos con un ingenio terrenal. Se queja de que estos hacen oscuridad para nosotros y cometen una injuria contra los profetas con estas palabras: Muchos nos hacen oscuridad, queriendo estimar las Escrituras solo por el juicio del oído, y no estimar en ellas otra cosa que lo que se escucha bajo cada uno de los vocablos de las cosas. Al querer esto, establecen que los profetas no han dicho razonablemente, no digo cosas celestiales, sino ni siquiera terrenales. Pero si algunos, siguiendo lo espiritual, disienten de él, tan modestamente les permite su propio juicio, que cuando declama contra los excesivos veneradores de la letra, no dudamos que lo hace no por su propio sentir, sino por amor a la única fe y verdad. Y en verdad, siendo la profecía el máximo argumento de nuestra fe, y no habiendo otras verdades de nuestra fe más confirmadas que por los salmos, no pudo escuchar con ánimo sereno que en estos no se contenga nada profético, él que siempre tuvo el máximo empeño en afirmar y propagar la fe.

XII. Él se dedicó a desentrañar el sentido oculto bajo la superficie de la letra, no tanto confiando en las fuerzas de su propio ingenio, sino apoyándose en la oración. Pues, aunque no ignoraba que el ingenio humano no es suficiente para entender aquello que ha estado oculto durante tantos y tan grandes tiempos, y que ha sido oscuro para tantas edades del género humano, en las cuales los reyes han trabajado en vano para entender, y los mismos doctores y maestros han errado; no dudaba, sin embargo, que con la ayuda de la oración, estas cosas pudieran ser reveladas y abiertas a los cristianos. Por lo cual concluye: No es, por tanto, de nosotros que entendemos, sino de aquel que ha hecho comprensibles las cosas que

eran desconocidas. Así que la inteligencia debe esperarse de aquel que abrirá a los que llaman, mostrará a los que buscan, y no negará a los que piden. Esta inteligencia, que no le fue negada, la testifica con esta modesta confesión: No nos oponemos al sentido de cada uno. Sin ofender a nadie, trataremos lo que hemos sentido según el don de la gracia espiritual. Similares a esto son estas palabras: No quitamos nada al juicio de aquellos (a quienes evidentemente no aprueba). Pues no criticamos el sentido de esta inteligencia, dejando al arbitrio de cada uno qué seguir de lo que han leído o entendido. Sin embargo, nosotros no pudimos adaptar nuestro discurso sino a lo que entendíamos.

XIII. En este trabajo, aunque ayudado por las lucubraciones de Orígenes, no fue su copista ni intérprete. Pues una cosa es imitar, y otra interpretar o copiar. Tampoco cumple con el oficio de intérprete quien añade unas cosas, elimina otras y convierte el resto a su propio estilo. Pero en verdad Hilario, como afirma Jerónimo en el libro de los Escritores eclesiásticos, en esta obra imitó a Orígenes, añadiendo también algunas cosas de su propia cosecha; y como el mismo sostiene en la carta a Teófilo, LXII: Eliminando lo nocivo, trasladó lo útil: y de qué manera lo trasladó, se comprueba con el testimonio del mismo Doctor. Pues si en algún lugar se le acusa de exponer los libros de Orígenes de tal manera que, complaciéndose en su propio estilo, es más bien padre de la palabra que intérprete; no tiene defensa más solemne que responder que en esto fue imitador de Hilario. Ni somos, dice en la carta a Pamaquio y Océano, LXV, menos fieles a Hilario, ni más fieles a Victorino, quienes trasladaron sus (de Orígenes) tratados, no como intérpretes, sino como autores de su propia obra: y en la carta CI a Pamaquio: Basta por el momento mencionar a Hilario el confesor, quien tradujo al latín desde el griego las homilías sobre Job y muchos tratados sobre los salmos: no se adhirió a la letra dormida, ni se atormentó con la interpretación rústica y deslucida; sino que, como un vencedor, trasladó los sentidos cautivos a su propia lengua. Lo mismo repite en la carta LXII, a Teófilo.

XIV. Nos vemos confirmados por varios argumentos de que Hilario no debe todo a Orígenes en lo que ha expuesto en estos Tratados. En primer lugar, no se puede negar que asumió la tarea de exponer un códice latino: por lo tanto, tuvo que explicar ciertas cosas que Orígenes no abordó. En segundo lugar, dado que Orígenes, según el testimonio de Ambrosio (sermón 4 sobre el salmo CXVIII), prefirió "distillavit", donde nuestro Hilario aprueba más "dormitavit", está claro que se apartó de él en la traducción de las palabras ambiguas de la Escritura. De lo cual es necesario que tampoco coincidiera con él en su explicación. En tercer lugar, en cuanto a la comprensión de la palabra "diapsalma", la opinión de Orígenes según Jerónimo en la epístola CXXXVIII a Marcela, y la de Hilario en el prólogo a los salmos, es diferente. Cuarto, ¿quién podría persuadirse de que Hilario tomó prestado de Orígenes lo que discurre sobre la dignidad, virtud, eternidad y dispensación de Cristo? Quinto, sobre la resurrección, sobre los castigos eternos, etc., tiene muchas cosas completamente ajenas a la doctrina de Orígenes. Sexto, dado que las exposiciones de Orígenes sobre la letra "Phe" del salmo CXVIII y sobre el salmo CXXVI ya habían desaparecido en la época de Pánfilo, como aprueba Jerónimo (epístola CXLII a Marcela), porque el mismo mártir no las incluyó en su índice; sin embargo, no advertimos que estos tratados de Hilario sean inferiores a otros, ni que difieran siquiera tenuemente en estilo. Séptimo, aún existen fragmentos de Orígenes sobre el primer salmo, que no tienen ninguna afinidad con la exposición de Hilario sobre el mismo salmo. De hecho, imitó más de cerca tres de ellos, que hemos publicado a continuación para que cualquiera pueda compararlos, a saber, el primero en la col. 235, nota b, el segundo en la col. 240, nota h, y el último en la col. 246, nota g; pero de esto se desprende especialmente que él moderó las sentencias tomadas de Orígenes de tal manera que pudo reivindicarlas como propias con justicia. Finalmente, cuando en el prefacio al

primer salmo testifica, "he descubierto que muchos, ya sea en discurso presente o en sus escritos y cartas, pensaron así: pero no lo enseñaron ni con método ni con razón, etc.", indica suficientemente que en los pasajes oscuros del texto sagrado no solo revisó los escritos de Orígenes, sino también de muchos otros, e incluso consultó a sus amigos, y no aceptó nada de nadie sin antes haberlo sopesado y aprobado.

XV. De aquellos con quienes Hilario se relacionaba familiarmente y a quienes consultaba en persona, Jerónimo menciona específicamente a Heliodoro, el presbítero, siendo un testigo fiable en este asunto. Sin embargo, Erasmo niega credibilidad a la afirmación de que Hilario solo tenía un conocimiento superficial de las letras griegas y que, por lo tanto, solía preguntar a Heliodoro sobre lo que no podía entender por sí mismo de los escritos de Orígenes, y que fue engañado dos veces. Especialmente, dice, ya que lo que se presenta no es más que una conjetura. Pues, para defender brevemente a Hilario, no me parece verosímil que un hombre tan ilustre fuera tan crédulo como para depender completamente del juicio ajeno al interpretar las Sagradas Escrituras; ni tan inexperto en la literatura griega como para no poder comprender el sentido por sí mismo, especialmente en el caso de Orígenes, cuyo discurso es maravillosamente claro. Y aunque recientemente alguien no ha querido aceptar esta claridad del discurso de Orígenes, es difícil imaginar que Hilario, especialmente después de su regreso del exilio, fuera tan novato en la lengua griega que necesitara ayuda ajena para entender las palabras de Orígenes y para imitar el método observado. No se puede negar casi que Jerónimo habló en este caso basándose en mera conjetura: y eso, cuando la necesidad de responder rápidamente a las obras furtivas lo apremiaba, y el dolor severo de estómago no le permitía considerar atentamente la verdad del asunto. Por lo tanto, no es sorprendente que haya dicho algunas cosas que no son del todo coherentes. Pero el error, si lo hay, se excusa por la piedad y reverencia que solo inspiraron al santo varón.

XVI. Además, los códices sagrados de los textos latinos y griegos prueban que Hilario no dependía de las interpretaciones origenistas, a las cuales él mismo testifica haber consultado en más de una ocasión para facilitar la comprensión de los salmos. Cita dos lecturas griegas en el salmo LXV, n. 25, de las cuales una no se encuentra en ningún otro lugar. Suele seguir el texto latino, que probablemente era el usado en ese momento. A menudo advierte que este texto es un poco más rígido, y que los intérpretes, al no atreverse a cambiar y ajustar el orden de las palabras, han declarado menos claramente la propiedad de los dichos. No es sorprendente que este Salterio del códice sea diferente del que se llama Galicano, ya que este mismo fue el que Jerónimo corrigió posteriormente. Sin embargo, no se adhiere a él tan escrupulosamente como para ser siempre constante en una misma lectura repetida. A menudo utiliza las palabras de nuestra Vulgata cuando repite un verso para explicarlo, aunque inicialmente haya propuesto una lectura diferente. Incluso a veces presenta el texto de manera diferente a como lo tenemos ahora, pero luego lo explica como si solo hubiera leído lo que actualmente se encuentra en nuestro texto. Por ejemplo, en el salmo CXXIII: "Quizás nuestra alma habría pasado por el agua inmensa", que luego explica como si hubiera leído "intolerable" y no "inmensa".

XVII. Podría parecer que la Vulgata nos era familiar a Hilario. Sin embargo, le eran desconocidas varias lecturas que ahora existen en ella. Pues declara con bastante claridad en el salmo LXV, n. 18, que no ha visto ninguna versión latina que en el versículo 8 del mismo salmo presente, Haced oír la voz de su alabanza. Nuevamente, en el salmo CXVIII, letra 10, n. 3, mientras advierte que en otros códices, después de las palabras Tus manos me hicieron, está escrito y me prepararon, en otros y me formaron, y no añade que en otros se encuentra y me plasmaron, indica no haber conocido ninguno en el que esto apareciera, lo cual sugiere

claramente con su silencio. Además, le eran desconocidos los códices latinos en los que el salmo CXVIII, 89, En eterno, Señor, y no en el siglo, Señor, así como el salmo CXX, 5, sobre tu mano derecha, y no sobre la mano de tu derecha, estuvieran traducidos, como se hace evidente en el tratamiento de esos mismos versículos. Finalmente, en el salmo CXLV, n. 5, al leer, El Señor da sabiduría a los ciegos, ¿acaso añadiría correctamente: Si el profeta hablara de dones corporales, mencionaría más bien la luz concedida a los ciegos; si hubiera encontrado en algún códice allí, El Señor ilumina a los ciegos? Sin embargo, estas y otras cosas pueden considerarse como ejemplos de lo que más tarde Jerónimo corrigió en la versión Itala.

XVIII. A veces adapta su narración a las diversas versiones de los distintos códices, como lo demuestra el tratado del salmo CXIX, donde se puede leer indistintamente con los tabernáculos de Cedar, con las habitaciones de Cedar, y con los habitantes de Cedar. Pero cuando es necesario elegir entre las versiones discrepantes, prefiere la traducción de los Setenta ancianos: la cual tiene tal autoridad para él, que no considera seguro apartarse de ella. Le otorga tanto valor, primero porque es legítima, es decir, fue realizada bajo la ley y por judíos sujetos a la ley mucho antes de Cristo, y por lo tanto no es sospechosa en absoluto: luego porque, aunque hecha bajo la ley, es sin embargo espiritual, es decir, no se adhiere servilmente a la letra hebrea, que es muy ambigua, sino que revela y expresa el espíritu latente en ella con palabras no dudosas; por esta razón, en el salmo LIX, n. 4, no antepone a esta la traducción de Aquila, que no tiene más que la letra: finalmente, porque ese sentido espiritual no fue ideado por ingenio humano, sino recibido por Moisés de la tradición. Considera que Moisés, para que nadie fuera engañado por la ambigüedad de la lengua hebrea, eligió a los setenta ancianos, quienes serían tanto guardianes como testigos del verdadero sentido de la Escritura, de los cuales los Setenta, que primero tradujeron las Escrituras al griego, fueron sucesores. Para la recomendación de esta misma edición, añade Agustín (Agustín, lib. II de Consensu Evang. cap. 66), que los Setenta interpretaron con el mismo Espíritu con el que fueron dichas las cosas que interpretaban.

XIX. También dejó testimonio de cuánto valoraba el libro de los salmos corregido entre los griegos según los hebreos, al inicio de la letra 8, salmo CXVIII: donde se aparta de la opinión preconcebida que confirmaban los códices latinos y algunos griegos, debido a la autoridad de aquel. En la recomendación de este mismo libro, así como en la explicación de todo el salmo CXVIII, Ambrosio coincide en el mismo lugar. Las palabras de ambos podrían referirse convenientemente a la obra del mártir Luciano, de la cual Eutimio (prefacio en los salmos) testifica: Habiendo visto todas las ediciones, y comparándolas diligentemente con la verdad hebrea, entregó a los cristianos su propia edición, sin nada faltante ni superfluo. Sin embargo, a esto se opone la autoridad de Jerónimo (prefacio en los 4 Evangelios) escribiendo: Omito aquellos códices, que llamados por Luciano y Hesiquio, una perversa contienda de pocos hombres afirma. Pues, ¿quiénes son esos pocos hombres, si no solo entre los griegos, sino también entre los galos e italianos se afirman? Además, la reverencia de Jerónimo hacia Hilario era mayor que para calificar de perversa contienda la opinión que él sostenía. Además, Luciano revisó toda la Escritura, mientras que Hilario y Ambrosio solo mencionan el libro de los salmos.

XX. Él, tanto en este lugar, donde considera de gran importancia el libro corregido a los Hebreos, como en otro (en el salmo LXV, n. 3), donde sugiere que los códices griegos, por estar más próximos a la fuente hebrea, tienen algo más de autoridad que los latinos, manifiesta claramente su opinión sobre el texto hebreo. Y en verdad, no acusa la sinceridad de este texto, sino que solo advierte que debe cuidarse de su ambigüedad. Es más, si

comprendemos sus palabras en el salmo II, n. 3, los libros hebreos, junto con aquellos que los traductores de los Setenta publicaron, fueron comparados después de la resurrección del Señor: y al encontrarse fielmente concordantes, a ambos se les otorgó una autoridad indisoluble por el privilegio de la doctrina y la antigüedad. Ciertamente, cuando allí mismo admite que los Hebreos no necesitaban las traducciones de los Setenta Ancianos, y cuando en el número 4 muestra que a Pablo, siendo Hebreo, le fue permitido usar el texto hebreo entre los Hebreos; indica abiertamente que no sospecha en absoluto que este esté corrompido.

XXI. ¿Qué diremos de aquellos salmos que se presentan íntegros al inicio de cada tratado? Estos fueron publicados por primera vez en la edición parisina del año 1605, a partir de un antiguo códice conocido como el de San Maximino de Micy, posteriormente de la reina Cristina de Suecia, y finalmente de la biblioteca Vaticana, al final del cual se anota esta fecha y maldición: Este es el libro del monasterio de San Maximino de Micy, que el abad Pedro mandó escribir, y Pilio (es decir, Nestorio) se encargó de su labor y distinción, y el día de la Cena del Señor lo ofreció sobre el sagrado altar de San Esteban para ser tenido por Dios y San Maximino bajo este voto; que quienquiera que alguna vez lo sustraiga sin intención de devolverlo, reciba condenación con Judas el traidor, Anás y Caifás, y Pilato. Amén. Los mismos salmos se encuentran en códices Vaticanos de menor antigüedad. Pero en los demás, tanto escritos como editados, no existen en absoluto. El texto del salmo CXIX, antes de la prefación en los Cánticos de los grados, así como el primer octonario del salmo CXVIII antes de la prefación en todo el salmo, se presentan en un lugar completamente desordenado. Sin embargo, cada salmo difiere en tantos lugares de aquel texto que Hilario sigue en sus comentarios, que nadie podría persuadirse de que estos sean de él. Por lo tanto, considerábamos que este texto, al ser adoptado de otra fuente, debía ser rechazado, o al menos corregido según la versión usada por Hilario. Pero como difiere no menos de la Vulgata que del salterio Hilariano, decidimos conservar esa versión que obtiene autoridad por su antigüedad manuscrita, de modo que con las lecturas en las que Hilario discrepa de ella anotadas al margen, nadie la use como si fuera Hilariana.

XXII. En los manuscritos regio y de Tours, en los cuales nunca aparece el salmo completo previo a su exposición, cada comentario se titula simplemente como salmo o tratado del salmo. Es evidente, por las palabras del propio Hilario en el salmo CXXX, n. 1, y en el salmo CXXXV, n. 12 y 14, que él mismo tituló cada uno de estos como tratados, aunque alguien podría preguntarse con razón si estos tratados fueron dirigidos al pueblo. Apenas se puede creer que un prelado tan erudito y elocuente, que incluso como laico no cesaba de sembrar palabras de verdad que producían fruto, hubiera descuidado el principal deber de los pastores. Tampoco es menos increíble que, habiendo cumplido diligentemente con este deber, ninguna de sus homilías haya llegado no solo a nuestro conocimiento, sino tampoco al de Jerónimo. En verdad, el final exhortatorio en muchos tratados, la doxología aplicada en todos o casi todos al cierre, estas palabras específicamente del tratado del salmo CXXXVIII, n. 15. De aquí que no sea cuestión de tiempo (ni de lugar) hablar más, toda la forma de expresión finalmente tiene cierto aire de homilía. Sin embargo, no nos atrevemos a afirmar o llamar sermones a lo que Jerónimo denomina comentarios y Agustín exposiciones. Aunque en el libro II contra Juliano, c. 7, después de haber citado algunas cosas de la carta 13, salmo CXVIII, menciona otras de la carta 15, así recuerda, nuevamente en el mismo sermón, es evidente que no se refiere al mismo tratado de la misma carta, sino que designa toda la exposición del salmo CXVIII con la denominación de sermón. Y en verdad, las prefaces no solo al inicio, sino también antes del salmo CXVIII, así como antes de los Cánticos de los grados, son más de quien edita comentarios que de quien pronuncia sermones. Además, mientras que otros Padres en sus sermones suelen dirigirse a los oyentes con el amable

nombre de hermanos u otro, en estos tratados Hilario nunca llama Hermanos, ni convierte su discurso a los oyentes de manera nominativa.

XXIII. Aunque por las razones expuestas anteriormente nos inclinamos fácilmente a pensar que estos tratados fueron primero recitados ante el pueblo y luego, con algunas modificaciones, recopilados y publicados en un volumen de comentarios, esta opinión se ve favorecida por el hecho de que en Zenón de Verona, de los tratados que demostraremos que le fueron falsamente atribuidos en el salmo CXXVI, aparecen dos en el salmo CXXX: uno, como está en Hilario, a modo de comentario; y otro, con muy pocas modificaciones, presentado en forma de sermón dirigido a los Hermanos. De esto se puede juzgar qué tipo de tratados él pronunció ante su pueblo y cuáles posteriormente transformó en comentarios. No hay nada que nos lleve a referir esta diversa forma de expresar una misma cosa a diferentes personas, ni a explicarla de otra manera a partir de una sola. En el mismo Zenón, el sermón sobre el juicio, que se titula sobre el salmo centésimo, está compuesto de tal manera según el pensamiento de Hilario que sospechamos que le fue sustraído junto con otros. Pero incluso en el mismo Hilario, el inicio del tratado del salmo XIV, "El salmo que se ha leído, se titula salmo de David", así como en el número 2 del salmo XIII, "El salmo que se ha leído, se titula al final", ¿qué otra cosa indican sino que los salmos mencionados fueron expuestos inmediatamente después de su lectura en la iglesia ante el pueblo? Sobre la utilidad de esta obra, advertimos en resumen que el santo doctor ha abarcado en ella casi todo lo que piensa sobre los principales dogmas de nuestra fe.

TRATADO SOBRE LOS SALMOS DEL SANTO OBISPO HILARIO DE POITIERS. (C)

PRÓLOGO AL LIBRO DE LOS SALMOS.

Un solo libro de los Salmos, no cinco: ni tampoco solo de David.---Hemos comprobado, a partir de los mismos libros que dejaron escritos, que existen diversas opiniones sobre el libro de los Salmos. Algunos hebreos quieren que estén divididos en cinco libros: de modo que el primer libro llegue hasta el salmo cuarenta, el segundo desde el cuarenta hasta el setenta y uno, el tercero desde allí hasta el ochenta y ocho, y el cuarto hasta el ciento cinco; por lo cual todos estos salmos tienen en su conclusión, fiat, fiat: y luego el quinto libro se concluye en el salmo ciento cincuenta. Otros, sin embargo, han considerado que los salmos deben ser titulados así: Salmos de David, con lo cual quieren dar a entender que todos fueron escritos por David. Pero nosotros, según la autoridad apostólica, lo llamamos y escribimos como el Libro de los Salmos. Así recordamos que se dice en los Hechos de los Apóstoles: Está escrito en el libro de los Salmos: Sea desierta su casa, y tome otro su oficio. Por lo tanto, ni según algunos hebreos son cinco libros, ni según la simplicidad de muchos deben llamarse Salmos de David: sino que, según la autoridad apostólica, debe conocerse como el Libro de los Salmos.

2. Son de aquellos cuyo nombre llevan. Sin embargo, hay varios autores de los mismos salmos. En algunos se menciona a David como autor, en otros a Salomón, en otros a Asaf, en otros a Idithum, en otros a los hijos de Coré, y en alguno a Moisés. Por lo tanto, es absurdo llamar a los salmos de David, ya que tantos autores se mencionan en los títulos de las inscripciones. Y se dirá con más propiedad que es el Libro de los Salmos, al haberse reunido en un solo volumen las profecías diversas de diferentes autores y tiempos. Sin embargo, a algunos les ha parecido bien anotar los nombres de Jeremías, Ageo y Zacarías en las inscripciones de algunos salmos, aunque nada de esto se encuentra así en los libros auténticos

de los setenta traductores: tanto es así que incluso en muchos códices latinos y griegos, se presentan solo los títulos simples de los salmos sin estos nombres.

3. Los que carecen de nombre pertenecen a aquel que está inscrito como autor del salmo anterior. Sobre aquellos que se encuentran sin nombres de diversos autores bajo diferentes encabezamientos, la tradición de los antiguos hombres es que, desde el salmo cuyo autor se menciona en el encabezamiento, los que siguen sin encabezamiento de autor deben considerarse como pertenecientes a aquel que está inscrito como autor del salmo anterior, hasta el salmo en el que se presente el nombre de otro autor: de modo que si el encabezamiento de algún salmo es tal, Salmo de David, los demás que sigan sin título se crean de David, hasta que el nombre de otro profeta se coloque en el encabezamiento; y desde allí hasta otro profeta, los que están en medio sin inscripción pertenecen a aquel cuyo nombre de autor comenzó a ser mencionado en el encabezamiento del salmo anterior.

4. Que no sea contradictorio que en el salmo de Moisés se nombre a Samuel. — Pero si acaso alguien quisiera restar credibilidad a esta interpretación debido a que en estos salmos, que siguen al salmo atribuido a Moisés, está escrito, es decir, en el nonagésimo octavo, "Moisés y Aarón entre sus sacerdotes, y Samuel entre los que invocan su nombre", y que no podría parecer profetizado por Moisés, ya que el nombre de Samuel, quien nació mucho después de Moisés, aparece en el salmo: recuerde que no debería parecer extraño ni difícil que un profeta tan grande como Moisés haya mencionado el nombre de otro gran profeta, aunque este fuera futuro, ya que en los libros de los Reyes se profetiza el nombre del rey Josías antes de que nazca, cuando el profeta dice: "Altar, altar, así dice el Señor: He aquí que nacerá un hijo a David, su nombre será Josías" (III Reyes XIII, 2), por lo cual no debería ser increíble que Samuel haya sido predicho por Moisés: especialmente cuando, según Jeremías, diciendo "Aunque se presenten Moisés y Samuel" (Jeremías XV, 1), se le asocia y equipara a Moisés por el mérito de su santidad. Esta tradición, que se cree proviene de Esdras, quien recopiló los salmos en un solo libro después del cautiverio, si se considera falsa o improbable; aquellos que contradigan deberán demostrar quiénes son los autores de estos salmos. Pues es definitivo que no pudieron ser profetizados sino por profetas que profetizan.

5. Los Salmos cantan la historia evangélica. Las profecías están cerradas y selladas para quienes no conocen a Cristo. No cabe duda de que lo que se dice en los salmos debe entenderse según la predicación evangélica: de modo que, aunque el Espíritu de la profecía haya hablado desde cualquier persona, todo ello se refiere al conocimiento de la venida de nuestro Señor Jesucristo, y a su encarnación, pasión, reino, y a la gloria y poder de nuestra resurrección. Sin embargo, todas las profecías están cerradas y selladas para el sentido mundano y la prudencia del siglo, según aquello de Isaías: Y todas estas palabras os serán como las palabras de un libro sellado (Isaías, XXIX, 11 y 12). Si se dice a un hombre que sabe leer: Lee esto, dirá: No puedo leerlo; porque está sellado. Y si se entrega el libro a un hombre que no sabe leer, y se le dice: Lee esto; responderá: No sé leer. La falta de habilidad para leer y entender el libro de la profecía se muestra bajo la persona de ambos hombres, cuando la inteligencia del docto para leer no alcanza el sello del misterio cerrado, y se compara con la ignorancia del indocto por la común carencia de entendimiento de ambos. Pues todo está tejido con virtudes alegóricas y típicas: a través de las cuales se revelan los sacramentos del Hijo unigénito de Dios en su cuerpo, de nacer, padecer, morir, resucitar, y reinar eternamente con los glorificados que hayan creído en Él, y juzgar a los demás. Y porque los Escribas y Fariseos, al no recibir al Hijo de Dios nacido en la carne, negaban el acceso a toda inteligencia profética, así son reprendidos por el Señor bajo la denuncia de la pena: ¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que habéis quitado la llave del conocimiento:

vosotros mismos no entráis, y a los que entran no les dejáis entrar! (Lucas II, 52). Negando a Cristo, cuya venida es la obra de los profetas, quitaron la llave del conocimiento: porque el conocimiento de la ley, que predicó la venida corporal del Señor, se cierra con la fe negada de su venida corporal.

6. La clave de los Salmos, la fe en Cristo.---Y esto debe entenderse dicho de todo tipo de Escrituras proféticas: que a menos que sean comprendidas y reconocidas en el contexto de la venida del Señor, nacido de la Virgen como hombre, su significado permanecerá sellado y cerrado. Sin embargo, se nos enseña en el Apocalipsis de San Juan que el libro de los Salmos no puede ser comprendido sino a través de la fe en su venida: Y al ángel de la Iglesia en Filadelfia escribe: Esto dice el santo y verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie cierra; el que cierra y nadie abre (Apoc. III, 7). Por lo tanto, tiene la llave de David, porque él mismo cumplió a través de estos siete sellos ciertas profecías que David hizo sobre él en los salmos, referentes a su corporalidad, pasión, muerte, resurrección, gloria, reino y juicio: abriendo lo que nadie cerrará, y cerrando lo que nadie abrirá: porque a través de esta profecía cumplida en él, abrirá lo que nadie podrá cerrar; y, por el contrario, con la fe en la profecía cumplida en él negada, cerrará lo que nadie podrá abrir. Pues nadie, excepto aquel en quien estas profecías fueron hechas y cumplidas, impartirá la clave de esta inteligencia. Finalmente, enseñó esto mismo, diciendo: Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos: y vi a otro ángel fuerte proclamando a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Y nadie pudo, ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra, abrir el libro, ni mirarlo. Y lloraba, porque no se halló a nadie digno de abrir el libro, ni de mirarlo. Y uno de los ancianos me dijo: No llores, he aquí que el león de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y sus siete sellos (Apoc. V, y sig.). Este libro, que contiene tanto lo pasado como lo futuro en lo que estaba escrito por dentro y por fuera, no es digno de ser abierto por nadie: y el llanto del Apóstol surge por el deseo de comprensión y el dolor de la dificultad. Pero el león de la tribu de Judá y la raíz de David ha vencido para abrir el libro y sus sellos: porque solo él, a través del sacramento de su encarnación y divinidad, desató aquellos siete sellos que mencionamos anteriormente, con los cuales el libro estaba cerrado. El mismo Señor testificó esto después de la resurrección, diciendo: Porque es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la ley de Moisés y en los profetas y en los salmos acerca de mí (Luc. XXIV, 44). Por lo tanto, a través de esto, todo el libro de la profecía está sellado y cerrado: porque al creer en lo que fue cumplido por él, todo aquello que está sellado y cerrado será abierto y desatado.

7. El Salterio presenta la apariencia del cuerpo de Cristo. Y aunque sabemos por la propia profesión del Señor que todo fue dicho por el Espíritu divino a través de David, también la forma de esta profecía enseña que en ella existió la doctrina de la ciencia celestial y suprema. Pues fue profetizado con ese instrumento, llamado en griego Salterio y en hebreo Nabla, que es el más recto de todos los instrumentos musicales, no contiene en sí nada torcido ni oblicuo, ni se mueve al sonido del concierto musical desde lugares inferiores: sino que es un instrumento formado a la imagen del cuerpo del Señor, dirigido sin ningún desvío o inflexión; un instrumento movido e impulsado desde lo alto, animado en el canto de la instrucción celestial y suprema, no con un espíritu humilde y terrenal, como los demás instrumentos de la tierra, que resuena. Pues Él no proclamó cosas humildes y terrenales en el instrumento de su cuerpo, como Él mismo testificó: El que es de la tierra, de la tierra es, y de la tierra habla; pero el que viene del cielo, testifica lo que ha visto y oído. (Juan 3, 31). Por este Espíritu supremo, Dios es cantado en los salmos, a la imagen del cuerpo del Señor, en el

cual el Espíritu celestial ha hablado; también se compara la forma de este instrumento terrenal y musical que concuerda desde lo alto.

7 8. Los Salmos entre los Hebreos son indiscriminados, reunidos en uno por Esdras, ordenados por los Setenta.---No debe ignorarse que el número de los salmos es indiscriminado entre los Hebreos, sino que están escritos sin anotación de orden. Pues allí no se indica primero, segundo o tercero, ni quincuagésimo o centésimo: sino que están mezclados sin ninguna distinción de orden o número. Esdras, según cuentan las antiguas tradiciones, los reunió y recopiló en un solo volumen, ya que estaban desordenados y dispersos por la diversidad de autores y tiempos. Pero los setenta ancianos, permaneciendo en la sinagoga según la tradición de Moisés para custodiar la doctrina de la ley, después de que el rey Ptolomeo les encomendara la tarea de traducir toda la ley del hebreo al griego, comprendiendo con ciencia espiritual y celestial las virtudes de los salmos, los ordenaron en número y orden, asignando a cada uno de los números, según su eficacia y perfección, el orden de los salmos perfectos y eficaces.

9. No siguieron el orden de los tiempos, sino el de los acontecimientos. Y aunque esto mismo puede entenderse por las virtudes de cada uno de los salmos, se nos enseña de manera absolutamente clara en la historia de los hechos y los tiempos que las colocaciones de los salmos están ordenadas según la eficacia de números perfectos. Pues el tercer salmo, según la historia, es posterior al salmo cincuenta: ya que la inscripción de ambos es de un intervalo de tiempo y edad muy diferente. Porque aquel abarca lo que sucedió bajo Urías y David, mientras que este significa la huida de David, cuando su hijo Absalón lo perseguía, y sin embargo, la virtud y el sacramento del número hacen que este y aquel se coloquen así según los números competentes y congruentes entre sí.

10. El misterio del número cincuenta.---La inscripción del salmo cincuenta, según la historia, es posterior a la inscripción del salmo cincuenta y uno. Pero la virtud y perfección del número cincuenta exigían, y el odio impenitente de Doec el idumeo hacia David requería, que el anterior fuera pospuesto y el posterior adelantado: para que el perdón de los pecados se colocara en el número cincuenta, y el castigo de la perfidia, excediendo el número del perdón establecido, careciera de indulgencia, habiendo perdido tanto el tiempo como el número de la penitencia. Pues en el cincuenta, en el cual se encuentra el sábado de los sábados, según la prefiguración del año del Jubileo, está constituido el perdón de los pecados: adecuadamente, este salmo, en el cual se solicita el perdón de los pecados anticipado por la penitencia, está colocado en el orden de este número.

11. Lo que designa la triple serie de cincuenta salmos. --- El libro de los salmos se compone de tres series de cincuenta, y esto surge de la razón y el número de nuestra bienaventurada esperanza. Pues quien observe diligentemente el salmo de la primera cincuentena, luego el de la segunda cincuentena, y nuevamente el de la tercera cincuentena, en la cual se encuentra el final del libro, comprenderá que la providencia de los salmos dispuestos en este orden concuerda con la dispensación de nuestra salvación. Ya que el primer paso hacia la salvación es renacer como un nuevo hombre tras la remisión de los pecados, y después de la confesión de penitencia, aquel reino del Señor está reservado para los tiempos de la santa ciudad y la Jerusalén celestial, y luego, una vez consumada en nosotros la gloria celestial, progresamos al reino de Dios Padre a través del reino del Hijo, en el cual la totalidad de los espíritus proclamará las alabanzas debidas a Dios: entendemos fácilmente que en las virtudes de cada uno de los salmos, colocadas bajo el número cincuenta, se contiene el sacramento de esta disposición quinquagenaria.

12. Sábados de sábados, quincuagésima; domingo, sábado perfecto.---Que estos sean los sábados de sábados, lo muestra el número siete multiplicado por siete en un séptuplo: sin embargo, la octava, porque el día es el mismo primero que octavo, según la plenitud evangélica, se añade y consuma en el último sábado. Y estos sábados de sábados fueron celebrados con tal devoción por los apóstoles, que en estos días de la quincuagésima nadie adoraba postrado en tierra, ni el ayuno impedía la festividad de esta bienaventuranza espiritual: lo cual también se ha establecido externamente en los días dominicales que se añaden más allá del número del sábado por la plenitud de la predicación evangélica. Pues aunque en el séptimo día del sábado está constituido tanto el nombre como la observancia: sin embargo, nosotros nos regocijamos en el octavo día, que es también el primero, con la festividad del sábado perfecto.

13. La perfección de la ogdóada.---Y es digno contemplar esta perfecta virtud de la ogdóada en los sacramentos celestiales, en ese salmo que está dispuesto en el octavo lugar, al cual se le ha añadido el título "para los lagares", vasijas preparadas para nuevos frutos y renovadas para contener el calor del mosto ferviente. Y este número está destinado, según la ogdóada evangélica, para recibir los frutos evangélicos, con las vasijas de nuestros cuerpos mortales reformadas. Y esto lo atestigua el texto y el discurso de este salmo. La virtud de esta ogdóada también se contiene en la virtud del sexto salmo y número, en el cual se hace oración por el octavo: y esto lo perfecciona la razón del número, de modo que en el sexto se hiciera oración por el octavo, y en el octavo se añadiera el título "para los lagares". Esta inscripción de los lagares se encuentra en tres números. Pues tanto el octavo como el octogésimo y el octogésimo tercero salmo tienen este título: para que en números perfectos se estableciera el orden de esta perfecta bienaventuranza; de tal manera, que la simple ogdóada y la década de la ogdóada concluyeran el sacramento de la tríada (que por los nuestros es llamada Trinidad).

10 14. Salmo CXVIII.---Y esta perfección de la ogdóada también podemos reconocerla en el salmo ciento dieciocho. Pues en el número de ocho, por medio de ocho versos, según los Hebreos, se han reunido los inicios de cada una de las letras: pero también la misma virtud del salmo enseña el sacramento de la ogdóada. Hay en él veintidós ogdóadas. Pues a los inicios de cada una de las letras se asignan ocho versos: y esto se logra de tal manera que, dado que este salmo perfecciona al hombre perfecto según la doctrina evangélica, seamos instruidos a través de todas las veintidós letras del idioma hebreo, bajo el sacramento de la ogdóada.

15. Los libros del Antiguo Testamento son 22 o 24. Tres lenguas principales. — Y esa es la razón por la cual la ley del Antiguo Testamento se considera en veintidós libros: para que coincidieran con el número de letras. Estos se enumeran según las tradiciones de los antiguos de la siguiente manera: cinco libros de Moisés, el sexto de Josué, el séptimo de Jueces y Rut, el primero y segundo de los Reyes en el octavo, el tercero y cuarto en el noveno, los dos de las Crónicas en el décimo, las palabras de los días de Esdras en el undécimo, el libro de los Salmos en el duodécimo, los Proverbios de Salomón, Eclesiastés, Cantar de los Cantares en el decimotercero, decimocuarto y decimoquinto, los doce Profetas en el decimosexto, luego Isaías y Jeremías con las Lamentaciones y la carta, así como Daniel, Ezequiel, Job y Ester, completan el número de veintidós libros. Sin embargo, a algunos les pareció bien, añadiendo Tobías y Judit, contar veinticuatro libros según el número de letras griegas, también recopilados en la lengua romana, que es intermedia entre los hebreos y los griegos. Porque en estas tres lenguas principalmente se proclama el misterio de la voluntad de Dios y la expectativa del reino bienaventurado: de ahí que Pilato escribiera que en estas tres lenguas

Jesús Cristo, el Señor, era el rey de los judíos (Juan XIX, 20). Pues aunque muchas naciones bárbaras han adquirido el conocimiento de Dios según la predicación de los apóstoles, y la fe de las iglesias que permanecen hoy allí: sin embargo, la doctrina evangélica reside especialmente en la sede del Imperio Romano, bajo el cual se incluyen los hebreos y los griegos.

16. Cántico XV de los grados.---Es consecuente, según este octonario, el número de veintidós ogdoadas, que el que está sujeto se contenga en el número de quince cánticos de los grados de los salmos. Pues después de la doctrina perfecta de aquellas ogdoadas precedentes, este cántico de los grados debía convenir en quince salmos de dos números perfectos, a saber, la hebdómada y la ogdoada, es decir, el séptimo y el octavo número. Porque por la observancia de la ley, que está constituida en la hebdómada, y el progreso evangélico, que se perfecciona por la ogdoada tanto en la religión presente como en la esperanza esperada, con este cántico de los grados se asciende a lo celestial y eterno. Pues también en el templo, por este número de grados, los príncipes de los sacerdotes ascendían al santo de los santos: para que, ya que ni la hebdómada de la ley sin la ogdoada de los Evangelios, ni la ogdoada de los Evangelios sin la hebdómada de la ley pudiera presentar al hombre perfecto hasta que aquel hubiera creído perfectamente; en estos santos perfectos y bienaventurados del santo de los santos, el perfecto en ambos, que está en el cántico de los quince grados, se colocara en el número de la hebdómada y la ogdoada.

17. Títulos de los salmos variados.---Aunque estas cosas han sido dichas por nosotros según los números completados en la observancia de la ley y distribuidos en el sacramento evangélico, sin embargo, comprenderemos la virtud de cada número a partir de las inscripciones de los salmos y la inteligencia de los mismos dichos. Sin embargo, los títulos de todas las inscripciones son diversos. Pues, además de aquellos que están marcados con los nombres de sus autores, o con significados de causas o tiempos, hay otros en los que el título es "al final"; otros en los que simplemente es "salmo de cántico" o "cántico de salmo": y es necesario que hayan existido diversas causas para las diferentes inscripciones. No sin razón, con tanta diversidad de cosas, se altera aquí el orden de los títulos, de modo que ahora se prefiere "al final", ahora "salmo", ahora "cántico", ahora "cántico de salmo", ahora "salmo de cántico", para la distinción del salmo que subyace. Y aunque nos esforzamos por ofrecer las causas de cada una de las inscripciones en cada salmo individual, sin embargo, para la comprensión diligente, en un breve discurso resumimos la virtud de todas las inscripciones.

18. Al final, ¿qué?---El fin es aquello por cuya causa existen las demás cosas, pero él mismo no proporciona su causa a ninguna otra. Porque todo es por el fin, pero nada más allá del fin. Pues se tiende hacia el fin, pero en el fin se termina. Así, el fin es tanto la perfección de lo anterior como, sin extenderse a nada más, es la propia posesión de sí mismo. Por lo tanto, los salmos que se titulan al final deben entenderse de tal manera que existan a partir de las doctrinas y formas perfectas y absolutas de los bienes eternos: porque hacia lo que se dice en ellos, se extiende el curso de nuestra fe, y en ellos, sin tender a ningún otro avance ulterior, descansa en el mismo fin de la felicidad deseada y alcanzada.

19. Cuatro géneros del arte musical.---En las artes musicales, estas son las variedades de oficios y géneros. El salmo es cuando, cesando la voz, solo se escucha el sonido del órgano que acompaña. El cántico es cuando el coro de los cantantes, usando su libertad, no se ve obligado a seguir la consonancia del órgano, y se exalta solo con la voz melodiosa del himno. Sin embargo, el cántico del salmo es cuando, precedido por el órgano, se escucha la voz del coro cantando, que sigue e imita los modos del salterio con los módulos de la voz. El salmo

del cántico es cuando, con el coro cantando primero, el arte del órgano consonante se adapta al himno de la cantación humana, y se modula el salterio con la misma suavidad de los módulos de la voz que precede. A estos cuatro géneros del arte musical, se les han asignado las superscripciones correspondientes a cada uno de los salmos. De las virtudes de los salmos y de las mismas diversidades de la doctrina musical, se muestra la causa de cada una de las superscripciones.

20. Qué indican los títulos de los salmos.---En el salmo que lleva únicamente el título de Salmo, se contiene la doctrina o confesión de las obras de los fieles y de los actos religiosos. Cuando el profeta recuerda lo que ha hecho, nos instruye en la doctrina de actos similares, moderando el movimiento de nuestro órgano corporal para el uso piadoso de los deberes. Pero cuando se prefiere únicamente el título de Cántico, en él se manifiesta la ciencia espiritual y la inteligencia del misterio celestial, que se alcanza a través del conocimiento de la sabiduría: al no recordar las obras de la fe, muestra únicamente la doctrina perfecta del conocimiento de Dios. Pues no toda ciencia está inmediatamente en la buena obra; ni toda buena obra alcanza la verdadera ciencia. Por eso existe también lo que está en el tercer género de inscripciones, Cántico del salmo, cuando se une la eficacia de las buenas obras con la doctrina de la ciencia. Primero se debe vivir en buenas obras: para que pueda ser perfecta la que sigue, el conocimiento del divino sacramento, según lo que se ha dicho: ¿Deseaste la sabiduría? Guarda los mandamientos, y el Señor te la concederá (Eccli. I, 35). Por lo tanto, el Señor concede la sabiduría a aquellos que, por el mérito de las buenas obras, alcanzan la gracia de la inteligencia. De estos estudios de obras y doctrina, se debe conocer la causa del salmo que lleva el título de Cántico del salmo. Pero donde está Salmo del cántico, allí se trata el uso de la buena obra a través del conocimiento de la ciencia: cuando la anterior cognición de Dios nos proporciona la deseable eficacia de los actos de los fieles.

21. Recapitulación; lo que significa la ausencia de inscripción. --- Esta cuádruple diversidad del arte musical está adaptada a la diversidad de los salmos: de modo que el Salmo, a través del movimiento del órgano corporal, sea en conmemoración de los hechos; el Cántico, a través del conocimiento de la sabiduría, contenga en sí la ciencia de la doctrina. El Cántico del salmo es cuando, precediendo el mérito de los hechos, se otorga el conocimiento de la ciencia. El Salmo del cántico es cuando, a través del conocimiento de la ciencia adquirida, se inicia y se lleva a cabo la obra de los fieles. Por estas propiedades de las superscripciones, es necesario buscar la inteligencia de los salmos: porque a cada género de profecía, en la propiedad de los títulos, se ha adaptado un género de comparación musical. Aquellos que se consideran sin inscripción alguna de significado, como el primero o el segundo, y muchos otros más, se debe entender que fueron cantados desde la doctrina del Espíritu Santo hacia el conocimiento espiritual de la ciencia general: para que cada uno de ellos, según la sinceridad de su fe, buscara la razón de la inteligencia espiritual.

22. Superscripciones adicionales.---Otras superscripciones, que significan hechos según la historia, o tiempos, o días, o cualquier otra cosa, ya sea a través de la interpretación de los nombres, o de la comparación de los hechos, o de la semejanza de las especies, muestran de qué trata el salmo: como donde dice por el día del sábado, o por los ocultos del hijo, o por el día octavo; a través de la significación corporal de las superscripciones se entienda la edición espiritual del salmo: o cuando se menciona en el título bajo la historia de los hechos de aquel David, o de aquel David, o de Absalón, o de Saúl, o de Doeg; en ello, ya sea por las cualidades de los pronombres, como aquel, o aquel David, o por las virtudes de los nombres, como es en Absalón, y Saúl, y Doeg, alcancemos la profecía que está en el salmo.

23.---Diapsalma qué. En el diapsalma, que está intercalado en muchos salmos, se debe entender que se inicia un cambio ya sea de persona o de sentido bajo la conversión del modo musical: de modo que dondequiera que el diapsalma intervenga, se debe entender que se dice algo diferente, o incluso que lo dice otra persona, o que se canta en otro módulo del arte musical. Intentaremos ofrecer una explicación sobre las personas y los sentidos donde encontremos que el diapsalma interviene. Sin embargo, la traducción griega y latina no pudo conservar la disciplina de los modos musicales. Este discurso, apresurado, ha reunido en una breve síntesis la exposición misma de los salmos.

24. Clave de los salmos.---Sin embargo, se debe prestar un juicio diligente y considerado a la exposición de cada salmo, para que se conozca con qué clave de inteligencia debe abrirse cada uno de ellos. Pues todo libro es semejante a una ciudad hermosa y grande, que tiene muchas y diversas casas, cuyas puertas se cierran con llaves propias y diferentes: las cuales, al estar amontonadas y mezcladas en un solo lugar, presentan una gran dificultad para quien desea abrir cada casa, si no conoce la llave de cada una: y es tarea de un conocimiento familiar elegir rápidamente la llave conocida de entre esa variedad acumulada en un solo lugar; o de un gran esfuerzo, encontrar la llave adecuada y congruente para abrir cada entrada: porque la razón y la calidad no permiten ajustar llaves que no sean propias a cerraduras dispares. Así pues, según la misericordia de Dios, al encontrar la clave para abrir cada salmo, abramos el acceso de este primer salmo con su propia y congruente llave.

SALMO PRIMERO.

Bienaventurado el hombre que no anduvo en el consejo de los impíos, ni se detuvo en el camino de los pecadores, ni se sentó en la silla de los pestilentes. Sino que en la ley del Señor está su voluntad, y en su ley meditará día y noche. Y será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que dará su fruto en su tiempo. Y su hoja no caerá: y todo lo que haga prosperará. No así los impíos, no así; sino como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra. Por eso no se levantarán los impíos en el juicio, ni los pecadores en la congregación de los justos. Porque el Señor conoce el camino de los justos, y el camino de los impíos perecerá.

CLAVIS O INTRODUCCIÓN AL PRIMER SALMO.

1. A quién se dirige en los Salmos debe considerarse.---La principal inteligencia en los salmos es discernir desde qué persona, o hacia quién, deben entenderse las palabras dichas. No es uniforme e indiscreta su constitución, de modo que no tengan autores y géneros diversos. Encontramos frecuentemente en ellos que se propone la persona de Dios Padre, como en el salmo ochenta y nueve, cuando se dice: He exaltado al elegido de mi pueblo. He hallado a David, mi siervo, con mi óleo santo lo he ungido. Él me invocará: Tú eres mi Padre, y el sustentador de mi salvación. Y yo lo haré mi primogénito, excelso sobre los reyes de la tierra. La persona del Hijo se introduce en muchos, como en el salmo dieciocho: El pueblo que no conocí me sirvió; y en el veintidós: Repartieron mis vestiduras entre ellos, y sobre mi ropa echaron suertes. Sin embargo, este primer salmo no puede entenderse ni desde la persona del Padre ni del Hijo, como lo demuestra claramente el texto mismo, cuando dice: Sino que en la ley del Señor está su voluntad, y en su ley meditará día y noche. En el salmo en el que recordamos que se designa la persona del Padre, se mencionan cosas propias y adecuadas a Él, cuando se dice: Él me invocará: Tú eres mi Padre, mi Dios, y el sustentador de mi salvación. Y en aquel en el que se enseña que habla el Hijo, Él mismo se declara autor

de sus palabras por lo que menciona, diciendo: El pueblo que no conocí me sirvió. Pues tanto el Padre dice: Me invocará; como el Hijo dice: El pueblo me sirvió; muestran que son ellos mismos quienes hablan de sí. Pero ahora, cuando se dice: Sino que en la ley del Señor está su voluntad; no se muestra ninguna persona del Señor hablando de sí misma, sino más bien de otro, proclamando la bienaventuranza de aquel hombre cuya voluntad está en la ley del Señor. Por lo tanto, la persona del Profeta, en cuya boca habla el Espíritu Santo, debe ser reconocida ahora, instruyéndonos con el oficio de su boca hacia el conocimiento del sacramento espiritual.

2. De quién habla. Muchos entienden que este salmo se refiere a Cristo.---Y al hablar de esto, debemos preguntarnos de qué hombre debemos entender que habla. Pues dice: Bienaventurado el varón que no anduvo en el consejo de los impíos, ni se detuvo en el camino de los pecadores, ni se sentó en la silla de los pestilentes. Sino que en la ley del Señor está su voluntad, y en su ley meditará día y noche. Y será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo. Y su hoja no caerá: y todo lo que haga, prosperará. He encontrado que muchos, ya sea por el presente discurso o por sus escritos y cartas, han sentido que este salmo debe significar y entenderse como referido a nuestro Señor Jesucristo, cuya bienaventuranza se proclama en lo que sigue. Pero no lo han demostrado ni con método ni con razón; con un afecto de buena opinión, porque toda profecía de los salmos debe referirse a Él: pero dónde y cuándo el discurso de la profecía misma se refiere a Él, debe discernirse con la verdad de un conocimiento razonable.

3. No conviene al Hijo de Dios.---Sin embargo, lo que se coloca al inicio del salmo no conviene en absoluto a su persona y dignidad: y esta misma facilidad imprudente de predicar es refutada por lo que se contiene en el salmo. Pues cuando se dice: Y en la ley del Señor estaba su voluntad, siendo la ley dada por el Hijo de Dios, ¿cómo se le atribuye a él la bienaventuranza por el hecho de que su voluntad estaba en la ley del Señor, cuando él mismo es el Señor de la ley? Que la ley es suya, él mismo lo ha testificado en el salmo setenta y siete, cuando dice: Escucha, pueblo mío, mi ley, inclina tus oídos a las palabras de mi boca. Abriré mi boca en parábolas. Y esto mismo lo confirma el evangelista Mateo, diciendo: Por eso hablaba en parábolas, para que se cumpliera lo que fue dicho: Abriré mi boca en parábolas (Mat. XIII, 34 y 35). El Señor, por tanto, cumplió su profecía con los hechos. Pues en aquello en lo que prometió hablar, habló en parábolas. Pero lo que dice: Y será como un árbol plantado junto a corrientes de aguas (en lo cual se muestra el progreso comparativo de la bienaventuranza); ¿cómo podrá adaptarse a su persona, para que el Hijo de Dios sea un árbol plantado más bienaventurado, por lo cual sea bienaventurado, porque alguna vez su semejanza alcanzará el progreso de la bienaventuranza (Prov. VIII, 22; Tit. I, 2; Col. I, 15, 16)? Luego, según la Sabiduría y el Apóstol, siendo antes de los siglos y antes de los tiempos eternos, y siendo el primogénito de toda criatura, y en él y por él fueron creadas todas las cosas: ¿cómo será bienaventurado al hacerse semejante a estas cosas que fueron instituidas por él? Pues ni la virtud del creador necesita de la comparación con la criatura para la perfección de su bienaventuranza, ni la antigüedad del primogénito admite en lo que será como un árbol el tiempo de una comparación absurda. Pues lo que será en un tiempo aún por esperar, no puede considerarse como si ya hubiera sido o ya existiera en la naturaleza de las cosas. Y lo que ya es, no necesita de la dilación del tiempo, para que se inicie en lo que será, porque por la antigüedad de su origen ya permanece en ser.

4. A quién conviene.---Por lo tanto, dado que estas cosas se entienden como ajenas a la divinidad del unigénito Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, se debe considerar que el hombre que es proclamado bienaventurado por el profeta es aquel que se ha mostrado

conforme al cuerpo que el Señor asumió, es decir, en el que nació como hombre, mediante el esfuerzo por la equidad y la perfección de toda justicia. Y ciertamente, esto debe entenderse de esta manera, como lo demostrará una exposición más completa del salmo.

5. ¡Cuántas enseñanzas en este salmo! El Espíritu Santo ha tomado como inicio de los salmos un exordio bellísimo y muy digno, para exhortar la debilidad humana hacia el estudio inocente de la religión mediante la esperanza de la bienaventuranza, para enseñar el sacramento del Dios encarnado, para prometer la comunión de la gloria celestial, para anunciar la pena del juicio, para mostrar la diferencia de la resurrección, para manifestar la providencia de Dios en la retribución. Con una razón perfecta y consumada, comenzó el orden de tan gran profecía: para que la esperanza del hombre bienaventurado atrajera la debilidad de los hombres al estudio de la fe, para que la bienaventuranza del árbol prometiera la esperanza de la bienaventuranza, para que la severidad anunciada a los impíos contuviera la impiedad insolente dentro del temor, para que el orden de la condición distinguiera la diferencia de mérito en los consejos de los santos, para que la equidad establecida mostrara la magnificencia de Dios en el conocimiento de los caminos de los justos. Ahora tratemos tanto las cosas mismas como sus palabras.

TRATADO DEL SALMO I.

1. Quíntuple observancia del hombre bienaventurado. Distinción entre el impío y el pecador.---VERS. 1, 2. Bienaventurado el hombre que no anduvo en el consejo de los impíos, ni se detuvo en el camino de los pecadores, ni se sentó en la silla de la pestilencia. Sino que en la ley del Señor está su voluntad, y en su ley medita día y noche. El Profeta menciona que al hombre bienaventurado le subyace una observancia de cinco tipos: la primera, no ir en el consejo de los impíos; la segunda, no detenerse en el camino de los pecadores; la tercera, no sentarse en la silla de la pestilencia; luego, poner su voluntad en la ley del Señor; y finalmente, meditar en ella día y noche. Por lo tanto, es necesario distinguir al impío del pecador, y al pecador del pestilente; especialmente cuando el impío tiene consejo, el pecador camino, y el pestilente silla: además, cuando se va en el consejo de los impíos más que se está, y en el camino del pecador se está más que se va. Para que podamos entender las causas de estas cosas, es necesario discernir cuánto difiere el pecador del impío: para que a través de ello se pueda entender por qué se asigna camino al pecador y consejo al impío: luego, por qué se debe estar en el camino y se debe ir en el consejo; cuando la costumbre humana decreta que se debe estar en el consejo y se debe ir en el camino. No todo el que es pecador es también impío: sin embargo, el impío no puede dejar de ser pecador. Tomemos un ejemplo del uso de la conciencia común. Los hijos pueden amar a sus padres, aunque sean ebrios, lascivos y pródigos: y entre estos vicios carecen de impiedad, aunque no carezcan de crimen. Los impíos, aunque posean las principales virtudes de la continencia y la frugalidad, cualquier otro crimen fuera de la impiedad, exceden en la afrenta al padre.

20 2. Impíos ateos.---Por lo tanto, según este ejemplo propuesto, no hay duda de que el impío se distingue del pecador. Y la misma naturaleza del juicio común muestra que son impíos aquellos que desprecian buscar el conocimiento de Dios, que con una opinión irreligiosa presumen que no hay un creador del mundo, que afirman que el mundo ha sido constituido en este estado y ornamento por movimientos fortuitos, que no quieren dejar ningún juicio a su creador por la vida recta o criminalmente llevada, desean nacer por necesidad de la naturaleza, y disolverse de nuevo por la misma necesidad. Por lo tanto, todo el consejo de estos es fluctuante, incierto y vago, y se lleva en los mismos y a través de los mismos sin ninguna estación de consistencia. Pues no mantiene el modo de alguna definición. La

discusión no se atreve a enseñar al creador del mundo. Porque cuando preguntas, ¿por qué el mundo, y cuándo, y en qué medida? y ¿si el mundo es para el hombre, o el hombre para el mundo? y la muerte, ¿por qué, o hasta cuándo, o de qué tipo? en torno a estos, siempre se mueve en los consejos de su impiedad, y avanza, sin encontrar un lugar de consistencia en estos consejos.

3. Tampoco permanecen los herejes.---Existen también otros consejos de los impíos, a saber, aquellos que han caído en la herejía y no se rigen por las leyes del Nuevo ni del Antiguo Testamento. Su discurso, siempre girando en un círculo de error, no sostiene nada y no se establece en ningún lugar, siendo lanzado por el curso y el recurso de una sentencia indefinida. Es impiedad de ellos medir a Dios no por la profesión de Dios mismo, sino por la voluntad de su propio arbitrio; ignorando que es una impiedad no menor el imaginar a Dios que el negarlo. Cuando se les pregunta, ¿con qué fin de esperanza y fe piensan así? se confunden, se perturban, disimulan, vagan, y evitan el mismo fin de la discusión sobre la cual se les interroga. Bienaventurado, por tanto, es el hombre que no ha seguido este consejo de los impíos, es decir, que no ha admitido la voluntad misma de seguir este consejo: porque ya es un crimen pensar en lo que es impío.

4. Camino de los pecadores en el cual no se debe permanecer.---Lo siguiente es que quien no ha andado en el consejo de los impíos, tampoco debe permanecer en el camino de los pecadores. Pues hay muchos que, aunque por la confesión de Dios se han separado de la impiedad, no obstante, no están libres del pecado; permanecen en la Iglesia, pero no siguen la disciplina de la Iglesia: como los avaros, los ebrios, los tumultuosos, los insolentes, los soberbios, los simuladores, los mentirosos, los rapaces. Y a estos vicios nos impulsa el instinto de nuestra naturaleza: pero así como es útil apartarnos de este camino al que somos llevados, tampoco debemos permanecer allí, aplicando un retorno no tardío para salir de él. Y por eso es bienaventurado el hombre que no se detuvo en el camino de los pecadores, llevado por la naturaleza a este camino, pero retirado de él por la religión de la fe.

5. Cátedra de pestilencia.---Este es también el tercer orden para obtener la bienaventuranza: no sentarse en la cátedra de pestilencia. Los fariseos se sentaron en la cátedra de Moisés enseñando, y Pilato se sentó en el tribunal: ¿de qué cátedra, entonces, consideraremos pestilente la sesión? No ciertamente la de Moisés, ya que el Señor no desaprueba a los que se sientan, sino más bien la sesión de la cátedra, cuando dice: "Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos; hagan, pues, todo lo que les digan, pero no hagan conforme a sus obras" (Mateo 23, 2). La sesión de esta cátedra no es pestilente, cuya obediencia se ordena por la autoridad del Señor. Por lo tanto, será pestilente aquella cuya contaminación Pilato evita lavándose las manos. Pues muchos, incluso estando en el temor de Dios, son corrompidos por la ambición de honores seculares: y quieren estar sujetos a las leyes de la Iglesia, pero juzgar según las leyes del foro. Pero aunque lleven consigo una voluntad religiosa a los mismos oficios que desempeñan, mostrándose benevolentes y continentes: sin embargo, es necesario que se contaminen con una cierta contagiosa pestilencia de los asuntos en los que se involucren. El orden de las causas públicas no permite que aquellos que desean permanecer en la santidad de la ley eclesiástica lo hagan. Y aunque sean firmes en su propósito religioso: sin embargo, por la necesidad de la cátedra obtenida, se ven obligados, aunque su voluntad vacile, a la injuria, al agravio y al castigo. La necesidad los hace partícipes de la misma necesidad, cuando se impregnan como de una enfermedad contagiosa. Y por eso el Profeta llama a esta cátedra suya, cátedra de pestilencia, porque con su contagio incluso infecta la voluntad de la mente religiosa.

6. A la ley de Dios se debe obedecer no por temor, sino por voluntad.--- Pero aún no se completa la bienaventuranza del hombre que no ha andado en el consejo de los impíos, ni se ha detenido en el camino de los pecadores, ni se ha sentado en la silla de los pestilentes. Pues estas cosas también pueden encontrarse en un hombre secular: que crea que hay un solo Dios creador del mundo, que se refrene de los pecados mediante el esfuerzo de una inocencia modesta, que prefiera la tranquilidad de una vida privada a las dignidades de los honores. Pero ahora el Profeta, conformando al hombre perfecto a Dios, y a quien establece en grandes ejemplos de eterna bienaventuranza, le enseña que no usará virtudes comunes para ello, sino que debe ser perfeccionado con las siguientes, para que sea bienaventurado: Pero en la ley del Señor estuvo su voluntad. La abstención de las cosas anteriores es inútil, a menos que se aplique la intención en lo que sigue: a saber, que la voluntad esté en la ley del Señor. El Profeta no espera que haya temor. Muchos son contenidos dentro de la ley por el temor, pero pocos son establecidos en la ley por la voluntad: porque es propio del temor no atreverse a descuidar lo que debe temerse; pero es propio de la religión perfecta querer obedecer lo prescrito. Y por eso es bienaventurado aquel en cuya ley de Dios no hay temor, sino voluntad.

7. La ley de Dios debe ser meditada día y noche; cómo esto puede lograrse. --- Pero a veces falta algo a la voluntad: y desear la perfecta bienaventuranza no basta, a menos que la voluntad sea seguida por la acción. Pues sigue: Y en su ley meditará día y noche. A este hombre bienaventurado lo perfecciona la continua meditación de la ley y su incansable dedicación. Pero tal vez la naturaleza de la debilidad humana no lo permite, ya que es necesario descansar, dormir, y atender al alimento; por lo cual, debido a la necesidad de lo natural, también nos apartamos de la esperanza de alcanzar la bienaventuranza, cuando a veces es necesario interrumpir la meditación diurna y nocturna por la intervención de las ocupaciones corporales. A esto también se asemeja lo dicho por el Apóstol: orad sin cesar (I Tes. V, 17). Como si la necesidad de nuestra naturaleza, que debe ocuparse en sus asuntos, pudiera orar siempre sin interrupción de tiempo. Por tanto, la meditación de la ley no consiste solo en leer palabras, sino también en la práctica religiosa; no solo para que leamos libros y Escrituras, sino para que meditemos en lo que contienen las Escrituras y los libros, y que las obras diurnas y nocturnas siempre practiquen la ley: como dice el Apóstol: Todo lo que hagáis, hacedlo para la gloria de Dios, ya sea que comáis, bebáis, o hagáis cualquier otra cosa (I Cor. X, 31). Pues por esto se logra que oremos sin cesar: cuando, mediante obras agradables a Dios y siempre realizadas para su gloria, toda la vida de cada hombre santo sea oración, y así, viviendo según la ley de noche y de día, la vida misma será meditación nocturna y diurna de la ley.

8. Pero completada la bienaventuranza de este hombre, que se abstiene de los consejos de los impíos, de los caminos de los pecadores y de la cátedra de la pestilencia, deseando meditar en la ley de Dios día y noche; es necesario enseñar cuán grande será el fruto de esta bienaventuranza adquirida. Pues desear ser bienaventurado surge de la expectativa de la misma bienaventuranza. Sigue, por tanto, VERS. 3: Y será como un árbol plantado junto a corrientes de aguas, que dará su fruto en su tiempo. Y su hoja no caerá. Tal vez se considere ridículo y absurdo el ejemplo de la bienaventuranza comparada: en el que se proclama la plantación del árbol, el curso de las aguas, la entrega de los frutos, su tiempo, y la hoja que no cae. Estas cosas, según los hombres del mundo, tal vez no se consideren en absoluto. Pero veamos, según la doctrina profética, cuánta gloria de la bienaventuranza comparada se coloca en estas mismas cosas y palabras.

9. Cristo es el Árbol.---En el libro del Génesis II, 9 y 10, donde el legislador muestra el paraíso plantado por Dios, también mostró que todo árbol era hermoso a la vista y bueno para comer; además, expuso que en medio del paraíso estaba el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal; luego, que el paraíso era regado por un río, que después se dividía en cuatro corrientes principales. Pero lo que era este árbol de la vida, el profeta Salomón lo enseñó, diciendo sobre la adoración de la sabiduría: El árbol de la vida es para todos los que la abrazan, y los que se apoyan en ella como en el Señor (Prov. III, 18). Por lo tanto, este árbol es viviente: y no solo viviente, sino también racional; racional hasta el punto de dar fruto; y lo da no de manera confusa, no inoportuna, sino a su debido tiempo. Y este árbol está plantado junto a las corrientes de agua, en la posesión del reino de Dios, es decir, en el paraíso, y de donde el río, al salir, se divide en cuatro corrientes principales. Pues no dice: Después de las corrientes de agua, sino: Junto a las corrientes de agua, de donde las divisiones de las corrientes de agua se originan. Allí está plantado este árbol, al cual el Señor, que es Sabiduría, introdujo al ladrón que lo confesó como Señor, diciendo: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43). Y porque hemos enseñado con autoridad profética que la sabiduría, que es Cristo, es llamada árbol de la vida por el sacramento de la futura encarnación y pasión: también esta propiedad de entendimiento debe ser confirmada por los Evangelios. Pues el mismo Señor se comparó a un árbol, cuando los judíos decían que expulsaba demonios por Beelzebub: O haced, dijo, el árbol bueno y su fruto bueno, o haced el árbol malo y su fruto malo; porque por el fruto se conoce el árbol (Mat. XII, 24). Porque siendo el fruto óptimo, expulsar demonios; decían que era Beelzebub, cuyos frutos son pésimos. Tampoco se desdeñó de enseñar en sí mismo la virtud de este árbol bendito, cuando yendo a la cruz dijo: Porque si en el árbol verde hacen esto, ¿qué se hará en el seco? (Luc. XXIII, 31), significando con el ejemplo del árbol verde que en él no había nada sujeto a la aridez de la muerte.

10. El hombre bienaventurado semejante a Cristo.---Este hombre bienaventurado será, por tanto, semejante a este árbol; como el ladrón trasladado al paraíso, será plantado según el curso de las aguas: y será esa plantación bienaventurada y no arrancada, que el Señor indica en los Evangelios, cuando se lamenta de la plantación ajena, diciendo: Toda plantación que no plantó mi Padre celestial, será arrancada (Mat. XV, 13). Este árbol, por lo tanto, dará sus frutos. Sin embargo, dondequiera que el discurso divino menciona algo sobre los frutos de los árboles, recuerda más bien que los árboles producen frutos, en lugar de darlos, cuando dice: No puede el árbol bueno dar frutos malos (Mat. VII, 18), y cuando, según Isaías, hay una queja sobre la viña: Esperé, dice, que diera uvas, pero dio espinas (Isa. V, 2). Este árbol, por lo tanto, dará sus frutos, moderado por la voluntad de dar y la razón. Pues en su tiempo los dará. ¿Y en qué tiempo? Precisamente en aquel del que el bienaventurado Apóstol dice, para dar a conocer a vosotros el misterio de su voluntad, según su beneplácito que propuso en él, para la dispensación de la plenitud de los tiempos (Efes. I, 9). Este es, por tanto, el tiempo de la dispensación, en el que se templa la oportunidad de recibir y dar, cuando sea su tiempo, para que reciban aquellos a quienes dará. La demora del tiempo depende de la plenitud de los tiempos. La dispensación de dar frutos está reservada para la plenitud de los tiempos. ¿Y cuál será entonces el fruto que se dispensará? Precisamente aquel del que el mismo apóstol menciona, diciendo: Y transformará, dice, el cuerpo de nuestra humillación conformado al cuerpo de su gloria (Filip. III, 21). Por lo tanto, nos dará estos frutos suyos, que ya en aquel que asumió para sí, y que se significa en el árbol, perfeccionó en el hombre, a quien transfundió en la naturaleza de su inmortalidad, absorbida la mortalidad. Será, por tanto, como este árbol el hombre bienaventurado, cuando él mismo esté conforme en la gloria de Dios con su Señor.

11. Las hojas de las palabras de Dios.---La hoja de este árbol no caerá. Y no es de extrañar que sus hojas no caigan, ya que sus frutos se darán más bien que caerán, no expulsados por madurez, no sacudidos por fuerza exterior, sino cosechados por la dispensación de un oficio racional. Y lo que significa en las hojas se ha resuelto por comparación con las cosas corporales. Pues observamos que esta es la naturaleza de las hojas, que brotan alrededor de los frutos para su protección; como una especie de muralla que protege los tiernos comienzos de los frutos. Por lo tanto, en las hojas se significa la doctrina de las palabras de Dios, que reviste los frutos prometidos a nosotros. Con estas palabras se sombrean nuestras esperanzas: bajo su protección se cubren en medio de las tempestades de este siglo. No caerán, por tanto, estas hojas, es decir, las palabras de Dios; porque el Señor dijo: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. (Mateo XXIV, 35). Nada de lo que ha sido dicho por Dios se desvanecerá o caerá.

12. Utilidad de estas hojas.---Que estas hojas de este árbol no sean inútiles, sino saludables para las naciones, lo testifica San Juan en el Apocalipsis diciendo: Y me mostró un río de agua de vida, claro como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero, en medio de su plaza, y a ambos lados del río, el árbol de la vida, que produce fruto doce veces, dando su fruto cada mes, y las hojas de ese árbol son para la sanidad de las naciones (Apoc. XXII, 1). El sacramento celestial (es decir, espiritual) se expone así a través de especies corporales, de modo que, aunque las cosas corporales no puedan cumplir la razón espiritual, sin embargo, no mutilan a los cuerpos. Pues convenía haber dicho que, a ambos lados del río mostrado, hay árboles, no un árbol. Pero porque el árbol de la vida es uno en todas partes en el sacramento del bautismo, suministrando el fruto de la predicación apostólica a todos los que vienen a él; por eso, a ambos lados del río, está presente un solo árbol de la vida. Pues un solo Cordero es visto en el trono de Dios, y un solo río, y un solo árbol de la vida: todos los cuales comprenden en sí mismos los misterios de la encarnación, el bautismo, la pasión, cuyas hojas, es decir, las palabras de la predicación, imparten salud a las naciones a través de la doctrina de un discurso que no decae.

13. Dones de la gloria eterna. — Y todo, dice, cuanto haga, será bien dirigido. Ya no, como en Adán, se perturbarán su don y sus estatutos: porque él perdió la bienaventuranza de la inmortalidad establecida por el pecado de la transgresión de la ley, pero por la redención del árbol de la vida, es decir, por la pasión del Señor, cuando seamos semejantes a ese árbol de la vida, ya todo lo que se haga en nosotros será eterno: eterno, además, con el sentido de bienaventuranza. Todo aquello que se haga será dirigido prósperamente; no por un cambio incierto, no en una naturaleza débil, cuando la incorruptibilidad absorba la corrupción, y la eternidad la debilidad, y la forma de Dios la forma de la carne terrena. A este árbol plantado, que en su tiempo da estos frutos, será semejante aquel hombre bienaventurado, él mismo también plantado en el paraíso; para que la plantación de Dios permanezca sin ser arrancada, en la cual todo lo hecho por Dios será dirigido prósperamente, sin que de ahí en adelante sea arrancado por ningún cambio o por nuestra debilidad, ni por el tiempo.

27 14. El cuerpo de los impíos después del juicio.---Habiendo demostrado la perfecta bienaventuranza de este hombre, era consecuente mostrar qué castigo aguardaba a los impíos. Sigue, pues, el VERS. 4: No así los impíos, no así, sino como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra. No se deja a los impíos esperanza alguna de esta bienaventuranza en comparación, sino que les queda una boca errante, triturada, aventada, dispersa e inquieta, para que, sacudidos de aquella firmeza de solidez corporal, sean llevados al castigo como polvo de burla: no disueltos en la nada, para que haya en ellos materia de castigo; sino triturados en lo vano, ligero y seco, para que sean zarandeados por la movilidad burlona del

castigo. De este castigo el mismo profeta recuerda en otro lugar, diciendo: Los desmenuzaré como polvo ante la faz del viento, como lodo de las calles los borraré (Salmo XVII, 43). Así como se ha establecido la comparación de la bienaventuranza, también lo es del castigo. Pues así como no hay esfuerzo en el viento para dispersar el polvo, y como los que caminan por las calles casi no sienten que pisan el lodo: así es fácil para el castigo del infierno destruir y dispersar a los impíos, a quienes la razón de sus pecados ha disuelto en lodo y desmenuzado en polvo, sin dejarles sustancia de firmeza, siendo polvo y lodo; y por el hecho de ser polvo y lodo, reservados solo en la naturaleza de una sustancia penal.

15. Los impíos resurgirán, pero no para el juicio.---Y porque por esta transformación, reducidos a polvo de firmeza, no serán partícipes de aquel bien que se dará al hombre bienaventurado del fruto del árbol en su tiempo; por eso añadió consecuentemente, VERS. 5: Por tanto, no resurgirán los impíos en el juicio. No se anuncia la abolición de aquellos que ciertamente serán polvo, por el hecho de que no resucitan; sino que se les niega la resurrección para el juicio. Pues no por el hecho de que no serán, carecerán del sentido del castigo: porque el castigo será un lucro, ya que no subsistirá para el castigo. Sin embargo, subsistirán porque serán polvo. Convertirse en polvo, ya sea por sequedad o por desgaste, no es perder la naturaleza de subsistir, sino haber sido sustituido en otra naturaleza. Pero por el hecho de que no resurgirán para el juicio, se ha determinado que no carecieron de la naturaleza de resucitar, sino que perdieron el orden de resucitar para el juicio. Qué orden de resurrección y juicio debe entenderse, el Señor lo muestra en los Evangelios diciendo: El que cree en mí, no es juzgado; pero el que no cree, ya ha sido juzgado. Y este es el juicio, que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz (Juan III, 18 y 19).

16. Si ni los fieles ni los infieles, ¿quiénes, entonces, serán juzgados? La negligencia de los oyentes y la facilidad descuidada de los lectores perturban el sermón del Señor. Pues cuando dice: "El que cree en mí no será juzgado", exime del juicio a los fieles; y cuando añade: "Pero el que no cree, ya ha sido juzgado", no admite al juicio a los infieles. Por lo tanto, si exime a los creyentes y rechaza a los infieles, no permitiendo el juicio ni sobre unos ni sobre otros, ¿cómo se entenderá lo que dice en tercer lugar: "Y este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz"? No puede quedar lugar para el juicio, ya que ni los infieles ni los fieles deben ser juzgados. Y esto parecerá así a los oyentes negligentes y a los lectores descuidados; sin embargo, en sí misma, la virtud de las palabras contiene la propiedad y la inteligencia del dicho.

17. Quienes, a saber, están entre los piadosos e impíos, en un estado intermedio. — Quien cree, dice, no será juzgado. ¿Por qué sería necesario juzgar al creyente? El juicio surge de cosas ambiguas, y al eliminar la ambigüedad, no se requiere el examen del juicio. Por lo tanto, ni siquiera es necesario juzgar a los infieles, ya que no hay ambigüedad sobre su infidelidad. Pero al eliminar el juicio sobre creyentes y no creyentes, el Señor añadió la causa del juicio y los autores sobre quienes es necesario juzgar. Hay algunos que están entre los impíos y los piadosos, que son intermedios, mezclados de ambos, pero no propiamente de ninguno, porque han permanecido en una mezcla de ambos: no deben ser considerados parte de la fe, porque hay algo de infidelidad en ellos; ni deben ser considerados infieles, porque tienen algo de fe. Muchos, de hecho, son contenidos por el temor de Dios en la Iglesia; pero al mismo tiempo, las tentaciones del mundo los atraen hacia los vicios seculares. Oran porque temen; pecan porque quieren. Se llaman a sí mismos cristianos porque la esperanza de la eternidad es buena; actúan como gentiles porque las cosas presentes son atractivas. No permanecen impíos, porque el nombre de Dios es honrado por ellos; no son piadosos, porque siguen cosas ajenas a la piedad. Y es necesario que amen más aquello que les impide ser lo

que dicen ser, según la voluntad de la denominación, con una voluntad de obras más fuerte. Y por eso el Señor, después de decir que los creyentes no serán juzgados y que los no creyentes ya han sido juzgados, añadió: "Este es el juicio, que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz." Por lo tanto, el juicio es sobre ellos, lo cual ya se ha realizado sobre los incrédulos y no es necesario sobre los creyentes: porque amaron más las tinieblas que la luz; no porque no amaran también la luz, sino porque su amor fue más inclinado hacia las tinieblas. La preferencia en el amor suele surgir de la comparación del amor: y de ahí viene el juicio, porque aunque amaron a Cristo, amaron más las tinieblas. Por lo tanto, serán juzgados aquellos que no serán juzgados como piadosos, ni ya han sido juzgados como impíos, sobre quienes el juicio se basa en la preferencia del amor.

18. Los impíos no serán juzgados, sino los pecadores.---El profeta también comprendió esta disposición evangélica, diciendo: Por eso no resucitarán los impíos en el juicio, ni los pecadores en el consejo de los justos. A los impíos no se les concede el juicio, porque ya han sido juzgados; pero a los pecadores, que en el discurso anterior enseñamos a distinguir de los impíos, se les niega el consejo de los justos, porque deben ser juzgados. Pues la impiedad hace que aquellos sean prejuzgados, mientras que el pecado retiene a estos para ser juzgados. Así, ni la impiedad, que ya ha sido juzgada, se permite al juicio de los pecadores; ni los pecadores, que deben ser juzgados, son dignos de estar en el consejo de los justos, quienes no serán juzgados.

19. Cómo Dios conoce o ignora.---Y de esta diferencia surge el orden. VERS. 6. Porque el Señor conoce, dice, el camino de los justos, y el camino de los impíos perecerá. Los pecadores no se acercan al consejo de los justos porque el Señor conoce el camino de los justos. Sin embargo, conoce no con un conocimiento de ignorancia, sino con la dignidad de conocer. Pues en Dios no hay cambio de pasiones humanas, como si algo conociera o ignorara. El bienaventurado Apóstol Pablo explicó de qué manera somos conocidos por Dios, diciendo: Si alguno entre vosotros es profeta o espiritual, reconozca que lo que os escribo es del Señor; pero si alguno no reconoce, no será reconocido (I Cor. XIV, 38 y 39). Así, muestra que son conocidos por Dios aquellos que han reconocido lo que es de Dios: siendo conocidos cuando han conocido; obteniendo la dignidad del conocimiento por el mérito de la religión conocida: de modo que lo que se conoce no se entienda como un progreso del ignorante, sino del conocido. Absolutamente, el Señor mostró en Adán y Abraham que ignora a los pecadores, pero conoce a los fieles. Pues a Adán, después del pecado, se le dijo: ¿Dónde estás, Adán? (Gén. III, 9), no porque Dios, que aún lo tenía en el paraíso, no supiera que estaba en el paraíso; sino porque al ser preguntado dónde está, se muestra indigno del conocimiento de Dios por lo que pecó. Abraham, sin embargo, ignorado por mucho tiempo, a quien ya septuagenario le fue dirigida la palabra de Dios, cuando se probó fiel al Señor por la ofrenda de Isaac, es recibido con tal dignación en la familiaridad divina: Ahora conozco que temes al Señor tu Dios, y no perdonaste a tu hijo amado por mí (Gén. XXII, 12). No ignoraba ciertamente la fe de Abraham, que le había sido contada por justicia al creer en la generación de Isaac; pero porque había dado una gran prueba de su temor al ofrecer a su hijo, ahora es conocido, ahora es probado, ahora es digno de no ser ignorado. Así, Dios reconoce y desconoce; cuando Adán pecador es desconocido, y Abraham fiel es reconocido, digno ciertamente de ser conocido por Dios, quien no ignora nada. Conocido, pues, es para Dios el camino de los justos que no serán juzgados: y por eso los pecadores que serán juzgados son apartados de su consejo. Los impíos, sin embargo, no resucitarán en el juicio, ya que su camino perdido ya ha sido juzgado por aquel que dice: El Padre no juzga a nadie (Juan V, 22), sino que todo juicio lo ha dado al Hijo, nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO II. Sin título en los Hebreos.

¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos traman cosas vanas? Se levantan los reyes de la tierra, y los príncipes conspiran unidos contra el Señor y contra su Ungido. "Rompamos sus cadenas y sacudamos de nosotros su yugo". El que habita en los cielos se reirá de ellos, el Señor se burlará de ellos. Luego les hablará en su ira, y en su furor los confundirá: "Yo he sido constituido rey por Él sobre Sión, su monte santo, proclamando su decreto". El Señor me dijo: "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las naciones como herencia tuya, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los regirás con vara de hierro, y como vasija de alfarero los quebrarás". Y ahora, reyes, entended; aprended, jueces de la tierra. Servid al Señor con temor, y alegraos con temblor. Aceptad la corrección, no sea que se enoje el Señor y perezcáis en el camino justo. Cuando se encienda en breve su ira, bienaventurados todos los que confían en Él.

TRATADO DEL SALMO II.

La autoridad apostólica nos hace dudar a muchos de nosotros sobre si este salmo debe considerarse como una continuación del primero y, por así decirlo, como la conclusión del primero, o si debe contarse como el segundo. En los Hechos de los Apóstoles se nos enseña que este es el primero, bajo la oración del bienaventurado Pablo: "Y nosotros os anunciamos la promesa hecha a los padres: esta Dios la ha cumplido para con nosotros, sus hijos, resucitando a nuestro Señor Jesús, como está escrito en el primer salmo: 'Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy', cuando lo resucitó de entre los muertos, para no volver más a la corrupción." Por esta autoridad apostólica se cree que el error de los escribas ha llevado a que este salmo se numere como el segundo, cuando se sabe que es el primero, según el testimonio del mismo doctor de las naciones. Por lo tanto, debe entenderse la razón por la cual debe ser considerado por nosotros como el segundo, y por qué el Apóstol lo muestra como el primero.

2. En efecto, en los tiempos intermedios de la ley, antes de que el unigénito Hijo de Dios, permaneciendo como el Verbo de Dios desde antes de los siglos, naciera como hombre, a petición del rey Ptolomeo, setenta ancianos tradujeron los libros del Antiguo Testamento del hebreo al griego. Sin embargo, ya desde antes, Moisés había establecido que en cada sinagoga hubiera setenta doctores. Pues el mismo Moisés, aunque había consignado las palabras del Antiguo Testamento en escritos, había revelado separadamente ciertos misterios más secretos de la ley a los setenta ancianos, quienes serían los doctores en adelante. De esta doctrina también el Señor hace mención en los Evangelios, diciendo: "Sobre la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos: todo lo que os digan, hacedlo y guardadlo; pero no hagáis conforme a sus obras." La doctrina de estos, por tanto, permaneció en el futuro, la cual, recibida del mismo escritor de la ley, se conservó en este número y oficio de los ancianos. Así, estos ancianos, al traducir estos libros, y habiendo adquirido, según la tradición de Moisés, el conocimiento espiritual de las ciencias ocultas, tradujeron las expresiones ambiguas de la lengua hebrea y ciertas cosas que anunciaban de manera diversa, según las virtudes de las cosas, con significados precisos y propios de las palabras, moderando la múltiple comprensión de los discursos con la ciencia de la doctrina. Y de ahí se deriva que quienes posteriormente tradujeron, interpretando de diversas maneras, trajeron un gran error a las naciones: al ser ignorantes de aquella tradición oculta y proveniente de Moisés, publicaron, inciertos en sus propios juicios, lo que había sido mencionado ambiguamente en lengua hebrea. De la ambigüedad de la lengua hebrea aportaremos un ejemplo, del cual se puede entender que las demás cosas de este tipo son así como son. "Bresith" es una palabra

hebrea. Tiene en sí tres significados: "en el principio", "en la cabeza" y "en el hijo". Pero los traductores setenta publicaron "en el principio", mientras que otros lo tradujeron de manera diversa: y según esta ambigüedad, esta confusión ha sido causada por ellos en toda traducción.

3. Autoridad de los LXX intérpretes.---Pero la autoridad perfecta de estos setenta intérpretes permanece. Primero, porque tradujeron 33 años antes del advenimiento corporal del Señor, y no se les puede acusar de adulación en la interpretación debido a la antigüedad interior de la interpretación; además, porque esos mismos príncipes y doctores de la sinagoga, además de su conocimiento de la ley a través de Moisés, también estaban perfeccionados por una doctrina más secreta, no podían dejar de ser árbitros probables de la interpretación, siendo autores certísimos y gravísimos de la enseñanza. Así, al traducir los salmos entre otros libros, los enumeraron, los ordenaron y los distinguieron con diapsalmos, que todos según los Hebreos estaban y están confundidos. Por lo tanto, sus traducciones no eran necesarias para los Hebreos que solo usaban su propia lengua. Sin embargo, habiendo observado todos estos con diligente y religiosa custodia, después de que el Señor había cumplido toda la ley con el sacramento de su encarnación, pasión y resurrección, al comparar estos libros que los mismos traductores habían editado para el rey, y encontrándolos fielmente consonantes, se estableció una autoridad indisoluble por el privilegio de la doctrina y la antigüedad.

4. Por qué Pablo lo llamó primero.---El bienaventurado apóstol Pablo, según su profesión, hebreo de hebreos, también según el conocimiento y la fe hebrea, dijo que este salmo era el primero, sin usar la distinción de los traductores: para quien era de gran interés predicar a los príncipes de la sinagoga que nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, nacido, padecido, resucitado, reina eternamente según la doctrina de la ley. Mantuvo, por tanto, este modo, para que él mismo, siendo hebreo y predicando a los hebreos, usara la costumbre de los hebreos. Pero nosotros debemos usar la autoridad de los traductores, transfiriendo la ley no con la ambigüedad de la letra, sino con el conocimiento de la doctrina.

5. A quiénes, cuándo y en qué medida se refiere este salmo.---Sin embargo, la autoridad apostólica proporciona ahora una comprensión completísima de la persona, el tiempo y la causa. Pues lo que los mismos Apóstoles pensaron sobre este mismo salmo en el libro de sus Hechos, lo diremos con sus propias palabras. Está escrito (Hechos IV, 24, etc.): Y ellos diciendo, Señor, tú eres quien hizo el cielo y la tierra y el mar y todo lo que en ellos hay, quien por boca de nuestro padre David, tu siervo santo, dijiste, VERS. 1, 2: ¿Por qué se amotinan las naciones, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno contra el Señor y contra su Cristo. Porque verdaderamente se reunieron en esta ciudad contra tu santo hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían predestinado que sucediera. Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que hablen tu palabra con toda confianza. No es, por tanto, ambiguo lo que el salmo mostró en un tiempo tan anterior de profecía. Pues mezclados entonces en Herodes y Pilato, las naciones amotinadas y los pueblos pensando vanidades, se levantaron en uno con sus príncipes y reyes. Porque con el juicio común tanto del procurador como del tetrarca, la pasión de condenación fue confirmada contra el Señor.

6. Naciones furiosas.---Y ciertamente, según el conocimiento profético, a cada género y nombre de cada una de las palabras se le ha asignado una propiedad específica: así las naciones se enfurecieron, movidas por un impulso ignorante y desordenado, al ver y escuchar al Hijo de Dios en la carne. Tanto se enfurecieron, que lo coronaron con espinas, se burlaron

de él vestido con un manto real y con el saludo y honor de rey, le golpearon la cabeza con una caña, le dieron a beber vinagre y hiel, y le perforaron el costado con una lanza. Pues la cohorte de soldados subordinados a Pilato, impulsada por la furia de una ira descontrolada, llevó a cabo estos actos.

7. Sin embargo, los pueblos han meditado en vano: es decir, ocupados en la meditación vana de las doctrinas de Dios, no comprendieron a través de la meditación de la ley a aquel que era anunciado en la ley. Pues ya entonces no solo el pueblo de la sinagoga abundaba según la generación carnal de Abraham; sino que de muchos pueblos, en el nombre de un solo pueblo de Israel, se contenía la diversidad de muchos pueblos. Y esto se escribe así en el libro de los Hechos (II, 5): "Había entonces en Jerusalén judíos residentes, hombres temerosos del Señor, de toda nación bajo el cielo." Por lo tanto, estos pueblos meditaron en vano, congregados de muchos pueblos en un solo pueblo.

8. También los reyes se presentaron, a saber, Pilato y Herodes, en quienes se entienden los reyes de la tierra: y cada uno, por la necesidad de las leyes que presidían, ofreció su presencia. Pero aquellos que con consejo impío e irreligioso trataban en muchas reuniones contra el Señor, estos príncipes se reúnen en uno: frecuentemente, por supuesto, en la casa de Caifás con todos los príncipes de los sacerdotes congregados. Finalmente, Herodes el tetrarca y Pilato el pretor son llamados reyes de la tierra: porque asistieron por derecho del imperio terrenal. Sin embargo, los demás que se reunieron en uno, ni son reyes de la tierra, ni príncipes de los sacerdotes, porque ni tenían el derecho de su reino sometido al pretor romano y al tetrarca, ni ya merecían ser llamados príncipes de los sacerdotes, porque se habían mostrado impíos contra Dios y el Señor de su sacerdocio.

9. Superior, Padre, los Apóstoles pronuncian lo siguiente. Y dado que no hay duda de que el salmo comenzó desde la persona de Dios Padre según la autoridad apostólica; ya que dijeron: "Tú que por boca de nuestro padre David, tu siervo santo, dijiste", por eso, para entender el cambio de persona, los intérpretes intercalaron el diapsalma, aunque no se encontraba en los libros de los Hebreos. Por lo tanto, la persona que se cambia debe entenderse como la de los Apóstoles, quienes dicen, VERS. 3: "Rompamos sus cadenas y arrojemos de nosotros su yugo". Es necesario que detesten lo que reprueban. Por lo tanto, aquellos que se enfurecieron y meditaron vanidades, rompen las cadenas y arrojan el yugo. Y no hay duda de que difiere arrojar el yugo de romper las cadenas; lo cual conviene a ambos géneros y nombres mencionados anteriormente: que las naciones rompan las cadenas, pero el pueblo arroje el yugo; porque las naciones están atadas por las cadenas de sus pecados, de las cuales no pueden liberarse por su infidelidad, según lo que se ha dicho: "El pecador está atado con las ligaduras de sus pecados" (Prov. V, 22). Los judíos, en cambio, están cargados con el yugo de la ley, que los Apóstoles arrojan de sí, como dice el bienaventurado Pedro: "Ahora pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre el cuello de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar?" (Hech. XV, 10). Por lo tanto, arrojan de sí el yugo del pueblo, porque estuvieron sometidos a él: pero las cadenas no las rompen para sí, sino para las naciones. Y así se ha mantenido la razón de ambos discursos. Donde se rompen las cadenas, no añaden ninguna significación de su propia persona: pero donde arrojan el yugo, al decir "Arrojemos de nosotros", se entiende que no hablan de otros sino de sí mismos: para que, al arrojar ese pesado e intolerable yugo, se sometan al suave y ligero al que fueron invitados, el yugo de la santificación evangélica; y rompan las cadenas de las naciones por la libertad de la predicación, según lo que dijeron en la conmemoración del mismo salmo: "Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con toda confianza hablen tu palabra" (Hech.

IV, 29). Porque estas doctrinas apostólicas rompen los lazos de todas las infidelidades y pecados.

10. Hijos del desprecio, desprecio del Padre.---Y porque anteriormente se mantuvo una doble persona, cuando dice, contra el Señor y contra su Cristo: también ahora sigue una doble significación de quien se ríe y se burla. Pues no se distingue la injuria de uno del otro, ni se separa el honor de la religión hacia ambos. Porque quienes por la genuina y legítima naturaleza del padre y del hijo son uno en la gloria de la divinidad, también son uno en la injuria del desprecio o en la reverencia del honor, y uno en el otro es honrado o despreciado. Y el mismo Señor lo ha testificado diciendo, así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. Quien no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió (Juan V, 21, etc.). No se distingue el honor, no se diferencia la injuria: se espera una religión equitativa hacia ambos, y la injuria de uno es el desprecio de ambos. Así, cuando en uno se desprecia a ambos; quienes son uno en divinidad por la gloria, también son uno en religión por el honor. Y de aquí que quienes se reunieron contra el Señor, también se reunieron contra su Cristo: y a quienes habita en el cielo se ríe, también el Señor se burla de ellos.

11. El Hijo no dejó el cielo al descender. No porque el Señor no estuviera siempre en el cielo, ya que Él mismo testificó de sí mismo: Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo (Juan III, 13, ver libro X de Trinitate, n. 16). Por lo tanto, no está ausente del cielo, porque aunque descendió del cielo, permaneciendo y hablando como Hijo del hombre; sin embargo, mientras decía estas cosas, estaba en el cielo. En verdad, el Hijo del hombre había descendido, pero por la virtud de su naturaleza, el Hijo de Dios no estaba ausente de donde había descendido, ni se había despojado de lo que era antes cuando nació como hombre; ni al hacerse Hijo del hombre, dejó de ser Hijo de Dios. Sino que tanto el Hijo del hombre es el Hijo de Dios, que al descender del cielo, era Hijo de Dios, y por la virtud de su sustancia, el mismo Hijo del hombre estaba en el cielo.

12. Distinción entre el Padre y el Hijo.---Pero queriendo el profeta, bajo la distinción de personas, significar al Padre, quien, aun cuando su Hijo estaba en la tierra en la figura del hijo del hombre, permanecía en su eterna y bienaventurada sede, y descansaba sin ninguna disposición de descenso, dice, VERS. 4: El que habita en los cielos se burlará de ellos, y el Señor los ridiculizará: para que a través de aquel que se burla habitando en el cielo, se entendiera también al Señor que los ridiculiza desde el cielo. Sin embargo, no hay diferencia entre ridiculizar y burlarse: pues ambos se realizan mediante el acto de la boca según el afecto de la voluntad. Porque según nuestra comprensión, el sentido de las cosas divinas se expone a través de especies corporales: para que la ridiculización y la burla se mencionaran al eludir a aquellos que se habían reunido contra el Señor y contra su Cristo; no porque en el Dios incorpóreo ocurriera una distensión o contracción de la boca, sino para que, según la costumbre de nuestra naturaleza, conociéramos con qué juicio de la voluntad divina se burlaba de los impíos. Por lo tanto, fueron ridiculizados y burlados. Pues aquellos que habían fabricado falsos testimonios, que habían comprado la traición, que habían recibido sobre sí y sus hijos su sangre, que habían clamado: Crucifícalo, que habían dicho: Desciende de la cruz, si eres el Hijo de Dios, que habían sellado el sepulcro, que habían comprado el silencio de la resurrección a los soldados y la fama del cuerpo robado, perdieron el esfuerzo de su impiedad. Es Dios a quien habían clavado en la cruz: es eterno aquel cuyo sepulcro habían sellado. Se burla de la impiedad, mientras se esfuerza por lo ilícito, mientras busca lo no

concedido, mientras pierde lo que espera haber obtenido, mientras reconoce que es Dios a quien condena como hombre.

13. Las perturbaciones no afectan a Dios.---Por lo cual, esto sigue adecuadamente, VERS. 5.---Entonces les hablará en su ira, y en su indignación los turbará. Después de que, al resucitar de entre los muertos el Hijo de Dios, en quien la muerte había recaído por la apariencia del cuerpo que asumió, la temeridad de la impiedad infructuosa fue ridiculizada: Dios habla a aquellos a quienes había burlado, y los turba en su indignación. Y antes de que mostremos cuál es este discurso de ira y qué es esta perturbación de indignación, es necesario advertir a los lectores y oyentes que no crean que alguna alteración de pasiones y perturbaciones de movimientos puede recaer en Dios. Nada nuevo incide en aquella naturaleza eterna y perfecta: ni quien es de tal manera que, tal como es, así sea siempre, para que nunca deje de ser el mismo, puede llegar a ser algo distinto de lo que siempre es. Las causas terrenales e imperfectas tienen la propiedad de volverse mutables por la conversión de la naturaleza, cuando la tristeza perturba la alegría, la ira la placabilidad, la ofensa la benevolencia, la envidia la ecuanimidad, y la preocupación la seguridad: y somos por esto en algún momento diferentes de lo que fuimos, cuando la afección presente de la mente, al infiltrarse por nuestra inconstancia y debilidad, inquieta el movimiento de otra apetencia; y de lo que fuimos, una conversión repentina nos transforma en lo que somos. Pero Dios, bienaventurado y perfecto, no necesita progreso, a quien nada le falta: no es nuevo por alteración quien carece de origen. ÉL ES, quien es lo que es no por otra cosa: está en sí mismo, consigo mismo, de sí mismo, es suyo para sí mismo, y él mismo es todo para sí mismo, careciendo de toda alteración de novedad, quien no dejó nada más que pudiera incidir en él, por el hecho de que él mismo es todo para sí mismo.

14. Dios, que no necesita de nada, por qué creó lo creado.---De esta óptima y benevolente bienaventuranza, por nuestro Señor Jesucristo, procedieron todas las creaciones celestiales e invisibles, las constituciones espirituales y corporales; no para adquirir algún provecho de ellas, a las cuales daba origen. Pues nadie necesita de aquello que otorga de sí mismo, ni progresa por aquello de lo cual es autor. Las cosas exteriores son las que aportan progreso; porque aquello que remedia la carencia es ajeno. Dios, por lo tanto, de quien todo procede, no necesita de aquello a lo que ha concedido ser lo que son: en verdad, creó todo para el progreso de aquello que sería engendrado. Y porque el discurso sería largo si también se comenzara con lo celestial e invisible, tratemos de nosotros mismos, a quienes está dirigida la profecía del salmo.

15. Todo lo que el hombre pide, no es para su propio beneficio, sino para el del hombre. No creó al hombre porque necesitara de su servicio en algo, sino porque es bueno, lo hizo partícipe de su bienaventuranza y perfeccionó al animal racional para el uso de otorgar su eternidad con vida y sentido, y esto se entiende claramente de sus propias palabras. Pues dice: Y ahora, Israel, ¿qué te pide el Señor tu Dios, sino que temas al Señor tu Dios, y andes en todos sus caminos, y lo ames, y sirvas al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza, y guardes los mandamientos del Señor tu Dios, y sus justificaciones, que yo te prescribo, para que te vaya bien (Deut. X, 12 y 13)? Dios no nos exige ningún servicio, salvo el de la inocencia, la religión y la fe. Exige ser amado por nosotros, no porque él mismo reciba algún fruto de nuestro amor por él, sino porque el amor mismo nos beneficiará a nosotros, que lo amaremos. Pues desea ser amado y que le sirvamos, para que nos vaya bien, para que seamos considerados dignos de su bienaventuranza y del don de su bondad por el mérito de nuestro amor y servicio. Sin embargo, el uso de la bondad, como el resplandor del sol, como la luz del fuego, como el aroma del perfume, no beneficia al

que lo ofrece, sino al que lo usa. Por lo tanto, lo que somos es más bien nuestro progreso que el de aquel que nos creó en lo que somos; porque Dios, no envidiando los bienes eternos que están en él, nos asume en el sentido y uso de su bienaventurada bondad.

16. Lo creó para alcanzar la bienaventuranza, y por tanto libre. Pero aquel que es perfecto y bueno, usó su bondad y bienaventuranza hacia nosotros no sin razón y medida. Pues a cada uno de nosotros le concedió la libertad de la vida y del sentido, sin imponer necesidad alguna hacia uno u otro lado, de modo que una ley obligara a cada uno a ser bueno o malo por naturaleza, sino que, habiéndonos creado por benevolencia para disfrutar de su bienaventuranza, estableció para nosotros el progreso hacia ella mediante el mérito de una vida inocente y honesta. ¿Qué honor merecería esta necesidad de premio de bondad, si una fuerza unida a nosotros no nos permitiera ser malos? Por tanto, la bondad se dejó a la voluntad: para que la voluntad adquiriera para sí el premio de la bondad, y el progreso y uso de esta bienaventuranza eterna nos fuera por mérito, no por una necesidad indiscriminada por ley. Y aunque nos atrajera hacia la voluntad de la bondad, es decir, a vivir bien y honestamente por la esperanza de merecer y disfrutar de su bondad, añadió el castigo por la bondad evitada y despreciada: de modo que, habiéndonos dejado la libertad de la voluntad para merecer la bondad, ya que la necesidad no tendría mérito de la naturaleza, la misma libertad fuera diariamente advertida por el terror del castigo contrario. Y así, tanto por la razón de lo equitativo y justo se permitió la libertad para el mérito del premio, como por la bondad de Dios la fuerza de la libertad fue restringida por el temor de la constitución, de modo que el deseo de bien fuera advertido por la esperanza del mérito, y el rechazo del mal fuera persuadido por el castigo de la venganza propuesta.

17. La ira de Dios como castigo del pecado.---Por lo tanto, para aquellos a quienes, por la libertad de la voluntad, la maldad les ha parecido más atractiva, se cree que la retribución establecida es la ira de Dios: no porque esa naturaleza inmutable y tranquila de Dios se encienda con un impulso turbulento, sino porque aquel que permanece en el castigo por la constitución de la pena, siente que el autor de esta constitución está enojado con él. Pues el castigo del que sufre se cree que es la ira del que lo decreta. Y así, Dios se enoja cuando, a través del dolor del castigo, sienten que la ira del decreto está sobre ellos como castigados: lo cual no es por un cambio de naturaleza hacia la ira desde la placabilidad, sino que es la ira para los que deben ser castigados por la constitución de la pena. Esta constitución de la pena, que se llama y es ira, Juan la muestra en el Evangelio, diciendo: "Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?" (Mateo III, 7). Pues aunque les correspondía ser castigados por su impiedad mediante la constitución de la pena, sin embargo, huían de esta ira venidera mediante la confesión del arrepentimiento. El Apóstol también menciona esta ira de la siguiente manera, diciendo: "Porque si cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros; mucho más ahora, justificados por su sangre, seremos salvados de la ira por él": mostrando evidentemente la ira como el castigo de la constitución permanente (Romanos V, 10).

18. La ira de Dios no proviene de un impulso repentino.---Por lo tanto, Dios no es susceptible de cambio, ni se transforma de una cosa a otra, ya que Él es de naturaleza cierta y constante, y permanece como es, pues ha dicho: Yo soy el que soy, y no cambio (Malaquías III, 6). Esa bienaventurada, perfecta y eterna bondad de virtud no sufre conversión, ni se transforma de una cosa a otra por un impulso accidental. Y esto mismo lo atestigua aquí el Profeta hablando por el Espíritu Santo, diciendo: Dios es un juez justo, fuerte y magnánimo, ¿acaso se enojará todos los días? (Salmo VII, 12, etc.) Si no os convertís, ha afilado su espada, ha tensado su arco y lo ha preparado: y en él ha preparado instrumentos de muerte: ha fabricado sus flechas

para los que arden. Por lo tanto, el magnánimo no se transforma en ira, sino que el juez poderoso ha decretado el castigo por la culpa. Pues para los que no se convierten, ha afilado la espada, ha tensado el arco, y en él ha preparado instrumentos de muerte, y ha fabricado sus flechas para los que arden. Sin embargo, lo ha hecho no por un impulso de ira repentina que se encienda súbitamente por el deseo de venganza, sino que ha obrado para los que arden, quienes por su voluntad impenitente se han constituido a sí mismos para ser quemados. Y para aquellos que no se conviertan, la espada ha sido afilada, no por un cambio de ira que se manifieste día a día (pues el magnánimo no se enoja todos los días), sino porque ha decretado el juicio, su espada ya está lista por la constitución del castigo. Los mismos ministerios espirituales del juicio penal se mencionan en la espada, el arco y las flechas, porque están preparados para los que arden. No se preparan por un impulso de ira temporal, sino que Dios, con la más equilibrada moderación de su bondad, los ha dispuesto por la constitución de un decreto: no dejando oculta la severidad de esta constitución ni desconocida, sino advirtiendo su terror con sus anuncios, y demorando, aunque establecida, con una larga dilación para el arrepentimiento del pecado.

19. Para que Dios hable en su ira.---Y por eso, después de que las naciones se enfurecieron y los reyes se levantaron, después de que los pueblos, meditando en vanidades, se reunieron en uno contra el Señor y su Cristo, y después de que fueron burlados y ridiculizados, se añade: Entonces les hablará en su ira, y en su indignación los turbará. Sin embargo, para mostrar cómo el Señor suele hablar siempre en su ira, presentaremos un ejemplo muy grave y significativo de la doctrina profética, con Isaías diciendo: Escuchad la palabra del Señor, príncipes de Sodoma; prestad atención a la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. ¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios?, dice el Señor. Estoy harto. No quiero holocaustos de carneros, ni grasa de corderos, ni sangre de toros y machos cabríos; ni aunque vengáis a presentaros ante mí, (¿quién ha requerido esto de vuestras manos?) no volveréis a pisar mi atrio. Si traéis ofrendas de harina, es en vano: el incienso es una abominación para mí. No soporto vuestras lunas nuevas, vuestros sábados y el día grande. Mi alma odia vuestros ayunos, vuestras fiestas y vuestras lunas nuevas. Porque os habéis convertido en una carga para mí, ya no soporto vuestros pecados. Cuando extendáis vuestras manos, apartaré mis ojos de vosotros; y si multiplicáis la oración, no os escucharé: porque vuestras manos están llenas de sangre. (Isa. I, 10, y ss.). Y estas son palabras atroces y llenas de ira, que los príncipes de Sodoma sean llamados la noble familia de Abraham, que el pueblo de Gomorra sea llamado el elegido en la herencia de Israel, que los sacrificios sean inaceptables, las solemnidades abominables, los ayunos detestables. Los ojos deben apartarse de la vista de los que se acercan, los oídos deben cerrarse al clamor de los que oran, porque las manos están llenas de sangre: ¿qué hay más grave que esta amenaza? ¿qué hay más severo que estas advertencias? Pero veamos cómo Dios habla en su ira.

42 20. Cómo las duras palabras de Dios ahora están llenas de benignidad. --- Sigue, después de haber dicho: "Vuestras manos están llenas de sangre": Lavaos, sed limpios, quitad las iniquidades de vuestras almas, de la vista de mis ojos. Aprended a hacer el bien, buscad la justicia, liberad al oprimido, defended al huérfano y haced justicia a la viuda: y venid, discutamos, dice el Señor. Y si vuestros pecados fueran como la grana, los haré blancos como la nieve; si fueran rojos como el carmesí, los haré como lana blanca. Y si queréis y me escucháis, comeréis de los bienes de la tierra; pero si no queréis ni me escucháis, la espada os devorará. Porque la boca del Señor ha hablado. Sigue la benignidad al terror. Y a aquellos a quienes ya se les debe la venganza por el crimen, aún les queda la bienaventurada confesión de una conciencia penitente. Pues Dios no destruye inmediatamente en su ira, sino que habla, y con la pena aún disimulada, solo perturba en su indignación. Porque aquellos que eran

como el carmesí y la grana, descoloridos por la sangre que rebosaba en sus manos, se volverán blancos como la nieve, y serán vestidos con la bienaventuranza de la lana pura. Y estas cosas, tomadas de la autoridad del Antiguo Testamento, veamos si también en el nuevo se entiende que la ira de Dios es tal que salva.

21. Pues Juan, a quienes reprocha ser una generación de víboras por la maldad de la impiedad paterna en ellos, así los aconseja para la salvación: Haced, pues, frutos dignos de penitencia (Mat. III, 9). Y nuevamente el mismo Señor: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar (Mat. XI, 28). Pero a los que se enfurecen contra Él, y no solo en la pasión, sino también después de la pasión, no digo que se reúnan en uno, sino que respiran persecución contra la Iglesia, la huida de los apóstoles, la matanza de los mártires, Dios así habla airado: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor: Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues. Pero él, temblando y asustado por lo que le había sucedido, dijo: Señor, ¿qué quieres que haga? Así habla airado, así en la indignación perturba, con quienes por el mérito de la impiedad se ha decretado el castigo, a ellos mismos por la advertencia de cesar, se les infunde miedo y terror.

22. Quien salubremente perturba.---Pero ni siquiera el profeta omitió la predicación principal y máxima de hablar con ira e indignación, perturbando. Pues, después de lo que dice: Entonces les hablará en su ira, y en su furor los perturbará, para mostrar cuál era esa palabra de ira, y qué perturbación se generaba de ella, añadió, VERS 6-9: Yo, sin embargo, he sido constituido rey por él sobre Sion, su monte santo, anunciando su precepto. El Señor me dijo: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las naciones como herencia tuya, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los regirás con vara de hierro, y como vasija de alfarero los quebrarás. Hablando con ira y perturbando con indignación, modera tanto el modo de enojarse como el de hablar. Pues ni disimula su ira con el poder mostrado, ni excede su bondad con el terror anunciado; para que el temor de aquel cuya potestad demuestra, nos aleje de la impiedad. Por lo tanto, se perturban los que rugen y meditan vanidades, cuando saben que hay un rey, cuando oyen al hijo de Dios, cuando aprenden que él es poseedor de los confines de la tierra y heredero de las naciones, cuando reconocen que el derecho de gobernar con vara de hierro es suyo, cuando entienden que los pueblos serán quebrantados con la facilidad de una vasija de alfarero. Así habla enojado, así perturba indignado, no castigando la impiedad cometida, sino perturbando al impenitente con el terror de la potestad recordada para la confesión de penitencia.

23. Superiora de Cristo dichas ser.---Aunque en verdad, por el espíritu de profecía, para realizar los hechos que se narran (porque Dios, por su providencia no ambigua, suele significar los futuros como pasados), se puede entender absolutamente que todas estas cosas se dicen desde la persona del unigénito Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo; y sería una gran infidelidad aportar a estas palabras un sentido de opinión ambigua; sin embargo, también debe mostrarse a través de las doctrinas evangélicas y apostólicas que el Profeta no profetizó nada de lo que debía ser realizado y proclamado, que no hubiera sido antes profetizado; especialmente cuando surge un error no pequeño entre los ignorantes y simples en lo que se ha dicho: Yo hoy te he engendrado. Pues, aunque el unigénito Hijo de Dios permanece antes de los tiempos, no se entiende que sea conveniente ni consonante que haya sido engendrado en un día, ya que todo día está en el tiempo. Porque los tiempos, según el conocimiento prescrito por Moisés, han sido medidos en su movimiento y curso desde el origen del mundo y su constitución, ya que están diferenciados por momentos, horas, meses y años en una sucesión que se repite en sí misma: y el tiempo ha sido instituido a partir del tiempo, porque toda sustitución mutua de los tiempos genera y termina todos los tiempos. Y

por eso el día está en el tiempo, a través del cual todo el tiempo comienza y termina, y al terminar, comienza. Pero el unigénito Hijo de Dios, como es el Verbo de Dios, así también era Dios el Verbo; no está con los tiempos, sino antes de los tiempos; no está en algo, sino antes de todo. Pues existía cuando los tiempos fueron hechos, ya que Él los hizo. Por lo tanto, existía siempre. No está definido en el tiempo, no está sujeto a número; sino que es el origen de todos aquellos que son y pueden ser llamados ser: Él mismo, desde el origen de su infinita eternidad, persiste en ser como engendrado desde la eternidad. Para que, por tanto, la razón del dicho profético, donde dice: Yo hoy te he engendrado, pueda ser entendida, debemos aplicar la autoridad evangélica, apostólica y profética: para que entendamos al profeta a partir del apóstol, o al apóstol a partir del profeta. Sin embargo, debe mantenerse el mismo orden de los dichos evangélicos que es el del salmo.

24. Cristo es rey.---Pues esto es lo primero: Yo he sido constituido rey por Él sobre el monte santo de Sion. Y no sé a quién le sería seguro dudar que Cristo es rey, cuando incluso el ladrón lo confesó en la pasión de la cruz, diciendo: Acuérdate de mí, Señor, cuando vengas en tu reino (Luc. XXIII, 42). Pero no basta la confesión del ladrón, que profesa que es rey. También lo atestiguan los Magos que adoran, al preguntar: ¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? (Mat. II, 2). Lo atestigua también Pilato al preguntar: ¿Eres tú el rey de los judíos? (Mat. XXVII, 11). Y el Señor lo profesa al responder: Tú lo dices (Ibídem). No niega cuando es interrogado, ni se gloría al ser humillado hasta la muerte. Como no hay confesión sino a partir de la respuesta, así tampoco se presentó como autor de la profesión, ni negó al que preguntaba la verdad del conocimiento.

25. Que el Hijo de Dios sea Dios y hombre.---Pero no basta con haber respondido que es rey, escuchemos también quién es este que es rey. El sumo sacerdote incluso con un juramento pregunta, diciendo: Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios (Mateo 26, 63). Y Jesús les dice: Tú lo has dicho. La pregunta ahora tampoco se desaprueba, pero se evita la jactancia y la gloria de una profesión espontánea; sin embargo, la verdad buscada no se niega. Así, la modestia de la humildad y la confesión de la verdad se equilibran, de modo que haya tanto deber en la respuesta como conocimiento en la pregunta. Pero se debe esperar cuál es finalmente el progreso de esta respuesta, que Cristo es el Hijo de Dios, es decir, lo que sigue a lo que se ha dicho, Tú lo has dicho: En verdad os digo, desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo (Ibid. 64). El que es Hijo del Hombre, es el mismo que es Hijo de Dios: la naturaleza de la nobleza en la asunción del Hijo del Hombre no se pierde. Pues no por eso deja de ser Hijo de Dios, porque también es Hijo del Hombre. No es que con la disminución de la divinidad se produzca un aumento de humildad: ni por la asociación con la debilidad la virtud recibe deshonra; ya que la debilidad es honrada con el don de la virtud. Pues el Hijo del Hombre se sienta a la derecha de Dios, viniendo para ser contemplado con las nubes del cielo. Con lo cual se consuma aquella profecía que dice: Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies (Salmo 110).

26. Qué anuncia ser el Rey del cielo.---Este, por tanto, ha sido constituido rey sobre el monte santo de Dios en Sion, anunciando el precepto del Señor: no sobre aquel monte de la ciudad perdida (o terrenal), es decir, la Jerusalén lamentada, homicida y parricida; sino sobre la Jerusalén que está en los cielos, que es nuestra madre, que es la ciudad del gran rey, cuyos habitantes, según creo, aún hoy son los que resucitaron en la pasión del Señor (Mateo 27, 52). Este rey, por tanto, constituido, anuncia el precepto de Dios: para que recordaran que vendría con las nubes del cielo, contra quien se enfurecían y se reunían, para que, a través del

conocimiento de la venida divina, perturbados por la afrenta de la humillación corporal burlada, se arrepintieran.

46 27. La temporalidad del nacimiento de Cristo en la gloria de la carne. La doctrina evangélica sigue el orden de la profecía. Pues en ella se contiene la razón de ambos dichos, a saber, de este dicho: Yo he sido constituido rey por Él sobre Sion, su monte santo, anunciando su precepto. El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (v. 6). Pues cuando dice: Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios (Mat. XXVI, 64), muestra el tiempo en que el Hijo del Hombre, que es también Cristo y Hijo de Dios, sería digno de sentarse con Dios: para que, siendo antes Hijo de Dios, también entonces fuera Hijo del Hombre; y lo que entonces es Hijo del Hombre, se engendraría como Hijo perfecto de Dios, es decir, para retomar y conceder al cuerpo la gloria de su eternidad, por el poder de la resurrección: gloria que el cuerpo reclamaba del Padre. Pues quien estaba en la forma de Dios, había tomado la forma de siervo. Y para esta forma de siervo tomada, pide la gloria de Dios en la que permaneció, diciendo: Padre, glorifícame junto a ti mismo con la claridad que tuve antes de que el mundo existiera junto a ti (Juan XVII, 5). No busca algo nuevo, no desea algo ajeno, pide ser tal como fue antes: pero ruega ser lo que era antes, es decir, ser engendrado para lo que le pertenecía. Sin embargo, entonces no era todo lo que pedía ser: pero ser todo no era pedir otra cosa que lo que había sido. Pero 47 siendo lo que fue, y lo que no era está por ser: para lo que fue, lo que no era todo, nacía con un cierto principio de nuevo nacimiento. Por lo tanto, este es el día de su resurrección para asumir la gloria, por la cual nace para lo que era antes de los tiempos. Pero naciendo para lo que era antes de los tiempos, sin embargo, nace en el tiempo para ser lo que no era. Y por eso el Hijo del Hombre desde ahora será visto sentado a la diestra del poder, porque la naturaleza de la carne, glorificada después de la resurrección, se elevaba al progreso de la claridad que antes tenía: cuando el Hijo del Hombre, al sentarse con el Padre, y al absorber la corrupción de la carne en inmortalidad, nacía entonces como Hijo de Dios viviente y que no moriría más.

28. Quien por eterna natividad es primogénito de toda criatura, se convierte temporalmente en primogénito de entre los muertos. Sin embargo, el bienaventurado Apóstol mantuvo esta nueva y temporal natividad diferenciada de aquella generación que es antes de los tiempos, y con un significado subdividido. Pues cuando habló de aquella bienaventurada natividad no circunscrita por tiempos, dijo: Primogénito de toda criatura, porque en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles (Colosenses I, 15, 16); también lo menciona como primogénito de entre los muertos en la resurrección, diciendo después: Primogénito de entre los muertos, para que él sea en todo el primero (Ibid. 18). Pues nace para lo que no era, aunque se hiciera lo que había sido. Es primogénito de entre los muertos, quien era primogénito de la creación: por eso es primogénito de entre los muertos, para que permaneciera primogénito de la creación. Porque el mismo es primogénito de entre los muertos, quien era primogénito de la creación.

29. Quien renace en lo mismo y en algo diferente.---No es ahora diferente de lo que era antes, aunque él mismo haya sido diferente de otro: pero lo que de otro también fue diferente, en lo mismo de donde antes existió, es renacido diferente. Pues quien nació de una virgen como hombre, era también entonces hijo de Dios; pero quien es hijo del hombre, era el mismo hijo de Dios. Nacido de nuevo del bautismo, y entonces hijo de Dios: para que naciera tanto en lo mismo como en algo diferente, está escrito que cuando ascendió del agua: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Pero según la generación del hombre que renace, entonces también él renacía para Dios como hijo perfecto, para que el hijo del hombre así como el hijo de Dios fueran comparados en el bautismo.

30. A la resurrección pertenecen estas palabras: hoy te he engendrado. Pero lo que ahora está en el salmo: Tú eres mi Hijo, yo hoy te he engendrado, no se refiere al parto de la virgen, ni a la generación del bautismo, sino que, según la autoridad apostólica, se refiere al primogénito de entre los muertos. Pues en el libro de los Hechos de los Apóstoles se dice así: Y nosotros os anunciamos la promesa hecha a los padres. Dios la ha cumplido para nosotros, sus hijos, resucitando a nuestro Señor Jesús, como también está escrito en el primer salmo: Tú eres mi Hijo, yo hoy te he engendrado, cuando lo resucitó de entre los muertos, para no volver más a la corrupción (Hechos XIII, y siguientes, etc.). Esta voz, por tanto, del Dios Padre, según el Apóstol, se manifestó en el día de la resurrección: y veamos si los Evangelistas enseñan lo mismo. Pues el Señor, al resucitar, usó estas palabras con los apóstoles: Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id ahora y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mateo XXVIII, 18). Al resucitar, obtuvo todo derecho en el cielo y en la tierra. En cuanto a lo que dice, se me ha dado, muestra que pidió lo que recibió.

31. Las naciones, herencia de Cristo.---Sigue, pues, el VERS. 8: Pídeme, y te daré las naciones como herencia tuya, y como posesión tuya los confines de la tierra. Recibió, por tanto, la herencia de las naciones que pidió. Pues pidió cuando dijo: Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Así como le diste potestad sobre toda carne: para que a todos los que le diste, les dé vida eterna (Juan XVII, 1 y 2). Y de nuevo: No ruego solo por estos, sino también por aquellos que han de creer en mí por la palabra de ellos (Ibid. 20). Esta, pues, es su herencia, para dar vida eterna a toda carne, para que todas las naciones bautizadas y enseñadas renazcan a la vida; ya no según aquel cántico divino de Moisés entregadas al dominio de los ángeles, ni divididas según el número de los mismos, sino acogidas en la familia del Señor, y consideradas como domésticos de Dios; y trasladadas del injusto, pecador y perverso derecho de los dominantes, al reino eterno y divino. Pues ya no solo es la porción del Señor Israel, ni la cuerda de su herencia Jacob, sino que todas las naciones, antes divididas según el número de los ángeles, ahora ya toda esta universalidad de las naciones es un solo pueblo de Dios: y esta es la herencia eterna de todos los que resucitan de entre los muertos, del primogénito de entre los muertos, el heredero eterno.

32. No solo la tierra fue dada a su dominio. En lo que se refiere a lo que está sujeto: Y tu posesión hasta los confines de la tierra; no debe pensarse que esta repetición del discurso signifique que solo se le ha dado la posesión de las tierras habitadas por las naciones. Pues no dice: Y tu posesión hasta los confines de la tierra, sino los confines de la tierra. Lo que está limitado es diferente de lo que limita. No es lo mismo ser finito que finalizar. Tampoco es lo mismo tomar medida que moderar: de los cuales uno recibe medida internamente, y el otro modera externamente con su propio ámbito y objeto. Pues la tierra no está sumergida en profundidad, ni extendida en anchura, ni elevada en altura, de modo que no esté contenida por el objeto de la naturaleza que la rodea o subyace por todos lados. Porque esta es sostenida por el abismo sumergido e inmenso de la vastedad infernal: esta es sombreada y rodeada por el espíritu del aire circundante y superior. Que está suspendida sobre el abismo que le está sujeto, lo testifica el profeta diciendo: Él la fundó sobre los mares, y la preparó sobre los ríos (Sal. XXIII, 2). Y de nuevo: Él afirmó la tierra sobre las aguas (Sal. CXXXV, 6). Y esta inmensa e infinita vastedad, la Escritura suele llamar abismo, cuando se dice que Jonás orando dentro del cetáceo: El abismo me rodeó (Jonás II, 6). Y esta inmensidad infinita, que según la propiedad de la palabra se entiende significar en el abismo, está circunscrita por la virtud espiritual y divina, según aquello del Apóstol: Porque de él, por él y para él son todas las cosas, a él sea la gloria por los siglos de los siglos (Rom. XI, 36). Que hay muchos

habitantes en esta región infernal y vasta del abismo, lo aprendemos del Apocalipsis del bienaventurado Juan (Apoc. V, 3. 4). Cuando ninguno, ni en el cielo, ni sobre la tierra, ni debajo de la tierra fue hallado digno de abrir el libro sellado. No se entiende que se refiera a los muertos y sepultados en la tierra: pues para la demostración del tercer hábitat, no se menciona a los que están dentro de la tierra, sino a los que están debajo de la tierra; ni a los que están muertos, sino a los que viven, que no tuvieron en sí ningún autor para abrir el libro. Por lo tanto, cuando se otorga al Señor la posesión de los confines de la tierra, no se le da tanto la tierra, como aquello por lo que la tierra está limitada. Recibió los confines de la tierra, por los cuales la tierra misma es determinada.

33. Lo que se le ha dado a Cristo, se explica por el Apóstol. --- El bienaventurado apóstol Pablo, cuya boca habló Cristo sobre sí mismo, expuso este misterio diciendo: "El cual, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y hallado en condición de hombre; se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Filipenses 2, 6 y ss.). Así pues, permaneciendo en la forma de Dios, tomó la forma de siervo, es decir, nacido hombre de Dios. Y después de la muerte en la cruz, es exaltado al nombre que es sobre todo nombre: en Dios, pues no hay nombre más allá de Dios, es elevado; y a él, que lo pidió, es decir, que fuera lo que había sido antes, se le concede. Pues permaneciendo en la forma de Dios, había asumido la forma de siervo. Luego recibió la posesión de los confines de la tierra, es decir, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre. No solo se le conceden las cosas terrenales, sino también las celestiales e infernales, y aquellas que la tierra encierra. Y en la gloria de Dios Padre hoy nace engendrado, es decir, en la forma de Dios que antes permanecía, la asunción de la forma servil es honrada por el premio de la muerte. Y se hace bajo el tiempo un nacimiento nuevo, aunque no inusitado: cuando para retomar la gloria de Dios Padre, quien en la forma de Dios fue hallado en la forma de siervo, el primogénito de entre los muertos naciera.

34. ¿Acaso gobernar con vara de hierro se opone a la bondad de Dios? --- Sigue luego: Los regirás con vara de hierro, y como vasija de alfarero los quebrarás. A muchos, ya sea por opinar erróneamente o por ignorar la virtud y propiedad de las palabras divinas, estas cosas les parecen contrarias a la bondad de Dios: que las naciones que el Hijo de Dios ha pedido en posesión y ha recibido como herencia, sean gobernadas con el terror de una vara de hierro y quebradas como vasijas de alfarero. Pues no es propio de alguien bueno dar y recibir cosas que se han de perder. Y aquel que más desea el arrepentimiento de los pecadores que su muerte (Ezequiel XVIII, 32) no se considera que, según la profesión (o promesa) de su naturaleza, vaya a hacer que se quiebren con vara de hierro aquellos que ha pedido que le sean dados en herencia.

35. Los reyes de este lugar no dicen nada duro.---Y primero, para que no se abra camino a esta presunción temeraria e impía, deben conocerse las propiedades mismas de las palabras traducidas al idioma romano. Pues lo que tenemos: "Los reyes los gobernarán con vara de hierro", aunque el término "reyes" en sí mismo no sea tiránico ni injusto, sino que demuestre un gobierno racional basado en la equidad y la moderación: sin embargo, la propiedad griega indica un afecto aún más suave del gobernante. Porque lo que tenemos, "los reyes los

gobernarán", en griego es "ποιμανεῖς αὐτοὺς", es decir, los gobernarán pastoralmente: teniendo el cuidado de gobernarlos con el afecto de un pastor. Él es el buen pastor, de quien somos ovejas, por quienes dio su vida (Juan 10, 11). Para que no pensemos que se significa un derecho tiránico en la vara, debemos conocer qué propiedad tiene la vara en la denominación de vara, a partir del Nuevo y del Antiguo Testamento.

36. La vara en el Nuevo Testamento es la doctrina de Dios. — El bienaventurado Pablo, escribiendo a los corintios, a quienes en ese momento llamaba al arrepentimiento por muchos pecados con una exhortación moderada y útil, dice: ¿Qué queréis? ¿Que vaya a vosotros con vara, o con amor y espíritu de mansedumbre? (I Cor. IV, 21). ¿Acaso tenía Pablo autoridad judicial para amenazar con la vara y presentarse en la Iglesia de Cristo con el oficio de un lictor? No se debe pensar así. Sino que toda palabra de Dios, por la cual somos retraídos del error a la verdad de Dios, por la cual, a través de la amenaza y el terror del juicio, somos guiados al camino de una vida inocente y santa, es llamada vara, por la cual, contenidos dentro de la disciplina del temor divino, somos cohibidos por la advertencia de un rector moderado y providente: el bienaventurado Apóstol añadió a aquellos a quienes advertía la condición de elegir su llegada, si preferían que él viniera con la severidad de la doctrina y la reprensión, o con el espíritu de mansedumbre. Ambas cosas eran necesarias según la medida de la modestia, para que llegara más suave a los obedientes y más severo a los insolentes. Y esto, en efecto, se ha tomado de la autoridad del Nuevo Testamento.

37. Así también en el Antiguo: Cristo es simultáneamente vara y flor. Esta doctrina de la palabra es conocida como vara en el Antiguo Testamento, cuando se dice: Vara de dirección, vara de tu reino (Salmo 44, 7). Porque esta misma es la dirección de la vara, por la cual, a través de la doctrina, somos guiados hacia un camino recto y útil: y la vara que es del reino, necesariamente debe ser la misma doctrina del reino. Hemos entendido que nuestro Señor mismo es llamado vara debido a la predicación útil y moderada de su doctrina, como dice Isaías: Saldrá una vara de la raíz de Jesé (Isaías 11, 1). Y para que nadie se atreva a pensar en una severidad tiránica en él por la denominación de vara, el discurso profético inmediatamente añade: Y un flor de su raíz ascenderá, y reposará sobre él el espíritu del Señor (Ibid.), para que la severidad de la vara sea suavizada por la dulzura de la flor, cuando el terror de la doctrina nos acerque a cada uno de nosotros al gobierno de la perfecta bienaventuranza. En esta vara, pues, regirá a las naciones que le han sido dadas: no con una vara corruptible, no caduca, no frágil, sino de hierro, es decir, la más fuerte y, por la solidez de su naturaleza, la más firme.

38. Romperá lo que se le ha dado, para reformarlo.---Con esta vara de hierro, así como gobernará, también romperá y triturará: pues esto es lo que más claramente expresa la propiedad del griego según los setenta traductores. Así está escrito: Ὡς σκεῦος κεραμέος συντρίψεις αὐτοὺς. Pero ya sea que triture o que rompa, no debe pensarse que reclama la herencia para destruirla y abolirla: ya que para Él un corazón contrito es el mejor sacrificio. Por lo tanto, esa trituración o rotura es la que en nosotros destruye los placeres corporales y los incentivos de los vicios seculares, haciéndonos dignos de la dignación del Señor, según lo dicho por el profeta: Un corazón contrito y humillado, Dios no lo despreciará (Sal. 50, 19). Pero, ¿cuánta claridad de entendimiento proporciona la comparación con la rotura de un vaso de alfarero? No sin razón, aquellos que ha reclamado como herencia, los romperá con una vara de hierro como un vaso de alfarero: a menos que el ejemplo de la comparación muestre que el daño de tal fragmento sirve para la restauración del mismo vaso.

39. ¿Y qué clase de quebrantamiento es el nuestro por parte de Dios, según el vaso del alfarero? Esto mismo lo enseñó a través del profeta Jeremías, diciendo: Levántate y desciende a la casa del alfarero; y allí escucharás mis palabras. Y descendí a la casa del alfarero, y he aquí que él estaba trabajando sobre las piedras. Y el vaso que él hacía se rompió en sus manos: y nuevamente hizo otro vaso según lo que le pareció bien hacer. Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: ¿No puedo hacer con vosotros, casa de Israel, lo mismo que este alfarero? He aquí que como el barro del alfarero sois en mis manos. Hablaré sobre una nación o sobre un reino, para herirlos y destruirlos: y si esa nación se convierte de sus malos caminos, me arrepentiré del mal que pensaba hacerles. Y en suma, hablaré sobre una nación y un reino, para reedificar y plantar. Y si hacen el mal ante mí, de modo que no escuchen mi voz, me arrepentiré del bien que dije que les haría (Jer. XVIII, 1 y ss.). Así, las naciones que han pedido y obtenido su herencia, Dios las quebrantará y triturará para reformarlas. Porque Dios quebranta en todos nosotros todas las codicias insaciables, las lujurias seductoras, las iras ardientes, las supersticiones vanas, los orgullos hinchados y las opiniones impías. Nos reforma, sin embargo, para un uso razonable de la vida: con el desprecio del dinero, la vergüenza del lujo, la moderación de la ira, el conocimiento de la verdad, la comunión de la vida, los deberes de la religión: cuando, a través de la guía de la doctrina y el temor del juicio, revivimos en estas virtudes después de aquellos vicios. Pues no dijo, "Como un vaso de alfarero los quebrarás", para que no se entendiera que el vaso irreformable podría ser un fragmento de cerámica; sino que dijo, "vaso de alfarero", que en la misma obra del artífice se hiciera el vaso, para que, según el ejemplo dado, la reparación del mismo vaso quebrado estuviera pronta según la voluntad del artífice.

40. Así como al alfarero le es fácil reparar un vaso, a Dios le es fácil restaurar a los penitentes. --- Pero este vaso de materia irracional también se ha adaptado bajo otra interpretación a la razón de la voluntad humana: los hombres ciertamente caen por estos vicios; pero si se arrepienten de ellos, es decir, si cesan en ellos, también Dios se arrepiente de lo que ha establecido para el castigo de esta caída, no porque este movimiento de la mente según la naturaleza humana recaiga en Dios, sino porque para el hombre la penitencia de los actos es una medida de lo que se debe hacer. Dios también menciona su arrepentimiento en relación al castigo: porque dejarían de ser castigados aquellos que dejaran de ser impíos. Así como al alfarero le es fácil reformar el vaso perdido a la misma forma, o a la que desee, así también a Dios le es fácil, después de la caída en los vicios, restaurar a aquellos que desean volver a su origen, mediante la enseñanza de su doctrina, a la piedad desde la impiedad.

41. La resurrección tanto espiritual como corporal se adapta a lo predicho. --- Pero también esa fractura como de un vaso de alfarero no debe ser ignorada, especialmente cuando, disueltos estos cuerpos y rotos por la caída de la muerte, se traerá la restauración según la voluntad del artífice. Parece que el discurso profético ha significado ambas cosas en la misma declaración. Pues cuando muestra que el arrepentimiento es útil en lo que se hacía antes, enseña que debe haber una nueva restauración de esta vida presente y corporal, de los vicios a las virtudes, como si la ira de Dios cesara con la voluntad de los crímenes. Y aunque lo haya expresado con la comparación del alfarero, sin embargo, cuando dice del mismo alfarero: "Y él hizo otro vaso según lo que le agradó a sus ojos" (Jeremías XVIII, 4), se entiende que también se significa aquella restauración futura de los cuerpos resucitados según la voluntad de Dios. Pues como le place a Él, y es digno ante sus ojos, reparará lo roto, no de otra materia, sino de la misma materia antigua y de su origen, impartiendo a ellos la forma del decoro que le agrada: para que la resurrección de los cuerpos corruptibles a la gloria de la incorruptibilidad no destruya la naturaleza por la desaparición, sino que la transforme por la condición de la calidad. Pues no será otro cuerpo, aunque resucite en otro, como dice el

Apóstol: "Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción; se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder; se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual" (I Cor. XV, 42, etc.). Por lo tanto, se produce una transformación, pero no se trae una abolición. Y cuando lo que fue surge en lo que no fue, no ha perdido su origen, sino que ha progresado hacia el honor. Alegrémonos, pues, de ser quebrantados como un vaso de alfarero, ya sea ahora o entonces: para que ahora, como vasos del alfarero, muertos y sepultados con el Señor en el bautismo, caminemos en novedad de vida (Rom. VI, 4): y en el nuevo hombre de Cristo, despojándonos del viejo, renazcamos (Colosenses III, 9 y 10), y entonces, por este progreso de nueva natividad, seamos reformados en aquella bienaventurada y agradable a Dios forma de nuestra repetida restauración.

42. Los reyes son incitados a la inteligencia.---El Profeta, consciente de este bien, después de esto exhorta y dice, VERS. 10-15: Y ahora, reyes, entended, instruíos los que juzgáis la tierra. Servid al Señor con temor, y alegraos ante Él con temblor. Aceptad la disciplina, no sea que el Señor se enoje, y os apartéis del camino justo. Cuando se encienda en breve su ira, bienaventurados todos los que confían en Él. Este orden de doctrina es muy útil, para que la bienaventuranza de aquello a lo que nos exhorta sea conocida: porque es difícil extender el ánimo y la esperanza hacia lo desconocido. Por lo tanto, queriendo el Profeta exhortarnos a la inteligencia de lo que antes había mencionado, recordó primero el honor de dicha inteligencia, diciendo: Y ahora, reyes, entended, demostrando que aquellos que habrían de entender son reyes. Pero es necesario preguntar a qué reyes se dirige esta exhortación profética a la inteligencia: no sea que alguien entienda que se refiere a aquellos cuyo reino ahora está en cuerpos humanos, en los ministerios de guerra y en el temor de las naciones. Sin embargo, estos no son reyes eternos y bienaventurados ante Dios: ya que ellos mismos ya han caído de los mandamientos de Dios y han sido asignados al reino del diablo, como dice el mismo cuando tentó al Señor: Y el diablo lo llevó a un monte altísimo, y le mostró todos los reinos del mundo en un momento de tiempo: y le dijo el diablo: Te daré todo este poder y la gloria de ellos, porque a mí me han sido entregados (Luc. IV, 5 y 6). Sin embargo, los Evangelios nos muestran otros reyes, a saber, aquellos en quienes se ha acercado el reino de Dios, y aquellos que han vencido al pecado reinante en sí mismos, que son reyes de su propio cuerpo, sometiendo a su dominio todos los incentivos de los vicios: ESTE es el reino de Dios en nosotros. Así nuevamente Cristo reina en nosotros, cuando por Él nosotros mismos reinamos con derecho de señores sobre nosotros; según lo que se ha dicho: El reino de Dios no viene con observación: ni dirán: He aquí aquí, o he allí. Porque he aquí, el reino de Dios está dentro de vosotros (Luc. XVII, 20 y 21). De este reino el bienaventurado Apóstol hace mención escribiendo a los Corintios: Ya reináis sin nosotros; y ojalá reinéis, para que también nosotros reinemos con vosotros (I Cor. IV, 8). Este, por tanto, es el reino de Dios donde el pecado es vencido, donde la muerte es destruida, donde no reina el enemigo: Porque la muerte reinó desde Adán hasta Moisés (Rom. V, 14). Y el Apóstol dice: Ya no reine el pecado en vosotros (Rom. VI, 12). Por este reino de Dios, disuelto el reino del pecado, y ya nosotros mismos reyes con el reino adverso subvertido, este será para nosotros el reino de Dios, cuando todos los aguijones de nuestros vicios estén aplastados, y la mancha de la debilidad corporal sea absorbida.

43. Qué deben entender.---Por lo tanto, el Profeta exhorta a estos reyes a entender: que sepan que los reyes se han enfurecido contra el Señor y su Cristo, y que los pueblos han meditado en vano; que comprendan también al que se burla desde los cielos y habla con ira, y al rey establecido sobre el monte santo de Sion, anunciando los preceptos de Dios Padre; que reconozcan a aquel que ha sido engendrado como hijo; y también el tiempo en el que aquel que hizo los tiempos, fue engendrado en el tiempo. Que entiendan en quién pidió la herencia

de las naciones y la posesión de los confines de la tierra; que no ignoren tampoco qué es esta vara de hierro, con la que, al gobernarlos, los quebranta como vasijas de alfarero. Porque al entender esto, reconocerán todo el misterio de la voluntad divina: y cuando, a través de la obediencia a los preceptos, sean herederos de Dios Padre, y coherederos de nuestro Señor Jesucristo; por el hecho de ser coherederos del rey eterno, es necesario que logren ser reyes.

44. Jueces de la tierra santos cuya vida condena a los impíos. — Testificando así los Evangelios y el Apóstol sobre los reyes, es consecuente que conozcamos quiénes son los jueces de la tierra, y a quiénes, como a los reyes, conviene instruir: especialmente cuando los reyes son llamados solo por el nombre, sin designación de algún reino, para enseñar que son sus reyes y en él; pero a los jueces los llama de la tierra. Sabemos por el uso mismo de la costumbre terrenal que difieren el juez y el rey; porque no es lo mismo reinar que juzgar; ya que el reino es dominio, pero el juicio es un modo de equidad. Por lo tanto, se debe entender que los santos son los jueces de la tierra, cuya vida y fe son el juicio de los infieles e inicuos. Y esto el Señor lo muestra en los Evangelios diciendo: Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio y condenarán a esta generación, porque hicieron penitencia a la predicación de Jonás; y he aquí que hay uno mayor que Jonás aquí. La reina del Sur se levantará en el juicio y condenará a esta generación, porque vino de los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón; y he aquí que hay uno mayor que Salomón aquí (Mateo XII, 41 y 42). Tales serán los jueces de la tierra, cuya comparación de fe y temor condenará a los impenitentes e impíos. Pues si la penitencia de los ninivitas, aceptada por la predicación de Jonás, obtuvo el fruto de la penitencia, es necesario que la obediente penitencia de ellos juzgue la insolente impenitencia de estos. O la reina del Sur, al escuchar la deseada sabiduría de Salomón desde los confines de la tierra, ¿no condenará la infidelidad y negligencia de los presentes con su audición extranjera? aunque el juicio de la desobediencia y la inaudiencia, diferido de Salomón y Jonás, Cristo, el autor, lo acumule. Sin embargo, el Apóstol demuestra absolutamente que estos son los jueces de la tierra diciendo: ¿No sabéis que los santos juzgarán al mundo, y que en vosotros será juzgado el mundo? (I Cor. VI, 2), ya que por el mérito de la bienaventuranza alcanzada, la santidad comparada condena la vida de los criminales.

45. Para que el temor, la alegría y el temblor moderen el ánimo del siervo de Dios. --- A esta inteligencia y enseñanza, el profeta añadió inmediatamente, diciendo: Servid al Señor con temor, y alegraos ante Él con temblor. No permite un servicio seguro o negligente: desea que en todo acto de servicio se mezcle el temor. Pues así como los siervos temerosos sirven con más diligencia a sus amos carnales, cuando el temor mezclado con la obediencia provoca una voluntad de servicio más solícita, así también los que sirven a Dios, si temen por el temor inminente, no serán negligentes en el servicio que han asumido. Y para que este temor no se creyera un terror tiránico para los fieles, añadió a lo que había dicho: Servid al Señor con temor, y alegraos ante Él: para que la exultación de la alegría moderara el temor del servicio, ya que el mismo temor traería la causa de la alegría a través de la conciencia de un servicio fiel. Además, para que la libertad de la alegría no excediera los límites de la moderación adecuada, añadió: Alegraos con temblor; porque una alegría libre de temblor sería peligrosa para el olvido del temor. Y así se mantuvo esta razón del discurso profético, de modo que el temor retuviera el servicio, la exultación moderara el temor, y el temblor consecuente contuviera la exultación.

46. Que haya fervor en el servicio a Dios.---En cuanto a este servicio, enseñó que tanto el temor exultante como la exultación temerosa deben consistir en lo que sigue, diciendo: Aprehended la disciplina. Con la fuerza de la palabra mostró el significado de una voluntad

impaciente y casi apresurada hacia ello, enseñando que la disciplina no debe ser tanto deseada como más bien aprehendida: no contento con la tibieza de la fe en la observancia de esta obediencia, sino deseando el ardor del espíritu en la avidez de aprehender. Así, el Señor se deleitó en el arrebato del reino de los cielos, diciendo: Desde los días de Juan, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan (Mat. 11, 12), porque cuando se predicaba la posesión del reino celestial a Israel, la fe de las naciones, con Israel desconfiando, se adelantaba a tomar esta posesión para sí.

47. Ejemplo de Pablo.---Así también el bienaventurado Pablo corre para alcanzar, diciendo: "Sigo adelante para ver si puedo alcanzar aquello para lo cual fui alcanzado" (Filipenses III, 12). No avanza con paso lento, ni sigue con un progreso ocioso; pues sigue para alcanzar. Y parecería haber dicho lo suficiente si dijera que sigue para conseguir, pero él mismo desea ejercer fuerza, y se apresura a alcanzar, y de alguna manera invadir con el ejemplo de un abrazo corporal. Sabe, sin embargo, que ya está en aquello que se apresura a alcanzar, alcanzado. Pues si Dios, a través de la naturaleza corporal, nos alcanzó al hacerse hombre, siendo él lo que somos; ahora nos corresponde a nosotros esforzarnos por alcanzar aquello que él es, para que nuestra prisa se mezcle con la gloria a la que exime la naturaleza de esta corrupción corporal: y así alcanzaremos aquello en lo que fuimos alcanzados, si seguimos la naturaleza de Dios, quien antes siguió la naturaleza de los hombres. Por lo tanto, la disciplina debe ser alcanzada y debe ser invadida con un cierto abrazo y en un vínculo corporal: para que no se escape o se pierda.

59 48. Que perezcan del camino justo por estar alejados de él. — La razón de este afecto y vínculo diligente la expuso el profeta, diciendo: Tomad la disciplina, no sea que alguna vez se enoje el Señor, y perezcáis del camino justo. Cuando se encienda en breve su ira. Pues el día del castigo está cerca, que se entiende señalado en la ira encendida del Señor: en el cual, si no mantenemos la disciplina que hemos tomado, seremos perdidos del camino justo. Porque a cada cosa le falta lo que se le quita: y lo que falta, a quien le falta ya parece perdido. Pues aunque por su naturaleza permanezca, a quien le falta no le permanece. Y por eso los impíos perecen del camino justo, porque no estarán en él. Perecen del camino justo, cuando se encienda en breve su ira.

Los impíos sufren inmediatamente las penas del infierno tras la muerte.---No es lenta esta ira, por la cual se desvían del camino justo: para que nadie se engañe pensando que hay un beneficio en la demora del juicio. En breve se enciende la ira. Pues el infierno vengador nos recibe de inmediato: y al partir del cuerpo, si hemos vivido de tal manera, perecemos al instante del camino recto. Nos sirven de testigos el rico y el pobre del evangelio: a uno los Ángeles lo colocaron en las moradas de los bienaventurados y en el seno de Abraham, al otro lo recibió de inmediato la región de las penas (Lucas XVI). Tanto así que la pena recibió al muerto de inmediato, mientras sus hermanos aún permanecían en el mundo. Allí no hay dilación ni demora alguna. El día del juicio es retribución eterna, ya sea de bienaventuranza o de pena. El tiempo de la muerte tiene a cada uno según sus leyes, mientras reserva a cada uno para el juicio, ya sea en el seno de Abraham o en la pena.

49. Confianza en la obra de Dios.---Y por eso el Profeta concluyó este salmo tan abundante en sacramentos celestiales de esta manera: Bienaventurados todos los que confían en él. La perfección de la bienaventuranza no exige una esperanza temerosa ni ambigua. Se necesita confianza para esta obra, es decir, una opinión firme y una voluntad inmutable: porque confiar es más que esperar. Por lo tanto, debemos confiar, para que la ira de Dios, que se enciende brevemente, no nos aparte del camino recto. Porque fiel es el que dice: El que cree

en mí no será juzgado, sino que pasará de la muerte a la vida (Job, V, 24). Nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

[Salmo IX.]

TRACTATUS Sobre el título del salmo IX.

Al director del coro, para los secretos del hijo. Salmo de David.

60 Por primera vez se publica desde el códice Vaticano not. 231, escrito hace aproximadamente 500 años, en el cual, después de la exposición del segundo salmo, se añade: "Termina el salmo II; Comienza felizmente sobre el título del salmo IX". No tiene ninguna falsedad, pero sí muchas notas de verdad. No son leves: 1º Las voces familiares y amigas de Hilario, la absolución, la inteligencia absoluta, etc.; 2º La explicación de la palabra "fin" que concuerda con lo que se encuentra tanto en el Prólogo n. 18, como en el libro II de Trin. n. 28, sobre el mismo tema; 3º Una particular manera de expresar la natividad de Cristo de la virgen; 4º La doctrina sobre el acceso al reino de Dios Padre a través del reino de Cristo. Finalmente, en el Prólogo n. 17, promete que proporcionará las razones de las inscripciones de cada salmo, y dice en el número 22, porque "se mostrará de qué cosas consiste el salmo". Aquí especialmente cumple lo prometido, enseñando en el número 2, que el título fue añadido para que se conociera de qué cosas consiste el salmo mismo. Sería deseable que esta pequeña obra, junto con la exposición completa del salmo, que se cree Hilario añadió, nos hubiera llegado de manera más corregida.

1. Algunos salmos son fáciles, otros difíciles de comprender.---La comprensión absoluta de ciertos salmos es clara, mientras que el sentido de otros es más oscuro; ciertamente, la diversidad de la profecía aporta esta diversidad. Pues el Espíritu Santo instruye al hombre en el conocimiento de Dios a través de muchos y variados géneros de discurso, a veces comprendiendo los misterios ocultos a través de las naturalezas y la comparación de los hombres, a veces recomendando la simplicidad de la fe mediante la claridad de las palabras, a veces confirmando el orden de la vida con la verdad de los preceptos, a veces mostrando lo que debe ser previsto y evitado a través de la persona del profeta que escribe el salmo: para que, a través de esta múltiple y rica abundancia de doctrina, mediante ciertas partes e incrementos de aprendizaje, se logre la edificación de toda la inteligencia. Y tendremos un salmo puesto como ejemplo, cuya inscripción es la siguiente: Al final, por el misterio del hijo, salmo de David. Por lo tanto, la inteligencia del salmo debe buscarse a través de la naturaleza de aquellas cosas que son tanto ocultas como finales.

2. Título índice de los temas tratados.---El salmo no está inscrito, En fin por el secreto del hijo, sino solo para que se conozca de qué está compuesto el propio salmo. Todo lo que se añade al título del discurso atestigua de qué trata el discurso. No conviene que en el discurso haya una cosa y en el título otra; porque el título es como un índice de lo que se escribe. Por lo tanto, debe entenderse la razón de su palabra, que se dice en el fin. En el fin está aquello más allá de lo cual no hay nada, en el fin está lo que excede el tiempo presente; porque el fin es de todo, no todo del fin: pues en él terminan todas las cosas, y es como el último acto o palabra de algo realizado: y a menos que en él esté la última parte de todo el universo, no será el fin; porque es necesario que no sea lo último aquello que tiene algo más allá de sí mismo. De lo cual se debe entender que siempre que el título tiene en el fin, no se contienen en él las cosas presentes, sino las últimas. Sin embargo, son ocultas aquellas cosas que desde su creación están escondidas, y que se ocultan en lo recóndito, inaccesible e imperceptible,

conocidas solo por quien las creó, o a menos que se revelen para ser conocidas por algunos. Por lo tanto, el salmo se inscribe en fin por los secretos. Y porque por la naturaleza de las cosas, qué hay de inteligencia en los nombres de fin y de secretos, y luego las cosas mismas que están en el fin y en los secretos, conviene explicarlas.

3. Y de esto, en verdad, nos da testimonio el bienaventurado Apóstol diciendo: "Como podéis entender al leer, mi conocimiento del misterio de Cristo, que en otros tiempos no fue dado a conocer a los hijos de los hombres, como ahora ha sido revelado" (Efesios III, 4 y 5). Y de nuevo: "A mí, el menor de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo, y de iluminar cuál es la dispensación del misterio que ha estado oculto desde los siglos en Dios" (Ibid. 8 y 9). Esto es, por tanto, lo oculto, de lo cual también el Señor dijo: "No hay nada escondido que no llegue a conocerse, ni nada secreto que no llegue a revelarse" (Mateo X, 26). Pero el salmo contiene cosas ocultas, no un secreto. Correctamente así: pues las cosas que siguen enseñan que fueron muchas, no una sola. Es, en efecto, un misterio que Dios, por causa de la salvación humana, no haya estado presente en la gloria celestial y en la claridad de su nombre, sino que haya asumido la forma de un cuerpo humano. Es también un misterio que la naturaleza de su carne humana no haya sido asumida de la común generación del origen, sino que haya surgido de una virgen y haya sido dada a luz por una virgen, creada sin el inicio del nacimiento. Es un misterio que quien murió haya vivido después de la muerte, retomando la gloria de la inmortalidad desde el cuerpo. Pero este no es, en verdad, el fin.

4. Qué fin significa.---El fin, sin embargo, no se refiere a una especie de término de las cosas, sino al modo de su transcurso y consumación; no para que se termine en una abolición, sino para que las cosas de las que se trata se reúnan en un cierto término de permanencia. ¿Cuál es entonces este fin, cuál es la perfección absoluta de todas las cosas, y cuán oculta está? El bienaventurado Apóstol habla así a los Corintios: Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, los que creyeron en su venida; después el fin, cuando entregue el reino a Dios Padre, cuando haya destruido todo principado y potestad. Porque es necesario que él reine hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies: porque Dios ha sometido todo bajo sus pies. El último enemigo que será destruido es la muerte. Pero cuando diga: Todo está sometido, excepto aquel que le sometió todo, entonces él mismo será sometido a aquel que le sometió todo, para que Dios sea todo en todos. Este, por tanto, es el fin oculto, la resurrección de los muertos, la glorificación de los santos, la abolición de la malicia dominante, la destrucción de la muerte; y por esto, el reino de Cristo, también el reino de Dios Padre. Porque una vez que todo haya sido sometido al Hijo por el Padre, no para que la eternidad sea quitada por la sujeción del reino, sino para que nosotros, glorificados y revestidos de inmortalidad, y conformados a la gloria de su cuerpo, seamos introducidos en el reino del Padre, ya dignos de su co-herencia, ya asumidos en la familia del Padre, ya partícipes de sus bienes y de su gloria, para que reine con el Padre en nosotros, y Dios sea todo en todos, cuando la sujeción de la obediencia, en la naturaleza divina, absorba la debilidad de la asunción humana. Esta eterna alabanza, por tanto, es debida al Padre Dios a través del Hijo, cuando todos los que han vivido por la fe desde Adán hasta el tiempo del reino sean resucitados, y transformados en un estado celestial del cuerpo, y toda iniquidad de malicia sea eliminada, y el diablo sea condenado al castigo del fuego eterno, y su nombre sea borrado de la memoria de los hombres; esto se canta ocultamente en el salmo, esto se celebra con el fin consumado. Y porque el Hijo es consciente de todo lo futuro, esto se alaba como ya perfecto, porque en él, y por él, y a través de él, todo existe: a él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XIII.

Dijo el necio en su corazón: No hay Dios. Se han corrompido y se han vuelto abominables en sus deseos: no hay quien haga el bien, no hay ni uno solo. El Señor miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si había alguien inteligente o que buscara a Dios. Todos se han desviado, juntos se han vuelto inútiles: no hay quien haga el bien, no hay ni uno solo. Sepulcro abierto es su garganta, con sus lenguas actuaban engañosamente, veneno de áspides hay bajo sus labios. Su boca está llena de maldición y amargura, sus pies son veloces para derramar sangre. Destrucción e infelicidad hay en sus caminos, y no conocieron el camino de la paz: no hay temor de Dios ante sus ojos. ¿No conocerán todos los que obran iniquidad, que devoran a mi pueblo como si fuera pan? No invocaron al Señor: allí temblaron de miedo, donde no había temor. Porque Dios está en la generación justa: confundieron el consejo del pobre, porque el Señor es su esperanza. ¿Quién dará desde Sion la salvación de Israel? Cuando el Señor haga volver la cautividad de su pueblo, se regocijará Jacob, y se alegrará Israel.

TRACTATUS DEL SALMO.

En la edición parisina del año 1605, este Tratado fue publicado por primera vez a partir del códice de San Maximino de Micy, truncado en su primera parte, es decir, desde el número primero hasta el tercero. Ahora se presenta completo a partir del mencionado códice Vaticano, en el cual se añade al final del opúsculo anterior: "Termina sobre el título del salmo noveno. Comienza el salmo XIII. Lee felizmente. Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios, y lo demás. Enseñándonos en muchas cosas, etc." Las palabras, la doctrina, y el método de interpretación reflejan el estilo y el genio de Hilario. Las largas oraciones; el modo de resumir los argumentos de todo el salmo mediante la repetida partícula "donde", de la misma manera que se resumen todas las definiciones del sínodo de Ancira en el libro de los Sínodos, número 27, y también este número 3, "en cada palabra deben explicarse virtudes individuales", y otras cosas que indicamos en las notas, le convienen en gran medida. Aunque este y el siguiente Tratado parecen más bien sermones dados inmediatamente después de la lectura del salmo que los demás.

1. Cuánta reverencia debe tenerse al tratar o escuchar la Palabra de Dios.---DIJO el insensato en su corazón: No hay Dios y lo demás. En muchas cosas nos instruye el Apóstol, y también nos enseña que la Palabra de Dios debe ser tratada con toda reverencia, diciendo: El que habla, hable como las palabras de Dios (I Pedro IV, 11). No debe haber en esto la misma facilidad que en el uso de nuestro lenguaje común; sino que, al hablar de lo que hemos aprendido y leído, debemos rendir honor al autor mediante la diligencia en el discurso. Y la costumbre del oficio humano nos ofrece un ejemplo de la doctrina celestial. Pues si alguien, interpretando las palabras del rey y transmitiendo sus mandatos al oído del pueblo, se preocupa diligente y cautelosamente por satisfacer la dignidad del rey mediante la reverencia del oficio, de modo que todo se lea y escuche con honor y devoción: ¿cuánto más conviene que, al tratar de los oráculos de Dios para el conocimiento humano, nos mostremos dignos de este oficio? Somos, en efecto, un cierto instrumento del Espíritu Santo, por el cual debe escucharse la variedad de la voz y la diversidad de la doctrina. Por tanto, debemos vigilar y cuidar que no digamos nada humilde, temiendo la ley de esta sentencia: Maldito el que hace la obra de Dios negligentemente (Jeremías XLVIII, 10); con la recompensa propuesta en cambio para el cuidado y la diligencia de aquellos que, con reverencia y temor, se encomiendan las Sagradas Escrituras como palabras de Dios, y las insinúan con la debida

dignidad en las mentes de los oyentes, diciendo el Señor: ¿Y sobre quién miraré, sino sobre el humilde y manso y que tiembla ante mis palabras? (Isaías 66, 2). Por tanto, es necesario que los predicadores consideren que no hablan a los hombres, y que los oyentes sepan que no se les presentan palabras de hombres, sino que son voces de Dios, decretos de Dios, leyes de Dios, y que a ambos oficios les conviene la máxima reverencia. Pues es asunto de gran peligro, de los tesoros de Dios, de los sacramentos ocultos, del testamento eterno, decir algo superfluo o escuchar negligentemente. Todo debe ser consignado en las almas, recomendado a los sentidos, porque no hay nada en las palabras de Dios que no deba cumplirse; y todo lo que se ha dicho tiene ya una cierta necesidad de ser realizado; porque las palabras de Dios son decretos.

2. El salmo que ha sido leído está inscrito al final. Si todos estuvieran inscritos de esta manera, no habría dificultad alguna; pues la generalidad excluiría toda cuestión. Pero como cada uno tiene una inscripción diferente, es necesario que las diversidades de las inscripciones hayan surgido por diversas causas. Sin embargo, en aquellos que están inscritos al final, hay un doble entendimiento: o bien contendrán lo que sucederá en la consumación, o bien la conclusión del salmo impartirá la resolución de lo que se ha dicho en todo el salmo. En el salmo, todo es áspero, horrendo, tedioso, lleno de blasfemias, repleto de crímenes, cargado de quejas. No hay confesión en Dios, no hay alegría en los gozos, no hay canto en los coros; sino acusación contra los profanos, queja contra los contumaces, dolor en los afligidos. Pues dice, VERS. 1: Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios. Se han corrompido y se han vuelto abominables en sus voluntades; no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno, y lo demás. Sigue al final, VERS. 7: ¿Quién dará desde Sion la salvación de Israel? Cuando el Señor haga volver la cautividad de su pueblo, se alegrará Jacob y exultará Israel.

3. Se busca un médico para un mundo perdido.---Así como si alguien, al entrar en una ciudad plagada, contemplara a todos sus habitantes disueltos por la enfermedad, ardiendo en fiebres y consumidos por diversos tipos de dolencias, y al no encontrar allí ningún médico, se lamentara y doliera de que no hubiera ayuda ni remedio para tantos males, y sintiera que la peste de los miembros se desata más cada día, sabiendo que un médico en la lejanía podría curar si estuviera presente; lo único que queda es que, con el dolor de la desesperación, exclame diciendo: ¿Quién es el que lo haría presente y traería su salvación? convirtiendo toda su preocupación en deseos: de manera similar, el Espíritu Santo, al ver el error del género humano, al ver los males de este siglo que se agravan, y la enfermedad que avanza con una muerte incurable, donde el necio niega a Dios, donde todos están corrompidos por los engaños abominables de los placeres, donde no hay nadie que quiera el bien, donde sus gargantas son sepulcros de inocentes, donde han usado la lengua para el oficio del fraude, donde el veneno de áspides está derramado en sus labios y palabras, donde la boca está llena de amargura y maldición, donde sus pies son veloces para derramar sangre; y por estas cosas, al no reconocer el camino de la paz, en todos los caminos de su vida la infelicidad se agrava: donde no hay reverencia hacia Dios, donde la devastación del pueblo de Dios es para los perseguidores como el alimento del pan, y las muertes, pérdidas, y suplicios de los inocentes son la saciedad de los inicuos: donde Dios no es invocado, y no se teme en nada; reverenciando a la criatura en los ídolos, omitiendo al Creador: donde se desespera que Dios habite en la generación justa, y el consejo del pobre es confundido, y la esperanza de la paciencia y la justicia es burlada: con estos males así avanzando y dominando en todo el mundo, el Espíritu Santo, consciente de que solo Él puede traer ayuda, exclama: ¿Quién dará desde Sion la salvación de Israel? Pues no la dio Moisés, ni Elías, ni Isaías, ni los Profetas; todas las obras de la Ley se debilitaban ante tan gran peste de enfermedades. Se necesitaba un

médico, que con una sola y misma ayuda de su poder curara todo, y sanara tantas y diversas dolencias en todo el mundo, no con arte, no con obra, (¿pues cuándo la obra y el arte aplicados a cada uno habrían sido útiles?) sino con el poder de la palabra. A este busca el Espíritu, a este espera, a cuya llegada la fiebre cesaría, la ceguera terminaría, la parálisis no existiría, la muerte no prevalecería; a este espera, a este proclama, a este ora: ¿Quién dará desde Sion la salvación de Israel? Pero en cada palabra, deben explicarse cada una de las virtudes.

4. Sion, el cuerpo de Cristo.---El Apóstol nos enseña qué es Sion cuando dice: Acerquémonos al monte Sion, a la ciudad de la Jerusalén celestial (Hebreos XII, 22); pues todos corremos para alcanzar aquello por lo cual fuimos alcanzados por Cristo (Filipenses III, 12), es decir, ser hallados en su cuerpo, que Él asumió de nosotros, en el cual fuimos elegidos por el Padre antes de la creación del mundo, en el cual fuimos reconciliados siendo enemigos, y adquiridos siendo perdidos, en el cual el Apóstol desea ser hallado con la pérdida de todas las cosas, diciendo: Y considero todas las cosas como basura, para ganar a Cristo y ser hallado en Él (Filipenses III, 8). Por lo tanto, ya que no era posible quitar las enfermedades de nuestro cuerpo sino por la asunción de nuestra carne, y toda nuestra salvación en Dios proviene de la asunción de la carne, por eso dice: ¿Quién dará desde Sion la salvación a Israel?

5. El nombre salvador de Cristo prometido a las naciones.---Pero en lo que es salvador, está la virtud del nombre. No nos adaptamos ni fingimos: sino que en los libros del Antiguo Testamento se nos enseña que el Señor nuestro Dios es llamado salvador, y este nombre ha sido siempre otorgado a las naciones por promesa. Pues Isaías dice: "El Señor ha revelado su brazo santo a la vista de todas las naciones, y todos los confines de la tierra conocerán el salvador de nuestro Dios" (Isa. LII, 10). Por tanto, ha sido revelado a todas las naciones y conocido por todas. Y nuevamente en los salmos el Espíritu Santo exclama: "Cantad al Señor un cántico nuevo porque ha hecho maravillas" (Sal. XCVII, 1 y 2). "El Señor ha mostrado su salvación, ha revelado su justicia ante las naciones." Y nuevamente: "Anunciad entre las naciones su gloria, y en todos los pueblos su salvación" (Sal. XCV, 3). Y nuevamente: "Muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu salvación" (Sal. LXXXIV, 8). El deseo de esta esperanza el Señor lo muestra en el Evangelio, diciendo: "Muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis y oír lo que oís" (Mat. XIII, 17). Este salvador fue esperado por Simeón durante mucho tiempo, y cuando lo tomó en sus manos, lo reconoció, y entre los llantos de la infancia y la humildad del pesebre, vio a Dios por la fe. En tales circunstancias, reconociéndolo, lo adoró, diciendo: "Ahora, Señor, despide a tu siervo en paz, según tu palabra, porque mis ojos han visto tu salvación, la cual has preparado ante la presencia de todos los pueblos, luz para revelación a las naciones." Por lo tanto, este salvador es anunciado a las naciones, no al Israel carnal, que en el monte esperó, vio y oyó al Señor de la majestad; que apedreó, cayó, cortó y mató a los profetas. Pero toda esta palabra es para las naciones, y es salvadora para las naciones.

6. Así dice: Cuando el Señor restaure la cautividad de su pueblo. La cautividad propiamente es de las naciones, que en su corazón habían dicho: No hay Dios; que temblaban donde no había temor, que confundían la esperanza del pobre y se burlaban, porque el Señor es su esperanza; que en la generación justa habían negado que el Señor habitaría, cautivos de las religiones de los demonios, supersticiones de los tiempos, servicios a la criatura. Esta es llamada cautividad, este servicio es quitado. Pero Israel será aquel que cree, Israel será aquel que verá a Dios con los ojos del corazón: porque Israel es el que ve a Dios, quien después de la cautividad restaurada reconoce esta salvación de Dios. Se alegra Jacob, se alegra también Israel con la cautividad restaurada, la libertad concedida, contemplando a Dios, llamados

ahora padres Abraham y Jacob por la adopción de la familia. En estos, por tanto, nos alegramos, y en estos exultamos, sabiendo que por nuestra redención hay gozo de los ángeles en los cielos por la salvación de un solo penitente (Luc. XV, 7); y puesto que hay alegría celestial por nosotros, es necesario que nuestros gozos sean perpetuos en Cristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

Salmo 14

Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo, o quién descansará en tu monte santo? El que entra sin mancha y obra justicia; el que habla la verdad en su corazón, que no ha hecho engaño con su lengua, ni ha hecho mal a su prójimo, y no ha aceptado oprobio contra sus vecinos. A sus ojos, el maligno es despreciado, pero honra a los que temen al Señor. El que jura a su prójimo y no lo engaña; el que no presta su dinero con usura, ni acepta sobornos contra el inocente. El que hace estas cosas, no será movido jamás.

TRACTATUS DEL SALMO.

Al recorrer este tratado, al principio no parecía claro cómo atribuirlo con certeza a Hilario. De hecho, había una fuerte inclinación a negarle la autoría. Y ciertamente, su estilo es algo más sencillo de lo habitual. También parecía indigno del defensor invicto de la fe y la verdad ser un predicador de la mentira piadosa, especialmente cuando Agustín, en la epístola CLXXX, n. 3, había defendido su libro IX sobre la Trinidad de tales sospechas. Sin embargo, al examinarlo detenidamente por tercera y cuarta vez, no faltaron indicios para identificar al autor. En primer lugar, aparecieron expresiones familiares para él, como sacramentum y virtus contuenda verborum en el n. 2, virtus aeternitatis en el n. 5. Luego, lo que se menciona en el mismo n. 5 sobre el cuerpo de Cristo es similar a innumerables pasajes de Hilario; lo que se dice en el n. 11 sobre la confianza en sí mismo y la insolencia, se encuentra nuevamente en el Salmo LII, n. 15. Muchas otras cosas de este tipo son más fáciles de notar para quienes examinan el texto que de demostrar a otros. Por lo tanto, dado que también se le atribuye no solo por el códice de Miciacense, sino también por el Vaticano, no hay razón suficientemente válida para negarle la autoría. No es sorprendente que el salmo, en el que, como se dice al principio, no es profecía, no es oscuridad, tenga una exposición menos intrincada y menos oscura. Tampoco es sorprendente que Hilario, al leer y a veces extraer de Orígenes, para quien, junto con muchos otros, la mentira piadosa no parecía ilícita, sin haber examinado mucho el asunto, adoptara una opinión que favorecía en gran medida su propia inclinación hacia la benevolencia. Pero incluso si la mentira piadosa bajo la apariencia de caridad engañó a nuestro Hilario, dado que la mentira es en sí misma un mal que no puede ser aprobado bajo ningún pretexto, como Agustín demostró de manera excelente y extensa en su libro contra la mentira, este tratado 69 abarca muchas y excelentes enseñanzas sobre las mejores costumbres, contra la arrogancia, la usura, sobre el uso de los dones y otras cosas muy dignas de Hilario. En esto no debe callarse cuán libre, cuán constante, cuán, por así decirlo, altiva debe ser la humildad cristiana frente a los poderosos y príncipes que ordenan injusticias, como lo demostró con sus acciones, así también lo recomendó aquí en el n. 12 y en sus escritos.

1. Propósito del Salmo.---El salmo que se ha leído se titula salmo de David; porque a través de él, el Espíritu Santo ha hablado estas cosas. Y correctamente se ajusta al salmo; pues nada se destina a otro tiempo, nada se revela de lo oculto, sino que toda su obra es para el presente. De hecho, comienza así, VERS. 1: Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo, o quién descansará en tu monte santo? Es una oración sencilla de quien suplica al Señor y desea

conocer de Él qué costumbres, qué dedicación, qué voluntad debe tener quien cohabitará con Dios, y descansará en sus alturas y celestiales. Pues no es de un ánimo humilde ni de una obra mediocre mezclarse con Dios, merecer la comunión del mismo domicilio. Por lo tanto, sobre quienes se pregunta, se responde de inmediato: para que, dado que es arduo y difícil obtener esto, se entienda de qué modos se debe conseguir.

2. Contiene en pocas palabras muchos y excelentes preceptos. Dice, en efecto, respecto a lo que se ha preguntado, VERS. 2: El que camina sin mancha y practica la justicia, y lo demás que sigue en el salmo. Con tales preceptos se forma, con tales advertencias se instruye, aquel cuyo camino es hacia Dios, cuyo ascenso es hacia su sublimidad, cuya paz está en lo eterno de Él. Sin embargo, todo precepto ha sido recopilado con brevedad, para que se encomiende a la memoria, para que se adhiera al alma, para que se retenga tanto fuera como en casa, pública y privadamente, de día y de noche, para que se obedezca, se insista. Pues esta brevedad es rica e infinita, y ha sido extraída de todos los preceptos e instituciones del Antiguo y Nuevo Testamento, siendo la más adecuada para niños, mujeres, hombres y ancianos. Y para que la riqueza de esta brevedad pueda ser más encomiable, procedemos a explicar qué hay en cada una de las palabras del sacramento. Aquí no hay profecía, ni oscuridad, ni ejemplo. Es la voz del que pregunta, la bondad del que responde, la confirmación del que escucha. Pero en estas palabras se debe contemplar la virtud. Ha distinguido, en efecto, la habitación en el tabernáculo, el descanso en el monte: y primero es la habitación en el tabernáculo, después el descanso en el monte. Para que, por tanto, se entienda la diferencia entre la habitación y el descanso, se debe explicar la propiedad del monte y del tabernáculo.

3. Tabernáculos instituidos por Moisés.---Y los tabernáculos que leemos que existieron antes, eran ligeros, caducos, marchitos, cubiertos temporalmente con ramas, como los que a veces hacemos nosotros para evitar el calor, de modo que bajo su sombra evitemos el ardor del sol y el bochorno. De este tipo de tabernáculos fueron instituidos para el pueblo por Moisés. Pero estos se secaron y se disolvieron. Eran imaginarios y hechos a modo de ejemplo. Pues Dios dijo así a Moisés: Mira que hagas todo según el modelo que te fue mostrado en el monte (Éxodo 25, 40). También David, deseando construir un templo, lo llamó tabernáculo, como dice: No daré sueño a mis ojos hasta que encuentre un lugar para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob (Salmo 131, 4 y 5). Pero también Moisés y Salomón construyeron un tabernáculo, y después los Apóstoles construyeron muchos tabernáculos, y en todas las partes del mundo que se pueden alcanzar, incluso en las islas del Océano prepararon muchas moradas para Dios. De cuya gloria da testimonio el Espíritu Santo: ¡Cuán amables son tus tabernáculos, Dios de los ejércitos! Mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor (Salmo 83, 2 y 3). Por lo tanto, el Profeta no desea un solo tabernáculo, ya sea el cubierto de ramas por Moisés, o el deseado por David, o el adornado con todas las obras humanas por Salomón; sino muchos e innumerables: porque aunque en el mundo la Iglesia sea una, sin embargo, cada ciudad tiene su propia iglesia; y es una en todas, aunque sean muchas, porque se considera una en muchas.

71 4. ¡Qué feliz es la morada continua en los templos! Así pues, el primer y más grande paso para aquellos que ascienden a las cosas celestiales es habitar en este tabernáculo y allí vivir día y noche durante toda la vida, apartado de las preocupaciones del mundo y dejando los asuntos de este siglo, tal como muchos de los santos nunca se apartaron del tabernáculo: como está escrito de Josué, hijo de Nun: "Y el joven Josué no se apartaba del tabernáculo"; y Ana, la profetisa, no se alejaba del templo, sirviendo con ayunos y súplicas día y noche (Luc. II, 37). Después de esto, se debe descansar en el monte del Señor: pues el camino hacia allí es

desde aquí, y no hay otro camino que no sea a través de esta morada. Por lo tanto, primero se debe buscar la morada del tabernáculo; porque desde allí se asciende al monte, y luego la morada es de tiempo y trabajo. Sin embargo, el descanso no es interrumpido desde fuera, sino que es un ocio continuo, perpetuo, libre de molestias, que permanece en su estado: de lo contrario, si la inquietud se mezcla, pierde tanto la naturaleza como el nombre de ocio.

5. Monte en el cual reposa el cuerpo de Cristo.---Pero no hay monte del Señor en la tierra: pues toda la tierra ya desde hace tiempo está sujeta a maldiciones por los vicios de los hombres. Porque tanto en las obras de Adán, como en la sangre de Abel, mereció ofensa, y bajo Noé estuvo llena de los pecados de sus habitantes, y ahora también las partes elevadas y altas de los montes están manchadas con santuarios, templos y lugares sagrados. Por lo tanto, no se debe esperar este monte en tales lugares. Pero así como las partes más elevadas del suelo se llaman montes, es necesario considerar bajo el nombre de monte aquello que es lo más grande y sublime en lo celestial. ¿Y qué hay más sublime que Cristo? ¿O qué más excelso que nuestro Dios? Su monte es aquel que asumió el cuerpo del hombre, en el cual ahora habita, sublime y excelso sobre todo principado y potestad y todo nombre. Sobre este monte se ha edificado una ciudad que no puede ocultarse: porque como dice el Apóstol: No hay otro fundamento, sino Cristo (I Cor. III, 11). Por lo tanto, porque los que son de Cristo fueron elegidos en el cuerpo de Cristo antes de la constitución del mundo, y la Iglesia es el cuerpo de Cristo, y el fundamento de nuestra edificación es Cristo, y la ciudad está edificada sobre el monte: este es el monte en el cual se busca quién puede descansar. En otro salmo leemos sobre este mismo monte: ¿Quién subirá al monte del Señor, o quién estará en su lugar santo? (Sal. XXIII, 3). Y Isaías nos será testigo: Y en los últimos días será manifiesto el monte de la casa del Señor, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob (Isa. II, 2 y 3). Y nuevamente Pablo: Vosotros os habéis acercado al monte Sion, y a la ciudad del Dios viviente, Jerusalén (Hebr. XII, 22). Si, por lo tanto, toda nuestra esperanza de descanso está en el cuerpo de Cristo, y dado que en el monte se debe descansar, no podemos entender el monte de otra manera que como el cuerpo que asumió de nosotros, antes del cual era Dios, y en el cual Dios es y por el cual transfiguró (o transfigurará) el cuerpo de nuestra humildad conformado al cuerpo de su gloria; si, sin embargo, también nosotros hemos clavado los vicios de nuestro cuerpo en su cruz, para resucitar en su cuerpo. Pues a ese se asciende después de la morada de la Iglesia, en él se descansa en la sublimidad del Señor, en él seremos asociados con los coros de los ángeles, ya que también nosotros somos la ciudad de Dios. Se descansa, además, porque no hay dolor por debilidades, ni miedo por escasez; sino que, usando todos de su firmeza por la virtud de la eternidad, se debe descansar en aquellos que no necesitan nada.

6. Evitar los vicios, seguir las virtudes.---Por lo tanto, a la pregunta, Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo?, respondió el Espíritu Santo por medio del Profeta: El que entra sin mancha y obra justicia. Así pues, aquel que entra sin mancha y vive libre de toda mancha de pecado, es quien ha sido señalado, aquel a quien después del baño del bautismo no se le adhieren impurezas, sino que es inmaculado y resplandeciente, y cuyo cuerpo no está contaminado por la lujuria, cuyos ojos no están manchados por espectáculos teatrales, cuya mente no está embriagada por el vino, cuya vida no es esclava del dinero. Es, por tanto, grande abstenerse de estas cosas; pero no en estas cosas (o no en estas) se encuentra inmediatamente el descanso del camino completado: pues en estas cosas se inicia el camino, no se completa. Porque sigue: Y obra justicia. El bien no debe solo pensarse, sino ejecutarse: y la benevolencia no debe solo iniciarse, sino cumplirse. Pues querer la justicia, este será el fruto para que se haga. Y ciertamente en estas cosas es útil el camino hacia el Señor; sin embargo, quedan muchas más.

Restat enim, VERS. 3: Qui ingreditur sine macula, et operatur justitiam. Qui loquitur veritatem in corde suo. Superiora illa, licet magna atque praeclara sint, solent tamen cum gentibus esse communia, ut vitium caveant, ut famam bonitatis acquirant. Sed haec animalium, non spiritalium virtus est. Apostolus enim et carnalem hominem posuit, et animalem, et spiritalem: carnalem, belluae modo divina et humana negligentem, cujus vita corporis famula sit, negotiosa cibo, somno, libidine. Animalis autem, qui ex judicio sensus humani quid decens honestumque sit sentiat, atque ab omnibus vitiis animo suo auctore se referat, suo proprio sensu utilia et honesta dijudicans; ut pecuniam spernat, ut jejuniis parcus sit, ut ambitione careat, ut voluptatibus resistat, ut bonitate venerabilis sit. Sed praesens in his tantum et inter homines homini erit usus. De quibus ait gentium Doctor: Secundum doctrinas et praecepta hominum, quae sunt rationem quidem habentia sapientiae in superstitione et humilitate sensus, ad non parcendum corpori non in aliquo honore, ut ad saturitatem carnis (Coloss. II, 22 et 23). Spiritalis autem est, cui superiora illa ad Dominum studia sint, et hoc quod agit, per scientiam Dei agat, intelligens et cognoscens quae sit voluntas ejus, arcanum secreti consilii et absconditi a temporibus saeculi per revelationem ac donum Spiritus sancti intelligens, et sciens quae ratio sit a Deo carnis assumptae, qui crucis triumphus, quae mortis potestas, quae in virtute resurrectionis operatio. Haec, ut idem apostolus docet, animalis homo non percipit, quae sunt Spiritus Dei; stultitia est enim illi: nec potest intelligere, quoniam spiritaliter interrogatur. Qui autem spiritalis est, judicat omnia, ipse vero a nemine judicatur (I Cor. II, 14 et 15).

8. Obras estériles sin fe.---El Espíritu Santo, consciente de que las cosas mencionadas anteriormente en la vida de inocencia y en las obras de justicia son comunes tanto a los gentiles como a los herejes. Pues muchos de ellos también agotan sus cuerpos con ayunos, testifican su continencia mediante la generosidad de sus patrimonios, y consuman su castidad con la virginidad. Pero, aunque estas cosas abundantes y muchas de este tipo existieran en ellos, el Señor habló así a sus discípulos: En verdad os digo, cuando venga el Hijo del Hombre, ¿pensáis que encontrará fe en la tierra? (Luc. XVIII, 8). Sabía que tanto la virginidad como la continencia y los ayunos debían ser cuidados; y que estas cosas no conducen a la santidad, a menos que se cumplan en Cristo, es decir, que concuerden con la verdad de Cristo; a lo que había dicho anteriormente, el profeta añadió: Y habla la verdad en su corazón, demostrando que aquellas cosas superiores son inútiles, a menos que sean aceptadas en la verdad de la confesión. Y en estos que ascienden al descanso del monte del Señor, el grado elevado es, evidentemente, en la inocencia, en las obras y en la confesión: pero aunque hayamos avanzado en muchas cosas, aún quedan otras.

9. Proclamar la verdad de la fe con palabras y obras.---Muchos suelen preferir la apariencia gloriosa de la inteligencia de las palabras y mentir sobre la dignidad de la voluntad y el juicio incluso con la honestidad de los discursos; aunque piensen y hablen bien de Dios, mienten con sus palabras y su sentido en sus acciones y obras. Estos son los que odian lo que dicen y son enemigos de las mismas cosas que predican. Por lo tanto, añadió a la verdad del corazón diciendo: Quien no ha cometido engaño con su lengua; para que la verdad que siente no falle en las palabras; para que la profesión de la doctrina católica, y el juicio de sentir y predicar, también sea seguido por la acción: porque, según el testimonio del Apóstol, así como se cree en el corazón, así se hace la confesión con la boca para la salvación (Rom. X, 16). Por lo tanto, para que el ascenso sea digno del descanso en Dios, se debe vivir en la verdad de las palabras y la lengua: para que, a través de la fe de las acciones, nuestras palabras no sean falsas.

10. Mentira oficiosa.---Pero este camino es estrecho, y por las iniquidades y vicios del mundo es difícil. Pues la mentira es a menudo necesaria, y a veces la falsedad es útil, como cuando mentimos al que está a punto de atacar sobre el que se oculta, o frustramos un testimonio en favor del que está en peligro, o engañamos al enfermo sobre la dificultad de su curación; y es necesario que, según la doctrina del Apóstol, nuestra palabra esté sazonada con sal (Colosenses IV, 6). Por eso, ahora el Espíritu Santo ha moderado el deseo de falsedad con las condiciones de la mentira diciendo: Quien no ha actuado con engaño en su lengua, ni ha hecho mal a su prójimo, para que el crimen de la mentira se considere en el perjuicio ajeno.

11. No ser insolente con los demás ni confiar en uno mismo.---Aunque se cumplan las cosas que hemos mencionado anteriormente, y entre el inocente, y obre justicia, abrazando la verdad en su corazón, sin engañarse a sí mismo en lo que ha dicho, sin causar mal a su prójimo; sin embargo, no será perfecto en estas cosas. Aún hay algo en nosotros que debe ser dominado, expulsado, eliminado: y qué es eso, el mismo profeta que confirma lo anterior, lo añade diciendo: Y no aceptó el oprobio contra sus prójimos. Expulsa, por supuesto, los vicios de la insolencia y la confianza en uno mismo, y elimina ese mal común de la soberbia. ¿Qué hay tan vano, tan miserable, como un hombre que se enorgullece ante otro hombre, que confía en algo de sí mismo? ¿Acaso no vemos a muchos que, por la insolencia de sus riquezas, después de haber reprochado la pobreza de los necesitados, al perderlo todo, se ven en la necesidad; y aquellos que desprecian la miseria de otros, vuelven a necesitar de la compasión de los que antes despreciaron? También vemos a muchos que, por la presunción de una vida aparentemente inocente, caen en crímenes, y cuando reprochan los delitos de otros, apenas logran alcanzar el perdón del arrepentimiento. Por lo tanto, no se debe emprender el oprobio contra los prójimos: sino que, si se descubre en ellos algo descuidado, algo insolente, algo negligente, algo incontinente, debe corregirse sin la amargura del reproche, con la suavidad de la enmienda. Esto lo cuida la humildad, esta desconfianza de uno mismo por temor, que es la guardiana más fuerte de la confianza, para que la amonestación no sea una injuria, para que la corrección no sea un oprobio, para que la enseñanza no sea un insulto. Así, el Señor condenó en los Evangelios la confianza del fariseo que oraba, cuando, estando en medio, decía: Te doy gracias, Señor, porque no soy como los demás hombres, adúlteros, avaros, como este publicano. Pero el publicano oraba en secreto: Señor, ten piedad de mí, pecador (Luc. XVIII, 11 y 13). A esta oración suya, la Escritura añadió: Porque el publicano salió más justificado que el fariseo (Ibid. 14). El publicano mereció la misericordia de Dios por la confesión de su pecado: pero el fariseo perdió, por la insolencia del oprobio, el honor de lo que proclamaba de sí mismo.

12. La humildad no debe carecer de constancia.---Pero tal vez alguien ya se considere digno de las promesas de Dios si ha alcanzado todas estas virtudes; después de la inocencia, después de la bondad, después de la medida de la prudencia, también se ha moderado con humildad. Sin embargo, aún quedan más cosas. Pues así como indicó que hay pecado en la mentira si la falsedad del mentiroso causa mal a otro, ahora, cuando decreta que no se deben tomar injurias contra los prójimos, añade que se debe tener en cuenta la misma humildad. Y cuál sea esta razón, se conecta en el verso: Y no aceptó injuria contra sus prójimos. El malvado ha sido reducido a nada ante sus ojos. No debe la humildad carecer de constancia, y la libertad de Dios debe ser mantenida por nosotros en esa servidumbre que debemos a todos, para que no nos atemoricen los impulsos de los poderosos, ni cedamos a los juicios de los malintencionados. Pues a veces incluso servimos a los reyes con adulación vergonzosa cuando piden cosas injustas, y con la debilidad de nuestra conciencia halagamos los vicios ajenos. Por lo tanto, si ya ha irrumpido en la profesión de la iniquidad, como se explica en el verso: El malvado ha sido reducido a nada ante sus ojos: es necesario que este tipo de persona

no tenga ningún juicio ante nosotros, sino que sea considerado como nadie, abolido, destruido. Pues a quien trata de cosas espirituales y contempla las celestiales, le conviene despreciar los momentos de la maldad humana, y con un ánimo sublime y elevado considerar a este tipo de persona malintencionada como si no existiera.

13. El honor no debe ser negado a nadie que tema a Dios. --- Sin embargo, el profeta podría ser juzgado por haber elevado demasiado la magnitud de nuestra fe contra los inicuos. Pero es necesario observar lo que sigue: El maligno es reducido a nada ante sus ojos; pero a los que temen al Señor, Él los engrandece. Por lo tanto, así como sin excepción de personas nadie que sea maligno debe ser para nosotros, de igual manera, sin excepción de personas, todos los que teman al Señor deben ser honrados. No nos debe conmover el pobre inocente, ni la anciana que ayuna, ni el siervo fiel, ni el peregrino que confía en la morada de la iglesia; sino que debemos reverenciar a todos con igual juicio, de modo que haya tal humildad en la magnificación de aquellos que temen al Señor, como debe haber libertad en considerar a los malvados como nada.

14. La fe jurada en el Bautismo debe mantenerse firmemente.---Y porque en el nacimiento de nuestra regeneración juramos sobre estos sacramentos, renunciando al diablo, al mundo, a los pecados, cuando respondemos a quienes nos interrogan; se establece que debemos mantener la fe de esta confesión hasta el final, diciendo: Quien jura a su prójimo, y no engaña. Pues aunque alguien haya permanecido mucho tiempo en los mandamientos de Dios, si en algún momento engaña, ya no permanece cuando engaña, y la justicia anterior se pierde con la injusticia en el tiempo. En el Evangelio: Bienaventurados los que perseveren hasta el fin (Mateo 24, 13). Por eso, en Salomón toda alabanza se canta al final: porque en lo que se ha prometido a Dios, no se debe fallar en ningún momento (Eclesiástico 11, 30).

15. La iniquidad de la usura.---Pero la advertencia celestial se extiende hasta la consumación perfecta. Si alguien ha limpiado todo vicio, también aparta su codicia, que nos retiene demasiado, del dinero diciendo: Quien no dio su dinero a usura. Este beneficio es engañoso, y la humanidad fraudulenta, esta benevolencia dañina es enseñada. ¿Qué hay más intolerable que otorgar un beneficio al necesitado de tal manera que lo hagas más necesitado; y acumular la miseria del pobre al que pretendes ayudar? Si eres cristiano, ¿qué recompensa esperas de Dios, tú que no esperas beneficios de los hombres, sino pérdidas? Si eres cristiano, ¿por qué colocas tu dinero ocioso en un retorno, y haces de la necesidad de tu hermano, por quien Cristo murió, tu tesoro? Si eres cristiano, no te pido que seas generoso, al menos reclama tu deuda de tal manera que no despojes; y recuerda que aquel de quien reclamas usura es indigente y pobre, por quien Cristo quiso ser indigente y pobre. Por lo tanto, ya sea que causes daño o beneficio al pobre, reconoce que lo haces a Cristo; porque por él, siendo Dios, se dignó a su indigencia y nombre.

16. Uso de los dones, lícito o prohibido.---Para que no se creyera que la severidad de esta advertencia había eliminado por completo la preocupación por poseer bajo el nombre de usura, no quitó la preocupación por adquirir, sino que también moderó la modestia de recibir dones, diciendo, en relación a lo que había dicho: Quien no prestó su dinero con usura; y no aceptó regalos contra los inocentes. Existe una cierta costumbre de los dones que otorga honor al que los da, de tal manera que es un gran dolor que se desprecien los ofrecidos, más que la pérdida de haber dado lo que se ha recibido. Por lo tanto, prohibió aquellos dones que operaran en perjuicio de otro. Pues si hubiera eliminado por completo el uso de los dones, habría sido suficiente decir: Y no aceptó regalos. Pero como el uso simple de los dones proviene ya sea de la reverencia del hombre o incluso de Dios, prohibió aquellos dones que

corrompieran la integridad del juicio, que compraran la injusticia contra el inocente, que no contuvieran en sí ningún deber de caridad mutua. Así como lo que ofrecemos a Dios, aunque Él no lo necesita, cumple a través de nosotros el deber de la reverencia debida: así enseña que debe observarse en los dones la razón de que se tomen de nosotros aquellos que sean gratos y útiles para los que los ofrecen, no los que nos hagan venales, ni sean insidiosos para los inocentes, ni costosos para los que los dan, tomados más por deber que por codicia, ofrecidos más por honor que por miedo, aceptados más por caridad que por lucro.

17. El que hace estas cosas, no se moverá jamás.--- Por estas cosas, por tanto, está la morada en el tabernáculo, por estas está el descanso en el monte. Resta, entonces, la custodia de los preceptos y la obra de los mandamientos. Debe componerse un salmo en las entrañas, escribirse en el corazón, marcarse en la memoria, y con nosotros debe adquirirse este tesoro de copiosa brevedad día y noche: para que, habiendo adquirido esta opulencia como viático de la eternidad, habitando en la Iglesia, finalmente descansemos en la gloria del cuerpo de Cristo.

Salmo 51.

Al director del coro, un salmo de David, cuando Doeg el edomita vino a Saúl y le informó: "David ha llegado a la casa de Ahimelec".

¿Por qué te glorías en la maldad, tú que eres poderoso en iniquidad? Todo el día tu lengua medita injusticia: como navaja afilada has hecho engaño. Has amado la maldad más que la bondad, la iniquidad más que hablar con rectitud. Diapsalma. Has amado todas las palabras de destrucción, lengua engañosa. Por eso Dios te destruirá para siempre, te arrancará y te expulsará de tu morada, y desarraigará tu raíz de la tierra de los vivientes. Diapsalma. Los justos verán y temerán; y se reirán de él, y dirán: He aquí el hombre que no puso a Dios como su ayudador, sino que confió en la multitud de sus riquezas, y prevaleció en su vanidad. Pero yo, como olivo fructífero en la casa de Dios, he confiado en la misericordia de Dios por siempre, y por los siglos de los siglos. Te alabaré por siempre, porque lo has hecho, y esperaré en tu nombre: porque es bueno ante la presencia de tus santos.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. VERS. 1, 2. La misma inscripción del salmo exige una diligente búsqueda de entendimiento. Pues al inicio de este se encuentra inmediatamente escrito, En fin, entendimiento. Porque el salmo se muestra que no contiene asuntos de su propio tiempo, ya que el título prescrito es en fin. Y dado que en el fin está el entendimiento, no puede haber en él entendimiento de otra cosa más que del fin. El fin, como hemos mostrado frecuentemente, es aquello en lo que todo concluye, por cuya causa existen las demás cosas, hacia el cual se apresuran las obras de esperanza, de asuntos y de negocios.

2. Qué trata este salmo.---La inteligencia de este salmo consiste, por tanto, en aquel por quien son todas las cosas, fuera del cual no hay nada. Y quién sea este, lo muestra la misma inscripción que se estima contiene la historia. Es así: Al final, para el entendimiento de aquel 79 de David. Cuando vino Doeg el idumeo y anunció a Saúl, y le dijo: David ha venido a la casa de Abimelec. Y para que podamos seguir más completamente la razón de la inscripción, debe añadirse el orden de los hechos. Doeg era el encargado de los mulos de Saúl, quien dijo a Saúl: Vi al hijo de Jesé venir a Nob a Abimelec, hijo de Ahitob. Y lo consultó en el Señor y le dio de comer, y le dio la espada de Goliat el extranjero. Al oír esto, el rey dio poder a Doeg

sobre los sacerdotes y la ciudad (1 Sam. 22, 9). Luego la Escritura añadió: Y Doeg el idumeo rodeó, dice, y atacó a los sacerdotes, y mató en ese día a ochenta y cinco, todos los que llevaban efod, y destruyó la ciudad de los sacerdotes en el filo de la espada (Ibid. 18, 19). Esta es, por tanto, toda la fidelidad de los hechos: de la cual se ha tomado tanto para el título del salmo, cuanto para satisfacer al sacramento del salmo y a la doctrina profética. Pues solo esto está en la inscripción: Cuando, dice, vino Doeg y anunció a Saúl, y dijo: Que David ha venido a la casa de Abimelec. Y necesariamente después del salmo cincuenta (en el cual se contiene la remisión de los pecados según la virtud del número santificado de este, como enseñamos en el inicio de los salmos (Prólogo n. 10)), este salmo, anterior en tiempo, se coloca posterior en orden: para que lo que se prescribe al final para el entendimiento, pueda ser comprendido con los géneros de los sacramentos perfectos y completos por todas partes.

3. Qué significa Abimelec.---Abimelec, en la interpretación del término, significa el imperio de mi hermano. Lo que nosotros llamamos el imperio de mi hermano, los hebreos lo denominan Abimelec. Cuando, por tanto, se le dice a Saúl: David ha venido a la casa de Abimelec; se le anuncia a ese enemigo de David que ha entrado en la casa del imperio del hermano. Pero cuál es la casa del imperio del hermano, lo enseña el apóstol Pedro, diciendo: Y vosotros, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual para un sacerdocio santo (I Pedro 2, 5). Y más adelante: Pero vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido (Ibid. 9). En esta casa espiritual, por tanto, somos edificados en un linaje real, si por la edificación espiritual de los cuerpos, hechos conformes a Dios, merecemos ser perfeccionados como linaje real. A esta casa de Abimelec, es decir, a la casa del reino fraterno, entró aquel verdadero, santo, rey, justo, David, el oriente; hecho hombre en nuestro cuerpo. Esta casa es para él un reino fraterno: porque en la gloria de ese mismo cuerpo somos coherederos de su reino, como él mismo dice: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo (Mateo 25, 34). Que son sus hermanos, en cuya casa real ha entrado, lo testifica a través del profeta en el salmo diciendo: Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la congregación te alabaré (Salmo 21, 23). Concedida, por tanto, según el salmo precedente, la remisión de los pecados, el Verbo hecho carne habita en nosotros, quienes somos tanto hermanos, como casa espiritual, y linaje real.

4. Quién revela la entrada.---El pueblo impío, parricida y traidor, que se representa en la persona de Doeg, enemigo de su rey, es decir, David, revela que está en la casa de Abimelec. Y esto ocurre cuando es entregado a Pilato, cuando el hombre es ofrecido para ser crucificado, cuando, rechazando al rey, confiesa que su rey es César, revelándolo ciertamente en la casa de Abimelec, pero sin entender que, al estar en la casa de Abimelec, está en la casa del imperio fraterno, es decir, el cuerpo en el cual la Iglesia de los santos, que es el cuerpo de Cristo, reinará conjuntamente, la entrada, es decir, en la cual también tomó el alimento deseado: porque con deseo deseó comer la Pascua (Luc. XXII, 15); y de la cual tomó las armas de Goliat, es decir, del diablo; porque él mismo despojó al fuerte de sus bienes (Luc. XI, 22) después de lo cual, por este mismo Doeg, es decir, el pueblo traidor, los Apóstoles fueron asesinados, las iglesias subvertidas. De aquí, pues, el título del salmo, al final del entendimiento; porque en Cristo, que es David, el que surge, justo, rey y eterno y pastor, se entiende que está la consumación de toda nuestra esperanza y el fin de la ley: quien, según el título y el orden del salmo, fue traicionado en esa casa de su cuerpo, que se significa como la casa del imperio fraterno.

81 5. VERS. 3. Gloria, algunos bienes, otros males.---¿Por qué se gloría en la maldad, poderoso en iniquidad todo el día? Es una queja del Profeta que aquel que es poderoso en

maldad se gloríe en la iniquidad todo el día. Y esta gloria de la iniquidad es reprobada. Sin embargo, hay una gloria que debe ser buscada y confesada, y expresada con el afecto de un gozo exultante: lo cual otro profeta demuestra bajo las mismas palabras, diciendo: No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el fuerte en su fortaleza, ni el rico en sus riquezas: sino el que se gloría, gloríese en el Señor (Jeremías IX, 23 y 24). Pues, prohibiendo primero las causas de una gloria reprobable, muestra nuevamente la causa de una gloria adecuada. Con este ejemplo, el bienaventurado Apóstol sabe que no debe gloriarse en nada, salvo en una sola cosa, cuando dice: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado, y yo al mundo (Gálatas VI, 14). No ofende, por tanto, esta clase de gloria, sino la gloria de la iniquidad; y de esa iniquidad que dura todo el día. Recordamos que el día suele referirse a la edad o al tiempo del hombre, cuando se dice: No deseé el día del hombre (Jeremías XVII, 16): o nuevamente cuando Abraham deseó el día del Señor (Juan VIII, 56): o cuando el Apóstol entrega a Satanás para destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo en el día del Señor (I Corintios V, 5), mostrando no este día limitado por el nacimiento y la puesta del sol, sino el día del tiempo o edad establecido. Por lo tanto, el poderoso en maldad se gloría en la iniquidad todo el día.

6. Doec, es decir, los judíos siempre en la iniquidad.---Pero se entiende de manera absoluta que en la persona de Doec no se ajusta la razón de esta queja. Pues, ¿qué poder tenía el guardián de los mulos, y qué derecho sobre los animales de transporte real poseía, o simplemente anunciando que David había entrado en la casa de Abimelec? ¿Acaso se gloría todo el día en la iniquidad? En verdad, bajo su persona, se debe entender que se significa al pueblo cuya edad fue siempre de iniquidad, al cual, por el poderío de la malicia, le abundó la gloria de su iniquidad. Pues fue poderoso, cuando siendo siervo fue visitado por el Señor, cuando por él Egipto fue golpeado con tantas plagas, cuando en las tinieblas de tres días no sintió las mismas tinieblas al permanecer la luz con él, cuando dejó a Egipto despojado de plata y de todo adorno a su calamidad, cuando según los tiempos del día y de la noche usó de una columna ahora nublada, ahora de fuego, cuando cruzó el mar Rojo a pie, cuando vivió del alimento de los ángeles, cuando vio la majestad descendiendo al monte de Dios, cuando escuchó la voz hablando desde el fuego, cuando derribó muchos reinos con guerras graves, cuando vio al Jordán retroceder para que se secara ante él, cuando tuvo profetas, cuando usó de sacerdotes para la purificación de los pecados y la redención de su alma, cuando mereció obtener su reino. Pero en todas estas cosas, aunque era poderoso, sin embargo, siempre fue poderoso en su malicia, cuando deseó los ajos y otras cosas de Egipto y cuando deseó las carnes, cuando por la costumbre de los vicios prefirió la servidumbre impía a la libertad piadosa, cuando adoró al becerro, maldijo a Moisés, abominó a Dios, ofreció a sus hijos como sacrificios a los demonios, mató a los profetas, y también al mismo Dios y Señor suyo, nacido hombre por su causa, lo entregó al pretor para ser crucificado. Y así, gloriándose todo el día de su vida en la iniquidad, aunque era poderoso, sin embargo, permaneció siendo poderoso en la malicia.

7. Oficio de la lengua.---Después de esta queja de dolor profético sobre él, el discurso se dirige ahora a él mismo, VERS 4: Tu lengua ha maquinado injusticia. El oficio de la lengua humana es, impulsada por la razón natural, distinguir la voz en palabras con un movimiento variado y al mismo tiempo moderado: y que a través de ella surja un discurso disonante del sonido confuso del espíritu que irrumpe, para la comprensión de las cosas. Y aunque este movimiento racional suyo sea para lograrlo; sin embargo, se entiende que está más bien sometida a la razón que dotada de la inteligencia de la razón. Lo que carece de sentido de inteligencia, carece también de instinto de razón. Y lo que carece de instinto de razón, carece también de la meditación del consejo. ¿Y cómo se entiende correctamente lo dicho por el

Profeta, que la lengua maquina injusticia, cuando la cogitación surge del sentido racional del alma viviente; y la lengua no está destinada a la naturaleza de la razón que debe ser iniciada, sino al ministerio de la naturaleza racional? Pero la autoridad de esta afirmación perfecta y profética la demuestra otro profeta diciendo: En la boca de los necios está su corazón (Eclo. XXI, 29); porque, sin tratar nada desde el consejo de la razón y dependiendo de la meditación del corazón, solo con el movimiento temerario de una lengua imprudente, pronuncian cosas fortuitas e incondicionales. Y por eso, en la boca de los necios está su corazón, porque no hablarán lo que han pensado, sino que pensarán lo que han hablado. Y esto es sobre la lengua del necio. Pero sobre la lengua del sabio leemos así: La lengua del entendido meditará sabiduría; y de nuevo: Mi lengua es pluma de escriba que escribe velozmente (Sal. XLIV, 2): porque la lengua del entendido surge de la meditación de la sabiduría; y la misma, de nuevo, como pluma de escriba, no hace nada desordenado, nada incierto: sino que, obedeciendo rápidamente a la razón del consejo, se somete a lo que ha sido pensado o leído.

8. La lengua que piensa el mal se compara adecuadamente a una navaja. Y dado que por razón de su naturaleza la lengua debería servir más a los pensamientos que pensar por sí misma, se demuestra que esta lengua que ha pensado en la injusticia no ha cumplido con los deberes de su naturaleza. Pues sigue: Como una navaja afilada has hecho engaño. La navaja se afila para el brillo del rostro; de modo que, al rasurar la barba áspera y erizada, suaviza la cara. Si esta, en cambio, hiere, ha hecho engaño: ya que, preparada para el adorno, ha ofrecido su servicio para la herida. Por lo tanto, esta lengua de aquel poderoso en malicia, pensando en la iniquidad, ha hecho engaño: es decir, aquella que la naturaleza había preparado para expresar pensamientos racionales del corazón sabio, ella misma más bien piensa en iniquidades irracionales. Pues aquel pueblo que se debe entender que se significa en Doeg, elegido para magnificar el nombre de Dios y preparado para celebrar sus alabanzas, deshonra a este, lo entrega, y, en cuanto depende de él, lo mata con la muerte de la cruz: y esto lo consuma con la navaja afilada de su lengua, por la cual clamó: ¡Crucifícalo, crucifícalo! Por lo tanto, esta lengua, pensando en la iniquidad, ha hecho engaño como una navaja afilada; y las consecuencias enseñan qué tipo de engaño.

9. Maldad que se ama descuidando la bondad.---Sigue, VERS. 5: Amaste la maldad más que la bondad, la iniquidad más que hablar justicia. El crimen de este engaño se agrava por comparación, cuando se ama la maldad y se descuida la bondad; cuando se comete iniquidad, omitiendo el discurso de la justicia. Este afecto de malicia inclinada lo condena el Señor en los Evangelios, diciendo: Y este es el juicio, que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz (Juan III, 19). Así, el pueblo para el cual el Verbo se hizo carne para la redención de los pecados, y Dios nació hombre, para que por la justificación de la fe fuera liberado de la maldición de la ley, cuando en la transgresión de la ley prefiere servir a la maldición, entregó a su mismo Dios a la pena de su sangre, para que fuera inocente el pretor, asumiéndolo en sí mismo. Y al hacer esto, altera la costumbre de su naturaleza. Pues ama la maldad más que la bondad, y convierte el amor de lo bueno en lo peor. También prefirió amar la injusticia más que hablar justicia.

10. El odio de los judíos hacia Cristo. --- En verdad, según la costumbre judía, el discurso profético mantuvo en la misma fuerza de las palabras su razón, cuando dice: Amaste la maldad más que la bondad, la injusticia más que hablar justicia. Pues cuando dice: Amaste la maldad más que la bondad; no condena más que el mismo amor por comparación. Pero cuando dice: La injusticia más que hablar justicia; allí reprende no ya el afecto del amor preferido, sino ese mismo odio al hablar, diciendo: Más que hablar justicia. Los judíos pueden y suelen, aunque no amen la bondad, al menos simularla al hablar. Pero hablar de

nuestro Señor Jesucristo, quien según el bienaventurado apóstol Pablo se hizo para nosotros justicia, santificación y redención (I Cor. I, 30), de ninguna manera pueden. No soportan ninguna paciencia en el discurso, si alguna vez se les muestra por las autoridades proféticas que el unigénito Dios, que nació antes de los siglos, en el hombre fue padecido, crucificado y muerto, entonces evitan y huyen de todo discurso sobre Él: y si no hay lugar alguno para retirarse, oprimidos por una especie de dolor silencioso, se tapan los oídos con las manos y excluyen la audición para que no penetre en ellos; no amando tanta bondad, a veces sin embargo hablando de ella, pero ni amando la justicia, que es Cristo, ni hablando de ella.

11. Diapsalma cambia el sentido.---La intercesión del diapsalma, aunque no haya traído conversión a la persona, se entiende que ha realizado un cambio de sentido. Pues aunque el discurso sea del mismo de antes y hacia el mismo de antes, ahora el mismo discurso significa algo diferente que antes. Y ciertamente, las partes anteriores fueron graves con quejas, tanto que por el dolor del Profeta fueron reprendidas antes de ser pronunciadas: cuando la lengua piensa en la injusticia, cuando como una navaja afilada produce engaño, cuando se prefiere la maldad sobre la bondad, y el discurso de la injusticia sobre el de la justicia. Por estas razones, una especie de acusación del Profeta fue presentada ante Dios como argumento, cuando se dice: ¿Por qué te glorías en la maldad, poderoso en iniquidad todo el día? Y para que el dolor de la queja no se encontrara vacío, se presentó la causa misma de la queja.

12. El pecado expuesto está sujeto a la pena.---Ahora bien, intercediendo un diapsalma, no precedió una queja, sino que, habiéndose demostrado antes la causa gravísima del pecado, se sujeta esta sentencia de condenación, VERS. 6: Amaste todas las palabras de precipitación, lengua engañosa: por eso Dios te destruirá para siempre, te arrancará y te hará emigrar de tu tabernáculo y tu raíz de la tierra de los vivientes. Como ejemplo de lo que leemos dicho en el Génesis con estas palabras: Porque hiciste esto, maldito serás entre todos los animales (Gén. III, 14), y de nuevo: Porque escuchaste la voz de tu mujer (Ibid. XVII. 2); pero también por el Apóstol, cuando enumeró los crímenes gravísimos de la impiedad humana, así se dijo: Por eso Dios los entregó a una mente reprobada (Rom. I, 28); así también ahora: Amaste las palabras de precipitación, lengua engañosa; por eso Dios te destruirá para siempre. La fuerza de la palabra no se ha mantenido en el idioma latino. Pues lo que para nosotros son palabras de precipitación, los griegos las han mencionado como ῥήματα καταποντισμοῦ: con lo cual se significa que lo que para nosotros es precipitación, para ellos es inmersión en el profundo del mar. Sin embargo, para nosotros, según el sentido general, la precipitación puede entenderse no solo en el mar, sino también como la caída desde lugares elevados, ya sean edificios, rocas o cualquier tipo de lugares. Por lo tanto, según la razón demostrada de la precipitación, porque Doec amó las palabras de precipitación, está sujeto a una condenación severísima.

13. Infiel como un náufrago.---En efecto, toda alma infiel, naufragando en el profundo de este siglo como en un mar, es llevada por un movimiento incierto y errante, y fluctúa movida por el oleaje de diversas pasiones, engañada por el poder del diablo que habita en el mundo, y no se sostiene en ninguna firmeza sólida para resistirle y oponerse a él: de lo cual es fácil que, por los incentivos de las pasiones circundantes, sea sacudida de manera inestable y errante. Que el movimiento y el oleaje de este siglo se comparen con las mareas de un mar ondulante, que sea el hábitat del diablo dominante, según la inteligencia profética y alegórica, lo demuestra el salmo ciento tres bajo la significación corporal de las criaturas: Este mar grande y espacioso, allí serpientes cuyo número no se puede contar. Animales pequeños y grandes: allí pasarán las naves. Este dragón que formaste para burlarse de él. Y de nuevo en el salmo sesenta y ocho: Llegué a la profundidad del mar, y la tempestad me sumergió. Así, el Unigénito Hijo de Dios, y el Verbo de Dios, y Dios Verbo descendió para rescatarnos del

naufragio profundo de este siglo, con la red de su doctrina, a la cual el reino de los cielos es semejante (Mat. XIX, 47), para extraer de ella todas estas clases de peces. Es traicionado e deshonrado por el pueblo impío: y el pueblo, conformado para burlarse, se sumerge como compañero del dragón, y en esto se precipita en el profundo para la convivencia con él. Así también el pueblo egipcio incrédulo a Moisés mereció ser precipitado y sumergido, y las olas del mar que se replegaron sobre sí mismas absorbieron a la nación impía, palabras de precipitación cuando se opuso a Dios que lo amaba.

14. Los judíos arrancados de su patria.---Por lo tanto, como el pueblo judío incrédulo, traicionando a su rey, amó las palabras de precipicio, diciendo: No tengo más rey que el César (Juan XIX, 13): al haber descuidado al rey Dios y confesado al rey hombre, él mismo se sumergió en la profundidad del mundo; por eso es destruido al final: (pues hasta la consumación del siglo perdió el reino de la ciudad destruida), y fue arrancado de su tabernáculo y trasladado: ahora es un vagabundo en todo el orbe de la tierra, y en todas partes peregrino, habiendo consumado todos sus pecados en la pasión del Señor.

15. De los ritos de la ley.---Porque amó las palabras de precipitación, carece de aquel tabernáculo en el cual el Profeta siempre estuvo lleno del espíritu de Dios, en el cual existieron las tremendas contemplaciones de las santas virtudes y las visiones salutíferas, en el cual las ofrendas útiles de sacrificios para la redención del alma, en el cual el cordero pascual fue el guardián de los fieles en la calamidad de Egipto, y en la sangre de los umbrales un poderoso signo, en el cual las festividades temporales emulaban los tiempos eternos. Por lo tanto, arrancados de este tabernáculo, carecen de estos honores de dones espirituales.

16. Del cuerpo de Cristo, Dios y hombre.---Fueron arrancados no solo de este tabernáculo terrenal, sino de aquel del que se ha dicho: Levantaré el tabernáculo de David que ha caído (Amós IX, 11): es decir, el santo y venerable cuerpo de Dios nacido de la Virgen y templo, en el cual quien crea, habitará como consorte de la carne del Señor. Todo infiel será arrancado de esta relación con el cuerpo no creído, es decir, del tabernáculo de Dios, y será expulsado, indigno de la morada de este tabernáculo espiritual: lo que se entiende que el Señor significa cuando dice: Yo soy la vid verdadera, vosotros sois las ramas, mi Padre es el labrador. Toda rama en mí que no permanece, ni lleva fruto, será arrancada. Y toda rama que permanece en mí, mi Padre la limpiará para que lleve más fruto (Juan XV, 1, etc.). Por lo tanto, aquellos que por la fe merezcan permanecer en el cuerpo asumido por Dios, serán purificados para llevar frutos eternos: porque es necesario que la rama que permanece en la vid mantenga la naturaleza de la vid verdadera. Pero aquel que sea incrédulo en el cuerpo nacido de Dios, o incluso si creyendo permanece, pero carece de los frutos de su fe, será arrancado, ya sea por incredulidad o por la inutilidad de los frutos negados. El Hijo de Dios nacido de la Virgen, no fue entonces por primera vez Hijo de Dios cuando fue Hijo del hombre, sino que en el Hijo de Dios también fue Hijo del hombre, para que el Hijo del hombre fuera Hijo de Dios, asumiendo en sí la naturaleza de toda carne, por la cual, siendo la vid verdadera, sostiene en sí el linaje de toda rama. Por lo tanto, si alguna rama es infiel o infructuosa, se ofrece a sí misma para ser arrancada; permaneciendo por naturaleza, pero siendo arrancada por incredulidad o inutilidad. De este tabernáculo, como de la vid verdadera, este impío Doeg es arrancado y expulsado, permaneciendo por naturaleza tanto en el tabernáculo como en la vid, pero por incredulidad es digno de ser arrancado.

17. Del reino de Cristo.---Pero arrancado del tabernáculo, será desarraigado de la tierra de los vivientes. Porque quien no permanezca en Cristo, no será habitante del reino de Cristo. No será, no porque no se le haya ofrecido la posibilidad de habitar (pues se ofrece a todos, para

que sean partícipes del cuerpo de Dios y del reino; porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; asumiendo en sí la naturaleza de todo el género humano): sino que cada uno, según su mérito, se ofrece a sí mismo para ser arrancado del tabernáculo y desarraigado de la tierra de los vivientes; no porque se le haya prohibido estar presente, ya que por la asunción de la naturaleza ha sido recibido como habitante; sino que es desarraigado por el crimen de infidelidad, resultando indigno de la comunión de la naturaleza. Por lo tanto, es desarraigado de la tierra de los vivientes, que se prepara en la región bienaventurada para los santos que co-reinan con el Señor: de la cual Él mismo hace mención en el Evangelio, diciendo: Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra (Mat. V, 4); y aquí el mismo profeta: Y agradaré al Señor en la región de los vivientes (Sal. 114, 9), de la cual el pueblo traidor mereció ser desarraigado, después de haber sido destruido hasta el fin, y emigrado y arrancado del tabernáculo.

18. Tierra de los vivientes: y que los muertos vivan para Dios.---Es tierra de los vivientes porque todo fiel en el Señor, aunque esté muerto, vive para Dios; como se ha dicho: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob: no es Dios de muertos, sino de vivos (Mat. XXII, 32). Y nuevamente a través de Jacob: Viva Rubén y no muera (Deut. XXXIII, 6); y aquello: Que Ismael viva delante de ti (Gen. XVII, 18). Pero también lo del Apóstol (si así le parece al lector, ya que tiene un doble significado): Y nosotros los que vivimos, los que quedemos, seremos arrebatados en las nubes para recibir al Señor en el aire: y así estaremos siempre con el Señor (Tes. IV, 14). La interrupción de los cuerpos trae una ocasión temporal de muerte: pero la ley establecida de morir no elimina la ley de resucitar: porque al que decreta la ley, la ley no le impone necesidad: ni Dios se priva del derecho de dar vida, al decretarnos la ley de morir. La muerte, sin embargo, es legítima solo para aquellos en quienes ha sido decretada. Pero todos viven para Dios, de cuya ley han muerto. Ni la muerte, que solo ha prevalecido por la ley del que decreta, puede prevalecer por sí misma para que la ley de vida renovada por el que decreta no sea mutable: ya que el poder del que decreta ha cambiado la ley de vida establecida desde el principio en Adán bajo la condición del decreto con la ley de morir. Viven, por tanto, todos los santos y fieles para Dios. Pues cuando se dice ser el Dios de aquellos que habían muerto, es decir, de Abraham, Isaac y Jacob; y enseguida testifica que no es Dios de muertos, sino de vivos; enseña por ello que aquellos que por juicio de la opinión humana se consideran muertos, no están muertos para el que decreta la ley, sino vivos.

19. La intercesión del diapsalma, aunque no cambió la persona, renovó el sentido. Pues después de la anunciada condenación de Doec, a quien se dirigió el discurso como si estuviera presente, el Profeta ahora se refiere al significado de otra exposición, VERS. 8 y 9: Verán los justos, y temerán, y se reirán de él, y dirán: He aquí el hombre que no puso a Dios como su ayudador, sino que confió en la multitud de sus riquezas, y prevaleció en su vanidad. Destruido Doec hasta el fin, arrancado de su tabernáculo y emigrado, y erradicado de la tierra de los vivientes, es necesario que todos los santos teman: al ver que, con tantos y tan grandes auxilios de la misericordia divina, el pueblo, ayudado y beneficiado después de aquella inmensa dignidad del reino glorioso más allá de las fuerzas humanas, ha ofrecido de sí mismo el mayor y último ejemplo de calamidad humana. ¿Quién podría recordar las antiguas glorias y las innumerables bienaventuranzas que mencionamos anteriormente en parte, cuando después de las muertes en Egipto el mar se dividió para su camino, cuando la columna de nube sombreó el ardor del día, cuando la columna de fuego disipó las tinieblas de la noche, cuando el alimento celestial fue proporcionado por los ángeles, cuando la roca fluyó agua, cuando el Jordán retrocedió, cuando la gran ciudad cayó al suelo al paso del arca del testamento, cuando el sol fue detenido en su curso y el orden de la ley divina resistió la pausa

de la guerra con el movimiento incansable e imperturbable de los elementos celestiales: después de aquella familiaridad de la majestad divina tanto en vista como en oído, consumidos por las guerras, muertos de hambre, y antes alimentados con los cadáveres de los muertos para retrasar el hambre, los restantes luego reducidos a servidumbre, exiliados en todas partes, degenerados en todas partes, nunca reconocidos, siempre nuevos, y siempre innobles por el cambio de residencia, siempre extranjeros? Ahora, si alguien eleva sus ojos espirituales, de los cuales el Señor dice: Levantad vuestros ojos, y ved los campos, porque están blancos para la siega (Juan IV, 35); entonces sabrá que han sido arrancados de la comunión del cuerpo de Dios, y de aquel reino de bienaventuranza, de aquel honor de la resurrección, y están sin el Espíritu de Dios, sin la inteligencia de la profecía, constituidos como alimento del infierno, a quienes el gusano inmortal devorará, y el fuego inextinguible consumirá (Isaías LXVI, 24); cuya legislación, cuyos testamentos, cuyos padres, de los cuales Cristo según la carne, que es sobre todo Dios (Rom. IX, 4 y 5). Cuánto más, entonces, los santos contemplarán con temor estas condenaciones de su calamidad presente y eterna; porque la contemplación de los castigados es un ejemplo terrible. Verán, pues, los justos, y temerán: no hay nada que no deban temer, comprendiendo la magnitud de su calamidad. Pero porque son justos, aunque teman por el ejemplo, sin embargo, se alegrarán del fruto de su propia justicia. Se reirán de él, riendo, por tanto, y temiendo, porque están sometidos a Dios, por la severidad terrible de los castigados. Así, el miedo es moderado por la risa: mientras que el miedo es por el ejemplo, y la risa es por el mérito. Sin embargo, el miedo modera nuevamente la risa, mientras se alegran en los bienes, no falta el terror del ejemplo: porque es de una conciencia impía y desconfiada de sí misma temer sin alegría; y es de una naturaleza insolente alegrarse sin temor.

20. Toda nuestra esperanza en Dios.---Pero aquellos que temen se reirán; también añadirán a esta moderada risa en el temor, diciendo: He aquí el hombre que no puso a Dios como su ayudador. Es de extrema necedad e impiedad no entender que se vive bajo Dios y de Dios, sino que en lo que se hace y se espera, se quiera más bien confiar en el propio poder; cuando si hay algo en uno mismo, es de Dios. Por tanto, toda nuestra esperanza esté en Dios, y toda confesión en Dios, siguiendo el ejemplo del Profeta que dice: Señor, mi ayudador y mi redentor (Salmo XVIII, 15); y de nuevo: Levanté mis ojos a los montes, ¿de dónde vendrá mi ayuda? Mi ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra (Salmo CXX, 1) . . . . . Temamos, pues, siempre, no sea que el fuego eterno nos consuma, y el gusano inmortal nos devore; cuando oigamos lo que dicen los justos temiendo y riendo: He aquí el hombre que no puso a Dios como su ayudador, sino que confió en la multitud de sus riquezas.

21. Contra la arrogancia de los ricos. — La opulencia hace que algunos ricos sean insolentes, y la confianza vana en las riquezas desvía especialmente el temor de Dios: necios, no comprenden que deberían ser más religiosos precisamente porque son ricos; ya que es apropiado mostrar gratitud al dador de los bienes deseables: y es más inexcusable la culpa de la avaricia, porque la opulencia no excusa la necesidad de la avaricia. ¡Cuán infeliz es la confianza en una cosa vana! Despreciar a Dios por poseer oro, como si el oro no fuera una de las criaturas de Dios; o pensar que alguien, con juicio de mente sana, adquiere el progreso de una vida bienaventurada porque tiene oro enterrado: y de ahí que no se convierta en un hombre de alma y cuerpo general, y pueda ser otro de lo que nació; o que cuando deje la vida, pueda usar su oro en la muerte. Lo usará ciertamente si lo usa correctamente en vida, si alimenta al hambriento con su pan, si viste al desnudo con su ropa, o si alivia al enfermo con su gasto, o si devuelve al cautivo a su libertad. Estas son ciertamente las embajadas ambiciosas del tesoro humano ante Dios, este es el poder de interceder por los crímenes y los verdaderos sufragios. Así seremos transformados por el oro, para que de terrenales seamos

celestiales, y de mortales seamos eternos. Este pueblo infiel, no pensando en esto y despreciando los mandamientos de Dios, creyendo ser rico por la ley, que es sombra de los bienes futuros, y usando mal las riquezas adquiridas, fue arrancado y emigrado de la tierra de los vivientes y del tabernáculo: creyéndose poderoso en vanidades, en la gloria de su reino, en el oro del templo, en los mandamientos de los hombres, según el profeta que dice: En vano me honran, enseñando doctrinas y preceptos de hombres (Isaías XXIX, 13, según la LXX), cambiando la ley de Dios por la observancia despectiva de la costumbre humana.

22. David bajo la ley evangélica.---El profeta, quien debe ser entendido como justo, habla de sí mismo con confianza en su esperanza, VERS. 10: Pero yo, como un olivo fructífero en la casa de Dios, he confiado en la misericordia de Dios por siempre y para siempre. Ciertamente difiere en tiempo la edad de los hombres: pero el espíritu de la profecía es el mismo. El profeta dice que permanece en la casa de Dios como un olivo fructífero, un árbol siempre verde y fecundo en frutos excelentes. El Apóstol proclama que a esta oliva, con sus ramas quebradas por la infidelidad, las naciones fieles han sido injertadas desde un acebuche innoble (Rom., XI, 17): para que, contra la naturaleza de su género, recibieran la naturaleza de la raíz. Pero el profeta, permaneciendo en la ley, es a la vez evangélico y profeta, y persiste con su fruto en la casa de Dios tanto en la ley como en los Evangelios: no debe ser quebrado en sus ramas, no debe ser dejado en el tronco, no debe ser ofrecido inútilmente para ser injertado en un acebuche, ni debe transferir la virtud de su raíz a un árbol ajeno; sino que, siendo íntegro como es, predicador de la fe apostólica, no debe ser injertado desde las naciones en la raíz de la ley hacia la fe evangélica, sino que incluso en la fe evangélica de las naciones, con la propia virtud de su raíz y ramas, él mismo es fructífero desde la rica conciencia de la ley. La casa de Dios es, según el apóstol Pedro, la Iglesia y todos los seguidores de la fe evangélica, como dice: Edificados como casa espiritual, reino sacerdotal (I Pet., II, 5, y 9). Y Pablo: Para que sepas cómo debes comportarte en la casa de Dios, columna y fundamento de la verdad, que es la Iglesia del Dios viviente (I Tim., III, 15). En esta casa de Dios, el justo y santo profeta, permaneciendo como un olivo fructífero, usando su propia raíz fructífera y rica, ha confiado en la misericordia de Dios; no por un tiempo, no solo en el breve siglo de esta vida corporal, sino por los siglos de los siglos. Extiende sus esperanzas hacia la infinita eternidad, y no se concluye con el ocaso de la muerte: pues sabe que vivirá en el seno de Abraham, al ejemplo del pobre Lázaro, y sabe también que, con la transformación de la gloriosa resurrección, permanecerá coeterno y conforme a Dios: permanecerá, además, por lo que sigue, VERS. 11: Te confesaré, Señor, por los siglos, porque tú lo has hecho: y esperaré en tu nombre, porque es bueno ante la presencia de tus santos.

23. La misericordia de Dios es una obra para alcanzar la bienaventuranza. La esperanza en la misericordia de Dios es por los siglos y por los siglos de los siglos. Pues las obras de justicia por sí solas no son suficientes para merecer la bienaventuranza perfecta, a menos que la misericordia de Dios no impute los vicios de las mutaciones y movimientos humanos incluso en esta voluntad de justicia. De ahí que el dicho del Profeta sea: "Tu misericordia es mejor que la vida" (Salmo 62, 4): porque aunque la vida de los justos sea plausible por la operación de la justicia, sin embargo, por la misericordia de Dios obtendrá más mérito. Pues de esta vida progresa a la vida eterna: y la misericordia de Dios recompensa la operación de la justicia en tal medida, que al compadecerse de la voluntad de justicia, concede a cada justo ser partícipe también de su eternidad. Por eso, la esperanza de la misericordia es por los siglos y por los siglos de los siglos: pero la confesión solo en este siglo, no también en el siglo de los siglos. Pues la confesión de los pecados solo es en el tiempo de este siglo: mientras cada uno es dejado a su propia voluntad, y por la libertad de la vida tiene el juicio de

la confesión. Porque al partir de la vida, también partimos del derecho de la voluntad. Entonces, por el mérito de la voluntad pasada, la ley ya establecida recibe la voluntad de los que salen del cuerpo, ya sea de descanso o de pena. El Profeta muestra que en ese tiempo la voluntad no es libre, sino necesaria, cuando dice: "No tengo voluntad en aquellos días". Pues cesando la libertad de la voluntad, también cesará el efecto de la voluntad, si es que la hay. Porque el rico, queriendo pasar a Abraham, no es permitido por el abismo en medio (Lucas 16, 26): aunque por la libertad de la voluntad pudo haber estado en el seno de Abraham. Por lo tanto, la libertad de la voluntad está interrumpida, porque no hay confesión para los muertos, según lo que se ha dicho: "¿Quién te confesará en el infierno?" (Salmo 6, 6). Por lo tanto, el Profeta, esperando la misericordia por los siglos y por los siglos de los siglos, confiesa solo en este siglo: llevando a cabo los oficios temporales de confesión en el tiempo del siglo, extendiendo en cambio la esperanza eterna a la eternidad de los siglos. Añadió la causa de la confesión diciendo: "Porque tú lo hiciste": confesando que el Señor es el autor de este universo, enseñando que no se debe confesar a ningún otro, sino a quien hizo el olivo fructífero de la esperanza de misericordia por los siglos de los siglos.

24. El salmista espera ver a Cristo. — Y quién es este que hizo estas cosas, lo demuestra diciendo: Y esperaré tu nombre, porque es bueno en la presencia de tus santos. Esperará, por tanto, el nombre de Dios a quien confiesa, por quien fueron hechas todas las cosas, como dice Pablo: Porque hay un solo Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas, y nosotros en él; y un solo Señor, nuestro Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por él (I Cor. VIII, 6). Por tanto, espera su nombre, es decir, ver a Jesús, conocer a su salvador, como dijo el ángel: Y le pondrás por nombre Jesús; porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Mat. I, 21). Espera ver a Cristo, para ser cristiano por la profesión de una familia noble. Este nombre es bueno, que los ángeles y arcángeles adoran, que los demonios tiemblan y no pueden soportar, que los hombres asumen para la salvación: pues está escrito: Y todo el que invoque su nombre, será salvo (Rom. X, 13). Sin embargo, espera no ocultamente, no con temor, no solo; sino en la presencia de sus santos, es decir, dando testimonio libre de su esperanza, ya sea sin rehusar la conciencia de los santos celestiales, o, siguiendo el ejemplo del profeta, ofreciendo a todos los santos que están en la tierra un ejemplo de esperanza en sí mismo.

94 SALMO LII.

David, al final, por Abimelec, entendimiento de David.

Dijo el necio en su corazón: No hay Dios. Se han corrompido y se han vuelto abominables en sus iniquidades: no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno. Dios miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si hay alguien que entienda o que busque a Dios. Todos se han desviado, juntos se han vuelto inútiles: no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno. ¿No sabrán todos los que obran iniquidad, los que devoran a mi pueblo como si fuera pan? No invocaron a Dios: allí temieron donde no había temor. Porque Dios dispersó los huesos de los que agradan a los hombres, quedaron confundidos; porque Dios los despreció. ¿Quién dará desde Sion la salvación a Israel? Cuando el Señor haga volver la cautividad de su pueblo, se regocijará Jacob, y se alegrará Israel.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Diferencia entre el Salmo presente y el XIII.---VERS. 1. El salmo presente es casi idéntico al decimotercer salmo, pero en esta misma similitud de palabras hay una diferencia

significativa en cuanto a la comprensión. Primero, por la virtud de su inscripción. Pues el decimotercer salmo se titula: Al final, de David, lo que indica que ese salmo fue profetizado por David. Aquí, sin embargo, se titula: Al final, para Maeleth, entendimiento de David. Donde dice, al final, entendimiento, hay una significación de exhortación y advertencia, por la cual se nos ordena aplicar nuestro juicio según el conocimiento del fin: para que entendamos que lo que se anuncia en el salmo se consumará al final; según aquello del Apóstol: Luego el fin, cuando entregue el reino a Dios Padre. Cuando haya aniquilado todo principado, potestad y virtud, entonces también él se someterá al que le sometió todo. El último enemigo que será aniquilado es la muerte (1 Cor. XV, 24 y ss.). Este es, por tanto, el fin que se entiende en el salmo. Además, el hecho de que el salmo se titule de David, muestra que todo se profetiza sobre Cristo, quien es el verdadero David: porque donde se titula de él, se refiere a quien lo dice; pero donde es para él, muestra a quien se le dice.

2. Cada uno está convencido de que Dios existe, aunque los impíos no lo deseen. —Dijo el insensato en su corazón: no hay Dios. Es propio del vicio humano no atreverse a expresar con palabras de la boca lo que es vergonzoso, sino que, impulsados por la maldad interior, lo expresan dentro del corazón: mientras, en lucha con la necesidad del pudor público, la iniquidad de la voluntad hace que lo que avergüenza decir, no avergüence pensar. Y por eso el necio dice en su corazón: No hay Dios; porque si quisiera expresar esto con palabras de la boca, sería juzgado como necio, tal como es, por el juicio del consenso público. ¿Quién, al contemplar el mundo, no siente que Dios existe? Pero sucede frecuentemente que, aunque la necesidad de la verdad nos obliga a confesar a Dios, el deleite de los vicios nos persuade de que Dios no existe para nosotros: y lo que creemos contra la fe, lo expresamos con el consejo del corazón impío. De ahí que Dios haya dicho por medio del profeta: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Isaías 29, 13); porque no quieren creer lo que no pueden negar.

3. La iniquidad como causa de negar a Dios.---La causa de esta declaración tan insensata en el corazón se muestra diciendo, VERS. 2: Se han corrompido y se han hecho abominables en sus iniquidades. Es iniquo todo lo que está fuera de la ley. Y al exceder la ley de Dios, primero se someten a la corrupción, luego a la abominación: porque la iniquidad trae corrupción, y la corrupción merece abominación. Pues cuando alguien transgrede la ley de Dios, entonces negará a Dios: y negar a Dios es corrupción. Porque nuestro Señor, para alejar la corrupción, el Verbo se hizo carne. Es necesario, según el Apóstol, que la corrupción se vista de incorrupción. Pero quien es iniquo, y quien no cree que el Verbo de Dios se hizo carne, y dice en su corazón que Dios no existe; permanecerá corrupto y abominable. El decimotercer salmo, por el hecho de que se han hecho abominables en la iniquidad, dice así: Se han hecho abominables en sus invenciones. Ni difiere el sentido ni el crimen: porque los hombres, siguiendo lo que les agrada, han transgredido los preceptos de la ley divina.

4. Buena en la lengua a veces, rara en los hechos.---Sigue luego esta queja: No hay quien haga el bien. Este versículo, porque más adelante también se presenta con un añadido, lo trataremos en su lugar. Sin embargo, ahora ha sido añadido de manera oportuna y adecuada, ya que, estando todos corrompidos y abominados, no se encuentra a nadie en las obras de bondad: porque aunque a veces solemos hablar de lo que es bueno, en los hechos mismos difícilmente llevamos a cabo lo que es bueno.

5. Diversas perspectivas de Dios hacia los hombres.---Y para que no se pensara que la voluntad de Dios hacia los hombres es negligente, añadió diciendo, VERS. 3: El Señor miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres para ver si hay alguien que entienda o que

busque a Dios. Se sabe que la mirada del Señor desde el cielo ha sido frecuente: tantas veces como, conmovido por los pecados del género humano, por nuestra salvación elige a Noé antes del diluvio, justifica a Abraham por la fe, promete a Isaac como heredero de su promesa, prefigura en Jacob al primogénito del pueblo futuro, establece a Moisés como profeta y líder, legislador de la ley, o inspira a los profetas en todo tiempo de la ley. Por estas eficacias de su virtud, miró a los hijos de los hombres: para ver si había alguien que entendiera y buscara a Dios.

6. La escasez de quienes buscan a Dios, el modo de buscarlo. --- No es fácil aquello por lo cual Dios se digna mirar para ver: es algo grande lo que se examina tan cuidadosamente para ver si puede encontrarse en alguien. Dios mira desde el cielo para ver si alguien entre los hombres lo busca con inteligencia. ¿A quién de entre los hombres encontrarás que quiera buscar a Dios según una inteligencia perfecta? ¿Quién, primero, examinando las causas de las criaturas y luego la constitución del género humano, busca al autor y padre de tan vasto universo a través de la razón de la inteligencia? ¿Luego, por qué el mundo, por qué los hombres, por qué las épocas del siglo; por qué fue elegido el patriarca, por qué se estableció la ley, por qué fue enviado el profeta, y en qué progreso se ha establecido el origen de todas las causas? Además, ¿qué nos imparten las virtudes de los cielos, los ministerios de los ángeles, los poderes de los arcángeles, el reino del diablo, el don del Espíritu Santo, y Dios de Dios, el unigénito Hijo de Dios, a partir de tan diversos géneros de oficios? A este hombre que lo busca a través de la inteligencia, Dios se digna mirar.

7. Entender es propio del hombre.---Es un mérito no pequeño de la inteligencia, como dice Salomón: Buena es la inteligencia para todos los que la encuentran; y nuevamente a través de otro profeta: Oh Israel, ¿qué te pide Dios, sino que hagas justicia y entiendas la rectitud (Deut. X, 12)? Pues la inteligencia es el oficio propio de la razón humana: y por eso se nos ha dado por naturaleza un alma espiritual, para que a través de ella nos dirijamos hacia el sentido de la inteligencia, que es el único partícipe de la razón. Pero, abrumados por los vicios y oprimidos por los placeres del cuerpo y la gravedad de la naturaleza corporal, nos desviamos del estudio de la búsqueda inteligente.

8. El pecado engendra el deseo de apartarse de Dios.---Nos apartamos después de haber comenzado a ser inútiles: pues eso es lo que significa el discurso profético, VERS. 4: Todos se han desviado, a una se han hecho inútiles. No es que se vuelvan inútiles al desviarse; sino que, al comenzar a ser inútiles, se desvían. Y la fuerza de esta afirmación es fácil de entender a partir de la costumbre del cambio humano. Pues cuando comenzamos a ser malos a partir de ser buenos, y nos separamos de la familiaridad de los prudentes y de la honestidad de la fama pública por los vicios y deshonras; al volvernos inútiles por ello, entonces evitamos el encuentro con todos los hombres probables, siguiendo caminos desviados, y evitamos la presencia de los buenos por la vergüenza de nuestra conciencia. Finalmente, Adán, hecho inútil por el pecado, entonces evitó la llegada de Dios (Gén. III, 10). Sin embargo, viviendo algún tiempo inocente, y siendo útil por la observancia de los mandamientos, antes tenía el encuentro familiar con Dios, pero en cuanto comenzó a ser inútil, lo evitó.

9. ¿Es que nadie es bueno, ni Abel, ni Set, etc.? — No habiendo quienes busquen a Dios con inteligencia, y todos, al mismo tiempo que se vuelven inútiles, desviándose, se repite la queja del que dice: No hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno. Es una grave declaración de Dios, y un juicio indisoluble sobre los vicios humanos, cuando nadie hace el bien, ni siquiera uno. Y se preguntará después de esto, ¿cómo pudo Abel agradar, Set ser aprobado, Isaac ser heredero, Enoc ser trasladado, Noé ser preservado, Melquisedec ser santificado, Abraham ser

elegido, Jacob ser Israel, Job ser inculpable, Moisés ser amigo, Aarón ser ungido, David ser conforme al corazón de Dios, los Profetas ser espirituales, los Apóstoles recibir las llaves del cielo, si excepto uno solo, nadie es bueno? Ahora bien, ¿cómo se entenderá lo que se dice: El hombre bueno saca cosas buenas de su buen tesoro (Mat. XII, 35); y aquello: Siervo bueno, entra en el gozo de tu Señor (Mat. XXV, 21)? Pues, ¿cómo se llamará bueno a alguien, si nadie hace el bien?

10. En quienes caiga, NO HAY QUIEN HAGA EL BIEN.---Y primero, para que no pensemos que esta declaración general se aplica también a aquellos hombres muy probados por el juicio de Dios que mencionamos anteriormente, el sentido de las palabras anteriores se opone. Pues todo el discurso comenzó sobre los necios, corruptos y abominables: y Dios mirando desde el cielo, para ver si había alguien que buscara con inteligencia, después de que todos comenzaron a volverse inútiles, no se encontró a nadie haciendo el bien hasta uno, es decir, de aquellos que eran necios, corruptos y abominables, y después de que se hicieron inútiles, comenzaron a desviarse; la sentencia del juicio divino se ajusta a aquellos con quienes comenzó el discurso. Pero lo que dice hasta uno, no exceptuó a uno de todos; sino que, entre todos los inútiles y desviados, cuando hasta uno no hace el bien, no separó ni siquiera a uno de todos. Pues no dijo, excepto uno, sino hasta uno. Y en lo que es excepto uno, se significa la excepción de uno; pero en lo que es hasta uno, la universalidad general se contiene bajo un cierto número especial y personal por la diligencia del que mira desde el cielo con conocimiento.

11. La bondad perfecta que: y que esto en nadie. ---Aunque recordemos que esta es la debilidad de la naturaleza humana, de modo que en comparación con la bondad divina nadie es bueno: pero esa excepción incomparable de la divinidad no ha cerrado el deber de la bondad, de modo que según la comparación humana entre los hombres nadie es bueno. La bondad, en efecto, es primero perfecta, que consistiendo en la virtud de una naturaleza inmutable, no sabe ser otra cosa que lo que ha sido, ni puede no ser lo que siempre es. Los movimientos humanos, en cambio, son a menudo diversos por esa misma mutación, y la naturaleza imperfecta de la ley terrena se convierte en otra, cambiando por un impulso que la perturba: y a eso nos empujan los movimientos de diversas afecciones, mientras nos enojamos por una ofensa, nos conmovemos por una pérdida, nos encendemos con ira, nos perturbamos con miedo, nos inclinamos con amor, nos impulsamos con odio, nos exaltamos con alegría, nos estimulamos con dolor, discrepamos con juicio, cambiamos con la edad. Sujetos, pues, a estos movimientos débiles de la naturaleza, no podemos ser iguales, mientras somos mudables tanto en afecto como en tiempo. Y por eso la bondad perfecta no está en nadie, porque los incentivos de las perturbaciones naturales la cambian. Sin embargo, cuando estamos en la bondad ya sea por voluntad o por acciones, no podemos ni siquiera entonces no ser lo que somos. Y aunque seamos imperfectos para eso, no siempre lo somos: lo que sin embargo somos en el tiempo, aunque por la debilidad de la naturaleza estemos sujetos a la mutación de la bondad, no se nos quita ser buenos incluso cuando lo somos.

12. Dios concede indulgencia a la buena voluntad por las caídas de la debilidad. --- Sin embargo, solo Dios es bueno por su naturaleza inmutable, y nunca ha sido un juez severo de nuestra mutabilidad, otorgando indulgencia a nuestra debilidad, por la cual no siempre permanecemos buenos, en mérito a la voluntad que nos deleita en ser buenos: y se ha mostrado más propicio a lo que deseamos que iracundo a lo que no podemos. Pues cuando le dijo a Moisés, ciertamente su fiel amigo, y a quien había constituido como Dios ante el Faraón: "Porque no me glorificaste en las aguas de la contradicción, sube al monte y muere", después lo reservó como compañero y mártir de su reino bienaventurado y eterno, visto por

los Apóstoles en el monte, en un lugar de sepultura desconocido por nadie. Y para no recorrer los ejemplos de la bondad de Dios a través de Aarón, David, Salomón y muchos otros, a quienes, aunque reprendidos por las ofensas de sus cambios, les concedió indulgencia por el mérito de la fe, el Señor, consciente de la debilidad humana, cuando dijo a los Apóstoles: "Todos vosotros os escandalizaréis en esta noche" (Mat. XXVI, 31), y a San Pedro tres veces, no tanto para denunciar la negación condenada, sino porque, siendo un hombre mudable por el temor de la carne, le advirtió lo que iba a negar, y aunque negó, no le quitó las llaves del reino de los cielos: porque aunque la negación se deslizó por la trepidación, la fe firme de la voluntad de confesar hasta el martirio no faltó. Y una cosa es no querer, otra es no poder. Pues Pedro, aterrorizado, aunque no pudo mantener la constancia en la respuesta por el sentido de la carne, sin embargo, por la fe del alma, lloró de inmediato. Y cuando reconoció que se había desviado de lo que quería, derramó el afecto de la fe con el dolor de las lágrimas. Y ese mismo tiempo de negación y llanto fue, ciertamente según la mutabilidad de la trepidación, con la firmeza superior de la voluntad. Pues pronto la fe constante lloró la inconstancia de la trepidación, confirmando de ahí en adelante la firmeza probadísima de la constancia apostólica con la confesión del martirio. Recordamos esto en el presente lugar para que no pensemos que se dijo en general: "No hay quien haga el bien, no hay ni uno solo", cuando estos hombres tan grandes y agradables a Dios, aunque por la mutabilidad de la naturaleza se desviaron un poco del propósito de la fe, sin embargo, alcanzaron la gloria del juicio celestial sobre ellos mismos por sus máximas y hermosísimas obras de bondad.

13. Y esta es la razón de nuestra inteligencia que los siguientes versículos completan, VERS. 5 y 6: ¿Acaso no saben todos los que obran iniquidad, los que devoran a mi pueblo como si fuera pan? No invocaron a Dios: allí temieron donde no había temor. Porque Dios dispersó los huesos de los que complacen a los hombres, quedaron confundidos; porque Dios los despreció. Pues si hasta uno solo no hace el bien, ¿cómo es el pueblo de Dios, que es devorado como pan por los que obran iniquidad? Por lo tanto, la generalidad de la sentencia se elimina, ya que los que obran iniquidad se separan del pueblo de Dios, que permanece sin duda en las obras de bondad. Así, los obradores de iniquidad devoran al pueblo de Dios como si fuera pan, viviendo de las injurias a los santos, deleitándose con la persecución de los profetas, la devastación de la Iglesia y toda operación de iniquidad. También devoran al pueblo de Dios como si fuera pan aquellos que lo desgarran con el mordisco de la difamación y el desgarro de la envidia, según lo dicho por el Apóstol: Pero si os mordéis y os devoráis unos a otros, mirad que no os consumáis unos a otros (Gál. V, 15). Pero también hay quienes devoran al pueblo de Dios como si fuera pan, para quienes, como dice el mismo bienaventurado Apóstol, el dios es el vientre (Filip. III, 19), quienes consideran el ministerio como un negocio, enriqueciéndose con las contribuciones y dones del pueblo: mientras buscan banquetes suntuosos bajo el pretexto de la religión, mientras llenan sus despensas con el inútil servicio de los religiosos (cuando la costumbre apostólica de esta contribución necesaria fue instituida solo para el sustento diario de los que renuncian al mundo o de los necesitados); de los cuales está escrito, Devoran las casas de las viudas y, para disimular, hacen largas oraciones (Mat. XXIII, 14). Estos, por lo tanto, devoran al pueblo de Dios como si fuera pan, y no invocaron al Señor. Porque los necios dijeron en su corazón, No hay Dios. No invocan, por tanto, a quien niegan. O ciertamente, si algunos en la Iglesia devoran al pueblo de Dios con difamación, persecución y gasto como si fuera pan, aunque crean que invocan al Señor, escucharán lo dicho en el Evangelio. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores (Juan IX, 31). Estos, por lo tanto, no invocaron al Señor: porque la oración no es una profesión de palabras, sino de fe.

14. Temen lo que no deben temer.---Pero aquellos que no invocan a Dios, y añaden a su impiedad el temer lo que no debe ser temido (pues allí se asustaron, donde no había temor), veneran piedras, metales, maderas, fuego, agua, éter, reyes muertos y que morirán, o los demás inventos supersticiosos de las religiones: y con este mismo impío temor de cosas vanas, y el desprecio del temor necesario, son condenados por comparación; ya que no es tanto impío olvidar el temor de Dios, como lo es en su impiedad preferir el temor de cosas vanas al temor de Él. Sin embargo, el Señor enseñó que solo debe haber en nosotros el temor de aquellas cosas que verdaderamente deben ser temidas, cuando dice: No temáis a los que pueden matar el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Temed más bien a aquel que puede destruir tanto el alma como el cuerpo en el infierno (Mat. X, 28). Por lo tanto, es un temor impío cuando se temen las cosas que no deben ser temidas, y no se temen las que deben ser temidas. Y muchas veces creemos que estamos adulando piadosamente a los reyes como un deber religioso, porque tienen algún poder sobre nuestro cuerpo: a quienes no se les permite más sobre nosotros que a un ladrón, que a la fiebre, que al incendio, que al naufragio, que a la ruina. Pues en estos casos, ejercen su máxima potestad sobre los cuerpos: y por un breve dolor entregamos la libertad de la Iglesia, la confianza de nuestra esperanza, la confesión de Dios, sin temer a Dios, el castigador y destructor en el fuego del juicio de nuestro cuerpo y alma, y prefiriendo los castigos momentáneos y perecederos a las penas eternas de la venganza divina; mientras nos gloriamos en agradarles a ellos y en permanecer en su gracia con un servicio impío.

15. Buscar la gracia humana cuando es ilícito.---Este mismo hecho es condenado por la sentencia divina con un decreto gravísimo. Pues a lo que había dicho: ¿No conocerán los que obran iniquidad, que devoran a mi pueblo como pan de comida? No invocaron a Dios, temblaron donde no había temor; añadió al final del discurso comenzado: Porque Dios dispersó los huesos de los que agradan a los hombres, quedaron confundidos; porque Dios los despreció. Así que, aquellos que obran iniquidad, y devoran al pueblo como pan de comida, y no invocaron a Dios, y temblaron donde no había que temer, ¿no conocerán que Dios dispersó los huesos de aquellos que quieren agradar a los hombres? Temió la sentencia de este dicho profético aquel santo doctor de las gentes, diciendo: Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo (Gál. I, 10). Es inútil y irreligiosa la búsqueda de la gracia humana. Pues más bien se debe agradar a Dios que, en deshonra de Dios, a los hombres: para que a través de los preceptos divinos y la probidad de una vida fiel e inocente se agrade. Sin embargo, querer agradar solo a los hombres es desagradar a Dios. Pero Dios no aparta de la gracia de los hombres las mentes de los justos, ni la santidad razonable de los fieles. Y escuchemos a Dios hablando por medio de Pablo: Sed sin ofensa para los judíos y los griegos, y para la Iglesia de Dios, como también yo agrado en todo a todos, no buscando lo que me es útil a mí, sino lo que es de muchos, para que se salven (I Cor. X, 32 y 33). Esto es, no agradar a los hombres, sino a Dios, cuando por lo que se agrada a Dios, también se debe agradar a los hombres. Pues por la causa de agradar a Dios, también se hace probable la causa de agradar a los hombres. Sin embargo, el esfuerzo que se dedica a agradar solo a los hombres no se refiere a lo que debe agradar a Dios: porque se aplica solo por causa de aquellos a quienes se agrada. No hay mayor vínculo de agradar a los hombres, que nadie quiera agradarles por su propia causa: porque lo que se hace en provecho de la propia utilidad, no puede dejar de suscitar alguna ofensa a veces por causas accidentales; ya que lo que es útil para unos, a menudo se convierte en inconveniente para otros. Pero quien no quiera nada por su propia causa, y todo lo ejerza en provecho de la utilidad ajena, es necesario que adquiera para sí una causa de placabilidad inofensiva; porque agrada por las utilidades ajenas, y no ofende por las propias. Y el Apóstol enseñó que esta era para él una

causa probable de agradar a todos, porque, negligente de su propia utilidad, se había entregado a la utilidad ajena.

16. En los huesos se significa la esperanza de la eternidad.---Dios, por lo tanto, ha dispersado los huesos de aquellos que agradan a los hombres. Y no se debe entender que estos huesos corporales sean dispersados, sino que, dado que la esperanza de la eternidad suele significarse en los huesos, desde que se dijo: "Esto es ahora hueso de mis huesos" (Génesis II, 23). Lo cual el bienaventurado Apóstol, porque es un gran misterio, lo refiere a Cristo y a la Iglesia (Efesios V, 31), que toma de la eternidad de su Adán la sustancia de la eternidad. Lo cual, en el cuerpo herido y clavado del Señor, no se rompe. "No se quebrará su hueso" (Números IX, 12); porque aunque los inicuos tengan el derecho de la pasión sobre la carne, sin embargo, nada pudo la pasión sobre la naturaleza eterna e impasible de la divinidad. Recordamos también que la esperanza íntegra e incorrupta de la eternidad se significa en los huesos allí donde se dice: "El Señor guarda todos los huesos de los justos, ni uno de ellos será quebrado" (Salmo XXXIII, 21), porque según la resurrección demostrada a Ezequiel, su sacramento se ha revelado bajo la significación de los huesos (Ezequiel 37). Así que, como Dios guarda los huesos de los justos, también ha dispersado los de aquellos que agradan a los hombres; y los ha dispersado no de tal manera que carezcan de ellos, sino que, por el desprecio de Dios, se vuelvan despreciables como perdidos y desechados.

17. Doble confusión de los impíos después del juicio.---Pues sigue: Confundidos están, porque Dios los despreció. Cada uno se confunde, tanto por la vergüenza de su deshonra como por la comparación con el honor ajeno. Y esto es lo que el Apóstol significa al decir: Todos ciertamente resucitaremos, pero no todos seremos transformados (I Cor. XV, 51). Pero también el profeta distingue entre la confusión de la resurrección y el honor, diciendo así: Y resucitarán unos para vida, y otros para confusión eterna (Dan. XII, 2). Se confundirán, por tanto, aquellos cuyos huesos están dispersos, a quienes Dios despreció, a quienes rechazó como indignos para que no fueran conformes a su gloria y resurrección. Resucitarán de tal manera que se confundirán: no serán transformados, y por eso se confundirán. Esta es la condición establecida de la resurrección: y por eso se habla como si fuera del pasado para la definición del decreto, porque está establecido que así permanezca.

18. Esperanza, único consuelo de esta vida.---Al recordar las impiedades humanas de insolencia e iniquidad, para que aquel que lleva el título de entendimiento pueda comprender el fin: el Profeta confirma la esperanza de los bienaventurados con la exhortación del mismo fin, diciendo: ¿Quién dará desde Sion la salvación de Israel? Cuando el Señor restaure la cautividad de su pueblo, se regocijará Jacob y se alegrará Israel. Pues esta fue la única esperanza que quedó para la debilidad humana y la fe, por la cual, entre tantas calamidades de la vida presente, pudiera descansar en la expectativa de los bienes eternos. Y por eso, seguro de esta bienaventuranza, el Profeta proclama desde el profundo abismo de las miserias humanas, diciendo: ¿Quién dará desde Sion la salvación de Israel? Porque, según otro profeta: De Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor (Isaías II, 3). Esta palabra del Señor se hizo carne. Esta carne es Sion y Jerusalén, la ciudad de la nueva paz, y nuestro lugar de vigilancia. De aquí viene el Salvador, de aquí Jesús. Pues Jesús, como hemos dicho a menudo, es salvador por su mismo nombre. Pero la ley que salió de Sion no fue salvadora, vivificaba en la obra, pero no justificaba por la fe.

19. Jesús es salvador. Pero dado a Israel no carnal. --- Aquí verdaderamente se esperaba al salvador, y fue dado a Israel: pero no a aquel Israel carnal. Pues no son hijos de la carne los hijos de Dios, sino que los hijos de la promesa son contados como descendencia (Rom. IX,

8). También Juan testifica que no son hijos de Abraham según la carne, ya que son hijos de víboras: y Dios es capaz de levantar hijos a Abraham de las piedras. El mismo Señor enseñó que la propiedad de la sucesión existe a partir de las obras de la fe, y que el origen de los hijos no se cuenta según la generación de la carne, cuando dice: Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham (Juan VIII, 39). Pero también Daniel, condenando a los sacerdotes, dice así: no, Semilla de Abraham; sino, Semilla de Canaán, y no de Judá (Dan. XIII, 56). Asimismo, Ezequiel, increpando las iniquidades del pueblo, dice: Tu padre era amorreo, tu madre hitita, tu raíz y tu generación de la tierra de Canaán (Ezequiel XVI, 3). Por lo tanto, este no es el Israel de la sucesión corporal, al que por su infidelidad se le atribuye el origen de un linaje profanísimo. Ni a este se le dio la salvación, que no recibió la ofrecida: sino a aquel que, habiendo sido liberado de la cautividad, se convirtió en el pueblo de Dios.

20. Pueblo cautivo, naciones.---Las mentes cautivas de las naciones ignorantes, sometidas a los vicios más impíos y religiones, son liberadas a la libertad de la fe y al nombre de la familia celestial. Aquellos que eran siervos de los demonios se han convertido en el pueblo de Dios. Y quién es este que revierte la cautividad, él mismo lo ha testificado. Pues no fue la ley, ni el patriarca, ni el profeta, ni el ángel, ni ninguna otra de las potestades celestiales, ni dominios, ni potestades, ni tronos, ni virtudes quien revirtió esto; sino aquel que, habiendo recibido el libro en la sinagoga, leyó: El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido, para predicar remisión a los cautivos, y vista a los ciegos, para liberar a los quebrantados en remisión, para predicar el año aceptable del Señor (Luc. IV, 18, y sig.), significando la fe y autoridad de la profecía cumplida, dijo: Porque hoy se ha cumplido esta profecía en vuestros oídos (Ibid. 21). Esta es, por tanto, la cautividad revertida del pueblo de Dios, cuando los ojos de la inteligencia se abren, cuando los corazones quebrantados por los pecados se relajan en el descanso, cuando se anuncia el año aceptable del Señor, en el cual la confesión de nuestro arrepentimiento es aceptada por Dios, cuando nada de lo pasado se considera crimen, cuando todo es nuevo, hay nueva libertad, nuevos hijos, y hay eterna alegría.

21. Jacob el suplantador.---Exsultará Jacob, y se alegrará Israel: pues el mismo patriarca mereció ambos nombres. Porque al nacer sostuvo con su mano el talón de su hermano, fue llamado Jacob: suplantando después y adquiriendo la primogenitura, y ocupando las bendiciones (Gén. XXVII, 27). Y el poder de la interpretación lo expuso el Génesis, llamándolo Jacob, porque es el suplantador de su hermano (Ibid. 36). Pero por el reconocimiento del Dios confesado, cuando pidió ser bendecido por aquel hombre sobre el cual prevalecía en la lucha, porque vio a Dios, contra quien su pueblo según el sacramento de la futura pasión prevaleció en la lucha de la carne, con los ojos de la fe en el cuerpo; mereció ser llamado Israel, porque Israel significa "el que ve a Dios". Y según la profecía del mismo Génesis, se ha determinado que en Jacob se significa al pueblo más joven, que habría de creer entre las naciones. Por tanto, exsultará Jacob, y se alegrará Israel. Según el orden de la Iglesia, este es un solo pueblo, de doble profesión y honor; pues el discurso celestial no significa lo mismo con sentencias duplicadas. Pero porque la fe primero invoca sobre sí el nombre de Dios, la fe del pueblo anterior suplantará, cuando el gentil fiel desea serlo en lugar del judío incrédulo. Este, por tanto, es Jacob, exsultando en la esperanza de la bendición anticipada. Ahora bien, cuando renacido en el bautismo y consumado en la fe, haya visto a Dios con los ojos de la inteligencia y la mente; entonces Israel se alegrará, porque ya suplantado el mayor, verá a Dios con fe, y lo verá con una visión más verdadera, según aquella promesa de bienaventuranza, Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Del Señor y Dios nuestro Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 53.

Al director del coro, en himnos, meditación de David, cuando vinieron los zifeos y dijeron a Saúl: ¿No está David escondido entre nosotros?

Dios, sálvame en tu nombre, y con tu poder júzgame. Dios, escucha mi oración, atiende con tus oídos las palabras de mi boca: porque extraños se han levantado contra mí, y poderosos han buscado mi alma, y no han puesto a Dios delante de sus ojos. DIAPSALMA. He aquí, Dios me ayuda, y el Señor es el sustentador de mi alma. Aparta el mal de mis enemigos, en tu verdad destrúyelos. Voluntariamente te sacrificaré, y confesaré tu nombre, Señor, porque es bueno: porque de toda tribulación me has librado, y sobre mis enemigos ha mirado mi ojo.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. David, cultivador de la doctrina evangélica.---El santo y bienaventurado David, no ignorante, sino como profeta, de la doctrina evangélica, y aunque vivió en el tiempo de la ley llevando esta vida corporal, sin embargo, en cuanto le es posible, cumple los preceptos del mandato apostólico, dando testimonio de su fe en Dios, cuando se dice: He encontrado un hombre conforme a mi corazón, David, hijo de Jesé (Hechos XIII, 22). Pues no persigue a sus enemigos en la guerra, ni resiste con armas a quienes le acechan: sino que, a ejemplo del Señor, cuyo nombre y mansedumbre prefiguraba, ora cuando es traicionado, canta salmos en el peligro, y se alegra en la paciencia ante el odio; y por eso fue hallado conforme al corazón del Señor. Porque con el Señor, doce mil legiones de ángeles (Mateo XXVI, 53) podrían asistir en el tiempo de la pasión: sin embargo, para cumplir todo deber de humildad, se entregó a la pasión y a la debilidad, orando solamente, y diciendo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Lucas XXIII, 46). Con este ejemplo, él mismo, por la similitud de las pasiones, profeta de su futura pasión, no contradice, no resiste a los enemigos, no devuelve mal por mal según el precepto evangélico: sino que, emulando la mansedumbre del Señor, cuando es atribulado, cuando es traicionado, cuando es perseguido, suplica al Señor, cuyo único uso de las armas es contra los impíos.

2. En este salmo se asume la persona de Cristo.---A este salmo se le asigna un título basado en la historia: pero antes de la historia, se muestra cómo, cuándo y en quién deben entenderse por nosotros las cosas que se dicen bajo la historia. Primero está, VERS. 1: Al final, para el entendimiento de David. Luego sigue, VERS. 2: Cuando vinieron los zifeos y dijeron a Saúl: ¿No está David escondido entre nosotros? Por lo tanto, esto, que David es traicionado por los zifeos, debe entenderse en su fin. Por lo cual se muestra que las cosas que en el presente se realizaban con respecto a David contienen en sí una prefiguración del tiempo futuro: cuando el inocente es atormentado por la persecución, cuando el profeta es burlado con injurias, cuando el que agrada a Dios es buscado para la muerte, cuando el rey es traicionado por su enemigo, como el Señor por Herodes y Pilato, por aquellos con quienes debería haber estado seguro. Por lo tanto, el salmo es para el entendimiento al final, y en aquel David se encuentra el entendimiento, en quien está el fin de la ley, y quien tiene las llaves de David, abriendo el acceso al entendimiento cuando completa lo que fue profetizado sobre él por David.

3. Ziphaei en hebreo significa aspersión de la boca.---La interpretación del nombre según la propiedad hebrea nos ofrece un progreso no pequeño para entender. Ziphaei se refiere a las aspersiones de la boca que están con nosotros: estas son llamadas Ziphaei por los hebreos. La aspersión, según la ley, era la purificación de los pecados, purificando al pueblo por la

aspersión de la sangre mediante la fe (de cuya aspersión el mismo bienaventurado David hace memoria así: Asperges me hyssopo, et mundabor) (Sal. 50, 9); sacramento de la futura aspersión del Señor por la sangre, que la fe de la ley mientras tanto reemplazaba con la sangre de los holocaustos. Pero este pueblo, como el pueblo de los Ziphaei, asperjado más por la boca que por la fe, y recibiendo la purificación de la aspersión más con los labios que con el corazón, se mostró infiel y traidor a su David, como antes había dicho el Profeta: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Isa. 29, 13); inclinado a traicionar a David por ello, porque al cesar la fe del corazón, había realizado todos los sacramentos de la ley mediante la falsedad de la boca.

Cristo se adapta en todo a los hombres.---VERS. 3 y 4: Dios, en tu nombre sálvame, y con tu poder júzgame. Dios, escucha mi oración, atiende con tus oídos las palabras de mi boca. Según la razón demostrada del título, la pasión del profeta David es ejemplo de la pasión de nuestro Dios y Señor Jesucristo. Y por eso, su oración también se ajusta a la comprensión de la oración de aquel que se hizo Verbo encarnado: para que quien sufrió todo como hombre, hable también todo como hombre; y quien llevó nuestras debilidades y asumió nuestros pecados, interceda ante Dios con devoción por ellos. Las propiedades y virtudes de las palabras, aunque nos resistamos y dudemos, exigen el sentido de esta inteligencia: para que no dudemos que todo se dice en el salmo desde su persona. Pues dice: Dios, en tu nombre sálvame. En la humildad del cuerpo, el unigénito Hijo de Dios bajo las palabras de su profeta suplica estas cosas, quien también reclamaba la gloria que había tenido antes de los siglos. Ruega ser salvado en el nombre de Dios, en el cual fue llamado y nacido: para que en ese cuerpo en el que nació, hiciera seguro el nombre de Dios, lo que era propio de su naturaleza anterior y de su linaje.

5. El nombre y la virtud de Dios.---Y porque toda esta oración es desde la perspectiva de la forma de siervo, a la cual se sometió hasta la muerte en la cruz, implora la salvación de ese nombre que es de Dios; y el que ha de ser salvado por el nombre de Dios inmediatamente añade: Y en tu virtud júzgame. Pues por el mérito de la humildad, ya que se había despojado tomando la forma de siervo, ahora nuevamente reclamaba la forma de Dios en la humildad que había asumido; en el nombre de Dios, el mismo hombre en quien Dios había obedecido al nacer, fue salvado. Y para enseñar que el honor de este nombre, en el cual oraba para ser salvado, no es solo de mera denominación, ruega ser juzgado en la virtud de Dios. Porque primero es por juicio que se merece: Hecho, dice, obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios lo exaltó y le dio un nombre que es sobre todo nombre (Fil. II, 8 y 9): para que le sea dado el nombre que es sobre todo nombre. Luego, este mismo juicio es en la virtud del juicio: porque por la virtud de Dios, aquel que como hombre de Dios había muerto, el mismo resucitó de nuevo en Dios desde el hombre muerto; según aquello del Apóstol, Crucificado por debilidad, resucitó por virtud (II Cor. XIII, 4), y de nuevo: No me avergüenzo del Evangelio: porque es poder de Dios para salvación a todo creyente (Rom. I, 16). Pues por la virtud del juicio, la debilidad corporal es salvada en el nombre y la naturaleza de Dios; y así, por el mérito de la obediencia, es promovido a la salvación del nombre de Dios por la virtud del juicio, para que en él esté tanto el nombre como la virtud de Dios. Sin embargo, si este discurso hubiera comenzado desde la costumbre humana; el Profeta habría pedido ser juzgado más bien en misericordia o equidad, que en virtud. Pero allí era necesaria la obra de la virtud en el juicio, donde al Hijo de Dios, nacido como hijo del hombre del parto de una virgen, nuevamente al mismo hijo del hombre, por la virtud del juicio, le debía ser restituido tanto el nombre como la virtud del Hijo de Dios.

6. La confianza del que ora no conviene sino a Cristo.---Sigue luego: Dios, escucha mi oración, percibe con tus oídos las palabras de mi boca. Al Profeta le habría sido fácil decir: Dios, escúchame. Pero como habla en la persona de aquel que solo sabía orar, por eso se muestra una constante petición de que la oración sea escuchada. El bienaventurado Pablo enseña que ningún hombre sabe cómo debe orar, diciendo: Porque no sabemos qué hemos de pedir como conviene (Rom. VIII, 26). No es, por tanto, una debilidad humana pedir que su oración sea escuchada, cuando el Doctor de las naciones, aunque ya establecida por el Señor la forma de orar, ignora qué y hasta qué punto debe orar. Pero esta es la confianza de aquel que solo ve al Padre, que solo conoce al Padre, que solo puede orar durante la noche (pues según el Evangelio, el Señor pasó la noche orando [Luc. VI, 12]), quien a través del espejo de las palabras mostró la misma forma del sacramento más oculto bajo palabras comunes, mientras orábamos. Y quien pidió que su oración fuera escuchada, para enseñar que esto era peculiar de su confianza, añadió: Escucha las palabras de mi boca. ¿Y quién pensará que esto es propio de la confianza humana, querer que se escuchen las palabras de su boca? ¿Acaso aquellas con las que pronunciamos los movimientos y los impulsos de nuestro ánimo, cuando ardemos de ira, cuando criticamos por odio, cuando nos quejamos de dolor, cuando adulamos con halagos, cuando mentimos por esperanza de ganancia o por vergüenza de la verdad, o cuando maldecimos por la ofensa de una injuria? ¿Y quién ha sido tan corregido y paciente en la vida como para no estar sujeto a estos vicios de la mutabilidad humana? Solo pudo querer esto con confianza aquel que no cometió pecado, en cuya boca no hubo engaño, quien ofreció su espalda a los azotes, no apartó sus mejillas de las bofetadas, no reprochó la afrenta de los escupitajos, y en nada ofendió la voluntad de aquel a cuya voluntad en todo obedecía voluntariamente.

7. La queja de Cristo proviene totalmente del afecto de la naturaleza humana.---Luego añadió la razón por la cual ruega que sus palabras sean escuchadas, VERS. 5: Porque extraños se han levantado contra mí, y los fuertes han buscado mi alma, y no han puesto a Dios ante sus ojos. El Hijo unigénito de Dios, el Verbo de Dios, y Dios Verbo (puesto que ciertamente todo lo que el Padre podía, también él lo podía, como dice: Porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente (Juan V, 19); para que con el nombre indistinto de deidad y naturaleza también fuera indistinta la virtud) para sernos el ejemplo más perfecto de humildad humana, hizo y sufrió todo lo que es de los hombres. Y desde nuestra común debilidad pidió al Padre la salvación para sí mismo: para que se entendiera que había asumido nuestra naturaleza con las mismas funciones de nuestra debilidad. De ahí que tuvo hambre, sed, durmió, se cansó, huyó de la multitud de los impíos, estuvo triste, lloró, sufrió y murió. Y para que en todas estas cosas no se entendiera que estaba sujeto por naturaleza (en la que es Dios), sino por la asunción (en la que es hombre), después de haber cumplido con todas estas cosas, resucitó. Por lo tanto, toda su queja en los salmos es del afecto de nuestra naturaleza. Y no es de extrañar si entendemos así las palabras de los salmos: ya que el mismo Señor, según la fe evangélica, testificó que los misterios de su pasión estaban escritos en los salmos (Lucas XXIV, 44).

8. Los extraños. Los fuertes. Estos no conocieron a Cristo, quien es Dios y hombre. Por lo tanto, los extraños se levantaron contra Él. Ya no son hijos de Abraham, ni hijos de Dios: sino una generación de víboras, siervos del pecado, semilla de Canaán, con padre amorreo y madre hitita (Ezequiel XVI, 3), y con el diablo como padre, hijos de la voluntad diabólica. También los fuertes buscan su alma; cuando Herodes pregunta a los príncipes de los sacerdotes dónde había de nacer Cristo (Mateo II, 4), cuando toda la Sinagoga conspira con falso testimonio contra Él. Pero al considerar que esta alma pertenece a la naturaleza humana y a la debilidad, no pusieron a Dios ante sus ojos: porque Dios, siendo Dios, se humilló hasta

el origen del nacimiento humano, es decir, para ser hijo del hombre, quien antes era hijo de Dios. No hay otro hijo de Dios que el que es hijo del hombre; y el hijo del hombre no es en parte, sino nacido, pues la forma de Dios, desde lo que era hasta lo que no era, es decir, para poder nacer, se vació en su alma y cuerpo (y por eso es hijo de Dios y hijo del hombre, por eso es Dios y hombre, es decir, el hijo de Dios nació con la apariencia de origen humano), hasta la naturaleza del hombre que nace, quien es completamente formado de alma y carne, con la sustancia de Dios humillándose. Por lo cual, cuando los extraños se levantan contra Él, cuando los poderosos buscan su alma, que frecuentemente en los Evangelios está triste y afligida; no pusieron a Dios ante sus ojos, porque el Hijo de Dios, permaneciendo antes de los siglos, con la apariencia de la naturaleza humana, es decir, de nuestro cuerpo y alma, nació como hombre del parto de una virgen: no comprendiendo por la magnificencia de sus obras, que el hijo del hombre, cuya alma buscaban, había llegado a ser lo que era como hombre, desde el Hijo de Dios, que siempre había permanecido.

9. Con la intervención del diapsalma, no del que habla, sino de aquel a quien se le hablaba, la persona ha sido cambiada. Ahora, en efecto, el discurso es general de la profecía. Pues después de aquella oración, que había sido dirigida a Dios, para que se pudiera entender la confianza del que ora, en ese mismo tiempo de súplica lo que había pedido, inmediatamente añadió como quien obtiene, VERS. 6: He aquí que Dios me ayuda, y el Señor es el sustentador de mi alma. Ha vuelto el mal sobre mis enemigos. Ha devuelto los efectos propios a las peticiones propias, enseñando que Dios no es negligente con nuestra oración, ni debe considerarse irracional la concesión de su misericordia, ya que nos escucha según lo que pedimos. Pues a lo que dice: Porque extraños se han levantado contra mí; eso es propio, Dios me ayuda; y a lo que dice: Y los fuertes han buscado mi alma; en eso es el efecto particular de la oración escuchada, lo que dice: Y el Señor es el sustentador de mi alma; y a lo que dice: Y no pusieron a Dios ante su vista, esto añadió adecuadamente, VERS. 7: Ha vuelto el mal sobre mis enemigos. Dios, por lo tanto, ayuda contra los que se levantan, y acoge el alma de su santo buscada por los fuertes, y no puesto ante los ojos, ni pensado por los impíos, vuelve el mal mismo sobre los enemigos: para que, mientras no piensan en Dios, buscando el alma del justo y levantándose contra él, ayudado y acogido por Él, sientan al que no pensaban entre las obras de iniquidad, como vengador de su maldad por la retribución.

10. La confianza de los justos en medio de las calamidades.---Tenga, pues, la inocente religión esta confianza, de que entre las persecuciones humanas y los peligros del alma no dude que Dios es su ayudador: y si alguna vez se le impone la violencia de una muerte injusta, sepa que el alma que sale del habitáculo del cuerpo descansa en la acogida de Dios. Tenga también la seguridad más cierta de la venganza, cuando todos los males recaigan sobre aquellos que los infligen. Dios no puede ser acusado de iniquidad; ni a la bondad perfecta se le mezcla el impulso y el movimiento de una voluntad maligna. Pues no es el malicioso quien provoca los males, sino el vengador quien los devuelve: ni los trae de su propia malicia, sino que los convierte según nuestros méritos. Porque estas cosas están establecidas para todos, para el ministerio de las venganzas, estos males con la ley de vivir, moderados por la severa equidad de un juicio justo. Pero estas cosas están apartadas de los justos por la ley de la justicia, y se convierten en los inicuos por la equidad del juicio. Ambas cosas son justas, que para los justos estén prontas para el temor y no mezcladas, porque son justos; y que para los injustos se conviertan en castigo, porque lo merecen: ni mezcladas para los justos cuando están prontas, ni faltarán para los injustos porque están prontas.

11. Los judíos verdaderamente dispersos.---Luego, nuevamente se dirige a la persona de Dios, a quien primero se había comenzado la súplica, con la conversión: En tu verdad,

destrúyelos. La verdad refuta la mentira, y la falsedad es destruida por la verdad. Hemos enseñado que toda la oración anterior pertenece a aquel hombre en quien nació el Hijo de Dios, y también ahora suplica al Padre Dios que destruya a sus enemigos en la verdad. Y no hay duda sobre qué es la verdad; ciertamente, es aquel mismo que dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan 14, 6). Por lo tanto, los enemigos son destruidos en la verdad cuando, al preparar la condenación de Cristo con falsos testimonios, oyen que resucitó de entre los muertos y reconocen que retomó su gloria en la verdad de Dios. Pues después, por el castigo de Dios, fueron llevados a la cruz, consumidos y perdidos por el hambre y la guerra: condenando a muerte al autor de la vida, sin considerar la verdad de Dios en él a través de la magnificencia de sus obras. Así, la verdad de Dios los destruye, cuando resucitando para retomar la majestad de la gloria paterna, ha demostrado en sí mismo la verdad de la divinidad absoluta.

12. De la pasión de Cristo según la sentencia de Hilario.---Sin embargo, proclamamos frecuentemente, o más bien siempre, que el unigénito Hijo de Dios fue llevado a la cruz y condenado a muerte, siendo eterno por su nacimiento, que es natural de su Padre eterno, no por necesidad de su naturaleza, sino por el sacramento de la salvación humana, sometiéndose a la pasión y queriendo más bien someterse a ella que ser obligado. Y aunque esa pasión no fue de condición y género, porque ninguna fuerza de perturbación injuriosa podría ofender la naturaleza inmutable de Dios, sin embargo, fue asumida voluntariamente, satisfaciendo en efecto el deber penal, pero sin herir al paciente en el sentido del dolor: no porque no tuviera la naturaleza de herir por la misma cualidad de la pasión, sino porque la naturaleza de la divinidad no siente dolor. Por lo tanto, Dios sufrió; porque se sometió voluntariamente a la pasión: pero al asumir las fuerzas naturales de las pasiones que se abatían sobre él (las cuales necesariamente infligen dolor a los que las padecen), sin embargo, no se apartó de la virtud de su naturaleza para sentir dolor.

13. La excelencia de la oblación de Cristo sobre las oblaciones de la ley. --- Sigue, pues, el VERS. 8: Voluntariamente sacrificaré a ti. Los sacrificios de la ley, que consisten en holocaustos y oblaciones de machos cabríos y toros, no contienen en sí una profesión de voluntad, porque la sentencia de maldición ha sido decretada para los que violan la ley. Pues quienquiera que se apartara del sacrificio, se hacía a sí mismo sujeto a la maldición (Deut. XXVII, 26). Por lo tanto, era necesario realizar lo que se hacía, porque la negligencia del sacrificio no admitía la adición de la maldición. De esta maldición nos eximió nuestro Señor Jesucristo, como dice el Apóstol: Cristo nos redimió de la maldición de la ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros (Gál. III, 13), porque está escrito: Maldito todo el que cuelga de un madero (Deut. XXI, 23). Se ofreció, pues, a la muerte de los malditos, para disolver la maldición de la ley, ofreciéndose él mismo voluntariamente como víctima a Dios Padre; para que por la víctima voluntaria se disolviera la maldición que había sido añadida por la culpa de la víctima necesaria e interrumpida. De cuyo sacrificio se hace mención en otro lugar en los salmos: Sacrificio y oblación no quisiste, pero me preparaste un cuerpo (Sal. XXXIX, 7); ofreciendo al Dios Padre, que rechazaba los sacrificios de la ley, la víctima agradable del cuerpo asumido. De cuya oblación el bienaventurado Apóstol hace mención así: Porque esto lo hizo una vez ofreciéndose a sí mismo como víctima a Dios (Hebr. VII, 27); redimiendo toda la salvación del género humano con la oblación de esta santa y perfecta víctima.

14. Cristo se congratula por lo que ha obtenido al ser solicitado. ---Por todo lo que ha sido realizado, ofrece alabanza a Dios Padre: Confesaré tu nombre, Señor, porque es bueno; VERS. 9: porque me has librado de toda tribulación. Devuelve a cada proposición sus propias absoluciones. Pues al inicio había dicho, En tu nombre sálvame. Después de la satisfacción

de las súplicas, era necesario que hubiera una profesión adecuada de gratitud, para que confesara su nombre, en cuyo nombre había suplicado ser salvado; y porque había pedido ayuda contra los extraños que se levantaban contra él, al profesar que había obtenido lo mismo, recordara la exultación de alegría, Porque de toda tribulación me has librado. En cuanto a lo que, mientras los fuertes buscaban su alma, no pusieron a Dios ante sus ojos, enseñó claramente la eternidad de su inmutable divinidad en lo que se dijo, Y sobre mis enemigos miró mi ojo. Pues el unigénito Hijo de Dios no fue interceptado por la muerte. Para cumplir con la naturaleza humana, incluso se sometió a la muerte, es decir, a la separación del alma y el cuerpo, y penetró en las moradas infernales, lo que parece ser debido al hombre; pero permanece resucitado, y con ojo inmortal desprecia a sus enemigos, glorificado en Dios, y de hijo del hombre a hijo de Dios, desde que también comenzó a ser hijo del hombre, ya renacido por la gloria de la resurrección. Desprecia a sus enemigos, a quienes había dicho, Destruid este templo, y en tres días lo reedificaré (Juan II, 19). Habiendo edificado, pues, este templo de su cuerpo, ve desde lo alto a aquellos que habían buscado su alma, y más allá de la ley de la muerte humana, él mismo, sublime, desprecia a los autores de su muerte, sufriendo la muerte, pero sin conocer la muerte, Dios hombre nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

116 SALMO LIV.

Al director del coro. Un salmo de David.

Inclina, Dios, mi oración, y no desprecies mi súplica: atiéndeme y escúchame. Estoy afligido en mi tribulación, perturbado por la voz del enemigo y por la opresión del pecador: porque han caído sobre mí iniquidades, y con ira me han acosado. Mi corazón está turbado dentro de mí: y el temor de la muerte ha caído sobre mí. Miedo y temblor han venido sobre mí: y me han cubierto las tinieblas. Y dije: ¿Quién me dará alas como de paloma? y volaré, y descansaré. He aquí que me alejé huyendo: y permanecí en soledad. DIAPSALMA. Esperaba a aquel que me salvó de la pusilanimidad del espíritu y de la tempestad. Precipita, Señor, divide sus lenguas: porque he visto iniquidad y contradicción en la ciudad. Día y noche la rodeará sobre sus muros la iniquidad, y el trabajo en medio de ella y la injusticia: y no ha faltado de sus plazas la usura y el engaño. Porque si mi enemigo me hubiera maldecido, lo habría soportado. Y si el que me odiaba hubiera hablado grandes cosas contra mí, me habría ocultado de él. Pero tú, hombre unánime, mi guía y mi conocido, que juntos conmigo tomabas dulces alimentos: en la casa de Dios caminábamos con acuerdo. Venga la muerte sobre ellos: desciendan vivos al infierno: porque la maldad está en sus moradas, en medio de ellos. Pero yo clamé a Dios: y el Señor me escuchó. Por la tarde, por la mañana y al mediodía narraré y anunciaré: y escuchará mi voz. Liberará en paz mi alma de aquellos que se acercan a mí: porque entre muchos estaban conmigo. Y Dios me escuchará, y los humillará, Él que es desde la eternidad. DIAPSALMA. Porque no hay en ellos cambio, y no temieron a Dios: extendió su mano en el retribuir. Contaminaron su pacto, se dividieron por la ira de su rostro, y se acercó su corazón. Ablandaron sus palabras sobre el aceite, y ellas son dardos. Echa en Dios tu pensamiento. Y Él te sustentará, y no dará para siempre vacilación al justo. Pero tú, Dios, los llevarás al pozo de la destrucción. Los hombres de sangre y de engaño no llegarán a la mitad de sus días: pero yo confiaré en ti.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Este salmo es sobre Cristo. --- La superscripción del salmo es solo sin historia, VERS. 1: Al final en himnos es entendimiento. Algunos de nuestros traductores han llamado a los

himnos cánticos: sin embargo, la mayoría ha adoptado los himnos por la misma usurpación del griego. No hay diferencia en el nombre, siempre que se entienda que es una sola cosa, ya sea que se signifique en himnos o en cánticos. Por lo tanto, se debe entender esto sobre el salmo, que lo que se contiene en su himno o cántico debe ser entendido al final: es decir, con todo nuestro entendimiento hacia nuestro Señor Jesucristo, a quien el Apóstol enseñó que es el fin de la ley refiriéndose (Rom. X, 4).

2. Cristo, Dios y hombre a la vez.---Hemos advertido frecuentemente que, en el conocimiento de los salmos, debemos moderar nuestro entendimiento de tal manera que recordemos que aquel de quien y por quien es toda profecía, nacido del Hijo de Dios como Hijo del hombre, y que la naturaleza de Dios, existente antes de todos los siglos, fue engendrada en la naturaleza del hombre por el parto de la virgen: de modo que la adición de la naturaleza posterior no trajo ninguna disminución de la naturaleza anterior; ni aquel que también comenzó a ser hombre dejó de ser lo que era antes del hombre, es decir, Dios. Así pues, al asumir la fragilidad de nuestra carne, permaneciendo suyo y nuestro, actúa, ora, profesa, espera todas aquellas cosas que son nuestras, de tal manera que en ellas mezcla también aquellas que son suyas: y a veces habla desde la persona del hombre, porque fue hombre, nacido, padecido y muerto; pero a veces todo su discurso es según Dios, porque siendo hombre de Dios, y del Hijo de Dios se convirtió en Hijo del hombre: no olvidando en sus palabras la confianza de su naturaleza, que aunque asumió la humanidad no carecía de ella, y así hablando desde nosotros y desde nuestra debilidad con la costumbre y uso del lenguaje humano, hablaba desde sí mismo y desde su virtud lo que es propio y digno de Dios, como se puede conocer en el presente salmo, que así comienza.

3. VERS. 2---8. Escucha, Dios, mi oración, y no desprecies mi súplica: atiéndeme y escúchame. Estoy afligido en mi tribulación y perturbado por la voz del enemigo y por la opresión del pecador: porque han lanzado iniquidad sobre mí, y con ira me han acosado. Mi corazón está turbado dentro de mí, y el temor de la muerte ha caído sobre mí. Miedo y temblor vinieron sobre mí, y me cubrió la oscuridad. Y dije: ¿Quién me dará alas como de paloma? y volaré, y descansaré. He aquí que me alejé huyendo, y permanecí en la soledad. Al inicio del salmo, aunque emplea una voz de humildad al decir: Escucha, Dios, mi oración, no obstante, se entiende que habla con cierta conciencia propia de una confianza más elevada. Pues no es propio de cualquiera pedir que Dios escuche su oración. Los oídos de Dios están siempre dispuestos a la oración de los hombres, porque quien otorga al género humano la facultad de oír, no puede estar fuera de la naturaleza de la audición (Sal. XCIII, 9) y quien en todas partes opera en nosotros este sentido de la audición, no puede no estar en todas partes en aquello que concede. Dios, por tanto, escucha en todo lugar y siempre: pero no es mérito de todos que lo que escucha, lo escuche atentamente: su oído es penetrado por la voz del que ora, pero solo la inocencia de la oración merece la dignidad de ser escuchada atentamente.

4. Triple género de oraciones.---En el inicio se presenta un triple género de oración de súplica. La primera es para que la oración sea escuchada. La siguiente es para que la súplica no sea despreciada. La tercera es para que se preste atención a sí misma y sea escuchada. Es necesario que la naturaleza de cada género sea distinta: que no sea lo mismo ser escuchado que no ser despreciado; y que, a su vez, difiera de ambos el prestar atención y escuchar. Y puesto que hemos mostrado qué se puede entender por ser escuchada la oración, es necesario tratar qué significa: No desprecies mi súplica. Se desprecian las oraciones ligeras, desconfiadas, inútiles, ansiosas por las preocupaciones del mundo y enredadas en los deseos de las cosas corporales, infecundas en los frutos de las buenas obras. Estas oraciones, por tanto, son despreciables, no dignas de la dignación de Dios, sobre las cuales dice a través del

profeta Isaías: Y cuando extendáis vuestras manos hacia mí, apartaré mis ojos de vosotros (Isaías I, 15). E inmediatamente añadió la causa de la oración despreciada, diciendo: Vuestras manos están llenas de sangre (Ibídem). Donde, por tanto, prevalece la obra de la iniquidad, allí se desprecia la oración del suplicante. Pero en verdad, se presta atención a aquel que espera, cuando la fe de la esperanza silenciosa se mantiene por la religión de la conciencia piadosa. Y tenemos este ejemplo más perfecto de la propiedad de cada uno. El Señor escuchó las palabras de la cananea que clamaba repetidamente (Mateo XV, 28); despreció la oración de aquel joven que pedía al dador de la eternidad la división de la herencia (Lucas XII, 13 y 14); pero prestó atención a aquella mujer que, en el silencio de la fe, buscaba la salvación incluso del borde de su manto (Lucas VIII, 44).

5. La práctica de Cristo en este mundo.---Habiendo distinguido así los diversos tipos de toda su oración, ahora expuso la misma causa de su súplica: porque en su práctica se turbaba por la voz del enemigo y por la tribulación del pecador. Y, de hecho, la práctica nunca se emprende sino para cosas útiles y saludables: las cuales, porque los impíos tampoco pueden soportarlas en el santo, intentan afligirlo con todas las injurias y fatigarlo hasta el temor de la muerte. Pero esta práctica en el Señor Jesucristo es la obra de nuestra salvación, que la práctica de diversas sanaciones, y luego la de su propia pasión, promovía. También en este mundo, ejercitándose en la compañía de nuestra debilidad (práctica que Isaac prefiguró al salir al campo, cuando Rebeca fue llevada en camello (Gén. XXIV, 63), como Cristo, ejercitándose en este mundo, salió al encuentro de la esposa de entre las naciones), se turba por la voz del enemigo, cuando se dice que el Samaritano tiene un demonio (Juan VIII, 48), cuando se niega que sea la salvación para los demás porque no se libra de la cruz. Los que declinan hacia él la iniquidad de falsos testimonios y la sentencia de muerte, también le molestan con ira, mientras desatan su furia con azotes, bofetadas y golpes.

6. Paciencia, debilidad salvada por la divinidad.---Pero teniendo entre estas cosas el poder de convocar doce mil legiones celestiales, no se deja llevar por la ira, ni se exacerba para la venganza. Pues sigue: Mi corazón está turbado dentro de mí. Decide soportar todo en sí mismo, con tal de que se cumplan los sacramentos de la salvación humana. Sin embargo, lo más difícil para la debilidad humana es contener dentro de sí las perturbaciones y conmociones de la mente, de modo que no se manifieste, aunque sea con un movimiento silencioso, una señal de ansiedad o indignación hasta en el mismo rostro. Pero para el unigénito Dios, aunque nuestra debilidad haya sido asumida, no se ha abolido la naturaleza de su divinidad, de modo que ha cumplido con todas estas cosas que son débiles, salvaguardando la dignidad de su majestad, mientras soportaba todo lo que pertenece a nuestra muerte y temor, de tal manera que estas cosas recaían sobre él más que residir en él, siendo más nuestra debilidad que algo natural en Dios. Finalmente, el siguiente discurso lo conecta, cuando dice: Y el miedo a la muerte cayó sobre mí. Temor y temblor vinieron sobre mí, y la oscuridad me cubrió. Y todas estas cosas que son de nuestra necesidad irrumpieron en él; pero fueron asumidas por él por la virtud de su naturaleza, mientras que, siendo poderoso para no morir, no rechazó el temor de la muerte que se cernía sobre él.

7. No toma las alas de otro lugar.---Y cuando estas mismas cosas, como si fueran a dominar sobre la debilidad del hombre, cayeron: sin embargo, para mostrar que no estaba sujeto a lo que se avecinaba, se sometió: Y dije, ¿quién me dará alas como de paloma? y volaré, y descansaré. No está enfermo aquel que para volar de las tinieblas que lo cubren y del miedo a la muerte no necesita tomar alas de otro lugar. Pues cuando dice: ¿Quién me dará? no es de alguien que pide, sino de quien espera no de otro lugar. Se apresura a volar como paloma, es decir, a regresar a la naturaleza espiritual. Pues en la figura de la paloma el Espíritu volando

reposó sobre él (Mat. III, 16) encontrando en él una morada, en aquel hombre que entonces ascendía de las aguas del Jordán. Y esta es la causa de la oración, porque agobiado por la debilidad del cuerpo, había asumido lo que para nosotros es mortal, para que hecho carne volara en espíritu. Y de estas alas suyas en otro salmo así se acuerda: Si tomare mis alas antes del amanecer, y habitare en los confines del mar. Porque aun allí tu mano me guiará (Sal. CXXXVIII, 9). Tomará, pues, las suyas, para que se entienda que las asume vaciado de estas.

8. Desierto al que se retira para descansar.---Pero al tomar alas para descansar volando, muestra dónde descansará, diciendo: He aquí que me he alejado huyendo, y permanecí en el desierto. Ciertamente las tinieblas cayeron sobre la luz, pero las tinieblas no la comprendieron. En efecto, se alejó huyendo, quien ni siquiera pudo ser comprendido por los que lo cubrían. Huyó, pues, también de aquellos que lo perseguían, y hecho distante de ellos, habita en el desierto. Y qué desierto es este o qué preocupación (pues en griego ambas cosas se expresan con la misma palabra), así lo declara otro profeta: Alégrate, desierto sediento, exulte el desierto, y florezca como el lirio: y florezcan y exulten los desiertos del Jordán. Fortalézcanse las manos débiles y las rodillas vacilantes: consuélense los de poco ánimo, fortalézcanse en entendimiento, y no teman. He aquí que nuestro Dios hará justicia, él mismo vendrá y nos salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos oirán, la lengua de los mudos será instruida. Entonces saltará el cojo como un ciervo (Isaías 35, 1 y ss.). Ciertamente vino a las ovejas perdidas de la casa de Israel; pero al ser rechazado por ellas, alegra estos desiertos. En ellos permanece, y permanece después de haber descansado volando. Es, en efecto, el descanso de Dios, que se niega a los impíos cuando se dice: Si entrarán en mi descanso (Salmo 94, 11). Retomada la gloria espiritual, el unigénito Dios descansa en estos, como en un templo digno, en cuerpos que antes eran desiertos, porque ya son más los hijos de la desolada que de la que tiene marido (Isaías 54, 1).

9. Deseando solo la letra en los salmos.---No ignoro, sin embargo, que muchos, al fijarse únicamente en el sonido de las palabras y en la letra, no consideran que casi todos los salmos sean apropiados para la persona de nuestro Señor Jesucristo, y piensan que todo se refiere a las quejas del Profeta. Pero nosotros no iniciamos una disputa. Pues no destruimos, sino que construimos, añadiendo más bien comprensión a lo oscuro, que restando a lo simple: porque todo lo que David sufrió o se lamentó, también se cumplió en las pasiones de aquel que se hizo carne de nuestra humanidad. Y, como creo, lo que sigue probará el curso de nuestra comprensión.

10. Cristo espera la salvación.---Sin embargo, al interceder, el diapsalma cambió y el sentido también. Pues nuevamente todo el discurso se dirige contra aquellos de quienes se queja, aunque siempre precedido por el honor de aquel a quien todo debe ser referido. Sigue, pues, el VERS. 9: Esperaba al que me salva de la pusilanimidad y la tempestad. Esta no es una nueva expectativa suya: pues también en ese salmo, que sin duda es de su persona, así oró: Sálvame, Dios, porque las aguas han entrado hasta mi alma. Me he hundido en el lodo profundo, y no hay sustancia. He llegado a la profundidad del mar, y la tempestad me ha sumergido (Sal. LXVIII, 2 y 3). De esta tempestad y de esta pusilanimidad (pues fue humillado hasta la muerte de cruz) espera ser salvado por aquel a quien oró, diciendo: Padre, glorifícame junto a ti mismo con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera (Juan XVII, 5).

11. Cómo los judíos ya están sumergidos y divididos en lenguas.---Pero esperando ser salvado, espera más que la esperanza de salvación. Sigue, VERS. 10: Precipita, Señor, y divide sus lenguas. La propiedad del verbo, ya sea hebreo o griego, no ha sido expresada en

latín, como en muchos casos. Pues lo que se dice precipita, con ellos se ha enunciado καταπόντισον: con esta expresión se ora no para que sean precipitados, sino para que sean sumergidos en lo profundo. Por lo tanto, ruega que sean sumergidos y que sus lenguas sean divididas. Sabemos que esto se realizó de manera diferente bajo Noé (Gén., VII, 4) y después de la construcción de la torre (Gén. XI, 8), cuando el abismo consumió a aquellos sumergidos por el diluvio, y la división de lenguas separó a estos para la causa de una eterna disputa entre ellos: para que no mantuvieran la conspiración iniciada contra Dios, mientras se desconocen y temen mutuamente. No se pide ahora un castigo diferente para ellos, a saber, que por derecho de gentes, que recordamos se significan en las aguas, sean consumidos, y divididos en todas las lenguas con las que ahora habitan y hablan, pierdan la dignidad de su vida y reino.

12. Para que conociéramos que estas cosas sucederían debido a los vicios de la ciudad y la contradicción a sus preceptos, añadió: Porque vi iniquidad y contradicción en la ciudad. VERS. 11 y 12. Día y noche la rodeará sobre sus muros y la iniquidad, y el trabajo en medio de ella: y no faltó de sus plazas la usura y el engaño. Por estos vicios y crímenes se exige la pena de la futura cautividad y dispersión; pero los más importantes entre los crímenes son la iniquidad y la contradicción. Pues rechazaron con impía contradicción a aquel que la ley y los profetas habían anunciado. Esta contradicción, rodeando día y noche los muros de la ciudad, los superó, quienes incluso en la noche de su pasión, cuando se proclamó para ser visto en el consejo y a la derecha del poder, con la vestidura rasgada también contradijeron con la acusación de blasfemia (Mat. XXVI, 64 y 65). Recordamos que en los muros se significa la protección de la salvación: así como cuando se desea la edificación y fortificación de la nueva Jerusalén, es decir, la construcción y custodia de la Iglesia celestial, está escrito: Haz bien, Señor, en tu buena voluntad a Sion, para que sean edificados los muros de Jerusalén (Sal. L, 20). Por tanto, había en ese pueblo una custodia espiritual: y la administración de la ley dispuesta por los ángeles estaba asegurada. Pero cuando el mismo Mediador de la ley fue rechazado, la iniquidad rodeando estos muros y esta custodia los superó: entonces comenzó a ser el pecado mayor que la misma fortificación, de modo que la iniquidad venció la voluntad de la custodia, con la usura y el engaño, y otras cosas que están prohibidas en la ley, abundando.

13. Cristo no se queja de la pasión, sino del traidor: ¿por qué no de la pasión? Y mostrando la indignidad de tan grande iniquidad, añadió: Porque si mi enemigo me hubiera injuriado, lo habría soportado, y si el que me odia hubiera hablado grandes cosas contra mí, me habría ocultado de él. Pero tú, hombre unánime, mi guía y mi conocido, que juntos conmigo tomabas dulces alimentos, en la casa de Dios entramos con concordia. La queja no es de la pasión, sino del Apóstol traidor. Pues al haber otorgado la salvación al género humano con la muerte en la cruz, no puede parecer que este sacramento de gran piedad sea objeto de reproche. Porque si hubiera sido un enemigo, no habría motivo de queja: ya que se consumaba en él lo que él mismo había querido sufrir para nuestra salvación. Y así como si el que lo odiaba hubiera hablado grandes cosas contra él, se habría ocultado de él: porque Dios no habría sido conocido en el hombre, y por esto habría menos crimen en el ignorante (pues las naciones no aprendieron por la ley que el Verbo se hizo carne, lo cual ciertamente fue adaptado a aquellos que están bajo la ley, incluso con los hechos para la apariencia de la futura verdad, cuando también Abraham adoró al hombre (Gén. XVIII, 2), y Jacob vio a Dios en el hombre) (Gén. XXXII, 30) habría soportado estas injurias de las naciones, que siendo hombre se hacía Dios, que teniendo demonio seducía al pueblo; porque ignoraban que todas estas cosas estaban contenidas en la ley, que fue dada a Israel. Sin embargo, cuando el unánime y guía y conocido hace estas cosas: unánime, cuando fue elegido Apóstol; guía,

cuando, mientras el Señor permanecía, él mismo fue enviado a las aldeas para la predicación de su venida, fue constituido por él como guía y príncipe del reino futuro; conocido, cuando había aprendido todas sus entradas y salidas, y reconocía en el hijo del hombre al hijo de Dios, quien también fue partícipe en convertir el agua en vino, y en multiplicar el alimento de cebada para el pueblo, y había participado del mismo banquete, y siempre había entrado con él en la casa de Dios: mostró una mayor queja de sí mismo al ser asumido en esta comunión del ministerio divino.

14. Castigo de los impíos.---Aunque estas palabras específicas se refirieran a su impiedad, el decreto del castigo se aplica a muchos. Que venga la muerte sobre ellos, y desciendan vivos al infierno, porque la maldad está en sus moradas, en medio de ellos, de tal manera que la muerte vendrá sobre ellos, para que desciendan vivos al infierno con la sensación del castigo, ya que en sus moradas y en medio de ellos, es decir, que las obras de maldad los rodeen completamente por dentro y por fuera.

15. Sin embargo, aquel a quien dirigían su esperanza y oración, les mostró mientras actuaban y meditaban, diciendo: Clamé a Dios, y el Señor me escuchó. VERS. 17---20. Por la tarde, por la mañana y al mediodía narraré y anunciaré; y escuchará mi voz. Liberará en paz mi alma de aquellos que se acercan a mí, porque entre muchos estaban conmigo. Y Dios me escuchará, y los humillará, Él que es desde la eternidad. El Señor escucha pronto el clamor fiel, y esta misma gratitud por el clamor escuchado la narrará por la tarde, por la mañana y al mediodía, mostrando todo el día en estas partes del día por las cuales se contiene el día. Tal orden de los tiempos no se distribuyó sino por la ciencia profética, para que por la tarde, por la mañana y al mediodía anuncie, porque según la ley y la observancia de la ley el día comienza por la tarde (Lev. XXIII, 32), y se cuenta hasta el mediodía, ya que la iniciación del día no la completa la luz devuelta por la mañana, sino la noche hecha por la tarde. Narra y anuncia, por tanto, lo que se contiene en el salmo, que escucha su voz, y libera su alma en paz (pues pacificó todas las cosas en el cielo y en la tierra (Colos. I, 20)) y libera de los que se acercan a él. La queja anterior era sobre los cercanos, cuando incluso el unánime y líder y conocido hacía esto, junto con los otros apóstoles y él mismo elegido como apóstol. Dios, por tanto, que es desde la eternidad, es decir, por quien todas las cosas son, porque está antes de todo, lo escuchará, y los humillará; cuando sean hechos indignos de la gloria de la resurrección eterna.

16. La pena de los judíos por su impenitencia.---Después de un diapsalma, corta toda esperanza a aquellos por su profesión impía e impenitente, diciendo: No hay cambio para ellos, y no temieron a Dios. Todos, según el Apóstol, resucitarán, pero no todos serán transformados (I Cor. XV, 51), porque no temieron a Dios. Pues habría sido justo que, ignorando a Dios en el hombre, creyeran sin embargo en Dios resucitado de entre los muertos, ya que se les ofrecía penitencia e indulgencia incluso después del pecado de la pasión. No solo no temieron a Dios; sino que cuando extendió su mano para recompensarlos, es decir, les ofreció ayuda, contaminaron su testamento: rechazaron a aquel que fue anunciado para la salvación en el testamento de la ley. Sigue, VERS. 21 y 22: Extendió su mano para recompensar. Contaminaron su testamento: se dividieron por la ira de su rostro. Y por eso no se les dejó cambio, porque murió una vez por el pecado, y resucitando, solo otorgó transformación a aquellos que, por la fe, murieron y resucitaron con Él. A estos los separó de la ira de su rostro al destruir la ciudad, y colocando su parte con los infieles, los dispersó por todas partes o los separó de los santos.

17. La adulación de Judas.---Luego, de la queja general, el discurso se refirió a la significación de aquel que había sido para él tanto guía como amigo y conocido: Y se acercó su corazón. Ablandaron sus palabras sobre el aceite, y ellos son dardos. Mezclado con los apóstoles y cuidando de los pobres, ocupándose de la gran obra del ministerio, acercó su corazón (pues se alegró de ser liberado de los que se acercaban a su alma): no acercándose al ministerio de la fe, sino a la ira de Dios y a la contaminación de su pacto. Sin embargo, él mismo, adulador, engañándose al cuidar de los pobres con palabras suavizadas sobre el aceite, incluso cuando se quejó del derramamiento del alabastro de ungüento precioso, como si eso debiera haberse destinado más al gasto de los necesitados (Mat. XXVI, 9). Pero él buscaba la ocasión de robo en la colecta de dinero. Y el Profeta evita en otro salmo este tipo de aceite de adulación, cuando dice: Que el aceite del pecador no unja mi cabeza (Sal. CXL, 5), porque bajo la apariencia de una buena obra, mueve las armas de la malicia. Pero también hay dardos en las palabras, así como los dientes son escudo y flechas, y la lengua es una espada afilada (Sal. LVI, 5). Por lo tanto, detesta estos dardos de palabras, que son más dañinos bajo el disfraz de adulación y halago.

18. Cuidar de lo que debemos.---Pero entre estos dardos del enemigo permanece imperturbable, y nos muestra un puerto de seguridad fiel y seguro. Pues sigue, VERS. 23: Echa sobre el Señor tu pensamiento, y él te sustentará: no permitirá para siempre la vacilación del justo. El Señor también nos ha quitado en los Evangelios la necesidad de la preocupación, diciendo: No os preocupéis por el día de mañana; porque el día de mañana traerá su propia preocupación (Mat. VI, 34). Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas (Ibid. 33): es decir, toda preocupación debe centrarse en alcanzar el reino de Dios y su justicia. Por tanto, la preocupación debe ser echada sobre él: pues él sustentará, según aquello: Sobre aguas de reposo me sustentó (Sal. XXII, 2). Y al sustentar, no dejará en las olas de este siglo, así como sustentado Jacob escapó de toda tempestad de odios y de dura servidumbre diciendo: Dios que me sustentó desde mi juventud (Gen. XLVIII, 15). Pues él es el autor de la vida, él es el dador del alimento, no solo terrenal, sino también espiritual.

19. Pozo de vida y pozo de muerte.---Pero al ser sacado sobre el agua de la restauración y liberado de las olas de la tormenta, un castigo digno sigue a los impíos, cuando dice: Tú, en verdad, Dios, los llevarás al pozo de la destrucción. Los hombres de sangre y engaño no vivirán la mitad de sus días; pero yo confiaré en ti, Señor. En verdad, hay un pozo de agua viva: pero hay un pozo de destrucción, según aquello: No me sumerja la tempestad de agua, ni me trague el abismo, ni el pozo cierre su boca sobre mí (Sal. 68, 16). No dejando, por tanto, al justo en la fluctuación, ellos serán llevados al pozo de la destrucción; cuya boca no pudo estar cerrada para el unigénito Dios resucitando de entre los muertos. Sin embargo, después de la pasión del Señor, inmediatamente la victoria de la guerra con la destrucción de la ciudad los consumió: toda edad indistinta fue eliminada para la satisfacción de los vencedores, no viviendo la mitad de sus días, la juventud fue abatida. Pero los días plenos se reservan para los santos y fieles, según aquello: Y días plenos se encontrarán en aquellos cuya esperanza está siempre en el Señor: quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

127 SALMO LV.

Al director del coro. Para el pueblo que se ha alejado de los santos. De David, para la inscripción del título, cuando los filisteos lo capturaron en Gat.

Misericordia de mí, Señor, porque me ha pisoteado el hombre, todo el día combatiendo me ha afligido, me han pisoteado mis enemigos todo el día. Desde la altura del día no temeré: porque muchos que me combatían, temían; yo, en cambio, en ti confiaré. En el Señor alabaré mis palabras todo el día: en Dios confiaré, no temeré lo que me haga la carne. Todo el día maldecían mis palabras: contra mí todos sus planes eran para mal. Habitarán y se esconderán: ellos observarán mi talón. Como esperaron mi alma, en vano los salvarás, en tu ira quebrantarás a los pueblos. Dios, mi vida te he anunciado: has puesto mis lágrimas ante ti, como en tu promesa. Que mis enemigos retrocedan, en cualquier día que te invoque. He aquí, he conocido que tú eres mi Dios. En el Señor alabaré la palabra, en el Señor confiaré: no temeré lo que me haga el hombre. En mí están tus votos, Dios, que te devolveré alabanzas: porque has librado mi alma de la muerte, y mis pies de la caída: para que agradezca ante Dios en la luz de los vivientes.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. La pasión de David, profecía de las pasiones de Cristo.---La superscripción de muchos salmos comprende elementos que, además de la noción de hechos históricos, sugieren un sentido de otra inteligencia: cuando, VERS. 1: el salmo es para el pueblo que está lejos de los santos, cuando se presenta la inscripción del título, y finalmente cuando el mismo comienzo se prescribe al final. Pues si este discurso presente solo entonara la queja de que cuando huía de los filisteos, David era retenido en Gat; todo el movimiento de increpación de la iniquidad se manifestaría solo en eso. Pero, en verdad, como estas cosas se presentan antes de la significación del hecho para instruir y dirigir el sentido de los lectores; sin duda entendemos que, a través de los efectos de los hechos realizados en David, se nos imprime, según el espíritu de profecía, la noción de aquellas cosas que están significadas bajo estas prescripciones: de modo que lo que David sufrió fue una prefiguración de las pasiones de nuestro Señor Jesucristo: de modo que la inscripción del título parece significar la eternidad de aquel que venció muriendo, porque la inscripción del título, que el término griego stelografía enuncia, se otorga principalmente a aquellos que, llevando una vida digna, no temieron morir en la guerra por la salvación de la patria, para la gloria de la eternidad. Sin embargo, el pueblo que ha sido hecho lejano de los santos, Israel, indigno de la santificación de las naciones y conocido por alejarse de ella, debe ser reconocido. Y lo que está en el fin, se entiende que es propio de aquel que es el fin de la ley: lo cual se conocerá al final del salmo, cuando la resolución de nuestra inteligencia de este mismo se declare principalmente por el discurso con el que se concluye el final del salmo.

2. Este salmo debe ser interpretado tanto en relación con David como con Cristo. Por lo tanto, a través de estos elementos que están conectados con la superscripción además de los hechos históricos, también interpretaremos el salmo desde la perspectiva del Señor, sin alejarnos de las quejas del propio profeta. No se debe pensar que él no se lamentó en lo que sufrió; porque precisamente por eso, los hechos históricos están conectados con estos mismos elementos que sugieren un sentido espiritual, para que a través de la acción del profeta se hiciera conocido el sentido y el discurso de la profecía; ya que el profeta profetizó no tanto por el espíritu como por las pasiones. Por lo tanto, el discurso será moderado entre el propio David y el hombre Jesucristo: de modo que, puesto que llevó las debilidades de todos, y frecuentemente utilizó tanto la voz como las lágrimas por nuestros pecados, el afecto y el discurso que son del hombre estén fuera de la injuria a Dios.

3. Los impíos como auxiliares de los demonios.---VERS. 2 y 3. Ten piedad de mí, Señor, porque el hombre me ha pisoteado, todo el día combatiendo me ha afligido, me han pisoteado

mis enemigos todo el día. Sabemos que frecuentemente se significa el día por la edad, de modo que donde se menciona todo el día, allí se muestra todo el tiempo de la vida. Pues ni David ni el Señor fueron acosados solo por un día. Pero quien pide la misericordia de Dios y se queja de haber sido pisoteado, tiene las armas de su seguridad y virtud, con las cuales sostiene no solo los odios terrenales, sino también las batallas de las maldades espirituales, contra las cuales, más que contra la carne y la sangre, el Apóstol nos enseña que es nuestra lucha (Efesios VI, 12). Porque los impíos son utilizados como instrumentos para las vejaciones y tribulaciones de los santos: cuando penetran en sus corazones, los incitan a todo ímpetu de mente turbulenta.

4. Terror de los inicuos.---Por lo tanto, el profeta, no temiendo esta altura que se eleva en este siglo, dice, VERS. 4: No temeré de la altura de los días, porque muchos que me combaten temerán. Conoce el día del juicio eterno, también sabe del fuego eterno preparado para los castigos eternos: y por eso, aquellos que intentan combatirlo temerán más; porque al no temer este santo, el terror del juicio recae más sobre ellos. Por la confianza en su seguridad añadió, VERS. 5: Pero yo en ti esperaré. En el Señor alabaré mis palabras todo el día. Coloca todas sus esperanzas en Dios, y alaba sus palabras durante todo el tiempo de su vida. Tampoco es oscuro lo que se alaba en el que habla.

5. No teme a la carne quien espera en Dios, ni Dios al asumir la carne. Pues esta voz es digna del santo que sigue: En Dios confiaré, no temeré lo que me haga la carne. No lo quebranta el terror del mundo, ni lo perturban los odios de los que conspiran contra él. Pues la esperanza que está en Dios no teme los terrores de los odios humanos. Frecuentemente tomamos la carne como significación de los hombres, por los cuales se contienen en el cuerpo; ya sea cuando aquí se dice de los impíos: No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne (Génesis VI, 3); o aquello: Toda carne verá la salvación de Dios (Lucas III, 6); o aquello del Apóstol: ¿No sois carnales y andáis según el hombre? (I Corintios III, 3). Permanece, por tanto, imperturbable bajo la misericordia de Dios: y por eso, esperando en Él, no teme todos los impulsos y persecuciones de la carne. Pero esta voz es también digna del unigénito Dios, a quien al vaciarse de la forma de Dios, la forma servil no le quitó la virtud y naturaleza de Dios. Pues hecho carne, Dios permaneció siendo Dios incluso en la asunción de la carne, usando el poder de su virtud bajo la asociación de nuestro cuerpo (Ver l. X de Trin., n. 23). No fue agobiado por la carne, para que no caminara sobre las aguas, ni para que el poder de la virtud divina no saliera hasta los bordes de su vestidura, ni para que no perdonara los pecados, y con su saliva encendiera la naturaleza de la visión en los ojos ciegos desde el nacimiento, y al sacar la oreja del herido cubriera la herida de la oreja cortada, ni para que no penetrara los sólidos muros, deslizándose su cuerpo. No teme, por tanto, a la carne, ni el profeta que espera en Dios; ni Dios al realizar obras divinas bajo la asunción de la carne.

6. En esto también se contiene el significado de lo que sigue, de la acción realizada. Dice, VERS. 6, 7: Todo el día mis palabras maldecían: contra mí todos sus planes eran para mal. Habitarán y se esconderán: ellos observarán mi talón. Pues en ningún lugar, sino con consejos ocultos, se prepararon falsos testimonios y preguntas capciosas contra él: habitando en común y ocultando planes de malicia. Pero tampoco soportaron la reprensión de sus palabras, con las que no dejó de reprocharles su impiedad: también observando todas sus salidas en el talón, mientras consienten en su caída con una conspiración fraudulenta: por lo cual esta sentencia digna del juez los alcanzó.

7. La salvación hacia la nada, la resurrección de los impíos, esto les mereció Cristo.---Sigue, VERS. 8: Como esperaron mi alma, por nada los salvarás, en ira conducirás a los pueblos.

Este es un nuevo discurso del profeta, para que Dios salve a aquellos que esperan su alma hacia la nada: y aunque una cosa es hacia la nada, y otra ser salvado, ahora la salvación que se hará en ellos será hacia la nada. ¿Existe entonces algo que se salve hacia la nada? Sí, claramente, cualquier cosa que, concedida la resurrección, no sea digna de transformación. Pues, aunque toda carne ha sido redimida en Cristo para resucitar, y es necesario que todos comparezcan ante su tribunal; no obstante, no a todos se les promete indiscriminadamente la gloria y el honor de resucitar. A aquellos, por tanto, a quienes solo se les concede la resurrección, y no también la transformación, estos son salvados hacia la nada. En ira serán conducidos estos pueblos, para quienes la salvación de la resurrección está destinada al sentido del castigo: de la cual ira el Apóstol nos promete librarnos, diciendo: Porque si cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros; con mucha más razón, justificados en su sangre, seremos salvados por él de la ira (Rom. V, 8, 9). Por los pecadores, pues, murió para la salvación de la resurrección, pero a los santificados en su sangre los salvará de la ira.

8. Esperanza de los justos y de dónde proviene el mérito.---Finalmente, después de haber salvado a los pueblos sin costo alguno y guiándolos en su ira, este santo anuncia la esperanza de su vida, diciendo, VERS. 9: Dios, te he anunciado mi vida, has puesto mis lágrimas ante tu presencia, como en tu promesa. Es digno de la promesa de Dios por su constancia en predicar y por el mérito de no callar; pues sus lágrimas, que el profeta derramó por sí mismo o el Señor por nosotros, están ante la presencia de Dios, siendo su intercesión utilizada para obtener lo que Dios ha prometido.

131 9. La pena de los impíos.---Pero cuando él esté a punto de recibir la gracia de la promesa eterna, sus enemigos se volverán hacia atrás, para mostrar hacia dónde serían llevados en su ira. Pues sigue, VERS. 10: Se volverán mis enemigos hacia atrás, en cualquier día que te invoque. Al invocar él a Dios, ellos se volverán al lugar de donde salieron: llevados por la ira de Dios, y retomando el cuerpo para ser castigados con penas.

10. Verbo de Dios.---Pero cuando aquellos regresen a la eternidad del castigo en el infierno después de la resurrección, aquí cumple con su deber de gratitud, mientras dice, VERS. 11: He aquí, he conocido que tú eres mi Dios, y en Dios alabaré la palabra. Por lo tanto, alaba esta palabra suya en Dios, que ha reconocido que eres su Dios.

11. Voz digna de los santos entre las persecuciones humanas. ---No solo alaba eso, sino también el hecho de que esperó en Él, sin temer lo que el hombre pueda hacerle. Esta es ciertamente una voz digna de todos los santos, mantener la fe constante entre las persecuciones humanas y no ser movido por el miedo a la turbulencia terrenal, y con la esperanza más segura no temer que el hombre pueda hacer algo adverso a la eternidad del alma: ya que después de la intercesión de esta muerte, nuestra corrupción e infirmitas se transforman en gloria inmortal. Y por eso alaba sus palabras, en las que declara no temer la fuerza humana al esperar en el Señor, diciendo: En el Señor alabaré la palabra, en el Señor esperaré: no temeré lo que el hombre me pueda hacer. Por esto, pues, alaba su palabra en el Señor, porque al esperar en Él no temerá al hombre.

12. Cristo es el señor de su resurrección. Resucitará el mismo cuerpo. Quien es Dios en los resucitados.---Pero para enseñar que no temía nada del hombre, porque si hubiera ejercido algún poder sobre su cuerpo, lo devolvería de nuevo con la gloria de la resurrección sin mancha de los cuerpos; añadió, VERS. 12, 13: En mí están, Dios, los votos que te devolveré de alabanza: porque has librado mi alma de la muerte, y mis pies de la caída; para que agradezca ante Dios en la luz de los vivientes. No están fuera de sí estas cosas que espera: ni

los votos de alabanza, que devolverá, deben ser tomados de fuera. Pues él mismo es el señor de su resurrección; él mismo otorga a este cuerpo muerto y dejado en el sepulcro la comunión de su naturaleza divina. Porque a todos los que resucitarán no se les adquiere el cuerpo de materia externa, ni se les devuelve la naturaleza de origen extraño y causas externas: sino que emerge el mismo para el progreso de la claridad eterna, y se hace en él por transformación más que por creación, lo que es nuevo. Por lo tanto, están en sí los votos que devolverá, cuando se quite la debilidad de los cuerpos, es decir, la caída y las lágrimas: cuando la incorruptibilidad devore la corrupción, cuando el poder inmortal absorba la muerte, cuando Dios sea todo en todos, cuando la luz de los vivientes sea en la misma luz de los vivientes para agradar a Dios. Pues si en la creación del mundo, según la profesión de la Sabiduría (Prov. VIII, 31), el Padre se regocijaba sobre los hijos de los hombres, mucho más en la reconciliación del mundo se entiende que agradará al Padre. Porque es la verdadera luz del mundo, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 56.

Al director, no destruyas, de David, para la inscripción del título, cuando David huía de la presencia de Saúl en la cueva.

Misericordia de mí, Dios, misericordia de mí: porque en ti confía mi alma. Y en la sombra de tus alas esperaré, hasta que pase la iniquidad. Clamaré al Dios altísimo, al Dios que me ha favorecido. Me envió desde el cielo, y me liberó: entregó al oprobio a los que me pisotean. Envió Dios su misericordia y su verdad: y libró mi alma de en medio de los cachorros de leones; dormí perturbado. Los hijos de los hombres, sus dientes son armas y flechas, y su lengua espada afilada. Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria. Prepararon lazos para mis pies, y abatieron mi alma. Cavaron ante mi rostro una fosa, y cayeron en ella. Mi corazón está preparado, Dios, mi corazón está preparado: cantaré y diré salmos a ti. Despierta, gloria mía, despierta salterio y cítara: me levantaré al amanecer. Y te confesaré entre los pueblos, Señor, te cantaré salmos entre las naciones: porque hasta los cielos ha sido magnificada tu misericordia, y tu verdad hasta las nubes. Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Conexión de este salmo con el anterior. --- De la superscripción del salmo anterior, solo se ha modificado en el siguiente que, donde se hablaba enigmáticamente del pueblo alejado de los santos, ahora se prescribe "no corrompas ni destruyas": lo cual en griego se expresa con una sola palabra, τὸ μὴ διαφθείρης, abarcando ambos significados. Era consecuente, pues, que ya que la corrupción permanecería para aquellos que se alejaran de los santos, el santo orara para no ser sometido a ella. En otro salmo muestra el agradecimiento por haberse apartado de esta corrupción, diciendo: "Ni permitirás que tu santo vea corrupción" (Sal. XV, 10). No hay duda de que este salmo, según la profesión de los apóstoles, debe entenderse como expresado en la persona del Señor.

2. Exposición del título.---Así pues, David, esperando el tiempo de la gloria de la resurrección del Señor en la carne humana, ahora ruega no ser corrompido, y se regocija con la presciencia del profeta por la corrupción apartada de él, en aquel en quien están las primicias de la resurrección. Por eso, VERS. 1: La inscripción del título es "Al final", porque tanto la vida gloriosa asumida para el honor de la eternidad, como la muerte que es salvadora

para muchos hombres valientes, deben ser inscritas en las sepulturas; y todo esto debe referirse a aquel que es el fin de la ley, o a quien el fin del mismo salmo señala. Pero lo que dice encerrado en la cueva es el tiempo de la profecía, en el cual se entiende que escribió el salmo, profetizando la humildad de la morada en la cueva del cuerpo del Señor. Sin embargo, no puede parecer que quien estaba escondido en la cueva por miedo, resonara con salterio y cítara, como testifica en el salmo, es decir, con todo el aparato del arte musical.

3. Misericordia de Dios en quienes se debe esperar. Con qué fruto, por cuánto tiempo.---Comenzó así, VERS. 2: Miserere mei, Deus, miserere mei: quoniam in te confidit anima mea. 134 Pide misericordia; porque confía en Dios, enseñando que la misericordia de Dios debe ser esperada por aquellos que creen. Y muestra cuál es el momento o el efecto de la misericordia de Dios, diciendo: Et in umbra alarum tuarum sperabo donec transeat iniquitas. Es propio de las aves proteger con sus alas la debilidad de sus crías, defendiéndolas de la fuerza y maldad de las que vuelan cerca. Esto lo conocemos especialmente en las gallinas, cuando recogen a sus crías bajo sus plumas, ya sea para darles sombra o para protegerlas. El Señor recuerda esta costumbre como ejemplo de su cuidado, diciendo a Jerusalén, la que mata a los profetas: Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina que reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste (Mateo XXIII, 37). Así, el santo espera en la sombra de las alas de Dios, hasta que pase la iniquidad, es decir, mientras escapa de los escándalos del mundo, de las iniquidades de los impíos, de la debilidad de la humildad terrenal, mientras (quizás como) esta misma especie de cueva del habitáculo y de su cuerpo en la que ahora David está encerrado.

4. Ciencia profética. Diapsalma. Muerte sueño. Perturbación del que duerme, pasión de Cristo. Cachorros de leones que.---Esperando bajo la sombra de las alas de Dios, siempre estuvo atento al oficio de su esperanza, diciendo, VERS. 3: Clamaré al Dios altísimo, al Dios que me ha favorecido. Clama más con fe que con voz, quien huyendo y escondiéndose clama. Sin embargo, no hay en el discurso del que espera la gratulación de los que han alcanzado: sino que es de la ciencia profética y de la fe, alegrarse por lo que ha de hacerse no de otro modo que por lo que ya se ha hecho: y por eso clama al que bajo la inmutable constitución de la bondad ya le ha favorecido: Y en cuanto el Señor le ha favorecido, enseña a los que le siguen, diciendo, VERS. 4 y 5: Envió desde el cielo, y me liberó, puso en oprobio a los que me pisoteaban. Envió Dios su misericordia y su verdad, libró mi alma de en medio de los cachorros de leones; dormí perturbado. Era digno, aunque no hubiera cambio de persona ni de sentido, que interviniera un diapsalma: porque para la comprensión de lo dicho, el sentido de los creyentes debía ser elevado. Dios favoreció a su santo, enviando desde el cielo: para que, al ser liberado él, fueran dados en oprobio aquellos que lo pisoteaban. Y envió su misericordia y su verdad para librar su alma de en medio de los cachorros, cuando había dormido perturbado. Si la muerte se significa en el sueño, ya sea cuando David va a dormir con sus padres, o cuando el durmiente Lázaro ha de ser despertado, o cuando la hija del centurión no está muerta sino que duerme, o cuando no precederemos a los que durmieron en la resurrección: si la perturbación del que duerme es significación de la pasión, cuando se dice: Ahora mi alma está turbada en gran manera (Juan XII, 27): que sin embargo rogó antes ser librada de la mano del perro: Líbrame de la boca del león, y de la mano del perro mi única (Sal. XXI, 22): y no pueden entenderse otros cachorros de perros o leones, que los que son también nación de víboras, de cuyo medio el alma es librada, y es librada por la misericordia y la verdad enviada desde el cielo; según aquello: Misericordia y verdad se encontraron (Sal. LXXXIV, 11), y si la misericordia y la verdad es el Señor Jesucristo: no se duda que serán dados en oprobio, quienes pisoteando al Señor en la pasión, no creen en esto; para quienes

ciertamente es oprobio haber perdido la venida del unigénito de Dios y el perdón de los pecados.

5. Los vicios de las mentes se designan por los actos de los cuerpos.---Y porque a esta esperanza de los santos siempre se opondrían los odios de los perseguidores o las negaciones de los incrédulos; tras haber mencionado los sacramentos de la salvación humana, añadió: Hijos de los hombres, sus dientes son armas y flechas, y su lengua es una espada afilada. El discurso divino significa los vicios y movimientos de las almas bajo los actos corporales: como en el cántico del Deuteronomio (Deut. XXXII, 15), Engordó y dio coces el amado, reprendido por el lujo de la impiedad bajo la significación de la costumbre corporal; o aquello: Los que devoran a mi pueblo como si fuera pan (Sal. LII, 5); o también: Has quebrado los dientes de los pecadores (Sal. III, 8); y también aquello del Apóstol: Pero si os mordéis y os devoráis unos a otros, mirad que no os consumáis unos a otros (Gal. V, 15): para que lo que a cada miembro se le ha encomendado en cuanto a oficio y acción, se refiera a la eficacia de las mentes y almas: así que ahora, al recordar los efectos de los perseguidores o detractores, dice: Hijos de los hombres, sus dientes son escudo y flechas, y su lengua es una espada afilada, ya que consumían con la crueldad del poder y herían con los dardos de las calumnias.

6. Dios no puede ser exaltado, a menos que primero haya descendido. Por el don del Espíritu Santo, toda la tierra está llena de la gloria del Señor.---Pero entre estas cosas que el Profeta sabe y espera, no ha guardado silencio. Pues, habiendo suplicado que no se corrompiera, anhela el tiempo de la corrupción que debe ser absorbida, diciendo, VERS. 6: Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria. Las cosas que se elevan desde lo humilde parecen ser exaltadas porque, a través de un cierto progreso, alcanzan lo que es más sublime. Pero lo que ha de ser exaltado sobre los cielos, es necesario que primero haya descendido a las partes inferiores desde los cielos, para que nuevamente sea exaltado sobre los cielos. Esto mismo el Apóstol lo dice de manera perfecta: El que ascendió a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres. Pero ¿qué significa que ascendió, sino que también descendió a las partes inferiores de la tierra? El que descendió, es el mismo que ascendió por encima de todos los cielos, para llenar todas las cosas (Efesios IV, 8, ss.): indicando así que la causa de ser exaltado sobre los cielos fue que se asumió la humildad de descender hasta las partes inferiores de la tierra. Por lo tanto, el profeta, de acuerdo a su deseo, anuncia que Dios será exaltado sobre los cielos. Y porque exaltado sobre los cielos habría de llenar en la tierra todas las cosas con la gloria de su Santo Espíritu; añadió: Y sobre toda la tierra tu gloria: cuando el don del Espíritu derramado sobre toda carne proclamara la gloria del Señor exaltado sobre los cielos.

7. Qui gloriam aut passionem Christi suam David dicat.---Todo este progreso no se desea para la naturaleza divina, sino para la debilidad del hombre: porque el profeta no ignora que, por la asunción de la carne, será colocado en los cielos, ya que hemos sido hechos concorporales y copartícipes en Cristo Jesús. Y por eso, estas cosas las unió a la debilidad de su carne, que habría de ser atormentada en las pasiones del Señor y exaltada sobre los cielos, VERS. 7: Han preparado lazos para mis pies, y han inclinado mi alma. Han cavado una fosa ante mi rostro, y han caído en ella. Por la fe de la compasión, incluso el profeta, sufriendo en el Señor, como si él mismo hubiera padecido, busca estas cosas. Pero en aquellos que persiguieron al Señor de la majestad, cuando caen en la fosa preparada, se refiere tanto el sentido como el castigo de la misma muerte.

8. Diapsalma. David se representa con el salterio y la cítara. ---Y porque la fe de sufrir y morir con Cristo nos glorifica: el profeta se mantiene firme en esta esperanza y fe diciendo, VERS. 8 - 10: Dios, mi corazón está preparado: cantaré y diré un salmo para ti. Despierta, gloria mía, despierta salterio y cítara. Me levantaré al amanecer, y te confesaré entre los pueblos, Señor, te cantaré un salmo entre las naciones. Intercalando el diapsalma, el profeta dirigió este discurso a Dios, mientras que con la fe del salmo canta estas mismas cosas para las que su corazón está preparado: exhortando las alegrías de su alma y cuerpo bajo la significación del salterio y la cítara, se muestra a sí mismo en lo que canta y dice el salmo. Pues dice: Despierta, gloria mía, despierta, salterio y cítara: me levantaré al amanecer; mostrándose a sí mismo en el salterio y la cítara, declarando que, al ser despertado por el salterio y la cítara, él mismo, quien es significado en estos, se levanta. Al levantarse al amanecer, canta con su gloria la gloria de la esperanza evangélica, en el tiempo adecuado del amanecer y de la oración y de la salvación. Pues sigue: Y te confesaré entre los pueblos, Señor, te cantaré un salmo entre las naciones. Alabar a Dios entre los pueblos y las naciones, es necesario que alabe en Él la salvación de las naciones: porque ya no está restringida la herencia a un solo Israel, ni la porción a Jacob, sino que la plenitud de la tierra ya es de Dios; y ya no somos imagen terrenal, sino imagen celestial.

9. Verdad hasta las nubes, ¿qué? Misericordia hasta los cielos, carne libre de corrupción.--- Sin embargo, mostró qué debía confesarse entre los pueblos y cantarse entre las naciones. VERS. 11. Porque magnificada es hasta los cielos tu misericordia y tu verdad hasta las nubes. Esta es, por tanto, la confesión entre los pueblos y las naciones, porque magnificada hasta los cielos es la misericordia, y la verdad hasta las nubes. Pues cuando los Santos sean arrebatados al encuentro del Señor en las nubes (I Tes. IV, 16), elevados en esa misma nube en el cuerpo de la resurrección, y toda la creación, según el Apóstol, sea liberada de la corrupción (Rom. VIII, 22), y todo sea pacificado por él, tanto lo que está en el cielo como en la tierra (Col. I, 20), con razón nuestra verdad (quizás nuestra) en él se eleva en la resurrección hasta las nubes, y su misericordia se magnifica hasta los cielos, con la corrupción de la criatura que gime eliminada. Pero de estos se indica la elevación hasta las nubes y hasta los cielos, sin embargo, es propio de él transgredir los cielos y evadir toda percepción de sublimidad estimada.

10. La gloria de Dios excede todo entendimiento, que permanezca en la tierra.---Repetida así la oración de su esperanza, el profeta concluyó de esta manera, VERS. 12: Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra sea tu gloria. No hay límite al exaltar a Dios; pues su elevación está sobre los cielos. El Señor de las criaturas debe ser entendido más allá de las criaturas. Y aunque para nosotros no haya otra cosa en el conocimiento que el cielo, está más allá de todo entendimiento, quien exaltado sobre los cielos excede el sentido de la noción. En verdad, su misericordia ha llegado hasta nosotros: pero magnificada hasta los cielos en los celestiales que pronto serán. Y aunque su verdad se haya elevado hasta las nubes, para encontrarnos en la nube que nos arrebatará, pero él mismo, que concederá todos los cielos desde la diestra de Dios, los trasciende, y su gloria en la tierra, es decir, permanecerá con nosotros, cuando dice: He aquí yo estoy con vosotros todos los días de la vida hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20), nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LVII.

Al final, no destruyas, de David, para la inscripción del título.

Si verdaderamente habláis justicia, juzgad con rectitud, hijos de los hombres. En verdad, en el corazón obráis iniquidades, en la tierra vuestras manos abrazan la iniquidad. Se han desviado los pecadores desde el vientre: se han extraviado desde el seno materno, han hablado falsedades. Su indignación es como la de la serpiente, como la del áspid sordo que cierra sus oídos, que no escucha la voz de los encantadores, ni del hechizo que el sabio practica. Dios quebrantó sus dientes en sus bocas: el Señor rompió las muelas de los leones. Se desvanecerán como agua que corre: tensará su arco hasta que se debiliten. Como cera derretida serán llevados: cayó fuego sobre ellos, y no vieron el sol. Antes de que vuestras espinas produzcan el espino, como vivientes, así en su ira los absorberá. Se alegrará el justo al ver la venganza: lavará sus manos en la sangre del pecador. Y dirá, ciertamente hay fruto para el justo. Ciertamente hay un Dios que juzga en la tierra.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Argumento del salmo.---VERS. 1. De la inscripción del salmo anterior, solo falta alguna indicación de los hechos. Pues tanto "hasta el fin", como "no destruyas", y la inscripción del título están presentes. Porque el salmo 139 no contiene nada de profecía a través de los hechos; de modo que, como en los demás, el santo David profetiza tanto con palabras como con hechos: sino que es una reprensión a los impíos, una denuncia del juicio de Dios sobre los pecadores, una retribución de alegría para los santos, y contiene el fruto de la justicia para el hombre. Este, por tanto, es el fin en el salmo, esta es la confianza en la eliminación de la corrupción, esta es la inscripción del título para aquel que nos redimió por medio de la muerte.

2. El discurso de la justicia es común, no el estudio. Pecado del corazón. El corazón está abierto a Dios.---Y, de hecho, el salmo entero se presenta a sí mismo de esta manera. VERS. 2 y 3: Si verdaderamente habláis justicia, juzgad rectamente, hijos de los hombres. Pues en el corazón obráis iniquidades, en la tierra vuestras manos abrazan la iniquidad. El discurso de la justicia es común; pero el estudio y la costumbre del juicio justo son de pocos. Sin embargo, claramente se debe considerar que alguien habla verdaderamente de justicia cuando mantiene el juicio de la verdad; por eso, para Dios no son las palabras humanas, sino las obras del corazón, es decir, las maquinaciones de los pensamientos, lo que juzga. Suele suceder que la iniquidad no se lleva a cabo bajo la vergüenza de la conciencia pública: y por eso, aunque las manos no abracen la iniquidad, sin embargo, el corazón obra iniquidad en la tierra ante Dios. De aquí que el adulterio concebido solo en el corazón ya es un crimen: de aquí que, según el Evangelio de Pablo, Dios juzga los secretos de los hombres, observando las voluntades de los hombres en los mismos comienzos de la naturaleza humana. Pues cuando la virtud de la naturaleza poderosa penetra no tanto las fibras de las entrañas, sino el apetito de la mente; es necesario que no tome su inicio a través de los movimientos de los sentidos, sino que, previendo incluso los futuros movimientos de los sentidos a través del conocimiento de la naturaleza, los aprehenda.

3. La presciencia del pecado no implica necesidad.---Y por eso, acerca de aquellos que con las manos cometen iniquidades que en el corazón perfeccionan, inmediatamente añadió, VERS. 4: Se han apartado los pecadores desde el vientre, se han desviado desde el seno materno, han hablado mentiras. Así, Esaú fue apartado desde el vientre, cuando se anunció que el mayor serviría al menor, incluso antes de que existiera, no por desconocimiento de la futura voluntad de Dios, ya que tanto la falsedad del discurso como el error de vida son desde el vientre: esto lo sabe Él mismo, más que ser engendrado por necesidad o por la naturaleza del pecado. Y para que el vicio no pueda ser atribuido al origen, reprocha el crimen de la

voluntad endurecida para obedecer, diciendo, VERS. 5 y 6: Su furia es como la de la serpiente, como la de la áspid sorda que tapa sus oídos: que no escuchará la voz de los encantadores, del medicamento preparado por el sabio. No se excusa cierta necesidad natural en el crimen. Pues la serpiente podría haber sido inocente, a la que sus oídos se le obstruyen como sordos por sí misma: y no escucha la voz del encantador, cuando no percibe los medicamentos preparados por el sabio. Aquí no se menciona el canto de los Marsos ni el silbido adormecido de las víboras, porque estos mismos se adormecen con mayor inercia por la fe en el nombre de Dios y su poder; sino que enseña aquella desobediencia contumaz e insolente de la antigua serpiente que se ensordece contra los cantos de los santos y los medicamentos preparados por el sabio; cuando diariamente se le ordena, para que no engañe, no se infiltre, no muerda, incluso bajo la advertencia del nombre divino, y sin embargo, con el oído obstruido, se enfurece; de lo cual, los obedientes al Evangelio son una nación de víboras.

4. La destrucción y vacuidad de los impíos.---Pero dado que el poder de él y de los suyos es quebrantado, y todas las armas de su crueldad se rompen en ellos; estas cosas están sometidas. VERS. 7, 8, 9: Dios quebrantó sus dientes en su boca, el Señor rompió las muelas de los leones. Serán despreciados como agua que corre: tensará su arco hasta que se debiliten. Serán llevados como cera derretida: cayó fuego sobre ellos, y no vieron el sol. Hemos hablado frecuentemente de los dientes de los pecadores y de las muelas de los leones, porque en ellos se significa el impulso de la maldad desatada. Por lo tanto, una vez quebrantados y rotos, serán despreciados como agua que corre. Pues todo curso de aguas superfluas es inútil, ya que cada uno de ellos deriva solo lo que considera útil para sí, mientras el resto del caudal pasa para perecer, llevados hasta el mar solo para su desaparición. Y de esta naturaleza y desprecio se hace mención en otro salmo, cuando se dice: Me he derramado como agua, y se han dispersado todos mis huesos. Mi corazón se ha vuelto como cera que se derrite en medio de mis entrañas (Salmo XXI, 15). Y muchas cosas que de sólidas se disuelven en líquidas, cambian de forma sin abolir su naturaleza, como cuando de rígidas fluyen: pero la cera, una vez tomada por el fuego, se derrite de tal manera que perece. Ahora, de la misma manera, ha puesto el ejemplo de ambas creaciones en la destrucción de los pecadores: Serán despreciados como agua que corre, tensará su arco hasta que se debiliten: como cera derretida serán llevados. Primero, pues, serán despreciados sin esperanza de permanecer, fluyendo inútilmente: luego, el arco del Señor estará tenso hasta que se debiliten: debilitados, serán llevados como cera derretida. Y hemos mostrado frecuentemente que en el arco se significa la severidad del juicio de Dios, siempre tenso con las penas para los pecadores que serán castigados. Y ciertamente, con el arco tenso, el siguiente discurso declara que serán llevados por el fuego del juicio como cera derretida: Cayó fuego sobre ellos, y no vieron el sol. El fuego, pues, los llevará para que no contemplen el sol de justicia; pues son indignos de ser coherederos de la luz eterna.

5. Los impíos inmediatamente después de la muerte sufren las penas del fuego. Y para que no se interpretara que, como cera derretida, serían llevados por el fuego sobre ellos para que no vieran el sol al caer, como una abolición en lugar de un castigo, añadió, VERS. 10: Antes de que el espino produzca sus espinas, secos y vivos, así en la ira os absorberá. El espino es un tipo de zarza que produce muchas y densas espinas como el arbusto: florece con los demás en la primavera. Por lo tanto, antes de que el espino de los pecados produzca sus espinas, el fuego los absorberá vivos en su ira. Pues no era digno que los pecadores descansaran sin castigo mientras el tiempo del juicio aún estaba suspendido: así que el fuego los absorberá vivos, con la sensación del castigo, incluso antes de que resuciten. La resurrección de los cuerpos se significa en el espino, que exhibirá en sí mismo las espinas con las que serán

punzados: algunos tendrán el fruto de la flor eterna, pero estos solo serán excitados para llevar en sí mismos los aguijones de las espinas del espino. Recordamos que el poder y el dolor de los pecados se significan en la espina, cuando se dice: Caí en la aflicción, mientras era punzado por la espina (Salmo XXXI, 4); porque hasta la muerte, humillado por el pecado, condenó el pecado en la carne, como cuando una espina punzante es punzada. Y cada uno, según el Apóstol, recibirá en la carne lo bueno o lo malo (II Cor. V, 10) teniendo la misma materia y sentido en la que será punzado el pecador. Antes de la resurrección de la carne, es decir, antes de que el espino emita sus espinas; su alma es absorbida viva para el castigo, como el rico del evangelio que será castigado mientras esté vivo (Luc. XVI, 23).

6. Manos lavadas en la sangre del pecador, inocencia.---Pero entre estas cosas, [la alegría de cada justo, como la de Lázaro descansando en el seno de Abraham,] se muestra. Pues sigue, VERS. 11 y 12: Se alegrará el justo cuando vea la venganza, lavará sus manos en la sangre del pecador. Y dirá: ¿Acaso habrá fruto para el justo? Ciertamente hay un Dios que juzga en la tierra. La alegría del justo es cuando ve la venganza; porque al ser castigados los pecadores, se regocija al ser llevado por los ángeles al descanso eterno: no lavando sus manos en la sangre de los pecadores, sino que, mientras los pecadores están en la sangre, porque son culpables de sangre, él mantendrá sus manos lavadas de toda culpa de sangre. Lo mismo ha testificado en otro salmo, cuando dice: Odié la congregación de los malignos, y con los impíos no me sentaré: lavaré mis manos entre los inocentes (Salmo XXV, 5 y 6). Y después de mencionar los deberes de la inocencia, añadió: No pierdas con los impíos mi alma, ni mi vida con los hombres sanguinarios (ibid., 9). En la sangre de los pecadores, ciertamente, él lavará sus manos entre los inocentes. Tanto son estos hombres de sangre, que la sangre de todos los asesinados desde Abel hasta Zacarías será reclamada de ellos (Mat. XXIII, 35), y al lavar Pilato sus manos, confesaron que la sangre justa estaba sobre ellos y sus descendientes (Mat. XXVII, 24 y 25).

7. Pero mientras el justo se lava las manos y se alegra, el hombre dirá: ¿Habrá fruto para el justo? Y ciertamente dice que lo hay, porque Dios está juzgando en la tierra. Por lo tanto, al decir el hombre: ¿habrá fruto para el justo?, no se duda en esperar el juicio; sin embargo, el justo ya en la tierra, porque ha sido llevado al seno de Abraham por los ángeles, es juzgado, según aquello: El que cree en mí, no es juzgado, sino que ha pasado de la muerte a la vida; pero el que no cree, ya ha sido juzgado (Juan III, 18, 19). Por lo tanto, cuando el santo no debe ser juzgado, ya que pasará de la muerte a la vida, y el infiel ya ha sido juzgado para el castigo: se entiende que queda el juicio para aquellos que, por la calidad de sus acciones, deben ser juzgados entre el pecado y la fe, por nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LVIII.

Al final, no destruyas, de David en la inscripción del título, cuando Saúl envió y vigiló su casa para matarlo.

Líbrame de mis enemigos, y de los que se levantan contra mí, líbrame. Líbrame de los que obran iniquidad, y de los hombres sanguinarios líbrame: porque he aquí que han acechado mi alma, y se han lanzado contra mí los fuertes. Ni mi iniquidad, ni mi pecado, Señor, sin iniquidad corrí, y dirigí. Levántate en mi encuentro, y mira, y tú, Señor, Dios de las virtudes, Dios de Israel, atiende a visitar a todas las naciones: no te apiades de todos los que obran iniquidad. DIAPSALMA. Se volverán al atardecer, y sufrirán hambre como perros, y rodearán la ciudad. He aquí que hablarán con su boca, y espada en sus labios: porque, ¿quién

ha escuchado? Y tú, Señor, te reirás de ellos, tendrás en nada a todas las naciones. Mi fortaleza la guardaré para ti, porque Dios es mi protector. Mi Dios, su misericordia me precederá. Dios me mostrará entre mis enemigos, no los mates: no sea que olviden tu ley. Dispérsalos con tu poder, y destrúyelos, mi protector Señor. Los delitos de su boca, la palabra de sus labios, y sean atrapados en su soberbia. Y por la maldición y la mentira serán consumidos: en la ira de la consumación, y no serán. Y sabrán que Dios dominará en Jacob y hasta los confines de la tierra. DIAPSALMA. Y se volverán al atardecer: y sufrirán hambre como perros, y rodearán la ciudad. Ellos se dispersarán para comer: si no se sacian, murmurarán. Pero yo cantaré a tu poder, exaltaré por la mañana tu misericordia: porque has sido mi protector y mi refugio en el día de mi tribulación. Mi ayudador, a ti cantaré salmos: porque Dios es mi protector, mi Dios, mi misericordia.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. La pasión de Cristo anunciada en este salmo.---VERS. 1. La superscripción del salmo no difiere de la anterior: pero el salmo difiere en que se presentan algunos de los eventos que ocurrieron en la vida de David, cuando Saúl envió a vigilar su casa para matarlo. Sin embargo, si por esto la oración debía dirigirse a Dios: aquellas palabras anteriores, es decir, al final, y no destruyas ni corrompas, y en la inscripción del título, no habrían sido necesarias de anteponer. Aunque estas cosas están distribuidas principalmente con una razón espiritual, ya que el fin de la ley es Cristo, y su eternidad no fue sujeta a corrupción, y el título de su gloriosa muerte es para la salvación de las naciones: también aquellas cosas que están prescritas sobre sus hechos, declaran ser proféticas, ya que el profeta de la pasión del Señor, no ignorante, bajo la ocasión y el tiempo de los odios que sufría, enseñó ser profeta tanto sufriendo como hablando. Trataremos el salmo, para no agobiar la comprensión de aquellos que entienden según la letra: pero también para que lo que fue vigilado por Saúl para ser matado, no sea menos profecía de su tiempo que cuando fue encerrado por el pueblo, y en Jerusalén como en su propia casa, y fue vigilado para la muerte.

145 2. Progreso de la iniquidad.---VERS. 2 y 3. Líbrame de mis enemigos, Dios, y de los que se levantan contra mí, líbrame. Líbrame de los que obran iniquidad, y de los hombres sanguinarios, líbrame. Ha abarcado las causas y el progreso de los vicios humanos: para que pudiéramos conocer de dónde surge y a dónde conduce la impiedad. Y por eso el Evangelio ha reprimido las iras, las rivalidades y las enemistades, (pues enojarse sin causa contra el hermano es motivo de condenación al infierno, y la ofrenda del don no es permitida sin reconciliación previa de la rivalidad, y se decreta no solo amar a los enemigos (Mat. V, 22 y 23), sino también orar por ellos (Ibid., 44), porque de estas cosas se llega al hombre sanguinario. Pues primero son enemigos: luego se levantan contra aquel de quien son enemigos: los que se levantan, son obradores de iniquidad: finalmente, los obradores de iniquidad han progresado hasta convertirse en hombres sanguinarios. A los hombres sanguinarios no solo los consuma el asesinato cometido, sino también el pensado.

3. La queja de David se ajusta más a Cristo.---Sigue, pues, los VERS. 4 y 5: Porque han acechado mi alma, han irrumpido contra mí los fuertes. Ni mi iniquidad, ni mi pecado, Señor, sin iniquidad corrí, y dirigí. El alma de David fue acechada cuando fue encerrado en su casa para ser asesinado. Y aunque fue liberado de las manos de Saúl, sin embargo, los hombres de sangre deseaban su sangre. Pero según la prescripción del salmo, la oración se había convenido contra uno, ciertamente el rey que deseaba estas cosas. Pero el discurso de la oración profética debía ser moderado: para que la queja se refiriera al pueblo, cuando los fuertes acechan el alma irrumpiendo: pues aquellos a quienes el fuerte armó, quien también

entró en el corazón de Judá para el ministerio de la traición. Estos, por tanto, fuertes acechan el alma, y su alma en quien no hay iniquidad ni pecado, quien corriendo sin iniquidad dirigió.

4. David no sin pecado.---Y no sé si el salmo anterior puede referirse a David de tal manera, donde se dice: He aquí, reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre ante mí (Sal. 50, 5). No conviene al orden de los salmos tanta diversidad, como para que se entienda que ambos fueron dichos por el mismo. Pero si el salmo anterior de confesión de pecado es posterior en el tiempo, podría parecer que David habló estas palabras antes de pecar, como si fuera ajeno al pecado: recordemos que bajo el mismo pecado habló de la confesión de la necesidad humana diciendo: He aquí, en iniquidades fui concebido y en pecados me concibió mi madre (Ibid., 7); según aquello: ¿Quién se gloriará de tener un corazón puro ante Dios, aunque sea un niño de un solo día? permaneciendo en nosotros, incluso según el Apóstol, tanto el origen como la ley del pecado (Rom. VII, 23). Por lo tanto, esta voz no convendrá a la conciencia humana.

5. Cristo sin culpa.---Pero veamos si acaso este discurso de queja sobre la iniquidad que se le niega corresponde a aquel que no cometió pecado, y en quien no se halló engaño, quien también dijo: "He aquí que viene el príncipe del mundo, y no encontrará en mí nada" (Juan 14, 30), es decir, que no se hallará en él calumnia de pecado; por lo cual condenaría el pecado en la carne. Por lo tanto, aquí debe entenderse que se queja de que su alma ha sido capturada, y que los fuertes han irrumpido contra él; quien también tuvo esta seguridad en su queja, de que en él no había ni iniquidad ni pecado, y quien dijo que había corrido sin iniquidad; según aquello: "Se alegrará como un gigante para correr el camino, desde el extremo del cielo es su salida, y su recorrido hasta el extremo de él" (Salmo 18, 6-7).

6. Ruega que al regresar, se le salga al encuentro desde los cielos.---Así pues, solo Él, corriendo, dirigió el camino, quien, habiendo asumido la humildad de nuestra debilidad, salió de los cielos y regresó a los cielos: quien, llevándonos consigo, y ofreciendo a Dios el don, ruega, VERS. 6: Levántate para salir a mi encuentro, y mira tú, Señor, Dios de las virtudes, Dios de Israel. Atiende a visitar a todas las naciones: no tengas misericordia de todos los que obran iniquidad. Pues ruega que Dios de las virtudes se levante para salir a su encuentro y visitar a todas las naciones: porque en Él las naciones han sido despertadas y colocadas a su derecha en los cielos. Y fue digno que su regreso fuera adornado con la ambición de un encuentro celestial; para que al entrar en los cielos no faltara la dignación paterna desde el cielo. Y no es de extrañar: ya que al primer mártir de su nombre, Esteban (Hechos VII) 147, como en los primeros del cielo, se le salió al encuentro descendiendo de Dios Padre. Por lo tanto, ruega que en su encuentro sean visitadas todas las naciones, según aquello: Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él (Juan, III, 17). Pues su descenso en la carne, y su nacimiento de María, fue honrado por los ángeles regocijados y los cielos abiertos. No es, por tanto, una oración impudente este ruego de su encuentro, al cual para la salvación de las naciones, así como se contiene en otro salmo y en el testimonio apostólico, esta fue la voz del que sale al encuentro al primogénito de entre los muertos: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (Salmo II, 7; Hechos XIII, 33). Por lo tanto, ruega esta significación de su encuentro para las naciones que han de ser visitadas en Él; no obstante, no se omite la severidad del juicio, ya que con misericordia se aparta de todos los que obran iniquidad: visitando a todas las naciones en Él, porque se hizo carne; pero igualmente juzgando a todos los que obran iniquidad.

7. Miseria de los judíos. Se les prohíbe entrar en Jerusalén.---Después de un interludio, se declara lo que permanecería en la impiedad del pueblo. Pues pronto siguieron la desolación

del templo, la destrucción de la ciudad y la cautividad de ellos mismos. Incluso ahora se les prohíbe entrar en la misma ciudad por edicto del emperador romano. Y al recordar el abandono del Santo de los Santos, el silencio de las profecías, la falta de sacrificios de expiación y la deformación de toda la dignidad del ministerio levítico, ahora convertidos y afectados por el hambre de la palabra de Dios y del alimento de salvación, solían rodear la ciudad como consuelo de sus miserias presentes. Pues sigue, VERS. 7: Se convertirán al atardecer, y sufrirán hambre como perros, y rodearán la ciudad. Anunciando el hambre de este tiempo a través de otro profeta, dice (Amós VIII, 11): He aquí que envío hambre sobre la tierra: no hambre de pan, ni sed de agua; sino hambre de la palabra, para que se escuche la palabra de Dios: acusando su impudencia y rabia en la denominación de perros, según aquello: Líbrame de la boca del león, y de la mano del perro mi única (Salmo XXI, 22). Y tienen este dolor en su conciencia interior, cuando se lamentan dispersos, cautivos, tributarios, sin templo, sin sacerdote, sin reino: y esto después de haber levantado manos impías contra el Señor de la majestad y Salvador del mundo.

8. La envidia de ellos. Todas las naciones, es decir, la mayoría, son dignas de burla; por qué.---Vers. 8-9: Pero cuando son acusados del pecado de haber crucificado al unigénito de Dios, no dejan de ser impíos: y trasladados por el dolor a las naciones encendidas del conocimiento divino, aún desatan su furia con palabras y boca. Pues sigue, He aquí, hablarán con su boca, y espada en sus labios.

9. Pero esta impiedad de criticar y atacar, no solo en estos, sino también en las naciones que se niegan a escuchar, es condenada por la palabra divina, ya que, ¿quién ha escuchado? Y tú, Señor, te burlarás de ellos, los considerarás como nada a todas las naciones. Sin que nadie escuche, son ridiculizados por Dios; porque donde se dice, ¿quién?, allí se significa o raro o ninguno: ninguno, según aquello: ¿Quién es como tú entre los dioses, Señor? (Salmo LXXXVIII, 7); raro, sin embargo, cuando se dice: ¿Quién dará desde Sion la salvación de Israel? (Salmo LII, 7). Por lo tanto, son ridiculizados los que no escuchan, y en cuya boca y labios hay espada (Salmo II, 4): porque Dios, que habita en los cielos, se burlará de los reyes y príncipes reunidos contra Dios y su Cristo. También despreciará a todas las naciones, visitadas y desobedientes: porque aunque de ellas haya una porción, por pequeña que sea, de creyentes, sin embargo, la totalidad se considera en la mayoría, según lo dicho por el Señor: ¿Acaso cuando venga el Hijo del Hombre encontrará fe en la tierra? (Lucas XVIII, 8). No porque no se encontrará en algunos, a quienes se les dirá: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo (Mateo XXV, 34): pero como pocos de todas las naciones son fieles, no por pocos se logra que no todas las naciones sean infieles. La principal causa de que las naciones sean ridiculizadas es que, mientras reprochan con la necedad de la prudencia secular al crucificado, al muerto, al sepultado, sin entender el gran sacramento de la piedad, no creen que el Hijo de Dios resucitado de entre los muertos es el Señor de la majestad.

10. Dios, el protector de Cristo en la muerte.---Pero teniendo Él el poder de poner su alma y de retomarla, porque recibió este mandato del Padre (Juan, X, 18), burlándose y despreciando a las naciones, se sometió, Vers. 10-12: Guardaré mi fortaleza para ti, porque Dios es mi protector: Mi Dios, su misericordia me precederá, mi Dios me mostrará entre mis enemigos. Guardará su fortaleza para Dios, es decir, su alma que depuso al retomarla, pues nadie se la quita (Lucas XXIII, 45); y porque su virtud y su refugio están en aquel en cuyas manos encomendó su espíritu. Su misericordia lo precederá, para que incluso antes de la resurrección se entienda que es el Hijo de Dios, cuando al morir Él, el sol se oscureció y la luz desapareció, cuando al estar colgado en la cruz la tierra tembló (Mateo, XXVII, 52),

cuando al descender a los infiernos, los santos de Él no fueron retenidos, cuando al entregar su espíritu, el velo del templo se rasgó como si una custodia espiritual emergiera de allí, cuando finalmente el centurión proclamó: Verdaderamente este era el Hijo de Dios (Marcos XV, 39). Por lo tanto, la custodia de su fortaleza está en Dios, porque la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan, I, 4), y al precederle su misericordia, le mostró entre sus enemigos que Él era su protector, ya que incluso por la confesión de los enemigos se hizo evidente; pues verdaderamente el centurión proclamó que era el Hijo de Dios. Y esto fue así conocido en ese momento.

11. Los judíos al final de los tiempos recibirán la fe de Cristo.---Pero porque según aquello: Y verán a quien traspasaron (Zacarías, XII, 10); también en el futuro, entre sus enemigos, Dios mostrará que Él es su protector: ya que, según el Apóstol, al entrar la plenitud de los gentiles, lo que quede de Israel será salvado; para que se cumpla lo que está escrito: Vendrá de Sion el que liberará y apartará las impiedades de Jacob (Isaías, LIX, 20). Y este será mi pacto con ellos, cuando quite sus pecados (Romanos XI, 25). En señal de esta misericordia y esperanza reservada, añadió, Vers. 13, 14: No los mates; no sea que alguna vez olviden tu ley. Dispérsalos con tu poder, y destrúyelos, mi protector Señor. Los delitos de su boca, las palabras de sus labios, y serán atrapados en su soberbia, y por la maldición y la mentira serán arrancados en la consumación. Consumación en la ira de la consumación, y no serán, y sabrán que Dios de Jacob domina los confines de la tierra. Enemigos ciertamente por nosotros, pero amados por causa de los padres (Romanos, XI, 28); la misericordia reserva lo que queda de ellos. Dispersos por ahora entre casi todas las naciones, pero por su dispersión serán liberados igualmente por la santa raíz. Serán destruidos, por lo tanto, según la profecía, no muertos, sino dispersos, y serán destruidos en los delitos de su boca y en las palabras de sus labios, cuando venga de Sion el libertador, de quien clamaron: Crucifícalo, crucifícalo (Juan, XIX, 6); y a quien dijeron: Nosotros tenemos por padre a Abraham (Juan, VIII, 33); y de nuevo: ¿Quién te dio esta autoridad? (Lucas, XX, 2) y: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? (Mateo, XXI, 23). En esta soberbia serán atrapados, cuando no reconozcan que estas cosas las hicieron a su Salvador: y apartada la impiedad, serán arrancados de la maldición y la mentira, y esto en la consumación, porque cuando haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces lo que quede de Israel será salvado. En la ira de la consumación no serán: porque las impiedades serán apartadas por el que viene de Sion. No obstante, no dejarán de ser, quienes también conocerán, y conocerán que el Dios de Jacob domina los confines de la tierra: ya no conocido en la cuerda de la herencia y en la porción de Jacob; sino Dios de Jacob, es decir, quien en el hombre Jacob fue entendido y visto como Dios, será reconocido como el dominador de los confines de la tierra, de los cuales también debe ser confesado como creador.

12. Dispersión de los judíos, hambre espiritual, alimentos vanos, impenitencia.---Pero mientras tanto, les espera el castigo de su desolación y dispersión. Pues aunque esta dispensación de misericordia se reserve para la consumación de los tiempos por causa de los padres y los elegidos, sin embargo, intercalado un diapsalma, se muestra lo que se ha establecido sobre ellos con repetida significación. Sigue, pues, VERS. 15, 16: Y se convertirán al atardecer, y sufrirán hambre como perros, y rodearán la ciudad. Ellos se dispersarán para comer: pero si no se sacian, murmurarán. Habiendo perdido la ciudad, con el templo desierto, y según los edictos del rey romano, solo rodeando, no entrando en la ciudad, les afectará un hambre no de este pan y alimento, sino de ofrendas, sacrificios, visiones, con los cuales todos se saciarán, ladrando con la imprudencia de perros contra su guardián. Y se dispersarán para comer: porque por diversos lugares imitan la apariencia de aquel sacerdocio legítimo, y del holocausto, y de la circuncisión: cuando estas cosas solo son legítimamente

establecidas dentro de Jerusalén. Pero dispersos para comer no se sacian. Pues no se llenarán sino con solemnidades santas y agradables a Dios y religiosas por la constitución de ese lugar y templo. Pero aún murmurarán: ni siquiera domados por este hambre de sus festividades, para que, según el murmullo con el que provocaron a Dios en el desierto, se arrepientan en la tranquilidad de la penitencia.

13. La gratulación del profeta en Dios. Conviene bien a la resurrección de Cristo.---Pero entre estas cosas, el salmo concluye todas sus esperanzas y gratulaciones, diciendo, VERS. 17, 18: Pero yo cantaré tu poder, exaltaré por la mañana tu misericordia: porque has sido mi protector y mi refugio en el día de mi tribulación. Mi ayudador, a ti cantaré: porque Dios es mi protector, Dios es mi misericordia. Y todo esto puede referirse a la gratulación del profeta; pero tampoco difiere de la confesión del Señor. Pues esta dispersión de ellos siguió a la impiedad de la pasión. Pero lo que en la misericordia de Dios por la mañana, porque se ha hecho su protector y refugio, se exultará; parece que debe referirse al tiempo de la resurrección: porque aunque en todo tiempo debe el profeta cantar la alabanza de Dios, sin embargo, al resucitar de entre los muertos al amanecer, y al regresar a los cielos, la exultación de la gratulación matutina es propia del Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

152 SALMO LIX.

Al final, para aquellos que serán transformados, en la inscripción del título, de David para enseñanza, cuando incendió Mesopotamia y Siria Sobal, y Joab regresó, y golpeó en el valle de la sal a doce mil.

Dios, nos has rechazado y destruido: te has enojado, pero te has compadecido de nosotros. Has sacudido la tierra y la has perturbado: sana sus fracturas, porque se ha estremecido. Has mostrado a tu pueblo cosas duras, nos has hecho beber vino de compunción, has dado a los que te temen una señal, para que huyan de la presencia del arco. DIAPSALMA. Para que sean liberados tus amados, salva con tu diestra y escúchame. Dios ha hablado en su santuario; me alegraré y repartiré Siquem, y mediré el valle de las tiendas. Galaad es mío, y mío es Manasés, y Efraín es la fortaleza de mi cabeza, Judá es mi rey, Moab es la olla de mi esperanza. Extenderé mi calzado sobre Edom, los filisteos me están sometidos. ¿Quién me llevará a la ciudad fortificada? ¿Quién me guiará hasta Edom? ¿No serás tú, Dios, quien nos ha rechazado? Y no saldrás, Dios, con nuestras fuerzas. Danos ayuda contra la tribulación, y vana es la salvación del hombre. En Dios haremos proezas: y Él reducirá a nada a los que nos afligen.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. El salmo no concuerda con la historia. Traducción de Áquila. Setenta.

VERS. 1, 2. En el salmo se han prescrito muchas cosas antes de los hechos, que es necesario presentar antes para la comprensión de lo que se ha realizado: cuando se dice "Al final", "por aquellos que serán transformados"; cuando se incluye la inscripción del título, cuando se comprende la superscripción en la enseñanza de David. Después se añade el tiempo de los hechos: "Incendió Mesopotamia y Siria Sobal: y Joab volvió y golpeó en el valle de la Sal doce mil" (II Reg., VIII). De lo cual el salmo difiere completamente de la historia. Pues cuando Sobal fue golpeado junto con Mesopotamia y Siria, que fue incitada y encendida para la guerra y capturada; esta gran victoria bélica fue seguida por una inmensa alegría de

gratitud. Sin embargo, el salmo es completamente triste y lamentoso; hay dolor por el pueblo rechazado y destruido, hay queja por la tierra conmocionada y perturbada, hay oración por la sanación de su quebrantamiento. Además, lo que se menciona en el valle de la Sal no está ni en la historia, ni en la comprensión de algunos traductores. Pues según Aquila, quien fue traductor de la ley para los judíos después de la pasión del Señor, se escribe así: "Cuando golpeó los valles". Pero él, escribiendo según la letra y permaneciendo fuera de la comprensión espiritual, indicó el lugar de la guerra. Sin embargo, aquella traducción de los setenta ancianos, tanto legítima como espiritual, antes de la pasión del Señor y de los hechos asumidos, a través de las especies de nombres y naturalezas, ahora también, como en todos los salmos, manifiesta la causa y el sentido, mostrando en la conmemoración de los hechos no el argumento del salmo, sino el tiempo; no para que se sepa que fue escrito por lo contenido en los hechos, sino para que se sepa que fue escrito cuando esos hechos ocurrieron.

2. A quiénes y para qué fue escrito el salmo. En qué tiempo fue escrito.---Pero antes de hablar del tiempo de la profecía, ya que es muy útil para la comprensión del salmo saber cuándo fue escrito, tratemos sobre la superscripción, que debe entenderse en relación al fin y a aquellos que serán transformados: es decir, aquellos que, abandonando la impiedad y los vicios, se trasladarán a la religión y la inocencia, y de los pecados de la Sinagoga, se transformarán a la gracia de la Iglesia: como en aquel salmo, que fue escrito primero para aquellos que serán transformados, mostramos cuando se dice: Escucha, hija, y mira, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre; porque el rey ha deseado tu belleza (Sal. XLIV, 11): y de nuevo en el mismo: En lugar de tus padres, nacieron para ti hijos, los constituirás príncipes sobre toda la tierra (Ib., 17). Así que, hecha la transformación de los hijos en lugar de los padres, olvida la casa paterna, para agradar más al rey Dios, cuya muerte se renueva a la vida. Y por eso la inscripción del título para aquellos que serán transformados, se atribuye a la gloria de su muerte, quien murió por todos, testificando la inscripción del título: y testificando para la enseñanza de David, para que todos lo conozcamos como David, quien es el oriente, el justo, el rey y eterno; quien destruyó a las virtudes enemigas y hostiles con su líder, extinguiendo a todos aquellos que solían encender guerras de vicios contra nosotros: no en el valle del llanto, ni en el valle de las tiendas, sino en el valle de la sal; pues eso es lo que más que salinas declara el término griego: ya que de sí mismo no ofrece ya moradas de llanto, ni tiendas lamentables, sino que más bien esta valle de este mundo ofrece sal, a aquellos y a sus semejantes, a quienes se les dijo: Vosotros sois la sal de la tierra (Mat. V, 13), en los cuales principalmente aquel antiguo enemigo que nos incendiaba fue extinguido. Por estos, pues, que al final serán transformados, y bajo el testimonio y la inscripción del título para enseñar a David, este salmo es escrito: no en otro tiempo, que cuando el profeta Natán anunció que el rey del trono eterno sería del linaje de David (II Reg. VII, 12, 13). En ese tiempo, pues, estas cosas que se prescriben en los hechos, se realizaron, en el cual la profecía del rey eterno fue mostrada. Por lo tanto, el salmo debe entenderse para aquellos que serán transformados, para enseñar sobre David el rey eterno, y quienes por los padres perdidos serán ya hijos por la transformación. Así comienza.

3. La ira misericordiosa de los padres hacia los hijos, de Dios hacia los hombres.---VERS. 3-6. Dios, nos has rechazado y nos has destruido: te has enojado con nosotros y te has compadecido de nosotros. Has sacudido la tierra y la has perturbado: sana sus fracturas, porque se ha estremecido. Has mostrado a tu pueblo cosas duras, nos has dado a beber vino de compunción. Has dado a los que te temen una señal, para que huyan de la presencia del arco. Según el sentido común del mundo, la ira y la misericordia no concuerdan: ni en los mismos puede haber ambos afectos, de modo que a la voluntad de venganza se mezcle la voluntad de misericordia. Sin embargo, esto conviene solo a los padres que se enojan

piadosamente, de modo que su ira misericordiosa sea en los pecados de los hijos, según también aquello del bienaventurado Pablo (I Cor. V, 5), cuando así entrega a Satanás para la destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo en el día del Señor, demostrando que la severidad de la venganza presente contribuye a la salvación del espíritu. Por tanto, aquel eterno Padre celestial de todos, que también dijo: Yo mataré y yo sanaré (Deut. XXXII, 39), así rechaza y destruye a los suyos, para compadecerse en su ira. Destruyó, en efecto, el templo de Jerusalén, pero devolvió la ciudad celestial a los santos: los rechazó de las obras de la ley, pero otorgó la justificación de la fe justificando al impío por la fe: disolvió el reino terrenal, pero constituyó reyes en los cielos. Así, la ira fue seguida por la misericordia, mientras que al daño de los bienes terrenales presentes, se compensa con la inmensa retribución de los bienes eternos.

4. Las palabras del salmo se refieren a todo el género humano. El arco, preparación de la pena, es un signo de los cristianos. El cáliz de la ira, el cáliz de la vida.---Y estas cosas no están más adaptadas a Israel que a la totalidad del género humano: porque de uno salió para todos la sentencia de muerte y el trabajo de la vida (Rom. V, 18), cuando se dijo: Maldita será la tierra por tus obras (Gen. III, 17); pero ahora, por uno, en todos abundó el don de la vida y la gracia de la justificación (Rom. V, 18): para que aquellos cuya tierra fue maldita, ahora sus cuerpos sean conformes a Dios; y lo que fue sacudido por el miedo, turbado por la ignorancia, y desgastado por el trabajo, y herido por el mismo vino que alegra, ahora, con la segura virtud de la significación recibida, huya del poder de la ira futura. En el arco, como hemos tratado frecuentemente, se muestra el terror de la ira preparada para castigar a los impíos (V. Tract. ps. LVII, n. 4; psal. VII, 12, etc.), según aquello: ¿Se enojará cada día? Tensó su arco, y preparó en él los instrumentos de muerte, sus flechas ha hecho para los que arden. Por lo tanto, dio una señal a los que temen, ya sea de la señal en las frentes, o de la fe en los corazones, o del testimonio en las obras, o de la gloria en las confesiones, o de la victoria en los martirios: para que se huya de la cara del arco y de la ira, como se dijo: Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? (Matth. III, 7). Esta es la voz del género humano que se regocija, después del reino de la muerte, después de los terrores del diablo, después de las cargas de los pecados y de los trabajos, después del dolor de la alegría infeliz; porque cuando se entienden los placeres de los vicios, hieren. Porque en el vino, según el Apóstol (Ephes. V, 18), hay disolución. Y así como el vino alegra el corazón del hombre, también hay un vino que hiere el corazón del hombre. Pues hay un cáliz de ira, así como hay un cáliz de vida.

5. Después de esto, y después de este vino de compunción, concedido el significado de huir del arco y de la ira, la totalidad de los fieles exulta con esperanzas eternas. Pues esto lo declara enseguida con la intervención del diapsalma, VERS. 7: Para que sean liberados tus amados, salva con tu diestra, y escúchame. La diestra del Señor ha hecho proezas (Sal. CXVII, 16), y a la diestra de Dios la virtud de Dios, exaltada consigo, se sentó con la carne de nuestra humildad. Dado, por tanto, el significado de huir de la presencia del arco, los amados son liberados y son salvados por la diestra de Dios. Y de qué presencia del arco son liberados y salvados, el Apóstol enseñó, diciendo: Él nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo amado (Colosenses I, 13). Por lo tanto, los amados han de ser liberados y salvados por la diestra de Dios.

6. Santo Cristo. Samaria dividida por la fe, será dividida por el juicio.---Pero para comprender esta salvación en la firmeza de la fe, es necesario conocer la profecía. Sigue, pues, VERS. 8-10: Dios ha hablado en su santuario: Me alegraré y repartiré Siquem, y mediré el valle de las tiendas. Mío es Galaad, y mío es Manasés, y Efraín es la fortaleza de mi

cabeza, Judá es mi rey. Moab es la olla de mi esperanza. Extenderé mi calzado sobre Idumea: los filisteos me están sometidos. Dios ha hablado en su santo, en aquel a quien incluso los demonios claman: Sabemos que tú eres el santo de Dios (Luc. IV, 34); y de quien el ángel anuncia: Y lo que nacerá de ti santo, será llamado hijo de Dios (Luc. I, 35). En este santo, pues, ha hablado, cuando dice (Juan XIV, 10): El Padre que habita en mí, él hace sus obras. Habló entonces Dios en su santo, al principio del discurso se exalta. Se exaltará como un gigante para correr el camino (Salmo XVIII, 6); y se exaltará al repartir Siquem. Siquem es Samaria, que es lo mismo que Siquem, la cual Jacob asignó a su hijo José bajo la bendición del espíritu (Juan IV, 5). Esta, aunque permaneció en impiedad durante todos los tiempos de la ley, recibió en parte el Evangelio del Señor. Pues aún hoy, parte de ella está retenida por estudios irreligiosos de la antigua devoción. Allí se adoraron vacas, allí se eligió un monte dejando el santuario, allí se levantó un reino contra Judá. Pero el Señor, al llegar primero allí (Juan IV), incluso con la samaritana creyendo y pidiendo el agua viva, introdujo la fe: pronto también, al predicar los apóstoles, se hicieron partícipes del Espíritu Santo (Hechos VIII, 5). Siquem, por tanto, fue repartida, cuando los fieles se separan de los infieles. Y es una división cierta del juicio futuro, como está escrito: Vendrá el Señor de aquel siervo en el día que no espera, y a la hora que no sabe: y lo dividirá, y pondrá su parte con los hipócritas (Luc. XII, 46). Así, Samaria está dividida, ya sea por juicio o por fe, según aquello: No he venido a traer paz a la tierra, sino división (Mat. X, 34).

7. Dimensión de los mortales.---No solo hablando en el santo Dios dividió Siquem, sino que también midió el valle de las tiendas: en efecto, esta es la morada sumergida y humilde de la humanidad, que en otro lugar, debido a las enfermedades de la vida y a los lamentos de las calamidades, recuerda como el valle del llanto, diciendo: Depositaron en el valle del llanto (Salmo 83, 7). Por lo tanto, lo midió, porque se espera la plenitud de las naciones. Y donde habrá un límite para los creyentes, allí está el examen de la dimensión; una parte para los que serán congregados dentro de la Iglesia, y otra parte para los que residen en ese mismo valle.

8. Galaad y Manasés.---Cualquiera que mida algo, es necesario que mida lo que es suyo. Pues suyo es Galaad, y suyo es Manasés. Este monte pertenece a los fenicios, contiguo a Arabia y Mesopotamia, asignado en parte a la posesión de Manasés: y por eso es suyo Manasés, bajo el nombre de Manasés demostrando la plenitud de la tierra, así como bajo Galaad demostrando que todo su mundo le pertenece. Pero en la usurpación de estos no se ha mostrado nada más allá del derecho de propiedad.

9. Efrén como figura de la Iglesia.---Efrén, sin embargo, es la asunción de su cabeza, y Judá es su rey. Esto lo dice el santo hablando en sí mismo con Dios, quien también bendijo a Efrén con la conversión de manos de Jacob en santificación, y mostró al rey de Judá, quien sería la esperanza de las naciones (Gén. XLVIII, 13). Por lo tanto, la asunción es de Efrén, no de Manasés, aunque ambos sean hijos de José. Pero cuando en la cabeza se contiene el significado tanto de la cabeza como del cuerpo, según aquello: "Del torrente en el camino beberá, por eso levantará la cabeza" (Sal. CIX, 7); y todo santo es cabeza del cuerpo de Cristo: por eso la asunción de su cabeza es Efrén, porque, en contra del orden de las generaciones, para preferir la santificación de la Iglesia en el exaltado Efrén y el postergado Manasés, el menor fue antepuesto al mayor. Así, la asunción de su cabeza es Efrén, es decir, el pueblo que prefiguró en Efrén: o más bien, la Iglesia es asumida en el cuerpo.

10. Cristo nacerá de Judá. — Judá también es mi rey, es decir, dispuesto y elegido por él mismo. No es que David sea rey de Judá (ya que él mismo es el primer rey de Judá), ni que sea rey para quien habla en su santo Dios; sino que se entiende que este santo, en quien Dios

habla, es quien debe ser comprendido, quien también llenó con el espíritu de Jacob para la profecía de este rey eterno, cuando dijo: No faltará príncipe de Judá, ni jefe de sus lomos (Gén. XLIX, 10), hasta que venga aquel a quien está reservado: y él es la esperanza de las naciones.

11. Cristo nacerá de pecadores. Olla espiritual.---Y puesto que no solo de esta generación de santos, sino también del origen de pecadores, debía este Santo de Dios asumir la carne; porque Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado (Rom. VIII, 3): por eso también Moab es la olla de su esperanza. Y esta Moab, según la sentencia que está en el Génesis, recibió el oprobio de la maldición divina. Pero después de diez generaciones, a través de grados de sucesión, se hace digna de un linaje santo (Deut. XXIII, 3): Y este Santo, tomando origen de Judá y de Moab, cocida como a través de una olla la crudeza de la carne, se significa en la apariencia de alimento eterno, cuando su carne es verdaderamente comida de vida (Juan VI, 56). Hay también una olla según Jeremías que quema los pecados y los quita (Jer. I, 13): así como el mismo Señor vino a traer fuego sobre la tierra (Luc. XII, 49): y muchos, según el Apóstol, serán salvos como por fuego (I Cor. III, 15): cuando, purificados y quemados los vicios, sean juzgados probables como plata refinada. De aquí, pues, Moab es la olla de su esperanza, en la cual también de Moab (se sobreentiende carne), cruda y ciertamente viciosa, ya está en esperanza aquella celestial santificación de la carne para alimento de vida.

12. Evangelio para impregnar a todo el género humano.---Incluso dice que extenderá su calzado hasta Idumea, es decir, hasta la defección de Esaú; porque Idumea es la sede de Esaú, y dirige los pasos de la predicación apostólica. En efecto, hermosos son los pies de los que anuncian el evangelio (Rom. X, 15): y en el calzado se muestran los pies, y en los pies, los pasos. No solo extiende el curso de la predicación a Idumea, sino que también los alófilos están sometidos; según aquello: Escucha la oración, a ti vendrá toda carne (Sal. LXIV, 3): porque es digno de Dios que todas las naciones le estén sujetas, y que la totalidad de la carne sea instruida en la confesión de esta eterna misericordia.

13. Primero los judíos fueron abandonados, luego serán recibidos. Sin la ayuda de Dios, no hay fuerza.---Pero al conocer a aquellos que serán transformados según la inscripción del título, y al aceptar la doctrina de aquel que es David eterno, el profeta se apresura a entrar en aquella ciudad eterna de los primogénitos en los cielos, Jerusalén, y de los santos que rodean a Dios (Hebr. XII, 23), esperando al guía que lo conduzca allí. Pues sigue, VERS. 11, 12: ¿Quién me conducirá a la ciudad de la circunferencia? ¿Quién me llevará hasta Idumea? ¿No eres tú, Dios, quien nos ha rechazado, y no saldrás con nuestras fuerzas? Esaú es la defección: y Edom, según el Génesis, es deficiente (Gen. XXV, 30): y según el Apóstol (Rom. XI, 25), lo que queda de Israel será salvado. Por lo tanto, deseando el profeta ser conducido a la ciudad de la circunferencia, sabe que primero llegará hasta Idumea, es decir, a esa defección del pueblo anterior, en la cual el mayor servirá al menor (Gen. XXV, 23). Y la última predicación convertirá el corazón de los padres hacia los hijos (Luc. I, 17), cuando viniendo desde Sion quite los pecados e impiedades de Jacob. Pero este mismo conducirá, quien antes destruyó y rechazó por la impiedad: porque, al ser capturada Jerusalén y abandonado el reino, dejó a los indignos y despreciados, acostumbrado antes a confortarlos con ayudas espirituales y a protegerlos con la milicia celestial contra las guerras de los enemigos. Ahora, sin embargo, al ser abandonados por la custodia del Espíritu Santo, no hay en sus fuerzas, es decir, en sus ejércitos, ayuda de la defensa divina. Y por eso, porque destruyó, no saldrá con sus fuerzas.

14. Nuestra salvación depende de Dios. Sin embargo, el profeta no calló sobre la esperanza depositada, ya que salvará al resto de Israel, diciendo con misericordia, VERS. 13, 14: Danos ayuda en la tribulación, y vana es la salvación del hombre. En Dios haremos proezas, y Él reducirá a nada a los que nos afligen: Sabe que es vana la salvación que se espera de los hombres, porque incluso en esta vida sin la misericordia de Dios no hay utilidad alguna, según aquello: Mejor es tu misericordia que la vida (Salmo LXII, 4): porque si la vida no se asume para el progreso de la eternidad, será más bien el origen de miserias en nosotros, no de vida. Por lo tanto, la ayuda de Dios en las tribulaciones prevalece, porque la salvación de los hombres es vana. Por eso pide ayuda en la tribulación, para realizar proezas en Dios con la ayuda concedida: ya que todos liberados de la ley del pecado (Rom. VI, 22), permanecemos más bien en la justificación de Dios: ya que la lucha no es contra carne y sangre, sino contra las maldades espirituales (Efes. VI, 12) y los poderosos del mundo, con Satanás siendo destruido por el mismo espíritu de la boca de Dios; ya que el pecado que nos afligía no reina ya en nuestro cuerpo inmortal (Rom. VI, 12), cuando la muerte es absorbida por la vida en la contienda de la victoria, por nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos (I Cor. XV, 53). Amén.

SALMO 60.

Al final, himno de David.

Escucha, Señor, mi súplica, atiende mi oración. Desde los confines de la tierra clamé a ti, cuando mi corazón estaba angustiado. En la roca me has exaltado. Me has guiado, porque te has convertido en mi esperanza, torre de fortaleza ante el enemigo. Habitaré en tu tabernáculo por los siglos. DIAPSALMA. Seré protegido bajo el velo de tus alas, porque tú, Dios, has escuchado mi oración, has dado herencia a los que temen tu nombre. Añadirás días sobre los días del rey: sus años hasta los días de generación y generación. Permanece para siempre ante la presencia de Dios: ¿quién buscará su misericordia y su verdad? Así cantaré a tu nombre, Dios, por los siglos de los siglos, para cumplir mis votos día tras día.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. El salmo es de la eterna esperanza del que se regocija.---VERS. 1: El salmo es sencillo, conteniendo una profecía de eterna gratitud. Pues ni las hazañas, ni los sobrenombres de alguna significación comprende la suscripción: es simplemente un himno para el final: para que lo que fue cantado por el Profeta, se sepa que debe ser explicado al final, ya sea del salmo o de los tiempos. Sin embargo, es la oración del justo que espera eternamente, regocijándose en Cristo al ser elevado en los cielos. Comienza así.

2. La confianza del justo. De ahí proviene que en la carne sea un peregrino de la carne. (Ver Tr. ps. LXIV, n. 10.)---VERS. 2-3. Escucha, Dios, mi oración, atiende a mi súplica. Desde los confines de la tierra clamé a ti, mientras mi corazón se angustiaba. Este santo solicita que su súplica sea escuchada, y tiene tal confianza que desea que se preste atención a su oración, para ver si es inocente, casta y fiel, y si proviene del profundo temor de la conciencia y del corazón, porque según Pablo (Rom. X, 10), se debe creer con el corazón y confesar con la boca para la salvación. La súplica de que se atienda la oración surge de que, mientras su corazón está angustiado, ha clamado desde los confines de la tierra. No habitaba aquí en los extremos de las soledades ni en las cercanías del Océano, quien clamaba con corazón angustiado desde los confines de la tierra. Pero sabiendo que, aunque vive en la carne, que es tierra, ya habita en el fin de la carne, mientras según el Apóstol, habitando en el cuerpo,

peregrina fuera del cuerpo (II Cor. V, 8), mientras vive ya no vive para sí mismo; ni él vive, sino que Cristo vive en él (Gal. II, 20): gimiendo, sin embargo (II Cor. V, 4) en esta su morada, apresurándose a ser revestido, y por eso clama con corazón angustiado desde los confines de la tierra, porque tiene la necesidad de vivir en la carne y mantiene la esperanza de cesar de los vicios de la carne, diciendo:

3. Cristo, esperanza y fortaleza de él.---VERS. 4-5: En la roca me has exaltado. Me has sacado; porque te has hecho mi esperanza, torre de fortaleza ante el enemigo. Habitaré en tu tabernáculo por los siglos. De aquí, pues, ya el santo clama desde los confines de la tierra porque ha sido exaltado en la roca. La roca, según el Apóstol (I Cor. X, 4), es Cristo, a quien Dios exaltó y le dio un nombre que es sobre todo nombre (Filip. II, 9). En quien también nos eligió antes de la constitución del mundo en los celestiales (Efes. I, 4). Pues por él hemos sido llevados a la esperanza de la eternidad, y en esta esperanza no nos confundimos; porque ante el enemigo esta misma esperanza se nos ha hecho torre de fortaleza. Pues aunque en los muros haya una defensa fuerte y firme, la firmeza de esos mismos muros está toda en las torres. Y por eso Dios se ha hecho torre de fortaleza exaltándonos en la roca, porque por esta esperanza soportamos la fuerza del diablo y sus insidias, protegidos con la defensa de la fe más segura contra él y sus maldades espirituales: ya que habitaríamos en el tabernáculo de Dios por los siglos, sin ningún modo de edad, permaneciendo en los siglos y tiempos que fluyen eternamente.

4. La protección es la misericordia de Dios. Esta se merece por la oración.---Pero porque estas cosas, aunque ya están prometidas con esperanza a los santos, sin embargo, aún se difieren bajo la dispensación de los tiempos; qué protección lo hace seguro mientras tanto, lo demuestra con un diapsalma interpuesto, diciendo, VERS. 6: Seré protegido bajo el velo de tus alas porque tú, Dios, has escuchado mi oración. El sermón divino significa la protección de la misericordia de Dios bajo el velo de las alas: sobre lo cual, dado que se ha tratado en los salmos anteriores, ahora sería superfluo y ocioso el discurso. Pero el mérito de la protección se concede por la fe de la oración, según aquello: Pedid y se os dará (Mat. VII,7).

5. Herencia de los santos. Cristo, futuro rey de reyes, después de la resurrección común. — Además, mostró a qué esperanza debía ser protegido bajo las alas de Dios, diciendo: Has dado herencia a los que temen tu nombre. VERS. 7, 8. Añadirás días sobre los días del rey, sus años hasta los días de generación y generación. Permanece para siempre en la presencia de Dios. Esta es la herencia de los santos: vida, incorrupción, reino y habitación coeterna con Dios. Esta herencia no está escrita solo para Israel, sino para los que temen el nombre de Dios. Porque los días del rey son eternos, ya sea porque los santos, que no serán esclavos del pecado, son reyes (V. Tract. ps. II, n. 42), según aquello del Apóstol: Ya sin nosotros reináis, y ojalá reinaseis, para que también nosotros reinásemos con vosotros (I Cor. IV, 8); ya sea porque este mismo rey es también Profeta, o porque en el reino eterno debe reinar sentado a la derecha, hasta que ponga a sus enemigos bajo sus pies, no para que él mismo no sea rey entonces, sino cuando entregue el reino a Dios Padre, reinará con aquellos que son reyes. Por lo cual me parece que ahora se ha mantenido esta razón, para que hasta los días de generación y generación se añadan sobre los días de los años de él; pero en la presencia de Dios permanezca para siempre; para que ese tiempo, en el que debe reinar hasta que ponga a sus enemigos bajo sus pies, esté comprendido de generación en generación, porque a esta generación de nacimiento espiritual sigue la generación de los muertos; pero la excepción de su eternidad, mientras está para siempre en la presencia de Dios, se proclama. Él mismo es el primogénito de entre los muertos (Colosenses I, 18). Pero el Señor recuerda así esta regeneración a los apóstoles: En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, en la

regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos juzgando a las doce tribus de Israel (Mateo XIX, 28). Por lo tanto, muestra el tiempo de esta generación, y hasta entonces se aumentan sobre los días de los años del rey. Sin embargo, él mismo permanecerá eterno en la presencia de Dios, ya habiendo asumido a todos los que redimió en reyes de los cielos y coherederos de la eternidad, entregándoles el reino a Dios Padre.

6. A los bienaventurados nada les falta por desear.---Y porque han sido hechos partícipes, incorporados y conformes a Él, ya en ellos no domina ni la corrupción ni la muerte, pues están llenos de toda la plenitud de Dios; el espíritu de profecía ha dicho: ¿Quién buscará su misericordia y su verdad entre ellos? Estas generaciones no carecerán ya de su misericordia y verdad, aquellas que Él regenerará de entre los muertos para la vida, y que habrán permanecido en la esperanza de la gloria de Dios: entonces, cuando sean entregadas al reino de Dios Padre y recibidas como reyes, habiendo sido consumada en todos su misericordia y verdad, por aquel a quien se alegran de haber sido redimidos para la vida, y haya acceso para todos al Padre. Después de esto, no se requerirá nada de misericordia y verdad del Señor, ya que estarán llenos de la plenitud de Dios. Similar a esto es lo que el profeta dijo, lo que el Señor habló a los Apóstoles (Juan XVI, 22): Ahora, en verdad, tenéis tristeza; pero os veré de nuevo, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo. En aquel día no me preguntaréis nada, porque ya nadie les quitará el gozo.

7. Obra de los bienaventurados.---En esta esperanza de eternidad se confirma el Profeta, diciendo, VERS. 9: Así cantaré salmos a tu nombre por los siglos de los siglos, para cumplir mis votos día tras día. Cantará salmos por los siglos de los siglos, y cumplirá sus votos día tras día, sin estar limitado por el fin de los tiempos, devolviendo con himnos eternos las alegrías de los votos eternos: cuando, superada toda debilidad de los cuerpos terrenales, lleve una vida celestial y de los Ángeles, cumpliendo sus votos día tras día; según aquello: Cumpliré mis votos al Señor en los atrios de la casa del Señor, en presencia de todo su pueblo, en medio de ti, Jerusalén (Salmo 115, 18, 19), ciertamente de la madre celestial y libre por Dios y nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LXI.

Al director, según Idithun. Salmo de David.

¿No estará mi alma sometida a Dios? Pues de Él viene mi salvación. En verdad, Él es mi Dios y mi salvador, mi ayudador: no seré movido más. ¿Hasta cuándo arremeteréis contra un hombre? ¿Lo mataréis todos como a una pared inclinada y a un muro empujado? Sin embargo, han pensado en rechazar mi honor; corrí en la sed: con su boca bendecían, y con su corazón maldecían. Sin embargo, mi alma estará sometida a Dios: porque de Él viene mi paciencia. Porque Él es mi Dios y mi salvador, mi ayudador, no emigraré. En Dios está mi salvación y mi gloria, Dios es mi auxilio: mi esperanza está en Dios. Esperad en Él, toda la asamblea del pueblo, derramad ante Él vuestros corazones; porque Dios es nuestro ayudador. DIAPSALMA. Sin embargo, vanos son los hijos de los hombres, mentirosos los hijos de los hombres en las balanzas: para que engañen ellos mismos de la vanidad en lo mismo. No esperéis en la iniquidad, y no codiciéis el robo. Si las riquezas abundan, no pongáis el corazón en ellas. Una vez habló Dios: dos cosas he oído, que el poder es de Dios, y tuya, Señor, es la misericordia; porque tú recompensarás a cada uno según sus obras.

Tractatus del Salmo.

1. Propósito de la profecía. Lo que enseña este salmo.---El discurso profético no se escribe sino para algún provecho de los oyentes, ya sea para enseñar conocimiento o para confirmar la inocencia de la voluntad: como este salmo. VERS. 1. Cantado por David para Idithum, en el cual se instruye en el temor de Dios, en la constante tolerancia de las iniquidades humanas o espirituales, y se fortalece el desprecio de las riquezas, porque la avaricia es la raíz de todos los males. En esto, el estado de la vida bienaventurada y eterna es seguro, si hay piedad hacia Dios, paciencia en las adversidades y desprecio de la opulencia. Por lo tanto, el salmo comienza con la confesión a Dios.

2. La teología de los gentiles es oscura y errante. Cuánta luz resplandece de los libros sagrados. Por la fe se obtiene la paz del alma.---VERS. 2, 3. ¿No estará mi alma sometida a Dios? Porque de Él viene mi salvación. Él es mi Dios, mi salvador, mi protector; no seré movido más. La confesión de Dios, con el afecto común de los hombres, es iniciada por el profeta de tal manera que, después de una larga noche de ignorancia, tras la ambigua incertidumbre de las opiniones humanas y la doctrina incierta, después de la variada opinión de diversas religiones, cuando se ha errado y buscado durante mucho tiempo sobre Dios, si es uno o varios, y si el sexo es único o doble, y si el poder es igual o desigual, y si la edad es uniforme o variada, y si la naturaleza es innata de todos o de algunos generada en algún momento: luego, cuando algunos han luchado con gran edad y largo esfuerzo, ya sea que no haya ninguno en absoluto, o que estén ausentes del cuidado de la vida humana: ahora, cuando muchos han tratado si el sol y las estrellas son dioses, o si el mundo mismo, permaneciendo en la apariencia de eternidad y de estos cambios con todo lo que de sí mismo produce, es Dios: ahora bien, como muchos han otorgado el nombre y honor divino al fuego, al agua o al espíritu: otros también han adorado maderas, piedras, metales bajo la apariencia de hombres, aves, bestias: finalmente, cuando ya cansados y desilusionados de todos los estudios, muchos de ellos, especialmente los prudentes (Sócrates, según Cicerón, l. IV Acad. quaest.), han enseñado que solo saben esto, es decir, que el hombre no sabe nada de esto: entonces, después de esta ignorancia de confesión casi necesaria, cualquiera prudente se ha vuelto hacia los profetas y apóstoles, ha recibido toda la ley de Dios bajo el sacramento de la disposición eterna, en la cual ha tratado la razón del alma llevada a este cuerpo y unida, en la cual ha recibido la división de las naciones según el número de los ángeles, en la cual ha oído que hay un príncipe del mundo, y la elección de una sola nación, en la cual no ha ignorado al autor de la muerte humana, y ha sentido y gemido que la ley del pecado habita en su carne oponiéndose a la ley de su mente; después de haber conocido que el Espíritu de Dios, el Poder de Dios, la Sabiduría de Dios, el Hijo de Dios, y el unigénito Dios ha nacido como hombre para la remisión del pecado y la condenación de la ley del pecado, quien, habiendo experimentado la suerte de las pasiones humanas, ha muerto para condenar en sí mismo los impíos intentos de las maldades celestiales, para traer la eternidad a todos los que moríamos por la ley del pecado que habita en nuestra carne; y entonces, habiendo recibido este sacramento de piedad, después de la noche de ignorancia, colocado en la luz del conocimiento, así dice: ¿No estará mi alma sometida a Dios? Porque de Él viene mi salvación. Porque Él es mi Dios, mi salvador, mi protector: no seré movido más. Habiendo encontrado así la sede de la fe después de los errores vagos y la sentencia de impiedad, porque ha conocido a su protector y salvador, no se mueve más. ¿Qué queda, pues, para la ignorancia y la ansiedad de los hombres, cuando se proclama la eternidad del alma y del cuerpo, es decir, de todo el hombre, cuando la asunción y aceptación de nuestra carne terrena por Dios bajo el sacramento de esta gran piedad ha sido mostrada, cuando la remisión de los pecados ha sido otorgada condenando la ley del pecado, cuando nuestro hombre ha sido sentado a la derecha de Dios en los cielos?

3. Negadores de la encarnación de Dios. Qué perniciosas son sus disputas.---Pero las aspiraciones de felicidad humana son debilitadas por los estudios impíos de los gentiles, que niegan al hombre el progreso hacia Dios con la vanidad de la prudencia secular, y le quitan a Dios la asociación con el cuerpo asumido, actuando como árbitros y moderadores del poder divino: como si fuera más difícil para Dios haber asumido la humanidad que haberla formado con tanta razón de su naturaleza y vida. Por lo tanto, el profeta reprende inmediatamente esta impía objeción de ellos, diciendo, VERS. 4: ¿Hasta cuándo arremetéis contra el hombre? ¿Lo matáis todos, como a un muro inclinado y a una pared empujada? Pues estas disputas ignorantes e impías empujan al hombre, inclinado ya hacia los vicios, y lo hunden cuando ya está tambaleante y cayendo, destruyéndolo con consejos de exhortaciones engañosas y nocivas: como si la voluntad, que ya de por sí es una pequeña conciliadora de vicios, fuera incitada aún más por la desesperación del juicio eterno y la retribución, solo para el uso de lo presente y corporal.

4. David tiene sed de justicia. No da lugar a la difamación. — Pero no ignora que este muro de su cuerpo, que antes había sido perforado por la lujuria, la embriaguez, la avaricia y la ira, ahora está construido en él como una casa de Dios con piedras vivas, y recuerda que fue creado a imagen de Dios: y seguro de que se está preparando para ser conforme a la gloria de Dios, añadió, VERS. 5: Sin embargo, pensaron en rechazar mi honor, corrí en la sed. Mientras ellos pensaban en quitarle su honor, él corrió en la sed. Porque hay una sed de los bienes eternos y un hambre espiritual en los santos, de la cual se ha dicho: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (Mat. V, 6). Así que, sediento de la carrera de su justicia, mantuvo toda su vida íntegra, incluso conservándola de la difamación de los que se le oponían. Pues también aprendió de su Señor que todas sus obras deben ser alabadas incluso por el juicio del testimonio gentil, cuando se dice: Así brillen vuestras obras delante de los hombres, para que glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Ibid., XVI). Así también Pablo (I Cor. X, 33) agradando en todo a todos, no es escándalo ni para judíos, ni para griegos, ni para la Iglesia; para que el adversario no tenga de qué hablar mal de él, aunque aquel retenga el afán y la voluntad de difamar, él se mostraba libre de toda ocasión de difamación; lo cual también reconocemos en este santo que corre en la sed. Pues sigue: Con su boca bendecían, y con su corazón maldecían: mientras que, conservando su honor con la confesión de una vida ejemplar, bendecían, y con la malicia del odio interior, maldecían.

5. Mientras tanto, cultiva la paciencia.---Pero aquello que le es más saludable, este santo lo duplica con un diapsalma intermedio, demostrando que debe haber en nosotros una perseverancia incansable en la confesión. Pues sigue, VERS. 6-10: Sin embargo, mi alma está sujeta a Dios, porque de Él es mi paciencia. Porque Él es mi Dios y mi salvador, mi ayudador, no emigraré. En Dios está mi salvación y mi gloria, Dios es mi auxilio, y mi esperanza está en mi Dios. Que empujen estos un muro inclinado, y una pared ya sacudida, y aunque bendigan con la boca, maldigan en el corazón: sin embargo, sabe que su alma debe estar sujeta a Dios porque de Él es su paciencia. Pues ha aprendido de Él a no apartar el rostro de los escupitajos, ni a retirar las mejillas de las bofetadas, ni a rechazar el vinagre mezclado con hiel, ni a maldecir después de los golpes y los azotes. Porque Él es su Dios y salvador, Él también es su ayudador, para que no se mueva de la perseverancia de esta paciencia y de la confianza en su esperanza. En Él está su salvación y su gloria y su esperanza, quien lo ha de devolver a sí mismo, conformado a su gloria celestial.

6. Excita a otros a la efusión del corazón. Qué es eso.---Y porque él mismo es también para los demás, como profeta, predicador de esta esperanza; añadió: Esperad en él, toda la

asamblea del pueblo, y derramad ante él vuestros corazones; porque Dios es nuestro ayudador. Nada oculto, nada cerrado, nada atado debe retenerse en el corazón bajo la confesión a Dios. Todo afecto debe ser derramado ante él: para que no haya confianza en nosotros mismos, sino que seamos ayudados por aquel ante quien nos derramamos como por el pecado. Nuestros corazones deben ser derramados ante él con lágrimas y llantos; según aquello: Mis lágrimas fueron mi pan de día y de noche, mientras me dicen continuamente: ¿Dónde está tu Dios? esto recordé, y derramé mi alma en mí, (Sal. XLI, 4); demostrando que la efusión del alma está en la profusión de lágrimas, porque por ellas debe ser suplicado, él que es el único fiel ayudador.

169 7. Entre los vanos nada aprovecha. Vanos mentirosos.---Pero el profeta, cumpliendo con su deber, sabe que su advertencia tiene poco peso entre los impíos: pues inmediatamente, interponiendo un diapsalma, añadió, VERS. 10: Sin embargo, vanos son los hijos de los hombres, mentirosos son los hijos de los hombres en las balanzas; para que engañen ellos mismos de la vanidad en lo mismo. Vanos los hombres porque o bien ellos mismos esperan en vano, o es vano esperar en ellos, también mentirosos; porque en el sentido de su impiedad o se engañan, o engañan: y en eso son mentirosos, para que engañen en las balanzas, realizando injusticias bajo el nombre de justicia. Pues donde prometen un juicio de prudencia moderada, allí ejercen afanes de impiedad desmedida: implicándose en el error que profesaron alejar de los demás. Y por eso ellos mismos de la vanidad en lo mismo, cayendo en aquello de lo que se jactan de excederse.

8. La codicia de las riquezas debe ser cortada.---Pero la raíz principal de la iniquidad está en la codicia del dinero: quien la desea, se hunde en el naufragio de una tempestad gravísima. Pues sigue, VERS 11: No esperéis en la iniquidad, y no codiciéis el robo. Si las riquezas fluyen, no pongáis el corazón en ellas. Porque en estas hay grandes seducciones de su deseo y amor: capturan las mentes y atrapan los espíritus vacilantes. Por lo tanto, no solo no deben codiciarse sus robos, sino que nuestra voluntad debe apartarse de ellas, incluso si se ofrecen y fluyen; para que no dominen las deseadas y codiciadas. Pues estos bienes no son eternos con nuestras esperanzas, ni descienden con nosotros al infierno, ni resucitan con nosotros del infierno. La fe, la piedad, la continencia, la benignidad deben ser buscadas: y sobre todo, el conocimiento de Dios debe ser perseguido. Por lo demás, estas cosas vanas, y por su naturaleza engañosas hacia toda necesidad de iniquidades, deben ser evitadas.

9. Padre e hijo un solo Dios. El poder de ambos es uno.---Y lo que más debería ser deseado para la esperanza de la eternidad, el profeta añadió, diciendo, VERS. 12, 13: Una vez habló Dios, dos cosas he oído, que el poder es de Dios, y tuya, Señor, es la misericordia, porque tú recompensarás a cada uno según sus obras. Una vez hablando Dios, dos cosas escuchó: y es necesario que estén conectadas entre sí, las cuales son conocidas bajo el significado de una sola palabra. Al principio del salmo, había dirigido una confesión profética a Dios, diciendo: ¿No estará mi alma sometida a Dios? porque de él viene mi salvación. Por lo tanto, debía ser absolutamente rechazado el furor de la impiedad judía: para que se enseñara que en Dios Padre se significara también al Hijo, de modo que ahora en uno también se muestra al otro. Pues testificó que su fe era someter su alma a Dios; porque de él era su salvación. Y se ha tratado a menudo que Jesús es el Salvador. Pero una vez hablando Dios, dos cosas fueron entendidas y escuchadas: como aquello: Padre, he manifestado tu nombre a los hombres (Juan XVII, 6), en el Padre significó también al Hijo, así como ahora una vez hablando el Señor Dios, escuchó estas dos cosas: Porque el poder es de Dios, y tuya, Señor, es la misericordia, porque tú recompensarás a cada uno según sus obras. Pablo conoció en uno a ambos, es decir, no confesar a uno sin el otro, diciendo: Un solo Dios hay, y un solo Señor (I

Cor. VIII, 6), porque en Dios se significa al Señor, y Dios se significa en el Señor. Por lo tanto, una vez hablando Dios, se escuchan estas dos cosas: Porque el poder es de Dios, y tuya, Señor, es la misericordia. Porque de él es su Salvación; y el Hijo recibió todo del Padre: y por eso en él el poder de Dios es recibido o nacido. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo dio al Hijo (Juan V, 22). Por lo tanto, es el retribuidor de cada uno aquel que es juez. Pero su poder es de aquel de quien el unigénito Dios nació como juez; y su poder es de Dios, quien recibió el juicio del Padre: y así, ni carece de poder quien es juez, ni de misericordia quien es Dios. Ciertamente es necesario que el reo del juicio eterno permanezca en uno sin confesar a ambos, aunque no se deba entender que es uno quien es ambos, diciendo: El Padre en mí, y yo en el Padre (Juan X, 38), nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 62.

Salmo de David, cuando estaba en el desierto de Idumea.

Dios, Dios mío, te busco de madrugada: mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela. En tierra desierta, inhóspita y sin agua, así en el santuario te he contemplado, para ver tu poder y tu gloria. Porque tu misericordia es mejor que la vida, mis labios te alabarán. Así te bendeciré mientras viva: en tu nombre alzaré mis manos. Mi alma se saciará como de manjares exquisitos; y con labios jubilosos alabará tu nombre. Cuando me acuerde de ti en mi lecho, en las vigilias de la noche meditaré en ti, porque has sido mi auxilio. Y a la sombra de tus alas me regocijaré: mi alma se aferra a ti, tu diestra me sostiene. Pero los que buscan mi vida para destruirla, descenderán a las profundidades de la tierra, serán entregados al poder de la espada, serán presa de los chacales. Pero el rey se alegrará en Dios; será alabado todo el que jura por él, porque se ha cerrado la boca de los que hablan con maldad.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. David, tipo de Cristo, en el desierto dedicado a las cosas divinas.---VERS. 1. Se relata en el libro de los Reyes que David habitó en el desierto (I Reg. XXII, 5): para que, al prefigurar las pasiones del Señor, incluso entonces las profetizara mientras habitaba el desierto, al igual que el unigénito de Dios también moraría en el desierto. Pero, como corresponde a un hombre santo y digno de tan gran profeta, al apartarse de los odios de los impíos y entregarse a la soledad, se ocupa de los más grandes misterios celestiales, y alejado de toda compañía humana de impiedad o ignorancia, dirige su mente hacia aquello por lo que se adquiere el conocimiento y el mérito de la eternidad. No ocupado, no impedido por las preocupaciones de las cosas comunes y del mundo, sino en aquel tranquilo y sereno retiro de su soledad, donde nada de ofensa se presentaba a sus ojos y mente, se dedica únicamente a los estudios divinos. Y veamos de dónde ha comenzado el discurso del salmo.

2. VERS. 2. Dios, Dios mío, hacia ti de madrugada vigilo. Para este, ciertamente, el día ha comenzado con gratitud y conocimiento de Dios, para quien el inicio de la oración a Dios es el mismo que el de la luz. Suplica a Dios, ciertamente el de todo el universo, pero sin embargo, a través del conocimiento, como su propio Dios.

3. Esperanza de eternidad en nosotros infundida. Infundido está también que las almas son de Dios. Así como el alma, también la carne tendrá eternidad. Que se distingan. Sed de David espiritual. Anhela ver a Dios. --- La oración no es tanto de palabras, como de afecto: y por eso añadió, VERS. 3: Mi alma tiene sed de ti, mi carne también. En tierra desierta, y en lugar

inhóspito y sin agua. Por lo tanto, a Dios, en quien está la fuente de la vida, su alma tiene sed, deseosa de beber. Y ciertamente la mente de cada uno se dirige hacia el conocimiento y la esperanza de la eternidad por un cierto instinto natural: porque como si estuviera infundido e impreso en todos, se cree que el origen de nuestras almas es divino, ya que la mente misma reconoce en sí una no pequeña afinidad con el linaje celestial. Sin embargo, estos cuerpos terrenales, que son materia concreta de vicios, mientras están infectados por aquello que casi naturalmente les deleita, desesperan de poder alcanzar la comunión y el don celestial: como si los vicios del cuerpo, que le deleitan, no infectaran también la naturaleza del alma; o como si cuando el deleite del cuerpo redunda en la mente, el cuerpo no arrastrara consigo a la mente hacia el afecto del deleite. Es necesario, sin embargo, que en la misma condenación esté el placer, que en la misma está el deleite. Pero nosotros, instruidos por doctrinas espirituales, sabemos que tanto al alma como al cuerpo la salvación les ha sido dada por Dios, si después de la gracia de la regeneración los sentidos del cuerpo se impregnan de los gozos de la mente, es decir, si no vivimos según la carne, sino según el espíritu (Rom. VIII, 4): porque las obras del espíritu y de la carne, según el Apóstol (Gal. V, 19 y ss.), se distinguen por los estudios de los vicios y de la continencia. Es arduo, pero sumamente verdadero, esperar la eternidad del cuerpo así como la del alma. Y por eso a la sed del alma el profeta añadió: Mi alma tiene sed de ti, mi carne también, no reteniendo en sí nada incierto bajo la ambigüedad de la infidelidad: sino (se sobreentiende que profesa que) tan simplemente como el alma sedienta de Dios, también su carne tiene sed. Pues tiene sed no del cuerpo, sino sed de Dios. Porque aunque estando en el desierto y en lugar inhóspito y sin agua, la misma necesidad de la naturaleza lo retuviera en la sed del cuerpo: sin embargo, también a través de estas pasiones de hambre y sed sabe que la fe de los creyentes debe ser probada; para que el alma tenga más sed de Dios que del cuerpo, sedienta también del cuerpo: porque ni el hambre, ni las angustias, ni ningún tipo de pasiones separarán al Apóstol del amor de Dios que está en Cristo (Rom. VIII, 35). Por lo tanto, el santo tiene sed de Dios. Y de qué tiene sed, lo ha testificado en otro salmo, cuando dice: Mi alma tiene sed de Dios vivo, ¿cuándo vendré y me presentaré ante tu rostro? (Sal. XLI, 3). Este es el deseo del alma, esta es la sed de su esperanza, que le llegue la visión de Dios, para que cuanto antes, arrebatado en las nubes, elevado al encuentro de Cristo Dios, aparezca.

4. La profecía para los hechos futuros relata lo sucedido. Apareciendo al Hijo, aparece también al Padre. Y el profeta declara ahora también el deseo de este anhelo. Pues después de la declaración de sed, después de la escasez del desierto, del camino inhóspito y sin agua, porque en estos como en la milicia y victoria de la fe, añadió, VERS. 4: Así en el santuario te he contemplado, para ver tu poder y tu gloria: porque tu misericordia es mejor que la vida. La ciencia de la profecía es recordar los hechos para los futuros. Y de aquí surge la frecuente autoridad, cuando le dieron a beber vinagre aún en la pasión que debía sufrir (Sal. 68, 22), cuando rasgaron su vestidura (Sal. 21, 19), que debía ser rasgada después. Así ahora, en la sed del cuerpo, sediento de Dios, le aparece en su Santuario, en la simplicidad de la carne, en la sed del alma, en la oración del amanecer: porque solo a través de estas pruebas, serán considerados probados o asumidos por Cristo, o serán arrebatados para encontrarlo en las nubes. Pero en el Santo de Dios no aparecerán de otra manera ante Dios, que según aquello: Quien me ha visto, ha visto al Padre (Juan 14, 9); y aquello: Yo y el Padre somos uno (Juan 10, 30). Porque en la naturaleza y el nombre del Hijo, se contiene la significación de la naturaleza y el nombre del Padre; apareciendo al Hijo, o siendo recibido por el Hijo, aparecerá al Padre en el Hijo.

5. Sediento de lo sagrado, desea ver al Hijo. Y para que apareciera en el santo Dios, cuyo deseo de lo sagrado, en esta expresión de su sed, mostrara; añadió: Para ver tu poder y tu

gloria: a saber, para ver a aquel que, según el Apóstol (I Cor. I, 24; Fil. II, 11) es tanto el Poder de Dios como está en la gloria de Dios; y lo verá no para otra cosa, sino para merecer la comunión de la eternidad y para obtener la eternidad del reino celestial: porque estas cosas se preparan por la misericordia de Dios más allá de la bienaventuranza de esta vida.

6. La vida presente es superada por la esperanza futura. La resurrección es la misericordia de Dios. Esto se sigue, VERS. 4: Porque mejor es tu misericordia que la vida. Es un gran don de Dios que hayamos venido a la vida: y con la guía de la misma naturaleza nos alegramos de nacer. Pero dado que toda nuestra edad está llena de ansiedades y dolores, hay más esperanza en la misericordia de Dios que en la vida: porque esta última es seguida por la muerte según la ley del pecado, mientras que aquella restaura la eternidad a partir de la muerte. Así como la siembra y disolución del trigo es superior a la mera conservación del trigo (I Cor. XV, 37, 38); pues Dios lo viste en la espiga como quiere: así es un gran don de la misericordia de Dios, si muertos con Cristo vivimos en Cristo. Porque incluso la muerte de Adán, para que no permaneciera en el castigo de la eternidad, fue establecida bajo el signo de la misericordia, y el Apóstol decide que es mejor para él disolverse (Filip. I, 23). Y el profeta muestra el gozo de la muerte que ha de permanecer, diciendo: Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Sal. CXV, 15); porque a través de ella, resuelta la ley del pecado, con el progreso de la gloriosa emulación, la eternidad del alma y del cuerpo ya sin el cuerpo del pecado será recompensada.

7. La elevación de las manos es una tarea ardua. Vida en el seno de Abraham. Otra vida más bienaventurada.---Cierto, pues, de la misericordia de Dios, que es mejor que la vida, el profeta cumple con el deber de gratitud, diciendo, VERS. 5: Mis labios te alabarán, Señor. Así te bendeciré en mi vida, y en tu nombre levantaré mis manos. Con su palabra y obra alaba a Dios y lo bendice; pues en su vida bendiciendo, en su nombre levantará sus manos. En la elevación de las manos no se indica el hábito de orar, sino la señal de una obra excelsa, como hemos enseñado frecuentemente. En esta vida suya alabó a Dios, porque su misericordia es mejor que las vidas. Pues hay también vida después de la vida, porque se ha de vivir en los senos de Abraham, en la cual el nombre de Dios es bendecido en la quietud del pobre; según aquello del profeta: No te alabarán los muertos, Señor, ni todos los que descienden al infierno; sino nosotros que vivimos, bendecimos al Señor (Sal. 113, 17, 18). Sobre estas vidas, pues, está la misericordia que ha preparado para los que aman al Señor lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre (I Cor. II, 9).

8. Dios debe ser adorado con una ofrenda viva e inteligente.---Por lo tanto, alaba y bendice esta ofrenda, no esperando ya holocaustos de animales ni sacrificios de grasa según la ley, sino estableciéndose a sí mismo como ofrenda a Dios únicamente en la confesión del alma y en la alabanza de bendición; según aquello: El sacrificio de alabanza me honrará (Sal. 49, 23); y aquello: Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza (Ibid. 14), y aquello: Porque si hubieras querido sacrificio, ciertamente lo habría dado, en holocaustos no te deleitarás (Sal. 50, 18): porque cesando la prescripción alegórica de la letra y de la ley, Dios debe ser honrado con alabanzas de una ofrenda viva e inteligente. Pues añadió, VERS 6: Como de grasa y de grosura se saciará mi alma, y mis labios de júbilo alabarán tu nombre. No condena aquellas como si fueran abominables, sino que confirma estas como más esperadas; ya que, como de grasa y de grosura, que se consideraban las primicias de los sacrificios, pide que su alma se llene de alabanza de júbilo.

9. Meditación de Dios nocturna y matutina.---Sin embargo, estos no son tanto deberes de palabras como del espíritu, para que el sacrificio de alabanza descienda de la santidad de las

obras. Por lo tanto, inmediatamente añadió, VERS. 7: Si me he acordado de ti en mi lecho, en las mañanas meditaba en ti. La meditación matutina se completa con el recuerdo nocturno: y por eso vigila hacia Dios desde el amanecer, porque la oración matutina surge de la pureza del lecho, es decir, de la cama, y de la confianza y conciencia. Así, las pensamientos que se infiltran en el secreto de la noche son reprimidos por el recuerdo de Dios: y luchando contra los incentivos de la carne, el temor del nombre de su Dios le ayuda. Pues sigue, VERS. 8: Porque has sido mi ayuda, y bajo la sombra de tus alas esperaré, protegido por la meditación de Dios, por la cual Él es su ayuda. No tiene otra preocupación que agradar a Dios, de quien tanto se acuerda en su lecho. También medita en las mañanas a partir del recuerdo nocturno, porque Él es su ayuda: y bajo la sombra de sus alas se regocija, es decir, está seguro bajo la protección del que protege.

10. El amor une incluso a los distantes.---Pero de todo esto, el origen y la causa es que sigue, VERS. 9: Mi alma se adhirió a ti, me sostuvo tu diestra. Esta es la fuerza del amor, que nos une a aquellos a quienes amamos, incluso si están ausentes: ya que el afecto innato no es separado ni por el lugar ni por el tiempo. Así, el profeta se adhirió a Dios, no permitiendo que los halagos del mundo ni los vicios del cuerpo apartaran su amor y caridad de Él: porque, según el Apóstol (I Cor. VI, 17), el que se adhiere a Dios es un solo espíritu, y el Señor oró por sus discípulos: Padre, como nosotros somos uno, que también ellos sean uno en nosotros (Juan XVII, 22). Adhiriéndose, pues, a Dios, es sostenido por la diestra de Dios: es decir, por el poder de Dios, que se significa en la diestra, es asumido por aquel que es de Dios y es Poder y Sabiduría y Verbo hecho carne, para ser conforme a la gloria del cuerpo que está por venir.

11. Seguridad de los justos, destino de los inicuos. Zorras, demonios.--- Y aquel que ha sido acogido por la diestra de Dios ha rechazado todo temor que pudiera provenir de sus enemigos, y no ha callado la seguridad de su confianza, ni ignora la severidad del justo juicio de Dios diciendo, VERS. 10 y 11: Pero ellos en vano buscaron mi alma, descenderán a las profundidades de la tierra, serán entregados en manos de la espada, serán parte de las zorras. En vano, pues, buscaron su alma. Según el Evangelio (Mat. X, 28) el hombre no destruye el alma con el cuerpo, y la misericordia de Dios es mejor que las vidas, y aquí ya ha sido acogido por la diestra de Dios. Sin embargo, descenderán a las profundidades de la tierra, porque son separados de los santos por un abismo infranqueable (Luc. XVI, 26): y serán entregados en manos de la espada; porque según el rico, el poder del castigo, que se significa en la boca de la espada, se ejercerá sobre los impíos. También serán parte de las zorras, obteniendo la suerte de estos animales engañosos: porque Herodes es una zorra (Luc. XIII, 32), y las zorras destruyen la viña del esposo (Cant. II, 15), y han cavado una madriguera en los corazones de los impíos donde el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza (Luc. IX, 58): y no hay duda de que las maldades de los demonios están significadas en esto, para quienes junto con su príncipe está preparado el fuego del infierno.

12. Cristo debe ser reconocido como Dios, y ya no es lícito negarlo.---Pero entre estas cosas muestra la alegría de aquel que, por el gozo de la salvación humana, frecuentemente se regocijó ante el Padre, VERS. 12: Pero el rey se alegrará en Dios, y será alabado todo el que jura en él: porque se ha cerrado la boca de los que hablan iniquidades. Indica la razón por la cual el rey se alegra, porque cualquiera que jure en él, será alabado en Dios por la religión de este sacramento: quien sepa, a saber, que el rey es Cristo Jesús, quien también es Dios sobre todas las cosas (Rom. IX, 5), quien según Pablo testifica la venida del gran Dios salvador (Tit. II, 13), quien según Isaías (Isa. LXV, 16), jurando, juró en el Dios verdadero. Porque se ha cerrado la boca de los que hablan iniquidades; porque se predica de la ley y de los

profetas; y por el Apóstol se nos enseña que antes de la constitución del mundo, el Padre nos eligió y bendijo en él (Efes. I, 3, 4), y él mismo nos resucitó y nos colocó a la derecha de Dios en los cielos (Ibid., 20), y cuando lo vean en su majestad juzgar a vivos y muertos. Por estas cosas, pues, se cerrará la boca de los que hablan iniquidades. Porque él es el rey por los siglos, y en el nombre del Señor Jesucristo toda rodilla se doblará, de los que están en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra: y toda lengua confesará que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre, quien es bendito por los siglos de los siglos (Fil. II, 9). Amén.

Salmo 63

Al final, salmo de David.

Escucha, Dios, mi oración cuando te suplico: líbrame del temor del enemigo. Me has protegido del grupo de los malvados, de la multitud de los que obran iniquidad: porque han afilado su lengua como espada, han tensado el arco con cosa amarga: para disparar en lo oculto al inocente. De repente lo herirán, y no temerán; han afirmado para sí palabra mala. Han planeado esconder trampas: dijeron: ¿Quién los verá? Han investigado iniquidades, se han agotado investigando con escrutinio. El hombre se acercará al corazón profundo, y Dios será exaltado. Las flechas de los pequeños se convirtieron en sus heridas, y no tuvieron nada contra ellos sus lenguas. Se turbaron todos los que los veían, y temió todo hombre. Y anunciaron las obras de Dios, y entendieron sus hechos. Se alegrará el justo en el Señor, y esperará en Él, y serán alabados todos los rectos de corazón.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Este salmo debe ser entendido espiritualmente.---VERS. 1. La inscripción del salmo no contiene historia. Es simple y fue compuesto con espíritu profético: solo por el hecho de que se prescribe para el fin, se atestigua que no contiene asuntos de su propio tiempo en el que fue escrito. Pero es necesario investigar desde qué persona fue dicho, o qué debe entenderse de él: pues sin duda debe considerarse espiritual. Ya que incluso aquellos salmos que, según las inscripciones de los títulos, se cree que contienen hechos históricos, en muchos aspectos difieren de la propiedad de su título y de las cosas y personas, y más bien a través de las ediciones de nombres y hechos, significan los efectos de operaciones espirituales, ¿qué se debe entender de aquel en el que solo se contiene la simple inscripción del salmo para el fin; a menos que en él se haya establecido una forma de doctrina espiritual?

2. 178 Todo lo dicho en los salmos debe referirse a Cristo para alabar, no para probar.---Recuerdo, sin embargo, que hay muchos que creen que todo lo que está escrito en los libros de los salmos debe referirse a la persona de nuestro Señor, el unigénito Hijo de Dios, y que no contienen nada más que lo que le es propio. Esta opinión no puede ser rebatida. Pues este sentido proviene del afecto de una mente religiosa: y carece de culpa, por la inclinación y el deseo de adaptar todo a aquel por quien todas las cosas existen. Aunque a veces esto se haga de manera inexperta, sin embargo, al referir todo a él, es necesario que lo que le es propio sea proclamado verdadera y fielmente. Sin embargo, se debe tener cuidado de que, al suponer que todo se ajusta a él por igual, no se reste mucho a la dignidad de su divinidad, al sacramento de su encarnación, al poder de sus obras, a la virtud de su pasión y a la gloria de su resurrección.

3. Cómo pueden ser correctamente referidos a Cristo.---Por lo tanto, se debe mantener un método y establecer diligente y cautelosamente qué fue profetizado sobre el nacimiento de su

divinidad que es de Él por el Padre, cuando se trata de la persona del hombre que asumió, donde se predica la operación, la pasión y la resurrección: qué corresponde a cada tiempo, cuando se anuncia la fe de las naciones, cuando se reprenden los pecados del pueblo anterior, cuando se ofrece la enseñanza del temor de Dios y la instrucción de la confesión a través de la oración del profeta. En esto consiste el orden espiritual de la profecía. Y si se predica al Señor, el progreso de este conocimiento es útil para la fe. Si somos enseñados al temor y a la confesión de Él; somos formados por el Señor, progresamos, somos adquiridos, para que, redimidos por su pasión, así le agrademos a Él mediante los preceptos de su doctrina.

4. Algunas partes del salmo presente pueden aplicarse a Cristo.---Entiendo que en el salmo presente hay ciertas cosas que pueden parecer aplicables a aquel hombre que el Señor asumió, donde se dice: Han investigado iniquidades, se han agotado los que investigan con escrutinio. Pues se podría considerar que esto significa la conspiración de los judíos: cuando se buscan testimonios con los cuales se les pueda acusar, no se encuentran, y todas las mentes de los que investigan se agotan; luego, que sean heridos con las flechas de los pequeños, es decir, con las doctrinas de los Apóstoles, contra quienes no encontraron ninguna causa de persecución justa, y por eso sus lenguas fallaron contra ellos. No omitimos esto como si fuera improbable; pero hay algunas otras cosas en el salmo que impiden el orden de esta inteligencia. Sin embargo, nuestro discurso de exposición no diferirá mucho de esto.

179 5. Es un salmo de todo justo en medio de las tormentas del siglo. Diversas tentaciones.---Consideramos que no solo la confesión de los Apóstoles, que fueron los primeros, sino la de todo santo que espera en el Señor, está contenida en el presente salmo. Pues estamos situados entre las mayores tempestades del siglo y las gravísimas impiedades del género humano contra Dios: cuya fiel y verdadera confesión por nosotros ahora la filosofía ridiculiza, ahora el furor de los herejes ataca, ahora los afanes de la avaricia condenan, ahora el favor de la ambición inquieta. Ante todas estas cosas que debemos disimular, tolerar, evitar y refutar, nuestra mente no es suficiente a menos que sea instruida por Dios. Pues con cuántos y cuán molestos aguijones de disputas la filosofía ataca la providencia de Dios y su dominio principal e inimitable sobre el mundo creado por Él: ahora concediendo el nombre de Dios a las aguas, ahora a la tierra, ahora a los átomos, ahora al cielo. ¿Con cuánta ingeniosa astucia el hereje falsea la doctrina de la fe? ¿Con cuán gran peligro para los oyentes el avaro afirma la gloria de las riquezas? ¿Con cuánta ruina de la continencia el defensor de los placeres del cuerpo persigue las alegrías? ¿Cuán pestilente es, además, la elocuencia de los ambiciosos en la exhortación al honor? Contra todas estas cosas, la vigilancia constante, la oración nocturna y la eterna confesión a Dios lucharán. Por estas razones, el profeta se entiende que ora en el salmo, mostrando desde su propia persona hasta qué punto nos conviene esperar en Dios.

6. Deben ser evitadas con vigilancia y oración constante. Incluso antes de que se presenten. Pues dice, VERS. 2: Escucha, Dios, mi oración cuando estoy angustiado; líbrame del temor del enemigo. Ante la llegada de aquellas cosas que hemos mencionado anteriormente, por las cuales nuestra fe y esperanza están en peligro, la oración se dirige a aquel que solo puede remediarlas. Pues existe el temor de que el alma, débil por naturaleza y por la unión con la carne, sea absorbida por el oleaje de las tentaciones que se infiltran por todas partes. Están presentes diariamente y luchan con halagos engañosos, acercando ciertas maquinaciones de destrucción. Por lo tanto, a través de la enseñanza de la instrucción celestial, se nos advierte que dediquemos un cuidado vigilante a la fe, temiendo (quizás también temiendo) al enemigo que siempre acecha, para que no ataque nuestra seguridad desprevenida desde su posición de vigilancia. Por lo tanto, debemos velar en la oración a Dios y orar siempre: para que cuando el alma comience a fatigarse y afligirse por los aguijones de las tentaciones que se infiltran,

Dios, siempre invocado, escuche y nos libre de aquello que tememos. Pues dice: Líbrame del temor del enemigo. Porque Dios no debe ser invocado solo cuando lo que tememos ya ha llegado; sino que deben temerse aquellas cosas que, una vez presentes, dominan: y debe ser invocado siempre y con oraciones incansables, para que nos libre del temor de aquellos cuyo dominio tememos. Pues está escrito en los Proverbios: Cuando llamé, no escuchasteis; y cuando extendí mis palabras, no prestasteis atención; sino que hicisteis vanos mis consejos, y no prestasteis atención a mis consejos. Y yo me reiré de vuestra perdición. Será entonces, cuando me invoquéis, y yo no escucharé (Prov. I, 24 ss.). Por lo tanto, el profeta, aunque anterior en el tiempo (por ejemplo, Salomón, de quien son las palabras citadas), no es ignorante de lo que se diría después; sino que, siempre ansioso por las tribulaciones inminentes y preocupado por todo temor del enemigo, ora a Dios por aquello que teme: y suplica que esté con él en la tribulación y que lo escuche. Pues no es nuestro temor el que merece la misericordia de Dios, sino la fe: y se necesita un largo proceso de preparación para merecer ser escuchados. Por lo tanto, el profeta recuerda que es liberado de todo esto por la oración: y enseña que su oración no surge del dominio de aquello que temía, sino del temor al dominio.

7. Lengua homicida. Contra los recién renacidos atenta.---Dice, VERS. 3-5:---Me protegiste del consejo de los malignos, de la multitud de los que obran iniquidad, que afilaron sus lenguas como espada, tensaron el arco cosa amarga, para disparar en lo oculto al inmaculado. Aquí el profeta no teme armas bélicas, ni espadas, ni lanzas, ni arcos de tormento. Todo su temor está en la lengua: teme sus espadas, teme sus flechas. De estos está seguro por su fe; pues dice: Me protegiste del consejo de los malignos: pero el arco de la lengua homicida siempre está tenso, y el filo de la espada está presente en su lengua. Vuelan, pues, sus flechas letales, y no hay duda de lo que logran: a saber, disparar en lo oculto al inmaculado. Y se debe entender la propiedad de la palabra. No disparan al santo, ni al fiel, ni al justo, sino al inmaculado, aquel a quien por el sacramento del Bautismo las suciedades y manchas de los antiguos crímenes han sido recién lavadas, pero aún no está firme en la fe, aún no instruido en las doctrinas espirituales, aún no luchando contra estas armas de lengua beligerante, sino simple, y tierno por la infancia de su nuevo nacimiento. A este, pues, sin temor a contradicción alguna, con el arco ya tenso desde hace tiempo, lo herirán en lo oculto por su ignorancia de las cosas. Dice, VERS. 6: De repente lo dispararán, y no temerán: naturaleza simple, e inexperta en la novedad del inmaculado. A esta engañan, a esta le tienden lazos ocultos, jactándose de los secretos latentes de sus insidias.

8. Siempre hay acechanzas contra la fe.---Sigue así: Han afirmado para sí una palabra mala, han discutido para esconder trampas: dijeron: ¿Quién los verá? Se distingue el tiempo, tanto para infligir la herida como para el consejo afirmado. Pues cuando se dice: De repente dispararán, se enseña la obra del tiempo futuro; pero cuando: Han afirmado la palabra mala, ya se muestra desde el pasado el consejo de una voluntad firmada desde hace tiempo. Siempre están presentes las ruinas contra la fe, y junto a las insidias ocultas y engañosas se encuentran los engaños de una exhortación perniciosa, que creen que solo unos pocos pueden percibir. Y por eso se ha dicho: Han escondido trampas, y dijeron: ¿Quién los verá? Pues si un hereje intenta pervertir la fe, es increíble con cuántos engaños intenta subvertirla; si un filósofo ataca la esperanza de nuestra eternidad, de manera asombrosa pondrá todo el bien de la vida presente en el cuerpo: ambos, con toda la agilidad de su ingenio, investigando aquellas cosas con las que se pueda socavar la enseñanza de la doctrina celestial.

9. Nada vale contra Dios. El mundo no es fruto del azar. El alma es inmortal. La resurrección de la carne. Dios se preocupa por el hombre.---Pero, ¿qué significa para Dios la perversidad

humana? ¿Qué puede el ingenio de la obra contra su creador? Aunque busquen con todas las pequeñas cuestiones de su argumentación la destrucción de la verdad, la afirmación de la falsedad fallará en destruir la verdad: y por eso sigue, VERS. 7: Han investigado iniquidades, han fallado en su investigación. El fracaso de los que investigan muestra el fracaso de la exhortación inútil contra Dios. ¿Qué ingenios no se tambalearán, enfocados en la contradicción de la verdad? Aunque exploren todos los secretos de las causas naturales, y con la obstinación de sus estudios investiguen los movimientos internos de los cielos, fallarán en la misma intención de su obra, refutados por doctrinas espirituales. Porque quienes enseñan que todo es movido por el azar, oirán de nosotros que Dios, de virtud eterna, no permanece en el azar, sino que es el creador del mundo, de esencia indefinida, así como de virtud; que no es gobernado por nadie, sino que de Él proviene todo, y Él mismo contiene todo. Quien proclame la desaparición del alma junto con el cuerpo, oirá que el alma no es terrenal, sino que se origina del aliento de Dios y se mezcla con los elementos del cuerpo; y que la muerte no es destrucción, sino separación de ella del cuerpo. Quien niegue la resurrección de la carne, sabrá que su restauración no será difícil para aquel para quien la primera creación fue fácil. Además, quien quite a Dios el cuidado de la conducta humana, conocerá a Dios como juez del reino eterno: y que el hombre no fue creado solo para existir (¿qué utilidad tendría el hombre para Dios?), sino para que, nacido al conocimiento de Dios, esperara su progreso a partir del conocimiento de su creador.

10. Naturaleza y obras del Hijo de Dios.---Ahora bien, si el hereje destruye la fe, reconocerá que el Hijo de Dios ha existido siempre, sin estar separado del Padre por ningún intervalo de tiempo; que Él es el Verbo, la Virtud, la Sabiduría de Dios; que Él fue el creador del mundo, y también el creador del hombre; que Él lavó los primeros pecados del mundo con el diluvio, que Él dio la ley a Moisés, que Él estuvo en los profetas, y a través de ellos anunció aquellos grandes misterios de su encarnación y pasión; que Él, resucitando en el cuerpo, infundió a la carne perecedera la claridad de la gloria espiritual, y absorbió en la naturaleza de su divinidad los principios de la corrupción terrenal.

11. La ciencia divina supera a la profana.---Por lo tanto, los que investigan estas cosas quedan en desventaja: y a través de un hombre instruido en la doctrina de Dios, y que eleva en lo alto la humildad de su corazón, se proclamarán estos testimonios de la operación divina: de tal manera que esta eminencia de Dios sea alabada por la confesión de aquellos mismos que la escuchan. Y por eso sigue así, VERS. 8: Han investigado iniquidades, han fallado en su escrutinio. Se acercará el hombre y un corazón elevado, y Dios será exaltado. Pues conocida la deficiencia de los que investigan, y acercándose el hombre de corazón elevado, se reconoce la magnificencia de la bondad divina. ¿Cuánto será el progreso de la doctrina espiritual? ¿Quién no magnificará a Dios, a quien ha conocido como el creador de este mundo? ¿Quién no temerá a quien sabe como juez? ¿Quién no querrá renacer en la inocencia, cuando el sacramento de la nueva natividad concede la remisión del pecado? ¿Quién no dejará de pecar ya renacido, y querrá permanecer en la inocencia como un niño, cuando sabe que de tales es el reino de los cielos (Mat. XIX, 14)? Esta profesión nuestra debilita las mentes de los que investigan: estas son las flechas de nuestra doctrina, que a través del comienzo de los regenerados son las flechas de los niños, que hieren las disputas necias y los dogmas ridículos sobre Dios. La contradicción de las lenguas profanas no puede oponerse a la fe de todas estas disputas y exhortaciones nuestras, y hay temor en los que niegan y en los que escuchan.

12. Nuestra fe aterra a los inicuos, recrea a los justos. Al anunciarse las obras de Dios, entonces comenzarán a entenderse sus hechos, entonces en ellos se alegrará el justo, entonces todos los rectos de corazón lo alabarán. Y este mismo salmo lo enseña así, VERS. 9-11: Se

acercará el hombre, y el corazón altivo, y Dios será exaltado. Las flechas de los pequeños se convirtieron en sus heridas, y no tuvieron nada contra ellos sus lenguas. Se turbaron todos los que los veían, y temió todo hombre. Y anunciaron las obras de Dios, y entendieron sus hechos. Se alegrará el justo en el Señor, y esperará en él, y serán alabados todos los rectos de corazón. Contra las flechas de los pequeños que hieren, la lengua de los adversarios no tuvo nada que decir. Y los que veían a los pequeños disparar flechas, se turban y temen; cuando se reconocen a sí mismos en el error, cuando reconocen el día del juicio y la retribución de la vida vivida en el cuerpo, cuando oyen las obras de Dios y entienden sus hechos. En esto está la alegría de los santos, en esto la esperanza más firme. Por estas cosas, los que son rectos de corazón alaban a Dios, sabiendo que es el perdonador de los pecados, el destructor de la muerte, y el vencedor del diablo, el juez del mundo, el otorgador de la eternidad, nuestro Dios y Señor, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 64.

Al final, Salmo de David.

A ti se debe el himno, oh Dios, en Sion, y a ti se cumplirá el voto en Jerusalén. Escucha la oración, a ti vendrá toda carne. Las palabras de los inicuos prevalecieron sobre nosotros, pero tú perdonarás nuestras impiedades. Bienaventurado aquel a quien elegiste y tomaste, habitará en tus tabernáculos. Nos saciaremos con los bienes de tu casa, santo es tu templo, admirable en equidad. Escúchanos, Dios, nuestro Salvador, esperanza de todos los confines de la tierra y de los lejanos mares. Tú que preparas los montes con tu poder, ceñido de fortaleza, que agitas el profundo del mar, el estruendo de sus olas. Se turbarán las naciones, y temerán todos los que habitan los confines por tus señales: las salidas de la mañana y de la tarde serán motivo de alegría. Visitaste la tierra y la embriagaste, la enriqueciste en gran manera. El río de Dios está lleno de aguas, preparaste su alimento, porque así es su preparación: embriaga sus surcos, multiplica sus cosechas, en sus gotas se alegrará el brote. Bendecirás la corona del año de tu bondad, y tus campos se llenarán de abundancia. Se engalanarán los confines del desierto, y los collados se ceñirán de júbilo. Se han vestido los carneros de las ovejas, y los valles se llenarán de trigo; en verdad clamarán y cantarán un himno.

184 TRATADO DEL SALMO.

1. Qué anuncia el salmo.---VERS. 1. Oportunamente, este salmo que sigue ha sucedido al anterior. También es para el fin: y anuncia la congregación de las naciones, que han de alabar al Señor. Él mismo dará testimonio de la fidelidad de nuestra interpretación.

2. Nada debe comenzarse sin la alabanza a Dios. Sion Iglesia.---Al inicio, según su costumbre, el profeta dirige toda oración a Dios. Pues toda cosa y palabra nuestra debe comenzar con la confesión a Dios. Pero el profeta, sabiendo que muchos se demoran en cosas superfluas debido a la diversidad de asuntos y estudios, requiere de nosotros un honor especial y propio a Dios, diciendo, VERS. 2: A ti se dirigirá el himno, Dios, en Sion. Sion es un monte adyacente a Jerusalén; pero siempre hemos entendido que este monte, su nombre e incluso la ciudad misma, se refieren a la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, como el Señor dice en los salmos: Yo he sido constituido rey por Él sobre Sion, su monte santo (Sal. II, 6). Y para que no pensemos que fue constituido en el reino de esta colina, se ha dicho en los Profetas (Zacarías IX, 9) y también en los Evangelios (Mateo XXI): Alégrate mucho, hija de Sion, proclama hija de Jerusalén: he aquí que tu rey viene a ti. Y el Apóstol (Gálatas IV, 26): Pero la Jerusalén de arriba es libre, que es nuestra madre. Por lo tanto, este himno es

adecuado para Dios, que sea en Sion espiritual y en un cántico eclesiástico inocente, y dulce en alabanzas a Dios.

3. Vida austera de los filósofos y herejes. Votos fuera de la Iglesia son vanos, sin la intercesión del Espíritu.---Condena todos los tipos de supersticiones que están fuera de la religión de Dios. Pues muchos están situados en el más profundo abismo del error, quienes recomiendan la perversidad de su doctrina con cierta probidad de trabajo vano. Vemos, por ejemplo, a los filósofos temblar con sus cuerpos desnudos: incluso los maestros se abstienen del uso del matrimonio: los herejes viven del alimento de pan seco. Pero, ¿cuál es finalmente el provecho de este propósito ocioso? Todo esto es vano y ridículo, y junto con las causas de la superstición, lamentable. Por lo tanto, deben ser ofrecidos a Dios el desprecio del cuerpo, la custodia de la castidad, la tolerancia del ayuno. Y por eso dice: Y a ti se te cumplirá el voto en Jerusalén. Pues los votos de la religión eclesiástica son los únicos útiles. Cuando sean aprobados con cánticos dignos de Dios y con el estudio de la observancia propuesta en la Iglesia, entonces seremos dignos de que el Espíritu Santo interceda por nosotros ante Dios. Pues el mismo habla y enseña a través del Profeta. Él mismo, según el Apóstol (Rom. VIII, 26), intercede por nosotros con gemidos inenarrables: y por eso aquí se dice así, VERS. 3; Escucha la oración: pues no sigue, mía; para que se pueda entender la persona que habla. Aunque muchos han añadido como si esto faltara, no obstante, no aparece en los textos auténticos. Pues el Profeta no habla por su propio sentido, sino inspirado: Escucha la oración.

4. Toda carne es hombre. Debe ser liberado del error y de los delitos por la sangre de Cristo.---Sigue que debe demostrar de quiénes debe ser escuchada la oración. No prolonga mucho nuestra expectativa: pues añadió: Toda carne vendrá a ti. La Escritura designa a la humanidad entera bajo el nombre de carne: como en la ley: Y dijo Dios, no permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne (Gén. VI, 3); y en el mismo: Porque toda carne corrompió su camino (Ibid., 12), y en el profeta el Señor: Y derramaré de mi espíritu sobre toda carne (Joel II, 28); y en el Evangelio: Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14). Por tanto, Dios escuchará la oración de este género humano, que estaba retenido por las doctrinas vanas de supersticiones infelices: cuando los preceptos gentiles imbuyeron a todos en el estudio de la impiedad, predicando a Dios en maderas, piedras y metales, y colocando al creador del mundo y al padre de nuestra alma dentro de materia inanimada. Las naciones, por tanto, confiesan este error, que la elocuencia de la filosofía los mantuvo en el error: sabiendo finalmente que sus antiguos delitos y crímenes de impiedad antigua deben ser propiciados a Dios por medio de Cristo. Pues él mismo, según el Apóstol, es nuestra propiciación: dice, en efecto: A quien Dios propuso como propiciación por la fe en su sangre (Rom. III, 25), y de nuevo: Él es la propiciación por nuestros pecados (I Juan II, 2). Vendrá, pues, a él toda carne, diciendo, VERS. 4: Las palabras de los inicuos prevalecieron sobre nosotros, y tú propiciarás nuestras impiedades.

5. Qui omnis homo liberandus.---Pero, ¿cuál es entonces el efecto de la propiciación? ¿O de qué servirá haber dejado el error gentil y haber despreciado la doctrina impía? Y no lo disimuló, diciendo, VERS. 5: Bienaventurado aquel a quien elegiste y tomaste, para que habite en tus tabernáculos. Toda carne vendrá, es decir, de todo género humano somos congregados: pero bienaventurado es quien haya sido elegido. Porque muchos, según el Evangelio, son llamados, pero pocos elegidos (Mat. XXII, 14). Los elegidos, sin embargo, son visibles con el vestido nupcial, resplandecientes con el cuerpo puro e íntegro de la nueva natividad. Así pues, no es la elección de un juicio indiscreto: sino que la discreción se ha hecho por la selección del mérito. Bienaventurado, por tanto, aquel a quien Dios elige: bienaventurado por ello, porque es digno de la elección. Nos conviene saber, además, para

qué ha sido elegido este bienaventurado, a saber, para lo que sigue: Habitará en tus tabernáculos. Toda la perfección de los bienes está en el descanso de la habitación celestial. El Señor testifica que hay muchas mansiones en los cielos (Juan XIV, 2): pero ora al Padre para que los apóstoles permanezcan donde él mismo está, diciendo: Padre, aquellos que me diste, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan XVII, 22). De entre las muchas mansiones, a sus apóstoles les comunica aquella que le es propia. El Profeta sabe cuánta bienaventuranza hay en estar en los tabernáculos de Dios, diciendo en otro lugar: Mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor (Sal. LXXXIII, 3). Pero no por ello se quita la esperanza de los bienes celestiales, si no todos son elegidos para la cohabitación con Dios. Pues muchas mansiones se preparan para la diversa dignidad de los habitantes. Pero aunque la dignidad sea diversa; porque una estrella difiere de otra en gloria (I Cor. XV, 41), sin embargo, todos aquellos que sean considerados dignos de las mansiones, aunque sean varias, obtendrán el fruto de la fe y el honor de la gloria celestial.

6. ¿Qué casa de Dios, qué bienes de ella, con qué mérito se comparan? Después de la bienaventuranza de aquel que ha sido elegido para habitar en los tabernáculos de Dios, sigue esto: Nos llenaremos de los bienes de tu casa: santo es tu templo, VERS. 6, admirable en equidad. Por tanto, de estos bienes de la Casa de Dios nos llenaremos; porque en los tabernáculos de Dios habitará el bienaventurado. Y ciertamente, por ahora podemos considerar cuáles son los bienes de la casa, a saber, los dones de la Iglesia, que Cristo le ha concedido según el múltiple fruto; porque ella misma, según el Apóstol, es la casa de Dios: Para que sepas, dice, cómo debes comportarte en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad (I Tim. III, 15). Esta, por tanto, tiene el fruto del treinta, sesenta y ciento por uno. Con estos bienes de la casa de Dios se llenará la fe de los creyentes, que por ahora se adorna con la división de los dones, como está escrito: A uno se le da palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia, a otro fe en el mismo Espíritu, a otro dones de sanaciones, a otro géneros de lenguas, a otro interpretación de lenguas (I Cor. XII, 8 y ss.). Pero hay también otros dones plenos y perfectos de la casa de Dios que no deben ser estimados por las naturalezas de los sentidos carnales. El Apóstol, arrebatado hasta el tercer cielo, conoce estos y proclama diciendo: Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido en corazón de hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman (I Cor. II, 9). Por tanto, de estos bienes de la casa de Dios nos llenaremos. Y enseña el mérito de recibir estos frutos, diciendo, Santo es tu templo, 187 admirable en equidad. Pues el Apóstol enseña que todos los cuerpos de los creyentes son templo de Dios, diciendo, ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él. Porque el templo de Dios es santo (I Cor. III, 16, 17). Por tanto, este templo de Dios debe ser adornado con santidad y justicia, para que se llene de los bienes de la casa de Dios, para que sea admirable en las obras de equidad y fe. Pero será fácil entender que la casa de Dios es también el mismo hombre asumido por el Hijo de Dios: porque en él habita toda la plenitud de la divinidad, y por la propiedad de la naturaleza en él habita el Padre, llenando a cada uno con sus bienes, es decir, virtud, gloria, eternidad, quien se conserve a sí mismo como templo santo y admirable en equidad para Dios. Por tanto, esta es la esperanza de todos nosotros, que nos llenemos de los bienes de la casa de Dios, que seamos su templo santo y admirable. Bienaventurados son, ciertamente, los que ya han sido elegidos por Dios para habitar en sus tabernáculos: pero es conveniente que nos apresuremos hacia la comunión de esta bienaventuranza, solicitándola con obras y oraciones.

7. Ninguna nación está excluida de la esperanza de la bienaventuranza.---Por lo cual sigue así: Escúchanos, Dios, nuestro Salvador, esperanza de todos los confines de la tierra y de los que están lejos en el mar. Esta oración no corresponde al judío. Y aunque este libro sea de la

ley, sin embargo, la profecía no es de una sola nación. Pues esta esperanza es de todos los confines de la tierra: y dondequiera que se extienda el clima habitable de este mundo, Cristo es esperanza para todos. Además, las islas del mar interior y exterior descansan en la virtud de este nombre. Pues Él es la esperanza de todos los confines de la tierra y de los que están lejos en el mar. Pero es necesario que la esperanza no sea asumida en vano: para que no sea más una presunción de cosas inciertas que una expectativa de cosas conocidas.

8. Aquí no se significan montes terrenales. Por lo tanto, explica por qué en él está la esperanza de todos, diciendo en los versículos 7 y 8: Preparando montes con tu poder, ceñido de potencia, tú que agitas el fondo del mar, el sonido de sus olas. Este discurso no se refiere a la naturaleza de los montes terrenales: pues han sido firmados, no preparados; la preparación, sin embargo, es el comienzo de una operación futura. Luego, la preparación de los montes mencionados está en el ceñimiento de la potencia y la virtud: pero toda la tierra fue ordenada a subsistir desde la nada; y esa cosa no necesitó el ceñimiento de la potencia, que dependía de la facilidad de mandar. Sin embargo, es útil conocer dondequiera que en las Escrituras se haya hecho mención de los montes. Pues el profeta dice: Escuchad, todos los pueblos, y atienda la tierra, y todos los habitantes en ella. Y el Señor Dios será para vosotros en testimonio, el Señor desde su casa santa. Por lo cual, he aquí que el Señor descenderá de su lugar, descenderá sobre las alturas de la tierra, y triturará los montes debajo de sí, y los valles se derretirán como cera ante el fuego por la impiedad de Jacob. Todo esto por los pecados de la casa de Israel (Miq. I, 2 y ss.). Y de nuevo: Y se conmovió y tembló la tierra, y los fundamentos de los montes fueron perturbados y se movieron, porque él estaba enojado con ellos. Subió humo de su ira, y fuego de su rostro se encenderá, carbones encendidos por él. Inclinó el cielo, y descendió, y la oscuridad bajo sus pies. Y en lo que sigue: Envió sus flechas, y los dispersó; y multiplicó los relámpagos, y los perturbó (Sal. XVII, 8 y ss.). Y en esto, según enseña la lectura, el Espíritu Santo muestra a través del Profeta la descendencia del Señor del cielo, el temor de la tierra, la trepidación de los montes, debido a que el Señor estaba enojado con ellos, con el humo de su ira levantándose, y el fuego encendiéndose de su presencia. En el humo que asciende, es cosa del tiempo pasado: pero en el fuego encendiéndose, se contiene la significación del futuro. Luego, para que no se pensara que se decía algo de la naturaleza torpe e inmóvil: estos montes son dispersados por las flechas enviadas, y los relámpagos multiplicados los perturban.

9. Los montes, el diablo con los suyos. Estos son aplastados por Cristo. Por lo tanto, bajo el nombre de montes debe entenderse toda virtud sobresaliente: que, exaltándose y elevándose contra Dios, se sometió a la ira de Dios. Descendiendo entonces el Verbo de Dios, ciñendo de poder al hombre que asumió, primero abatió estas cumbres de los montes, es decir, aplastó la excelencia contumaz del diablo y de los suyos, a quienes, mediante este poder de la primera trituración, preparó para el castigo del juicio eterno. El profeta mantuvo este mismo razonamiento, diciendo: "Subió humo de su ira, y fuego de su presencia arderá." Pues el humo los envuelve provisionalmente en el fuego que arderá: y por eso en el presente salmo está escrito así: "Preparando los montes en tu virtud, ceñido de poder." La ceñidura de poder se adapta al cuerpo que lo necesitaba. Porque no es la Virtud la que se ciñe; sino que en la virtud de Dios se ciñe de poder al hombre que el Señor asumió.

10. El mar, el siglo.---Debe contemplarse qué sigue a la preparación de los montes: Quien perturba el fondo del mar, el sonido de sus olas. No perturba el mar, sino el fondo del mar; ni las olas, sino el sonido de las olas. El mar, como enseña el lenguaje profético, se denomina por el siglo: como dice: El Señor traerá una espada terrible y grande sobre el dragón serpiente torcido, y matará al dragón que está en el mar (Isaías XXVII, 1). Y de nuevo: Este mar

grande y ancho; allí descansará el dragón, que formaste para burlarse de él (Salmo CIII, 25). O ciertamente aquello más absoluto: He venido a la profundidad del mar, y la tempestad me ha sumergido (Salmo LXVIII, 3). Por lo tanto, los montes, es decir, todas las virtudes adversarias y sobresalientes de la pena del juicio, se preparan, y los fundamentos del mar se turban. Pues en la confianza de estas virtudes enemigas se sostenía el siglo, y estas se ocultaban en las profundidades invisibles de este siglo. El sonido de las olas se perturba junto con el fondo del mar. Pues perturbado el diablo, se turban todos los ministerios de su terror: y el mismo sonido de los poderes adversarios, que atemorizaba a las naciones, tiembla. Recordemos los murmullos de los vates, y los gritos desordenados de los bacantes, y a veces, con el sentido de los oyentes confundido, el incierto sonido de los aires de los ídolos, y en definitiva, el mundo resonando con el canto profano de las ceremonias. Ahora bien, con la predicación del Señor Cristo, todo se silencia, refutado y temeroso, cuando los dioses de los templos y de las naciones son sometidos al poder de los fieles para el castigo: cuando son atormentados, desgarrados, quemados por las palabras de los creyentes, y las naturalezas invisibles e incomprensibles son contenidas, castigadas, expulsadas por la palabra, cuando los vates callan, cuando los templos están mudos. Por estas cosas ya se preparan para el juicio. ¿Y qué logra esta preparación? Ha logrado, pues: Se turbarán las naciones, VERS. 9, y temerán: viendo, por supuesto, a sus dioses mudos, y solo gimiendo con sus voces por el castigo a la imposición de nuestras manos. Pero después de la turbación de las naciones, otros temerán; pues la turbación traerá temor. ¿Acaso todos los que se turbarán, temerán? No, ciertamente no todos los que se turbarán, temerán.

11. Temerán ni los que siguen completamente, ni los que abandonan las cosas de la carne. ¿Quiénes, entonces, temerán? Los que habitan en los confines. La Escritura no añadió, como suele, los confines de la tierra; pues aquí no hablaba de los confines de la tierra. Por lo tanto, la lógica del discurso no permite que pensemos que eso fue añadido. Dice, los que habitan en los confines. ¿Acaso las naciones que están dentro de los confines no temerán; y solo las extremidades de la tierra temerán a Dios, mientras que las que están en medio estarán ajenas a su temor? El confín no es la cosa misma, sino el extremo de la cosa. El extremo es, en donde la cosa misma termina. ¿Quiénes, entonces, habitan en los confines? Evidentemente, aquellos que, estando en la carne, no actúan completamente según la carne, ni tampoco han alcanzado ya el fin del pecado por la costumbre de dejar de pecar; sino que desean dejar de pecar, sin dejar completamente, y habitan el fin, es decir, una cierta proximidad a la deficiencia del pecado, estando en la carne, no están ausentes de la carne, ni ejercen completamente las cosas internas de la carne. El Apóstol, aunque está en el cuerpo, peregrina fuera del cuerpo (II Cor. V, 8). El Apóstol, aunque está en la vida, sin embargo, muere diariamente (I Cor. XV, 31): ya no vive él, sino que Cristo vive en él (Gal. II, 20). Él ha superado todos los confines de la voluntad ambigua, habita incluso fuera de los confines del cuerpo y del pecado, peregrinando fuera del cuerpo mientras está en el cuerpo, y muriendo diariamente mientras vive, y ya no vive él en sí mismo, sino Cristo. Sin embargo, la trepidación de los que temen proviene de la incertidumbre de la habitación ambigua: mientras aún habitan los confines, temen, no habiendo aún pasado completamente lo que ya habitan; y, sin embargo, por la voluntad de dejar de pecar, ya habitan el fin de dejar de pecar.

12. Signos de la misericordia de Dios. Alabanzas matutinas y vespertinas a Dios.---Pero veamos, ¿por qué temerán aquellos que habitan en los confines, y de dónde les vendrá el miedo? No es un misterio: sigue diciendo: Y temerán los que habitan en los confines por tus signos. Todo temor, por tanto, proviene de los signos. Pero, ¿cuáles serán estos signos? La salida de la mañana, y las delicias de la tarde. VERS. 10. Visitaste la tierra, y la embriagaste, la enriqueciste abundantemente. El río de Dios está lleno de agua, preparaste su alimento,

porque así es tu preparación. De estos signos, por tanto, surge el temor. En cada uno de ellos hay un gran signo. Pues después de las preparaciones de los montes en el cinturón de poder, y la perturbación del fondo del mar y el sonido de sus olas, el progreso de la Iglesia en las delicias de los himnos matutinos y vespertinos es el mayor signo de la misericordia de Dios. El día comienza con oraciones a Dios, el día se cierra con himnos a Dios, según lo que se ha dicho: Sea agradable para Él mi alabanza (Salmo 103, 34), y de nuevo: La elevación de mis manos como sacrificio vespertino (Salmo 140, 2).

13. Embriaguez y opulencia espiritual.---Sigue, por tanto, este signo siguiente, VERS. 10: Visitaste la tierra, y la embriagaste, multiplicaste para enriquecerla. Esta tierra que usamos no se enriquece, sino que enriquece a partir de la abundancia de sus frutos. Por lo tanto, no conviene aplicar esta palabra a ella, que carece del sentido de enriquecerse a sí misma, y cuyo oficio es enriquecer. Sin embargo, Dios visitó la tierra, es decir, la humanidad: y al ser visitada por Dios, se enriquece con los dones multiplicados de las gracias. Como dice el Apóstol: En todo fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y conocimiento (I Cor. I, 5). Con estos bienes nos llenamos, y sin cesar bebemos diariamente el don de los bienes celestiales, llenos de riquezas divinas y embriagados. La opulencia, por tanto, se muestra ser aquello que anteriormente se denominaba embriaguez.

14. El don del Espíritu Santo.---Y debe considerarse el fruto de esta riqueza y embriaguez. Y cuál es este fruto, no se oculta: El río de Dios está lleno de agua, preparaste su alimento, porque así es tu preparación. Y no hay lugar para dudar del río. Pues el Profeta dice: La corriente del río alegra la ciudad de Dios (Sal. 45, 5). Y el mismo Señor en los Evangelios dice: Quien beba del agua que yo le daré, de su interior brotarán ríos de agua viva que saltan para vida eterna (Juan 4, 13-14). Y de nuevo: Quien crea en mí, como dice la Escritura, de su interior fluirán ríos (Juan 7, 38-39). Esto lo decía del Espíritu Santo, que habrían de recibir los que creyeran en él (Juan 7, 38-39). Este río de Dios, pues, se llena de agua. Estamos inundados con los dones del Espíritu Santo, y en nosotros se vierte el río de Dios lleno de agua desde esa fuente de vida. También tenemos el alimento preparado. ¿Y cuál es este alimento? Aquel en el que nos preparamos para la comunión con Dios, a través de la comunión del santo cuerpo, para ser colocados en la comunión del santo cuerpo en adelante. Esto es lo que significa el presente salmo, diciendo: Preparaste su alimento, porque así es tu preparación: porque con ese alimento, aunque en el presente somos salvados, sin embargo, para el futuro somos preparados.

15. Las cosas dichas miran al futuro.---El Profeta mantiene su costumbre de distinguir los tiempos de los que habla. El discurso anterior fue como si se tratara del pasado: pero lo que aún estaba por suceder, lo mencionó con la fe y el conocimiento de lo que se hará, como si ya hubiera ocurrido. Para enseñar que todo esto pertenece al tiempo futuro, dice en el VERS. 11: Embriaga sus ríos, multiplica sus generaciones: en sus gotas se alegrará cuando brote. Todo este discurso es de quien ora, y suplica a Dios que cumpla lo que se ha recordado. La tierra visitada ha sido embriagada: ¿y cómo ahora se embriagan sus ríos? Pero debemos recordar que si alguien bebe del agua del Señor, ríos fluirán de su interior: por lo tanto, es necesario beber del agua para que fluyan los ríos. Nos embriagamos cuando recibimos el Espíritu Santo, que es llamado río. Luego, porque de nosotros emanan diversos ríos de gracias, el profeta ora para que el Señor los embriague: para que, al ser embriagados y colmados con el don divino, nuestras generaciones se multipliquen; es decir, que la buena tierra, según la comparación evangélica, recibiendo la semilla de la palabra, se enriquezca con fruto al treinta, sesenta y ciento por uno (Mat. XIII, 8). Tenemos, además, un gran gozo al renacer por el sacramento del bautismo, cuando sentimos en nosotros los inicios del Espíritu Santo,

cuando nos llega la inteligencia de los sacramentos, el conocimiento de la profecía, la palabra de sabiduría, la firmeza de la esperanza, los carismas de sanación, y el dominio sobre los demonios. Estas cosas nos penetran como gotas, que, comenzando poco a poco, se multiplican en fruto abundante. En estas gotas, cuando la tierra brote, se alegrará. Pero las gotas se multiplican para que sean ríos; y los ríos se embriagan para que sean torrentes.

16. Es consecuente, entonces, que el profeta confirme toda nuestra expectativa: y enseñe qué significará la preparación de los montes, la agitación del fondo del mar, la visita a la tierra y su embriaguez, y la plenitud del río en la consumación. Enseña, pues, en lo que sigue, diciendo, VERS. 12, 13 y 14: Bendecirás la corona del año de tu bondad, y tus campos se llenarán de abundancia. Engordarán los confines del desierto, y los montes se ceñirán de júbilo. Se han vestido los carneros de las ovejas, y los valles abundarán en trigo; en verdad clamarán, y dirán un himno. Conocemos el año de la bondad de Dios por las doctrinas proféticas y apostólicas. Pues ha sido dicho en persona del Señor: El Espíritu del Señor está sobre mí, por eso me ha ungido, me ha enviado a evangelizar a los pobres, a predicar a los cautivos la remisión, y a los ciegos la visión, a proclamar el año aceptable del Señor, y el día de la retribución (Isaías 61, 1, 2): sin duda declara el año de aquel siglo eterno y bienaventurado. Pues este es el año de la bondad del Señor, en el cual se iniciarán esos tiempos indelebles de benigna retribución. Por tanto, la corona de este año de Dios será bendecida por el fruto más placentero y dulcísimo de la tierra visitada y embriagada. Esta es la victoria de Cristo, con la corrupción de nuestros cuerpos apartada y el poder de la muerte destruido. Esta corona de nuestra tierra santificada es bendecida con la flor del Señor glorioso en el coro y el ámbito de sus santos. Entonces los campos se llenarán de abundancia, entonces los confines del desierto engordarán, entonces los montes se ceñirán de júbilo, entonces se vestirán los carneros de las ovejas. Pues ese es el tiempo de la retribución.

17. Diferencia de gloria en los santos, en los mártires, en los líderes de la Iglesia.---Pero debe considerarse la diferencia de la misma retribución. En los campos, donde se ha trabajado en su cultivo, las obras que han estado bajo la ley y el cultivo de Dios alcanzarán abundancia. Donde los límites del desierto se enriquecerán, el pueblo de la Iglesia, que durante mucho tiempo estuvo desierto, se enriquecerá con los bienes de la promesa. En las colinas, ceñidas de júbilo, se anuncian las gloriosas alegrías de los mártires; pues ellos son más elevados que las demás tierras. Cuando los carneros de las ovejas se vistan, se muestra la vestidura eterna y bienaventurada de los patriarcas, profetas y apóstoles, que son los líderes del rebaño santo; de la cual dice el bienaventurado apóstol Pablo: Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción (I Cor., XV, 53); y de nuevo: Porque no queremos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida (II Cor., V, 4). Con este vestido, los carneros de las ovejas se visten, y con este hábito de gloriosa inmortalidad se revisten.

18. Pero aunque se han mostrado diversos dones de retribución, Dios, sin embargo, ofrece una esperanza no pequeña de su misericordia, diciendo por medio del profeta: Y los valles abundarán en trigo; es decir, los hombres más humildes, pero no de fe y obra impía, obtendrán el fruto de la vida. Pues no se llenarán de abundancia como los campos, ni engordarán en el desierto, ni se ceñirán de júbilo como los montes, ni se vestirán como los carneros de las ovejas, en los cuales se muestra el don de la gloria definida; sino que abundarán en trigo, es decir, no carecerán de la sustancia para vivir, porque son humildes por la debilidad de la fe, y están deprimidos al modo de los valles por los cerros que los rodean.

19. Estas palabras deben entenderse espiritualmente.---Y para que no se pensara que el discurso profético se refiere a estos campos, estos desiertos, estas colinas, estos carneros,

estos valles, que están ante nuestra vista, carentes de voz y sentido; añadió: Porque clamarán y entonarán un himno, es decir, alabanzas a Dios por estas diversas recompensas, cantando con voces incansables y grandiosas.

194 SALMO LXV.

Al final, cántico del salmo.

Aclame a Dios toda la tierra, canten salmos a su nombre, den gloria a su alabanza. Digan a Dios: ¡Cuán terribles son tus obras, Señor! En la multitud de tu poder, tus enemigos te mentirán. Toda la tierra te adore y te cante salmos: canten salmos a tu nombre. DIAPSALMA. Vengan y vean las obras de Dios, terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres. Él convirtió el mar en tierra seca, por el río pasarán a pie: allí nos alegraremos en Él, que domina con su poder eternamente. Sus ojos observan a las naciones: los que provocan su ira, no se exalten en sí mismos. DIAPSALMA. Bendigan, naciones, a nuestro Dios, y escuchen la voz de su alabanza. Él puso mi alma en la vida, y no permitió que mis pies se movieran. Porque nos probaste, Dios, nos examinaste con fuego, como se examina la plata. Nos introdujiste en la trampa, pusiste tribulaciones sobre nuestra espalda: impusiste hombres sobre nuestras cabezas. Pasamos por fuego y agua, y nos llevaste al refrigerio. Y entraré en tu casa con holocaustos, te pagaré mis votos, que pronunciaron mis labios. Y habló mi boca en mi tribulación. Te ofreceré holocaustos de médula con incienso de carneros, te ofreceré bueyes con machos cabríos. DIAPSALMA. Vengan y escuchen, y les contaré, todos los que temen a Dios, cuán grandes cosas ha hecho por mi alma. A Él clamé con mi boca, y exulté bajo mi lengua. Si hubiera visto iniquidad en mi corazón, Dios no me habría escuchado. Por eso Dios escuchó, y atendió la voz de mi oración. Bendito sea Dios, que no apartó mi súplica, ni su misericordia de mí.

195 TRATADO DEL SALMO.

1. VERS. 1. La superscripción del salmo se diferencia de la anterior en que contiene Cántico del salmo, mientras que en la anterior se publicó Salmo del cántico. Sin embargo, ambos se prescriben igualmente al final. Por lo tanto, según la razón que presentamos al inicio sobre la inscripción de los títulos, es evidente que este salmo se canta por los logros obtenidos mediante el mérito de la obra buena y la enseñanza espiritual: porque cuando en la superscripción aparece Salmo del cántico, a través de la predicación de los conocimientos celestiales, las acciones de la buena obra se contienen en el salmo; pero cuando es Cántico del salmo, se muestra el himno de la ciencia espiritual obtenida por la obediencia de la operación. Pues el cántico es oficio de la voz: el salmo, en cambio, se compara con el órgano por la adaptación que llaman armonía, y se convierte en una modulación adecuada, consonante y agradable, hecha por el ingenio del artista a partir de modos desiguales y disímiles. Con este ejemplo, comparamos una obra grata a Dios y consonante consigo misma mediante los diversos ministerios de nuestro oficio y ciencia. Y los mismos salmos serán autores de esta inteligencia para nosotros; cuando en el salmo del cántico se entienda la predicación de la buena obra a través de la enseñanza de la ciencia y el conocimiento, y en el cántico del salmo se entienda la gratulación de la ciencia obtenida por el mérito de las acciones. Por esta razón, en el salmo presente, el espíritu de profecía comenzó con la doctrina de la gratulación. Que el salmo consista en la persona de los profetas, lo demuestra la misma cosa y la razón.

2. VERS. 2 y 3. Aclame a Dios toda la tierra, canten salmos a su nombre, den gloria a su alabanza. Digan a Dios: ¡Cuán terribles son tus obras! En la multitud de tu poder, tus enemigos te mentirán. Primero, por tanto, se advierte aclamar a Dios, segundo, cantar salmos a su nombre, luego dar gloria a su alabanza, después decir a Dios: ¡Cuán terribles son tus obras! finalmente confesar esto: En la multitud de tu poder, tus enemigos te mentirán. Pero para entender la razón y el orden de este discurso así dispuesto, es necesario resolver brevemente lo que presenta dificultad.

3. Júbilo, lo que comúnmente se entiende. Según el significado de la palabra griega, es un sonido militar. En los códices latinos leemos así: "Jubilate Deo omnis terra". Y en cuanto a la costumbre de nuestro lenguaje, llamamos júbilo al sonido de la voz pastoral y campestre, cuando en las soledades, ya sea respondiendo o buscando, se escucha el sonido de la voz prolongada y expresada con esfuerzo. En los libros griegos, que son más cercanos al hebreo, no se escribe con el mismo significado. Pues así se expresa: ἀλαλάξατε τῷ Θεῷ πᾶσα ἡ γῆ, y con ellos ἀλαλαγμὸς, que en latín se traduce como júbilo, significa la voz de un ejército combatiendo, ya sea en el encuentro aplastando al enemigo, o proclamando el éxito de la victoria con voz de exultación. Esta cuestión, donde la razón de la traducción lo ha dispuesto así, la entendemos más claramente en otro salmo, cuando dice: "Omnes gentes, plaudite manibus, jubilate Deo in voce exsultationis" (Salmo XLVI, 2). Sin embargo, la voz de exultación difiere del júbilo; pero debido a la condición de la traducción, ya que no se ha encontrado una denominación propia para la voz de exultación, se muestra la voz de exultación a través de lo que se llama júbilo.

4. Se aconseja usar esto contra los que luchan contra el demonio.---Colocados, por tanto, en las batallas de esta vida, y en este combate de nuestra carne y sangre contra el diablo y sus ejércitos, luchando con armas espirituales, se nos exhorta a alabar a Dios con voz de júbilo. Y para que el discurso no se refiera a esta masa inanimada de la tierra, nuestra totalidad, nacida de la tierra en el primer padre Adán, se muestra en plural cuando se dice: Aclama a Dios toda la tierra. Así se enseña tanto el deber de todos como el origen. Por lo tanto, todo oyente profano debe ser atemorizado por el discurso de nuestra confesión: y contra el diablo y sus armas debemos luchar con el sonido de nuestras oraciones, y la victoria de nuestra batalla debe ser mostrada con la voz de la exultación. Que escuche la voz del pueblo orante quien esté fuera de la iglesia, que contemple los célebres sonidos de los himnos, y que en medio de los oficios de los divinos sacramentos reciba la respuesta de la devota confesión. Es necesario que todo adversario sea atemorizado, y que se luche contra el diablo, y que la muerte sea vencida por la fe en la resurrección, con tal júbilo de nuestra voz exultante, como se ha dicho. Sepa que esto es agradable a Dios, que esto es testimonio de nuestra esperanza, que resuenen nuestras voces públicas y victoriosas de exultación: de las cuales el profeta no es negligente, recordando en otro lugar: Rodeé e inmolé en su tabernáculo sacrificio de júbilo (Sal. XXVI, 6). Y para que no creamos que esta doctrina y observancia del júbilo es vana, en otro lugar se proclama: Bienaventurado el pueblo que sabe aclamar (Sal. LXXXVIII, 16). Por lo tanto, esto es necesario para nuestra fe, en cuyo conocimiento está la bienaventuranza.

5. También con el cuerpo se debe agradar a Dios.---En primer lugar, el profeta dispuso en el orden de las admoniciones que toda la tierra jubile a Dios, y en segundo lugar, que cante un salmo a su nombre. Por lo tanto, se debe jubilar a Dios, porque es un deber nuestro ofrecerle el servicio de una voz exultante. Además, se debe cantar un salmo a su nombre, porque así como el salmo se realiza a través de un instrumento, también nuestro cuerpo, que es el instrumento del alma, de la afectividad y de todas las acciones, debe agradar con obras artísticas. Por lo tanto, se debe actuar dignamente en el nombre de Dios, para que, en la

medida de lo posible, obedezcamos las palabras del Señor que dice: "Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mateo 5, 16). La honestidad de nuestra vida debe referirse a la alabanza de aquel para quien vivimos. Finalmente, esto mismo se enseña en lo que sigue. Pues continúa: "Cantad salmos a su nombre, dad gloria a su alabanza", porque de la salterio de nuestro instrumento, es decir, de los efectos del cuerpo sirviendo al alma, se ofrece a través de nosotros una gloriosa alabanza a Dios; cuando las naciones contemplan nuestras obras, glorifican a nuestro Padre que está en los cielos. Y se dará gloria a su alabanza, si dignamente cantamos salmos a su nombre, con la operación del instrumento, es decir, de nuestro cuerpo.

6. Dios, cuán tremendo.---También se nos enseña con las advertencias subsiguientes sobre el orden de la obediencia, con el Profeta o el espíritu a través del Profeta advirtiendo así: Decid a Dios: ¡Cuán terribles son tus obras! Pues, ¿quién no temblará ante su majestad, quien ha establecido los siglos, creado el mundo, medido los tiempos con el curso y la sucesión de las estaciones, adornado el cielo con estrellas, llenado la tierra de frutos, cerrado el mar con barreras, y elegido al hombre para que los use o los domine? Porque en todas estas cosas se conoce la eternidad de su poder y potestad, como dice el Apóstol: Porque las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo, son entendidas y vistas por medio de las cosas hechas, su eterna potencia y divinidad. (Rom. I, 20.) Estas cosas hacen temible el nombre del Creador; y la dignidad de sus obras muestra la majestad de quien las ha realizado. Por lo tanto, Dios debe ser proclamado por nosotros como el Creador de estas obras, y confesado por los demás: no debemos mentir diciendo que todas estas cosas son dioses.

7. Errores varios de Dios entre los pueblos. De dónde surgieron los múltiples dioses.---Algunos afirman que estas cosas surgieron por casualidad, otros confirman que han existido eternamente. Y por eso sostienen que el mundo mismo es Dios: ya sea porque se mantuvo por su propio poder cuando quiso, o porque al carecer de inicio, carece del dominio de un gobernante. Sin embargo, algunos llaman Dios solo al cielo, porque es de fuego; otros al aire, porque se mueve y se extiende de manera inseparable por su naturaleza; otros al agua, porque fluye incansablemente. Muchos han adorado los metales de la tierra, los robles, las rocas, las hierbas, como dioses. Algunos han mentido diciendo que los dioses son los huesos de cuerpos descompuestos o las piras funerarias de los cuerpos incinerados: ignorando al Dios creador de todos ellos. Y por eso el Profeta enseñó que este debe ser el orden de nuestra confesión: Decid a Dios: ¡Cuán terribles son tus obras! En la multitud de tu poder, tus enemigos te mentirán: es decir, mintiendo sobre la multitud de las virtudes de Dios, en la veneración de nombres falsos en los dioses.

8. De ellos se reúne el hombre en uno.---Pero como los enemigos mienten, se enseña lo que todos deben hacer de esta manera, VERS. 4.: Que toda la tierra te adore y te cante salmos: que cante un himno a tu nombre, Altísimo. Una vez demostrado el engaño de los enemigos en los dioses nombrados, se ofrecen las enseñanzas de nuestra salvación: para que toda nuestra descendencia terrenal adore y cante al Altísimo, reconociendo al verdadero Dios y creador de todo, abandonando las mentiras de las impiedades.

9. Los que están lejos de Dios, son llamados a contemplar las obras de Dios.---El sentido se distingue por el diapsalma. Pues el discurso dirigido a Dios con oración, ahora se refiere a los hombres: a quienes, como si estuvieran lejos del conocimiento de Dios, el Profeta llama a acercarse, diciendo: Venid y ved las obras de Dios. También el Apóstol enseñó que hay muchos situados lejos de Dios, a quienes la exhortación de la doctrina ha colocado como en

cercanía, cuando dice: Y vino y anunció la paz a vosotros que estabais lejos, y la paz a los que estaban cerca (Efesios II, 17). Pues muchos de la ley creyeron como si estuvieran cerca, llamando a las naciones que estaban lejos.

10. A saber, aquellas mediante las cuales se proveyó a la salvación humana en el tiempo de la ley. La predicación profética, por tanto, convocó a todos a contemplar las obras de Dios: pero no aquellas obras que están sujetas a la vista de todos, del cielo, del aire, de la tierra y del mar (pues todos las contemplan); sino aquellas que solo son conocidas por los esfuerzos de los fieles, y mediante las cuales se proveyó a la salvación humana con un gran terror de virtudes admirables, cuando el Faraón fue contenido con castigos por su impiedad como ejemplo para el temor humano, para que el terror de la condenación de los irreligiosos iniciara la religión; cuando el mar se secó en el camino de la tierra, y las aguas se convirtieron en tierra seca: cuando el pueblo cruzó el Jordán a pie, y al entrar en la tierra de la promesa, las aguas que fluían se detuvieron, y el resto del cauce del río fluyó para la seguridad del paso. A la contemplación de estas obras de la ley y de los profetas de Dios, el Profeta convoca a las naciones, diciendo, VERS. 5 y 6: Venid y ved las obras de Dios, terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres. Él convirtió el mar en tierra seca, en el río pasarán a pie. Pues debe entenderse que es Dios, de cuyos terribles consejos se proveyó a la salvación humana mediante estas obras: para que la opinión sobre Dios (pues nadie al contemplar el cielo no siente que Dios existe) nos confirme con el conocimiento y reconocimiento del autor de tales obras.

11. Que aquellas pertenezcan a todos.---199 Sin embargo, aunque estas sean obras de las virtudes de Dios, no satisfacen la esperanza y la salvación de todos. Pues solo al pueblo de la ley el mar fue transformado en tierra, y el Jordán se secó para su camino. Pero, ¿qué beneficio aporta esto a la salvación de toda la tierra? Porque lo que se dijo "Venite" compete a todos; ya que estaba prescrito para todos: "Toda la tierra te adore". ¿Qué, entonces, me aporta a la salvación el Jordán que se secó mucho después? Aporta claramente. Porque primero, en sus aguas, se otorgó la ablución de los pecados con Juan predicando el arrepentimiento: y por quien el pueblo tuvo camino hacia la tierra de la promesa, por él se inicia para nosotros el camino al reino celestial, y con el lavacro de la nueva generación, la posesión de cuerpos eternos, con las mismas aguas consagradas por el bautismo del Señor. Por lo cual, de lo que se había dicho: "Venite et videte opera Domini, quam terribilis in consiliis super filios hominum, qui convertit mare in aridam: in flumine pertransibunt pede." Para que nuestra seguridad en la esperanza no fuera interrumpida por lo que se hizo antes, cuando dijo "transibunt" sobre el futuro; por eso se añadió: "Ibi laetabimur in ipso." Porque a través de estas aguas del Jordán, se ha hecho y se hace el tránsito hacia los bienes de la tierra prometidos por los profetas, con el paso de los cuerpos que serán lavados: y allí nos alegramos con los inicios del sacramento celestial. De cuya alegría otro profeta testifica el tiempo y la causa, diciendo: "Alégrate, desierto sediento, y exulte el desierto, y florezca como el lirio, y florezcan y exulten los desiertos del Jordán. Fortaleced las manos débiles y las rodillas vacilantes, consolad a los de poco ánimo, fortaleced el sentido, no temáis. He aquí que nuestro Dios hará justicia, él mismo vendrá y nos salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos oirán, y se oirá la lengua de los mudos" (Isaías XXXV, 1, y ss.). Entonces saltará el cojo como un ciervo. Esto, por tanto, es lo que se significa: "Ibi laetabimur in ipso." Lo cual se cumplió en la venida del Señor y en los bautismos del Jordán y en la curación de todas las enfermedades. Pero lo que dice "ibi laetabimur" se refiere al Jordán. Pues así se dijo: "in flumine pertransibunt pede, ibi laetabimur."

12. Cristo, nuestro Señor. En cuanto hombre, que como Dios siempre reina.---Pero en cuanto a quién es aquel en quien nos alegraremos, el Profeta lo aclara diciendo, VERS. 7: Él dominará con su poder por siempre. No dudamos quién será este, si recordamos lo dicho en el evangelio: Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra: id ahora y enseñad a todas las naciones (Mat. XXVIII, 18); y lo que dice el Apóstol: Por lo cual Dios lo exaltó y le dio un nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. Y esto no se dice del poder de su divinidad (Fil. II, 9 y ss.). Pues así como siempre domina, así también dominará siempre: pero la naturaleza de la carne asumida de la Virgen es transferida a su gloria eterna. Jesús es el nombre del hombre que nació de María; y el nombre de Jesús, que es sobre todo nombre, le es dado. Pues aquí no se dice, como en otros casos, Jesucristo, sino solo Jesús. A él, adorado por los celestiales, terrenales y subterráneos, y confesado por toda lengua en la gloria de Dios Padre, se le concede el dominio del reino eterno. Pero como en muchos casos, también ahora nuestra latinidad no ha expresado adecuadamente el significado del texto griego. Pues lo que se escribe con nosotros: Él dominará con su poder por siempre, en griego se lee: τῷ δεσπόζοντι ἐν δυναστείᾳ αὐτοῦ τοῦ αἰῶνος. Lo que con nosotros es por siempre; es simple y común para todo tiempo sin la propiedad de alguna definición: lo que con ellos es τοῦ αἰῶνος, tiene la significación de un siglo cierto y designado.

13. Cuándo obtendrá su reino.---Porque el Hijo unigénito de Dios, aunque siempre ha reinado, no siempre ha reinado en el cuerpo. Por lo tanto, donde se designa y como si se demostrara el dominio del siglo, por lo que se dice τοῦ αἰῶνος, se contiene en la virtud de su palabra; se muestra ese tiempo en el que, glorificado el cuerpo en la gloria de Dios, se le otorga el nombre de Dios y el reino. Y el Apóstol enseña claramente el tiempo de este dominio del siglo diciendo: Cuando haya destruido todo principado, potestad y virtud, el último enemigo que será vencido es la muerte (I Cor. XV, 24): entonces solo en su poder dominará el siglo. Pues ahora, aunque reina, el príncipe de este siglo ha pedido ver a los apóstoles como trigo (Luc. XXII, 31): y hay maldades espirituales en los cielos, contra las cuales el bienaventurado Pablo nos ha instruido con armas espirituales, contra las cuales los Ángeles de nuestra fe, que según los Evangelios ven diariamente al Padre en los cielos, nos acompañan en nuestra lucha, y la misericordia de Dios nos protege (Matth. XVIII, 10).

14. Que Dios aparte o vuelva sus ojos.---Y por ello se sigue: Sus ojos observan a las naciones. Pues el rostro del Señor está apartado de todo aquel que permanece en el pecado. Esta es la conversión inmutable de Dios significada: no porque, como si tuviera una naturaleza corporal, se aparte o se vuelva; sino porque, permaneciendo siempre igual y constante, según la diversidad de méritos, la ayuda de cada uno, ya sea que falte o esté presente. Desde la perspectiva de los pecadores está escrito: Aparta tu rostro de sus pecados (Sal. 50, 11); y de nuevo: ¿Por qué apartas tu rostro y tu mano derecha? (Sal. 73, 11); y nuevamente: Apartaste tu rostro, y quedé turbado (Sal. 29, 8). Pero cuando se trata de la persona de los justos, se ha dicho: Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones (Sal. 33, 16), y de nuevo: Tus ojos ven la equidad (Sal. 16, 2); y además: Ha sido señalado sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Sal. 4, 7): por lo tanto, el Dios incorpóreo protege a las naciones con los ojos de su misericordia, y como si fuera con el ministerio de ángeles servidores, derrama el don de su divina misericordia sobre todos los creyentes.

15. Los judíos provocan a Dios a la ira.---Esto lo niegan los judíos, este pueblo infiel contradice las obras de Dios, usurpando para sí la gloria de ser el linaje elegido de Abraham.

Y el Profeta demuestra esto con las palabras que siguen, conectando con lo que había dicho: Sus ojos miran sobre las naciones, añadiendo: Que no se exalten en sí mismos los que provocan a la ira. Esto de exaltarse en sí mismos, el Señor lo condena en los Evangelios, diciendo: No digáis entre vosotros: Tenemos por padre a Abraham; porque Dios puede de estas piedras suscitar hijos a Abraham. (Mateo III, 9.) Y en cuanto a provocar a la ira, los profetas lo mencionan de muchas maneras: Isaías dice: Provocasteis a ira al Santo de Israel (Isaías I, 4); también el Espíritu habla a Ezequiel: Hijo de hombre, yo te envío a la casa de Israel, que me ha exasperado (Ezequiel II, 3); y en los Salmos: Exasperaron su espíritu (Salmo CV, 33); y de nuevo: Muchas veces los libré, pero ellos me exasperaron (Ibid., 43). Por lo tanto, todos los que niegan la obra y la misericordia de Dios para la salvación de las naciones, provocan a ira al autor de la misericordia y la salvación: porque, gloriosos y exaltados en sí mismos, exasperan la ira de aquel que solo puede hacer gloriosos.

16. Hasta aquí el discurso ha sido profético, ahora es apostólico. La interjección del diapsalma nuevamente enseña un cambio de sentido y de persona. Pues bajo esta significación frecuentemente se distingue uno, y a veces ambos. Todo el discurso anterior fue desde la persona del Profeta, diciendo: Venid y ved las obras de Dios, cuán terrible es en sus consejos sobre los hijos de los hombres; pero el siguiente debía ser apostólico: para que, con aquellos invitando y estos predicando, se mantuviera la misma doctrina en la predicación del Antiguo y del Nuevo Testamento.

17. Exhortación a la alabanza del Dios verdadero.---Por lo tanto, esta exhortación se refiere a las naciones, cuando se dice, VERS. 8: Bendecid, naciones, a nuestro Dios. No es en vano que el profeta haya añadido "nuestro". No a aquellos que considerabais dioses, nombres de héroes, o creaciones de los elementos, o materia de metales, sino a "nuestro", y a aquel cuyas obras se enumeran, que es temible en sus consejos sobre los hijos de los hombres, que convierte el mar en tierra seca, que domina con su poder por siempre. Pues esto es propio de la doctrina apostólica, predicar a Dios desde la ley y los profetas en los Evangelios.

18. Dios debe ser alabado públicamente.---Pero lo que sigue: Y escuchad la voz de su alabanza, confunde la comprensión. Pues la voz de alabanza no es escuchada del que es alabado, sino del que alaba. ¿Y cómo se exhorta a las naciones a que escuchen la voz de alabanza? Sin embargo, aquí nuestra lengua latina no ha reflejado la propiedad de la expresión en la traducción. Pues lo que se escribe con nosotros: y escuchad la voz de su alabanza, ha sido dicho por los griegos así: καὶ ἀκουτίσατε τὴν φωνὴν τῆς αἰνέσεως αὐτοῦ. Con esta expresión se significa que se pueda hacer escuchar la voz de su alabanza: lo cual entenderá más plenamente quien recuerde que el Señor en los Evangelios dijo: Lo que os digo en la oscuridad, decidlo en la luz, y lo que oís al oído, proclamadlo desde los tejados (Mat. X, 27). Porque Dios debe ser alabado con constante y pública predicación: ni debe nuestra fe temblar al recordar sus virtudes.

19. De la constancia de los apóstoles y mártires.---¿Pero qué voz de alabanza debe hacerse oír? Sin duda, aquella que puso el alma de los creyentes en la vida, que otorgó a la predicación apostólica y a la confesión de los mártires la constancia y perseverancia para confesar, cuyos recorridos llevaron la proclamación del reino celestial por todo el mundo como si fueran ciertos pies. Porque su sonido salió por toda la tierra (Salmo XVIII, 5). Y en otro lugar, el Espíritu Santo proclama la gloria del recorrido espiritual: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian buenas nuevas, de los que anuncian la paz! (Rom. X, 16). Por lo tanto, esta voz de alabanza de los que predican a Dios debe ser escuchada con proclamación, como testifica el Profeta, VERS. 9: Él puso mi alma en la vida y no permitió que mis pies se

movieran. Pues los apóstoles no se desviaron de su curso de predicación por las amenazas humanas: ni la firmeza de los pies de los que permanecen se movió del paso de la fe, sino que siempre predicaron al Señor del juicio y del reino eterno.

20. Lo que se refiere a muchos, se expresa de uno por unanimidad. Sin embargo, cuando el Espíritu de profecía habla desde la persona de uno, indica que el asunto en sí no se aplica solo a un nombre. Pues cuando dijo: "Y no permitió que mis pies se movieran", añadió, VERS. 10: "Porque nos probaste, oh Dios, nos examinaste con fuego, como se examina la plata". Así, el discurso comenzado desde uno se refiere a muchos. Porque hay un solo Espíritu y una sola fe de los creyentes; según lo que está en los Hechos de los Apóstoles: "La multitud de los que habían creído era de un solo corazón y un solo espíritu" (Hechos IV, 32). Y así, cuando lo que comenzó en uno se designa para muchos, se enseña la unanimidad en muchos. Pero, ¿cuál es la semejanza de la comparación, que ellos sean examinados con fuego, como se examina la plata? Y, según creo, la única razón para examinar la plata es que las impurezas que se adhirieron de la materia original de la tierra se quemen, para que lo que fraudulentamente se mezcló de la naturaleza de otro metal sea purificado. Así, Dios examina a los creyentes en Él no como si fuera ignorante de su fe, sino porque, según el Apóstol, la tentación trae prueba, los creyentes son examinados no para el conocimiento de Dios, sino para su propia prueba: para que, purificados por el fuego y limpiados de la mezcla de vicios carnales, brillen con la claridad de una inocencia examinada.

21. Las penas y victorias de los mártires.---Contemplando los diversos tipos de tentaciones y las diferentes victorias de los mártires, sabemos de qué maneras el alma se entrega a la vida, despreciando los ingenios de las penas que enfurecen, sin ser movidos del camino de la fe y del testimonio. Pues unos se glorían en las cadenas de las cárceles, otros se congratulan al ser golpeados, otros inclinan sus cuellos felices para ser decapitados por el poder de los impíos: muchos corren hacia las hogueras levantadas, y con los ministros de la pena temblando, saltan al fuego con devota prisa: otros, destinados a ser sumergidos, no caen en aguas que matan, sino que descienden al refrigerio de la eterna bienaventuranza, ofreciendo todo su cuerpo a Dios como una víctima, como holocaustos.

22. David previó esto.---El discurso profético recorre, por tanto, estos géneros de pasiones en la persona de los apóstoles, evangelistas y mártires, diciendo: Nos has probado con fuego, como se prueba la plata con fuego. VERS. 11. Nos introdujiste en el lazo, es decir, en las cadenas de la custodia. Pusiste tribulaciones sobre nuestra espalda, a saber, los castigos de los azotes, con los cuales Pedro se alegra y Pablo se exalta. VERS. 12. Pusiste hombres sobre nuestras cabezas. Pasamos por el fuego y el agua. Conmemora, evidentemente, las gloriosas muertes de los mártires, de la espada, del fuego, del abismo. Pero quien pasa por el fuego y el agua, no es destruido en ellos, sino que es conducido a otra cosa a través de ellos. Y el Profeta no ignora a dónde es conducido, diciendo: Y nos sacaste a un lugar de refrigerio. De este refrigerio también se acuerda en otro lugar, diciendo: Vuelve, alma mía, a tu descanso, porque el Señor me ha favorecido. Libró mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída. Bien agradaré al Señor en la tierra de los vivientes (Sal. CXLIV, 7 y ss.): exhortando a su alma al descanso de aquella bienaventurada resurrección, en la cual, después del tiempo de esta muerte, borrada toda mancha de calamidades humanas, no se sufre, no se llora, no se peca, sino que se vive. Por tanto, a este refrigerio de bienaventuranza han sido conducidos a través del fuego y el agua.

23. Que el agua, el fuego y el refrigerio se entiendan espiritualmente.---Y para que no se pensara que se significaba el nado a través de aguas pasajeras, o el salto sobre el fuego, o la

introducción en un refrigerio como el descanso de algún lugar común y terrenal, añadió, VERS. 13: Entraré en tu casa con holocaustos. Los holocaustos son cuerpos enteros de víctimas: que porque eran llevados enteramente al fuego del sacrificio, se llamaban holocaustos. Por estos tipos de penas, los mártires ofrecieron sus cuerpos como holocaustos en testimonio de la fe: para que, al completar los sacrificios de sus víctimas, entraran en la casa de Dios, es decir, en la morada celestial.

24. Los mártires se consagran a sí mismos y a aquellos que los imitarán a Dios. --- Pero, ¿qué prometieron en esta ofrenda de sus cuerpos? Evidentemente, que a través de estos ejemplos de su martirio, instruirían a las naciones en la esperanza del reino eterno. Porque quienes entonces predicaban a Cristo, no lo hacían para sí mismos, a quienes ya les era conocido, sino para nosotros, que aún éramos futuros, o para aquellos a quienes entonces les era desconocido. Toda su predicación encendió la fe de la posteridad en el deseo del martirio. No predicaban por otra causa, sino para instruir a más mártires con el ejemplo de su fe y martirio. Lo que Pablo enseñó, diciendo: Yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros, los gentiles (Efesios III, 1). Y por ello, en el fruto de esta predicación confiesan que cumplen sus votos a Dios, diciendo: Pagaré mis votos al Señor, VERS. 14 y 15, que pronunciaron mis labios. Y habló mi boca en mi tribulación. Te ofreceré holocaustos de médula con incienso y carneros, te ofreceré bueyes con machos cabríos. ¿Acaso ignora el Profeta que habló en el Espíritu en persona de Dios: No tomaré de tu casa becerros, ni machos cabríos de tus rebaños (Salmo XLIX, 9)? y: ¿Acaso comeré carne de toros, o beberé sangre de machos cabríos (Ibid. XIII)? y de nuevo: Porque si quisieras sacrificio, ciertamente lo habría dado, en holocaustos no te deleitarás (Salmo L, 18)? Cese, pues, el error de nuestra opinión, para que no pensemos que los mártires prometieron esto. Sino que en los martirios de los posteriores devuelven a Dios los votos que pronunciaron, ofreciéndose primero a sí mismos a Dios, y presentándose como holocaustos: porque en ellos entrarán en la casa de Dios, clamando con la voz de Pablo en las tribulaciones de sus pasiones: ¿Quién nos separará del amor de Dios? ¿tribulación o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro (Rom. VIII, 45)? y: Confío en que ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo futuro, ni otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús (Ibid., 38). Estos son, pues, los primeros votos de los bienaventurados Mártires en la tribulación, que hablan y prometen en sus tribulaciones: luego, para que de nosotros consuman holocaustos de médula. De médula por ello, porque la fe es un oficio del alma y del corazón, y esta es una cuestión de la voluntad interna. Con incienso también se ofrecen carneros. ¿Qué es el incienso? En este mismo libro de los salmos se nos enseña: Suba mi oración como incienso ante ti (Salmo CXL, 2), significando que en el incienso deben entenderse las oraciones. Quienes se muestran bajo el nombre de carneros, el salmo anterior lo muestra, cuando dice: Se han vestido los carneros de las ovejas (Salmo LXIV, 14): en estos, como en los príncipes de los rebaños, significa a los sacerdotes, a quienes la instrucción de la doctrina apostólica con el aroma de las oraciones (Porque somos buen olor de Cristo, según el Apóstol (II Cor. II, 15), los lleva al estudio del martirio. No solo se ofrecen carneros con incienso, sino también bueyes, es decir, los animales de naturaleza contumaz se suavizan en el culto de Dios, en este martirio del nombre de Cristo, domados por las doctrinas apostólicas.

25. En lo que se dice: Ofreceré a ti bueyes con machos cabríos, el poder de la palabra al ser traducida del hebreo al griego no se mantuvo en el idioma latino. Pues lo que tenemos es: ofreceré a ti bueyes con machos cabríos; mientras que en ellos se dice: ἀνοίσω σοι βόας μετὰ χειμάῤῥων. Χείμαῤῥοι para los griegos no es un nombre propio, sino un nombre común para los machos cabríos, especialmente aquellos que nacen en el tiempo mismo del invierno. Y la Escritura en este lugar solo los llamó χειμάῤῥους; pero en otros lugares usó τράγους, que

nosotros llamamos machos cabríos. Sin embargo, la traducción de otros, que es concordante y armoniosa con el sentido de la inteligencia espiritual, confirma este sentido, ya que tradujeron τράγους καιρίους por χειμάῤῥοις. τράγοι καίριοι se refiere a aquellos que nacen en ese mismo tiempo; χειμάῤῥοι, en cambio, a los que el invierno engendra: de ahí que los torrentes sean llamados con el mismo término en griego, aquellos que el invierno ha hecho crecer de la nada en ríos.

26. El ejemplo de los mártires llevó al martirio a quienes desconocían la fe. Por lo tanto, cuando dice "βόας μετὰ χιμάρων", el discurso profético demuestra que no se refiere a los animales, sino que muestra a los hombres en los bueyes de la Iglesia, y en los "χειμάῤῥοις", a aquellos que la misma tempestad de persecución ha engendrado en la gloria del martirio. Sabemos, en efecto, que muchos ignorantes de los sacramentos divinos, por el ejemplo de los mártires, corrieron hacia el martirio: y viviendo antes fuera del conocimiento de la fe, instruidos por el hecho de la fe presente, alcanzaron esa misma gloria de la fe consumada en el martirio. Tal fue aquel que confesó al Señor en su misma condenación, diciendo: "Acuérdate de mí, Señor, cuando vengas en tu reino" (Luc. XXIII, 42): quien pronto recibió del Señor este don de martirio: "En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso" (Ibid., 43). Por lo tanto, la instrucción de la doctrina apostólica ofrece a Dios a semejantes de este tipo, junto con hombres de larga y fructífera cultura, engendrados bajo la misma tempestad del invierno furioso. Y cuando Dios dice: "¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? Estoy lleno. No quiero holocaustos de carneros, ni grasa de corderos, ni sangre de toros y machos cabríos. ¿Quién ha requerido esto de vuestras manos?" es superfluo pensar que en los bueyes y machos cabríos se complacía como votos perfectos de solemnidades.

27. Diapsalma. David agradece a Dios por los dones recibidos. Cambia, como en otros casos, la interjección de diapsalma en cuanto a persona y sentido, sin alterar el orden de la doctrina. Pues después de haber mostrado, desde la perspectiva de los apóstoles, evangelistas, mártires y profetas, de qué manera su alma había sido llevada a la vida, es decir, a través de los sufrimientos y muertes por las cuales había pasado al lugar de la bienaventuranza, cumpliendo sus votos a Dios en holocaustos: después de este discurso que había dirigido enteramente a Dios, ahora se dirige a aquellos a quienes había instruido en las solemnidades de los holocaustos, diciendo, VERS. 16: Venid y escuchad, y os contaré a todos los que teméis a Dios. No llama a los inciertos ni a lo incierto. Pues enseña quiénes son los que convoca: Todos los que teméis a Dios, ya que los impíos no tienen voluntad ni de acercarse ni de escuchar. Luego indica qué va a narrar: Cuánto ha hecho por mi alma. Pues esta la ha puesto en la vida, la ha llevado al descanso, esta entrará en los holocaustos a la casa de Dios.

28. Lo que mereció con el clamor de la boca y del corazón. Pero para que esto sucediera en el alma, mereció que sucediera por ciertas causas. Y las causas por las cuales lo mereció, se explican en el VERS. 17: A Él clamé con mi boca. Por lo tanto, mereció los bienes del alma, porque clamó a Él con su boca. Pero el clamor de la boca a menudo es engañoso, y no siempre el sonido de las palabras expresa el sentimiento del corazón. Por lo tanto, el clamor de la boca debe ser seguido por el sentimiento, y así fue. Pues el Profeta lo conectó: Y exalté bajo mi lengua: no en la lengua, sino bajo la lengua: en los secretos de la lengua, y con una especie de elocuencia de voluntad silenciosa dentro de sí. Lo cual agradó al Señor en los Evangelios cuando dijo: Entra en tu habitación, y cierra tu puerta, y ora: y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará (Mat. VI, 6). Por lo tanto, ahora Dios, que fue clamado con la boca, es exaltado bajo la lengua.

29. Mereció esto por la pureza de su corazón. Pero aquel que es exaltado bajo la lengua, debe ser venerado con toda pureza de corazón: no basta con no haber hecho algo impío, si en la mente se piensa en la impiedad. Sin embargo, el Profeta enseñó que de aquel que exalta a Dios bajo la lengua, debe estar ausente este pensamiento de impiedad, diciendo, VERS. 18 y 19: Si he visto injusticia en mi corazón, no me escuche Dios. Por eso Dios me escuchó, y atendió a la voz de mi oración. No solo no realizó la iniquidad, sino que ni siquiera la contempló en su corazón. O ciertamente no vio iniquidad en su corazón, es decir, no contempló ningún vicio de su voluntad injusta en su corazón: y por eso fue digno de ser escuchado. Pues su alma fue puesta en su vida, y sus pies no se movieron, y fue llevado al refrigerio, y entrará en la casa de Dios, y pagará a Dios los votos que había pronunciado con sus labios. Apoyado en la confesión de honor y gloria, dice, VERS. 20: Bendito sea Dios, que no apartó mi súplica, ni su misericordia de mí, confesando alabanza a Dios comenzada al inicio del salmo, al final, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LXVI.

Al final, himno (f. en himnos) Salmo del cántico de David.

Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga: haga resplandecer su rostro sobre nosotros y tenga misericordia de nosotros. DIAPSALMA. Para que conozcamos en la tierra tu camino, en todas las naciones tu salvación. Te alaben los pueblos, oh Dios, te alaben todos los pueblos. Alégrense y regocíjense las naciones, porque juzgas a los pueblos con equidad y guías a las naciones en la tierra. DIAPSALMA. Te alaben los pueblos, oh Dios, te alaben todos los pueblos: la tierra ha dado su fruto. Dios, nuestro Dios, nos bendiga, nos bendiga Dios, y teman a Él todos los confines de la tierra.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Quiénes hablan en este salmo.---VERS. 1. El salmo es breve y está completo con la predicación evangélica. Pues es tanto para el fin como un salmo de cántico: por lo cual se canta la confesión a través del conocimiento de lo que debe hacerse y el progreso a través de la doctrina de los hechos realizados. Y su principio ha sido tomado de donde era necesario. Sin embargo, toda palabra en él es de los profetas o de los apóstoles: algunos de los cuales, iluminados por el Espíritu Santo y llenos del honor de la gloria celestial, enseñaron que el unigénito Dios vendría en cuerpo, y otros que ya había venido. Por lo tanto, se debe reconocer que su oración está en el inicio del salmo.

2. La remisión de los pecados es gratuita.---VERS. 2. Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga; ilumine su rostro sobre nosotros y tenga misericordia de nosotros. Según el orden de la doctrina, primero se pide la misericordia de Dios. Pues de la abundancia de su bondad, otorga misericordia en la remisión de los pecados: y la remisión de los pecados no es mérito de la probidad, sino voluntad de indulgencia espontánea, un don exuberante de misericordia de las riquezas de su bondad. Por lo tanto, se ora para que el misericordioso bendiga. Y el fruto de la bendición ya lo conocimos en el principio del hombre formado, cuando tal palabra fue dirigida a Adán, aún ignorante del pecado: Creced y multiplicaos y llenad la tierra, y dominadla (Gén. I, 28). Aunque muchos piensan que estas palabras fueron dichas solo corporalmente, sin embargo, para los instruidos en la doctrina espiritual, ofrecieron más de su virtud. Esta bendición no fue otorgada solo para la sucesión corporal de Adán. Aunque su descendencia sería fecunda, no podían llenar la tierra: que aunque habitada por la multitud de hombres, no se llena. En verdad, quiso que la tierra de nuestro cuerpo se

llenara de doctrinas espirituales, y se multiplicara y creciera en el conocimiento de Dios. Pues a través de Adán y en el mismo Adán, quien fue la primera obra de Dios, debía comenzar el conocimiento de Dios: pero al ser contaminado por el pecado, los profetas y los apóstoles imploran para sí el fruto de esta bendición. El bienaventurado Apóstol, habiéndolo alcanzado, así se gloría: Bendito sea Dios, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos en Cristo (Ef. I, 3). Así, crecen, se multiplican y se llenan aquellos que son celestiales en Cristo: y son benditos, quienes son bendecidos con bendición espiritual en los cielos. Y veamos si la oración de este salmo implora el fruto de esta bendición.

3. Nuestra luz es un don de Dios.---Después de la misericordia y la bendición, sigue: Ilumine su rostro sobre nosotros, y tenga misericordia de nosotros. Necesitamos la bendición de Dios para que su rostro nos ilumine, para que la luz de su conocimiento irradie nuestros corazones oscuros, para que el Espíritu de su majestad otorgue luz a los sentidos oscurecidos de nuestra inteligencia; y que podamos gloriarnos diciendo: Se ha manifestado sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Salmo IV, 7). Esta iluminación de su rostro sobre nosotros es concedida por su misericordia, que ha comenzado en nosotros con la remisión del pecado. El progreso hacia el cual se ruega la iluminación del rostro de Dios sobre uno mismo, lo enseña el discurso siguiente.

4. Se ora para que las naciones conozcan el camino de Dios.---Diapsalma. VERS. 3. Para que conozcamos en la tierra tu camino, tu salvación entre todas las naciones. La interjección del diapsalma, aunque no trajo un cambio de persona, sí alteró el sentido. Ahora, en efecto, se habla a aquel que hasta ahora había sido objeto de los deseos. Sin embargo, en los libros latinos se escribe así: Para que conozcamos en la tierra tu camino, en los griegos es τοῦ γνῶναι ἐν τῇ γῇ τὴν ὁδόν σου. La diferencia entre γνῶναι y cognoscamus es que γνῶναι carece de definición de persona; en cambio, cognoscamus muestra a aquellos mismos que hablan. Por lo tanto, según la verdadera traducción del griego, se ruega ser iluminados por el rostro de Dios para que el camino de Dios, que es la doctrina de la vida religiosa, sea conocido en la tierra. Pues a través de ella se avanza hacia Dios. La doctrina del camino religioso es Cristo, quien se mostró en los Evangelios diciendo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6); y de nuevo: Nadie va al Padre, sino por mí (Ibid.). Y el mismo discurso del salmo testifica que Él es el camino. Que en la tierra, es decir, para los nacidos de la tierra o para los que habitan en ella, debe ser conocido y dado a conocer. Para que conozcamos en la tierra tu camino, tu salvación entre todas las naciones. El mismo discurso de propiedad dice que Jesús es llamado salvación. Pues lo que es salvación para nosotros, en hebreo es Jesús. Esto lo confirma el ángel hablando a José sobre María: Dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Mat. I, 21). El ángel, por tanto, muestra que Jesús debe ser llamado así porque es salvación para el pueblo. Muestran que son incapaces de tal predicación a menos que sean iluminados: a menos que brillen con cierto resplandor del rostro del Señor. Pues ellos también, según el Evangelio, son la luz del mundo (Mat. V, 14) (el Señor mismo es la luz verdadera) (Juan I, 9) iluminados por la luz, para que los apóstoles y profetas sean luz. Sin embargo, es superfluo querer ser iluminados para conocer aquello sobre lo que predicaban como si ya lo conocieran.

5. De ahí la alegría de las naciones.---Es necesario que toda esta doctrina profética y apostólica sea seguida por la confesión de los pueblos y la alegría de los pecados perdonados. Y no solo de los pecados perdonados, sino también porque saben que aquel que perdonó los pecados será el juez de la equidad, y que por él todas las naciones que habitan la tierra serán dirigidas en el camino de la vida, dejando el error de los ídolos y siendo instruidas en el conocimiento de Dios. Por eso, siguen estos versículos, 4 y 5: Confiesen a ti todos los

pueblos. Alégrense y exulten las naciones; porque juzgarás a los pueblos con equidad, y dirigirás a las naciones en la tierra. Cuando los pueblos confiesan, parecen ser designados de entre las doce tribus, ya sean creyentes o futuros creyentes. Cuando confiesan todos los pueblos, no se hace excepción de naciones. Cuando las naciones se alegran y exultan, porque juzgará a los pueblos con equidad y dirigirá a las naciones en la tierra, se proclama la causa de la alegría por la esperanza del juicio eterno y de las naciones dirigidas en el camino de la vida.

6. Confesión doble.---La interjección del diapsalma parece no haber introducido nada nuevo aquí, especialmente cuando el sentido se repite bajo las mismas palabras, VERS. 6: Confiesen a ti, oh Dios, los pueblos, confiesen a ti todos los pueblos. Pero cuando se añade, VERS. 7: La tierra ha dado su fruto, se entiende que la repetición de las mismas palabras no se ha hecho sin motivo; si bien debemos entender que lo mismo se ha significado bajo las mismas palabras. Encontramos, en efecto, que la confesión debe ser tratada de dos maneras: una confesión de los pecados, donde en el desierto del Jordán confesaban sus pecados; otra de alabanza a Dios, donde el Señor habla al Padre, Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y las has revelado a los pequeños (Mat. 11, 25). Por lo tanto, se debe creer que la primera y superior confesión es la de los pecados, especialmente la que se conecta con la predicación profética y apostólica: esta siguiente es la alabanza a Dios que debe ser entendida como la de los pueblos, y luego de todos, es decir, de todas las naciones; y por eso, porque la tierra ha dado su fruto.

7. El fruto propio de la tierra, perdido por el primer Adán, ha sido devuelto por el segundo.---Pero es necesario preguntar qué fruto ha dado la tierra, por el cual todos los pueblos alaban a Dios. La causa de la alabanza debida a Dios es eterna, ya que proporciona estos frutos corporales y necesarios para nosotros: pero no son de la tierra. O bien son nuestros, a quienes se nos ofrecen, o son de Dios, por quien se nos ministran. Busquemos, por tanto, qué frutos la tierra ha tenido y ha perdido. Por lo que ha perdido, mostraremos que lo tuvo. Recordamos que la tierra de Adán, después del pecado, fue despojada del honor de las bendiciones dadas a él. A él se le dijo: Porque eres tierra, y a la tierra volverás (Gén. III, 19). Por lo tanto, porque es tierra, es condenada con esta maldición después del pecado: Maldita será la tierra por tu causa, con dolor comerás de ella todos los días de tu vida, espinas y cardos te producirá (Ibid., 17). El elemento tierra estaba fuera del crimen: por lo tanto, carece de maldición, ya que carecía de crimen. Pero aquí la tierra de Adán, que era culpable por la tentación del alimento, es maldecida. Por lo tanto, esta se consume por él con todas las tristezas de la vida presente, y se come con los dolores de las enfermedades, punzada por las espinas y cardos de los vicios y deseos. Todo aquel que es semejante al terrenal Adán, devuelve estos frutos malditos de su tierra. Sin embargo, quien ya se configura al celestial Adán, tiene el fruto inocente de su tierra, primero enriquecido por el conocimiento de Dios, luego glorioso por las obras de castidad, justicia y misericordia, despojado del hombre viejo con sus vicios y concupiscencias. Por eso, se debe rendir confesión a Dios, porque la tierra ha dado su fruto. Su fruto: porque Adán, cuando lo tuvo, lo perdió. Por lo tanto, ha dado lo que es suyo, es decir, el fruto que está en el conocimiento de Dios, lo mostró primero en nuestro Señor, quien asumió un cuerpo terrenal sin pecar.

8. Dios de los Patriarcas ya nuestro como herencia.---Para demostrar y enseñar esto, se vuelve a pedir el don de la bendición de Dios, cuando se dice: Bendíganos Dios. Y para que no se piense que la bendición se espera de un Dios incierto y desconocido, se añade: Nuestro Dios: de los patriarcas y profetas, y ya propio de los apóstoles como herencia de sucesión: en quienes la tierra ha dado su fruto, de continencia, fe, justicia y misericordia, incluso entre los

mismos tormentos y muertes de las persecuciones más crueles, ya con el martirio devoto del mismo nombre divino.

9. Cómo debe ser el temor de Dios.---Se repite a continuación la oración de bendición, cuando se dice: Bendíganos Dios. No se repiten estas súplicas sin motivo: sino para que, con la bendición de Dios, al aumentar la doctrina, todos los confines de la tierra teman a Dios. Pues dice: Y teman a Él todos los confines de la tierra. Teman, por tanto, todos los confines de la tierra a Dios, pero a nuestro Dios, al Dios que bendice. No es un deber menor de la fe, el temor. Pues se cuenta entre los principales dones de las gracias espirituales, cuando se dice por Isaías: Y lo llenó el espíritu de temor de Dios (Isa. XI, 3). Y por Salomón: El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Eclo. I, 16). Bienaventurado aquel a quien le corresponde temer, no por la trepidación de la naturaleza humana, sino por el conocimiento de la razón. Pues quien teme por debilidad en situaciones difíciles, este nuevamente se ensoberbece en situaciones favorables por defecto de la naturaleza. Pero quien teme por conocimiento, siempre teme, y no menos teme lo favorable que lo adverso. Por lo tanto, la sabiduría toma su origen del temor, ejecutando cosas útiles y probables, que son propias y peculiares de la sabiduría. Este temor de Dios, por tanto, el Profeta lo desea para todos los confines de la tierra, para que ninguna nación que habite la tierra esté fuera de su temor, explicando el Apóstol la suma de su deseo, cuando dice: Y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre (Fil. II, 11), quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LXVII.

Al final, un salmo de cántico de David.

Levántese Dios, y sean dispersados sus enemigos: y huyan de su presencia los que lo odian. Como se desvanece el humo, desvanezcan; como se derrite la cera ante el fuego, así perezcan los pecadores ante la presencia de Dios. Y los justos se alegren con júbilo: exulten ante Dios, regocíjense con alegría. Cantad a Dios, salmodiad a su nombre, preparad el camino para el que asciende sobre el ocaso; Señor es su nombre; y exultad ante su presencia. Se turbarán ante él, padre de los huérfanos y juez de las viudas. Dios en su santo lugar: Dios hace habitar a los solitarios en casa. Saca a los cautivos con fortaleza, igualmente a los que irritan, que habitan en los sepulcros. Dios, cuando salías ante tu pueblo, cuando pasabas por el desierto, la tierra se estremeció. Y los cielos destilaron ante la presencia de Dios, el monte Sinaí ante la presencia del Dios de Israel. Lluvia voluntaria derramarás, Dios, a tu heredad: y cuando se debilitó, tú la restauraste. Tus criaturas habitarán en ella: preparaste en tu bondad para el pobre, Dios. El Señor Dios dará la palabra a los que anuncian con gran poder: el rey de las virtudes amadas: y a la hermosura de la casa dividirá los despojos. Si dormís entre los rebaños, las alas de la paloma están plateadas: y las partes traseras de su dorso en el verdor del oro. Dios distingue a los reyes celestiales sobre ella, serán emblanquecidos como la nieve en Selmón: monte de Dios, monte fértil, monte consagrado, monte abundante: ¿por qué os eleváis, montes de queso? Monte en el que Dios se complace en habitar: en él ciertamente el Señor habitará hasta el fin. Los carros de Dios son diez mil veces mil, millares de los que se alegran: el Señor está en ellos en Sinaí en el Santo, ascendió a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres. Y aun los que no creen habitarán al Señor Dios. Bendito sea el Señor Dios día tras día, nos hará prosperar el camino Dios de nuestra salvación. Nuestro Dios es un Dios de salvación: y del Señor Dios son las salidas de la muerte. Sin embargo, aplastará las cabezas de sus enemigos: la cima del cabello de los que andan en sus delitos. Dijo el Señor: Desde Basán me volveré al fondo del mar: para que se moje tu pie en sangre: la lengua de tus perros de los enemigos de él. Se han visto tus caminos, Dios, los

caminos de mi Dios, el rey que está en el santo. Se adelantaron los príncipes unidos a los que salmodian: en medio de las jóvenes tamborileras. En las iglesias bendecid al Señor Dios de las fuentes de Israel. Allí Benjamín el joven en temor, los príncipes de Judá sus líderes, los príncipes de Zabulón, los príncipes de Neftalí. Ordena, Dios, tu poder. Confirma, Dios, lo que has obrado en nosotros. Desde tu templo en Jerusalén, te ofrecerán los reyes dones. Reprende a las fieras del bosque, al consejo de los toros entre las vacas de los pueblos, para que sean excluidos los que han sido probados con plata. Dispersa a las naciones que desean guerras. Vendrán embajadores de Egipto, Etiopía adelantará sus manos a Dios. Reinos de la tierra, cantad al Señor y salmodiad al Señor. Salmodiad a nuestro Dios, que asciende sobre el cielo de los cielos al Oriente. He aquí que dará su voz, voz de poder: dad gloria a Dios. Sobre Israel es su magnificencia, y su poder en las nubes. Admirable es Dios en sus santos, el Dios de Israel él mismo dará poder y fortaleza a su pueblo: bendito sea Dios.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Este salmo está completamente compuesto de los sacramentos de la antigua y nueva ley.--- VERS. 1. El salmo no es de David, sino que se prescribe para David al final. Además, no es un Cántico del salmo, sino que es un Salmo del cántico: para que en él se enseñe la proclamación del conocimiento y la ciencia profética. Sin embargo, está completamente compuesto de los sacramentos de la ley y de los Evangelios, y está lleno de una gran interpretación alegórica tanto de lo pasado como de lo futuro: que contiene en sí la doctrina de la ley promulgada, trae el conocimiento de la carne asumida por el Señor, reprocha la impiedad del pueblo anterior, anuncia la fe de nuestro conocimiento futuro, abarca la ascensión del Señor sobre los cielos y comprende la gloria de su reino venidero. El Profeta tomó el inicio de aquello en lo que consiste el efecto de nuestra salvación. Comenzó así.

2. Se desea la resurrección de Cristo, y por ella la huida de los demonios. VERS. 2. Levántese Dios, y sean dispersados sus enemigos, y huyan de su presencia los que lo odian. Es un discurso de deseos, no de quien pide con incertidumbre, sino de quien espera con conocimiento y ciencia: pues ahora se desea el tiempo de la resurrección en Dios: cuando, condenando el pecado en la carne, hizo un espectáculo de las potestades de este mundo, triunfando sobre ellas en sí mismo (Colosenses II, 15). Porque vino a vencer al mundo, y a enfrentar al príncipe del mundo con la ley del pecado, y a borrar el decreto de muerte con el perdón del pecado. Por tanto, el Profeta espera esta huida de sus enemigos. Pues la multitud de demonios que lo odian no pudo soportar el encuentro con Él resucitado de entre los muertos, ya que, al primer poder de la fe apostólica, después de que las iniquidades espirituales les fueran sometidas, Satanás cayó del cielo como un rayo, como se ha proclamado (Lucas X, 18), y el príncipe del mundo fue juzgado en la pasión (Juan XII, 31). Pero huyendo de la presencia de Dios, muestran su temor mientras huyen; sin embargo, no pueden escapar de la presencia de Dios, aunque huyan. Pues también el salmo anterior declara el temor de esas mismas iniquidades espirituales, diciendo: Envió sus flechas, y los dispersó; y multiplicó los relámpagos, y los perturbó (Salmo XVII, 15). Por lo tanto, se perturban y huyen dispersos. Sin embargo, no escapan del poder del rostro de Dios, según aquello: Subió humo en su ira, y fuego de su rostro se encenderá, carbones encendidos fueron de él (Ibid., 9). Por tanto, a esta huida de sus enemigos le sigue la pena de destrucción y juicio.

5. Y ciertamente el mismo orden profético que se distingue en el salmo anterior. Sigue, VERS. 3: Así como se disipa el humo, que se disipen; como se derrite la cera ante el fuego, así perezcan los pecadores ante la faz de Dios. El humo, cuando emerge, aunque sea denso y

grueso, sin embargo, poco a poco se disipa y se extingue, hasta no existir; así como en presencia del fuego la cera se derrite, hasta no ser: el humo en el fuego se desvanece por su ligereza y delgadez, mientras que la cera es consumida por la fuerza y el calor del fuego; porque siendo débil por sí misma, es destruida por el ardor de una naturaleza más poderosa: de la misma manera, todo poder de los inicuos se derrite ante la faz de Dios, es decir, por el juicio de Dios.

4. La alegría de los justos.---Y esta destrucción de los pecadores ante la faz de Dios, es necesario que sea seguida por la alegría de los justos. Pues inmediatamente se añade, VERS. 4: Y los justos se alegren con alegría. Es una medida equitativa y justa del juicio celestial, que así como a los pecadores se les consuma con la muerte, también a los justos se les recompense con alegría. Esto mismo se sigue para mostrar el examen del juicio: Exulten en la presencia de Dios, festéjense con alegría. Porque con un corazón puro, según los méritos de la bendición evangélica, son dignos de la presencia de Dios (Mat. V, 8). Sin embargo, alegrarse en la alegría es una expresión de significado más profundo, mostrando la causa de la alegría perfecta. Pues muchos se alegran en cosas que les son perjudiciales, como el lascivo se regocija en las prostitutas, el ladrón se alegra en los robos, y cada uno se deleita en lo que practica según sus vicios. Pero quien se alegra en la alegría, recibe la causa de la alegría de la verdad honesta y útil de la misma alegría. Y por eso dice: Alégrense en la alegría, porque exultarán en la presencia de Dios: enseñando que esa es la alegría de la verdadera exultación, que se perfecciona con el gozo de la presencia de Dios. De esta exultación y de los gozos de los que se banquetearán, de los cuales proviene la alegría de los justos, el santo Moisés hace mención en aquel divino cántico del Deuteronomio, diciendo: Alégrense cielos junto con él, y adórenlo todos los ángeles de Dios. Alégrense naciones con su pueblo, y fortalézcanlos todos los hijos de Dios (Deut. XXXII, 43). En esta alegría, por tanto, se alegrarán también los justos, unánimes en el gozo celestial, regocijándose en la comunión de la exultación divina.

5. La exhortación tiene más valor si no se omite la razón de actuar.---A la celebración de este tiempo nos llama ahora el Profeta bajo la confesión de la fe evangélica, diciendo, VERS. 5: Cantad a Dios, salmodiad a su nombre, preparad el camino para aquel que asciende sobre el ocaso. Señor es su nombre: y regocijaos en su presencia. Aunque toda exhortación contribuye mucho a un cierto impulso de nuestra voluntad y mente, cuando somos llevados a desear y actuar por un caso favorable o una atracción, sin embargo, si se propone principalmente la causa de la exhortación, entonces el ánimo y el camino se apoyan en la razón como en un guía segurísimo. Así como ahora el Profeta nos ha exhortado a cantar a Dios y salmodiar a su nombre, para no dejar ninguna ambigüedad; y ha mostrado a qué Dios y a qué nombre se debe salmodiar, para que ya no sea la exhortación la que se aplique, sino el conocimiento adquirido el que nos coloque en la exaltación y el canto a Dios.

6. Razón por la cual se debe cantar al Señor, su victoria sobre la muerte.---Por lo tanto, se debe cantar a Él y preparar su camino, quien ascendió sobre el ocaso. Por ocaso se entiende la abolición de todo lo que viene a la vida. La abolición de todos los que mueren, según la opinión humana común, se considera en la muerte. Por lo tanto, se debe cantar a Él y preparar su camino, quien ascendió sobre el ocaso de la muerte, es decir, quien no fue retenido por el ocaso mismo y lo superó. A este se le llama Señor, quien, vaciándose de la forma de Dios y tomando la forma de siervo, se mostró obediente hasta la muerte de cruz. Por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó un nombre que está sobre todo nombre, para que en su nombre se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos: y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. Ascendió, pues, sobre el ocaso, a quien se llama Señor: y

al superar aquello por lo que todo perece, salió eterno de entre los muertos, rompiendo la ley de la muerte. Por lo tanto, se debe preparar su camino, según aquello: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Todo valle será rellenado, y todo monte y colina será rebajado (Luc. III, 3). Preparado nuestro camino, es decir, con los vicios de nuestra infidelidad ya sea comprimidos los tumores o elevada la humildad de la mancha terrenal, Él entrará en nuestros corazones con sendas rectas de equidad y vida. En su presencia, por lo tanto, nos regocijaremos, para quien se debe preparar el camino nivelando los tumores de la insolencia y los abismos de las pasiones, y en quien, resucitando de entre los muertos, contemplaremos. Pues ascendió sobre el ocaso de nuestra muerte, quien nos buscó la vida de entre los muertos al resucitar en sí mismo. Esta es la alegría de los apóstoles cuando, después de la resurrección, lo vieron y tocaron.

7. El doble sentido de los huérfanos y las viudas: Dios es el padre de los primeros y el juez de las segundas. Pero esta alegría de los santos es seguida por la inquietud de aquellos a quienes venció junto con el mundo: pues dice, VERS. 6: Se turbarán ante su presencia, del padre de los huérfanos y juez de las viudas. También enseñó la causa de esta turbación, que es el padre de los huérfanos y juez de las viudas (pues huirán ante la presencia del padre de los huérfanos y del juez de las viudas), no dejando huérfanos a aquellos que, reconociendo al padre en los cielos, han renunciado al diablo como padre, y juzgando a aquellas viudas que, muertas a la ley, han seguido a su esposo. Porque el bienaventurado Pablo enseñó que una viuda, libre de la ley, puede casarse con otro sin el crimen de adulterio (Rom. VII, 3): y adaptó este ejemplo a toda la Iglesia, que, muerta a la ley, se uniría después a Cristo. Sin embargo, también hay un sentido muy apropiado según la fortaleza de este siglo, que Dios, quien nos dio otro abogado del Padre para que no fuéramos huérfanos en el mundo, sea el padre de los desamparados y juez de las viudas (Juan XIV, 18): porque se compadece de la infancia desolada por la pérdida de los padres, y es juez de las viudas que han confiado en Él. Juez, además, porque bajo el nombre de viudas muchas no lo son, ya que algunas, delicadas, quieren casarse en Cristo (I Tim. V, 11), o engañan los juicios humanos: y porque la dignidad del nombre está en el propósito conservado de la voluntad; Dios, que escudriña los corazones y los riñones, es juez porque solo Él puede juzgar su mente y sentido. Y ciertamente, como dije, estas cosas se dicen según la desolación de la condición humana, sobre los huérfanos y las viudas.

8. Tiempo de gracia, en el cual Dios libera a los cautivos que se exacerban, habitantes en los sepulcros. Para que esto pueda entenderse como una demostración de toda la Iglesia, inmediatamente añade: Dios en su lugar santo, VERS. 7: Dios hace habitar a los de un solo ánimo en la casa, liberando a los cautivos con fortaleza, de igual manera a aquellos que se exacerbaban, que habitan en los sepulcros. Este lugar, por tanto, es santo para Dios, donde está la viuda según la ley, donde el huérfano del mundo, donde la pacífica y unánime asamblea de un solo ánimo y voluntad (pues según los Hechos de los Apóstoles, el alma y el corazón de los creyentes eran uno, Hech. IV, 32), donde los que están cautivos son liberados con fortaleza. Pues habiendo atado primero al fuerte dentro de su casa, libera a aquellos que estaban atados por sus pecados (Luc. XIII, 16): como a la hija de Abraham, atada por dieciocho años, la liberó con la palabra de su poder. También liberó a aquellos que antes se exacerbaban, es decir, quienes con la transgresión de la ley incitaban la ira del juez divino sobre sí mismos, o discutían contra su nombre con elocuencia gentil, los instruyó en la doctrina del conocimiento divino: como de perseguidor hizo a Pablo apóstol de los gentiles y maestro. A estos que se exacerbaban, antes en los sepulcros, es decir, sepultados dentro de las moradas muertas de sus cuerpos, los condujo a la vida celestial y espiritual. Pues hay muchos muertos entre los vivos. Porque en los Evangelios se enseña que los muertos no considerados

no difieren de los muertos, cuando el Señor dice: Deja que los muertos entierren a sus muertos (Mat. VIII, 22): y el Apóstol sabe que algunas viven muertas (I Tim. V, 6), es decir, que mientras viven ya están muertas. Pero a todos estos, el Señor los sacó de los sepulcros, quienes son regenerados en hijos de Dios.

9. Dios es el mismo de la ley y del Evangelio.---En verdad, este Dios que en nosotros ha obrado al ascender sobre el ocaso por el poder de la resurrección, es el mismo que realizó todo lo prefigurado en la ley para la preparación de nuestra esperanza: de modo que no se pueda entender que el Dios de los profetas es diferente del de los Evangelios. Y por eso, también para con nosotros, cumplió estas cosas con los mismos momentos con los que sacó al pueblo de Egipto. Pues nuestros padres estuvieron bajo la nube y fueron bautizados en Moisés en el mar, y fueron saciados con el maná que descendía del cielo, semejante al pan celestial, y bebieron del agua que Cristo les proporcionó de la roca: lo cual, aunque se realizó de manera saludable en ellos, también tenía en sí la figura de nuestra salvación, como declara el siguiente discurso profético, diciendo, VERS. 8, 9: Dios, cuando salías delante de tu pueblo, cuando pasabas por el desierto, la tierra se movió. En efecto, los cielos destilaron ante la faz de Dios, el monte Sinaí ante la faz del Dios de Israel. Sabemos que Dios precedió el camino de su pueblo, mientras atravesaba el desierto, en una columna de nube y fuego, y que hasta el error del pueblo destiló maná del cielo (Éxodo, XVI). Pero cuando recordó todas las cosas superiores, que son propias y adecuadas a la Iglesia, a saber, cuando el Señor ascendió sobre el ocaso, cuando es padre de los huérfanos y juez de las viudas, cuando en su lugar santo, es decir, en la casa, congrega a los de un solo ánimo, y saca a los cautivos con fortaleza y a los que exacerban los extrae de las tumbas: sin embargo, se recuerda que completó estas cosas saliendo delante del pueblo y pasando por el desierto, de modo que ahora se refiere que la tierra se movió, los cielos destilaron, y esto se realizó ante la faz del Dios de Israel en Sinaí. Esto, para que cuando realizó las cosas de la Ley, también se supiera que prefiguró en ellas las que son del Evangelio. Pues salió delante de su pueblo y pasó por el desierto: en aquel desierto del Jordán, en el cual florecieron los lirios, en el cual la fuente de agua vital regó a los desolados y áridos (Deut. XXXII, 9). Pues antes era la cuerda de la herencia de Jacob y las naciones desiertas estaban sometidas al poder de los elementos. Pero ahora, ante la mirada de aquel que fue el pueblo de Dios, Dios pasó a lo que antes estaba desolado; y ya regados por él, los desiertos de los confines se enriquecen. Y este es el mismo que dio el maná del cielo al pueblo. Pues si la ley fue dispuesta por ángeles, y el hombre comió el pan de los Ángeles, y se escribe que los cielos destilaron en Sinaí; ciertamente no hay duda de que este ministerio fue cumplido desde los cielos, es decir, por los Ángeles. Y es el mismo dador de aquel pan que es del cielo, quien en Sinaí fue el otorgador del maná.

10. Presciencia y predestinación de Dios.---Pero al pasar al desierto, Dios, es decir, al trascender los corazones áridos y desolados de las naciones, segregó aquella feliz lluvia de buena voluntad (Gálatas I, 13; Romanos VIII, 29). Pues Él mismo segregó a Pablo desde el vientre de su madre como apóstol (Romanos VIII, 29): porque a quienes prescibió, a estos también predestinó. Esta lluvia de elocuencia y predicación también la anunció en el salmo de Salomón a la tierra para la seguridad de la esperanza, diciendo: Y descenderá como lluvia sobre el vellón, y como gotas que destilan sobre la tierra (Salmo LXXI, 6). Y recordamos que se ordenó a algunas nubes que no llovieran sobre la viña (Isaías V, 6). También el santo Moisés, quien bajo el velo de palabras comunes escondía los grandes sacramentos de la esperanza celestial, cantó que sus palabras fueran recibidas como lluvia y aguacero (Deuteronomio XXXII, 2), lluvia que riega los desiertos y áridos y prepara la herencia de Dios. Y por eso sigue, VERS. 10 y 11: Lluvia voluntaria segregarás, Dios, a tu heredad: y se debilitó, pero tú la perfeccionaste. Tus criaturas habitarán en ella, preparaste en tu dulzura

para el pobre. Pues el Dios previsor de las voluntades segregó la lluvia voluntaria prescindiendo. La cual se debilitó, cuando Pablo tuvo en sí el juicio de muerte (II Corintios I, 9), cuando Pedro fue movido por el escándalo de la cruz, cuando negó tres veces advertido de no negar, cuando los Apóstoles temen, huyen, desconfían. Pero porque en ellos había un afecto de buena voluntad, fueron perfeccionados de tal manera que se convirtieron en fundamentos y columnas de las iglesias. Por lo tanto, esta lluvia es segregada para la heredad de Dios.

11. Herencia de Dios que.---Cuál sea la herencia, no es oscuro, es decir, aquella que se da al que pide cuando se dice: Pídeme, y te daré las naciones por herencia tuya (Salmo II, 8). Las naciones, por tanto, que no entienden como los animales y el ganado (y por eso, al no haber cuidado de ganado para Dios (I Cor. IX, 9), esa herencia está separada en esta lluvia voluntaria, se muestra que habitan en ella. Pues sigue: Tus animales habitarán en ella, preparaste en tu dulzura para el pobre. Habitarán, por tanto, los animales ya sea en la herencia de Dios, o en la lluvia voluntaria: y esto en la dulzura para el pobre, ya sea herencia o lluvia está preparada. Porque las palabras de Dios son dulces a la boca de los santos (Salmo CXVIII, 103), y bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo V, 3). Sin embargo, siendo animales, se hicieron espirituales. Todo esto, por tanto, está separado para el uso de la herencia, o para el ministerio de la lluvia voluntaria.

12. Las virtudes de un solo Cristo son muchas.---Y para que, según la dulzura preparada para el pobre, o la congregación de la Iglesia, que es la herencia de Dios, o el significado de la predicación apostólica se entendiera como elocuencia; añadió, VERS. 12, 13: Dios el Señor dará la palabra a los que evangelizan con muchas virtudes: el rey de las virtudes del amado, y a la hermosura de la casa dividir los despojos. Así, las lluvias separadas para regar el Evangelio, el Señor dará la palabra misma difundiendo en nuestro entendimiento y boca; según aquello: No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mat. X, 20). Pero son muchas las virtudes que evangelizan a quienes dará la palabra, para que haya virtud en Pablo, virtud en Pedro y virtud en Juan, y en los demás virtud, y por eso indique que hay muchas virtudes para predicar el Evangelio, a quienes aunque Dios y Señor y rey dará la palabra, sin embargo, estas virtudes son del amado, es decir, de aquel que es amado por el Rey y Señor y Dios. Sin embargo, esto lo declara la traducción latina de manera más laboriosa y oscura, al no cambiar las colocaciones de las palabras: pero en griego, el discurso enuncia todo esto de manera más completa, indicando que este Dios y Señor es el rey de las virtudes de aquellos que son amados: para que las virtudes se refieran a los Apóstoles, y el amado se refiera a Cristo, de quien se entiende que estas virtudes son. Sin embargo, era necesario, debido a lo que sigue, aunque en todos sea el mismo Espíritu, hacer mención de numerosas virtudes: porque para la hermosura de la casa él mismo dividiría los despojos de la virtud. Para el decoro de la Iglesia, los despojos arrebatados al diablo de las naciones se dividen, y también de estos despojos se perfecciona la hermosura de la casa, cuando en sacerdotes de Dios para la santificación del ministerio, son apartados de los altares y templos de los demonios, y regados por el Espíritu Santo, se convierten en virtudes del amado al evangelizar.

13. Estos adornados con los dones del Espíritu Santo, después serán decorados con gloria inmortal. Pues a estas mismas virtudes que dividirán la belleza de la casa o serán ellas mismas el botín, se refiere el divino sermón, diciendo, VERS. 14: Si dormís entre los cleros, las alas de la paloma están plateadas, y la parte posterior de su espalda en el verdor del oro. Son los votos de los profetas, quienes desean que estos botines divididos para la belleza de la casa permanezcan en medio de los cleros: para que hasta el día de su consumación (ya que la

muerte suele significarse en el sueño) perseveren en la belleza de la casa. Estos son para el uso de la predicación, como las alas plateadas de la paloma, es decir, adornados con el don y la gracia del Espíritu Santo. En lo que viene después de ellos, consisten en el verdor del oro: para que después de la predicación del Evangelio, el honor real y la eternidad incansable se les devuelva en el verdor del oro por el fruto de su conciencia: mientras que el oro se refiere al honor, y el verdor muestra el vigor eterno. Por lo tanto, la parte posterior de la espalda, que el término griego τὰ μετάφρενα significa más, es decir, lo que es posterior en el tiempo a la buena conciencia y al honor, debe ser honrado más allá del honor de esta predicación: mientras tanto, las alas plateadas permanecen bajo el don del Espíritu Santo, y después también alcanzarán el verdor del oro, es decir, la flor del honor perpetuo, por el fruto de su conciencia.

14. Los reyes están con Cristo: a ellos les conviene la paz y la pureza.---Para que estos despojos divididos, con los cuales se deseaba que durmieran entre los cleros, es decir, que fueran consumados por la muerte de tal manera, puedan entenderse como referidos a los príncipes de las iglesias, por quienes se mantiene la belleza de la casa, inmediatamente añadió, VERS. 15, 16: Mientras el celestial distingue a los reyes sobre ella, serán emblanquecidos como la nieve en Selmon; monte de Dios, monte fértil, monte consagrado, monte abundante. Así pues, mientras el celestial distingue a estos reyes sobre ella, es decir, mientras el Señor descendiendo de los cielos, establece como reyes a aquellos que fueron despojos, dispone a cada uno sobre esa casa, que es hermosísima por ellos; en Selmon serán emblanquecidos como la nieve, es decir, en paz, porque Selmon significa paz, recibirán la gloria de la eternidad. Pues este monte de Dios, en el cual la paz de Dios está significada por la virtud de su nombre, es fértil, consagrado y abundante. No es oscuro que sean reyes aquellos de quienes se ha dicho: Ya reináis sin nosotros y ojalá reinaseis, para que también nosotros reinásemos con vosotros (I Cor. IV, 8). Por lo tanto, el Señor celestial (porque como es el celestial, así son los celestiales) dispondrá a estos reyes en Selmon sobre su casa, por quienes los despojos divididos serán adornados, emblanquecidos como la nieve. Pues en paz ha sido hecho su lugar (Sal. LXXV, 3) y según Isaías, como la nieve será emblanquecido (Isa. I, 18). Pero es necesario que los reyes, en quienes reside la belleza de la casa, sean más allá del candor de la nieve. Pues son la luz del mundo: y quien sea digno de ascender con el Señor al monte del reino celestial, será emblanquecido más allá de la nieve: porque cuando se mostró a los apóstoles en el hábito con el que habría de reinar con los santos, sus vestiduras fueron vistas más blancas que la nieve (Mat. XVII, 2). Este monte, y este reino, es para el Dios de la paz.

15. Los herejes fingen la paz.---Sin embargo, hay muchos que fingen la paz de la Iglesia bajo la apariencia de los herejes, disolviendo la conexión unida del Antiguo y Nuevo Testamento: mientras que muchos imaginan un Dios del Evangelio diferente al Dios de la Ley. Algunos, en verdad, atacando la naturaleza y el nombre del unigénito de Dios, confiesan que solo nació como hombre en el tiempo: y no que fue llevado de la forma de Dios a la forma de siervo, sino que inventan que comenzó a existir solo en la forma de siervo. Muchos, además, no sostienen que Dios es de verdadera divinidad, ni que subsiste de la propiedad de la naturaleza y majestad paterna: sino que es de una sustancia externa, y diferente a Dios, que fue elegida para la adopción como hijo, de la misma manera que las criaturas surgidas de la nada, sin origen anterior. Muchos también hablan de un padre extendido en cuerpo y permaneciendo en sí mismo: de modo que aquella asunción de carne de la Virgen recibió el nombre de hijo, no siendo el mismo que antes era hijo de Dios, sino que nació como hijo del hombre en el cuerpo. Y, de hecho, todas estas cosas se adaptan a la apariencia de la prudencia humana,

después de no haber comprendido la razón de la sabiduría celestial: a las cuales, espero, se ha respondido más abundantemente y con mayor detalle en otros lugares.

16. La herejía es similar al queso.---Por tanto, ya que la verdadera fe es una, este es el asiento que agrada a Dios, y este es el único monte del reino eterno en paz; el Profeta nos reprende por las muchas cosas aceptadas, diciendo, VERS 17: ¿Por qué habéis aceptado montes cuajados? (Ὄρη τετωρωμένα.) La leche, cuando se corrompe, se densifica y por el defecto se convierte en una especie de cuajo y queso. Pues una sola palabra griega abarca ambos conceptos. Así como la leche, por su naturaleza, degenera al añadirse un defecto y se solidifica por una cierta corrupción de sí misma: así también estos tipos de doctrinas, que derivan los inicios del conocimiento de la leche inocente y pura, se corrompen en vicios y, por su corrupción, se coagulan o cuajan para no ser leche. Esto mismo se recuerda en otro lugar: Coaguló como leche su corazón (Salmo CXVIII, 70): pero yo medité en tu ley: porque el corazón infectado por los consejos y acciones de impiedad, que por la simplicidad de la infancia tenía la naturaleza de la leche, degenerando después por la corrupción de los vicios, se había densificado y solidificado en un cuajo. Por tanto, tanto el sentido como el estudio deben ser apartados de todos estos: y nadie más que este monte de paz debe ser habitado. Pues después de la reprensión de los montes cuajados y coagulados, inmediatamente añadió: El monte en el que Dios se complace en habitar: en él, en efecto, el Señor habitará hasta el fin: mostrando que en ese monte la sede de la eterna habitación es la que ha complacido a Dios, que fue elegida como sede de paz.

17. Un solo legislador de la ley antigua y nueva, una sola fe.---Pero dado que después de los tiempos de la ley, de las prescripciones de la circuncisión y de los mandatos de los sacrificios, por la fe de la confesión evangélica, parece haberse hecho por nosotros, a los que se glorían en la ley, es decir, al Israel carnal, un cierto cambio de la paz de Dios, y se ha introducido una confesión de otro conocimiento que el prescrito en la ley; ya que enseñamos que todo lo que está prescrito en la ley ha sido prefigurado en la esperanza evangélica por el Señor Jesucristo, mientras ellos se jactan de que Dios Padre habló con ellos y les dio la ley: se debe responder que, por esta misma profecía del salmo, la ley fue dispuesta por los ángeles en la mano del Mediador, y que no hemos cambiado nada, sino que permanecemos en lo que es único, es decir, habitamos en el mismo trono de la paz de Dios: ya que tenemos al mismo predicador del Evangelio, el Señor Jesucristo, que también es el legislador. Pues después de la sede del único monte complacido por Dios, que habitará hasta el fin celestial, para que esta sede de la paz evangélica prefigurada por el Mediador de la ley se entendiera en la ley; inmediatamente añadió, VERS. 18 y 19: Los carros de Dios son diez mil veces múltiples, miles de los que se regocijan: el Señor en ellos ascendió en el Sinaí en el santo, subió a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres, y en verdad los no creyentes no habitarán.

18. La suma total de la fe, el decoro del trono de Dios, Cristo el legislador.---Estas breves palabras encierran toda la fe, pero están llenas de virtudes grandes e infinitas. Esta dignidad del carro o trono de Dios fue descrita de manera similar por el profeta Daniel, diciendo: Su trono era llama de fuego ardiente, un río inmenso de fuego corría delante de él: millares de millares le servían, y diez mil veces diez mil estaban de pie ante él (Dan. VII, 9 y 10). Y en esto, ya sea bajo la apariencia de tal ornamento, o como ejemplo de significado, se nos ofrece la idea y el sentido de un séquito celestial en el carro: para que entendamos la obediencia celestial bajo el yugo concordante de miles de seres gozosos. Y esto lo mostraron aquellas antorchas ardientes en el Sinaí, los fuegos resplandecientes, los truenos crecientes, y el terror de toda la venida del Señor, es decir, los ministerios de los ángeles que disponían la ley en la mano del Mediador. Este carro de Dios es múltiple en decenas de millares, y son miles los

que se alegran. Y porque el Señor es el Mediador entre Dios y los hombres, en cuya mano, como se ha dicho, la ley fue dada por medio de los ángeles; el siguiente discurso añade: El Señor en ellos en el Sinaí, en esos miles gozosos: y el carro con un número múltiple de decenas de millares, es decir, la inteligencia infinita sujeta a la multiplicación de diez mil. En estos, por tanto, Dios está en el Sinaí.

19. Evangelios como complementos de la Ley.---Pero para que los Evangelios no parezcan de alguna manera no ser complementos de la Ley, el mismo Señor que estuvo en el Sinaí, aquí nuevamente asciende en lo alto en el santo, y llevó cautiva la cautividad, en aquel santo cuya forma tomó al vaciarse de la forma de Dios. Que es santo, lo atestiguan tanto muchas profecías como el ángel Gabriel a María, diciendo: Y lo que nacerá de ti santo, será llamado Hijo de Dios (Luc. I, 35); y los demonios claman: Sabemos quién eres, el santo de Dios (Luc. IV, 34). En el santo, pues, asciende en lo alto. Y qué significa ascender en lo alto, Pablo lo enseñó bajo el significado de esta misma expresión, diciendo: Ascendió, ¿qué significa, sino que también descendió a las partes inferiores de la tierra? El que descendió, es el mismo que ascendió por encima de todos los cielos (Ef. IV, 9). Ascendiendo, pues, en lo alto, y llevándose a sí mismo como hombre de entre los muertos a los cielos, tomó a aquellos que estaban cautivos por el diablo, a quienes también distribuyó como despojos a la hermosura de la casa. Luego recibió dones en los hombres, cuando el primogénito de entre los muertos da testimonio de sí mismo, diciendo: El Señor me dijo: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las naciones como herencia tuya, y como posesión tuya los confines de la tierra (Sal. II, 7 y 8). Recibió, pues, dones en los hombres, es decir, las naciones como herencia; en las cuales en el santo en lo alto el primogénito de entre los muertos ascendió llevando cautiva la cautividad. Y porque está más allá de la fe de la esperanza humana, que él haya trasladado la corrupción de la carne terrena a la gloria celestial, y que las naciones impías, antes invadidas por la furia de los vicios y supersticiones, hayan sido llevadas al conocimiento de Dios y a su comunión; por esto recibió dones en estos hombres, que no creían que habitarían con Dios. Y así, el conocimiento de este Mediador se completa desde la ley: que el mismo que estuvo en los millares de los que se alegran en el Sinaí, aquí mismo en el santo nuevamente ascendiendo en lo alto llevando cautiva la cautividad, nos recibiera como dones, a nosotros que dudábamos de habitar con él.

20. Bendito sea Dios por los siglos.---Después de esta herencia de dones recibidos en los hombres, que va en contra de la desconfianza de nuestra esperanza, esta confesión del Profeta es dignamente dirigida a Dios, VERS. 20: Bendito sea el Señor Dios día tras día, Él nos dará un camino próspero, el Dios de nuestra salvación. Bendito sea, por tanto, el Señor y Dios, que asciende a lo alto, llevando cautiva la cautividad, recibiendo dones entre los hombres, es decir, aquellos que no creían que Él habitaría entre ellos. Diariamente, con el aumento del pueblo creyente, se multiplica y crece la confesión de bendición, mientras se abandonan las supersticiones gentiles y las fábulas impías sobre los dioses, junto con los altares de los demonios y la vanidad de los ídolos, y se dirige a todos en un camino y progreso hacia la salvación. Este, por tanto, es el Señor y Dios de nuestra salvación, cuya eternidad de bendiciones se manifiesta día tras día. Pues en lo que es cotidiano, se continúa y es siempre; ya que la infinitud de la vida se extiende tanto como la sucesión de días tras días.

21. Sabiduría y virtud de la Cruz.---El discurso profético, siempre con gran cautela, advirtió que no se perturbara nuestra noción del conocimiento de la verdad divina a través de las fábulas de los gentiles y la doctrina de la filosofía, ya que sus variadas y muy impías sentencias han abarcado muchas cosas sobre Dios de manera insensata y profana. Nosotros, en cambio, instruidos en el conocimiento de Dios Padre y Dios Hijo, hemos alcanzado el

sacramento de la verdadera y celestial prudencia en el hecho de que el Verbo se hizo carne. Pues lo que para los judíos es escándalo y para los gentiles es necedad (I Cor. I, 23), es decir, la pasión de Dios, la cruz, la muerte, la sepultura, ya sea por la razón de la voluntad divina, es la perfecta y celestial sabiduría, o por el poder de la resurrección, es la eternidad de la virtud. Por lo tanto, el Profeta nos instruye en este conocimiento de Dios, quien por nosotros sufrió, murió, resucitó y es Señor, diciendo, VERS. 21: Nuestro Dios es un Dios que salva, y del Señor son las salidas de la muerte: indicándonos a ese Dios que, siendo Dios, asumió todo para el incremento de nuestra salvación. Y por eso este es nuestro Dios: porque es el Dios de aquellos que serán salvos. Dios nos hizo salvos por el hecho de que la salida de la muerte es un egreso: esto se contiene en estas palabras, que en latín han sido traducidas de manera menos expresa y absoluta. Ya advertí anteriormente que muchos intérpretes, al no atreverse a cambiar y ajustar la colocación y el orden de las palabras, han declarado menos claramente la propiedad de los dichos. Sin embargo, en lo que se ha dicho: Nuestro Dios es un Dios que salva, y del Señor son las salidas de la muerte; y nuestro Dios de salvación, y su salida más allá de la salida de la muerte se muestra. Cuáles son las salidas de la muerte del Señor. Pues para todos los que vienen a la vida, la entrada es a la muerte: pero para el primogénito de entre los muertos, solo fue propio el egreso de la muerte. Y por eso la salida propia de la muerte es del Señor, porque esta es la virtud de la carne que Él asumió, para llevar la corrupción de nuestra naturaleza a la gloria celestial después de la salida de la muerte. Sin embargo, la causa o razón de esta muerte asumida no debía ocultarse: y lo que el unigénito Dios, vaciándose de la forma de Dios y asumiendo la forma de siervo, nos traería de ayuda, debía revelarse para la seguridad y el conocimiento de nuestra fe.

22. Era justo que Dios nos devolviera la vida en Él.---Y en primer lugar, no parece ajeno a la misericordia y bondad de Dios que nos restituyera la vida en Él mismo después de la muerte, ya que Él, al crear al hombre según su imagen y semejanza, nos otorgó el alma para el aliento y la respiración de la vida, derramándola de los tesoros de su poder y divinidad. Pues según el Apóstol, somos de su linaje (Hechos 17, 28): y según el mismo (Romanos 11, 36): Todas las cosas son de Él, por Él y en Él: evidentemente para que en Él se nos muestre nuestra morada y residencia, mientras que con el poder inmenso de su virtud abarca todo; por Él se manifiesta la obra y el efecto de la creación iniciada, ya que en nosotros ha obrado lo que somos; de Él se conocen los inicios de la vida otorgados al principio del espíritu. No fue, por tanto, ajeno a la beneficencia de la bondad divina que quien nos dio de sí mismo, siendo de su linaje, los elementos de la vida y el espíritu, también en Él mismo, a través del Dios unigénito, iniciara para nosotros los comienzos de nuestra eternidad: y verdaderamente ahora permanecemos de Él, por Él y en Él; ya que cuando nos colocó en esta misma morada y sede de este mundo, quien es todo en todos, nuevamente nos colocó más plena y perfectamente en Él, por Él y de Él, mediante la unión de nuestra carne después de la salida de la muerte, ya eternos. Estas cosas han sido dichas así para significar la bondad divina.

23. Cristo, resucitando de entre los muertos, devolvió esto.---Pero la razón más profunda y grandiosa de la carne asumida por el unigénito Dios y de la muerte que debía enfrentar, se trata tanto por el Apóstol como ahora por el Profeta. Primero, entendamos a través del Apóstol qué se logró en el sacramento de la cruz y la muerte por el unigénito Dios y Señor de la majestad; para que, guiados por él, alcancemos el conocimiento de la profecía. Pues dice así: Y a vosotros, cuando estabais muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os vivificó juntamente con él, perdonándonos todos los pecados, borrando el documento que nos era contrario en sus decretos, que nos era adverso, quitándolo de en medio y clavándolo en la cruz, despojándose de la carne, y exhibió a los principados y potestades, triunfando sobre ellos con confianza en sí mismo (Colosenses II, 13 y ss.). Así pues, el sacramento de

nuestra salvación, primero resucitando él mismo de entre los muertos, y absolviendo el decreto de nuestra muerte por el cual antes estábamos retenidos, lo cumplió en sí mismo, quien ya permanecía eterno de entre los muertos. Pero en el mismo hecho de que el autor de la vida es para nosotros, mientras que por la asunción del cuerpo nació y murió como hombre, ya nuevamente eterno de entre los muertos: también devolvió a la exhibición todas las virtudes enemigas, los poderes del mundo y los príncipes de este aire, es decir, los hizo señales de nuestra esperanza o de su condenación, y los constituyó como ciertos portentos casi divinos del siglo: triunfando sobre ellos con confianza en sí mismo; mientras que incluso por la seguridad de la eternidad, la misma muerte en Dios muriendo es confianza, y los autores de la muerte humana, mientras que incluso en sí mismo por el corazón ocupado por Satanás de Judas son autores de la muerte, triunfa de entre los muertos: para que no estuvieran ausentes del castigo de la muerte, cuando se había sometido a sí mismo hasta la debilidad de la muerte eterna; y recibieran todo el castigo de la muerte humana como autores, cuando en el Señor de la eternidad, los autores de la muerte, por el hecho de que el Verbo se hizo carne, existieron. Así lo dice el Apóstol.

24. Lo que Pablo enseña, ya lo había enseñado David. Aunque el Profeta lo hace de manera breve, abarca la misma comprensión con palabras significativas. Pues cuando mostró al Señor en el trance de la muerte, añadió, VERS. 22: Sin embargo, aplastará las cabezas de sus enemigos, la cima del cabello de los que deambulan en sus delitos. Porque los principados y potestades, en los cuales se significan las cabezas de los enemigos, los expuso al escarnio. Por tanto, en el trance de la muerte aplasta a aquellos cuya maldad espiritual y naturaleza enseña, en el hecho de que deambulan por la cima del cabello: mientras que, como dominantes, se posan sobre las cabezas de los hombres, y como maldades espirituales, sin el sentido de aquellos sobre los que se posan, pisan esa misma cima del cabello: porque incluso los mismos cuerpos, hasta la sede del alma y la mente, se infiltran y penetran sin ser sentidos. Pues son potestades de este aire: y por eso deambulan por la cima del cabello, ya sea por la ligereza de posarse, o por el poder de dominar, y recorren todo el mundo en cada momento. Pero hacen esto en sus delitos, mientras son autores de cada uno en aquello en lo que delinque; según aquello del apóstol: Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y por el pecado condenó al pecado en la carne (Rom. VIII, 3): cuando la causa y el origen del pecado en ellos, por el mismo hecho de que pecan en su carne por el instinto de la traición, es decir, por el pecado de la carne, condena el pecado en la carne.

25. La ley prefigura los hechos evangélicos.---El discurso profético sigue el orden de la divina dispensación: y las obras de los Evangelios se muestran prefiguradas por la ley, como lo declaran las mismas obras de la ley. Muchas veces, a través de las propiedades de los nombres, se expresan y completan de tal manera que no se destinan tanto a los hechos presentes como a significar cosas futuras: de modo que ahora, después de tantas y tan manifiestas predicaciones de la esperanza evangélica, el orden subyacente de las palabras nos ofrece algo más profundo y más allá del sentido del oído. VERS. 23. Dijo el Señor: Desde Basán me volveré, me volveré al fondo del mar. Parece que este fue el discurso del Señor cuando se volvió para dividir el mar y manifestar su ira contra el faraón. Pero, ¿acaso la ley enseña que se volvió desde Basán? No, en absoluto. Basán es una ciudad que alguna vez fue hostil al reino, que fue la morada del rey Og; pero la interpretación del nombre significa vergüenza y confusión. Puede parecer que, desde la vergüenza del pueblo sirviendo en Egipto, cuando oprimido por el faraón había perdido la misma libertad de conservar y educar a su raza, Dios se volvió al fondo del mar, es decir, a la magnificencia de liberar a su pueblo. Pero quien, según el salmo próximo, dijo: Sálvame, Dios, porque las aguas han llegado hasta mi alma; me he hundido en el lodo del abismo, y no hay sustancia; he llegado a la

profundidad del mar, y la tempestad me ha sumergido (Salmo LXVIII, 2 y 3): no debe dudarse que, después de la vergüenza del cuerpo humano (porque esas mismas son las orígenes vergonzosas de nuestros cuerpos y elementos), se volvió a este mar, es decir, a esta tempestad del mundo, para que, sometido a la vergüenza de la cruz hasta la última confusión, por ella aplastara las cabezas de sus enemigos, es decir, las iniquidades espirituales y todas las potestades y principados de este aire, exhibiéndolos en triunfo, destinándolos al castigo eterno, después de que él mismo sufrió y murió. Por eso, debe entenderse que se volvió al fondo del mar, es decir, que descendió hasta las últimas pasiones del mundo, para que, pisoteando las cabezas de los enemigos, manifestara la venganza del poder divino.

26. La venganza divina se expresa con el ejemplo humano.---Esto mismo parece abarcar el siguiente discurso, cuando se dice, VERS. 24: Para que tu pie se bañe en sangre: la lengua de tus perros en los enemigos de él. La ira de la venganza divina se simboliza bajo el ejemplo de la venganza humana. Desde Basán hasta las profundidades del mar se ha vuelto para que el pie se bañe en sangre: y de la misma sangre que es de los enemigos, también la lengua de los perros se bañe. Esto suele suceder a todos los consumidos por la guerra, y aniquilados por la cautividad, y castigados según el juicio y la venganza de los vencedores. Por lo tanto, a través de la costumbre humana, como dije, cuando se mencionan la espada, el arco, la flecha, la lanza y las demás armas de castigo y muerte, se significan los oficios de la severidad divina. Y todo esto sucedió a los judíos después de la cruz y muerte del Señor, cuando, capturados por los romanos, sufrieron toda clase de castigos y miserias: de modo que sus pies se bañaron en la sangre de los muertos, y la lengua de los perros se sació. Pero esto no menos debe referirse al castigo y condenación de aquellos; que, expuestos como espectáculo, son triunfados con confianza.

27. La salvación de las naciones comenzó en los tiempos de la ley.---Y porque bajo aquellos tiempos de la ley cumplidos en el pueblo de los judíos, la salvación de casi todas las naciones fue iniciada hacia la futura misericordia; para que a través de lo que entonces se realizó, también se enseñara lo que después habría de realizarse: cuando a aquellos mismos, en quienes se llevaban a cabo esas cosas, la sombra de la nube, el camino del mar, el alimento espiritual del maná, y la bebida espiritual de la roca los encerraba en la esperanza y fe evangélica: ahora también, como siempre, en estos mismos del Nuevo y del Antiguo Testamento se hace la conexión por el Profeta, cuando dice, VERS. 25-28: Fueron vistos tus caminos, Dios, los caminos de mi Dios, del rey que está en el santo. Se adelantaron los príncipes unidos a los que cantan, en medio de jóvenes tamborileras. En las iglesias bendecid al Señor Dios de las fuentes de Israel. Allí Benjamín, el joven, en temor, los príncipes de Judá, sus líderes, los príncipes de Zabulón, los príncipes de Neftalí. En verdad, los caminos de Dios fueron vistos, cuando las aguas se congelaron, y él, precediéndolos en la columna de fuego y nube, secó el camino para el pueblo, cuando en medio de las tamborileras los jóvenes cantaron gloriosamente al Señor glorificado. Pero conocemos otros caminos del rey en el santo, cuando con las virtudes celestiales y las almas de los santos precediéndolo, en él se canta el salmo del primer día de la semana: Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el rey de la gloria. ¿Quién es este rey de la gloria? El Señor de los ejércitos, él es el rey de la gloria (Salmo XXIII, 9 y 10). Y estos también son los caminos de nuestro Dios y rey en el santo, cuando su entrada es precedida por tanta alegría de los coros celestiales.

28. Profecía de la elección de los Apóstoles, Pablo de la tribu de Benjamín, otros de Zabulón y Neftalí.---Pero porque lo que antes había sido prefigurado en el Faraón y en Israel, se cumplió en la derrota del diablo y de los suyos y en la salvación de todos los pueblos: el

profeta nos exhorta no a la confesión de la sinagoga, sino a la bendición de la Iglesia, en la cual se afirmaría que los caminos de Dios y del rey se han visto en lo santo, diciendo: En las Iglesias bendecid al Señor Dios desde las fuentes de Israel: recordando que desde los inicios de la ley y la sombra de los hechos ha fluido la doctrina de la Iglesia. Y para que no existiera ambigüedad entre las iglesias que bendicen; muestra quién sería este gran predicador de la esperanza evangélica, diciendo: Allí Benjamín, el joven, en temor; en las fuentes de la Iglesia Benjamín, el joven, permanecerá en temor; pues después de la consternación del temor, Pablo de la tribu de Benjamín fue elegido para el Evangelio de Cristo, dividiendo en la tarde las carnes devoradas en la mañana para la salvación (Gén. XLIX, 27). También muestra a los demás príncipes de Judá para que no sean ignorados: es decir, aquellos que serían elegidos por aquel que del retoño de Judá sería la expectativa de las naciones (Ibid., 10), revelando: Príncipes de Zabulón, príncipes de Neftalí. De estos, como declaran los Evangelios, comenzó la elección de los apóstoles, mostrando a estos príncipes de aquellos que se congregarían en las iglesias. Pues aunque de todas las tribus, para cada pueblo según la ley se han instituido príncipes: ahora, sin embargo, donde se declaraban los príncipes de la dispensación evangélica, solo se mencionaron los nombres de aquellas tribus de las cuales serían llamados. Pues nacida en los confines de Zabulón y Neftalí una gran luz después de la sombra de la muerte, de estos se constituyeron pescadores de hombres. Por lo tanto, solo eso se mencionó bajo el significado de la profecía de aquella universalidad de príncipes, que debía cumplirse con los mismos efectos de las cosas y la elección de los Apóstoles para la confirmación del Evangelio.

29. Se anhela la venida de Cristo.---Y porque estaban retenidos por la esperanza de tan grande expectación (pues no hay duda de que todos los santos y profetas desearon con anhelo celestial el tiempo de la bienaventuranza evangélica, como dice el Señor: En verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y oír lo que vosotros oís (Mateo XIII, 17)), se ora para que se cumpla aquello que tanto se desea, diciendo, VERS. 29 y 30: Manda, Dios, a tu poder, confirma, Dios, lo que has obrado en nosotros. Desde tu templo en Jerusalén te traerán los reyes ofrendas. Se distingue el significado de la inteligencia, para que no se infiltre nada confuso o ambiguo en lo que se dice. Manda, Dios, a tu poder: lo cual ciertamente se ha dicho contra el sentido humano y el uso de la costumbre natural. Pues no parece que alguien mande algo a su poder, porque a través de él reside el efecto del poder interno: y como todo se hace por el poder, no se considera que se suela mandar algo al mismo poder para que se haga. Sin embargo, la virtud de Dios y la sabiduría de Dios es el Señor Jesucristo, quien recibió el mandato del Padre de poner su vida y volverla a tomar (Juan X, 18). Por lo tanto, no parece dicho contra el sentido común de la inteligencia, aunque se ha mencionado con la propiedad de la ciencia profética, que Dios mande a su poder, es decir, a su unigénito, que es también el poder de Dios. Luego, porque en Dios no cae la nueva y repentina ejecución de cosas inesperadas, cuya ciencia no escapan a lo que ha de hacerse, porque su naturaleza abarca con el poder de su virtud todo lo que será; ahora el Profeta pide que se confirme lo que ya el mismo Dios ha obrado en nosotros, según aquello del Apóstol: Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales: en quien también nos eligió antes de la constitución del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados en él (Efesios I, 3 y ss.). Así pues, Dios, que según el Profeta hizo lo que ha de venir, aquello que ya antes de la constitución del mundo ha obrado en nosotros por la definición de lo que ha de hacerse, lo ha confirmado en el Señor (Isaías XLV, 11, según los LXX).

30. El templo, al que los reyes llevan ofrendas a Dios. — Y lo que esto significa, el orden de las palabras lo continúa: Desde tu templo en Jerusalén, los reyes te llevarán ofrendas. El

templo en Jerusalén es donde se ofrecían los sacrificios legítimos: pero ahora, desde el templo en Jerusalén, los reyes deben llevar ofrendas. Esto ciertamente va en contra del significado de los lugares y la lógica de los hechos: que desde allí, donde más debería llevarse, es decir, desde el templo, se deben ofrecer ofrendas. Pero porque aquella Jerusalén celestial es nuestra madre, y de los primogénitos inscritos, y de la asamblea de los que se congregan (Hebreos XII, 22), y todo renacido en Cristo es templo de Dios, especialmente donde no debe reinar más la muerte, sino la vida; y quien es rey de sí mismo, de quien antes fue siervo, del pecado, ofreciéndose a sí mismo como sacrificio vivo, racional y agradable a Dios: entonces, desde este templo, es decir, desde esta santa morada de su cuerpo, en aquella asamblea de ángeles congregados, es decir, en aquella Jerusalén celestial, si hay reyes, es decir, quienes ya no sirven al pecado, se ofrecerán a sí mismos a Dios como ofrenda.

31. 236 Concilio de los toros. Fieras del bosque probadas con plata.---Porque el Israel carnal, al apropiarse exclusivamente de la misericordia de Dios, parece defender que es un privilegio solo suyo; el profeta inmediatamente añade, VERS. 31: Reprende a las fieras del bosque, al concilio de los toros entre las vacas de los pueblos; para que no sean excluidos aquellos que han sido probados con plata: dispersa a las naciones que desean la guerra. Se sabe por los libros que las vacas eran adoradas en Samaria. Los príncipes de este pueblo, que ya no son pueblo sino líderes de rebaños, es un discurso profético, cuando se dice en persona del Señor: Toros gordos me han rodeado (Salmo XXI, 13). Las fieras del bosque deben entenderse como la representación de las maldades espirituales que deambulan sobre la cabeza en sus pecados, según aquello: La ha devastado el jabalí del bosque, y la fiera solitaria la ha devorado (Salmo LXXIX, 14). En este lugar se significa tanto la inmensidad como la fuerza del mismo príncipe del mundo, es decir, de Satanás. Por lo tanto, el Profeta ahora pide que se reprenda a estas fieras del bosque o a este concilio de toros entre las vacas de los pueblos: para que no sean excluidos aquellos que han sido probados con plata. Los probados con plata son aquellos que, refinados como la plata y cocidos en el fuego de todas las pasiones, ya resplandecen inmaculados y sin mezcla de la suciedad terrenal.

32. A los elegidos de Dios se les desea conocimiento y paz.---Pues cuando el discurso profético anuncia la fe de las naciones, y reprende muy a menudo la voluntad perversa de este pueblo que provoca, y ya la salvación de Dios es conocida por todos y en todos, y esto se sabe por el conocimiento de la disposición de Dios: con la impiedad del pueblo reprochada, todos los santos son llamados a la esperanza del reino celestial (Porque no es Dios solo de los judíos, ¿acaso no es también de los gentiles? Sí, también de los gentiles: Porque uno es Dios, que justificará la circuncisión por la fe, y la incircuncisión mediante la fe (Rom. III, 29, 30); después de haber reprendido a aquellos que merecieron ser príncipes de Sodoma y príncipes de Gomorra; entonces el conocimiento de Dios y la ciencia fluyeron hacia las naciones, y ya no están retenidos en el error ni en la contradicción de la ignorancia. Reprendiendo a las fieras de los bosques, a las asambleas de toros y a las vacas de los pueblos, condena a aquellos que aún persisten en odios perpetuos de infidelidad contra la esperanza y la salvación de las naciones, diciendo: Dispersa a las naciones que desean la guerra. Porque el Señor ha pacificado todo en el cielo y en la tierra y según el Apóstol (Colosenses I, 20; II Cor., V, 29), Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo mismo. Por lo tanto, anuncia la dispersión de aquellas naciones que rechazan el pacto de la paz celestial, y que prefieren las guerras de disensiones, bajo la congregación de diversas naciones.

33. Casi toda Egipto fiel, bautismo, ministerio apostólico.---Pues para la conservación y unión de todo el sentido, reprendidas las asambleas de los toros y las fieras de los bosques, y dispersados los pueblos que desean la guerra, para que Israel no se arrogara ni presumiera

más; sometió, VERS. 32, 33: Vendrán embajadores de Egipto, Etiopía se adelantará a sus manos. A Dios los reinos de la tierra: cantad a Dios, salmodiad al Señor. Pues estas mismas cosas se cumplieron, ya sea con los Magos viniendo de Oriente, o entonces cuando el Espíritu Santo vino sobre los apóstoles en forma de fuego dividido. Porque allí se escribe que incluso de Egipto acudieron al conocimiento de la predicación evangélica, a quienes, anunciando la grandeza del don divino, como embajadores, Egipto casi en su totalidad ya es fiel. Etiopía, en cambio, se adelantó con la confesión de fe del eunuco de Candace; con su propia mano, mientras él mismo pedía la gracia del bautismo, diciendo: He aquí agua, ¿quién me prohíbe ser bautizado? (Hechos VIII, 36). Precediendo el mismo sacramento del bautismo con el deseo impaciente de su anhelo: de tal manera que exigía al diácono el ministerio del oficio apostólico por el deseo de su salvación. Y porque desde entonces la predicación del conocimiento divino brilló por casi todas las naciones; porque todos los reinos, aunque tarde, entenderán que el Señor Cristo es Dios, y toda lengua confesará que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre, anhela la consumación de este tiempo, diciendo: A Dios los reinos de la tierra: cantad a Dios, salmodiad al Señor. Evidentemente exhorta a todos a cantar a Dios y a salmodiar, ya sea porque se alegra con la salvación de todos con solicitud profética, o porque a todos los reinos que conocen a Dios les sigue la eternidad del reino celestial.

34. La divinidad de Cristo.---VERS. 34. Y como suele hacerse en otros casos, ahora también muestra a qué Dios y Señor se debe cantar y alabar, diciendo: Cantad a Dios, que asciende sobre el cielo de los cielos hacia el Oriente; he aquí que dará su voz, voz de poder. Es apropiado ahora pedir el honor del Dios que asciende sobre el cielo de los cielos hacia el Oriente: para que, ya que anteriormente se había significado su humildad, cuando ascendía sobre el ocaso o salía de la muerte; ahora, donde se sabe que no solo ha atravesado el cielo, sino el cielo de los cielos, no se ignore la eternidad de su divinidad y magnificencia. Hacia el Oriente, en efecto, porque él, según el profeta, es el Oriente desde lo alto (Luc. I, 78), para que se reconozca que ha regresado a donde había descendido y él mismo sea para los hombres el autor de este ascenso a la sede celestial.

35. Voz de la virtud. Resurrección de los cuerpos.---Pues el siguiente discurso significa precisamente eso, cuando se dice: He aquí que dará su voz, la voz de la virtud. En todo lo que realizó mientras permanecía en el cuerpo, dio la voz de la virtud; cuando le dice al paralítico: Levántate y anda (Mateo IX, 6); cuando llama a Lázaro del sepulcro (Juan XI, 43); cuando dice a Pedro y a los demás Apóstoles: Todo lo que atareis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo (Mateo XVIII, 16, 18). Esta es claramente una voz de virtud, conceder tanto poder a la debilidad humana. Pero sabemos que aún queda otra voz de virtud, de la cual él mismo dio testimonio, diciendo: En verdad, en verdad os digo, que viene la hora, y ahora es, en la que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios: y los que la oigan, vivirán (Juan V, 25). ¿Acaso puede haber otra voz de virtud mayor que la de reunir el polvo de los cuerpos disueltos en forma y solidez de miembros, y devolver la vida a los hombres y las almas, y cambiar la corrupción de la naturaleza débil por la incorruptibilidad de la naturaleza celestial? Esta es la verdadera y perfecta constancia de la esperanza humana, esta es la bondad absoluta de la magnificencia divina. Por lo cual exhorta a todos al honor de esta tan grande virtud diciendo: Dad honor a Dios: para que la alabanza de la inmortalidad recibida la refiramos al honor de aquel que es el autor de tan gran don para nosotros.

36. La resurrección de los cuales será gloriosa.---VERS. 35. Luego, para que ni el Israel carnal ni la totalidad de las naciones impías se atribuyeran a sí mismos estos méritos de piedad y conocimiento de Dios, a quienes se debía rendir este honor a Dios, lo muestra

diciendo: Sobre Israel su magnificencia, y su poder en las nubes: demostrando que sobre ese Israel habrá magnificencia futura, que ya existirá en comparación con las nubes espirituales, o que según el Apóstol merecerá ser arrebatado al encuentro de Cristo en las nubes (1 Tes. IV, 10, 16). Y por eso su poder está en las nubes: porque aquellos que, viviendo más allá del origen terrenal y mortal, se elevaron hacia el sentido celestial y la vida, por así decirlo, aérea, y elevados al encuentro se presentaron en las nubes, a estos les sería propio alegrarse en el poder y magnificencia de Dios (Frecuentemente recuerdo que a estas mismas nubes, como perfeccionadas por la razón y el conocimiento, se les ha ordenado no llover sobre la viña impía de Israel (Isa. V, 6), porque eran indignos de la santa palabra, aquellos que ya habían sido sitiados por espinas y abrojos, es decir, por los vicios terrenales). Pues aunque a todos se les debe usar la voz del poder para el nuevo origen de la resurrección, no a todos, sin embargo, se les ha preparado el honor glorioso de la resurrección, diciendo el Señor: No os maravilléis de esto, porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz: y saldrán los que hicieron el bien a la resurrección de vida, pero los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio (Juan V, 28 y 29). Y por eso sobre ese Israel está la magnificencia y el poder de Dios, que estará en las nubes: porque por la distinción de la vida inocente y la impía, la diversidad de la resurrección está diferenciada ya sea en vida o en juicio.

37. Unidad y inmortalidad de los bienaventurados con Dios.---Luego, el siguiente discurso designa lo mismo, diciendo: Dios es admirable en sus santos. En ellos, ciertamente, es admirable, a quienes resucitará para la vida eterna. Es admirable, además, cuando les confiera toda la voluntad de su benevolencia, cuando los coloque dentro de la perfección de la gloria celestial: tal como oró al Padre por ellos, diciendo: Padre, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo; (Juan XVII, 24) o aquello: Para que todos sean uno (Ibid. 21), yo en ellos, y tú en mí (Ibid., 24). Por tanto, Dios es admirable en sus santos, a quienes, habiéndolos hecho conformes a la gloria de su cuerpo, los asumirá en la unidad de la majestad paterna a través de sí mismo, quien es mediador; mientras que en él el Padre es por naturaleza, y él, a su vez, por la sociedad de la carne está en nosotros: a quienes colocará para obtener el reino preparado para ellos antes de la constitución del mundo, a quienes, habiendo absorbido la muerte, les devolverá la vida inmortal y eterna. Pues ya no se tolerará la mutación y el trabajo de la vida humana por el crecimiento de los cuerpos, los alimentos de las comidas y los casos de enfermedades: sino que se otorgará la eternidad a todos, que, conteniéndose por la virtud de su propia naturaleza, es decir, que se alimenta y conserva a sí misma: y todos estarán seguros de ser eternos, (lo cual) ya no se sostendrán de otra parte, es decir, no desde fuera para la vida, sino de Dios, por quien resucitarán, y permanecerán inmortales y eternos. Y por eso el Profeta concluyó estos sacramentos de la esperanza humana con la fe de tal confesión, VERS. 36: Dios es admirable en sus santos, el Dios de Israel mismo dará poder y fortaleza a su pueblo, bendito sea Dios. Así, Dios da poder y fortaleza a su pueblo, que, hecho inmortal, se contiene dentro de la vida y la virtud, y despojado del cuerpo, se reviste de honor celestial: para que, expulsada toda corrupción e infirmidad, bendiga a Dios con la alabanza de su eternidad, por su unigénito y primogénito Dios y Señor nuestro Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 68.

Al director, para aquellos que serán transformados, Salmo de David.

(Hil. Sálvame.) Sálvame, Dios, porque las aguas han llegado hasta mi alma. Estoy hundido en el lodo del abismo, y no hay sustento. He llegado a la profundidad del mar, y la tempestad me ha sumergido. Me he cansado de clamar, se han vuelto roncas mis gargantas: han desfallecido

mis ojos, mientras espero en mi Dios. Se han multiplicado más que los cabellos de mi cabeza los que me odian sin causa. Se han fortalecido los que me persiguen injustamente, mis enemigos: lo que no robé, entonces me vi obligado a devolver. Dios, tú conoces mi insensatez, y mis delitos no están ocultos ante ti. No se confundan por mí los que esperan en ti, Señor de los ejércitos: no se avergüencen por mí los que te buscan, Dios de Israel. Porque por ti he soportado el oprobio, la vergüenza ha cubierto mi rostro. Me he convertido en extraño para mis hermanos, y en extranjero para los hijos de mi madre: porque el celo de tu casa me ha consumido, y los oprobios de los que te ultrajan han caído sobre mí. Y cubrí mi alma con ayuno, y se convirtió en oprobio para mí. Y vestí mi ropa de saco, y me convertí en proverbio para ellos. Contra mí murmuraban los que se sentaban en la puerta, y de mí cantaban los que bebían vino. Pero yo, mi oración es para ti, Señor, en el tiempo de tu beneplácito, Dios. En la multitud de tu misericordia, escúchame, en la verdad de tu salvación. Líbrame del lodo para que no quede atrapado, y de la profundidad de las aguas. No me sumerja la tempestad de agua, ni me trague el abismo, ni el pozo cierre su boca sobre mí. Escúchame, Señor, porque es dulce tu misericordia para mí: según la multitud de tu misericordia, mírame. No apartes tu rostro de tu siervo: porque estoy atribulado, escúchame rápidamente. Atiende a mi alma, y líbrala: por mis enemigos, sálvame. Porque tú conoces mi oprobio, mi confusión y mi vergüenza, ante ti están todos los que me afligen: el oprobio ha quebrantado mi corazón y la miseria. Y esperé a quien se compadeciera, y no hubo: y a quien me consolara, y no encontré. Y pusieron hiel en mi comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre. Que su mesa se convierta ante ellos en trampa, y en retribución, y en escándalo. Que se oscurezcan sus ojos para que no vean, y su espalda encorva perpetuamente. Derrama sobre ellos tu ira, y el furor de tu ira los alcance. Que su morada quede desierta, y en sus tiendas no haya quien habite: porque persiguieron a quien tú heriste, y añadieron al dolor de mis heridas. Añade iniquidad sobre su iniquidad: y no entren en tu justicia. Sean borrados del libro de los vivientes, y no sean inscritos con los justos. Yo soy pobre y doliente, y la salvación de tu rostro, Dios, me ha acogido. Alabaré el nombre de Dios con cántico, y lo magnificaré con alabanza: y agradará a Dios más que un novillo joven, que produce cuernos y pezuñas. Vean los pobres, y alégrense: busquen a Dios, y vivirá su alma: porque el Señor ha escuchado al pobre, y no ha despreciado a sus cautivos. Alábenlo los cielos y la tierra, el mar y todo lo que se mueve en él: porque el Señor salvará a Sion, y se edificarán las ciudades de Judá, y habitarán en ella, y heredarán la tierra. Y la descendencia de sus siervos la poseerá: y los que aman su nombre, habitarán en ella.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. El salmo es sobre Cristo; sobre su pasión.---VERS. 1. Este es el tercer salmo para aquellos que serán transformados: aunque no abarca nada bajo la conmemoración de la historia, como hemos tratado en el quincuagésimo y noveno, ni ha presentado algo propio en el encabezado, como en el cuadragésimo cuarto donde se preanota, Cántico para el amado (Sal. XLIV, 1): sin embargo, en lo que no es de aquel David, sino que se prescribe como salmo para aquel David al final; se debe entender que la profecía se refiere más bien a aquel David, que es tanto el oriente como el justo y el fin de la ley. Pues por eso se enseña que el salmo no fue cantado por él, sino en él. En aquellos que serán transformados, hemos enseñado que se significan los fieles de la esperanza evangélica (En el salmo LIX, n. 2), quienes, ya sea desde la observancia de la ley o desde la impiedad gentil, han sido transformados al conocimiento de Dios, floreciendo como renacidos en el resplandor de la eternidad incorrupta; lo cual se tratará al final del salmo. No hay duda de que el salmo mismo contiene el sacramento de la pasión del Señor. Pues además del apóstol Juan (XIX, 28), quien testificó que en la bebida de vinagre se cumplía la consumación de las Escrituras, cuando también se asumió que esto fue

dicho bajo la remembranza de los apóstoles: El celo de tu casa me consume (Ibid. II, 17); elimina la ambigüedad y confirma que todo lo dicho y hecho debe referirse a él. Habiendo experimentado así la suerte de todas las pasiones humanas, habla según nuestras debilidades asumidas: y aunque él mismo está fuera de la necesidad y el temor y el dolor, se acomoda a lo que ha asumido: para que, habiendo nacido hombre de nuestra carne, hablara con las quejas de nuestros dolores y la súplica de la debilidad. Comenzó así.

2. VERS. 2, 3. La ley de la muerte para todos. Cristo como hombre pide salvación.---Sálvame, Dios, porque las aguas han llegado hasta mi alma. Estoy hundido en el lodo profundo, y no hay sustancia. La muerte, como fin de la vida, está establecida para todos. ¿Y qué significa ahora esta oración que pide ser salvado, cuando la ley de la muerte está establecida para todos? La razón de esta súplica de salvación es que las aguas han llegado hasta el alma; y la posibilidad de que las aguas lleguen al alma se debe a que está hundido en el lodo profundo; y para quien está hundido en el lodo profundo no hay sustancia. Por lo tanto, ya que nadie pide lo que no espera (y nadie espera no morir), tal es con razón su oración, quien, aunque destinado a morir, no debía ser retenido por la muerte. La debilidad asumida tuvo el deber de pedir salvación, mientras que la conciencia de la divinidad mantuvo la esperanza de una salvación esperada en la muerte. Por lo tanto, ora para ser salvado quien también dijo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mateo 27,46).

3. Aguas, ¿qué?---Al entrar las aguas hasta el alma, se hacía sujeto a la muerte de cruz, ya que el ímpetu de todas las pasiones irrumpía hasta la muerte del alma. No hay duda de que en las aguas suelen significarse las persecuciones del pueblo y los movimientos de las naciones, cuando se dice: "Mi alma ha pasado por el torrente" (Salmo 123, 5), o aquello: "Y mi alma ha pasado por aguas inmensas" (Ibídem). También están las aguas que socavan la casa arenosa, empujándola hacia la caída y la ruina (Mateo 7, 27). Por lo tanto, estas aguas que ahora entran hasta el alma, lo obligaron a la súplica de la salvación que se debe orar.

4. Cristo, de quien provienen la muerte y la pasión. La exinanición de Dios. Dios y hombre unidos en Cristo por qué fuerza.---La verdadera causa de estas pasiones no proviene de otra parte que de la asunción de la carne, y es virtud y poder. Pues el terror de nuestras debilidades no podía afectar a Dios aquí, ni podían manifestarse sino en la carne de nuestro cuerpo, como en una materia subyacente, las pasiones. Además, fue necesario asumir la naturaleza celestial (divina), para que, vaciándose de la forma de Dios, descendiera a la forma de siervo y hombre. Y por eso las aguas penetran hasta el alma: porque no es sustancia para él, al estar fijado en el lodo del abismo. No es que no fuera sustancia lo que se había asumido, sino que se había vaciado a sí mismo. De ninguna manera se privó de sí mismo, quien se vació a sí mismo: sin embargo, no parecía existir lo mismo que ya se había concedido al vaciarse en otra cosa. Por lo tanto, no es sustancia, por el hecho de estar fijado en el lodo del abismo. Pues el primer hombre es del lodo de la tierra: y el segundo Adán, descendiendo del cielo al profundo de este lodo, se fijó a sí mismo como viniendo de lo alto. Vaciándose, pues, él, a quien no le era sustancia, no solo descendió hasta las profundidades de la carne, sino también hasta las profundidades de la muerte, y todo el terror de la tempestad que se desata sobre nosotros recayó sobre él. Pues al fijarse, contra la diversidad de la naturaleza celestial y terrenal, en este lodo por la virtud de su poder; porque las cosas que por naturaleza disienten, no se unen por la proximidad de su género a una cierta solidez de su conexión, sino que se asocian como fijadas por una fuerza superior: entonces comenzó a sufrir y a poder morir, descendiendo a los infiernos por la ocasión de la muerte.

5. Profecía de la muerte de Cristo. Con qué palabras la Escritura expresa el lugar de la muerte.---Sigue: He llegado a la profundidad del mar, y la tempestad me ha sumergido. Aquel imitador tanto de la muerte como del tiempo del Señor, Jonás, sumergido en el mar y acogido por el cetáceo, testifica que no se encontraba tanto en el mar como en el infierno: Clamé en mi angustia a mi Dios, y escuchó desde el vientre del infierno mis clamores (Jonás II, 3). Y aunque el cetáceo lo había tragado como una imagen de la muerte infernal, dice: Mi cabeza entró en las grietas de las rocas, descendí a la tierra cuyas cerraduras son tenaces y eternas. También al santo Job, después de aquella gloriosísima batalla de todas las pasiones, cuando ya era digno del discurso divino y del conocimiento de la naturaleza, después de haber roto las puertas del mar dentro de sí, y los terrores rugientes en el vientre de su madre, el Señor le reveló nuevamente lo que se significaba en el mar, diciendo: ¿Has llegado a las fuentes del abismo, o has caminado en las huellas del mar? ¿Se abren ante ti por temor las puertas de la muerte? (Job XXXVIII, 16, 17), indicando que en las huellas del mar, como en la profundidad o altura del mar, están las puertas de la muerte. Pues siendo las profundidades del mar inferiores a la tierra, es necesario que en la profundidad del mar, es decir, en lo inferior, se muestre la sede de la muerte. Llegando, por tanto, a esta profundidad del mar, fue sumergido por la tempestad, de la cual en el salmo anterior así se recuerda, diciendo: Todas tus olas y tus ondas han pasado sobre mí (Salmo XLI, 8). Pero también aquel, como dije, imitador de la muerte del Señor, a quien el inmenso cetáceo de este mar vomitó de las cerraduras tenaces y eternas de la tierra, se quejó de manera no disímil: Todas tus olas y tus ondas pasaban sobre mí (Jonás II, 4). Llegando, pues, hasta la profundidad de la muerte, fue sumergido por la tempestad de la misma muerte, y fue abatido por las tormentas de las virtudes adversarias.

6. Clamor de Cristo. Por qué razón.---Sin embargo, no permaneció en silencio ante aquellos que se entregarían al diablo como instrumentos de pecado (ya que a veces reprochó los planes de su propia muerte, y de pie en el templo a menudo clamó, y frecuentemente alzó sus ojos a Dios, para que se entendiera que en cada una de sus obras divinas miraba al Padre; por lo cual sigue, VERS. 4: Me he cansado de clamar, se han vuelto roncas mis fauces: han desfallecido mis ojos, mientras espero en mi Dios. Al asumir nuestras debilidades y cargar con los pecados, habló con el uso y la costumbre del cansancio humano: pues quien a menudo se ha entregado al sueño y al cansancio, incluso hasta la necesidad de sed y hambre. Así, sus fauces están roncas, y sus ojos desfallecidos. Enseñó que la causa de su gran clamor y de la elevación de sus ojos era esta, porque esperaba en Dios, ya sea cuando clama diciendo: Quien cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me envió (Juan XII, 44): o cuando, a punto de clamar a Lázaro con gran voz, alzó sus ojos y dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado (Ibid. XI, 41).

7. El número de los que odian, ¿por qué es mayor que los cabellos? Cuán gratuitamente odian.---Pero, ya sea que testifique la magnificencia del nombre paterno, o que emprenda la obra de la salvación humana, los odios hacia él se multiplican en vano. Pues sigue, VERS. 5: Se han multiplicado más que los cabellos de mi cabeza, los que me odian sin causa. Se han fortalecido los que me persiguen, mis enemigos injustamente, lo que no robé entonces se me exigía pagar. El número de los que odian es múltiple más allá de los cabellos de la cabeza: ya sea por la copiosa multitud de impíos, ya sea porque son indignos del cuidado de Dios (pues sabemos que los cabellos de los Apóstoles, porque tanto cuidado tiene Dios de ellos, están contados [Mat. X, 30]), ya sea porque el número de infieles es mayor que el de fieles. Pues así como el adorno de la cabeza está en los cabellos, y en el adorno de los Apóstoles está todo el ornato de la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo. Sobre este adorno de su cabeza, está la multitud de los que odian. Sin embargo, lo odian gratuitamente, es decir, sin tener causa de

odio. Y los enemigos, fortaleciéndose, lo persiguieron injustamente. Pues no había cometido pecado, ni había engaño en él: y por eso lo que no había robado, entonces se le exigía pagar. Pues aunque no era deudor de muerte ni de pecado, era tenido como deudor de pecado y muerte, por aquellos que en él manifestaban la ley del pecado que está en nuestros miembros. Porque condenó el pecado en la carne por el pecado (Rom. VIII, 3).

8. La necedad de Cristo es la cruz. El fruto de esto es la expectativa del justo.---En esto, porque cumplía un gran designio de la sabiduría divina, y la muerte en la cruz de Dios parecía necedad a las naciones, había en ello una gran expectativa de esperanza celestial y terrenal; añadió, VERS. 6 y 7: Dios, tú conoces mi insensatez, y mis delitos no están ocultos para ti. No se confundan por mí los que esperan en ti, Señor de los ejércitos: no se avergüencen por mí los que te buscan, Dios de Israel. Dios es consciente de su insensatez, y sus delitos no están ocultos para él: es decir, las penas de la insensatez y de los delitos, que no había cometido, se le exigía pagar. Hasta la necedad de la cruz (es decir, porque es necedad para las naciones que nuestros pecados sean asumidos así), como pecador y necio es atormentado gratuitamente e injustamente. Pero porque asumió la necedad y los delitos por nuestra sabiduría y vida, para juzgar al príncipe del siglo y condenar el pecado en la carne (cuando en sí mismo, en la carne de su cuerpo, en la cual no se podía encontrar pecado, según lo que dice: He aquí que viene el príncipe del mundo, y no encontrará en mí nada (Juan XIV, 50), viniendo aquí el príncipe del mundo, y no encontrando nada, sin embargo, ejerció la pena del pecado, es decir, el derecho de la muerte; por lo cual el autor de la muerte humana, porque intentó la muerte en el autor de la vida, que no conocía pecado, es juzgado: y esta fue la expectativa de los santos, que toda carne fuera redimida en Cristo, para que en él existieran las primicias de la resurrección eterna): ruega que no se confundan en él los que esperan en el Señor, ni los que buscan al Dios de Israel se avergüencen por él: porque el tiempo de asumir la carne por él es deseado, según aquello: Muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y oír lo que vosotros oís (Mateo XIII, 17). Por tanto, ruega que no permanezca en él nada débil o frágil: para que la debilidad del cuerpo y de la carne no confunda la esperanza de los que esperan. Porque por él y en él toda nuestra expectativa hacia Dios es. Viniendo, pues, en el cuerpo, ora para que en él no se confunda la esperanza de los santos.

9. La debilidad de Cristo es asumida, no natural. Ninguna necesidad de pecado existe en nadie.---Sin embargo, el hecho de que haya asumido nuestras debilidades para la salvación del género humano por voluntad del Padre, porque no vino para hacer su propia voluntad, sino la voluntad de aquel que lo envió, el Padre (Juan VI, 38); ahora también lo declara a través de lo que está sujeto, VERS. 8-10: Porque por ti he soportado el oprobio, la reverencia cubrió mi rostro. Me he convertido en un extraño para mis hermanos, y un huésped para los hijos de mi madre: porque el celo de tu casa me ha consumido. No hubo, por tanto, en el unigénito de Dios una debilidad natural, sino asumida: porque por él recibió estos oprobios de las pasiones. Aunque tampoco en las naturalezas humanas existe alguna necesidad de pecado; sino que por el apetito de la voluntad y el deleite de los vicios se toma el uso del pecado. Y por eso el Señor muestra que no se apoderó de lo que se le reclamaba para liberar: porque lo que es deseado contra la naturaleza es arrebatado, y todos los que van a liberar pagarán hasta el último cuadrante de tales deudas (Mateo V, 26): y por esto, en el precepto de la oración dominical, suplicamos que se nos perdonen las deudas. Soportó, por tanto, el oprobio por Dios, mientras asume un cuerpo ajeno a su naturaleza, mientras, según el Apóstol (II Cor. V, 20), el Padre hace que aquel que no conoció pecado sea pecado, mientras se hace obediente hasta la muerte de cruz, mientras se le reprocha que salvando a otros no se salve a sí mismo, mientras soporta las injurias de los escupitajos y las bofetadas (Ver lib. X de Trin., n. 46).

10. Quien se separa de nosotros. Su celo.---Cubierto, pues, de esta vergüenza por Dios, se vuelve extraño a sus hermanos y se convierte en huésped de los hijos de su madre, es decir, se aleja de los vicios de aquellos que, según la carne, eran sus parientes; cuando, al entrar en el templo, vuelca las mesas de los cambistas (Juan 2, 15), cuando prohíbe el mercado de ovejas y bueyes, cuando reprocha a los que venden palomas por haber hecho de la casa de su Padre una casa de comercio. Porque, impulsado por el celo de la casa de Dios, hizo estas cosas. Esta es, sin embargo, una indignación de amor piadoso, de modo que nos conmuevan las afrentas de aquellos a quienes amamos, como si un celo ardiente nos moviera. Pues con este celo por la casa profanada, como el Evangelio (como enseñé anteriormente) ha testificado, expulsó del templo a toda la multitud de compradores y vendedores. Y es loable haber complacido al celo de Dios incluso hasta la severidad y el fin de la muerte.

11. Él mismo provocó los insultos.---Por esta indignación de las pasiones reprochadas, se acumularon sobre él todos los insultos. Cualesquiera que sean las injurias que suelen dirigirse a los impíos, estas se le atribuyeron a él: se le llamó blasfemo, samaritano, Beelzebub, y que tenía un demonio (Juan VIII, 48). Pues añadió: Y los insultos de los que te insultan cayeron sobre mí. El oprobio de la blasfemia se le atribuye más bien a quien ofende a Dios; así como la infamia del demonio es propia de quien está alejado de Dios. Y como todo esto se le reprochó por el celo de la casa de Dios, los insultos de aquellos que insultan a Dios se acumulan sobre él. Y de esto, el Apóstol escribiendo a los Romanos (XV, 3) recuerda bajo esta significación con inteligencia.

12. Y las obras de Cristo son criticadas por toda clase de hombres. ¿Por qué lloró al resucitar a Lázaro? Incluso la misma abstinencia del ayuno se convierte en motivo de reproche, cuando es tentado por el diablo, cuando es colocado en el pináculo del templo, cuando es llevado a la cima de un monte, y finalmente cuando es tentado a adorar a Satanás con la promesa de todos los reinos del mundo. A veces llora, gime y se entristece (Mat. IV, 1, etc.), y esto mismo se atribuye como ejemplo de debilidad. En definitiva, para toda clase de hombres se convierte tanto en objeto de crítica como de canto. Incluso aquellos que se sientan en las puertas para pedir limosna murmuran y critican: y en su embriaguez cantan salmos. Todo esto, ya sea según la verdad de los hechos o según el modo de la costumbre humana, se lamenta de que le haya sucedido. VERS. 11-13. Y cubrí mi alma con ayuno, y se convirtió en oprobio para mí. Y vestí mi ropa de saco, y me convertí en una parábola para ellos. Contra mí murmuraban los que se sentaban en la puerta, y sobre mí cantaban salmos los que bebían vino. Así, el ayuno fue para él un oprobio: porque por el oprobio de tener hambre fue tentado hasta la afrenta de adorar a Satanás (Mat. IV, 9). La vestidura de saco es un hábito de luto. Todo afecto de luto se manifiesta en el llanto. Y cuando iba a resucitar a Lázaro, lloró por la incredulidad del género humano: pues en el hábito de luto, se significa el afecto de llorar. Pero el hecho de que no lloró por Lázaro, cuya muerte incluso alegraba (Juan XI, 15), a quien iba a resucitar de entre los muertos, lo declara todo el discurso del Evangelio. Pero al llorar en la obra misma de la resurrección, cuando no habría fe en la resurrección futura, su llanto se convirtió en una parábola, de modo que entonces se dijo que había ofrecido una lección de su amor por Lázaro al llorar: y hoy muchos lo acusan de débil porque lloró (V. lib. X de Trin., n. 24 y 25). En los ebrios que cantan salmos, y en aquellos que se sientan en la puerta criticando, se enseña que las afrentas de todos los débiles hacia él se manifiestan a través de esta costumbre popular. Además, es evidente que ningún tipo de hombre guardó silencio sobre él, tanto que se escribe que Cleofás respondió así a quien, como si fuera ignorante de los hechos, preguntaba la causa de la conversación: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no ha conocido lo que ha

sucedido en estos días? (Luc. XXIV, 18). Pues es asombroso que uno ignore lo que todos conocen.

13. La oración de Cristo.---Pero entre todas estas calumnias e injurias sobre Él, realizaba los sacramentos de la salvación humana: y suplica a Dios la salvación para el hombre que había asumido. Pues sigue, VERS. 14---16: Pero yo, en mi oración a ti, Señor, en el tiempo de tu beneplácito, Dios. En la multitud de tu misericordia, escúchame, en la verdad de tu salvación. Líbrame del lodo, para que no quede atrapado, y líbrame de los que me odian, y de las profundidades de las aguas. Que no me sumerja la tempestad de las aguas, ni me trague el abismo, ni el pozo cierre su boca sobre mí. Mientras los demás están atentos a sus injurias y afrentas, Él está completamente dirigido a Dios en su oración; llevando en sí nuestras debilidades asumidas, pero en estas, con las que es afectado, lleva a cabo el don de la misericordia celestial hacia nosotros: y no tomando esto a disgusto, muestra que en la multitud de la misericordia es el tiempo del beneplácito de Dios. En este tiempo de beneplácito, por tanto, ruega: porque no ignora esta profecía del Padre sobre Él, reconocida también por el Apóstol Pablo: En el tiempo aceptable te escuché (II Cor. VI, 2; Isa. XLIX, 8).

14. El mal no proviene de sí mismo, sino del vicio humano. El tiempo propicio es lo que Cristo ha otorgado al mundo. Todas las cosas deben ser entendidas como agradables a Dios por la magnificencia de sus obras: y cuando en el Génesis se escribe: Y vio Dios que eran buenas (Gén. I, 31), no se deja ningún defecto en las criaturas. Pues aunque algunas cosas han sido corrompidas por las maldades del ingenio humano, como los venenos a partir de remedios, la espada a partir del hierro, la conflagración a partir del fuego, la indigestión a partir de los alimentos, la embriaguez a partir del vino, y finalmente las mismas partes y miembros del cuerpo, formados para usos naturales y útiles, se han convertido en instrumentos de vicios y crímenes; y aunque todas las cosas sean agradables a Dios, este es el tiempo propicio en el que el unigénito Dios, en la sangre de nuestro cuerpo, como si reconciliara todas las cosas en los cielos y en la tierra con Dios, que estaban enemistadas y discordantes: cuando aquella multiforme Sabiduría de Dios, oculta en otros tiempos y desconocida para los príncipes y magistrados del siglo, sería revelada para alabanza de la gloria de Dios (Col. I, 20; Efes. III, 5, 9 y 10), cuando las naciones se convertirían en coherederas, concorporales y copartícipes con Cristo; cuando en él todas las virtudes adversas a Dios serían deshonradas; cuando la muerte, después de haber actuado en Dios, cesaría; cuando la ley del pecado que está en nuestra carne sería eliminada; cuando toda la creación, gimiendo, esperaría la revelación de los hijos de Dios; cuando en la pasión del unigénito de Dios se consumaría el efecto de todas las causas y orígenes antes de la constitución del mundo, juzgando al príncipe del siglo, redimiendo al hombre de la ley del pecado, liberando a las criaturas de la vanidad de la corrupción a la que servían, condenando a las maldades espirituales con la muerte del Señor, alabando a Dios en todo y por todos con el don de la eternidad y la claridad de nuestra inmortalidad. Todo esto lo ha cumplido la virtud de la resurrección: porque al ser las primicias de entre los muertos, al ser apartada la muerte del género humano, se decretó la pena de muerte eterna para los autores de la muerte. En sí mismo, con confianza, triunfó sobre los principados y potestades deshonrados.

15. La incorruptibilidad de Cristo y las dos naturalezas. El pozo infernal.---Y por eso, después de la manifestación del tiempo del beneplácito, toda oración de verdadera salvación debe ser dirigida: para que se entienda esa misma verdad de salvación que se espera de la resurrección. Luego, quien estuviera hundido en el lodo del abismo, ruega para no quedar adherido al barro, según aquello: Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea corrupción (Salmo XV, 10). Pues quien es de la tierra, a la tierra de donde fue

tomado volverá (Gén. III, 19), quedará adherido al barro y al lodo en el que está hundido, disuelto en el origen de su naturaleza, es decir, del cuerpo. También suplica ser liberado de los que lo odian, y de las aguas profundas: porque hasta su alma, es decir, hasta la pasión, han irrumpido los odios de los perseguidores. Al llegar a la altura del mar, y sumergido por la tempestad, ora ahora para no ser sumergido: para que sea una profesión de la debilidad asumida de nuestra parte, cuando confiesa estar sumergido: ahora bien, es una confianza en la salvación consciente en sí mismo, cuando ora para que la tempestad de las aguas no lo sumerja. Pues no es de la misma naturaleza estar ya sumergido y orar para no ser sumergido: sino de aquella que, aunque sumergida por el cuerpo, no debe ser retenida por el espíritu. Y por eso ahora ruega para no ser absorbido por el abismo, ni que el pozo cierre su boca sobre él. En el pozo se significa la sede de la muerte infernal, y otro salmo es testigo de ello, cuando se dice: Tú, Señor, los llevarás al pozo de la destrucción (Salmo LIV, 24), demostrando que este profundo y abismal pozo significa la tierra infernal. Por lo tanto, pide que el pozo no cierre su boca sobre él. Es imposible que el Dios de la vida sea retenido por las puertas del infierno.

16. Que Cristo, además de ser hombre, manifieste algo más.---VERS. 17---19. Y para que en el hecho de haber asumido la muerte de nuestra debilidad, no se entristeciera según la necesidad humana por la amargura de la muerte; por eso añadió: Escúchame, Señor, porque tu misericordia es dulce para mí: según la multitud de tu misericordia, mírame. Esto es, en la multitud de la misericordia, el tiempo propicio, cuando Dios, compadeciéndose de la vida de todos los hombres, como Dios misericordioso, iba a otorgar la vida de entre los muertos. Pero, aunque testificaba que esta misericordia de Dios le era dulce, no relajaba la preocupación por la debilidad que había asumido de nosotros, diciendo: No apartes tu rostro de tu siervo, porque estoy atribulado, escúchame pronto. Atiende a mi alma y líbrala: por mis enemigos, sálvame. Todo lo sufre y lo dice como hombre. Pues por la asunción de la carne es también niño, según aquello: He aquí mi siervo a quien elegí, mi amado en quien se complace mi alma (Isaías XLII, 1); y pide ayuda rápida para su tribulación, y ruega que se atienda a su alma: para que, al atender Dios a ella, sea digna de ser liberada. Y esto, como nuestro hombre, obediente hasta la muerte de cruz, lo suplica. Pero cuando ruega ser liberado por causa de sus enemigos, excede la costumbre humana de esperanza y de comportamiento. Pues nadie desea ser salvado por alguna causa más que por la de su propia salvación: y es necesario que alguien desee ser liberado de los males para no ser afectado por ellos. Pero ahora pide ser liberado no por su propia causa, sino por sus enemigos, de aquellos por los que es afectado: porque estos enemigos serían deshonrados en él sufriendo, y triunfarían con confianza en él resucitando de entre los muertos.

17. Nada actúa o sufre por su propia causa. Anhela la pasión. Sacramento de la divina comunión.---Finalmente, enseña que no hace ni sufre nada por su propia causa, diciendo, VERS. 20, 21: Porque tú sabes mi afrenta, mi confusión y mi vergüenza; todos mis angustiadores están delante de ti. La afrenta ha esperado mi corazón y la miseria. No es una confesión diferente a la anterior, cuando dice: Dios, tú conoces mi insensatez, y mis delitos no están ocultos para ti. Pues, en contra del error de la opinión humana, esta debilidad asumida por él era más conocida por Dios que por ser natural. Y porque estas cosas debían ser soportadas por él a causa de sus enemigos, por las cuales velaba por la salvación y eternidad humanas; testifica el afecto de este tiempo de beneplácito, diciendo: La afrenta ha esperado mi corazón y la miseria; significando que las pasiones de este tiempo eran deseadas por él, según aquel sacramento de la divina comunión: Con deseo he deseado comer esto (Luc. XXII, 15): porque en estos deseos de su pasión consistía el efecto del tiempo de beneplácito.

18. El consuelo de nuestra fe es el de los que lloran. Cristo es la plenitud de la ley.---Pero al esperar sufrir para el progreso de nuestra salvación, también fue retenido por el deseo de otra expectativa. Pues sigue: Y esperé a quien llorara conmigo y no hubo; y a quien me consolara, y no encontré. No busca el consuelo de quien llora y consuela, sino la fe: para que si alguien viniendo de la ley, y entendiendo la profecía de todas estas pasiones, estuviera con él como en la consumación de la misma ley; para que después Pablo (Colosenses I, 24) completando las pasiones de Jesucristo, y sepultado con él en el bautismo, supiera que Cristo es el fin de la ley. Pues para la consumación de las pasiones humanas y de las palabras proféticas, que sería el fin de los hechos, es lo mismo que de las quejas. Pues sigue, VERS. 22: Y dieron en mi comida hiel, y en mi sed me dieron a beber vinagre. Pues estas cosas se cumplieron tal como están escritas. Pues los Evangelios testifican que le dieron hiel y le dieron a beber vinagre. Según Mateo (Mateo XXVII, 34) rechazó la hiel ofrecida; pero según Juan, para que bebiera vinagre, tuvo sed (Juan XIX, 28, etc.). El mismo lugar es mencionado con estas palabras: «Después de esto, Jesús, sabiendo que todo estaba consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: Tengo sed; y había allí una vasija llena de vinagre. Entonces, empapando una esponja en vinagre y poniéndola en un hisopo, se la ofrecieron a su boca. Cuando Jesús tomó el vinagre, dijo: Todo está consumado. Había venido a las ovejas perdidas de la casa de Israel, y esperando no tuvo quien lo consolara y llorara con él: no porque necesitara consuelo deseando sufrir y morir, sino quien llorara con él sobre la impiedad de todo el pueblo, y quien se consolara con la salvación misma del que lloraba con él: para que, habiendo todos cometido tan gran crimen, recibiera consuelo al menos en aquellos que serían salvados, según aquello: Y en sus siervos se consolará (Deuteronomio XXXII, 36): porque no creyendo Israel, las naciones creerían en él. Sin embargo, proféticamente no se escribe que tuviera sed, sino que dijo tener sed para que todo se cumpliera: porque todas nuestras debilidades que estaban en él no son naturales, sino asumidas. Luego, para que se supiera que había satisfecho la Escritura profética, al beber el vinagre testificó que todo estaba consumado: para que fuera la plenitud de la ley y de los profetas, quien consumaba la ley y los profetas.

19. Mesa de sacrificios. Mesa de conocimiento. Los judíos golpeados por la ceguera; oprimidos bajo el peso de la ley. Ahora bien, puesto que dentro de la consumación de la hiel ofrecida y del vinagre bebido, también debía cumplirse la profecía de toda la pasión; el discurso se refirió a lo que siguió a la impiedad de tan gran crimen, diciendo, VERS. 23, 24: Que su mesa se convierta ante ellos en trampa, y en captura y en retribución, y en escándalo. Que se oscurezcan sus ojos para que no vean, y su espalda se encorve perpetuamente. Que sea la mesa de sacrificios, para no hablar de la ley, que en sí misma encierra la figura del futuro, lo ha testificado el Apóstol (I Cor. X, 21), diciendo: No podéis ser partícipes de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios. Pero que sea la mesa de conocimiento, aunque se conoce en varios lugares, también debe entenderse en estas mismas palabras, el mismo bienaventurado Apóstol escribiendo a los Romanos es intérprete, cuando testifica que están cegados para que no entiendan nada (Rom. XI, 7 y 8). Esta mesa, por tanto, de donde se toma el alimento de la vida espiritual, se ha convertido ante ellos en trampa y en captura y en retribución y en escándalo: cuando las prescripciones de la ley o las voces de los profetas son tratadas por los hombres de la Iglesia para la revelación del consejo divino, cuando se muestra que el Dios unigénito, en la fe de la carne asumida, es adorado en la figura de hombre por Abraham y luchó con Jacob, cuando se anuncia que el príncipe que viene de Judá es la esperanza de las naciones, cuando en la simiente de Abraham serán bendecidas todas las patrias de las naciones, cuando el Señor del reino eterno es predicado del vientre de David, cuando, según Isaías (Isa. LIII, 7), el Señor es llevado como oveja al matadero, y no aparta las mejillas de las bofetadas ni el rostro de los escupitajos, cuando, según Jeremías, este es

nuestro Dios, quien, habiendo entregado todas las enseñanzas a su amado Israel, después fue visto en la tierra y convivió entre los hombres (Baruc. III, 36, etc.), cuando finalmente las palabras de todos los profetas coinciden sobre su advenimiento. Esta mesa de doctrina, o esta palabra de alimento vital, es trampa y captura y retribución y escándalo; cuando por nosotros se muestra que Dios es el de Jacob, quien por ellos fue crucificado. Esta es la retribución de tanta impiedad, que lo que para nosotros es la virtud de Dios, para ellos es escándalo. Pues aunque están atrapados y capturados por las escrituras, carecen de sentido de inteligencia: y por eso sus ojos están oscurecidos para que no vean, es decir, para que no contemplen la luz de la inteligencia; porque según el Evangelio: A todo el que tiene se le dará; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará (Mat. XXV, 29): indignos, evidentemente, de recibir el sentido y la luz de la inteligencia; y por eso, al no haber alcanzado el conocimiento de la libertad evangélica, todavía son oprimidos perpetuamente por el peso de la ley, para que soporten lo que no pueden sostener. Esto se significa en la espalda encorvada por la apariencia de las obras corporales.

20. La Ira de Dios.---254 Pero a esta ignorancia de su corazón cegado les sigue también otro castigo de la debida venganza. VERS. 25, 26. Derrama sobre ellos tu ira, y que el furor de tu ira los alcance. Que su morada quede desierta, y que en sus tiendas no haya quien habite. En la ira de Dios hemos tratado a menudo que se significa la constitución de las penas, no un movimiento del ánimo que se enciende con la voluntad de venganza (V. Tract. Ps. II, n. 16), que no se apresura a castigar de inmediato, sino que el castigo caiga sobre quien lo merece. Sin embargo, esta condena fue anunciada por todos los profetas a esta nación impía. Pues, una vez destruida y arrasada la ciudad, fueron eliminados, con aquel gloriosísimo culto del templo destruido y su ornamento retirado. Y por eso, con la morada desierta, en sus tiendas nadie habitó.

21. El crimen de los judíos y la causa de su castigo.---VERS. 27---29. Sin embargo, aún, según el incremento de la impiedad, la profecía también se extiende al castigo y la venganza. Porque persiguieron a quien tú heriste, y añadieron al dolor de mis heridas. Añade iniquidad sobre su iniquidad, y no entren en tu justicia. Sean borrados del libro de los vivientes, y no sean inscritos con los justos. Demostrando que la causa de añadir iniquidad sobre su iniquidad, y de rechazarlos para que no entren en la justicia, y de borrarlos del libro de los vivientes y no inscribirlos con los justos, es que persiguieron a quien Dios había herido, y añadieron al dolor de sus heridas lo que dolería.

22. Si al ser golpeado por Dios no se le golpea injustamente. El golpe de Dios es misericordioso. — Y tal vez no injustamente, aquellos a quienes Dios ha golpeado, parecen ser perseguidos. Y sobre estas cosas, que han sido golpeadas por Dios, es necesario considerar antes de tratar: para que se pueda entender en qué medida este golpe es saludable, y aquella persecución del golpeado es impía. El Señor golpeó a Sodoma y Gomorra, contaminadas y abominadas por los últimos crímenes (Gén. XIX, 24): y encuentro que a estas les ha aprovechado para la reconciliación con la misericordia el hecho de haber sido golpeadas; ya que será más tolerable para ellas en el día del juicio que para aquellas ciudades en las que el polvo de los pies de los Apóstoles fue sacudido (Mat. X, 15). También se sabe que la sinagoga de Datán y Abirón fue golpeada con una plaga muy digna (Núm. XVI, 32): pero en sus almas, aquellas cosas en las que más habían pecado, fueron santificadas por las obras. Y para no extenderme en cada uno de los muchos casos, ya que el Apóstol también entrega a la destrucción de la carne para la salvación del espíritu (I Cor. V, 5); el mismo Señor muestra lo que logra al golpear, diciendo: Mirad, mirad que yo soy, y no hay Dios

fuera de mí. Yo mataré, y yo daré vida; heriré, y yo sanaré (Deut. XXXII, 39): para mostrar que la causa de golpear procede de la causa de la sanación.

23. Cristo herido por Dios. También es herido por los judíos.---El Señor fue herido, asumiendo nuestros pecados y sufriendo por nosotros: para que, al ser herido hasta la debilidad de la cruz y la muerte, se nos devolviera la salud por la resurrección de entre los muertos. Él mismo testificó que fue herido, recordando a los discípulos esta declaración: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño (Mat. XXVI, 31; Zac. XIII, 7). Pero también el Apóstol confirma de manera no disímil el significado de esta declaración, diciendo: No perdonó a su propio Hijo amado (Rom. VIII, 32). No perdonó, por tanto, a su amado Hijo: a quien, aun sabiendo que los labradores de la viña lo matarían, envió (Mat. XXI, 37). Tampoco perdonó al primer hombre, Adán, hecho del barro de la tierra, a quien expulsó del paraíso después de la culpa, para que no permaneciera en la eternidad del castigo al tocar el árbol de la vida: para que, al asumir la naturaleza de su cuerpo el segundo Adán del cielo, y siendo herido con una muerte similar, lo devolviera de nuevo a la vida eterna ya sin la eternidad del castigo. A este, pues, herido así por Dios, lo persiguieron, añadiendo al dolor de las heridas el dolor de esta persecución. Porque por nosotros, según el profeta, sufre (Isaías LIII, 4); y por eso lo consideraron en dolores. Pues es sabido que después asumieron el odio a su nombre, compraron con dinero el silencio sobre la resurrección, y atormentaron a los Apóstoles con terrores e injurias. Y porque añadieron esto sobre el dolor de las heridas, se añadirá iniquidad sobre iniquidad.

24. Por lo tanto, los judíos fueron excluidos de la justicia de Dios, borrados del libro de los vivientes y no inscritos con los justos. La pena añadida a la iniquidad es que no entren en la justicia de Dios, es decir, que no se hagan concorporales y copartícipes de Cristo, quien para nosotros, según el Apóstol (I Cor. I, 30), ha sido hecho por Dios justicia, santificación y redención. Excluidos del ingreso a la justicia, es necesario que sean borrados del libro de los vivientes. Pues estaban inscritos en las bendiciones de Abraham, cuya descendencia sería tan numerosa como las estrellas del cielo y como la arena del mar en la orilla. Moisés, temiendo que todo el pueblo fuera borrado de ese libro, rogó que él mismo fuera borrado primero (Éxodo XXXII, 32), deseando, según creo, ser anatema por sus hermanos, como dice el Apóstol (Rom. IX, 3). Y porque, al añadir dolor de persecución sobre el dolor de las heridas, perdieron el recurso del arrepentimiento, fueron borrados del libro de los vivientes, y no merecieron ser inscritos con los justos: para que se pueda entender que hay un libro de los vivientes y otro libro de los justos. No hay duda de que están en el libro de los vivientes aquellos que, antes de conocer a Cristo, vivieron piadosamente en la ley y cumplieron todos los preceptos de la ley (Levítico XVIII, 5): sobre los cuales, según la ley, el apóstol Pablo enseñó así: Porque quien los haga, vivirá en ellos (Rom. X, 5). Son inscritos en el libro de los justos aquellos para quienes Cristo ha sido hecho justicia. Pues el justo vivirá por la fe (Gál. III, 11; Habacuc II, 4). Sobre este libro, el Señor habla a los apóstoles, diciendo: Regocijaos y alegraos, porque vuestros nombres están escritos en el cielo (Lucas X, 20). Y por eso hubo un doble significado en ser borrados del libro de los vivientes y no ser inscritos en el libro de los justos: porque después del libro de los vivientes, quedaría el libro de los justos. A los apóstoles, de aquí se les sugiere una gran causa de regocijo: porque es más estar inscritos en el libro de los justos que no ser borrados del libro de los vivientes (V. Tract. Salmo CXXXVIII, n. 34).

25. La naturaleza en un solo Cristo es doble; la humana ha sido elevada a la divina por la gloria. — Sin embargo, mantiene en sí el modo de confesión que debe estar en nosotros por la fe, de modo que en él se reconozca tanto la naturaleza del hombre como la naturaleza de

Dios. Pues viniendo en forma de siervo, se despojó de la forma de Dios. ¿Cómo pudo existir en forma de hombre, permaneciendo en la forma de Dios? Sin embargo, la forma de Dios no pudo ser abolida para que solo existiera la forma de siervo. Porque él mismo es quien se despoja de la forma de Dios y asume la forma de hombre: ya que esa despojo de la forma de Dios no es la destrucción de la naturaleza celestial (divina), ni la asunción de la forma de siervo es como la naturaleza de un origen y condición genuinos; ya que lo que se ha asumido no es una propiedad interior, sino una adición exterior: lo cual enseña con lo que sigue, diciendo, VERS. 30: Soy pobre y doliente; y la salvación de tu rostro, Dios, me ha acogido. Es pobre quien, según el Apóstol, siendo rico en todo, se empobreció a sí mismo para que nosotros fuésemos enriquecidos (II Cor. VIII, 9): es doliente quien, según el profeta, sufre por nosotros (Isa. LIII, 4). Pero a este pobre y doliente lo ha acogido la salvación que es el rostro de Dios. Forma, rostro, faz e imagen no difieren. Pues el sentido común es que se significa lo mismo en ambos. Por lo tanto, a este pobre lo acogió en la salvación del rostro de Dios, que es la forma de Dios, es decir, el hombre asumido por el Dios unigénito, que es la imagen del Dios invisible, lo colocó en la vida de su eternidad, que se entiende como la salvación en Dios. Porque toda lengua confesará que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre, es decir, el hombre asumido ha sido elevado a la naturaleza de la divinidad.

26. El sacrificio de alabanza en Cristo; se prefiere a las ofrendas de la ley. — Pero el fin de la ley y el sacrificio de alabanza es la confesión evangélica: de modo que, cesando la sangre de las ofrendas y la oblación, se prefiere el sacrificio de gracia y alabanza. Esto se continúa en aquel pobre y doliente que ha sido recibido en la salvación del rostro de Dios y de su forma, y sigue, VERS. 31 y 32: Alabaré tu nombre con un cántico, lo magnificaré con alabanza. Y agradará a Dios más que un novillo joven que produce cuernos y pezuñas. Por lo tanto, esta alabanza del nombre de Dios, y la magnificación de su alabanza, agradará más que un novillo joven (Levítico IV). Pues tal era ofrecido antes en la ley por el pecado; cuya edad se significa por el tierno crecimiento de las pezuñas y los cuernos. Agradará, pues, más que el novillo del pecado, el honor de la alabanza; según aquello, El sacrificio de alabanza me honrará, y allí el camino en el que le mostraré la salvación de Dios (Salmo XLIX, 23). Por lo tanto, el camino de mostrar la salvación de Dios es en el sacrificio de alabanza.

27. Causa de nuestra salvación.---Y el mismo salmo lo muestra en los versículos siguientes. Pues después de la magnífica alabanza sobre el novillo joven, añade, VERS. 33 y 34: Vean los pobres y alégrense. Buscad a Dios, y vivirá vuestra alma: porque el Señor ha escuchado al pobre, y no ha despreciado a sus cautivos. Este es el tiempo en que se alegrarán los que ven, cuyo sacrificio sea en alabanza: porque allí se mostrará la salvación de Dios. Y por eso Dios será buscado por ellos para la vida del alma. Pues ha prohibido temer al juez de la carne y del cuerpo: porque solo Dios puede enviar el alma al infierno (Mat. X, 28). La razón para buscar a Dios para la vida del alma es que Dios ha escuchado al pobre, aquel que se empobreció para que nosotros fuéramos enriquecidos, a quien acogió en la salvación de su rostro, en quien nos perdonó los pecados; no despreciando a sus cautivos, ya sean los que están cautivos de Cristo, como Pablo se gloría en sus cadenas (Efes. III, 1), o aquellos que Satanás mantenía cautivos por los pecados como un armado y poderoso (Luc. XI, 21); según aquello: Rompiste mis cadenas, te ofreceré sacrificio de alabanza (Sal. CXV, 16 y 17). Alégrense, pues, en lo que ven los pobres: porque está escrito: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3).

28. Todas las criaturas alaban a Dios por nuestra salvación.---Y porque, a aquellos que son pobres de espíritu y están establecidos en el reino de los cielos, toda criatura que gime y sufre debe ser liberada en la gloria de los hijos de Dios, no sometida a la vanidad por su propia

voluntad (Rom. VIII, 19 y ss.); ahora también, por los pobres que se alegran y buscan la vida, y por el pobre que ha sido escuchado, y los cautivos que no han sido despreciados, esa misma creación que espera la revelación de la gloria de los pobres es convocada para alabar a Dios, VERS. 35. Alábenle los cielos y la tierra, el mar y todo lo que se mueve en él: Bajo esta mención de los elementos se significa el sentido y la mente de todas las criaturas que serán liberadas: para que, cuando se dice cielo, tierra y mar, se reconozca que ante el Señor Jesucristo se doblará toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos. Pues en aquellos que se mueven en el mar (aunque en los acuáticos la natación es más natural que el reptar), se enseña sobre aquellos que habitan en los infiernos; ya que entendemos el abismo del mar como la sede del infierno.

29. La alabanza del cielo es motivo de alabanza. La fecundidad de la tierra.--- La razón por la cual el cielo, la tierra y el mar aún alaban a Dios se muestra diciendo, VERS. 36 y 37: Porque el Señor salvará a Sion, y se edificarán las ciudades de Judá. Y habitarán en ella, y heredarán la tierra. Y la descendencia de sus siervos la poseerá, y los que aman su nombre habitarán en ella. Toda alabanza surge de la admiración de las cosas. Pues algo parece digno de alabanza cuando la obra misma es tan magnífica y espléndida que contiene tanto la prudencia y virtud del que la realiza, como la belleza y utilidad de lo realizado. Lo que, por tanto, supera el sentido y la opinión del ingenio común, merece admiración y alabanza. Así, el cielo (se sobreentiende, merece alabanza) que está adornado y lleno con tal distinción, y conserva movimientos y cursos tan grandes con increíble constancia y variedad, de modo que modera y termina el año entre el invierno y el calor del verano con las estaciones templadas del otoño y la primavera. La tierra, que sombreada por las naturalezas superiores, o bien abarca en sí misma o recibe en su seno las semillas y las contiene, alimenta y fecunda, y según la naturaleza de cada género las consolida con uso y madurez. El mar, que a modo de nuestra vida, ahora animado por el aliento inhalado, ahora exhalado, se mantiene, y en tanta variedad de su movimiento se modera por las razones del incremento y disminución lunar, y con su profunda e infinita barrera excede la mente de la opinión humana, de modo que no podemos captar con el sentido ni lo que está fuera de él ni lo que está dentro. ¿En estas tan grandes y admirables virtudes de las cosas y naturalezas, en Dios, el hecho de que Sion esté a salvo y las ciudades de Judá sean edificadas, alabarán los cielos, la tierra y los mares? Obras humanas, ciertamente, caducas y que con el tiempo y la antigüedad se desvanecerán. Si el hecho de que sean construidas es digno de alabanza, ¿no sería más digno de alabanza que se conserven para que no sean destruidas?

30. No es por Sion ni por las ciudades terrenales que todo se mueve a la alabanza de Dios. No se convoca, por tanto, a estas máximas y más excelentes de todas las cosas, o más bien a aquellas por las cuales todas las cosas son contenidas y alimentadas, las naturalezas del mar, la tierra y el cielo, para la alabanza de obras casi vanas y ligeras: es decir, porque Sion ha sido salvada y las ciudades de Judea han sido edificadas, las cuales, después de la victoria de los babilonios y de Antíoco, también serían consumidas por la guerra del rey romano. Luego, esta misma sentencia pobre e impía es condenada por el conocimiento y la razón de la cosa común. Pues el discurso profético declara que las ciudades de Judea son edificadas para que habite en ella la Sion que ha sido salvada. ¿Y qué lugar hay aquí para la inteligencia según las construcciones humanas y las fábricas de las ciudades? ya que no hay alabanza alguna en construir estas que luego serán destruidas, ni la razón y la naturaleza permiten que las ciudades sean edificadas para que (ellas mismas, es decir, las ciudades) habiten una ciudad.

31. Sion, la observación. Sion, el cuerpo glorioso de Cristo.---Es, sin duda, una alabanza digna de Dios, que debe ser atribuida con la confesión del cielo, la tierra y el mar, que aquella

hija de Sion, que fue llevada a Jerusalén con tan gran compañía de los que iban delante y detrás, sea salvada por Dios: en la cual los ángeles desean contemplar, en la cual toda criatura gimiendo y sufriendo mira, en la cual contemplamos la gloria y alabanza de nuestra eternidad, en la cual permanecerán las ciudades de las iglesias edificadas. Sion, aunque es una colina unida al templo que estaba en Jerusalén, sin embargo, según la interpretación del hebreo al latín y al griego, se llama observación. En este cuerpo del Señor, que resucitó de entre los muertos, que se sentó a la derecha del poder, que está en la gloria del Padre, contemplamos nuestra esperanza y vida. Y porque toda la creación, que también será liberada en la misma revelación de nuestra claridad, la espera; la salvación de esta Sion es alabada bajo la significación del cielo, la tierra y el mar: porque todo en los cielos y en la tierra ha sido pacificado y reconciliado con Dios por medio de ella (Colosenses I, 20), porque en la gloria de la resurrección, cuya esperanza contemplamos en Él resucitado de entre los muertos, el pecado, la muerte y la corrupción han sido devorados y agotados por la vida y la inmortalidad. Pues si hay gran gozo en los cielos por el arrepentimiento de un solo pecador, ¿cuánto mayor será la alegría en la reconciliación de todo el mundo? (Lucas XV, 7.)

32. Ciudades de Judea, Iglesia, no Sinagoga.---Y porque el salmo es para el fin, para aquellos que serán transformados: también se alaba que las ciudades de Judea sean edificadas para habitar en Sion. ¿Quién duda que las mismas ciudades son asambleas de personas? Es bien sabido que la Iglesia se forma a partir de la asamblea de los pueblos. En esta Sion, que también abarca en sí misma aquella ciudad de los primogénitos inscritos en los cielos, se perfecciona nuestra morada, ya que permanecemos como la descendencia de Abraham, así como la descendencia de Judá. Pues no es judío el que lo es en la carne, sino el que lo es en el espíritu (Rom. II, 28). Por lo cual, en estas nuestras asambleas, también somos ciudades de Judea.

33.---Y para que el Israel impío no se atribuyera la gloria de la ciudad de Judea, por ser según la carne la descendencia de los siervos de Dios, demuestra que su herencia, su morada está en Sion, aquellos que aman el nombre del Señor; para que la elección sea más de piedad que de linaje: porque prevalece sobre todos la caridad de Dios, que está en Cristo; y nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, no pregunta a Pedro otra cosa que si lo ama (Juan XXI, 15), quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 69.

Al final, Salmo de David en conmemoración, porque el Señor me salvó.

Señor Dios, atiende a mi ayuda, Señor, apresúrate a socorrerme. Sean confundidos y avergonzados los que buscan mi alma. Vuélvanse atrás y queden humillados los que desean mi mal. Retrocedan de inmediato avergonzados los que me dicen: ¡Bien, bien! Alégrense y regocíjense en ti todos los que te buscan, Señor, y digan siempre: Sea engrandecido el Señor, los que aman tu salvación. Yo, en cambio, soy pobre y necesitado: Dios, ayúdame. Sé mi auxilio y mi libertador, Señor, no tardes.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Oración de rememoración sobre lo que se debe hacer. Qué se pide con este salmo.---VERS. 1. Este es otro salmo de rememoración: pues el trigésimo séptimo tiene la misma inscripción. A partir del significado de esta palabra y su uso común, se nos enseña a entender qué debe prescribirse en la rememoración. La oración de rememoración es apropiada para

aquel que teme caer en el olvido de aquel de quien espera ayuda o perdón: y desea que se haga memoria de sí mismo para la salvación, o de aquellos para el castigo, que siempre le son hostiles. Y en efecto, en el salmo anterior de esta misma inscripción se trató sobre el perdón y la salvación: el cual consiste enteramente en la persona del Señor doliente por nosotros, llevando nuestros pecados. En este, sin embargo, no se ha dejado de lado la necesidad de pedir perdón: porque ya el salmo anterior y contiguo a este concluyó con la alabanza de Sion salvada y de las ciudades de Judá edificadas. Pero en él hay una rememoración de la venganza sobre los impíos y de la retribución en los santos. Y como este salmo no es para aquel David, sino sobre aquel David, es un salmo para el fin; según la razón expuesta en los anteriores sobre la propiedad del nombre, se tratará desde la persona del Señor, como se conocerá al final del salmo.

2. Que Cristo ore en él.---VERS. 2. Señor Dios, apresúrate a socorrerme. Esta es la voz de una piadosa confesión, esperar el auxilio del Señor y Dios: pero aquí el discurso significa más de lo que suele significar en las súplicas de auxilio. Pues puede parecer que aquel que ha sido puesto como auxilio sobre el poderoso, ahora ora para que se preste atención al auxilio en el que ha sido puesto. Y no hay duda de quién es este, según el salmo en el que está escrito: Puse el auxilio sobre el poderoso, y exalté al elegido de mi pueblo. Encontré a David, mi siervo (Sal. 88, 20). Y para que no se pudiera referir algo a aquel David, hijo de Jesé, añadió: Y lo haré mi primogénito, excelso sobre los reyes de la tierra (Ibid., 28). Y para que el hecho de ser primogénito no pudiera interpretarse como las primicias de un reino concedido por Dios; mostró que esto era propio solo del Señor Jesucristo, diciendo: Y su trono será como el sol ante mí, y como la luna perfecta permanecerá para siempre, y el testigo fiel en el cielo. (Ibid., 38.)

3. Pena de los adversarios de Cristo.---Ahora, pues, quien ha sido puesto como ayudante contra el poderoso, y quien suplica ser atendido en su auxilio, reclama el castigo sobre aquellos que le adversan, diciendo, VERS. 3 y 4: Sean confundidos y avergonzados los que buscan mi alma: Vuélvanse atrás y sean humillados, los que piensan mal contra mí. Vuélvanse de inmediato avergonzados, los que me dicen, ¡Bien, bien! De las palabras de nuestro discurso y conversación debe depender el divino discurso. La vergüenza y la confusión provienen del deshonor, la aversión de la repulsa; pero el regreso no es a otros lugares más que a aquellos de donde se ha partido. Por lo tanto, los que buscan el alma de este santo, que ora para ser atendido en su auxilio, primero serán confundidos, luego se volverán, y después se volverán no a otros, sino hacia atrás. Y el orden de las palabras es el mismo que el de los hechos. Serán confundidos al buscar su alma, a quien, cuando lo hayan matado, sabrán que vive: porque Dios es el señor de la vida y la resurrección. Luego, después, se volverán para no encontrarse con los santos arrebatados al encuentro de Cristo en las nubes. (I Cor. XV, 5.) Finalmente, se volverán no a otros lugares sino hacia atrás. Pues resurgiendo de entre los muertos, volverán nuevamente al juicio de pena y venganza en las profundidades de la tierra de donde emergieron. Porque toda carne resucitará, pero no toda será transformada (I Cor. XV, 51): y está establecido que cada uno reciba en la carne, sea buena o mala, según lo que haya hecho. Por lo tanto, tanto los que buscan el alma del justo y piensan mal, como los que dicen bien, bien, serán confundidos, se volverán y regresarán en la resurrección confundidos, rechazados del encuentro, llamados de nuevo al infierno. Bien, bien es la voz de los que se burlan, es decir, de aquellos que dijeron, Salvó a otros, a sí mismo no puede salvarse. (Marc. XV, 31.)

263 4. Recompensa de los que buscan a Dios. Dios no necesita de nadie. Que sea engrandecido por nosotros.---Pero después de esta oración contra los impíos, ya que el salmo

era de rememoración, también se debía orar por las esperanzas de los santos. Pues sigue, VERS. 5: Alégrense y regocíjense en ti todos los que te buscan, y digan siempre: Sea engrandecido el Señor, los que aman tu salvación. Así como la confusión y reverencia es para el alma de los justos que buscan, así la exaltación y alegría es para los que buscan a Dios: porque según el profeta, unos resucitarán para confusión, otros para alegría. (Dan. XII, 2.) Y así como se volverán avergonzados los que piensan mal, los que dicen "¡bien, bien!"; así los que aman la salvación de Dios, avanzan hacia la confesión de la magnificencia de Dios: para que, por la gracia de la exaltación concedida por Dios, se aumente la confesión de alabanza. Pues Dios, que es el mismo y eterno, no necesita de nada, ni hay nada en la naturaleza de las cosas y en las opiniones de las mentes que espere. Porque lo que es mutable por incremento, a menudo se cambia por detrimento. Pero Dios, que es el mismo origen y causa de los que engendran, suficiente para sí mismo en la naturaleza de la eterna bienaventuranza, no deja nada fuera que le falte, para que no espere de otro lugar. Sin embargo, es engrandecido a través de los incrementos de sus beneficios con nosotros, cuando su magnificencia se acumula con el sentido y la alegría de nuestros bienes, y con la alabanza de la gratitud que se debe devolver. Por lo tanto, cada vez que decimos "sea engrandecido", tantas veces son votos de un don que deseamos de Dios, o es la confesión de lo recibido y percibido, naciendo con la alabanza de su magnificencia a través de los incrementos de nuestros bienes.

5. Que el Salmo se refiere a Cristo, no a David.---Era necesario que el salmo, que es para la conmemoración al final, se concluyera con un digno fin de dicha conmemoración. Pues sigue, VERS. 6: Pero yo soy pobre y necesitado: Dios, ayúdame. Mi ayudador y mi libertador eres tú, Señor, no te demores. Ni a la dignidad del rey, ni a la opulencia del reino, conviene la profesión de pobreza y necesidad; sino que es la voz de aquel que, para enriquecernos, se mostró pobre (II Cor. VIII, 9), a quien ni siquiera para la cena de Pascua le fue posible tener una casa propia, sino que tuvo que buscar una ajena. Por tanto, pide ser ayudado. Pues en forma de siervo se hizo obediente hasta la muerte de cruz. También ora por una pronta ayuda para ser liberado; para que no haya tardanza en la conmemoración: quien, no soportando ni siquiera las demoras de la pasión, dijo al traidor: Haz lo que haces pronto (Juan XIII, 26), mientras nuestro Señor Jesucristo, apresura con la virtud de la resurrección madura la liberación de la debilidad de la carne que asumió, quien es bendito por los siglos. Amén.

[Salmo 91.]

TRACTATUS Sobre el título del Salmo XCI.

Salmo del Cántico en el día del Sábado.

De la biblioteca Vaticana, donde hasta ahora había permanecido oculto, sale a la luz a partir del mismo códice que proporcionó el tratado anterior sobre el título del salmo IX y ofreció el material para la restauración del tratado del salmo. Incluso por la expresión de esta Obra se puede reconocer al autor. ¿A quién más, sino a Hilario, evocan estas palabras: cuando, luego, concorporales, coherederos y copartícipes, género, sacramento, incrementos subsiste y permanece, autor, eternidad concedida, etc.? A esto se añade que, así como en el salmo LXVII, n. 2, se dice que las almas están difundidas de los tesoros del poder de Dios; así aquí, n. 4, se afirma que Dios ha sacado de los tesoros en sí mismo establecidos, según el juicio de su poder eterno, cada cosa. Indicaremos con notas otros lugares de este tipo que coinciden con otros tratados. Además, en el n. 2, con el mismo método que suele usar en otros, observa que la letra del salmo no se cohesiona por sí misma, para que así se nos advierta a buscar la comprensión espiritual. Tampoco omite aquí, lo que le es muy habitual, que siempre que

surge el tema del sábado, se extiende ampliamente para afirmar la obra única y misma del Padre y del Hijo. Movidos por esto y otras razones, consideramos un error negar a este Tratado un lugar entre los genuinos, aunque sospechamos que el copista, quien también en otros casos se permitió omitir o modificar algunas cosas, no se contuvo en este. ¿Por qué no lamentar que por la negligencia de este se nos haya arrebatado la explicación completa del salmo, que se promete al final? Por lo tanto, si a alguien le parece menos elaborado que otros, se puede atribuir a la negligencia del copista, o incluso suponer que nos ha llegado tal como Hilario lo pronunció espontáneamente y desde la cátedra, no como lo habría publicado pulido desde su celda más secreta.

1. La ley fue más útil para la fe que por su efecto.---Es bueno confesar al Señor y cantar salmos a tu nombre, Altísimo, y lo demás. Después de los tiempos de la Ley y el conocimiento de la verdad, conviene contemplar el cuerpo mismo más que la sombra del cuerpo. La Ley abarca la apariencia de lo que debía cumplirse en nuestro Señor Jesucristo. No es la verdad misma, sino una meditación de la verdad, útil más para la fe que por su efecto, por imitación que por naturaleza. Pues los preceptos que debían observarse no eran útiles por la virtud de su eficacia, sino saludables por la fe de quienes los observaban, como las diversidades de sacrificios, las religiones de los holocaustos, el cuidado de la circuncisión y el descanso del sábado. Todas estas cosas, si se omitían, tenían culpa, y realizadas bajo la fe de lo futuro eran provechosas, como dice el bienaventurado Apóstol: Pero antes de que viniera la fe, estábamos encerrados bajo la ley, custodiados para la fe que había de revelarse. Así que la ley se convirtió en nuestro pedagogo en Cristo, para que fuéramos justificados por la fe. Pero cuando vino la fe, ya no estamos bajo el pedagogo; porque todos sois hijos de la fe. (Gál. III, 23 y ss.) Por lo tanto, cada vez que se relee algo de la ley, en la obra de los mandamientos presentes, debe contemplarse como un espejo de lo futuro. Y era ciertamente adecuado ofrecer una razón de cada uno de los puntos comprendidos anteriormente; para que, según la doctrina del Apóstol, todo se entendiera que fue más útil por la fe de lo futuro que por la virtud de su eficacia: sin embargo, para que todo reunido no traiga más conocimiento que carga a los oyentes, revisemos una parte de las anteriores, y aquella que es necesaria para el tiempo, es decir, el día del sábado; porque así se titula el salmo, Salmo de cántico en el día del sábado: para que, cuando hayamos conocido, por la autoridad de las Escrituras celestiales, qué razón se contiene en el descanso del sábado, sintamos la misma eficacia de las otras cosas que están en la ley.

2. Sábado Judío. Se canta algo diferente en los salmos.---Y sobre el descanso de este día hay muchos preceptos. Pues en él el Señor descansó tras la solidez perfecta de este mundo: porque está escrito, Y descansó Dios en el séptimo día de todas sus obras que había comenzado a hacer (Gén. II, 2). Y nuevamente este mismo día se santifica en la ley, de tal manera que toda obra está prohibida, como está escrito en Éxodo: Recuerda el día de reposo para santificarlo: seis días trabajarás y harás toda tu obra; pero el séptimo día es el sábado del Señor tu Dios: no harás en él obra alguna. (Éxodo XX, 8 y ss.) Por lo tanto, el sábado es tanto el descanso de Dios como el ocio de los hombres. Pero, ¿de qué sirve esto para el salmo, en el que la obra de Dios es alegría, y sus pensamientos profundos, y el pecador que ha de surgir como la hierba, y el justo que florece como la palma y se multiplica como el cedro? Aquí no se canta ningún descanso del séptimo día, ni ningún ocio de las obras humanas. Por lo tanto, dado que el salmo no contiene nada sobre el descanso de este sábado; la propiedad del descanso y del sábado, que se prescribe en la ley, debe buscarse en los salmos. Leemos, pues, que se dice de los impíos, Como juré en mi ira, si entrarán en mi descanso. (Sal. XCIV, 11.) Dios confirma en la religión del sacramento que no entrarán en su descanso: no creo que signifique el descanso de este sábado, en el cual después de la edificación del mundo se

escribe que descansó. Pues todos los judíos que se glorían en la solemnidad y alegría de este día entran en él, de los cuales es necesario que muchos actúen y vivan en pecados: porque honran este día como un testimonio de la dignación de Dios en ellos. Si este, por lo tanto, es el día del descanso de Dios, dicho con perdón, ya Dios es mentiroso, cuando los contumaces en Él, parricidas en el Hijo, obtienen el descanso de este día.

3. Dios no cesa de obrar.---Luego, cuando a todos sin excepción se les ordena no realizar ninguna obra, sino descansar en el ocio, ¿cómo es que el Señor rompe el sábado, diciendo: "¿No sabéis que los sacerdotes en el templo violan el sábado y son sin culpa?" Por lo tanto, este no es el descanso del sábado, ni es este su ocio; ya que cuando no descansan en el sábado son malditos (Éxodo XXXI, 14) . . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Padre; y así, por el Hijo, diariamente todo (debe añadirse se hace), porque el Padre obra todo en el Hijo. Por lo tanto, Cristo obra diariamente: y, según creo, los inicios de las almas, las configuraciones de los cuerpos, el progreso y el crecimiento de los vivientes muestran su obra.

5. Curación del paralítico en sábado.---Para que podamos entender más completamente qué es la obra de Dios, y cómo el Padre operante opera y el Hijo, debemos conocer el origen de esta afirmación. Entre otras curaciones, con las cuales el Señor enseñaba que era Dios en la carne del hombre, mostrando bajo materia visible el poder de una virtud invisible, encontró a un paralítico de treinta y ocho años en el estanque del pórtico de Salomón, esperando la ayuda de alguien que pudiera llevarlo al movimiento del agua agitada por el Ángel. Esto era tanto en tiempo como en hombre una manifestación de virtud, de modo que cuando la fuente de la piscina se agitaba, aquel que primero entraba en las aguas escapaba de toda enfermedad que lo afligiera. Esto era útil tanto para los efectos presentes como imaginado como un espejo de lo futuro, cuando el ángel llamaba a las aguas y la abolición de todas las enfermedades era pronta. Así pues, el Señor vio a este paralítico en sábado y lo curó con su palabra, logrando la salud del enfermo con un mandato. Dijo entonces al paralítico: Levántate, toma tu camilla y anda. (Juan V, 8.) Ya no solo el paralítico estaba sano, sino que también se había vuelto útil para llevar su carga. Los judíos acusaron al paralítico de violar el sábado, diciendo: Es sábado, no te es lícito llevar tu camilla. A lo que él respondió: El que me sanó, él me dijo, Toma tu camilla y anda (Ib., 10); presentando al mismo autor de su hecho como el de su salud, para que no se pensara que de él podía proceder la culpa de violar el sábado, cuya restauración del cuerpo humano había consistido en su palabra. Así que, porque el Señor había curado al paralítico en sábado, donde debía seguirse la veneración del hecho, allí se suscitó el odio de todos los judíos. A quienes el Señor respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. (Ib., 17.)

6. Igualdad del Padre y del Hijo.---Pero aquí surge una indignación más grave por la violación del sábado, como pensaban, (añade, culpa) porque dijo que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios. Pero, ¿de dónde proviene este dolor para los judíos? No habló diciendo simplemente, Dios es mi Padre. Sino que la verdad impuso su fuerza, y la razón arrancó la confesión a los que no querían; pues las obras hablaban de su igualdad con Dios. Ellos se enfurecen por lo que no oyen, y no quieren aceptar lo que no pueden ignorar; y odian en Cristo lo que es necesario que comprendan. ¿En qué consiste, entonces, la obra del Padre? En lo que hace el Hijo: pues dice, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre (Ibid., 19). No es que se haya privado de poder; sino que se ha vinculado con obediencia a la voluntad paterna. No significa simplemente con palabras, El Hijo no puede hacer, sino que añadió, nada por sí mismo sino lo que ve hacer al Padre. Por lo tanto, lo que hace, lo hace en servicio: porque no hace nada por sí mismo, sino lo que ve; un ministerio que viene del ejemplo, no de la obra, sino de la voluntad; porque la obra del Padre está en la voluntad. Pues el Señor dice, No he venido a hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió (Juan VI, 38), enseñando que no desea otra cosa que lo que desea aquel que lo envió. Por lo tanto, el Hijo contempla la voluntad del Padre como ejemplo de operación; porque todas las cosas se forman dentro de la providencia de los pensamientos paternos por una cierta predestinación de las cosas futuras. Sin embargo, contempla a través del amor mutuo y la naturaleza: pues dice, El Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que él mismo hace (Juan V, 20). Así, para este Dios, del cual él mismo nació como Dios, es accesible conocer la voluntad; y para aquel, es benigno que haya compartido con el Hijo el conocimiento de su voluntad.

7. El sábado Dios obra.---Por lo tanto, al día del sábado, desde que se suscitó el odio, se respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo también trabajo. ¿Es entonces obra de Dios el sábado? Claramente lo es: pues si no lo fuera, el cielo se desmoronaría, la luz del sol se apagaría, la tierra no se sostendría, el crecimiento de todos los frutos cesaría; las vidas de los hombres perecerían, si por la ley del sábado la constitución de todas las virtudes se detuviera. Pero no hay descanso, y el curso es el mismo, y como en los seis días, así también en el sábado se mantienen los oficios de todos los elementos (V. lib. IX de Trin., n. 44). Por lo tanto, en todo tiempo el Padre obra a través de estas cosas; pero obra en el Hijo, porque de Él es: y por quien todas estas cosas son su obra, quien las realiza en sí mismo al obrar: y la obra del ministerio se refiere a la obra del autor. Así que el Hijo obró en el paralítico, como en los demás, en sábado: y por el Hijo la obra del Padre es en sábado: y así no hay descanso en Dios, ya que ningún día es sin obra para Dios.

8. Reposo de Dios.---Puesto que las obras de Dios existen, se debe buscar cuál es su reposo. La obra de Dios, por tanto, es la obra de Cristo; y verdaderamente el reposo de Dios es Dios Cristo: porque así todo lo que es de Dios es verdadero en Él, de modo que el Padre descansa en ello. Pues el perfecto proviene del perfecto, porque, como dice el Apóstol, todas las cosas subsisten en Él (Colosenses I, 17). Y como Él mismo testificó de sí mismo, Así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo tener vida en sí mismo (Juan V, 26); y nuevamente el Apóstol dice: Porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Colosenses II, 9). Por lo tanto, lo que está en Él, o lo que es Él mismo, es perfecto, y ya no necesita ni espera de otro lugar, sino que se sostiene por el amor del Padre y la virtud. Así también en el Hijo hay vida, de modo que aunque haya nacido del Padre, sin embargo, existe en esa vida en la que también vive el Padre. Pues en Él se establecieron los principios de todas las cosas que luego serían creadas; y contemplando en Él todas las cosas, se deleitó al haberlas perfeccionado a través de Él: pues descansaba en el Hijo creador, y se alegraba en aquellas cosas que fueron creadas dignas del amor del Hijo. De ahí lo que se dice en los Proverbios, Cuando preparaba el cielo, allí estaba yo (Proverbios VIII, 27). Y, Yo estaba con Él ordenando (Ibid., 30): se alegraba conmigo cuando se regocijaba en la obra perfecta. Este es el reposo en el que se regocija el Padre, al cual los impíos no accederán ni siquiera mediante la confirmación del sacramento. También debe entenderse que el Señor Jesucristo es el reposo de aquellas cosas que son invisibles, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades: pues todas estas cosas permanecen incorruptas, incansables, perpetuas. Y por eso se debe considerar que en ellas está el reposo, porque, concedida la eternidad, ya se descansa en sus creaciones perfectas.

9. Descanso de los justos, a quienes se abre.---Es necesario conocer cómo los piadosos y sujetos a Dios podrán entrar en el descanso al que los impíos no accederán: pues es necesario que la esperanza, que se niega a los malos, se deje a los buenos. Pero si Cristo es el descanso de Dios, entonces aquellos que estén en Cristo estarán en el descanso de Dios. El Apóstol proclama su deseo de estar en Cristo, diciendo: "Prosigo por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido" (Filipenses 3, 12); y de nuevo, "He considerado todas las cosas como pérdida, y las tengo por estiércol, para ganar a Cristo" (Ib., 8); y nuevamente, "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, en quien nos eligió antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados en su presencia en amor: quien nos predestinó para adopción por medio de Cristo en él" (Efesios 1, 3, 4 y 5); porque el Verbo se hizo carne; porque aunque alguna vez fuimos extraños y enemigos en nuestra mente por las malas obras, ahora hemos sido reconciliados en el cuerpo de su carne. Por lo tanto, por la unión de la carne asumida estamos en Cristo: y este es el misterio de Dios oculto desde los siglos y generaciones en

Dios; que ahora ha sido revelado a sus santos, que somos coherederos y miembros del mismo cuerpo y copartícipes de su promesa en Cristo. Se abre, por tanto, a todos el acceso en Cristo por la unión de la carne, si se despojan del hombre viejo, y lo crucifican, y son sepultados con él en el bautismo para la vida; y para entrar en la comunión de la carne de Cristo, crucifican la carne con sus pasiones y deseos. Porque a cuerpos de esta índole los configurará en la transformación de su cuerpo, y transferirá la humildad de estos a la gloria de su carne, quienes, aplastando todos los aguijones de las pasiones y lavando las inmundicias de los placeres por el sacramento del nuevo nacimiento, recuerden que no tienen su propia carne, sino la de Cristo.

10. Qué se debe preparar de antemano.---Este es el sábado perfecto, este es el verdadero descanso, para el cual, al igual que en el sábado secular, se nos ordena preparar el día anterior todas las necesidades de la vida. Los judíos, según el mandato de la ley, en el día anterior al sábado, preparan todo lo necesario para el sábado (Éxodo XVI, 23); y toda comida y bebida debe ser prevista, preparada y almacenada de antemano; sin entender que en ello se muestra la sombra de la verdad futura. Pues así como para obtener el descanso del sábado se deben duplicar las tareas del día anterior (ya que se debe cuidar lo necesario tanto para ese día como para el sábado); así también nosotros, que esperamos los sábados eternos, debemos preparar los asuntos de la vida presente para poder usarlos allí; y ahora ciertamente son necesarios, pero redimirán el descanso del sábado. Para que no seamos excluidos del descanso de este sábado, es decir, como mostramos anteriormente, de la comunión con Cristo y los ángeles, ni tampoco del sacramento de Dios; se debe trabajar y merecer, y a través de la diligencia en las obras anteriores, se debe preparar el descanso de la eternidad, con vigilias de oración, frecuencia de lecturas, voluntad de ayuno, tranquilidad de humildad, obras de bondad, pureza de castidad, virtud de paciencia. Estas cosas deben prepararse de antemano para el descanso del sábado eterno; para que, transformada la debilidad de nuestra corrupción en gloria celestial, ni el vicio desee la voluntad, ni la ambición la gloria, ni la soberbia el honor, ni el trabajo el ocio, ni el cuerpo la comida, ni el cansancio del día el sueño de la noche: sino que tengamos una luz eterna, una vida común de uso de bienes, saciados por la palabra celestial de Dios, un himno eterno de alabanzas a Dios y con los coros de ángeles. Este es el premio de la fe, esta es la gloria de la resurrección corporal, en la cual no hay nada que desear, porque no hay necesidad de nada; no hay que envidiar por rivalidad, porque se debe vivir en comunión; no hay que lamentarse por alguna debilidad, ni crecer en edad, porque se debe perdurar en inmortalidad. Pero más bien debe ser quemado el diablo, y todo mal debe ser destruido, y debe obtenerse la flor de nuestra eternidad. Por el descanso de este sábado, el Hijo confiesa al Padre Dios. Esto se canta al final desde su persona, esto se celebra con la inmortalidad adquirida de los hombres, como conoceremos por la interpretación de cada uno de los versos.

272 TRATADO. SALMO CXVIII.

PRÓLOGO.

1. Este salmo transmite los elementos de una vida piadosa. Aquellos que se preparan para la enseñanza de una prudencia razonable y perfecta deben ser instruidos desde los mismos elementos básicos de las letras, para que adquieran una verdadera y perfecta razón desde el inicio de su formación. Consciente de esto, el santo apóstol Pablo, sabiendo que la única prudencia de una doctrina verdadera y útil es aquella que comienza desde los inicios de la vida y desde los principios mismos de la infancia, escribe esto a Timoteo en su segunda epístola, entre grandes y notables elogios de la fe y el estudio: "Pero tú, permanece en lo que

has aprendido y creído, sabiendo de quién lo aprendiste, y que desde la infancia conoces las sagradas escrituras, que te pueden instruir para la salvación" (II Tim. III, 14 y 15). Esto se dice en relación con el presente salmo, en el cual, al tener que exponer el conocimiento de la verdad para la instrucción de la ignorancia humana, el orden de la doctrina se distribuye a través de los mismos inicios de las letras y los elementos. Según las letras hebreas, en cada grupo de ocho versos se presenta una letra. El número total de versos es ciento setenta y seis. Pues, dado que todo el discurso hebreo se compone de veintidós letras, y cada letra explica ocho versos, este número de versos se completa multiplicado por las partes de ocho. Por lo tanto, creo que esta fue la razón por la cual el orden de todo este salmo se desarrolló a través de las letras; de modo que, así como los pequeños e inexpertos que deben ser iniciados en la lectura primero conocen los elementos de las letras a través de los cuales se forman las palabras, así también la ignorancia humana se instruye en las costumbres, la disciplina y el conocimiento de Dios a través de este número de ocho versos por cada letra, como si fueran los inicios de una doctrina infantil.

2. La gracia de Dios es necesaria para comprender la doctrina.---Es arduo y muy difícil para el hombre, por sí mismo o a través de los maestros del mundo, alcanzar la comprensión de los preceptos celestiales: nuestra naturaleza no tiene la capacidad de ser instruida en las enseñanzas divinas, a menos que sea por la gracia de aquel que las ha dado. Porque aquellos que simplemente leen lo que cae en sus manos, piensan que no hay diferencia en las palabras, ni en los nombres, ni en las cosas. Pero si el lenguaje del coloquio común no permite que bajo diferentes denominaciones de las cosas no se entiendan significados diferentes; ¿acaso creemos que las palabras de Dios son tan ignorantes, tan confusas, que han sufrido por la falta de palabras que usar o que no han conocido los tipos de distinciones?

3. La ley, los preceptos, los juicios, etc., son cosas distintas. Pues muchos, al escuchar la ley, la justificación, los preceptos, los testimonios, los juicios, que Moisés dispuso bajo la diversa virtud de cada género, piensan que son una y la misma cosa: ignorando que la ley es una cosa, la justificación otra, el precepto otra, el testimonio otra, y el juicio otra: que difieren y discrepan mucho entre sí, como nos atestigua el salmo dieciocho, donde se contiene la propiedad de cada uno y su denominación y género. La ley del Señor es inmaculada (Sal. XVIII, 8, etc.), convirtiendo las almas. El testimonio del Señor es fiel, instruyendo a los pequeños. Las justicias del Señor son rectas, alegrando los corazones. El precepto del Señor es luminoso, iluminando los ojos. El temor del Señor es santo, permaneciendo por los siglos de los siglos. Los juicios del Señor son verdaderos, justificados en sí mismos. Hay, por tanto, diferencias en cada una de estas cosas: y es propio del hombre prudente e inteligente discernir, en lo que está escrito, dónde está la ley, dónde el precepto, dónde el testimonio, dónde las justificaciones, dónde los juicios están establecidos: para que aquello que el discurso profético distinguió con admirable propiedad de cada cosa, no lo confunda la debilidad de nuestra ignorancia con la opinión de una inexperta impericia. Así, a través de cada letra, este salmo, el más grande y copioso entre los demás, distinguió todas estas cosas: para que a través de estos elementos de palabras, se enseñara la razón y distinción de la doctrina de creer, vivir e instruirse en el Señor.

4. La fe desnuda no es suficiente, ni la probidad natural. El número ocho es tan perfecto.---Sin embargo, muchos creen que la simplicidad de la fe puede ser suficiente para la esperanza absoluta de la eternidad: como si la inocencia según el juicio del mundo no necesitara de las enseñanzas celestiales. Y porque las cosas no son así, por eso ahora se ha expuesto con abundancia de discurso profético el conocimiento de vivir en Dios con inocencia y de permanecer religiosamente en la inocencia; porque es difícil que alguien, por sí mismo, es

decir, a través de las enseñanzas del mundo, adquiera este conocimiento de la inocencia religiosa y el verdadero uso de una vida piadosa e inocente. El Apóstol también sabe que la naturaleza humana es débil por sí misma para alcanzar este conocimiento de vida. Pues cuando enseñaba sobre los dones de los carismas y dones de Dios, después de haber presentado primero el discurso de la sabiduría, inmediatamente añadió el discurso de la ciencia. Porque este don de la ciencia que sigue a la sabiduría es de Dios: ya que el uso de la sabiduría se perfecciona en el uso de la ciencia.

5. Sin embargo, en el presente salmo se nos presenta también la dificultad de que, habiendo recibido solo dos salmos escritos en letras hebreas, es decir, el centésimo décimo y el centésimo undécimo, de tal manera que desde la primera hasta la vigésima segunda letra el número de versos coincidía según los hebreos, y cada verso comenzaba con el inicio de cada uno de los elementos: en este salmo ahora, cada elemento contiene ocho versos. Pero como todos los preceptos de vivir, creer y agradar a Dios están contenidos en el salmo; en ese número se contienen todos los inicios de las letras, que principalmente según la plena y religiosa virtud de ese mismo número, es el primero de todos los que son perfectos en la igualdad de partes que convergen en él desde todas partes. En efecto, primero se iguala en dos partes de partes iguales, luego se ajusta en cuatro partes igualmente: para que las virtudes de los salmos, que están colocados en este número ya sea singular o multiplicado, enseñen que este número tiene una plenitud santa y religiosa. Este número, además, es santo en la ley. Pues se ordenó que quien naciera recibiera la señal de la circuncisión en el octavo día (Gén. XVI, 12). Esta razón también se mantuvo en la circuncisión del Señor: y en este número de días, aunque Él no necesitaba circuncisión, fue presentado en el templo, para que en su cuerpo se cortara la debilidad de la carne humana (Luc. II, 21). Este número también purifica todos los tipos de ganado, para que sean dignos de sacrificios; pues se ordena que sean ofrecidos en el octavo día (Éxodo XXII, 30). Y en este número se elige nuevamente el origen de la generación humana en los días del diluvio (I Pedro III, 20). Por lo tanto, la consumación de nuestra doctrina y enseñanza se concluye ahora bajo la perfección de este número perfecto a través de cada elemento: antes del cual no hubo ofrenda pura para Dios, ni nadie fue recibido en la familia del género sin la circuncisión, y desde el cual nuevamente comenzó el inicio de la generación repetida. Los versos de la primera letra son estos.

275 PRIMERA LETRA. Aleph.

Bienaventurados los inmaculados en el camino, que andan en la ley del Señor. Bienaventurados los que examinan sus testimonios, con todo el corazón lo buscan. No han andado en sus caminos los que obran iniquidad. Tú has mandado que tus mandamientos sean guardados con diligencia. Ojalá sean dirigidos mis caminos para guardar tus justificaciones. Entonces no seré confundido, cuando observe todos tus mandamientos. Te confesaré con rectitud de corazón, al aprender tu justicia. Guardaré tus justificaciones: no me abandones del todo.

1. Preparación para alcanzar la luz.---VERS. 1 y 2 Bienaventurados los inmaculados en el camino, que andan en la ley del Señor. Bienaventurados los que examinan sus testimonios, que lo buscan con todo el corazón. No debe pasarse por alto el orden de las palabras: si no lo comprendemos diligentemente, ni siquiera alcanzamos el orden de la bienaventuranza dispuesta. No dice primero, Bienaventurados los que examinan los testimonios de Dios; sino primero, Bienaventurados los inmaculados en el camino. Primero es, con las costumbres confirmadas y en el estudio de la inocencia compuestas por la honestidad común de la probidad, entrar en el camino de la verdad; luego sigue examinar los testimonios de Dios, y

con el ánimo purificado y limpio, estar presente para investigarlos. De este orden tampoco se olvida otro profeta (Oseas X, 12), diciendo, «Sembrad en justicia vosotros mismos, y cosechad en el fruto de la vida, e iluminaos en la luz del conocimiento.» No se ordena primero la iluminación, sino nuestra siembra: para que cuando antes hayamos sembrado nosotros mismos, es decir, el uso de nuestra vida en la esperanza de los frutos, luego cuando hayamos cosechado lo que se ha sembrado, entonces nos iluminemos con la luz del conocimiento. Por tanto, debe mantenerse este orden, de siembra, cosecha e iluminación. Pues muchos de nosotros se apresuran a iluminarse antes de sembrar y cosechar; cuando la siembra y la cosecha son una cierta preparación para alcanzar la luz.

2. No basta con iniciar el camino del Señor. Cristo es el camino. Por tanto, la primera bienaventuranza es ser bienaventurados aquellos que son inmaculados en el camino: pero no en un camino fortuito, incierto y errático, sino en el camino en el que se camina según la ley del Señor. Pues muchos creen que han entrado en un camino útil y necesario; pero no serán inmaculados en el camino, porque no caminan en la ley del Señor. Pero este camino no solo debe ser iniciado, sino también continuado. Pues nadie, mientras está en el camino, ha alcanzado aquello hacia lo cual se dirige por el camino; según lo que dice el bienaventurado Pablo: No que ya lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto; sino que prosigo por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo (Filipenses 3, 12). Por tanto, él aún proseguía: pero proseguía olvidando lo que queda atrás, y extendiéndose hacia lo que está adelante. Así que es bienaventurado quien, recorriendo este camino, se extiende en la esperanza de lo futuro, olvidando lo pasado. Y cuál es el camino en el que cualquiera que camine es bienaventurado. El Señor enseña diciendo: Yo soy el camino (Juan 14, 6). Por tanto, quien se mantenga en sus preceptos, este es bienaventurado: mientras refrena los vicios de la carne, mientras doma la petulancia del alma, mientras vence el hambre de avaricia, mientras evita la gloria de los honores terrenales. Quien, por tanto, permanezca en estas cosas, este es inmaculado en el camino, y camina en la ley del Señor.

3. Ley de Dios y ley del pecado.---La adición, sin embargo, de la expresión "en la ley del Señor" (Rom. VII, 23), no es superflua. Pues también existe la ley del pecado, de la cual el bienaventurado Apóstol dice: "Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente y me lleva cautivo a la ley del pecado". Por lo tanto, porque también existe la ley del pecado, se dice la ley del Señor. Pues si no hubiera también una ley exterior, el discurso profético no habría mencionado la ley del Señor con la adición de la propiedad.

4. La ley en general.---El siguiente verso es de la primera letra: Bienaventurados los que examinan sus testimonios, y lo buscan con todo el corazón. En el primer verso se dice, Los que caminan en la ley del Señor: en el segundo, Los que examinan sus testimonios; en el cuarto, ya que el tercero complementa al segundo, se refiere a los mandamientos diciendo, Tú has mandado que tus mandamientos sean guardados en gran manera: en el quinto sobre la justificación, Ojalá sean dirigidos mis caminos para guardar tus justificaciones: en el sexto nuevamente sobre los efectos de los mandamientos, No seré confundido, cuando mire todos tus mandamientos: en el séptimo sobre los juicios, Te confesaré, Señor, con rectitud de corazón, al aprender tus juicios: en el octavo sobre la justificación, Guardaré tus justificaciones, no me abandones en gran manera. Si, por lo tanto, la ley es una cosa, el precepto otra, el juicio otra, la justificación otra, el testimonio otra, es necesario orar por la gracia de la inteligencia y el don de aquel que ha constituido y creado todas estas cosas. Sin embargo, todo esto en común se llama ley. Pero hay algo especial en estos que tiene en sí la denominación propia de ley.

5. La ley es sombra de lo por venir. Mandato qué.---¿Qué es entonces la ley? Sombra, como dice el Apóstol, de lo por venir: lo cual no está escrito en ningún otro lugar, es decir, que sea sombra de lo por venir o justificación, o testimonios, o mandatos: sino que esto es propio de la ley, como el Apóstol enseña en muchos lugares, que la Ley no debe ser tratada según la inteligencia de la letra, sino que debe ser reconocida como sombra espiritual de lo por venir. Pues dice, No pondrás bozal al buey que trilla (I Cor. IX, 9): Y añadió, ¿Acaso le importa a Dios de los bueyes? ¿No lo dice más bien por nosotros? (Ib., 10). Y de nuevo: ¿No habéis oído la Ley, que Abraham tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre? pero el de la esclava nació según la carne; pero el de la libre, según la promesa (Gal. IV, 21, etc.). Y porque la ley era sombra de lo por venir, añadió, Estas cosas son alegóricas, pues estas son dos Testamentos (Ib., 24). Por lo tanto, todo lo que abarca la sombra de las doctrinas espirituales, esto debe ser llamado ley; porque la ley es espiritual y sombra de lo por venir (Rom. VII, 14).

6. El mandamiento del Señor es aquel en el que se contiene la observancia de los preceptos y su custodia; como aquel, No matarás, no cometerás adulterio (Éxodo, XX, 13), y otros similares. Y porque estos son simples y claros, y nos dirigen hacia la verdadera luz mediante su observancia; por eso se ha dicho, El precepto del Señor es claro, iluminando los ojos (Salmo XVIII, 9). Sin embargo, no se había convenido decir esto de la ley, que es santa a través de la sombra de lo que ha de venir, y que convierte las almas mediante el conocimiento de lo futuro; pero el mandamiento ilumina mediante su observancia.

7. Testimonios de Dios, cuán numerosos son. El mundo entero está lleno de ángeles. Por lo tanto, dado que son bienaventurados los que escudriñan los testimonios de Dios, y hemos dicho que la ley, el mandamiento y el testimonio son cosas distintas; es necesario conocer cuáles son estos testimonios de Dios. Todo el libro de la ley fue entregado bajo testimonios. Moisés, al entregar el libro del Testamento, invocó al cielo y a la tierra como testimonio. Y hay muchos establecidos como testimonios, como cuando Jacob dijo (Gén. XXXI, 52): "Este collado será testimonio para vosotros, y esta piedra será testimonio." Y está escrito en Josué: "Llevad doce piedras, para que sean testimonio a vuestros hijos" (Jos. IV, 5 y 6). También, al leproso curado, el Señor le dijo: "Ofrece tu ofrenda en testimonio, como Moisés lo estableció para ellos." El Apóstol, hablando a Timoteo en su epístola, advierte bajo testigos, diciendo: "Te encargo delante de muchos testigos, y delante de Dios que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, y de los ángeles elegidos, que guardes estas cosas" (I Tim. v, 21). Por lo tanto, son muchos e innumerables los testimonios de Dios, que si alguien quisiera escudriñar a través del conocimiento de la Ley, los Profetas, los Evangelios, los Apóstoles, permanecería en bienaventuranza; y no viviría como en un mundo vacío y solitario, sabiendo que peca solo bajo testimonio. Porque todo está lleno de testimonios divinos: y todo este vacío que se cree, está lleno de ángeles de Dios y no hay nada que no habite esta frecuencia de ministerios divinos.

8. La presencia de estos debe disuadirnos de pecar. Los ángeles son testigos de nuestra voluntad. La fuerza y malicia de los demonios.---Quien ha adquirido el conocimiento de esto a través de la doctrina, sabe que vive bajo testigos. Y aunque la naturaleza de la debilidad humana es proclive a los vicios, sin embargo, evita pecar incluso bajo la mirada de un testigo: lo cual nos enseña la razón de la costumbre común. ¿Quién no teme robar en presencia de un testigo? ¿Quién elige cometer un crimen si no es en secreto? ¿Quién no ha preferido la soledad o la noche para el adulterio? Y si alguna vez, con los vicios enardecidos, el ánimo está dispuesto al crimen, sin embargo, el furor de la voluntad insensata es contenido por la presencia de un testigo: y a veces una intervención repentina ha hecho retroceder la

naturaleza desenfrenada de la petulancia humana. Si, por lo tanto, el miedo a la intervención demora un crimen ya concebido en el ánimo; ¿qué le conviene hacer al hombre cristiano, sabiendo que está rodeado por tantos testimonios de virtudes espirituales, no digo de sus obras, sino solo de su voluntad? ¿No es cierto que cuando somos movidos por los aguijones de nuestra debilidad hacia alguna voluntad de afecto turbulento, tememos a los coros de ángeles que nos rodean por todas partes, y al mundo lleno de ministerios celestiales? Pues si los ángeles de los pequeños ven diariamente a nuestro Padre, que está en los cielos (Mat. XVIII, 10): podemos temer los testimonios de aquellos que sabemos que permanecen con nosotros y asisten diariamente a Dios. Además, debemos temer incluso al mismo diablo, por quien se nos ofrecen esos incentivos de nuestros vicios, y a todos sus testigos, que en un instante recorren toda la amplitud de este mundo; a quien le agrada que pequemos, para que se gloríe con el testimonio de nuestros pecados. Pues esta es su astucia propia, instigar a pecar y acusar a los pecadores. Porque está dicho, ¿O no sabes que está presente el diablo, acusador de vuestros hermanos? (Apoc. XII, 10).

9. Testimonios de Dios deben ser buscados con todo el corazón.---Y porque las virtudes adversarias permanecen con nosotros en el testimonio junto con las demás, fue digno que el profeta recordara solo a los santos diciendo: Bienaventurados los que escudriñan sus testimonios; no ajenos, sino aquellos que son de Dios. No debe ser negligente la búsqueda de los testimonios de Dios; por lo cual se ha dicho: Con todo el corazón lo buscan. No se debe aplicar el estudio de la doctrina celestial solo en parte; sino que con todo el corazón deben buscarse los testimonios de Dios: para que, dado que hay otros que no son de Dios, aprendamos a discernir los que son de Dios, sin distraer el corazón en otros asuntos.

10. Muchas son las buenas vías y una es la óptima.---VERS. 3. Sigue luego este verso: No han caminado en sus caminos los que obran iniquidad. En el primer verso se menciona singularmente una vía, en este tercero se mencionan varias. De lo cual se debe entender que a través de muchas vías se llega a una; en la cual, si alguien es inmaculado, es bienaventurado. Jeremías también testificó sobre muchas vías y una, diciendo: Estad en los caminos, y preguntad por las sendas eternas del Señor: y buscad cuál es el buen camino (Jeremías VI, 16). Por lo tanto, en muchos caminos se debe estar, y muchos deben ser interrogados: y estos muchos son del Señor y eternos, y en ellos se debe discernir cuál es el camino óptimo. Hay muchas vías, y muchos mandamientos de Dios, muchos profetas a través de los cuales todos se dirigen a un solo camino: pero en estos no han caminado los obradores de iniquidad. Pues si hubieran permanecido en la ley, habrían llegado hasta aquel óptimo camino del Nuevo Testamento. Hay un camino a través de Moisés, hay a través de Jesús, hay a través de David, hay a través de Isaías, hay a través de Jeremías, hay a través de los Apóstoles; y a través de todos estos es necesario llegar a aquel que dijo, Yo soy el camino; y Nadie va al Padre, sino por mí (Juan XIV, 6). Se debe entender que algo similar se ha dicho bajo el nombre de perla. Pues es necesario ser comerciante de muchas perlas, para obtener una perla de gran precio (Mateo XIII, 45). Cuando se habla de perlas, basta para su honor que sean llamadas perlas; pero aquella única perla que se encuentra se dice que es de gran precio: así también cuando se profetiza sobre muchas vías; se dice que son del Señor y eternas; pero cuando en estos caminos se busca cuál es el camino útil, se proclama que el que se encuentra es el óptimo. Por lo tanto, aunque aquellas vías sean eternas, o las perlas sean honorables por su propio nombre: en muchas vías se debe estar, para encontrar el buen camino; y todas las perlas deben ser vendidas, para que se compre aquella que es de gran precio.

11. VERS. 4. A continuación sigue este versículo: Tú has mandado que tus mandamientos sean guardados con gran cuidado. Anteriormente mencionamos que los mandamientos

significan una cosa y la ley otra. Y sobre la ley, según creo, el Apóstol nos fue testigo, porque es sombra de lo que ha de venir, en la cual la forma de la verdad se describe como un cuerpo en la sombra (Colosenses II, 17). El mandamiento, en cambio, es aquello que debe cumplirse mediante la observancia: como aquello de No cometerás adulterio, no matarás (Éxodo, XX, 13). Pues en ello no se contiene la forma de una imagen futura, sino que tiene un efecto presente de operación: Tú has mandado que tus mandamientos sean guardados con gran cuidado. Por lo tanto, nada debe hacerse con un ánimo disoluto, nada con descuido, sino que debemos ejecutar con solicitud y ansiedad el cuidado de los mandamientos de Dios: para que lo que hacemos, lo llevemos a cabo en provecho de nuestra fe, con reverencia hacia aquel a quien servimos. De lo contrario, si hacemos algo con voluntad relajada y pensamiento ocupado en otras cosas, los deberes del cuerpo estarán ocupados en la acción, pero no alcanzaremos el mérito de la devoción por negligencia.

12. Justificaciones de Dios múltiples; su conexión; sin gracia no se obtienen.---VERS. 5. Ojalá sean dirigidos mis caminos, para guardar tus justificaciones. Ahora tenemos, además de la custodia de los mandamientos, también la observancia de las justificaciones. Y ya hemos mostrado anteriormente qué son los mandamientos, que pensábamos conocer. Sin embargo, las justificaciones son múltiples y diversas, y deben ser moderadas en la observancia de cada tipo de deber: para cuya custodia, a menos que seamos dirigidos por Dios, seremos débiles por nuestra naturaleza. Por lo tanto, debemos ser ayudados por su gracia y dirigidos, para que alcancemos el orden de las justificaciones prescritas. Tenemos justificación en relación con el siervo, con el hijo, con el padre, con los hermanos, con los hombres fieles, con los príncipes de la Iglesia, con los Ángeles, y con Dios y nuestro Señor, el unigénito Verbo de Dios. En cada uno de estos tipos y nombres, se debe mantener la razón de la justificación: porque si no se retienen todos estos con los deberes de una voluntad devota, no mantendremos la justificación de Dios. El religioso hacia el padre, si odia al hijo, ha perdido el modo de justificación. El religioso hacia el hermano, si odia al siervo, ha perdido el orden de la justificación de Dios. El religioso hacia el Señor, si odia al sacerdote, de ninguna manera ha cumplido con la observancia de la justificación en la religión de Dios, ejerciendo odios en los mismos ministerios de la justificación divina. Ahora bien, en la misma verdad de la fe, es decir, en la comprensión del Padre de Dios y del Señor, por la cual principalmente se nos probará la justificación, cuánta gracia de Dios necesitamos, para que pensemos correctamente, para que de las autoridades proféticas y evangélicas mantengamos una misma cosa, no sea que en uno u otro nuestra opinión y palabra discrepen, sino que seamos dirigidos con igual y justa observancia de obras y doctrina hacia todas las justificaciones de Dios.

13. Mandamientos todos, no en parte guardados.---VERS. 6. Cuando lo logremos, entonces podremos decir lo que se contiene en el versículo siguiente: Entonces no me avergonzaré, cuando mire todos tus mandamientos. Pues si no estamos atentos a todos sus mandamientos y nos desviamos, habrá algunos olvidados, otros observados a voluntad; no mantendremos el orden de la justificación. Sin embargo, si nuestros caminos son rectos con una custodia igual en todo; sin la vergüenza del olvido o la negligencia, con confianza nos alegraremos en la observancia de todos los mandamientos.

14. Dios, autor de corazones rectos y de la justicia conocida.---VERS. 7 y 8. Sigue luego este verso: Te confesaré con rectitud de corazón, en lo que he aprendido tus juicios de justicia. Guardaré tus justificaciones. Por lo tanto, debe ser rechazada toda perversidad del alma, y se debe confesar con un corazón recto y sin desviarse hacia ninguna otra parte: para que el ánimo no se desvíe hacia las preocupaciones del mundo, ni se extravíe de los caminos de la doctrina de Dios hacia lo erróneo. Pero la causa de esta confesión recta es la que se contiene

en el verso siguiente: En lo que he aprendido tus juicios de justicia. Primero, pues, oró para que sus caminos fueran rectos para guardar las justificaciones. Segundo, afirmó que no sería confundido en nada, al considerar todos los mandamientos de Dios. Tercero, también prometió confesarse a Dios con rectitud de corazón por haber aprendido sus juicios de justicia; es decir, a través de la doctrina del corazón recto y de la justicia conocida, rindiendo alabanza a Dios. Pero el fruto de la justicia conocida aquí es que se retengan las justificaciones de Dios: y por eso añadió: Guardaré tus justificaciones. Pues, ¿cuál es el fruto de haber aprendido los juicios de Dios, sino que nuestra observancia siga al conocimiento de sus justificaciones?

15. Siempre se debe orar a Dios; para que no nos abandone en la tentación. --- Pero debemos recordar que, aunque el conocimiento debe ser otorgado por Dios, siempre se debe orar para que Él favorezca lo que deseamos guardar en la observancia de sus justificaciones: sabiendo que frecuentemente somos abandonados por Él debido a las tentaciones, para que nuestra fe se haga evidente a través de ellas. Sin embargo, según el Profeta, se debe suplicar que no nos abandone por completo: pues dice, No me abandones del todo. Esto también se incluye en el orden de la oración del Señor, cuando se dice: No nos dejes caer en la tentación que no podamos soportar (Mat. VI, 13). El Apóstol sabe que somos abandonados para ser tentados: pero también sabe que Dios conoce la medida de nuestra debilidad, diciendo: Fiel es Dios, que no permitirá que seamos tentados más allá de lo que podemos (I Cor. X, 14). Dios, permitiendo la tentación a Job, extrajo del derecho del diablo el poder sobre su alma, y dejó el derecho de tentar según la medida de la debilidad humana. Consciente de su debilidad, el Profeta ora para no ser abandonado en exceso: para que el Señor asuma su debilidad, como la de Pedro al hundirse en las olas, de modo que, aunque sea dejado para ser tentado, no sea del todo y en exceso, es decir, no hasta el peligro del alma y de la fe.

LETRA II. Beth.

¿Con qué limpiará el joven su camino? Guardando tus palabras. Con todo mi corazón te he buscado: no me apartes de tus mandamientos. En mi corazón he guardado tus dichos: para no pecar contra ti. Bendito eres, Señor: enséñame tus justificaciones. Con mis labios he proclamado todos los juicios de tu boca. En el camino de tus testimonios me he deleitado, como en todas las riquezas. En tus mandamientos me ejercitaré y consideraré tus caminos. En tus justificaciones meditaré.

283 1. Es preferible inculcar buenas costumbres desde la niñez. La fuerza de la costumbre.--- En la segunda letra de los ocho versículos siguientes, el mismo Profeta se plantea a quién responderá, diciendo, VERS. 9: ¿Con qué corregirá el joven su camino? Estas palabras son dichas desde la perspectiva de quien plantea la pregunta. Luego, se añade la confesión como si fuera la respuesta: Guardando tus palabras. Debe observarse, según el discurso que tuvimos al inicio, que los verdaderos y perfectos preceptos del temor de Dios están contenidos bajo estos elementos de las letras, con los cuales somos formados desde los rudimentos de la infancia para el uso de la confesión de Dios. Por lo tanto, debe entenderse que el Profeta no habló ociosamente al decir: ¿Con qué corregirá el joven su camino? Es deseable que toda edad se transfiera de los vicios de su cuerpo al estudio de la inocencia, porque aunque la enmienda tardía sea útil para el olvido de los vicios. Pero el Profeta, conformando al hombre que agradará a Dios, no espera que, después de una larga y prolongada costumbre de crímenes, sea instruido en la doctrina de Dios y en los preceptos del temor: sino que desea que los años aún inexpertos en pecados, y la edad aún ignorante de crímenes, sean imbuidos no solo en los estudios de la inocencia, sino también en la misma costumbre de la

adolescencia. Pues es difícil apartarse de lo habitual, es difícil separarse de lo familiar, la costumbre tiene un gran vínculo en sí misma: y por eso será el mejor cultivador aquel a quien no solo la remisión de los delitos lo establezca sin crimen, sino que la misma ignorancia de los vicios lo mantenga inocente.

2. La prerrogativa del joven consagrado a Dios.---Conoce el profeta Jeremías la bienaventuranza de esta edad, diciendo: "Bueno es", dice, "para el joven cuando lleva el yugo pesado en su juventud: se sentará solo y callará" (Lamentaciones III, 27). No espera los años enfriados por la vejez, ni la costumbre de los vicios ya muerta por la edad. Quiere un soldado de larga batalla: quiere a ese siervo de Cristo, a quien ni siquiera el recuerdo de los crímenes pasados contamina. Pues en aquellos que han creído ya en una edad más avanzada, existe ciertamente por el don de la gracia el perdón de lo pasado; pero no está ausente por la naturaleza de la conciencia el recuerdo de lo hecho. "Bueno es", dice, "para el joven llevar el yugo pesado." Esta carga los años inexpertos la soportan con dificultad al obedecer: sin embargo, la edad tierna no siente la molestia de la carga pesada por el incremento de la virtud. Pero, habiendo asumido la carga en la juventud, ¿qué hará? "Se sentará", dice, "solo y callará." Es raro aquel con quien la perfección del temor de Dios crece con el aumento de los años: y por eso se sentará solo, dejando los grupos licenciosos de la adolescencia, y apartado incluso del reciente consorcio de los ancianos creyentes: porque no le corresponde decir, "No recuerdes, Señor, los pecados de mi juventud" (Salmo XXIV, 7). También callará, considerando la taciturnidad como adecuada a la fe y a la juventud: no mezclado en los tumultos de los negocios mundanos, sino callando por modestia, ocupado solo en el conocimiento divino de los sacramentos, y guardando las palabras de Dios con la silenciosa observación de las cosas y las obras.

3. ¿Rechaza Dios a alguien de sus mandamientos?---Vuelve luego el Profeta a su propia persona, para que se entienda que lo que dijo anteriormente se refería a sí mismo, diciendo, VERS. 10: Con todo mi corazón te he buscado: no me rechaces de tus mandamientos. No parece acorde con la bondad de Dios rechazar a alguien de sus mandamientos; pero la adición de los discursos y la virtud de las palabras, que están dispuestas según la perfecta razón de la doctrina celestial, no tienen en sí nada dudoso ni contrario. ¿Acaso, según el profeta (Ezequiel XVIII, 23), quien prefiere el arrepentimiento de los pecadores a la muerte, debe ser considerado como alguien que rechaza a alguien de sus mandamientos? Lejos esté de nosotros pensar eso. Pero tampoco es esto lo que ahora siente el Profeta, especialmente quien ha buscado a Dios con todo su corazón.

4. ¿Cómo no habría de sentir esto David? La solución de las dificultades debe buscarse precisamente en aquello de donde parecen surgir. Es fácil conocer lo que el profeta sintió. Leemos en Jeremías (Jer. XLVIII, 10): "Maldito el que hace la obra del Señor negligentemente". También leemos en los Evangelios: "Porque a todo el que tiene, se le dará y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará" (Mat. XXV, 29). Por lo tanto, el que tiene, abundará; pero el que no tiene, incluso con lo que tiene, estará necesitado. El profeta no está sujeto a la condición de maldición, porque no realizó la obra de Dios negligentemente, sino que lo buscó con todo su corazón. Luego, pide con confianza no ser apartado de los mandamientos de Dios, porque lo busca con todo su corazón. Según los Evangelios, al que tiene se le dará, y al que no tiene, incluso lo que tiene se le quitará. Dios, por lo tanto, no quitará sino al que no tiene, así como no apartará sino al negligente. Además, es tan pleno de bondad que recompensa con abundancia al que tiene; y tan poco desea que alguien no tenga, que al que no tiene no le quitará incluso lo que tiene.

285 5. A quien rechaza.---Por lo tanto, no rechaza a nadie, excepto a quien se resiste, ni rechaza a nadie, excepto a quien es negligente. Pues el Profeta presentó esta razón por la cual rogaba no ser rechazado de los mandamientos de Dios, porque no había buscado a Dios de manera parcial ni con desidia, sino con todo su corazón: por lo cual entendemos que es rechazado de los mandamientos quien, por mucha negligencia, es indigno de ser admitido: y está fuera de la envidia del que prohíbe, lo que surge de la culpa de quien no lo merece.

6. Revelar ciertos secretos de Dios es un pecado.---VERS. 11. Este es el tercer verso de la segunda letra: En mi corazón he guardado tus palabras, para no pecar contra ti. Recordamos que se suele leer algo similar a esto donde se dice: Es bueno ocultar el misterio del rey. También recordamos que Pablo, escribiendo a los Corintios, aún niños en la fe, ocultó ciertas palabras de Dios, cuando dice: Os di a beber leche, no alimento sólido; porque aún no podíais, ni aún podéis (I Cor. III, 2). Leemos también en el Evangelio (Mat. XIII, 44) sobre un tesoro encontrado en un campo fértil y abundante, y que se oculta al comprar el campo. Sabemos que no se deben arrojar las perlas ante los cerdos (Mat. VII, 6), ni dar lo santo a los perros. Por lo tanto, entendemos que debemos guardar en secreto en nuestro corazón ciertas cosas, que si se divulgan, acarrearían la culpa de un pecado inexpiable. Así dijo: En mi corazón he guardado tus palabras, para no pecar contra ti: porque aunque los demás pecados, según las diferencias de las cosas, se manifiestan en nosotros mismos o en otros; sin embargo, se cometen propiamente contra Dios cuando lo que debe ser guardado en secreto en los corazones ocultos se revela al conocimiento profano.

7. La ciencia de las justificaciones es un don de Dios.---Debe considerarse, sin embargo, en este cuarto versículo que sigue, el orden de la doctrina. El primer versículo trata sobre la observancia de los mandamientos de Dios por parte del joven; el siguiente, porque ha buscado a Dios con todo su corazón, para que no se aparte de los mandamientos de Dios; luego, que los sacramentos ocultos de la sabiduría y los misterios ocultos de Dios los ha guardado en el secreto de su mente. Ahora, en el cuarto, suplica que le muestre sus justificaciones: y suplica con el honor de la confesión, diciendo, VERS. 12: Bendito eres, Señor: enséñame tus justificaciones. Sobre las justificaciones hemos abarcado algo en un sermón anterior (Ad litt. 1, n. 12), y es superfluo repetir lo mismo con frecuencia. Por tanto, el mayor y principal esfuerzo es alcanzar esta ciencia de las justificaciones de Dios, y la debilidad de la naturaleza humana difícilmente alcanza el conocimiento de tantas y tan grandes cosas: y por ello ora para ser enseñado, porque es un don de la bondad divina moderar la ignorancia del alma humana hacia la observancia adecuada y competente de los deberes para cada género.

8. Los juicios de Dios son inenarrables, no los juicios de la boca de Dios.---A continuación, también se habla de los juicios de Dios, donde se dice, VERS. 13: En mis labios he pronunciado todos los juicios de tu boca. Cuánta es la diferencia de cosas y de denominaciones. Primero, desde la juventud se guardan los mandamientos de Dios, luego se busca a Dios con todo el corazón, después se ocultan las palabras de Dios y se desea aprender las justificaciones, ahora se proclaman los juicios. Pero podría pensarse que el Profeta se ha contradicho a sí mismo, o que ha olvidado sus propias palabras o las de otros. Pues en este libro de los salmos leemos: Tus juicios son como un abismo profundo (Sal. XXXV, 7). El apóstol Pablo dice: Inescrutables son los juicios de Dios (Rom. XI, 33), y nuevamente el profeta: Porque grandes son tus juicios e inenarrables (Sab. XVII, 1): ¿y cómo se atreverá el profeta a decir: En mis labios he pronunciado todos los juicios de tu boca? Pero el profeta, del mismo espíritu, no ha dicho nada ni contra sí mismo ni contra otro. No dijo, En mis labios he pronunciado todos tus juicios; sino que dijo, Todos los juicios de tu boca: sabiendo que hay

alguna diferencia entre los juicios de Dios y los juicios de la boca de Dios. ¿Acaso cuando dijo, Tus juicios son como un abismo profundo; dijo, Los juicios de tu boca son como un abismo profundo? Ahora, sin embargo, dice, He anunciado los juicios de tu boca. Por lo tanto, aquellos que pudieron ser conocidos como juicios a través de los profetas o de las palabras de Dios, el profeta no los calló: fueron proclamados para ser enseñados.

9. Seguridad de la conciencia recta. El profeta se regocija en las riquezas espirituales.---Después de la pública y constante predicación de los juicios de la boca de Dios, sigue esto, VERS. 14: En el camino de tus testimonios me he deleitado, como en todas las riquezas. El profeta no teme a los testigos de su vida, sino que se deleita en ellos: y la conciencia de quienes lo observan y contemplan le es agradable. Pues el miedo de una conciencia manchada tiembla ante toda intercesión: sin embargo, donde hay una confianza constante en una vida inocente, la intervención de muchos testigos es grata. Pero el profeta no se regocija por la costumbre común de la alegría: se deleita como en todas las riquezas; no solo en las riquezas, sino en todas las riquezas. Hay riquezas en el oro, en la plata, en el dinero, en las vestiduras, en las casas, en los campos; y de estos, ya sea en las viñas, en los olivos, o en los frutos: pero el profeta del Señor está perfeccionado en el fruto de las doctrinas, y es rico en las facultades de la ley y de las instituciones proféticas: y aunque en un tiempo anterior, no es ignorante de los preceptos evangélicos y apostólicos. Pues Pablo también conoce estas riquezas al hablar a los Corintios: Doy gracias a mi Dios siempre por vosotros por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús: porque en todo fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en todo conocimiento (I Cor. I, 4). En estas cosas, por tanto, es rico, y en ellas se deleita el profeta. Sin embargo, no debe pensarse que se deleita en la comparación de las riquezas mundanas, quien no pudo ser rico en el Señor sino con el desprecio y la pobreza del mundo.

10. Conserva las prácticas.---Deleitándose en los caminos de los testimonios de Dios, debía realizar la obra de su deleite; y no hay duda de que lo hace. Pues dice, VERSO 15: Me ejercitaré en tus mandamientos y consideraré tus caminos. Por lo tanto, se necesita ejercicio y constancia para mantener el uso de las cosas necesarias; porque la pereza de las mentes humanas es peligrosa y molesta: y para que no se infiltre el hábito del ocio, se debe aplicar la constancia en el ejercicio. Pero también aquí se mantiene este orden de razón. Pues primero se debe ejercitar en los mandamientos de Dios; y luego considerar sus caminos: porque a menos que preceda la práctica de obras fieles, no se alcanzará el conocimiento de la doctrina; y debemos actuar fielmente antes, para obtener el conocimiento. Por lo tanto, según la exposición anterior (número 10), consideramos que los caminos son la ley, los profetas, todos los Evangelios y los apóstoles: a quienes el Profeta, ejercitándose en los mandamientos de Dios, consideró para conocerlos.

11. Mandatos. Justificaciones. Uso de la meditación y el ejercicio. Concluyó el octavo número con esto, VERSO 16: En tus justificaciones meditaré, no olvidaré tus palabras. El Profeta no se desvía del orden de la doctrina perfecta. Se ejercita en las justificaciones de Dios, en las que pidió ser instruido, tal como medita en los mandatos. Pues la razón de los mandatos es que nos instruyen para la observancia y la obra de la inocencia: como aquello de No matarás, no cometerás adulterio, y otras cosas similares. En estos, por tanto, se ejercita (porque en ellos está el uso de la operación), confirmándose a través del ejercicio presente para el futuro. Las justificaciones, sin embargo, son aquellas por las cuales un niño hebreo, siervo por seis años, se convertirá en libre en el séptimo año; y después de seis años de frutos, el campo debe dejarse en barbecho, y otras cosas establecidas para la observancia de las justificaciones, que contienen en sí una gran meditación de esperanza futura a través del

efecto del negocio presente. Y por eso medita en ellas, como se ejercita en los mandatos: porque el ejercicio retiene el uso de la costumbre instituida; pero la meditación se extiende hacia aquello que aún no ha obtenido; para que a través de la meditación logre lo que desea: esa meditación de la justificación logra que no se infiltre el olvido de las palabras y promesas.

LETRA III. Gimel.

Retribuye a tu siervo, y viviré: y guardaré tus palabras. Revela mis ojos, y contemplaré las maravillas de tu ley. Soy un forastero en la tierra: no escondas de mí tus mandamientos. Mi alma ha deseado anhelar tus justificaciones (Hilario, para desear tus juicios) en todo momento. Has reprendido a los soberbios: malditos los que se desvían de tus mandamientos. Aparta de mí el oprobio y el desprecio: porque he buscado tus testimonios. Aun los príncipes se sentaron y hablaron contra mí: pero tu siervo se ejercitaba en tus justificaciones. Pues tus testimonios son mi meditación, y tus justificaciones son mi consuelo (Hilario, y mis consejos).

1. La voz del inocente es, RETRIBUYE.---Aquellos que no tienen una conciencia constante de un corazón purificado no pueden orar con esta voz del Profeta, VERS. 17: Retribuye a tu siervo. Pues si llega una retribución digna según nuestras obras, permaneceremos en las penas de nuestros pecados y delitos. Sin embargo, es suficiente que al menos alguien tenga esta confianza de regocijarse ante el Señor: No nos ha hecho según nuestros pecados, ni nos ha retribuido según nuestras injusticias: porque según la altura del cielo sobre la tierra ha alejado nuestras iniquidades de nosotros; porque Él conoció nuestra formación (Salmo 102, 10). Es grande reconocer tanta misericordia de Dios en uno mismo, y saber que la costumbre de los crímenes está lejos de uno, y que ha comenzado a ser digno de la misericordia de Dios. Pero el Profeta aquí, en cuyo cuerpo, por supuesto, la morada de Dios es digna, porque lleno del Espíritu Santo no piensa ni expresa cosas comunes ni terrenales, es libre para orar, Retribuye a tu siervo.

2. No se presenta insolentemente por parte de David. --- Pero tal vez sea una audacia insolente desear el mérito de la retribución sin alguna modestia de confesión, sin recordar que se encuentra en el cuerpo, es decir, en una condición vil y humilde. Sin embargo, el Profeta excluyó toda opinión de vanidad y jactancia sobre sí mismo. Pues cuando dijo "Retribuye" lo hizo con la confianza de la inocencia; añadió "a tu siervo" desde el deber de la servidumbre y desde la confesión de su propia condición. Por lo tanto, pide esto con firmeza, quien recuerda que es siervo de Dios, no del pecado: porque todo el que peca, es siervo del pecado (Juan VIII, 34).

3. La verdadera vida no es de este tiempo. —Viviré, dice, y observaré tus mandamientos. Viviré y observaré no es asunto del tiempo presente; sino que el significado de esta expresión se extiende hacia el futuro. Pues el Profeta sabe cuándo será esa vida bienaventurada y verdadera de los vivientes. Ahora, de hecho, permanecemos en el polvo de la muerte y estamos en el cuerpo de la muerte, del cual el Apóstol pide ser liberado, diciendo: Miserable de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 24). Sin embargo, también ahora tenemos mezclada con nosotros una materia que está sujeta a la ley de la muerte y del pecado; y en la morada de esta carne caduca y débil adquirimos la mancha de la corrupción por su compañía: y a menos que el cuerpo sea glorificado en la naturaleza del espíritu, no puede haber en nosotros la naturaleza de la verdadera vida. Escuchemos a aquel que recuerda habitar en el cuerpo de la muerte diciendo: Porque nuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col. III, 3 y 4). Cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros

os manifestaréis con él en gloria. Por tanto, el Profeta ora por esta recompensa, para que viva: enseñando el tiempo de esta vida futura en otro lugar, donde dice: Y agradaré al Señor en la tierra de los vivientes (Sal. CXIV, 9). Sabe que esta morada de este mundo no es la tierra de los vivientes. Sabe que aún debemos ser purificados según la prefiguración de la ley. Pues ahora nos mezclamos con lo muerto: y en la ley, cualquiera que toque un muerto es impuro (Num. XIX, 11).

4. Ley sobre no tocar al muerto; quién debe entenderla. --- Pero lejos esté esto, que algo de esto en la ley se entienda corporalmente, como si por tocar a un muerto alguien se hiciera impuro. José, al salir de Egipto, se llevó los huesos, Moisés, el mismo legislador, los tomó (Éxodo XIII, 19), Eliseo se tendió sobre el muerto para devolverle la vida (2 Reyes IV, 34): el mismo Señor devolvió a la vida a los muertos tomándolos de la mano (Mateo IX, 25): y si el tocar a un muerto hubiera hecho impuro, de ninguna manera la ley habría sido violada por tan grandes hombres, ni por el Señor, quien dijo: No he venido a abolir la ley, sino a cumplirla (Mateo V, 17). Pero porque la ley es sombra de los bienes futuros; por eso, a través de este significado prefigurado, nos enseñó que en esta morada terrenal y mortal de nuestro cuerpo no podemos ser puros, a menos que obtengamos la purificación por el lavado de la misericordia celestial, después de la transformación de la resurrección, cuando la naturaleza de nuestro cuerpo terrenal se haga más gloriosa.

5. Los bautismos son diversos. — Y tal vez si alguien considera que en el Sacramento del bautismo se le ha devuelto aquella pureza perfecta de la inocencia, digna de la vida celestial, recuerde que Juan el Bautista dijo: Yo en verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene después de mí, es más poderoso que yo (Mat. III, 11): él os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. Recuerde también que el mismo Señor, habiendo sido bautizado por Juan (Luc. III, 21) mientras aún estaba en el cuerpo, dijo: Aún tengo que ser bautizado con otro bautismo (Luc. XII, 50). Por lo tanto, es posible pensar que la purificación perfecta está reservada incluso después de las aguas del bautismo: la que nos santifica con la venida del Espíritu Santo, la que nos purifica con el fuego del juicio, la que nos limpia de la mancha de la muerte y de su asociación a través de la injuria de la muerte, la que nos lava con la pasión del martirio y con la sangre devota y fiel.

6. No hay aquí una custodia perfecta de los mandamientos. Y por eso el santo Profeta dice que vivirá cuando viva, es decir, será trasladado a través de esta sombra de vida a aquella verdadera región de los vivientes. Según este ejemplo, como dijo viviré; así también (se sobreentiende dice) guardaré tus palabras. Se guardan por ahora, según el apóstol Pablo, en parte y por espejo (I Cor. XIII, 9 y 12). Porque hay muchos escándalos en el mundo que impiden que haya en nosotros una custodia perfecta de los mandamientos. No menciono las naturalezas de los cuerpos, que nos obligan por ahora a ser imperfectos, ya sea por debilidad o por los incentivos de los vicios. Pero en verdad, una vez vencida la muerte y embotado su aguijón, y cuando escuchemos y veamos cara a cara; entonces verdaderamente viviremos y guardaremos los mandamientos de Dios.

7. Ley esbozada: esto desea David contemplar.---El orden de la inteligencia, que se contiene en el primer verso, es el mismo en los siguientes. Pues dice, VERS. 18: Revela mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley. Sabe que a los ojos mortales y corporales se opone una nube de oscuridad. Sabe que lo que está prescrito corporalmente en la ley es una sombra y un espejo de lo futuro. Ciertamente lee la ley: pero desea contemplar las maravillas de la ley. Recuerda que los sábados son santos: pero anhela estar en el descanso de los sábados eternos. Usa ciertamente panes ázimos: pero se apresura a echar fuera el fermento de la vieja

naturaleza. Inmola el cordero de la pascua: pero desea asistir a aquel que es revelado por Juan como el Cordero (Juan I, 29). Cumple con la ley del séptimo año: pero él mismo, al completar los siete mil, exige ser libre del siglo. Cumple con la ley del año quincuagésimo del jubileo: pero se apresura a obtener la remisión y renovación de pentecostés. Sabe que por mandato de Dios, según el modelo celestial, tanto el altar instituido por Moisés como Aarón vestido con el hábito y ornamento sacerdotal: pero se apresura a participar en los ministerios del Príncipe (Cristo) de los sacerdotes, en cuyo ejemplo se hacían estas cosas. También ora para ser introducido en la tierra santa, tierra que fluye leche y miel, como peregrino de todo este mundo. Todas estas cosas los judíos las realizan corporalmente: pero Pablo las entiende de otra manera, diciendo: Sabemos que la ley es espiritual (Rom. VII, 14). Por tanto, el Profeta ora para ver estas maravillas de la ley, que se esbozan con ojos velados: es decir, para que, liberado del cuerpo caduco y débil, contemple en los cielos estas cosas grandes y maravillosas que se prefiguran a través de la observancia corporal de la ley.

8. Peregrinación desde la carne.---No se altera el afecto del que ora. Pues después de esto dice, VERS. 19: Soy un forastero en la tierra; no escondas de mí tus mandamientos. Un forastero no habita la tierra como dueño, sino como extranjero: ni el peregrino espera de ella el fruto de una operación temporal. El Apóstol conoce el orden de esta estancia, diciendo que hay que peregrinar lejos del cuerpo y permanecer con Cristo (II Cor. V, 8). Así, el Profeta, contemplando con fe ciertas imágenes de las conversaciones celestiales, aunque habite el cuerpo, sin embargo, habita algo que no es suyo, con los ojos de la mente elevados al cielo. Sabe que los tesoros deben ser colocados en el cielo; porque donde esté el tesoro, allí también estará el corazón (Mat. VI, 21). No era en ese sentido un forastero de su tierra, como aquel que en la comparación evangélica construye graneros capaces de enormes frutos, y exhorta a su alma a las delicias por la abundancia presente; necio, esa misma noche su alma le será requerida (Luc. XII, 18 y ss.).

9. Un mandamiento claro, otros ocultos.---Por lo tanto, el profeta, confesándose como extranjero, ora para que los mandamientos de Dios no le sean ocultados. Pues nadie, a menos que sea un peregrino de su propio cuerpo, es digno del conocimiento de los mandamientos de Dios. Ese mandamiento de Dios que es claro e ilumina los ojos (Sal. XVIII, 9); parecerá absurdo decir ahora que los mandamientos de Dios le sean ocultados, ya que tienen por naturaleza ser claros e iluminadores. Pero la negligencia de los oídos trae dificultad al entendimiento. Allí, el mandamiento es claro e iluminador, aquí los mandamientos son ocultos. Es un mandamiento claro aquel por el cual somos iluminados para contemplar la luz de los mandamientos. Por el mandamiento que es el primero en la ley, en el cual se nos ordena amar a Dios con toda el alma y con toda la fuerza (Deut. VI, 5), somos hechos dignos de la iluminación del conocimiento. Y así como pasamos de gloria en gloria; así también en la luz veremos la luz, y así también alguna vez veremos el rostro mismo a través del espejo. Pues por este mandamiento de la vida corporal, por el sacramento del bautismo y el precepto de Dios, somos iluminados, usamos la luz y permanecemos en la gloria. Por esto, nuevamente, veremos los mandamientos a partir del mandamiento, por esto veremos la luz a partir de la luz, por esto seremos transferidos de gloria en gloria.

10. Los ministerios de los ángeles son diversos. El Profeta sabe que en los cielos hay muchos mandatos de Dios, sabe que, por la diversidad de los ministerios, hay diferentes observancias de los preceptos: de los ángeles, de los arcángeles, de los tronos, de las dominaciones, de las potestades y de los principados. Es necesario que, al igual que sus nombres, también sus oficios sean diversos, manteniendo, sin embargo, la custodia perpetua de los mandatos por la

firmeza de su naturaleza. Y por eso ora para que se le revelen los sacramentos de los mandatos celestiales, porque sabe que es un peregrino en el cuerpo de esta tierra.

11. Vers. 20. Este es el cuarto verso de la tercera letra: Mi alma ha deseado anhelar tus juicios en todo momento. No es el discurso de este Profeta común con los demás o con el del mundo: elevó más profundamente el sentido de su inteligencia bajo la significación de palabras familiares, diciendo: Mi alma ha deseado anhelar tus juicios en todo momento. Pues a muchos les parecerá que habría sido más correcto decir, mi alma desea tus juicios en todo momento. Y tal vez algunos piensen que esto mismo está contenido en estas palabras.

12. ¡Cuán temibles son los juicios de Dios para el hombre! Sin embargo, el Profeta recuerda que es arduo y peligrosísimo para la naturaleza humana desear los juicios de Dios. Pues, dado que nadie que viva es puro ante Él, ¿cómo puede ser deseable Su juicio? ¿Acaso anhelaremos el día del juicio, cuando habremos de rendir cuentas de toda palabra ociosa, en el que habremos de enfrentar ese fuego incansable, en el que habremos de soportar aquellos graves castigos para expiar las almas de los pecados? El alma de la bienaventurada María será atravesada por una espada, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones (Luc. II, 35). Si aquella Virgen, capaz de recibir a Dios, ha de enfrentar la severidad del juicio, ¿quién se atreverá a desear ser juzgado por Dios? Job, habiendo cumplido con la milicia y victoria de todas las calamidades humanas, quien al ser tentado dijo: El Señor dio, el Señor quitó, bendito sea su nombre por los siglos (Job I, 21), confesó ser polvo y, al oír la voz de Dios desde la nube, decidió no hablar más (Job XL, 1). ¿Y quién se atreverá a desear los juicios de Dios, cuya voz desde los cielos ni siquiera pudo soportar tan gran profeta (Job XLII, 3 y 6), ni los apóstoles pudieron resistir estando en el monte con el Señor (Matth. XVII, 6)?

13. David se desea a sí mismo esa inocencia, por la cual las cosas no sean temibles. Así, el Profeta mantuvo la medida de la naturaleza humana y de la conciencia, diciendo: Mi alma ha deseado anhelar tus juicios en todo momento. No desea el juicio en sí, sino que anhela desearlo: lo contenía el deseo del anhelo, no del juicio. Anhela desear, es decir, permanecer en tal inocencia que ya pueda desear con seguridad y sin el terror del juicio temible: no deseando aún la cosa misma por la conciencia de la condición humana, sino anhelando el deseo de que se logre la conciencia de la inocencia perfecta. Sabe, en verdad, que es necesario que el deseo de este anhelo sea constante e incansable: y por eso añadió: en todo momento, enseñándonos que no debe haber ocio alguno para nosotros, sino que siempre debemos estar sostenidos por el deseo de este anhelo.

14. La soberbia provoca en nosotros la ira de Dios.---Luego dice, Vers. 21: Has reprendido a los soberbios: malditos los que se desvían de tus mandamientos. ¡Oh infeliz soberbia, que se niega a vivir bajo los preceptos celestiales, que el orgullo de un alma infiel desprecia los mandatos divinos! Son muchos los crímenes de los vicios humanos, y diversas e innumerables las acciones pecaminosas: pero ninguna causa más la ira de Dios sobre nosotros que la soberbia. Has reprendido no a los avaros, no a los lujuriosos, a quienes ciertamente la reprensión es debida, sino a los soberbios; porque muchos, por la soberbia con la que desprecian lo humano, también desprecian obedecer a Dios.

15. Hace vanas las buenas obras.---Aunque las demás obras de fe sean ilustres, y la devoción permanezca en toda la observancia de los mandamientos divinos, sin embargo, con la soberbia que se infiltra, se borrará la memoria de lo que rectamente hacemos. ¿Con cuánto esfuerzo aquel fariseo evangélico se estableció en el camino de la vida, para no ser rapaz en

lo ajeno, para no ser injurioso con nadie, para no caer en adulterios (Luc. XVIII, 11 y ss.)? Trabajó ayunando dos veces por semana, y con la virtud de una gran paciencia sometió su cuerpo a la abstinencia de alimentos. ¿Con cuánto esfuerzo luego venció la avaricia, entregando los diezmos de su sustancia para el uso de los necesitados? ¿Qué hay más ilustre que esto? ¿Qué obra es más difícil que estas? Pero cayó en el lazo de la soberbia, diciendo: Porque no soy como este pecador y publicano (Ibídem): y el infeliz, por este vicio, cayó de sus ingentes obras en el crimen, y hecho insolente por esta gloria de sus virtudes, se retiró menos justificado que el publicano.

16. Pablo, quien fue liberado por ella.---Pero, ¿qué decimos del fariseo? El Apóstol no fue enviado por hombres ni por medio de hombre, sino por Jesucristo (Gál. I, 1), contra quien el diablo luchó con toda su habilidad y poder, recibió un ángel de Satanás que lo abofeteara (II Cor. XII, 7 y 8): para que, a través de las incesantes molestias de todas las pasiones, ninguna ocasión de orgullo pudiera infiltrarse durante el tiempo de ocio. Él mismo, al establecer una cierta ley para elegir y constituir al sacerdote, cuando ya lo había colocado en las virtudes que son dignas de un obispo, prohibió elegir a un neófito, para que no se enorgulleciera, diciendo: No neófito, no sea que, envanecido, caiga en el juicio del diablo (I Tim. III, 6): es decir, para que no se vuelva insolente por la gracia de la regeneración recién adquirida, quiere que sea probado antes en la batalla de muchas pasiones, quiere que sea promovido por muchos méritos de humildad y fe. Porque Dios no desprecia un corazón humillado, y el mejor sacrificio es un corazón contrito (Sal. L, 19), porque quien se exalta será humillado; y quien se humilla será exaltado (Luc. XIV, 11).

17. La soberbia humana desprecia lo humano y descuida lo divino. Y por eso son malditos los que se desvían de tus mandamientos, porque los soberbios son reprendidos: ya que por la soberbia de un alma insolente, despreciamos lo humano y descuidamos lo divino. Pero la fuerza de la palabra aquí colocada no debe ser escuchada negligentemente. Pues habría sido fácil decir: Malditos los que no obedecen tus mandamientos. (Sobre uno y varios mandamientos en el verso anterior hemos hablado adecuadamente.) Sin embargo, son malditos aquellos que, instruidos por esta doctrina profética, se desvían de los mandamientos de Dios, es decir, por los deseos de los vicios presentes caen de la esperanza de los mandamientos eternos. Porque quien se desvía, evita aquello en lo que está, y es conducido de una parte a otra, y con un cierto desvío se aparta del camino. Así que incluso al que se desvía levemente de los mandamientos de Dios, lo abarca la sentencia de maldición: para que entendamos cuán peligroso es ignorar completamente aquello de lo que desviarse es maldito.

18. Los pecados merecen oprobio.---VERS. 22. Aparta de mí el oprobio y el desprecio; porque he buscado tus testimonios. Los pecados son dignos de oprobio: y por eso los pecadores se levantarán para oprobio eterno (Dan. XII, 2). Que todos los pecados son dignos de oprobio, lo aprendemos en los Evangelios, cuando el Señor comenzó a reprochar a aquellas ciudades en las que se habían realizado muchas de sus virtudes y no se habían arrepentido, Corozaim y Betsaida (Luc. X, 15). Lo que comenzó con ellas, es necesario que se haga con todos los que cometen el mismo crimen; y entonces reprochará al género humano que no se arrepiente, ni sigue el camino evangélico, lo que se contiene en el salmo: ¿Qué utilidad hay en mi sangre, mientras desciendo a la corrupción? (Sal. XXIX, 10.) Pues reprocha a los soberbios y maldicientes, por qué no consideraron que había utilidad alguna en el sacramento de su sangre y muerte; cuando Él por nosotros nació, padeció y murió.

19. La confesión desvía, siempre que también se busquen los testimonios de Dios. El Profeta también tuvo en cuenta la condición de la debilidad humana. Sabe que hay ciertas cosas que

deben ser eliminadas de nosotros por la misericordia de Dios. Sabe que Dios debe ser invocado con tal confesión de nuestros pecados, de modo que, aunque tengamos motivos para ser reprendidos, no seamos reprendidos: pues el crimen debe ser confesado para obtener el perdón. Sabe además que después de la reprensión, las naciones son consideradas en desprecio, es decir, como nada; porque está escrito: Todas las naciones son nada, y todo lo que es de malicia ha sido estimado en nada (Isaías XL, 17). Pero según el ejemplo del Profeta, debemos suplicar que se nos quite el oprobio y el desprecio con esta esperanza y confianza: para que añadamos a lo que se dice: Quita de mí el oprobio y el desprecio, y (también) lo que sigue: Porque he buscado tus testimonios. Y busca los testimonios de Dios, para que no deba ser reprendido; y suplica que se le quite el oprobio y el desprecio, para que no quede la vergüenza: ha confesado que en su naturaleza está la causa de la reprensión y el oprobio que suplica que se le quite; pero espera que se le quite a través de la devoción a los testimonios buscados.

20. La fe aborrecida por los príncipes del mundo.---El Profeta busca los testimonios de Dios, no en la ociosidad, ni en la insolencia de las cosas favorables, sino que los busca mientras muchos se le oponen, muchos hablan en su contra, diciendo, VERS. 23: Porque se sentaron los príncipes, y murmuraban contra mí. Sabe que toda la fe de la profecía es aborrecida por los príncipes de este mundo: sabe que los Apóstoles serán odiados por todos a causa del nombre cristiano. Se sientan contra el Profeta los príncipes, y murmuran entonces, cuando oyen incluso decir, Escuchad la palabra del Señor, príncipes de Sodoma, atended a la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra (Isaías I, 10). Por el consejo de tales, Isaías fue aserrado, Jeremías también es encerrado en prisión, Daniel es arrojado a los leones incitados al furor por el hambre, Zacarías es asesinado entre el templo y el altar, los apóstoles son golpeados, decapitados, crucificados: para que la predicación de Dios sea eliminada, para que la doctrina de la profecía sea inhibida, para que el camino de la vida eterna sea obstruido. Pero la fe constante despreció estas asambleas de príncipes y estas palabras de detracción. Pues sigue: Pero tu siervo se ejercitaba en tus justificaciones. A pesar de que ellos se oponían y con todas las armas del castigo intentaban impedirlo, el espíritu persevera en los ejercicios de las justificaciones de Dios.

21. La meditación y la operación de la ley de los eternos es preparación. --- Pero, como ya hemos tratado anteriormente (Litt. 2, n. 11), el ejercicio de las justificaciones y la meditación de los testimonios es aquella en la que, cuando las obras de la ley se ejercen a través de eficiencias corporales; sin embargo, mediante el ejercicio de las justificaciones y la meditación de los testimonios, se adquiere cierta preparación de los bienes eternos a través de la meditación de los presentes. Pero muestra de dónde surge la meditación de los testimonios. Pues añadió, VERS. 24: Y tus justificaciones son mis consejos; confesando que todo el cuidado de la vida, todos los diversos y variados movimientos de los consejos están dirigidos a las justificaciones de Dios en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el honor por los siglos de los siglos. Amén.

LETRA IV. Daleth.

Adherido al polvo está mi alma: vivifícame según tu palabra. Mis caminos te he manifestado, y me escuchaste: enséñame tus justificaciones. Instrúyeme en el camino de tus justificaciones, y meditaré en tus maravillas. Mi alma se ha adormecido por el tedio: fortaléceme con tus palabras. Aparta de mí el camino de la iniquidad, y en tu ley ten misericordia de mí. Elegí el camino de la verdad: no he olvidado tu justicia. Me he adherido a

tus testimonios, Señor: no me confundas. Corrí por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazón.

1. La asociación con la carne terrenal es molesta para el profeta. La inteligencia múltiple no puede contener en sí misma la dificultad de las palabras, ya que, eliminada toda oscuridad, abunda más la elección de entender: como contemplamos en el primer verso de la cuarta letra. Dice, en efecto, VERS. 25: Se adhirió al polvo mi alma: vivifícame según tu palabra. Esto también puede entenderse como la asiduidad en la oración, como si el Profeta, postrado en la tierra por la confesión de los pecados, se hubiera adherido al suelo. Pero para entender algo más profundo bajo estas palabras, consideramos necesario examinar con más diligencia la fuerza de las palabras. No dice, Me adherí al suelo; sino: Se adhirió al polvo mi alma: y se nos advierte que entendamos aquí una queja sobre la asociación del alma y el cuerpo. Y hay muchas cosas que nos advierten para que consideremos esto más probable. Pues el Apóstol dijo, el cuerpo de nuestra humillación (Filipenses III, 21); y el profeta dijo: Mi alma fue humillada en el polvo (Salmo XLIII, 25); y nuevamente dijo: Y me has llevado al polvo de la muerte (Salmo XXI, 16). Por lo tanto, ya sea porque residimos en el suelo de esta tierra, o porque hemos sido formados y conformados de la tierra, se cree que el alma, que es de otro origen, se ha adherido al cuerpo terrenal: emprendiendo ella misma una gran lucha para separarse de su asociación, aunque permanezca en él, para que, como extranjera, use su residencia.

2. Desea una vida mejor.---No ignora el Profeta, aunque de una época anterior, el dicho apostólico de que quienes se adhieren al Señor son un solo espíritu. También sabe que ha proclamado: "Mi alma se adhirió a ti" (Salmo 62, 9). Además, ha leído en la ley: "Caminarás tras el Señor tu Dios y te adherirás a Él" (Deut. 13, 4). Por lo tanto, desea adherirse más a Él que a cualquier otro. Pero, recordando que ha contraído alguna mancha de pecado por su asociación, ora para que, a través de la palabra de Dios, aunque su alma esté mezclada con la naturaleza terrenal y mortal, sea animada hacia la vida celestial. Sabe que ahora está adherida al suelo, no viviendo; pero según la palabra de Dios, a quien los muertos viven, ora para ser vivificado en la vida.

3. Qué en sus caminos, qué en el camino de Dios caminar.---Luego sigue, VERS. 26: He declarado mis caminos, y me escuchaste; enséñame tus justificaciones. Quienes viven según los placeres del cuerpo, caminan en sus propios caminos. Pero aquellos que, habiendo dejado toda costumbre de vicios carnales, viven en los preceptos de Dios, ya no tienen su camino, sino que están en el camino de Dios. Y esto lo escuchamos en el precepto del Deuteronomio: Pero ahora, Israel, ¿qué te pide el Señor tu Dios, sino que temas al Señor tu Dios, y camines en todos sus caminos, y lo ames, y sirvas al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, y guardes los preceptos del Señor tu Dios y sus justificaciones, que yo te mando hoy, para que te vaya bien (Deut. X, 12 y 13)? Por lo tanto, adhiriéndose a Dios, está en el camino de Dios.

4. La confesión de los pecados es el camino hacia la enseñanza de Dios. ---¿Y de qué manera consideraremos que el Profeta ha hablado aquí diciendo: He declarado mis caminos, y me escuchaste; enséñame tus justificaciones? Pues si proclama sus caminos, es necesario que proclame los caminos del pecado: porque está en el camino del pecado quien no está en el camino de Dios. Pero parece que concuerda con esta afirmación presente aquello que se ha dicho: Proclamaré contra mí mis justicias al Señor (Sal. XXXI, 5); y de nuevo, El justo en el comienzo de su discurso es él mismo su acusador (Prov. XVIII, 17). Por lo tanto, esta proclamación que se menciona aquí no es alabanza, sino confesión de sus caminos, es decir,

una profesión penitente de sus pecados. Y el Profeta, para ser digno del espíritu de profecía, confesó primero sus caminos, es decir, sus pecados, para que después de esta proclamación de ellos, fuera capaz de recibir la enseñanza de las justificaciones de Dios. Lo cual se enseña de manera absoluta. Pues cuando dice, He declarado, demuestra que esta confesión es del tiempo pasado, y cuando dice, Enséñame, es una oración hacia el futuro, porque primero se debe confesar los pecados, y después de una confesión completa, se debe aprender.

5. La ley no pide que se enseñen sus obras, sino su propósito.---El Profeta, permaneciendo en la ley, no solicita ser instruido por aquellas cosas que se realizaban entonces mediante el ministerio corporal, sino por aquellas que, a través de la apariencia de lo presente, abarcaban los sacramentos del futuro. VERS. 27. Hazme entender el camino de tus justificaciones; y me ejercitaré en tus maravillas. Se reconoce que el presente discurso ha distinguido las justificaciones de su camino. Y en cuanto se entiende por la realidad misma, todo aquello hacia lo cual se tiende por el camino no es lo mismo que el camino mismo que se recorre. Por lo tanto, se debe buscar la razón por la cual el Profeta ha orado para que se le conceda entender el camino de las justificaciones, más bien que conocer las justificaciones mismas. Recuerda que todas las justificaciones de la ley contienen en sí la sombra de las santas justificaciones: cuando después de seis años de servidumbre el siervo hebreo es liberado (Éxodo XXI, 2), cuando los frutos del séptimo año se dejan a los necesitados y a los animales de la tierra (Levítico XXV, 4), cuando después del año cincuenta todo regresa al derecho de la familia de la que se había apartado (Ibid. 13). Y porque estas cosas que están establecidas en la ley son el camino de aquellos cuyo ejemplo se prefigura en ellas; ora para que, entendiendo el camino de estas justificaciones, se ejercite en las maravillas de Dios, es decir, se ocupe en las obras de la ley: porque la ley ha sido establecida como un espejo de los bienes futuros.

6. Entre las diversas versiones, se prefiere la versión de los Setenta.---En cuanto al versículo siguiente, he descubierto que muchos han tenido opiniones diversas, ya que no fue traducido del hebreo con la misma propiedad por otros traductores, como fue escrito por los Setenta intérpretes. Algunos, en lugar de lo que ellos dijeron, ἐνύσταξεν ἡ ψυχή μου, pusieron ἔσταξεν ἡ ψυχὴ μου. Sin embargo, algunos de ellos no tradujeron ἐνύσταξεν, sino κατέσταξεν. Y se entiende que ἐνύσταξεν, ἔσταξεν y κατέσταξεν significan cosas diferentes. Pero para nosotros no es seguro transgredir la traducción de los Setenta intérpretes: y ciertamente la razón y el sentido de las palabras nos advierten de tal manera que entendamos correctamente y de manera probable el versículo traducido. Es así con ellos y con nosotros, VERS. 28: Mi alma ha dormitado por el tedio. Y todo el discurso anterior y el siguiente contienen en sí una confesión de humildad e impotencia; cuando el alma se adhiere al suelo, cuando se confiesan los caminos de los pecados, cuando se ora por la comprensión del camino de las justificaciones. Por lo tanto, es consecuente que ahora se queje de que su alma ha dormitado por el tedio de la morada mortal, que aún no comprende el camino de las justificaciones, que incluso ahora se ha adherido al suelo. Y por eso ora para ser fortalecido en los caminos de Dios, porque dormita por el tedio.

7. Razón de la dormitación.---Pero aquí se ha mantenido la distinción de decir que se dormitaba, no que se dormía: porque quien duerme, está en el acto mismo del sueño; pero quien dormita, lo hace antes de dormir. Esta distinción también se mantiene en otro lugar, cuando dice: "He aquí, no duerme ni dormita el que guarda a Israel" (Salmo 120, 4). Y también allí, donde menciona: "Si doy sueño a mis ojos, y dormitación a mis párpados" (Salmo 130, 4); dijo que la dormitación es de los párpados, pero el sueño es de los ojos, porque es función de los párpados conciliar el sueño a partir de la dormitación. Por lo tanto,

el profeta, aunque dormita, no duerme: y por eso, para que no duerma mientras dormita, añadió: "Confírmame en tus palabras": es decir, para que, fortalecido por la comprensión de todas las justificaciones que mencionó anteriormente, no solo no duerma, sino que también vigile sin ninguna dormitación.

8. David no está exento del pecado, sino del camino del pecado. Suplica la bienaventuranza prometida por la ley.---Dice después de esto, VERS. 29: Aparta de mí el camino de la iniquidad, y ten misericordia de mí según tu ley. Habría sido fácil decir, aparta de mí la iniquidad: pero aunque consciente de su debilidad, al recordar que en su cuerpo existe el camino para pecar, sin embargo, por el temor de Dios, está completamente alejado de la realización del pecado. Por lo tanto, ruega que el camino del pecado, por el cual es fácil dirigirse al pecado, sea apartado de él, es decir, que todos los deseos de las voluptuosidades corporales sean eliminados, y que no le sobrevenga ninguna tentación de concupiscencia o ignorancia, por la cual se va al pecado como por un camino. No solo pide esto a Dios, sino también que tenga misericordia de él a través de su ley. Y de este modo obtiene misericordia por la ley: porque, como mostré anteriormente, así está escrito en la ley: Y ahora, Israel, ¿qué te pide el Señor tu Dios, sino que temas al Señor tu Dios, y andes en todos sus caminos, y lo ames, y sirvas al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, y guardes los mandamientos del Señor tu Dios y sus justificaciones, que yo te mando hoy, para que te vaya bien (Deut. X, 12 y 13)? Por lo tanto, como la ley enseña que se debe andar en los caminos de Dios, para que al que anda en ellos le vaya bien en el futuro; y ahora el Profeta ora para que los caminos de la injusticia sean apartados de él, y para que Dios tenga misericordia de él según la ley: ora por lo que está contenido en la ley, para que andando en los caminos de Dios sea colocado en la bienaventuranza.

9. Camino de la verdad, juicio.---A continuación sigue, VERS. 30: Amé el camino de la verdad, y no me he olvidado de tus juicios. Muchos aman el camino, pero no todos aman el camino de la verdad. Y cualquiera que emprenda el camino de los placeres, de las riquezas o de los honores, así como aquellos que son llevados por las doctrinas de los herejes, vagos, inciertos e impíos, están en un camino, pero no están en el camino de la verdad. Pero el Profeta habla desde el espíritu de aquel que, habiendo asumido un cuerpo, diría después, Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6). Y porque este es el juicio, según lo que se contiene en los Evangelios, Este es el juicio, que quien cree en mí, tenga vida eterna (Juan III, 15 y 19); con razón el Profeta dice, Amé el camino de la verdad, y no me he olvidado de tus juicios. Pues para nosotros estas cosas fueron dichas posteriormente para nuestro conocimiento; pero el Profeta en ellas vive y habla.

10. Al adherirnos a los testimonios de Dios, somos liberados de la confusión. --- La doctrina y la confesión profética son coherentes: pues dice, VERS. 31: Me he adherido a tus testimonios, Señor, no me confundas: porque al adherirse a los testimonios del Señor, se ha hecho merecedor del perdón de los pecados antiguos y anteriores. Sabe que se ha dicho en las palabras de Dios: He aquí que borraré como nube tus injusticias, y como niebla tus pecados (Isaías XLIV, 22). El Señor es poderoso para remover todo aquello que nos causa vergüenza y confusión, si también nosotros podemos decir con libertad: Me he adherido a tus testimonios. Pues al adherirnos a ellos, somos liberados de la confusión de los crímenes vergonzosos y anteriores.

11. Grados hacia el camino de Dios. El camino de la vida es angosto.---Pero todo se concluye en su orden, en sus asuntos. Pues anteriormente dijo: Aparta de mí el camino de la injusticia; luego añadió: Amé el camino de la verdad; a esto sigue en tercer lugar: Me adherí a tus

testimonios; y ahora concluye así, VERS. 32: Corrí por el camino de tus preceptos, cuando ensanchaste mi corazón. Se llegó a esto por grados: los caminos de la iniquidad fueron apartados, los caminos de la verdad amados, en la indivisible sociedad de los testimonios; para que se corriera en el camino de los mandamientos de Dios. Pero el camino que conduce a la vida es tanto angosto como lleno de tribulaciones; angosto, porque se debe entrar en él con diligencia y cautela; lleno de tribulaciones, porque se accede a través de muchas tribulaciones y sufrimientos. ¿Y se considerará insolente al Profeta que se gloría de correr por este camino?

12. No se corre a menos que Dios dilate el corazón: quien lo dilate. ---Recuerda, sin embargo, que entre el estudio de la inocencia y la confesión de la humildad, la virtud de sus palabras debe ser moderada. Por eso, después de haber dicho: En el camino de tus mandamientos corrí, añadió esto: cuando dilataste mi corazón. El corazón está dilatado, el cual se abre por la fe para ser capaz de la doctrina de Dios. Y esto se ha dicho de los creyentes: Y habitaré y caminaré entre ellos (II Cor. VI, 16). Por lo tanto, el corazón se dilata, en el cual reside el sacramento del Padre y del Hijo, en el cual el Espíritu Santo se deleita con una morada espaciosa. También lo recuerda Salomón diciendo: La sabiduría canta en las salidas, actúa con libertad en las plazas (Prov. I, 20). La latinidad de ambas palabras nos trae oscuridad o nos ofrece la opinión de otra inteligencia. Pues lo que nosotros decimos en las salidas, la lengua griega lo tradujo del hebreo como ἐν ἐξόδοις. Y éxodo propiamente es, donde de muchos caminos angostos se llega a un camino amplio. Lo que nosotros llamamos plazas, la lengua griega lo llamó con el mismo nombre (πλατεῖασ). Pero el discurso griego designa que las plazas son anchuras: y nosotros pensamos que son las calles de las ciudades. Por lo tanto, la Sabiduría, que es Cristo, se canta en aquel camino en el cual salió para nosotros de muchos. Pero actúa con libertad en las anchuras, en las cuales no solo prometió habitar, sino también caminar. Por lo tanto, el Profeta corre libremente por el camino del Señor, después de que su corazón comenzó a estar dilatado. Pues no pudo antes correr por el camino de Dios, hasta que él mismo se convirtió en una morada digna y amplia para Dios.

304 CARTA V. Él.

Establece para mí, Señor, la ley del camino de tus justificaciones: y la buscaré siempre. Dame entendimiento, y examinaré tu ley, y la guardaré con todo mi corazón. Guíame por la senda de tus mandamientos: porque en ella he deseado. Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la ganancia. Aparta mis ojos para que no vean la vanidad: vivifícame en tu camino. Establece para tu siervo tu palabra en tu temor. Quita de mí el oprobio que he temido; porque tus juicios son agradables. He aquí que he deseado tus preceptos: en tu justicia vivifícame.

1. La versión latina no expresó adecuadamente la griega. Se desea la ley del camino de las justificaciones de Dios.---Encontramos una súplica inusual y nueva del Profeta en el primer verso de la quinta letra. Comienza así, VERS. 33: Establece para mí, Señor, la ley del camino de tus justificaciones. Sin embargo, es difícil seguir el sentido de este verso a partir de la interpretación latina. Debido a la naturaleza de nuestro lenguaje común, no se pudo explicar de manera absoluta la fuerza del verbo tanto en hebreo como en griego. Los griegos tradujeron del hebreo, νομοθέτησόν με, Κύριε, τὴν ὁδὸν τῶν δικαιωμάτων σου. En este verso, ora para que se le establezca la ley de las justificaciones: y lo que en griego es νομοθέτησον, la latinidad no pudo explicarlo con la misma comprensión del sentido. Por lo tanto, el Profeta ora para que el Señor le constituya la ley del camino de sus justificaciones, es decir, para que entienda y sepa con qué ley debe abordar el camino de las justificaciones

de Dios. No dice simplemente el camino, sino que solicita la ley del camino de las justificaciones.

2. Ley de los caminos comunes. Ley del camino del pueblo que sale de Egipto.---¿Y cuál será entonces la ley del camino de las justificaciones? Pues en los caminos comunes y terrenales recordamos que hay una ley en las medidas de los espacios: con un intervalo de mil pasos se establecen ciertos signos de la ley del camino, cuando se dispone el descanso de las estaciones, cuando hasta la ciudad se miden nuevamente intervalos de estaciones adecuados para el descanso de los viajeros. Pero también cuando el pueblo pasó a pie por el mar Rojo al salir de Egipto, recordamos que hubo una cierta ley del camino, no establecida por juicio del arbitrio humano, sino divino, en la columna de fuego y de nube. Pues cuando era necesario que el pueblo emprendiera el camino, la columna de fuego iba delante durante la noche, pero durante el día la columna de nube (Éxodo XIII, 21). Pero cuando a Dios le placía que el pueblo permaneciera largo tiempo en los mismos campamentos, la columna de fuego no avanzaba de noche, ni la de nube durante el día. Así estableció esta ley del camino. Y si examinamos diligentemente esas estaciones, las paradas de los campamentos, y las condiciones de los lugares que se contienen en Éxodo XV y siguientes, veremos grandes maravillas del camino celestial en ellas. Por lo cual frecuentemente el Profeta oró, diciendo: Consideraré las maravillas de tu ley (Salmo CXVIII, 18). Pero el Profeta ya no ora para ser contenido por estas leyes del camino: pues no pide la ley del camino, sino el camino de las justificaciones.

3. Vía múltiple. La ley de cuyos caminos desea David. Sabe que existe el camino de los testimonios, cuando dice: En el camino de tus testimonios me he deleitado. Sabe que existe el camino de los preceptos, cuando dice: Corrí por el camino de tus preceptos. Conoce que existe el camino de la ley, cuando: Bienaventurados son los que andan en la ley del Señor. Sabe que este es el camino de las justificaciones, sobre el cual ahora suplica. Sabe también que existe el camino en los Profetas, sabe que existe el camino en los Evangelios, sabe que existe el camino en los Apóstoles, de los cuales a menudo ha dado testimonio. Por lo tanto, desea, a través de la ley de este camino, tender hasta aquel camino perfecto de la vida. Pues hay muchos de los herejes que aprueban el camino de la ley, muchos que el de los profetas, muchos que el de los Evangelios, muchos que el de los apóstoles. Sabemos también que algunos no están contentos con todos estos caminos. Pero el escriba instruido sabe, siguiendo el ejemplo del padre de familia rico, sacar de sus tesoros cosas nuevas y viejas (Mat. XIII, 52). Por lo tanto, el Profeta desea esta ley del camino de las justificaciones. Pues la ley de las justificaciones se contiene en ciertas disciplinas del corazón religioso, y nos ha restringido dentro de los límites de su constitución para que las usemos: para que no, al excederlos, nos desviemos hacia las opiniones de la inteligencia herética. Por lo tanto, no desea exceder esa ley que ora se le establezca.

4. ¿Para qué?---¿Pero con qué propósito se pide establecer esta ley? Evidentemente, para investigarla. La ley era la de las justificaciones escrita por Moisés: y el Profeta la practicaba con sus obras. Por lo tanto, no pide que se establezca para él una ley que ya estaba establecida y que él cumplía religiosamente; sino aquella que desea investigar. ¿Qué desea entonces investigar? El fin de la ley. ¿Y cuál será el fin de la ley? Escuchemos al Apóstol: Porque el fin de la ley es Cristo (Rom. X, 4). Pero a través de estos caminos de justificaciones, por los cuales la ley fue establecida, desea investigar el fin de la ley: y no solo investigarlo, sino investigarlo siempre. Así lo dice: Y la investigaré siempre. El deber de investigar no habría sido suficiente por voluntad, si no se llevara a cabo también con una continua e incansable dedicación en el tiempo.

5. David pide la prerrogativa de entender y con qué ley desea obtener entendimiento.--- VERS. 34. Dame entendimiento, y escudriñaré tu ley, y la guardaré con todo mi corazón. Recordamos que en los Proverbios de Salomón está escrito: Al que interroga con sabiduría se le atribuye sabiduría (Prov. XVII, 28, según la LXX). En este sentido, parece mostrarse que quien no entiende, pero pregunta sabiamente, se considera sabio. Esto, por tanto, progresa porque el Profeta, permaneciendo en la ley, y según el Apóstol, hebreo de hebreos circuncidado al octavo día, y según el linaje de la tribu de Judá (Fil. III, 5), y según la gracia de la unción corporal, elegido como rey y cristo, y según el sacramento de la natividad del Señor, digno de ser el hijo de quien Jesús Cristo sería, ora como un extranjero de la ley: Dame entendimiento y escudriñaré tu ley, y la guardaré con todo mi corazón. Aún no la guarda, aún no la ha escudriñado, aún no entiende. Por lo tanto, no habla de esa ley en la que nació, fue instruido y operó el Profeta. Sabiendo que la primera parte de la prudencia es que quien no entiende, pregunte a los sabios; y que lo que ignora, lo entienda: por eso ruega para recibir entendimiento. Sabiendo que, una vez obtenido el espíritu de entendimiento, es necesario el esfuerzo de escudriñar, dice: Y escudriñaré tu ley. Conociendo que el fruto de la escudriñación es la custodia de lo encontrado, dijo: Y la guardaré. Entendiendo que la diligencia perfecta de la custodia está en el oficio de todo el corazón, completó todo el orden de su discurso, diciendo: Dame entendimiento, y escudriñaré tu ley, y la guardaré con todo mi corazón.

6. Diversos ritos de la ley. Pero, ¿qué es finalmente eso que desea entender, que promete investigar y guardar con todo su corazón? Recuerda que no son ociosos los seis días mostrados en el libro de Moisés sobre la creación de este mundo (Gén. I). Sabe que el descanso del séptimo día no es superfluo (Gén. II, 2). Recuerda que en la religión del mes nuevo, el sacramento de la festividad celestial se figura como en un espejo (Éxodo XXI, 2). Conoce aquel año en el que, después de seis años de servidumbre, el hebreo es liberado (Lev. XXV, 4), en el que, después de mucho trabajo, la tierra descansa (Ibid. 13), dejando sus frutos al prosélito pobre y a las bestias de la tierra, y en el que todas las deudas son perdonadas a los hebreos. También desea investigar las leyes del año quincuagésimo. Quiere (se sobreentiende investigar) cuál es la religión desde el primer mes, el décimo día hasta el decimocuarto, y luego hasta el vigésimo primero. También considera la solemnidad del séptimo mes, cuyo memorial es con trompetas (Lev. XXIII, 24); también la expiación del décimo día en él (Ibid. 27), y después del decimoquinto, la alegría de ocho días en tabernáculos (Ibid. 34), cómo de estos, tanto el primero como el octavo son santos (Ibid. 35 y 36). Sabe que la circuncisión fue la primera (Gén. XVII, 10), y sabe que fue realizada de nuevo por Josué (Josué V, 2). Desea los santos ázimos, anhela celebrar la pascua, de la cual está escrito en la inmolación del cordero, "Este es el pascua del Señor" (Éxodo XII, 11). Sabe que la tierra prometida, la tierra que fluye leche y miel, aún no ha sido verdaderamente obtenida por el pueblo que fue circuncidado por segunda vez. Por estas razones, ora por entendimiento; promete investigar estas cosas al entenderlas; habiendo investigado estas, ha profesado que las guardará; guardando estas cosas, las custodiará con todo su corazón.

7. Después de lo cual sigue, VERS. 35: Condúceme en la senda de tus mandamientos; porque en ella he puesto mi voluntad. Y en este versículo, la fuerza del discurso no se ha expresado propiamente por la condición de la traducción. Pues lo que nuestros traductores dijeron así, Condúceme en la senda, la lengua griega lo expresó de esta manera: ὁδήγησόν με ἐν τῇ τρίβῳ. Y lo que con ellos se dice τρίβος se entiende como una senda transitada y frecuentada por discursos: sin embargo, con nosotros puede decirse senda, y ser senda, y no estar transitada. Por lo tanto, dado que la lengua griega ha completado ambos significados con la

misma denominación, nosotros también debemos entenderlo así; y sepamos que la senda es la misma que la transitada.

8. Camino de los mandamientos transitado desde el siglo.---Y se debe observar que aquí no se menciona el camino de la ley, sino el de los mandamientos. Pues el camino de la ley fue recorrido por los que siguieron a Moisés, después de que esta fue establecida. Sin embargo, se le llama camino de los mandamientos porque en los mandamientos de Dios se ha caminado ya desde la fundación del mundo. En este camino corrió Abel, Seth perseveró, Enoc agradó, Noé mereció ser preservado, Melquisedec pudo bendecir y recibió los diezmos, Abraham es amigo de Dios, Isaac es heredero, Jacob es Israel, de Judá es la esperanza de las naciones, José fue puesto como testimonio, Job, libre de la Ley, triunfa sobre el enemigo de la ley, Moisés defiende al hebreo, Josué circuncida por segunda vez a Israel, y Samuel es elegido digno para ungir al rey.

9. Necesitamos un guía hacia ella. El guía es Cristo.---Y ahora en esta oración se presenta aquí como ungido, rey y profeta para ser guiado. Pues sabe que su naturaleza es débil, y que no puede emprender este camino sin un guía. Dios es el guía para todos los que avanzan por este camino. Es guía cuando se dice: "Camina detrás del Señor tu Dios, y adhiérete a Él"; y de nuevo: "Camina detrás de Él, porque Él te guiará" (Deut. XIII, 4). Nos guía cuando dice: "El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí" (Mat. X, 38). También nos guía cuando primero recorrió todo el camino de las pasiones evangélicas. Si los Apóstoles enseñan, Él enseñó primero; pues la Sabiduría estableció a los amigos de Dios y a los profetas (Sab. VII, 27). Si ahora hacemos algo con justicia, Él es el príncipe de nuestra justicia; pues Él mismo es la justicia (I Cor. I, 30). Si por la fe somos azotados con terror, Él ofreció su espalda a los azotes. Si somos golpeados con bofetadas para injuriarnos, Él las recibió. Si somos escupidos en el rostro por desprecio, Él no apartó su rostro de los escupitajos.

10. La ley, es decir, a los que aman. Él es el guía en todo: pero es guía para los que aman la ley, que el profeta anteriormente ha profesado guardar con todo su corazón. No se puede referir aquí, según el discurso griego, cuando se dice: Porque la he deseado, al camino de los mandamientos: porque en griego, donde el camino está escrito en género femenino, lo que deseaba se pronuncia en género masculino, diciendo, ὁδήγησόν με ἐν τῇ τρίβῳ τῶν ἐντολῶν σου, ὅτι αὐτὸν ἠθέλησα. La ley, en efecto, se nombra por nosotros en género femenino, que en griego se dice νόμος, lo cual se enuncia en género masculino. Y aunque allí el camino se nombra en género femenino; lo que deseaba se refiere a lo que se menciona en griego por la propiedad del género masculino.

11. Todo proviene del don de Dios.---Ahora sigue, VERS. 36: Inclina mi corazón hacia tus testimonios, y no hacia la ganancia. El profeta atribuyó todo al don de Dios, ya sea para que la ley del camino de las justificaciones le sea establecida por el Señor, ya sea para que se le conceda inteligencia, ya sea para que sea guiado en el sendero, o para que su corazón se incline hacia los testimonios, es decir, hacia aquello que está escrito bajo testigos. Pues la ley fue entregada con el cielo y la tierra como testigos (Deut. XXX, 19).

12. Objeción y respuesta.---Pero tal vez, a través de esta religiosa modestia del profeta, alguien se atreverá a hablar impíamente: Si, dice, todo es de Dios, entonces la ignorancia humana carece de culpa; ya que no puede obtener nada, salvo lo que le ha sido dado por Dios. Y en primer lugar, esta es la voluntad de la impiedad, pensar que por eso no consigue lo que es propio de los creyentes, porque no le ha sido concedido por Dios. Pero el profeta eliminó

toda ocasión de esta impía excusa. Primero, al orar, actuó conforme a su debilidad: luego, unió los esfuerzos de la devoción humana con los dones de Dios. Pues cuando dice, Establece para mí, Señor, la ley, el camino de tus justificaciones; mostró lo que es de Dios según la humildad de nuestra oración. Pero cuando añadió, Y la buscaré siempre; manifestó el deber de su devoción. Y en los demás casos también unió ambos aspectos en un cierto vínculo: cuando pidió ser guiado en el sendero, y cuando lo deseó. Primero, puso con honor lo que es de Dios; y luego, con la confesión de su humildad y deber, añadió lo que es del hombre. Ora, por tanto, para que Dios conceda. Así, el inicio es de nosotros, cuando oramos, para que el don sea de Él: luego, porque de nuestro inicio es su don, de nuevo es de nosotros buscarlo, obtenerlo y mantenerlo.

13. Avaricia y utilidad que son lo mismo.---En cuanto a lo que se refiere, Inclina mi corazón a tus justificaciones, y no a la utilidad; algunos han traducido, Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia. Lo que se encuentra en los códices hebreos, ambiguo en su definición, es adecuado para ambas interpretaciones. Pero nosotros, como es debido, seguimos la autoridad religiosa y antigua de los Setenta intérpretes, adaptando, sin embargo, la propiedad de los otros traductores al deseo de comprensión de cada uno. Pues mientras unos dijeron, en utilidad, otros dijeron, en avaricia; por lo mismo se conocerá cómo la utilidad está aquí ahora sujeta. Porque los hombres del mundo llaman utilidad al dinero, la plata, el oro, y otros instrumentos de riqueza. Por lo tanto, cuando el profeta ora para que su corazón se incline a los testimonios de Dios, y no a la utilidad, sin duda se refiere a que el corazón inclinado a los testimonios de Dios se aparta de aquellas cosas que son consideradas útiles por el juicio humano. Y ciertamente, el sentido de nuestra inteligencia es confirmado por el verso que sigue.

14. Qué ojos, de qué vanidad es apropiado apartarse.---Dice, VERS. 37: Aparta mis ojos, para que no vean la vanidad, y vivifícame en tu camino; enseñando la vanidad de aquellas cosas que los hombres consideran útiles. Y se debe preguntar qué ojos, y de qué vanidad ora para ser apartado. Ora por los ojos del alma y del cuerpo (se sobreentiende apartarse), aquellos que están cautivos en los juegos teatrales, aquellos que sirven a las competiciones del Circo, aquellos que admiran el precio de las vestiduras, aquellos que son ocupados por el brillo del oro y la variedad de las gemas. A menos que quizás el curso de los astros no sea más agradable que la carrera de los caballos; y que las obscenas fábulas de espectáculos impuros no sean menos amenas que las divinas palabras de esperanza humana que se cantan. A menos que quizás a este uso de los metales terrenales no se prefieran más las riquezas de la eternidad reservada, el honor y la gloria: y que la apariencia del oro me sea más atractiva que la del hombre, la tierra, la luz y el cielo. Por lo tanto, ruega apartar sus ojos de esas vanidades, tanto los de su cuerpo como los de su alma: de los cuales, al estar cegados, el bienaventurado Apóstol enseña, cuando dice, En la vanidad de su mente oscurecidos, alejados de la vida de Dios (Ef. IV. 18).

15. Premio de apartar los ojos de la vanidad.---Y el premio de apartar los ojos de la vanidad no es difícil de encontrar. Pues sigue, Y en tu camino viviré. Porque los ojos deben apartarse de la vanidad para que tengamos vida en el camino de Dios: no la vida que es ahora, sino la que está reservada en los cielos y escondida en Cristo. Así ha hablado en todo este salmo, como si fuera a vivir (se sobreentiende como si), no solo como si viviera. Por lo tanto, los ojos deben elevarse para contemplar más bien la gloria de Cristo que las cosas vacías y vanas de este mundo. En el camino de Dios, apartando los ojos de la vanidad, viviremos.

16. Las palabras de Dios deben recibirse con temor.---A continuación sigue, VERS. 38: Establece en tu siervo tu palabra en tu temor. El profeta sabe que muchos reciben las palabras de Dios sin temor. Muchos, en efecto, escuchan las Escrituras del mensaje celestial como si fueran un cuento de cosas vanas y desprecian las palabras de Dios, que no pueden pasar aunque pasen el cielo y la tierra, con gran peligro de irreligiosa temeridad. Sabe que el principio de la sabiduría es el temor de Dios (Salmo 110, 10). Sabe que en esa gracia del Espíritu septiforme el temor se cuenta al final como fundamento de lo que se ha dicho anteriormente (Isaías 11, 2). Por tanto, suplica que las palabras de Dios se establezcan en él en el temor de Dios: porque sabe que esas palabras serán para nosotros útiles, ya que serán temidas como de Dios. Luego añadió, VERS. 39: Circuncida mi oprobio que he sospechado: porque tus juicios son agradables. El profeta habla desde el cuerpo, y sabe que ninguno de los vivientes puede estar sin pecado. Recuerda que hay uno solo que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca. Por lo tanto, cuando suplica que se circuncide de él el oprobio, ora para que se circunciden los pecados; porque al pecado sigue el oprobio. Pero cuando ora para que se circuncide de él, no lo hace como confesando un acto cometido, sino porque sospecha que habita en él por la debilidad de su carne. No dice, Circuncida el oprobio que está en mí: sino que dice, Circuncida mi oprobio que he sospechado, mostrando la sospecha del oprobio desde la conciencia de su propia debilidad. En los juicios, muchos resucitarán para oprobio. Y como estos juicios son agradables para aquellos en quienes no permanecerá el oprobio del pecado, ora para que se circuncide de él esa misma sospecha de oprobio, para que los juicios de Dios le sean agradables.

17. Dios quien vivifica.---Y para que no se pensara que estaba rezando por la conciencia del pecado cometido, concluyó toda la oración que presenta bajo cada uno de los ocho versículos con esta libertad, VERS. 40: He aquí que he deseado tus preceptos: en tu justicia vivifícame. Anteriormente oró para que las palabras de Dios se establecieran en él con el temor de Dios; luego, para que se eliminara de él la sospecha de reproche: ahora muestra su deseo y anhelo hacia los preceptos de Dios, y ora para ser vivificado en la justicia de Dios; sabiendo que es propio del don de la justicia divina vivificar a aquel que ha deseado los preceptos de Dios, para quien la sospecha de reproche ha sido eliminada y los juicios son agradables, y en quien las palabras de Dios se establecen con temor.

LETRA VI. Vau.

Venga sobre mí tu misericordia, Señor, tu salvación según tu palabra. Y responderé a los que me reprochan, porque he confiado en tus palabras. Y no quites de mi boca la palabra de verdad en ningún momento, porque en tus juicios espero. Y guardaré tu ley siempre, por los siglos de los siglos. Y caminaba en libertad, porque busqué tus mandamientos. Y hablaba de tus testimonios ante los reyes, y no me avergonzaba. Y meditaba en tus mandamientos, que amé intensamente. Y levanté mis manos hacia tus mandamientos que amé mucho, y me ejercitaba en tus justificaciones.

1. Desprecian las Escrituras como si carecieran de sabiduría. Nada en ellas es imperfecto.---Según el Apóstol, muchos han rechazado la sabiduría de Dios siguiendo la sabiduría del mundo (I Cor. I, 19 y 20): por lo cual Dios ha hecho insensata la sabiduría del mundo. Pues, ¿qué hay más insensato para los infieles, que además de ese error común de los irreligiosos, añaden este pecado, al pensar que las divinas palabras de las Escrituras carecen de la razón de una doctrina perfecta? Y porque, debido a la impiedad de su ingenio, no pueden ser capaces de comprender los dichos divinos, se lanzan a la deshonra de las palabras celestiales como excusa de su torpeza, diciendo que no hay nada razonable en ellas, nada perfecto: queriendo

que solo lo que ellos dicen sea erudito y pulido con doctrinas de verdadera prudencia; necios que niegan a Dios lo que se atreven a asumir para sí mismos. Y no es de extrañar que opinen irreligiosamente sobre ellas, ya que, al modo de la torpeza de las bestias, no alcanzan a comprenderlas. Sin embargo, aunque en el discurso que tuvimos anteriormente, considero conocida la perfección de los dichos celestiales para aquellos que siguen la sabiduría de Dios, y que no hay nada de ellos que no sea consumado y perfecto en todo sentido: también será posible entender esto de manera más completa en estos versos de la sexta letra.

2. Nuestra salvación es un don de Dios.---Después del sentido anterior, habla así, VERS. 41: Y venga sobre mí tu misericordia, Señor, tu salvación según tu palabra. Por lo tanto, primero imploró misericordia, luego salvación. Porque nuestra salvación proviene de la misericordia de Dios, y este don de su bondad está en nosotros: y de ahí comenzó la oración, de donde también comienza la salvación del que suplica. Luego, para que el Profeta no fuera considerado como alguien que ora con una esperanza incierta e inesperada, primero menciona la misericordia, luego la salvación, y en tercer lugar añade, según tu palabra: para mostrar que esta confianza en la oración procede según la palabra de Dios, es decir, según la doctrina de la ley.

3. Después de este orden perfecto de oración, sigue el VERS. 42: Y responderé a los que me reprochan la palabra, porque he confiado en tus palabras. La razón mantiene un orden perfecto: Si, dice, tu misericordia viene a mí, y tu salvación según tu palabra, y he recibido misericordia de ti, y he sido conservado por ti como prometiste; será consecuente que a aquellos que me reprochan la insensatez, el error de la esperanza, y esta palabra en la que espero en ti, les responda. ¿Qué podrá reprochar una mente irreligiosa contra esta respuesta del profeta? Primero se pide misericordia a Dios, también se espera la salvación de Dios: y luego se muestra que Dios la ha prometido por su palabra. Por lo tanto, la impiedad de los que reprochan queda refutada por aquellos que esperan en las palabras de Dios: cuando Dios es invocado, y la fe de los creyentes espera de él misericordia y salvación, y esta doctrina es nuestra esperanza, para que, al ser invocado, tenga misericordia y salve.

4. Oración de David: La misericordia de Dios, no sus propios méritos.---A continuación sigue, VERS. 43: Y no quites de mi boca la palabra de verdad en ningún momento; porque en tus juicios he esperado. Que la insolencia humana reciba la enseñanza de la humildad y la modestia. Primero, el profeta ora para que se le conceda, antes de mostrar que merece obtenerlo. Desea que todo comience en él por la bondad de Dios: sin embargo, no oculta la causa de su confianza. Pues dice, Y no quites de mi boca la palabra de verdad en ningún momento. En esto, primero confiesa la majestad de aquel que siempre debe ser invocado: luego, muestra que no espera en vano, diciendo, Porque en tus juicios he esperado. Sin embargo, es costumbre de la temeridad humana, antes de obtener algo, presentar el mérito antes de merecerlo; y dirigirse a aquel de quien se solicita algo, como si fuera un deber de oficio.

5. El predicador de la Palabra de Dios debe estar libre de crimen. ---Pero no nos basta con que el Profeta haya mantenido solo la razón de la modestia: también deben conocerse las colocaciones de las palabras y las virtudes, por qué dijo así: Y no quites de mi boca la palabra de verdad en absoluto. Todo el oficio de la boca sirve al sentido y a los movimientos del corazón. Y por qué el Profeta ora para que no se le quite de su boca la palabra de verdad, la consecuencia de este verso lo enseña. No debe pensarse que el Profeta tuviera este temor, de que la palabra de verdad le fuera quitada del corazón: pues dice Porque en tus juicios he esperado. Esperando, por tanto, en los juicios de Dios, no teme que la palabra de verdad le

sea quitada del corazón. Sabe, sin embargo, que hay ciertos pecados que quitan de la boca la palabra de verdad. Pues Dios dijo al pecador, ¿Por qué narras mis justicias? (Sal. XLIX, 16.) No dijo, ¿Por qué eres olvidadizo de mis justicias? sino que advirtió al pecador, que permaneció en el pecado, que se abstuviera del oficio de la predicación. Pues quiere que el predicador de la doctrina celestial esté libre de crimen, quiere que sus palabras sean tratadas por la boca casta de un cuerpo casto. Por lo tanto, se debe tener cuidado de que en ningún momento se quite de nuestra boca el discurso de la palabra de verdad. De ahí que el Apóstol advierte, No descuides el don que hay en ti (I Tim. IV, 14): para que por negligencia y desidia no seamos indignos de la predicación de la palabra de Dios.

6. Uno sin pecado.---Pero el Profeta no se atreve a desear ser tan libre de pecado que no recuerde que hay uno solo que no ha cometido pecado, y en cuya boca no se halló engaño, y por eso añade, hasta el extremo. Por la modestia de la confesión, y para que no se le quite la palabra de verdad, ora: y por el honor de aquel que es el único sin pecado, suplica que no se le quite en exceso: porque recuerda que es un hombre, quien por la debilidad de la naturaleza no puede estar sin pecado.

7. David promete observar la ley y lo que la ley prefigura.---VERS. 44. Y guardaré tu ley siempre, por los siglos de los siglos. Ningún profeta teme el fin de su vida. Pues su fe no está limitada por los siglos: sino que se extiende en la infinitud de los tiempos con el deber de guardar la ley. Sabe que el altar fue construido por Moisés como ejemplo del altar superior. Sabe también que Aarón, el sacerdote, fue adornado como figura del sacerdote mostrado en el monte. Porque Dios dijo a Moisés: Ve, haz todo según el modelo que te fue mostrado en el monte (Éxodo XXV, 40). Se apresura, por tanto, hacia las leyes de los siglos eternos. Pues, siendo la ley futura una sombra, es necesario que ese cuerpo de la verdadera ley sea eterno. Ha distinguido, además, el deber presente de la incansable continuidad de ese deber perpetuo, diciendo, Y guardaré tu ley siempre, por los siglos de los siglos. Al decir, siempre en el siglo; no admitió ningún tiempo de olvido furtivo en esta vida temporal. Pero al añadir, y por los siglos de los siglos, sabe que a través de esta sombra de la ley se asciende al ministerio de la verdadera y eterna ley. Pues dice, siglo de los siglos, como un tiempo del tiempo, que con cierta sucesión de este siglo será el siglo futuro.

8. Las leyes de Dios después de esta vida.---Sabe que, según el rico del evangelio y el pobre Lázaro, las almas separadas del cuerpo tienen una ley por la cual se separan unas de otras por un caos impenetrable (Luc. XVI, 20). Sabe, según el apóstol Pablo, que también hay una ley de resurrección, en la cual una estrella difiere de otra en claridad (I Cor. XV, 41). Sabe que existen leyes de los Ángeles, cuando unos alaban a Dios con voz incansable, mientras otros asisten ante la presencia del Dios invisible para nosotros como por ley de un oficio más cercano. Sabe también que los Ángeles de los pequeños contemplan diariamente el rostro de Dios por una cierta ley (Mat. XVIII, 10). Sabe ciertamente que existen leyes eternas, y confía en que las observará todas en aquel siglo de los siglos: porque las que están establecidas por sombra, las observa siempre en este siglo presente.

9. ¿Cuál es el fruto de un corazón amplio, cuál es la causa?---VERS. 45. Y caminaba en la dilatación: porque busqué tus mandamientos. El profeta no es estrecho: y ya había dicho anteriormente: Corrí por el camino de tus preceptos, cuando ensanchaste mi corazón. Sabe que, entre las pasiones de las tribulaciones humanas, siempre debe tener el corazón abierto hacia Dios. Esto mismo enseña el Apóstol, diciendo: Atribulados en todo, pero no angustiados (II Cor. IV, 8). El mismo Apóstol se gloría de esta amplitud de corazón cuando dice a los Corintios: No estáis angustiados en nosotros, sino que estáis angustiados en

vosotros mismos (II Cor. VI, 12). También aquí se manifiesta el profeta, cuando Dios dice: Y habitaré en ellos, y andaré entre ellos (Ibid. 16): Por lo tanto, los corazones de los pecadores son estrechos, y una mente contaminada no recibe a Dios como huésped. Se necesita una morada amplia para el Dios inconcebible: y por eso el profeta camina en amplitud, porque en él habita Dios que habla en su interior. Enseña la causa de su amplitud, diciendo: Porque busqué tus mandamientos. Recordemos la costumbre de nuestra naturaleza, cada vez que dedicamos tiempo a la lectura y escudriñamos los mandamientos y preceptos de Dios, cuán grande es la amplitud de la inteligencia de nuestras mentes que se dilatan en sus estrecheces, y cuán abierto se vuelve el sentido de nuestra humildad hacia los deseos divinos. Sin embargo, por la conciencia de nuestros pecados, toda amplitud del alma se nos reduce: y todo se vuelve difícil y estrecho cuando somos indignos de la morada de la palabra divina.

10. Se entiende por reyes, o príncipes de la tierra, o santos. — Pero el profeta, al caminar en la amplitud, debe desempeñarse en un oficio digno de la grandeza alcanzada: y ciertamente lo hace. Pues sigue, VERS. 46: Y hablaba de tus testimonios ante los reyes, y no me avergonzaba. Este es el oficio de un corazón ensanchado, para que de él procedan palabras en abundancia de la doctrina divina. Pues el profeta habla con firmeza contra los príncipes de la tierra, proclamando a Dios. Y de hecho, hay un doble significado en este sentido, porque según los mandamientos del Señor, debemos predicar a Cristo ante reyes y potestades (Mat. X, 18): y no es lícito que nos atemoricen las potestades terrenales (Ibid. 26), para que, rechazando toda confusión, con fe constante y pública no neguemos a Dios, quien negará a los que lo nieguen (Ibid. 33). También puede referirse el discurso a aquellos de quienes el Apóstol dice: Ya reináis sin nosotros, y ojalá reinéis (I Cor. IV, 8): es decir, como en presencia de los santos, que a menudo son llamados reyes de la tierra, el profeta ha hablado de los testimonios de Dios, y no se ha avergonzado de ofrecer, a través de su predicación, los principios de la doctrina celestial. La lectura ofrece una doble comprensión: ya que es fácil entender ambos significados a partir de los testimonios de las Escrituras, se puede considerar que ambos están significados, o se elige lo que parezca más probable.

11. La ley debe estar en la boca, en la mente, en el corazón.---VERS. 47. Y meditaba en tus mandamientos, que amé vehementemente. No solo, por tanto, nos conviene hablar de los testimonios de Dios: sino también repasar todos los mandamientos de la ley con prolongada meditación. Ni es útil solo la meditación, a menos que la misma ley que está en la meditación sea amada: ni será suficiente amar con un amor común, a menos que también se ame vehementemente aquello que se ama. Y por eso, todo este orden de razón perfecta lo recorre el discurso profético, diciendo: Y meditaba en tus mandamientos, que amé vehementemente.

12. Que también esté en las manos.---Pero ni la meditación de la ley, ni el mismo amor ferviente serán suficientes, a menos que los frutos de las obras y la eficacia de la voluntad los sigan. Tampoco en esto el profeta se detuvo: pues dice, VERS. 48: Y levanté mis manos hacia tus mandamientos que amé mucho. Levantó las manos hacia los mandamientos que amaba; no ciertamente con arrogancia o insolencia, sino sirviendo a los mandamientos con humildad, insistiendo en las obras de misericordia, cumpliendo los preceptos de la fe. La tarea de la obra debe estar siempre atenta, y nunca cesar por la disimulación de un ocio negligente. En esto también el profeta testifica que permanece, diciendo: Y me ejercitaba en tus justificaciones. El ejercicio muestra la constancia de la operación. Enseña, por tanto, que la observancia de los preceptos es frecuente para él, y siempre atenta a aquellas eficacias de las justificaciones celestiales, de las que hemos mencionado anteriormente, ahora ejercitándose en las justificaciones de la ley presente y de la futura esbozada.

319 CARTA VII. Zain.

Acuérdate de tu palabra (Infra, recuerda tu palabra) a tu siervo, en la cual me has dado esperanza. Esto me ha consolado en mi humillación: porque tu palabra me vivificará (Hil. me ha vivificado). Los soberbios actuaban injustamente en todo momento: pero no me he desviado de tu ley. Me acordé de tus juicios desde la antigüedad, Señor: y me he consolado (Hil. exhortado). Me ha sobrecogido el desaliento por los pecadores que abandonan tu ley. Tus justificaciones eran para mí como cantos en el lugar de mi peregrinación. Me acordé en la noche de tu nombre, Señor: y guardé tu ley. Esto me ha sucedido: porque he buscado tus justificaciones.

1. Toda la Escritura nos llama a la esperanza eterna.---Toda palabra de Dios, contenida en las sagradas escrituras, nos llama a la esperanza de los bienes celestiales. Y por ello, el profeta, confiando en haber permanecido en todos los preceptos de Dios, dice con firmeza, VERS. 49: Recuerda tu palabra a tu siervo. ¿Acaso Dios es olvidadizo de su promesa? Lejos esté eso, que se crea que alguna clase de debilidad humana pueda infiltrarse en la eterna e incansable Virtud. Pero el profeta, que ha creído en las promesas de Dios, que está cautivado por el deseo de las cosas celestiales, que ha esperado el futuro con desprecio de lo presente, no recuerda a Dios su palabra para que la tenga en memoria; sino que suplica que sea recordado como su siervo, es decir, que sea considerado digno de que Dios se digne recordar su palabra en él, en la cual ha dado esperanza. Y la esperanza no debe ser vana, ni proclamarse solo con palabras, sino demostrarse con hechos: de modo que si en algún momento surgen debilidades, persecuciones, pérdidas, orfandades, injurias; consolemos estas amenazas y poderes del siglo presente con la esperanza de las promesas eternas.

2. La esperanza consuela al afligido; la palabra de Dios vivifica. ---Y para todas estas cosas somos enseñados: pero ya el profeta ha cumplido con todas ellas, diciendo, VERS. 50: Esto me ha consolado en mi humillación: porque tu palabra me ha vivificado. Esto se refiere a la esperanza, que Dios le hizo esperar. Le consoló en su humillación: es decir, cuando es despreciado, cuando es burlado, cuando es atormentado con injurias, cuando es deshonrado con afrentas; sabiendo que esta es para él la milicia de las tentaciones presentes. Pero entre estas batallas de su debilidad, la esperanza otorgada por el Señor le consuela: y es vivificado por las palabras de Dios. Sabe que en estas cosas está en los cielos la gloria excelsa de su humildad: sabe que el alma, alimentada por las palabras de Dios, contiene en sí como un alimento de vida eterna. No se mueve en las palabras de Dios viviente, por la vana gloria de los soberbios. Pues sabe que su indigencia es más rica que la opulencia de ellos. Sabe que sus ayunos son saciados con la bendición celestial y evangélica: sabe que su humildad será recompensada con el glorioso premio del honor. Y por eso añadió, VERS. 51: Los soberbios actuaban inicuamente por doquier: pero de tu ley no me aparté. Entre las excesivas e inacabables iniquidades de los soberbios (pues actuaban muy inicuamente) el profeta no se desvía en absoluto de la ley de Dios.

3. Sea constante la memoria de los juicios de Dios. Pero no debe ser alguien que se aparta de la ley de Dios, sino que debe recordar los juicios de Dios. En todo aspecto de nuestra vida, debemos insertar y mantener la memoria del juicio divino; de modo que, cuando actuamos, con la memoria del juicio residiendo en nosotros, o mejor aún, nunca alejándose, nuestras obras sirvan a los preceptos de Dios. Será bienaventurado quien haga todo sin olvidar el juicio divino. Esto lo profesa el profeta sobre sí mismo, diciendo, VERS. 52: Me acordé de tus juicios desde la antigüedad, y me consolé. Esto ahora desde la antigüedad solamente, no también desde la eternidad: porque todos los juicios de Dios sobre nosotros han sido

establecidos en los tiempos de este siglo y del mundo. En estos se ha alentado a sí mismo, en medio de estos torbellinos del mundo, y entre estas batallas de las pasiones corporales, exhortando su humildad a la tolerancia y victoria sobre los males que lo asedian, mediante la memoria de los juicios de Dios.

4. Santidad de David. El santo, cuando es herido, no se duele por sí mismo, sino por el que lo hiere.---Luego sigue, VERS. 53: La deficiencia del ánimo me ha tomado por los pecadores que abandonan tu ley. Las virtudes propias de este profeta no le son suficientes para la esperanza de la vida eterna, ni el hecho de que tiene esperanza en la palabra de Dios, ni que en esa misma esperanza se ha consolado, ni que es vivificado por el discurso de Dios, ni que no se desvía de la ley, ni que siempre se exhorta con la memoria de los juicios de Dios: incluso se fatiga por el dolor de la impiedad humana y está exánime por las impiedades irreligiosas de los hombres. Pues todo santo, cuando es herido, no se compadece de su propia humildad, sino de la insolencia de quien lo hiere: como un padre por un hijo insensato, como un médico que sufre la afrenta de un enfermo demente, no siente dolor por lo que ha sufrido; sino por el hecho de que aquel a quien desearía ver sano, le ha infligido una injuria en su locura. Y cuando un miembro sufre, según el Apóstol, los demás miembros compadecen (I Cor., XII, 26). Así pues, la deficiencia toma al profeta sobre los pecadores que abandonan la ley de Dios: con el afecto de quien se compadece y duele, y como si fueran sus propios miembros en parte enfermos, se fatiga por el peligro de los inicuos e irreligiosos.

5. Cómo conviene leer, escuchar y cantar los Salmos. --- Sin embargo, él mismo, en cuanto a su persona, permanece siempre atento a las justificaciones de Dios: y en cualquier lugar donde habite, el himno de confesión religiosa nunca se aparta de su boca. Pues dice, VERS. 54: Tus justificaciones eran cantables para mí en el lugar de mi peregrinación. Con su ejemplo enseña que, una vez recibidos en los oídos los cánticos de los salmos, deben ser guardados en el corazón: y siempre deben repetirse esos oficios de la boca. No los lee ni escucha negligentemente, como él mismo predica, ni lee las palabras divinas con ojos distraídos o desinteresados, ni las recibe con oídos que pronto olvidan: sino que son cantables para él, es decir, cantadas sin interrupción. Además, enseña que en cualquier tipo de lugar no debe estar ausente de sí la costumbre de cantar salmos, cuando dice, En el lugar de mi peregrinación. Pues no dice, En mi peregrinación; sino que dice, En el lugar de mi peregrinación, en cualquier lugar donde hubiera residido: entendiendo que es un peregrino en este mundo, pero que las justificaciones de Dios siempre son cantables para él.

6. Utilidad de las oraciones nocturnas.---Muestra cuán agradables son las justificaciones de Dios, ya que no omite ningún momento en el que no se ocupe de la obra de los sacramentos celestiales. Dice, en efecto, VERS. 55: Recordé en la noche tu nombre, Señor, y guardé tu ley. Sabe que especialmente en el tiempo nocturno debemos recordar el nombre divino. Sabe que en ese momento, sobre todo, debemos mantener la observancia de la ley de Dios, cuando las impuras pasiones se insinúan en el alma. Cuando los estímulos de los vicios agitan el cuerpo por el alimento recién consumido, entonces es cuando se debe recordar el nombre de Dios, entonces se debe guardar su ley, estableciendo la castidad, la continencia, el temor de Dios. Sabe que en este tiempo especialmente se debe orar, suplicar, y buscar el favor de Dios, diciendo en otro lugar: Lavaré cada noche mi lecho, con mis lágrimas regaré mi cama (Sal. VI, 7). No se debe relajar el ánimo en el peligroso ocio de las vigilias nocturnas, sino que debe ocuparse en oraciones, en súplicas, en confesiones de pecados: para que cuando se da la oportunidad a los vicios del cuerpo, entonces especialmente esos mismos vicios sean quebrantados por el recuerdo de la ley divina.

7. Sigue luego, VERS. 56: Esto me ha sucedido: porque he buscado tus justificaciones. Esto se refiere a la memoria, por la cual fue recordado en las noches el nombre de Dios. Pero lo que dice, Me ha sucedido, es decir, no de manera repentina, ni asumida temporalmente: sino permaneciendo siempre en sí misma, y establecida dentro de sí por una obra de fe; y por eso le ha sucedido, porque ha buscado las justificaciones; por lo tanto, es útil escudriñar las justificaciones de Dios sin ninguna interrupción de tiempo: porque a través de su búsqueda, mantenemos perpetuamente su memoria en Cristo Jesús, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

CARTA VIII. Heth.

El Señor es mi porción. Dije que guardaría tu ley. He suplicado tu rostro con todo mi corazón; ten misericordia de mí según tu palabra. Porque he considerado mis caminos, y he vuelto mis pies hacia tus testimonios; estoy preparado, y no me he turbado, para guardar tus mandamientos. Los lazos de los pecadores me han rodeado: pero no he olvidado tu ley. A medianoche me levantaba para alabarte por los juicios de tu justicia. Soy partícipe de todos los que te temen y guardan tus mandamientos. La tierra está llena de la misericordia del Señor: enséñame tus justificaciones.

323 1. El libro de los Salmos corregido entre los griegos a partir del hebreo.---Al leer varios códices de los salmos, también nosotros pensábamos que el verso que es el primero de la octava letra, es decir, este, "El Señor es mi porción", estaba contenido en los ocho versos de la séptima letra, porque así se encontraba escrito en los códices latinos e incluso en algunos griegos: y ciertamente el sentido parecía más completo de esta manera. Pero al leer el libro de los Salmos corregido entre los griegos según los hebreos, encontramos que este verso no es el último de la séptima letra, sino el primero de la octava. Por lo tanto, según este conocimiento, también nosotros nos hemos dispuesto a tratar sobre ello.

2. De quienes Dios es su porción.---Comienza así, VERS. 57: El Señor es mi porción. Dije que guardaría tu ley. Es raro encontrar a alguien que tenga la confianza de atreverse a decir que Dios es su porción. Es necesario renunciar al mundo y a todas sus cosas para que Dios sea nuestra porción. De lo contrario, si nos retiene la ambición, si nos ocupa la preocupación por el dinero, si nos atrapan las tentaciones de las pasiones, si nos demoran los asuntos familiares; Dios no será nuestra porción, ya que estamos retenidos por la posesión de preocupaciones mundanas y vicios.

3. A los ministros de Dios no les corresponde ninguna porción terrenal según la ley.---Cuando a Moisés se le ordenó distribuir las porciones de la tierra entre las doce tribus de los hijos de Israel, así se le mandó respecto a la tribu levítica: A los hijos de Leví no les corresponderá porción ni herencia en medio de sus hermanos (Deut. X, 9), porque el Señor Dios es su parte. Y nuevamente recordamos que está escrito: Yo soy su parte, dice el Señor (Num. XVIII, 20). Por lo tanto, la ley no quiso que a los que sirven a Dios les correspondiera ninguna porción terrenal, porque su parte es Dios.

4. Ninguna posesión para Pedro.---También recuerda aquel predicador del Evangelio, Pedro, que no tiene ninguna porción de posesión humana, cuando respondió al que le pedía limosna: No tengo oro ni plata; pero lo que tengo, te lo doy (Hechos III, 6). ¿Qué es esto, Pedro, que posees? Habías renunciado a todo por tu Señor, diciendo: He aquí que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué recibiremos? (Mateo XIX, 27). Y Él te había respondido: En verdad os digo que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración os

sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Ibid., 28). Y con vuestro ejemplo, prometió a los demás que dejaran todo, que recibirían el ciento por uno y después poseerían la vida eterna. ¿Qué es, pues, esto, Pedro, que tienes? Tienes ciertamente, y no me atrevo a decir que posees más que el ciento por uno: sin embargo, digo que posees sin multiplicación de cálculo. Pues dices: Lo que tengo, te lo doy: en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, levántate y anda. ¡Oh feliz posesión, oh perfecta porción de Dios! No ofreces bienes terrenales, sino que devuelves las riquezas de la naturaleza y restauras las pérdidas de un nacimiento defectuoso. Ordenas al cojo de nacimiento que camine, y animas al hombre de mucha edad con un paso torpe. Estas riquezas las otorga aquel cuya porción es Dios. También Pablo conoce la gloria de sus riquezas, diciendo: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo (Gálatas VI, 14). Tal es la gloria del Apóstol, tal es la porción.

5. La mejor parte es para quienes renuncian al mundo. ¿Qué es el céntuplo en esta vida?---Así pues, al modo de las herencias humanas, elijamos la porción que es mejor y más útil. Si en la división de patrimonios terrenales alguien se esfuerza por obtener la parte más ventajosa, ¿con cuánta más dedicación elegiremos la parte de la herencia celestial? El Señor promete el céntuplo: y el céntuplo no en la eternidad, sino en el presente. Sin embargo, la retribución de los bienes eternos es inmensa e infinita: en cambio, bajo la definición de céntuplo, se concluye la medida de los presentes. Sin embargo, dudo si esta porción de Pedro ha superado el céntuplo. Ciertamente, según el precepto del Señor, se debe esperar ahora en este mundo, dejando todas las cosas del mundo, el céntuplo es un don. Dios es nuestra porción, quien dice, Y habitaré en ellos. Ahora, por tanto, el premio del céntuplo es que en este cuerpo terrenal nuestro Dios habite. Pero, ¿qué digo habite? Él mismo dice, Y caminaré en ellos (II Cor. VI, 16). El corazón fiel es una posesión abierta y amplia para Dios: para que habite y camine. Pero quien habita, quien camina, ¿qué añadió como tercero? Y yo seré su Dios (Ibídem). He aquí la porción prometida por Él para nosotros, para que seamos morada de Dios; y mientras camina en nosotros, Él sea nuestra posesión, si dejamos el mundo, si renunciamos a la caída de la posesión terrenal, si rechazamos la herencia de lo caduco, si salimos del mundo estando vivos. Pues, ¿qué recompensa hay en dejar el mundo con cuerpos muertos y almas disueltas? Debemos prescindir de él por el desprecio de sus placeres. Debemos ignorar sus deleites. Debemos morir en él, mientras no vivimos para él. Pablo ya sabe que no vive para sí mismo, diciendo: Porque lo que vivo, ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí (Gal. II, 20).

6. Por lo tanto, el profeta, según el Apóstol, no viviendo para el mundo, dice constante y libremente: El Señor es mi porción. Dije que guardaría tu ley. Mantuvo este modo que en lo anterior, cuando prometió que guardaría la ley de Dios. Pues no se entiende que hable de ella en el sentido corporal, ya que confiesa que la guardará más bien que decir que ya la guarda.

7. David desea ver a Dios, no con los ojos de la carne.---Sigue luego, VERS. 58: He suplicado tu rostro con todo mi corazón: ten misericordia de mí según tu palabra. Recordamos que Moisés suplicó ver a Dios (Éxodo XXXIII, 18). Y tal vez se considerará que la oración de este Profeta es similar a su súplica. Pero recuerda que Dios dijo: Ningún hombre verá mi rostro y vivirá. Entonces, ¿pide que se le conceda lo que se le negó a Moisés? Pero aunque es anterior a la declaración evangélica, recuerda que esta bienaventuranza de la fe está reservada, donde se dice: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V, 8). Así que, aunque sabe que en la ley está dicho que nadie verá el rostro de Dios y vivirá; y no duda, por la bienaventuranza evangélica, que todos los de limpio corazón verán a Dios; con la moderación de una perfecta modestia expresó el deseo de su anhelo, diciendo: He suplicado tu rostro con todo mi corazón. Sabe que ahora es imposible para él lo

que ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, para ver. Sabe que la gloria de Dios es invisible a los ojos carnales. Recuerda, no digo que la luz de la visión humana se debilite ante las claridades de los ángeles, sino que los mismos ojos del cuerpo humano no soportaron la gloria del rostro de Moisés (Éxodo XXXIV, 30).

8. Cuán ardiente es su deseo.---Pero midamos los deseos del Profeta a partir de los deseos humanos. ¿Con cuánta ansiedad de expectativa se corre al encuentro de los reyes? ¿Y qué alegría es para los que los ven, cuando se presentan para ser contemplados? ¿Qué pensaremos que desea aquel hombre capaz del espíritu celestial? ¿Con cuánta pasión de deseo anhela ver a Dios, quien mide esa misma majestad invisible a través de estas claridades de los ángeles y de esta gloria de Moisés; y sabe que incluso aquellos que son dignos de la visión de Dios, tomarán gloria de la visión de la gloria, porque la visión y la dignación de contemplar la majestad los ilumina? El santo Apóstol, entendiendo esto, habla así: Nosotros, dice, todos con el rostro descubierto contemplando la gloria de Dios (es decir, mirando) (II Cor. III, 18), somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor. Y ahora, sabiendo que esto es imposible para estos ojos del cuerpo, lo desea con todo su corazón. Y aquel cuya porción es Dios, confiadamente suplica ver su rostro: porque aunque nadie puede ver el rostro de Dios y vivir, sin embargo, todos los de corazón puro verán a Dios. Por lo tanto, pide esta misericordia a Dios, para que le sea concedida la dicha de ver su rostro: y lo pide no sin razón ni modo de ser concedido.

9. La bondad y la severidad de Dios deben ser contempladas.---Dice, en efecto: Ten misericordia de mí según tu palabra. Es la voz de una fe modesta, que implora la misericordia de Dios no según la conciencia de sus pecados, sino según las palabras de ese mismo Dios. Sabe que Dios es también un fuego consumidor para los pecadores. Pues Moisés dice: Nuestro Dios es un fuego consumidor (Deut. IV, 24). Sabe que es luz para los fieles, de quien el mismo Profeta dice en otro lugar: Tú iluminas maravillosamente desde los montes santos (Sal. LXXV, 5). El Apóstol también discierne esta costumbre de la bondad y severidad de Dios, cuando dice: Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; en los que cayeron, severidad; en ti, bondad (Rom. XI, 22); y de nuevo: Tú, si no permaneces en la bondad, serás cortado; pero ellos, si no permanecen en la infidelidad, serán injertados (Ibídem, 22 y 23). El Profeta espera la bondad de Dios, cuando dice: Ten misericordia de mí. Sabe que no hay nadie que viva sin pecado, y que todos los que están en la carne necesitan la misericordia de Dios. No olvida, sin embargo, su deber y devoción, cuando dice: según tu palabra; es decir, esa palabra suya, que anuncia castigo a los pecadores y promete la bienaventuranza de la vida eterna a los que creen en Él.

10. Cada uno debe meditar previamente sus acciones.---A continuación sigue, VERS. 59: Porque he pensado en mis caminos, y he vuelto mis pies a tus testimonios. De lo que el Profeta recuerda haber hecho o estar haciendo, nos enseña también lo que debemos hacer. Pues considera sus caminos, y con estos pensamientos dirige sus pasos hacia los testimonios de Dios. No hizo nada que no hubiera reflexionado previamente. No movió su lengua para su oficio, no adelantó su pie para alguna obra que iba a realizar, no extendió su mano para hacer algo, sin antes haber pensado en todo esto, y cuando el pensamiento aportó operación y efecto a las cosas. Vio, por tanto, de antemano todos los caminos de su vida: y cuando encontró uno que le parecía agradable y aceptable, entonces dirigió su pie hacia él: ciertamente, después de haber considerado todos los caminos de la acción humana, tras haber pensado qué le sería útil, desvió el pie de su fe hacia los testimonios divinos. Pues el pensamiento no puede temer nada repentino, nada nuevo, nada inesperado, ya que de la

opinión del consejo se esperan, se predefinen y se abordan todas las cosas que suelen suceder. Y esto se enseña en el verso siguiente.

11. Nada perturba a quien está preparado. Después de que el Profeta reflexionó sobre sus caminos y dirigió sus pasos hacia los testimonios de Dios, habla con libertad, VERS. 60: Estoy preparado, y no estoy turbado, para guardar tus mandamientos. Quien se prepara para algo, se prepara con largo uso para aquello en lo que medita, para que ninguna fuerza de perturbación repentina lo saque de su propósito por negligencia o descuido. Así, el Profeta sabe que hay muchos escándalos en el mundo. Sabe que hay quienes acechan a la naturaleza humana y se oponen a las virtudes. Sabe que la opinión dulce y la ambición de la gloria secular son peligrosas. Sabe que los encuentros con mujeres lascivas son engañosos para los ojos de los continentes. Sabe que los deseos impuros del cuerpo se infiltran con el atractivo de un placer seductor. Sabe que los demás tipos de vicios irrumpen con accesos seductores. También sabe que está sujeto al odio de muchos irreligiosos, y que por la predicación de Dios y la doctrina de la piedad, será acosado por diversas injurias de los perseguidores. Para no ser turbado por tantas y tan grandes acechanzas que se avecinan, se preparó contra todas estas ruinas de la fe, diciendo: Estoy preparado, y no estoy turbado, para guardar tus mandamientos.

12. Ejemplo de Pablo.---El bienaventurado Apóstol tiene una confianza similar en esta preparación suya, diciendo: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? [Como está escrito: Por tu causa somos muertos todo el día; somos contados como ovejas de matadero. Pero en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.] (Rom. VIII, 35 y ss.) Y porque se había preparado para soportar estas cosas, para que no pudiera ser separado del amor, añadió: Estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Ibíd., 38 y 39). Ningún tipo de cosas que puedan suceder perturba al Apóstol, preparado y fortalecido con tal esperanza.

13. Exhortación a la constancia.---Tengamos, pues, en nosotros esta confianza y voz, para que cuando se insinúen los deseos, cuando las pasiones irrumpan, cuando los peligros nos agoten, cuando los suplicios nos atormenten, nos atrevamos a decir: Estoy preparado, y no estoy turbado, para guardar tus mandamientos. Nuestro Señor, el unigénito Hijo de Dios, entre otros preceptos, manda a sus discípulos, diciendo: No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo (Juan XIV, 1). Contra la turbación, cualquiera que sea su origen, es necesario un trabajo de larga preparación con firmeza: para que la fe robusta y fortalecida guarde los mandamientos de Dios.

14. ¿Por qué los pecados son cuerdas?---El Profeta, al prepararse para el progreso y no turbado para que no guardara los mandamientos de Dios, inmediatamente añadió, diciendo, VERS. 61: Las cuerdas de los pecadores me han rodeado; pero no he olvidado tu ley. Aprendemos que las cuerdas de los pecados existen a través de Isaías, quien dice: ¡Ay de los que atan los pecados como una cuerda larga! (Isaías V, 18), de la misma manera que una cuerda crece de muchas pequeñas partes en algo grande, los pecados siempre se extienden como una cuerda larga. También son estos los lazos de los delitos, con los cuales las mentes humanas son atadas, de los cuales está escrito en los Proverbios: Cada uno es atado con las cuerdas de sus pecados (Prov. V, 22). Pues el diablo nos aprieta y nos ata, y con estas cuerdas de vicios nos enreda, tendiendo trampas en todo el curso de nuestra vida. Y sabemos que ata,

como se dice en los Evangelios: Y a esta hija de Abraham, Satanás la ha atado por dieciocho años (Luc. XIII, 16). Por lo tanto, ata con todo tipo de vicios, con la costumbre de la embriaguez, con los deseos de placeres, con el pecado de la infidelidad. Pero entre estos lazos de cuerdas, no se debe permitir el olvido de la ley. Es conveniente que estemos preparados para que, si alguna vez nos rodean estos lazos, podamos liberarnos: para que recordemos la ley de Dios en todo momento.

15. Por qué el Profeta se levanta a medianoche.---Y claramente recuerda el Profeta, diciendo, VERS. 62: A medianoche me levantaba para alabarte por los juicios de tu justicia. No se entrega al sueño durante toda la noche, ni permanece ocioso en el lecho: se levanta para alabar a Dios no solo de noche, sino también a medianoche. Recuerda que este es el tiempo en que las primicias de los egipcios fueron golpeadas por la merecida calamidad de su impía obstinación (Éxodo XII, 29): por lo tanto, en estas horas no se entrega al sueño, para no ser partícipe de la calamidad de Egipto. En este tiempo de la noche, cuando entra el esposo, las vírgenes prudentes entrarán a las bodas con sus lámparas (Mateo XXV, 6): por lo tanto, vigila para no merecer ser excluido con las necias. En este tiempo, cuando Pablo y Silas, los apóstoles, cantaban salmos, las cadenas y ataduras se desataron (Hechos XVI, 25): por lo tanto, no duerme para no estar encadenado. Ni todo el tiempo nocturno lo tiene en el sueño, ni el olvido de su deber lo sorprende en el descanso de la medianoche; se levanta para alabar a Dios. La confesión, en verdad, no siempre se refiere a los pecados: también debe entenderse en las alabanzas a Dios. Ahora, pues, alaba a Dios por los juicios de sus justificaciones. Alaba, por lo tanto, a Dios, porque no ha decretado nada sino en la justificación de sus juicios.

16. Participantes de Cristo son muchos. La modestia de David. Quién de los que temen a Dios es participante---Sigue luego, VERS. 63: Soy participante de todos los que te temen, y de los que guardan tus mandamientos. Recordamos que el Apóstol dijo: Hemos sido hechos participantes de Cristo (Hebr. III, 14). Pero también en el salmo cuarenta y cuatro, recordamos que algunos han sido significados como participantes de Dios, cuando se dice: Te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros. Por lo tanto, según el Apóstol y según el Profeta, hay muchos participantes de nuestro Señor Jesucristo. Y será participante de Él quienquiera que permanezca en la justicia; porque Él mismo es justicia: y será participante de Él quienquiera que persista en la verdad; porque Él mismo es la verdad: y quienquiera que camine en la novedad de vida, será participante de Él; porque Él mismo es la resurrección. Así que, sabiendo el Profeta que hay muchos participantes de Dios, ahora, a través de una predicación de sí mismo modesta y humilde, al recordar que él mismo ha sido hecho y llamado Cristo, se confiesa más bien participante de todos los que temen a Dios. Sin embargo, es también participante de los que temen a Dios cuando compadece a los que sufren, cuando llora con los que lloran, cuando como miembro del mismo cuerpo sufre por el dolor de otro miembro. Por esta comunión de pasiones, sea participante de los que temen a Dios. En cambio, quien por su insolencia desprecia, exaspera, deshonra a un creyente en Cristo y redimido por Cristo, no es participante de los que temen a Dios, con quienes no comparte en compadecer las pasiones.

17. Dos tipos de personas temen a Dios.---Sin embargo, el profeta no lo expresó de manera simple ni aislada cuando dice: Soy partícipe de todos los que te temen. Hay muchos que temen a Dios y, sin embargo, son desobedientes; muchos temen a Dios y, sin embargo, son infieles; a quienes la condición de su naturaleza los somete al temor de Dios, pero la perversidad de su voluntad los aleja de la obediencia a Dios. Por eso, no habría sido suficiente para el Profeta decir simplemente: Soy partícipe de todos los que te temen; si no

hubiera añadido: y de los que guardan tus mandamientos. Pues el temor de la fe se manifiesta solo en la obediencia, y el respeto religioso se encuentra en la obediencia. Por lo tanto, es partícipe de aquellos que demuestran su temor guardando los mandamientos de Dios.

18. Dios otorga sus dones a justos e injustos.---A continuación sigue, VERS. 64: Llena está la tierra de tu misericordia, Señor; enséñame tus justificaciones. La tierra está llena de la misericordia de Dios, aunque esté contaminada, corrupta, irreligiosa, infiel, perdida. Y si alguien se atreve a acusar al Profeta de mentir con impía boca, como si no creyera que la misericordia de Dios se ha difundido por toda la tierra; recuerde que el Señor dijo en los Evangelios: Sed buenos como vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mat. V, 45 y 48). Pues Dios es paciente y misericordioso, ya que prefiere el arrepentimiento de los pecadores a su muerte (Ezequiel XVII, 23), y otorga sus dones a justos e injustos, concediendo a cada uno, con gran ecuanimidad, tiempo para arrepentirse a través de su paciencia.

19. David desea al Señor como su Maestro. Y porque siempre recuerda que debe esperar esta bondad de la paciencia de Dios y la perfección, que se prefigura corporalmente bajo aquellas justificaciones de la ley; dice: Enséñame tus justificaciones. Había leído todas las justificaciones en la ley, pero como esperaba las celestiales, que se prefiguraban en las terrenales, no necesita un maestro terrenal. Pues ora para ser enseñado por aquel que dijo: Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá (Mateo 7, 7). El Profeta desdeña que se le abra y se le dé la llave por un maestro de la ley, esperando al maestro celestial, nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

LETRA IX. Teth.

Has hecho bondad con tu siervo, Señor, según tu palabra. Enséñame tu bondad, disciplina y conocimiento; porque he creído en tus mandamientos. Antes de ser humillado, yo pequé: por eso he guardado tu palabra. Eres bueno, Señor: y en tu bondad enséñame tus justificaciones. Se ha multiplicado sobre mí la iniquidad de los soberbios: pero yo con todo mi corazón escudriñaré tus mandamientos. Su corazón se ha coagulado como la leche: pero yo he meditado en tu ley. Es bueno para mí que me hayas humillado: para que aprenda tus justificaciones. Es buena para mí la ley de tu boca, más que miles de oro y plata.

1. Salmo CXVIII propósito. Gratitud a Dios en las adversidades. --- Ya en el inicio del salmo hemos mencionado que no contiene otra cosa que la doctrina de la vida humana, a través de la cual seríamos instruidos en el conocimiento de Dios, como si fuéramos niños aprendiendo las letras del alfabeto. El Profeta, en su propia persona, nos confirma cómo deberíamos comportarnos en todo tipo de servicio divino, para que, mediante la disciplina de la instrucción adquirida, mantengamos el orden de la fe, como se enseña en ese primer verso de la novena letra. Así se dice, VERS. 65: Has hecho bondad con tu siervo, Señor, según tu palabra. Y tal vez algunos pensarán que el Profeta habló de cosas secundarias y que dio gracias a Dios por lo que le sucedió favorablemente. Pero también sabe que en las adversidades se debe dar gracias a Dios: sabe que en toda pasión y tribulación, aquel por cuyo juicio estas cosas ocurren debe ser honrado con gratitud. Sabe que el médico diligente no escatima en los senos de las heridas purulentas. Recuerda que la severidad de los padres hacia los hijos es piadosa. Desea ser corregido por las tentaciones y probado por la paciencia ante Dios: y en aquellas cosas que se consideran adversas, da gracias.

2. Nos aconseja bien en todo.---Y para que creamos que el Profeta oró por esta nuestra comprensión, el verso que sigue lo enseña, diciendo: Has hecho bondad con tu siervo, Señor, según tu palabra. VERS. 66. Enséñame tu bondad, disciplina y conocimiento: porque he creído en tus mandamientos. Por lo tanto, todo lo que Dios hace en su siervo es bueno; pues lo hace según su palabra. Y todo lo que es según su palabra, no puede ser considerado malo: porque su voluntad, que es la de quien es el único bueno, está llena de bondad.

3. David, creyendo, pide conocer. Disciplina, utilidad, ciencia.---Por lo tanto, como hemos dicho, el segundo verso del Profeta expone su sentimiento, cuando ora diciendo: Enséñame bondad, disciplina y ciencia. Confesó anteriormente la bondad hecha hacia él: ¿cómo es que, como si no la conociera, pide ser enseñado? A menos que entonces fuera una gratitud por la confesión de fe, cuando creyó que todo lo que sucedía en él era bueno: ahora, sin embargo, es por la naturaleza humana causa de ignorancia, cuando ora para ser enseñado. Pero desea aprender esa bondad a la que se une la disciplina. Porque la disciplina es un deber necesario de severidad que reprende los pecados y corrige los vicios. La corrección de los vicios trae un gran progreso en la bondad. Por lo tanto, es buena la disciplina de la severidad: pero el Profeta aún la desconoce. No solo desea ser enseñado en bondad y disciplina, sino también en ciencia: mostrando en ello el afecto de su fe, al admitir que la bondad y la disciplina, que aún no conoce, son buenas para él de parte de Dios. Sobre la ciencia hemos advertido en muchos lugares, que tanto el Apóstol (I Cor. XII, 8) como el profeta la han contado entre los principales dones de las gracias espirituales (Isaías XI, 2). Por lo tanto, ora para ser enseñado en bondad, disciplina y también en ciencia: y ser enseñado por ello, porque cree en los mandamientos de Dios; mostrando que solo los fieles y creyentes pueden alcanzar la enseñanza de la ciencia.

4. Humillación, enmienda del delito.---Permanece también en el tercer verso el sentido de la misma inteligencia. Dice, pues, VERS. 67: Antes de ser humillado, yo pequé, por eso he guardado tu palabra. No sobreviene primero la tribulación de las pasiones, sin que precedan los delitos: ni somos humillados por la pasión antes de ser dignos de las pasiones por la iniquidad de los pecados. Enseña, por tanto, el Profeta que su humillación es la enmienda del delito: y por ello sabe que es bueno para él todo lo que viene de Dios, porque ha merecido sufrir lo que ha comenzado a sufrir. Y sabe que la disciplina es la enmienda de los vicios. Primero, pues, pecó, en segundo lugar fue humillado, y por la disciplina de la humildad debe ser enseñado a no pecar, y a permanecer en las palabras de Dios; porque ya siendo pecador ha sido humillado, y en los mandamientos de Dios, para que no pueda pecar más, ha de permanecer.

5. Justificación, obra de la cosa justa.---VERS. 68. Eres bueno, Señor: y en tu bondad enséñame tus justificaciones. El Profeta sabe que las justificaciones de Dios son buenas; porque bueno es quien las estableció. Sabe que nada le sucede sino por la justificación de Dios; porque antes ha confesado haber pecado, y luego haber sido humillado. Y porque anteriormente había orado para ser enseñado en bondad, disciplina y conocimiento; ahora ora para ser enseñado en las justificaciones de Dios en bondad: porque la justificación es obra de la cosa justa, que le es desconocida; porque las justificaciones, que en la ley están establecidas, contienen en sí la sombra de las justificaciones celestiales.

6. Oprobios de los inicuos sobre los justos. Quién debe resistirles. --- Luego añadió, VERS. 69: Se ha multiplicado sobre mí la iniquidad de los soberbios: pero yo con todo mi corazón escudriñaré tus mandamientos. Pacientemente y con ecuanimidad el Profeta soporta todo, siendo llevado al oprobio de los soberbios e inicuos. Pues si alguien recuerda las

recriminaciones de los tres reyes en Job, entenderá cuánto se agrava el oprobio de los que se burlan. Porque cuando los irreligiosos ven a los siervos de Dios ser corregidos por algunas pasiones, suelen reprochar así: ¿Dónde está la fe? ¿dónde la esperanza en Dios? ¿dónde la virtud del que ayuda? ¿dónde está la misericordia del buen Dios? Contra esto es necesario un ánimo firme y fiel, y estar atento y ocupado en los mandamientos de Dios: para que no ceda ante tantas iniquidades de los soberbios multiplicadas sobre sí, sino que siempre diga: Has hecho bondad con tu siervo, Señor; como dijo aquel glorioso y bienaventurado vencedor de las pasiones humanas: El Señor dio, el Señor quitó, bendito sea el nombre del Señor (Job 1, 21).

7. Como la leche en tiempos favorables es suave, así como el cuajo en tiempos adversos es amargo.---Luego sigue, VERS. 70: Se ha coagulado como leche su corazón: pero yo he meditado en tu ley. El corazón de los soberbios, dice, es como leche coagulada. La leche es en apariencia y sabor muy suave, pero cuando se corrompe por algún defecto, suele coagularse y, alejándose de su dulzura natural, se corrompe en un sabor inútil y amargo. Así, antes los inicuos, cuando veían al Profeta en tiempos favorables, eran amigos de las cosas felices, halagando con apariencia de simplicidad, como la leche. Pero cuando la soberbia y el desdén los dominó, debido a la humildad de este hombre santo, se coagularon como leche, y de halagos suaves y dulces fueron reducidos a la amargura de un sabor viciado y fermentado. Sin embargo, mientras estos se coagularon como leche, el Profeta meditó en la ley de Dios: meditó en ella para decir lo que se contiene en el siguiente verso.

8. La utilidad de las tribulaciones.---VERS. 71. Es bueno para mí que me hayas humillado. Aunque la iniquidad de los soberbios se multiplique y su corazón se endurezca como la leche cuajada, el Profeta sabe que su propia humillación le es beneficiosa: conoce, según el Apóstol, que la virtud se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 9). Toda pasión es buena, todas las tribulaciones son buenas, a través de las cuales se conocen las justificaciones de Dios: para que los pecadores se corrijan con humildad, para que los que delinquen sean reprimidos con severidad, para que los ignorantes sean instruidos con doctrina. Por eso dice que es bueno para él haber sido humillado, porque a través de la humillación aprendería las justificaciones de Dios. Pues pecó antes de ser humillado: y la humildad es buena para él, porque a través de ella se aprende la justificación de Dios.

9. Ley de la boca de Dios, ley de Cristo.---Concluye de este modo, VERS. 72: Bueno es para mí la ley de tu boca más que miles de oro y plata. No es simple la expresión de esta conclusión. Habría sido suficiente para la gratitud del Profeta decir: Bueno es para mí tu ley. Pero al decir, la ley de tu boca, quiso que se entendiera más. Dios habló a través de Moisés la ley, habló a través de los profetas: pero esta es la ley de Dios, no también la ley de la boca de Dios. La boca de Dios es aquel que es también la virtud de Dios, que es también la sabiduría de Dios, que es también el brazo de Dios, que es también la imagen de Dios, es decir, nuestro Dios y Señor Jesucristo, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3), diciendo: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Ibid. 4); diciendo: Bendecid a los que os persiguen, y orad por los que os calumnian y os persiguen (Ibid. 44). El Profeta confesó que esta ley de la boca de Dios es buena para él: y buena no con número de comparación y definición y modo, sino más que miles de oro y plata. Este discurso es indefinido cuando se dice miles: porque indefinidamente buena es la ley de la boca de Dios. De la comparación de las cosas más preciosas en la tierra, significa la utilidad de los bienes que son establecidos por Dios en Cristo. Amén.

LETRA X. Jod.

Tus manos me hicieron y me formaron. Dame entendimiento para aprender tus mandamientos. Los que te temen me verán y se alegrarán, porque en tus palabras espero. Reconozco, Señor, que tus juicios son justos, y que en tu verdad me has humillado. Que tu misericordia me consuele según tu palabra a tu siervo. Vengan a mí tus misericordias, y viviré, porque tu ley es mi meditación. Sean confundidos los soberbios, porque injustamente han cometido iniquidad contra mí; pero yo me ejercitaré en tus mandamientos. Vuélvanse a mí los que te temen y conocen tus testimonios. Sea mi corazón íntegro en tus justificaciones, para que no sea confundido.

1. El hombre es superior a las obras terrenales de Dios. Para qué debe usar lo creado.---Es un juicio común que, entre todas las obras terrenales de Dios, nada es más útil ni más hermoso que el hombre: porque, aunque haya cosas bellas y adornadas, ciertamente atestiguan la grandeza de aquel que las ha creado tan hermosas, pero ellas mismas no perciben el fruto de su belleza, ornato e institución. Hablamos de aquellas cosas que están sujetas a la vista humana, es decir, de lo creado en la tierra, el mar y el aire, y de lo que está mezclado en cada uno de sus géneros y naturalezas. Estas cosas son bellas; pero, ¿qué bien hay finalmente en el Océano, la tierra, el cielo o el aire, que las cosas creadas en ellos, por el hecho de ser creadas así, logran? En el hombre, sin embargo, todo lo que hay le beneficia a sí mismo. Y este único animal racional en la tierra, inteligente, que juzga y siente, ha sido constituido: y de todos estos géneros que están en él, nada aprovecha para otra cosa, sino para que él mismo use de los demás y de aquellos en los que ha nacido; y los use para conocer y venerar a aquel que es el autor y padre de tantos bienes en él.

2. Cuando algo grande. Cuando pierde su nombre.---De ahí se entiende que aquella gran y maravillosa afirmación de Salomón es la siguiente: Grande es el hombre y precioso el hombre misericordioso: pero es necesario encontrar un hombre fiel. Pues, ¿qué es tan difícil, o qué obra tan ardua, como encontrar a aquel que recuerde que fue hecho a imagen y semejanza de Dios, que, dedicado al estudio de las palabras divinas, haya comprendido la naturaleza de su alma y cuerpo, y haya percibido el origen y la naturaleza de ambos géneros? ¿Y hacia qué fin se dirige esta formación y origen suyo? Y por eso el hombre es algo grande. Pues este nombre, cuando al descuidar el conocimiento de las cosas mencionadas anteriormente cae en vicios, lo pierde; juzgado ya indigno de ser llamado hombre. Y aquel que fue hecho a imagen y semejanza de Dios, según las reprensiones proféticas y evangélicas, se le llama serpiente, o progenie de víboras, o caballo, o mulo, o zorro: y se le quita la propiedad de su nombre cuando cae de la inocencia.

3. Doble origen del hombre.---En verdad, quien con fe diligente haya examinado la doctrina de Dios y sus preceptos, y desee mostrarse digno a través del estudio de la inocencia, quien ha sido hecho según la imagen y semejanza de Dios, podrá también, con la voz del Profeta, decir: VERS. 73: Tus manos me hicieron y me prepararon. Y en algunos códices encontramos escrito así: Tus manos me hicieron y me formaron: dame entendimiento para aprender tus mandamientos. Y sin duda no debe considerarse ocioso el hecho de que no era suficiente que el Profeta dijera: Tus manos me hicieron; sin añadir, formaron, o, prepararon. Pero el Profeta, comprendiendo el honor de su condición, quiso significar en esto la dignidad especial de su origen, diciendo primero: Tus manos me hicieron.

4. Todo fue creado por la palabra. Se trata primero de la creación del hombre.---En la creación del mundo, aceptamos que todo fue hecho por la palabra, cuando se dice: Hágase la

luz (Gén. 1, 3); cuando se dice: Hágase el firmamento (Ibid. 6); cuando se dice: Apárezca lo seco (Ibid. 9); cuando se dice: Produzca la tierra hierba que dé semilla según su especie (Ibid. 11); cuando se dice: Haya lumbreras en el firmamento (Ibid. 14); cuando se dice: Produzcan las aguas reptiles de almas vivientes (Ibid. 20). Por lo tanto, todo aquello de lo que o en lo que el cuerpo de todo el mundo fue creado, toma su origen de la palabra, y comenzó a subsistir en lo que es por la palabra de Dios. Sin embargo, sobre el hombre, Dios habló así: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Ibid. 26). Por lo tanto, la naturaleza y el origen del hombre difieren de la institución de toda la creación: y propiamente sobre él se trata y se confirma antes que sea hecho, mientras que las demás cosas fueron ordenadas a existir sin una cierta deliberación. Por lo tanto, el origen del hombre tiene primero esta dignidad, que le fue propio ser tratado de antemano.

5. Otro privilegio, que sea creado por las manos de Dios. Lo que aquí se investiga.---En verdad, en este presente dicho profético se contiene un inmenso privilegio del origen humano. Pues no fueron las manos del Señor las que hicieron los animales, los seres acuáticos y las aves; en ninguna parte las Escrituras han transmitido esto. Por tanto, esto es algo excelente y notable en el hombre, ya que se distingue de los demás por la dignidad de la operación. En cuanto a la confirmación del cielo, leemos en cierto lugar: Yo con mi mano afirmé el cielo (Isaías XLV, 12, según la LXX). ¿Se iguala entonces este elemento a la operación del hombre, cuando se recuerda que el mismo fue afirmado por la mano de Dios? Pero aunque el cielo fue hecho con una mano; el hombre, sin embargo, con manos. Por lo tanto, la operación de dos manos supera la función de una sola: y lo que es suficiente para la confirmación del cielo, no basta en la condición del hombre. Sin embargo, debe entenderse por qué el Profeta dice que fue hecho por manos: no solo hecho, sino también formado o preparado.

6. Todo lo demás fue completado por mandato de Dios, no por el hombre.---La creación de todos los demás elementos se instituyó y se llevó a cabo en el mismo momento en que se ordenó que existieran; ni el comienzo ni la perfección de ellos se distinguen por algún tiempo; pues la consumación fue percibida en el inicio de lo que fue comenzado. Sin embargo, el hombre, al contener en sí una naturaleza interna y externa disonante una de otra, y al estar constituido como un ser que participa de la razón a partir de dos géneros en uno, fue instituido con un doble comienzo. Primero, se dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gén. I, 26); luego, en segundo lugar, Y Dios tomó polvo de la tierra y formó al hombre (Gén. II, 7).

7. Hecha a imagen de Dios el alma. El cuerpo luego formado de la tierra.---La primera obra no tiene en sí el origen de una naturaleza ajena asumida de otro lugar. Es incorpórea, cualquier cosa que en ese momento se inicie por decisión del consejo: pues se hace a imagen de Dios. No es la imagen de Dios; porque la imagen de Dios es el primogénito de toda criatura: sino a imagen de Dios, es decir, según la especie de imagen y semejanza. Lo divino en él y lo incorpóreo debía ser creado, lo que entonces se hacía según la imagen y semejanza de Dios: un ejemplo, por así decirlo, en nosotros de la imagen de Dios, y un principio de semejanza. Por lo tanto, en esta sustancia racional e incorpórea de nuestra alma está primero lo que fue hecho a imagen de Dios. La eficiencia de la segunda obra, ¿cuánto difiere de la primera institución (o del primero)? Dios toma el polvo de la tierra. Pues se toma el polvo, y la materia terrenal se forma en hombre, o se prepara: y de una cosa a otra se pule con la obra y el estudio del artífice. Por lo tanto, lo primero no lo tomó, sino que lo hizo: lo segundo no lo hizo como lo primero, sino que lo tomó; y entonces lo formó o preparó.

8. También se puede decir que fue preparado correctamente. ¿Por qué por las manos de Dios, no por una mano? Ambos se pueden entender correctamente, porque encontramos que ambos están escritos: que lo formó en lo que es, es decir, en la apariencia del cuerpo; o que lo preparó en lo que se dice: Y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente (Gén. II, 7). Por lo tanto, fue preparado o formado para esta inspiración: por la cual la naturaleza del alma y del cuerpo se mantendría en la perfección de la vida mediante un cierto pacto del espíritu inspirado. El bienaventurado Pablo sabe que en sí mismo hay una doble naturaleza, cuando se deleita en la ley según el hombre interior, y cuando ve en sus miembros otra ley que lo lleva cautivo a la ley del pecado (Rom. VII, 22 y 23). Lo que se hace según la imagen de Dios, pertenece a la dignidad del alma. Pero lo que se forma de la tierra es el principio de la naturaleza del cuerpo y de la especie. Y porque Dios se entiende que habló a otro cuando dice, Hagamos al hombre; o se reconoce la triple perfección del hombre hecho y preformado: cuando se hace a imagen de Dios, se forma de la tierra, y se mueve a un alma viviente por la inspiración del espíritu: por eso el Profeta testifica que fue hecho y formado por manos, no solo por una mano, porque en su constitución se enseña que no fue una operación solitaria, sino que fue una operación triple.

9. Ignorancia humana por sí misma. El intelecto debe ser solicitado a Dios.---Y porque el Profeta sabe que esto es muy oculto y escondido, en cuanto a cómo ha sido formado por las manos de Dios: sin embargo, para alcanzar una comprensión plena y absoluta de esta razón, dice: Dame entendimiento, para que aprenda tus mandamientos. Habla como ignorante de estas cosas, y como si aún no hubiera alcanzado la inteligencia, suplica que se le conceda entendimiento: y se atreven, no digo los hombres de la Iglesia, sino los sofistas de las naciones, a querer tratar ciertos temas sobre la formación de la naturaleza humana; nos atrevemos incluso a gloriarnos de haber alcanzado el conocimiento de la vida recta y perfecta. Pero debemos ser enseñados por el ejemplo de este profeta, para que confesemos nuestra ignorancia de las cosas divinas, o supliquemos por la comprensión de lo que ignoramos. Sin embargo, lo mejor es pedir a Dios, mediante la oración, el conocimiento de los mandamientos celestiales, reconociendo la debilidad y pobreza de nuestro ingenio. Porque, en primer lugar, según el Apóstol, el don de la sabiduría es el primer regalo de las gracias, seguido por el de la ciencia (I Cor. XII, 8): y por eso este profeta también mantuvo este orden, diciendo: Dame entendimiento, para que aprenda tus mandamientos. Primero suplicó por la inteligencia, y después también por el conocimiento.

10. La vista de los piadosos es triste para los impíos, alegre para los justos.---Sigue luego, VERS. 74: Los que te temen me verán y se alegrarán, porque he esperado en tus palabras. Es costumbre de los impíos que, al ver a hombres religiosos, se entristezcan. Pues es necesario que el borracho odie al sobrio, el impúdico al continente, el injusto al justo: y como si fuera una carga para la conciencia, no soporta la presencia de cualquier santo. Por el contrario, ante la vista de un hombre fiel, todos los religiosos que tienen temor de Dios se alegran, y se congratulan incluso con la simple visión de la contemplación corporal, al modo de ciertas aves y hierbas, que al ser vistas y contempladas solamente, curan algunas enfermedades e infirmidades. Por lo tanto, la presencia del santo es útil para los que temen a Dios, porque necesariamente obtienen algún provecho de la contemplación de él. Pero el Profeta no cree que solo deba contemplarse en él lo que está sujeto a los ojos caducos y promiscuos. Él desea que se contemple la probidad de su vida, desea que se vea su justicia, su religión y su continencia. No es solo porque lo ven que los que temen a Dios se alegrarán; sino porque lo ven esperando en las palabras de Dios: y esperando no mediocremente, ni confundido por el error de la opinión humana; sino diciendo con libertad lo que sigue.

11. Los juicios de Dios presentes, no eternos, conocidos por el Profeta.---VERS. 75. Reconozco, Señor, que tus juicios son justos y que verdaderamente me has humillado. En otros pasajes recordamos que el Profeta solía decir: Dame entendimiento, y enséñame, y observaré tus preceptos. Ahora, sin embargo, habla como si ya los hubiera alcanzado, diciendo: Reconozco, Señor, que tus juicios son justos. Pero aquí no se refiere a aquellos juicios eternos, sino a los presentes. Porque aquellos juicios eternos, según el mismo profeta, son como un abismo profundo (Salmo XXXV, 7); y según el Apóstol: Los juicios de Dios son inescrutables e incomprensibles (Rom. XI, 33). Sin embargo, sabe que en estos juicios que ahora existen, todo lo que sucede en él se realiza por el juicio de Dios: todas las tribulaciones, todas las presiones, todos los odios de las persecuciones, todas las infestaciones de las persecuciones, están presentes en él por el juicio de Dios, para que a través de estas cosas sea probado, para que a través de estas cosas sea corregido, y como si fuera examinado y purificado por el fuego.

12. Distinción entre ciencia y fe.---Hay algo más en el conocimiento que en la fe, en cuanto a la obra: y por eso aquí no creyó, sino que conoció; porque la fe tiene el mérito de la obediencia, pero no tiene la confianza de la verdad conocida. El Apóstol distinguió mucho entre el conocimiento y la fe, enumerándola en un lugar posterior entre los dones de gracia. Primero proclamó la sabiduría, luego el conocimiento, y en tercer lugar la fe: porque quien cree, puede ignorar lo que cree; pero quien ya ha conocido, no puede dejar de creer lo que ha conocido al obtener el conocimiento (Ver libro VIII de la Trinidad, n. 10).

13. Los juicios de Dios son justos.---Por lo tanto, el Profeta no admite aquí ambigüedad alguna, ya que sabe que los juicios de Dios son justos, es decir, la humillación, la tribulación, el desprecio, la injuria y el dolor que sufre. Así dice: Conocí, Señor, que tus juicios son justos, y que verdaderamente me has humillado. No sin razón, ciertamente, está sometido a tribulaciones, no sin razón se le permite sufrir pasiones, no sin razón es humillado por injurias; sino que, para expiar los pecados de los vicios humanos, está sujeto a la humillación por los justos y verdaderos juicios de Dios.

14. David no pide evitarlo; sino soportarlo valientemente con la ayuda de Dios.---Pero como en estas pasiones se encuentra la equidad del juicio divino: suplica la consolación de las humillaciones presentes por la misericordia de Dios; porque la debilidad humana es insuficiente para soportar las pasiones, diciendo, VERS. 76: Que tu misericordia me consuele según tu palabra a tu siervo. Pero recuerda que es bueno para él ser humillado, bueno para él someterse a las pasiones, y que todas esas cosas que lo atormentan son una purificación de los vicios terrenales. No ora para que la humildad y la tribulación sean apartadas de él; sino para que se le conceda la consolación en la tribulación por la misericordia de Dios. Desea, por tanto, luchar en un prolongado combate en estas debilidades de su cuerpo: desea resistir en una larga batalla contra las maldades de este mundo. Pero espera la consolación de la misericordia de Dios: para que, aunque afligido y atribulado, sea fortalecido por la ayuda de la divina consolación. También el bienaventurado apóstol Pablo, habiendo experimentado él mismo todo tipo de tentaciones, sabe usar la consolación de la divina misericordia, diciendo: Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación (II Cor. I, 3, 4). Y sabe que esta consolación le ha sido prometida por Dios Padre y Señor de las misericordias, quien examina a quien cree en Él a través de las tentaciones: y por eso añadió, según tu palabra a tu siervo: es decir, según aquella promesa, en la que aseguró que no abandonaría a los atribulados en las pasiones. Pues dijo en los Evangelios: Cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué habéis de hablar; porque se os dará en aquella hora lo que habéis de hablar. Porque no sois

vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mat. X, 19, 20). Y esto, en cuanto al tiempo presente se refiere.

15. Vida eterna por la misericordia de Dios. Ya no vivimos verdaderamente. La esperanza de la verdadera vida con la que se alimenta. Sin embargo, el Profeta no olvida la esperanza futura, diciendo, VERS. 77: Vengan a mí tus misericordias, y viviré: porque tu ley es mi meditación. La debilidad de la naturaleza corporal necesita las misericordias de Dios. Pues no podrá alcanzar la eternidad de aquella vida bienaventurada por su propio mérito, a menos que sea llevada por las misericordias de aquel que es el padre de las misericordias. El Profeta sabe que aún no vive esa vida que es vida: pues ninguno de nosotros se atrevería a considerar vida lo que ahora vivimos. Ahora estamos en el cuerpo de la muerte, como dice Pablo: ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 24). Y este mismo profeta lo testifica así: Y me has llevado al polvo de la muerte (Sal. XXI, 16). Pues nuestra verdadera vida está escondida con Cristo en Dios. Pero tampoco esta, en la que ahora actuamos, es la región de los vivientes: esa es de la que este mismo profeta dice: Y agradaré a Dios en la región de los vivientes (Sal. CXIV, 9). Y por eso dijo viviré, porque no vive por el uso de esta vida, sino que vivirá por la misericordia de Dios. Pero espera esto, porque la ley de Dios es su meditación. Dediquémonos, pues, a la lectura divina, dediquémonos a los preceptos de Dios, y cumplamos las obras de la ley, los deberes de nuestra vida: porque por la meditación de la ley, con la venida de la misericordia del Señor sobre él, el Profeta espera vivir.

16. David no pide venganza contra sus enemigos, sino su conversión. No es suficiente para este profeta preocuparse solo por sí mismo y recordar solo su propia causa. Debe asumir el cuidado del género humano y adoptar un sentimiento de preocupación pública, orando por aquellos que viven en el pecado y la irreligiosidad. Por lo tanto, enseña la preocupación de su afecto en el siguiente verso, diciendo, VERS. 78: Que se confundan los soberbios, porque injustamente cometieron iniquidad contra mí. Esta no es una oración de maldición, ni pide retribución por la injuria recibida. Y lejos esté que el Profeta, predicador del Evangelio, haya excedido la razón de la caridad evangélica. Pues, como dice el Señor, Amad a vuestros enemigos y orad por los que os calumnian y os persiguen (Mat. V, 44), la razón no permite que ahora pida venganza contra los soberbios e injuriosos. Pero, dado que quien deja de pecar se avergüenza de sus pecados, y quien abandona los vicios debe hacerlo porque los odia, el Profeta ora para que aquellos que han sido injustamente soberbios contra él se avergüencen de sus acciones al reconocer sus vicios. Pues mientras alguien peca, no se avergüenza de sus pecados debido a la costumbre y la voluntad de pecar. Pero cuando deja de pecar, lo hace por la vergüenza del pecado. Él mismo se ejercita en los mandamientos de Dios, viviendo justamente, predicando religiosamente, no devolviendo injurias y soportando pacientemente. Por eso soportó las contradicciones e iniquidades de muchos soberbios contra él.

17. Sin embargo, en el versículo siguiente se entiende que se ha significado lo que tratamos sobre la confusión de los soberbios. Pues sigue, VERS. 79: Conviértanse a mí los que te temen, y los que conocen tus testimonios. Por lo tanto, el Profeta desea que aquellos que han comenzado a temer a Dios se conviertan a él, para que, a través de su enseñanza, se avergüencen de sus vicios y crímenes: conociendo, por supuesto, los testimonios de Dios, de los cuales ya hemos hablado mucho, y confundidos por los antiguos delitos, se refieran a la instrucción y doctrina del Profeta; cuya conversión de la soberbia y los pecados es hacia la piedad y la modestia.

18. La modestia de David nos reprende por nuestra soberbia.---Concluyó, según su costumbre de modestia, diciendo, VERS. 80: Que mi corazón sea inmaculado en tus justificaciones, para

que no sea confundido. Se ejercita en los mandamientos, medita en la ley, ha conocido la justicia de los juicios de Dios, los que temen al Señor se alegran en su presencia, ha sido hecho y formado por las manos de Dios; y no se atreve a decir que su corazón es inmaculado: ¿y nosotros nos atrevemos a veces a anteponer nuestra inocencia, a alardear de la abstinencia de vicios, y a gloriarnos de estar libres de pecados e iniquidades? Pero así como debemos aprender la fe, también nos conviene aprender la humildad y la modestia del Profeta, quien ora para que su corazón sea inmaculado. Pues sabe que de ahí proceden, según lo que está dicho: Porque del corazón salen los malos pensamientos, homicidios, lascivias, fornicaciones, robos, falsedades, blasfemias, y cosas semejantes a estas (Mat. XV, 9). Por lo tanto, suplica que sea inmaculado aquello de donde se sugieren los inicios de tantos y tan grandes vicios, como de una especie de fuente. Sabe que esto se hace inmaculado si permanece en las justificaciones de Dios: y entiende que este es el fruto de las justificaciones, para que permaneciendo en ellas no sea confundido. Pues la confusión proviene de la conciencia de los pecados y del oprobio de las faltas. Donde, por tanto, no habrá confusión, tampoco habrá pecado. Y donde no habrá pecado, se permanecerá en las justificaciones de Dios. Las justificaciones de Dios, por tanto, harán que el corazón sea inmaculado.

LETRA XI. Caf.

Mi alma desfallece por tu salvación, y en tu palabra espero. Mis ojos desfallecen por tu palabra, diciendo: ¿Cuándo me consolarás? Porque he llegado a ser como un odre en la escarcha, no he olvidado tus justificaciones. ¿Cuántos son los días de tu siervo? ¿Cuándo harás juicio sobre los que me persiguen? Los inicuos me han contado sus maquinaciones; pero no como tu ley. Todos tus mandamientos son verdad: los inicuos me han perseguido injustamente, ayúdame. Casi me han consumido en la tierra: pero yo no he abandonado tus mandamientos. Según tu misericordia, vivifícame, y guardaré los testimonios de tu boca.

1. La deficiencia del alma engendra un gran deseo. Jesús, el Salvador.---Es propio de la naturaleza humana que, cuando no puede obtener lo que desea, se vea atrapada por la deficiencia del alma debido al deseo constante. Y esto es fácil de entender a partir de los movimientos de nuestras propias emociones, en cuánta deficiencia del alma nos sumimos por la expectativa de aquellos a quienes deseamos. Por lo tanto, el profeta, cuya expectativa está completamente en Dios, cuyo deseo está en todos sus mandamientos, habla y dice, VERS. 81: Mi alma desfallece por tu salvación, y espero en tu palabra. No tiene otras cosas que ocupen su deseo: y el deseo de los santos no se ocupa de las cosas del mundo. Por lo tanto, desfallece en el deseo del Salvador: y desfallece por ello, porque espera en la palabra de Dios: pues el fin de la ley es Cristo Jesús, y este es de quien escribieron Moisés y los profetas. Además, es Salvador por el mismo nombre que se le llama Jesús. Jesús, según la lengua hebrea, significa Salvador: y esto mismo lo enseña el Ángel al hablar a José, cuando dice: Y llamarás su nombre Jesús (Mat. I, 21): porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Por lo tanto, la causa de la deficiencia es el deseo del Salvador. Y el origen del deseo es que espera en la palabra de Dios. Nuestro Salvador es Jesús, quien fue deseado y nació. Pero es necesario entender qué sigue a la deficiencia del alma que desea.

2. Deficiencia de los ojos.---Dice, VERS. 82: Mis ojos han desfallecido por tu palabra, diciendo: ¿Cuándo me consolarás? Por lo tanto, a la deficiencia del alma sigue la deficiencia de los ojos. Pero así como hemos tratado sobre la naturaleza de la deficiencia del alma, veamos cómo suele ser la deficiencia de los ojos. Imagina, pues, a la esposa de un hombre que está de viaje o al padre de un hijo que ha estado ausente por mucho tiempo, a quien en todo momento espera que regrese: ¿acaso no estará siempre atenta al camino por el que

piensa que vendrá? ¿Acaso la expectativa no hará que la atención y la vista de sus ojos desfallezcan? El Señor testifica estos deseos en los profetas cuando dice: En verdad os digo, muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y oír lo que vosotros oís (Mat. XIII, 17). Así, el profeta desfallece tanto en el alma como en los ojos.

3. Aquí se designan los ojos de la mente. Exhortación a los santos que reposan en el infierno.---Pero estos ojos del Profeta, aunque desearon ver al Señor, no son sin embargo ojos del cuerpo; pues hablan y esperan: y esta es más bien una visión y un discurso de la mente, no del cuerpo. Dicen: ¿Cuándo me exhortarás? Sabe que esta exhortación la desean los santos que reposan en el infierno. Sabe, como lo testifica el apóstol Pedro, que al descender el Señor al infierno, también a aquellos que estaban en prisión, y que en otro tiempo fueron incrédulos en los días de Noé, se les predicó la exhortación (I Pedro 3, 19 y 20). En estas palabras de Dios, por lo tanto, los ojos que hablan desfallecen: no tanto esperando al Señor anunciado por las palabras de Dios con la vista corporal, sino con la contemplación del alma y de la mente.

4. Como un odre en la escarcha, el cuerpo contenido y castigado. La ardiente codicia de las justificaciones de Dios no recuerda.---Luego sigue, VERS. 83: Porque he llegado a ser como un odre en la escarcha, no he olvidado tus justificaciones. Esta es una causa de nuevo tipo, que por eso no ha olvidado las justificaciones de Dios, porque ha llegado a ser como un odre en la escarcha. Y si medimos el asunto solo con los oídos, el discurso del Profeta se considerará vano y ridículo. Pero recuerda que el odre se utiliza para referirse a los cuerpos humanos, como dice el Señor en los Evangelios (Marcos II, 22): Nadie, dice, pone vino nuevo en odres viejos. Y no se duda de que él recordaba los cuerpos en los odres, y en sus pecados los viejos. Sin embargo, a través del estudio de la continencia, los cuerpos de los fieles se enfrían: y extinguido el calor de la naturaleza interior, los odres estarán fríos; que aunque internamente se calientan por la naturaleza de los vicios efervescentes, externamente, sin embargo, la paciencia de la continencia se congela como por el frío de la escarcha. Por lo tanto, en este frío de los cuerpos no podemos ser olvidadizos de las justificaciones de Dios. Sin embargo, cualquiera que se caliente con un odre lleno por el ardor de los vicios, y no se enfríe por el temor de Dios y la religión, necesariamente olvidará las justificaciones de Dios. Lo que un santo no podrá olvidar, cuando, como odres en la escarcha, se congele externamente, y por la instigación de todas las codicias internas sea frío.

5. No se pide aquí el juicio final (Sal. I, 5), sino la fuerza con la que el diablo y sus ministros sean derrotados. A continuación sigue, VERS. 84: ¿Cuántos son los días de tu siervo? ¿Cuándo harás juicio sobre los que me persiguen? El Profeta no ignora que el juicio será después de la consumación del siglo, cuando dice: Por eso no se levantarán los impíos en el juicio, ni los pecadores en la asamblea de los justos; entonces, ¿qué juicio pide ahora sobre los que lo persiguen? No aquel que recuerda que sucederá en el siglo de la resurrección, ya que sabe que su vida corporal es de pocos días. Así dice: ¿Cuántos son los días de tu siervo? Al decir cuántos, sabe que no son muchos. Y anteriormente había dicho que es como un odre en la escarcha. Por lo tanto, sabiendo que sus días son pocos, desea que se haga juicio sobre aquellos que lo persiguen, es decir, sobre el diablo y sus ministros. Pues son maldades espirituales en los cielos. Pero también sabe que el diablo será juzgado en el siglo de la resurrección. Siendo él de pocos días, desea que se realice este juicio: que, siendo completamente santo y perfectamente agradable a Dios, derrote dentro de sí al diablo, derrote a las virtudes enemigas que le adversan, y someta las maldades espirituales a la fe de su alma. Aún no confía en la firmeza de su naturaleza, aunque ya se sienta frío como un odre; pero suplica que, por la misericordia de Dios, el juicio sea sobre sus enemigos. Esta potestad de juicio el Señor la dio a sus apóstoles, diciendo: He aquí que os he dado potestad de pisar

sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo (Luc. X, 19). Esta voz aún no la ha escuchado el Profeta del Señor en el cuerpo, pero ora para que se le conceda tal potestad, para que se establezca sobre sus perseguidores tal juicio. Pues es tentado por todas partes, ya que por la naturaleza del cuerpo lleva consigo la materia innata de los vicios; y el diablo intenta encenderla con el ardor de la doble codicia, cuando es herido por las voces impías de los irreligiosos, cuando soporta las disputas profanas de las naciones contra Dios y los discursos insensatos.

6. Los inicuos mienten sobre la verdad de la doctrina, no la poseen. Por eso, a continuación dice, VERS. 85: Los inicuos me han contado sus prácticas; pero no como tu ley. ¿Cuántos hay que afirman enseñar ciertas normas de la vida humana, cuando en realidad incitan a nuestra alma, que sirve mejor a Dios, a los estudios de las virtudes del mundo? ¿Cuántos también hay que, mintiendo, dicen tener conocimiento de las Sagradas Escrituras, pero predican dogmas heréticos y perversos? Pero el Profeta, sabiendo que la perfecta instrucción de la doctrina humana está en la ley de Dios, dice: Los inicuos me han contado sus prácticas; pero no como tu ley. Son inicuos los que predican estas cosas. Y por eso la voz de Dios prohibió al pecador narrar las palabras sagradas; porque la iniquidad no recibe la verdad de la doctrina celestial. Pues Dios dijo al pecador: ¿Por qué tú narras mis justicias y tomas mi pacto en tu boca (Sal. XLIX, 17)? Pero tú odiaste la disciplina, rechazaste mis palabras detrás de ti. Y por tanto, el Profeta no soporta estas prácticas, sabiendo que nada se puede igualar a la narración de la ley.

7. La persecución de los justos es injusta.---Finalmente añadió, VERS. 86: Todos tus mandamientos son verdad: me han perseguido injustamente, ayúdame. Quien persigue al justo, necesariamente lo hace injustamente: porque la iniquidad es el efecto de una operación injusta. El Apóstol también conoce esta iniquidad de las persecuciones, cuando dice: Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución (II Tim. III, 12). Muchas son las tribulaciones de los justos (Sal. XXXIII, 20). Ahora Satanás persigue, ahora sus ministros atacan, ahora la simulación de falsos hermanos se infiltra para dañar con el arte de una persecución fraudulenta. Pero el Profeta, que recuerda que los mandamientos de Dios son verdad, soporta con ánimo fiel la persecución de la injusta iniquidad. Y porque sabe que la persecución es una prueba de fe, no ora para que se le quite: sino que pide ser ayudado en ella, y suplica la ayuda y el auxilio de la misericordia de Dios, no ignorando este precepto evangélico: Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí (Mat. X, 38).

8. Verdad. Necesidad y utilidad de la persecución.---La verdad, por tanto, se encuentra en los mandamientos de Dios. La verdad no tiene nada de falso, nada de incierto, nada de imperfecto. Sin embargo, la persecución dirigida al justo es injusta. Pues es necesario que la iniquidad odie al predicador de la verdad: pero el auxilio de Dios está con el predicador de la verdad. Recuerda que estas molestias de los perseguidores son graves: y porque son útiles para el justo, no considera que deban ser eliminadas. En efecto, la paz de una fe ociosa es peligrosa, y las insidias son fáciles con vigilias descuidadas. Sin embargo, un hombre ejercitado en las guerras no caerá fácilmente en engaños: y se necesita un glorioso combate para que se otorgue la corona de la victoria. Por lo cual no ora para que se le quite la causa de luchar, sino para que se le conceda la ayuda para vencer.

9. Casi sucumbió David a las tentaciones.---Recuerda, sin embargo, que no se encuentra en una lucha leve contra las tentaciones. Pues sigue, VERS. 87: Casi me han consumido en la tierra: pero yo no he abandonado tus mandamientos. Casi hasta el fin de la fe, las injustas persecuciones redujeron al Profeta, es decir, aquellas de las que hablamos anteriormente, las

maldades espirituales en los cielos, que nos incitan a los vicios corporales con las seducciones de los deseos. Así que el Profeta casi fue consumido en la tierra, es decir, arrojado a los vicios y pecados del cuerpo. Pues así como hay consumación de los buenos, también la hay de los malos. Pero aunque estos enemigos tan perniciosos y perseguidores se abalancen sobre él, no abandona los mandamientos de Dios: y aunque debilitado por la fragilidad de su naturaleza, permanece en los preceptos de Dios; permaneciendo en los mandamientos de Dios, lo cual es más glorioso, ya que casi ha sido sometida la debilidad de su naturaleza.

10. Desea la vida futura, mientras tanto guardará el Evangelio.---Concluye entonces con su habitual modestia y esperanza, diciendo, VERS. 88: Según tu misericordia vivifícame, y guardaré los testimonios de tu boca. Ruega ser vivificado como si aún no viviera: y promete que guardará los testimonios de la boca de Dios, como si ahora no los guardara. Pero aunque vive en el cuerpo, no anhela la vida de este siglo: y aunque guarda los testimonios de Dios en la ley, sin embargo, promete que guardará los testimonios de la boca de Dios: los cuales, renovados por los preceptos evangélicos, se abstienen no solo del adulterio, sino también del deseo de adulterio (Mat. V, 28), y se consuman en la sola santificación de la fe: por nuestro Señor Jesucristo, que es la boca, la diestra, la virtud y la sabiduría de Dios, bendito por los siglos de los siglos. Amén.

CARTA XII. Lamed.

En el siglo eterno, Señor, tu palabra permanece en el cielo. De generación en generación, tu verdad: fundaste la tierra, y permanece. Por tu ordenación persevera el día: porque todo te sirve. Si no fuera porque tu ley es mi meditación, entonces habría perecido en mi reproche. En el siglo eterno no olvidaré tus justificaciones; porque en ellas me has vivificado, Señor. Soy tuyo, sálvame: porque he buscado tus justificaciones. Los pecadores me esperaron para perderme: entendí tus testimonios. A toda consumación vi un fin: tu mandamiento es muy amplio.

348 1. La ciencia celestial, don de Dios. --- No conviene que el discurso del Profeta se detenga en lo humilde o común, sino que siempre trate asuntos elevados y dignos de Dios: y de tal manera que, mientras nos instruye en la observancia de una vida inocente, también eleve la humildad de nuestro entendimiento hacia la comprensión de los sacramentos divinos e invisibles. Ciertamente, la debilidad humana no se elevaría por sí misma hacia la ciencia celestial, si no fuera por el don de la ciencia que Dios, a través de la enseñanza del Espíritu, concede para instruirnos en el conocimiento de la naturaleza divina e inescrutable. Deseando, pues, el Profeta hacernos y perfeccionarnos dignos de Dios, y sabiendo que la esperanza humana reside en ascender a la gloria celestial si sigue la disciplina de la obediencia celestial, comenzó así, VERS. 89: En el siglo, Señor, permanece tu palabra en el cielo.

2. El servicio del cielo a la palabra de Dios.---En el cielo, dice: porque sabe que en la tierra, debido a la falsedad de los hombres, no permanece. Y cómo permanece en el cielo, se percibe con la fe de una contemplación casi corporal. Allí no hay transgresión, ni cambio, ni debilidad, ni ocio. Contemplemos el curso anual del sol, y el ciclo mensual de la luna, así como las posiciones, conversiones o cambios de las estrellas: ¿acaso no están contenidas dentro de sus límites y en los términos establecidos y decretados por las vicisitudes? Nada allí se altera, nada se pospone, nada se descuida: sino que (se sobreentiende cada cosa) permanece en la ley de su constitución, y persevera en los incansables ministerios de obediencia.

3. La Palabra de Dios permanecerá también en otras criaturas después de este siglo.---Pero el Profeta mantuvo esta consideración de los oficios que deben cesar y pasar, diciendo, VERS. 89: En el siglo, Señor, permanece tu palabra en el cielo. Los intérpretes latinos lo tradujeron con un significado ambiguo y menos propio. Pues lo que en griego se tiene como εἰς τὸν αἰῶνα, Κύριε, lo hemos traducido como en eterno, Señor. Sin embargo, eterno puede entenderse de tal manera que se comprenda que lo que es eterno no termina con ningún fin. En cambio, siglo, que en griego es αἴων, se contiene dentro del espacio de un tiempo definido. No dice, en el siglo de los siglos; ni, en los siglos de los siglos: sino, en el siglo permanece tu palabra. Sabe que después de este siglo el cielo y la tierra pasarán, como dice el Señor: Amén os digo, el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mat. XXIV, 35). También recuerda que este siglo pasará, para que haya un cielo nuevo y una tierra nueva (Isaías LXV, 17). Por eso dice, En el siglo, Señor, permanece tu palabra en el cielo: porque después de que este siglo pase y el cielo transite, es necesario que esta palabra de obediencia establecida en las criaturas, que esperan la revelación de los hijos de Dios, permanezca.

4. A quienes ya habita, a quienes abandona, a quienes huye. — Pero no por eso la palabra de Dios no está a veces en la tierra, aunque el profeta predique que permanece solo en el cielo. Pues no hay ninguno de nosotros que no sienta en algún momento el don de la gracia espiritual, que no tenga a veces en sí la palabra de Dios, cuando está sobrio, cuando está tranquilo, cuando es continente, cuando es benevolente, cuando es misericordioso (pues en estas cosas, cuando estamos, la palabra de Dios permanece en nosotros), cuando servimos a sus preceptos con obediencia a las cosas buenas. Pero cuando se infiltran los movimientos de afectos turbulentos, cuando surge la preocupación por el dinero, cuando se enciende el ardor de la codicia deshonesta y lasciva, cuando se agita el ímpetu de la ira, cuando se desea la embriaguez; ya no permanece en nosotros la palabra de Dios. Sin embargo, está en aquellos que, según el Apóstol, se han despojado del hombre viejo con sus pecados y se han revestido del nuevo (Colosenses III, 9); que han muerto con Cristo y han sido sepultados con él, ya han resucitado a una nueva vida y han sido colocados en los cielos (Romanos VI, 4); que, dejando la imagen terrenal, llevan la imagen celestial (I Corintios XV, 49). Pues en estos, como en el cielo, la palabra de Dios permanece, en quienes esta palabra no es ofendida por la ira, la embriaguez, el odio, la infidelidad, la lascivia. Porque aunque a veces permanece en nosotros: sin embargo, no soporta estas afrentas de su morada para permanecer siempre presente. Si, en verdad, estos vicios mencionados están siempre en nosotros, ni siquiera se dignará entrar en las moradas corporales contaminadas.

5. La Palabra de Dios está disponible para todos. Como el sol, se introduce en lo abierto, pero se niega a lo cerrado. Sin embargo, está presente para cada uno de nosotros, como se ha dicho: la Palabra de Dios está de pie ante la puerta y llama a la puerta de nuestra alma, y dice: "He aquí, estoy de pie ante la puerta y llamo; si alguien me abre la puerta, entraré a él" (Apoc. III, 20). Por lo tanto, siempre desea entrar: pero somos nosotros quienes le impedimos entrar. Cerramos el acceso a nuestra alma a través de estos vicios del cuerpo. Si comenzara a abrirse con todo purificado, entraría de inmediato, como el sol, que se ve impedido de entrar por las ventanas cerradas, pero se introduce completamente cuando están abiertas. Él siempre está dispuesto a iluminar; pero la misma casa, con sus accesos cerrados, excluye su luz. La Palabra de Dios es el sol de justicia, presente para cada uno para entrar: y no tarda en infundir su luz cuando encuentra los accesos abiertos. Por lo tanto, esta Palabra de Dios permanece en los cielos por la incansable obediencia celestial: por este ejemplo, también se debe creer que la Palabra de Dios permanece en los santos, quienes son celestiales según la imagen celestial (I Cor. XV, 49).

6. Así como en el cielo, también permanece en los santos. Dos generaciones, en las cuales solo está la verdad de Dios.---Sigue, por tanto, VERS. 90: En generación y generación tu verdad. Esta doble comprensión de nuestro sentido, por la cual creemos que la palabra de Dios permanece tanto en el cielo como en los hombres santos, es confirmada por el verso que sigue. Pues no dice, en generación de generación, o en generaciones de generaciones: sino en generación y generación tu verdad. Menciona ambas generaciones con un significado simple. Por lo tanto, reconocemos dos generaciones en dos pueblos: uno es el de la ley y los profetas, el otro es el de los Evangelios y los Apóstoles. La verdad de Dios, por tanto, permanece solo en estas dos generaciones. Pero cuando la primera generación tenía la verdad de Dios dentro de sí, ninguna otra la tenía entonces. Pues había muchas generaciones de naciones y pueblos. Y ahora, cuando esta misma generación se ha mostrado indigna de tener la verdad de Dios; esta misma verdad de Dios, aparte de aquella que ha creído en los Evangelios, no la tiene ninguna otra generación.

7. Tierra fundada y perdurable, masa terrena, más propiamente el cuerpo humano.---Sigue entonces: Fundaste la tierra, y permanecerá. Era acorde al orden que después del cielo se mencionara la tierra: pero creo que lo que está en medio, es decir, en generación y generación tu verdad, intervino por la razón de que se confirmara la doble inteligencia de aquel cielo en el que permanece la palabra de Dios. Ahora, por tanto, se ha mantenido el orden completo: ya que después del cielo, en el que permanece la palabra de Dios, la tierra fundada permanecerá. Y ciertamente esto también se puede entender que se dice de esta tierra, que está fundada y permanece, la cual según Salomón Dios fundó por la sabiduría: que aunque esté sobrepuesta a la naturaleza fluida de las aguas, y flote sobre un elemento inconstante, sin embargo, fue fundada por la sabiduría, la virtud y el espíritu de Dios, de modo que permanezca. Pero a mí me parece que el discurso profético también habló de la tierra del cuerpo humano: que está tan fundada, que en ella, como en el cielo, permanece la palabra de Dios. Pues el cielo y la tierra pasarán (Mat. XXIV, 35): ¿y cómo esta tierra fundada permanecerá? a menos que fundada en este siglo solo permanezca, es decir, según la constitución de este siglo también ella permanecerá. Pero si ha de permanecer, (con lo cual se significa que permanecerá para siempre), es necesario creer que la tierra de esas generaciones está fundada y ha de permanecer, en las cuales, por la verdad que en ellas permanece de Dios, se prepara la gloria celestial de estos cuerpos, ahora terrenales. Y esto se podrá entender así en el verso siguiente que concluye.

8. Día, luz de los santos. Ahora no todo sirve a Dios. Pues dice, VERS. 91: Por tu ordenación persevera el día, porque todo te sirve. Este día que ahora es, no persevera, siendo interrumpido por la intervención de la noche. O si hubiera hablado de los tiempos de este día, también habría sido conveniente mencionar la noche, que persiste por la misma ordenación de Dios, al igual que el día. Pero porque el día es luz, y cada santo es la luz de este mundo; por lo tanto, se cree sin ambigüedad que el día de esta luz persevera por la ordenación de Dios: y perseverará, porque todo servirá a Dios. Pues ahora no todo sirve a Dios. ¿Acaso los pecadores sirven a Dios? ¿Acaso sirven también aquellos que aún deben ser sometidos como escabel a los pies del Señor? Sin embargo, David dijo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies (Sal. CIX, 1). Y según el Apóstol: Es necesario que él reine, hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies (I Cor. XV, 25). Por lo tanto, entonces el día, es decir, la luz de los santos, permanecerá, cuando todo comience a servir a Dios.

9. En lo anterior también es verdad lo que la letra expresa. Y estas cosas han sido recordadas por nosotros según la doctrina profética y apostólica: para que, aunque en las palabras presentes se entienda que se significa el tiempo de los bienes futuros, en el cual se prepara un nuevo cielo, una nueva tierra, la gloriosa transformación de los cuerpos y la eterna luz de nuestro día, con la abolición de las noches de los vicios terrenales, en la esperanza y expectativa nuestra; sin embargo, también la magnificencia de Dios testifica todas las creaciones de este mundo con la inmutable constitución de sus funciones, ya que todo ha sido así afirmado, fundado y establecido, para que perseveren en los cursos perpetuos de lo que ha sido constituido desde el principio de los tiempos.

352 10. La meditación de la ley no debe abandonarse en las tentaciones y aflicciones.---Pero el profeta pide perseverar como el día, y recuerda que ya es siervo de su Señor, diciendo, VERS. 92: Si no fuera porque tu ley es mi meditación, entonces quizás habría perecido en mi humillación. Frecuentemente hemos advertido que la humillación significa cuando el alma está sujeta a tentaciones y, abandonada a su debilidad, se vuelve humilde. Por lo tanto, la ley es su meditación: y si no hubiera sido su meditación, quizás habría perecido en la humillación. Por lo tanto, la meditación de la ley de Dios no debe abandonarse cuando estamos atribulados y angustiados: sino que, cuando somos afligidos por diversas debilidades del cuerpo, cuando somos acosados en las batallas de las persecuciones, la meditación de la ley debe ser constante en nosotros. Aunque los fuegos ardan para la destrucción de la fe, aunque los azotes desgarren para el peligro de nuestra salvación, aunque las garras perforen los cuerpos redimidos por Dios para arrancar la confesión de impiedad: debemos recordar las palabras proféticas, para ser partícipes de él. Digamos también nosotros, pacientes y vencedores: Si no fuera porque tu ley es mi meditación, entonces quizás habría perecido en mi humillación. Y el profeta recuerda la bienaventuranza de esta meditación al inicio de los Salmos, diciendo: Bienaventurado el varón que no anduvo en el consejo de los impíos, ni se detuvo en el camino de los pecadores, ni se sentó en la silla de los pestilentes. Sino que en la ley del Señor está su voluntad, y en su ley meditará día y noche (Sal. I, 1 y 2). Y verdaderamente será bienaventurado quien medite en la ley de Dios: porque con esa meditación también será preservado en la humillación de las tribulaciones.

11. Ley de vida como inicio.---A continuación sigue, VERS. 93: No olvidaré jamás tus justificaciones; porque en ellas me has vivificado. El profeta sabe, según el Apóstol, que el fin de la ley es Cristo (Rom. X, 4), en quien se establece la observancia de las justificaciones, sabe también que la ley es un pedagogo para los que creerán en el Evangelio, sabe que el justo vivirá por la fe (Gal. III, 24 y 11), sabe que la ley es espiritual (Rom. VII, 14), sabe que quien haga lo que está en la ley vivirá (Rom. X, 5), y por eso dice: No olvidaré jamás tus justificaciones; porque en ellas me has vivificado: para que, aunque la fe evangélica deba ser proclamada con las obras de la ley cumplidas, no se olvide de las justificaciones de la ley, que son el inicio de la vida; porque la justificación de la ley es pedagoga de la justificación evangélica y de la fe.

12. Es de Dios quien solo a Él sirve. Es de los vicios quien a ellos obedece. Sin embargo, constantemente, ya que no puede deslizarse en él ningún olvido de las justificaciones de Dios, lo que sigue es profesado, diciendo, VERS. 94: Soy tuyo, sálvame: porque he buscado tus justificaciones. No a todos les corresponde la voz de esta profesión: y es raro quien se atreva a decir que es de Dios. Sin duda se atreverá aquel que dijo: Para mí, vivir es Cristo, y morir es ganancia (Fil. I, 21); y: Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí (Gal. II, 20). Y quienes sean semejantes en esta fe, no confesarán con desvergüenza que son de Dios. Esta es la voz de un alma siempre atenta a Dios: esta es la obra de una misericordia incansable, de una

continencia inmutable, de un ayuno habitual, de una generosidad sin arrepentimiento. Pues, ¿cómo profesará ser de Dios quien arde en lujuria, es movible en ira, está ansioso por la avaricia, sediento de embriaguez, en busca de la vana gloria del mundo? Este será más bien de ellos, no de Dios. Pues en quien abunden estos vicios de las pasiones, ¿cómo no será de aquellos a quienes sirve? Hay muchos dioses de las naciones (I Cor. VIII, 6): pero para Pablo hay un solo Dios de quien son todas las cosas, y un solo Señor nuestro Jesucristo por quien son todas las cosas. Por tanto, el profeta confiesa con firmeza que es suyo, a quien solo sirve: y porque es suyo, ora para ser salvado. Es suyo, además, porque busca sus justificaciones. Mientras otros buscan la gloria del mundo, otros buscan campos, casas, dinero, él busca las justicias de Dios, y se gloría de ser de Dios.

13. Contienda del diablo contra los justos. Armas de los justos.---Existe, además, en este tipo de hombres piadosos y religiosos un gran odio por parte de los irreligiosos. Y el profeta sabe que, ya sea para los hombres del mundo, ya sea para el diablo y sus ministros, aquel que se profesa de Dios es aborrecido. Esto también lo enseña en el versículo siguiente, donde dice, VERS. 95: Me esperaron los pecadores para perderme: entendí tus testimonios, Señor. Para el diablo o sus ministros, la lucha consiste en quitar toda gloria al hombre fiel: y no permitirle ser parte de Dios, sino llevarlo a la compañía de su condenación. Por tanto, se combate en una larga y prolongada batalla contra la fe del Profeta. Pero él, recordando los mandamientos de Dios y entendiendo sus testimonios, resistió y perseveró. No frustró de otra manera la esperanza de aquellos que esperaban su perdición, sino que entendió que en los testimonios de Dios estaba la doctrina de la vida para él. Sin embargo, es arduo y difícil entender los testimonios de Dios: y su comprensión va más allá del conocimiento presente. Ya hemos tratado sobre los testimonios al inicio del salmo. Pues a través de estos testimonios presentes de la ley, se otorga el conocimiento de los testimonios eternos. Finalmente, el discurso siguiente demuestra lo mismo.

14. Πέρας quid. Quid finis. Consummatio múltiple Prophetam non latens regnum Christi ante judicium.---Sequitur enim, VERS. 96: Omnis consummationis vide finem. Frequenter admonuimus, non posse satisfactionem intelligentiae ex latinitatis translatione praestari. Alia enim vis dicti hujus est ex graeco enuntiati: ita enim est, πάσης συντελείας εἶδον πέρας. Id quod cum Graecis πέρας nuncupatur, ultra finem est rerum statutarum, neque aliquo ut desinat continetur; sed omnem limitem sub indefinita significatione transcendit. Quod autem nobiscum scribitur in finem, fine eo, quo significatur, existimabitur id unde agitur contineri. Sed Propheta, qui non corporalia neque terrena testimonia legis intelligit, secundum graecam significantiam ultra omnem consummationem contuetur. Scit consummationem esse temporum legis, cum post plenitudinem temporum Deus in corpore contuendns sit: sed ultra hanc consummationem videt! videt et enim evangelicae spei tempus. Sed et hujus quidem consummatio non ignota ei est; ultra id enim intelligentiae suae oculos extendit. Namque et resurrectionis consummationem videt; scit enim et demutationis esse ordinem constitutum, Apostolo dicente: Unusquisque autem in suo ordine (I Cor. XV, 23); et rursum: Omnes quidem resurgent, sed non omnes commutabuntur (Ibid. 51). Novit et dies regni Domini nostri Jesu Christi, ex quo in regnum Dei patris provehemur, et in illa inexquisita et investigabilia Dei judicia transferemur. Scit et tempus esse judicii. Et haec scire ei ex amplitudine mandatorum Dei licuit: quia se in immensae cognitionis doctrinam divinus sermo diffuderit.

15. Por qué el mandato de Dios es amplio. Los preceptos de Dios no son difíciles. Pues dice: "Tu mandato es sumamente amplio". Es ciertamente amplio, ya sea porque extiende infinitamente el conocimiento de la ignorancia humana, o porque hay muchas maneras de

obedecer los preceptos de Dios: y se obedece según las divisiones y dones de las gracias. No se espera todo de todos, ni todos pueden cumplir todo para agradar plenamente. Uno agrada con el ayuno, otro se gana el favor con la simplicidad de la fe, otro redime sus vicios con limosnas, otro se perfecciona en la caridad: así como a unos se les concede el don de curaciones, a otros se les otorga el conocimiento de la profecía, a otros se les da la firmeza de la fe, a otros se les concede la sabiduría y el conocimiento. Por lo tanto, el mandato de Dios es amplio y se extiende a todos los tipos de nuestra esperanza: para que no sea difícil, si hay voluntad, obedecer el precepto de Dios; ya que es amplio y se difunde para agradar con la variedad de la religión diligente. Y no solo es amplio, sino sumamente amplio: la infinitud de su amplitud se muestra con esta misma adjetivación superlativa.

CARTA XIII. Mem.

¿Cómo he amado tu ley, Señor? Todo el día es mi meditación. Me has hecho más prudente que mis enemigos con tu mandato: porque es eterno para mí. He comprendido más que todos mis maestros: porque tus testimonios son mi meditación. He entendido más que los ancianos: porque he buscado tus mandamientos. De todo mal camino has prohibido mis pies: para que guarde tu palabra. De tus juicios no me he desviado: porque tú has puesto la ley para mí. ¡Cuán dulces son tus palabras a mi paladar! más que la miel y el panal a mi boca. De tus mandamientos he comprendido: por eso he odiado todo camino de iniquidad.

1. Utilidad de este salmo.---Esta obra del Profeta es útil y necesaria para nosotros, ya que nos instruye en el conocimiento perfecto de Dios y en la obediencia a Él. Nos enseña dos cosas que son especialmente adecuadas a nuestra debilidad: que conozcamos a Dios, quien ha sido desconocido, y que obedezcamos sus mandamientos según la voluntad de su decreto. El Profeta forma al hombre perfecto de la Ley, los Profetas y los Evangelios en todo el cuerpo de este salmo, ya sea desde su propia persona o desde la de otro a quien instruya, en quien confíe para proclamar estas cosas sobre sí mismo que se presentan a continuación. Es digno de contemplar con qué diligencia en las palabras y con qué perfección de inteligencia el Profeta nos confirma en cada uno de los géneros de dichos.

2. Retrasa el hacer y el amar. Cuán grande es el amor a la ley en David.---Dice en el versículo de la decimotercera letra, VERS. 97: ¡Cuánto amo tu ley, Señor! Todo el día es mi meditación. Ciertamente habría sido fácil decir: ¡Cuánto he cumplido tu ley! Pero porque es mayor mérito que alguien actúe por amor en lugar de por temor, por eso dice: ¡Cuánto amo tu ley! Pues el servicio del amor difiere mucho del deber del temor: la operación de la necesidad no tiene la gracia de la voluntad. No todo lo que, aunque cumpla su obra, alcanza la consumación del perfecto servicio, porque al ser forzado, con razón carece de plena gracia. Por lo tanto, el Profeta quiere que su obra sea de amor más que de terror: y que su servicio sea recibido por caridad, no por miedo. Muchos ayunan, mientras temen ser reprendidos por nosotros. Muchos ofrecen algo para el uso de los necesitados, mientras temen que se les reproche su avaricia irreligiosa y su codicia inútil. Muchos acuden a la iglesia, mientras temen ser criticados por su ausencia y negligencia. Pero no todos aman lo que hacen. Por lo tanto, la necesidad de la obediencia no puede caer en el amor: porque nadie no quiere lo que ama. En el hecho, sin embargo, puede no haber amor, mientras se hace lo que no hacer sería por temor o vergüenza. Pero el Profeta no es débil en nada. Lo que ama, lo hace, y lo que hace, lo ejerce sin cesar. La ley que ama, la medita todos los días y sin interrupción. No se infiltran otros estudios de ocupaciones, no intervienen diversas agitaciones de preocupaciones mundanas, ni le sobreviene el olvido por la interposición de algún nuevo pensamiento:

siempre es el mismo, y está en lo mismo. Es tan grande en la meditación de la ley que ama, como lo es todo el día en el tiempo.

3. No es gran cosa ser más prudente que los adoradores de ídolos.---VERS. 98. Y porque, como hemos mencionado anteriormente, el Profeta se muestra a sí mismo como un hombre de la ley, los profetas y los evangelios; dice a continuación, en el verso: Me has hecho más prudente que mis enemigos con tu mandato; porque es para siempre para mí. El Profeta entiende los mandatos de Dios con más prudencia que sus enemigos. Pero, ¿qué tenemos en común nosotros y nuestros enemigos en los preceptos de Dios, quienes no solo no los tienen medianamente conocidos, sino que ni siquiera persiguen el inicio de su conocimiento? ¿Y qué gran cosa es que el Profeta sea más prudente que sus enemigos en los mandatos de Dios? Pues, ¿cuándo podrían los que veneran piedras inanimadas, metales o maderas alcanzar algo del conocimiento del Dios vivo y eterno, para que el Profeta, comparado con ellos, fuera más prudente? Pero todo este error de los impíos rechaza, desprecia y aborrece el mismo nombre (suplir, del Dios eterno) junto con la Ley, los profetas y los apóstoles.

4. Herejes y judíos, enemigos a quienes supera la prudencia. --- Pero este santo Profeta tiene otros enemigos, a quienes supera en prudencia al estar instruido en los mandamientos de Dios. Los herejes tienen el mandamiento de Dios en los profetas y en la ley, pero ninguno de ellos lo utiliza debido a la ignorancia de su voluntad irreligiosa. Los judíos reclaman el mandamiento de la ley como propio y hereditario, pero al no tener al autor de la circuncisión espiritual, ¿de qué les servirá la circuncisión establecida solo como un signo? ¿Qué beneficio les traerá la observancia del sábado si desconocen al Señor del sábado? ¿Qué ayuda les proporcionará el cordero de la pascua, la sangre en los dinteles y la festividad de los ázimos, si ignoran al cordero de Dios, los ázimos de sinceridad y la sangre de salvación? Practican los mandamientos, pero desconocen la eficacia y el tiempo de los mandamientos. Leen la ley, pero el cristiano la entiende mientras el judío la lee sin comprender. Este es claramente un enemigo del Profeta, alzando manos parricidas contra el unigénito Hijo de Dios y condenando a muerte, en la medida de lo posible, al salvador del género humano y dador de vida eterna. Por encima de todos estos, es más prudente en el mandamiento de Dios.

5. Esos doctores, que son enemigos. David, la sabiduría de Dios.---Y para que se entendiera claramente que se refería a estos enemigos, añadió lo que sigue, VERS. 99: He comprendido más que todos mis maestros, porque tus testimonios son mi meditación. Has aprendido, oh David, la ley de Moisés, y Aarón es para ti el maestro de todos los sacrificios, Jesús es el maestro de la circuncisión repetida, Samuel te mostró el sacramento de la unción en ti mismo como profeta y rey: ¿qué es esto que te atreves a decir, que has comprendido más que todos tus maestros? Pero el verso anterior muestra sobre quiénes se entiende que ha comprendido más, es decir, sobre los enemigos. Y nuevamente aquí, el verso inferior actual, declara quiénes son los enemigos, es decir, todos los maestros. Pues profesan tener las llaves de los cielos y se glorían de ser doctores de la ley. Y cuando todos los testimonios de la ley atestiguan la venida de nuestro Señor Jesucristo, el Profeta comprende más que sus maestros: porque, meditando sus testimonios, siempre espera al unigénito Hijo de Dios que vendrá en la carne. ¡Oh, feliz inteligencia del discípulo! ¡Oh, admirable ignorancia de los doctores! Los que enseñan no saben; y entienden los que son enseñados. Sin embargo, el Profeta carece del vicio de la jactancia: muestra de dónde obtuvo la excelencia de su inteligencia. Pues anteriormente dijo que era más prudente que sus enemigos por Dios en sus mandamientos. Toda inteligencia proviene de aquel que lo constituyó más prudente. Por lo tanto, comprende más que sus maestros.

6. Se da al que busca. Anciano, pueblo anterior.---Y porque a veces, por la diversidad de la naturaleza, suele suceder que el discípulo sea más prudente que el maestro; sin embargo, esto mismo demuestra ser fruto de su diligencia y estudio. Pues dice, VERS. 100: He entendido más que los ancianos: porque he buscado tus mandamientos. Y entiende más que los que enseñan, y más que los ancianos, demostrando su deber de doctrina e inteligencia con la misma antigüedad del tiempo, es decir, significando la edad del pueblo anterior a él. En lo cual conviene ambos, que sea más antiguo y que se considere a sí mismo como maestro. Pero entiende más que él aquel que es enseñado y es más joven. En verdad entiende, porque ha buscado los mandamientos de Dios, los cuales el maestro, mientras cree que enseña, ignora.

7. Fruto de la ciencia.---Es consecuente, por tanto, que quien entiende más que los ancianos y doctores, dé fruto de su inteligencia, es decir, que practique aquello que ha comenzado a conocer y perfeccionar. Y veamos si esto mismo se encuentra en lo que sigue. Dice, en el VERS. 101: De toda mala senda aparté mis pies, para guardar tu palabra. Esta es la voz perfecta del hombre evangélico, que se abstiene de todo camino de maldad, y con tantas sendas de error que se presentan por doquier, no transita por ninguna de ellas que conduzca a la malicia.

8. Los vicios deben evitarse para que pueda haber custodia de la palabra de Dios. --- Sin embargo, el Profeta significa algo más profundo cuando dice: "Prohibí mis pies". Por la naturaleza de nuestro cuerpo, somos llevados a toda carrera de crímenes, y el ímpetu de las pasiones humanas nos empuja por este camino. Pero quien comprende más que los ancianos y los maestros, se prohibió a sí mismo a través de la doctrina de la inteligencia, y se detuvo y se hizo retroceder. Por lo tanto, es necesario resistir y oponerse, para que primero nos apartemos de todo mal camino, y luego, si algún impulso nos comienza a llevar, nos retraigamos: y primero tenemos el poder de inhibirnos a nosotros mismos, para que después custodiemos la palabra de Dios. Sin embargo, antes se necesita una inhibición propia para que pueda haber custodia de la palabra de Dios. Pues nadie custodiará la palabra antes, y entonces podrá prohibirse a sí mismo. La prohibición es, en efecto, que lo que se hacía, se impida hacer: la custodia es firme cuando alguien, inhibiéndose de los males, observa los bienes sin interrupción de la custodia.

9. Verdadera custodia de la Palabra de Dios.---La naturaleza de la custodia de la Palabra de Dios se explica en el siguiente verso. Sigue, VERS. 102: No me he desviado de tus juicios: porque tú me has dado la ley. Esta es, por tanto, la verdadera custodia, no desviarse en absoluto de los juicios de Dios, ni siquiera con un leve desvío; sino permanecer siempre atento e inmutable en aquello en lo que se ha establecido.

10. La ley evangélica está contenida en la ley de Moisés, y da al hombre la esperanza de la gloria de Dios. No se aparta, porque el Señor ha establecido la ley para sí mismo. Moisés ciertamente estableció la ley; pero este mismo profeta en otro salmo había orado, diciendo: Señor, establece un legislador sobre ellos: sepan las naciones que son hombres (Salmo IX, 21). Porque la ley que Moisés escribió fue nuestra pedagoga en Cristo: y por eso entendió sobre los que enseñan y los ancianos, porque comprende la ley evangélica, que está contenida en la ley de Moisés. Esta, por tanto, fue promulgada por nuestro Señor, esta instruyó a todo hombre en el conocimiento de Dios. Y por eso, a lo que había dicho: Establece un legislador sobre ellos; añadió: Sepan las naciones que son hombres: es decir, nacidos de la tierra y conformados en el conocimiento de Dios a partir del barro. Porque lo que antes ignoraban por desconocimiento de la ley de Moisés, ahora lo saben por la predicación de nuestro Señor Jesucristo: y así como reconocen su origen, es decir, la naturaleza del cuerpo en el nuevo

legislador de la ley, así también esperan la gloria de este nuevo legislador de la ley, ya establecida al principio a imagen y semejanza de Dios.

11. Las palabras de Dios son dulces, pero solo si penetran en el alma.---Y el Profeta testifica la dulzura de esta predicación evangélica en los versículos siguientes. Dice, VERS. 103: ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, más que la miel a mi boca! La miel es dulce en la boca, pero no necesariamente en el paladar. Fuera de la región de la boca, no hay sentido para los sabores corporales. Pero las palabras de Dios son dulces en el paladar, fluyendo hacia el alma y penetrando en su interior: no solo agradables al gusto como los alimentos, sino dulces allí donde reside el sentido del conocimiento, la prudencia y la inteligencia. Por eso, las palabras son más dulces que la miel en el paladar y en la boca. Así como la miel, a través de la enfermedad y el calor de la fiebre, suaviza lo amargo que ha llegado a la boca; de igual manera, las palabras de Dios suavizan las amarguras de nuestra alma y las tristes fiebres de deseos insalubres, si no se retienen solo en la boca, sino que se devoran en el paladar.

12. Los preceptos instruyen a quienes los cumplen. La ciencia de Dios no se concede a quienes no la desean.---Sigue luego, VERS. 104: De tus mandamientos he adquirido inteligencia; por eso aborrezco todo camino de iniquidad. Los preceptos nos hacen inteligentes; pero son los preceptos cumplidos en realidad y obra: es decir, que debemos cumplir en la medida de lo posible lo que en ellos se contiene. Por lo tanto, los preceptos deben ser realizados para que seamos inteligentes. Y aunque la inteligencia perfecta proviene de Dios, sin embargo, debemos comenzar por nosotros mismos para poder merecer la inteligencia perfecta. Pues para aquellos que no inician esto por sí mismos, todo está cerrado por Dios. Y este mismo mensaje profético lo enseña Isaías diciendo: No digas de mis mandamientos que los has conocido: ni los conociste, ni creíste en ellos, ni desde el principio te abrí los oídos. Porque sabía que despreciando, despreciarías, y que aún desde el vientre serías llamado iniquo (Isaías XLVIII, 7 y 8). Por lo tanto, no se concede la ciencia a quienes no la desean. Y porque Dios es el escudriñador de los corazones, a aquellos que la despreciarían, se les han cerrado los oídos y tienen un sentido embotado. Pero el Profeta entiende a partir de los mandamientos de Dios: cumpliendo los preceptos, ha alcanzado la inteligencia; y siendo inteligente, aborrece todo camino de iniquidad.

13. Uso correcto de las afecciones humanas.---En la naturaleza humana residen todos los movimientos de diversas afecciones, como son los odios y los amores. Pero el amor debe dirigirse hacia la apreciación de los bienes, mientras que el odio debe asumirse por la ofensa de los males. Por lo tanto, nos corresponde a nosotros ajustar y armonizar nuestros cuerpos como útiles instrumentos, de modo que no amemos los vicios ni odiemos las buenas virtudes, y que nos adaptemos a cada tipo de manera decorosa y útil. El profeta ama los mandamientos de Dios: y quien ama los mandamientos de Dios, odia los caminos de la iniquidad. Pues así como es propio de una fe perfecta amar la obediencia y realizar lo que uno hace con afecto de caridad, y anticipar la necesidad de actuar con la voluntad del amante; así también es propio de una gran inocencia no solo no cometer iniquidades, sino odiarlas, porque a veces el miedo y el terror nos apartan de ellas. Sin embargo, el odio hacia ellas nos insinúa el juicio de una verdadera y perfecta opinión sobre ellas. Amemos, pues, la justicia, la modestia, la frugalidad, la misericordia; y odiemos las disputas y las borracheras, los asesinatos, la soberbia, los estupros, con los cuales es necesario que también odiemos al diablo. Amando la paz, la verdad, la justicia, amaremos a aquel que es paz, justicia y verdad, nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

CARTA XIV. Monja.

Lámpara es a mis pies tu palabra, Señor, y luz para mis senderos. He jurado y he decidido guardar los juicios de tu justicia. Estoy completamente humillado, Señor: vivifícame según tu palabra. Haz que los ofrecimientos de mi boca sean agradables, Señor, y enséñame tus juicios. Mi alma está siempre en tus manos: y no he olvidado tu ley. Los pecadores me han tendido un lazo, pero no me he desviado de tus mandamientos. He adquirido en herencia tus testimonios para siempre: porque son la alegría de mi corazón. He inclinado mi corazón a cumplir tus justificaciones para siempre, por la recompensa.

1. Las tinieblas del hombre. Eternidad. A esto lo guía Dios.---La vida y el entendimiento de los hombres permanecen en el error y más bien en la noche de la ignorancia, mientras, infectados por el contagio carnal, son retenidos en el profundo de la ignorancia por la gravedad de la naturaleza a la que están unidos. ¿Cuándo, en efecto, conocerá por sí mismo la causa y la razón de su origen? ¿Cuándo sabrá cuál es el fruto de su vida, cuál la condición de su esperanza, cuál el camino para merecer la posteridad? Pues nadie es tan insensato o falto de sentido como para pensar que nació para no ser nada, o que después de haber nacido no será nada; ya que sin duda recuerda que el hecho de haber nacido proviene de la bondad de Dios, y no cabe en su bondad que su don de nacer en nosotros sea destruido por la maldad. Pero el profeta, digno del conocimiento de las cosas celestiales y colocado en la luz del conocimiento por el don y la palabra de Dios, sigue como guía para vivir bien e inocentemente a aquel que es la verdadera luz, y que ilumina a todo hombre (Juan 1, 9).

2. Es necesario utilizar la luz del Verbo de Dios en todos los actos.---Dirige, por tanto, esta ignorancia de su vida hacia la comprensión mediante una cierta luz preeminente, diciendo, VERS. 105: Tu palabra, Señor, es lámpara para mis pies. Sabe que, a menos que sea iluminado por la palabra de Dios, no puede escapar de estas tinieblas corporales y de esta noche del mundo. Sabe que en todas partes hay piedras de tropiezo, lazos de cuerdas y fosas de trampas. Pues así como alguien que sale de noche lleva una lámpara delante de sí y observa dónde pone el pie, y está atento a cada paso con la luz que le precede, así cada uno de nosotros, manteniendo en sí la palabra de Dios, la presenta como una lámpara en todos los procesos de sus obras. Toda enseñanza celestial es para nosotros una guía en el camino de la vida, que debe ser llevada como una lámpara en esta noche del mundo, ya sea que actuemos, pensemos o hablemos: para que la usemos en todo progreso de cualquier operación.

3. Que la luz de la lámpara no sea inútil en nosotros. Que arda continuamente. El Señor ordena en los Evangelios que esta lámpara de sus preceptos no se oculte de manera ociosa e inútil, diciendo: Nadie enciende una lámpara y la pone debajo del celemín (Mat. V, 15). ¿De qué sirve una lámpara si se cubre con un celemín? Solo emplea su utilidad dentro de lo que la cubre. Por lo tanto, ordena que se coloque en el candelabro, es decir, en el lugar de su oficio. Así, esta doctrina y esta palabra de Dios recibida dentro de nosotros, no la ocultemos de manera ociosa ni inútil como si estuviera bajo un celemín, sino que ofrezcamos esta luz primero a nosotros mismos y luego a todas las naciones desde nosotros. Con este mandato siguiente, el Señor también nos advirtió, diciendo: Tened ceñidos vuestros lomos y vuestras lámparas encendidas (Luc. XII, 35). Ordena, por tanto, que no hagamos nada en la oscuridad, porque todo el que obra en pecados odia la luz y ama las tinieblas (Juan III, 20). Quiere que nuestras lámparas estén siempre encendidas, para que no seamos dejados en la noche de este siglo. A los judíos se les enciende una lámpara en el tabernáculo del testimonio, y esta arde durante todo el tiempo de su festividad (Éxodo XXVII, 20 y 21). Ellos no saben lo que hacen. Pero nosotros, en estos tabernáculos nuestros, es decir, en los testimonios de nuestros

cuerpos, tengamos siempre lámparas encendidas y celebremos la festividad de nuestra esperanza con su luz.

4. Los Apóstoles son los ojos de la Iglesia; Juan es la lámpara. Las vírgenes prudentes. --- También a los Apóstoles, a quienes el Señor llama sal de la tierra y luz del mundo (Mat. V, 14), por esta significación los muestra como lámparas de la Iglesia, diciendo: La lámpara de tu cuerpo es tu ojo (Mat. VI, 22), del cuerpo de la Iglesia, que es un solo cuerpo en Cristo, y nosotros somos miembros unos de otros. Pues primero, para cada uno de nosotros, la palabra de Dios es el ojo o la lámpara; luego, el hombre apostólico es la lámpara para todo su cuerpo, es decir, la Iglesia. Porque no todo el cuerpo es pie, ni ojo, ni mano. Por lo tanto, si los ojos, la parte más luminosa de todo el cuerpo, y por ello superior a los demás miembros, son tinieblas (Ibid. 23), es decir, si las lámparas de los apóstoles no arden, con la luz misma situada en las tinieblas, ¿cuánta noche permanecerá en todo el cuerpo? Juan, el predicador de la penitencia, fue lámpara tanto para los judíos como para los gentiles, diciendo el Señor: Él era la lámpara ardiente y luminosa (Juan V, 15), y vosotros quisisteis regocijaros por un momento en su luz. Tenemos, por tanto, la luz de la doctrina: regocijémonos en ella, no por un momento, sino siempre; no por un tiempo, sino eternamente. Aquellas vírgenes bienaventuradas y útiles mercaderes de aceite, fueron las únicas que, en la luz de sus lámparas, entraron con el esposo en el tálamo, mientras las demás, negligentes y dormidas, fueron excluidas de la entrada al tálamo (Mat. XXV).

5. El Verbo de Dios que es lámpara y luz.---Por tanto, utilicemos la palabra de Dios como lámpara para cada paso de nuestra alma; pero una lámpara que siempre arda, siempre preparada para su función por nuestra providencia. Sin embargo, la palabra que es lámpara para los pies, es también luz para los caminos. Pues, a quienes avanzan lentamente y en lo doméstico, les es necesaria la lámpara: pero para quienes emprenden un camino extranjero y público, la luz es más necesaria, para que no aceche el ladrón, para que no surja el error de caminos ambiguos. Pues se asciende por incrementos de menor a mayor: de modo que para aquel a quien la palabra de Dios primero es lámpara para los pies, esa misma palabra se convierta en luz para los caminos. Pero la lámpara para los pies y la luz para los caminos deben proporcionar un progreso útil. Y veamos si el profeta añadió algo digno.

6. Jurada y establecida qué.---Dice, VERS. 106: He jurado y he decidido guardar los juicios de tu justicia. Ya no vaga en la noche del siglo, ni teme tropezar. Pues todo sacramento es asunto de ciencia confirmada, y la obligación de jurar se asume por el conocimiento de la verdad. Jura, por tanto, el profeta; y no solo jura, sino que también decide; porque el vínculo del sacramento es la firmeza de los estatutos. Decide, pues, jurando guardar los juicios de la justicia de Dios. Y es difícil que los estatutos sean derrocados, y es óptimo establecer lo jurado.

7. Los juicios de Dios son justos.---Pero recuerda que no hay nada injusto en los juicios de Dios. Si los juicios humanos se consideran verdaderos juicios cuando se dictan desde el criterio de un juicio justo, ¿cómo se puede dudar de que no hay nada injusto en los juicios de Dios? Perdemos a nuestros hijos; consideramos que este juicio es injusto. ¿Acaso Dios dio injustamente al diablo el poder sobre los hijos de Job? Lamentamos nuestras pérdidas como si fueran accidentes injustos. ¿Acaso Dios permitió que solo aquel hombre perfecto sufriera sin razón de justicia? Nos atormentamos con dolores y reprochamos a Dios con las quejas de nuestra impaciencia. ¿Fue acaso por un consejo incierto que fue consumido por gusanos, fluyendo de pus, perforado por úlceras? Ciertamente, todo esto sirvió como enseñanza de fe y para el premio de una gloriosa paciencia. Nuestra debilidad nos lleva a considerar que lo que

sufrimos es malo. Sin embargo, siempre es la voluntad de Dios que seamos probados por la paciencia en las pasiones: pero nosotros, al querer ignorar la justicia del juicio divino sin la enseñanza de la fe, la desaprobamos.

8. Cristo ofreció el mandamiento y el ejemplo de la humildad. --- Pero quien anteriormente había jurado y decidido guardar los juicios de la justicia de Dios, debe mostrar algo digno de su juramento y decisión en la observancia de los juicios. No es algo leve lo que ha decidido guardar bajo juramento. Y lo que eso sea, lo dice el siguiente verso. Pues dice, VERS. 107: Me he humillado en todo, Señor: vivifícame según tu palabra. El Hijo unigénito de Dios, al asumir para sí un cuerpo de nuestra naturaleza de la Virgen, habiendo mostrado en sí mismo la verdadera y perfecta forma de la prudencia humana, es necesario conocer qué quiso que se aprendiera de él como ejemplo de doctrina. Pues dice: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón: y hallaréis descanso para vuestras almas (Mat. XI, 28 y 29). Él, ciertamente perfecto y sin pecado, el único en cuya boca no hubo engaño, quiso que de él se tomara este ejemplo principal de doctrina, a saber, la mansedumbre y la humildad, por las cuales las almas encontrarían descanso.

9. Ha quitado las causas de la soberbia. — Sabe que la insolencia y la incapacidad para manejar la prosperidad son debilidades de nuestra naturaleza. Algunos se vuelven insolentes por las riquezas, sin saber que se ha dicho sobre la generosidad de las riquezas: "La limosna cubre el pecado"; y de nuevo: "Repartió, dio a los pobres, su justicia permanece para siempre" (Salmo 111, 9); y que Dios mismo dijo a aquellos que alimentaron al hambriento, dieron de beber al sediento, acogieron al extranjero en casa, vistieron al desnudo, visitaron al enfermo, consolaron al encarcelado: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mateo 25, 34). Otros se enorgullecen de la gloria del mundo, sin saber que esta fue la principal bendición del sermón celestial: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mateo 5, 3). A otros, la nobleza carnal los eleva a la cima, sin pensar que a aquellos que han renacido en Cristo se les ha dicho: "Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa" (1 Pedro 2, 9). Las leyes del mundo son unas, los dones de Dios son otros. El diablo, cuando se atrevió a tentar al Señor, se gloría de que el mundo le pertenece (Mateo 4, 1). Pero el Señor nos manda morir al mundo para que vivamos para Él. Con el Señor, el desprecio de las riquezas es opulencia; con el Señor, el desprecio del honor terrenal es el reino de los cielos; con el Señor, la humildad del corazón es el adorno de una noble y regia ascendencia. Esto, pues, quiso que se aprendiera de Él, lo cual es la mayor de todas las virtudes.

10. El premio de la humildad de Cristo.---El Apóstol, enseñándonos también la humildad, nos exhorta con estas palabras: Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando la forma de siervo, y hallado en condición de hombre. Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses II, 6 y ss.). Tenemos el ejemplo de humildad del unigénito Dios: pero veamos también el premio. Por esto Dios lo exaltó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Ibid. 9 y ss.). Este fue el premio de la humildad, que el cuerpo asumido permaneciera en la gloria de Dios Padre, para que en su nombre se doblen las rodillas de los seres celestiales, terrenales y de los abismos. Pues permaneciendo en la forma de Dios, no consideró que debía aferrarse por fuerza o robo a lo que era, es decir, ser igual a Dios. Porque estaba en la forma de Dios, y

nada le faltaba de su gloria, en cuya forma permanecía; pero tomó la forma de siervo por humildad, y fue hallado en condición de hombre, humillándose por obediencia hasta la muerte: y no solo hasta la muerte, sino hasta la muerte de cruz. Él mismo afirmó el cielo por mandato de Dios, adornó el mundo con esta apariencia de tan gran belleza por orden del Padre, creó la tierra y lo que en ella hay. Pero, ¿acaso por eso mereció que el hombre asumido fuera colocado en la gloria del eterno Padre? Este es el premio de la humildad, esta es la recompensa de la humildad: que, permaneciendo antes en la forma de Dios, se convirtiera en la forma de siervo; y permaneciendo en la forma de Dios, y convertido en la forma de siervo, fuera reconocido por la confesión de los seres celestiales, terrenales y de los abismos como estando en la gloria de Dios Padre.

11. Pablo advierte a los suyos sobre la arrogancia. Dios lo aparta de ella. --- El mismo apóstol, temiendo que la gracia de los dones divinos pudiera hacer a algunos insolentes, dice: A cada uno se le da la manifestación del Espíritu para provecho (I Cor. XII, 7). Pues al decir, para provecho, enseñó que debe usarse con humildad: no sea que la confianza en los dones espirituales haga a alguien insolente, y la gracia de Dios se vuelva inútil por el vicio de la insolencia. Además, él mismo demuestra que ha recibido de Dios la gracia de no ser elevado a la soberbia por la confianza en las muchas gracias recibidas, diciendo: Y para que no me exaltara por la grandeza de las revelaciones, se me dio un aguijón en la carne, un ángel de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca (II Cor. XII, 7). Incluso este vaso de elección y doctor de las naciones temía que, más allá de la naturaleza de la debilidad humana, pudiera enorgullecerse por la confianza en los dones espirituales recibidos. La Escritura alaba al rey Ezequías porque hizo lo recto y bueno ante los ojos de Dios (IV Reg. XVIII, 3): pero esta alabanza no pudo mantenerse hasta el final. Pues está escrito en el segundo libro de las Crónicas: Y cayó Ezequías por la altivez de su corazón (II Paral. XXXII, 26). Donde había elevado su corazón, donde se había ensalzado en soberbia por la confianza en la alabanza, perdió la gracia de sus acciones pasadas por el pecado de la soberbia.

12. David, el más humilde, a quien muchas causas de soberbia le asistían. ---El profeta, por tanto, estableciendo con un sacramento que guardaría los justos juicios de Dios, emprendió primero la obra de hacerse humilde: y no solo humilde, sino muy humilde: enseñando con esta adición la modestia de una humildad consumada en sí mismo. Y había en él muchas causas para enorgullecerse. La nobleza de Judá ofrecía razones para la insolencia, y en él se iniciaba por primera vez el poder de la bendición real. Pues por algún tiempo permaneció en la tribu de David la familia del poder real, de la cual, según la carne, emergió el Rey eterno. Era también muy prudente. Pues dice: Los invisibles y ocultos de tu sabiduría me has manifestado (Salmo 50, 8). También mereció ser profeta, cuando se dice: Abriré en parábolas mi boca, manifestaré cosas ocultas desde la constitución del mundo (Salmo 77, 2). Abundó también en riquezas humanas. Él mismo dice: He aquí que he reunido de mi pobreza cien mil talentos de oro, y mil mil de plata, y de bronce y hierro sin número (1 Crónicas 22, 14). De aquí la nobleza de la familia, de aquí el poder del rey, de aquí la confianza en la sabiduría, de aquí el mérito de la profecía, de aquí la abundancia de recursos, no lo elevaron, sin embargo, a la soberbia, ni lo llevaron a alguna altivez de grandeza. Por tanto, pide con seguridad, diciendo: Vivifícame según tu palabra; es decir, que como si aún no viviera la vida eterna, merezca la vida según la palabra de Dios, porque la modestia de su humildad lo mantendría dentro de la disciplina y doctrina de la predicación evangélica.

367 13. David realiza más de lo que la ley exige. --- A continuación sigue, VERS, 108: Que sean agradables los ofrecimientos de mi boca, Señor, y enséñame tus juicios. El profeta ejecuta dignamente el sacramento de su constitución. Primero, se ha hecho muy humilde:

ahora ora para que los ofrecimientos de su boca sean agradables. No se contenta con estar contenido por los preceptos de la ley, ni se somete solo a la necesidad de la obediencia. La ley ordenaba que se devolviera mal por mal. Este David, cuando Saúl lo perseguía con todas las fuerzas de su imperio, habiéndolo capturado y encerrado frecuentemente, no solo no lo mató, sino que también lo liberó con honor, diciendo: No levantaré mi mano contra él, porque es el ungido del Señor (I Sam. 24, 11). Incluso cuando supo que había sido muerto en batalla, lloró y lo vengó (II Sam. 1, 15 y 17). Su hijo Absalón también ocupa el reino, reúne un ejército y persigue a su padre en una guerra parricida. Pero David dice a sus soldados: Perdonen al joven Absalón (II Sam. 18, 5). A ellos se les impuso la necesidad de resistir, como al rey; pero la piedad y la bondad estuvieron presentes para perdonar, como al profeta. También lloró su muerte con afecto paternal y dolor. Estas son acciones voluntarias, no legales: y obedecerlas es más un deber de libertad que de necesidad.

14. Obras de devoción voluntaria recomendadas por Pablo. --- El Apóstol tiene esta costumbre de doctrina voluntaria, no de ley, diciendo: "En cuanto a las vírgenes, no tengo mandato del Señor, pero doy mi consejo" (1 Cor. VII, 25). O cuando alaba la gloria de la viudez y la continencia, no prohíbe el poder de casarse, sino que predica el mérito del celibato (Ibid. 38). Establece más allá de la ley y exhorta más allá del mandato, anteponiendo lo voluntario a lo legítimo. Y nuevamente dice: "¿Acaso no tenemos derecho a comer y beber? ¿No tenemos derecho a llevar con nosotros una mujer, como los demás apóstoles y los hermanos del Señor y Cefas? ¿O solo yo y Bernabé no tenemos derecho a hacer esto? Pero no usamos este derecho. El derecho está en lo lícito, cuando la ley (evangélica) perdonando nuestra infidelidad no nos carga con prescripciones gravosas. Pero la profesión de la voluntad es un incremento de la fe, cuando en aquello que la ley nos modera, nos contenemos a nosotros mismos por el estudio de la devoción voluntaria.

15. David no entiende los juicios de la ley.---Por lo tanto, el Profeta ora para que estos actos voluntarios sean agradables a Dios, porque aquellos que se realizan según el mandato de la ley se llevan a cabo por la misma necesidad de su servicio. Siempre presenta la razón de su súplica. Pues después de haber orado para que los actos voluntarios de su boca sean agradables, añadió: "Y enséñame tus juicios". Realiza los juicios de la ley y, en la medida de lo posible, los lleva a cabo con hechos y obras; pero aún no los entiende. Sabe que la ley es espiritual. Y se apresura a conocer aquello que está contenido bajo la apariencia de las operaciones presentes: pues es necesario que uno pida ser enseñado sobre lo que ignora.

16. Se entrega totalmente a Dios.---El Profeta, según la constitución de su sacramento, se entregó completamente a Dios. Ha sido muy humillado, la complacencia de su boca es voluntaria: ahora su alma está siempre en las manos de Dios, y no olvida la ley de Dios, diciendo, VERS. 109: Mi alma está siempre en tus manos: y no he olvidado tu ley. Todo lo que vive, vive para Dios. Todo su sentido y espíritu están en Dios: no se admite ningún momento en el que pueda infiltrarse el olvido de la ley. En todas sus obras y pensamientos, Dios es considerado. La ley está en la memoria, en las manos de Dios está siempre el alma del viviente.

17. Cuán necesario es esto para cada uno. Lazos por todas partes. ---Sabe también cuán útil le es esto, sabe cuán necesario es insertarse diariamente en las manos de Dios, en sus acciones y obras, y mediante el recuerdo incansable de la ley. Pues dice, VERS. 110: Los pecadores han puesto un lazo para mí: y de tus mandamientos no me he desviado. Sabe que en esta selva del mundo se extienden muchos lazos, se preparan muchas trampas para su vida. Nuestra palabra, pensamiento y obra siempre tienen lazos al acecho: cuando a veces surge una causa de ira,

una afección de dolor, la necesidad de queja, la ocasión de un mal deseo. Estos lazos siempre los extienden el diablo y sus ángeles, transgresores desde el principio y pecadores desde el inicio. Pero aquel cuya alma está en las manos de Dios, y que nunca olvida la ley de Dios, aunque esté rodeado de lazos por todas partes, no se desviará de los preceptos. Pues siempre pensando en Dios, se escapa de ellos, como se dice en otro salmo: Como un gorrión, liberado del lazo de los cazadores (Sal. 123, 7). Y el mismo Señor dice por medio del Profeta, Liberaos del lazo de los cazadores, y de la palabra de turbación (Sal. 90, 3).

18. Qué pernicioso es el mundo para aquellos que lo han renunciado. No en vano se tienden redes a las aves (Prov. I, 17, según los LXX). Eres instruido en la ciencia celestial: ¿qué tienes que ver con las obras y acciones terrenales? Te has convertido en un ave: ¿por qué no permaneces en el elemento de tu naturaleza? Se les llama aves del cielo: no es injusto, por tanto, que haya trampas para ellas en la posesión de la morada terrenal. Has renunciado al mundo: ¿qué tienes que ver con las cosas del mundo? ¿Por qué te quejas de ser atrapado en el mundo? ¿Por qué te quejas de la injusticia de la trampa en una región que no es la tuya? Más bien, di y usa tú mismo la voz del salmista diciendo esto: ¿Quién me dará alas como de paloma? Y volaré, y descansaré (Sal. LIV, 7). Es la naturaleza de las aves no descansar cuando vuelan: pero tú, ya hecho paloma, descansas volando, es decir, elevándote con el vuelo del alma fiel a la sede celestial y al conocimiento, lejos de las trampas terrenales.

19. David desea ser testigo de Dios y sufrir por su causa. Testimonios adquiridos como herencia.---A continuación sigue, VERS. 111: He heredado tus testimonios para siempre; porque son la alegría de mi corazón. Un heredero, según la costumbre humana, obtiene todo lo que pertenece a aquel de quien es heredero. Pero el Profeta desprecia las herencias humanas, ya que ha heredado los testimonios de Dios. Le es grato, si se convierte en testigo de Dios, porque es la alegría de su corazón, si se testifica a sí mismo de Dios en medio de las batallas de persecución. Así recordamos que los apóstoles se congratularon con estos testimonios, cuando saliendo del consejo de los perseguidores, se alegraron por haber sido considerados dignos de sufrir injurias por el nombre de Dios (Hechos V, 41). Por lo tanto, sus testimonios fueron la alegría de su corazón. Pero el Profeta, al igual que los apóstoles, aunque entre muchas persecuciones retiene estos testimonios de Dios, es decir, testificar de Él con alegría de corazón como una herencia; sin embargo, también posee aquellos testimonios de Dios adquiridos como herencia, que fueron dichos bajo testigos. Moisés dio la ley bajo testigos, el cielo y la tierra (Deut. IV, 26), Isaías argumenta bajo testigos, el cielo y la tierra (Isa. I, 2), el Apóstol ya usó testimonios más elevados como predicador evangélico, diciendo: Os testifico ante Dios y Cristo Jesús y sus ángeles (I Tim. V, 21). Estos testimonios, por lo tanto, escritos bajo estos, y atestiguados bajo estos, y en estos testificados, los ocupa como heredero de un nuevo patrimonio: no en parte, sino en su totalidad. Pues el derecho de herencia es en su totalidad. Aunque entre muchos según la sucesión humana la herencia se divida, sin embargo, la herencia misma en nombre del heredero es en su totalidad.

20. La perseverancia es un cierto inicio de parte de Dios en nosotros. El vicio del origen:---Y para que lo que muchos suelen decir no tenga alguna autoridad de razón, cuando afirman que es un don propio de Dios que alguien se ocupe en las cosas y obras de Dios; excusando su infidelidad, diciendo que permanecen infieles por la falta de la voluntad de Dios hacia ellos: ciertamente es un don de Dios permanecer en la fe, pero el origen de comenzar está en nosotros. Y nuestra voluntad debe tener esto como propio de sí misma, que quiera: Dios dará incremento al que comienza, porque nuestra debilidad por sí sola no obtiene la consumación, sin embargo, el mérito de alcanzar la consumación proviene del inicio de la voluntad. Por eso el Profeta concluyó el salmo de esta manera, VERS. 112: Incliné mi corazón para hacer tus

justificaciones eternamente por la retribución. Él mismo inclina su corazón, y lo dirige de los pecados de la naturaleza humana a la obediencia de Dios. La naturaleza y el origen de su carne ciertamente lo retenían: pero la voluntad y la religión inclinan su corazón desde el vicio del origen en el que permanecía hacia las obras de justificación. Y lo inclina en todo el tiempo de su vida: no en una definición de algún espacio, sino en todo el siglo de su vida. Lo inclina, sin embargo, por la retribución, seguro de que por los méritos de la fe se le reserva, y que en estas cosas está su retribución, las cuales ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido al corazón del hombre, las que Dios ha preparado para los que lo aman en Cristo Jesús (I Cor. II, 9), a quien sea la gloria ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

CARTA XV. Samech.

A los inicuos odié, y amé tu ley. Mi ayudador y sustentador eres tú: y en tu palabra he esperado. Apartaos de mí, malignos: y escudriñaré los mandamientos de mi Dios. Sostenme según tu palabra, y viviré: y no me confundas en mi esperanza. Ayúdame, y seré salvo, y meditaré en tus justificaciones siempre. Despreciaste a todos los que se apartan de tus justicias: porque injusta es su cognición. Consideré a todos los pecadores de la tierra como transgresores: por eso amé tus testimonios siempre. Clava en mi carne tu temor: porque temí tus juicios.

371 1. Amar a los enemigos es un mandamiento.---La doctrina del mandamiento evangélico es que amemos a nuestros enemigos (Mateo V, 44): y no solo debemos amor a quienes nos aman, sino también a aquellos que nos odian. Por lo tanto, esta profesión del profeta parece contradecir los mandatos del Señor: ya que cuando se nos ordena amar a nuestros enemigos, él parece presentar como una buena obra el odiar a los inicuos, diciendo, VERS. 113: A los inicuos odié.

2. Se ordena el odio al padre, a la madre, etc., cuando ellos apartan del martirio o del servicio a Dios. Pero la razón de esta misma afirmación debe entenderse a partir de los mismos evangelios. Pues el Señor, que mandó amar a los enemigos y estableció que quienes maldicen al padre o a la madre son culpables de muerte (Levítico 20, 9), en otro lugar ordenó, diciendo: Si alguno viene a mí y no odia a su padre, y a su madre, y a su esposa, y a sus hijos, y a sus hermanos, y a sus hermanas, incluso también su propia vida, no puede ser mi discípulo (Lucas 14, 26). Por lo tanto, estas cosas parecen ser contradictorias, ya que, según el mandamiento, no solo el odio hacia los padres, sino incluso la maldición, es digna de muerte, él mismo dice, nuevamente, que nadie puede ser su discípulo a menos que odie a su padre y a su madre, y a su esposa, y a sus hijos, y a sus hermanos, y a sus hermanas, y su propia vida. Este es un discurso duro, y el mandamiento es grave, imponer la necesidad de impiedad para la consumación de la religión.

3. Sin embargo, nada duro, nada impío, nada contrario a los preceptos anteriores es ordenado por Dios. No pueden enojarse estos nombres tan queridos para nosotros, a saber, padre y madre, y esposa, e hijos, porque se nos manda odiarlos; así como se nos ordena odiar nuestra propia alma. Pues el Señor sabe que hay muchos de tan insensato amor, que cuando ven a sus hijos perseverar en la gloria del martirio, les ruegan que cedan al momento; les suplican que cambien de opinión; y usan un afecto de piedad impía hacia ellos: cuando una madre anciana y un padre viejo muestran sus miserables canas al hijo en el mismo combate del martirio con envidia de su voluntad firme: de aquí que la esposa esté presente con la ambiciosa compañía de los hijos, rogando que viva más bien para ella y para ellos: de aquí que los hermanos y hermanas con las dulces familiaridades de sus nombres supliquen: incluso el alma misma, ya

capturada por las seducciones de vivir, se infiltra con ciertos consejos tácitos para desviar la voluntad hacia la connivencia. Por tanto, en este tiempo el Señor nos ha mandado odiar a nuestro padre, madre, esposa, hijos, hermanos, hermanas, e incluso nuestra propia alma. Pues cerró este mismo discurso diciendo después del odio a todos: Y si alguno no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo (Luc. XIV, 27). Por lo tanto, deben ser odiados cuando no quieren que llevemos la cruz del martirio, cuando nos desalientan de seguir a Dios con el ejemplo de la pasión. Este odio es honesto y útil, odiar a aquellos que intentan apartarnos del amor de Cristo.

4. David al odiar a los inicuos no contradice el Evangelio.---Por lo tanto, ahora el Profeta no parece haber dicho nada contrario a los preceptos evangélicos, que nos mandan amar a los enemigos, al decir: "A los inicuos odio". No se refiere a sus enemigos personales, sino a los inicuos: es decir, a los transgresores de la ley. Este término en griego se expresa como "παρανόμους", es decir, aquellos que actúan fuera de la ley. Pero quien odia a los transgresores de la ley, no puede dejar de amar aquello que odia que sea descuidado: y por eso dice: "Y tu ley he amado". Es coherente, entonces, que al amar la ley, odie a aquellos que son enemigos de la ley.

5. Necesitamos grandemente la ayuda de Dios. La esperanza prevalece. Todo mérito proviene de la esperanza y la fe en Cristo.---A continuación sigue, VERS. 114: Tú eres mi ayuda y mi protector: y en tu palabra espero. Necesitamos grandemente la ayuda de Dios en esta gran y constante batalla de este mundo. Porque no tenemos, según el Apóstol, lucha contra carne y sangre, sino contra potestades y los poderosos del mundo de estas tinieblas, contra las maldades espirituales en los lugares celestiales (Ef. VI, 12). Por tanto, tenemos a estos enemigos, contra los cuales debemos rogar a Dios como nuestro ayudador, para que nos acoja en su protección. Pero esta oración no debe ser tanto de temor como de mérito. Pues el temor proviene de la inquietud de la condición humana, pero el Profeta espera en la palabra de Dios. La esperanza no obtiene cosas presentes, sino futuras. Espera, por tanto, lo que está contenido en la palabra de Dios, es decir, en los dichos proféticos. Espera ya sea las recompensas de la fe en la vida espiritual, o bien espera la venida de nuestro Señor, que es el Verbo de Dios. Pues esta esperanza merece la ayuda y el auxilio de Dios. No de otra manera ni nosotros merecemos, ni algunos antes merecieron, que el Verbo de Dios, Dios de nuestra naturaleza, esperase habitar en la carne, o que creyeran que había habitado.

6. La malicia está presente en todos. La malicia es múltiple en el corazón. --- Pero el Profeta recuerda que hay muchas cosas en él que intentan oponerse a su esperanza: y por eso añadió, VERS. 115: Apartaos de mí, malignos; y escudriñaré los mandamientos de mi Dios. La razón de la doctrina celestial advierte que esta expresión debe referirse a las personas en quienes reside la malicia. Pues el Profeta, que enseña a las naciones, que predica la palabra de Dios, ordena que todos los malignos se aparten de él: porque la congregación de los santos es indigna de los obreros de la malicia. Y no sé a quién podría exceptuar. Pues a todos, por la voluntad de una naturaleza mutable, la malicia está cercana, y el Señor enseñó que incluso a los apóstoles, aunque ya purificados por la palabra de la fe y santos, no les falta la malicia debido a la condición de nuestro origen común, diciendo: Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos (Luc. XI, 13). Sin embargo, es nuestro deber amar a los malos y enseñar la bondad a los buenos, según aquel que invita a todos a sí mismo, diciendo: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar (Mat. XI, 28). Pero el Profeta sabe que hay muchas malicias ocultas en el corazón humano. Pues según la palabra del Señor, De dentro salen los malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsedades, blasfemias (Mat. XV, 19). Estas son las cosas que hacen al

hombre común. Por lo tanto, pide que tales cosas, que se oponen a su fe, se aparten de él. Pues se oponen a los estudios de la inocencia, se oponen a la doctrina espiritual: y con la constante familiaridad de sus consejos, al introducirse, no dejan tiempo para escudriñar los mandamientos de Dios: porque la presencia de hombres malignos impide mucho a quien desea escudriñar los mandamientos de Dios.

7. Calumnias contra la esperanza cristiana. Oración contra ellas.---Y porque la misericordia es obra de Dios, para que, recibidos en su familia, seamos liberados del dominio de estos malignos; el profeta ora diciendo, VERS, 116: Sostenme según tu palabra, y viviré, y no me confundas en mi esperanza. El profeta espera y confía: no busca nada presente, nada temporal. Sin embargo, son muchos los que critican y se burlan de esta esperanza de nuestra fe, diciendo cosas como: ¿Qué ganan con ayunos, con continencia, con castidad, con la pérdida de patrimonios? ¿Dónde está vuestra esperanza, oh cristianos? La muerte domina por igual a todos: tiene un derecho común sobre la naturaleza de todos los cuerpos. Además, nosotros disfrutamos de todos los bienes del mundo, y hacemos uso de la libertad de la verdadera vida: ¿en qué, entonces, nos superáis con la expectativa de vuestra esperanza? Por tanto, el profeta ora para no ser confundido en esta su esperanza: sino para que permanezca confiado, y reciba el fruto de aquella verdadera vida que espera. Pues sabe que aún no vive, aunque viva. Porque nuestra vida, según el Apóstol, está escondida en Cristo (Colosenses III, 3). Y por eso dice: Sostenme según tu palabra, y viviré: porque está retenido por la expectativa y esperanza de aquella vida verdadera e inagotable. Espera la eternidad, espera el reino de los cielos, espera el reino de Dios, espera las bendiciones espirituales en los celestiales en Cristo. En esta esperanza, en la cual no será confundido, ruega ser sostenido y vivir.

8. Oración no para que falten, sino para que sean vencidos los adversarios. ---Luego sigue, VERS. 117: Ayúdame, y seré salvo, y meditaré en tus justificaciones siempre. Anteriormente había dicho, Mi ayudador y mi sustentador, ahora, sin embargo, ruega por lo que los nombres mencionados significan, para que quien es sustentador, sustente; y quien es ayudador, ayude. Ruega para que no falte de sí el auxilio del que ayuda. No ora para no tener malhechores, porque la fe se prueba por la paciencia de las pasiones: sino que ora para ser ayudado contra ellos, porque siempre se debe pedir auxilio al Señor. Pero así como en lo anterior vivirá siendo sustentado: así también en esto será salvado siendo ayudado. Pues aún le queda enfrentar la muerte, aún debe soportar el infierno. Entonces será salvado, cuando transformado de la naturaleza corporal y terrenal a la gloria espiritual, no tema ningún peligro del enemigo adversario, viva entre los ángeles elegidos, sea habitante del paraíso, y absorbida la corrupción, de mortal se convierta en inmortal.

9. Meditación eterna de las justificaciones.---Pero dice que meditará en las justicias de Dios, y que meditará siempre: ¿acaso no medita quien también ha puesto su esperanza en la meditación? Puede ciertamente entenderse en el sentido de la obra presente de la vida, de modo que mientras esté en el cuerpo, siempre medite en las justificaciones: pero no obstante, el discurso también se extiende hacia el futuro. Sabe que en el cielo todos los ángeles están en meditación de las justificaciones de Dios. Pues allí nada es ocioso, nada es inerte: todas las virtudes celestiales permanecen en la obra de su ministerio. Y dado que entonces nos tocará vivir la vida de los ángeles; puede, según aquellos que siempre obran, ser para nosotros también eterna la meditación de las justificaciones.

10. Diferencia entre el pecador y el apóstata.---A continuación sigue, VERS. 118: Has despreciado a todos los que se apartan de tus justificaciones; porque su pensamiento es

inicuo. Por esto el Profeta ora por ayuda y protección, para no ser despreciado junto con los que se apartan de las justificaciones de Dios. Pero aquí se ha mantenido la distinción de no decir, has despreciado a todos los pecadores; sino, Has despreciado a todos los que se apartan. Pues si despreciara a los pecadores, ciertamente despreciaría a todos: porque nadie está sin pecado. Pero desprecia a los que se apartan de Él, a quienes llaman apóstatas. No importa si alguien alguna vez estuvo en las justificaciones de Dios. Es despreciado por Dios quien se aparta: porque el mérito del que permanece lo conserva la consumación de su permanencia. La discesión difiere del pecado: porque al pecado se le reserva el perdón mediante la penitencia, pero la discesión se condena a sí misma con el abandono de la penitencia; que surge de aquí, cuando la voluntad de aquellos que van a apartarse es inicua.

11. Prevaricadores que comúnmente. ¿Cómo todos? Ley natural.---Luego sigue, VERS. 119: He considerado a todos los pecadores de la tierra como prevaricadores, por eso he amado tus justicias. Siempre el discurso del Profeta se extiende mucho más allá del sentido común. Nosotros consideramos prevaricadores a aquellos que abandonan la fe asumida y el conocimiento de Dios adquirido; prometiendo una cosa y actuando ahora de otra manera. Pero aquí se consideran prevaricadores a todos los pecadores de la tierra: no se excluye a nadie, el nombre de prevaricación se refiere generalmente a todos. La ley es como natural, no hacer daño a nadie, no arrebatar lo ajeno, abstenerse del fraude y el perjurio, no acechar el matrimonio ajeno. El Apóstol también conoce esta ley, diciendo: Porque cuando los gentiles, que no tienen ley, hacen naturalmente lo que la ley dice, tales hombres, no teniendo ley, son ley para sí mismos, quienes muestran la obra de la ley escrita en sus corazones (Rom. II, 14). Por lo tanto, se consideran prevaricadores aquellos que abandonan lo que reciben de la ley natural. Alguien acusará al ladrón sorprendido, al adúltero o al homicida con la ley de la naturaleza. Pero si él mismo se involucra en estas cosas, es un prevaricador de la ley.

12. Pecadores del cielo.---Sabe también, al decir pecadores de la tierra, que hay otros que son pecadores del cielo. Escuchemos al hijo pródigo de la predicación evangélica, perdido y muerto, confesando su pecado a su padre: He pecado, dice, padre, contra el cielo y ante ti (Luc. XV, 22). Cualquiera que, habiendo sido hecho partícipe de la doctrina celestial y de la gracia espiritual, permanezca en pecado; no es pecador de la tierra, sino del cielo. Porque nuestro Señor Jesucristo ha resucitado y colocado en los cielos a todos los creyentes en Él: de entre los cuales, quien se aparta, es acusado como pecador del cielo. Así pues, cuando el Profeta considera que los pecadores de la tierra son transgresores, porque han violado la ley de la naturaleza pecando; por esto mismo ama los testimonios de Dios, porque aunque la transgresión sea apartarse de la ley de la naturaleza; sin embargo, ya no hay perdón para la separación de la ley celestial.

13. Los vicios de la carne deben ser crucificados.---Concluye así, VERS. 120: Clava con tu temor mis carnes; porque he temido tus juicios. Son nuevas e inusitadas las súplicas del Profeta, al pedir que sus carnes sean clavadas por el temor de Dios. Pero recuerda que es necesario compadecer y morir con Cristo aquellos que desean reinar con Él. Y con menor fuerza de expresión en latín se ha traducido esta idea. Pues lo que está con nosotros, clava, allí κατήλωσον significa que se clave con clavos (Rom. VI, 4). Por lo tanto, debemos morir, y todos los vicios de nuestra carne deben ser clavados en la cruz del Señor. Porque morimos, según el Apóstol, con Cristo, y somos sepultados con Él en el bautismo. Y aunque el Profeta tiene esto en su voluntad, sin embargo, pide que lo alcance por la misericordia de Dios. Ora para que sus carnes sean clavadas por el temor de Dios, porque teme los juicios de Dios. Teme la sentencia del juicio eterno, teme no ser clavado y morir y ser sepultado con Cristo,

entendiendo que no será un hombre nuevo, a menos que se despoje del viejo con sus vicios y concupiscencias.

CARTA XVI. Ain.

He hecho juicio y justicia: no me entregues a los que me persiguen (Hil. a los nocivos). Protege a tu siervo con bondad: que los soberbios no me calumnien. Mis ojos se han cansado esperando tu salvación y el cumplimiento de tu justicia. Trata a tu siervo según tu misericordia, y enséñame tus preceptos. Soy tu siervo: dame entendimiento para conocer tus mandamientos (para conocer tus testimonios). Es tiempo de actuar, Señor: han violado tu ley. Por eso he amado tus mandamientos más que el oro y el topacio. Por eso me he dirigido a todos tus mandamientos: he aborrecido todo camino de iniquidad.

1. En este octonario, aprendemos con gran importancia. Tanto al inicio del salmo como frecuentemente después, recordamos a través de estas ciertas letras individuales, como si fueran elementos básicos de aprendizaje, que se nos instruye en la doctrina de la piedad, la continencia, la inteligencia, la fe y el temor: y así como la infancia inexperta es educada en el conocimiento del habla, que también sigue la doctrina de la acción, por los mismos inicios de la voz humana: lo cual se puede entender a partir de los ocho versos de la sexta y décima letra (Dos manuscritos dicen "debe"). Pues el profeta, hablando desde su propia persona, enseña a todos qué es útil que cada uno desee, haga y profese según la conciencia de su debilidad y naturaleza: qué también debe temerse, qué debe evitarse, qué debe purificarse. El mismo profeta es bienaventurado, quien por la misericordia de Dios es para sí mismo y para todos, maestro, protector, purificador y juez. Y ciertamente es muy apropiado para su dignidad que quien habla por el espíritu de Dios, hable de aquellas cosas que son de la humanidad y de la salvación eterna.

2. La obra debe anteponerse a la oración.---Dice así, VERS. 121: He hecho juicio y justicia: no me entregues a mis opresores. Ha realizado obras agradables a Dios: y porque las ha hecho, ora para no ser entregado a sus opresores. La obra de merecer se antepone: y luego se solicita la recompensa del mérito. Primero se hace lo que agrada: y entonces se ruega la dignación de aquel a quien se agrada por la obra. Pero nosotros ni obramos, ni agradamos, e incluso ofendemos con cosas impías e irreligiosas: y como tales no agradamos, nos enojamos. Pero es digno considerar qué tipo de cosas hace el Profeta, para que, al orar, no sea entregado a sus opresores.

3. Las virtudes de David útiles solo para él.---Y todo lo que cualquiera que teme a Dios haga, le es útil y hermoso. Quien cultiva la castidad ha introducido una luz gloriosa y brillante a la carne impura de su cuerpo. Al adoptar el desprecio por el dinero, se ha preservado libre de las dominaciones terrenales. Sin embargo, amando la frugalidad y la moderación, no ha abandonado la nobleza del alma celestial a la embriaguez. Pero aunque estas cosas sean grandes y notables, sin embargo, porque son propias del Profeta y solo útiles para él, no se refieren al mérito.

4. El juicio y la justicia también benefician a otros. —Pero, ¿qué hizo para no ser entregado a los malhechores al rogar? Juicio y justicia, evidentemente; no actuando nada sin reflexión, nada injusto: sino primero realizando juicio; pues todo lo trata con razón, medida y verdad: para que lo que haga a otro, ya haya sido previamente considerado y examinado según el dictamen del consejo. Sin embargo, no permite que solo su consejo determine la sentencia del juicio: sino que realiza justicia con juicio. La obra máxima del que juzga con consejo es que

lo que juzga sea justo. La justicia es, en efecto, la concordia de la amistad, el vínculo de la unanimidad, el fundamento de la paz, la operación de la razón divina y humana. Esto, por tanto, hizo el Profeta: en lo cual, aunque sea su obra, también es de utilidad para aquellos a quienes hizo juicio y justicia.

5. El pecador es casa del diablo. A este, Dios lo entrega. Ser separado de la Iglesia es ser entregado al diablo. --- Sin embargo, pide que no sea entregado a los que hacen el mal. Pues todo aquel en quien hay voluntad de pecar, está vacío de Dios: y donde Dios no está, allí es el lugar del diablo: quien, acechando y sitiando, cuando tiene la oportunidad de entrar, ocupa la casa vacía, que le ha sido entregada al abandonarla Dios (V. Tract. Ps. CXX, n. 8). Y el Profeta, en efecto, porque hablaba en nombre de todos, ora para no ser entregado por Dios. Sin embargo, el Apóstol ya tiene en sí la confianza de entregar a los pecadores al diablo: cuando escribe a los Corintios sobre aquel que había superado todas las fornicaciones, tomando a la esposa de su padre, dice: Yo, aunque ausente en cuerpo, pero presente en espíritu, ya he juzgado como si estuviera presente al que ha hecho esto, reuniéndoos vosotros y mi espíritu con el poder de mi Señor Jesús, entregar a tal persona a Satanás para la destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor (Cor. V, 3 y ss.). Pero aunque el Apóstol entregue; sabe, sin embargo, que lo hará en el poder de Cristo y en su propio espíritu. Y en otra epístola dice sobre Fígelo y Hermógenes: A quienes entregué, dice, a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I, 20). Porque aquellos que son rechazados del cuerpo de la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, como extranjeros y ajenos al cuerpo de Dios, son entregados al dominio del diablo.

6. Tentaciones varias de los demonios. No prevalecen sino sobre aquellos a quienes Dios abandona.---Pero el Profeta ora para no ser entregado a los que le hacen daño. Pues existen enemistades y virtudes hostiles que perturban el propósito de la fe, que borran el temor de Dios, que incitan a deseos y pasiones terrenales, que mueven la débil naturaleza del cuerpo hacia los vicios con ciertos aguijones de seducción. También el Apóstol conoce esta multitud de virtudes dominantes, diciendo: En las cuales anduvisteis en otro tiempo según el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia (Ef. II, 2). Por lo tanto, el Profeta hizo juicio y justicia: y ruega para no ser entregado a los que le hacen daño: y de esta manera a los que hacen daño, cuando empujan al pecado, cuando inflan con gloria, cuando encienden en ira, cuando exacerban en odio, cuando seducen a la lascivia, cuando provocan a la avaricia. Pero aunque se apresuren a dañar a través de estas cosas, no podrán prevalecer sobre aquellos que son inocentes, a menos que sean entregados a ellos por el abandono de Dios.

7. Soberbios, el diablo y sus ministros. Los que calumnian.---A continuación sigue, VERS. 122: Recibe a tu siervo para bien: que no me calumnien los soberbios. El Profeta avanza en sus esperanzas y asciende a un grado más elevado de su súplica. Pues quien había orado para no ser entregado a los que le hacen daño, ahora ruega ser recibido como siervo en propiedad, implorando con buena disposición el bendito dominio de Dios sobre él. Y no ora sin razón para ser recibido para bien, a saber, para que no lo calumnien los soberbios. ¿Y quiénes son los soberbios? Sin duda, aquellos cuyo príncipe Isaías introduce hablando así: dijo: Con fuerza haré y con sabiduría de entendimiento quitaré los límites de las naciones y su poder, y conmoveré las ciudades inhabitables, y tomaré todo el orbe de la tierra con mi mano como polluelos, y como huevos rotos los quitaré (Isaías X, 13 y 14). Esta es la voz del que se enorgullece, es decir, del diablo, quien incluso se atrevió a decir a Dios y a nuestro Señor Jesucristo, mostrando la gloria de los imperios terrenales: Todo esto te daré, si postrándote me adoras (Mateo IV, 9). Sin embargo, no está solo, sino que tiene a su disposición muchos

ministros de maldades espirituales, como nos enseña aquel que dijo: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 41). Por lo tanto, ruega ser libre de la calumnia de estos soberbios. Calumnian, porque aunque ellos mismos proporcionan los incentivos del pecado, nos acusan ante el Señor del pecado que hemos cometido por medio de ellos; pues arrojan la causa del pecado como crimen, y exacerban la envidia del crimen mediante la calumnia, como lo atestigua la Escritura en el Apocalipsis, declarando que es calumniador (Apocalipsis XII, 10).

8. Los ojos de la mente de David desfallecen en Jesús.---Sin embargo, el Profeta ahora se extiende hacia un progreso más elevado, diciendo, VERS. 123: Mis ojos han desfallecido en tu salvación, y en la palabra de tu justicia. Los ojos desfallecen cuando la vista se esfuerza en alguna expectativa. Por lo tanto, el Profeta fijó los ojos de su alma en la salvación de Dios. Y sobre lo que debe entenderse por salvación, hemos tratado a menudo; a saber, que es Jesús, quien salvará a su pueblo de sus pecados. Mientras otros ocupan sus ojos en deseos mundanos y se inclinan hacia los placeres de las cosas presentes, el Profeta está fijado en la salvación de Dios. Y para que no pensemos que sus ojos corporales desfallecen bajo esta intención contemplativa: no solo desfallecen en la salvación de Dios, sino también en la palabra de justicia.

9. Justas, aunque ocultas, son las palabras y acciones de Dios.---Por lo tanto, confiesa que las palabras de Dios son justas. Sabe que hay ciertas cosas que, para los ignorantes e impíos, pueden parecer injustas: cuando el corazón del faraón es endurecido hacia la obstinación (Éxodo IV, 21) y se le asigna la pertinacia de una voluntad irreligiosa; cuando de dos naciones aún en el vientre, la mayor servirá a la menor, y sin que ninguna de las dos haya hecho nada bueno, se impone servidumbre a una y se concede dominio a la otra (Romanos IX, 11 y siguientes); cuando Adán es expulsado del paraíso para que no toque el árbol de la vida (Génesis III, 22): cosas que los hombres, incapaces de comprender la virtud divina, la bondad y la justicia, consideran injustas. Pero los ojos del profeta en este tipo de palabras de justicia desfallecen: porque sabe que no hay nada injusto en estas palabras de Dios, sino que todas estas palabras deben ser cumplidas y entendidas en la justicia con la venida del Salvador. Sin embargo, avanza a través de esta expectativa intensa hasta el desfallecimiento de los ojos, para que se atreva a pedir algo más allá.

10. Confianza de David. El hombre necesita la ayuda de Dios para realizar el bien.---Después de haber confesado la palabra de justicia, añadió lo siguiente, VERS. 124: Haz con tu siervo según tu misericordia, y enséñame tus justificaciones. Tal vez se consideraría una voz insolente la que dijera: Haz con tu siervo. Pues lo que se dice, Haz; parece una presunción usurpada de pedir con alguna confianza. Pero no lo diría con desvergüenza quien hubiera hecho juicio y justicia, quien hubiera suplicado ser acogido como siervo, y cuyos ojos hubieran desfallecido en la salvación de Dios y en la palabra de justicia. Pero ni siquiera en esto el Profeta es insolente. Pues en lo mismo que dijo, Haz; añadió, con tu siervo. Y porque nuestra servidumbre, para que permanezca en la fidelidad de la servidumbre, necesita la misericordia del Señor; añadió, según tu misericordia: porque se necesita su compasión para que permanezcamos en esta profesión de nuestra servidumbre. En efecto, la debilidad humana es por sí misma insuficiente para obtener algo: y este es el único deber de su naturaleza, que quiera y comience a agregarse a la familia de Dios. Es de la misericordia divina ayudar a los que quieren, confirmar a los que comienzan, recibir a los que se acercan: de nosotros es el inicio, para que Él lo perfeccione.

11. En los ritos de la antigua ley se oculta algo grande.---Pero, ¿qué es lo que finalmente pide para que actúe con su siervo según su misericordia? Sin duda, que le enseñe sus justificaciones. Sabe que en las justificaciones, que Moisés fue mandado a establecer, se contiene algo grande e incomprensible para la inteligencia humana. También desea saber quién es ese hebreo comprado, como hemos dicho frecuentemente, que servirá solo seis años (Éxodo XXI, 2). Lee estas cosas, pero no inmediatamente lo que se lee se entiende. Quiere saber qué es ese servicio (Ibídem), qué es la libertad del séptimo año (Ibíd. 6), qué significa el agujero en la oreja con el punzón si no quiere ser libre, quién es esa mujer hebrea, qué significa que él salga sin la mujer (Ibíd. 4): qué es luego la segunda justificación, qué tiene la tercera, qué prefiguraciones de los sacramentos futuros contienen las siguientes. No es posible para el ingenio humano alcanzar esto: se necesita un maestro celestial, y es necesario con muchos méritos de nuestra fe, para que merezcamos ser enseñados en estas cosas.

12. En las palabras de David no hay nada humilde ni común. Nadie se niega a ser siervo de Dios con la boca, muchos lo hacen con los hechos.---Nos conviene saber que, en todas las palabras del profeta, no hay nada humilde, nada común con los demás, sino que se enuncian de manera propia, ya sea para él mismo o para sus semejantes: sin embargo, bajo palabras familiares se oculta una gran profesión de conciencia y fe, como ahora entendemos en lo que sigue. Dice, VERS. 125: Soy tu siervo: dame entendimiento, para que conozca tus testimonios. Ninguno de nosotros hay que no confiese ser siervo de Dios, ya sea en la súplica de su oración o en la costumbre de los discursos comunes. ¿Y qué gran cosa hizo el Profeta al profesarse siervo, que nadie se atrevería a negar? Pero la profesión de los demás es engañosa, que aunque tiene la necesidad de la conciencia, no tiene sin embargo la verdad de la confesión. Es propio del Profeta profesarse siervo de Dios, cumpliendo en todo género de vida el servicio de su condición, ya sea caminando, ya sea sentado, ya sea velando, ya sea durmiendo, incluso en la comida y en los ayunos, ya sea que tenga hambre o esté saciado, y en ningún momento se aparta de los deberes de su servidumbre. Aquí dice libremente: Soy tu siervo. Pero en verdad, quien duerme en la lujuria, vela en el latrocinio, viaja por ganancias, descansa en el lujo, si dice: Soy tu siervo, profesa ciertamente lo que es, pero no actúa conforme a lo que es.

13. El entendimiento proviene de Dios, el falso es introducido por el diablo.---El Profeta, aunque reconoce la condición de su oficio incluso en su propio servicio, sin embargo, es consciente de su debilidad; pues pide que se le conceda entendimiento. El entendimiento está guardado en un cierto tesoro de gracias espirituales: que a veces el diablo insinúa en las mentes de los imprudentes bajo el error de una falsa opinión. Pero el Profeta solicita la inteligencia de Dios, para que no se le infiltre una inteligencia vana, como la de los gentiles, la de los judíos, la de los herejes: y lo solicita por ello, para conocer los testimonios de Dios, que fueron entregados bajo testigos, que se reprochan por haber sido descuidados y violados bajo testigos, que en la venida de aquel, por quien fueron dichos para testificar, serán descuidados y despreciados.

14. Con la ley disipada, es el tiempo del Evangelio. — Y el Profeta no ignora el tiempo de estos testimonios, diciendo, VERS. 126: Tiempo de actuar para el Señor, han disipado tu ley. La ley fue dada al pueblo bajo testigos, la cual, cuando fue disipada y rechazada por los judíos, entonces fue el tiempo para el Señor de hacer lo que estaba contenido en la ley. Pues prometió en la ley dar la salvación a las naciones, asumir para sí mismo un cuerpo humano, que fue hecho según la imagen y semejanza de Dios, para que, disipada la ley, otorgara la gracia de la fe. De este tiempo se acuerda a través del profeta Isaías diciendo: En el tiempo aceptable te escuché, y en el día de la salvación te ayudé (Isaías XLIX, 8). El Apóstol,

intérprete de esta declaración, escribe: He aquí ahora el tiempo favorable, he aquí el día de la salvación (II Cor. VI, 2): es decir, disipada la ley, ha llegado el tiempo de la predicación evangélica.

15. Por qué David ama los mandamientos de Dios. Amar es más que hacer. Sin embargo, cuando otros disipan la ley, el profeta tiene otra tarea. Y cuál es, lo aprendemos de lo que sigue. Pues dice, VERS. 127: Por eso amé tus mandamientos más que el oro y el topacio. Lo que dice, por eso, se refiere a lo que había dicho: Tiempo de actuar para el Señor; porque sabía que era tiempo de actuar para el Señor cuando habían disipado la ley. Por eso amó los mandamientos, porque en ellos se contenía el tiempo de actuar para el Señor. Toda la ley testificó la venida del Señor, como Él mismo dice: Si creyerais a Moisés, ciertamente me creeríais a mí; porque de mí escribió él (Juan 5, 46). Por lo tanto, el profeta amó los mandamientos de Dios porque en ellos entiende la venida de la encarnación del Señor. En cuanto a lo que ama, significa algo más, no sé qué. Hacer algo es menos que amar: porque a menudo lo que hacemos es por necesidad; pero el amor es una afección de la propia voluntad.

16. Amor perfecto.---Pero el amor es verdaderamente perfecto cuando es el más grande y no se compara con nada similar. Ama, sin embargo, los mandamientos de Dios más que el oro y el topacio. El error humano no considera nada más valioso que el oro y las gemas: y son estas las que han sometido los deseos humanos al dominio de su precio y honor. Para los hombres, la honestidad de la castidad es vendible por oro: a través de las gemas, en cambio, se embellece, según creen, la apariencia superior del cuerpo humano, en detrimento de la naturaleza. Y por eso, ninguno de los dos sexos tiene nada más valioso, mientras los hombres creen que pueden lograrlo todo con oro, las mujeres piensan que se vuelven más bellas con gemas. Así como el oro es superior a los demás metales, también el topacio lo es a las otras piedras. Es, de hecho, el más raro y hermoso de todos y el más grande. En un lugar de la Tebaida, llamado Alabastra, suele encontrarse. También se dice en las crónicas de hechos seculares que fue descubierto por los habitantes de la isla de Topacio, es decir, los Trogloditas Árabes, y fue entregado como regalo a la madre del rey de Egipto Ptolomeo, bajo cuyo reinado las Escrituras de la ley fueron traducidas del hebreo al griego. Contiene en sí mismo la apariencia de las otras gemas más valiosas y preciosas, y en él se encuentra una mezcla de los colores más diversos. Por encima de este topacio, y por encima del oro, el Profeta amó los mandamientos de Dios, indicando que no se dejaba llevar por deseos terrenales, sino celestiales.

17. Corta toda codicia.---Despreciando la codicia de las riquezas mundanas, corta de sí toda ocasión de voluntad perversa y torcida. Pues amando los mandamientos de Dios más que el oro y el topacio, dice luego, VERS. 128: Por eso me dirigía a todos tus mandamientos, odié todo camino de iniquidad. No se desvía, no se tuerce por las codicias terrenales, sino que se dirige a todos los mandamientos de Dios: no lo ocupan las cosas que se presentan. Vio el oro, supo que es lodo de la tierra: vio las gemas, recordó que son piedras de los montes o del mar: vio un rostro incitando a la lascivia, sabe que debe escapar de estas trampas como las aves del cielo. Resiste, pues, a los vicios que se han unido a su naturaleza, y odia todo camino de iniquidad. Por eso también se dirige a todos los mandamientos, porque los ama más que los deseos terrenales: y se dirige, para no ser partícipe de aquellos a quienes se dice: Nación perversa y torcida (Luc. IX, 41). Y odia todo camino de iniquidad, para que esté en él porque es el camino, a saber, nuestro Señor, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

CARTA XVII. Phe.

Tus testimonios son maravillosos, Señor: por eso mi alma te amó. La declaración de tus palabras me ilumina y da entendimiento a los pequeños. Abrí mi boca y atraje el espíritu, porque deseaba tus mandamientos. Mírame y ten misericordia de mí según el juicio de los que aman tu nombre. Dirige mis pasos según tu palabra, y no permitas que me domine ninguna injusticia. Líbrame de las calumnias de los hombres, y guardaré tus mandamientos. Ilumina tu rostro sobre tu siervo y enséñame tus justificaciones. Ríos de lágrimas corrieron de mis ojos, porque no guardaron tu ley.

1. La admiración no es de lo desconocido. Los testimonios de Dios, ¿de dónde son maravillosos, de dónde incomprensibles? La naturaleza del sentido humano es tal que considera maravillosas aquellas cosas que ha conocido previamente. Pues el juicio de admiración surge de lo conocido. Sin embargo, nadie puede admirar lo que ignora. Estas cosas se han mencionado antes para que se busque con más diligencia la razón del dicho profético. Se considera que ha dicho estas cosas en contra de la opinión del sentido general. VERS. 129. Maravillosos son tus testimonios, Señor: por eso mi alma los ha escudriñado. Pues aunque según la costumbre humana primero se debe escudriñar y encontrar, y luego admirar lo encontrado, para él los testimonios del Señor son antes maravillosos, y por eso son dignos de ser escudriñados. La razón de este dicho perfecto y bellísimo es esta. Los testimonios de Dios, es decir, aquellos que están escritos bajo testigos, aunque a través de la observancia de la ley instruyan la debilidad humana en el conocimiento y servicio de Dios; donde se manda la castidad, la piedad, la modestia, la caridad, la verdad, la inocencia, la frugalidad y la religión, y a través de ciertas costumbres religiosas y diversidades de ofrendas se prescribe el oficio del honor divino: en las cuales, aunque haya gran admiración, la ofrenda presentada por los pecados, el don dado por la redención del alma, y el cordero sacrificado en el sacramento de la Pascua; sin embargo, en estas cosas se contiene más la admiración por la esperanza y la doctrina de lo futuro. Por lo tanto, estas cosas son maravillosas para este Profeta. Pero porque a través de las admiraciones presentes son maravillosas por los ejemplos de los bienes futuros y eternos, las escudriña. No solo inquiere, en lo cual hay una diligente búsqueda de cosas ocultas; sino que también las escudriña, demostrando su esfuerzo en la escudriñación mediante la adición de una búsqueda más diligente. Y no solo las escudriña, sino que las escudriña desde el alma, con la intención del alma unida al oficio de la voluntad.

2. Las palabras de Dios, los dichos de los profetas son oscuros.---Sigue luego, VERS. 130: La declaración de tus palabras ilumina, y da entendimiento a los pequeños. Y este dicho también parece ser, quizás, diferente de la costumbre de nuestra naturaleza. Pues, aunque primero debe entenderse y así usar la luz de la inteligencia; porque llama a la noche de la ignorancia la luz de la inteligencia adquirida: sin embargo, el Profeta dice que la declaración de las palabras de Dios ilumina primero, y después de la iluminación otorga entendimiento. Pero primero se debe aprender qué son las palabras de Dios: y entonces se debe proporcionar la razón de la iluminación, y después la del entendimiento. Las palabras de Dios son, cualquiera que los profetas hayan pronunciado. Pues cuando Moisés anunció al pueblo hebreo la observancia de la ley con sus palabras; sin embargo, en el libro de esa misma ley está escrito así: Y el Señor dijo a Moisés, Di a los hijos de Israel (Éxodo III, 14). Por lo tanto, el legislador usó estas palabras, las cuales le fueron ordenadas usar. Así que las palabras de Dios son aquellas que, aunque escuchadas por el oficio de la boca humana, son de Dios. Y también aquel gran profeta, bien hablado por el mismo juicio de nuestro Señor Jesucristo, cuando dijo: Escucha, cielo, y percibe con tus oídos, tierra; dijo, porque el Señor ha hablado (Isaías I, 2): y después de algunas cosas, que eran increpadas con grandes quejas, dijo: Porque la boca del Señor ha hablado esto (Ibid. 20). Por lo tanto, todas estas son palabras de Dios.

3. Pero la declaración de las palabras es sumamente necesaria. Pues han sido predicadas bajo el velo de otra opinión, son según el Apóstol alegorías (Gál. IV, 24), son anfibologías con significados comparativos (Mat. XIII, 14). El Señor es testigo de que estas mismas cosas fueron dichas a los judíos infieles a través de Isaías, reprochándoles y diciendo: Oiréis con vuestros oídos, y no entenderéis (Isa. VI, 9). Porque todo está sellado, y solo a través de la doctrina espiritual puede ser desellado. Esto fue dicho al hombre de deseos, Daniel: Ve, Daniel, porque las palabras están cerradas y selladas (Dan. XII, 9). También dice Isaías: Se dará este libro en manos de un hombre que sabe leer, y se le dirá: Lee esto, y responderá: No puedo leerlo, porque está sellado (Isa. XXIX, 11).

4. Por los Evangelios que se declaran. Los pequeños que.--- Pero la declaración de las palabras místicas se ofrece a través de los Evangelios, donde se revelan las cosas ocultas y secretas de la ley y de los profetas mientras el Señor permanece en el cuerpo, de las cuales primero se aprende la fe. Pues allí, lo que fue dicho por los profetas, se cumple por él en hechos y obras. Cuando la virgen da a luz, cuando el Señor es la Palabra, y la Palabra se hace carne, y habita entre nosotros, cuando los mudos hablan, cuando los sordos oyen, cuando los cojos caminan, cuando los leprosos son limpiados, cuando los ciegos ven, cuando los poseídos por demonios son curados, cuando los muertos resucitan: esta declaración de las palabras de Dios ilumina con la luz de la fe la oscuridad de nuestra naturaleza. Ahora entendemos la gloria de la resurrección, el poder del juicio, el honor de la eternidad. Y entendemos estas cosas como pequeños: ya sea renacidos a la inocencia, o por ignorancia inexpertos. Esta declaración de las palabras de Dios, y la inteligencia otorgada a los pequeños, de la cual el Señor en los Evangelios demuestra, diciendo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los pequeños (Mat. XI, 25). He aquí el tiempo de la declaración, iluminación e inteligencia. Pues las cosas ocultas hasta estos días se declaran, y las declaradas iluminan, y las que iluminan proporcionan inteligencia a los pequeños: y por esta inteligencia se hacen ya capaces del Espíritu Santo.

5. Que el espíritu del corazón esté abierto. Toma alimentos para la vida del alma. Finalmente, el siguiente discurso lo sujeta, diciendo, VERS. 131: Abrí mi boca y atraje el espíritu; porque deseaba tus mandamientos. No se refiere ciertamente a la boca del cuerpo humano, que se cierra y se abre con los labios. Pues el espíritu lo inhalamos más por la función de las narices que de la boca. Sin embargo, más laboriosamente se transfiere al alma por la entrada de la boca: pero más absolutamente, por el curso natural, se desplaza con el servicio y función de las narices. Pero la Escritura suele llamar boca no solo a los labios, sino también al corazón. Pues con el corazón abierto por la fe, y anhelante por el deseo de absorber, se recibe la inteligencia de la doctrina celestial. No es tarea del alma; sino del corazón. Porque el Apóstol dice, el hombre natural no percibe las cosas del Espíritu (I Cor. II, 14): pues para él es necedad. Y el mismo doctor de las naciones dice: La ley no está escrita en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón (II Cor. III, 3). Así que, abriendo su boca, el Profeta atrajo el Espíritu. Pues no irrumpe por sí solo. Debe ser deseado, atraído, y como leche inocente, debe ser absorbido al modo de los infantes. Por eso el profeta abrió su boca, porque recordó que en otro salmo se le dijo, Abre tu boca, y la llenaré (Sal. LXXX, 11): y sabe que está escrito en la ley, escribe esto en la amplitud de tu corazón (Prov. VII, 3, según la LXX). Pues la predicación de Dios se recibe con el corazón, no con la boca. Y según la predicación evangélica, el malvado arrebata la palabra de Dios del corazón (Mat. XIII, 19), que deleita en la boca más que la miel y el panal. Así como por la boca tomamos alimentos para el sustento del cuerpo, así también por el corazón recibimos los alimentos de la doctrina celestial para

vivificar el alma: que, a menos que sean atraídos de alguna manera con un corazón ampliado y abierto, no llegarán.

6. Dios mira para vengar, para aterrorizar, para tener misericordia.---Sigue luego, VERS. 132: Mira en mí, y ten misericordia de mí según el juicio de los que aman tu nombre. A lo que había dicho, mira en mí; pronto añadió, y ten misericordia. Pues sabe que el Señor también mira para la venganza y el castigo de los impíos. Miró, como está escrito, sobre los campamentos de los egipcios, y ató las ruedas de sus carros (Éxodo XIV, 24 y 25). Y de nuevo: El Señor miró sobre Sodoma y Gomorra (Génesis XVIII, 16). Mira no solo para el castigo, sino también para el terror, cuando se dice: Mirarás la tierra, y la harás temblar (Salmo CIII, 32). Por lo tanto, el profeta no ora solo para que Dios mire en él, sino para que mire con misericordia: y no solo con misericordia, sino según el juicio de los que aman su nombre.

7. Este aspecto debe ganarse con inocencia.---Ciertamente, la misericordia proviene de la bondad de Dios; pero debemos ganarla mediante nuestro esfuerzo por la inocencia: para que Él nos mire, tal como miró a Abraham, a Isaac, a Jacob, a José, a Job, a Moisés. Pues se sabe que Dios suele mirar con misericordia estas obras, como se dice: El Señor miró desde el cielo a la tierra, para escuchar el gemido de los cautivos y liberar a los hijos de los condenados (Sal. 101, 20 y 21), y de nuevo: Miró sobre los hijos de los pobres y no despreció su súplica (Ibid. 18). Por lo tanto, según este juicio de los que temen al Señor, ora para que Dios lo mire y tenga misericordia: para que si lo ve ayunando, si lo contempla siendo misericordioso, si lo observa piadoso y religioso en toda obra, entonces, según el juicio de aquellos que aman su nombre, él también sea digno de la misericordia de Dios.

389 8. El hombre no es suficiente con sus propias fuerzas para obrar bien. --- A continuación sigue, VERS. 133: Dirige mis pasos según tu palabra, y que no se enseñoree de mí ninguna iniquidad. El Profeta avanza ciertamente con su propia voluntad en los pasos de la justicia: pero sabe que por todas partes acechan los dominios de la iniquidad. Anteriormente había orado para que Dios mirara hacia él y tuviera misericordia según aquellos que aman su nombre. Siente que este es el fruto de la misericordia que ora, que sus pasos sean dirigidos, no según los caminos del mundo, no según la gloria humana, no según los placeres del cuerpo, sino según la palabra de Dios. Si no se presentara ningún impedimento en ninguna parte, si no estuvieran presentes por todas partes los que se le oponen; él mismo se confirmaría con sus propias fuerzas en lo que quisiera hacer. Pero donde hay insidias, donde hay guerra, se necesita la ayuda de un poder superior, para que no se enseñoree de él toda iniquidad.

9. Utilidad de las tentaciones. Orar para no ser vencidos.---No ora para que las tentaciones se alejen de él, sino para que no lo dominen. Sabe que a través de las tentaciones se llega a la gloria. Recuerda a Abraham y la injuria de la peregrinación, y el temor de perder a su esposa; y que fue tentado por el dolor de tener que sacrificar a su hijo. Sabe que Job cumplió con todo el servicio de las tentaciones. Rememora a José cuando es vendido por sus hermanos, cuando es instado al adulterio por la esposa de su amo, cuando es retenido en la cárcel como castigo, y que mereció la gloria de la máxima fe a través de estas pruebas de injusticia. El profeta teme el dominio de la injusticia: pero no rehúsa su tentación. Recuerda que sus pasos deben ser dirigidos por el Señor según sus palabras: para que la iniquidad, que ha de tentar, no pueda tener el poder de dominar.

10. Calumnia qué. Difícilmente se evita. Con esto fueron atacados los santos.---Después de lo cual sigue, VERS. 134: Líbrame de las calumnias de los hombres: para que guarde tus preceptos. La tentación humana no es grave, como dice el Apóstol: No os ha sobrevenido tentación que no sea humana (I Cor. X, 13); pero la calumnia es grave. La calumnia es, ya sea cuando a una buena obra se le atribuye el nombre de un acto malo, o cuando bajo una apariencia halagadora se oculta el veneno de la malicia interna. Pues no es obra de una malevolencia directa, sino engañosa y astuta, y bajo la apariencia de buena voluntad, desata la operación de la malicia. Y es difícil protegerse de tales personas, que bajo el nombre de hermanos son enemigos, bajo el nombre de amigos son hostiles, bajo la apariencia de hijos son parricidas, bajo la apariencia de unanimidad, son un mal inevitable para los cónyuges. Caín, el malvado, mató a Abel, el justo, por la familiaridad de ser hermanos. Cam, su hijo, se burló de Noé, aprobado por Dios. Esaú hizo que Jacob fuera un exiliado de la casa paterna. La única que intentó doblegar al poderoso guerrero de Satanás, Job, fue su esposa. ¿Qué calumnias de los hombres engañaron a este mismo santo profeta? ¿Cuántas veces fue traicionado a Saúl? ¿Cuántas veces se informó de los lugares donde se encontraba? En todas partes le acecharon las insidias de los calumniadores.

11. Cómo debe evitarse.---El Señor sabe que los escándalos de calumnia doméstica suelen traer consigo la más grave ruina de la fe, diciendo: Si tu ojo derecho te escandaliza, y si tu pie derecho, o tu mano te escandaliza; arráncalo y córtalo de ti (Mateo XVIII, 8). No habló de los miembros del cuerpo, ya que ni el pie ni la mano pueden causar escándalos; sino que se refiere a los miembros más cercanos y necesarios para nosotros, porque todos somos un solo cuerpo en Cristo, y ordena esto: para que, al permanecer entre nosotros las calumnias y escándalos domésticos, no se adhiera a nosotros ninguna mancha de vicios. Por lo tanto, el Profeta promete que si fuera liberado de estos, guardaría los mandamientos de Dios: porque estas calumnias de todos los domésticos frecuentemente traen impedimento a la fe.

12. Que recibamos la luz del Dios que nos ve.---A continuación sigue, VERS. 135: Ilumina tu rostro sobre tu siervo, y enséñame tus justificaciones. El rostro del Señor ciertamente está sobre los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria (Sal. XXXIII, 17), pero así como Dios mira para castigar, también mira para tener misericordia; de esta manera, su rostro se inclina hacia ambos. Pero el Profeta ora por este rostro del Señor para su iluminación. Pues de la majestad y del rostro del Dios que nos ve recibimos luz, y el rostro de su misericordia inclinado hacia nosotros irradia la gracia de la virtud espiritual. O ciertamente cuando llegue el día del juicio, cuando se nos presente visible en la gloria de la majestad paterna; entonces nos iluminará con la luz de su rostro. Así como ciertos metales y gemas reflejan el brillo de su naturaleza en lo que les es cercano, y ofrecen una apariencia similar por la proximidad de su propia apariencia; y como Moisés recibió luz de la contemplación de la gloria de Dios, de tal manera que el pueblo no podía contemplar el honor de su gloria: así también el Profeta, confesándose siervo de Dios, ruega ser iluminado, y hacerse conforme, según el Apóstol, a la gloria de Dios (Fil. III, 21), y ser enseñado en las justificaciones de Dios, para que no sea visto en parte, ni a través de la sombra de la ley, sino cara a cara, y en contemplación espiritual.

13. La penitencia no debe cesar. Qué significa.---A continuación sigue, VERS. 136: Salidas de aguas pasaron por mis ojos: porque no guardaron tu ley. Consciente de los pecados antiguos, como la misma historia enseña, aunque dirigió todo su corazón hacia Dios; sin embargo, porque ya en el salmo anterior escribió sobre el dolor de su pecado, cuando reconoció su crimen al ser reprendido por el profeta Natán y lloró: ahora tampoco cesa de lavar con lágrimas de verdadera penitencia el crimen de su antiguo acto, diciendo, Salidas de

aguas pasaron por mis ojos: es decir, los manantiales de sus lágrimas, fuentes que han sobrepasado los ríos. Esta es la voz de la penitencia, orar con lágrimas, gemir con lágrimas: y con esta confianza decir: Lavaré cada noche mi lecho, con mis lágrimas regaré mi cama (Salmo VI, 7). Esta es la remisión del pecado, llorar con un manantial de lágrimas, y ser empapado con un abundante rocío de lágrimas. Pero ha mantenido con razón el tiempo, y la firmeza de una fe ya inamovible, también la moderación de su dicho más templado. Pues sobre el pasado dijo: Porque no guardaron tu ley. La confesión del crimen siempre está en el tiempo; porque es necesario que la penitencia del pecado no cese: pero el fin del pecado anterior es del tiempo: porque la verdadera confesión del pecado es, sin interrupción del tiempo, arrepentirse; y la penitencia del pecado es haber cesado de aquello que entendiste que debía ser lamentado. Y por eso el Profeta no cesa de confesar el pecado, y confiesa el pecado del pasado.

CARTA XVIII. -Zade.

Justo eres, Señor, y recto es tu juicio. Has mandado justicia en tus testimonios, y tu verdad en gran manera. Me consume el celo de tu casa, porque mis enemigos han olvidado tus palabras. Tu palabra es muy ardiente, y tu siervo la ha amado. Soy joven y despreciado, pero no he olvidado tus justificaciones. Tu justicia es justicia eterna, y tu ley es verdad. La tribulación y la angustia me han encontrado, pero tus mandamientos son mi meditación. Tus testimonios son equidad eterna; dame entendimiento y viviré.

1. La fe reconoce a un Dios justo, incluso cuando castiga.---Con una fe incansable y perseverante es necesario que en nosotros haya una confesión inamovible e inconmovible; para que no relajemos el fervor de nuestra devoción por alguna injuria de los tiempos o por el dolor de las persecuciones: sino que, si alguna vez nos afligen las enfermedades, las pasiones y los tormentos del cuerpo se ensañan, las pérdidas nos agotan, los duelos y las orfandades nos afligen; siempre usemos esta voz que ahora el Profeta ha usado diciendo, VERS. 137 y 138: Justo eres, Señor, y recto es tu juicio. Mandaste justicia en tus testimonios, y tu verdad es muy grande. Recordemos que primero Él, que es el Señor de todos, es justo, y sus juicios son rectos. ¿Por qué habría de ser injusto con los suyos? ¿Por qué habría de ser injusto con aquellos que Él mismo engendró? La inmensidad de su bondad no permite que se piense eso de Él. Nos engendró no para la injuria, nos engendró no para el dolor de la naturaleza de nuestro origen: si hay algo que sufrimos, sucede por el juicio de su bondad. Se deleita en vencer al diablo con las virtudes de nuestra paciencia, y desea probarnos a través de los duelos, dolores y pérdidas: para que el poder del mundo entienda que no tiene derecho ni condenación sobre sus siervos. Todo lo que ha mandado es justo, probado y verdadero con un aumento de adición; porque son muy verdaderos.

2. La impaciencia ante las tribulaciones es ofensiva para Dios. Causa de celos. Días de ayuno.---Y porque es raro que alguien observe estas cosas; y (también) es difícil mantener una fe inquebrantable en medio de las tempestades de este mundo y entre los naufragios de los vicios humanos; porque si ocurre algo adverso, la queja hacia Dios es inmediata. Pues el avaro acusa a Dios en medio de sus pérdidas. El que ha perdido a sus seres queridos se enoja con Dios por la envidia de sus lágrimas. A Dios le reprocha injusticia aquel que es probado por las persecuciones para la gloria de la confesión. Esta es la queja más insensata de todos, cuando acusan a Dios de injusticia por la impaciencia de su dolor impío. Y por eso el profeta añadió, diciendo, VERS. 139: Me consume tu celo; porque mis enemigos han olvidado tus palabras. El profeta se desmaya de celo por Dios ante todos nuestros vicios y crímenes. La naturaleza humana también tiene esta costumbre, que si alguna vez vemos a alguien oponerse

a la voluntad de aquellos a quienes amamos, nos llenamos de celo por aquel a quien no se obedece. ¿Cuánto dolor nos causa ver a uno del pueblo de Dios convertirse en servidor del mundo, en obrero del diablo, en vaso de muerte, y en materia de gehenna? Por el celo de Dios se enoja quien ve a un cristiano entregarse a banquetes en días de ayuno. Por el celo de Dios se enoja quien observa insolencia hacia los hermanos y ministros. Por el celo de Dios se enoja quien acusa a un cuerpo ya santificado en Cristo de entregarse a la lujuria.

3. Ejemplos de celo.---Recordamos que los Apóstoles también tuvieron este celo cuando el Señor entró en el templo y, con un látigo hecho de cuerdas, expulsó a todos los que vendían y compraban (Juan II, 17): y de ese celo está escrito, El celo de tu casa me consume (Salmo LXVIII, 10). A veces convertimos en templo de Dios, o en casa de comercio, o en cueva de ladrones. El templo de Dios, según el apóstol, son los cuerpos que han sido santificados en Cristo (I Cor. VI, 19). Y estos mismos cuerpos, cuando pensamos y actuamos en adulterios, asesinatos, robos, falsedades, saqueos, los convertimos en cueva de ladrones; pero cuando nos ocupamos en los negocios del mundo y en los comercios de las negociaciones, entonces hacemos de la casa de Dios una casa de comercio: de modo que lo que debería ser un lugar de oración, se convierte en un escondite de ladrones o en una casa de negocios. Por este celo, el Señor se conmueve para expulsar a este tipo de personas del templo. También usaron este celo hombres probados y aceptados por Dios. Pues también Finees, por este celo, mereció el juicio de la paz eterna. Cuando los hijos de Israel fornicaron, y él, incitado por el celo de Dios, actuó en su castigo; entonces el Señor dijo, Finees, hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, ha calmado mi ira contra los hijos de Israel, porque ha descansado mi alma: porque ha tenido celo por mi celo (Números XXV, 11). El santo profeta Elías, quien fue arrebatado en cuerpo a la morada celestial, dijo, Con celo he tenido celo, porque los hijos de Israel te han abandonado y han matado a tus profetas: y yo he quedado solo (I Reyes XIX, 10).

4. Olvidadizos de la Palabra de Dios, dignos de odio.---Este mismo celo también sostiene a este profeta. Pues ve las quejas irreligiosas de la pérdida, los llantos impíos de luto, el olvido profano de la ley de Dios: y por eso, quienes actúan así, son sus enemigos. Ningún hombre religioso puede tener derecho de amistad con tales personas, ya que deben ser evitados y detestados con el odio de los irreligiosos. Pues esto mismo se enseña en otro salmo, cuando se dice: A los que te odian, Señor, los odio, y me consumía por tus enemigos: con perfecto odio los odiaba (Sal. 138, 21). También el Señor dijo a Abraham: Quien te maldijere, maldito será, y seré enemigo de tus enemigos, y adversario de tus adversarios (Gén., 12, 3). Si los enemigos de Abraham son enemigos de Dios; ¿cómo debemos ser nosotros con aquellos que vemos como enemigos de Dios?

5. En las palabras de Dios no hay nada vano, nada que no sea verdadero. Luego presenta la razón por la cual odia a aquellos que han olvidado las palabras de Dios: no son vanas, no terrenales, no ligeras. Dice, en el versículo 140: "Tu palabra es muy pura: y tu siervo la ama". La traducción latina no explica la propiedad de esta palabra. Lo que para nosotros es "ignitum", en griego se escribe "πεπυρωμένον". "Πεπυρωμένον" significa aquello que ha sido purificado como si hubiera sido fundido por el fuego. Todos los metales que se funden con fuego no contienen impurezas ni elementos inútiles; todo lo que queda en ellos es verdadero y perfecto, purificado de toda contaminación de vicios: así es la palabra de Dios, que contiene la fe en los bienes eternos. De ahí que el Señor diga en los Evangelios: "Ni una jota, ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido" (Mateo 5, 18). Todo es verdadero, y las palabras de Dios no han sido establecidas ni ociosamente ni inútilmente: sino que están purificadas de toda ambigüedad de vanidad superflua: y purificadas intensamente, para que no se piense que hay algo allí que no sea perfecto y propio. Por lo tanto, su siervo las ama.

No solo las cumple, sino que también las ama: porque la obra del amor supera a la obra de la obediencia. La obediencia sola es, a menudo, por temor; en cambio, el amor solo surge de la devota voluntad de la mente.

6. David, joven y despreciado, es elegido como rey. --- Luego dice, VERS. 141: Soy más joven y despreciado: no he olvidado tus justificaciones. Estas palabras las pronuncia el profeta en su propio nombre; pero también son aplicables al pueblo de nuestro tiempo: y en cuanto se cree que David dijo esto de sí mismo, se muestra claramente. Pues el profeta Samuel fue enviado por Dios a la casa de Jesé para ungir a uno de sus hijos como rey. Cuando llegó, ordenó que todos los hijos de Jesé se presentaran. Luego vio al mayor, hermoso de aspecto, destacado en porte y estatura: pero fue advertido con esta respuesta: No mires su hermosura ni su gran estatura, porque el hombre no ve como Dios. El hombre ve lo que está delante de sus ojos, pero Dios ve el corazón (I Sam., 16, 7). Se presentó el segundo, se presentó el tercero, y se presentaron todos los que Jesé tenía entonces presentes: pero ninguno de los presentes fue del agrado. Sin embargo, como el profeta Samuel sabía que no mentía quien le había ordenado estar allí, y entendía que ninguno de los presentes había sido elegido por Dios, dijo a Jesé: ¿Acaso tienes otro hijo? (Ibid., 11). A lo que respondió: Tengo uno pequeño, que dejé cuidando el rebaño. Este, pues, fue elegido por el Espíritu Santo y ungido como rey: y de joven y despreciado, recibió la gloria de profeta y rey.

7. El pueblo joven adquiere la primogenitura.---En verdad, estas cosas conciernen al pueblo que es más joven y que antes fue despreciado. Pues estaba en los vicios del mundo, estaba en la noche de la ignorancia, estaba en la casa agreste, rústica y ruinosa del cuerpo terrenal. Pero este no olvida las justificaciones de Dios; este pueblo más joven, al ser rechazado el pueblo más antiguo, es elegido para la herencia de la familia. Jacob compró la primogenitura de Esaú, quien la consideró inútil como si estuviera a punto de morir (Gén., XXV, 32). Este pueblo joven sabe que las primicias de su nacimiento son eternas y no pueden ser arrebatadas por la muerte. Por lo tanto, no olvida aquello que el mayor desesperó y vendió.

8. La fe compró lo que el anciano perdió por infidelidad. La ley que ya se ha convertido en verdad.---VERS. 142. Finalmente, enseña lo mismo en el siguiente verso: Tu justicia es eterna, y tu ley es la verdad. Estas justicias no las consideró el pueblo que salió de Egipto, al cual el mar se abrió, al que la columna de nube sirvió de día y la columna de fuego de noche, al que el maná del cielo proveyó por la mañana, al que veintisiete reinos cedieron, al que el Jordán se detuvo seco, al que los muros de Jericó cayeron al sonido del ejército y al circuito del arca del testamento. Estas justicias de Dios las conoce el pueblo que es joven eternamente. Estas, porque sabía que eran eternas, las compró con fe; estas, porque creía que iba a morir, el anciano las vendió por infidelidad. Para el pueblo joven, la ley es la verdad. Pues verdaderamente ahora, por medio de Jesús, la circuncisión del corazón se repite para la vida, verdaderamente atraviesa el mar de este siglo hacia la tierra prometida, verdaderamente toma el maná celestial eternamente, verdaderamente se regocija renacido en el Jordán, verdaderamente inmola la Pascua del Cordero para ser liberado por su sangre, verdaderamente se deleita en los ázimos de sinceridad, y se purga del fermento de la antigua malicia: ya no es para él la sombra de la ley, sino la verdad.

9. Por causa de la verdad, la voz y la obra de los que sufren.---Sabe, sin embargo, que por esta confesión de la verdad, este pueblo joven es acosado por muchas persecuciones. De aquí provienen en todo el mundo las bienaventuradas confesiones de los fieles y los santos martirios. De aquí, muchos han sido despojados de sus patrimonios, dispersados en el exilio, encadenados, golpeados, quemados, asesinados: pero siempre, con la meditación fiel de los

mandamientos, han vencido todo lo que se les ha presentado, con la virtud de una fe confirmada. Y por eso dice, VERS. 143: La tribulación y la angustia me han encontrado: pero tus mandamientos son mi meditación. Aunque las luchas apremien, se intenten los exilios, se apliquen proscripciones, no digo que se inflijan muertes, sino que se renueven con ingenios de penas (Vid. Tract. ps. LXV, n. 21): sin embargo, siempre debe ser la voz del hombre fiel, La tribulación y la angustia me han encontrado: pero tus mandamientos son mi meditación. No por la fuerza que ocupa, ni por el olvido del tiempo que se insinúa, debe faltar en nosotros la meditación de los mandamientos de Dios.

10. Inteligencia, don supremo.---Luego dice, VERS. 144: La equidad de tus testimonios es eterna: dame entendimiento de ellos, y viviré. No se contenta con considerar y esperar que los testimonios de Dios sean justos solo en el presente: espera la equidad de ellos para siempre, y a través de tribulaciones y angustias superiores se esfuerza por obtener lo que es eterno. Aquel rico del evangelio, al no considerar que nada es eterno, cambió su felicidad presente por una muerte penal (Luc. XVI, 25). En cambio, Lázaro, el pobre, esperando los testimonios eternos de Dios, es acogido en el seno de Abraham y cambia la miseria de una vida laboriosa por el honor de un descanso bienaventurado. El profeta ora por la inteligencia de estos, un don supremo entre los muchos dones de las gracias espirituales: y a través de ella suplica ser vivificado. Pues así como ahora medita en los testimonios y mandamientos de Dios en el presente, así espera los eternos: y así como vive la vida del cuerpo, también solicita vivir en la gloria eterna por el entendimiento que ha recibido de Dios.

Carta XIX. Koph.

Clamé con todo el corazón, escúchame, Señor; tus justificaciones buscaré. Clamé a ti, sálvame: y guardaré tus mandamientos. Me adelanté en la madrugada, y clamé: en tus palabras esperé siempre. Y se adelantaron mis ojos al amanecer, para meditar en tus dichos. Mi voz, escúchala, Señor, según tu gran misericordia: según tu juicio vivifícame. Se acercaron los que me persiguen con iniquidad: pero de tu ley se alejaron. Tú estás cerca, Señor, y todos tus mandamientos son verdad. Desde el principio conocí tus testimonios: porque para siempre los fundaste.

397. 1. El clamor de la boca, no del corazón, está prohibido en la oración. ---Entre muchos preceptos de la doctrina evangélica, el Señor nos ha exigido el silencio al orar (Mat. VI, 6): para que, en silencio y desde lo más íntimo del corazón, oremos, y que en ello no sea más importante el oficio de la voz que el de la mente: ya que Dios escucha los secretos de nuestra oración, porque es el inspector de los secretos. Por lo tanto, parece contrario a las enseñanzas evangélicas lo que dice el Profeta, diciendo, VERS. 145: Clamé con todo mi corazón, escúchame, Señor; buscaré tus justificaciones. Pero el Profeta sabe que el clamor debe ser más bien del corazón, no de la voz: y por eso clama desde el corazón. Aquí no hay sonido de voz elevada, ni audición corporal, sino clamor de fe, clamor de la mente: que debe elevarse hasta el trono de Dios, no por el esfuerzo de la voz, sino por el espíritu de la fe. Pues aquel que clama a Dios con todo el corazón es quien pide grandes cosas, quien ruega por lo celestial, quien espera lo eterno, quien vive en los oficios del temor inocente.

2. Clama el Abel asesinado. Moisés, en silencio, clama con fe. El clamor del Espíritu.---Así también en el inicio de este mundo, el justo Abel, aun asesinado, habla y clama en gran manera. Pues está escrito: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí (Gén. IV, 10). No es humilde la queja de los santos, ni es deprimida la oración de los fieles. Es elevado lo que solicita, excelso lo que espera, resonante el clamor de lo que suplica. Faraón acosaba con

ejércitos hostiles al pueblo de Dios, el mar Rojo obstaculizaba la huida, Israel, cercado por todas partes, ya parecía destinado a la muerte, con el enemigo cercano y el mar enfrente. En medio de esto, la Escritura no testifica que Moisés haya alzado voz alguna a Dios: estaba triste, estaba en silencio, pero resonando en secreto en su corazón, y clamando con la fe de su oración. Pues la voz divina atestigua esto, diciendo: Pero el Señor dijo a Moisés, ¿Por qué clamas a mí? (Éxodo XIV, 15). Él callaba; pero la oración de su fe era un clamor a Dios. También el Apóstol reconoce este clamor del espíritu en los hombres fieles, cuando dice: El Espíritu clama en nuestros corazones, Abba Padre (Gál. IV, 6). Este clamor del silencio penetra hasta los oídos de Dios; pero oídos que no escuchan el clamor, sino la fe; fe que no pide riquezas terrenales, ni desea gloria vana y caduca, ni suplica por placeres del cuerpo que han de morir. El Apóstol, en efecto, escribe sus epístolas con breves letras, y esta es la forma común de sus elementos y caracteres: pero sabe que estas son sus grandes letras, diciendo: Mirad con qué grandes letras os escribo de mi propia mano (Gál. VI, 11): Comprendiendo en tales letras la magnitud de los sentidos y la utilidad de los preceptos. Clama, pues, el Profeta con todo el corazón. Y porque clama desde el corazón, ora para ser escuchado: y esta escucha solicita, para buscar las justificaciones de Dios. Sabe que estas son ocultas y latentes, y cubiertas por la sombra de la ley. Desea investigarlas, para lo cual se necesita de muchas y grandes cosas, con el clamor del corazón, el mérito de la escucha, el deber de la investigación.

3. El orden en que debe pedirse la salvación. Oración de los labios. Recompensa de la salvación.---VERS. 146: Pero aquel que clamó para ser escuchado e investigar las justificaciones de Dios, ahora clama para ser salvado y guardar los testimonios de Dios. ¿Con cuánta modestia mantuvo el orden? No se atrevió a esperar que su clamor inmediatamente le llevara a la salvación. Primero fue digno de ser escuchado, primero fue necesario investigar las justificaciones. La audición debía ser merecida, la investigación debía ser aplicada: y la salvación debía esperarse después de esto. Sin embargo, nosotros pedimos la salvación como si fuera un derecho: y como si fuera necesario que Dios nos la concediera, la pedimos desde nuestras primeras oraciones. Ojalá habláramos con el clamor del corazón. Nuestros labios, con el sentido errante, murmuran lo que no saben, y la mente, ocupada en otras cosas, no sigue el deber del cuerpo. Pero el profeta, después de tantas oraciones precedentes, oró para ser salvado; enseña la recompensa de la salvación, diciendo: Y guardaré tus mandamientos. Esta es la milicia de nuestra fe, guardar los mandamientos, y como un secreto fidelísimo, conservar este tesoro del precepto depositado y encomendado a nosotros.

4. Los años juveniles dedicados a Dios.---Aquel que clamó y profesó guardar los testimonios de Dios, es decir, bajo el testimonio del cielo, la tierra y los ángeles, añadió además el mérito de obtener la salvación, diciendo, VERS. 147: Me adelanté en la madurez y clamé, y en tus palabras siempre he esperado. No esperó a la vejez débil para los vicios, ni eligió el tiempo de la edad fría cuando los ardores de la lujuria se apagan por el largo uso. Sino que anticipó toda madurez con fe y religión, venciendo la juventud mediante la continencia, y reprimiendo los años lascivos, anticipando la madurez de la vejez con la tranquilidad de una adolescencia modesta y casta. Y es el clamor del Profeta, que espera en las palabras de Dios; no en algún momento, sino siempre. Pues no hay fin para nuestra esperanza: sino que siempre se extiende hacia las cosas celestiales y avanza hacia las promesas eternas de Dios. No hay tiempo vacío, ni ocioso.

5. Vigilias de meditación antes del amanecer.---Finalmente, sigue el VERS. 148: Y mis ojos se adelantaron al amanecer, para meditar en tus palabras. Aquel que en la madurez había anticipado con clamor, ahora anticipa los mismos días con meditaciones. Él vela al amanecer,

no espera a que la luz infundida perturbe sus ojos cargados de sueño. Él vela, y cubre con oraciones el mismo retorno del nacimiento de la luz: ahora ocupado con los dichos de los profetas, ahora atento a los himnos de los salmos, ahora absorto en las gestas de los patriarcas y santos, meditando en todo momento y con asiduidad en la palabra de Dios.

6. Confiar en la misericordia de Dios, no en sus propios méritos.---A continuación sigue, VERS. 149: Escucha mi voz según tu misericordia, Señor: según tu juicio vivifícame. Aprendamos la modestia de las palabras del Profeta en todos los versículos anteriores, el clamor del corazón, la búsqueda de las justificaciones, la custodia de los testimonios de Dios, la continencia de la juventud y las vigilias de la meditación antes del amanecer: y a través de esto, poniendo toda esperanza en la misericordia de Dios, finalmente pide ser escuchado según la misericordia, y solicita misericordia según el juicio de Dios. Nosotros, si ayunamos una vez, creemos que hemos hecho suficiente; si damos algo de la abundancia de nuestras posesiones domésticas al necesitado, creemos que hemos cumplido con la justicia: ayunamos para agradar a los hombres o para aliviar nuestros cuerpos cansados de comida, y durante los mismos ayunos, pensamos en lujurias, asesinatos, injurias, odios; y damos una pequeña cantidad, mientras no soportamos al necesitado que golpea nuestras puertas, o mientras buscamos la fama de la bondad en la vana y ociosa opinión de los hombres; y creemos que se nos debe ser escuchados. Pero el profeta espera todo de Dios, espera todo de su misericordia. En las obras de bondad, él mismo es perfecto: pero no considera que esto sea suficiente para la salvación, a menos que obtenga misericordia según las compasiones y juicios de Dios.

7. Al acercarse para hostigar a los fieles, se aleja de la ley de Dios. ---Nunca está ocioso, nunca deja de acosar y perseguir a los cercanos: toda su vida, según la fe de la Escritura, fue una emboscada. Pero también, quien ahora desea agradar a Dios, necesariamente debe desagradar a los impíos. Y por eso dice, VERS. 150: Se han acercado los que me persiguen con iniquidad; pero se han alejado de tu ley. Se cree que estas palabras las dijo de sí mismo, cuya vida fue acosada por todas partes. Pero quien en este salmo sigue el orden de la doctrina humana, ha dispuesto todo para nuestra instrucción: para que reconozcamos que aquellos que se acercan a la injuria de los fieles están lejos de la ley de Dios. Pues cuanto mayor es el acercamiento de la injuria a los santos, tanto mayor es el alejamiento de la ley de Dios. Sin embargo, debemos tener cuidado de que nunca nos mueva la ira contra los hermanos, que nunca nos estimule la envidia, que nunca nos irrite la emulación: para que no hagamos algo irreligioso o despectivo contra aquellos cuya injuria, cuando la apoyamos, nos aparta de la ley de Dios.

8. Dios está en todas partes, como el alma en todos los miembros, completamente. Esta permanece intacta cuando un miembro putrefacto es cortado.---Luego sigue, VERS. 151: Estás cerca, Señor, y todos tus mandamientos son verdad. En otro lugar leemos: Soy un Dios cercano, y no un Dios lejano, dice el Señor (Jeremías XXIII, 23). Dios no está contenido en lugares corporales, ni la inmensidad de la virtud divina se limita a fronteras o espacios. Está presente en todas partes, y completamente dondequiera que esté: no está en parte en ningún lugar, sino que está en todo en todas partes. El bienaventurado Apóstol, respondiendo en una asamblea a los atenienses ridículos por la inanidad de su filosofía, dijo: No buscamos a un Dios que habite lejos de nosotros: en Él vivimos, nos movemos y existimos (Hechos XVII, 28). Y el Espíritu de Dios, según el profeta, llenó el orbe de la tierra (Sabiduría I, 7). Y de nuevo: ¿No lleno yo el cielo y la tierra?, dice el Señor (Jeremías XXIII, 24). Nada está vacío de Dios, nada carece de Él. Está en todas partes, como el alma corporal, que está difundida en todos los miembros y no está ausente de ninguna de sus partes. Aunque tiene una sede particular y regia en todo el cuerpo, se infunde en las médulas, los dedos, las articulaciones.

Ahora bien, si algunos miembros del cuerpo están corruptos y es necesario cortarlos, cuando esos mismos miembros, muertos por sus vicios, no tengan uso: lo que es putrefacto de la carne caduca será cortado sin detrimento del alma. Pues el alma de nuestro cuerpo está mezclada con los miembros sanos e íntegros: y cuando estos sean putrefactos y deban ser cortados, no la sigue.

9. Dios, aunque está en todas partes, no está presente en los viciosos.---Estas comparaciones con la naturaleza divina son superfluas, ya que lo eterno es incomparable y no admite la forma de la verdad creada, siendo una excepción de la divinidad infinita. Sin embargo, este tipo de ejemplo se adapta a nuestra inteligencia: para que, según la autoridad de las palabras celestiales, entendamos que Dios, incorpóreo e inmenso, está presente en este mundo circunscrito y corporal, pero no en los viciosos y en aquellos muertos por sus obras. Además, el entendimiento de las cosas divinas e invisibles sigue la contemplación de las cosas corporales y sus naturalezas. Vemos al sol permaneciendo en cierta parte del cielo, según su curso, y ciertamente se extiende por todas partes, está presente en todas partes, y así como es en todo, se infunde en cualquier lugar con la misma magnitud. Pero si incide en las ventanas cerradas de las casas, su luz está presente, pero aquellas que están cerradas se negarán a sí mismas su luz.

10. La presencia de Dios nos quiere cautos.---En todas las obras de nuestra vida, debemos ser circunspectos y estar abiertos a Dios: primero, para que se digne infundir su luz en nuestros corazones libres y abiertos por la inocencia; luego, para que creamos que actuamos en el seno de su divinidad, y que no está ausente cuando nos enojamos, cuando golpeamos, cuando despreciamos, cuando maldecimos, cuando nos embriagamos, cuando nos entregamos a la lujuria, cuando descuidamos lo divino y lo humano, pecando con mayor afrenta a Aquel en cuya presencia realizamos estas acciones.

11. Pero a esto se añade también el hecho de que sus mandamientos son verdad. Nada allí es ambiguo, nada dudoso, todo está perfectamente completo en la absolución de la verdad: lo cual se descuida con mayor peligro, cuanto más están establecidos como preceptos de verdad.

12. Testimonios de Dios desde el principio del siglo y en adelante.---Sin embargo, el profeta añadió que lo conocía, diciendo, VERS. 152: Desde el principio conocí tus testimonios, porque los fundaste para siempre. Aunque el profeta diga esto de sí mismo, conociendo él mismo la ley de Dios desde el principio, sin embargo, se aplica a toda la humanidad, que ha sido instruida por las doctrinas de Dios desde la creación del mundo. Pues quien recuerda la ley de la voluntad establecida para Adán, quien ha aprendido sobre la misma creación de Eva, quien ha escuchado la maldición de la serpiente, quien ha leído sobre el árbol de la vida cerrado por el querubín con espada flamígera y giratoria, quien ha sabido de la sangre clamante de Abel asesinado, quien considera el castigo tanto de Caín como de Lamec (Gén. IV, 24), quien ha investigado sobre Enoc trasladado, Noé preservado, la bendición de Sem y Jafet, y la maldición de Cam, quien ha conocido al sacerdote Melquisedec, a Abraham elegido, a Isaac prometido, a Jacob preferido, a José vendido, a Judá santificado, a Moisés nutrido, instruido, y después de los grandes sacramentos de la ley dada, muerto en la palabra de Dios, y a Josué como distribuidor de la tierra prometida y autor de la circuncisión renovada: ciertamente podrá usar la voz del profeta: Desde el principio conocí tus testimonios; porque los fundaste para siempre. En la vida y hechos de todos los hombres mencionados anteriormente se contiene la esperanza de los bienes eternos: y a través de ellos somos instruidos en la doctrina de la predicación evangélica. Pero lo que ha sido fundado, se prepara para la edificación de la futura casa. Pues somos edificados, según el bienaventurado

Pablo, sobre el fundamento de los profetas y apóstoles (Efes. II, 20), en los cuales los testimonios de Dios están fundados para siempre, donde se construirá aquella celestial y regia ciudad santa de Jerusalén: que es la casa de los ángeles que la frecuentan, y de los elegidos primogénitos, cuyos fundamentos son piedras vivas y preciosas gemas vivientes en Cristo, resucitando, reinando, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

Carta 403. Resch.

Mira mi humillación y líbrame, porque no he olvidado tu ley. Juzga mi causa y redímeme; vivifícame por tu palabra. Lejos está la salvación de los pecadores, porque no han buscado tus justificaciones. Tus misericordias son muy numerosas, Señor; vivifícame según tus juicios. Muchos son los que me persiguen y me afligen, pero no me he desviado de tus juicios. Vi a los que no guardan el pacto y me consumía, porque no han guardado tus palabras. Mira que amo tus mandamientos, Señor; vivifícame en tu misericordia. El principio de tus palabras es la verdad; eternamente son todos los juicios de tu justicia.

1. En la humildad, la cabeza y la suma de todos los mandamientos, todos los nombres y premios de la fe.---El santo profeta, en todo el salmo, nos ha propuesto muchos y grandes ejemplos de su fe y confesión: a través de los cuales establece en sí mismo la forma de creer, actuar, entender, ignorar, esperar y orar para los demás, perfeccionando al hombre evangélico con la observancia completa de la ley. Y aunque realiza o testifica o espera todo lo que es agradable a la voluntad divina o propuesto a la esperanza humana; recuerda, sin embargo, en qué género de observancia consiste la cabeza y la suma de todos los mandamientos; y sabe qué se le pedía a su Señor, incluso a los mismos Apóstoles, a quienes se les confiarían las llaves de los cielos. Pues cuando entre ellos discrepaban en opiniones y deseos, y cada uno presumía de su primacía con contienda humana, deseando o exigiendo ser superior a los demás; el Señor, mostrando de dónde debía pedirse el premio de este mérito y nombre, dijo: El que quiera ser el mayor entre vosotros, sea el más pequeño de todos (Luc. XXII, 26): porque todo el que se humille será exaltado, y el que se exalte será humillado (Mat. XXIII, 12). En la humildad, ciertamente, enseñó que se contienen todos los nombres y premios de la fe. Por lo tanto, es muy útil, obedeciendo los preceptos divinos, contener dentro de sí mismos toda la vanidad rota y aplastada de la insolencia y petulancia humana, y mantenerse dentro de la modestia de la humildad, considerando la magnificencia y misericordia de Dios.

2. David muestra solo humildad. Reserva la venganza para Dios.---Por lo cual, este santo y rey profeta, asignado a la carne de su descendencia en origen a Dios y a su Señor, proclama entre estas infestaciones del mundo y las luchas contra las maldades espirituales, con la única y tal ambición de su oración a Dios, VERS. 153: Mira mi humildad y líbrame, porque no he olvidado tu ley. No busca en sí mismo las riquezas del reino, ni el espíritu de profecía, ni otros nombres de jactancia humana, sino la humildad, ruega. Pues no resiste con armas de guerra a los que lo persiguen, ni impaciente por la indignación humana se apresura a la venganza y al tiempo de poder y reino. Sino que, sabiendo que esta es la sentencia de la voluntad divina: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor (Rom. XII, 19), no olvida la ley de Dios en la retención de la humildad, sino que ruega ser liberado por ser humilde: declarando que la memoria de la ley de Dios está en la conservación de la humildad.

3. El juicio de él es recto.---Reservando, por tanto, todo al juicio divino, y pidiendo ser liberado por el mérito de la humildad, quien en nada se moviera contra las constituciones de Dios, contra los odios humanos, contra la paciencia de las molestias presentes, y nada en este siglo presente decidiera que debía ser juzgado por él, consecuentemente añadió esto, VERS.

154: Juzga mi causa, y redímeme; por tu palabra vivifícame. Es voz de una gran y segura conciencia pedir el juicio de su propio juicio: para que aquello que ha sido establecido por él y le ha complacido, también desee el examen de la sentencia divina. Aquí no se deja desviar por la opinión de un sentido corrupto, juzgando a otros o a sí mismo: ni se aparta del verdadero juicio por ira, gracia, odio o amor: no ignorante de este mandato evangélico: Porque con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados (Mat. VII, 2).

4. Espera la redención por Cristo.---Pero ni siquiera él teme el juicio de su propio juicio, quien dice: Yo no juzgué saber algo, sino a Cristo Jesús, y a este crucificado (I Cor. II, 2). En esta seguridad de su juicio, el profeta, esperando el tiempo de la redención, ruega ser redimido y vivificado por las palabras de Dios. Pues vendidos bajo el pecado, seremos liberados por la redención y justificación en la sangre del Señor. Esto lo ha testificado la legislación, todo el espíritu de la profecía, la esperanza de los patriarcas, las voces de los ángeles, la palabra del divino discurso en todo el tiempo del siglo: por lo cual ruega ser redimido y vivificado.

5. La ignorancia voluntaria carece de perdón.---Pero estas mismas palabras de Dios, así como anuncian vida y redención a los piadosos, tampoco dejan esperanza a los impíos. Pues estas palabras del profeta sobre los pecadores siguen inmediatamente; VERS. 155: Lejos está de los pecadores la salvación; porque no buscaron tus justificaciones. La ignorancia de la voluntad no tiene perdón: porque bajo la facultad del conocimiento, el no saber es más bien una culpa de la ciencia rechazada que de la no encontrada. Por eso la salvación está lejos de los pecadores, porque no buscaron las justificaciones de Dios: ya que no permanecen consignadas en las letras por otra razón que para fluir hacia el conocimiento y entendimiento de todos. Pero el profeta, sabiendo que la salvación está lejos de los pecadores que no buscan las justificaciones de Dios, sin embargo, está cerca del Señor aquellos que son rectos de corazón (Salmo XXXIII, 19); también según aquello del Apóstol, Vosotros que estabais lejos, habéis sido hechos cercanos (Efesios II, 13); para que ni él mismo, ni la salvación de él esté lejos, busca el conocimiento de las justificaciones de Dios.

6. Los sacramentos de la ley prefiguraban lo eterno.---No se ignora cuánto en estos sacramentos se expresa el misterio de nuestra salvación a través de ciertas prefiguraciones de realidades eternas en nociones presentes; en el Hebreo, por ejemplo, sirviendo solo seis años, y después de este mismo período de seis años, la tierra debía ser dejada en reposo, y sus frutos asignados incluso a las bestias; también en la ley del año del Jubileo, es decir, el quincuagésimo año, por la cual, al liberarse los pactos de deudas, y al regresar todos los campos a los derechos de sus dueños si acaso hubieran cambiado, se anuncia una nueva y celestial remisión y renovación de todas las cosas. Y porque la salvación está lejos de aquellos que no han investigado estas cosas; el Profeta, completamente dedicado a investigar estas, contemplando en un espejo las justificaciones de la divina y eterna misericordia, añadió, VERS. 156: Tus misericordias son muchas, Señor, vivifícame según tu juicio. En verdad, las misericordias de Dios son muy numerosas: exceden el límite de la opinión humana.

7. En las tribulaciones, David no se aparta de Dios.---Pero al profeta, confiado en esto y esperando ser vivificado en los juicios de Dios, lo fatigan los odios y persecuciones de muchos desde fuera. Sin embargo, no olvidando sus misericordias, de las cuales según el mismo profeta no hay número, no se apartó de sus testimonios. Pues sigue, VERS. 157: Muchos son los que me persiguen y me afligen; de tus testimonios no me he apartado. No es empujado, no se mueve: y aunque muchos lo persigan, ni siquiera se desvía.

8. El celo de aquel por la ley de Dios.---Pero quien así permanece en los mandamientos de Dios, que no puede ser impulsado ni desviado por los que lo persiguen, tiene motivo para perturbarse con gran dolor, no solo hasta el punto de la aflicción, sino incluso hasta la disolución de su alma, como si se derritiera: cuando, mientras él no se aparta de los testimonios de Dios, otros se desvían de la ley de Dios y corrompen la fe y el pacto asumido de la ley. Estos son los tormentos, estas son las fatigas que siente el Profeta, cuando dice, VERS. 158: Vi a los que no guardan el pacto, y me consumía: porque no guardaron tus palabras. El pueblo de Israel, sellado con el testamento, fue llamado heredero, y al escuchar la voz desde el monte del Señor, respondió: Todo lo que ha dicho Dios, lo escucharemos y lo haremos (Éxodo XXIV, 7). Pero cuando adoró a dioses ajenos, cuando se contaminó con los vicios de todos los crímenes, perdió el pacto y la proclamación de la obediencia escuchada y profesada. Pues no guardaron las palabras de Dios, que respondieron que harían y escucharían. Y no es nueva la aflicción de este profeta por la transgresión del pueblo: ya que sabemos que el mismo Señor lloró por la impiedad de Jerusalén (Lucas XIX, 41), y el Apóstol llora por los impenitentes con la misma enseñanza (Filipenses III, 17), y además, si alguien se escandaliza, se quema (II Corintios XI, 29).

9. La ley se cumple por amor, no por temor.---Pero quien se duele por aquellos que no guardan el pacto y se consume, no rehúye el examen de los mandamientos de Dios en sí mismo. Pues dice, VERS. 159: Mira que he amado tus mandamientos, Señor: vivifícame en tu misericordia. Para el Profeta es poco cumplir los mandamientos por miedo: más bien los ama, porque la operación del amor está fuera de la necesidad del temor. Y aunque el amor a la ley es más poderoso que el miedo, no confía tanto en sí mismo como para no suplicar ser vivificado más bien por la misericordia de Dios. No cree que vive ahora, sino que espera la vida cuando este cuerpo mortal sea quitado y absorbido en la gloria de la inmortalidad.

10. Primer discurso de Dios sobre el hombre. — Pues sabe que esto le fue prometido ya en el inicio de su creación, cuando Dios dice: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gén. I, 26). Este es el principio de la palabra de Dios sobre el hombre, cuando se estableció el comienzo de nuestra existencia a imagen de la eternidad interminable. Seguro, entonces, de que viviría con esa vida y a imagen de Dios, dice, VERS. 160: El principio de tus palabras es la verdad: eternos son todos los juicios de tu justicia. Las palabras de Dios no pasarán aunque pasen el cielo y la tierra (Mat. XXIV, 35). Todo lo que ha salido de sus labios no es en vano. Las justificaciones son eternas, y la justicia es eterna. Por lo tanto, el principio de las palabras de Dios es la verdad: ni sobre sí mismo, es decir, sobre la creación del hombre, conoce otro discurso anterior de Dios que no sea que fue hecho según la imagen y semejanza de Dios. Esta es, por tanto, la constitución de la verdad inmutable: así, en el principio de las palabras de Dios está la verdad, para que el nuevo hombre regenerado en Cristo viva en adelante según la imagen del Dios eterno, es decir, del Adán celestial, ya eterno.

Carta XXI. Sin.

Príncipes me persiguieron sin causa: y mi corazón temió tus palabras. Me alegraré en tus dichos, como quien encuentra muchos despojos. La iniquidad odié y abominé; pero amé tu ley. Siete veces al día te alabé por los juicios de tu justicia. Mucha paz tienen los que aman tu nombre: y no hay para ellos tropiezo. Esperaba tu salvación, Señor, y tus mandamientos cumplí. Mi alma guardó tus testimonios, y los amó vehementemente. Guardé tus mandamientos (y tus testimonios) porque todos mis caminos están ante ti.

1. Entre los odios de los príncipes, Dios no debe ser negado.---El profeta David soportó ciertamente los graves odios y persecuciones del rey Saúl y de los príncipes del pueblo, porque la impiedad declarada no pudo soportar la constancia de una conciencia piadosa. Pero, conformando al hombre evangélico y apostólico con Dios, no es ignorante del discurso evangélico, donde dice: "Porque os entregarán, y os azotarán en las sinagogas, y compareceréis ante reyes y autoridades como testimonio para ellos y para las naciones" (Mateo 10, 17 y 18). Además, insinuando la constancia de la predicación y enseñando la gloria de la confesión, previamente los había exhortado diciendo: "Todo aquel que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos" (Ibid. 32 y 33). Ya sea, por tanto, dedicado por la ley, o incluso preparado para la gloria del Evangelio, quien ni a Saúl ni a su pueblo dejó causa para perseguirlo, y a través de muchos odios de príncipes y naciones supo que por el reino de los cielos debía renunciar al mundo; confiadamente dice estas palabras a Dios, VERS. 161: "Los príncipes me persiguieron sin motivo: y mi corazón temió tus palabras." Pues temía ser negado, si negaba.

2. Voz de la fe victoriosa.---Pero como no ignora las recompensas de esta bienaventurada persecución, al decir el Señor: Bienaventurados sois cuando os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros por causa de la justicia; alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo (Mateo V, 11 y 12); después de los odios de los príncipes, moderó el temor con las palabras de Dios que así siguen, VERS. 162: Me alegraré en tus palabras, como quien encuentra muchos despojos. Hubo, por tanto, temor de que, por las persecuciones de los príncipes, se sometiera indignamente o cediera: porque tanto causar los odios no es propio de los santos, como perder la gracia de Dios por temor al mundo es sin perdón. Pero encontrar despojos es propio del vencedor: ciertamente ofrecerlos de sí mismo ya es de quien ha sido vencido. Con estas persecuciones, el profeta no se quiebra, y vence los odios de los príncipes con la fe; recoge ciertos despojos de impiedad de los vencidos. Pues sabe, según los Evangelios, que el fuerte está atado en su casa, y despojado de las armas de su poder, ya ha ofrecido despojos para ser saqueados por los fieles (Mateo XII, 29). Se alegra, por tanto, ahora en las palabras de Dios, como quien encuentra muchos despojos: habiendo quebrantado el poder de los impíos, y permaneciendo victorioso en la fe, los ha despojado de todas sus armas, ya sea de impiedad o de crueldad.

3. No conviene sino a los que aman la ley.---Pero este afecto de alegría no está presente, sino en el amor a la ley divina y en la abominación de la iniquidad: porque nadie deseará huir sino de lo que odia, ni se esforzará por obtener sino lo que ama. Alegrándose, pues, como sobre muchos despojos, añadió, VERS. 163: Odio y abomino la iniquidad; pero amo tu ley. Por lo tanto, odia la iniquidad y ama la ley de Dios.

4. La ley dice algo distinto de lo que ordena. — Pero quien ama diligentemente la ley de Dios no se enfoca solo en lo que se cumple mediante la obediencia a la ley: es necesario que se extienda a algo más a través de la obra de la ley. Y para saber en qué más debe ocuparse, escuchemos, VERS. 164: Siete veces al día te alabo por los juicios de tu justicia. El santo profeta primero ama lo que hace, es decir, la obra de la ley, porque se corta tanto el uso como la voluntad de todos los vicios. Pero después alaba los juicios de la justicia de Dios. Estos, como hemos advertido a menudo, significan más de lo que realizan, mientras los hechos nos insinúan la noción de la disposición eterna: como el descanso del sábado, como el niño hebreo, como la tierra que descansará, como el año cincuenta, se entienden bajo los momentos de los sacramentos de la imagen. Por lo tanto, esto se alaba siete veces al día.

5. El número septenario.---Y no hay duda de por qué este número es de alabanza. Pues estas mismas cosas, ya sea en el día, en el niño, en la tierra, en el año y en los años, están contenidas bajo la santificación de este número: cuando hasta aquel descanso eterno del quincuagésimo, que es el sábado de los sábados, se completa el número siete (Ver Prólogo n. 11 y 12). Muchas cosas sobre la santificación de este número son conocidas: como la misma constitución de los días, la elección de los ángeles que están ante el trono de Dios, la plenitud de los poderes espirituales y de las gracias que descansan en el Señor. Ciertamente, es apropiado que los juicios de la justicia de Dios sean alabados en este número por el Profeta, por quien y en quien se contiene la virtud y constitución de esas mismas justificaciones.

6. Amor al prójimo. Afecto de caridad.---El orden de la predicación profética no es otro ahora que el de la fe. Pues tanto la tolerancia de las persecuciones, como el temor de las palabras, la alegría del discurso, el odio a la iniquidad, el amor a la ley, la alabanza de la justicia, y en general, cualquier otro mandamiento que haya en la ley, se concluye en la observancia de este único precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Rom. XIII, 9). Esto es mayor que los holocaustos y todos los sacrificios, recordar que uno es el mismo cuerpo con otro, que es de Cristo, y amar al prójimo como a su propio cuerpo, es decir, como a sí mismo. Sigue, VERS. 165: Mucha paz tienen los que aman tu nombre, y no hay para ellos tropiezo. El Apóstol, pensando no en lo suyo, sino en lo de los demás, profesó que se abstendría de la carne para siempre, para no escandalizar a su hermano (I Cor. VIII, 13). Alcanzó tal afecto de caridad perfecta y paz, que se abstuvo del uso común de la vida, con tal de cortar la causa de ofensa. Por tanto, la paz debe ser mantenida: y no lo que convenga a cada uno, sino lo que convenga a la comunidad debe ser buscado: porque, según el Evangelio, es más útil no haber venido a la vida, que haber escandalizado a los pequeños (Matth. XVIII, 9).

7. Así pues, permaneciendo en estos preceptos de paz y caridad, el profeta fue retenido por el deseo de la esperanza evangélica. Sabe, en efecto, en qué o quién es el fin de la ley, cuando dice, VERS. 166: Esperaba tu salvación, Señor, y he cumplido tus mandamientos. Jesús es la salvación. Esto es lo que el nombre hebreo proclama, esto es lo que el Ángel dijo a José, esto es lo que Simeón reconoció al ser despedido en paz, esto es lo que la salvación que nos ha sido devuelta por él enseña. Además, profesa haber cumplido los mandamientos de Dios al esperar la salvación del Señor; declarando que todos los mandamientos de la ley contienen la venida del unigénito de Dios.

8. Presencia de Dios.---Guardó también los testimonios de Dios y los amó intensamente, diciendo, VERS. 167, 168: Mi alma ha guardado tus testimonios, y los ha amado intensamente. He guardado tus mandamientos y tus testimonios; porque todos mis caminos están en tu presencia. Actuando el profeta bajo el juicio y escrutinio del Dios que examina los corazones, permanece en la custodia de los mandamientos y testimonios de Dios: no camina en los caminos del mundo, ni en los caminos de los vicios e impiedad. Pues cualquier camino de vida que haya recorrido, lo hace tan probadamente y tan inocentemente, que es digno de la presencia de Dios: conociendo Dios incluso los pensamientos y movimientos del corazón, y no siendo digno de su presencia quien tenga el corazón impuro, el fiel testigo en el cielo ha dicho esto, nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

CARTA XXII. Tau.

Que mi oración llegue a tu presencia, Señor: según tu palabra, Señor, dame entendimiento. Que mi súplica entre en tu presencia, Señor: según tu palabra, líbrame. Mis labios

pronunciarán un himno: cuando me enseñes tus justificaciones. Mi lengua proclamará tus palabras: porque todos tus mandamientos son justicia. Que tu mano me salve: porque he elegido tus mandamientos. He deseado tu salvación, Señor: y tu ley es mi meditación. Mi alma vivirá y te alabará: y tus juicios me ayudarán. He errado como oveja perdida: vivifica a tu siervo, porque no he olvidado tus mandamientos.

411 1. Los dichos de Dios son oscuros. Grados de oración.---El salmo concluye según las letras. Pues habiendo abarcado todo lo que era propio del santo varón, de acuerdo con el orden de los elementos hebraicos, ahora el profeta suplica que su oración sea cercana a Dios, VERS. 169: Que mi oración se acerque a tu presencia, Señor: según tu palabra, Señor, dame entendimiento. Muchas son las cosas que ha pedido al Señor a lo largo de todo el salmo. Pero dado que los dichos de Dios encierran en sí gran oscuridad a través de los misterios de las cosas celestiales, ahora suplica especialmente ser digno del entendimiento de este dicho de Dios. Y primero mantuvo el orden de su modesta esperanza, al pedir que su oración se hiciera cercana a la presencia de Dios. Su petición se repite ya en un grado de progreso más alto, cuando dice, VERS. 170: Que mi súplica entre en tu presencia, Señor, según tu palabra, líbrame. Este fue el orden de la oración que se acercaba a la presencia de Dios, de modo que cuando comenzó a ser cercana, entrara: y ya comprendido el dicho de Dios, suplica ser liberado según ese mismo dicho de Dios. Pues no es que donde está el entendimiento, allí esté la salvación: sino que, una vez alcanzada la inteligencia, la salvación debe ser obtenida.

2. Diferencia entre el lenguaje vulgar y el profético. Qué es la palabra eructada.---Y porque estas mismas cosas se expresaban a través del espíritu de profecía, ya sea bajo la sombra de cosas futuras, ya sea bajo una imagen de verdad anticipada como en un espejo, o bajo la razón oculta y profunda de las palabras divinas, más por el espíritu de profecía que por el sentido de la inteligencia humana; añadió, VERS. 171 y 172: Eructaron mis labios un himno. Cuando me enseñaste tus justificaciones, mi lengua pronunciará tus palabras; porque todos tus mandamientos son justicia. Recordamos que toda expresión profética se muestra bajo el signo de eructar, cuando se dice: Eructó mi corazón una palabra buena (Salmo XLIV, 2); o aquello: Eructaré cosas ocultas desde la constitución del mundo (Mateo XIII, 35); o aquello: Un día al otro día eructa palabra (Salmo XVIII, 3). Pero toda palabra de los hombres se inicia y se mueve desde el sentido del pensamiento, donde nuestra mente, al ser movida para enunciar algo, declara a través de palabras lo que se ha asentado en su afecto. Sin embargo, cuando fuera del impulso de la mente humana la lengua no sirve al juicio del alma, sino que a través del espíritu que comienza, la palabra del sentido divino se difunde por el oficio de nuestra boca; allí parece ser eructada la palabra que se dice: cuando no es percibida antes por el pensamiento y el movimiento, lo que la mente impulsada habla, sino que el espíritu, sin que el sentido lo sepa, distingue la voz en palabras.

3. El orden en que Dios otorga la comprensión de los mandamientos. El propósito de los mandamientos.---Ahora bien, aunque los labios hayan pronunciado un himno, después de la enseñanza de las justificaciones de Dios, la lengua proclamará lo que habla: para que, una vez que se haya adquirido el conocimiento de las cosas dichas, siga la declaración de ese mismo conocimiento. Sin embargo, los mandamientos de Dios no son tan diferentes de la equidad, que no sea digno de Dios otorgar primero la comprensión de ellos al profeta, y luego, mediante la confesión de la predicación, hacerse claro al conocimiento de la conciencia pública: porque estaría fuera de la bondad de Dios ocultar lo que quiso pronunciar, o mandar algo que no sea con equidad. La suma de la equidad de los mandamientos de Dios es que sean saludables para todos; para que, al venir a esta vida, entremos con el progreso de la eternidad. Pues nacer para la muerte no es causa de vida, sino de muerte.

4. Libre albedrío.---Y el profeta inmediatamente añadió su confianza en esta esperanza, diciendo, VERS. 173: Que tu mano esté pronta para salvarme; porque he elegido tus mandamientos. Mientras algunos eligen la gloria del mundo, otros buscan la veneración de los elementos y demonios, y otros desean riquezas terrenales, este santo eligió los mandamientos de Dios. Sin embargo, eligió no por necesidad natural, sino por voluntad de piedad: porque a cada uno se le ha propuesto un camino de vida para lo que desee, y se le ha concedido la libertad de buscar y actuar (Deut. XXX, 19). Y por ello, la elección de cada uno será recompensada o castigada.

5. Fin de la ley.---Pero muestra cuál es el fin de los mandamientos del Señor, diciendo, VERS. 174: He deseado tu salvación, Señor, y tu ley es mi meditación. Este se extiende completamente hacia la venida de Jesús, es decir, el Salvador: y aquello que fue propio de la bienaventuranza de los Apóstoles ver, lo desea con impacientes anhelos: sin embargo, esto mismo, lo que actúa en la ley, significa ser la meditación de la esperanza futura; porque se entiende que toda meditación suele ser recibida no para el efecto de lo presente, sino para el progreso de lo futuro.

6. Premio de la meditación.---Y cuál sería el premio de esta meditación, lo muestra en el VERS. 175: Viva mi alma, y te alabará: y tus juicios me ayudarán. No considera que vive en esta vida, ya que ha dicho: He aquí, en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre (Salmo L, 7). Sabe que ha nacido bajo el origen del pecado y bajo la ley del pecado: sin embargo, eligió la meditación de la ley de Dios para vivir. En el salmo anterior exhortó a su alma a los gozos de esta vida, cuando dijo: Vuélvete, alma mía, a tu descanso, porque el Señor me ha favorecido: porque ha librado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída. Agradaré al Señor en la tierra de los vivientes (Salmo CXIV, 7, etc.). Se apresura a ofrecer estas alabanzas a Dios, ayudado por los juicios de Dios, absorbida la debilidad de la corrupción terrenal, hacia el progreso de la eternidad: ciertamente por eso, porque eligió los mandamientos, y deseó la salvación del Señor, y porque su meditación está siempre en la ley de Dios.

7. Sin embargo, concluyó dignamente todo el sacramento evangélico, diciendo, VERS. 176: Erré como oveja perdida: vivifica a tu siervo, porque no he olvidado tus mandamientos. Pues se refiere a sí mismo como oveja errante y perdida que se apresura a los hombros de su pastor, para que a través de su salvador y eterno pastor ofrezca en el cielo eternas alegrías a los ángeles al ser recibido (Luc. XV, 10). Porque el Hijo del Hombre vino a salvar lo que se había perdido (Mat. XVIII, 11), enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel el Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

414 PRÓLOGO EN LOS CÁNTICOS DE LOS QUINCE GRADOS.

1. Títulos de los salmos.---Los títulos de los salmos, como hemos demostrado en muchos casos, tienen sus propias significaciones, conteniendo brevemente la razón y los argumentos de los escritos que subyacen, y nos guían con una especie de indicio doctrinal hacia el camino de la comprensión: sobre los cuales ahora no es necesario tratar. Pues esto debe hacerse cuando se trate cada salmo individualmente. Ya que el salmo y el título se otorgan mutuamente autoridad; el discurso será débil si se discute alguno de ellos sin el otro. Ahora bien, nos acercamos a los Cánticos de los grados, cuya inscripción es continua e igual, y por lo tanto, con la conveniente significación de los títulos, se encontrará que la razón de todos ellos ha sido mostrada bajo el juicio de una sola exposición.

2. La inscripción histórica no excluye el sentido alegórico. En la mayoría de los salmos leemos que muchas cosas han sido expuestas según el orden de la historia en sus inscripciones: como cuando David huía de su hijo Absalón, cuando cambió su semblante ante Abimelec, cuando fue advertido por Natán después de Betsabé, y en otros casos donde la verdad de los hechos se contiene en los mismos títulos de los salmos. Pero debemos recordar que estos mismos salmos no deben ser entendidos todos de manera literal solo porque se les antepone el significado de asuntos corporales; más bien, debemos buscar la comprensión espiritual bajo esta especie de conmemoración de hechos realizados: de lo cual no es el momento de hablar ahora, pero, atendiendo a la simplicidad de los lectores, era adecuado advertir al lector. Por lo tanto, es necesario considerar si, según los títulos mencionados, estos salmos de los grados también contienen algo de historia.

3. Grados 10, en la casa de Ezequías.---En el libro de Isaías, cuando Ezequías oraba, se le dio una señal de salud prolongada en los grados (Isaías XXXVIII, 7 y 8, según la LXX). Había en su casa diez grados, que el sol ascendió con su luz más allá del curso de su tiempo, y nuevamente, el día de su muerte, descendió con su luz más allá del límite de su tiempo. Pero no hay similitud alguna de esta historia con los salmos, ya que ni siquiera el número de grados coincide. Sin embargo, lo que se dio como señal a Ezequías muestra claramente que la luz de Dios se acerca a aquellos a quienes, por los méritos de los asuntos seculares, se les imparte la bienaventuranza de la vida futura; y se aleja de aquellos a quienes se les niega.

4. Grados 15, en el templo, después de estos salmos construidos, si aquí se consideran.---La historia nos ha contado que había quince grados en el templo, y los órdenes de los que estaban presentes estaban dispuestos de tal manera que se obtenía una cierta dignidad en los que precedían: de modo que los levitas se colocaban primero, luego los israelitas, después los prosélitos, y así sucesivamente los demás. Pero, ¿qué podemos suponer de los salmos escritos anteriormente a partir de la historia posterior? Pues si algo debe tomarse de ella, debe hacerse de tal manera que los salmos sigan a la historia. A menos que algo haya sido profetizado para la historia futura. Pero al contemplar la misma edificación del templo y del altar, entendemos que es una sombra del templo incorrupto y una imagen del altar santificado: estas cosas que en el mismo lugar fueron prefiguradas corporalmente, las entenderíamos, a menos que la autoridad se presumiera de los salmos. Sin embargo, los salmos no solo anuncian los asuntos de su propio tiempo, ni se aplican únicamente a las épocas en las que fueron escritos; sino que la palabra de Dios ha considerado a todos los que vendrían a la vida, siendo Él mismo el más adecuado para el progreso de toda edad.

5. Cristo, el verdadero Sacerdote, ascendió al sancta sanctorum. Pues existía aquella ley del sacerdocio, que según la observancia de la ley en el Evangelio de Lucas se expone diligentemente bajo el nacimiento de Juan el Bautista, que nadie debía ascender al sancta sanctorum, sino aquel que fuera el príncipe de los sacerdotes, y este mismo solo un día al año (Levítico XVI, 17; Lucas I, 8). Todo esto, realizado anteriormente como una similitud, se ha cumplido en nuestro único Señor, y tanto nuestra fe como el mismo Señor nos lo confirman en el Evangelio, diciendo: No he venido a abolir la ley, sino a cumplirla (Mateo V, 17). El Apóstol también testifica que toda la consumación de la ley está en nuestro Señor Jesucristo, diciendo: Porque el fin de la ley es Cristo (Romanos X, 4). Y aquí mismo el profeta David lo enseña como sacerdote eterno, diciendo: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Salmo CIX, 4). Este, pues, el príncipe de los sacerdotes, ingresó en los cielos, sentado a la derecha de Dios, orando al Padre para que donde él estuviera, también nosotros estuviéramos, quien nos ha resucitado y nos ha hecho sentar en los lugares celestiales (Juan

XVII, 24): él ya había advertido por el profeta de qué modos y con qué obras de vida se podía ascender hacia él. Pero por Isaías dice así: Lavaos, sed limpios, quitad las iniquidades de vuestras almas de delante de mis ojos: dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad el juicio, defended al agraviado, haced justicia al huérfano, y defended a la viuda: y venid, discutamos, dice el Señor omnipotente (Isaías I, 16 y ss.). Estos son, pues, los grados de aquel templo perfecto y eterno, que el príncipe de los sacerdotes trascendió habiendo hecho propiciación por nuestros pecados con su sangre, a modo del sacerdote terrenal según la ley, ya sea ascendiendo por los grados al sancta sanctorum, ya sea ofreciendo la víctima de expiación por el pueblo.

6. El misterio del número XV. Lo que enseñan los 15 salmos de los grados.---Ya hemos tratado algo sobre los quince grados y la superscripción del cántico al inicio de los salmos, cuando surgió el discurso sobre los números y las superscripciones, a partir de los dos números, la semana y la octava, de los cuales uno es por el sábado de la ley, y el otro por la octava que sigue al sábado, que también es la primera, del Evangelio, que este número conviene (Prólogo, núm. 16). A través de estos cánticos, como si fueran grados de la Ley y del Evangelio, ascendemos a lo celestial y eterno: reconociendo que seremos colocados con el sumo Sacerdote en los cielos, si, según el Apóstol, nuestra conversación está en los cielos (Filipenses III, 20). Busquemos estos grados de los cánticos, por los cuales podamos ascender a los lugares que son los santos de los santos. Pues arduo y estrecho es el ascenso hasta ellos. Sabemos que había quince grados en el templo: también leemos quince salmos de los grados. Numeroso es este ascenso a la sede deseada. Quizás, así como en el templo se ascendía gradualmente y por cada grado hacia lo santo, así seremos instruidos en el progreso de cada salmo, que al ascender estos grados que se cantan, podamos ser colocados en lo excelso, santo y eterno.

7. Sin embargo, hay muchos que creen que en estos salmos solo se profetiza la cautividad del pueblo, que fue retenido en Babilonia durante setenta años, así como el retorno del mismo pueblo con la restauración de la ciudad perdida. A estos no les reprochamos ahora. Pues no se duda de que el profeta pudo conocer lo que amenazaba la impiedad de este pueblo. Pero qué cautividad del pueblo y qué reconstrucción de la ciudad menciona el Profeta, los mismos salmos nos lo revelarán, que así comienzan.

SALMO 119. CÁNTICO DE LOS GRADOS.

Al Señor (Hil. a ti Señor) clamé en mi tribulación: y Él me escuchó. Señor, libera mi alma de los labios inicuos y de la lengua engañosa. ¿Qué se te dará, o qué se te añadirá a la lengua engañosa? Flechas agudas de poderoso con carbones de desolación. ¡Ay de mí! porque mi estancia se ha prolongado: y he habitado con los habitantes de Cedar: mucho tiempo ha sido mi alma extranjera. Con aquellos que odian la paz, yo era pacífico: cuando les hablaba, me atacaban sin motivo.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Las tribulaciones no deben ser temidas por el cristiano.---El discurso profético, aunque utiliza el uso común del lenguaje humano, no contiene el mismo significado que se adjunta al sentido común. Pues aunque, en la medida en que podamos entender, haya moderado la proclamación de las cosas celestiales; sin embargo, ha conservado la fuerza de su significado mediante una elección moderada de palabras. Comienza así, VERS 1: A ti, Señor, clamé en mi tribulación, y me escuchaste. Por costumbre y quizás por la afección del sentido humano,

este clamor del Profeta a Dios podría considerarse como un dolor común, por el cual incluso con vociferación se ruega a Dios; porque muchos son impulsados a elevar su voz a Dios por el miedo al peligro y el terror de la muerte, o la ansiedad por la pérdida y el dolor del dinero, o el dardo de la orfandad y las heridas de los dolores; como si no todas las cosas que suceden fueran las más adecuadas para las buenas esperanzas. El Apóstol testifica que es mejor para él disolverse y estar con Cristo (Fil. I, 23), condena la preocupación por el dinero como la raíz de toda maldad (I Tim. VI, 10), y los Evangelios dicen que más bien se debe llorar por los vivos (Luc. XXIII, 28): y ¿qué, contra estas cosas con el propósito de nuestra fe fortalecido, se dejará al mundo contra nosotros, cuando la muerte adquiera la compañía de Cristo, la falta de dinero ofrezca la falta de pecado, y la partida de los nuestros sea una aceleración de la esperanza común?

2. Qué se debe evitar. Se evitan con la oración. --- Pero si estas no existen, ¿cuáles serán entonces las tribulaciones por las que se clama al Señor? Sin duda, son grandes y nos arrastran al abismo del pecado. El profeta, al formar al hombre que asciende por grados hacia lo eterno desde su propia perspectiva, enseña de qué males debe cuidarse especialmente; pues son aquellos que, con la autoridad de los consejos, los impulsos de las exhortaciones y los atractivos de las adulaciones, nos sumergen en el infierno. Mientras uno nos incita a los honores, otro nos retiene en la vida presente con ocio, sueño, gula y lujo, otro nos conduce a la superstición de falsas religiones, otro nos incita a los cismas, y otro nos tienta hacia la herejía: de los cuales está escrito, las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (I Cor. XV, 33). Pues contra todas estas cosas, nuestra naturaleza es débil. Nos rodean por todas partes y nos hieren con los diversos aguijones de sus halagos. Y la primera esperanza de vida es que, cuando irrumpen en nuestro sentido con fuerza, engaño y dominio, clamemos al Señor desde el medio de la tribulación; para que nuestra conversión hacia Él, en medio de las calamidades, sea escuchada con todas las fuerzas de un clamor fiel. Ahora bien, ese clamor hacia Él será nuestro descanso, y esa misma conversión en la súplica es la mayor parte y esperanza de salvación. Y por eso dice: A ti, Señor, clamé en mi tribulación, y me escuchaste. Pues Él está acostumbrado a decir a los que rezan, Aquí estoy (Isaías LII, 6).

3. Labios inicuos. Epicúreos. Lengua engañosa.---Y porque está presente, se debe rogar por lo que sigue, VERS. 2: Señor, libera mi alma de labios inicuos, de lengua engañosa. Pues esta es la única tribulación peligrosa para los justos, la sociedad de la mala exhortación y la costumbre del consejo pestilente, de la cual el alma debe ser apartada y los oídos deben ser cerrados. Sin embargo, distinguió entre labios inicuos y lengua engañosa. Y ciertamente la iniquidad es descarada, se atreve abiertamente, trama abiertamente, ejecuta abiertamente. Estos son los que, negando a Dios, afirman que no queda ningún progreso en la religión de Dios en los asuntos humanos; sino que solo consideran bueno vivir para el lujo y el cuerpo, quitándole a Dios el cuidado, la providencia, el juicio, el poder. Por lo tanto, sus labios son inicuos. La obra de la lengua engañosa es falaz y, a través de la simulación, nociva, pues bajo el nombre de religión subvierte la religión, y a través de la esperanza de vida conduce a la muerte. Estas son también las mentiras de los herejes, ocultando con mentiras las palabras de los profetas y las virtudes de los Evangelios y las prescripciones de los Apóstoles, enseñando y transmitiendo todo de manera diferente a como está escrito. Por lo tanto, orando, somos liberados de ellos por la misericordia de Dios: y entre sus tribulaciones, clamando a Dios, seremos escuchados.

4. ¿Por qué interroga Dios? Fruto de la confesión.---Sigue, VERS. 3: ¿Qué se te dará, y qué se añadirá a ti, lengua engañosa? Bien se añade a lo que se ha dicho, A ti, Señor, clamé en mi tribulación, y me escuchaste: Señor, libera mi alma de los labios inicuos, de la lengua

engañosa, ¿qué se te dará, y qué se añadirá a ti, lengua engañosa? Para que se cumpla por el Profeta lo que fue dicho por el Señor, He aquí que estoy contra ti (Isaías LII, 6); como si en ese mismo punto de la imprecación se refiriera esta voz del Señor, ¿Y qué se te dará, y qué se añadirá a ti, lengua engañosa? Frecuentemente leemos la persona del Señor interrogante tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento, como a Adán, ¿Dónde estás, Adán? (Gén. III, 10); como a Caín, ¿Dónde está tu hermano? (Gén. IV, 9); como a las multitudes cuando la mujer tocó el borde de su manto, ¿Quién me ha tocado? (Luc. VIII, 45); como a los discípulos, ¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre? (Mat. XVI, 13); Y vosotros, ¿quién decís que soy? (Ibid. 15). No es que Él quiera ser enseñado, quien es Dios escudriñador de corazones y riñones, e inspector de nuestros pensamientos: sino que interroga para, a través de la confesión de los interrogados, otorgar perdón a los pecados o rendir honor a la fe. Finalmente, Adán confesó, fue reservado para el perdón y glorificado en Cristo: Caín, al negar, fue igualado a la maldición del diablo; pues ya desde el principio fue designado homicida (a saber, el diablo) (Juan VIII, 44). La mujer confesó y fue sanada por la fe: Pedro, respondiendo con fe, obtuvo las llaves del cielo. Y así, toda la recompensa de nuestra esperanza reside en la confesión: para que testifiquemos que aquello que creemos poder alcanzar, lo alcanzaremos.

5. Flechas del Señor y carbones de desolación, la palabra de Dios. ---Y por eso, el Profeta ha hecho una conversión en forma de pregunta: pero ha seguido una respuesta digna de fe. A lo que se ha preguntado, ¿Qué se te dará, y qué se añadirá a tu lengua engañosa? es decir, ¿Qué se te ofrecerá contra la falsedad de este refugio? se ha respondido, VERS. 4: Flechas poderosas y agudas, con carbones de desolación: Pues solo las flechas del Señor son poderosas y agudas, capaces de atravesar la lengua engañosa, teniendo en sí el poder de quemar el fraude y devastarlo; de las cuales en el séptimo salmo dice, Ha preparado sus flechas para los que arden (Salmo VII, 14): que ambas se aplican a sí mismas. Porque la palabra de Dios atraviesa toda maldad, y hiere todo sentido de petulancia, y punza ese mismo aguijón vehementísimo de la muerte. Pues cuando el pecador escucha a Dios eterno, a Dios creador del mundo, a Dios juez, y se entiende a sí mismo como hombre que debe a Dios el haber nacido; ¿cuánto será herida su conciencia y error por el dardo de la doctrina de Dios, cuando se reconozca destinado a ser quemado por el fuego inextinguible, separado como la paja del trigo, y desolado de la compañía de los frutos buenos? De cuya doctrina, que será revelada por los apóstoles, se recuerda en el segundo salmo, diciendo: Las flechas de los pequeños se han convertido en sus heridas (Salmo LXIII, 1). Estas poderosas flechas, estos carbones de desolación, cada fiel ora para que le sean dados, y espera que sean aplicados a la lengua engañosa, para corregir a aquellos que tribulan, ya sea con el dardo de la doctrina, o con el temor del castigo.

6. Castigo de la carne.---Pero también el bienaventurado Job, sin conocer al enemigo por el cual había sido herido, dijo que los tormentos de su cuerpo y sus dolores eran flechas del Señor, diciendo: "Porque las flechas del Señor están en mi cuerpo, cuya indignación ha bebido mi sangre" (Job VI, 4). Y tal vez el Profeta también invoque estas flechas vengadoras de castigos contra los labios inicuos y la lengua engañosa, para que, al ser atravesados por la lengua engañosa, todos los labios inicuos sean consumidos.

7. Carbón de desolación, purificación de los pecados.---Aunque hay muchos que desean que las enseñanzas celestiales recibidas espiritualmente por los fieles sean consideradas como flechas, y los carbones como la purificación de los pecados de desolación: y así creen que deben interpretarse los carbones de desolación, porque el Señor dijo: He venido a traer fuego a la tierra; y ¿qué quiero, si ya está encendido? (Lucas XII, 49). No hay duda, sin embargo,

de que Él trajo la ablución y remisión de los pecados; ese fuego que ya ha dicho que está encendido, porque a través de Él se realiza la purificación de todos los vicios y suciedades. Además, aplican a esto lo que se dijo a Isaías, cuando sus labios fueron tocados con un carbón tomado con tenazas: He aquí que he quitado tus injusticias, y he purgado tus pecados (Isaías VI, 7).

8. Flecha Cristo.---Recordamos que en el mismo Isaías se menciona al Señor como una flecha de la siguiente manera: Y me puso como una flecha escogida, y en su aljaba me escondió, y dijo: Grande es para ti esto, ser llamado mi siervo (Isaías XLIX, 2). Entendemos, por lo tanto, que esta también es una flecha útil y poderosa, que atraviesa con un herida saludable y beneficiosa los aguijones de nuestros vicios; de la cual la esposa en el Cantar de los Cantares dijo: Estoy herida de amor (Cantar II, 5, según la LXX).

9. Por qué deben ser deseadas las flechas.---Sean, por tanto, estas flechas esperadas de ambas maneras: ya sea perforando en castigo las conciencias de los inicuos y engañosos, o hiriendo en los cuerpos de los amados los pecados y vicios. Y que sean ya sea un carbón devastador, o purificador, con tal de que consuman por el castigo a los que niegan a Dios, y purifiquen hasta la perfecta inocencia a los que confiesan.

10. Indicamos con los hechos lo que juzgamos bueno. El Profeta anhela el Reino de Dios. — Pero, ¿cuál es la respuesta del Profeta que sigue a lo dicho anteriormente? VERS. 5. ¡Ay de mí! porque mi estancia se ha prolongado. Las cosas buenas no pueden ser consideradas verdaderamente buenas por nosotros a menos que sean deseadas. Pues, ¿cómo demostraremos la fidelidad de nuestro juicio, si no es mediante la eficacia de aquello sobre lo que hemos juzgado bien? Consideramos buena la castidad: ¿dónde, entonces, estará el fruto de nuestra opinión, si no es en el mismo deseo de la castidad? La inocencia es buena: pero a menos que nos apresuremos y la practiquemos, no se entenderá que realmente lo sentimos así. Los juicios de las mentes no deben expresarse con palabras, sino cumplirse con hechos. Por lo tanto, es apropiado que el Profeta, esperando tras las flechas del Señor y aquellos carbones de desolación, desee la gloria de ese reino bendito y del tiempo eterno que espera. Y ciertamente lo desea. No solo lo desea, sino que odia las demoras, y lamenta la misma dilación de no poder ya alcanzar tan gran deseo, diciendo: ¡Ay de mí! porque mi estancia se ha prolongado.

11. Por su gracia, la muerte es deseada por muchos santos. --- Hemos escuchado frecuentemente esta queja de muchos santos, lamentándose de la lenta disolución de sus cuerpos que retrasa la esperanza. El Señor en sus Evangelios enseñó que se debe orar por la aceleración del reino celestial. Pues es conveniente que la caridad sea impaciente por aquello que ama: y por eso se debe decir lo que el Señor nos manda decir: Venga tu reino, hágase tu voluntad (Mateo VI, 10). El bienaventurado Pablo gime por la morada de su cuerpo, quejándose de que al habitar en la carne está lejos de Dios (Romanos VII, 24). Sabe que debe peregrinar en la carne para que su morada sea con Dios: pero sin embargo, es mejor para él disolverse y estar con Cristo (Filipenses I, 22 y 23), y el Eclesiastés dice: Y alabé a todos los que ya han muerto, más que a los que aún viven (Eclesiastés IV, 2): pues el alma liberada por la disolución del cuerpo, se ve libre de la carga y compañía de esta carne débil y peligrosa. Por tanto, en esta prolongada estancia en el cuerpo, el Profeta gime, deseando peregrinar lejos de lo terrenal y habitar en lo celestial; para que, dejando lo corruptible y presente, alcance lo invisible y eterno.

12. Maldicen el día de su nacimiento Job y Jeremías. Job, santo y digno del testimonio de Dios, no solo se lamenta de la estancia en este cuerpo, sino que maldice el mismo día de su nacimiento, diciendo: "Perece el día en que nací, y la noche en que dijeron: He aquí un varón ha nacido" (Job 3, 3); y Jeremías de manera similar: "Maldito el día en que nací; maldito el que anunció a mi padre diciendo: Te ha nacido un varón" (Jer. 20, 14). Sin embargo, el mismo había oído del Señor: "Antes de que te formara en el vientre, te conocí; y antes de que salieras del útero, te santifiqué." ¿Qué, entonces? ¿Maldice su existencia aquel que, antes de ser, fue conocido por Dios y santificado por Él? De ninguna manera. No odia en sí mismo lo que ha sido santificado, sino que maldice lo que ha seguido a la santificación, es decir, su avance a través del crecimiento del cuerpo hacia estas molestias de la estancia corporal. Formado dentro del vientre materno, y por la virtud de su Creador, configurado en la sustancia del alma a imagen de Dios, no se lamenta de su concepción ni del origen de su formación, sino del progreso que ha venido con el crecimiento del cuerpo nacido, en el cual debe vivir entre los males del mundo, las debilidades de la carne y los vicios. Sin embargo, ya conformado en el útero y santificado en el vientre, con la apariencia de un origen celestial eterno en sí mismo, no hay duda de que, por la santificación de Dios, después de la ley de esta muerte, permanecería eterno.

13. Cedar es una tribu de los ismaelitas. Los sarracenos.---Pero el afecto de este Profeta no es muy diferente del de Job y Jeremías. No se lamenta de la residencia, sino de la prolongación de su residencia. Pues después de la queja de esta prolongada residencia suya, sigue con lo que dice: ¡Ay de mí! que mi residencia se ha prolongado; y he habitado con los habitantes de Cedar. Cedar es una tribu de los ismaelitas que habita en el desierto, cuyos límites se extienden hasta los medos y persas. Porque Cedar fue hijo de Ismael, como atestigua el Génesis: El primogénito, dice, Ismael, Nabaioth y Cedar (1 Crónicas 1, 29): Estos son ahora llamados sarracenos. Aquellos que piensan que estos salmos deben ser entendidos con un ingenio terrenal, quieren que el Profeta se haya quejado en nombre del pueblo cautivo, porque su residencia en las moradas de Cedar fue larga. Pero no entendiendo la virtud de la palabra, ni sintiendo el espíritu del Profeta, asumen la autoridad del nombre para confirmar una opinión necia, en un salmo que no contiene nada que concuerde con la cautividad del pueblo.

14. Cedar, oscuridad. El cuerpo es la prisión oscura del alma. ---Cedar, según la lengua hebrea, significa lo que pronunciamos como oscuridad. En esta morada oscura y tenebrosa de los cuerpos, se contiene aquella invisible conformación de nuestras almas: y esta nobleza celestial, cautiva, tiene esta prisión de su morada contagiosa. La esposa en el Cantar de los Cantares recuerda esta tienda, diciendo: Soy negra y hermosa, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar (Cant. I, 5): confesando que es negra por la oscuridad de esta tienda; pero no negando que, siendo la esposa de Cristo, es hermosa. Pues todo aquel que se compromete a Cristo, ya se encuentra en una forma eterna. En estas tiendas el Señor nos mandó ser iluminados, diciendo: La lámpara de tu cuerpo es tu ojo (Mat. VI, 22): y Si la luz que hay en ti son tinieblas, ¡cuán grandes serán las mismas tinieblas! (Ibid. 23). Y de nuevo: Vosotros sois hijos de la luz, no hijos de las tinieblas (I Tes. V, 5).

15. Los santos con la carne, no en la carne. — También el Profeta mantuvo esta distinción, de modo que, aunque habitara con las moradas de Cedar, no habitara en ellas. Pues aunque los santos vivan en la carne, si tienen armas de milicia no carnales, sino poderosas en Dios, cohabitarán en los tabernáculos de Cedar, no habitarán en ellos. Peregrinando desde el cuerpo, como huéspedes de Dios, escucharán del Apóstol: Vosotros, sin embargo, no estáis en la carne, sino en el espíritu: si es que el espíritu de Dios habita en vosotros (Rom. VIII, 9).

Así pues, habitó de manera que cohabitara con los habitantes, mostrando en ello que, lamentando su estancia, se considera peregrino. Y porque odiaba la compañía de los inicuos y las cohabitaciones de los que habitan en las tinieblas, aunque ya se hubiera quejado del futuro, aún también del pasado dice, VERS. 6: Mucho tiempo ha sido mi alma peregrina, en muchas tribulaciones de labios inicuos y lengua engañosa, por las cuales clamó al Señor.

16. Pero muestra qué tipo de residencia tuvo, diciendo, VERS. 7:---Con los que odian la paz, yo era pacífico. Esto es propio y digno de un Profeta, contener las enemistades y los impulsos de una naturaleza ajena con la paz de su voluntad, y mantener con toda la modestia de la placabilidad las infieles y turbulentas afecciones del alma. Y esto enseñó el Señor, pacificando en sí mismo lo que está en los cielos y en la tierra, orar por los que persiguen, no odiar a nadie, amar a los enemigos (Mat. V, 44). Y el Apóstol aconseja: Si es posible en vosotros, tened paz con todos (Rom. XII, 18). Y el Señor consigna esta como la suma de los preceptos: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27). Esto, por tanto, conservará nuestros corazones en Cristo, esto nos igualará a los patriarcas, esto también retendrá en paz a aquellos que odian la paz, obedeciendo a través de la paz.

17. Pero al profeta le queda también otro deber, a saber, inculcar constantemente la doctrina de Dios a todos, y predicar incesantemente la palabra de la vida eterna. Tampoco olvidó este ministerio: pues dice, Cuando les hablaba, me atacaban sin motivo. Era ciertamente pacífico con los enemigos de la paz, pero los enemigos de la paz odiaban la predicación de la misma paz, y se agitaban contra la doctrina de Dios, a quienes el silencio del Profeta, por su modestia, contenía en paz: y así, con los enemigos de la paz, el Profeta es pacífico, y no cesa de predicar la paz; pero los enemigos de la paz atacan al predicador de la paz.

SALMO 120. Cántico de las subidas.

Levanto mis ojos a los montes, ¿de dónde vendrá mi ayuda? Mi ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. No permitirá que resbale tu pie, ni se dormirá el que te guarda. He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel. El Señor te guarda, el Señor es tu sombra a tu mano derecha. De día el sol no te herirá, ni la luna de noche. El Señor te guardará de todo mal: Él guardará tu alma. El Señor guardará tu salida y tu entrada, desde ahora y para siempre.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Algunos atribuyen este salmo a Cristo.---Según este salmo de los cánticos de los grados, algunos piensan que debe referirse a la persona de nuestro Señor y Salvador, adaptando especialmente a Él esta expresión: Durante el día el sol no te herirá, ni la luna durante la noche. Creen que esta profecía se cumplió en el momento en que, durante la pasión del Señor, el sol se oscureció y la noche intervino. Pero no criticamos su juicio. Pues no cuestionamos el sentido de esta inteligencia, dejando al criterio de cada uno qué de lo que han leído o entendido desean seguir más. Sin embargo, nosotros no pudimos adaptar nuestro discurso sino a lo que comprendíamos.

2. La visión de los ojos de la mente o del pensamiento.---VERS. 1. Levanté mis ojos hacia los montes. Es de la naturaleza de la mente humana que, si contemplamos algo con el pensamiento, cada imagen se nos presenta tal como la formamos al pensarla. Pues hacia donde dirijamos los ojos de nuestra mente, eso mismo en lo que están fijos se refleja en nuestro sentido. Y para que lo dicho se entienda más claramente, ofreceremos un ejemplo. Si

alguien en un día de invierno piensa en la primavera, y contempla su ornamento con la luz de la mente, olvidando el invierno en el que se encuentra y siente frío, toda la primavera con su apariencia y adorno se le presentará en su sentido. Tanto superan los ojos de la mente a los ojos del cuerpo, que al entrar en nosotros el olvido de lo presente, nos domina por completo un cierto uso anticipado del alma de lo ausente. Veremos, pues, hacia dónde se dirige esto.

3. Aquí se levantan los ojos de la mente. El Profeta eleva sus ojos a los montes. ¿Qué ojos? Sin duda, aquellos de los que está escrito: "Revela mis ojos, y conoceré las maravillas de tu ley" (Sal. 118, 18); y de nuevo: "El precepto del Señor es claro, ilumina los ojos" (Sal. 18, 9). ¿Acaso no son estos nuestros ojos encendidos por la luz corporal para contemplar? ¿Acaso no han recibido la naturaleza de ver? ¿Qué iluminación o qué revelación será necesaria? Luego, ¿qué maravillas se verán en la ley? A menos que tal vez (se sobreentiende que verán) en las cabañas la fiesta de los tabernáculos, en el templo la sangre de los animales, en la pascua la víctima del cordero, en la suma religión del sábado el descanso. Pero, según creo, estas cosas parecían ser hechas por aquellos que estaban presentes como espectadores. Por lo tanto, no se deben revelar los ojos para lo que se veía, sino para lo que se deseaba entender en la ley.

4. Montes de los libros proféticos. Ministerios angélicos.---Por lo tanto, el profeta elevó los ojos de su mente hacia los montes. ¿Hacia qué montes? Ciertamente no hacia aquellos profanados por la luz y los altares, ni hacia los impíos en sus reuniones, ni hacia aquellos horribles por sus bosques, desnudos por sus rocas, inaccesibles por sus precipicios, cubiertos de nieve: ¿qué hay en ellos que sea digno de admiración o esperanza? Más bien, entendemos por montes los libros proféticos elevados desde la tierra hacia lo alto, a través de los cuales se asciende a las alturas y se alcanzan los grados eternos. También podemos considerar como montes los ministerios angélicos y las virtudes y potestades de los cielos, cuyo ministerio nos proporciona el ascenso a lo sublime. Pues si, según Daniel, el mismo Señor es un gran monte (Dan. II, 35), no cabe duda de que se les llama montes a aquellos que son ministros de su precepto, de su voluntad y de la felicidad que se nos ha de comunicar.

5. A estos se levantan los ojos, pero de ellos no se espera auxilio. En estos montes, pues, el profeta elevando los ojos del corazón, contemplando dentro de sí las enseñanzas, ministerios, oficios y dones de todos ellos, y dirigiendo en ellos la luz de su inteligencia, devolvió a su sentido la naturaleza íntegra y perfecta de la especie contemplada, y todo lo que había visto en su pensamiento, lo retuvo en su mente, sabiendo de dónde le vendría el auxilio, diciendo, VERS. 2: ¿De dónde vendrá mi auxilio? E inmediatamente se respondió con una bienaventurada confesión: Mi auxilio viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. A los montes, en efecto, se elevan los ojos: porque a través de ellos está el ministerio de la doctrina, el progreso, el ascenso. Pero cuando se debe confesar de dónde viene el auxilio: Mi auxilio viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. Esta es la fe feliz, esta es la verdadera confesión, esta es la esperanza eterna, y digna de los dones de la bendición celestial.

6. De quién, de qué, a quién se refiere este verso.---Finalmente, porque toda profecía es en el espíritu, inmediatamente esta bienaventurada confesión suya es seguida por la bendición en la persona del profeta del Espíritu Santo, VERS. 3: Que no permita que tu pie resbale, ni se adormezca el que te guarda. El sentido mismo indica que se ha hecho una conversión de persona. Pues el discurso se ha dirigido a aquel que habló anteriormente: Que no permita que resbale. ¿Quién? Por supuesto, aquel que hizo el cielo y la tierra. Tu pie. ¿De quién? preguntamos. Pues de aquel que levantó los ojos a los montes, y que confesó que su ayuda era del Señor. Pero también aquello, que no permita, es el afecto de quien desea y bendice. ¿Y quién desea? Aquel que es para nosotros, además del Señor, otro abogado de quien dice:

Y os enviará otro abogado: que también habla en los profetas (Juan XIV, 16). ¿Qué dice entonces este abogado? Bendice al confesor de esta fe y esperanza: Que no permita que tu pie resbale, ni se adormezca el que te guarda. Pero ambas cosas son indignas de Dios, que entregue a la conmoción, y que se adormezca y después de la vigilancia de la custodia descanse por una cierta continuación del trabajo. Pero antes de que toquemos eso, es necesario tratar qué significa en el pie.

7. Qué es el pie de la carne y el pie del alma.---El pie es una parte del cuerpo, que lleva todo el cuerpo para realizar y ejecutar acciones. Y dado que la Escritura enseña lo espiritual a través de lo corporal, y demuestra lo invisible a través de lo visible; bajo el nombre de pie, significa el movimiento y el caminar de nuestra mente, como en este mismo profeta: Pero mis pies casi se movieron (Salmo LXXII, 2). Ciertamente, estos siempre carnales se mueven en el cuerpo: ¿y cómo es una cuestión de peligro que casi se muevan, aquellos cuyo propio oficio es moverse siempre? Pero también en los Evangelios, el Señor, significando otros pies, ordenó cortar el derecho que escandaliza, diciendo: Y si tu pie derecho te escandaliza, córtalo (Mateo V, 30; Marcos IX, 44; Mateo XVIII, 8). ¿Acaso si hay escándalo en el pie derecho, escandalizará menos el izquierdo? ¿O qué puede aportar esa parte del cuerpo en cuanto a tentación, cuando ella misma, sin ningún afecto de apetito, solo tiene en la cosa el ministerio de un servicio necesario? Por lo tanto, así como los ojos de la mente, también los pies deben ser entendidos, teniendo en sí tanto la visión de la inteligencia como el movimiento de la voluntad.

8. Dios no entregando a los vicios, por qué se dice que entrega.---No debe entenderse, sin embargo, que esta bendición sea: Que no permita que tu pie resbale, como si Dios entregara a algunos a los vicios, en los cuales nos adentramos con los pasos de una mente corrupta. No es Él quien nos entrega, sino que cuando nos alejamos de Él, eso es lo que sucede. Pues cuando nos adentramos con los pasos de una mente corrupta, no es Él quien nos entrega, sino que nosotros nos apartamos de Él por nuestros pecados. Y como Él no habita en los pecadores, nuestra separación de Él resulta en su alejamiento de nosotros; porque nosotros nos alejamos de Él por nuestros pecados. Y al alejarse Él de nosotros, caemos en todas las trampas de los delitos, y corremos por el camino amplísimo de la muerte, sometidos al dominio de los demonios, a quienes nuestra separación de Dios nos deja. Y su desolación es por tanto una entrega, porque el diablo no podría apoderarse de los pecadores si Dios no se apartara de ellos.

429 9. Quien duerme y vela. Santo y perverso. --- Sin embargo, mientras permanecemos con Él, o Él permanece en nosotros, hay una custodia vigilante y una protección incansable. Pero si por la tibieza de la fe dormimos, Él mismo duerme en nosotros. Pues en la Virtud eterna no hay sueño ni descanso, cuyos Ángeles son vigilantes tanto por nombre como por naturaleza; estas cosas son necesarias para los cuerpos terrenales: pero según nuestra fe, la ayuda de Dios con nosotros o velará o dormirá, ya sea vigilante o dormida. Por eso, el Señor frecuentemente es representado tanto como vigilante como dormido. Con este ejemplo se dice en el mismo profeta: Con el santo serás santo, y con el perverso te pervertirás (Sal. XVII, 26). ¿Acaso Dios no es siempre santo, para que a veces sea también perverso? En absoluto. Pues en Él no hay nada que no sea bueno y eterno: pero según las costumbres y el empeño de cada uno, Dios se acerca a cada uno; por eso, está alejado de los perversos y es santo en los santos.

10. Dios sin sueño. ¿Quién es Israel? Aquel a quien Dios vela. Y para mostrar que el sueño es más bien una custodia desde nuestra perspectiva de fe, y que el descanso del sueño no se ajusta a la naturaleza de la custodia celestial, porque es incansable y eterna, inmediatamente

conecta, VERS. 4: He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel. Anteriormente pidió que no se adormeciera, ahora dice que ni se adormecerá ni dormirá: significando anteriormente la adormecida por nuestra separación de Él; pero ahora ni se adormecerá ni dormirá, demostrando que es una eternidad incansable. Pero, ¿quién es este que ni se adormece ni duerme? Aquel, por supuesto, que guarda a Israel. Génesis expone que Israel es aquel que ha visto a Dios (Gén. XXXII). Pues el patriarca Jacob, después de la lucha que tuvo con Dios, recibió este nombre. Contemplando a Dios más allá de la naturaleza humana con los ojos de su fe, es digno de este nombre. Y vio a Dios de tal manera que pidió ser bendecido por Él. Pablo también recuerda que ahora está en el pueblo de los gentiles, es decir, en el pueblo de la Iglesia, diciendo Israel: Paz sobre él y sobre el Israel de Dios (Gál. VI, 16); para que no se piense que este nombre pertenecía solo a aquel antiguo pueblo. Por lo tanto, si aquel que guarda a Israel no duerme, y el nombre propio de Israel es el que ve a Dios; es necesario que sea custodiado aquel que, alzando sus ojos a los montes, vio y dijo: Mi ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. Por lo tanto, a esta fe se le otorga la custodia celestial, y esta confesión obtiene la protección de la vigilia eterna, que debe ser seguida, obtenida y retenida perfectamente, nunca durmiendo su custodia sobre nosotros, a quienes así confesaremos.

430 11. La mano derecha. ¿Qué es la derecha? La mano.---Y para que no se piense que se trata de la vigilancia insomne de algún otro, se añade: El Señor te guardará: ciertamente Él, que hizo el cielo y la tierra. Luego se detalla la razón de esta custodia, VERS. 5: El Señor es tu protección sobre la mano derecha. Ya hemos dicho anteriormente que lo que es corporal significa lo incorpóreo. Pues la debilidad de nuestra inteligencia no puede alcanzar lo invisible, sino a través de la comparación con lo visible: de modo que ahora lo que se dice no llega a nuestro entendimiento sino por el nombre de la mano y la derecha. Aunque aquí, contra la comprensión natural, se menciona la mano y la derecha. Así se dice: El Señor es tu protección sobre la mano derecha. Sería un asunto resuelto si se dijera sobre tu mano derecha. Pero al decirse así, sobre la mano derecha, parece significarse la derecha, teniendo mano derecha e izquierda. Esto no lo acepta ni la naturaleza del hombre ni el sentido. Sin embargo, la Escritura siempre muestra la parte derecha como la mejor y más útil. Y ciertamente los Evangelios, a través de aquellos que están a la derecha y a la izquierda, mostrarán el significado de la inteligencia de ambos lados (Mat. XXV, 33). En verdad, tomamos la mano como el efecto de toda obra. Por eso, también lo que dijo este mismo profeta, se expresó así: Líbrame de la boca del león y de la mano del perro mi única (Sal. XXI, 21, 22). Pues este animal ladrador y rabioso no se ajusta a esta parte del cuerpo: sino que suplica ser liberado de las obras de la maldad. Por lo tanto, porque las virtudes demoníacas que nos adversan intentan debilitar y herir las obras más óptimas y fuertes de nuestra fe: por eso se promete que la custodia de Dios vigilará sobre la mano derecha: para que las obras de buena voluntad permanezcan intactas en nosotros, y con ellas, en el reino de aquel tiempo eterno y bienaventurado, una vez eliminada toda debilidad de la mancha corporal, disfrutaremos.

12. Propiedad del sol y la luna.---Pues el espíritu del Profeta nos promete esto en lo que sigue, diciendo, VERS. 6: De día el sol no te quemará, ni la luna de noche. La naturaleza de estos elementos tiene en sí misma esta eficacia, de modo que cada uno de ellos, en su tiempo, debilita las fuerzas de los cuerpos humanos mediante el cambio de nuestra sustancia frágil, como el sol quema con su calor y la luna con su frío: y así, a lo largo del año, se da tal conversión de los mismos, que en tiempo de invierno el sol no quema, mientras la luna quema, sino que disuelve; y de nuevo, en los meses de verano, el sol quema y la luna disuelve.

13. Estos salmos no deben entenderse corporalmente.---Por lo tanto, aquellos que piensan que esto debe entenderse de manera corporal: pregunto qué afirman que el Profeta promete a aquel que eleva sus ojos a los montes, en lo que se dice: Durante el día el sol no te quemará, ni la luna durante la noche. Pues no es que, mientras permanezca la naturaleza de nuestro cuerpo, la naturaleza de los elementos también se vuelva mutable; para que no persistan en su naturaleza por costumbre en nuestra naturaleza. ¿O acaso alguien se atreverá a esperar para sí mismo en este mundo una firmeza del cuerpo tal que no pueda ser quemado ni de noche ni de día, cuando el bienaventurado patriarca Jacob se queja de haber sido quemado por el frío de la noche y el calor del día, cuando dice: Y fui quemado de día por el calor, y por el frío de la noche (Gén. XXXI, 40)?

14. Felicidad de la quietud eterna.---Pero el Profeta ahora, o el Espíritu a través del Profeta, conoce aquella bienaventuranza de los tiempos en la cual toda transformación de la debilidad corporal se aleja de nosotros, en la cual no hay frío, ni calor, ni noche y cambio, sino día eterno y bienaventurada templanza, con el sol de la justicia dominando sobre nosotros. El Señor, prefigurando ya el descanso de ese tiempo en el desierto, moderaba para su pueblo el calor diurno con una columna de nube, y el frío nocturno y las tinieblas con una columna de fuego. En esta eterna y bienaventurada templanza de los tiempos, permanecerá quien haya merecido la custodia del Señor: para que la naturaleza del cuerpo no sea quemada por el frío de la luna ni por el calor del sol; sino que, liberado de los males e injurias de este siglo, descansando en lo eterno, bienaventurado y templado, reciba la naturaleza sólida e inmutable de su cuerpo glorificado.

15. Malos aparentes. Verdaderos males que deben ser evitados.---Sigue luego, VERS. 7: El Señor te guardará de todo mal. ¿Y de qué males te guardará el Señor? No creo que de aquellos que se consideran tales: pues estos son debidos a nuestra debilidad y al cuerpo, como morir, enfermar, carecer: si estos fueran males, ni Abel habría muerto, ni Job habría sido atormentado, ni Pedro habría necesitado el dinero que se le pedía en limosna. Por lo tanto, el Señor guarda al alma fiel de todo mal, es decir, para que no la corrompa la polilla del diablo, para que el ladrón no se acerque furtivamente, para que el perro no ladre, para que el lobo no desgarre, para que el oso no se ensañe, para que el leopardo no salte, para que el tigre no vuele, para que el león no devaste. Pues estos son ahora los ministerios del diablo, todos estos son sus oficios en el tiempo de este siglo, consumir con vicios, infiltrarse con halagos, desgarrar con placeres, saltar con ambición, volar con lujurias, y devastar con todo el poder de su fuerza. De todo este mal, por tanto, se debe esperar la custodia de Dios. Y porque ataca principalmente al alma; pues es nuestro deber luchar contra él en el cuerpo, ya que no hay victoria sin combate: por eso sigue: El Señor guardará tu alma: para que nada de todos esos males antes mencionados tenga poder sobre ella.

16. En el seno de Abraham, los justos son reservados para el reino de los cielos. --- Sin embargo, el discurso profético mantuvo su orden, diciendo: El Señor guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre. Pues esta custodia no es de este tiempo y siglo, no es para no ser quemado por el sol y la luna y ser preservado de todo mal; sino que es la expectativa del bien futuro, cuando al salir del cuerpo, todos los fieles serán reservados para aquella entrada al reino celestial bajo la custodia del Señor, colocados provisionalmente en el seno de Abraham, al cual un caos interpuesto impide que los impíos accedan, hasta que llegue el tiempo de entrar de nuevo en el reino de los cielos (Luc. XVI, 26). Por lo tanto, el Señor guardará la salida, mientras al salir del cuerpo, descansan separados de los impíos por el caos interpuesto. El Señor guardará la entrada, introduciéndolos en aquel reino eterno y bienaventurado. Pues Él mismo es quien dijo: Yo soy la puerta; (Juan X, 7); y, Nadie va al

Padre sino por mí (Juan XIV, 6); es decir, nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 121. Cántico de las subidas de David.

Me alegré con lo que me dijeron: Iremos a la casa del Señor. Nuestros pies estaban de pie en tus atrios, oh Jerusalén. Jerusalén, que está edificada como una ciudad bien unida. Porque allá subieron las tribus, las tribus del Señor, testimonio de Israel, para alabar el nombre del Señor: porque allí se establecieron los tronos para el juicio, los tronos de la casa de David. Rogad por la paz de Jerusalén: y haya abundancia para los que te aman. Haya paz dentro de tus muros, y abundancia en tus torres. Por mis hermanos y mis amigos, hablaré de paz para ti. Por la casa del Señor nuestro Dios, buscaré tu bien.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. El cielo anhelante acoge este salmo. Nuestra esperanza.---Quien está retenido por el deseo celestial, no encontrará oscuridad en el salmo: pues de su propio sentido alcanzará la comprensión de la magniloquencia profética; ya que (es decir, puesto que) al recordarse a sí mismo como coheredero del escrito de Dios y partícipe de los bienes eternos, y renovado a semejanza de los ángeles por la resurrección, y despojado de la corrupción para ser conformado al cuerpo de la gloria de Dios y de nuestro Señor Jesucristo, y futuro habitante de la ciudad celestial construida con piedras vivas, de la cual está escrito en el Evangelio, cuando el Señor prohibió jurar por el cielo, añadió, diciendo: Ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran rey (Mat. V, 35); no refiriéndose ciertamente a aquella que mata a los profetas y apedrea, sino a aquella de la cual el bienaventurado Pablo así recuerda: Vosotros sois ciudadanos de los santos y domésticos de Dios, edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y profetas (Efes. II, 19 y 20): y cuando haya leído que las cosas que ahora son, son en parte, y que nosotros vemos por espejo y en enigma por ahora, pero cuando venga lo perfecto, lo que ahora es en parte será destruido, y cara a cara, como con visión corporal, contemplaremos lo que ahora nos es invisible, donde no hay enfermedad, ni muerte, ni tristeza, ni terror (I Cor. XIII, 12). Cuando alguien haya conocido estas cosas anunciadas por los ángeles, prefiguradas en la ley, expuestas por los profetas, representadas por el Señor con ejemplos, predicadas por los Apóstoles, y se haya dado cuenta de que estas mismas cosas son posibles para él mismo por la fe; es necesario proclamar, siguiendo el ejemplo del Profeta, VERS. 1: Me alegré con los que me dijeron.

2. La alegría de entrar en la casa de Dios.---Pero, ¿cuáles son aquellas palabras que han sido dichas, de las cuales se ha recibido alegría? Sin duda, lo que sigue: Iremos a la casa del Señor. De aquí proviene el gozo, de aquí la exultación, porque se ha dicho que iremos a la casa del Señor. Qué es la casa del Señor, lo enseñó en otro salmo diciendo: Porque el Señor eligió a Sion, la escogió como su morada. Este es mi descanso por los siglos de los siglos, aquí habitaré, porque la he escogido (Sal. 131, 13): no ciertamente, como hemos dicho, esta terrenal y caduca que sufre las penas de su impiedad, sino aquella libre y celestial Jerusalén, porque es la misma que Sion; por cuya residencia, ya que es la casa de Dios, nosotros también somos ciudadanos de los santos y domésticos de Dios. De aquí, pues, proviene la alegría, porque se ha dicho que iremos a la casa del Señor.

3. Los pies en los atrios de los Apóstoles.---Pero aquellos que dijeron esto, no sea que ignoren, ni se alejen de la misma casa a la que nos anuncian que iremos; sino que dicen, VERS. 2: Nuestros pies estaban firmes en los atrios de Jerusalén. No anuncian cosas

inciertas, no prometen lo desconocido. Esta casa deseable y amada por muchos la hemos reconocido. Pues dice la Escritura: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar las delicias del Señor y visitar su templo (Sal. XXVI, 4). Y de nuevo: Señor, he amado la hermosura de tu casa y el lugar de la morada de tu gloria (Sal. XXV, 8). Esta casa deseable, este sonido alegre, con el fundamento de doce gemas vivas siendo piedras vivas construidas, talladas primero para la obra de edificación por Moisés en la ley, por los profetas en sus pasiones, por el Señor en el cuerpo, por los apóstoles en los martirios, por el Espíritu Santo en las virtudes. Estos son los constructores, estos los edificios, esta la ciudad. Estos pies firmes en sus atrios, es decir, los guardianes a quienes se les han dado las llaves de esta casa: pues se ha dicho: A vosotros os daré las llaves del reino de los cielos. Anunciando la apariencia de la casa a los que la ignoran, los pies benditos, y justamente alabados por el Profeta: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz! (Isa. LII, 7).

4. Jerusalén celestial se edifica día a día.---Y para que no se pensara que algo de esto se refiere a aquella Jerusalén que fue terrenal, se ha dicho: VERS. 3: Jerusalén que se edifica como ciudad. No ciudad, sino como ciudad; porque aquella edificación de la ciudad terrenal, y la construcción del templo, y la institución del tabernáculo, prefiguraban la imagen de aquella ciudad eterna y celestial. Y porque en todo tiempo, y hasta la consumación del siglo, y a lo largo de todas las generaciones, debe completarse la edificación de esta ciudad celestial; por eso indica que se edifica sin una definición temporal, diciendo: Se edifica como ciudad: hasta que, como dice el Apóstol, entre la plenitud de los gentiles, y entonces lo que queda de Israel será salvado (Rom. XI, 25 y 26).

5. Nos unimos en unidad.---Pero dado que el cuerpo de la Iglesia es uno, no está mezclado por una confusión de cuerpos, ni reunido en un montón indiscriminado e informe, sino a través de la unidad de la fe, la sociedad de la caridad, la concordia de las obras y la voluntad, y el don único del sacramento en todos, somos todos uno, a lo cual nos exhorta Pablo diciendo: Os ruego, hermanos, que tengáis todos un mismo sentir, ejerciendo la misma caridad (I Cor. I, 10): y cuando sea, como está escrito: Y el corazón y el alma de todos los que creían era uno (Hech. IV, 32); entonces seremos la ciudad de Dios, entonces la santa Jerusalén: porque Jerusalén se edifica como ciudad, cuya participación es en lo mismo. Pero los que disienten del conjunto de los santos y se separan del cuerpo de la Iglesia por pecados que los precipitan, no tienen participación en esta santa casa: porque la participación de esta ciudad es en lo mismo. Pues del consorcio de la ciudad perfecta, los unánimes no pueden tener participación en lo diverso, sino en lo mismo. Por tanto, todos los que serán uno, estarán en ella, como lo atestigua el salmo: dice, en efecto, VERS. 4: Allí subieron las tribus, las tribus: no una, sino varias.

6. No edifican sino los que son del Señor.---Pero tal vez parecerá que la ciudad debe ser edificada por todos sin excepción, ya que en las tribus mencionadas no se hace excepción alguna; ¿y será entonces para los pueblos que no conocen al Señor una entrada común a esta casa? Pero la Escritura no permite que se entienda de esa manera, añadiendo a lo que había dicho, VERS. 5: Allí subieron las tribus, las tribus del Señor. Porque hay quienes no son del Señor, a quienes se les ha dicho: Vosotros sois del diablo (Juan VIII, 44): y de nuevo: Apartaos de mí, malditos, al fuego preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 41). Por lo tanto, las tribus que serán del Señor ascenderán.

7. Nada aquí para el Israel carnal. --- Pero, ¿acaso Israel reclamó que esto le era debido, es decir, aquellos que son según la letra y no según el Espíritu; que son carnales y no celestiales;

que crucifican al Señor y no lo adoran? Pero fue rechazado de esta esperanza. Porque allí subieron las tribus, las tribus del Señor, testimonio para aquel Israel. No las tribus de Israel como testimonio para las naciones, sino las tribus del Señor como testimonio para Israel. Porque somos tribus del Señor, y entraremos en la casa del Dios de Jacob, y Él nos anunciará su camino, y caminaremos en él. Porque las tribus del Señor dijeron: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob: y Él nos anunciará su camino, y caminaremos en él. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor (Isaías II, 3). Porque saliendo de Jerusalén la palabra del Señor, vino a las naciones. Estas entran en la ciudad santa, en testimonio para Israel.

8. Prerrogativas del pueblo israelita; testimonio contra sus crímenes.---¿En qué testimonio finalmente? Para confesar, dice, el nombre del Señor. Porque las tribus del Señor confiesan el nombre del Señor. Este es el testimonio de Israel. Aquel Israel fue vindicado por el Señor en el faraón, lavado en el mar, alimentado en el desierto con el pan de los ángeles, instruido en la ley, reprendido por los profetas, en la natividad asumido por el Señor a través de la comunión del cuerpo, salvado en la cruz si creyera, glorificado en la resurrección si confesara, no creyó que nada de esto fuera suyo, no quiso que nada de esto permaneciera suyo. Teniendo el maná, deseó los pepinos de Egipto; esperando la ley de vida de Dios, adoró al becerro; escuchando a los profetas, los mató. Deshonró el parto de la Virgen profetizado para él, no creyó en Dios en la carne, acusó falsamente de pecado al redentor del pecado, compró para la muerte, lo levantó en la cruz. Corrompió al silencio a los testigos de la resurrección: mató a los Apóstoles. En este testimonio de su crimen, las tribus del Señor ascienden. A ellos se les prometió, estas lo obtienen. El testamento de aquel, pero la herencia de estas es. A este, su crucificado, las tribus confiesan como su Dios. En este testimonio, Israel reconoce a quien hirió, y se le prohíbe el acceso a aquel cuya resurrección no creyó. A este lo adoran los Arcángeles, a este le sirven todas las virtudes celestiales, este otorga a sus tribus conformes la gloria de su cuerpo. Confiesan, por tanto, el nombre del Señor, porque es Dios, porque es el hijo unigénito del no engendrado. En este testimonio de Israel, las tribus del Señor ascienden a la casa del Señor, confesando el nombre del Señor.

9. Juicio de Israel carnal. Tipo de la Iglesia.--- Pero esta confesión es un juicio. Son juzgados por aquellos a quienes se les dijo: "Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel" (Mateo 19, 28). No solo estos juzgarán, sino que también la reina del Sur condenará, y los ninivitas condenarán (Mateo 12, 41 y 42); porque ellos hicieron penitencia ante la predicación de Jonás, y ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón: en ellos está la prefiguración de la Iglesia, que siendo extranjera y desconocida, creyó en la penitencia y deseó escuchar la sabiduría.

10. Dónde estará el tribunal del juicio. Cristo como hombre es llamado David. Los profetas anuncian el futuro como si ya hubiera ocurrido.---Aquí, por tanto, estará el tribunal del juicio, donde en testimonio de Israel las tribus del Señor ascenderán para confesar el nombre del Señor, es decir, en la Iglesia, la ciudad de piedras santas, que es la casa del Señor. Pues dice, VERS. 5: Porque allí se sentaron los tronos para juicio, los tronos sobre la casa de David. David ahora también, como en otros lugares, es un nombre para el Señor tomado de su cuerpo. Pues la Escritura, siempre que menciona la asunción del cuerpo, suele llamarlo David, tomando el nombre de su progenitor carnal. Sin embargo, no debe surgir confusión en la comprensión por el hecho de que los profetas hayan hablado de ciertas cosas en pasado: ya hemos explicado esto mismo en muchos lugares y con frecuencia. Para Dios, que abarca en sí mismo todas las cosas, el futuro es como si ya estuviera hecho. Y su presciencia es tan fiel, que lo que aún no ha ocurrido, ya lo considera completado y como si fuera pasado y

realizado. Finalmente, el Profeta demuestra inmediatamente que está hablando de cosas del tiempo futuro.

11. La paz edifica la Iglesia.---Pues habiendo recordado como si fuera del pasado, que las tribus del Señor habían subido allí y se habían sentado sobre los tronos de la casa de David; ahora, ya con un afecto de doctrina pública y amonestación, exhorta para el futuro diciendo, VERS. 6: Rogad por la paz de Jerusalén: para mostrar la fidelidad de la presciencia en lo que había dicho que se había realizado, y conservar el orden de los tiempos en lo que se ha de realizar. Por tanto, su edificación es en paz, y su participación es en lo mismo, y esa casa es de una sola mente, fe y caridad. Por lo tanto, debe aprenderse la doctrina de la paz. Ahora, rogad (ἐρωτήσατε) no es un término de oración, sino de preguntar según la propiedad del griego. Pero aprender la paz está en la voluntad de los oyentes. Pues cuando pregunten por su paz, entonces se alegrarán al decirles: Iremos a la casa del Señor.

12. Fruto de la paz.---Porque ciertamente el fruto de la paz invocada no es pequeño: ya que sigue: Y abundancia para los que te aman. La perfecta cosecha espera el amor de la paz, y espera una abundante provisión de felices resultados. Esto mismo lo significa la bendición en Jacob, prefigurada para la esperanza de los fieles: pues así fue bendecido, ocupando las bendiciones de su hermano: He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno, al que Dios ha bendecido (Gén. XXVII, 27). Un campo lleno y fértil, que rinde el ciento por uno, abundará en riquezas eternas. Y ahora, por el momento, abundamos en frutos benditos, que el sacramento de la Iglesia y la unidad de la paz nos suministran en forma de frutos eternos. Este sacramento de la esperanza común se ha mostrado con los nombres de cosas corporales y comunes: lo entenderán quienes lo sepan. Pues de esta abundancia y provisión el mismo Profeta hace mención en otro salmo, diciendo: Has dado alegría en mi corazón, desde el tiempo en que se multiplicaron su trigo, su vino y su aceite (Salmo IV, 7 y 8). Esta, por tanto, es la abundancia en sí misma. Porque a través de esta abundancia de paz y sacramentos, se prepara aquella bienaventurada paz y la abundancia inagotable y eterna de los bienes celestiales.

13. La virtud del Señor Dios no está sin paz.---A continuación sigue, VERS. 7: Que haya paz en tu virtud, y abundancia en tus torres fuertes (ἐν πυργοβάρεσί σου). La paz y la virtud de esta casa están unidas entre sí. Pues no se puede lograr nada sin paz; porque su participación es en lo mismo: y solo la paz lo consigue. La virtud perfecta y pacífica es solo de aquellos que se congregan en lo mismo: y por eso dice: Que haya paz en tu virtud.

14. Las torres de la Iglesia son los príncipes. En ellas abunda la bienaventuranza. --- Es necesario que la ciudad consista en una diversidad de edificaciones. No todo es muro, puerta, torre; ni todo son plazas, pórticos, tabernas; ni casas, foros, templos, palacios: y también las dignidades de los habitantes difieren según las magnificencias de las casas. En todo tipo de ciudad, nada es más firme, útil ni elevado que las torres. La Escritura suele llamar "graves" a lo que es firme e inamovible: como dice: En el pueblo grave te alabaré (Sal. XXXIV, 18). Ahora también, al recordar la paz de la virtud, atribuyó la abundancia de la bienaventuranza perfecta y eterna a los príncipes de esta ciudad, como los más firmes, diciendo: Y abundancia en tus torres graves. Anteriormente había dicho: Y abundancia para los que te aman: por lo tanto, la abundancia no es para todos, sino para los que aman a Dios. Luego añadió: Haya paz en tu virtud. Pues la paz de la Iglesia y la unidad nos otorgan virtud y firmeza: según aquello del Apóstol: Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones en Cristo Jesús (Fil. IV, 7). Ahora también recuerda que esta abundancia, que prometió a los que aman, es propia de las torres graves; significando que son torres graves

aquellos que han amado. Por lo cual se debe entender que esta abundancia no es común, ni de toda la ciudad en su totalidad: sino solo de aquellos hombres santos y fieles, que han contribuido a la edificación de esta ciudad como la firmeza de las torres.

15. Diferencia entre la Ciudad de Dios y la casa de Dios.---Sigue luego el gran afecto del Profeta y, en todo hombre creyente, la solicitud de una piadosa admonición. Pues dice, VERS. 8: Por mis hermanos y mis prójimos hablaba de paz sobre ti: por la casa del Señor mi Dios busqué tu bien. Significa la multitud en sus hermanos y prójimos de esta ciudad, por quienes habló de paz sobre ella (es decir, la ciudad): para que al escuchar, se adaptaran a sí mismos en la edificación de esta ciudad que ha de ser completada. Pero quien habla de paz sobre ella por sus hermanos y prójimos, busca el bien para la misma ciudad por la casa de Dios, diciendo, VERS. 9: Por la casa del Señor mi Dios busqué tu bien. Por tanto, los bienes fueron buscados para la ciudad por la casa del Señor. Pues al distinguir la gloria de la casa de Dios de la totalidad de la ciudad, ya que es necesario anteponer el ornato de la casa real a la edificación de toda la ciudad, buscó el bien para la misma ciudad. Primero, sus hermanos y prójimos, por la predicación de la paz, se convirtieron en la ciudad del Señor. En segundo lugar, la misma ciudad ya constituida por sus prójimos y hermanos, al escuchar que la dignidad de la casa de Dios es la casa de todo Dios, se apresuró a serlo. Y así, se buscaron bienes para esta ciudad, mientras progresa de la ciudad del Señor a la casa de Dios; según aquello del Apóstol: Vosotros sois el templo de Dios, y el Espíritu del Señor habita en vosotros (I Cor. III, 16). Pues fiel es quien dice: Padre, por ellos te ruego para que todos seamos uno, yo en ellos, y tú en mí: nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 122. Cántico de las subidas.

A ti levanto mis ojos, tú que habitas en el cielo. He aquí, como los ojos de los siervos están en las manos de sus señores, y como los ojos de la sierva en las manos de su señora: así nuestros ojos miran al Señor nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros. Ten misericordia de nosotros, Señor, ten misericordia de nosotros: porque estamos muy llenos de desprecio. Nuestra alma está muy llena de la burla de los que están en abundancia, y del desprecio de los soberbios.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Los diversos grados de los Salmos.---Se logra lo que se ha prescrito en el título: pues en los grados del cántico se asciende de lo humilde a lo excelso. En efecto, en el primer cántico de los grados se clamó al Señor desde la tribulación. Después, se alzaron los ojos hacia los montes y se preguntó de dónde vendría la ayuda. Luego, porque al elevar los ojos y buscar de dónde vendría la ayuda, se presenta la instrucción de la doctrina profética, en aquello que se le ha dicho se alegró. Ahora bien, porque se ha llegado hasta lo que la doctrina instruía, el Profeta canta de un cierto grado de su progreso, VERS. 1: A ti he levantado mis ojos, que habitas en el cielo, con los incrementos adecuados del uso de la contemplación de Dios, como después de mucha ceguera, a través de pequeños y medidos intervalos de luz admitida, preparado para la costumbre de toda la luz. Pues Dios, que primero fue invocado en la tribulación, fue buscado por los profetas, y los alegró con la audición de la profecía. Pero ahora ya debe ser contemplado con los ojos de la mente, por la confianza de la fe, el que habita en el cielo.

2. El cielo visible no es la morada de Dios, sino el Hijo. --- Pero este cielo, que se presenta a nuestros ojos a través de su materia, que ha recibido tanto la naturaleza como el nombre de firmamento solidificado como humo, pasará y no será: pero el trono del Señor permanece para siempre. Es necesario, en verdad, que la morada sea digna de su habitante: no debemos encerrar en un lugar corruptible aquello que es infinito e incorruptible, mientras creemos que Dios habita en este cielo. Busquemos, por tanto, cuál es la morada de Dios. Sin duda, aquel que dijo: "El Padre está en mí, y yo en el Padre" (Juan 10, 38); y de nuevo: "Yo y el Padre somos uno" (Ibid. 30), y de quien se dijo: "Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo" (II Cor. 5, 19): es el Hijo digno y suficiente, en quien el Padre habita por la misma virtud de la naturaleza; y el Padre no separa al Hijo, a quien engendró de sí mismo, por diferencia de divinidad. Pero no es ahora el momento de hablar de la inseparable virtud del Padre y del Hijo. Pues Dios engendrado de Dios no está ausente por naturaleza de aquel de quien se confiesa que ha sido engendrado: y Dios innascible, engendrando al Dios unigénito, permanece en aquel a quien engendró por la propiedad de engendrar. Toda nuestra esperanza está en que conozcamos al Dios unigénito. Porque sobre el Dios innascible, nadie es tan insensato que, contemplando el cielo, no sienta que es Dios (V. tract. Salmo LII, n. 2). En este cielo, por tanto, Dios habita, en una morada digna de su majestad y divinidad.

3. Por Cristo, Dios habita en nosotros. --- Pero hay también otra morada que agrada a Dios y es elegida, a saber, la de aquellos de quienes se ha dicho: Habitaré en ellos y caminaré entre ellos, y ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios (II Cor. IV, 16); de quienes también el Apóstol dice: Vosotros sois templo de Dios, y el Espíritu de Dios habita en vosotros (I Cor. III, 16). El mismo Apóstol también dice: Tal como es el terrenal, así son los terrenales; y tal como es el celestial, así son los celestiales (II Cor. XV, 48). El segundo Adán, por tanto, es celestial: y es celestial porque el Verbo se hizo carne, es decir, el hombre nacido del Espíritu y de Dios. En este Verbo, no en un vano sonido de voz, sino en el Verbo de Dios; ni en una sustancia disidente y diversa de sí misma, sino en el Verbo de Dios, Dios habita como en el cielo, en aquello que es de sí mismo y suyo, permaneciendo: por él habitando también en aquellos que son celestiales, como él mismo dice al Padre: Para que todos sean uno, yo en ellos, y tú en mí (Juan XVII, 21 y 23). Por lo tanto, si en Adán fuimos polvo, ahora somos celestiales en Cristo, y Cristo es nuestro habitante, por Cristo habitando en nosotros, también aquel (a saber, el Padre) es nuestro habitante, quien es en nosotros la habitación de Cristo.

4. No se excluye la opinión pública sobre la sede de Dios.---Y porque, según la comprensión corporal, tenemos el sentido de que el cielo que está más allá de la naturaleza de este firmamento es donde se considera que Dios habita; no excluimos esa opinión pública sobre la sede de Dios, de modo que el cielo de los cielos sea su trono; pero también creemos que esa digna morada de Dios está significada en (Cristo) el celestial Adán. Por lo tanto, también se debe reconocer que Dios habita en este cielo, habitando también en aquellos que ha constituido como celestiales en él.

5. El alma dedicada a Dios no debe distraerse.---Es necesario que aquellos que han elevado los ojos de su mente hacia Dios no los vuelvan ni desvíen, porque, como se dice en los Evangelios: Nadie que mira hacia atrás mientras sostiene el arado es apto para el reino de los cielos (Luc. IX, 6). Dejando atrás templos, altares, deseos, lascivias y toda la profundidad de los vicios, conviene perseverar con una mirada incansable e invicta. Pues si las naciones, ciegas por su error, son retenidas con inmutable obstinación en religiones falsas, de tal manera que no pueden ser apartadas de sus supersticiones por la razón de la verdad, sirviendo con perseverante necedad a diversos dioses, como los llaman, y si el alma de los pecadores, capturada por los atractivos de los vicios, sirve devotamente como si obedeciera a su cuerpo;

¿cuánto más nos conviene a nosotros, que conocemos a Dios, creador del cielo y de la tierra (quien, siendo poderoso para animar al hombre desde la tierra inanimada, también es poderoso para resucitar al hombre que ya ha muerto a la comunión de la eternidad), venerarlo sin desviación alguna ni religión errónea, y no desviar la obstinación de nuestra fe atenta hacia ningún lado?

6. Manos, obras. Siervos del pecado. En qué obras se ocupan. ---Y el profeta enseña que los ojos de su mente deben estar siempre fijos en Dios de manera inmutable, diciendo, VERS. 2: He aquí, como los ojos de los siervos en las manos de sus señores y como los ojos de la sierva en las manos de su señora: así nuestros ojos en el Señor nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros. El profeta puso una comparación ejemplar, para que así como los ojos de los siervos están en las manos de sus señores, así los ojos de su fe estén fijos en Dios: porque el siervo fiel debe estar atento a toda obediencia de la voluntad del Señor, y siempre mantener sus ojos sin desviarse. Pero si se tratara de siervos y señores corporales, se habría dicho que los ojos de los siervos están en los ojos o en la lengua, o en la presencia de los señores, pues por un gesto o por la palabra se les manda. Pero la Escritura frecuentemente significa las manos por las obras. Sin embargo, hay quienes no son siervos ni de los hombres ni de Dios; sino que son siervos del pecado, como dice el Señor: Todo el que comete pecado, es siervo del pecado (Juan VII, 34). Estos, por tanto, siervos de estas iniquidades espirituales en los celestiales, están siempre con los ojos de su mente fijos en sus obras como en las manos de sus señores, fijados en ellas con deseo y admiración de los vicios. Estas son, sin embargo, diabólicas, es decir, las obras de los dioses gentiles, que se significan en las manos: el vientre, el ocio, el lujo, la lujuria, la soberbia, la avaricia, la ambición: en estas, por tanto, mirando las obras de sus voluntades, a cuyo dominio están sujetos, fijan los ojos de sus sentidos, para quienes hay muchos y numerosos dioses como señores, según el estudio y la naturaleza de cada uno elija para sí el autor de su religión.

7. Dios para nosotros es uno, no solo.---Para nosotros, sin embargo, hay un solo Dios, no obstante, no negamos que Dios es nuestro Señor Jesucristo por la unión con Dios; sino que siguiendo la Ley, los profetas, los Evangelios y los apóstoles, profesamos con fe y verdad la unidad de la divinidad en el Dios innascible y en el Dios unigénito según la propiedad y la naturaleza. Pues en ninguna parte el discurso profético ha llamado a dioses o señores en plural; sino a cada uno en su propio orden. Génesis dice: Y el Señor hizo llover azufre y fuego desde el Señor (Gén. XIX, 25); y el Profeta: Te ungió, Dios, tu Dios (Sal. XLIV, 8); y, Dijo el Señor a mi Señor (Sal. CIX, 1); y los Evangelios: Y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1); y el Apóstol: Un solo Dios de quien proceden todas las cosas, y un solo Señor Jesús por quien son todas las cosas (I Cor. VIII, 6); y de nuevo: De quienes es Cristo, que es sobre todas las cosas, Dios (Rom., IX, 5). Esto, por tanto, se dijo por el Señor: para que entendamos que por el hecho de que hay un solo Dios innascible, no se puede quitar al Dios unigénito lo que es Dios. Pues ambos son un solo Dios: no porque (como Hierax) uno esté dividido en dos, o que ambos sean el mismo (como Sabellio pensó), como si solo la denominación hubiera hecho al padre y al hijo, no la naturaleza de engendrar: sino que por eso es un solo Dios, porque no hay dos innascibles, ni dos unigénitos, sino uno de uno, y ambos uno, no con una sustancia de divinidad disímil o diferente en cada uno.

8. ¿Por qué varios siervos y señores, sierva y señora una? --- Sigue luego: Y como los ojos de la sierva en las manos de su señora. En verdad, el mismo Profeta mantuvo el orden, para recordar como ejemplo de comparación que los ojos de la sierva están atentos a las manos de su señora: para enseñar que estos deseos de los siervos están más bien enfocados en la eficacia de las obras. Pero, dado que se ha puesto como ejemplo a varios siervos de varios

señores, es necesario preguntar por qué se menciona a una sola sierva de una sola señora. Pues muchos siervos, como dijimos anteriormente, son de muchos dioses. Ahora bien, una sola sierva y una sola señora: porque la naturaleza del alma humana es una, así como la naturaleza de la carne terrena es una. Y porque ahora se habla de los pecadores, que son siervos del pecado; esta sierva, el alma, está entregada a su señora, la carne, sometida por las seducciones corporales y de los vicios: y tiene dominio (pasivo) sobre su inferior a través de los estímulos de las tentaciones, observando los frutos de sus obras. Por lo tanto, así como estos siervos y esta sierva son retenidos inmutables por sus vicios, para que persistan en ellos con una cierta religiosa intención de su necedad; así también la fe, que no sea temporal ni móvil, ni se fatigue por las tentaciones emitidas, sino que permanezca inmóvil e inmutable hasta la consumación de la misericordia de Dios.

9. La esperanza tenaz del Profeta.---Y por eso el Profeta demuestra la tenacidad de su esperanza hasta recibir la misericordia, diciendo: Así nuestros ojos miran al Señor nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros. No cesa, no se detiene, aunque el Señor tarde en mostrar su misericordia a prueba de la fe: porque la fe debe ofrecer una expectativa constante de su confianza, y toda desesperación es confesión de desconfianza. Pero el Profeta no duda de la misericordia de Dios: pues sus ojos están fijos en Él, hasta que tenga misericordia. Tan fijos están, que a su atención se le suma una oración repetida. Dice después de esto, VERS. 3: Ten piedad de nosotros, Señor, ten piedad de nosotros. Y está atento, y atento ora: con la misma perseverancia con la que los siervos de los vicios permanecen en los vicios que los dominan, él persevera con la certísima esperanza de los bienes eternos y con la confianza en la perfecta misericordia hacia él.

10. Los fieles afligidos por injurias, lamentan sus propias injurias y los pecados de quienes los atormentan. Su alivio proviene solo de Dios.---Sucede, como hemos conocido a menudo, que esta esperanza de los fieles es seguida por la grave detracción de los inicuos y la molesta persecución de los malignos. Pues el injusto odia que prediquemos la justicia; si alabamos la castidad, el impúdico se ofende; la embriaguez en nosotros execrada, los ayunos. Pero cuando exhortamos a la liberalidad, el avaro acusa nuestra insensatez. Cuando predicamos a Cristo Dios crucificado, el judío y todo perseguidor de entre las naciones reprochan nuestra religión. Cuando esperamos el juicio de Dios, los reyes del mundo se ofenden y rechazan a Dios como árbitro de la vida de cada uno. Cuando anunciamos la resurrección, los cuerpos muertos con sus vicios de los infieles contradicen. También nuestra fe, recibida de la Ley, los Profetas, los Evangelios y los Apóstoles, es refutada por todas las falsedades de los herejes. Somos golpeados, maldecidos, perseguidos, asesinados con hierro, fuego, en el abismo; se ensaña contra nuestra modestia, se ensaña contra los cuerpos: el dolor nos viene de nuestras injurias. Y porque nuestras injurias son muerte para quienes las infligen, el dolor nos viene de la compasión por los que perecen. Por eso, después de la doble oración, en la que decía: Ten piedad de nosotros, Señor, ten piedad de nosotros; añadió: Porque estamos muy llenos de desprecio. VERS. 4. Porque nuestra alma está muy llena: solo Dios puede ayudar contra esto, para librarnos del desprecio y el menosprecio hasta el fin de la misericordia (se sobreentiende recibir) siempre atento a Él. Y por eso, mientras Dios tenga misericordia de él, está atento, por eso con doble oración pide la misericordia de Dios para sí, porque él mismo y su alma están muy llenos de desprecio, solo Dios, como hemos dicho, puede tener misericordia en mucho desprecio: y no solo es capaz de eso, sino también de revertir todo en lo contrario, y ofrecer una cierta retribución al paciente.

11. La vicisitud de Lázaro el pobre y el rico.---Nos sirve de testimonio tanto el pobre descansando en el seno de Abraham, como el rico atormentado en el sufrimiento. Aquel, en

efecto, había estado sentado en un montón de estiércol ante la puerta del rico, consumido por el hambre, cubierto de llagas supurantes, mientras los perros lamían sus heridas abiertas. Pero esta era la milicia del cuerpo, esta era la lucha contra el mundo. Sin embargo, su alma interior permanecía invulnerable por la fe, inaccesible a toda flecha de placer y vicio: y por eso, después de la disolución de la carne, es llevada por los ángeles al seno bienaventurado de Abraham. Aquel otro, en cambio, que estaba vestido de púrpura, a quien la nobleza de toda la ciudad servía bajo un pesado dominio, para quien se acumulaban las riquezas del aire, la tierra y el mar para su banquete, con todos los elementos sirviendo a su vientre, había cerrado la puerta a este pobre, negándole las migajas que caían de su mesa, y había considerado su encuentro como una afrenta. Al dejar este cuerpo que había usado mal, es separado por un abismo impenetrable de los santos, es recibido con todo el ministerio de los tormentos, sufre, es atormentado, quemado, y suplica ser refrescado con el mínimo dedo del pobre que descansa en el seno de Abraham. A lo cual Abraham respondió: Hijo, recuerda que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro igualmente males: ahora él es consolado aquí, y tú eres atormentado (Luc. XVI, 25). Se produce una conversión alterna: y la alegría se transforma en tristeza, y la tristeza en gozo. Y veamos si lo mismo que expuso el Evangelio, también lo significa ahora el Profeta.

12. Salida de los ricos y de los humildes o necesitados.--- Pues dice: Oprobio para los abundantes, y desprecio para los soberbios. Después de las persecuciones anteriores, que hemos mencionado, de los reyes, de las naciones de los judíos, de los herejes, e incluso a menudo de los nuestros, aquí también se realiza la conversión evangélica, para que haya oprobio para los abundantes y desprecio para los soberbios. La soberbia se transforma en desprecio, y la abundancia se convierte en escasez: y nuevamente, el desprecio se transforma en soberbia, y la escasez se convierte en abundancia, mostrando el profeta ambos aspectos con las mismas palabras, cuando dice: Oprobio para los abundantes, y desprecio para los soberbios, ya sea porque ahora soportan el oprobio, quienes después abundarán en el reino del Señor, y porque ahora están en desprecio, quienes después se enorgullecerán por la confianza en la fe: o porque en el tiempo del juicio el oprobio y el desprecio recaerán sobre aquellos que ahora abundan y se enorgullecen en el mundo.

13. Ejemplos de humildad.---Pablo se gloría en sus debilidades y en sus angustias. También ordenó que se eligiera como juez a los despreciados de la Iglesia entre los poderosos (I Cor. VI, 4). Él y Pedro establecen una ley mutua para sí mismos, para que recuerden a los necesitados y cuiden de ellos con esmero. Los ángeles de los más pequeños ven a Dios todos los días (Mat. XVIII, 10); el humilde será exaltado (Mat. XXIII, 12); y el mejor sacrificio para Dios es un corazón contrito (Sal. L, 19). No rechacemos, pues, al humilde, no despreciemos al pobre, no pasemos de largo al necesitado: no sea que nos separemos de ellos en un abismo profundo, no sea que se nieguen a refrescarnos con su mínimo dedo, porque la abundancia es un oprobio para los soberbios y el desprecio para los altivos. Esta conversión es mutable y digna de buenos y malos, como se muestra en los Evangelios diciendo: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mat. V, 5); y de nuevo: Ay de vosotros los que reís, porque lloraréis (Luc. VI, 25), dice nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 123. Cántico de los grados de David.

Si el Señor no hubiera estado con nosotros, diga ahora Israel, si el Señor no hubiera estado con nosotros; cuando se levantaron los hombres contra nosotros, tal vez nos habrían devorado vivos. Cuando se encendió su ira contra nosotros, quizás las aguas nos habrían inundado.

Nuestra alma pasó por el torrente: tal vez nuestra alma habría pasado por aguas inmensas. Bendito sea el Señor Dios, que no nos entregó como presa a sus dientes. Nuestra alma, como un pájaro, escapó del lazo de los cazadores. El lazo se rompió, y nosotros fuimos liberados. Nuestro auxilio está en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. La voz de Israel como ejemplo del profeta.---El salmo anterior nos ha traído un gran resumen: pues de él se asciende a este. Los ojos de nuestra mente estuvieron fijos en Dios hasta el fin de la misericordia, rodeados por muchas desprecios y oprobios por todas partes. Después de haber alcanzado la misericordia, y de haber sido colocados en abundancia tras el oprobio, en orgullo tras el desprecio, el profeta nos muestra qué debemos hacer y decir, diciendo, VERS. 1: Si el Señor no hubiera estado con nosotros, diga ahora Israel, si el Señor no hubiera estado con nosotros; cuando los hombres se levantaron contra nosotros, tal vez nos habrían tragado vivos. Y ciertamente, tal es la palabra misma, que se entiende que es del profeta, instruyendo lo que debe ser dicho por los demás. Primero, se ha dicho el hecho mismo: luego se muestra cómo debe ser dicho. Y este fue el orden, para que se mostrara qué debía hacerse, y luego cómo debía hacerse. Si el Señor no hubiera estado con nosotros, diga ahora Israel. Por lo tanto, se ha dicho qué debía decir Israel. Frecuentemente hemos recordado que Israel debe ser considerado como aquel que ha contemplado a Dios con los ojos de la mente. Ahora, según la doctrina profética, conociendo qué debe decir Israel, habla, VERS. 2: Si el Señor no hubiera estado con nosotros; cuando los hombres se levantaron contra nosotros, tal vez nos habrían tragado vivos. Esto, pues, dice Israel, tomando ejemplo del profeta: porque ha escuchado: Si el Señor no hubiera estado con nosotros, diga ahora Israel.

2. No hay motivo alguno para que el hombre se gloríe en sí mismo.---No es, sin embargo, un mandato ligero aquel que fue necesario demostrar con el anuncio de un profeta. En estas cosas, que son difíciles, se requiere un ejemplo. Pues toda la naturaleza humana es insolente ante las cosas favorables, y olvidando su debilidad, se jacta imprudentemente en la prosperidad, lo cual debe estar ausente en el hombre instruido por la doctrina de Dios. ¿Qué lugar nos queda para gloriarnos, recordando que todo proviene de Dios? Si nos hemos dado la vida a nosotros mismos, también deberíamos atribuirnos la apariencia de nuestros cuerpos: si controlamos las lluvias y los calores, gloriémonos de que la cosecha de frutos es nuestra: si no necesitamos la misericordia de Dios en todo, reclamemos todo como si fuera nuestro. ¿Acaso se gloriará el fuerte en su fortaleza, a quien la enfermedad del cuerpo hará débil? ¿Acaso se gloriará el rico en sus riquezas, a quien un ladrón, un bandido o un tirano podría arrebatarle todo? ¿Acaso se gloriará la nobleza, convertida a veces en una servidumbre indigna y miserable? ¿Acaso se gloriará el sabio, incierto de lo que le pueda suceder en cualquier momento? Pero si usamos algo de esto sin la interrupción de alguna molestia, nos deleitamos, nos exaltamos. Y si de alguna tristeza volvemos al gozo, apenas alcanzado este gozo, nos elevamos más allá del sentido de la debilidad humana; olvidando este dicho: No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el fuerte en su fortaleza, ni el rico en sus riquezas, sino en esto gloríese el que se gloría: en entenderme y conocer que yo soy el Señor (Jeremías IX, 23, 24). Por lo tanto, nosotros, insolentes por el vicio de nuestra costumbre, fuimos formados por un precepto de confesión del profeta: y para rendir honor a Dios, y gloriarnos en Él, nos enseñó con un ejemplo de amonestación, diciendo: Si el Señor no hubiera estado con nosotros, diga ahora Israel.

3. A Dios, de quien provienen todos los bienes, se le debe atribuir lo suyo.---Habiendo escuchado, por tanto, del profeta lo que debemos decir, digamos también nosotros: Si el Señor no hubiera estado con nosotros; cuando los hombres se levantaron contra nosotros, VERS. 3, tal vez nos habrían devorado vivos. Pues habiendo soportado las persecuciones de los hombres, las impías disposiciones de los reyes, las seductoras exhortaciones de los consejeros, permanecemos en la fe, residimos en el temor de Dios, y habitamos en la esperanza de los bienes eternos, ayudados por la misericordia de Dios, sabiendo que es fiel aquel que dijo: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20), a este que habita en nosotros, refiramos nuestras alegrías: a él debemos lo que hay en nosotros, enseñados por el beato Pablo a no considerar nada como nuestro, diciendo: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7). Conociendo, además, la modestia de la gratitud que debe ser referida, del santo patriarca Jacob, cuando dice: El Dios que me ha nutrido desde mi juventud, y el ángel que me ha librado de todos los males (Gen. XLVIII, 15).

4. Muerte de los vivos.---No es costumbre entre los hombres devorar a otros vivos, ni los odios llegan hasta el punto de tragar carne. Pero tampoco hay ahora alegría en un cuerpo arrancado de la muerte; sino en un alma liberada de la compañía de los pecados. Por eso, tal vez se dice que los vivos debían ser devorados, es decir, aquellos que aún en el cuerpo son atrapados por la muerte y consumidos por el pecado. Esta es la muerte de los vivos: vivir en el lujo, el sueño, los sacrilegios, los adulterios, los asesinatos. Por lo tanto, debemos dar gracias a Dios que permanece con nosotros: porque viviendo según su fe y doctrina, no somos devorados por estas cosas. Así se establece aquí un orden en la gratitud, que es en las iniquidades. Pues no seremos devorados primero por los que se levantan contra nosotros; pero tampoco después seremos absorbidos por las aguas de sus almas airadas, con el Señor protegiéndonos.

5. Diversos tipos de aguas. Qué significan.---Dice, VERS. 4: En eso, cuando se enojaba su ánimo contra nosotros, tal vez el agua nos habría absorbido. Pero, ¿qué significa esto? ¿Se enojan los ánimos de los hombres y el agua nos absorbe? ¿Acaso las aguas vengativas asisten a los movimientos de las mentes excitadas, o son animadas para absorber? Los que se sumergen pueden ahogarse en el agua; sin embargo, lo que es inanimado no puede absorber. Por lo tanto, debemos investigar qué se debe entender aquí. Y es necesario recordar aquellos lugares en los que se ha mencionado el agua. Y en efecto, al inicio del libro del Génesis está escrito: Y las tinieblas estaban sobre el abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas (Gén. I, 2); y de nuevo: Dijo Dios: Haya un firmamento en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas (Ibid. 6); y nuevamente: Alabe al Señor el agua que está sobre los cielos (Sal. CXLVIII, 5, 6); y otra vez: Te vieron las aguas, oh Dios, te vieron y temieron (Sal. LXXVI, 17). Por lo tanto, dado que la ley es espiritual, y la fe en la historia no peligra, si consideramos que los efectos están presentes en las cosas y que tienen un significado externo conectado a ellas; vemos que hay aguas sobre las cuales está el Espíritu de Dios, y aguas que están sobre los cielos, y aguas que están en la tierra, y aguas que alaban, y aguas que temen. Por lo cual entendemos correctamente que las aguas significan pueblos, en los cuales hay espirituales, y también tenebrosos; hay celestiales, y también terrenales, hay quienes alabarán la gloriosa venida del Señor, y hay quienes temen. Estas, por lo tanto, son temerosas, terrenales, tenebrosas, deseando absorbernos, con ánimos excitados por la ira, y movidas con todo el ímpetu de la furia diabólica, como torrentes en la mayor tempestad invernal y precipitándose.

6. Qué logran los ataques del diablo en los llenos de Dios y en los vacíos. --- Y así, en el orden de nuestra confesión al Señor, el profeta añadió, VERS. 5: Nuestra alma ha pasado por el torrente, quizás nuestra alma habría pasado por el agua inmensa. He aquí los ataques impetuosos del diablo y de los suyos, y los movimientos turbulentos que incitan carreras furiosas, y los torrentes de una tempestad pasajera; pero esta agua intolerable no ha pasado por el alma en la que Dios habita. Sin embargo, es intolerable para los vacíos de Dios; para aquellos en los que Dios está, el torrente repentino, después de un breve momento, se seca y agota, permitiendo el paso.

7. Dientes del diablo.---Y para que aquí no hubiera ningún sentido de las aguas; 450 sigue, VERS. 6: Bendito sea el Señor, que no nos entregó como presa a sus dientes. ¿Y cuáles son los dientes de estos torrentes? Son claramente vehementes para desgarrar y atrapar: la ira, la codicia, la lujuria, el odio, la gula, la avaricia. Estos son dientes malos y tenaces. Pues a través de ellos nos dominan, capturados y desgarrados, mientras nos hacen ser ministros o cómplices de sus vicios: con los cuales no nuestras carnes, sino nuestras almas, serían devoradas, si Dios no estuviera en nosotros.

8. Lazos de las almas.---Dice, VERS. 7: Nuestra alma, como un pájaro, ha sido liberada del lazo de los cazadores. Los lazos, que cazan, se tienden de manera oculta y engañosa, ya sea escondidos en los valles, cubiertos por hierbas, impregnados de cebos, o del mismo color que las nubes. Y esto es así para las bestias y otras aves; pero para nosotros, estos se preparan contra el alma. Para nosotros, el lazo está en el ocio, el dinero, la ambición, la lujuria. Estos se presentan, estos halagan, estos engañan: pero de todos ellos nuestra voluntad debe ser apartada. Porque todos estos lazos están tendidos, como está escrito: No en vano se tienden las redes ante los ojos de las aves (Prov. I, 17, según la LXX). La gloria perfecta es volar lejos de estos lazos que han sido tendidos.

9. Permanecer constantemente en la Iglesia.---Finalmente, el salmo dice así: Nuestra alma, como un gorrión, ha sido liberada del lazo de los cazadores: no de los que cazan, sino de aquellos para quienes los lazos están tendidos en la caza. Pues no es cuando alguien cae en el lazo que se convierte en pecador, sino que, aunque los lazos estén tendidos para todos, solo aquel que ya es pecador está en el lazo; como está escrito: El ojo de la meretriz, lazo del pecador. Por lo tanto, debemos abstenernos de todos los pecados, para no caer en el lazo. Porque somos espirituales y volamos como gorriones. El gorrión es un ave doméstica y habitante de los edificios: no momentánea, no temporal, sino que permanece sin cambio alguno ni observancia del tiempo. Así, nosotros, habitando en la Iglesia sin la sucesión de los tiempos, abstengámonos de pecados, para que podamos volar lejos de los lazos. El lazo se rompe por Dios que habita en nosotros: porque así sigue: El lazo se rompió, y nosotros fuimos liberados. VERS. 8. Nuestro auxilio está en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra. Con esta ayuda el lazo se rompe, con esta ayuda somos liberados, en el nombre del Señor que hizo el cielo y la tierra: que está sobre todo nombre, en el cual toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los abismos: y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 124. Cántico de las subidas.

Los que confían en el Señor son como el monte Sion; no se moverá jamás el que habita en Jerusalén. Los montes rodean a ella, y el Señor rodea a su pueblo, desde ahora y para siempre: porque no dejará el cetro de los pecadores sobre la heredad de los justos; para que los justos no extiendan sus manos hacia la iniquidad. Haz bien, Señor, a los buenos y a los

rectos de corazón. Pero a los que se desvían hacia caminos torcidos, el Señor los llevará con los que obran iniquidad: paz sobre Israel.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Contra aquellos que siguen únicamente la letra.---Muchos nos crean oscuridad, queriendo estimar las Escrituras proféticas solo por el juicio del oído, y no entender en ellas otra cosa que lo que se escucha bajo cada uno de los vocablos de las cosas. Al querer esto, no nos dejan nada que podamos entender, ni establecen que los profetas hayan dicho razonablemente no digo cosas celestiales, sino ni siquiera terrenales. Pues, ¿qué será tratado por nosotros de manera adecuada, o considerado correctamente dicho por ellos, cuando escuchemos de aguas que alaban, ven, temen y aplauden con las manos, a menos que, a partir de las mismas autoridades de las Escrituras, mostremos que bajo el nombre de aguas se significa otra cosa de diferente género? Esto es, algo que sea vivo y sensible, y que se mueva por su propio impulso y juicio de cada cosa: lo cual se entiende que es el hombre, que alaba, ve, teme, aplaude, juzga. Pues estos géneros de afecto humano el discurso profético los ha manifestado en las aguas: ya que por naturaleza no convienen en las aguas, ni el profeta ha hablado de las aguas, ni nosotros entendamos que se ha dicho de las aguas. Esto conviene ser reconsiderado por lo que hay en el presente salmo, que son tales cosas.

2. Las letras aquí no tienen coherencia en su sentido.---VERS. 1 y 2. Los que confían en el Señor son como el monte Sion; no se moverá para siempre, el que habita en Jerusalén. Los montes están a su alrededor. El nombre del monte Sion, la morada de Jerusalén, y los montes que la rodean, si no tienen ninguna causa de inteligencia interior, el salmo es vano, y el profeta mentiroso, en el cual se cree que el Espíritu Santo ha hablado. Pues el monte Sion está próximo a la ciudad de Jerusalén; es la misma ciudad, alrededor de la cual hay muchos montes externamente. Entonces, ¿qué progreso tendrá el que confía en el Señor, para ser como el monte Sion? ¿Convertirse de un ser racional en una roca, un árbol, un césped, y ser trasladado de la naturaleza animal a la naturaleza inanimada? Ahora bien, ¿cómo será fiel esta palabra, que no será movido para siempre, el que habita en Jerusalén? ¿Acaso Jerusalén misma traía santificación a sus habitantes, para que su morada fuera una firmeza eterna, cuando allí hubo sacrílega matanza de profetas, juicio de muerte contra Dios, huida de los Apóstoles, escándalo de la cruz? ¿Cuántas veces los habitantes de ella fueron cautivos, cuántas veces exterminados? Finalmente, la ciudad misma fue destruida por completo, y los que quedaron de su devastación fueron capturados y dispersados: el profeta anunciando antes así su destrucción por impiedad: Vuestra tierra está desierta, vuestras ciudades quemadas por el fuego, vuestra región devorada por extranjeros ante vuestros ojos, y la hija de Sion será dejada desolada y subvertida por pueblos extraños, como tabernáculo en una viña, y como cabaña de guardia en un campo de pepinos (Isaías I, 7 y 8). Así que ya es vano el discurso, vana es la profecía, que añadió: Los montes están a su alrededor, y el Señor alrededor de su pueblo desde ahora y para siempre. Jerusalén ha sido destruida, sus pueblos exterminados, sus restos dispersados: hoy en ella no se habita, no hay sacerdote, no hay profeta, no hay príncipe; sino que está aplastada, desierta, sin fruto. ¿Y cómo no será movido para siempre su habitante? ¿Y el Señor alrededor de su pueblo desde ahora y para siempre? Por lo tanto, no puede parecer que se haya profetizado sobre ella, de la cual la verdad de la profecía discrepará. Por lo tanto, es necesario buscar en quiénes se ajusta la razón de lo dicho.

3. Mons Domini Ecclesia. Cristo, que de monte se convierte en piedra, y de piedra en monte.---Y ciertamente, primero debe observarse que no se hace mención de otro monte que no sea Sion. Leemos que el monte es del Señor y de Horeb, hasta el cual Moisés, después de haber

cumplido muchas cosas, se acercó (Éxodo III, 1): y también es monte del Señor Sinaí, en el cual la ley fue escrita para el pueblo. Y Sion es un monte que se eleva sobre Jerusalén. Pero dado que en este monte de la profecía no hay fruto, es necesario ver qué debe entenderse en el monte. Y tenemos al mejor guía de la inteligencia, Isaías. Pues cuando anteriormente había significado el monte del Señor como elevado, al cual las naciones vendrían (Isaías II, 2), dice: Por esto así dice el Señor: He aquí que pongo en los cimientos de Sion una piedra preciosa, escogida, angular, preciosa en sus cimientos; y el que creyere en él, no será confundido (Isaías XXVIII, 16). Y no es ambiguo que el Apóstol haya significado a Cristo como el fundamento, por el cual parece ser significada en el monte aquella bienaventurada Iglesia del cuerpo del Señor, cuyo fundamento es Cristo. El mismo Apóstol también la llama Jerusalén, diciendo: La que ahora es Jerusalén, y sirve con sus hijos; pero la que está arriba es Jerusalén, la libre, que es nuestra madre (Gálatas IV, 25 y 26). Tenemos, por tanto, el monte Sion del Señor, y tenemos la ciudad de Dios Jerusalén: y la interpretación del nombre Sion es especulación. Así pues, tomamos el monte del Señor en Daniel, de monte a piedra, y de nuevo de piedra a monte (Daniel II, 34 y 35): pues se anonadó a sí mismo en la forma de Dios, y tomó la forma de siervo, y por su pasión, habiendo derribado al mundo con sus supersticiones y terrores, está en la gloria de Dios Padre, y es Dios sobre todo; por la debilidad de la carne, anonadado de monte a piedra, por la gloria de la pasión, de nuevo hecho de piedra a monte: monte elevado y excelso, en el cual nos contemplamos a nosotros mismos por la asunción de nuestra carne y cuerpo.

4. Contemplamos nuestra resurrección en Cristo. La Iglesia es la forma presente del futuro.--- En Él, contemplamos nuestra resurrección en la resurrección de nuestro cuerpo en Él: pues Sion es un monte de contemplación. Que hable esta interpretación en lengua hebrea, donde se dice, el Monte Sion es un monte de contemplación. Que hable Pablo y diga, "Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo, quien transformará el cuerpo de nuestra humillación, conformado al cuerpo de su gloria" (Filipenses 3, 20 y 21); que diga también, "Y cuando estábamos muertos en pecados, nos vivificó juntamente con Cristo, y nos resucitó, y nos hizo sentar en los lugares celestiales" (Efesios 2, 5 y 6). Que diga también el Evangelio, "Mas a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Juan 1, 12). Que diga entonces ahora también el Profeta, "Los que confían en el Señor, como el monte Sion, no se moverán jamás, el que habita en Jerusalén." Sigamos al Apóstol, sigamos al Evangelio, sigamos al Profeta. Confiemos en el Señor, para que seamos conformes al cuerpo de la gloria de Dios. Habitemos ahora en la Iglesia, la Jerusalén celestial; para que no seamos movidos jamás. Pues habitando en esta, habitaremos también en aquella; porque esta es la forma de aquella, "Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos. Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara" (1 Corintios 13, 9 y 12). Pero esta es celestial, y aquella es celestial; y esta es Jerusalén, aquella es la iglesia de la multitud de ángeles congregados: pero es la iglesia de los primogénitos, y es también la iglesia de los espíritus fundados en el Señor (Hebreos 12, 22 y 23). Debemos ser fundados en el espíritu, y permanecer en los que habitan, no deambulando, como se le dijo a Moisés, "Pero tú quédate aquí conmigo" (Deuteronomio 5, 31). No seamos errantes en nuestros pasos, ni inciertos en nuestros caminos, ni llevados por el viento de doctrinas vanas. Pues debemos permanecer para siempre, si permanecemos sin ser movidos.

5. Montes alrededor nuestro. Santos y Ángeles.--- Tampoco faltan a quienes desean permanecer firmes las custodias de los santos ni las fortificaciones de los Ángeles. Pues se dice: Los montes están alrededor de ella, y el Señor alrededor de su pueblo desde ahora y por siempre. Consideraremos, según los ejemplos anteriores, que estos montes son aquellos que

superan la humildad de la tierra, firmes, elevados e inamovibles. Pues cuando leemos que la Iglesia, es decir, el Señor en su cuerpo, es significada como un monte, y encontramos que los montes de Dios se regocijan y se alegran, ya que está escrito: Los montes saltaron como carneros (Salmo 113, 4), ¿cómo podemos no entender que los montes representan a aquellos que, gloriosos, ya se regocijan en las cosas de Dios por encima de la naturaleza terrenal?

6. Necesitamos la ayuda de Cristo. Nuestros peligros. Dios en todas partes. ---Y para que no creyéramos que un leve auxilio en los apóstoles, o en los patriarcas y profetas, o más bien en los ángeles, que rodean a la Iglesia con cierta custodia, es suficiente; se añadió: Y el Señor está en torno a su pueblo desde ahora y por siempre. Pero tal vez se considere suficiente la custodia de los apóstoles o de los ángeles. En verdad lo es; pero escuchemos también a Moisés. Pues cuando el Señor le dijo: He aquí que mi ángel irá delante de ti (Éxodo 32, 34); él respondió: Si tú no has de ir conmigo, no nos hagas salir de aquí (Éxodo 33, 15). Buena es la protección del ángel, pero mejor la del Señor. Nuestra alma es atacada por muchos lazos, se lucha contra nosotros con muchas armas. Ni la tierra, ni los mares, ni el aire están libres de peligro para nuestra fe. Las raras gemas desconocidas del mar atraen nuestros ojos, el oro de la tierra ocupa el ánimo, las iniquidades espirituales y las potestades de este aire revolotean con todas las seducciones de nuestra muerte, acechando a través de las molestias de la vida presente, a través de las costumbres y la lascivia de la voluntad ajena, para que nos enojemos, para que odiemos, para que amemos: por todas partes somos esperados y atacados. Sabiendo, pues, el Señor que nuestra lucha no es contra carne y sangre, sino contra los poderosos de este mundo y las iniquidades espirituales, dice al concluir el Evangelio: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mateo 28, 20). Está presente: y cuando se le invoca con fidelidad, está presente por su naturaleza. Pues es un Espíritu que todo lo penetra y contiene. No es corporal como nosotros, para que al estar en un lugar, esté ausente de otro; sino que, con su poder presente, y extendiéndose a donde quiera que esté algo, al llenar todo con su espíritu, está en todos, sin embargo, asiste a quien cree en él. Pues donde dos o tres están reunidos en su nombre, estará presente (Mateo 18, 20), y está en torno a su pueblo desde ahora y por siempre.

7. Insignia de la vara de poder. Nuestras tribulaciones son breves. La obra debe ser tanto honesta como voluntaria.---Pero, ¿qué significa que Él esté en torno a su pueblo desde ahora y por siempre? VERS. 3. Porque no dejará la vara de los pecadores sobre la herencia de los justos, para que los justos no extiendan sus manos hacia la iniquidad. En la vara conviene entender el poder; pues es el emblema del poder. Moisés recibió una vara con la cual podía hacer todo: también fue la vara de Aarón. Pero también fue la vara del Faraón, y fue la vara de Nabucodonosor. Por lo tanto, el Señor nos guarda en torno: para que no se deje la vara de los pecadores sobre nuestra herencia. Ciertamente vienen tribulaciones, pero no permanecen: vienen persecuciones, pero no persisten. Muchos desean reducir la libertad de nuestra fe a la cautividad: pero nadie domina nuestra confianza, que tenemos en Cristo. Pues no se dejará la vara del pecador sobre nuestra herencia. Porque el Señor está en torno a su pueblo eternamente: para que, vencidos y fatigados por el imperio de la vara, no extendamos nuestras manos hacia la iniquidad. Pero cuando la vara caiga, será quitada: y cuando el pecador se imponga, no será dejado. Es breve todo lo que sufrimos de los adversarios de Dios: y tiene la recompensa de la victoria, aunque no tenga el esfuerzo de una larga batalla. El Señor está presente. Incluso si alguna fuerza nos obliga, abstengamos nuestras manos de las iniquidades, no extendamos nuestras obras hacia el pecado: porque con el Señor establecido en torno a nosotros, la vara del pecador no será dejada para que permanezca.

456. 8. Después de lo cual, el Profeta se vuelve, implorando al Señor la retribución para aquel que se abstiene de la iniquidad. VERS. 4. Haz bien, Señor, a los buenos y a los rectos de corazón; significando la probidad tanto del hecho como de la voluntad en ambos. Pues muchos, ya sea por el favor de los hombres, ya sea por peligro y temor, realizan una obra buena. Sin embargo, a menos que seamos buenos de voluntad, aunque a los hombres les parezcamos buenos, no lo somos ante Dios: porque la bondad perfecta reside en el afecto del corazón recto.

9. Obrero de iniquidad que se desvía de la ley.---La retribución, así como está presente para los buenos, tampoco falta para los malos. Pues sigue, VERS. 5: Pero el Señor llevará a los que se desvían a las obligaciones junto con los que obran iniquidad. Y aquí también el discurso es de doble significado, de los que se desvían hacia las obligaciones y de los que obran iniquidad. Los que se desvían, se desvían de una cosa a otra, es decir, de las buenas obras de un corazón recto hacia las obligaciones. ¿Y cuáles consideraremos que son esas obligaciones? Precisamente aquellas que el profeta aconsejó desatar, diciendo: No he elegido tal ayuno, dice el Señor; sino desata todo vínculo de iniquidad, disuelve las obligaciones de los cambios vehementes (Isaías LVIII, 6). Si alguien, por lo tanto, desviándose de los preceptos de Dios, se ata a estas obligaciones, será llevado junto con los que obran iniquidad, es decir, a la misma pena de sentencia, convirtiéndose en transgresor e inicuo. Porque quien obra iniquidad, está ajeno a la observancia de la ley: pero quien se desvía de la ley, transgrede la ley en la que antes permanecía.

10. Vínculos que impiden la fe.---Por lo tanto, no debemos inclinarnos hacia las obligaciones; ni nuestra libertad debe ser insertada en los lazos del mundo y los negocios mundanos. El beato Pablo sabe que los que están libres no deben ser atados, cuando dice: ¿Estás libre de mujer? No busques la ligadura (I Cor. VII, 27). Y esto no lo entendió en el sentido del vínculo criminal de una ligación necesaria. Sin embargo, hay otros vínculos que impiden y obligan nuestra fe, y nos conectan a ellos: principalmente el afán de aumentar el dinero y el progreso insincero en los negocios. Pues estos nos atan de tal manera con pecados, sacramentos, y comercios, que nos mantienen cautivos y poseídos. Por lo tanto, la mente, la voluntad, y el empeño deben ser liberados de estos: porque los que se inclinan hacia las obligaciones serán llevados junto con los que obran la iniquidad.

11. Será, por tanto, Israel pacífico, no quedará sobre él la vara del pecador: sino que permaneciendo en la fe perfecta y en la esperanza eterna, oirá que se le dice según su parte, Paz sobre Israel. Porque Él es nuestra paz, quien de ambos pueblos hizo uno (Efesios II, 14), nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

457 SALMO CXXV. Cántico de los grados.

Cuando el Señor cambió la suerte de Sion, éramos como los que sueñan. Entonces se llenó de alegría nuestra boca, y nuestra lengua de júbilo. Entonces dirán entre las naciones: "El Señor ha hecho grandes cosas con ellos". El Señor ha hecho grandes cosas con nosotros, y estamos alegres. Cambia, Señor, nuestra suerte, como los torrentes en el desierto. Los que siembran con lágrimas, cosecharán con alegría. Al ir, iban llorando, llevando la semilla. Pero al volver, vendrán con júbilo, trayendo sus gavillas.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. La comprensión espiritual de los salmos no puede ser rechazada por completo. Si no hubiera en los salmos ciertas profecías que no se ajustaran a los hechos y personas de los tiempos en que fueron escritos, muchos se atreverían a pensar que nada en los salmos se dice espiritualmente, y creerían que buscamos algunas afirmaciones inventadas e interpretaciones falsas, con las cuales pareceríamos haber entendido algo más profundo y elevado que el sentido común de los demás: como si adaptáramos lo que está escrito a nuestro propio sentido, y no más bien obtuviéramos de lo que está escrito el sentido de una inteligencia diligente y cuidadosa. Pues la Escritura de la ley permanece y fue completada por los profetas en tiempos anteriores a la venida del Señor, publicada por los judíos, tratada por los reyes, aceptada por las naciones; pero entendida y aprobada por los cristianos.

2. La inteligencia de la ley otorgada por Dios a los cristianos.---Esto podría considerarse insolente. Es ciertamente insolente, si nos atribuimos esta gloria, si deseamos que nuestra debilidad sea capaz de comprender lo que ha estado oculto durante tantos tiempos, lo que ha sido oscuro para tantas edades del género humano, en las cuales los reyes han trabajado en vano para entender, y los mismos doctores y maestros de la ley han errado. Nosotros, necios para el mundo, y desechos del mundo, y delirios para los sabios, nos gloriamos en su inteligencia. Sin embargo, entendemos, porque no es mentiroso quien dice: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá (Mat. VII, 7). Y está escrito, porque quien dijo: Era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos acerca de mí (Luc. XXIV, 44), entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: Así está escrito, que el Cristo padeciera, y resucitara de entre los muertos al tercer día, y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados a todas las naciones (Ibid., 45, 46). No es, por tanto, de nosotros que entendemos; sino de aquel que hizo comprensibles las cosas que eran desconocidas. Por lo tanto, la inteligencia debe esperarse de él: quien abrirá a los que llaman, mostrará a los que buscan, y no negará a los que piden.

3. La cautividad corporal no se narra en este salmo. Argumento del salmo.---¿Cómo podrá entenderse este salmo, que difiere de la historia de los hechos? Pues en ninguna parte se escribe sobre la cautividad de este pueblo hasta los tiempos de David: sino mucho después, cuando Salomón, su hijo, obtuvo el reino, Israel fue capturado y sirvió a los asirios, y luego Judá a los babilonios. ¿Cómo, entonces, David ora en el mismo salmo como si estuviera cautivo? ¿O cómo se alegra de que la cautividad se haya apartado de él? diciendo, VERS. 1-3: Cuando el Señor hizo volver la cautividad de Sion, fuimos como consolados. Entonces se llenó de alegría nuestra boca, y nuestra lengua de júbilo. Entonces dirán entre las naciones: El Señor ha hecho grandes cosas con ellos. Aunque es piadoso pensar que la transformación de la futura cautividad fue anunciada según el conocimiento profético; y que aquellas cosas que indudablemente habrían de suceder, las mencionó por fe como si ya hubieran sucedido; sin embargo, la razón de las palabras y la fuerza de los dichos no nos permite entender la gratitud por el regreso que fue concedido después de la cautividad babilónica: especialmente cuando una cautividad más grave siguió a ese regreso, y sería indigno del profeta, como si ignorara, alegrarse de que se haya removido todo oprobio de la cautividad, cuando con un oprobio inmutable nuevamente sucedió una cautividad repetida. Sin embargo, todo en el salmo es ahora, como mostraremos en la exposición de cada cosa, una gratulación del alma que regresa de la cautividad de los vicios a la libertad del conocimiento de Dios.

4. Más grave es la cautividad del alma que la del cuerpo. Y ciertamente es grave la cautividad corporal, que, al perder el derecho a la libertad, se somete al dominio de los vencedores. Y entonces sirven los cuerpos, pero de ninguna manera se captura la libertad del alma fiel. Son

testigos para mí los tres jóvenes cantando entre las llamas; es testigo Daniel en el hambre de los leones, saciado con el banquete del profeta; es testigo Eleazar entre las leyes de los señores, libre por las leyes de sus padres (II Macabeos VI); son testigos, junto con su madre, los siete Mártires, dando gracias a Dios en medio de los nuevos tormentos de la muerte (Ibid. VII). ¡Pero cuán más infeliz es la cautividad del alma! Si la avaricia la captura, a través del cuerpo roba y asalta: si la lujuria la vence, comparte con el cuerpo la servidumbre: si el lujo, la ira, el odio, la temeridad, la embriaguez, la envidia la someten; bajo el dominio de estos señores, tanto el alma como el cuerpo sirven en común: y así, a la cautividad del alma sigue la cautividad del cuerpo. Sin embargo, la generosidad del alma religiosa desprecia la condición del cuerpo. Un deber ciertamente duro, pero no del todo miserable para el hombre, porque se sirve a los siervos: ¡pero cuán infeliz es la cautividad del alma!

5. Servidumbre de la avaricia, lujuria, embriaguez y otros vicios.---El avaro, temiendo carecer de dinero, se priva de sí mismo; siempre ocupado, triste, ansioso, sin descanso alguno, está constantemente retenido por el miedo a la pérdida; olvida la honestidad, descuida las amistades, huye de la humanidad, desconoce la religión y odia por completo la bondad. Pero aquel a quien la lujuria domina, ¡en qué lodazal de deshonor se revuelca! Está pendiente de las ocasiones de adulterio: ansioso por los furtos de su lascivia, con los ojos, la mente y el cuerpo totalmente entregados a las prostitutas. Viendo y oyendo diariamente las leyes humanas contra los adúlteros, piensa en el adulterio en pleno foro; teme lo que hace, y lo que teme no lo evita. ¿Qué hay más infeliz que el dominio de la embriaguez? Llenar el vientre más allá de su capacidad, envidiar al cuerpo su propio deber, privar al sentido de la razón, no hablar, no recordar, no mantenerse en pie, e imponer una especie de muerte a la naturaleza mientras está intacta. ¡Cuán deshonroso es el movimiento de los que están fuera de sí, el ímpetu de la temeridad, el aguijón del odio, la ansiedad de la envidia! ¡Cuánta perturbación y calamidad hay, entonces, en aquellos que sirven a los males antes mencionados!

6. Voces de los liberados de los vicios.---Pero si, al conocer la doctrina de la sabiduría, la predicación de Dios, la remisión de los pecados, la resurrección de los cuerpos, la participación en la eternidad y el reino celestial, pasamos de la avaricia a la generosidad, de las pasiones a la continencia, de la embriaguez al ayuno, de la furia, la temeridad, el odio y la envidia a la placabilidad, la razón, la misericordia y la benignidad: aprendiendo todo esto de la ley y los profetas, los evangelios y los apóstoles; y cantando de la ley: El Señor que destruye las guerras, el Señor es su nombre (Judith XVI, 3); reconociendo del profeta: Yo soy el que hice el cielo y la tierra de la nada (Isaías XLVIII, 13); devolviendo del Evangelio: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1); pronunciando del Apóstol: Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura, porque en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra (Colosenses I, 15 y 16): y cuando las naciones admiren nuestra conversión de los vicios a las virtudes, de la ignorancia de Dios a la confesión de Él; entonces testificaremos que la profecía de los salmos puede ser entendida por nosotros, diciendo: Cuando el Señor hizo volver la cautividad de Sion, fuimos como consolados. Entonces se llenó de gozo nuestra boca, y nuestra lengua de júbilo. Entonces dirán entre las naciones, El Señor ha hecho grandes cosas con ellos. Porque el Señor ha hecho volver nuestra cautividad mediante la remisión de los pecados. Pues ha liberado el alma del dominio de los vicios, no teniendo en cuenta los pecados anteriores, y renovándonos a una vida nueva, transformándonos en un hombre nuevo, estableciéndonos en el cuerpo de su carne. Él es la Iglesia, conteniendo en sí misma a toda ella por el sacramento de su cuerpo. No existía Sion antes de ser liberada; pero Sion es la que ha sido liberada. El nombre concuerda con la libertad. Pues no es el nombre de una cautividad que permanece, sino de una que ha sido revertida.

7. Ahora tenemos alguna consolación, pero no plena. --- Lo que dice: Hemos sido consolados, también lo recuerda el Apóstol, quien por el momento se considera consolado, diciendo: ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 24). Y quien ahora conoce en parte y profetiza en parte (I Cor. XIII, 9), y quien sabe que la Jerusalén está reservada para nosotros en el cielo, y cuando dice: Es mejor para mí partir y estar con Cristo (Fil. I, 23). Ahora estamos consolados, porque el Señor dice: Os enviaré otro consolador (Juan XIV, 16). Cuando dice, otro, enseña que Él mismo permanece. Permanece, pues toda criatura espera la revelación de los hijos de Dios. Esa revelación es la consolación consumada. Sin embargo, ahora es como una consolación; no carecemos de ella, aunque su perfección completa nos queda aún por alcanzar.

8. Nuestra conversión es un don de Dios. El estado de los conversos es mejor que el estado de los pecadores.---También se llena de gozo nuestra boca, y nuestra lengua de exultación: pues nuestras lenguas y los oficios de nuestra boca no son suficientes para alabar a Dios. Hemos cambiado los crímenes por la inocencia, los vicios por las virtudes, la ignorancia por el conocimiento, la destrucción por la inmortalidad: y esto es de Dios, quien otorga la gracia de los que se arrepienten y devuelve los inicios de nuevos bienes. ¿Qué tiempo es más deseable para nosotros? ¿Aquel en el que cometíamos adulterio, o aquel en el que hubiéramos preferido ser vírgenes? ¿Aquel en el que estábamos ebrios, o aquel en el que nos alegramos con ayunos? ¿Aquel en el que servíamos al dinero, o aquel en el que nuestro dinero es usado con benevolencia? ¿Aquel en el que adorábamos a los demonios, o aquel en el que les mandamos? ¿Aquel en el que anhelábamos agradar al mundo, o aquel en el que vencemos al mundo? ¿Aquel en el que no conocíamos a Dios, o aquel en el que nos preparamos como herederos de Dios?

9. Al contemplar esta fe de nuestra esperanza, las naciones dicen: El Señor ha hecho grandes cosas con ellos. Al observar esta transformación de vicios en virtudes, admiran la magnificencia de Dios en nosotros. Lo mismo confesamos nosotros, desde el sentido de esta bienaventuranza alcanzada, con alegría en la boca y exultación en la lengua: El Señor ha hecho grandes cosas con nosotros: y estamos llenos de alegría. Nos alegramos, en efecto, de haber sido lavados del profundo y miserable lodo, y de haber sido renovados de todos los vicios de la vida anterior.

10. ¿Por qué las cosas superiores en el pasado, las siguientes en el futuro? Y porque el profeta hablaba de las alegrías de la esperanza futura, aunque según la costumbre de la Escritura se regocijara como si fueran del pasado: sin embargo, a través de la oración consecuente declara que estas cosas no son de su tiempo, diciendo, VERS. 4: Conviértenos, Señor, nuestra cautividad. Si fue como consolado cuando la cautividad fue apartada; ¿cómo ahora ora para que se aparte de él? Pero en lo anterior fue el discurso de la ciencia profética anunciando las alegrías futuras como si fueran del pasado: ahora, sin embargo, sobre el apartar (se sobreentiende males, o vicios) es una oración común, a la cual el profeta se une aunque él mismo no esté cautivo, como si aún se reconociera en los mismos. Pues está escrito: El justo en el principio de su discurso, él mismo es su acusador (Prov. XVIII, 17); y de nuevo: Confiesa primero tus pecados, para que seas justificado (Isa. XLIII, 26): y: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mat. V, 5). El profeta sabe ciertamente que es libre; pero como cautivo está sometido a Dios, ya sea por la disciplina de la confesión propia: porque donde hay confesión de pecado, allí también hay justificación de Dios; lo cual el Señor testificó en el publicano y el fariseo, cuando el fariseo se gloriaba de ser justo, pero el publicano oraba por sus pecados, pues dijo: En verdad os digo, que el publicano fue más

justificado que el fariseo (Luc. XVIII, 14). Por lo tanto, ya sea por esto el profeta ora para que la cautividad sea convertida en común, o porque sabía que todo el pueblo estaba cautivo por los pecados; y así como, con el Apóstol (según el Apóstol), todo el cuerpo sufre con un miembro (I Cor. XII, 26), así también el profeta está cautivo con el pueblo cautivo por los pecados.

11. Dos siembras.---Sin embargo, demuestra que orar por su cautiverio es bueno para ellos, diciendo en los versículos 5 y 6: El que siembra con lágrimas, cosechará con alegría. Iban y lloraban, llevando sus semillas. Pero al venir, vendrán con júbilo, llevando sus gavillas. ¿A quién se dirige aquí este discurso sobre los judíos, para que su cautiverio parezca profetizado en este salmo? ¿Y cuál es la razón que se aplica a la costumbre común del género humano? ¿Quién ha llorado alguna vez al sembrar? ¿O acaso esta lamentable siembra es un uso de los judíos según la ley? De ninguna manera esto está escrito o realizado en ninguna parte: sino que es una profecía conectada con lo dicho anteriormente. El santo apóstol Pablo enseñó que hay dos siembras, de la carne y del espíritu (Gál. VI, 8): demostrando y enumerando las semillas de cada siembra, cuando la carne siembra adulterios, hechicerías, banquetes, embriaguez, avaricia, idolatría, y otras cosas semejantes (Gál. V, 19); pero el espíritu siembra paz, alegría, continencia, caridad, sobriedad, mansedumbre y lo que le sigue (Ibid. 22); y cada uno cosechará lo que ha sembrado. Puesto que el mejor sacrificio para Dios es un corazón contrito (Sal. L, 19), y bienaventurados son los que lloran, porque ellos serán consolados (Mat. V, 5), y cada uno cosechará lo que ha sembrado, llevando los frutos de sus obras al juicio como gavillas: debemos sembrar con confesión de pecados, con el luto de la debilidad corporal, con el lamento y dolor de nuestra conciencia, porque de ninguna manera podemos cumplir dignamente los mandamientos de Dios según el propósito de la voluntad. Entonces lo que sembremos con lágrimas, lo cosecharemos con alegría: yendo y llorando, vendremos con júbilo, llenos de nuestros frutos, y cargados con las gavillas de la cosecha que hemos trabajado, consolados por Cristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

ADVERTENCIA EN LOS CINCO TRATADOS SIGUIENTES.

El tratado próximo, excluyendo el inicio, así como los cuatro siguientes, se encuentran entre los sermones publicados bajo el nombre de San Zenón de Verona: por lo tanto, algunos dudan sobre su autoría, entre ellos Teófilo Rainaudus en "Erotem. de bonis ac malis libris" página 142, dice: La explicación del salmo CXXVII, que se lee en San Hilario, se atribuye a Zenón de Verona por otros, donde tampoco advierte otras explicaciones atribuidas a ambos. Rafael Bagata considera que esos tratados están suficientemente atribuidos a Zenón por la antigüedad del códice que utilizó. Sin embargo, no niega que difieren en estilo de otros sermones. Tampoco negamos que esa colección de sermones de Zenón sea antigua. En un códice, que el obispo Hincmaro de Reims donó a la biblioteca de San Remigio, vimos que estaba distribuido en dos libros, precedidos por: Sermón del venerable Coronato Notario sobre la vida del santo obispo y confesor Zenón. En ese sermón se proclama que Zenón fue santificado desde el vientre de su madre, y posteriormente ordenado pastor en un monasterio, hasta que, por orden del emperador Galieno, fue buscado para liberar a la única hija de un demonio, ingresando a Verona, donde poco después fue recibido en paz; y luego se construyó una basílica en honor de Dios y del mismo santo Sacerdote no lejos del río Adigio, donde ahora descansa su santo cuerpo. A este sermón de Coronato le sigue este título: Tratado del santo Zenón, obispo de Verona. Luego sigue un índice de tratados, que, como dijimos, están distribuidos en dos libros y en un orden muy diferente al que se encuentra en la biblioteca de los Padres. Con estas observaciones, no es muy difícil demostrar que los tratados

mencionados no fueron insertados entre las obras de Hilario desde los sermones de Zenón, sino que fueron introducidos desde las obras de Hilario entre los sermones de Zenón.

En primer lugar, a la antigüedad del códice que los atribuye a Zenón, oponemos los manuscritos Regio y Miciacense, no inferiores en antigüedad, que los atribuyen a Hilario de Poitiers. Además, la disimilitud de su estilo con los otros textos de Zenón, y la similitud con los de Hilario, no deja lugar a dudas sobre su verdadero autor. Finalmente, dado que no hay ningún testimonio antiguo que los asigne a Zenón, y por el contrario, Jerónimo en la epístola CXLI a Marcela atribuye el primero y el segundo a Hilario, y Hincmaro en el libro sobre la Predestinación, capítulo 25, atribuye el tercero y el cuarto a Hilario, no sé si es seguro no ceder a una autoridad tan grande.

Sin embargo, incluso si nos faltaran testimonios tan importantes en favor de Hilario, sería fácil demostrar lo mismo con una razón no menos cierta y evidente. En efecto, los tratados sobre los Cánticos de los grados, tal como existen en Hilario, no pueden considerarse como obras separadas y mínimamente coherentes entre sí, que podrían haber sido fácilmente separadas por otros y atribuidas a Hilario. Todos ellos constituyen una única obra conectada por un prefacio, lo que refuta principalmente a aquellos que afirmaban que esos Cánticos predecían la cautividad babilónica y el regreso de ella; de modo que si cinco se adjudican a Zenón, también los otros diez con el prólogo deben sin duda adjudicarse a él. Ahora bien, una vez adjudicados así a Zenón, también debe atribuirse a él el prefacio general del libro de los salmos, que el autor de estos tratados reconoce como suyo en el prólogo n. 6. Por lo tanto, Zenón debe ser declarado autor de los tratados sobre el salmo CXVIII. Pues quien los escribió menciona más de una vez dicho prefacio general como propio. Por lo tanto, Cassiodoro se equivocó al alabar este prefacio en nombre de Hilario. También se equivocó Agustín, quien atribuyó los tratados sobre el salmo CXVIII, tantas veces junto con el libro de la Naturaleza y la Gracia y contra Juliano, no a Zenón, sino a Hilario. Se equivocó Hincmaro, y se equivocaron también otros, todos aquellos que pensaron que utilizaban el testimonio de Hilario sobre los salmos, cuando en realidad presentaban las palabras de Zenón. Es más justo considerar que la colección de sermones que se atribuyen al nombre de Zenón, aunque antigua, es posterior a la época de Hilario. O si alguien sostiene que es de aquel Zenón que vivió bajo el imperio de Galieno, ciertamente debe conceder que posteriormente fue aumentada con obras ajenas, ya que cualquier persona prudente no negará que consta no solo de tratados de Hilario, sino también de algunos de Basilio.

465 SALMO CXXVI. Cántico de los grados de Salomón.

Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los que la edifican. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el que la custodia. En vano es para vosotros levantaros antes del amanecer: levantaos después de haberos sentado, vosotros que coméis el pan de dolor. Cuando Él da el sueño a sus amados, he aquí la herencia del Señor: los hijos, recompensa del fruto del vientre. Como flechas en la mano del poderoso, así son los hijos de la juventud. Dichoso el hombre que llena su deseo con ellos: no serán avergonzados cuando hablen con sus enemigos en la puerta.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. La inteligencia de este salmo no es la que se presenta a simple vista. Hilario no prohíbe entenderlo como una referencia a la cautividad terrenal. --- La razón y tanto los tiempos como la intención profética requieren una atención diligente para comprender el presente salmo: no

sea que ciertas formas de palabras y el mismo orden de los hechos corporales nos lleven a una comprensión vana. Especialmente cuando muchos, desconociendo las causas internas de la doctrina profética, piensan con un sentido judío que la profecía de tiempos pasados está contenida en estos cánticos de los grados; de modo que se haya predicho aquella cautividad de Jerusalén que ocurrió en los días de Jeremías, y se profetice también la alegría por la liberación de esa misma cautividad; y que lo que se enuncia en estos salmos sea el dolor de la servidumbre o la alegría del retorno. No desaprobamos este sentido, ni censuramos su comprensión. Es digno, en efecto, que el espíritu del profeta, según el conocimiento de la providencia, hable anticipadamente sobre la caída lamentable del pueblo, el castigo debido a su impiedad, la suficiente satisfacción de sus graves pecados tras una larga servidumbre, y la misericordiosa voluntad de Dios de concederles el retorno.

466 2. Afirma que en él se anuncia lo eterno. --- Sin embargo, dado que el retorno de aquella cautividad es más grave y sigue una cautividad no remitida, y la edificación de la ciudad recuperada permanece miserable y la devastación no cambia, y sepan (o sepa) que la gloria del retorno espiritual de Israel se reserva para el resto, y la edificación de la Jerusalén celestial y santa se prepara hasta los tiempos del reino bienaventurado y del Señor; y especialmente cuando la esperanza de aquellos días y los hechos, las virtudes y los géneros de todos estos salmos lo atestiguan: no entiendo por qué los profetas querrían lamentarse solo de los males caducos y cambiantes, y no también de los eternos; y que comprendan que se ha demostrado la alegría de los gozos temporales, y de aquellos que después se convertirían en calamidades gravísimas, más que la de los inmutables y eternos; cuando es más digno de la magnificencia profética haber predicado lo bienaventurado, eterno y celestial. Aunque, por tanto, los salmos anteriores no se han demostrado contener solo la cautividad corporal y terrenal, así como la libertad no caduca, no presente, no secular: sin embargo, también aquí este salmo no se entiende que abarque nada terrenal, nada humilde, nada que convenga a tiempos pasados: sino que, según la autoridad profética, evangélica y apostólica, anuncia todas aquellas esperanzas en las que se extiende el deseo de los patriarcas, la expectativa de los santos, la fe de los apóstoles, la confesión de los mártires, y el curso de todos los creyentes, es decir, en los tiempos santos, en la morada y reunión de la ciudad eterna, en la bienaventuranza del reino del Señor, en la nueva gloria de la libertad espiritual, en la comunión de la eternidad divina y del reino. Y para que esto se entienda más completamente, tratemos las mismas virtudes y propiedades de las palabras.

3. Estas interpretaciones sobre la destrucción y restauración del templo de Salomón son desaprobadas.---VERS. 1 y 2. Si el Señor no construye la casa para sí, en vano trabajan los que la edifican. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los que la custodian. En vano es para vosotros levantaros de madrugada. Muchos piensan que el santo Salomón, dedicado a la edificación de la ciudad y del templo, profetizó en el mismo tiempo de su construcción la destrucción de la ciudad y del templo que estaba erigiendo: porque el título anterior demuestra que él es el autor de este salmo. Pues intentaba realizar algo magnífico y digno de Dios con grandes fuerzas y con todos los recursos de su reino. Porque, como está escrito, ciento cincuenta mil hombres estaban ocupados en diversos usos y ministerios de la edificación. (II Crónicas II, 17). Y aunque, establecida por él la costumbre, una gran vigilancia de la ciudad y del templo debía ser aplicada una vez completadas todas las obras, sin embargo, al no ignorar que la operación de tan gran trabajo sería vana, ya que la misma ciudad sería destruida por los babilonios a causa de los pecados del pueblo, dijo: Si el Señor no construye la casa para sí, en vano trabajan los que la edifican. Creen además que esta profecía se cumplió en aquellos tiempos en que, después de la cautividad del pueblo, con el

regreso permitido por el rey Darío, la ciudad fue reconstruida por Zorobabel y Josedech (Ageo II, 3; Esdras I, V, 2).

4. La falta de entendimiento de estos podría ser demostrada por la misma consumación de la edificación. Pues a través del profeta Ageo, el Señor habló así a estos mismos restauradores de Jerusalén: "Aún una vez, yo moveré el cielo y la tierra, el mar y la tierra seca; y trastornaré los tronos de los reyes" (Ageo II, 7). Por lo tanto, la fuerza de los Salmos no debe entenderse como aplicable solo a los tiempos de Salomón, sino también a los de Ageo. El esfuerzo de ambas edificaciones es en vano. La ciudad edificada por Zorobabel hoy solo ofrece de sí misma las cenizas de su conflagración y la fealdad de sus ruinas deformes. Y estos tronos de reyes, que los edificadores pensaban que restaurarían la gloria del reino eterno, fueron nuevamente destruidos por la devastación, y aún deben ser destruidos los tronos de los demás reinos.

5. Obras de los hombres vanas.---Bien profetizó el profeta que las obras humanas son vanas. Sabe que las vigilias de las custodias humanas son inútiles, sabe que las preocupaciones matutinas de los que se levantan temprano son en vano. La ciudad, tanto la que fue instituida por sí misma como la que fue restaurada por otros, ya no existe: no prosperó ni la edificación primera ni la subsiguiente. Y con razón, aquel mismo que fue profeta de la ciudad que debía ser destruida, fue el autor de su construcción. Por lo tanto, la casa debe ser edificada por Dios para que permanezca: porque si no es edificada por el Señor, no permanecerá. La ciudad debe ser custodiada por Dios para que no perezca: porque si no es custodiada por Dios, será destruida. Y primero entendamos cuál es la casa de Dios: para que por ello se pueda conocer hasta qué punto debe ser edificada por Él para que permanezca.

6. Casa de Dios que comúnmente. Dios no está confinado a lugares. ---La casa es la morada del habitante. La palabra divina se adapta, según la costumbre y naturaleza de nuestra inteligencia, a los vocablos comunes de las cosas, ajustados al significado de su doctrina e instrucción. Pues habla para nosotros, no para sí mismo; y por eso utiliza nuestro lenguaje al hablar. Las reuniones de las iglesias, o bien del templo, que los recintos de los edificios encierran para el culto secreto de los sacramentos, nuestra costumbre ha solido llamar casa de Dios o templo. La Escritura, tanto profética como apostólica, ha usado estos nombres para la demostración de los lugares. Sin embargo, no aprendemos de sus propias palabras que esta, que así es llamada por nosotros y con nosotros, sea la casa de Dios. Pues dice: El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies: ¿qué casa me edificaréis, o qué lugar de mi descanso? ¿No hizo mi mano todas estas cosas? (Isaías 66, 1 y 2). Por lo tanto, el Dios infinito no está confinado en las casas de los edificios, ni su inmensa virtud, que hizo todas las cosas, está contenida en lugares: el Apóstol testifica lo mismo así: Dios, que hizo el mundo y todo lo que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos (Hechos 17, 24).

7. La Casa de Dios que es verdadera.---¿No hay, entonces, descanso para Dios, ni habitación alguna? Y tal vez no se cree que exista, quien no está en ningún lugar. Escuchemos, pues, al mismo testimoniar sobre su descanso y habitación: porque dice: Esta es mi morada por los siglos de los siglos: aquí habitaré, porque la he elegido (Sal. 131, 14). Sin embargo, elige a Sion: pero, ¿acaso aquella de la que se lamenta esta profecía presente, A menos que el Señor construya la casa, en vano trabajan los que la edifican? Sion, en la que había un templo, fue destruida: ¿y dónde está la sede eterna del Señor? ¿dónde el descanso perpetuo? ¿qué templo habitable? Sin duda, aquel del que se ha dicho, Vosotros sois el templo de Dios, y el Espíritu de Dios habita en vosotros (I Cor. 3, 16). Esta es la casa y este es el templo de Dios, lleno de

doctrinas y virtudes de Dios, y capaz de albergar la santidad del corazón divino, de lo cual el mismo profeta ha testificado así: Tu santo templo, admirable en equidad (Sal. 64, 5 y 6). La santidad, la equidad, la continencia humana, son templo para Dios.

8. Estructura de la Casa de Dios.---Por lo tanto, esta Casa debe ser edificada por Dios. Pues si se construye con obras humanas, no permanecerá; ni se sostendrá con doctrinas del mundo, ni será custodiada por el cuidado de nuestro vano trabajo y preocupación. Debe ser edificada de otra manera, custodiada de otra manera: no debe iniciarse sobre la tierra, ni sobre la arena movediza y deslizante; sino que su fundamento debe colocarse sobre los Profetas y los Apóstoles. Debe ser aumentada con piedras vivas, sostenida por la piedra angular, y con los aumentos de la conexión mutua, edificada hasta llegar al hombre perfecto y a la medida del cuerpo de Cristo, adornada también con la belleza y el decoro de las gracias espirituales. Así edificada por Dios, es decir, por sus doctrinas, no caerá. La edificación de esta casa será alcanzada por Israel cautivo después de la plenitud de las naciones. Esta casa crecerá en múltiples casas con las edificaciones diversas de los fieles en cada uno de nosotros, para el ornato y la amplitud de aquella bienaventurada ciudad.

9. Que el Señor la proteja desde el principio. De esta ciudad el Señor ha sido vigilante guardián desde hace mucho tiempo, cuando protege a Abraham peregrino, cuando reserva a Isaac para el sacrificio, cuando enriquece a Jacob sirviente, cuando pone a José, vendido a Egipto, al frente, cuando fortalece a Moisés contra el faraón, cuando elige a Josué como líder en las guerras, cuando libera a David de todos los peligros, cuando otorga a Salomón el don de la sabiduría, cuando está presente con los profetas, cuando arrebata a Elías, cuando elige a Eliseo, cuando alimenta a Daniel, cuando rocía a los jóvenes en el horno, cuando el cuarto está presente con los tres, cuando al nacer de una virgen instruye a José por medio del ángel, confirma a María, envía a Juan como precursor, elige a los apóstoles, ora al Padre, diciendo: Padre santo, guárdalos; cuando estaba con ellos, los guardaba en tu nombre (Juan XVII, 11 y 12); cuando finalmente Él mismo, después de la pasión, nos promete la vigilancia de su eterna custodia, diciendo: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mateo XXVIII, 20). Esta es la eterna custodia de aquella ciudad bienaventurada y santa, que al reunirse muchos en uno y en cada uno de nosotros es ciudad de Dios. Pues esta es la posesión del santo cuerpo y del alma fiel que le es grata.

10. Del Señor debe ser edificada.--- Sin embargo, cómo debe ser edificada por el Señor, Él mismo lo testifica en el Evangelio, diciendo: En verdad os digo, no acabaréis las ciudades de Israel, hasta que venga el Hijo del Hombre (Mateo X, 23). Y de este tiempo y edificación, el bienaventurado Apóstol hace mención, diciendo: Cuando haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel será salvo (Romanos XI, 25 y 26). Estas ciudades, es decir, la morada y congregación de cada cuerpo y alma santa que agrada a Dios, tienen a este único como artífice de esta perfecta edificación. Por lo tanto, esta ciudad debe ser edificada por el Señor, para que crezca en el aumento de su consumación. Pues la edificación ya comenzada no es la perfección: sino que a través de la edificación se alcanza la consumación de la perfección.

11. Aquí falla el arte humano.---Sin embargo, en la construcción de estas casas de cuerpos y ciudades de almas, las artes humanas están vacías. En efecto, son vanas todas las vigilias de los filósofos, y ociosas las preocupaciones, y frustrado el estudio en la investigación de los secretos de la naturaleza y en el escrutinio de los trabajos del mundo. Pero una operación tal edifica una casa que pronto caerá. También será vana su resurrección matutina: aunque está destinada a todos los cuerpos que han venido a la luz, sin embargo, aquellos que no hayan

sido edificados por el Señor, de ninguna manera alcanzarán la gloria de la resurrección matutina, que ya ha comenzado en el Señor resucitado de entre los muertos.

12. ¡Qué ausencia de discurso sobre la edificación terrena hay aquí! ---Y para que el salmo no admitiera ninguna opinión de inteligencia terrena y corporal, enseña el tiempo de esta perfección y el significado de las edificaciones por el mismo orden de sus palabras. Pues, desaprobadas las edificaciones humanas, las custodias terrenas y sus levantamientos matutinos, dice: Levantaos después de haber estado sentados, vosotros que coméis el pan del dolor. Cuando da el sueño a sus amados, he aquí la herencia del Señor: los hijos, recompensa del fruto del vientre. No queda lugar para la ambigüedad en estas palabras: solo es necesaria la fe en la inteligencia; pues las palabras expresan el asunto. Porque la verdad de la profecía se consuma con los hechos que siguen: y el conocimiento de los hechos lo proporciona la doctrina evangélica y apostólica. Por tanto, la ciudad que ha de permanecer debe ser edificada por Dios; porque la edificación humana es débil y caduca. Y para que no pensemos que esta ciudad es de piedras, cemento y madera, enseña qué es esta ciudad y cuándo es perfecta, diciendo: Levantaos después de haber estado sentados. La sesión de los que descansan es reposo: del cual se ordena levantarse a aquellos que han de ser comparados con esta ciudad perfecta.

13. Comen el pan del dolor, aquellos que conocen el bien, pero no pueden alcanzarlo por su propio esfuerzo. —¿Y quiénes son, entonces, aquellos que se les ordena levantarse después de haberse sentado? Precisamente, los que coméis el pan del dolor. Come el pan del dolor, quien recuerda que ha nacido y vive como hombre en los vicios. Pues cuando nuestra voluntad, por el temor de Dios y la esperanza de lo eterno, se esfuerza por alcanzar las obras perfectas de la inocencia; y, por otro lado, cierta costumbre natural de los vicios nos retiene en aquellos mismos de los que intentamos emerger: aceptamos el dolor de la vida por la debilidad de la voluntad desamparada, según el dicho del profeta: "Quien añade conocimiento, añade dolor" (Eclesiastés I, 18). Pues cuando el conocimiento de la verdad incita nuestra voluntad al progreso de alcanzar la utilidad, y la costumbre de la naturaleza retiene a la voluntad que sabe que debe progresar; el progreso del conocimiento es el progreso del dolor: ya que se duele de ser retenido por la naturaleza en la medida en que entiende por el conocimiento que debe abandonar la naturaleza. De aquí, pues, es el dolor de la vida, de aquí es el pan del dolor. De esta vida y dolor, el mismo profeta recuerda, diciendo: "Nos alimentarás con pan de lágrimas, y nos darás a beber lágrimas en abundancia" (Salmo LXXIX, 6). Sin embargo, siempre se debe tender, no desistir: ni por eso dejar de esforzarse por alcanzar la perfección, porque nos duele no poder alcanzar aquello a lo que se tiende. Pero en la misma perseverancia del esfuerzo, se debe lamentar no poder alcanzar aquello a lo que se tiende. De este dolor el Señor se acuerda, diciendo: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados" (Mateo V, 5); impartiendo la bienaventuranza de la consolación por el luto y el dolor de no haber alcanzado la consumación.

14. Debido a la certeza de la profecía, se proclama en el presente lo que se promete para el futuro. La virtud profética ha sido preservada por el mismo orden de las palabras dispuestas en el tiempo, diciendo: Levantaos después de haber estado sentados. De las cuales, una es para el presente, es decir, levantaos, para que la fe no dude como si se tratara de cosas inciertas y dudosas: ya que la verdad de la advertencia profética aporta una eficacia casi presente, e infunde en nosotros, que estamos vivos, una confianza en la esperanza que no vacila. Sin embargo, el tiempo de este mandato, que es presente, se ha diferido al futuro en lo que dice, cuando estéis sentados. Por lo tanto, en los mandatos que no deben ser dudados,

está la verdad del presente; pero en lo que se debe alcanzar, se reserva la disposición del tiempo de espera.

15. Tiempo de resurrección, el sueño de la muerte de los santos. --- Para que sepan cuándo deben levantarse después de haber descansado, se ha mostrado la plenitud de ese tiempo: "Cuando dé", dice, "a sus amados el sueño". Dios llama frecuentemente a la muerte de los santos sueño: como a David le dice: "Cuando duermas y descanses con tus padres, entonces levantaré de tu descendencia a quien será para mí hijo, y yo seré para él padre" (II Sam. VII, 12 y ss.); y el Señor sobre Lázaro: "Lázaro duerme" (Juan XI, 11); y el Apóstol sobre los que resucitarán dice: "Porque nosotros, los que vivimos, no precederemos a los que durmieron" (I Tes. IV, 14). Así, con la plenitud de las naciones recibida después del sueño de la muerte, y con el resto de Israel salvado, entonces, después de este descanso y sueño, es tiempo de resurrección. Y porque mientras se concluye la plenitud de los tiempos, también se consumará la plenitud de las naciones que han de creer, según el Apóstol (Rom. XI, 25 y 26), por eso dice: "Cuando dé a sus amados el sueño": demostrando que este tiempo de levantarse de los que descansan es también el tiempo de dar el sueño a sus amados, es decir, con toda la plenitud ya recibida.

16. La herencia del Señor y recompensa son las naciones que engendra como hijos.---VERS. 3. Quiénes son los que duermen amados y resucitarán sentados, lo muestra inmediatamente con cierta significación del asunto presente, diciendo: He aquí la herencia del Señor. Los santos, es decir, los que duermen y resucitarán sentados, son la herencia del Señor: no aquel Jacob carnal, ni el Israel terrenal, hecho por la división de las naciones porción y cuerda de herencia, según Moisés dice: Cuando el Altísimo dividió las naciones según el número de los ángeles de Dios, y fue la porción del Señor Jacob, la cuerda de la herencia Israel (Deut. XXXII, 8). Y porque este Israel ya no merece ser herencia debido a su impiedad; se muestra cuál es la herencia, diciendo: He aquí la herencia del Señor, los hijos (υἱοὶ) recompensa del fruto del vientre. Por lo tanto, la herencia está en los hijos del Señor, que recibió como recompensa del fruto del vientre. Pues este fruto no es vano cuando, permaneciendo antes en el vientre virginal, Dios nace. Porque su recompensa es la herencia, y la herencia son los hijos. A todos los que, dice, lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 12), y de nuevo: Hijitos, aún un poco estoy con vosotros (Juan XIII, 33). Estos hijos, por tanto, son la herencia, y esta herencia es la recompensa del fruto del vientre. Por lo tanto, el Señor es el fruto del vientre, que la Virgen engendró de sí misma como fruto para nuestra vida. Y esta es su recompensa, quien al nacer de la Virgen quiso ser el fruto del vientre: para que las naciones, que engendraría como hijos por la fe, sean su herencia.

17. Mereció la recompensa porque se hizo hombre. — Sin embargo, el hecho de que, al haberse convertido en fruto del vientre, haya recibido esta recompensa de la herencia; otro salmo lo atestigua, diciendo: Pídeme, y te daré las naciones como herencia tuya, y como posesión tuya los confines de la tierra (Salmo II, 8); también lo atestigua el Apóstol, diciendo: Quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición de hombre; se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses II, 6 y ss.). Esta, por tanto, es la recompensa del fruto del vientre, que se otorga en el nombre, que se lleva en honor, que se concede en gloria. Y esta es la retribución que tiene de su naturaleza inmortal la natividad asumida de la

debilidad humana: que, al haberse hecho él mismo fruto del vientre, su recompensa también se convierta en la herencia de las naciones, y que la herencia misma sean los hijos.

18. Flechas de la doctrina profética y apostólica.---A continuación sigue, VERS. 4: Como flechas en la mano del poderoso, así son los hijos de los desterrados. El uso de las flechas aquí es que, una vez lanzadas, se llevan con rápido vuelo y se dirigen a sus destinos en línea recta. Que sean flechas las que el Señor utiliza, lo leemos así cuando dice: Envió sus flechas y los dispersó (Sal. XVII, 15). En Isaías también está escrito de tal manera que se puede entender que se dice incluso del mismo Señor: Y me puso como flecha escogida, y en su aljaba me escondió, y me dijo: Es mucho para ti ser llamado mi siervo (Isa. XLIX, 2). Son, por lo tanto, flechas de Dios de este tipo, rápidas en vuelo, fieles en impacto: las cuales, según demuestra la razón espiritual, deben entenderse como significando las doctrinas proféticas y apostólicas, en las que está la palabra de Dios, enviadas por todas partes; hiriendo, reprendiendo, volando.

19. Hijos de los expulsados, profetas o apóstoles.---Aunque en muchos lugares recordamos que hay flechas mortíferas y letales, de las cuales está escrito: Ha preparado sus flechas para los que arden (Sal. VII, 14). Sin embargo, aquí no se puede entender que se hable de flechas vengadoras: porque ahora como flechas en mano del poderoso, así son los hijos de los expulsados. Faraón en el Mar Rojo fue expulsado a la destrucción por el crimen de impiedad (Sal. CXXXV, 15). También sabemos que el polvo sacudido de los pies apostólicos es una sentencia de maldición (Mat. X, 14). Y porque ya sean los mismos profetas, que son hijos de los expulsados, es decir, de los pecadores y malditos, enviados como flechas voladoras y fieles de la doctrina celestial: o los apóstoles y doctores de las iglesias que creyeron de los expulsados por su impiedad en maldición para las naciones: por eso dice: Como flechas en mano del poderoso, así son los hijos de los expulsados: recorriendo el orbe de la tierra con su vuelo, hiriendo los corazones infieles con el dardo de la doctrina, y punzando los incentivos de todos los pecados con el dardo salvador.

20. Y para que se pudiera entender dicho esto de aquellos a quienes Dios enviaría como flechas de los hijos de los rechazados para la enseñanza de la salvación; esto se ha logrado en las palabras, VERS. 5: Bienaventurado el hombre que llenó su deseo de ellos; no serán confundidos cuando hablen con sus enemigos en la puerta. Bienaventurado, por tanto, es aquel que pudo cumplir su deseo de ellos, es decir, ya sea de las flechas o de los hijos de los rechazados; llenándose a sí mismo con las palabras deseables de la doctrina, y saciándose de los frutos predicados de los bienes futuros esperados. Y para mostrar que estos son constructores de la doctrina de Dios de aquella ciudad que mencionó anteriormente; por eso cerró así: De ellos no serán confundidos cuando hablen con sus enemigos en la puerta. Lo que dice, de ellos, ya sea que se refiera al hombre bienaventurado que llenó su deseo de ellos: o será propio de los mismos hijos de los rechazados, porque de ellos no serán confundidos cuando hablen con sus enemigos en la puerta.

21. La confianza de los justos frente a los enemigos.---No hay duda de que aquellos que hablarán en la puerta edificada por su predicación por el Señor de la ciudad. Recordamos que en otro salmo se dice: Tú que me levantas de las puertas de la muerte, para que anuncie todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sion (Sal. IX, 15). Y aquí, en efecto, hay varias puertas en las que el profeta, exaltado de las puertas de la muerte, proclama todas las alabanzas de Dios: pero sabemos que hay una sola puerta real, del Señor, celestial, de la cual se ha dicho: Esta es la puerta del Señor, los justos entrarán por ella (Sal. CXVII, 20). Y cuando no se avergüencen estos hijos de los sacudidos al hablar en la puerta con sus

enemigos; es necesario que no se avergüencen al hablar con estos enemigos suyos, quienes no merecerán entrar con los justos; reprochándoles la impiedad hacia Dios, la desobediencia a los predicadores, la infidelidad a las promesas eternas, el odio hacia los inocentes, y la crueldad hacia los mismos miembros de la Iglesia: ellos confiados, y sin ninguna duda de su fe y religión, sino prohibiendo a estos enemigos suyos el acceso y entrada, quien dice: Nadie va al Padre sino por mí (Juan XIV, 6), nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 127. Cántico de los grados.

Bienaventurados todos los que temen al Señor, que andan en sus caminos. Comerás del fruto de tus manos: bienaventurado eres, y te irá bien. Tu esposa será como vid fecunda en los lados de tu casa. Tus hijos como brotes de olivo alrededor de tu mesa. Así será bendecido el hombre que teme al Señor. Que el Señor te bendiga desde Sion: y veas el bien de Jerusalén todos los días de tu vida. Y veas a los hijos de tus hijos: paz sobre Israel.

476 TRATADO DEL SALMO.

1. La diferencia entre el temor de Dios y el temor humano.---Siempre que en las Escrituras se habla del temor del Señor, es importante observar que nunca se deja solo, como si fuera suficiente para la consumación de la fe: sino que se añaden muchas cosas, o se anteponen, de las cuales se entiende la razón y la perfección del temor del Señor: como sabemos por lo que se dice a través de Salomón en los Proverbios: Si invocas la sabiduría, y das tu voz al entendimiento, y la buscas como a la plata, y la investigas como a tesoros, entonces entenderás el temor del Señor (Prov. II, 3 y ss.). Vemos cuántos pasos se han dado hasta llegar al temor del Señor. Primero, la sabiduría debe ser invocada, y todo el deber de leer debe ser asignado al entendimiento, y la sabiduría debe ser buscada e investigada: y entonces se entenderá el temor del Señor. Pero en cuanto al sentido común de la opinión humana, no se siente así sobre el temor. El temor es la trepidación de la debilidad humana, que teme sufrir lo que no quiere que le suceda. Surge y se agita en nosotros por la conciencia de culpa, por el derecho de uno más poderoso, por el ímpetu de uno más fuerte, por el caso de enfermedad, por el encuentro con una fiera, y por la pasión de todo mal. Este temor, por tanto, no se enseña; sino que surge de la naturaleza de la debilidad. Tampoco aprendemos qué debe ser temido; sino que nos infunden su terror aquellas cosas que se temen.

2. El temor de Dios no es natural. Se sitúa en la obediencia y el amor. Sin embargo, sobre el temor del Señor está escrito: Venid, hijos, escuchadme, os enseñaré el temor del Señor (Sal. XXXIII, 12). Por lo tanto, el temor de Dios debe aprenderse, porque se enseña. No está en el terror, sino en la razón de la doctrina: no debe buscarse por la trepidación de la naturaleza, sino por la observancia de los preceptos, las obras de una vida inocente y el conocimiento de la verdad. Pues si Dios debe ser temido porque muchos han ardido por los rayos, han sido derribados por el trueno, han caído por el movimiento de la tierra o han sido tragados por su abertura; no hay mérito de fe en el temor que se conmueve por el terror de los accidentes. Para nosotros, sin embargo, todo el temor de Dios está en el amor: el amor perfecto completa su temor. El deber propio de nuestro amor hacia Él es obedecer sus advertencias, acatar sus estatutos, confiar en sus promesas. Escuchemos, pues, a la Escritura que dice: Y ahora, Israel, ¿qué te pide el Señor tu Dios, sino que temas al Señor tu Dios, y andes en todos sus caminos, y lo ames, y guardes sus mandamientos con todo tu corazón y con toda tu alma, para que te vaya bien? (Deut. X, 12 y 13). Con estas palabras, el profeta habló de manera conveniente y congruente al inicio del salmo, diciendo, VERS. 1: Bienaventurados todos los que temen al

Señor, que andan en sus caminos: mostrando que no es por nuestra trepidación, ya que esta es la autora del temor en los demás; ni por su terror, que es terrible, que son bienaventurados los que temen; sino por el hecho de que caminan en los caminos de Dios. Porque el temor, como hemos dicho, no está en el miedo, sino en la obediencia: y el testimonio del temor es la obediencia. Sin embargo, si alguien teme, pero no obedece; será ciertamente temeroso por la trepidación de la naturaleza, pero no será bienaventurado por los deberes del temor.

3. Muchas y una son las vías del Señor.---Son muchas las vías del Señor; sin embargo, Él mismo es el camino (V. litt. Ps. CXVIII, n. 10). Pero cuando habla de sí mismo, se llama a sí mismo el camino, y muestra la razón por la cual se llamó a sí mismo camino, diciendo: Porque nadie puede venir al Padre sino por mí (Juan XIV, 6). Sin embargo, cuando se trata de los profetas y sus escritos, por los cuales se llega a Cristo, entonces hay muchas vías que convergen en un solo camino: lo cual está significado en el mismo lugar por el profeta Jeremías diciendo: Estad en los caminos del Señor, y preguntad por las sendas eternas de Dios, y ved cuál es el buen camino, y caminad por él (Jeremías VI, 16). Por lo tanto, muchas vías deben ser interrogadas, y en muchas debemos insistir; para que encontremos la única que es buena, es decir, a través de la doctrina de muchos, encontraremos el único camino de la vida eterna. Hay vías en la ley, vías en los profetas, vías en los evangelios, vías en los apóstoles: también hay vías en las diversas obras de los preceptos, en las cuales, caminando con el temor de Dios, son bienaventurados aquellos a quienes se dice.

4. Todos en Cristo uno.---VERS. 2. Comerás el fruto de tus trabajos. Un discurso comenzado para muchos se refiere a uno, enseñándonos que todos los que hemos creído en Cristo somos uno, como lo confirma el Apóstol: Porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús: (Gál. III, 28). Ya sea que hable a uno o a muchos; en uno habrá el mismo significado que en muchos.

5. Los trabajos de los frutos no se suelen comer.---Sin embargo, es necesario observar que este discurso profético difiere del uso de la opinión común. En esta conversación de la vida, quienes comen, comen los frutos de sus trabajos, tomando de los resultados de la obra realizada. Pero en verdad el profeta dice que se deben comer los trabajos de los frutos. El sentido humano no alcanza a comprender la inteligencia de esta afirmación. Pues de los trabajos proviene el fruto, no del fruto el trabajo. Además, el trabajo es un servicio del cuerpo: el fruto, en cambio, es la recompensa del trabajo. Sin embargo, el servicio del cuerpo es incorpóreo, aunque se realiza con el cuerpo. No podemos comer nada que no sea corpóreo.

6. Este trabajo es el alimento del alma, después el fruto.---Pero el profeta no trata de cosas terrenales y presentes: su discurso es sobre la bienaventuranza de los que temen al Señor y caminan en sus caminos. Porque aquellos que caminarán en los caminos del Señor, comerán los frutos de sus trabajos. No se trata aquí de una comida corporal, ya que lo que se ha de comer no es corporal. Pero aquí tenemos un alimento espiritual, que nutre nuestra alma para la vida, es decir, las buenas obras de bondad, castidad, misericordia, paciencia, tranquilidad, en las cuales debemos trabajar contra los vicios de nuestros cuerpos. El fruto de estos trabajos está en la eternidad: pero este trabajo de frutos eternos debe ser comido antes, y con él nuestra alma debe ser alimentada en esta vida corporal, obteniendo a través del alimento de estos trabajos el pan vivo, el pan celestial, de aquel que dijo: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI, 41): quien lo reciba indignamente según el mandato del Apóstol, se adquiere juicio a sí mismo (I Cor. XI, 29). Estos son, por tanto, los trabajos de los frutos que se deben comer, es decir, de aquellos frutos que se cosecharán en los cielos. Ahora, mientras estamos en la tierra, se deben realizar las obras. Estas son las que ahora sacian el alma, estas la seguirán al cielo con sus frutos. Finalmente, en el siguiente verso, el profeta

demuestra la bienaventuranza de ambos tiempos, diciendo: Bienaventurado eres, y bien te irá. Uno de ellos se obtiene en el presente, que es bienaventurado eres; pero el otro, bien te irá, está reservado para el futuro, porque mientras tanto se debe comer el trabajo de los frutos futuros.

7. La bendición temporal no se promete a los justos.---VERS. 3 y 4. Tu esposa será como una vid fecunda en los lados de tu casa. Tus hijos como brotes de olivo alrededor de tu mesa. Así será bendecido todo hombre que teme al Señor. A muchos este discurso les parecerá adecuado para el gozo de la bendición presente: que por la misericordia de Dios haya paz y salud útil en el hogar del cónyuge, y la dulcísima reunión de hijos alrededor de la mesa. Pero si estas cosas fueran perfectamente buenas, que aunque son buenas, no son bienes celestiales: sin embargo, si en ellas se hubiera establecido la bienaventuranza del temor de Dios, ciertamente lo habría obtenido el príncipe de la fe y del temor de Dios, Abraham, cuya esposa, estéril por mucho tiempo, fue arrebatada dos veces; el hijo de la promesa fue ordenado a ser ofrecido en sacrificio, y al ser llevado al sacrificio, trajo el dolor de la orfandad. Luego, Isaac tuvo dos hijos en discordia, enemigos hasta el odio mortal. Jacob, esposo inesperado de una esposa desconocida, fue obligado falsamente a otras nupcias, y lloró el funeral de un vivo por la mentira parricida de sus hermanos, careció de las bendiciones de los que temen a Dios. Y donde hay fe, no se encontrará la santificación de la fe. ¡Cuántos pecadores vemos florecer en casa, con cónyuge e hijos! Ahora bien, ¿será privada de las bendiciones de Dios aquella feliz y bienaventurada virginidad, no dejando causa de bienaventuranza para sí misma? ¿Y dónde quedará aquello de Pablo, "Quisiera que todos los hombres fuesen como yo" (I Cor. VII, 7)? Y no sé cómo el profeta ha constituido esa bienaventuranza perfecta, que es negada a los santos, común a los pecadores, y no esperada por las vírgenes.

8. Se les han prometido cosas espirituales. Cristo es el esposo. ---Por lo tanto, dado que según la inteligencia humana, este discurso no explica la felicidad propia y perfecta; las mentes y los oídos deben elevarse hacia la doctrina espiritual. Pues toda ley, según el Apóstol, es espiritual (Rom. VII, 14): y él no siguió una felicidad humilde ni terrenal, sino espiritual, diciendo: Bendito sea el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los cielos (Efes. I, 3). Por lo tanto, ya que se muestra bendecido en las cosas espirituales y celestiales, esa perfecta felicidad de los santos no debe esperarse en estas cosas terrenales y corporales: sino que más bien debe entenderse que, a través de la denominación de las cosas corporales y terrenales, se debe alcanzar la comprensión de los bienes celestiales. ¿Acaso cuando el Señor es el esposo según los Evangelios, y según Juan tiene esposa (Mat. IX, 15; Juan III, 29), se debe pensar que se refiere a esposos terrenales y corporales? No, en absoluto: sino que a través de esta costumbre del discurso se nos enseña que Él es quien fue prometido a las naciones, y a quien el Padre ha desposado la herencia de la Iglesia, mediante la adopción del cuerpo que tomaría de la virgen.

9. La esposa de los justos, la sabiduría. Un proverbio.--- Para que ahora comprendamos qué debe entenderse bajo la denominación de esposa, es necesario considerar qué se trata en otros lugares bajo este mismo nombre de esposa. Salomón dice: Busqué traerme a mí mismo la sabiduría como esposa (Sab. VIII, 2). Y porque quien busca una esposa, busca riqueza; menciona las riquezas de esta su esposa, diciendo: Glorifica la honestidad, teniendo la convivencia de Dios, y el Señor de todos la amó (Ibid. 3); y si alguien desea mucho conocimiento, sabe tanto lo que es desde el principio como lo que está por venir (Ibid. 8). Y también: ¿Quién encontrará una esposa valiente? Es más preciosa que las piedras de gran valor de este tipo (Prov. XXXI, 10). Y esto se dice en los Proverbios: porque el proverbio no

explica lo que suena en palabras, sino que anuncia la virtud de las palabras a partir del uso común de las mismas. El Señor enseña en los Evangelios qué deben entenderse por proverbios, diciendo: Vendrá la hora en que ya no os hablaré en proverbios, sino que os anunciaré claramente sobre el Padre (Juan XVI, 25). Por lo tanto, según la razón de los proverbios, debemos conocer a la esposa valiente, aquella que Salomón deseó tomar como esposa: de la cual nuevamente dice: Juzgué, pues, traerla para convivir conmigo, y me enamoré de su belleza (Sab. VIII, 9). Esta, por lo tanto, asumida como esposa, es la sabiduría valiente, que todo lo perfecciona, sometiéndolo a sí misma, y fuerte en el trabajo de obras útiles. Ella es agradable a Dios, digna por su doctrina, y perfecta en el conocimiento de lo pasado y la cognición de lo futuro.

481 10. La sabiduría es fecunda en hijos, es decir, en buenas obras. Esta esposa del que teme a Dios, difundida por todos los lados de su casa, se extiende como una vid fecunda por todos los aspectos de nuestras obras. No hay duda de que esta casa es la morada de nuestra alma, que cada uno purifica para la habitación de la Sabiduría mediante el temor de Dios y siguiendo sus caminos. De esta manera, los hijos que nazcan serán como brotes de olivo alrededor de nuestra mesa. No dice que estarán alrededor del banquete, sino de la mesa. La mesa del Señor es de donde tomamos el alimento, es decir, el pan vivo: cuya virtud es que, siendo él viviente, vivifica a quienes lo reciben. También está la mesa de las lecturas dominicales, en la cual nos alimentamos con el alimento de la doctrina espiritual. Pero aquellos que siguen la doctrina de Dios (de la cual está escrito en otro salmo: "Sea su mesa delante de ellos un lazo y una trampa, y una retribución y un escándalo" (Sal. 68, 23); porque para ellos toda lectura de la profecía entendida se convierte en trampa y escándalo); pero aquellos que siguen la doctrina de Dios, si no se dedican al ministerio de las buenas obras, no se beneficiarán del alimento de esa mesa. Pues así como de la esposa nacen los hijos, de la sabiduría se generan las obras de buena voluntad. Estas, por tanto, rodearán nuestra mesa como brotes de olivo, es decir, cubrirán con los frutos de los mejores ramos el conocimiento de nuestra doctrina. El profeta también mantuvo esta razón, al decir olivo neófito, es decir, recién plantado: porque por la sabiduría, asumida como esposa, cuyos hijos son obras fieles, esta misma se planta en esta tierra de nuestro cuerpo. Esta, por tanto, es la esposa como una vid abundante difundida por los lados de nuestra casa: estos hijos, es decir, las obras generadas de tal esposa, estarán como olivos plantados alrededor de nuestra mesa. Y como esta es la bienaventuranza de los que temen a Dios; el profeta añadió: "Así será bendecido todo hombre que teme al Señor."

11. La bienaventuranza no pertenece a este siglo; cuál se nos concede entretanto. La sabiduría de la inocencia, madre de la bienaventuranza.---Se une al mérito del que teme también el deseo del profeta que dice: Que el Señor te bendiga desde Sion, y veas los bienes de Jerusalén. De Jerusalén y Sion ya hemos hablado frecuentemente en los salmos anteriores: de los cuales o en los cuales se debe esperar la consumación de todos los bienes. Pues ahora, aunque disfrutemos de los bienes celestiales, sin embargo, mayores cosas nos están reservadas en Sion y Jerusalén para los tiempos de esperanza. Porque este siglo no es capaz de los bienes prometidos. ¡Ay de este mundo por los escándalos (Mat. XVIII, 7), en el cual el diablo ha sembrado cizaña, en el cual es región de corrupción, y lugar de iniquidad, y valle de lágrimas, en el cual los poderosos del mundo son de estas tinieblas! Pero tenemos entretanto la luz de los bienes prometidos, en la cual contemplamos como por un espejo y en enigma la imagen de las cosas felices: entonces veremos cara a cara, no interpuesta la nube de oscuridad, ni el resplandor emulante del espejo, sino que nos alegraremos con la verdadera y visible contemplación de nuestra bienaventuranza, contemplando los frutos de nuestras obras, y viendo la recompensa de la vida inocente. Pues así como las obras nacen de la sabiduría, así

de las obras nace la retribución. Por lo tanto, la sabiduría es madre de la inocencia: y a su vez la inocencia produce el fruto de la retribución. Así pues, alcanzaremos esto con el diablo derrotado, el aguijón de la muerte embotado, y todo príncipe y potestad de este siglo eliminados, cuando ya haya paz en nosotros con el enemigo vencido y destruido: lo cual el profeta testifica en la conclusión del mismo salmo, diciendo, VERS 5 y 6: Que el Señor te bendiga desde Sion, y veas los bienes de Jerusalén todos los días de tu vida, y veas a los hijos de tus hijos, y veas la paz sobre Israel. Esperemos, pues, los bienes de la Jerusalén celestial, y del monte Sion, y de la paz de Israel (Sal. LXXV, 3): porque el lugar del Señor es en paz, en nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

483 SALMO CXXVIII. Cántico de los grados.

A menudo me han atacado desde mi juventud, diga ahora Israel. A menudo me han atacado desde mi juventud: pero no pudieron contra mí. Sobre mi espalda construyeron los pecadores: prolongaron su iniquidad. El Señor justo cortará las cervices de ellos: sean confundidos y retrocedan todos los que odian a Sion. Sean como la hierba de los tejados, que antes de ser arrancada se seca: de la cual no llenará su mano el que siega, ni su seno el que recoge los manojos. Y no dijeron los que pasaban, Bendición del Señor sobre vosotros, os bendecimos en el nombre del Señor.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Este salmo enseña la paciencia. La lucha es frecuente para los piadosos desde sus primeros años. Somos instruidos por las palabras proféticas a la tolerancia de las pasiones presentes: y la debilidad de nuestra naturaleza, siempre impaciente ante las injurias del mundo, recibe la enseñanza de la paciencia de aquel que en el presente salmo dice: "Muchas veces me han combatido desde mi juventud". La vida de un hombre religioso no es ociosa, ni exige una vida tranquila. Es combatido ya desde los mismos años de su juventud, y es combatido a menudo. Por lo tanto, los odios de los que combaten no son nuevos ni raros; sino que a menudo son hostiles desde los mismos inicios de la vida. Y por eso, estas son las cosas que prueban la fe, que testifican la paciencia, que merecen la corona de la virtud invicta. El bienaventurado apóstol Pablo conoce esta corona de larga batalla, diciendo: "Nadie es coronado, sino el que ha luchado legítimamente". La lucha por sí sola no es suficiente para la corona: se debe luchar legítimamente, es decir, todas las batallas de las pasiones deben ser llevadas a cabo; no basta con haber militado una sola vez ni en la guerra de una sola batalla. Y escuchemos este mismo combate legítimo, cuando dice de sí mismo: "En trabajos, más abundante; en azotes, más abundante; en cárceles, más eminente; en muertes, frecuentemente: de los judíos cinco veces recibí cuarenta azotes menos uno, tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces naufragué, una noche y un día pasé en el abismo" (II Cor. XI, 24). Con razón, habiendo pasado por tantas y tan grandes batallas, se atrevió a decir: "Por lo demás, me está reservada la corona de justicia" (II Tim. IV, 8): porque nadie es coronado sino el que ha luchado legítimamente.

2. El autor de las injurias humanas es el diablo, el hombre es su ministro.---A esta situación también se le aplica la voz profética: VERS. 1: Muchas veces me han atacado desde mi juventud. Es motivo de gran confianza recordar tantas y tan numerosas guerras; pero ahora, sin mencionar los nombres de los atacantes, solo se recuerda el ataque. Y es necesario conocer la razón por la cual se silencian los autores del ataque. Todas las injurias humanas que se infligen a los hombres religiosos no tienen los mismos autores que tienen los ministros. La ejecución es ciertamente de los hombres, pero el instinto es del diablo. Y el

Apóstol es nuestro autor de esta inteligencia, diciendo: No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra las potestades de este mundo, los poderosos de estas tinieblas, la maldad espiritual en los lugares celestiales (Efesios VI, 12); y de nuevo: Según el príncipe del poder del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia (Efesios II, 2). Por lo tanto, estas maldades espirituales operan en aquellos que son desobedientes a la ley de Dios, a quienes eligen como operarios de su voluntad, utilizando el ministerio de intercesión ajena para sus propios fines.

3. No solo entendemos esto de las palabras del Apóstol, sino que también lo aprendemos del libro de Job. Pues cuando el diablo pidió el poder de tentar a Job (Job I), primero, al desatarse sobre la pérdida de sus bienes, incitó a los hombres a la matanza de los pastores y al saqueo de los rebaños, y los encendió en esta voluntad de latrocinio. Así, realizó lo que deseaba a través del oficio de la operación humana. Judas también fue un instrumento del diablo en la pasión del Señor, y a través de él ejecutó el efecto de su propia voluntad, como lo atestigua el evangelista: Entró, dice, Satanás en Judas, llamado Iscariote (Luc. XXII, 3).

4. El que inflige injurias es digno de misericordia, no de ira.---En toda injuria que sufrimos, hay una obra de uno y un instinto de otro: y no actúa por sí mismo quien obra algo por el impulso de una voluntad turbulenta. No debemos, por tanto, enojarnos con aquellos de quienes sufrimos algo, sino que, cada vez que somos provocados a la ira por insultos, cada vez que somos incitados a disputas por agravios, cada vez que somos llevados al dolor y a la impía queja de pérdida por robos y hurtos, o somos seducidos hacia los placeres del cuerpo por la insinuación de una exhortación seductora; debemos reconocer al enemigo por quien se ofrecen estos incentivos de obras y palabras. No debemos enojarnos con los hombres, operarios de una instigación ajena; sino más bien, en ellos debe ser lamentada la fea intercesión de un deber detestable, por ser vasijas del diablo, ministros de Satanás, armas de ladrones, y portadores de una milicia y maldad ajenas. Por este conocimiento, el profeta menciona sin distinción de nombre solo a los que atacan, hablando de ellos indiscriminadamente: porque a través de los hombres se realizaba en él lo que pertenece a las maldades espirituales.

5. Qué decir cuando se es atacado frecuentemente pero en vano. --- Comenzó, pues, el Profeta como si hablara desde su propia persona; pero lo que deberíamos decir, él mismo lo anticipa con un ejemplo de confesión. Tal es el orden de las palabras: "A menudo me han atacado desde mi juventud, diga ahora Israel." Por lo tanto, primero se enseña a Israel lo que debe decir: luego, como instruido y empapado en el ejemplo de la confesión profética, Israel mismo ya habla, VERS. 2: "A menudo me han atacado desde mi juventud: pero no pudieron conmigo." Tal debe ser la confesión de los religiosos. Y esta es la verdadera prueba de la fe, que aquellos que a menudo y desde la juventud son atacados, nunca sean superados por aquellos que los han atacado frecuentemente y desde hace tiempo. Sin embargo, la batalla contra los más fuertes es larga y frecuente: y por eso las virtudes enemigas y espirituales ponen a prueba a los hombres firmes en la fe y el temor de Dios durante mucho tiempo y a menudo; porque es necesario repetir lo que se lleva a cabo durante mucho tiempo y nunca se logra. Permanezcamos, pues, para ser atacados a menudo: y siendo atacados frecuentemente, tengamos esta gloria, de no ceder nunca; y que de aquí provenga la constancia de nuestra impugnación, porque no hay una fortaleza prepotente en los que atacan.

6. Los adversarios acechan constantemente desde atrás.---Es costumbre de aquellos que no prevalecen en largas y continuas batallas, acercarse al ejército vencedor y a las formaciones firmes desde atrás, y cuando ya han pasado, traman emboscadas, fabrican engaños allí,

ejercen todas las artimañas de las emboscadas allí. Así también los pecadores, al no poder tentar a los hombres fieles que ya caminan en el camino de la verdad, los abordan desde atrás, los acechan desde atrás, urden engaños desde atrás. Y por eso dice, VERS. 3: Sobre mi espalda fabricaban los pecadores. Corre el Apóstol (Filipenses III, 13), olvidando lo que queda atrás, y extendiéndose hacia lo que está adelante. La Ley ha hablado así a los fieles: Te perseguirán tus enemigos, y no te alcanzarán. Enseña que no los han alcanzado cuando dice, fabricaban: es una significación de tiempo indefinido. Fabricaban siempre, sin alcanzar nunca el efecto de su fabricación, con el incansable curso de la fe, aquel sobre cuya espalda diariamente se fabricaban guerras, corriendo.

7. Cuerda de los pecadores.---Y este versículo siguiente completa la obstinada iniquidad de los que atacan: Prolongaron su iniquidad. Es una profecía de Isaías, que dice: ¡Ay de los que arrastran sus pecados como una cuerda larga! (Isaías V, 18). Pues no cesan de conectar pecado tras pecado, y de extenderlos siempre como una cuerda larga entrelazada. Mientras el santo corre, y los pecadores fabrican a sus espaldas, para el primero no hay fin en su carrera hacia el destino, y para los segundos no hay fin en su constante fabricación; se forma así una larga serie de pecados y una multiplicidad de longitud.

8. La paciencia de Dios. La cerviz dura designa la contumacia. --- Pero es necesario conocer qué espera a esta prolongación de iniquidades. Pues sigue, VERS. 4: El Señor justo cortará las cervices de los pecadores. El Señor es justo, paciente en la venganza, disimulador hasta el tiempo de la penitencia, no presto al castigo al inicio de la iniquidad humana, sino esperando la tardía aunque voluntaria cesación del pecador en sus crímenes; entonces cortará las cervices, cuando se fabrican sin intención de cesar, cuando los pecados se prolongan, cuando ya todo el tiempo de la misericordia paciente ha sido excluido. Recordamos que siempre se reprocha a los contumaces de la ley por tener cerviz dura: cuando Moisés acusa al pueblo ante Dios de ser un pueblo de dura cerviz (Éxodo XXXII, 9); cuando el profeta reprocha a las hijas de Sion por caminar con cerviz altiva (Isaías III, 16); la cerviz, desde luego, que desdeña el yugo, insolente en las obras de la fe, abusando de la paciencia de Dios para prolongar la iniquidad. Sin embargo, la cerviz debe someterse al yugo suave al que el Señor invita, diciendo: Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mateo XI, 29). No debe cortarse la cerviz que se somete a este yugo. Pues este es el yugo de la humildad y la mansedumbre, que no siempre combate, que no fabrica en la espalda, que no prolonga los pecados, sino que con humildad y paciencia sostiene la cerviz sometida, mientras que la cerviz soberbia e insolente debe ser cortada por el decreto del justo juicio.

9. Monte Sion. Se interpreta como "especulación". Significa el cuerpo glorioso de Cristo. El cuerpo de Cristo es la Iglesia. Quien odia a esta, odia a Cristo. Pena del crimen.---A continuación sigue, VERS. 5: Sean confundidos y retrocedan todos los que odian a Sion. Frecuentemente hemos advertido que Sion es un monte cercano a Jerusalén. Pero cuando los profetas mencionan al rey de Sion, a la hija de Sion, a las puertas de Sion, es necesario entender que bajo el nombre de Sion se muestra otra significación. Sion, en efecto, es la interpretación de especulación: lo que para nosotros es especulación, en hebreo se dice Sion. Luego, conviene recordar lo dicho por el apóstol, que hemos llegado al monte Sion y a la Jerusalén celestial, creyendo en nuestro Señor Jesucristo (Heb. XII, 22): en cuyo cuerpo glorificado, que ha sido transformado en gloria celestial, contemplamos el honor de nuestra esperanza, conformando el cuerpo de nuestra humildad a la gloria de su cuerpo. El Apóstol es testigo de que la Iglesia es el cuerpo de Cristo, del cual somos miembros unos de otros (Ef. I, 23), y que ella misma es el monte Sion del Señor, hija del rey, ciudad santa, edificada con

piedras vivas sobre el fundamento de los profetas y apóstoles. Por tanto, quien odia a esta Sion, odia a aquel de quien es cuerpo: pues hay un odio especial de los infieles contra los fieles. Serán confundidos, por tanto, los que odian a Sion, retrocederán, no corriendo hacia lo celestial, ni tendiendo hacia lo futuro, sino regresando a sus cosas terrenales y originales; sintiendo la vergüenza de su iniquidad e infidelidad en el tiempo del juicio, y volviendo al sentido penal de los cuerpos, perdiendo la transformación de la resurrección.

10. Los trabajos vanos de los impíos, edificaciones unas firmes, otras débiles.---Esto mismo enseñan las siguientes palabras del salmo. VERS. 6-8: Sean como el heno de los tejados, que antes de ser arrancado se seca: de lo cual no llenará su mano el que siega, ni su seno el que recoge manojos. Y no dirán los que pasan, La bendición del Señor sea sobre vosotros. Ningún heno, según creo, es de edificaciones en el sentido corporal; es, sin embargo, del campo, y de este mismo el más fructífero. Por lo tanto, nada aquí debe ser tratado y opinado según el sentido del oído. Según la autoridad de la Escritura, hay edificaciones firmes y también débiles. Son firmes aquellas que, cimentadas sobre roca con fundamentos fieles, no se mueven por ríos, vientos, inundaciones (Mat. VII, 25). Y son débiles aquellas que, construidas sobre cimientos arenosos, cuando se levantan tempestades, causan una gran ruina (Ib., 27). Hay también dos siembras según el Apóstol, del espíritu y de la carne: y quien siembra lo espiritual, cosechará lo espiritual; y quien siembra lo carnal, cosechará lo carnal (Gal. VI, 8). Por lo tanto, aquellos que a menudo y desde hace tiempo atacaban, que construían sobre la espalda, que prolongaban las iniquidades, cuyas cabezas serán cortadas, que odian a Sion, estos serán como el heno de los tejados, inútiles, y trayendo el fruto vano e inútil de esta vida corporal y presente. Las edificaciones y techos, según la comparación evangélica, son cuerpos humanos, o firmes por la fe, o destinados a caer por la infidelidad. De este techo de la edificación, en caso de persecución inminente, el Señor prohibió a cada uno descender, diciendo: Y el que esté en el techo, no descienda a tomar algo de su casa (Mat. XXIV, 17). Ciertamente, en la persecución se debe huir: y ¿cómo prohibió descender del techo, sino dejando de lado el cuidado del cuerpo, porque permaneciendo sobre el techo, es decir, sobre la naturaleza terrenal, se prohíbe volver a lo bajo y descender a lo inferior? En verdad, los impíos son el heno de los tejados, pues sembraron cosas vanas: y el heno, incluso antes de ser arrancado, se seca, de lo cual ni el segador llenará su mano, ni el que recoge manojos llenará su seno, no bendijo con gratitud el fruto al pasar. Son vanos, vacíos, inútiles: pues sembraron cosas vanas e inútiles. ¡Oh trabajos infelices, y obras infructuosas de la carne, comparadas con el heno infructuoso de los tejados, y secas antes de ser arrancadas, es decir, muertas antes del tiempo mismo de la cosecha inútil!

11. Diferencia entre obras y buena voluntad.---Pero dado que hemos tratado que el heno de estos edificios es fruto de obras carnales, es necesario considerar cuál es la diferencia entre quien llena la mano y quien recoge manojos en el seno. No es lo mismo, ni la Escritura suele repetir las mismas cosas con expresiones gemelas; pues recoger en el seno es más que llenar la mano. Y ciertamente, quienes llenan la mano parecen recibir el fruto de las acciones bien realizadas: porque en las manos, el discurso divino significa las obras; en el seno, en cambio, se demuestra el afecto de la conciencia, la fe y la voluntad perfecta. La conciencia cosecha más que las acciones: estas llenan la mano, pero aquella recoge los manojos. El Señor considera más aceptables los dos denarios de la viuda pobre que las abundantes monedas de los ricos (Luc. XXI, 3). Tanto prevalece la voluntad sobre las obras. Y las obras llenan la mano; pero el seno es capaz de contener manojos. Por lo tanto, este heno del edificio no llenará ni la mano del que siega, ni el seno del que recoge manojos.

12. Transeúntes, elevados en espíritu sobre las cosas terrenales.---Pero tampoco los que pasan dirán: La bendición del Señor sobre vosotros. ¿Y quiénes son los que pasan, sino aquellos que, peregrinando, atraviesan el siglo de la vida corporal; no permaneciendo en lo que no tiene valor, sino tendiendo hacia lo eterno; ni deteniéndose en lo que está a la vista, sino avanzando hacia lo invisible? Para entender completamente quiénes son los que pasan, escuchemos a Moisés, cuando vio en la zarza un fuego que ardía sin consumirla. Dijo: Pasaré y veré esta visión (Éxodo III, 3). ¿Qué significa esto, pasaré? Ningún intervalo de lugar lo separaba, en el mismo lugar habla y ve: ¿qué, entonces, pasa? Pasa claramente de las preocupaciones corporales y carnales: y mientras pastorea las ovejas de su suegro, se eleva a la comprensión celestial, dejando las obras terrenales. En verdad, también pasa aquel que en el salmo anterior dice: Vi al impío exaltado y elevado como los cedros del Líbano: y pasé, y he aquí que no estaba (Salmo XXXVI, 35 y 36). A quien admiró en las cosas del mundo, a quien vio elevado y encumbrado en las obras corporales; a este, al pasar, es decir, hecho peregrino del mundo, y al elevarse a la comprensión celestial y espiritual de las cosas terrenales y caducas, lo consideró como nada, incluso dijo que no existía, y lo juzgó muerto. Niegan, por tanto, los que pasan, la bendición de Dios a los edificios de heno, sabiendo que la gracia del don divino debe ser negada a los frutos secos y caducos.

13. El Profeta se abstiene de la imprecación.---Sin embargo, se podría creer que los votos del Profeta son duros y ásperos: pues todo su discurso fue como el de alguien que desea, cuando dijo: Que sean como la hierba de los tejados. Pero lejos esté que se crea que el Profeta haya lanzado una imprecación. Habló esto con la ciencia profética; y este discurso fue de conocimiento, no de deseo: al mismo tiempo, para que el terror cayera sobre los pecadores, quienes conocerían la vanidad de sus frutos marchitos.

490 14. Ora la bendición para los penitentes.---Además, muestra el afecto de sus deseos, diciendo: Bendigamos a ustedes en el nombre del Señor. La bendición es pronta, si aquellos que sembraban el heno de los edificios, comienzan a sembrar lo que llena la mano del segador y el seno del que recoge los manojos. Por lo tanto, el Profeta mostró sus frutos muertos en las obras áridas del heno de los edificios, negando bendiciones: pero muestra sus deseos por la salvación de los penitentes para el retorno de la buena obra, deseando nuevamente las bendiciones que negó. Sembremos, pues, de manera útil, y preparemos nuestros trabajos para llenar las manos y los senos: para que seamos partícipes de las bendiciones de Dios en nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 129. Cántico de los grados.

Desde lo profundo clamé a ti, Señor; Señor, escucha mi voz. Estén atentos tus oídos a la voz de mi súplica. Si observas las iniquidades, Señor, ¿quién podrá sostenerse? Pero en ti se encuentra el perdón, y por tu ley he esperado en ti, Señor. Mi alma ha esperado en tu palabra: mi alma ha esperado en el Señor. Desde la vigilia de la mañana hasta la noche, espere Israel en el Señor: porque con el Señor está la misericordia, y con él abundante redención. Y él redimirá a Israel de todas sus iniquidades.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Los secretos de Dios el hombre no penetra: hasta donde sea piadoso escudriñarlos.---Entre muchas cosas notables que el Apóstol escribe a los Romanos, después de haber hablado sobre la fe de los gentiles y la incredulidad de los judíos, y de haber tratado mucho sobre los juicios

y decretos de Dios, dice: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios e ininvestigables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor, o quién fue su consejero? ¿O quién le dio primero a Él, para que le sea recompensado? Porque de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas: a Él la gloria por los siglos de los siglos (Rom. XI, 33 y ss.). Es una confesión religiosa de la debilidad humana saber de Dios solo esto, que Dios es. Sin embargo, esos secretos y profundos decretos del juicio inescrutable la mente terrena no penetra. Investigarlos y escudriñarlos es ciertamente piadoso, pero hay que confesar que son inescrutables e ininvestigables: de los cuales uno es de voluntad religiosa, el otro de naturaleza inescrutable. ¿Quién conocerá las causas y naturalezas del cielo, de este y del superior, y de los demás? ¿Quién percibirá los oficios y razones de los ángeles, potestades, dominios, tronos y principados? ¿Quién entenderá las voces perpetuas y eternas de los Querubines y Serafines? ¿Quién conocerá las aguas que alaban a Dios sobre el cielo? ¿Quién se gloriará de tener conocimiento de las luces del sol, la luna y las estrellas? ¿Quién medirá esta plenitud del aire, que creemos vacía? Ahora bien, ¿quién alcanzará con pleno conocimiento la disposición del orbe terrestre, las virtudes de los elementos, los cambios de los tiempos, los cursos de los ríos, los límites del mar, las vicisitudes del Océano, los soplos de los vientos, las naturalezas de los animales, las rabias de las bestias, los géneros de los árboles, las virtudes de las raíces, los orígenes de las almas, los crecimientos de los cuerpos, las muertes de los infantes, la vida de los ancianos, los trabajos del siglo, las gloriosas calamidades de los santos, las infelices bienaventuranzas de los irreligiosos, y los libros consagrados por el arcano celestial de la ley, los profetas, los evangelios y los apóstoles?

2. Voz de quien no sabe, de quien sufre, o de quien suplica.---En todos estos casos, el Profeta, atrapado y retenido, desde el secreto interno de su corazón, según la voz del Apóstol, también clama, diciendo, VERS. 1: Desde lo profundo clamo a ti, Señor. Colócalo, según el Apóstol, en el profundo de las riquezas inescrutables e ininvestigables de Dios (Rom. XI, 33), sitúalo suplicando desde el abismo de las calamidades humanas, según aquella voz del Señor que está en el salmo anterior: He llegado al fondo del mar, y la tempestad me ha sumergido (Sal. LXIII, 3); imagina que ora no con los labios, sino en secreto, como se ha mandado, del corazón (Mat. VI, 6): esta es una voz adecuada para la ignorancia, el sufrimiento o la oración de quien dice: Desde lo profundo clamo a ti, Señor; mientras no sabe, sufre o suplica. Y porque clama desde lo profundo; confiadamente dice: Señor, escucha mi voz, VERS. 2: que tus oídos estén atentos a la voz de mi súplica.

3. Escuchar a Dios y prestar atención a la oración, ¿en qué difieren? ¿Por qué se atribuyen miembros a un Dios incorpóreo? --- Pero es necesario preguntarse si es lo mismo decir, escucha mi voz; y, VERS. 2: que tus oídos estén atentos a la voz de mi oración. Pues ora desde las profundidades, y es profundo todo lo que ora. Y primero debe entenderse que Dios es incorpóreo, y no consiste en ciertas partes y funciones de miembros, de las cuales se forma un cuerpo. Porque leemos en el Evangelio, que Dios es espíritu (Juan IV, 24), es decir, invisible e inmenso, permaneciendo en sí mismo y de naturaleza eterna. También está escrito: Porque el espíritu no tiene carne ni huesos (Lucas XXIV, 39). Pues de estos se componen los miembros del cuerpo, de los cuales la sustancia de Dios no necesita. Sin embargo, Dios, que está en todas partes y en todo, escucha completamente, ve completamente, actúa completamente, camina completamente. Y esto lo aprendemos de las Escrituras, cuando se dice: Yo soy un Dios cercano, y no de lejos (Jer. XXIII, 23); y de nuevo: Porque en él vivimos, nos movemos y existimos (Hechos XVII, 28). Por lo tanto, la virtud de Dios, que es igual e indivisible, tiene nombres de funciones y miembros: de modo que la virtud con la que ve, son los ojos; la virtud con la que escucha, son los oídos; la virtud con la que actúa, son las

manos; la virtud con la que está presente, son los pies: las diversidades de funciones son realizadas por el poder de esta virtud. Dios, por lo tanto, está en todas partes, y está presente en todas partes, escucha, ve, actúa: pero debe ser invocado por nosotros, para que según nuestra oración esté presente, escuche, vea, actúe. Es de su naturaleza escuchar; pero es de nuestra fe orar para ser escuchados. Escucha a los que insultan, escucha a los que maldicen, escucha incluso a los que hablan en lo secreto del corazón: pero la fe cumple su función, para rogar la escucha de Dios; para que quien por su naturaleza escucha, se digne escuchar por la oración del que ora.

4. Contra los Antropomorfitas. El hombre consta de cuerpo y alma. Dios no es compuesto.---Si alguien, por casualidad, piensa que Dios es corpóreo, conformable y diverso en miembros, porque el ojo no es lo mismo que la mano, debido a lo que se ha dicho: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gén. I, 26): primero debe recordar que la creación del hombre se compone de dos naturalezas, a saber, el alma y el cuerpo, de las cuales una es espiritual y la otra terrena; y que esta materia inferior (el cuerpo) ha sido adaptada para la eficiencia y operación de aquella naturaleza superior (el alma). Por lo tanto, quien quiera creer que Dios es corporal, porque el hombre fue hecho a su imagen, establecerá que Dios es compuesto, de una naturaleza superior e inferior, ya que de tales elementos consta el hombre. Sin embargo, todo lo que es compuesto, necesariamente no es eterno; porque la composición tiene un inicio por el cual se corporiza para permanecer. Pero estos son delirios de infidelidad, mientras que, por ignorancia de la naturaleza celestial, se restringe por defecto de un ingenio degenerado dentro de estas estrecheces de opinión.

5. Al crear al hombre, realizó tres acciones.---Dios, siempre presente y actuando en todo lugar de manera idéntica, y siendo Él mismo completamente en todas partes, cuando comenzó la obra más hermosa en un mundo ya perfecto, es decir, al hacer al hombre a su imagen, lo compuso de una naturaleza humilde y celestial, a saber, de alma y cuerpo. Y primero, en efecto, constituyó el alma mediante aquella obra divina e incomprensible de su poder. Pues no fue cuando hizo al hombre a imagen de Dios que también creó el cuerpo. El Génesis enseña que mucho después de que el hombre fue hecho a imagen de Dios (Gén. II, 7), se tomó polvo y se formó el cuerpo (Ibídem); luego, nuevamente, por la inspiración de Dios, se hizo un alma viviente, uniendo así esta naturaleza terrenal y celestial en un cierto pacto de inspiración.

6. Imago Dei en el hombre según el alma.---El bienaventurado apóstol Pablo sabe que hay una disensión entre el hombre interior y el exterior. Por el hombre interior se deleita en la ley, pero por el exterior hace lo que no quiere: mientras el hombre interior desea las obras del espíritu, el exterior concupiscencia las voluptuosidades del cuerpo (Rom. VII, 22 y 23). Por lo tanto, el hombre interior ha sido hecho a imagen de Dios, siendo racional, móvil, moviente, rápido, incorpóreo, sutil, eterno. En cuanto a sí mismo, imita la naturaleza (divina) principal, mientras transcurre, mientras se desplaza, y más rápido que el pensamiento, ahora está más allá del océano, ahora vuela a los cielos, ahora está en los abismos, ahora recorre el oriente y el occidente, mientras nunca se extingue para no ser (la naturaleza de Dios está en todas estas cosas), ni se retira de un lugar para estar en otro. Pero el alma humana en esta movilidad de su sentido ha sido hecha a imagen de su Creador (dos manuscritos dicen: el espíritu humano... ha sido hecho), mientras la movilidad perenne del alma imita la naturaleza de Dios (se sobreentiende mientras, a menos que prefieras con el manuscrito de Tours que dice teniendo), no tiene en sí nada corporal, nada terrenal, nada pesado, nada caduco. Y escuchemos aún a Pablo enseñando esto así: Despojándoos del hombre viejo con sus obras, y vistiéndoos del nuevo, que se renueva en conocimiento según la imagen del Creador (Colos. III, 9 y 10).

¿Acaso nos vestimos de algo corporal cuando nos renovamos en el conocimiento? Nada, según creo. Nos vestimos, sin embargo, del conocimiento de Dios, de la fe en la eternidad, de la sinceridad de la inocencia, y de las costumbres de la bondad. Pues estas son más vestiduras del alma que del cuerpo, las cuales son propias de Dios. Estas, en el conocimiento del nuevo, nos vestimos: para que en todo ministerio de nuestra alma, seamos según la imagen del Creador, perfectos en el conocimiento de la bondad, la santidad y la caridad. Estas cosas han sido tratadas brevemente por las orejas de Dios, para que no se pensara que era corporal.

7. Las virtudes angélicas pueden ser llamadas miembros de Dios. Dios no las necesita, pero nosotros sí. Y aunque estas cosas son como se han dicho, recordamos que hay muchas virtudes espirituales, a las cuales se les da el nombre de ángeles, o que presiden sobre las iglesias. Pues, según Juan, hay ángeles de las iglesias de Asia (Apoc. I, 20). También, según el testimonio de Moisés, los límites de las naciones fueron establecidos para los hijos de Adán según el número de los ángeles (Deut. XXXII, 8). Además, según la enseñanza del Señor, los ángeles de los pequeños ven a Dios diariamente (Matth. XVIII, 10). Según Rafael hablando a Tobías (Tob. XII, 15), hay ángeles que asisten ante la gloria de Dios y llevan las oraciones de los que suplican a Dios (Ibid., 12). Esto se menciona para que, si acaso queremos entender que estos son los ojos, oídos, manos o pies de Dios, tengamos la autoridad de una interpretación no improbable: especialmente cuando está escrito: Son espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que han de heredar la salvación (Heb. I, 14). Por lo tanto, no es la naturaleza de Dios la que necesita la intercesión de estos, sino nuestra debilidad. Han sido enviados para aquellos que han de heredar la salvación: Dios no ignora nada de lo que hacemos, pero nuestra debilidad necesita el ministerio de la intercesión espiritual para rogar y merecer.

8. Diferencia entre pecado e iniquidad.---A continuación sigue, VERS. 3: Si observas las iniquidades, Señor, Señor, ¿quién podrá sostenerse? No debe tratarse con negligencia la razón de esta afirmación. No dice: Si observas los pecados, sino: Si observas las iniquidades. Pues la iniquidad difiere del pecado. ¿Acaso Dios no observará los pecados, y no habrá memoria de los crímenes? Ciertamente la habrá: incluso cada uno dará cuenta de toda palabra ociosa (Mat. XII, 36), y todo el que sea enviado a la cárcel pagará hasta el último cuadrante (Mat. V, 26). Se nos enseña que la iniquidad y el pecado difieren, cuando se dice: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas, y cuyos pecados han sido cubiertos (Sal. XXXI, 1): y de nuevo: Reconocí mi iniquidad, y no oculté mi pecado (Ibid., 5). Toda iniquidad es transgresión de la ley de Dios, que es más grave que el pecado. El Apóstol distinguió esto de manera absoluta, diciendo: Porque los que pecaron sin ley, sin ley perecerán; pero los que pecaron bajo la ley, por la ley serán juzgados (Rom. II, 12). Por lo tanto, el pecado de iniquidad ya ha perecido, pero el pecado de la ley será juzgado. El pecado de iniquidad es todo lo que se delinque fuera de la ley, como son los crímenes de los gentiles, que ya están condenados junto con la ignorancia de la ley misma. Los pecados de la ley deben ser juzgados: porque aunque son pecados, sin embargo, son pecados dentro de la ley. Por lo tanto, si Dios recordara las iniquidades, ¿quién podría sostenerse ante robos, homicidios, falsos testimonios, estupros, perjurios? Estos son los crímenes que se cometen inicuamente, es decir, fuera de la ley de Dios, y que son lavados por el Sacramento de la nueva generación.

9. El Hijo, nuestra redención, que es uno con el Padre. ---Pero de estos ciertamente ya Dios no se acuerda: y por qué no se acuerda, el Profeta lo demuestra en el siguiente verso, diciendo, VERS. 4: Porque en ti hay propiciación. Pues el unigénito Hijo de Dios, el Verbo, es nuestra redención, nuestra paz, en cuya sangre hemos sido reconciliados con Dios. Este es

el que vino a quitar los pecados del mundo, quien clavando en la cruz el documento de la ley, borró el edicto de la antigua condenación (Colosenses II, 14). Por lo tanto, ya sea que la oración del Profeta se considere dirigida al Padre o al Hijo [pues ambos son uno: y quien ha visto al Hijo, ha visto al Padre, porque el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre. Por la semejanza de gloria, uno es glorioso en el otro; glorioso el Hijo, porque es digno de la compañía del Padre; glorioso el Padre, digno de la compañía del Hijo], correctamente se creerá que el Profeta ha dicho a quien quieras: Porque en ti hay propiciación; porque en el Padre, según la semejanza de gloria, está el Hijo; y el mismo Hijo es por nuestros pecados tanto propiciación como redención y intercesión, no recordando nuestras iniquidades, porque él mismo es su propiciación.

10. La ley observada es la esperanza del Profeta, y Cristo es toda su vida. --- El Profeta sabe que es un asunto de gran peligro, 496, pecar injustamente, es decir, sin ley, porque el pecado sin ley es perdición, pero el pecado bajo la ley es juicio. Y por eso dice: Por tu ley te he esperado, Señor. La ley es santa y espiritual, y en ella están las palabras de vida, y el fin de la ley es Cristo: y esto se muestra en el siguiente verso. Pues dice: Mi alma ha esperado en tu palabra. El Profeta cumple con los deberes corporales de la ley, a saber, los sacrificios, holocaustos, neomenias y sábados, que son todos sombra de lo que ha de venir: pero su alma ha esperado en la palabra de Dios. Por la ley él espera, es decir, como he dicho, lleva a cabo corporalmente los deberes de la ley. Pero en la palabra de Dios su alma espera: es decir, espera con fe espiritual la venida del Hijo de Dios, que es también la Palabra de Dios, y Dios Verbo. Cómo espera, lo demuestra diciendo, VERS. 5 y 6: Mi alma ha esperado en el Señor, desde la guardia de la mañana hasta la noche. Recordemos el tenor de la comparación evangélica, y recordemos que algunos obreros de la viña pasan todo el día en el trabajo. Desde la guardia de la mañana hasta la noche el Profeta espera: no tiene tiempo vacío, es un obrero incansable de todo el día.

11. No debe desesperar aquel que no ha pasado todo el día en la esperanza del Señor. — Pero, ¿cuál será entonces la esperanza? No todos pasan así su día en la esperanza del Señor; pues hay trabajadores de la tercera hora, de la sexta, de la novena, y también de la undécima: y parece que el Profeta, que esperó desde la vigilia matutina hasta la noche, nos priva de la esperanza de la recompensa evangélica. No nos priva en absoluto. Pues dice: Espere Israel en el Señor. Sin una definición de tiempo, es una exhortación a la esperanza. Aquel, como un trabajador perfecto, esperó desde la vigilia matutina hasta la noche. Pero para la esperanza, todo tiempo es libre: y los trabajadores de la undécima hora recibirán la recompensa no del trabajo, sino de la misericordia (Mat. XX, 9). Pues así dice: Espere Israel en el Señor, VERS. 7 y 8: Porque con el Señor hay misericordia, y abundante redención con él. Y él redimirá a Israel de todas sus iniquidades. Bueno es aquel en quien se espera: y se debe esperar en él, porque es misericordioso, porque con él hay abundante redención, porque redime de todas sus iniquidades a todos. Es la hora undécima, los tiempos del día están concluidos: corramos todos, apresurémonos para que no llegue la noche, para que no pase la hora. Somos ancianos, la noche de la muerte se acerca, y ni siquiera hemos llegado a la undécima hora de nuestra vida. Bienaventurado ciertamente quien, trabajando desde la mañana hasta la noche, reclama el denario pactado como una deuda: pero porque el Señor es bueno, porque es misericordioso, esperemos en él; para que, aunque seamos trabajadores de la undécima hora, obtengamos el denario del trabajo diario por nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 130. Cántico de las subidas.

Señor, no se ha exaltado mi corazón, ni se han alzado mis ojos. No he caminado en grandezas, ni en maravillas que me superen. Si no sentía humildemente, sino que exaltaba mi alma. Como un niño destetado sobre su madre, así recompensarás mi alma. Espere Israel en el Señor, desde ahora y para siempre.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Doctrina de este salmo. La humildad es la obra más grande de nuestra fe.---Es un salmo breve, y debe explicarse más por su distinción que por un tratado: enseñándonos la humildad y la mansedumbre. Y dado que en muchos otros lugares hemos tratado algo sobre la humildad, es innecesario repetir lo mismo. Ciertamente, debemos recordar que la humildad es la obra más grande de nuestra fe: ya que el profeta la menciona como conciencia de la mejor obra, diciendo, VERS. 1: Señor, no se ha exaltado mi corazón. Porque el mejor sacrificio a Dios es un corazón contrito (Sal. 50, 19). Por lo tanto, el corazón no debe ser ensalzado por las cosas favorables: sino que debe ser contenido dentro de los límites de la mansedumbre por el temor de Dios con humildad.

498 2. Los ojos deben dirigirse a Dios, no a otra cosa. ---Ni se han envanecido mis ojos. La lengua griega ha expresado esto con otra propiedad, diciendo: οὐδὲ ἐμετεωρίσθησαν οἱ ὄφθαλμοί μου, es decir, no se han elevado de una cosa a otra. Sin embargo, los ojos deben elevarse según las palabras del profeta: Elevad vuestros ojos y ved quién ha creado todas estas cosas (Isaías XL, 26). Y el Señor en el Evangelio dice: Elevad vuestros ojos y contemplad los campos, porque ya están blancos para la siega (Juan IV, 35). Por lo tanto, los ojos deben elevarse; pero no deben elevarse nuevamente a otra cosa: para que una vez elevados a aquello, permanezcan en ello.

3. Erguido en Dios, David no se enorgullece de su gloria. --- A continuación sigue: Ni anduve en grandezas, ni en maravillas que me superen. Es un asunto de gran peligro si caminamos en cosas pequeñas y si no nos detenemos en maravillas. Las palabras de Dios son grandes, Él mismo es maravilloso en las alturas: ¿y cómo el Profeta presenta como una buena obra de sí mismo el no andar en grandezas y maravillas? Pero cuando añade, sobre mí; no anda en aquellas cosas que se consideran maravillosas y grandes para los hombres. David, siendo tanto profeta como rey, era humilde antes y despreciado, ni siquiera digno del banquete de su padre: pero agradó a Dios, fue ungido como rey, fue inspirado como profeta. No se enorgullece en el reino, no se deja llevar por el odio: ama a quien lo persigue, honra la muerte de sus enemigos, perdona a sus hijos incestuosos y parricidas. Es despreciado como emperador, herido como padre, atormentado como profeta: no ora por venganza como profeta, no toma represalias como padre, no ejecuta la afrenta como emperador. Por lo tanto, no anda en aquellas cosas que son grandes y maravillosas sobre él.

4. Es humilde de corazón, no de pensamiento.---Pero veamos lo que sigue. VERS. 2. Si no pensaba humildemente, sino que exalté mi alma. ¿Qué diversidad es esta del profeta? No exalta el corazón: exalta el alma. No camina en cosas grandes y maravillosas sobre sí mismo: pero no piensa humildemente. Es elevado de ánimo, y sumiso de corazón. Es humilde en lo suyo; pero no es humilde en pensamiento. Pues su pensamiento está en el cielo, su alma está en las alturas. Sin embargo, de corazón (del cual, según el Evangelio, salen los malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, blasfemias (Mat. XV, 19) es humilde, está sometido a ese suave yugo de mansedumbre. Por lo tanto, debe mantenerse el equilibrio entre humildad y elevación: para que seamos humildes de corazón, pero elevados en pensamiento y alma.

5. Panem vivum esurit.---A continuación sigue: Como un niño destetado sobre su madre, así recompensarás mi alma. Al destetar a Isaac, sabemos que Abraham hizo un banquete (Gén. XXI, 8): porque al ser destetado, ya cercano a la edad infantil, superaba el alimento de la leche. Y el Apóstol a todos los de fe rudimentaria, y aún infantiles en el conocimiento de las cosas de Dios, les da leche (Heb. V, 12). Por lo tanto, el mayor progreso es ya no necesitar leche. Pues Abraham testificó con la alegría del banquete que su hijo había pasado a un alimento más fuerte: y el Apóstol niega el pan a los carnales y a los pequeños en Cristo (I Cor. III, 2). Así, el profeta ora, porque no ha exaltado su corazón, porque no ha caminado en sus grandes y maravillosas obras, porque no ha sentido humildad, sino que ha exaltado su alma, para que como a un niño destetado sobre su madre se recompense su alma: es decir, que sea digno de la retribución del pan perfecto, celestial y viviente, porque por las obras superiores que ha mencionado, ya ha superado el alimento de la leche.

6. Pero no solo para sí mismo pide este pan vivo del cielo; sino que exhorta a todos a tener esperanza en él, diciendo, VERS. 3: Espere Israel en el Señor, desde ahora y para siempre. Nuestra esperanza no está limitada por ningún fin de los tiempos, sino que se extiende infinitamente en la fe de nuestra expectativa. Debemos esperar para siempre: porque a través de la esperanza de este siglo, alcanzaremos la esperanza del siglo futuro, en nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXXXI. Cántico de los grados.

Recuerda, Señor, a David y toda su mansedumbre. Como juró al Señor, hizo voto al Dios de Jacob. Si entraré en el tabernáculo de mi casa: si subiré al lecho de mi descanso. Si daré sueño a mis ojos, y a mis párpados adormecimiento, hasta que encuentre un lugar para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob. He aquí que lo oímos en Éfrata, lo encontramos en los campos del bosque. Entramos en sus tabernáculos: adoraremos en el lugar donde estuvieron sus pies. Levántate, Señor, a tu descanso, tú y el arca de tu santificación. Que tus sacerdotes se vistan de justicia, y tus santos se regocijen. Por amor a David, tu siervo, no apartes el rostro de tu ungido. El Señor juró a David la verdad, y no le fallará: Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono. Si tus hijos guardan mi pacto, y mis testimonios que les enseñaré; también sus hijos se sentarán sobre tu trono para siempre: porque el Señor eligió a Sion, la escogió como su morada. Esta es mi morada para siempre: aquí habitaré, porque la he escogido. Bendiciendo bendeciré a su viuda: a sus pobres saciaré de pan. A sus sacerdotes vestiré de salvación: y sus santos exultarán con júbilo. Allí haré crecer el poder de David: he preparado una lámpara para mi ungido. A sus enemigos vestiré de confusión: pero sobre él florecerá mi santificación.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Este salmo canta a Cristo. Los judíos erróneamente lo atribuyen a David. Su devoción hacia los libros sagrados.---Todos los salmos anteriores de los grados nos elevan en el progreso hacia una esperanza más alta: y a través de la doctrina de la fe, la esperanza, la confesión, la humildad, nos llevan a lo sublime con sus grados. Pero este salmo en particular nos instruye en el conocimiento del Hijo de Dios y nos enseña el misterio de la carne que Él asumió. Comienza así, VERS. 1: Acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre. Los judíos, negando la venida de nuestro Señor, por la cual en su cuerpo devolvió la salvación al género humano, se atreven a referir este salmo a David, siendo impíos en la pasión del Señor, así como ignorantes en la ciencia de la profecía; leen y no entienden, tienen y no saben,

veneran y no obedecen. Pues es conocido por muchos con qué simulación de religiosidad veneran los libros de los profetas. No se atreven a tocarlos con la mano al leerlos, los colocan sobre un lienzo, los utilizan como testigos de la fe del sacramento: y esto resulta en que, con mayor crimen de irreligiosidad, desprecian, disimulan o ignoran las palabras de aquellos a quienes se debe tanto honor. Esto se dice porque, aunque en los profetas tienen escrito mucho después de que David había muerto en cuerpo, en Jeremías así: En aquel día, dice el Señor, quebrantaré el yugo de su cerviz, y romperé sus cadenas, y no servirán más a otros dioses, sino que servirán al Señor su Dios, y levantaré para ellos a David su rey (Jeremías XXX, según los LXX, XXXVII, 8 y 9); y de nuevo: Levantaré para ellos a David rey, un renuevo justo, y reinará un rey, y entenderá, y hará justicia y juicio en la tierra: en sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado (Jeremías XXIII, 5); también en Isaías: Y levantaré sobre ellos un pastor alto, los pastoreará mi siervo David: y él será su pastor, y yo seré para ellos Dios, y David príncipe en medio de ellos, yo el Señor he hablado, y estableceré con David un pacto de paz (Ezequiel XXXIV, 23 y siguientes): no quieren creer lo que se les enseña, ni tienen fe en aquellos a quienes confiesan deber veneración. ¿Y cómo serán religiosos, negando la autoridad a la religión?

2. David verdadero, Cristo.---David descansaba con sus padres, él había conocido el testamento de la ley dada por Moisés: mucho después Dios habló a través de los profetas sobre el David que habría de levantarse, pastor, rey, oriente, justo, en cuyos días habría salvación para Israel, a quien Dios dispone el testamento de paz. Por lo tanto, es David, no este hijo de Jesé, parcialmente autor de los salmos: sino David por la custodia de su rebaño como pastor; pues el Buen Pastor da su vida por las ovejas (Juan 10, 11): por la gloria del reino eterno como rey, a quien se le dijo: Rabí, tú eres el rey de Israel (Juan 1, 49); por el juicio como justo: porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo (Juan 5, 22); por la luz del mundo como oriente: porque era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan 1, 9): por la dignidad del hijo como heredero del testamento de paz: porque todo me ha sido dado en el cielo y en la tierra (Mateo 28, 18); y, Mi paz os dejo (Juan 14, 27). Por lo tanto, es necesario que los judíos confiesen que estas cosas fueron predicadas mucho después de los tiempos de David. Sin embargo, este es el David que recibió el nombre del padre según el origen de la carne: tomando el nombre de aquel de cuyo linaje también tomaba el cuerpo. Pero todas las cosas que se contienen en el salmo son diferentes de los hechos del profeta David, de la naturaleza de la debilidad humana, y de los tiempos de la edad. Y porque a él no se le adapta ni la cosa, ni la condición, ni el tiempo, y se ajustan al David que Dios prometió después a través de los profetas; no hay duda de que también este profeta ilustre y grande habló del David que existió después, por el espíritu de Dios, en el oficio de profeta.

3. La oración de Cristo es la memoria de Dios en el hombre que reza. --- Dice: Acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre. No dice: Acuérdate de mí; sino: Acuérdate, Señor, de David: para mostrar que otro es quien habla. Es necesario considerar que toda esta oración es del Hijo unigénito de Dios hablando a través del Profeta, suplicando la memoria de Dios Padre hacia el hombre que iba a asumir. Pues ahora Jesús, según el Apóstol, está en la gloria de Dios Padre (Fil. II, 11); y ante Él se dobla toda rodilla de los que están en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra. Por lo tanto, el Hijo primogénito de Dios, el Verbo de Dios, ya se llama David, asumiendo a través del Profeta el nombre del hombre que, según el privilegio de su divinidad, habría de ser colocado con Él en la gloria del Padre. Acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre; pues Él mismo dice: Porque soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29). Y el testimonio del Padre sobre Él es: He aquí mi siervo a quien he elegido, mi amado en quien se complace mi alma: pondré mi espíritu sobre Él, y

anunciará juicio a las naciones. No contenderá, ni gritará, ni oirá nadie su voz en las calles (Mat. XII, 18, 19). Por lo tanto, suplica que el Padre recuerde toda su mansedumbre, por cuya modestia de mansedumbre prometió a Dios Padre el oficio de su humildad.

4. Se dice que juró, porque cumplió todo como si hubiera jurado. Las prerrogativas de Pedro.---VERS. 2. Dice: "Como juró al Señor, hizo voto al Dios de Jacob." La mención del sacramento se asume como una profesión de voluntad. Y no sé si el Unigénito juró. Ciertamente, actuó y habló de tal manera que parecía satisfacer la religión del sacramento. Pues cuando habló a sus discípulos sobre su pasión, y Pedro, como si fuera indigno para el Hijo de Dios, lo rechazó; a Pedro, a quien anteriormente había dado las llaves del reino de los cielos, sobre quien iba a edificar la Iglesia contra la cual las puertas del infierno no prevalecerían, quien lo que desatara o atara en la tierra, eso en los cielos permanecería desatado o atado, a este, por tanto, que rechazaba este sacramento de la pasión, lo reprendió con estas palabras: "Apártate de mí, Satanás, eres un escándalo para mí" (Mat. XVI, 23). Tan grande fue su devoción por sufrir por la salvación del género humano, que llamó a Pedro, el primer confesor del Hijo de Dios, el fundamento de la Iglesia, el portero del reino celestial, y en el juicio terrenal el juez del cielo, con el nombre de Satanás. Incluso en el tumulto en el que se ofreció a la pasión, cuando el mismo Pedro cortó con la espada la oreja del siervo del sacerdote, dijo: "Vuelve tu espada a su lugar: ¿no he de beber el cáliz que el Padre me ha dado?" (Juan XVIII, 11), enseñando que sería impío y profano no cumplir todo lo que había prometido al Padre para la salvación humana. Mostró absolutamente su devoción a la religión de su pasión cuando, después de tomar el vinagre, iba a entregar su espíritu: pues habiendo completado todo, dijo: "Consumado es", e inclinando la cabeza entregó el espíritu (Juan XIX, 30). Había cumplido con todos los deberes del sacramento: y donde se goza de la consumación, allí hay alegría en la perfección de la obra emprendida. Por lo tanto, porque según esta devoción de los hechos, todo se realizó de tal manera que parece que fueron cuidadosamente perfeccionados por la religión, porque fueron jurados: sigue que se vea qué es lo que David juró y prometió.

5. Estas no son palabras de un hombre, a quien no le es lícito jurar tales cosas: a quien tampoco le es posible encontrar un lugar digno para Dios.---VERS. 3-5. Si entro en el tabernáculo de mi casa, si subo al lecho de mi cama, si doy sueño a mis ojos, y a mis párpados adormecimiento, y descanso a mis sienes, hasta que encuentre un lugar para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob. Estos no pueden ser votos de la naturaleza humana: y la condición del sacramento excede la debilidad de la necesidad terrena. No se debe entrar al tabernáculo de la casa, se debe abstener del lecho de la cama, no se debe dar sueño a los ojos, ni adormecimiento a los párpados, ni descanso a las sienes, hasta que se encuentre un lugar para el Señor, y un tabernáculo para el Dios de Jacob. Por lo tanto, se deberá permanecer de pie noche y día bajo el cielo, y el cuerpo nunca descansará: los ojos siempre estarán vigilantes, y ni siquiera se permitirá a los párpados cerrarse para el adormecimiento. Las sienes, que son especialmente vulnerables en toda la cabeza y el cuerpo a las injurias de las vigilias y la estación, no tendrán descanso. El hombre no está permitido jurar esto sobre sí mismo; aunque no lo desee, sin embargo, violará la condición de este voto por la misma necesidad de su naturaleza. Aunque el espíritu vigile, y el cuerpo se mantenga en pie; sin embargo, es necesario que, dominando la naturaleza de la debilidad, caiga, duerma y descanse a pesar suyo. ¿Qué lugar encontrará entonces el hombre para Dios? ¿Qué tabernáculo contendrá la naturaleza incomprensible e infinita? cuando Dios mismo ha hablado de sí a través del profeta, diciendo: El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies: ¿qué casa me edificaréis, o qué lugar de mi descanso? Porque todas estas cosas las hizo mi mano, y todas son mías (Isaías LXVI, 1 y 2). El Profeta no ignora esta voz divina, y sabe

que la casa de la operación humana y terrena no puede ser para Dios, testificando lo mismo en el salmo anterior, cuando dice: Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican (Salmo CXXVI, 1). Por lo tanto, si ni la naturaleza del hombre acepta la condición de este voto, ni la operación humana encontrará (o hallará) lugar y tabernáculo para Dios; se debe conocer, a través de la autoridad de las Escrituras celestiales, cuál es este voto, por cuya satisfacción se encuentra un lugar para el Señor, y un tabernáculo para el Dios de Jacob.

6. La obra de Cristo es hacer al hombre digno de ser morada de Dios. Que Dios habite en el hombre. — Nuestro Señor Jesucristo, el unigénito Hijo de Dios, quien cumplió todos los sacramentos de la salvación humana como un juramento, y a quien hemos enseñado que fue significado por el profeta David, tuvo como obra máxima hacer al hombre, instruido en la ciencia divina, digno de ser morada de Dios. Y se nos enseña que el hombre es sede y morada de Dios, así como Dios mismo habla por el profeta: Porque habitaré en ellos, y caminaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo (Lev. XXVI, 12; II Cor. VI, 16); y de nuevo: En la eternidad se regocijarán, y habitaré en ellos (Sal. V, 12). El mismo Señor dice en el Evangelio: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él (Juan XIV, 13). También el Apóstol dice: Vosotros sois templo de Dios, y el Espíritu de Dios habita en vosotros (I Cor. III, 16). Dios habita en las mentes de los religiosos, no por un acceso corporal, ni por una entrada de naturaleza más pesada; de modo que, al partir de otro lugar, se detenga solo donde se ha introducido: sino que, con virtud espiritual, se permite a los corazones vacíos de las cargas terrenales, y se infunde como luz en las mentes abiertas a la inocencia para iluminarlas. Así, habiendo asumido un cuerpo, el unigénito Dios jura que no entrará en el tabernáculo de su casa, es decir, que no regresará a su morada celestial, hasta que encuentre estos lugares del corazón religioso dignos del Señor.

7. No retomará el descanso, a menos que el hombre se haya convertido en sede de Dios. --- Pero tampoco prometió subir al lecho de su cama. El lecho es el descanso de los trabajos humanos y la restauración de los cuerpos cansados. Pero, como en el cielo siempre se descansa, y porque esa naturaleza incansable no conoce el trabajo; siempre está en el lecho, es decir, siempre está en reposo. Nuestro Señor, permaneciendo en la forma de Dios, tomó la forma de siervo, y fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; para que sufriera algo más que la muerte, que no sé qué es. Sin embargo, fue obediente hasta la muerte de cruz, para hacernos dignos de ser morada de Dios. Por lo tanto, quiso morir, quien es la vida, y no rehusó hacerse virtud incansable para la morada de un cuerpo débil, para que, permaneciendo en la forma de Dios, tomara la forma de siervo. Así que salió de ese lecho de su eterna bienaventuranza. Y el salmo cuadragésimo es testigo para nosotros, que desde la persona del Señor expresa todo el sacramento de la pasión, diciendo: "Todo su lecho cambió en su enfermedad" (Sal. 40, 4). Cuando por la obediencia a la voluntad del Padre, se dice que de Dios se hizo hombre, de poderoso se hizo débil, de vivificante se hizo muerto, de eterno juez de los siglos se hizo reo de la cruz; entonces su lecho se convierte en debilidad. Por lo tanto, prometió no regresar a ese lecho de eterna y bienaventurada quietud, a menos que encontrara el tabernáculo de Dios: ni antes dar sueño a sus ojos.

8. Profecía de Jacob sobre Cristo en el nombre de Judá. León seguro en el sueño, Cristo Dios intrépido en la muerte.---¿Qué es este sueño? Sin duda, aquel del que dice: Yo dormí, y comencé el sueño y me levanté porque el Señor me sostendrá (Salmo III, 6). Este es el sueño de la muerte, que no dará a sus ojos antes de encontrar el lugar de su morada. De este sueño también se acuerda el bienaventurado patriarca Jacob en la bendición de Judá, quien fue príncipe de esta gente, diciendo: Cachorro de león es Judá, de la rama, hijo mío, cayendo dormiste como león, y como cachorro de león. ¿Quién lo despertará? (Gén. XLIX, 9). Tanto

la bendición anterior como la siguiente no se ajustan ni a la edad de Judá ni a sus hechos; sino a aquel que de la rama de Judá, como de la raíz de Jesé, es, quien es cachorro de león, y será hijo de Jacob. De esta tribu de Judá es María, quien fue madre de nuestro Señor según la carne. Así pues, este cayendo durmió como león. El león es terror para todas las fieras, y como dominador de las demás bestias: y este solo duerme intrépido por confianza y seguridad. Es terror de todos cuando está despierto; pero él mismo está seguro en el sueño. Y por eso añadió: ¿Quién lo despertará?, porque la seguridad de una naturaleza intrépida y muy poderosa no es perturbada por ningún temor externo. Para que no pensáramos que algo humilde y pasible sufrió la impasible sustancia del unigénito de Dios en esa muerte que padeció; el ejemplo de esta fiera que duerme intrépida se ha referido para la comprensión de una muerte segura: para enseñar que estaba fuera de la inquietud del terror humano en aquel sueño, quien por la virtud de su género y naturaleza, aunque durmiente, no podía temer. Se ha observado diligentemente que en el unigénito de Dios se reconociera la gloria del Dios eterno y engendrador, cuando se dice, Como león, y como cachorro de león. Pues en cuanto subsiste de Dios, es cachorro de león: pero en cuanto es león, se proclama la generosidad indiferente de la majestad paterna en él. Para que ambos sean uno, es león: para que no sea uno y el mismo, es cachorro de león.

9. Que Cristo no murió como Dios.---Esto mismo lo enseñan las secuencias de los salmos. Para que no se pensara que la naturaleza incansable e impasible del unigénito de Dios iba a dormir el sueño de la muerte, refirió todo al oficio del cuerpo, para el cual la separación del alma inmortal es la muerte, diciendo: Si diera sueño a mis ojos, y a mis párpados adormecimiento; y descanso a mis sienes, hasta que encuentre un lugar para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob. Según la fidelidad de la traducción, niega descanso a las sienes, no por los espacios de tiempo, sino por las partes de la cabeza. Y estas son afecciones corporales, que el largo trabajo y la ansiedad de la vida agitan. Sin embargo, descansó aquel para quien la muerte es sueño: y lo que para nosotros es un cambio penoso, para el unigénito y Dios permaneciendo en el cuerpo fue descanso.

10. Quienes por Cristo se han convertido en hombres de la casa de Dios. --- Pero antes de este descanso, también se eligen los Apóstoles, y obtienen el derecho de atar y desatar tanto en la tierra como en el cielo, y reciben poder contra toda fuerza adversaria, y son el templo de Dios; y ellos mismos, viniendo de la ley, han sido hallados como el tabernáculo digno de Dios de Jacob. Y para que no se piense que, a través de la múltiple inteligencia del ingenio humano, estamos forzando la verdad; que lo que se ha dicho en la persona de David lo traslademos a nuestro Señor y Salvador con sutilidades de múltiples traducciones; deben considerarse las cosas que siguen para que, aunque sea a los que no quieren y se resisten, les impongamos la verdad. Pues dice, VERS. 6 y 7: He aquí que la oímos en Efrata, la encontramos en los campos del bosque; entraremos en sus tabernáculos, adoraremos en el lugar donde estuvieron sus pies. Arriba, donde se jura y se hace voto, hemos enseñado que el sacramento del voto no conviene a la naturaleza humana, porque las vigilias de tanto tiempo serían rechazadas por el trabajo del cuerpo terrenal. Y ahora, donde se mencionan los lugares y sus nombres, para que nada pueda referirse a David, la misma verdad y la fe de la región existente hoy contradicen. Pues David, teniendo al pueblo disperso en su reino, al cual no había sede de religión, compró un terreno en Jerusalén para el lugar del templo, para que allí se reunieran para cumplir las solemnidades de la ley (II Reg. XXIV, 24). Pero este templo lo edificó su hijo Salomón, lo adornó e inició con religiones.

11. Los judíos, al interpretar estas palabras como referidas a David y no a Cristo, son refutados. Los judíos quieren entender que David fue el comprador de esta era, que se refiere

a su peregrinación desde su casa, a las injurias de las vigilias y al trabajo corporal, hasta que pudo encontrar este lugar y este tabernáculo para el Dios de Jacob, y que lo había prometido. Pero ni la historia de los Reyes ni la de los Crónicas, en las que se contienen los hechos de David, lo mencionan; ni el salmo lo admite. Y la razón por la cual no lo admite es clara. David compró la era; el lugar del templo fue el lugar de la era, donde se amontonaban los granos, donde se trillaban, y donde también se separaban las pajas del trigo. Sin embargo, el descanso del Señor está en Efrata: primero se oyó en Efrata y después se encontró en los campos del bosque. ¿Y qué tiene en común Jerusalén con Efrata? ¿Qué tiene la era con los campos del bosque? Nada aquí es coherente, nada no es disonante. La era, en la que se cree que descansó el Dios de Jacob, en los últimos tiempos el Señor la limpia con el aventador: guarda su trigo en los graneros, pero quema las pajas con fuego inextinguible (Mateo III, 12). Considera dignos de los almacenes a los hombres probados por la ley: a los inútiles e infructuosos los destina al fuego del juicio. Aquel templo hoy ya no existe, ha sido incendiado, destruido, es una ruina informe: ¿y dónde está entonces el descanso de Dios? ¿Mintió el Profeta, y es vano el voto de su juramento? ¿Acaso Dios perdió el descanso que había prometido encontrarle? Por lo tanto, como estas ficciones de opiniones irreligiosas no convienen ni a la dignidad de Dios, ni a la naturaleza del hombre, ni a la verdad de los lugares, ni a la mutación de los tiempos; ahora debe demostrarse, a partir de las mismas autoridades celestiales de las Escrituras, que el salmo debe referirse a la persona de nuestro Señor Jesucristo y a la santificación de la Iglesia.

508 12. Por qué a veces se habla en singular y otras en plural.---Hemos dicho anteriormente que este profeta también profetizó sobre aquel justo David, pastor, rey, oriente, en este salmo, y habló en su persona cuando dijo: Si entraré en el tabernáculo de mi casa, si subiré al lecho de mi descanso, si daré sueño a mis ojos y a mis párpados adormecimiento, y descanso a mis sienes hasta que encuentre un lugar para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob. Ahora bien, para mostrar que no es ignorante ni inexperto en este voto, el Profeta habla en su propia persona, diciendo: He aquí que la oímos en Éfrata, la encontramos en los campos del bosque. Anteriormente, donde se menciona la religión del sacramento, uno juró y prometió. Pues uno, permaneciendo en la forma de Dios, tomó la forma de siervo: y uno es el Señor Jesucristo por quien son todas las cosas, un solo Dios Padre de quien son todas las cosas (I Cor. VIII, 6). Ahora, sin embargo, donde se muestra el conocimiento de la ciencia profética, se dice en la persona de muchos: La oímos en Éfrata, la encontramos en los campos del bosque, porque el descanso del Señor fue profetizado por muchos.

13. La Iglesia comenzada en Belén se encuentra entre las naciones. --- Se escucha, por tanto, en Efrata. Efrata es la misma que Belén, en la cual el Señor nació de María. El Profeta nos da testimonio, diciendo: Y tú, Belén, casa de Efrata, no eres la menor entre los millares de Judá; de ti saldrá el que será rey de Israel (Miq. V, 2); y de nuevo: Y tú, Belén de Judá, no eres la menor entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá el que gobernará a mi pueblo Israel (Mat. II, 6). Allí se escucha por primera vez el descanso de Dios, donde primero el unigénito Dios habitó en el cuerpo de carne humana: y lo que se escucha en Efrata, se encuentra en los campos del bosque. Así, el inicio de la Iglesia se escucha en Belén; pues comenzó con Cristo: pero se encuentra entre las naciones, que son de los bosques del campo, de lo áspero a lo brillante, de lo estéril a lo fructífero, del pasto del fuego al alimento vital del reino, de las guaridas de las fieras al descanso de Dios, casa, templo y posesión. Que las naciones fueran como el cubil del diablo en los bosques, el salmo setenta y nueve nos dará testimonio, diciendo: La devastó el jabalí del bosque, y la bestia singular la devoró (Sal. LXXIX, 14). Allí se habla de la viña, es decir, del pueblo de Dios, que entonces se consideraba infiel e

impío, devastado por el diablo que habitaba en las naciones. En estos campos del bosque se encuentra el descanso de Dios, que se escuchó en Efrata.

14. La bienaventuranza aquí solo es en esperanza. La Iglesia es una y muchas. El estado de la Iglesia es inmutable.---Se ha mantenido la relación de los tiempos, de modo que lo que hemos oído y encontrado indica una época pasada; pero lo que sigue enseña la esperanza de un tiempo futuro, cuando dice, VERS. 7: Entraremos en sus tabernáculos, adoraremos en el lugar donde estuvieron sus pies. Desesperando de este oficio corporal de la vida presente, el Profeta, con fe y espíritu, presume entrar en los tabernáculos del descanso de Dios, porque los ha visto y oído. Pero anteriormente se juró sobre un solo tabernáculo; ahora, sin embargo, entrarán en muchos tabernáculos. Pues de la única Iglesia de los Apóstoles, de la cual anteriormente se hizo un voto, hay muchas iglesias y muchos tabernáculos: pero el mismo descanso de Dios está en muchos. Por lo tanto, estos tabernáculos del descanso de Dios entrarán. Y no solo entrarán, sino que también adorarán donde estuvieron sus pies. Cuando se está en un solo lugar, del cual no se debe partir, se permanece: pero donde se está de pie con los pies, allí se insiste con todo el oficio del cuerpo. La ley ha pasado, la profecía se ha cerrado, su fin es Cristo, no hay lugar para otro cambio: en esto se debe permanecer eternamente, donde ya el Señor insiste tras el curso de la ley y los profetas. La predicación ciertamente discurre a través de los Apóstoles, a quienes recordamos frecuentemente como significados por los pies: pero se permanece en los Evangelios. Allí, por lo tanto, se adorará, donde los pies del Señor, es decir, la última predicación sin transgresión de algún cambio, se han establecido.

15. Deseo de Dios.---Y porque en los Evangelios leemos la frase: Muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y oír lo que oís (Mat. XIII, 17); el santo Profeta es impaciente por este deseo. Pues después de haber escuchado y encontrado el descanso de Dios, después de haber creído que entraría y adoraría; ya partícipe de tan grande esperanza, suplica diciendo, VERS. 8: Levántate, Señor, hacia tu descanso, el que tu David prometió encontrar, el que nosotros oímos en Efrata, el que encontramos en los campos del bosque, en cuyas moradas entraremos, para adorar allí donde tus pies se detuvieron. Levántate, pues, hacia ese descanso, que fue buscado por el sacramento del voto, que fue escuchado en el lugar por la ciencia de la profecía, que fue encontrado por el culto fructífero de las naciones, que es frecuentado por los que entran, que es inmutable en su lugar, que es venerable por la religión de los adoradores.

16. Arca de la santificación, Cristo.---Pero no solo tú, Señor, levántate para tu descanso, sino también tú y el arca de tu santificación. No el arca del testamento, no el arca de la ley, sino el arca de tu santificación. Y ciertamente recordamos que hay un arca del testamento, dorada por dentro y por fuera, donde están las tablas de piedra, donde están las sagradas escrituras, donde está el libro del Testamento, donde está el gomor de maná. Pero todo esto es la figura del cuerpo que el Señor asumió, conteniendo en sí todo el sacramento de la ley. Ahora, unido por el espíritu de la deidad y el origen de la carne, es dorado por dentro y por fuera; porque nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. Conteniendo en sí el maná eterno; pues Él es el pan vivo. Conservando dentro de sí las tablas del Testamento y el libro de la ley; porque en Él están las palabras de vida. Así que, para que con el Señor también esta arca de la santificación [pues a este Señor según los Evangelios el Padre lo santificó y lo selló (Juan VI, 27)] se levante para el descanso, el Profeta ora. Sin embargo, aquella arca terrenal fue capturada frecuentemente por los filisteos y profanada por los reyes: y hoy, con el templo y la ciudad destruidos, ya no existe. Y veamos qué sigue.

17. ¿Por qué a los santos la alegría, y a los sacerdotes la justicia que deben vestir?---VERS. 9 y 10. Pues dice: Que tus sacerdotes se vistan de justicia, y que tus santos se alegren. Se visten de Dios, y, cuando el arca de su santificación resurge en descanso, los sacerdotes se visten de justicia, con la coraza más poderosa, como dice el Apóstol; vistiendo la coraza de la justicia (Efesios VI, 14), con la cual reciben los dardos del enemigo, con la cual protegen al hombre terrenal: y los santos se alegran. Y veamos la razón por la cual los sacerdotes se visten de justicia y los santos se alegran. Pues dice: Por David, tu siervo, no apartes el rostro de tu Cristo. Cristo se refiere al espíritu de la deidad, David a la carne del cuerpo. Pues tomó la forma de siervo quien permanecía en la forma de Dios. Por tanto, para que no aparte de los sacerdotes y santos el rostro de Cristo, ruega: para que los ilumine con la gloria de su divinidad, aquellos que se alegran por David, es decir, por el sacramento del cuerpo que Él asumió.

18. Estas palabras no pueden entenderse literalmente.---VERS. 11-14. Y por qué, por causa de David su siervo, no apartará el rostro de su Cristo, lo muestra diciendo: El Señor juró a David la verdad, y no lo defraudará. El Señor jura, y jura la verdad, y afirma la fidelidad de su palabra incluso con un juramento para que no dudemos. No defraudará, por tanto, a su David con la verdad jurada. Y es digno considerar qué le juró. Del fruto de tu vientre pondré sobre mi trono: Si tus hijos guardan mi pacto, y estos testimonios míos que les enseñaré; y sus hijos se sentarán sobre tu trono por siempre: porque el Señor eligió a Sion, la eligió como morada para sí. Este es mi descanso por los siglos de los siglos: aquí habitaré, porque la he elegido. ¿Qué hay aquí que sea propio de David? Aquella ciudad, que fue la capital de su linaje, capturada por los babilonios, y destruida, no mantuvo la dignidad del reino bajo el dominio de los que gobernaban: después, también capturada e incendiada por los romanos, ya no existe. ¿Y dónde está el descanso de Dios para siempre? ¿Dónde están los reyes del fruto de su vientre en el trono de Dios? Pues hoy sirven, exiliados, sin patria, dispersos por todo el mundo. ¿Y dónde está aquella verdad jurada? ¿Dónde está aquello que no será defraudado con la verdad? ¿Y dónde está el trono eterno del reino para los hijos de David? La Sion elegida, se dice, está horrorizada por las ruinas, vacía de habitantes: ¿y cómo es el descanso de Dios por los siglos de los siglos? Los tiempos corren, y este siglo de nuestra vida permanece: por lo tanto, ¿Dios está sin descanso?

19. Se esclarecen de manera similar.---Pero aquellos que creen en estas opiniones de error infeliz, escuchen a quién se le ha jurado por David. Sin duda, a aquel de quien se ha dicho: He puesto mi ayuda sobre el poderoso, y he exaltado al elegido de mi pueblo. He encontrado a David, mi siervo, lo he ungido con mi óleo santo. Mi mano lo ayudará, y mi brazo lo fortalecerá. El enemigo no prevalecerá contra él, y el hijo de iniquidad no le hará daño. Y destruiré a sus enemigos ante su rostro, y convertiré en fuga a los que lo odian. Y mi verdad y mi misericordia estarán con él, y en mi nombre se exaltará su poder. Y pondré su mano sobre el mar, y su diestra sobre los ríos. Él me invocará: Tú eres mi Padre, mi Dios, y el sustentador de mi salvación. Y yo lo haré mi primogénito, excelso sobre los reyes de la tierra. Guardaré para él mi misericordia eternamente, y mi pacto será fiel para él. Y estableceré su descendencia para siempre, y su trono como los días del cielo. Si sus hijos abandonan mi ley, y no andan en mis juicios, si profanan mis justificaciones, y no guardan mis mandamientos; visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados: pero no apartaré de él mi misericordia, ni engañaré en mi verdad, ni profanaré mi pacto, y lo que sale de mis labios no lo haré nulo. Una vez juré por mi santidad, si miento a David, su descendencia permanecerá para siempre: y su trono como el sol ante mí, y como la luna perfecta permanecerá eternamente, y el testigo fiel en el cielo (Sal. LXXXVIII, 20 y ss.). Estas promesas son de David, quien fue elegido como ayuda contra el poderoso, cuya mano está sobre el mar, cuya

diestra está sobre los ríos, quien se atreve a llamar a Dios padre, porque lo es: quien es el primogénito, quien es excelso sobre los reyes de la tierra, cuya descendencia es para siempre, a quien lo que se ha dicho no es nulo, a quien se le jura una vez sin mentira en santidad, cuyo trono es como el sol ante Dios, y permanece como la luna perfecta eternamente. Del fruto de su vientre, por tanto, serán colocados sobre el trono de Dios.

20. Los hijos de Dios serán colocados en el trono de Dios.---Escuchemos al profeta Jeremías enseñándonos cómo somos fruto de su vientre: Si habéis oído esto, si ha dado a luz un varón (Jer. XXX, 6). Este tipo de parto no es recibido por el sexo, sino que la generación que es de Dios ha obtenido la semejanza de un parto. Escuchemos también a Pablo, que está dando a luz en la procreación de hijos, cuando dice: Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto (Gal. IV, 19). El mismo Señor testifica en el Evangelio que todos nosotros somos sus hijos, diciendo: Hijo, tus pecados te son perdonados (Mat. IX, 2): y de nuevo: Hijos, aún estoy con vosotros (Juan XIII, 33). Por lo tanto, sus hijos serán colocados en el trono del Señor.

513 21. Quiénes son los hijos, cuál es la condición de la esperanza.---Y se antepone la condición de la esperanza: Si, dice, guardan tus hijos mi testamento y mis testimonios que les enseñaré. Moisés escribió la ley en la que se contienen los testimonios de Dios, este profeta se dedica enteramente a la ley: ¿y cómo es que aún los hijos de aquel David deben ser instruidos en los testimonios? No es un discurso de la época presente, sino propio de aquellos de quienes se ha dicho: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los pequeños (Mat. XI, 25). Pero los que son instruidos y permanecen en lo que se les enseñará, ¿qué conseguirán? Hasta la eternidad, dice, se sentarán sobre tu trono. ¿Y quiénes son estos que se sentarán? Sin duda, de quienes se ha dicho: Y vosotros os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. XIX, 28).

22. La sede del Padre y del Hijo es una, porque es una sola sustancia.---No debe pasarse por alto lo que se dice arriba y abajo. Arriba se dijo: Pondré sobre mi sede; ahora se dice: Se sentarán sobre tu sede. ¿Y qué será esto? Sin duda lo que se dice: Todo lo que tiene el Padre es mío (Juan 16, 15). La misma sede del Padre es la sede del Hijo: porque, Yo y el Padre somos uno (Juan 10, 30). Pero, ¿cómo se entiende, Pondré sobre mi sede, y: Se sentarán sobre tu sede, sino que por la naturaleza concorde e indistinta del innascible y del unigénito, tanto el Padre está en el Hijo como el Hijo en el Padre, siendo la sustancia de la deidad en ambos sin diferencia ni de género ni de voluntad; ya que la gloria de la majestad paterna es congénita al Unigénito? Y por eso el Padre llama a la sede del Hijo su propia sede: porque de sí mismo y en la gloria de su inmutable divinidad ha nacido el unigénito y verdadero Dios, y no siente afrenta por las sedes compartidas con él, ya que al ser engendrado de sí mismo en la semejanza de la naturaleza no hay diversidad alguna.

23. Qué Sion es el verdadero descanso de Dios.---La dignidad de aquellos que en el siglo se sentarán sobre el trono se muestra así: Porque el Señor eligió a Sion, la escogió como su morada. Este es mi descanso por los siglos de los siglos: aquí habitaré, porque la he escogido. No eligió, ciertamente, el monte Sion desierto e inútil, ni la ciudad derruida y devastada. Pues Dios no está contenido en lugares; ni la sustancia omnipotente y eterna descansa en las soledades desiertas de los montes o en los nombres de las ruinas de ciudades ya deformadas. Sino que eligió el descanso de aquellos de quienes el Señor en el Evangelio dice: Nadie puede venir a mí si el Padre que me envió no lo atrae (Juan 6, 44). Eligió aquella Sion santa y la Jerusalén celestial, es decir, la asamblea concorde de los fieles y las almas santificadas por

los sacramentos de la Iglesia, en las cuales, como en una casa racional, inteligente, purificada y eterna por la gloria de la resurrección, descansa la naturaleza de la divinidad inenarrable, racional, inteligente, impoluta y eterna. No porque cese de su infinitud en la que está, para ser limitada por la estrechez de las mentes humanas; sino porque, a través de la sede de una morada digna de Él, que es en todas partes el mismo, entero y siempre, descansa en los santos y probados; donde no hay cambio de ofensas, sino que por los siglos de los siglos, es decir, en tiempos eternos, se ha elegido una morada digna y placentera.

24. En la variedad de traducciones se prefieren los Setenta. La dignidad de las viudas. La Iglesia como viuda de la ley.---A continuación sigue, VERS. 15: Bendiciendo bendeciré a su viuda. Se ha encontrado que algún traductor lo interpretó así: Bendiciendo bendeciré su captura; como si, al haber sido los apóstoles hechos pescadores y cazadores de hombres, esta fuera su captura bendecida, especialmente porque Betsaida, de donde son los apóstoles, se llama en la interpretación de la lengua hebrea, casa de cazadores. Pero debemos seguir aquella primera autoridad de la traducción consignada para la doctrina de la Iglesia antes del advenimiento del Señor en tiempos de los judíos: Bendiciendo bendeciré a su viuda. ¡Cuánta es la dignidad de las viudas y la honesta conciencia de un solo lecho, y la inmutable constancia de una feliz continencia! Esta es bendecida y bendiciendo es bendecida: evidentemente, por el juicio del que bendice se hace digna de bendición. Pero el Apóstol, doctor de los gentiles, nos exhorta a sentir también otra cosa sobre la viuda que ha de ser bendecida. Pues enseña que, muerta a la ley no por virtud de eficiencia espiritual, sino por el fin de su observancia, es viuda aquella que, habiendo sido sinagoga, se ha convertido en Iglesia, diciendo: ¿O ignoráis, hermanos (pues hablo a los que conocen la ley), que la ley se enseñorea del hombre mientras vive? Porque la mujer que está bajo marido, mientras el marido vive, está ligada a la ley. Pero si el marido muere, queda libre de la ley del marido. Así que, viviendo el marido, será llamada adúltera si se une a otro hombre. Pero si su marido muere, queda libre de la ley, para que no sea adúltera si se une a otro hombre. Así que, hermanos míos, también vosotros habéis muerto a la ley por el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, de aquel que resucitó de los muertos. Con la comparación de la viuda, que al morir su marido queda libre para unirse en matrimonio con quien quiera, demuestra que, al cesar la ley, la Iglesia es la viuda de la ley, debiendo unirse legítimamente a Cristo. A esta viuda de la ley, pues, bendiciendo la bendecirá.

25. Cristo sacia a los pobres, mientras los invita a ser saciados. Luego dice: "A sus pobres los saciaré con panes". Es bueno que en la Iglesia los pobres no pasen hambre: porque cuando el indigente es alimentado, o el sediento es saciado; o el desnudo es vestido, o el enfermo es visitado, o el encarcelado es buscado; estos servicios de caridad se ofrecen a aquel que en cada uno de nosotros tiene hambre, sed, frío, está enfermo o encarcelado: y quien dice: "Amén, amén os digo, que lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mateo 25, 40). Por esta fiel profesión de sus palabras, sacia a sus pobres con panes. También sacia con panes a aquellos que, por la humildad del corazón y el desprecio del mundo, se colocan a sí mismos en la pobreza, a quienes llenará con el alimento de la vida eterna, como se ha dicho en otro lugar: "Los ricos pasaron necesidad y tuvieron hambre; pero los que buscan al Señor no carecerán de ningún bien".

26. Gloria de los sacerdotes y perfecta alegría de los santos. --- A continuación sigue, VERS. 16: A sus sacerdotes vestiré de salvación, y sus santos exultarán con júbilo. Los sacerdotes anteriormente se visten de justicia, pero obtienen el progreso de su honor: es decir, se visten de salvación, hechos conformes a la gloria de la salvación; porque, según el Apóstol, esperamos de los cielos a nuestro salvador, quien es poderoso, según la operación de su

eficacia, para conformar el cuerpo de nuestra humildad al cuerpo de su gloria (Fil. III, 20, 21). Por lo tanto, los sacerdotes se visten de esta salvación; y también los santos exultarán con júbilo. Anteriormente exultaban solamente, aún puestos en el cuerpo de humildad, y alegres solo con la esperanza de la eternidad: pero ahora exultan con perfecta exultación, no con esperanza, sino con verdad, no en imagen, sino en cuerpo. Pues hay a menudo una exultación que suele cambiarse ya sea por casualidad, o por debilidad, o por tiempo: y verdaderamente esta es la exultación de los santos, para que exulten con la exultación de la exultación consumada en sí mismos.

27. Reino de Cristo.---La causa de la exultación se muestra en el VERS. 17: Allí haré brotar el cuerno de David. El cuerno es un símbolo del reino: pues a través de él se vertía el ungüento real sobre los que iban a reinar. Cuando se dice Allí, se significa el descanso, del cual se ha dicho, Este es mi descanso por los siglos de los siglos. En este descanso, por tanto, Dios produce el cuerno de David, es decir, el reino de aquel de quien David profetiza, no el humano, ni corruptible, ni caduco, sino aquel que es según el descanso de Dios por los siglos de los siglos. ¿Y de quién será el reino de los cielos? Sin duda de aquellos de quienes se ha dicho: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3), es decir, en quienes reinará el rey eterno, y cuyo reino, según Daniel, no tiene fin (Dan. VII, 27).

28. No está oculto. Toda profecía, lámpara de Cristo.---Por lo tanto, este rey no está oculto: la Ley lo proclama, los Profetas lo prometen, Juan, el predicador de la penitencia, lo señala. Porque él es, según lo dicho por el Señor en el Evangelio, la lámpara ardiente, mostrando a Cristo en las tinieblas de este mundo (Juan V, 35). Toda profecía sobre él es, por tanto, su lámpara, mostrando la luz del conocimiento a la noche de nuestra ignorancia, confundiendo con la luz de la verdad a los infieles e impíos, y enseñando la gloria de la majestad paterna en el Unigénito. Y esto es lo que sigue: He preparado una lámpara para mi Cristo. VERS. 18. A sus enemigos los vestiré de confusión: sobre él, sin embargo, florecerá mi santificación. La lámpara está preparada, para que la noche de la ignorancia no impida conocerlo. Sus enemigos serán vestidos de confusión; pues verán al Hijo del Hombre en la majestad de su Padre: y no serán vestidos de salvación, sino de confusión, resucitando en un cuerpo terrenal y de deshonra: sobre él, sin embargo, florecerá mi santificación. Dios lo exaltó, dice, y le dio un nombre que está sobre todo nombre: para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre (Filipenses II, 9 y 10), quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 132. Cántico de las subidas.

He aquí cuán bueno y cuán agradable es que los hermanos habiten juntos en unidad. Es como el ungüento sobre la cabeza, que desciende sobre la barba de Aarón, que baja hasta el borde de sus vestiduras; como el rocío del Hermón, que desciende sobre el monte Sión: porque allí el Señor ha mandado la bendición, y la vida para siempre.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Muchas cosas buenas no son agradables, y las agradables no son buenas.---A través de todo el orden de la doctrina se asciende por grados; pues por grados somos llevados a lo superior. En lo que el Profeta comenzó diciendo, VERS. 1: "He aquí cuán bueno y cuán agradable", se nos enseña qué es lo bueno y lo agradable: para que, mediante el conocimiento

de ellos, permanezcamos en lo bueno y agradable. Sin embargo, el Profeta sabiamente mantuvo la razón de asociar lo bueno con lo agradable: porque no todo lo que es bueno es agradable, ni todo lo que es agradable es bueno. El lujo es agradable, pero no es bueno; pues en esa misma amenidad de la lascivia corporal hay detrimento tanto de la salud como de la fama. La tolerancia de la injuria es buena, especialmente cuando somos compelidos a la irreligiosidad por penas de hambre, sed, frío, vigilias, insultos, dolores; pero no es agradable: allí, en efecto, la injuria es el deber de la virtud perfecta. Y así, a través de estas cosas, a veces lo bueno carece de agradabilidad, y la agradabilidad suele carecer de lo que es bueno.

2. Bueno y agradable, la unidad fraterna; donde es verdadera.---Veamos qué es aquello que el Profeta demuestra ser bueno y agradable, a saber, habitar los hermanos juntos en unidad. No se refiere el profeta David a las cohabitaciones humanas, ni a la comunión de casas terrenales. Pues vemos hermanos que, bajo estos mismos techos, están en desacuerdo, y a menudo la misma vivienda contiene enemigos: y no pocas veces la misma indignación de cohabitar proporciona incremento a los odios. Pero el Apóstol conoce que hay una casa común y religiosa, diciendo: Para que sepas cómo debes comportarte en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad (I Tim. III, 15). Por lo tanto, es bueno y agradable que los hermanos habiten juntos en unidad. Cuando habitan juntos, se congregan en la asamblea de la Iglesia: cuando se les llama hermanos, están concordes en la caridad de una única voluntad.

3. Carácter de unanimidad. — En efecto, leemos que el principal testimonio de los creyentes a la primera predicación de los apóstoles fue que se decía: "La multitud de los que habían creído tenía un solo corazón y una sola alma", con el mismo consentimiento, sin disonancia en la voluntad, unidos en la fe, con perfecta unanimidad de amor y pensamiento (Hechos 4, 32). Y esto lo testifica aquel Doctor de los gentiles diciendo: "Para que seáis todos perfectos, teniendo un mismo sentir, un mismo parecer" (1 Corintios 1, 10). Y de nuevo: "Completad mi gozo, teniendo un mismo sentir, conservando la misma caridad, siendo unánimes, sintiendo lo mismo, no haciendo nada por rivalidad ni por vana gloria, sino con humildad, considerando a los demás como superiores a vosotros mismos, no buscando cada uno su propio interés, sino el de los demás" (Filipenses 2, 2 y ss.). Este es el gozo del Apóstol, que tengamos el mismo sentir, que estemos contenidos en el mismo amor, que permanezcamos unánimes por el consenso de un mismo sentir, que no nos separemos por rivalidad ni nos dividamos por el afán de vana gloria, que cada uno piense en los demás; para que pensemos en aquello que debe mantener las voluntades ajenas en concordia. Lo cual advierte en otro lugar, diciendo: "Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, tened paz con todos" (Romanos 12, 18). Quiere que dependa de nosotros que, si es posible, haya paz con todos. Que nuestra voluntad esté dedicada a la amistad con todos, si también la naturaleza de los demás tiene afecto por la paz; con tal de que no sea por nosotros la causa de la paz interrumpida o no conservada. Esto, pues, conviene al pueblo de Dios, ser hermanos bajo un solo padre, y ser uno bajo un solo espíritu, caminar unánimes bajo una sola casa, ser miembros de un solo cuerpo bajo una sola cabeza. Pues el ojo no odia al oído, ni la nariz aborrece la boca, ni la mano desprecia al pie. Porque así como están unidos por sus mutuos oficios, también lo están por el amor. Esto es lo agradable y bueno, habitar los hermanos juntos, ser lo mismo, ser iguales, no ser diferentes ni por congregación ni por amor.

4. La unción de Aarón que prefigura la unción.---El Profeta establece una comparación de este bien y gozo, diciendo, VERS. 2: Como el ungüento en la cabeza, que desciende sobre la barba, la barba de Aarón; que desciende hasta el borde de su vestidura. Aarón fue ungido como sacerdote con un ungüento cuya composición y mezcla se contiene en aromas (Levítico

VIII, 12). Esta consagración de su primer sacerdote agradó a Dios. También sabemos que nuestro Señor fue ungido de manera invisible e incorpórea, cuando se dice: Te ungió, Dios, tu Dios, con óleo de alegría (Salmo XLIV, 8). Esta unción no es terrenal, es incorpórea, es invisible: no es de aceite como el sacerdote y el profeta, no del cuerno como el rey, sino que es ungido con óleo de alegría. Esta obra es de gozo espiritual, y se emplea el fruto del sacramento de la unción celestial de alegría: no es materia de la creación. Porque lo corporal necesitaba de lo corporal, Aarón es ungido con mirra de mezcla: pero lo que es corporal, impregnado por la eficacia de la virtud espiritual, imita la apariencia del óleo celestial. Finalmente, después de esta unción, Aarón es llamado Cristo según la ley, después de que la mezcla de la unción, demostrada por lo que es mezclado por Dios, se consagra en la apariencia de la unción invisible. Así como esta mirra extingue todos los olores fétidos y los espíritus impuros de los corazones dondequiera que se vierta, e infunde en todo lo que toca este olor de suavidad: así, por este sacramento de la unción infundida, y por ella, al eliminar todo el hedor de nuestros vicios terrenales y sucios, ya exhalamos lo que es suave a Dios. El bienaventurado apóstol Pablo conoce este espíritu de fragancia, diciendo así: Somos buen olor de Cristo para Dios en todo lugar, en los que se salvan y en los que perecen; y en estos ciertamente olor de muerte para muerte, pero en aquellos olor de vida para vida (II Cor. II, 15 y 16): mostrando que somos olor de vida para los que viven, así como olor de muerte para los que mueren en sus pecados. Sin embargo, el olor de Cristo de nosotros es bueno para Dios. Así como este ungüento fue agradable a Dios en el primer sacerdote, es decir, Aarón, con el cual era ungido como ejemplo del óleo de alegría, ofreciendo a Dios de sí mismo un olor grato de fe e inocencia: así es bueno y agradable que los hermanos habiten juntos en unidad, por lo cual la unanimidad de su voluntad se compara con los primeros y máximos sacramentos de los bienes celestiales.

5. La unción de Cristo fluye de él hacia el hombre de fe perfecta. --- El ungüento desciende de la cabeza a la barba. La barba es el adorno de la edad viril. No debemos ser niños en Cristo, salvo en lo que se ha dicho: Niños en malicia, no en entendimiento (I Cor. XIV, 20). El mismo Apóstol reprende a todos los infieles por ser niños, ya que permanecen débiles para el alimento sólido y aún necesitan leche, diciendo: Con leche os alimenté, no con comida, pues aún no podíais, ni aún podéis (I Cor. III, 2). De sí mismo dice: Cuando llegué a ser hombre, dejé lo que era de niño (I Cor. XIII, 11). Se apresura a llegar a ser un hombre perfecto, a la medida de la plenitud del cuerpo de Cristo (Efes. IV, 13). Este ungüento, por tanto, desciende a la barba de Aarón, es decir, al hombre de fe consumada, desde la cabeza. Según el Apóstol, la cabeza del hombre es Cristo (I Cor. XI, 3): Moisés compuso y mezcló este ungüento; pero Dios enseñó cómo debía componerse y mezclarse, y Dios es el mediador en la ley. Por lo tanto, desciende de la cabeza, es decir, de Cristo a la barba: y desciende de aquel a quien se le dijo: Tu nombre es ungüento derramado (Cant. I, 2). Desciende a aquel que, por la firmeza de la edad, permanecería inmutable en la firmeza de la fe. También desciende a la orla del vestido. La orla del vestido es lo que fluye hasta los pies, por lo cual el aroma de este ungüento desciende de la cabeza a la barba, y luego a la orla del vestido. En aquellas mujeres que ungieron al Señor, presentando el tipo de la Iglesia en el Evangelio, se nos enseña que una ungió la cabeza y otra los pies: por lo cual se significa que cada una de ellas ungió todo el cuerpo en parte. Así, se omiten las partes intermedias del cuerpo. Pues al mencionarse la orla del vestido y la barba, se muestra todo el cuerpo en ellas.

6. Sion Iglesia. El monte Hermón de Fenicia se interpreta como anatema. Es venerado por las naciones con religión profana. --- Se añade también una comparación de igualdad, cuando se dice, VERS. 3: Como el rocío de Hermón, que desciende sobre el monte Sion. El rocío de Hermón no desciende a Sion; pues estos montes están separados por una gran distancia. Ni la

naturaleza permite que el rocío descienda de un lugar a otro. Sion, según la doctrina celestial, es la Iglesia, ya sea la que existe ahora, o la que será de los santos, glorificada por la resurrección y frecuentada por la asamblea de ángeles gozosos. Hermón, sin embargo, es un monte en Fenicia, cuya interpretación es anatema: lo que nosotros llamamos anatema en nuestro idioma, se dice Hermón en hebreo. Se dice, y existe un libro de no sé quién que lo menciona, que los ángeles, deseando a las hijas de los hombres, cuando descendieron del cielo, se reunieron en este monte muy elevado. Pero dejemos esto de lado. Pues lo que no está contenido en el libro de la ley, no debemos conocerlo: sin embargo, se menciona solo porque la profesión de este monte de Dios a través del Profeta nos conmueve. Ciertamente hoy las naciones veneran este monte con religión profana: y atestiguan la interpretación de su nombre, que es anatema, con ese mismo lugar de impía superstición.

7. El rocío de Hermón en Sion, un paso de la maldición a la bendición.---El rocío, en verdad, es del cielo, y recordamos desearlo entre los dones de bendición, cuando Isaac dijo a Jacob: "Y te dé Dios del rocío del cielo y de la abundancia de la tierra multitud" (Gén. XXVII, 28). Por lo tanto, porque los dones y bendiciones de Dios, con los cuales primero bendijo todo cuando fue creado y hecho, después, a causa del pecado de Adán, permanecieron en anatema; es grato a Dios que vuelvan a la sede de la santificación y desciendan. El hombre fue bendito: pero después de la bendición pecó, y enseguida fue impío. Pero quien prefiere el arrepentimiento del pecador a la muerte, desea que el rocío de su bendición descienda de Hermón a Sion, es decir, que pase del lugar de la impiedad al lugar de la santificación. Porque con el rocío todo reverdece, se alimenta, crece: así, con aquella bendición principal de Dios, el hombre nace, respira, crece. Es, por tanto, bueno y agradable que, descendiendo del error gentil, es decir, de la veneración profana de Hermón, pase a Sion, es decir, a la casa de la bienaventuranza eterna, y deleite a aquel que se alegra con la salvación de todos, por esto: "Porque allí mandó el Señor la bendición, y la vida para siempre" en Sion, o también en la unanimidad de los hermanos que habitan juntos. Porque solo la Iglesia otorga bendiciones, la unanimidad merece la vida eterna. Pues quien dijo, abriendo el camino de la vida eterna, "amaos los unos a los otros como yo os he amado", no es mentiroso (Juan XIII, 34). Porque él mismo es la verdad, el camino, la vida, nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 133. Cántico de los grados.

He aquí, bendecid ahora al Señor, todos los siervos suyos: los que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios. En las noches levantad vuestras manos hacia el santuario, y bendecid al Señor. Que el Señor te bendiga desde Sión, él que hizo el cielo y la tierra.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. De quién es bendecir.---Los Cánticos de los grados llegan a su fin, pero con ascensiones dignas. Pues al ascender a través de ellos hacia el conocimiento del sacramento celestial, es necesario que después se deba la bendición a aquel a quien se ha ascendido. Por lo tanto, el Profeta llama a todos a bendecir al Señor: y como si todo estuviera consumado, reúne a todos para testimoniar el honor debido, diciendo, VERS. 1: He aquí ahora bendecid al Señor todos sus siervos. En lo que dice, He aquí ahora, significa que la obra de la ascensión elaborada está completa (consumada): para que ya ahora bendigan, porque han ascendido progresando. Debe ser bendecido, porque nos ha elevado a lo alto, porque nos ha elevado a las alturas de su casa por los grados de la fe. Sin embargo, la boca del pecador es indigna de la bendición de

Dios: y por eso dice: todos sus siervos. No es aceptable la bendición de todos para Dios: ni debe pensar cualquiera que puede agradar. Esto solo compete al siervo de Dios, no al siervo del pecado, ni al siervo del mundo. Pues todo aquel, dice, que comete pecado, es siervo del pecado (Juan VIII, 34). Por lo tanto, compete al siervo de Dios bendecir a su Señor con boca religiosa.

2. Y ni siquiera esto será propio del siervo que se declare siervo solo de nombre, que aún vacilante y fluctuante sea llevado por el incierto viento de la fe, cuya mente y voluntad se extravíen en el recuerdo de los pecados y en las preocupaciones de los placeres. Y por eso, cuando dijo: "Mirad ahora, bendecid al Señor todos sus siervos", añadió: "Que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios". Quien está de pie, no se mueve de su lugar. Ya ha corrido, ya ha ascendido; ya permanece inmóvil, ya bebe ávidamente aquella bienaventurada voz del Profeta: "Puso mis pies sobre la roca" (Salmo 39, 3); y de nuevo: "En la roca me has exaltado" (Salmo 26, 6); y escuchará como si se le dijera a Moisés: "Pero tú, quédate aquí conmigo" (Éxodo 34, 2). De los pecadores leemos así: "Amaron mover sus pies" (Jeremías 14, 10). Por lo tanto, hay que estar de pie en la casa del Señor; porque la bendición de los que están de pie agrada, y de los que están de pie en aquella santa y celestial Jerusalén, y de los ángeles que frecuentan, a la cual se asciende por esta casa de la Iglesia y de nuestra asamblea.

3. Diferencia entre el atrio y la casa de Dios.---Y porque en la casa del Padre hay muchas moradas (Juan 14, 2), bendicen al Señor no solo los que están en la casa, sino también los que están en sus atrios. No todo lo que es casa es atrio. La casa es también todo lo que está fuera del atrio; sin embargo, el atrio es un lugar más interior y familiar. Por lo tanto, estarán más adentro los que están en el atrio, porque aunque es un honor estar en la casa, precede aquel que ha estado en el atrio. Que son diferentes los que están en la casa y los que están en el atrio, lo demuestra el Profeta en otro lugar, diciendo: Plantados en la casa del Señor, florecen en los atrios de nuestro Dios (Salmo 91, 14). Mayor es el fruto de haber florecido. Y aunque la plantación tiene dignidad, sobresale sin embargo el honor de los que florecen, porque así como el inicio está en la plantación, así la alegría de la buena obra está en la flor.

4. ¿Es esta una adición hecha al texto hebreo? --- He encontrado, sin embargo, que algunos estaban indecisos sobre esto, en los atrios de la casa del Señor, diciendo que esto fue añadido por los primeros traductores, porque bajo los mismos versículos se encuentra en el salmo siguiente, opinando que fue omitido por error de los escribas en los libros hebreos. Pero que los nuevos intérpretes traten lo que deseen: nosotros, en verdad, debemos obedecer tanto a la autoridad de las traducciones como a la antigüedad.

5. Las oraciones sin obras son nulas. Las obras deben ser alegres y con la alabanza de Dios. A esta esperanza de estar en la casa y en los atrios del Señor nos exhorta el Profeta, diciendo, VERS. 2: En las noches levantad vuestras manos en el santuario, y bendecid al Señor. Pues actuamos, según el Apóstol, bajo los príncipes de estas tinieblas (Ef. VI, 12); y la noche del mundo nos retiene, la cual ya ha salido a la luz por la predicación evangélica. La noche ya avanza, como de día caminad decentemente (Rom. XIII, 12 y 13). En esta noche de ignorancia, de insidias, de debilidades, de concupiscencias, de vicios, deben levantarse las manos en el santuario; no solo para rezar y orar, sino también para obrar. Las oraciones desnudas no aprovechan. Nuestras obras deben elevarse en el santuario de Dios, es decir, en vestir a los desnudos, en alimentar a los hambrientos, en dar de beber a los sedientos, en consolar a los afligidos, en ayudar a los oprimidos, en amar a todos. Estas cosas nos santifican en esta debilidad de nuestro cuerpo, estas son agradables y santas a Dios. Y esto no

lo ignora el Profeta, diciendo: La elevación de mis manos es sacrificio vespertino (Sal. CXL, 2). Ahora, en la consumación del mundo, que es vespertino, no en toros y cabras, sino en buenas obras es la ofrenda a Dios. Moisés nos enseñó con su ejemplo, quien, cuando permanecía con las manos levantadas, vencía; pero cuando las bajaba a la tierra, el pueblo era vencido por el enemigo (Éxodo XVII, 11): mostrando con esta forma que nuestro enemigo vence si nuestras obras son terrenales; pero si son elevadas, es vencido. Por tanto, deben levantarse nuestras manos en las noches, para que seamos plantados en la casa, para que florezcamos en los atrios. Y debe ser bendecido el Señor, es decir, siempre se debe obrar con la bendición de Dios, para que no te entristezcas por el miedo al hambre cuando ofrezcas pan al necesitado; para que no consideres una pérdida cuando ofrezcas ayuda al indigente; para que no pienses que te despojas cuando vistas al desnudo. Porque Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7).

6. La recompensa de estos.---Lo que las obras alegres y bendecidoras de las manos elevadas merecen, lo muestra diciendo, VERS. 3: Que el Señor te bendiga desde Sion, el Señor de la Iglesia, y de la santa Jerusalén, y de la ciudad construida con piedras vivas de gemas. Y para que reconozcamos que toda nuestra esperanza está puesta en el verdadero y eterno Dios, añadió: Que hizo el cielo y la tierra; demostrando que es el Dios de las Iglesias, quien hizo el cielo y la tierra: por nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXXXIV. Aleluya.

Alabad el nombre del Señor, alabad siervos al Señor: vosotros que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios. Alabad al Señor, porque el Señor es benigno: cantad salmos a su nombre, porque es suave: porque el Señor eligió a Jacob para sí, a Israel como posesión suya. Porque yo sé cuán grande es el Señor, y nuestro Dios sobre todos los dioses. Todo lo que quiso hizo en el cielo y en la tierra, en el mar y en los abismos. Hace salir las nubes desde el extremo de la tierra, convierte los relámpagos en lluvia. Él saca los vientos de sus tesoros, él hirió a los primogénitos de Egipto desde el hombre hasta el ganado. Envió señales y prodigios en medio de ti, Egipto, contra el Faraón y contra todos sus siervos. Él hirió a muchas naciones, y mató a reyes poderosos. A Sehón, rey de los amorreos, y a Og, rey de Basán, y mató a todos los reinos de Canaán: y dio su tierra como herencia a Israel, su pueblo. Señor, tu nombre es eterno, y tu memorial de generación en generación. Porque el Señor juzgará a su pueblo, y se consolará en sus siervos. Los ídolos de las naciones son plata y oro, obra de manos de hombres. Tienen boca, y no hablarán; tienen ojos y no verán; tienen oídos, y no oirán; tienen narices, y no olerán; tienen manos, y no palparán; tienen pies, y no andarán, ni hay espíritu en su boca, no clamarán en su garganta. Sean semejantes a ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos. Casa de Israel, bendecid al Señor; casa de Aarón, bendecid al Señor; casa de Leví, bendecid al Señor; vosotros que teméis al Señor, bendecidlo.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. La Escritura, llena de misterios, requiere un lector experto y piadoso. Comparación. Este salmo, a través de hechos corporales, revela un sentido más profundo que debe ser tratado. --- El salmo parece completo según la simplicidad de los oyentes. En él se contienen, en su mayor parte, los eventos inscritos en el libro del Éxodo: las plagas de Egipto, el castigo de Faraón, las muertes de los reyes y la herencia obtenida de la tierra hostil. Pero según el Apóstol, lo que está en la ley es sombra de lo futuro; lo que en ella se realizó son alegorías

que no deben ser escuchadas negligentemente, porque bajo la fe de los hechos corporales están establecidas como ejemplo de obras espirituales. Es una tarea de gran diligencia examinar la virtud de las palabras colocadas y saber qué es propio de cada cosa bajo el significado de lo que se ha dicho. Pues así como no todos conocen los tipos y virtudes de las hierbas, y si alguien inexperto o ignorante llega a un campo rico en estas hierbas saludables, considerándolas todas inútiles y nacidas al azar, las pasará por alto; pero si un experto y docto entra en este campo precioso en estas hierbas (o brotes), cosechará todo lo que otros han pasado por alto y admirará lo que los ignorantes han descuidado; sabiendo cuándo es el tiempo útil para cosecharlas, en qué tipos de salud deben usarse, y cuánto de ellas, o hasta qué punto deben moderarse: así también debe entenderse en las Escrituras divinas, que si un oído impío y una mente rústica las escucha, las descuidará como ociosas y no necesarias; pero si un oyente o lector que ha caído en el conocimiento de Dios se detiene, y a quien la lectura frecuente y el don de la gracia espiritual le ha proporcionado el discernimiento y la comprensión de cada cosa, admirará todo y usará estas cosas según sus virtudes naturales y eficiencias; no ignorando cuándo debe presumirse algo, y en qué curación debe elegirse; cuándo debe otorgarse sanación al cuerpo, cuándo debe proporcionarse remedio al alma; para que nada sea prematuro, nada inoportuno o tardío: sino que, habiendo comparado las virtudes, los tiempos y las cosas, use sabiamente lo que le ha sido revelado: lo cual se entiende especialmente en este salmo. De manera increíble, las palabras están sujetas a los hechos realizados, de modo que, aunque enuncien fielmente lo que se ha hecho, colocadas así, proporcionan un mayor progreso de la comprensión interna y espiritual. Y no solo se ha observado esta razón, para que los mismos hechos, realizados corporalmente, sean recordados para mostrar la magnificencia de Dios: sino también para que, a través del conocimiento de los hechos y las virtudes de los nombres, ofrezcan un ejemplo de cómo deben realizarse en lo que se ha hecho. Por lo tanto, es necesario discernir estas cosas individualmente por personas, tiempos y virtudes; para que lo que los oídos descuidados hayan perdido como no necesario, se refiera a la curación y sanación de la infidelidad humana. Y esto lo enseñaremos con los mismos hechos en el salmo, que así comienza.

2. La alabanza prevalece sobre la bendición. Los nombres de Dios son dignos de alabanza. ---VERS. 1 3. Alabad el nombre del Señor, alabad siervos al Señor; vosotros que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios. Alabad al Señor, porque el Señor es benigno: cantad salmos a su nombre, porque es suave. Y debe observarse al inicio del salmo que nos llama a la alabanza de Dios, mientras que en el salmo anterior nos exhortó solo a la bendición. No hay duda de que la alabanza prevalece sobre la bendición. En efecto, el primer orden se establece en la bendición, pero se consuma en la alabanza. Y la alabanza no debe comenzar de manera confusa, sino que debe confesarse con orden y modo. Esto es lo primero: Alabad el nombre del Señor. Por lo tanto, se nos advierte primero a alabar el nombre del Señor, porque Él es el Dios del cielo, porque Él es el Dios de la tierra, porque Él es el Dios del mundo, porque Él es, lo que es propio de nuestra fe y esperanza, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. En esto, en primer lugar, está la alabanza a Dios.

3. En qué orden se llega a la alabanza de Dios.---El siguiente mandamiento es, Alabad, siervos, al Señor. A través del conocimiento del nombre de Dios, avanzamos hacia el conocimiento de Él. Pues ya no alabamos el nombre del Señor, sino al Señor mismo, comprendiendo por qué es Dios del cielo, por qué es Dios de la tierra, por qué es Dios del mundo, por qué es Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Habiendo superado ya los primeros rudimentos de la doctrina infantil, alabamos a Dios no solo por la obediencia de los súbditos, sino por la magnificencia de su inmensa virtud, y lo alabamos como sus siervos: no solo siervos suyos, llamados únicamente por el simple título de nuestra profesión, sino estando en

su casa: ya no vagabundos ni errantes, sino establecidos con la firmeza de los que están de pie: y no solo de pie, sino también en el atrio del Señor nuestro Dios; acogidos más bien en la sede interna y central de la casa. Por este orden, pues, la alabanza comienza con los siervos y con los que están de pie en la casa y en el atrio.

4. Necesitamos la benignidad de Dios. Cantar salmos, ¿por qué?---Dios debe ser alabado por esto, porque es benigno. Pues que sea omnipotente es virtud de su naturaleza; pero que sea benigno es necesario para nosotros, a quienes la debilidad del cuerpo y la condición de nuestro origen nos retiene en pecados. ¿Y qué esperanza hay para las faltas humanas si la benignidad está ausente en Dios? Pero debe considerarse la razón de lo dicho: pues aquel que debe ser alabado porque es benigno, debe ser cantado con salmos porque es suave. Cantad salmos a su nombre, porque es suave. Donde se dice "cantad salmos", se refiere a las obras del cuerpo: para que a través de las diversas obras de nuestro órgano, es decir, del cuerpo, se realice una alabanza consonante y adecuada a Dios (V. prefacio n. 19). Por lo tanto, se nos ordena cantar salmos a su nombre, porque es suave. Pues es suave para Dios que nuestros cuerpos le sirvan con un ministerio complaciente y una servidumbre aprobable; o más bien, ese mismo nombre del Señor es suave.

5. Por qué se menciona a Jacob e Israel, y no a Abraham.---Y qué dulzura tiene en sí, ya sea su nombre o cantarle; inmediatamente añadió diciendo, VERS. 4: Porque el Señor eligió a Jacob para sí, a Israel como posesión suya. El inicio del origen de los judíos según la santificación del linaje es Abraham, pues a él primero fue la palabra de Dios: ¿y por qué el Señor eligió a Jacob en lugar de Abraham? Luego, siendo el mismo según la denominación de la alocución Israel que también es Jacob; ¿por qué se añade de nuevo: Israel como posesión suya? El orden exigía que se recordara al príncipe de la elección, Abraham, no a Jacob, que ya es el tercero en la elección. La razón también advertía que el significado de Israel se entendiera en Jacob. Además, se añade que quien es Jacob, es elegido, quien es Israel, es poseído.

6. Jacob, tipo de la Iglesia.---Pero ya al inicio del discurso advertimos que aquellos hechos recordados en el salmo, realizados corporalmente, son aquellos en los que la figura del futuro resplandece como en un espejo: también las palabras adaptadas a los hechos realizados, que al enunciar lo que se ha hecho, nos traen una comprensión más completa de lo que espiritualmente se prefiguraba en los hechos. El nombre de Dios es dulce, no solo para una nación, incluso para la irreligiosa, sino para todas las naciones y lenguas. Jacob, en efecto, se eligió a sí mismo, suplantando al primogénito, comprando las primicias con comida y la desesperación de lo vendible, arrebatando la bendición, impenitente después de la servidumbre, luego viendo a Dios tras la lucha y siendo llamado Israel. Pues primero es Jacob, y así Israel. Observemos el cuerpo de la Iglesia, que se tiene a sí misma por la diferencia de fe tanto de Jacob como de Israel. Y esta asamblea suplanta al pueblo de la ley con fe, recibe sus primicias, arrebata su bendición, según la palabra del Señor, que dice: Desde los días de Juan el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan (Mat. XI, 12). Jacob es, por tanto, quien es elegido, como dice el Señor: Yo os elegí, no vosotros a mí (Juan XV, 16). Israel es quien es poseído, conocido en las primogenituras y bendiciones pasadas, fiel en la servidumbre de mucho tiempo, poderoso en el sacramento de la lucha, tenaz en merecer nuevamente las bendiciones, en el conocimiento y la visión de Dios, Israel.

7. Al Hijo le es propio conocer al Padre.---Sin embargo, el Espíritu de profecía conoce esta poderosa dulzura del nombre de Dios en la congregación de las naciones y en la posesión de los fieles, diciendo, VERS. 5: Porque yo sé cuán grande es el Señor. En efecto, el profeta

habla por el oficio de su boca, pero no por su propio conocimiento. Esta es la voz de aquel que dijo: Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Mat. XI, 27): y el Hijo, en verdad, revelará al Padre a quien quiera: pero la magnitud de Él nadie la conoce, como dice el profeta: De cuya magnificencia no hay fin (Sal. CXLIV, 3). Por lo tanto, el conocimiento de esta infinitud será propio solo de aquel que, según la perfecta plenitud de su origen, es la imagen del infinito.

8. Un solo Dios de la Iglesia.---Porque yo he conocido cuán grande es el Señor: y nuestro Dios sobre todos los dioses. No está sobre todos aquellos dioses de los que más adelante dice: Los ídolos de las naciones son plata y oro, obra de manos de hombres: tienen boca y no hablarán (Salmo 113, 4 y 5). Pues no es gran cosa si se le compara con metales, piedras y maderas. Y dado que estos dioses no son, debemos preguntarnos a qué dioses se refiere. La Iglesia no reconoce una multitud de dioses. Este es un error de las naciones, que inventan o creen en uniones, concepciones, procreaciones y sucesiones de dioses. Para nosotros, según el Apóstol, hay un solo Dios del cual proceden todas las cosas, y nosotros en Él; y un solo Señor nuestro Jesucristo por quien son todas las cosas, y nosotros por Él (I Cor. VIII, 6). Uno de uno, Dios de Dios es. No admite otro innascible para que sean dos; ni permite que el unigénito sea para que Dios sea. No hay dos innascibles, no hay dos unigénitos: en lo que cada uno es, es uno: ya que ni el unigénito tiene igual, ni el innascible lo admite; ni el unigénito Dios subsiste de otro que no sea el innascible Dios.

9. Los dioses por denominación son hombres.---Debemos considerar, sin embargo, ante todos estos dioses, quién es nuestro Dios. Encuentro que los profetas se refieren a los dioses de la siguiente manera: Dios se levantó en la congregación de los dioses, en medio de los dioses juzga (Salmo LXXXI, 1). Y esto parece ambiguo y no expresa de manera absoluta a qué dioses se refiere. Pero el Señor en los Evangelios nos liberó del error de esta denominación, diciendo: Yo dije, dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo (Juan X, 34). Y añadió, si entonces los llamó dioses, a quienes fue dirigida la palabra de Dios, y la Escritura no puede ser quebrantada (Ibid. 35). La palabra de Dios es indisoluble al llamar a los hombres dioses. Encuentro también que Moisés es llamado Dios, cuando se le dice: Te he puesto como Dios para el faraón (Éxodo VII, 1). Pero también el Apóstol enseñó que otros son llamados dioses, cuando dice: Porque aunque haya algunos que se llamen dioses, ya sea en el cielo o en la tierra, como hay muchos dioses y muchos señores, para nosotros, sin embargo, hay un solo Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas, y un solo Señor, nuestro Jesucristo, por quien son todas las cosas (I Cor. VIII, 5 y 6). Para nosotros hay un solo Dios y un solo Señor, pero hay muchos dioses que son llamados así, en el cielo y en la tierra. Y ciertamente, si este nombre de dioses es apropiado para los hombres según el juicio de Dios, con mayor razón es digno para los ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, principados, potestades, a quienes el Apóstol demuestra que son llamados dioses en el cielo.

10. Cuánto más sobresale Dios sobre estos. Todo lo que ha sido hecho, no todo lo puede. Por lo tanto, son dioses los que son llamados así, pero sobre todos es nuestro Dios: no por comparación, ya que sobresale de manera incomparable, sino que por su poder está sobre los demás. Y cómo está sobre los demás, lo muestra enseguida diciendo, VERS. 6: Todo lo que quiso hizo en el cielo y en la tierra, en el mar y en los abismos. Solo a Dios le corresponde hacer todo lo que quiera. Solo la virtud perfecta no se ve impedida en nada para hacer lo que desea: y para aquel de quien todo procede, no hay dificultad alguna. Es de una naturaleza inferior a Él no poder hacer todo lo que desea. Pues mientras otro se lo debe a sí mismo, carece de la virtud de la omnipotencia: porque en aquello mismo en lo que subsiste, tiene a otro como autor. Y quien no se debe a sí mismo, no puede todo, ya que subsiste por uno

superior. Pero veamos qué es aquello que la omnipotencia de Dios ha hecho según su voluntad, en el cielo y en la tierra, en el mar y en los abismos.

11. Diversos prodigios de Dios en el mundo.---Y ciertamente es grandioso, si contemplamos la inmutable firmeza del cielo, el sol regulado por sus cursos anuales e incansables, y las estaciones del año moderadas por límites definidos; también las perennes fases de la luna, y los inalterables nacimientos, movimientos y conversiones de las constelaciones: ya las riquezas de la tierra, y sus fecundos frutos para la vida de los hombres, aves, ganados y bestias: luego los mares llenos de sus habitantes, y la vida de los peces que respiran entre las olas: además, porque en plural los griegos se expresaron sobre los mares (ἐν ταῖς θαλάσσαις), las inestimables mareas del océano y la naturaleza inescrutable del abismo vasto, donde la marea que se derrama sobre la tierra es absorbida de nuevo. Pero aunque estas cosas, según la opinión humana, estén llenas de maravillas, y sobre ellas deba decirse con razón, Todo lo que quiso lo hizo en el cielo y en la tierra, en el mar y en los abismos: veamos cuáles son todas esas cosas que quiso y realizó.

12. Bajo la letra se oculta aquí un sentido más profundo.---VERS. 7. Saca las nubes desde el extremo de la tierra, convierte los relámpagos en lluvia. Él produce los vientos de sus tesoros. Pasando por el milagro de los Tronos, Dominaciones, Principados y Potestades, Querubines y Serafines, Ángeles y Arcángeles, del cielo, la tierra, el mar, el abismo: en ellos Dios hizo todo lo que quiso, en el cielo y en la tierra, en el mar y en el abismo; saca las nubes desde el extremo de la tierra, convierte los relámpagos en lluvia, él produce los vientos de sus tesoros. ¿Es esta la omnipotencia de la voluntad perfecta en Dios, que las tierras exhalen nubes, que los relámpagos brillen cuando se avecinan lluvias, que los vientos soplen con espíritus alternos? Pero las virtudes de las palabras y la naturaleza de los géneros refutan esta opinión nuestra. Dice: Saca las nubes desde el extremo de la tierra: ¿qué significa que las nubes son llevadas y sacadas desde el extremo de la tierra? Las valles húmedas ciertamente exhalan nieblas; pero ni las valles son los extremos de la tierra, ni nadie ha considerado que la niebla sea lo mismo que la nube. Luego, convierte los relámpagos en lluvia. ¿Cuál es aquí la inteligencia del sentido humano? A veces vemos relámpagos sin lluvias, y a menudo hay lluvias sin relámpagos. No son las lluvias las que traen los relámpagos, ni los relámpagos vierten las lluvias. También sigue: Él produce los vientos de sus tesoros. ¿Cuál es aquí la inteligencia del sentido humano? ¿Acaso pensaremos que los vientos están guardados en algún lugar cóncavo y seguro de los tesoros, de donde los vientos suelen ser producidos como la porción más preciosa del tesoro? Y cuando las mutaciones de los vientos suelen ser frecuentes e inciertas, y a menudo contrarias, ¿tantas veces Dios, ocupado en estas cosas, saca a estos mismos de su secreto de riquezas para que cambien, para que discrepen?

13. Sin embargo, salvo el sentido de la letra.---Pero estas cosas han sido mencionadas por mí, deseando mostrar la virtud y la razón de las palabras, de tal manera que se entienda que es por la virtud invisible y omnipotente que las nubes son llevadas desde el mar, que es desde el extremo de la tierra, y que los relámpagos brillan entre las lluvias, y que los vientos soplan desde las ocultas moradas de sus espíritus. Sin embargo, porque la omnipotencia de Dios no está solo en estas cosas, ni solo en estas ha hecho lo que quiso en el cielo y en la tierra, en el mar y en los abismos; y recordamos que en estas cosas que se mencionan como realizadas corporalmente, se significan cosas espirituales: ahora debemos demostrar qué debemos entender bajo estas palabras a través de la virtud de la profecía.

14. Prerrogativas del hombre.---En cuanto a que todo lo que quiso lo hizo en el cielo y en la tierra, en el mar y en los abismos, hasta donde nuestra comprensión lo permite, nada es más

amado por Dios que el hombre. Y hay una razón subyacente, para que este animal le sea peculiar. El mundo subsiste por la palabra, pero el hombre se realiza con consejo, no por la palabra, sino por obra pensada. También es hecho a imagen de Dios: por la inspiración de Dios, el alma viviente se perfecciona. Recibe la ley, se le permite su voluntad, se le constituye libre de todos como señor del mundo, es habitante del paraíso, es digno de la envidia del diablo, después del pecado es reservado para la misericordia (V. pág. 402, a, b), en toda la edad de este siglo es instruido para el conocimiento de Dios, se le prepara como juez de los ángeles. La revelación de él es esperada por la creación, sujeta a la vanidad en esperanza; por su penitencia hay gran gozo en los cielos por el pecado de los ángeles. Él mismo, por el sacramento de la natividad, ha sido asumido en Jesucristo según el hombre. Ya en todas partes lo irreligioso enseña religión ante su rostro, ya el cuerpo contaminado por lujurias es puro por la continencia, ya la mente, antes ciega al conocimiento de Dios, se ha convertido en Israel. Ya la envidia ha progresado en la imitación del bien, ya la embriaguez ha ardido en ayunos, ya el odio se ha transformado en amor, ya los vicios han sido eliminados en la vida de las virtudes.

15. Nubes de doctrina desde el extremo de la tierra, es decir, transmitida por los humildes apóstoles.---El Señor hizo, por tanto, todo lo que quiso en el cielo y en la tierra, en el mar y en los abismos. Pues en todos estos no tuvo nada más querido que el hombre, por quien incluso su Unigénito se hizo hombre: y así lo hizo, sacando nubes desde el extremo de la tierra. El Señor ordenó a las nubes que no llovieran sobre la viña espinosa e infecunda (V. Origen. hom. 5 in Jerem.): Mandaré, dice, a las nubes que no lluevan sobre ella (Isaías V, 6). Conozco también la nube en la que Dios habló: En columna, dice, de nube hablaba a ellos (Salmo XCVIII, 7). Y Pablo me testifica en esta nube que no solo lo que se lee debe entenderse, diciendo: ¿No sabéis que nuestros padres estuvieron bajo la nube, y fueron bautizados en Moisés? (I Cor. X, 1, y 2). Esta nube, por tanto, significa la doctrina apostólica: que al dar sombra y proteger del calor, excluye todo el ardor del juicio futuro. Pero que sean desde los últimos de la tierra, escuchemos al Apóstol diciendo: Pienso que Dios nos ha mostrado a nosotros, los apóstoles, como los últimos, como abortivos (I Cor., IV, 9). El mismo Señor, cuando se discutía sobre el lugar y la dignidad entre los discípulos, dijo: Quien quiera ser el primero entre vosotros, sea el último de todos (Marcos X, 44). Estas nubes, por tanto, Dios, haciendo todo lo que quiere, las saca desde los últimos de la tierra: y esta doctrina que da sombra es exhalada por la humildad de la tierra.

16. Relampaguean, aquellos que brillan con conocimiento. Las lluvias se producen, mientras difunden la doctrina.---El relámpago se convirtió en lluvias. El relámpago es el reconocimiento de la virtud celestial: y el mismo Señor lo atestigua, diciendo: Porque así como el relámpago sale del Oriente y se muestra hasta el Occidente, así será la venida del Hijo del Hombre (Mateo 24, 27). Y esto es así en el Señor, quien no será visto en lugares como un cuerpo físico, sino en todas partes al llegar. Sin embargo, hoy en día, cualquiera que anuncie la virtud de Dios, quien proporcione su conocimiento a través de la doctrina, se ha convertido en relámpagos transformados en lluvias: primero brillando ellos mismos con el relámpago del conocimiento, y luego derramando la lluvia de palabras. Y de esta lluvia que debe ser derramada, Moisés no recuerda ya espiritualmente a través de la doctrina, sino corporalmente a través de la gloria, de esta manera: Atiende, cielo, y hablaré; y escuche la tierra las palabras de mi boca. Que mi enseñanza caiga como la lluvia, y mis palabras desciendan como el rocío, como la lluvia sobre la hierba, y como la nieve sobre el heno (Deuteronomio 32, 1 y 2). Aquellos relámpagos se han convertido en estas lluvias, es decir, palabras vivificantes y que irrigan al dar de beber.

17. Vientos. Nuestros ángeles custodios.---Se ha mantenido el orden, de modo que después de reunir las nubes de los confines de la tierra, después de establecer los relámpagos en lluvias, saca los vientos de sus tesoros. No es ambiguo qué vientos saca: aquellos de los que dice: Haciendo a sus ángeles espíritus (Sal. 103, 4). Son, en efecto, los ángeles de los pequeños que ven a Dios diariamente. Estos espíritus, por tanto, han sido enviados para la salvación del género humano: pues nuestra debilidad no podría resistir tantas y tan grandes maldades espirituales celestiales, si no se nos hubieran dado ángeles para nuestra custodia. Fue necesario el auxilio de una naturaleza superior para ello: y se nos enseña que esto es así por las palabras con las que el Señor confirma a Moisés, temeroso y asustado, diciendo: He aquí que mi ángel irá delante de ti (Éxodo 23, 23). Estos vientos, por tanto, los saca de sus tesoros, otorgando en ellos auxilio a la debilidad humana: para que estas defensas divinas nos protejan contra los poderosos del mundo, πρὸς κοσμοκράτορας, de estas tinieblas en la herencia de nuestra salvación.

18. Estas magníficas obras de Dios ahora se realizan espiritualmente en nosotros.---Sigue luego este orden de palabras, VERS. 8-12: Quien hirió a los primogénitos de Egipto, desde el hombre hasta el ganado, y envió señales y prodigios en medio de ti, Egipto, contra el faraón y contra todos sus siervos. Quien hirió a muchas naciones y mató a reyes poderosos. A Sehón, rey de los amorreos, y a Og, rey de Basán, y destruyó todos los reinos de Canaán: y dio su tierra como herencia, herencia a Israel, su pueblo. Frecuentemente, la palabra divina enseña que debe entenderse que es Dios, el creador del cielo y de la tierra y del universo, quien hirió a Egipto, dividió el mar, sumergió a los egipcios, sacó a su pueblo con grandes y maravillosas virtudes, lo alimentó con maná en el desierto, y tras expulsar a las naciones, lo introdujo en la tierra prometida. Y ciertamente, todas estas obras magníficas y espléndidas testifican que es Dios. Pues no es de una virtud mediocre y moderada haber realizado tales cosas: en ellas debe ser entendido como admirable. Pero el Apóstol nos enseña a reconocer con veneración en estos hechos la prefiguración de la doctrina y de la obra espiritual: cuando la ley es espiritual, cuando sus hechos son alegóricos, cuando los padres estuvieron bajo la nube, cuando fueron bautizados en Moisés, cuando bebieron de la roca espiritual, cuando la roca es Cristo, cuando finalmente, según la forma de la serpiente levantada en el desierto, el Señor debe ser exaltado. Por lo tanto, aunque aquellas cosas se realizaron corporalmente en Egipto, espiritualmente ahora se realizan en nosotros.

19. Egipto golpeado, los poderes del mundo clavados en la cruz. Prodigios de Cristo en medio de Egipto, o del mundo. Faraón, o el diablo, con sus vicios es aniquilado por el bautismo.--- Egipto, en el cual se refleja la forma del mundo, es golpeado por las virtudes y plagas de Dios, aterrorizado por señales y prodigios. Es golpeado por las plagas de Dios cuando escucha su juicio, cuando reconoce su condenación, cuando es juzgado diariamente en la culpa de su propia conciencia, cuando el Señor ha clavado en su cruz sus principales y originarias virtudes. También habló como si se dirigiera a un Egipto viviente y animado, (para que no se pensara que se dirigía a una tierra inanimada, sino a sus habitantes, a quienes había constituido como racionales y animados): Envió señales y prodigios en medio de ti, Egipto, sobre el Faraón y sobre todos sus siervos. ¿Qué significa en medio de ti? Lo entendemos por lo que se ha dicho, pero el Señor Dios, nuestro rey, rey antes de los siglos, ha obrado la salvación en medio de la tierra. En medio, por tanto, del lugar de la tierra, donde el Señor, obrando nuestra salvación, sufrió, envió señales y prodigios: mientras en las horas de su cruz el sol se ocultó; la tierra tembló, las rocas se rompieron, las tumbas se abrieron, los muertos resucitaron. Estas señales se hicieron en medio de ti, Egipto. Tu Faraón, es decir, el diablo, es aniquilado por las aguas cuando el pueblo es bautizado, él mismo sepultado con su ejército. Luego, muchas naciones fueron golpeadas; ciertamente innumerables habitantes de

vicios fueron extinguidos en nosotros. También reyes fuertes fueron eliminados; ciertamente fuertes.

20. ¿Por qué, de entre tantos reinos destruidos, se mencionan pocos? Seon el amorreo, Og de Basán y Canaán. --- Mató a Seon, rey de los amorreos, y a Og, rey de Basán, y a todos los reinos de Canaán. ¿Y qué significa esto? Se destruyeron tantos reinos, se extinguieron tantos reyes: ¿y solo de estos se hace memoria? En efecto, según la fidelidad de los hechos, se hace memoria de pocos entre muchos: pero solo se mencionan aquellos en los que, aunque se conociera el hecho, sin embargo, por las condiciones y virtudes de los nombres, había en ellos una condición espiritual subyacente. Pues Seon se interpreta como árbol infructuoso: lo que para nosotros es un árbol infructuoso, en hebreo se llama Seon, mientras que amorreo significa exacerbante. Así, bajo el significado de estos nombres, eliminó en nosotros las virtudes infructuosas que exacerban, es decir, los príncipes infructuosos que nos dominaban a nosotros que exacerbábamos al Señor: y por eso, según el dicho evangélico, fueron cortados como ejemplo del árbol infructuoso. Og, por su parte, tiene la interpretación de muro o vallado: Basán, de confusión o vergüenza. Este rey, pues, de nuestra confusión y vergüenza fue extinguido, disolviendo, según el Apóstol, el muro (Ef. II, 14): o el vallado, es decir, el obstáculo que nos prohibía el conocimiento de Dios, derribándolo. Luego mató a todos los reinos de Canaán. El Génesis enseña que Canaán es maldito (IX, 25), y que es siervo de sus hermanos, debido a la injuria deshonrosa hacia su padre. La interpretación del nombre Canaán es movimiento. Así, lo que nos movía hacia el vicio y la impiedad maldita, y reinaba sobre nosotros con su fuerza y poder, el Señor lo extinguió. Pero para que, a través de las diversas virtudes que operan en los hijos de la obediencia, no reinen los pecados en nosotros, escuchemos al Apóstol diciendo: No reine más el pecado en vuestro cuerpo mortal (Rom. VI, 12). Estos reinos, por tanto, han sido muertos: ya no dominan en nosotros.

21. A los fieles se les promete la posesión eterna de los cuerpos. ---Pero, ¿qué sucede después de que estos son muertos? Dio la tierra de ellos como herencia, herencia de Israel, su pueblo. En efecto, la tierra fue dada a los reyes y naciones mencionadas anteriormente; pero fue perdida de nuevo. Hoy es habitada por las naciones, Israel está exiliado por todas partes: ¿y cómo es que la tierra que fue dada es una herencia? Permanece, por tanto, el mismo orden: que bajo lo que se realizó corporalmente, se prescriban las cosas que habrían de realizarse espiritualmente. Por lo tanto, la tierra de nuestros cuerpos ha sido dada en herencia, la cual antes estaba maldita en Canaán y era inestable en vicios, en Basán llena de confusión y vergüenza, en el amorreo exasperante e irritante, que poseía en Og la muralla de la infidelidad, que había ocupado en Seón el árbol infructuoso. Esta tierra, por lo tanto, al ser desmantelada la muralla de la infidelidad y cortado de ella el árbol infructuoso, fue dada como herencia, y fue dada a Israel, su pueblo. Pero, ¿cuál es esta tierra de herencia, y quién es este Israel? Escuchemos al apóstol Pablo diciendo: Así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del celestial (I Cor. XV, 49). Este es Israel, a quien le corresponderá la herencia de esta tierra bienaventurada, a quien, glorificados en el Señor, le será la posesión eterna de su cuerpo terrenal. Esto es propio de los cristianos, quienes mantendrán este nombre intacto en sí mismos a través de la imagen celestial hasta el fin.

22. Lo que parece que deseamos para Dios, lo deseamos para nosotros. Así dice, VERS. 13: Señor, tu nombre es eterno. ¿Acaso debemos desear esto para Dios, o la eterna virtud necesita de nuestro voto para permanecer eternamente? Más bien, debemos desear que permanezca en nosotros. Así como cuando decimos: Santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo (Mat. VI, 9 y 10); ciertamente no deseamos que estas cosas sucedan para Dios: que sea santificado, quien ya es santo; que se haga su

voluntad, cuya realización está en su voluntad. Más bien, estos son deseos para nuestra causa, para que a través de las obras ejemplares de nuestra fe, su nombre sea santificado en nosotros; pues dice: Sed santos, porque yo soy santo (Lev. XI, 44): para que su reino venga a nosotros, y seamos dignos del reino eterno por la sustancia de eternidad que se nos concede: porque la esperanza de vida es confesar su reino; y al ladrón que le decía: Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino, le respondió: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 42 y 43): para que así como su voluntad es obedecida en los cielos por las incansables y celestiales virtudes, así también sea obedecida por nosotros en la tierra, para que la debilidad corporal no nos desvíe de cumplir su voluntad (pues en los cielos se dice incansablemente cada día: Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos: llenos están el cielo y la tierra de tu gloria. (Isaías VI, 3): para que tampoco nosotros tengamos otra cosa en la obra, por la cual su nombre sea santificado; ni otra cosa en la esperanza, por la cual esperamos que su reino venga a nosotros; ni otra cosa en la voluntad, por la cual le sean ofrecidas alabanzas eternas de nuestra parte. Este progreso es asunto de la necesidad de nuestro voto, para que su nombre permanezca con nosotros eternamente.

23. Memorial de Dios. De los judíos a los cristianos ha pasado. --- A continuación sigue: Y tu memorial de generación en generación. No, como a menudo, de siglo en siglo, ni de generaciones en generaciones, sino en generación y generación. Y esto no se refiere al nombre, sino al memorial. El memorial es la memoria de las obras de Dios, que se contienen en el libro de la ley. Y porque la ley y el memorial de Dios permanecieron en la primera generación, es decir, de los judíos, hasta la plenitud de los tiempos, así como el castigo para el pueblo de Sodoma y Gomorra fue postergado hasta la plenitud del pecado: de igual manera, cuando la primera generación completó la medida de todas las impiedades, el memorial de Dios y la memoria de todas sus obras pasaron a la siguiente generación, a los cristianos, con quienes hoy está la veneración de la ley, la profecía y el nombre del Señor.

24. La consolación de Dios por el Israel perdido, pueblo fiel. --- Mantuvo este mismo orden en lo que sigue, diciendo, VERS. 14: Porque el Señor juzgará a su pueblo, y en sus siervos se consolará. Hay diferencia entre ser juzgado y ser consolado; y hay diferencia entre pueblo y siervo. En los siervos hay consolación, pero en el pueblo hay juicio. ¿Quién no sabe que el pueblo de Dios es llamado Israel según la carne? Sin embargo, el Apóstol ha dicho: Los que han pecado bajo la ley, por la ley serán juzgados (Rom. II, 12). Juzgará, por tanto, Dios a su pueblo; pero en sus siervos se consolará, precisamente aquellos de quienes el Señor dice: El que cree en mí, no será juzgado, sino que pasará de la muerte a la vida; pero el que no cree, ya ha sido juzgado (Juan V, 24). El Señor se consolará, una vez juzgado Israel, en sus siervos. En todos los fieles de la tierra tendrá consuelo por la pérdida.

25. La bondad y los beneficios de Dios hacia los israelitas. Cuán ingratos fueron, las naciones no lo fueron así. --- Pues habría querido que su pueblo, al que había elegido en sus padres Abraham, Isaac y Jacob, no fuera juzgado: por el cual, después de diversas plagas, había afligido a Egipto, por el cual había permanecido en la columna de fuego y nube, por el cual había dividido el mar, hecho brotar agua de la roca, enviado maná del cielo, establecido la ley, perdonado tantos sacrilegios, derribado tantos reinos irreligiosos, enviado profetas, querido que su Unigénito naciera como hombre; pero el pueblo, ingrato por tantos y tan grandes beneficios, y siendo el primer colono elegido de la viña, levantó manos parricidas contra el mismo Señor de la viña (Mat. XXI, 38), crucificando a Dios, en cuanto le fue posible, al dar muerte al hombre. Pero fueron elegidos siervos, a quienes se entregaría la viña para que dieran sus frutos: en ellos el Señor, al juzgar a su pueblo, se consolara de la pérdida de su piedad. Así, las naciones lo consuelan, devolviendo en sus mártires, confesores y fieles

los frutos de la gracia que les fue confiada. Sin embargo, esta no es una voz nueva ni exclusiva de este profeta. Moisés, en aquel célebre cántico del Deuteronomio, cuando proclamaba los pecados de este pueblo, sus últimas impiedades y la fe de otra generación, dijo: Porque el Señor juzgará a su pueblo, y se consolará en sus siervos (Deut. XXXII, 36). También el santo Eleazar, cuando los príncipes de su pueblo lo obligaban a degustar el sacrificio falso, consumó la gloria del martirio bajo esta misma voz, sabiendo que el Señor se consolaría en sus siervos que cumplen su voluntad, al juzgar a su pueblo.

26. Contra los idólatras.---Se dirige luego a disipar el error de los gentiles con un discurso profético, para refutar las supersticiones necias e irreligiosas a partir de las mismas causas de las supersticiones, diciendo, VERS. 15-18: Los ídolos de las naciones son plata y oro, obra de manos de hombres. Tienen boca, y no hablarán; tienen ojos, y no verán; tienen oídos, y no oirán; [tienen narices, y no olerán; tienen manos, y no palparán; tienen pies, y no caminarán: no emitirán sonido en su garganta:] ni hay espíritu en su boca. Sean semejantes a ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos. Frecuentemente en otros salmos se ha dicho lo mismo sobre los ídolos de las naciones: y toda profecía se esfuerza en apartar el error humano de estos estudios de irreligiosidad tan necios. Pues muchos añaden a estas impiedades su autoridad, buscando honor para los dioses que se han hecho, mediante el valor de los metales, dándoles forma de oro y plata: pero solo pueden otorgarles lo que pueden, a saber, la imagen de la boca, los ojos, los oídos, las narices, las manos y los pies, adorando a sus dioses en la forma de un cuerpo muerto, al cual, al partir el espíritu, la boca es muda, los ojos son opacos, los oídos sordos, las narices inanimadas, las manos deshechas, los pies rígidos, todo el cuerpo es inmóvil. Pero se les atribuye a su error lo que ni siquiera se atreven a esperar: que sean semejantes a aquellos a quienes adoran, que veneren en compañía de los venerados, ellos mismos, al modo de los ídolos, cuerpos muertos dejados sin el espíritu de vida.

27. El orden de los fieles es cuádruple, el más excelente de todos. Habiendo demostrado el error gentil, el discurso profético se refirió al orden de la doctrina, diciendo, VERS. 19, 20: Casa de Israel, bendecid al Señor; casa de Aarón, bendecid al Señor; casa de Leví, bendecid al Señor; los que teméis al Señor, bendecidlo. En estas distinciones de nombres y oficios, abarcó a todo el pueblo de la Iglesia; pero a través de la significación de las denominaciones y propiedades, dividió los méritos de esos oficios. En lo que se dice casa de Israel, y casa de Aarón, y casa de Leví, y los que teméis al Señor, se discierne que son diferentes: para que, según el Apóstol escribiendo a los Corintios, haya cierta distinción en los nombres, cuando dice: A los llamados, santos, con todos los que invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo (I Cor. I, 2); para significar que llamados, santos e invocadores del nombre del Señor son diferentes. Ahora bien, primero vemos que se nombra a Israel, en segundo lugar a Aarón, en tercero a Leví, y en cuarto a los que temen al Señor. Y no hay duda de que en Aarón se significan los sacerdotes: pues en la ley Aarón fue el primer sacerdote, y desde entonces el honor de los sacerdotes permaneció en su sucesión. En Leví, sin embargo, se muestran los ministros: pues esta tribu fue elegida para el ministerio. El resto del pueblo, al que no le corresponde el oficio de sacerdocio ni de ministerio, sino de temor, se nombra entre los que temen al Señor. Nos enseña el Apóstol que sobre todos estos está Israel, cuando dice: Y a todos los que sigan esta regla, paz sobre ellos y misericordia, y sobre Israel (Gál. VI, 16). Los sacerdotes y ministros contienen la regla de su oficio en lo que hacen; pero es mucho mejor hacer algo por voluntad que por ley. Y es óptimo, a través del orden del ministerio, no solo satisfacer al ministerio, sino esforzarse por el conocimiento de Dios y la contemplación a través de la ciencia de la doctrina y el fervor de la fe. Por tanto, colocó en el primer orden de los que bendicen a aquel que entiende y ve a Dios, lo cual es propio de Israel (quien, en el oficio en el que estuviera, y el honor del sacerdote, sobresaliera por esta misma virtud de

conocer y contemplar a Dios por la fe): porque aunque haya muchos Aarón, es decir, sacerdotes; sin embargo, pocos serán encontrados como Israel, es decir, quienes contemplen a Dios con el conocimiento de la mente. Por tanto, estos son llamados primero a bendecir: los demás después de ellos, en el oficio en el que también ellos estuvieran, bendecirán. Pero bendicen a Dios, tanto la casa de Israel, como la casa de Aarón, y la casa de Leví, y todos los que temen al Señor: a aquel que es el Dios bendito desde Sion, que habita en Jerusalén, el monte santo de Sion, y la ciudad celestial, la Iglesia de los primogénitos, que permanecen y están escritos en los cielos, en nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXXXV. Aleluya.

Confesad al Señor: porque es bueno, porque su misericordia es eterna. Confesad al Dios de los dioses: porque su misericordia es eterna. Él que hizo maravillas (Hil. añade grandes), solo, porque su misericordia es eterna. Él que hizo los cielos con inteligencia: porque su misericordia es eterna. Él que afirmó la tierra sobre las aguas (Hil. aguas): porque su misericordia es eterna. Él que hizo las grandes luminarias solo: porque su misericordia es eterna. El sol para el dominio del día: porque su misericordia es eterna. Él que hirió a Egipto con sus primogénitos: porque su misericordia es eterna. Y sacó a Israel de en medio de ellos: porque su misericordia es eterna. Con mano fuerte y brazo extendido: porque su misericordia es eterna. Él que dividió el Mar Rojo en partes: porque su misericordia es eterna. Y condujo a Israel por en medio de él: porque su misericordia es eterna. Y sacudió a Faraón y su ejército en el Mar Rojo: porque su misericordia es eterna. Él que condujo a su pueblo por el desierto: porque su misericordia es eterna. Él que hizo brotar agua de la roca: porque su misericordia es eterna. Él que hirió a grandes reyes: porque su misericordia es eterna. Sehón, rey de los amorreos: porque su misericordia es eterna. Y Og, rey de Basán: porque su misericordia es eterna. Y dio la tierra de ellos como herencia: porque su misericordia es eterna. Porque en nuestra humillación se acordó de nosotros (Hil. añade el Señor): porque su misericordia es eterna. Y nos redimió de nuestros enemigos (Hil. de la mano de nuestros enemigos): porque su misericordia es eterna. Él que da alimento a toda carne: porque su misericordia es eterna. Confesad al Dios del cielo: porque su misericordia es eterna.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Dignidad de las Escrituras. Se devalúa por la falta de consideración. --- No es ociosa la palabra profética, ni el lenguaje espiritual surge de causas vanas y superfluas. Pues si en los hombres prudentes se espera principalmente que lo que dicen sea digno de su gravedad y doctrina; y que toda palabra no sea fortuita y vaga, sino que provenga de causas razonables, sea útil para la expectativa de los oyentes y congruente con la autoridad de quienes disertan: cuánto más debe pensarse esto de los discursos celestiales, para que todo lo que en ellos hay se considere elevado, divino, razonable y perfecto. Pero a menudo, o mejor dicho, siempre, por nuestro defecto sucede que lo que escuchamos leer en la iglesia lo descuidamos, estando nuestros oídos y mentes lejos de ello: de modo que por la negligencia al escuchar, se devalúa ante nosotros la dignidad de las palabras celestiales. Cuando en el tiempo de la lectura calculamos razones, concebimos iras, pensamos en injurias, recordamos lujos: entonces, estando ocupados en estas cosas, nuestros oídos son sordos y la mente es torpe; y si algo de lo que se lee llega a nuestros oídos, el alma, abrumada por las preocupaciones del mundo, no siente la virtud de las palabras: y aquello cuya comprensión no alcanza, lo considerará de poca autoridad.

2. La doctrina multiforme de las Escrituras. Por qué sus libros son numerosos y variados.--- Sin embargo, todo lo que se encuentra en los libros proféticos contiene en sí un gran progreso para la salvación y la doctrina humana, y todo fue escrito por nuestra causa: para que ahora nos aporten una enseñanza de vida inocente, ahora nos revelen el conocimiento de Dios, ahora nos otorguen el entendimiento de nuestra origen y naturaleza, ahora nos proporcionen la comprensión de lo futuro no solo con esperanza, sino con razón, ahora expongan las causas de este universo y su origen, y extiendan el sentido humano, incapaz de comprender cosas tan grandes, hacia la captación de este conocimiento mediante diversos géneros de doctrina. Fue necesario, en efecto, contar con ciertas partes y divisiones, a través de las cuales, poco a poco, mediante el uso constante de la práctica, al menos una opinión incomprensible de esta inteligencia pudiera infiltrarse en nosotros. Hay muchos profetas, y sus dichos son inmensos y abundantes. También hay muchos salmos, y en cada uno se han acumulado muchas y variadas cosas. Y aunque todos abarcan en sí una misma forma de doctrina, nos dirigen por diferentes caminos hacia el mismo conocimiento; no acumulando todo en uno (pues somos incapaces de todo), sino explicando partes con partes: para que a través de lo que se conoce individualmente, se progrese hacia mucho. En este salmo, sin embargo, porque los argumentos de la misma cosa son diversos, se contiene que entendamos que la causa de este universo, es decir, por qué el cielo, por qué la tierra, por qué los hombres, por qué las demás cosas existen, proviene de la bondad y misericordia de Dios, por lo que se dice, VERS. 1: Confitemini Domino: quoniam bonus, quoniam in saecula misericordia ejus.

3. Confesión doble. ¿Qué es la confesión del pecado? Tiene la profesión de cesar.---VERS. 1. En primer lugar, en lo que así ha comenzado, confitemini Domino, se ofrece una significación de doble entendimiento: ya sea que alabemos a Dios en la confesión, porque es bueno, porque su misericordia es para siempre; o confesemos nuestros pecados a Él, para que sean perdonados por Él, porque es bueno y su misericordia es inagotable. Ambas cosas son convenientes a nuestra naturaleza; para que alabemos a aquel a cuya cognición nacemos, y confesemos nuestros pecados a aquel que es bueno y misericordioso para siempre, bajo el reconocimiento del pecado. No es confesión confesar a Dios, quien nada ignora, lo que has hecho: porque Dios no necesita esa confesión, a cuya cognición nada es oculto, a cuyo acceso nada es inaccesible, a cuya virtud nada queda, fuera de quien no hay lugar alguno. Pero la confesión es, a saber, el reconocimiento profeso de lo que era ignorado, avanzando desde la opinión del juicio de uno hacia la sentencia de la inteligencia de otro. Pues antes cada uno consideraba útil y placentero para sí mismo robar, golpear, hurtar, ser soberbio, beber, fornicar: pero cuando reconoció que todas estas cosas están sujetas a condenación eterna, al conocerlas confiesa su error. La confesión del error, sin embargo, es la profesión de cesar (Así más abajo en el salmo CXXXVII, n. 3). Por lo tanto, se debe cesar del pecado, por el cual ha comenzado la confesión del pecado. De lo contrario, está fuera del perdón quien ha reconocido el pecado, pero no confiesa lo reconocido.

4. No debe interrumpirse incluso para los justificados. --- Sin embargo, siempre se debe confesar: no porque siempre se deba pecar para que siempre se deba confesar, sino porque la confesión incansable del pecado antiguo y pasado es útil. El Espíritu Santo enseña que siempre se debe confesar, cuando dice a través del Profeta: El justo es acusador de sí mismo en su primer discurso (Prov. XVIII, 17). El justo no se acusa por lo presente, sino por lo pasado: pues a quien le acompaña la acusación de lo presente, se le quita el nombre de justo. Y escuchemos al apóstol Pablo acusándose a sí mismo por lo pasado, cuando dice: Porque no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy (I Cor. XV, 9 y 10). Esta es la verdadera confesión del hombre justo, que recomienda la justicia presente a partir de la conciencia y confesión de lo pasado. A esto

también se nos exhorta en otro lugar por el profeta: Confiesa, dice, tus pecados primero, para que seas justificado (Isaías XLIII, 26). A esta confesión, por tanto, somos llamados en el salmo: porque es bueno, porque su misericordia es eterna; invocando con mayor fe (o confianza de fe) nuestra confesión, porque aquel a quien confesamos es bueno y no sabe dejar de ser misericordioso.

5. Dios de dioses, es decir, de los bienaventurados. La mayor causa de la gloria eterna es la misericordia de Dios.---VERS. 2. Alabad al Dios de los dioses; porque su misericordia es eterna. Como se nos enseña en los Evangelios con la respuesta del Señor a los saduceos, no es Dios de muertos, sino de vivos (Mateo XXII, 32): por quien también se dijo: Yo dije, sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo (Juan X, 34). Dios no se digna ser Dios de los corruptibles y muertos, sino de aquellos que serán transformados en la gloria celestial, despojados del viejo hombre terrenal, revestidos del nuevo que está en los cielos, quienes serán conformes al cuerpo de la gloria de Dios. Y aunque estos se conviertan en dioses, como lo exige el mérito de su fe, sin embargo, la mayor causa es que su misericordia es eterna. Él no necesitó ser llamado Dios de dioses: sino que es por su bondad y misericordia que hace dioses, impartiendo el honor de su nombre desde el afecto de su misericordia y bondad.

6. Reyes y señores son aquellos que no sirven a la carne. De estos, Dios es el Señor.---VERS. 3. Confesad al Señor de los señores: porque su misericordia es eterna. El Apóstol enseñó que se pueden llamar dioses, ya sea en el cielo o en la tierra; para que esto no solo se vea como propio de la naturaleza humana, sino también de la espiritual (angélica, según el Tratado anterior n. 9), cuando dice: Pero aunque haya dioses que se llamen en el cielo y en la tierra (I Cor. VIII, 5), demostrando que este nombre es adecuado para ambas naturalezas mediante la significación del cielo y la tierra. El mismo Apóstol también indica que el Señor es Señor de los señores, cuando dice: Rey de reyes y Señor de señores (I Tim. VI, 15), el dominio sobre los viles y degenerados es indigno de Dios. Aquel es Rey de reyes y Señor de señores, como es Dios de dioses. Y no es ambiguo a qué dioses se refiere: de los cuales dijo: Dios se levanta en la asamblea de los dioses (Sal. LXXXI, 1). Sin embargo, el mismo Apóstol muestra claramente quiénes son los reyes, diciendo: Ya reináis sin nosotros, y ojalá reinaseis (I Cor. IV, 8). Son reyes aquellos en quienes no reina el pecado, que dominan sus cuerpos, sobre los cuales tienen el derecho y el poder de someter la carne. Por lo tanto, estos son reyes, y de ellos Dios es el rey. También son señores aquellos que no serán esclavos del pecado: porque quien comete pecado es esclavo del pecado (Juan VIII, 34). Por lo tanto, hay que dominar el pecado, no servirle. Son señores aquellos que someten estos cuerpos de pecado a su dominio mediante la sujeción de sus vicios y pecados. El Apóstol sabe que es señor de su cuerpo, cuando dice: Pues someto mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre (I Cor. IX, 27). Quien reduce a servidumbre, necesariamente debe, con derecho de señor, reducir a servidumbre a aquel que va a servir. De estos tales señores, Dios es el Señor, llamándolos a través de la esperanza de la eternidad, para que sean señores, para que en estos señores Dios sea el Señor: y esto no por otra razón, sino porque su misericordia es eterna: otorgándonos, por la bondad de su eterna misericordia, que al hacernos señores, seamos dignos de aquel de quien Él mismo es Señor.

7. Todo lo que se realiza de manera maravillosa a través de los hombres es obra de Dios. ---VERS. 4. Él es quien hace grandes maravillas solo. En muchas de las acciones humanas han ocurrido cosas grandes y maravillosas; pero todo lo que se ha realizado en ellas se refiere a aquel cuya virtud las llevó a cabo. Moisés realizó muchas maravillas en Egipto; pero los magos y encantadores dan testimonio de que en esas obras está el dedo de Dios, como está escrito: "Entonces los encantadores dijeron al faraón: Esto es el dedo de Dios" (Éxodo VIII,

19). De esto se muestra que la virtud de Dios operó a través de Moisés, en cuyo ministerio se realizaban aquellas cosas. También fue un gran milagro cuando, al decir Josué, el sol se detuvo frente a Gabaón y la luna frente al valle de Ajalón (Josué X, 12). No sé qué podría ser más maravilloso que esto: cuando, por la palabra de un hombre, el sol y la luna fueron detenidos en su curso por un día. Pero la Escritura pronto añadió al autor de esta virtud, diciendo: "No hubo día como aquel, ni antes ni después, en que el Señor escuchara a un hombre de tal manera: porque el Señor combatía por Israel. En esto, pues, que Josué fue escuchado, y Dios combatía en Israel" (Ibid., 14); se muestra su virtud en los hechos, quien combatía y escuchaba.

El cielo primero y la sede de los ángeles.---VERS. 5. Él que hizo los cielos con entendimiento: porque su misericordia es eterna. La única razón para hacer las cosas es su misericordia; pues no necesitaba que fueran hechas. Pero quien es bueno, hizo todo para que muchos pudieran disfrutar de las riquezas de su bondad. Hizo, sin embargo, los cielos con entendimiento, no irracionales, ni informes, ni confusos y desordenados. Sino que, al colocar la región a su conocimiento, quien es infinito, al colocar el cielo superior y primero en un mismo círculo, estableció un límite para las Virtudes, que serían las primeras en ser engendradas para conocerlo. Pues las creaciones que iban a ser engendradas no podrían soportar la virtud del Dios invisible, a menos que, por la interposición de una naturaleza más moderada, habitaran esta sede adaptada a la debilidad. Porque al elevar las aguas, moderó la misma naturaleza de ese primer cielo, que, encendida por la virtud del Dios circundante, no podría ser soportada por las naturalezas inferiores.

9. El cielo inferior múltiple se llama firmamento. --- En verdad, el cielo inferior, no uniforme, sino múltiple, se extendió: llamándolo todo firmamento, lo consolidó con una firmeza fuerte para el sostenimiento de las aguas superiores y la moderación de nuestro aire. Y por eso la doctrina profética ha revelado varios cielos: porque fue necesario para nuestra naturaleza que, a través de ciertos momentos y progresos de moderaciones razonables, esta región, concedida a nosotros como morada presente, fuera moderada.

10. Sobre el número de los cielos no hay certeza.---En cuanto al número de los cielos, la temeridad de las doctrinas humanas no debe presumir nada. El Apóstol entiende que fue arrebatado hasta el tercer cielo. Ciertamente enumera varios tronos, dominaciones, potestades, principados (II Cor. XII, 2), a los cuales es necesario asignarles sedes propias de habitación adecuada. Pero también indica que hay otras cosas, cuyo conocimiento promete para tiempos futuros, cuando dice: Y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero (Efes. I, 21). Pero el Apóstol no enseñó nada sobre el número: y no sé si guardó silencio o si lo ignoraba. Pues ahora ha confesado conocer en parte: y sin embargo, cuando fue arrebatado a los cielos, testifica haber oído cosas que no deben ser dichas (I Cor. XIII, 9). Nos basta saber que hay varios cielos: ya que los cielos de los cielos, y las aguas que están sobre los cielos alaban al Señor.

545 11. La disposición de la tierra y la inmensidad de Dios.---Bajo el cielo inferior del círculo superior, que llamó firmamento, colocó la tierra más abajo: suspendiéndola y afirmándola en el centro, dispuso su lugar de tal manera que obtuviera la mitad del círculo en el que está encerrada con medidas iguales por todas partes: para que aquel que es infinito, rodeado primero por el círculo del cielo superior, con líneas iguales desde toda su circunferencia, tocara con el espíritu de su virtud, moderado para el uso y la naturaleza de los seres animados, las cosas que serían creadas. Pues el Apóstol dice: Porque en él vivimos, nos movemos y existimos (Hechos XVII, 28); por lo cual se muestra que la tierra está situada en

medio de él, como en el ámbito del Espíritu difundido: ya que en Dios todos vivimos, nos movemos y existimos. Y que está difundido y penetrante en todas las cosas con el espíritu de su moderación, lo enseña el Profeta diciendo: El Espíritu de Dios llenó el orbe de la tierra (Sab. I, 7); por lo cual se muestra que está rodeado y difundido tanto por dentro como por fuera, en el ámbito y en el acceso.

12. Sin embargo, que la tierra no esté sumergida en una sola región, el Espíritu Santo lo muestra consecuentemente, diciendo, VERS. 6: Él afirmó la tierra sobre las aguas: porque su misericordia es eterna. La razón del presente tratado y del lugar no nos permite investigar más profundamente. Baste con haber aprendido, por la autoridad profética, que la tierra se sostiene con firmeza pendular sobre las aguas, sombreada por la protección de la moderación del cielo, este firmamento, que se extiende como un cuero, y se solidifica como el humo, separando las aguas superiores e inferiores. Ciertamente, está contenida pendularmente por las aguas, y en esto, como en todo, la causa es que su misericordia es eterna.

13. Que el Padre obra solo, pero no sin el Hijo. --- En lo que sigue, VERS. 7: Que hizo las grandes luminarias solo: porque eterna es su misericordia; no debe entenderse que lo hizo fuera de la Sabiduría y el Verbo y el Poder, es decir, el unigénito Dios nuestro Señor Jesucristo: ya que Él dijo en persona de la Sabiduría: Yo estaba con Él disponiendo (Prov. VIII, 30). Pero quien disponía, fue engendrado y nacido de aquel con quien disponía. Y dado que las obras del Hijo son obras del Padre, y el Padre obra en el Hijo, por lo que dice: El Padre que está en mí, Él hace sus obras (Juan XIV, 10); y de nuevo: Yo hago las obras del Padre (Juan X, 37), obra solo, en Él y por Él operando a quien engendró.

14. ¿Por qué las divisiones del mar Rojo, y no una división? Hay muchos caminos hacia el cielo.---En los demás casos, la doctrina de mostrar la misericordia de Dios es absoluta: para que sepamos que todo fue hecho por ninguna otra razón, sino porque Dios siempre es misericordioso. Sin embargo, sobre lo que debe entenderse espiritualmente de los asuntos de Egipto, el Tratado del salmo anterior, en la medida en que pudimos desarrollarlo, lo ha abarcado: a cuya confirmación también se añade lo que se dice en este salmo, VERS. 13: Quien dividió el mar Rojo en divisiones: porque su misericordia es eterna. El libro del Éxodo enseña una división del mar Rojo, diciendo: Y el mar se secó, y las aguas se dividieron (Éxodo XIV, 21): ¿y cómo ahora el mar Rojo se divide en divisiones? A menos que considere que bajo la narración de los hechos se contiene el orden de la doctrina espiritual. Pues al escapar de Egipto, que es la forma del mundo, y al ir hacia la tierra de promisión que según el Evangelio heredarán los bienaventurados, pasaremos por el mar Rojo, es decir, a través de los agitados oleajes y movimientos fluctuantes de este mismo mundo, en el cual hay muchas divisiones para el camino. Para algunos, el camino es a través del ayuno, para otros a través de la castidad, para otros a través de la limosna, a través de la fe, de la esperanza, de la caridad. Y es necesario que todas estas cosas tengan diversas divisiones para atravesar este mar, sin embargo, todos los que van a atravesar el camino del mundo lo harán a través de estas divisiones de caminos.

15. Qué redención se canta aquí.---La conclusión del salmo, para que todo esto se entienda sobre el futuro, se afirma con mayor fe, cuando dice, VERS. 23-26: En nuestra humillación, el Señor se acordó de nosotros: porque su misericordia es eterna. Y nos redimió de la mano de nuestros enemigos: porque su misericordia es eterna. Él da alimento a toda carne: porque su misericordia es eterna. Alabad al Dios del cielo, porque su misericordia es eterna. Pues Dios no solo se acordó de la humillación humana cuando eligió a Moisés como líder para liberar al pueblo de Egipto, sino que se acordó de nuestra humillación de manera más

perfecta cuando asumió nuestra misma humildad al nacer en cuerpo, cuando absorbió este cuerpo humilde y terrenal en la gloria de su naturaleza celestial. No redimió entonces de la mano de los enemigos cuando los liberó del dominio de los egipcios, ya que después fueron sometidos a enemigos y hoy son restringidos por el poder de un imperio ajeno; sino que nos redimió cuando se entregó por nuestros pecados, nos redimió por su sangre, por su pasión, por su muerte, por su resurrección. Estos son los grandes precios de nuestra vida. Porque, dice el Apóstol, habéis sido comprados por un gran precio (I Cor. VI, 20), y redimidos de los enemigos, del diablo, de sus ángeles, del hijo de perdición, de los príncipes del aire, de los poderosos del mundo, de la muerte enemiga. Y redimió dando alimento a toda carne: Él da alimento a toda carne. A toda carne, es decir, a la que ha sido redimida, le da alimento incorruptible, eterno, el pan vivo, el pan celestial. Y en cada uno de estos aspectos, que se acuerda de nuestra humillación, que hemos sido redimidos, que toda carne redimida recibe alimento; la causa es, porque su misericordia es eterna: y [por lo cual se le debe alabar. Alabad al Dios del cielo, porque su misericordia es eterna.] Que el cielo, que la tierra, que las demás cosas, y eso mismo que somos quienes no fuimos, que seremos lo que no somos, no tiene otra causa sino la misericordia de Dios: porque quiso que naciéramos para compartir sus bienes, Él que es bueno. Porque uno solo es bueno, dice nuestro Señor Jesucristo (Matth. XIX, 17), quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXXXVI.

Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos al recordar a Sion. En los sauces en medio de ella colgamos nuestras arpas. Porque allí los que nos llevaron cautivos nos pedían palabras de canciones; y los que nos llevaron, decían: Cantadnos un himno de los cánticos de Sion. ¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña? Si me olvido de ti, Jerusalén, que mi diestra se olvide de mí. Que mi lengua se adhiera a mi paladar, si no me acuerdo de ti. Si no pongo a Jerusalén como el principio de mi alegría. Acuérdate, Señor, de los hijos de Edom en el día de Jerusalén. Ellos decían: Arrasadla, arrasadla hasta sus cimientos. Hija de Babilonia, miserable, bienaventurado el que te retribuya la retribución que nos hiciste. Bienaventurado el que tome y estrelle a tus pequeños contra la roca.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Este salmo puede referirse a la cautividad en Babilonia. A algunos se les atribuye a Jeremías. --- Es un conocimiento claro que los judíos fueron llevados cautivos según la profecía de Jeremías y conducidos a Babilonia. No hay duda de que a través de este mismo libro de los salmos se pudo profetizar la cautividad del pueblo. Pues en otro salmo también es evidente que se profetizó de manera absoluta la destrucción de esa nación y ciudad, cuando se dice: Dios, las naciones han venido a tu heredad, han profanado tu santo templo, han puesto a Jerusalén como una guardia de huertos. (Salmo 78, 1). Y en este salmo presente también parece significarse lo mismo: especialmente cuando a algunos les ha parecido bien inscribirlo con el título de Jeremías; porque fue él quien anunció la cautividad antes de que ocurriera. Ciertamente, entre los ancianos hebreos, según el conocimiento que hemos adquirido de ellos, este salmo está sin el título de esa inscripción.

2. Todos los hechos en la ley son sombras de lo por venir. No hay duda, sin embargo, de que todo lo que se hizo en los padres o por nuestros padres, presentó la forma del futuro en lo que se realizó. Y que esto es así, también lo atestigua este libro de los salmos. Pues cuando en el salmo setenta y siete se enumeran todas aquellas cosas que ocurrieron en Egipto y en el desierto y en los demás lugares sucesivos, se demostró que eran parabólicas de esta manera:

"Escucha, pueblo mío, mi ley; inclina tu oído a las palabras de mi boca. Abriré mi boca en parábolas, hablaré de proposiciones desde el principio" (Sal. LXXVII, 1, 2). Porque a través de lo que son parábolas y proposiciones, se comparan con los efectos de las cosas futuras. El Apóstol también enseña que esas mismas cosas que sucedieron, ocurrieron como prefiguración, diciendo: "Porque la ley tiene una sombra de los bienes futuros, y todo sucedió en preformación para ellos: pero se escribió para nosotros, en quienes han llegado los fines de los siglos" (I Cor. X, 11). Por lo tanto, los mismos hechos son ejemplo, y están escritos para enseñanza.

3. La cautividad de la mente, que se trata en este salmo, es más bien que la corporal. Por lo tanto, esta cautividad corporal del pueblo debe referirse como ejemplo de la cautividad espiritual. Nuestras mentes están cautivas bajo el dominio de los cuerpos y del mundo, cautivas por los demonios debido al derecho de los vicios, que ejercen su imperio sobre nosotros a través de diversos tipos de ministerios: mientras la embriaguez nos posee, mientras el lujo nos somete, mientras la avaricia nos domina, mientras la ambición nos ocupa, mientras la malevolencia nos retiene, mientras la ira nos usurpa, mientras todos estos incentivos de los vicios reinan en nosotros. Porque el Señor vino, según el profeta, a revertir la cautividad (Isaías LXI, 1), cuando se dice: Predicar la remisión a los cautivos (Lucas IV, 19). Vino a liberar a los atados, cuando dice: ¿No debía esta hija de Abraham, a quien Satanás había atado durante dieciocho años, ser liberada en el día de reposo? (Lucas XIII, 16). Vino a conducir a los siervos a la libertad, diciendo: En verdad os digo, que todo el que comete pecado es esclavo del pecado. Pero el esclavo no permanece en la casa para siempre, el hijo permanece para siempre. Si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres. (Juan VIII, 34 y ss.) Por lo tanto, somos capturados y atados y servimos, no tanto con el cuerpo, sino también con la mente. Y en el presente salmo, toda la virtud y razón de las palabras parece tratar no tanto la cautividad corporal, sino la espiritual. Porque en las quejas y en los habitantes, y en las cosas y en los nombres, hay momentos que indican que esta lamentable queja del Profeta significa más bien la cautividad espiritual.

4. La cautividad de los judíos es digna de llanto.---VERS. 1 y 2. Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, al recordar a Sion. En los sauces en medio de ella colgamos nuestros instrumentos. Este es el sentimiento del afecto humano, que entre las injurias de las calamidades presentes, gime al recordar los bienes pasados. Contemplemos con el ánimo, Jerusalén capturada, los reyes sirviendo a los señores vencedores, los sacerdotes sometidos a los pontífices de las impiedades gentiles, arrebatado a todos el derecho al matrimonio, sometida a la lujuria de los babilonios la pureza de la virginidad capturada; y a partir del gemido de aquellos que habrían de sufrir estas cosas, consideraremos digno que el Profeta haya proclamado: Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, al recordar a Sion.

5. El estado lamentable del hombre caído. Lo que Adán perdió con el pecado.---Pero porque Sion es la sede de la bienaventuranza eterna, y la madre celestial para nosotros es Jerusalén, la ciudad santa de los ángeles que se congregan y de los primogénitos inscritos en los cielos; y aquella Babilonia es la ciudad turbulenta por un movimiento irracional, que, como enseña el Génesis, fue llamada Babilonia por los hombres de lenguas confusas (Gén. XI, 9); pues allí comenzaron a hablar en las lenguas de todas las naciones, cuando había un solo idioma para todos; y el mismo vocablo de Babilonia tiene la interpretación de confusión: por tanto, cualquiera que recuerde que, por el crimen del primer padre Adán, se ha hecho exiliado de aquella Sion, en la cual hay vida sin codicia, sin dolor, sin miedo, sin crimen, y se ha entregado al siglo de esta confusión como Babilonia, entregado al cuerpo que está confundido

por la perturbación de los vicios, apetitos y codicias; correctamente él mismo proclamará espiritualmente como cautivo: Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, al recordar Sion. En los sauces en medio de ella colgamos nuestros instrumentos.

6. Contra los amantes excesivos de las letras. Las obras del siglo y de la carne son como ríos.---Quisiera interrogar a aquellos que piensan que todo debe ser entendido literalmente, sobre cuáles ríos pasan por Babilonia, para que allí el pueblo cautivo se haya asentado, y no más bien haya llorado su cautiverio en las plazas, en las puertas, en las torres o en las casas: luego, con qué tambores, cítaras u órganos fue capturado, qué historia ha narrado esto, con todo el aparato musical sirviendo Israel a los vencedores: finalmente, qué sauces han florecido alguna vez en medio de la ciudad, para que allí, como en un almacén público de músicos, los instrumentos colgaran suspendidos. Si todo esto es vano en los hechos de los asuntos corporales, debe seguirse la razón que nos exhorta, desde las autoridades proféticas, al conocimiento espiritual. Lloran todos los que se sienten cautivos en Babilonia, y se sientan junto a los ríos. Pues todas las obras del siglo y del cuerpo, como ríos, fluyen sin detenerse en su curso; corren, se deslizan y pasan. ¿Qué placer corporal no ha pasado ya o está a punto de pasar? ¿Qué alegría terrenal no se desvanece con el mismo sentido fugitivo de su fruto presente? Sentados, pues, junto a estos ríos de cautiverios seculares, y llorando al recordar Sion, gimen por el deseo de lo perdido y la calamidad presente.

7. Los sauces, santos y fieles. Órganos, cuerpos humanos. ---No solo se sientan y lloran, sino que también en medio de ella cuelgan sus órganos en los sauces. La naturaleza de los árboles de sauce es tal que, aunque estén secos, si son regados, reverdecen; luego, una vez cortados y plantados en terreno húmedo, echan raíces por sí mismos. Y bajo la naturaleza de este árbol, la autoridad profética significa a los santos y fieles, como dice Isaías: "Brotarán, dice, como hierba en medio del agua y como sauce junto a corrientes de agua" (Isa. XLIV, 4). Pues cada uno surge de la muerte, antes seco por los pecados; y cortado de la raíz de la vida anterior, ahora revive con el discurso de Dios y el sacramento del bautismo en aguas vitales. Pero también cuando la festividad de los tabernáculos fue entregada corporalmente a los judíos (ese tabernáculo frondoso que se preparaba como ejemplo de la futura alegría y del tabernáculo con ramas de árboles escogidos), se ordenó que también se hiciera con ramas de sauce fluvial: porque de la asamblea de hombres santos sería la futura alegría perfecta del tabernáculo celestial. La Escritura significa que los órganos son cuerpos humanos, con cuyos movimientos honestos y operaciones armoniosas cantamos lo que agrada a Dios. En medio, pues, de estas confusiones seculares de cautiverio, aquellos que recuerdan la Sion perdida, que recuerdan que en Adán fueron hechos exiliados de la Jerusalén celestial, que también sienten que están cautivos en Babilonia: estos, sentados y llorando, suspenden sus cuerpos en la forma y hábito de hombres santos, elevándose por encima de los deseos terrenales.

8. A los que se resisten a los vicios, se les presenta la memoria de los vicios. --- Pero aunque por el estudio de la continencia nuestros cuerpos estén colgados en los sauces, sin embargo, aquellas cosas que nos hacen cautivos no descansan. Pues sigue, VERS. 3: Porque allí nos preguntaron, los que nos llevaron cautivos, las palabras de las canciones; y los que nos llevaron: Cantadnos un himno de los cánticos de Sion. Si alguien recuerda la costumbre de la naturaleza humana, tendrá un sentido completo. Porque aquellos que se esfuerzan por dejar los vicios y desean olvidar lo que han hecho impíamente, son agitados por el incentivo de la costumbre que difícilmente se abandona: y aquellos vicios ocultos en nosotros intentan mezclarse con los sacramentos de la fe e insertarse; de modo que entre los himnos divinos y las lecturas sagradas se infiltra el pensamiento de estas enemigas pasiones que nos cautivan. Y ciertamente no falta este ejemplo completo en muchos. Pues vemos a muchos inicuos leer

y disertar, y a estos mismos ser siempre descubiertos en fornicaciones e impiedades. Pero cualquier santo, y quien haya colgado su instrumento en los sauces, niega a aquellos que los llevaron cautivos la compañía del cántico de Sion, ni comunica a sus enemigos las palabras de las sagradas canciones.

9. Los demonios intentan someter la mente a través de la carne. No se debe permitir que la carne les ceda. El Apóstol nos enseña cuáles son las cosas que nos llevan cautivos, diciendo: Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente y me lleva cautivo bajo la ley del pecado que está en mis miembros (Rom. VII, 25). Por lo tanto, cuando hay una lucha entre la concupiscencia de la carne y el espíritu, aquellos que intentan someternos como cautivos tratan de ocupar el cuerpo y dominarlo, e insertarse en las doctrinas espirituales para, a través de la costumbre, quitarles autoridad. Pero se debe resistir y responder con la voz del Profeta, VERS. 4: ¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña? Nuestra tierra debe ser retenida y defendida en libertad. Los cuerpos de tierra contaminada no pueden escuchar los cánticos de Sion: y aunque sean nuestros, serán ajenos a Dios si comienzan a ser cautivos de la ley del pecado.

10. Qué castigos del olvido del cielo invoca el Profeta. La derecha, lugar de los elegidos.--- Pero siempre debe mantenerse la memoria de aquella celestial Jerusalén y de la santa Sion, ya sea mientras se desea recuperar, ya sea mientras se llora lo perdido. Pues sigue, VERS. 5: Si me olvido de ti, Jerusalén; olvídese de mí mi diestra. Pégueseme la lengua al paladar, si no me acordare de ti, si no pusiera a Jerusalén al principio de mi alegría. Con la pena del olvido, se promete la memoria del recuerdo. Pero lo que dice: Olvídese de mí mi diestra, es oscuro por la condición del latín. Pues según la propiedad del griego, donde se dice así, ἐπιλησθείη ἡ δεξία μου, no se muestra que ella misma olvide, sino que no se produzca su olvido. Y es asunto de gran peligro, si se olvida nuestra diestra. Pues todos los que están llenos de buena esperanza son asignados a la diestra; los pecadores serán colocados a la izquierda. Por lo tanto, él mismo impuso la condición de que su diestra fuera olvidada, lo cual presume con fe y expectativa, bajo la pena de no recordar a Jerusalén: para que de la memoria de su diestra, es decir, por la cual sería colocado a la derecha, si él no hubiera retenido la memoria de Jerusalén, cayera.

11. Cuán grande es la pena de estar mudo para las alabanzas de Dios. Cada uno se alegra de aquello que le afecta. Todo el afecto del Profeta está en el cielo. --- Añadió también otro castigo de olvido, diciendo, VERS. 6: Que se pegue mi lengua a mi paladar si no me acuerdo de ti. Sabe que su boca infeliz está muda para las alabanzas de Dios. Sabe que aquellas bienaventuradas y eternas Virtudes que asisten al trono de Dios, permanecen con voz continua en las alabanzas de Dios diciendo: Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos, llenos están el cielo y la tierra de tu gloria (Isaías VI, 3). Sabe también que de aquellos que, como muertos, permanecen callados en las alabanzas de Dios, se ha dicho: Sepulcro abierto es su garganta (Salmo V, 11), porque en su garganta, como en un sepulcro abierto, la voz muerta para las alabanzas de Dios permanece en silencio. Por lo tanto, se sometió a sí mismo a esta pena de silencio bajo la condición del olvido, si no recordara a Jerusalén: pero también por lo que sigue: Si no antepongo a Jerusalén al principio de mi alegría. A cada uno de nosotros, según el juicio de su voluntad, se le presenta una causa de alegría, y toma el inicio del gozo de su afecto del alma, como el bebedor de la embriaguez, el glotón de los alimentos, el avaro del dinero, el ambicioso de los honores, el sedicioso de las turbas, el lujurioso de los actos impuros. Estas cosas, por lo tanto, a cada uno, según se deleite en ellas, le traen causa de alegría. Pero el Profeta propone a Jerusalén como el inicio de su alegría, tomando de allí el comienzo del gozo, porque en Jerusalén será recibido

inmortal de mortal, porque se unirá al grupo de ángeles que frecuentan, porque será recibido en el reino de Dios, porque se hará conforme a su gloria. No conoce, por lo tanto, otras alegrías, ni tiene otra cosa de la cual alegrarse, proponiendo a Jerusalén como el único inicio de su gozo.

12. La destrucción de los deseos. Nuestro fundamento es Cristo.---Y porque recuerda que a través de muchas enfermedades del cuerpo, a través de muchas angustias del espíritu, a través de muchos incentivos de vicios que se infiltran, se debe llegar allí; teme que algo de los vicios se adhiera a él por la naturaleza del cuerpo. Después de esto, ora al Señor diciendo, VERS 7: Recuerda, Señor, a los hijos de Edom en el día de Jerusalén. Que dicen: Destruidla, destruidla hasta sus cimientos. Edom se interpreta como terrenal. Por lo tanto, los vicios de nuestro cuerpo terrenal, que porque salen de la naturaleza del cuerpo, se llaman hijos de Edom, mandan a estos babilonios, es decir, a las confusiones y perturbaciones de nuestros sentidos, para que nos vacíen de esa plenitud con la que hemos sido llenados. Pues está escrito: Porque de su plenitud todos hemos recibido (Juan I, 16). Porque quien es capaz del Señor, él mismo está lleno de su plenitud. Sin embargo, esta es la naturaleza del sentido turbado y confundido por los vicios del cuerpo, que si una vez nos arrastra a toda voluntad y costumbre de pecado, nos vacía de todos los estudios de buenas virtudes. Estos vicios, por lo tanto, mandan a estas confusiones turbadas de nuestros sentidos, para que nos vacíen del mismo fundamento. Porque quien es santo, él mismo es parte de Jerusalén; porque de la asamblea de hombres bienaventurados, y dignos de la compañía celestial, será la ciudad de Jerusalén de piedras vivas y preciosas, que estos vicios terrenales intentan vaciar hasta el fundamento. Y el Apóstol enseña cuál es el fundamento en nosotros, diciendo: Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo (I Cor. III, 11). Por lo tanto, intentan vaciar todo inicio de religión, todo fundamento de nuestra esperanza: para que no quede en nosotros memoria ni recuerdo de Dios, para que no quede esperanza de algún bien. Porque si el fundamento de la fe, que es Cristo, es arrancado y destruido, ni siquiera se nos dejará el consuelo de la construcción del perdón a través de la penitencia.

13. Hija de Babilonia, carne. Debe ser sometida el alma cuyo dominio había usurpado.---Habiendo mencionado la cautividad de Jerusalén y la exhortación de los hijos de Edom para destruirnos hasta los cimientos, es consecuente que el Profeta nos muestre cómo debemos proveer contra estas cosas. Y lo muestra claramente, no dejándonos desamparados ni ignorantes, cuando dice, VERS. 8 y 9: Hija de Babilonia, miserable, bienaventurado el que te retribuya con la retribución que nos diste. Bienaventurado el que tome y estrelle a tus pequeños contra la roca. Quisiera preguntar a aquellos que consideran ociosas las interpretaciones espirituales de los salmos, cómo entienden que el Profeta haya llamado aquí hija de Babilonia: y cómo, siendo antes soberbia, la hija de Babilonia ahora es miserable. Pero como el sentido del lector carece de inteligencia corporal, debe tratarse la razón espiritual. Pues toda palabra se refiere a la carne infeliz de nuestra confusión y perturbación, que según la fe histórica fue engendrada por padres de confusión: porque toda carne es hija de la carne superior. De aquellos que primero, con lenguas confundidas, fundaron la ciudad de confusión que es Babilonia, se dispersaron los inicios de todas las naciones. Esta, por tanto, es la hija miserable de Babilonia, es decir, la carne de todos. Bienaventurado es quien le retribuye sus retribuciones, es decir, quien somete su carne al dominio del alma, y quien la subyuga al espíritu. Pues ella había sometido a todos aquellos que eran ignorantes de Dios y desconocidos, a todos sus placeres y deseos, y dominaba sobre la mente cautiva. Pero cuando, a través del conocimiento de la deidad, sus vicios son eliminados, no digo por abolición, sino por muerte, cuando la religión, la castidad, la generosidad, la sobriedad y la caridad consumen la impiedad, la lujuria, la avaricia, la embriaguez, la enemistad, los odios, y la

carne vencida sirve a todas las obras del espíritu; entonces bienaventurado es quien le retribuye su retribución, es decir, quien cambia el dominio del espíritu sobre ella, al que ella misma estaba acostumbrada a usar contra el espíritu.

14. Las concupiscencias deben ser eliminadas en su origen.---No solo es bienaventurado el que retribuye la retribución, sino también aquel bienaventurado que tomará y estrellará a tus pequeños contra la roca. No se debe permitir que los vicios del cuerpo crezcan, sino que deben ser eliminados inmediatamente en sus comienzos. Pues las concupiscencias ya robustas son peligrosas; y es difícil eliminar lo que ha alcanzado madurez. Es más fácil arrancar lo que brota, extirpar lo que es tierno, torcer lo que es flexible. Por lo tanto, es bienaventurado quien, desde el inicio, contenga dentro del ámbito de su paciencia y virtud los deseos deshonestos de todas las concupiscencias que surgen de la voluntad de la carne, y luego los elimine aplastándolos con la fe y el temor de Dios. Pues todo aquel que se transfiere de los pecados a la religión, aplastará todos los pecados en la religión a la que ha sido transferido. En cuanto a que toma a los pequeños de la miserable hija de Babilonia y los estrella contra la roca, se muestra tanto la virtud que los contiene al nacer, como la fe que los estrella para que no crezcan. Y los estrella contra la roca. La roca, según el Apóstol, es Cristo (I Cor. X, 4). Bienaventurado es aquel que estrella y destruye contra la roca, es decir, Cristo, a los pequeños de la hija de Babilonia, es decir, a los vicios aún tiernos del cuerpo. A Dios unigénito y a nuestro Señor, gloria y alabanza por los siglos de los siglos. Amén.

555 SALMO CXXXVII.

Te confesaré, Señor, con todo mi corazón: porque has escuchado las palabras de mi boca. Y en presencia de los Ángeles te cantaré: adoraré hacia tu santo templo, y confesaré tu nombre por tu misericordia y tu verdad: porque has engrandecido sobre todo tu santo nombre. El día en que te invoque, escúchame: multiplicarás en mi alma tu fortaleza. Te confiesen, Señor, todos los reyes de la tierra: porque han oído las palabras de tu boca. Y canten en los caminos del Señor: porque grande es la gloria del Señor; porque el Señor es excelso y mira a los humildes, y a los altivos conoce de lejos. Si camino en medio de la tribulación, me vivificarás. Sobre la ira de mis enemigos extendiste tu mano, y me salvó tu diestra. Señor, retribuirás por mí. Señor, tu misericordia es eterna: no abandones las obras de tus manos.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Doble naturaleza de la confesión.---Hemos demostrado en muchos lugares que hay un doble significado en la confesión; ya sea de nuestro pecado o de la alabanza a Dios. Y que esto es así, es fácil de reconocer a partir de las palabras evangélicas. Pues cuando el Señor dice: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas de los sabios y entendidos del mundo, y las has revelado a los pequeños (Mateo XI, 25); confiesa la alabanza a Dios Padre, por haber revelado a los pequeños lo que había sido ignorado por los entendidos, enseñando que por eso fueron ocultadas a aquellos que parecían prudentes, porque no habrían creído en los preceptos evangélicos según la inocencia de los pequeños. Pero en verdad, donde en esos mismos Evangelios se dice: Y eran bautizados todos en el Jordán, confesando sus pecados (Mateo III, 6); allí se contiene la confesión de los pecados sin ambigüedad de otro significado.

2. Confesión del pecado utilísima. Qué es.---La medicina más grande y útil para las enfermedades de los vicios mortales es la confesión de ellos. Pero la confesión del pecado no es como una declaración de cosas desconocidas para otros, como cuando un ladrón confiesa

su robo o un homicida su asesinato al ser interrogado (V. Sal. CXXXV, n. 3); ni es como si Dios, que escudriña los corazones y los riñones, necesitara de tu confesión para su conocimiento, ya que le es fácil ver no solo lo que se ha pensado, sino también lo que se va a pensar. La confesión del pecado es, más bien, reconocer a través del conocimiento del pecado que lo que has hecho es pecado. Pues nadie emprende una acción sin que lo haga por el placer de algún fruto o por el juicio de una buena opinión sobre ello: ya sea porque lo considera correcto o porque se deleita en ello. Pero cuando, a través de la doctrina de Dios y la razón verdadera, comprende que lo que eligió bajo la apariencia de utilidad o placer es pecado, por el entendimiento del pecado confiesa que lo que ha hecho es pecado.

3. Confesados los pecados, se debe cesar de ellos. La confesión y la conversión deben ser completas. Esto debe ser pedido a Dios.---Nadie, sin embargo, debe cometer de nuevo aquello que ha confesado como pecado, porque la confesión del pecado es una declaración de cesar. Además, permanecer en lo que se ha entendido y confesado, esta conciencia del pecado desde hace tiempo hace perder el perdón de la confesión. Pues no se puede confesar como recién conocido aquello que se ha hecho con conocimiento del pecado. Por lo tanto, se debe cesar de los pecados, una vez que en la confesión hay conocimiento del pecado: y se debe confesar, como enseñó el Profeta, con todo el corazón, no en parte, ni con alguna operación de los pecados conocidos aún residiendo con nosotros.

¿Qué sucede si alguien, arrepentido de un robo, ha aumentado su dinero con ganancias injustas y deshonestas? No será ciertamente un ladrón, pero será avaro y rapaz. O si alguien deja la fornicación, pero se corrompe con vino en exceso; no contaminará su cuerpo, pero sí su alma. Y si alguien se abstiene de asesinatos, pero persiste en ser maldiciente; no tendrá una mano homicida, pero sí una lengua. ¿Y cómo podrá alguien confesar de todo corazón, si queda en él una parte, aunque sea pequeña, del pecado? Por lo tanto, una vez eliminados todos los vicios mediante la confesión, es necesario dejar de pecar: y siempre se debe orar a Dios, para que en la contención de los pecados y la extinción de sus incentivos, confirme los esfuerzos vacilantes de nuestra voluntad.

4. Por lo cual, ya confiado el Profeta por su confesión y oración, se considera colocado en el puerto de la inocencia, y dice, VERS. 1: Te confesaré, Señor, con todo mi corazón: porque has escuchado las palabras de mi boca. Hay un doble sentido en esta inteligencia, como ya hemos dicho anteriormente. Pues ya sea que confiese alabanza a Dios porque las palabras de su boca han sido escuchadas, o ya sea que, ayudado por la misericordia de Dios después de haber orado largamente, confiese ahora con todos los pecados cesando. Ambas cosas son convenientes para nuestra fe, tanto alabar al Señor como confesar los pecados comprendidos.

5. Los ángeles están presentes en todo lugar con los fieles.---A continuación sigue: Y en presencia de los ángeles te cantaré salmos. El Profeta considera insuficiente cantar salmos solo ante los hombres presentes, ya que los hombres solo observan las tareas de los asuntos corporales. En el acto de cantar salmos, muestra el movimiento de una operación que agrada a Dios. Por lo tanto, no desea que se vean las cosas que se perciben en el cuerpo, sino que se apresura a realizar aquellas que las naturalezas espirituales contemplan espiritualmente. Sabe que vive y actúa bajo la vigilancia de los ángeles, y que en todo lugar estos auxilios de los ministerios divinos asisten a todos los fieles, como está escrito: El ángel del Señor acampa en torno a los que le temen (Salmo 33, 8). El Apóstol también enseña que la Ley de Moisés fue dispuesta en manos del Mediador por medio de ángeles (Gálatas 3, 19). Asimismo, Eliseo enseñó de manera absoluta que las debilidades humanas son defendidas por los auxilios de los ángeles, y que en todos los peligros, si la fe permanece en nosotros, está presente la

defensa de las virtudes espirituales. Pues cuando el rey de Siria se preparaba para capturar la ciudad de Dotán, donde se encontraba el profeta Eliseo, y había enviado su ejército en marchas nocturnas para sitiar la ciudad antes del amanecer, el siervo de Eliseo, al ver el sitio, dijo: ¡Oh Señor, qué haremos! Y Eliseo respondió: No temas, porque más son los que están con nosotros que con ellos. Y Eliseo oró al Señor y dijo: Abre, Señor, los ojos de este joven para que vea. Y el Señor abrió los ojos del joven, y vio, y he aquí que el monte estaba lleno de caballos y carros alrededor de Eliseo, y descendieron hacia ellos (2 Reyes 6, 15 y ss.). Un profeta tan grande y noble es digno solo de la contemplación de los auxilios espirituales; pero su oración al Señor mereció también la visión de los incorpóreos para su siervo. En la presencia de estos ángeles que asisten con auxilios humanos, el Profeta canta salmos, buscando agradar con la contemplación de las obras espirituales.

6. ¿Por qué el profeta adora hacia el templo y no en el templo? --- No solo cantará salmos ante los ángeles, sino que también cumplirá lo que sigue. VERS. 2. Adoraré hacia tu santo templo: no en el templo, para que no pareciera hablar corporalmente según la costumbre de los judíos, si adorara en el templo; sino hacia el templo, es decir, cerca del templo, adorando con espíritu y cuerpo. El Apóstol enseña que los santos son templo de Dios, diciendo: Vosotros sois templo de Dios, y el Espíritu de Dios habita en vosotros (I Cor. VI, 16). Por lo tanto, la morada que de nosotros sea digna de Dios, es templo para Dios.

7.---Cuántas herejías destruye. Los nombres de Dios.---En este templo santo de Dios adorará, no sin una perfecta razón de doctrina: para que no haya ocasión para los herejes de aprovecharse de la confusión de una oración desordenada para sus estudios de irreligiosidad. Pues dice: Y confesaré tu nombre por tu misericordia y tu verdad. Cuando se confiesa el nombre de Dios, se mantiene la fe congruente de los evangelios y la ley. Porque el nombre que Dios quiso que se conociera, lo mostró respondiendo a los saduceos que negaban la resurrección de los cuerpos con la misma palabra evangélica y de la ley (se sobreentiende dicho). Pues dice: ¿No habéis leído acerca de la resurrección de los muertos, lo que os fue dicho por Dios diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob (Mat. XXII, 31 y 32)? No es Dios de muertos, sino de vivos (Éxodo III, 6). Por tanto, es un error absoluto de los herejes (maniqueos), que afirman que hay un Dios diferente en los evangelios y en la ley: cuando el Señor recuerda lo que es principal en la ley para la confirmación de la esperanza evangélica. Hay también otro nombre para Dios, que conocemos en los evangelios, cuando el Señor dice: Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti (Juan XVII, 1). Y después de muchas otras cosas sigue: He manifestado tu nombre a los hombres (Ibid. 6). Y mostró cuál era ese nombre, diciendo anteriormente: Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu hijo. Por tanto, adora el nombre de aquel que, según la ley, es el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, y según los evangelios es el padre del unigénito de Dios.

8. Contra los Novacianos.---Extingue también la insolente profesión de aquellos que, olvidando la naturaleza humana y su debilidad, y proclamando a un Dios inmisericorde, no dejan lugar al perdón y consuelo para los pecados de los penitentes: cuando a la penitencia, por la cual se desiste de los pecados, la doctrina de la ley, de los profetas, de los evangelios y de los apóstoles exhorta a aquellos que han pecado: para que a la esperanza ya desesperada se le proporcione algún consuelo, de modo que, aunque hayamos perdido las bienaventuranzas más grandes y cercanas a Dios, al menos no carezcamos de aquellas que son secundarias a tales.

9. Contra Marción, los maniqueos, etc. — También refuta la insensatez extrema de aquellos que sostienen que el Señor fue visto en la carne con un cuerpo falso y engañoso: como si el Padre lo hubiera mostrado en la apariencia de una carne falsa con una verdad fingida; sin recordar que después de la resurrección del cuerpo se dijo a los apóstoles que creían ver un espíritu: "¿Por qué estáis turbados, y por qué suben tales pensamientos a vuestros corazones? Mirad mis manos y mis pies, que soy yo mismo: palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo" (Luc. 24, 38-39). Por lo tanto, el profeta distingue su confesión de la de ellos, manteniendo el orden de la fe perfecta: al confesar en el nombre del Dios de Abraham, del Dios de Isaac y del Dios de Jacob; al confesar en la misericordia del misericordioso para con los penitentes; al confesar en la verdad que el Verbo se hizo carne.

10. El nombre de Dios es grande en todas partes.---También se toma de aquí la causa de la confesión: Porque has magnificado sobre todo tu santo nombre. No solo a una nación se ha dado a conocer el nombre de Dios, sino que ha sido magnificado sobre todo, y la grandeza de su santidad se extiende a todos. No hay bárbaro, ni escita, ni esclavo, ni libre, ni mujer, ni hombre, ni edad alguna que se separe: porque el nombre de Dios ha sido magnificado sobre todo. Los templos se han derrumbado, los ídolos han sido transformados, los arúspices guardan silencio por la intervención de los santos, la fe de los augures falla: el único nombre de Dios es santo en todas las naciones. Porque siempre está presente para aquellos que esperan en sus santos: y dondequiera que sea invocado, concede su ayuda presente.

11. El justo nunca está sin temor. En Dios siempre confía. ---Dice, VERS. 3: En cualquier día que te invoque, escúchame. Ningún día el justo lo pasa sin temor: ni la fe ansiosa respecto a sí misma recibe el ocio de un tiempo seguro. Sabe que todos los días están llenos de asechanzas para él, con el diablo y sus ángeles siempre tramando su destrucción. Sabe que aquel día del Señor será oculto, inesperado, y repentino como un ladrón nocturno. Por lo tanto, suplica para que en cualquier día que invoque, sea escuchado. Tampoco duda el profeta de lo que obtendrá al ser escuchado en cualquier día. Pues sigue: Me multiplicarás en mi alma con tu poder. Por el gran cuidado de Dios, él mismo será multiplicado en la virtud del alma: para que nada en él quede expuesto a las tribulaciones, nada a los terrores; sino que cuando las tentaciones se presenten, cuando el temor surja, todo sea soportado con la virtud multiplicada del alma.

12. Reyes de la tierra.---Y porque esta esperanza es cierta, para que la virtud del alma se multiplique con la ayuda de la divina misericordia; por ello confiesa a Dios lo que se le debe, diciendo, VERS. 4-6: Confiesen a ti, Señor, todos los reyes de la tierra: porque han oído todas las palabras de tu boca. Y canten en los caminos del Señor, porque grande es la gloria del Señor; porque el Señor es excelso, y mira a los humildes, y a los altos conoce de lejos. Y qué reyes de la tierra significa el profeta, ya se ha mostrado en muchos salmos. Reyes no de las naciones, sino de la tierra, es decir, reyes de su propio cuerpo cuando el reino del pecado termina en ellos. Pues hemos sido llamados al reino de los cielos, al ser derrocado el reino de la muerte: Porque la muerte reinó desde Adán hasta Moisés (Rom. V, 14): y ya cada uno es rey de sí mismo según el Apóstol: Ya reináis sin nosotros (I Cor. IV, 8). La confesión de estos, por tanto, es digna de Dios. Pues han oído todas las palabras de la boca de Dios, y saben que han sido constituidos en reyes.

13. Gran gloria.---No solo deben confesar, sino también cantar en los caminos del Señor, no transgrediendo los caminos de Dios, sino caminando en ellos. Los caminos de Dios son todos los profetas y apóstoles, dirigiendo a cada uno en su propio camino hacia una sola vía. Y que

de todos se concurra en una sola, lo demuestra el profeta, diciendo: Estad en los caminos del Señor, preguntad por las sendas eternas de Dios, y ved cuál es el buen camino, y caminad por él (Jeremías VI, 16). Porque los caminos del Señor son eternos. En estos caminos del Señor se debe cantar, y entonar himnos proféticos, porque la gloria de Dios es grande: de su magnificencia no hay fin. Pues las obras testifican la grandeza de su gloria, el cielo, la tierra, los mares, el éter, el mismo hombre, quien, partícipe de la razón, ha sido perfeccionado para el conocimiento de estas cosas, para que a través de lo visible contemple la gloria invisible de Dios.

14. Dios mira a los humildes. Los soberbios están lejos de Dios.---No solo es grande la gloria de Dios, sino que también es excelso y mira a los humildes. De aquí que la mayor admiración de su eminente grandeza sea que quien es excelso mira a los humildes. Pero, ¿qué humildes mira? Precisamente estos: Un corazón contrito y humillado, Dios no lo despreciará (Sal. 50, 19); y de nuevo: ¿Y sobre quién miraré, sino sobre el humilde y el que tiembla ante mis palabras? (Isaías 66, 2). Pero porque el excelso mira a los humildes, también tiene en sí otra admiración, que conoce de lejos las cosas altas. Los pensamientos soberbios e insolentes no engañan a Dios: Él reconoce todo, y nada es impenetrable a su conocimiento. Dios, como está escrito, está cerca de los que tienen el corazón atribulado (Sal. 33, 19); sin embargo, no se mezcla con los arrogantes, ni está cerca de los insolentes. Pues a cada uno de nosotros, según la diversidad de la fe, o está cercano o está distante, reposando con su virtud espiritual donde es digno. Y por eso conoce de lejos las cosas altas, porque tanto por la indignidad está lejos del insolente, como por la virtud, aunque de lejos, conoce las cosas soberbias.

15. Utilidad de la tribulación. No se puede soportar sin la ayuda de Dios. La diestra de Dios es fortaleza.---VERS. 7. Si camino en medio de la tribulación, me vivificarás. Este justo no rehúsa caminar en medio de las tribulaciones. Sabe que la tribulación, según el Apóstol, produce paciencia (Rom. V, 3). Sabe que el hombre improbable no agrada, sabe que el soldado no será victorioso sin la guerra, sabe que la fe no puesta a prueba languidece, sabe que en las tribulaciones, según el apóstol, hay que gloriarse (Ibídem). Sabe que es incapaz de enfrentar las tribulaciones sin la ayuda de Dios; y por eso está seguro de su salvación a través de Dios: y cuando camina en medio de las tribulaciones, confía en que será vivificado por el mismo. Pues dice, VERS. 8: Sobre la ira de mis enemigos extendiste tu mano: y me salvó tu diestra. El Señor retribuirá por mí. La mano extendida de Dios nos protege de los enemigos que se enfurecen. Las tribulaciones las traen los enemigos, que se enfurecen contra nuestra fe y esperanza: porque nuestro adversario, según el apóstol, el diablo, como león rugiente, anda buscando devorarnos (I Pet. V, 8). Pero sobre la ira de los enemigos, por quienes el diablo siempre opera, se extiende la mano del Señor, y su diestra salva a los que en Él esperan. La virtud se significa en la diestra: y por eso el Señor, que es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, a veces es llamado la diestra de Dios, por quien somos protegidos contra todos los enemigos en la batalla de todas las tribulaciones.

16. La venganza debe dejarse a Dios.---El profeta, sin embargo, mantuvo la razón de la mansedumbre evangélica, por la cual se nos prohíbe devolver el daño a quienes nos persiguen, diciendo, VERS. 8: El Señor retribuirá por mí. A Él se le debe dejar la venganza, quien en la calumnia de la vestidura, ordenó dejar también el manto, quien después de la injuria de una bofetada, quiso que se ofreciera también la otra mejilla, quien prohibió devolver mal por mal; obtendrán más venganza aquellos que hayan reservado al juicio eterno la retribución de la injuria presente.

17. El hombre no fue hecho por una mano, sino por las manos de Dios.---Concluye entonces con la voz de una fidelísima esperanza: Señor, tu misericordia es eterna, no abandones las obras de tus manos; para que, puesto que la misericordia de Dios es eterna, extendiendo su mano sobre la ira de los enemigos, protegiendo a sus fieles con su diestra, y retribuyendo por ellos, no abandone las obras de sus manos, es decir, al hombre que dice: Tus manos me hicieron, etc. (Salmo CXVIII, 73). A veces se suele recordar que las obras fueron hechas por la mano de Dios; pero el hombre siempre fue hecho por las manos de Dios, mostrando en él una obra más noble por la mención de las manos (V. litt. 10, n. 5). Por tanto, para que no lo abandone, se ruega, y sea su ayudador constante por él y en él que dijo: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mateo XXVIII, 20). Nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXXXVIII.

Señor, me has probado y me has conocido: tú conoces mi sentarme y mi levantarme. Has entendido mis pensamientos desde lejos, has investigado mis caminos y mis direcciones. Y has previsto todos mis caminos: porque no hay engaño en mi lengua. He aquí, Señor, has conocido todo lo nuevo y lo antiguo: tú me formaste y pusiste sobre mí tu manto. Maravilloso se ha hecho tu conocimiento de mí: se ha fortalecido, no puedo alcanzarlo. ¿A dónde iré de tu espíritu, y a dónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás tú: si bajo al infierno, allí estás. Si tomo mis alas al amanecer, y habito en los confines del mar. Aun allí tu mano me guiará, y me sostendrá tu diestra, Señor. Y dije, Tal vez las tinieblas me cubrirán, y la noche será mi luz en mis delicias. Porque las tinieblas no serán oscuras para ti, y la noche será iluminada como el día: como sus tinieblas, así también su luz. Porque tú poseíste mis riñones, me recibiste del vientre de mi madre. Te confesaré, porque he sido hecho de manera asombrosa: maravillosas son tus obras, y mi alma lo sabe muy bien. No está oculto mi ser de ti: lo hiciste en secreto: y mi sustancia en las profundidades de la tierra. Tus ojos vieron mi imperfección, y en tu libro todos serán escritos: se llenarán de días, y nadie de ellos. Para mí, en cambio, son muy honrados tus amigos, Dios: muy fortalecidos están sus principados. Los contaré, y se multiplicarán más que la arena: me levantaré, y aún estoy contigo. Si mataras, Dios, a los pecadores, hombres de sangre, apártense de mí. Porque en la contienda del pensamiento, tomarán en vano tus ciudades. ¿No odiaba yo a los que te odian, Dios, y me consumía por tus enemigos? Con perfecto odio los odiaba: se han convertido en mis enemigos. Pruébame, Dios, y conoce mi corazón: interrógame, y conoce mis caminos. Y ve si hay camino de iniquidad en mí: y guíame en el camino eterno.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. El autor de los Salmos es el Espíritu Santo. Todos ellos son sobre Cristo.---No hay duda de que toda palabra profética proviene de la inspiración del Espíritu divino: cuando leemos, "Así dice el Señor"; y de nuevo, "Escuchad las palabras del Señor" (Jeremías XXXI, 2); y otra vez: "Porque el Señor ha hablado" (Isaías XXIV, 37); y en el mismo: "Porque la boca del Señor ha hablado esto" (Isaías LVIII, 14). En cuanto a los salmos, el mismo Señor lo confirma en los Evangelios, cuando hablando de sí mismo dice: "Si David en el Espíritu lo llama Señor, ¿cómo decís que es su hijo?" (Mateo XXII, 45), enseñando que David habló todo en espíritu profético. Aunque mostró que habló de sí mismo en este mismo lugar, al decir que fue llamado Señor en el Espíritu; sin embargo, mostró más claramente que en los salmos se contiene todo el misterio de su venida corporal, diciendo: "Estas son mis palabras, que os hablé cuando aún estaba con vosotros, porque era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la ley de Moisés y en los profetas y en los salmos acerca de mí" (Lucas XXIV, 44).

No hay, por tanto, ambigüedad en que en los salmos está escrito sobre él. Pues aunque a menudo en ellos hay cosas que deben referirse a la persona de los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, y también de la primera generación y de la generación siguiente: sin embargo, porque todo es en Cristo y por Cristo, cualquier cosa que en los salmos esté profetizada bajo las personas de diversos, todo es sobre él: porque toda doctrina, aunque sea multiforme en los diversos géneros de preceptos, tiene como fin que él sea conocido. Estas cosas debían ser recordadas necesariamente por nosotros debido al salmo presente: no sea que se piense que hemos presumido con autoridad improbable al referir toda esta profecía suya a la persona de Cristo.

2. Que no se confundan las dos naturalezas de Cristo. Dios, al asumir al hombre, permaneció.---Sin embargo, se debe observar cuidadosamente que todo lo que parezca apropiado y congruente para aquel hombre que asumió del vientre de la santa Virgen, y en quien quiso nacer como hombre siendo Dios, sea tratado con la dignidad debida a su naturaleza celestial (divina): y que no adaptemos el sacramento de nuestra salvación, por el cual permaneciendo en la forma de Dios tomó la forma de siervo, a la deshonra de su sustancia inmutable, invisible, incorpórea e impasible. Porque lo que fue como hombre, nos benefició a nosotros, no le restó nada a Él. Se anonadó a sí mismo, permaneciendo en la forma de Dios; no para que fuera en la forma de siervo y dejara de ser en la forma de Dios. Pues Él mismo dice: Todo lo que el Padre hace, lo hace igualmente el Hijo (Juan V, 19). ¿Acaso permaneciendo en la forma de Dios, perdió el poder y la divinidad con los que permanecía en la forma de Dios? Pues en el cuerpo de nuestra humildad, todo lo que el Padre hace, lo hace igualmente Él, nada por la participación de la carne degenera del poder de la divinidad paterna: ni el cuerpo que fue asumido abolió el poder de la naturaleza que antes permanecía, ya que en ese cuerpo que fue asumido, opera el poder de la naturaleza que antes permanecía.

3. Si algo en él es débil, debe referirse al hombre. Por lo tanto, si se encuentra algo débil dicho desde su persona, debe referirse al hombre por quien habitó entre nosotros. Porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan 1, 14). Debe referirse a esto porque no asumió una naturaleza ajena o simulada. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros: no decayendo en los vicios y debilidades de la carne por la virtud del Verbo, sino asumiendo las debilidades de nuestra naturaleza al nacer como hombre. Sin embargo, la asunción de la debilidad no lo hizo débil, porque ser naturaleza es una cosa, y asumir la naturaleza es otra. Y fuera de la necesidad del género, es una adición de la voluntad. No fue pecador, sino que asumió los pecados. Tampoco fue débil, sino que llevó las debilidades. Porque él mismo, según el profeta, asumió nuestros pecados y llevó nuestras debilidades (Isaías 53, 4). Y para que no se pensara que alguna debilidad había caído en la divinidad impasible e inmutable, añadió: Y nosotros pensábamos que él estaba en dolores. Por lo tanto, asumió las debilidades porque nace como hombre; y se piensa que sufre porque padece: pero él mismo carece de dolores, porque es Dios. Y cuando habita entre nosotros, cuando asume nuestras debilidades, y cuando no sufre con las debilidades asumidas; no puede no existir quien habita, ni haber decaído quien asume, ni ser abolido Dios quien no sufre. Y estas cosas han sido recordadas brevemente por el presente salmo, porque parece haber comenzado inmediatamente desde la persona del hombre: para que, por el hecho de hablar como hombre, no pareciera haber decaído de la gloria de la divinidad paterna.

4. Los justos son probados por las tribulaciones. Pues dice, VERS. 1: Señor, me has probado y me has conocido. El Apóstol, al instruirnos en la doctrina de la paciencia y la esperanza, dice: La tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza, y la

esperanza no defrauda (Rom. V, 3). Y reconocemos que esto ha estado presente en la vida y obras de los santos, quienes, sacudidos por muchas pasiones y tribulaciones, se hicieron aceptables a Dios. Pues si alguien recuerda que Abraham, exiliado y en temor de parricidio y celibato, y en las injurias de otras pasiones, permaneció siempre fiel; si alguien recuerda la huida de Jacob, y además del trabajo de los días estivales, las vigilias de las noches invernales en la custodia de las ovejas; si alguien repasa los cuarenta años de servicio de Moisés, y en él las amargas afrentas del pueblo, y los poderes rivales de los magos contra él: entenderá que ellos fueron probados por la paciencia y la constancia de la esperanza, y no sin razón obtuvieron como recompensa que en la descendencia de Abraham fueran bendecidas las naciones, que de Jacob surgiera Israel, y que Moisés se convirtiera en Dios para el Faraón. Sería extenso recordar las pasiones de los demás patriarcas, profetas, apóstoles, y aquellos benditos e invictos testimonios de fe de Pablo en el mar, en los ríos, en la tierra, en los desiertos, en las ciudades, entre los suyos, entre los extranjeros, en los azotes, en las cadenas, en las cárceles, en los teatros (Mss. decimenta). Ciertamente, la paciencia hizo a todos ellos dignos de aprobación, por la cual demostraron la confianza en su esperanza que no avergüenza. Pero esto debe ser tratado más oportunamente y con mayor detalle en su debido lugar (Reg. ms. oporterent): ahora debemos volver a aquel de cuya persona dijimos que consta el salmo.

5. Cristo como hombre primero probado, luego conocido.---Sin embargo, no debe confundirse la persona de la divinidad con la del cuerpo. Pues toda oración en este inicio es desde la persona de aquel hombre que asumió. Me has probado y me has conocido. Fue probado para ser conocido, porque el conocimiento viene después de la prueba. Y veamos según la doctrina evangélica, cómo el Hijo de Dios fue tanto probado como conocido. Su humildad, por la cual mereció ser adorado por todo lo celestial, terrenal e infernal, y estar en la gloria de Dios Padre, fue su prueba. Así lo dice el Apóstol: Fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por eso Dios lo exaltó y le dio un nombre que está sobre todo nombre, para que en su nombre se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre (Filipenses II, 8 y siguientes). Por esta obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz, la debilidad de la carne asumida es colocada en el nombre y honor de la inmortalidad y en la gloria de Dios Padre. Pues el nombre de Dios es dado, y el nombre no se da sin honor. El honor que se da no puede ser otro que el del nombre; y el nombre del honor concedido no es otro que el que es la gloria paterna: para que quien permaneciendo en la forma de Dios, tomó la forma de siervo, por la obediencia de la forma servil con la muerte de cruz asumida, esté en la gloria de Dios Padre, en cuya forma antes permanecía. Pero el apóstol ya ha hablado de los perfectos: sin embargo, debe demostrarse en los Evangelios dónde fue probado y conocido.

6. Fue probado y conocido en el bautismo, en el desierto. Pedro lo probó y lo conoció.---La humildad, por tanto, es su prueba. Pues el Unigénito Dios, perdonador de pecados, señor del reino eterno, exige ser bautizado como pecador. Juan el Bautista rechazó este oficio, reconociendo a aquel que más bien le había perdonado los pecados. Sin embargo, Él cumplió la justicia del hombre asumido en sí mismo incluso con el sacramento del bautismo: y no rehúsa hacerse partícipe de nuestro pecado, siendo Él mismo ajeno al pecado; y asumiendo toda la humildad de la carne perecedera, entra en el Jordán mezclado con las multitudes de pecadores. Es probado en todas estas cosas mientras se realizan: pero veamos si es reconocido como probado. Pues dice el Evangelista: Y bautizado Jesús, subió luego del agua. Y he aquí, los cielos se abrieron, y vio al Espíritu de Dios descendiendo del cielo, como paloma viniendo sobre Él, y he aquí una voz del cielo diciendo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mat. III, 16 y 17). A la prueba le siguió inmediatamente el

reconocimiento: y a quien la humildad había hecho digno de prueba, la voz paterna, después de probarlo, lo mostró como el Hijo en quien se complace. Hay también una prueba, a la que inmediatamente siguió el reconocimiento. En el desierto actúa, está sujeto a la tentación del diablo, y se deja llevar ahora al pináculo del templo, ahora a la cima de un monte. Se entregó, por tanto, a la injuria de tan grave afrenta, mientras está en el desierto, mientras es burlado por la condición de la tentación, mientras puede ser elevado al templo y al monte. Pero la prueba de las tentaciones no dejó sin testimonio del reconocimiento. Pues dice la Escritura: Entonces el diablo lo dejó, y he aquí, los ángeles le servían (Mat. IV, 11). El hombre es tentado, el hombre es llevado de un lado a otro: pero después de esto, los ángeles le sirven. Por la prueba es conocido, por el reconocimiento es digno del ministerio de los ángeles. En los demás casos, cada vez que fue probado, fue también reconocido. Pedro detestó su pasión, el escándalo de la cruz en él, por amor y por el conocimiento de la divinidad ya confesada por él mismo, no soportando (Mat. XVI, 23): pero porque lo había llamado Satanás por la infidelidad de la cruz, no mucho después, cuando estaba en el monte en el hábito de su gloria, es reconocido por tal voz del Padre: Este es mi Hijo amado; en quien me complazco, a Él escuchad (Mat. XVII, 5). A la prueba, que la tentación del Apóstol había efectuado, le siguió el reconocimiento de la voz paterna.

7. Sesión de doctrina, resurrección de obra.---A continuación sigue, VERS. 2: Conociste mi sesión y mi resurrección. En la sesión se significa la doctrina, es autoridad evangélica. Estas sesiones con nosotros son las que los griegos llaman cátedras. Moisés tuvo una cátedra según el dicho del Señor: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los Escribas y Fariseos. Por tanto, todo lo que os digan, hacedlo y observadlo; pero no hagáis conforme a sus obras, porque dicen y no hacen (Mat. XXIII, 2 y 3). Así pues, cuando se enseña que la doctrina de los fariseos es probable por el hecho de que ellos se sentaron en la cátedra de Moisés, necesariamente se significa la doctrina en la cátedra. Conoció, por tanto, su sesión, cuando proclama su dignidad en todo, cuando ejecuta la voluntad de quien lo envió, cuando pidiendo gloria para la humildad de su cuerpo escucha del cielo: Y he glorificado, y glorificaré (Juan XII, 28). Pero la doctrina no se conoce menos en su sesión que en la obra de la resurrección. Pues así como la sesión es el precepto de la doctrina, también la resurrección es el efecto de la operación. Jesús, sentado, enseñó en el monte; pero después de la doctrina descendió a las obras. Así está escrito: Y al descender él del monte, le siguieron las multitudes. Y he aquí un leproso que viniendo le adoraba diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Y extendiendo la mano, Jesús le tocó diciendo: Quiero, sé limpio (Mat. VIII, 1 y 2). Y también para sanar a la hija del jefe de la sinagoga se levantó el Señor; pues está escrito: Y levantándose Jesús, le siguió con sus discípulos (Mat. IX, 19). Y cuando completó aquel perfecto oficio de humildad en el lavado de los pies de los apóstoles, leemos así: Se levantó de la cena, y se quitó sus vestiduras, y tomando una toalla se ciñó (Juan XIII, 4 y 5). Se conoce, por tanto, en su sesión y en su resurrección la doctrina y la obra: porque tanto con la palabra como con la obra de Dios proclamaba en sí la gloria del Padre.

8. Dios previó los pensamientos de Cristo desde hace mucho tiempo.---VERS. 3: Has comprendido todos mis pensamientos desde lejos. Dios es el que escudriña los corazones y los riñones: ¿y cómo se entienden sus pensamientos desde lejos? Desde lejos no se refiere a un lugar, sino a un tiempo. No dice, comprendes desde lejos, para que se crea que es una cuestión de lugar, como si estuviera lejos de las obras humanas, cuando con la visión de su poder y su conocimiento entiende lo que se piensa; sino, has comprendido desde lejos, indicando más bien una época pasada. ¿Y dónde encontraremos que conoció sus pensamientos desde hace mucho tiempo? Sin duda, donde se dice: He aquí mi siervo a quien he elegido, mi amado en quien se complace mi alma: pondré mi espíritu sobre él, y anunciará

juicio a las naciones. No gritará, no disputará, ni nadie oirá su voz en las calles (Mat. XII, 18 y 19). Y el Evangelista recuerda esta profecía cuando mandaba a aquellos a quienes curaba que no hablaran de él. Por lo tanto, comprendió estos pensamientos suyos, de humildad y paciencia, desde hace mucho tiempo; porque de ellos dieron testimonio los profetas.

9. Senda y dirección qué.---Has investigado mi senda y mi dirección. Sin embargo, antes de tratar sobre la senda y la dirección, es necesario hablar un poco sobre ello. Lo que para nosotros es senda, para los griegos es otra cosa en virtud e inteligencia: ellos la llaman τρίβον, es decir, un camino desgastado por el frecuente paso y recorrido, por el cual no se transita una sola vez, ni ocasionalmente, sino siempre. Lo que nosotros hemos traducido como dirección, ellos lo han interpretado del hebreo como σχοινίον. Σχοινίον, según la costumbre de algunas naciones, significa un modo fijo y determinado para el viaje: lo que nosotros llamamos millas, ellos lo llaman σχοινίον.

10. Cristo recorrió el camino ya transitado y trillado por los profetas.---Nuestro Señor, en el cuerpo que asumió, recorrió el camino ya transitado y trillado por Él mismo en los profetas: y completó el fin cierto y establecido de su camino. Pero escuchemos lo que Él mismo dice sobre haber caminado por el trillado sendero de la predicación: Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, ¡cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos, y no quisiste! (Mateo XXIII, 37). Al decir "cuántas veces", muestra la frecuencia de un significado numeroso. Por lo tanto, no hizo ni sufrió nada nuevo, ya que a través de Jerusalén, que no quería reunir a sus hijos, tantas veces fue escuchado y deshonrado en los profetas.

11. Cumplió el camino prescrito para él.---Que habría de cumplir el camino definido y prescrito se muestra en lo que dice: Yo te he glorificado en la tierra, he acabado la obra que me diste que hiciera (Juan XVII, 4). Quien completa la obra que le fue dada, ha cumplido la medida de la operación prescrita. Sabe, además, que le está establecido lo que debe hacer, cuando dice a Pedro, que resistía con la espada a los que venían a prenderlo: ¿No he de beber el cáliz que el Padre me ha dado? (Juan XVIII, 11), enseñando que bebería el cáliz de la pasión que le fue prescrito por el Padre. Sabe también que ha completado su camino y dirección, cuando, después de haber bebido el vinagre, a punto de entregar el espíritu, dice: Todo está cumplido, y al instante entregó el espíritu (Juan XIX, 30).

12. Lo que hizo o sufrió, el Padre lo previó. — Por tanto, el Padre investigó este camino y su dirección. Lo investigó a través del profeta, cuando profetizó sobre el sorteo de la vestidura, como está escrito: Y sobre mi vestidura echaron suertes (Sal. XXI, 19). Y nuevamente, cuando se reconoció la profecía sobre el entregado entre los ladrones y colgado, diciendo: Y con los inicuos fue contado (Isa. LIII, 12); o cuando se predijo sobre el hueso intacto y la herida impresa: No quebraréis ni un hueso suyo (Éxodo XII, 46); y, Mirarán al que traspasaron (Zacarías XII, 10). Así pues, todas estas cosas que le estaban prescritas en la pasión, fueron investigadas por Dios, para que fueran profetizadas. Y para que no se pensara que algo de lo que hizo y sufrió era desconocido para el Padre; abarcó todo en general, diciendo, VERS. 4: Y todas mis sendas has previsto. Pero quien previó, vio antes de que la cosa existiera. Previó también esto, que no hay engaño en mi lengua: porque, según su propia profesión, es la verdad, el camino y la vida (Juan XIV, 6). La verdad no admite engaño; pues no mintió ni engañó: toda su lengua cumplió con el oficio de la verdad, quien dijo: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mateo XXIV, 35). Predica a Dios Padre, y confiesa ser hijo tanto del hombre como de Dios. Esta predicación no tuvo engaño, que confesaba tanto de sí mismo como del honor de aquel que lo envió.

13. La ciencia de Dios no nos fue transmitida por un profeta, ni por Moisés, sino por Cristo.---El discurso iniciado desde el hombre progresa gradualmente y se eleva hacia el significado de la naturaleza celestial (divina) en él, cuando dice, VERS. 5 y 6: He aquí, Señor, tú conoces todas las cosas nuevas y antiguas: tú me formaste, y pusiste tu mano sobre mí. Admirable se ha hecho tu ciencia en mí: se ha fortalecido, y no podré alcanzarla. Esto no conviene a la persona del profeta, como si pareciera haber dicho de sí mismo, Admirable se ha hecho tu ciencia en mí, como si el conocimiento admirable de Dios se hubiera hecho a partir de él, cuando Moisés antes nos habló del conocimiento de Dios en los libros de la Ley. Pero ni siquiera a Moisés le pudo ser propio esto, al no conocer a Dios antes de ver la zarza ardiente, aunque con la creencia religiosa del pueblo elegido en Abraham, Isaac y Jacob, sin embargo, no obtuvo un conocimiento familiar antes de este tiempo sino de Dios. Pero todo este discurso le compete a aquel que dijo: Padre, he manifestado tu nombre a los hombres (Juan XVII, 6); y quien dijo: Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Ibid. 3). Pero esto lo trataremos más plenamente en su lugar adecuado.

14. Lo más reciente y lo más antiguo de Cristo.---Debemos descender a lo que es según el orden de las palabras: He aquí, Señor, tú conoces todas las cosas recientes y antiguas. Las cosas recientes son cuando probaste, cuando conociste, y las demás que son propias de aquel hombre que asumiste. Las cosas antiguas son las que no tienen medida, las que significan la antigüedad de un tiempo indefinido. Porque en el principio era el Verbo, y todas las cosas fueron hechas por él (Juan 1, 1).

15. Así como Dios dice: Me formaste: como hombre me pusiste, etc.---Luego, así como Dios conoció lo último y lo antiguo; de esta manera en lo que sigue: Tú me formaste, y pusiste tu mano sobre mí, significa ambos aspectos: que lo que formó es antiguo; que lo que puso su mano es lo último. Pues el Apóstol enseña que fue formado según la naturaleza de la divinidad, diciendo: Quien, siendo en forma de Dios (Filip. II, 6); porque lo que está en forma, se forma en forma: y ciertamente en la forma de la naturaleza paterna y de la divinidad. Y no sé si lo que fue formado en forma de siervo puede referirse al Padre, como si hubiera sido formado por Él: Pues la Sabiduría se edificó una casa (Prov. IX, 1). Pero no es el momento ni la cuestión de hablar más sobre esto. Sin embargo, lo que debe referirse propiamente al nacimiento corporal: Y pusiste tu mano sobre mí; así se nos enseña desde la persona del Padre: Encontré a David, mi siervo, lo ungí con mi óleo santo. Mi mano lo ayudará, y mi brazo lo fortalecerá. No prevalecerá el enemigo sobre él, y el hijo de iniquidad no le hará daño (Sal. LXXXVIII, 21 y ss.). Y no hay duda de que todo este salmo debe referirse a la persona del Señor: porque todo en él es propio de su divinidad y difiere de la debilidad de nuestra naturaleza.

16. La ciencia de Dios, de donde es maravillosa.---Y porque en ambos tiempos, es decir, en el último y en el antiguo, ya sea predicando él mismo, o hablando en los apóstoles y profetas, hizo que el conocimiento de Dios fuera maravilloso por sí mismo; dice: Maravillosa se ha hecho tu ciencia por mí. Pero, ¿cómo es maravillosa? Sin duda, cuando se enseña que todo está dentro de Dios, mientras se proclama que Dios está en todo, mientras la naturaleza inmensa e incomprensible, permaneciendo dentro y fuera, excede todos los lugares en los que podría ser contenida. Es maravilloso que Dios esté en todas partes, y no esté ausente en ningún lugar; que esté en todo, y sea todo; y que esté siempre fuera de los lugares y los tiempos por su infinitud y eternidad. Esto es admirable, esto es fortalecido; es decir, ya afirmado sin la débil opinión de la inteligencia.

17. El Hijo es por naturaleza igual al Padre en la medida en que no puede ser igualado. --- Pero, ¿qué significa esto que se dice, "No podré ir a ella"? El Unigénito dice: "Todo lo que el Padre tiene, es mío" (Juan 16, 15); y, "Como el Padre tiene vida en sí mismo" (Juan 5, 26), "así también ha dado al Hijo tener vida en sí mismo"; y, "Como el Padre resucita a los muertos, así también el Hijo da vida a quienes quiere" (Juan 5, 21); y, "Yo y el Padre somos uno" (Juan 10, 30). No hay distinción de poder en las palabras, ni tampoco diferencia de virtud en los hechos. Lo que somos uno, muchos de los irreligiosos lo han interpretado solo como una concordia de voluntad (Contra estos es todo el libro VIII de la Trinidad). Pero cuando se dice: "O al menos creed por las obras, porque el Padre está en mí, y yo en el Padre" (Juan 14, 11); no solo se muestra la unidad de voluntad, sino también la virtud divina. Por lo tanto, cuando todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo; pues hace lo mismo de manera similar: se debe preguntar qué significa lo que se ha dicho: "No podré ir a ella". Pero cuando escucho: "El Padre es mayor que yo" (Juan 14, 28); y de nuevo: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre" (Juan 5, 19); esto me sugiere la comprensión de esta afirmación, "No podré ir a ella". Porque el Padre es mayor que el Hijo, pero como padre al Hijo; por generación, no por género: pues es hijo, y de él procede. Y aunque la propiedad de la denominación paterna difiere, sin embargo, la naturaleza no difiere: nacido de Dios, Dios, no es diferente en sustancia de quien lo engendra. Por lo tanto, no puede ser igualado a aquel de quien procede. Pues aunque uno permanece en el otro por la gloria uniforme y similar de la misma naturaleza; sin embargo, de aquel de quien ha sido engendrado, no parece poder ser igualado en aquello que lo engendró.

18. La inmensidad del Padre.---Y veamos si esto que no podré alcanzar a la dignidad de la confesión del Padre está relacionado. Pues sigue, VERS 7-10: ¿A dónde iré de tu espíritu, y a dónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás tú; si bajo al infierno, allí estás: si tomo mis alas antes del amanecer, y habito en los confines del mar. Aun allí me guiará tu mano, y me sostendrá tu diestra. El Hijo no excede la infinitud del Padre; ni transgrede la naturaleza, que está más allá de todos los lugares, aquel que está en el seno (Juan 1, 18). Aunque esté en el cielo, esté en los infiernos, y vuele más allá de los confines del mar, está presente aquel que está en todas partes: ni se puede huir de aquel en quien todo existe, y que está en todo.

571 19. Debe distinguirse el triple estado de Cristo.---Y para que no pensemos nada irreverente que ofenda la sustancia inmutable e impasible a partir de lo que se ha dicho: ¿A dónde huiré de tu presencia?, como si hubiera considerado la huida por temor a la pasión: es necesario conocer la razón de lo dicho, para entender que estas cosas se mencionaron sin menoscabo de la dignidad. Nadie, de aquellos que se dedican al estudio de la doctrina celestial, podrá dudar en confesar que nuestro Señor Jesucristo es Dios y hombre: y hombre ciertamente en el tiempo, pero Dios siempre, antes del hombre y después del hombre: y ambos, Dios y hombre, solo cuando estuvo en el hombre. Pues estaba en la forma de Dios, y tomó la forma de hombre: y de nuevo está en la gloria del Padre, es decir, la forma servil progresa en la gloria de aquel en cuya forma permanecía antes, siendo absorbida la naturaleza de corrupción por el progreso de la incorruptibilidad.

20. Qué conviene a cada una de las naturalezas.---Recordando, por tanto, que este salmo ha comenzado desde la persona del hombre que asumió, es necesario considerar cuidadosamente para entender qué corresponde a su divinidad y qué al hombre: y así, debemos aplicar nuestro entendimiento a las palabras más que someter las palabras a la opinión de una inteligencia engañosa. Pues dice: ¿A dónde iré de tu espíritu, o a dónde huiré de tu presencia? Hay una

diferencia de significado entre espíritu y presencia. Del espíritu, ciertamente, me alejaré, pero de la presencia huiré. Luego sigue: Si subo al cielo, allí estás; si desciendo al infierno, allí estás. No es la misma la ascensión al cielo que la bajada al infierno. Luego hay un tercero: Si tomo mis alas al amanecer y habito en los confines del mar: incluso allí me guiará tu mano y me sostendrá tu diestra. Ya no es esta la voz de un hombre, que tome alas, que tome las suyas, que habite más allá del Océano, que sea guiado allí por la mano de Dios, que sea sostenido por la diestra de Dios: esto pertenece a una naturaleza superior. Y quién es este que dice estas cosas con confianza, lo mostrará la misma razón de las palabras.

21. Que Dios nunca está ausente del espíritu de Dios; como el hombre que huye de la faz de Dios.---Mostrando, por tanto, el unigénito Dios aquello que por sí mismo se ha hecho admirable, y a lo que no puede, la confesión de admiración paterna, significa en sí mismo tanto el tiempo como ambas naturalezas, a saber, aquella en la que permaneciendo en espíritu y en cuerpo enseñó. Pues cuando dice: ¿A dónde iré de tu espíritu? muestra aquel tiempo en el que el mismo espíritu permaneció en el espíritu de la gloria paterna antes de la asunción del hombre. No puede estar ausente del espíritu en ningún lugar, quien es espíritu: porque ni este puede ser engañado, ni aquel engañar. Pero cuando dice, o de tu faz ¿a dónde huiré?, enseñó la edad de la debilidad asumida por él: pues la debilidad humana no soporta el encuentro con la faz de Dios; porque fue dicho a Moisés: ¿Quién es el hombre que verá mi faz y vivirá? (Éxodo XXXIII, 20). Lo que no soportamos, lo evitamos; porque es propio de la debilidad humana huir del encuentro con la naturaleza inconspicua. Y huye, en efecto, en cuanto a la impaciencia de la visión. Pero porque, según el Profeta, el rostro de Dios está sobre los que hacen el mal (Salmo XXXIII, 17), también es propio de la naturaleza humana no poder huir del juicio de Dios, que se significa en el rostro. No hablaba como pecador quien es ignorante del pecado, para huir: sino que, habiendo enseñado antes la infinitud paterna que permanece fuera de todo en el espíritu; ahora también desde la persona del hombre, que en ninguna parte podría huir de Dios, lo muestra.

22. Así como Dios ascendió al cielo, como hombre descendió al infierno.---Sigue también la razón de lo dicho, para que ambos, por ser tanto hombre como Dios, dijeran: Si subo al cielo, allí estás tú: esto es propio de la divinidad. Porque nadie sube al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo (Juan III, 3). Pues la naturaleza del cuerpo terrenal no alcanza esta ascensión a menos que sea transformada en gloria celestial: Si desciendo al infierno, allí estás: esta es la ley de la necesidad humana, que con los cuerpos sepultados las almas desciendan a los infiernos. Esta descenso el Señor no rehusó para la consumación del verdadero hombre. Pero aquello, ¿A dónde iré, o a dónde huiré, y allí estás y estás presente; se refiere a la significación de su doctrina que se hizo maravillosa por ello, por la cual se conoció que Dios es todo y está en todos: de modo que aunque el hombre huya del rostro de Dios, porque no lo soporta, aunque descienda de lo alto a los infiernos por la ley de la muerte; Dios, sin embargo, está siempre en todas partes y en todos.

23. Lo que concierne al estado glorioso de Cristo.---Y porque en lo anterior ha proclamado separadamente cada una de las naturalezas en las que estaba, a saber, la divina y la humana; en tercer lugar muestra la unidad de la naturaleza ya perfeccionada en sí mismo, diciendo: Si tomo mis alas al amanecer, y habito en los confines del mar: allí también me guiará tu mano, y me sostendrá tu diestra. Cuando tomó las alas, ya no está gravado por el cuerpo. Cuando tomó las suyas, enseña que siempre tuvo esta capacidad de volar. Cuando las tomó al amanecer, muestra el tiempo de la resurrección. Cuando está en los confines del mar, como Dios, excede los lugares de la morada humana. Cuando es guiado por la mano, no teme. Cuando es sostenido por la diestra de Dios, no cambia ni cae: Pues Dios le otorgó un nombre

que es sobre todo nombre, para que en su nombre se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre (Filipenses II, 9 y siguientes). Porque en que se le da un nombre sobre todo nombre, el hombre asumido es llevado a la gloria por la mano y el poder de Dios Padre.

24. Las alas significan la capacidad de elevarse al cielo después de la resurrección. Las alas, en referencia a la transformación de los cuerpos terrenales en una naturaleza espiritual y eterna, son mencionadas por la autoridad profética cuando se dice al pobre en fe y en buenas obras: No te extiendas siendo pobre hacia el rico, y abstente con tu entendimiento: porque se ha preparado alas como de águila, y volverá a la casa de aquel que le gobierna (Prov. XXIII, 5). Se reprende al pobre que se extiende en la esperanza del rico, porque iguala la pobreza de su infidelidad a la opulencia de los fieles. Pues el rico no se prepara alas con riquezas humanas, sino con tesoros celestiales, con las cuales volverá a la casa de aquel que le gobierna. Volverá de donde cayó, de donde fue expulsado en el pecado del primer hombre. ¿Y quién es aquel cuya casa es esta, y que le gobierna? Sin duda, aquel que dijo: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43). También lo recuerda en otro lugar diciendo, cuando trataba de la incansable eternidad espiritual, Volarán como águilas (Isa. XL, 31), tomando en la transformación de la resurrección la naturaleza de elevarse al cielo. Pero aquí toma alas para volar, no ajenas, no nuevas, sino asumidas por la apropiación de la propiedad: porque después del sacramento de la pasión voluntaria, ha tenido las alas de la naturaleza y del poder para elevarse al cielo.

25. Aquí no se indica la trepidación de Cristo, sino la opinión de trepidación.---Sigue también el mismo orden de las palabras, y el discurso fluye desde la comprensión de ambas naturalezas, la del hombre y la de Dios. Pues dice, VERS. 11: Y dije, Quizás las tinieblas me aplastarán. Esta voz se considera del hombre, porque a algunos les parece que bajo esa apariencia de temor de la pasión, él tiembla: como si este discurso ahora tuviera una profesión de algún miedo, y no más bien significara la voluntad de aceptar la muerte sin ningún miedo o terror antepuesto. Pues no dice, Las tinieblas me aplastarán; sino que dice, Quizás las tinieblas me aplastarán. Lo que añadió fortuitamente; se burló del error de la incierta opinión humana sobre sí mismo, por la cual se le creyó temeroso de los infiernos. Pues nadie que esté seguro de ser aplastado, es al mismo tiempo incierto de si será aplastado.

26. La pasión, ¿por qué es un deleite para Él? El Padre junto con el Hijo en virtud y naturaleza. Las tinieblas no caen sobre ninguno de los dos.---Para que lo que dice, "Quizás las tinieblas me aplastarán", no se entienda como una vacilación de su naturaleza, sino que indique la incertidumbre de una comprensión impía sobre sí mismo; inmediatamente añadió, "Y la noche será iluminación en mis delicias". Pues, ¿cómo puede ser aplastado por las tinieblas aquel para quien la muerte será iluminación en sus delicias? Para el Señor, por tanto, esta pasión es un deleite: mientras rompe las puertas de bronce, mientras destroza los cerrojos de hierro, mientras despoja todo poder, mientras triunfa sobre ellos en sí mismo, mientras redime a aquel que había hecho a su imagen, mientras lo restaura a las delicias del paraíso. En estos placeres y delicias de la pasión, la noche es para Él iluminación: y es iluminación porque "las tinieblas no serán oscuras para ti". A través de la unidad de la naturaleza hacia la semejanza inmutable de la divinidad en el Hijo, el Padre está presente: y, con las obras mismas testificando que el Padre está en Él, confiadamente dice, "No serán oscuras para ti": porque recordamos que se dijo en los salmos desde la persona del Padre, "Con él estoy en la tribulación" (Sal. 90, 15). Y el mismo Señor en los Evangelios, cuando hablaba de la vacilación de los Apóstoles, dijo: "He aquí, viene la hora en que cada uno de vosotros será dispersado, y me dejaréis solo: pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo" (Juan 16,

32). Ya sea por la virtud, por la cual puede hacer cosas similares al Padre; ya sea por la naturaleza, el género y la divinidad, por la cual Dios nació de Dios, el Padre está con Él. Por tanto, confiadamente dice, VERS. 12: "Porque las tinieblas no serán oscuras para ti". Pues la virtud inmutable no siente las tinieblas, y la verdadera luz no sufre la noche infernal. Sigue diciendo: "Y la noche será iluminada como el día; como sus tinieblas, así también su luz". Todo esto se refiere a lo que se ha dicho, "Las tinieblas no serán oscuras para ti, y la noche será iluminada como el día por ti, y como sus tinieblas, así también su luz por ti". Una vez dicho "por ti", se refiere a muchas cosas. Por eso la noche es un deleite, porque "será iluminada como el día". Y será iluminada porque, así como las tinieblas, también la luz es de Dios, el poderoso creador de las tinieblas puede crear luz en las tinieblas. Y escuchemos al Evangelista enseñando así: "Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron" (Juan 1, 5): siendo Él poderoso para que la luz esté en las tinieblas, las tinieblas no pueden con la noche de su oscuridad comprender la luz del incesante resplandor.

27. Para que se proclamen ambas naturalezas de Cristo. El oficio del hombre Cristo. De dónde fue terriblemente glorificado.---Sigue luego, VERS. 13 y 14: Porque tú, Señor, poseíste mis riñones, me recibiste del vientre de mi madre. Te confesaré, porque terriblemente he sido glorificado. Mantiene también ahora el orden de la significación de ambas, para enseñarse a sí mismo como hombre y como Dios. Pues cuando sus riñones son poseídos por Dios, y es recibido del vientre de su madre, se muestra en él la condición corporal. En los riñones está la causa del placer. Pero aquellos cuyos riñones son poseídos por Dios, no se entregan a los placeres del cuerpo ni a los incentivos de la lascivia. Y quien es recibido del vientre de su madre, no es acogido por Dios para excederse en las obras del mundo. Por tanto, toda su voluntad y labor es predicar al Padre, cumplir la voluntad del Padre, beber el cáliz recibido del Padre. Estas son las funciones de su humanidad que asumió. Pero cuando dice, Te confesaré, porque terriblemente he sido glorificado; toda confesión de terrible admiración de sí mismo la devuelve a la gloria de su sustancia divina. Fue glorificado por esto, porque Dios poseyó sus riñones, porque fue recibido del vientre de su madre. Pues por el hecho de que su voluntad y operación fueron dedicadas a Dios, mereció ser terriblemente glorificado. Fue terriblemente glorificado cuando, en las horas de la cruz, hay tinieblas, cuando la tierra tiembla, cuando las rocas se rompen, cuando se abren los sepulcros, cuando los muertos resucitan, cuando él mismo es visto en el mismo cuerpo, cuando con las puertas cerradas se presenta con acceso solo penetrable para él, cuando es elevado a los cielos, cuando los Apóstoles hablan en lenguas de las naciones, cuando sus sombras curan enfermedades, cuando a los cojos que piden limosna se les concede el andar, cuando a los pobres se les devuelve un muerto por limosnas, cuando los perseguidores se convierten en predicadores, cuando se canta en la cárcel con las cadenas desatadas, cuando en el martirio es visto por el Mártir en los cielos: cuando finalmente en el cuerpo en el que fue elevado se sienta a la derecha de Dios, en cuya gloria permanecía y permanece.

28. El Hijo, aunque no es inferior en virtud al Padre, le atribuye todo lo suyo. Toda la dignidad con la que ha sido terriblemente glorificado la refiere a la obra de aquel cuya voluntad obedeció, diciendo: "Tus obras son maravillosas, y mi alma lo sabe muy bien." Porque, como dice, "he sido terriblemente glorificado," es tu obra. La misma lógica se mantiene en los Evangelios, cuando, para demostrar su poder, dice: "Todo lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo" (Juan 5, 19); y de nuevo: "Así como el Padre resucita a los muertos, así también el Hijo da vida a los que quiere" (Ibid. 21); sin embargo, atribuyendo la dignidad de todas las obras al Padre, cuando dice: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre" (Ibid. 19); sometió el poder que se le había testificado, a través del honor de la reverencia, a aquel a quien recordaba que debía confesar todo; no

quitándose a sí mismo la capacidad de hacer lo que el Padre hace, sino mostrando a aquel por quien puede hacer lo mismo. Por lo tanto, estas cosas en las que ha sido terriblemente glorificado, aunque pudieron haber sido por su propio poder, las atribuyó todas a las obras del Padre, diciendo: "Tus obras son maravillosas, y mi alma lo sabe muy bien." Esta no es la voz de la debilidad humana, como para jactarse de conocer muy bien las obras maravillosas de Dios. Esto solo le corresponde a quien dice: "Nadie conoce al Padre sino el Hijo" (Mateo 11, 27). Porque conoce, no de cualquier manera, no superficialmente: sino que conoce muy bien, con la confianza con la que dice: "El Padre está en mí, y yo en el Padre" (Juan 10, 38). En lo que dice "muy bien," muestra el conocimiento perfecto de la íntima comprensión.

29. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo. A la Iglesia le han sido revelados los misterios. Y porque su alma conoce muy bien todas las obras maravillosas de Dios, nos recuerda la enseñanza de su doctrina, por la cual ya no nos son ocultos los misterios de la operación paterna, diciendo, VERS. 15: No está oculto mi cuerpo para ti, que hiciste en lo oculto. Que el Cuerpo de Cristo es la Iglesia, es una autoridad tanto profética como apostólica. Pues cuando el Apóstol trataba sobre Adán y Eva según lo dicho en el Génesis, dijo: Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne (Gén. II, 23); añadió a la exposición de esta declaración, diciendo: Este misterio es grande, pero yo digo en Cristo y en la Iglesia (Efes. V, 32). Que estos misterios no han sido ocultados a la Iglesia por la misericordia de Dios Padre, el mismo Señor lo testificó en el Evangelio, cuando dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños: así, Padre, porque así fue de tu agrado (Mat. XI, 25 y 26). Por lo tanto, no nos son ocultos a nosotros, lo que fue hecho en lo oculto. Para nosotros, en verdad, no están ocultos, pero para los prudentes de este mundo han sido hechos en lo oculto.

30. Antes estaban en oculto.---Que todos los sacramentos de la esperanza eclesiástica estuvieran en oculto, lo testifica también el Apóstol, diciendo: "Como podéis entender mi conocimiento en el misterio de Cristo, que en otros tiempos no fue dado a conocer a los hijos de los hombres, como ahora ha sido revelado a sus santos apóstoles y profetas en el Espíritu, que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo y copartícipes de su promesa en Cristo" (Efesios III, 4). Y de nuevo: "Según la dispensación de Dios, que me fue dada para vosotros, para cumplir la palabra de Dios, el misterio que estuvo oculto desde los siglos y generaciones, ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes quiso mostrar las riquezas de la gloria del misterio de Dios entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria" (Colosenses I, 25 y ss.). Por lo tanto, fue un misterio oculto, que fue revelado, que los gentiles sean coherederos y miembros del mismo cuerpo y copartícipes de su promesa en Cristo. También es un misterio oculto, a quienes quiso mostrar las riquezas de la gloria del misterio de Dios entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria.

31. El Padre lo reveló a los más humildes de la tierra.---Este misterio oculto, que Cristo esté en nosotros, fue revelado por el Padre. A Pedro se le dijo: No te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mateo XVI, 17). Fue revelado que Cristo está en nosotros, en los pobres de espíritu, en los afligidos de corazón, en los humildes de la tierra, en los desechos del mundo, en los más humildes de la Iglesia. Lo más humilde de la Iglesia, es decir, sometido con toda humildad. Este misterio oculto, que es Cristo en nosotros, fue revelado. No solo a través del Apóstol el Señor habla de esto, sino también en este mismo salmo, diciendo: No fue ocultado mi ser de ti, que lo hiciste en lo oculto: y mi sustancia en los más bajos de la tierra. No en el infierno, como se trató anteriormente al hablar de la pasión, sino en los más bajos de la tierra, cuando predicaba lo que el Padre había revelado en

secreto. Había sido oculto que Cristo está en nosotros, es decir, mi sustancia en los más bajos de la tierra; en los más bajos, es decir, en todos los oficios de humildad.

32. El imperfecto, según la fuerza del idioma griego, solo conviene a Dios. Prosigue luego, según el progreso evangélico, el discurso del salmo, cuando dice, VERS. 16: Mis imperfecciones vieron tus ojos, y en tu libro todos serán escritos: se llenarán en el día, y nadie en ellos. Y para que podamos entender todo según la doctrina celestial, es necesario resolver lo que presenta dificultad. Pues lo que los traductores latinos interpretaron como imperfecto, en los libros griegos se escribe ἀκατέργαστον. No nos quejamos de los traductores, pues temo que no podría haberse expresado de otra manera. Sin embargo, lo que en griego es ἀκατέργαστον, significa aquello que permanece sin (pasiva) operación: de modo que es lo mismo, aunque no se haya hecho. Imperfecto, en cambio, entre nosotros indica aquello que ha comenzado, pero no se ha consumado. Pero si examinamos más profundamente la virtud de esta palabra, puede no ser realmente diferente de la propiedad del griego. Sin embargo, solo a Dios le es propio ser y no estar hecho: porque lo que es, no es necesario que se haga; lo que es, no es que se haga. Pero quien es eterno, permanece, y no ha sido hecho. Por lo tanto, este imperfecto, y, para atrevernos a decirlo para el progreso de la inteligencia, lo inoperado, sus ojos de Dios lo vieron.

33. Tus ojos vieron mi imperfección. Pero, ¿qué ojos son estos? ¿Acaso son aquellos espirituales (divinos) con los que el Unigénito ve al Padre Dios? Pero estos no necesitan lo que sigue: "Y en tu libro, dice, todos serán escritos, se llenarán en el día, y nadie de ellos." La naturaleza inmutable del Unigénito de Dios no requiere progreso. ¿Y qué progreso podría haber para él, para que todos sus ojos sean escritos en el libro y se llenen en el día, de modo que no haya nadie en ellos? Pensar esto es totalmente ofensivo e imprudente.

34. Ojos del cuerpo de Cristo, apóstoles y sacerdotes. Contra aquellos que se ocupan en los negocios del mundo.---Así como en sus huesos, en los cuales se muestra el cuerpo de la Iglesia, lo que estaba oculto no fue ocultado; de igual manera, sus ojos vieron lo que es imperfecto de Dios. Ya hemos mencionado anteriormente que la boca se refiere a la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo. En el cuerpo, no cabe duda de que los ojos son de principal oficio y virtud. Y dado que los ojos son superiores a los demás miembros, no se debe dudar que en ellos se significan los apóstoles: a través de quienes se ofrece la luz de la Iglesia y los misterios de la operación divina. Esto el Señor lo muestra claramente en los Evangelios. Pues cuando llamó a los apóstoles sal de la tierra, luz del mundo, y lámpara de la casa en el candelabro por sus obras de fe egregias y conspicuas (como ejemplo de comparación); nuevamente llamándolos de los tesoros terrenales y corruptibles y de las ganancias del mundo, dijo que son los ojos del cuerpo así: La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo será luminoso: pero si tu ojo es malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Si, pues, la luz que hay en ti son tinieblas, ¡cuán grandes serán las mismas tinieblas! (Mateo VI, 22 y 23). Este pasaje está fuera de la comprensión corporal; y por eso debe ser entendido espiritualmente. Así, los apóstoles, que son los ojos de la Iglesia, es decir, del cuerpo de Cristo, son mandados a ser luminosos y sencillos, permaneciendo todo el cuerpo luminoso con estos sencillos: pero si fueran malos, todo el cuerpo necesariamente será tenebroso; sin ninguna esperanza de luz en las tinieblas, si la misma luz está en tinieblas. De esto, con gran peligro, los sacerdotes que son los ojos de la Iglesia, se ocupan en los negocios del mundo, en las preocupaciones del dinero y el incremento de los bienes familiares, y en los lujos de los banquetes. Pues son la luz de la Iglesia, es decir, los ojos del cuerpo. Y si la misma luz se oscurece con la noche de la avaricia y la lascivia; al cuerpo, es decir, a la Iglesia, a la cual por su naturaleza son tinieblas, ¿cuántas tinieblas además se introducirán por el ejemplo de la luz

tenebrosa? Estos, pues, sus ojos vieron lo imperfecto de Dios. Hemos dicho que lo imperfecto de Dios es lo que no ha sido hecho, y permanece: en lo cual se muestra la eternidad de la divinidad no creada.

35. Los apóstoles vieron al Padre en el Hijo. No a través de la naturaleza, sino por la contemplación de las obras. --- Pero quizás sea audaz afirmar que los apóstoles vieron aquella eternidad inefable de Dios Padre; especialmente cuando se ha dicho: A Dios nadie lo ha visto jamás, sino el Hijo unigénito que está en el seno del Padre (Juan 1, 18). Pero no decimos nada de nuestra parte, no proclamamos nada audaz; que hable aquel que dijo: Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre (Juan 14, 9), sin significar que él mismo sea el Padre. Pues no respondió al que le pedía, Felipe, que le mostrara al Padre: Yo soy el Padre; sino que dijo: Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre. Respondió que el Padre, sobre quien se preguntaba, se contempla a través de la virtud de la naturaleza indistinta y está en él mismo: y añadió aún más claramente: ¿Cómo dices tú, Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo: sino que el Padre, que permanece en mí, él hace sus obras. Creedme que yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed al menos por las obras (Juan 14, 9 y ss.). Reprende al que no entiende y aún pregunta por el Padre, y no contempla la virtud del Padre en el Unigénito a través de la eficacia de las obras. Pues el Padre permanece (añadamos aquí, en él). Porque es engendrado de él, no es en él una naturaleza ajena de nueva creación. Es hijo por virtud, es hijo por divinidad, es hijo por sustancia, es hijo por generación. Las obras testifican, los poderes hablan, que el Padre está en el Hijo por la progenie de la naturaleza, y que el Hijo está en el Padre por la sustancia de la legítima origen. Esta nobleza nacida no difiere del no engendrado: ambos son uno. El Padre se ve en el Hijo: y se ve no por la contemplación de una naturaleza invisible para nosotros, sino por la admiración de las obras. Porque las obras del Hijo son obras del Padre, no por la debilidad del Hijo para realizarlas, ni por una naturaleza de virtud diversa: sino que el Hijo realiza lo que sea que aquel de quien él es engendrado realice. Y por eso, por lo que el Hijo es contemplable en la majestad de las obras, el Padre también se ve en el Hijo.

36. Libro de la memoria eterna de Dios. Es mejor ser escrito en el libro de Dios que en el libro de los vivientes. Con estos ojos, que contemplan la eternidad en el Hijo del poder paterno, es decir, los apóstoles, se ruega que sean escritos en el libro de Dios, para que permanezcan en memoria eterna, por quienes oró con esta súplica en los Evangelios: Padre, he manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me diste, se lo he dado a ellos, y ellos lo recibieron, y han sabido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por aquellos que me diste (Juan XVII, 6 y ss.). Por ellos, pues, ora para que sean escritos en el libro de Dios. Y si alguno tal vez duda por qué no están escritos en el libro de los vivientes, me parece de mayor dignidad ser escrito en el libro de Dios; porque los pecadores son borrados del libro de los vivientes, pero los justos son escritos en el libro de Dios (Ver Tract. Ps. LXVIII, n. 24). Lo cual se significa en estas palabras: Sean borrados del libro de los vivientes, y no sean escritos con los justos (Sal. LXVIII, 29). Por la diversidad de la resurrección, ya que una estrella difiere de otra en gloria, muchos estarán en el libro de los vivientes (I Cor. XV, 41). Pero los justos serán escritos en el libro de Dios, porque los pecadores no solo no serán escritos con los justos, sino que ni siquiera serán dejados en el libro de los vivientes.

37. Escrito en el libro de Dios, un día perpetuo sin noche.---Pero es necesario considerar cuál es el progreso de aquellos que están escritos en el libro de Dios. En efecto, estos serán

llenados de día, y nadie entre ellos. En algunos códices leemos así: Serán formados de día. No hay mucha diferencia entre ser llenado y ser formado. Pues somos formados para ser conformes a la gloria del cuerpo de Dios. Y al Apóstol se le dice: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gál. IV, 19). Sin embargo, somos llenados según lo dicho por el Profeta: Seremos saciados con la abundancia de tu casa (Sal. LXIV, 5). Así pues, serán llenados de día, es decir, con la verdadera luz (pues Cristo es la luz (Juan I, 9). Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo); ya no retenidos por la noche de la ignorancia, ni ciegos por las tinieblas de este siglo, sino iluminados por la luz de la verdad y llenos de día. Y lo que está lleno, no recibe nada más allá de aquello de lo que está lleno. Pues la noche no penetra en aquel que está lleno de día, según lo dicho por el Apóstol: ¿Qué participación tiene la luz con las tinieblas? (II Cor. VI, 14). Ni el espíritu del mundo accede a la sede del Espíritu de Cristo, como está escrito: Porque no habéis recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios (I Cor. II, 12). Ni quien ha muerto al mundo vive para sí, como enseña el Apóstol: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Gál. II, 20). Quien está lleno de día, solo tiene el día en sí, y por eso dice: Serán llenados de día, y nadie entre ellos. Nadie estará en ellos excepto el día, con el que están llenos: no el ardor del dinero, no el estímulo de los placeres, no el fervor de la ambición, no la malicia de los odios, no el aguijón de la envidia, no la furia de los insultos, no la locura de la soberbia, ni las demás armas y virtudes del diablo, sino la luz verdadera, sino solo el día con el que están llenos; ya se han vuelto incapaces de las demás cosas. Y ciertamente son dignos de recibir testimonio aquellos que están llenos solo del día.

38. Nimis, es decir, muy. Amigos de Dios, Abraham y Moisés, propiamente discípulos de Cristo. Su preeminencia.---Sigue, VERS. 17, 18: Para mí, en verdad, muy honorificados son tus amigos, Dios, muy fortalecidos son sus principados. Los contaré, y se multiplicarán más que la arena. ¿Qué tiene en común el hombre con estas palabras, para contar a aquellos que se multiplicarán más que la arena? Esto solo le corresponde a aquel que, sin necesidad de revisión y cálculo, tiene conocimiento de un número innumerable. Sin embargo, sus amigos son muy honorificados, cuando se dice Nimis, no debe entenderse según la costumbre del latín. Nimis entre nosotros suele significar lo que excede inútilmente el límite necesario, pero los griegos interpretaron lo que nuestros tradujeron como nimis, como λίαν: en lo cual se contiene más el sentido de muy que de nimis. Por lo tanto, sus amigos son muy honorificados. Y sabemos que Abraham fue amigo de Dios. La ley también declara que Moisés fue amigo de Dios. Los Evangelios indican que ya hay muchos amigos de Dios, cuando el Señor dice: Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os llamo amigos, porque habéis permanecido conmigo en todas las tentaciones (Juan XV, 15). A estos, por tanto, a quienes ahora llama amigos, como mostramos anteriormente, los reconoce como dados por el Padre y que pertenecen al Padre; y, según lo que dice: Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío (Juan XVII, 10), dice que son amigos del Padre. No solo ellos son honorificados, sino que también sus principados son fortalecidos. Ellos son honorificados cuando son amigos, cuando están llenos de día, cuando en ellos no hay nadie. Pero sus principados son fortalecidos: las Iglesias, comenzadas por ellos, tomando sus principios de ellos: que sobre la tierra, fundadas en todo el mundo, se han mantenido con principios fuertes.

39. Número cierto de los elegidos. Algunos interpretan aquello sobre la arena como referido a los ángeles. —Y para que se entendiera que esto necesariamente se refiere a los pueblos de la Iglesia, añadió: Los contaré y se multiplicarán más que la arena. ¿Acaso es incierto el número de aquellos que están escritos en el libro de Dios? Por lo tanto, no hay dificultad en el número, cuya verdad permanece en el escrito. Pero algunos han considerado que lo dicho: Se multiplicarán más que la arena, no debe referirse solo a los hombres, ya que fue dicho a

Abraham: Y tu descendencia será como la arena del mar: a lo que se multiplicarán más que la arena, se añade la multitud de la numerosa compañía de los ángeles amigos de Dios. Pues no pensaron que de otra manera se podría convenir como la arena del mar y más que la arena del mar, a menos que a la multitud de hombres se sumara la abundancia de ángeles. Pero no nos oponemos al sentido de cada uno. ¿Qué hemos sentido según el don de la gracia espiritual? Lo trataremos sin ofender a nadie.

40. Las naciones que creerán indican que los judíos se apartarán.---Aceptamos que hubo dos promesas hechas a Abraham en el Génesis. Una antes del nacimiento de Ismael, cuando Dios dijo: "Porque toda la tierra que ves, te la daré a ti y a tu descendencia para siempre, y haré tu descendencia como la arena del mar. Si alguien puede contar la arena del mar, así también se contará tu descendencia" (Gén. XIII, 15 y 16). Después del nacimiento de Isaac, y cuando fue ofrecido en holocausto en lo que respecta a Abraham, esta fue la siguiente promesa: "Bendiciendo te bendeciré, y multiplicando multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que está a la orilla del mar" (Gén. XXII, 17). Y si, según el Apóstol, estos son los dos Testamentos, uno según Ismael que engendra para esclavitud, y otro según Isaac que conduce a la libertad de nuestra madre Jerusalén que está en los cielos (Gál. IV, 24), es necesario que se proclame la multitud de las dos descendencias en las estrellas y en las arenas. Por lo tanto, los amigos de Dios se cuentan sobre la arena del mar. ¿Quién duda que, según la Iglesia numerosa en todo el mundo, la multitud de la nación judía es superada por la abundancia de los que creen en Cristo? Y por eso se multiplicarán sobre la arena, porque serán más numerosos que aquellos que, del pueblo impío de la ley, son significados como terrenales y áridos en las arenas.

41. La resurrección de Cristo futura, se predice como ya realizada.---Luego sigue: He resucitado, y aún estoy contigo. He resucitado, se refiere a la gloria de la resurrección: pero según la presciencia de Dios, lo que está por venir se habla como si ya hubiera pasado, porque para Dios, debido a su conocimiento y poder, lo que ha de venir ya está hecho, de modo que también nosotros consideramos que ya ha sucedido lo que confiamos que sucederá. Sin embargo, lo de Y aún estoy contigo, significa que aún no es el tiempo de resucitar, porque aún no es el tiempo de la pasión, ya que profesa que aún está con Dios. Él mismo dijo: Salí de Dios, y vine (Juan XVI, 28). Aún estoy contigo, porque aún no es el tiempo de salir de ti, y venir al mundo, para cumplir lo que ha sido profetizado.

42. Que Cristo mate para dar vida.---Pero lo que dice, VERS. 19: Si Dios mata al pecador: ¿acaso quien vino a salvar lo que se había perdido y a redimir al pecador, ruega que el pecador sea muerto? Lejos esté que desee que sea muerto. Pero el pecador es muerto cuando muere al mundo, cuando muere con Cristo, para vivir en Cristo. El bienaventurado Apóstol dice: Muero cada día (I Cor. XV, 31). Y de nuevo: He muerto a la ley, para vivir para Dios (Gal. II, 19). Morimos, pues, de esta manera, cuando en nosotros, por la fe, los pecados son muertos. Escuchemos aún cómo Dios mata a los pecadores, por lo que se dice: Haced morir, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: fornicación, impureza, pasión, concupiscencia y avaricia (Colos. III, 5). Así el pecador es muerto, cuando la generación de la vida espiritual se renueva con la muerte de todos los vicios y pecados.

43. Se prueba más las contenciones que lo que dices.---Sigue luego: Hombres de sangre, apartaos de mí: porque dices en tu pensamiento: Recibirán en vanidad sus ciudades. La traducción latina, al ignorar la fuerza de lo dicho, ha introducido una gran oscuridad, sin discernir la propiedad del discurso ambiguo. Pues lo que está escrito para nosotros: Porque dices en tu pensamiento, en griego es de esta manera, ὅτι ἐρεῖς εἰς διαλογισμὸν, y esa palabra

ἐρεῖς no se distingue en la pronunciación, de modo que se entienda ya sea como dices o como contención: pues ambas cosas se significan bajo las mismas palabras en esta expresión. Pero aquellos que han alcanzado el conocimiento del idioma hebreo, no han traducido como dices, sino como contenciones en lo que se ha traducido ἐρεῖς. Y ciertamente, la razón y la inteligencia mostrarán que es así.

44. Hombres de sangre, cuya doctrina es aduladora o engañosa.---Dice: Hombres de sangre, apartaos de mí. Recuerdo que en Ezequiel se dice que los obispos serán culpables de sangre, cuyo silencio adulador ha llevado a muchos a la perdición, así: Hijo de hombre, te he puesto como centinela de la casa de Israel, y escucharás la palabra de mi boca, y advertirás, y si no has distinguido ni hablado para advertir al impío, para que se aparte de sus caminos y viva; ese impío morirá en su iniquidad, pero su sangre la reclamaré de tu mano (Ezequiel III, 17 y 18). Y encuentro a otro sanguinario, de quien se ha dicho: Al hombre sanguinario y engañoso abominará Dios (Salmo V, 8). Así pues, como son hombres de sangre aquellos cuya doctrina es aduladora, también son hombres de sangre aquellos cuya doctrina es engañosa.

45. Herejes, hombres de sangre.---La doctrina de los herejes es engañosa, blasfema bajo el nombre de Dios, impía bajo el pretexto de la religión, engañosa bajo la apariencia de la verdad: en cuyo ánimo y pensamiento persiste solo el afán de contienda. No trabajan nada para la salvación de los hombres, no adquieren nada para la esperanza, no piensan en la paz, de modo que todo su esfuerzo en las contiendas sea, y mediten en la lucha. Estos infelices extinguen almas y en vano congregan iglesias para sí: las cuales, según la costumbre profética y evangélica, frecuentemente y con mucha autoridad se denominan ciudades de Dios. Esto, por tanto, se significa con estas palabras: Hombres de sangre, apártense de mí, VERS. 20, porque las contiendas en el pensamiento, recibirán en vano sus ciudades. Son hombres de sangre, por la culpa de las almas perdidas: se les ordena apartarse, porque las contiendas están en el pensamiento. Estos en vano reciben las ciudades de Dios, haciendo de las reuniones de iglesias infructuosas, disensiones por los cismas.

46. Odio piadoso.---Pero claramente, porque es paz, justicia y verdad, muestra su afecto hacia ellos, diciendo, VERS. 21 y 22: ¿No odio a los que te odian, Señor, y me consumo por tus enemigos? Con perfecto odio los odiaba; se han convertido en mis enemigos. Hay un odio religioso, siempre que en nosotros hay odio hacia quien odia a Dios. Se nos manda amar a nuestros enemigos (Mat. V, 44); pero a los nuestros, no a los de Dios. Pues, según Dios, odiar al padre, a la madre, al cónyuge, a los hijos y a los hermanos es devoto (Luc. XIV, 26). Por lo tanto, odia a los que odian a Dios, y se consume de odio por los enemigos, y los odia con odio perfecto, y se han convertido en sus enemigos. Pues el Hijo no es diferente del Padre; de modo que no siendo enemigo de uno, se convierte en enemigo de ambos.

47. Estas son las palabras de Cristo.---Concluye entonces con la confianza en su libertad (f. confianza): y al mismo tiempo, para mostrar que lo que había mencionado como realizado a través de la presciencia, ahora debía demostrarse en el tiempo presente, dijo, VERS. 23 y 24: Examíname, Dios, y conoce mi corazón; pruébame, y conoce mis caminos. Y ve si hay en mí camino de iniquidad, y guíame en el camino eterno. Esta no es la confianza de la naturaleza humana, querer ser probado, pedir que se conozca su corazón, esperar que se reconozcan sus caminos, no temer ser examinado si hay en él camino de iniquidad, para que a través de este conocimiento sea guiado al camino eterno. Esta voz solo puede ser de aquel que dijo: He aquí viene el príncipe de este mundo, y en mí no encuentra nada (Juan XIV). Porque solo nuestro Señor Jesucristo está sin pecado, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXXXIX.

Líbrame, Señor, del hombre malo, del hombre iniquo líbrame. Porque han maquinado maldad en su corazón, todo el día preparan combates. Han afilado sus lenguas como serpientes: veneno de áspides hay bajo sus labios. DIAPSALMA. Guárdame, Señor, de la mano del pecador, y líbrame de los hombres inicuos, que han pensado hacerme tropezar. Los soberbios han escondido un lazo para mí, y han extendido cuerdas como trampa para mis pies: han puesto escollos en mis caminos. DIAPSALMA. Dije al Señor: Tú eres mi Dios: escucha, Señor, la voz de mi oración. Señor, fuerza de mi salvación, has cubierto mi cabeza. No me entregues al deseo del pecador: han maquinado contra mí. No me entregues, Señor, para que no se exalten. DIAPSALMA. La cabeza de sus vueltas, el trabajo de sus labios los cubrirá. Caerán sobre ellos carbones de fuego, y los derribará: no subsistirán en las miserias. El hombre de lengua maliciosa no se afirmará sobre la tierra: al hombre injusto lo atraparán los males para su destrucción. Sé que el Señor hará justicia al pobre, y venganza a los humildes. Sin embargo, los justos confesarán tu nombre, y los rectos habitarán en tu presencia.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. David puede ser el autor del salmo. O es la oración de los fieles.---El salmo comienza desde la perspectiva de un hombre angustiado entre muchas amenazas de enemigos, contra quien hay muchas trampas y engaños: y todas estas cosas parecen coincidir con la persona de este profeta David, cuya vida fue siempre acosada por peligros y llena de riesgos. Saúl lo perseguía en el desierto, en las ciudades, con guerra y engaños; también lo perseguía su propio hijo Absalón, quien tramaba y se atrevía a muchas cosas contra su reino y su vida. Además, siempre estuvo sujeto a muchas otras trampas tanto de personas cercanas como de extraños. Pero nada específico de todo esto se contiene en el salmo, para que se crea que es la oración propia de su persona. Sin embargo, se reconoce que el salmo es general y probablemente inspirado por el espíritu de profecía, enseñando a cada uno de nosotros, a través del ejemplo de la oración, cómo debemos suplicar a Dios cuando nos encontramos en medio de los odios de quienes nos acosan.

2. A Cristo le conviene más, sin excluir a los fieles. Habla de manera diferente como hombre y como Dios. — Pero al observar detenidamente ciertas virtudes y propiedades de las palabras, que más allá de la costumbre del lenguaje humano expresan algo más alto y sublime, se ha encontrado que este salmo debe entenderse más bien en relación con aquel hombre en quien, desde el parto de la Virgen, nació el unigénito Hijo de Dios para el sacramento de la salvación humana. Pues según la naturaleza de ambos géneros que había en él, a saber, de Dios y de hombre, no solo en los Evangelios, sino también en los Profetas, habló con palabras adaptadas a ambos, de modo que, mientras enseñaba la impasible e inmutable virtud de su divinidad, tampoco callaba la debilidad de la naturaleza corporal (Vid. lib. IX de Trin. n. 5 y 6): y nuevamente, cuando por la asunción de la carne, el discurso era de debilidad en él, también se presentaba inmediatamente el anuncio de que la divinidad no sería debilitada por ello. Porque lo que es Dios, es de su naturaleza; pero lo que fue hombre, es la asunción de nuestra naturaleza. Habla, por tanto, en el salmo desde el afecto de nuestra debilidad que asumió: cuando conoce a su traidor, cuando prevé los planes tramados contra él, cuando soporta las batallas de las cuestiones y los venenos de las calumnias, cuando evita los escándalos de las tentaciones y las trampas de las palabras, cuando confiesa al Padre, cuando ora a él, cuando toda virtud es de él, cuando, aunque esté ansioso por la debilidad del cuerpo, sin embargo, recuerda que no debe ser abandonado en el día de la pasión. Por lo tanto, se nos enseña que todas estas cosas están contenidas en el salmo desde su persona: y

así, en aquellas cosas que la sociedad de la naturaleza humana permite, también puede entenderse de alguna manera la oración de nuestra persona.

3. Oración de los fieles que suplican ser librados de las ocasiones de pecado. De Cristo que escruta los corazones.---Pues esto que así ha comenzado, VERS. 2: Líbrame, Señor, del hombre malo, del hombre iniquo líbrame, también pertenece a la oración común de todos los creyentes. Todas las insidias que las maldades espirituales nos tienden, se preparan principalmente a través de los hombres: y las ocasiones para nuestros vicios las proporciona la perversidad de la naturaleza ajena. El iniquo nos incita a las disputas, el terror de los adversarios y de los que nos acechan nos impulsa a la ansiedad. La facilidad del lugar que se presta a ello nos invita a la lujuria. Pues el ojo de la meretriz es un lazo del pecador (V. Tract. Ps. CXXIII, n. 9): Por tanto, oramos en medio de estos males, diciendo: Líbrame, Señor, del hombre malo, del hombre iniquo líbrame. Pero se enseña que esta es propiamente la oración del Señor, cuando dice, VERS. 3: Que han maquinado maldades en el corazón. Conocer los pensamientos del corazón no es nuestro, sino de aquel de quien se ha dicho: Dios que escudriña los corazones y los riñones (Salmo VII, 10): también de aquel que dijo conociendo sus pensamientos: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? (Mateo IX, 4). Él contempla todos los sentidos ocultos de los corazones malignos con la naturaleza de su virtud que penetra y atraviesa con acceso penetrante.

4. Hombre inicuo, traidor. La vida de Cristo y de los piadosos está completamente agitada por los odios de los impíos. Los malos son instrumentos de los demonios.---Pero aquel que pidió ser librado de un solo hombre malo e inicuo, en quien se cree que se significaba a su traidor, ya habla de muchos que piensan maldades en su corazón, diciendo: Los que han tramado maldades en su corazón, todo el día preparaban combates. VERS. 4. Han afilado sus lenguas como serpientes: veneno de áspides hay bajo sus labios. No se luchó contra David con armas todo el día ni siempre se prepararon combates. Sin embargo, contra el Señor, según las narraciones evangélicas, no encontramos ningún tiempo libre de los odios de los que lo perseguían. Sana al paralítico (Mat. IX, 3): inmediatamente se habla de él con boca venenosa por la indulgencia del pecado que consideraban ilícita. Restaura la mano seca (Mat. XII, 10), enseguida se le atribuye la culpa de violar la ley. Cura a los endemoniados (Luc. XI, 15): inmediatamente se le acusa de hacer esto por Beelzebub, el príncipe de los demonios. No hay nada que no esté siempre lleno de insidias para él, que no esté expuesto al veneno de lenguas viperinas. También nuestra vida, la de todos, y especialmente la de aquellos que se dedican a la religión, soporta las batallas de las virtudes adversas y recibe los dardos venenosos de las calumnias. ¿Con qué veneno de engañosas lisonjas se ataca? Y todo esto ocurre a través de los hombres en los que operan las maldades espirituales. Pues está escrito: El Señor levantó a Satanás contra Salomón, Ader el idumeo (1 Reyes 11, 14). Y Ader se opuso, no como hombre, sino como satanás, a Salomón todos los días de su vida. Y a Salomón, en efecto, porque así lo mereció, Ader fue levantado por Dios como satanás; pero a través de hombres de este tipo, estos múltiples odios de los que nos hostigan se desatan, y las virtudes enemigas avanzan con el ministerio de estos.

5. Ahora la queja es sobre los hechos, no solo sobre las palabras.---La intercesión del diapsalma parece haber traído un cambio de persona o de sentido. Se repite la misma oración: pero de tal manera que se enumeran de forma más completa las cosas que antes se mencionaron de manera confusa, y lo que antes era una queja sobre las palabras, ahora es una queja sobre los hechos. VERS. 5. Guárdame, Señor, de la mano del pecador, y líbrame de los hombres inicuos, que han pensado en hacer tropezar mis pasos. La súplica que comenzó con uno solo se refiere a muchos, para significar que en uno se reconocía al traidor, y en muchos

al pueblo. Y a uno, tanto ahora como antes, le reprocha la maldad, el pecado y la iniquidad; mientras que en muchos denuncia las trampas pensadas, los lazos ocultos, las trampas de cuerdas extendidas y los escándalos continuos en los caminos, diciendo.

6. Consejos para suplantar a Cristo. Trampas ocultas para él. Cuerdas tensadas en una trampa.---Quienes planearon suplantar mis pasos. VERS. 6. Los soberbios escondieron una trampa para mí, y extendieron cuerdas en una trampa para mis pies, colocaron escándalos continuos en mis caminos. Pues los príncipes de las sinagogas pensaron en suplantar sus pasos, cuando después de la resurrección de Lázaro pensaron en matarlo (Juan XII, 10), cuando maldijeron al ciego de nacimiento por haber recibido la vista (Id. IX, 28), cuando decidieron silenciarlo, cuando anunciaron la muerte a sus confesores (Ibid. 22). Así, pensaron en suplantar el excelente paso y curso de sus obras divinas con tales cosas. Sin embargo, los soberbios escondieron trampas, cuando los saduceos ocultaron la astucia de la pregunta simulada sobre la resurrección (Mateo XXII, 23), cuando presentaron la trampa de la respuesta con un discurso capcioso (Ibid. 15). Los soberbios, cuando desprecian mezclarse con los pecadores, cuando reprochan al que perdona los pecados por asistir a banquetes de publicanos (Id. IX, 11). También extendieron cuerdas en una trampa para sus pies: cuando se le pide el tributo, cuando se le pregunta sobre dar el tributo al César (Mat., XXII, 17). La trampa oculta anteriormente, ahora las cuerdas se han extendido en una trampa: para que esta trampa de la pregunta se reconozca como más fuerte en las cuerdas, cuando a través de la trampa extendida de la pregunta, se buscaba una respuesta capciosa de su profesión contra el nombre del César. Además, colocaron escándalos continuos en sus caminos: cuando se le preguntó sobre los mandamientos de la ley, cuando el rico, como si cumpliera la ley, pregunta qué más le falta (Lucas XVIII, 18), cuando se trata con él sobre la condición del repudio. Pues establecieron estos escándalos de las preguntas continuas de su camino y doctrina de la ley, para que bajo la apariencia y familiaridad de las cuestiones escritas en la ley, se le pusieran en todas partes escándalos de preguntas y respuestas en los caminos continuos.

587 7. Trampas preparadas en todas partes para nosotros. La necesidad de orar.---Recordamos que en nuestra vida encontramos trampas por todas partes, escándalos en todas partes, lazos en todas partes, y que no hay lugar donde no se nos tiendan siempre insidias. Y es difícil ahora liberar el vientre del lazo: porque la confusión es para aquellos cuyo dios es el vientre (Filipenses III, 19). También es raro ahora liberar el ojo del lazo: porque quien mira con concupiscencia, ya ha cometido adulterio en su corazón (Mateo V, 28). Asimismo, es arduo liberar la lengua del lazo: porque de toda palabra ociosa se dará cuenta en el día del juicio (Id. XII, 36). Es también de gran esfuerzo apartar el corazón del lazo: porque los malos pensamientos salen del corazón (Id. XV, 19). Estos lazos están tendidos por todas partes para todos nosotros: y debemos orar al Señor, para que con las alas de nuestra fe y el espíritu podamos volar lejos de todos estos lazos.

8. Aquí se cambia la oración. ¿Es de los santos decir, Dios mío, eres tú? Luego sigue, VERS. 7---9: Dije al Señor, Dios mío, eres tú: escucha, Señor, la voz de mi oración. Señor, fuerza de mi salvación, has cubierto mi cabeza en el día de la batalla. No entregues, Señor, al pecador por mi deseo: han tramado contra mí: no me entregues, Señor, para que nunca se exalten. Y aquí, intercediendo, parece que el diapsalma ha traído algún cambio; y no pequeño. Pues mientras antes todo el discurso había sido sobre la supuesta traición, sobre las trampas ocultas, sobre las redes extendidas, sobre los escándalos puestos, ahora la oración se refiere a Dios, Dije al Señor: Dios mío, eres tú. No es de ligera ni pequeña confianza haber dicho al Señor: Dios mío, eres tú. Una mente lujuriosa, avara, insolente, ebria no puede decir esto fielmente. Es necesario renunciar a todas estas cosas, y cesar de su servidumbre y servicio,

para que, dejando estas cosas, nos atrevamos a decir: Dije al Señor, Dios mío, eres tú. Y estas cosas de nuestra persona, en cuanto es posible, las mezclamos con el salmo, así están adaptadas.

9. También es propio de los Hijos de Dios. --- Pero también es habitual, frecuente y propio del Señor, como hemos dicho: Dije al Señor, tú eres mi Dios. Nunca negó el honor de esta confesión (V. lib. XI, de Trin. n. 10, y ss.), para confesar tanto al Señor como a Dios, diciendo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra (Mat. XI, 25); y de nuevo: A mi Dios y a vuestro Dios (Juan XX, 17). Toda oración suya siempre fue dirigida a Dios. Antes de resucitar a Lázaro, ora (Id. XI, 41); antes de bendecir los panes y los peces, con la mirada al cielo, ora (Mat. XIV, 19); antes de beber el cáliz, ora durante la noche. Después de la confesión de su Señor y Dios, sigue: Escucha, Señor, la voz de mi oración. La confesión de honor precedió, cuando dice a su Señor y Dios. La súplica para que la oración sea escuchada sigue, cuando ora para ser escuchado.

10. Es nuestra la virtud de la salvación, orar por la virtud de la salvación de Cristo. Sin embargo, en lo que sigue: Señor, virtud de mi salvación, no es una profesión de confianza común. No dice: Salvación de mi virtud. Pues esto es asunto del deseo humano, que pidamos a Dios la salvación para nuestra virtud, que la salud en aquello en lo que somos fuertes provenga de Él. Sin embargo, esta oración es al contrario, para que no sea la salvación de su virtud, sino que la virtud de su salvación provenga de Dios. Quien pide virtud para la salvación, ya no duda de la salvación, y está seguro de que no hay en él nada caduco, nada mortal. Pero ora para que se le conceda virtud a lo que ha asumido, a través del cuerpo que el Señor llevaba en sí. Aunque según nosotros estaba destinado a la muerte, no estaba sujeto a la corrupción, como Él mismo habla por el Profeta: Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea corrupción (Sal. XV, 10).

11. Cristo, por lo tanto, con un sentimiento de temor y suma confianza.---No está, pues, inseguro sobre la salvación de esta naturaleza en sí misma débil. Solo pide a Dios la virtud de la salvación que está en él: y lo hace con la confianza con la que dice: Has cubierto mi cabeza en el día de la batalla. Si este salmo es de la persona de cualquier hombre, ¿cómo puede ser que cosas tan diversas se apliquen a él, de modo que, habiendo dicho: Líbrame, Señor, del hombre malo, y: Guárdame de la mano del pecador, Señor; ahora diga con seguridad sobre todo: Has cubierto mi cabeza en el día de la batalla? y cuando antes la oración era por miedo, ahora es gratitud por la seguridad. Todo esto puede ser dicho por aquel que, llevando la naturaleza del hombre y de Dios, tenía tanto el sentimiento de temor por la debilidad humana como la confianza de seguridad por la conciencia de la divinidad. Sabe que en el día de aquella gloriosa batalla, en la que destruirá la muerte, vencerá al diablo, y triunfará sobre todos los poderes enemigos con el triunfo de su cruz, será cubierto y protegido. Pues cuando antes se dijo de él en la persona de Dios Padre: Estoy con él en la tribulación (Sal. 90, 15); y de nuevo: Mi mano lo ayudará, y mi brazo lo fortalecerá, el enemigo no prevalecerá contra él, y el hijo de iniquidad no le hará daño (Sal. 88, 22 y 23); ¿qué logró el enemigo al inspirar a Judas la voluntad de traicionarlo? Pues el cuerpo fue permitido a la pasión; pero la muerte, aunque se le permitió, no dominó: porque el Santo no vio corrupción. Y el hijo de iniquidad, al entregarlo, ¿qué daño le hizo? No solo el cuerpo volvió a la vida desde la muerte, sino que también la naturaleza de la corrupción fue absorbida por la gloria de la divinidad.

12. Obedeciendo al Padre, también tiene voluntad. Desea que se cumpla lo que ha sido predicho sobre su pasión y que en nada sea impedido. Así, seguro y confiado de estar protegido en el día de la batalla, también ora: No entregues, Señor, al pecador mi deseo. Él

dice: No he venido para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió (Juan 6, 38), y se apresura a cumplir la obra asumida también por obediencia; pero de tal manera que recordemos que en él hay un acto de voluntad. Pues quiere lo que el Padre ha querido. Porque al decir: No he venido para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió, muestra a aquel por quien ha sido enviado y a quien obedece: sin embargo, no se priva de su propia voluntad. Por lo tanto, desea cumplir todo lo que es agradable al Padre, y se apresura a llevar a cabo todo lo que es deseable para él en la pasión: para que nada de esto sea impedido por el pecador que se adelanta. Deseó con deseo comer la Pascua con sus discípulos (Lucas 22, 15); apresuradamente llevó a cabo la cena de Pascua. Deseó beber el cáliz de la pasión, diciendo: ¿No he de beber el cáliz que el Padre me ha dado? (Juan 18, 11), y a los que vinieron a prenderlo, cuando preguntaron quién era Jesús, se presentó (Ibid. 4). Sabe que debe beber el cáliz de vinagre: pide beberlo. Grande en él, al haber bebido, tomando el fruto de su voluntad, dice: Está consumado (Id. 19, 30): en esta palabra se contiene la gratitud de un deseo cumplido. Había orado frecuentemente en los salmos para que su alma fuera liberada de la espada (Salmo 21, 21), había significado que no se le rompería el hueso (Éxodo 12, 46), había anunciado que su vestidura sería sorteada (Salmo 21, 19). Ora para que todo esto, que es de su deseo, se cumpla según la fe de la profecía: para que nada de esto esté en poder del pecador, para que no se adelante a la Pascua que es deseada con deseo, para que no tema beber el cáliz de la pasión (pues a la primera respuesta del Señor, todo pecador que había venido a prenderlo cayó), para que el vinagre que debe beber esté presente, para que antes de que entregue el espíritu, el soldado no le perfore el costado con la lanza, para que no haya ocasión de romper el hueso mientras el espíritu aún permanece, para que nada de la profecía quede sin cumplirse, para que nada de sus deseos sea entregado al pecador; sino que en él se cumpla todo lo que ha sido deseado y profetizado. Ora sobre estas cosas, no porque no deban cumplirse, sino para que se pueda entender que han sido profetizadas sobre él.

13. Los enemigos de él cayeron de sus pensamientos. — Pensaron, dice, contra mí: no me abandones, para que no se exalten. Se pensaron muchas cosas contra él: pero principalmente aquella, que al dar dinero a los soldados, se difundiera la fama de que habían robado su cuerpo. Pero con él presente nuevamente en el cuerpo, esta meditación de pensamiento impío fue vana. No se dejó lugar alguno a los pecadores para exaltarse: se cumple la profecía. La vida de ellos cuelga en el madero, se le da a beber vinagre y hiel, su alma es liberada de la espada, no se quiebra su hueso, se echa suerte sobre su vestidura: nada de los deseos del unigénito Hijo de Dios se entrega al pecador, resucita al tercer día, no se deja en el infierno ni el Santo ve corrupción: y todo lo que se realiza en el Señor, para confundir y consternar los pensamientos de los impíos, tiene en sí tanto la admirable eficacia de las cosas presentes, como la inmutable verdad de la profecía.

14. Su castigo. El cerco contra Cristo.---A continuación sigue, VERS. 10 y 11: La cabeza de su cerco, el esfuerzo de sus labios los cubrirá. Caerán sobre ellos carbones de fuego, y los derribarás, en las miserias no subsistirán. Después del discurso anterior, en el cual toda la oración había sido dirigida a Dios, ahora también con la intervención del diapsalma ha cambiado el orden del sentido. Pues se ha referido a la justísima pena de los pecadores, a quienes primero cubrirá esa misma cabeza de su asamblea, luego el esfuerzo de sus labios y toda obra de maldición. Así como Cristo es la cabeza de todos los santos, así el diablo es la cabeza de todos los inicuos. El Señor frecuentemente testifica sobre estos impíos en su cerco, cuando dice: Me rodearon los gemidos de la muerte (Salmo XVIII, 5); y de nuevo: Me rodearon toros cebados (Ibid. XXI, 13); y otra vez: Rodeándome me rodearon (Ibid. CXVII, 11); e inmediatamente: Me rodearon como abejas (Ibid. 12). Que estas cosas fueron hechas por el príncipe diablo, lo testifican los Evangelios, cuando dicen: Y el diablo puso en el

corazón de Judas que lo entregara (Juan XIII, 2). Se trabajó con mucha voz del pueblo, cuando se clamó: ¡Crucifícalo, crucifícalo! (Lucas XXIII, 21). Por lo tanto, los cubrirá la cabeza de su cerco, y el esfuerzo de sus labios, para que mientras otros se vistan de la gloria de la inmortalidad, ellos se cubran con la vergüenza de su impiedad y la condenación del diablo. Y añadió cuál sería esa condenación con la que serían cubiertos: Caerán sobre ellos carbones de fuego, los derribarás sobre la tierra, en las miserias no subsistirán. Estos son los revestimientos de los impíos, esta es la vestidura eterna de los irreligiosos: para que, no subsistiendo ante los carbones que caen y las miserias que se avecinan, sean abatidos con el peso de la condenación de su cerco y el esfuerzo de sus labios.

15. La maldad del traidor Judas.---Ha mantenido también ahora el mismo orden que utilizó anteriormente, de modo que, al mostrar al pueblo en muchos, ahora parece referirse a Judas en uno solo, diciendo, VERS. 12: El hombre de lengua engañosa no se establecerá sobre la tierra: al hombre injusto lo atraparán los males en su destrucción. En el hombre de lengua engañosa se muestra la boca ambigua, dudosa y falaz del traidor, quien, al descubrirse tarde el crimen de su maldad, se ahorcó huyendo de la vida y de la fe. Pues nada fue recto en él, nada simple, nada absoluto: antes ladrón, luego traidor, finalmente digno vengador de sí mismo (Job XII, 4); ahora acusando a la mujer por el ungüento derramado sobre la cabeza del Señor como un daño inútil, ahora informando a los judíos de todas las entradas y salidas del Señor, ahora negociando el precio de la sangre justa (Mat. XXVI, 15); siempre de lengua engañosa, siempre en palabras, de modo que se le aplica adecuadamente lo dicho por el profeta: En la multitud de palabras no escaparás del pecado (Prov. X, 19). Así, en su multitud de palabras, este pecador no fue dirigido hacia la vida, ni mantuvo el camino recto de la fe; sino que, como es digno, los males lo atraparon en su destrucción. Impío contra Dios, después también permaneció impío contra sí mismo. Ladrón de dinero, vendedor de la sangre justa, traidor de Dios, y en cuanto a sí mismo, parricida, no pudo obtener el perdón ni de la vida ni de la muerte.

16. Pobreza de Cristo. La venganza propiamente no le corresponde a Cristo, sino a sus siervos. No obstante, el unigénito Dios no ignora esta venganza suya; pues dice, VERS. 13: "He conocido que el Señor hará justicia al pobre y venganza a los humildes." El Señor es pobre según el hombre. Pues se empobreció, según el Apóstol, para que nosotros fuésemos enriquecidos, a quien en las cosas del mundo no le quedó nada sino el cuerpo (II Cor. VIII, 9). Por causa de esta salvación quiso nacer pobre de una virgen: el Señor de los cielos no eligió dinero, ni campo, ni ganado. Por tanto, fue pobre solo en su humanidad, pero el Señor no solo hará justicia al pobre, sino también venganza a los humildes. La justicia al pobre debe referirse a la condenación de aquellos que fueron injustos con el Señor. Conviene que sean juzgados según la justicia, no según la venganza. Es de naturaleza inferior quien debe ser vengado. Los demás pobres son vengados, es decir, aquellos que siguieron al Señor con el ejemplo de su pasión, que fueron pobres por el desprecio del mundo y del dinero. Por tanto, se hace justicia al pobre cuando los impíos son juzgados por la pasión del Señor. Los pobres, en cambio, son vengados, cuyo sangre clama bajo el altar, pidiendo venganza contra los impíos (Apoc. VI, 9): quienes permanecen diariamente en la gloria del martirio, confiesan el nombre de Dios.

17. Y el mismo discurso, con el que se cierra el salmo, habla así, VERS. 14: Sin embargo, los justos confesarán tu nombre, y los rectos habitarán ante tu rostro. La confesión de los justos también puede parecer corporal, ya que muchos, aunque aún en la carne, confiesan el nombre de Dios. Sin embargo, los rectos que habitan ante el rostro de Dios, se entienden como aquellos que no retienen nada corporal en sí mismos. Pues la naturaleza de la carne no

soporta la visión de Dios, como Él mismo dice: Nadie verá mi rostro y vivirá (Éxodo XXXIII, 20). Esto ya pertenece a los celestiales, a los transformados, y a aquellos que cambian la corrupción terrenal por la incorruptibilidad celestial: a quienes, ya claros por el honor de la divinidad, nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos, entregará al mismo Dios Padre en el reino para que reinen con Él. Amén.

SALMO CXL.

Señor, a ti clamé, escúchame: atiende a la voz de mi oración cuando clame a ti. Diríjase mi oración como incienso ante ti. La elevación de mis manos como sacrificio vespertino. Pon, Señor, una guardia a mi boca, y una puerta de contención a mis labios. No inclines mi corazón a palabras malas, para excusar excusas en pecados, con hombres que obran iniquidad: y no me uniré a sus elegidos. Me corregirá el justo con misericordia, y me reprenderá: pero el aceite del pecador no ungirá mi cabeza. Porque aún mi oración está en sus beneplácitos; han sido absorbidos, continuos como roca, sus jueces. Se escucharán mis palabras, porque pudieron: como la grosura de la tierra se ha derramado sobre la tierra. Se han dispersado nuestros huesos junto al infierno; porque a ti, Señor, están mis ojos: en ti he confiado, no quites mi alma. Guárdame del lazo que me han tendido, y de los escándalos de los que obran iniquidad. Caerán en su red los pecadores: yo estaré solo, hasta que pase.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. La oración, aunque silenciosa, clama por la fe.---La oración fiel de todos los santos es un clamor a Dios: pues se clama a Él por la fe, no por el clamor de la voz (Salmo CXVIII, n. 1 y 2). Moisés, con el rey de Egipto acercándose, estaba triste en la orilla: pero aunque él callaba, el Señor escuchó la oración fiel de su mente elevada, diciendo: ¿Por qué clamas a mí? (Éxodo XIV, 15). La sangre de los mártires también carece de voz corporal; pero la indignidad de su muerte es un clamor a Dios, como el mismo Señor dijo a Caín sobre Abel: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí (Génesis IV, 10). Así también se escribe que las almas de los mártires bajo el altar de Dios claman, diciendo en alta voz: ¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que habitan en la tierra? (Apocalipsis VI, 10). Si, por lo tanto, oramos con el espíritu de fe, no con cosas humildes, terrenales o corporales; aunque nuestra oración sea silenciosa, es un clamor a Dios. Y por eso el Profeta, totalmente concentrado en Dios con el espíritu de oración, comenzó así, VERS. 1: Señor, clamé a ti, escúchame. Y para enseñar que este clamor no es de voz, sino de fe, añadió: Atiende a la voz de mi oración, cuando clame a ti. El clamor, incluso contra nuestra voluntad, penetra en el oído y se introduce espontáneamente en nuestros oídos por la fuerza de la voz contenida. Pero como el Profeta no clama con tal clamor, ora para que Dios atienda a la voz de su oración cuando clame: pues lo que se atiende es la inspección de la fe, no la audición del clamor. Lo que está en el interior se atiende: en cambio, no es necesario atender al clamor corporal, que por sí mismo ocupa todo el sentido del oído.

2. Oración pura. Naturaleza y composición del incienso. Significa cuatro tipos de oraciones, o la ofrenda de alabanza a Dios compuesta de los cuatro elementos.---A continuación sigue, VERS. 2: Señor, que mi oración se dirija como incienso ante ti. Aquellos cuya oración es pura, recta y sincera podrán decir, Que mi oración se dirija; pero si se corrompe por la intervención de pensamientos externos, no se dirigirá. Pero lo que dice, Que se dirija como incienso; debe entenderse qué significa la comparación propuesta del incienso. Y primero, la naturaleza del incienso es tal que se eleva desde lo humilde hacia lo alto, exhalando un aroma excelente, y se introduce en nuestra percepción con una fragancia agradable. De aquí se

compone de cuatro tipos de aromas muy fragantes reducidos a la máxima sutileza: estacte, onice, gálbano, incienso: todo esto, como formas de las oraciones de los fieles, lo muestra la Apocalipsis del bienaventurado Juan, cuando dice: Y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero, teniendo cada uno una cítara y copas de oro llenas de aromas, que son las oraciones de los santos. El Apóstol indica que hay cuatro tipos de oraciones, escribiendo a Timoteo: Exhorto, pues, ante todo, a que se hagan súplicas, oraciones, intercesiones y acciones de gracias (I Tim., II, 1). Es propio de nuestra humildad suplicar, de la magnificencia de Dios orar, de la fe interceder, de la confesión y alabanza agradecer. Y tal vez esos cuatro tipos de aromas comparados a un solo incienso compuesto de partes muy sutiles, también podrían adaptarse a cada tipo de oración completa. Aunque la naturaleza y especie de estos cuatro aromas parecen significar la forma de los cuatro elementos: que el incienso, que es translúcido, se compare al espíritu, la estacte al agua, el gálbano y el onice a la tierra y al fuego: para que a través de estos, todo lo que está en el cielo, debajo del cielo, en la tierra y en las aguas, se ofrezca a Dios esta oración de alabanza en forma de incienso. Pero dejemos esto a aquellos que se deleitan en el conocimiento de una ciencia más profunda: nos basta con la autoridad profética y apostólica, que indica que el incienso son oraciones, y que las oraciones se dirigen como incienso.

3. La elevación y extensión de las manos, ¿en qué difieren?---Pero quien ha suplicado que su oración se dirija como incienso, también dijo después de esto: La elevación de mis manos como sacrificio vespertino. En muchos lugares hemos tratado (En Ps. LXII, n. 7) que en la elevación de las manos se muestra el oficio de una obra excelsa: así como Moisés fue mandado a estar con las manos elevadas, para el pueblo en la elevación y descenso de sus manos, ya sea vencedor o vencido. El Apóstol también ordena a los que oran elevar manos puras (I Tim. II, 8). Y cuando dice: Sin ira ni contienda (Ibídem); no establece la postura de orar, sino que añade la prescripción de la operación divina. Finalmente, el Señor, a través del profeta Isaías (Isa. I, 15), desaprobando las oraciones de los impíos, habló así: Si extendéis las manos, apartaré mis ojos de vosotros, no ciertamente si eleváis, sino si extendéis las manos; porque la postura de orar está en extender las manos, pero la eficiencia de una obra perfecta está en elevarlas.

4. ¿Qué es el sacrificio vespertino?---La elevación de las manos, por tanto, es el sacrificio vespertino. Pues no sacrificamos a Dios con sangre y holocaustos, nosotros, en quienes ha llegado la consumación de los siglos. Pero para entender que el sacrificio vespertino es agradable, escuchemos al Señor en los Evangelios diciendo: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me acogisteis; estuve enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y me liberasteis (Mateo 25, 34 y ss.). Y al responder ellos que nunca había necesitado de estos servicios de necesidad humana, dijo: Amén, os digo, en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Ibídem, 40). Este es el sacrificio vespertino, es decir, de los últimos tiempos. En esto deben elevarse las manos: porque con oraciones de este tipo, desde el principio del mundo, está preparada la posesión del reino celestial para los benditos de Dios.

5. Errores de la lengua y remedios.---Pero el profeta recuerda, además del clamor de la fe, además de la oración que debe dirigirse como incienso, y además de la elevación de las manos en la que está el sacrificio vespertino, que aún debe desear otra obra para la consumación de la justificación en sí mismo. Recordando, por supuesto, esta sentencia evangélica: De tus palabras serás justificado, o de tus palabras serás condenado (Mat. XII, 37); recordando también que de toda palabra ociosa dará cuenta en el día del juicio (Ibid. 36),

necesariamente suplicó, diciendo, VERS. 3: Pon, Señor, una guardia a mi boca, y una puerta de circunspección a mis labios. No pide que se ponga una guardia ligera a su boca, sino una puerta de circunspección: para que esa guardia no sea solo una vigilancia, sino un cerrojo. Pues el desliz de la lengua es peligroso y muy rápido: y de ella se emiten con facilidad y acceso abierto la maldición, la mentira, el perjurio, la difamación. Oremos, por tanto, para que tengamos una puerta de circunspección. En ese libro que se titula con nosotros como de Salomón, pero que entre los griegos y hebreos se llama Sabiduría de Sirácida, se nos advierte así: Rodea tu posesión con espinas, establece tu plata y tu oro, y a tu boca ponle una puerta y un cerrojo, y a tus palabras un yugo y una medida (Eclo. XXVIII, 28 y 29). Ordenó poner tanto una puerta como un cerrojo a la boca: para que no haya fácil salida de las palabras. Y a las mismas palabras les estableció un yugo y una medida: para que, sometidas al yugo de la razón, pesen equilibradas por la medida de la moderación.

6. Un corazón perverso que busca excusas para los delitos, especialmente la herejía.---El profeta sigue aspirando a la perfección de la justicia. Pues después del clamor de la fe, después de la oración, después de las obras, después de la puerta de la boca, también ora para que se perfeccione en el deber del corazón, diciendo, VERS. 4: No inclines mi corazón a palabras de maldad, para buscar excusas en los pecados, con los hombres que obran iniquidad. Cuando caemos de los estudios de la inocencia y la justicia en una voluntad viciosa, entonces nuestro corazón se inclina hacia palabras malas; no para excusar el pecado (pues todo pecado es inexcusable), sino para excusar las excusas. Porque el crimen de asesinato, y de adulterio, y de otros semejantes, por la naturaleza y la indignidad del hecho es inexcusable. Pero quien sea sorprendido en ello, no dirá: El adulterio o el asesinato no tiene crimen: sino que dirá, La mujer importuna, incontinente, seductora, me atrajo y me forzó al placer. O aquel otro dirá, Con insultos provocó mi ira, con injurias armó mi dolor, el caso del pleito llevó al asesinato. En estas palabras el corazón se inclina, después de haber pecado, para excusarse a través de las excusas del pecado que cometió. Pero un corazón recto y puro no se inclina hacia estas palabras de excusas: sino que permanece inviolado y constante, sin la preocupación de buscar palabras para excusar excusas, ya que la inocencia de vida no necesita excusa de pecado. Y esto es así en las cosas corporales. En aquellas que se consideran espirituales, es decir, en la doctrina de la herejía, es increíble con qué esfuerzo del corazón, con qué búsqueda de palabras, los herejes excusan sus excusas. Para que su corazón no se incline hacia todas estas cosas; el justo lo pide: para que por esta necesidad de un corazón inclinado a excusar excusas, no se una con los elegidos de ellos.

7. El número dos suena mal. —Y no me combinaré, dice, con sus elegidos. El profeta no desea combinarse con los elegidos de los inicuos. Recuerda que este número está asignado a cosas impuras, como se establece en el mandato dado a Noé sobre el almacenamiento de animales en el arca (Gén. VII, 2): De los animales puros llevarás contigo siete parejas, y de los animales impuros, dos parejas. Hay un ejemplo aún mayor y más completo de la inutilidad de este número. Nuestro Señor Jesucristo, al quitar todas nuestras impurezas y pecados, hizo, según el Apóstol, de ambos uno (Efes. II, 14); y según el mismo, para crear en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, haciendo la paz, para reconciliar a ambos con Dios en un solo cuerpo, es decir, hizo uno al hombre interior y al exterior (Ibid. 15). No nos combinamos, sino que nos unimos: porque la unidad es de fe, mientras que la combinación es una alianza de facción.

8. Se debe usar misericordia con los delincuentes, pero de manera justa.---El profeta no solo no desea unirse a los elegidos de los inicuos; sino que también, porque es propio del hombre errar, si acaso ha hecho algo mal y humanamente, prefiere ser corregido con misericordia por

el justo y ser reprendido. Pues establece en sí mismo la forma de nuestra naturaleza y debilidad. Muchos de nosotros, cuando hemos caído, cuando hemos errado, detestan ser corregidos por la reprensión de una justa misericordia: y prefieren unirse a los pecadores, que ser llevados al arrepentimiento por la corrección de los justos. Sin embargo, el discurso profético sostuvo excelentemente la razón de la verdad, diciendo, VERS. 5: Me corregirá el justo con misericordia, y me reprenderá. Porque hay un modo de misericordia: y se debe aplicar justicia al mostrar misericordia. Puede haber dolor hacia aquellos cuyos crímenes son graves; pero no hay lugar para la misericordia. Pues la misericordia se inclina a pedir perdón a Dios por lo que se ha hecho: sin embargo, conceder perdón a los ilícitos no es mostrar misericordia, sino no mantener la justicia de la misericordia. Esta razón la retuvo diligentemente el apóstol Juan, diciendo: Si alguno sabe que su hermano peca, pero no de muerte; pida, y Dios le dará vida. Hay pecado de muerte, pero no digo que se ore por él (1 Juan 5, 16). Pero que el justo debe corregir y reprender con misericordia al que ha caído, lo enseña el bienaventurado Pablo, diciendo: Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre (Gálatas 6, 1). Pero ni siquiera él fue olvidadizo de la razón de la justa misericordia: pues ordena restaurar al sorprendido en falta, no al que delinque voluntariamente, mediante la reprensión. Y por eso el profeta, cuando dice: Me corregirá el justo con misericordia, y me reprenderá; recordando su fe y la debilidad humana, dice que debe ser corregido en aquellas cosas que son dignas de la reprensión de una justa misericordia.

9. Así como la corrección, también la enseñanza debe buscarse de un hombre santo. Además, ora por otra cosa, para no ser instruido en las doctrinas de los pecadores, ni caer en la misericordia de los pecadores: Que el aceite del pecador no unja mi cabeza. Desea que quien nos enseñe y reprenda tenga una conciencia pura. El Señor, en los Evangelios, al hablar sobre la pureza del ayuno, dice: Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro (Mateo 6, 17). Al lavar el rostro, exige el brillo de una conciencia pura; para que nada sucio, nada olvidado se adhiera a nosotros: y al ungir la cabeza, nos ordena ser perfectos en las doctrinas y obras de la instrucción espiritual. Pues el aceite es alimento de la luz; y la doctrina y la obra espiritual son causa de la gloria celestial para nosotros. Así como la luz tiene su causa en el aceite de la lámpara; de igual manera, para retener la luz de la gloria espiritual, la doctrina y la acción lo aseguran: para que nuestra cabeza, sede de la vida, la prudencia y todos los sentidos, se enriquezca con el aceite de la acción y la doctrina. Pero este aceite no debe tomarse de un pecador: y se debe orar a Dios para que no lo infunda de los pecadores. Así como es prudente querer ser reprendido por un hombre santo y fiel; porque para las almas enfermas y languidecientes por la enfermedad del pecado, es útil la medicina de una severa reprensión bajo un autor honesto: así también es lamentable haber caído, por la compasión del pecado, hasta la misma misericordia de los pecadores. Por lo tanto, el profeta detesta ambas cosas.

10. Se permanece en los pecados porque agradan.---Sigue luego: Porque aún mi oración está en sus complacencias; VERS. 6: sus jueces han sido absorbidos junto a la roca. La razón por la cual son absorbidos junto a la roca, dice, es porque aún su oración está en sus complacencias. El profeta ora lo mismo que antes, para que el aceite del pecador no unja su cabeza. Esto es lo que el Profeta ora. Pero los pecadores no se asustan ni siquiera con esta oración del profeta, para que desistan de lo que les agrada. Pues nadie persevera en los pecados, sino porque se deleita en ellos: y el placer proporciona la razón para permanecer en cada cosa. Por lo tanto, porque aún mientras él ora están en sus complacencias, es decir, porque lo que eran no se cambia por ellos con la voluntad (se sobreentiende permaneciendo)

de pecar, y persisten en ser pecadores; ni su oración llega a su fin: porque su oración está en sus complacencias mientras les plazca pecar.

11. Los inicuos serán absorbidos con la venida de Cristo. Por eso, los jueces de ellos, que son como piedras continuas, serán absorbidos. No conocemos otra piedra que no sea Cristo, pues se ha dicho de Él: "La piedra era Cristo" (I Cor., X, 4). Con su llegada, cuando estos elegidos de los pecadores y los mismos jueces se continúen, serán absorbidos. Porque entonces la muerte, la corrupción y el pecado serán absorbidos, como está escrito: "La muerte ha sido absorbida en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh sepulcro, tu victoria?" Porque el aguijón de la muerte es el pecado (I Cor., XV, 54 y 55). Serán absorbidos, pues, los jueces continuos de la piedra con su príncipe, de quien se ha dicho: "Y entonces se revelará aquel impío, a quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y lo destruirá con la manifestación de su venida" (II Tes., II, 8). Por esta presencia de la venida del Señor, serán evacuados los absorbidos, y absorbidos por el juicio de los santos. Pues sigue: "Oirán mis palabras, porque pudieron". Pudieron tanto absorber como escuchar. En la presencia del Señor serán absorbidos por la reprensión de la verdad profética y el oprobio de su impía falsedad.

12. La densidad de los vicios es compañera o causa. Los vicios no permiten que el hombre sea contenido dentro de las leyes de la naturaleza.---No solo escucharán las palabras que pueden, sino que también les sucederá lo que sigue. VERS. 7. Como la densidad de la tierra ha brotado sobre la tierra. Que la densidad de la impiedad y de los vicios sea compañera o causa, lo atestigua el profeta, diciendo: Se ha engrosado el corazón de este pueblo. Pero también Moisés, al pronunciar la irreligiosidad del pueblo insolente, dice: Jacob comió y bebió, y se llenó, y se engrosó, y pateó el amado (Deut, XXXII, 15). Entenderemos más claramente la fuerza de esta expresión a partir de la misma naturaleza de la tierra. Pues sabemos que las tierras más densas y fértiles no regresan a los hoyos de donde fueron extraídas; porque al brotar su densidad, son incapaces de volver a su estado sólido. Así, según lo que dice, como la densidad de la tierra ha brotado sobre la tierra; enseñó con el ejemplo que toda la densidad de nuestra tierra, es decir, del cuerpo, brota de los vicios excavados por la ley de su naturaleza, y no es capaz de contenerse, ardiendo en su propia perdición, para que no pueda reformarse en sí misma.

13. La caridad llora los males ajenos como si fueran propios.---Al romperse esta densidad sobre sí misma, el Profeta siente tristeza, diciendo: "Nuestros huesos están dispersos junto al infierno". Considera que se disipa, se dispersa, se aleja hacia el infierno en la calamidad de los pecados. Porque si un miembro sufre, todos sufren con él (I Cor., XII, 26). Pues todos somos miembros del mismo cuerpo, como dice en otro salmo: "Todos mis huesos están dispersos" (Sal. XXI, 15); no ciertamente esos huesos que mantienen nuestro cuerpo en esta firmeza de su virtud, sino porque todos somos un solo cuerpo y somos miembros unos de otros, los demás son los huesos de nuestro cuerpo.

14. El Profeta dirige los ojos del cuerpo y de la mente hacia Dios. --- Preferiría que no se rompiera la dureza de su tierra, ni que sus huesos se dispersaran junto al infierno; sino que todos más bien usaran esta voz de súplica que sigue. VERS. 8 y 9. Porque a ti, Señor, mis ojos están dirigidos: en ti he confiado, no quites mi alma. Protégeme del lazo que han tendido para mí, y de los escándalos de los que obran iniquidad. Los ojos del Profeta, atentos al Señor, no se desvían hacia admiraciones de cosas superfluas, no contemplan las formas de los cuerpos humanos con desdén hacia la castidad, no se dejan atrapar por el trabajo de vestiduras preciosas, ni por el brillo seductor de la plata, ni por el resplandor tentador del oro,

ni por el vano honor de las gemas, ni por la competencia engañosa del espectáculo teatral, ni por la pompa ambiciosa de los poderes seculares: sino que se dirigen a todas las obras magníficas de Dios, para admirar a aquel que las ha realizado. Y no solo está siempre atento con los ojos, sino también con la mente, diciendo: En ti he confiado, no quites mi alma. La pérdida del alma no es su abolición: sino cuando se le quita la gloria del honor que se le ha concedido, cuando cae de la expectativa y el afecto de su esperanza.

15. Todo el mundo está lleno de insidias. Peligro de trampas y escándalos.---No ignora que hay muchos peligros para su esperanza, cuando dice: Guárdame del lazo que han tendido para mí, y de los escándalos de los que obran iniquidad. Por todas partes hay lazos, por todas partes hay escándalos, todo el mundo está lleno de insidias, ya sea por el príncipe de este aire, ya sea por las virtudes espirituales en los cielos, ya sea por los hijos de la desobediencia en quienes opera el espíritu del error. Tenemos lazos en los hombres de mala exhortación, de ejemplo peligroso, y de necesidad impuesta: cuando nos exhortan a los placeres, cuando en sus prosperidades son impíos contra Dios, cuando nos agitan hacia el movimiento de una voluntad turbulenta a través de insultos e injurias. Sin embargo, el lazo difiere del escándalo. El lazo es la exhortación a los placeres y el incentivo de una apetencia deshonesta, que como un lazo engañoso captura. El escándalo, en cambio, es la esposa irreligiosa, el hijo iniquo, y otros nombres en casa, y todo hermano de la Iglesia que sea contumaz, avaro, borracho o deshonesto. En estos casos, hay escándalo para nosotros, siempre que somos provocados a la necesidad de enojarnos, reprender, inhibir, o vindicar, desde esa mansedumbre de nuestra fe tranquila.

16. Un solo autor de todas las iniquidades: el diablo.---Sin embargo, conoce a uno, quien a través de todos los que obran iniquidad, él mismo más bien siempre opera en estas trampas, diciendo, VERS. 10: Caerán en su red los pecadores: es decir, de aquel que obra en muchos. Porque todo lo que los hombres realizan en iniquidades, es sugerido por el diablo: a quien ahora muestra en singular, aunque anteriormente había significado sus ministerios en plural en muchos. Lo representa en muchos, y a él en muchos: y por eso los inicuos tienden trampas, y en su red caerán los pecadores; porque los inicuos tienden las trampas de su red (del mismo diablo). Caerán, sin embargo, los pecadores: no hechos pecadores cuando caen, sino que caen porque son pecadores; hechos aptos para la captura de la red, por el hecho de que son pecadores.

17. Singularidad buena.---El profeta, seguro por su esperanza y fe, dice con confianza sobre sí mismo: Singularmente soy yo hasta que pase. Sabe que es impía, como hemos mostrado antes, la combinación. Pero dedicado a Dios, no ocupado en otros asuntos del mundo, es también singular, hasta que pase. ¿Y qué es aquello que pase? Escándalos, redes y trampas. Y es necesario preguntar a dónde pase. Sin duda, a donde se ha dicho; porque fiel, santo y verdadero es quien dice: Pero el que cree en mí no será juzgado, sino que pasará de la muerte a la vida (Juan, V, 24): Nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXLI.

Intellecto de David cuando estaba en la cueva, oración.

Con mi voz clamé al Señor, con mi voz supliqué al Señor. Derramo ante Él mi oración y mi tribulación: ante Él expongo mi angustia, cuando mi espíritu desfallece dentro de mí. Y tú conoces mis caminos. En el camino por el que andaba, escondieron una trampa para mí.

Miraba a la derecha y veía: porque no había quien me conociera. Ha perecido la huida de mí: y no hay quien busque mi alma. Clamé a ti, Señor: dije: Tú eres mi esperanza, mi porción en la tierra de los vivientes. Atiende a mi oración: porque estoy muy humillado. Líbrame de los que me persiguen: porque son más fuertes que yo. Saca de la cárcel mi alma para que confiese tu nombre, Señor. Me esperan los justos, hasta que me recompenses.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Este salmo es sobre Cristo prefigurado en David; David profetizó a Cristo con sus acciones. La esencia de este salmo se contiene en el título, pero más en un sentido espiritual que corporal: por eso en el título se menciona la oración del entendimiento. Pues si el sentido fuera simple, según los hechos de David, solo se habría inscrito la oración en el título del salmo. Pero como para el conocimiento de la oración se necesita una inteligencia espiritual, por eso se prescribe como la oración del entendimiento, porque debe ser comprendida. Sabemos que también está aquel David, cuyo tabernáculo caído fue levantado, justo, naciente, reinante, es decir, nuestro Señor, el Hijo de Dios: quien frecuentemente huyó, frecuentemente se ocultó, frecuentemente oró, y también en el tiempo de su pasión lloró y clamó a Dios en la tribulación, no por un temor natural de la pasión, sino mostrando el afecto del hombre que representaba: para que a través de esta oración se pudiera entender tanto al Hijo de Dios a quien oraba, como a él mismo no como un hombre simulado, sino verdadero. Por lo tanto, se entiende que esta es su oración. David habla en la cueva; pero profetiza en Cristo. David huye; pero profetiza la huida de su Señor no tanto con palabras como con su propia huida. David desfallece en espíritu; pero también el Señor está triste hasta la muerte. Dios conoce los caminos de David; pero también al Hijo nadie lo conoce sino el Padre. En los caminos de la fe de David se esconden trampas; también al Señor en el curso de su predicación se le preparan insidias por todas partes. Aquí ora en la cueva; él ora en el cuerpo. El siervo profetiza al Señor Cristo: este David profetiza a aquel David con el ejemplo de todas las pasiones. Y por eso se entiende que esta oración no es tanto de David sobre sí mismo, sino del Señor a través de David.

2. Los diversos grados de la oración perfecta.---VERS. 2-4. Con mi voz clamé al Señor, con mi voz supliqué al Señor. Derramo ante Él mi oración, y declaro mi tribulación ante Él. Cuando mi espíritu desfallece en mí. El orden de las palabras está dispuesto de manera excelente. Primero se clama con la voz: pues toda expectativa silenciosa y espiritual de un hombre fiel es un clamor a Dios. Luego se ora con la voz, es decir, la petición del deseo y la fe se expresa con palabras de voz, según aquello del Apóstol: Cantaré con el espíritu, cantaré también con la voz (I Cor., XIV, 15). En tercer lugar, la oración se derrama ante Dios, no con palabras que caen de la lengua, sino que la oración del que suplica se derrama desde el profundo e interno manantial de la fe; y se derrama ante Dios, no negligentemente ni con seguridad, sino como si el Señor estuviera presente: pues aquel a quien se ora para que escuche, es necesario creer que está presente: y aquel que se considera presente, debe ser reverenciado no con la disimulación de un ausente, sino con el honor de un presente. En cuarto lugar, también declara su tribulación. No se ve impedido, cuando está atribulado, de referir siempre a Dios las molestias de todas sus angustias y pasiones. Y ciertamente no son leves las tribulaciones que declara ante Dios con oración derramada: sino que lo hace (se sobreentiende declara) cuando su espíritu desfallece en él. Pero nosotros, en cambio, solo las tentaciones leves nos impiden la asiduidad en la oración: y cualquier pequeño movimiento de dificultad repentino, en momentos favorables, desvía la constancia de nuestro ánimo del deber de la devoción. Pero este, ni siquiera cuando su espíritu desfallece, cesa de declarar su

tribulación, de derramar su oración, de orar con la voz misma, y de clamar con la voz de la fe espiritual.

3. Salmos de Cristo, cómo deben ser reconocidos. Algunas cosas aquí no son apropiadas para nadie.---Tú conociste mis caminos. En este camino, por el que andaba, escondieron un lazo para mí. Esta oración podría considerarse tanto de aquel David como de este: porque, como hemos dicho, todas las palabras y acciones del Señor prefiguraron con el ejemplo de un siervo fiel y profeta. Sin embargo, nunca la profecía de los salmos, siempre que se pronuncia desde la persona del Señor, deja de añadir algo peculiar y propio de Él, que no puede ser común con otro: de modo que, aunque muchas cosas se mencionan desde la persona del hombre que asumió, sean comunes a las personas y naturalezas humanas, la profecía de los salmos sobre Él muestra más bien aquellas cosas que se dicen propiamente desde su persona: como ahora, VERS. 5: Consideraba a la derecha, y veía que no hay quien me conozca. La huida ha perecido de mí: y no hay quien busque mi alma. Pues aunque David huía, no era desconocido: ni solo miraba a la derecha, sino que también a la izquierda su vista se extendía. Pero, ¿cómo se adaptará esto a su persona: Ha perecido la huida de mí: luego aquello, Y no hay quien busque mi alma: finalmente también aquello con lo que concluye el salmo: Me esperan los justos, hasta que me retribuyas? Estas cosas son contradictorias, entendidas desde la persona del hombre. Pues si hay justos esperando; ¿cómo es que nadie conoce? ¿cómo es que nadie busca el alma? Porque nadie busca el alma, y nadie conoce el alma, ya que al mirar Él a la derecha, ningún justo fue visto.

4. Se refieren a Cristo.---Pero todas estas cosas se cumplieron en el Señor en el tiempo de la pasión, cuando nadie lo acompañó al ir hacia la cruz, aquellos a quienes, según la disposición evangélica, separaba de la izquierda para prepararles la derecha en la posesión del reino celestial, por quienes también había nacido como hombre: cuando en tantos y tan grandes signos de su cruz nadie reconoció a Dios: cuando, frecuentemente oculto antes, se reveló y se presentó a aquellos que lo buscaban. Y por la ofrenda de su voluntad espontánea, la huida de él desapareció, cuando nadie indagó la virtud de su vida, que se significa en el alma. Pues contemplando el cuerpo que habían fijado en la cruz, nadie buscaba el poder del alma, que con signos y hechos había probado ser Dios.

5. El Paraíso qué.---Ya lo que sigue, aunque parece ser común con los demás, sin embargo, también todo fue dicho y hecho por él en el tiempo de la pasión. Clamé a ti, Señor, dije: Tú eres mi esperanza, mi porción en la tierra de los vivientes. Clamando dijo: Tú eres mi esperanza, cuando dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Luc., XXIII, 46). Su parte en la tierra de los vivientes es, cuando al ladrón el mismo día le promete la estancia en el paraíso (ibid., 43), es decir, la suerte y el reino de su herencia: para que, aunque descendiera a los infiernos, sin embargo, por el poder espiritual (divino) enseñara que no estaba ausente del paraíso.

6. Por qué Cristo atribuye su resurrección al Padre.---Luego regresa a la modestia de su adoración, diciendo, VERS. 7: Atiende a mi oración: porque estoy muy humillado. Pues fue humillado, tomando la forma de siervo, y hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses II, 8). Líbrame de los que me persiguen: porque se han fortalecido contra mí. Saca de la cárcel mi alma para confesar tu nombre, Señor. Pues aunque tenía el poder de poner su vida y de retomarla; sin embargo, siempre, por reverencia de hijo, reservó el honor a la majestad paterna, cuando ora: Padre, glorifícame (Juan XVII, 5); cuando clama: Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Salmo XXI, 2). En esto no hay confesión de su debilidad, sino proclamación de la virtud paterna. Por lo tanto, ora ahora de manera similar para ser liberado

de los que lo persiguen, porque se han fortalecido. Se han fortalecido, pues, cuando se atreven a crucificar, cuando no reconocen a Dios en la carne, cuando el hábito de humildad y la forma servil en él los incita.

7. Luego ruega para que su alma sea liberada de la cárcel. Si a los que están en prisión, incluso antes de los tiempos de Noé, el Señor les predicó la resurrección según el bienaventurado Pedro (I Pe. III, 19, 20); la cárcel es el infierno, del cual ruega ser liberado, como también había suplicado en otro salmo: Que el pozo no cierre su boca sobre mí (Sal. LXVIII, 16). Toda esta oración es, como hemos dicho, una confesión de la virtud del Padre. Pero añadió también la razón por la cual ruega ser liberado de la cárcel: Para confesar, dice, tu nombre. Su resurrección es una proclamación de la virtud del Padre en él; porque todo poder le viene del Padre.

8. La fe de los Apóstoles antes de la resurrección de Cristo vacilaba, pero después fue fortalecida.---Sin embargo, sobre quiénes deben confesar el nombre de Dios, añadió diciendo: Me esperan los justos, hasta que me retribuyas. La fe de todos los apóstoles fue temerosa hasta el tiempo de la resurrección: al contemplar al Señor, se fortalecieron con la seguridad de su esperanza. Y de ahí lo que el Señor dijo: Mi alma está triste hasta la muerte (Mateo XXVI, 38). No dijo, a causa de la muerte: porque aunque se entregara a la pasión, la Virtud eterna no recibiría el dolor de la pasión. Pero como el miedo de los Apóstoles surgió por la humildad de la pasión (tanto que incluso la firme roca sobre la cual se edificaría la Iglesia tembló), después de la muerte y resurrección del Señor, dejaría de estar en esa misma vacilación; por eso está triste hasta la muerte, después de lo cual la fe temerosa sería fortalecida con seguridad. Por tanto, los justos esperan, hasta que Dios les retribuya. Y lo que Dios le retribuye, el Apóstol enseñó, diciendo: Por eso Dios lo exaltó y le dio un nombre que es sobre todo nombre: para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre (Filipenses II, 9 y 10). Esta es la retribución de Dios: que al cuerpo que asumió, se le conceda la eternidad de la gloria paterna. Y cuál es la expectativa de los justos, el mismo Apóstol enseña, diciendo: Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, el Señor Jesucristo, quien transformará el cuerpo de nuestra humillación, conformado al cuerpo de su gloria (Filipenses III, 20 y 21). Por tanto, los justos lo esperan, mientras se le retribuye: es decir, para que sean conformes a la gloria de su cuerpo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXLII.

De David, cuando lo perseguía Absalón.

Señor (Dios), escucha mi oración, atiende a mi súplica: en tu verdad escúchame, en tu justicia. Y no entres en juicio con tu siervo: porque no se justificará en tu presencia ningún viviente. Porque el enemigo ha perseguido mi alma, ha humillado mi vida en la tierra, me ha colocado en tinieblas, como a los muertos del siglo. Y se ha angustiado en mí mi espíritu: mi corazón está turbado dentro de mí. Me acordé de los días antiguos, y medité en todas tus obras: en las obras de tus manos meditaba. Extendí mis manos hacia ti: mi alma como tierra sin agua para ti. DIAPSALMA. Escúchame pronto, Señor, mi espíritu desfallece. No apartes tu rostro de mí: y seré semejante a los que descienden al sepulcro. Hazme oír por la mañana tu misericordia: porque en ti he confiado, Señor. Hazme conocer el camino por el que debo andar: porque a ti he elevado mi alma. Líbrame de mis enemigos, Señor, a ti he huido: enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios. Tu buen espíritu me guiará a tierra

recta por tu nombre, Señor. Me vivificarás en tu equidad. Sacarás de la tribulación mi alma, y en tu misericordia destruirás a mis enemigos. Y perderás a todos los que afligen mi alma: porque yo soy tu siervo.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. La inscripción del Salmo fue añadida por los Setenta. --- La superscripción del Salmo parece no existir según los Hebreos: esto es lo que se transmite por aquellos que están instruidos en ambas lenguas. Y los demás traductores no escribieron en absoluto sobre los hechos, es decir, sobre la persecución de Absalón a David, su padre. Pero estos setenta ancianos, que tenían un conocimiento de la ley y de los profetas más allá de lo prescrito y de la ambigüedad de la letra, juzgaron que debía añadirse esto al salmo (V. Tract. Psal. II, n. 2 y 3). La causa de este juicio la explicamos al inicio de los salmos (Pref. n. 5), por la cual reconocemos que nada en los salmos debe ser tratado sino como profético. Pues, dado que ni el discurso se ajusta a los hechos, ni el orden a los tiempos, queda que seamos enseñados, como ejemplo y conocimiento de lo que debe hacerse, que todos los hechos en David fueron comprendidos por ellos. Por lo tanto, ahora se ha añadido una superscripción al salmo, que no existe en el libro: para que donde exista (es decir, como en el tercer salmo, en el cual huyó de la presencia de aquel que ahora se escribe que lo persigue), seamos llamados al conocimiento de la inteligencia profética.

605 2. Quién, con qué nombre habla en todo este salmo. — Profetiza ahora David sobre sus propias pasiones las pasiones del Señor: no quejándose de Absalón, sino de aquellos que incitaron a Absalón al crimen de impiedad. Porque, según el Apóstol, las flechas encendidas son del diablo (Ef. VI, 16): las cuales se lanzaron en el corazón de Judas para que el Señor fuera entregado, y ahora operan en los hijos de la desobediencia. Por lo cual el Señor, asumiendo la semejanza de la carne del pecado, condenó al pecado en la carne por el pecado. Trataremos, pues, el salmo desde la persona del Profeta, entendiendo que está puesto en el cuerpo del pecado, y que se fatiga entre muchas y graves tentaciones del diablo a través del hombre. Pues así como el Señor no ignoró que el príncipe del mundo hizo estas cosas en Él a través de los judíos y de Judas, cuando dice a los Apóstoles: "He aquí que uno de vosotros es un satanás" (Juan VI, 71); se muestra que todo esto es porque era animado por él: así también David entiende en Absalón a aquellos por quienes Absalón es tal. Y porque ya en el tercer salmo se habló más extensamente de esto (No existe aquí este tratado); ahora tratemos las palabras del mismo salmo de tal manera que recordemos que todo lo que se diga bajo el nombre del profeta, también debe referirse a la persona del Señor: quien, vaciándose de la forma de Dios y asumiendo la forma de siervo, se declaró hombre débil de nuestra naturaleza, incluso hasta el punto de ser dicho ignorante de su hora y conocimiento.

3. Ejemplo de oración. Dios no es un juez envidioso ni severo.---VERS. 1: Dios, escucha mi oración, atiende a mi súplica: en tu verdad escúchame, en tu justicia. Primero, suplica que su oración sea escuchada: porque es propio de la humildad humana desear que Dios preste atención a lo que se ora. En segundo lugar, según el conocimiento profético, pide ser escuchado en la verdad de Dios. Para este hombre fiel, Dios no es de los elementos del mundo, ni de los nombres de los reyes, ni del error del mundo en piedras, metales y maderas: sino que para él, Dios es verdadero, eterno, omnipotente y creador del universo. La tercera petición es que sea escuchado en la justicia de Dios. Dios no es de voluntad tiránica, ni árbitro de una pertinacia severa e injusta; sino que tiene en cuenta la debilidad humana: no mide estos deslices tan propensos de nuestra naturaleza mutable según la inmutable

constancia de su sustancia; sino que, siendo justo y moderado, espera del hombre solo lo que recuerda que la naturaleza humana puede permitir.

4. ¡Cuántas cosas acechan la inocencia del hombre! Por eso, después de haber pedido ser escuchado en la justicia de Dios, añade en el versículo 2: "Y no entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará en tu presencia ningún viviente". ¿Qué esperanza hay, si Dios quisiera juzgarnos según Él mismo, si exigiera la inocencia de nuestras vidas en comparación con la suya? ¿Quién de los vivientes puede justificarse ante Dios? ¿Aquel a quien la ira, el dolor, la codicia, la ignorancia, el olvido, el azar o la necesidad, ya sea por la naturaleza del cuerpo o por el movimiento del alma siempre fluctuante, le están mezclados? ¿Aquel a quien diariamente acecha el más grave enemigo, el diablo, que evidentemente trama contra el alma del hombre fiel y la persigue hasta su destrucción? Esta es la razón, enseña, por la cual nadie viviente puede justificarse ante Dios. Versículo 3: "Porque el enemigo ha perseguido mi alma, ha humillado mi vida en la tierra, me ha colocado en la oscuridad como a los muertos del siglo". La oscuridad se derrama a través de los vicios del cuerpo: y cuando caemos en las codicias de la carne por las trampas del diablo, expulsados de la luz del conocimiento, somos colocados en la oscuridad, sumergidos en las tinieblas de los gentiles y retenidos en la noche de las obras mundanas.

5. Estas tinieblas son llamadas así por el hombre espiritual.---Pero, por mucho que el enemigo persiga el alma y humille el cuerpo colocándolo como muerto del mundo en la oscuridad, la ansiedad del hombre espiritual no está sujeta a estas tinieblas del cuerpo, y su corazón se turba por esta misma debilidad de su naturaleza, y resistiendo a los vicios, convierte a su hombre en el recuerdo de su primera constitución y en la meditación de las obras de Dios. Pues el enemigo no lo ha colocado como muerto del mundo en las tinieblas, sino como si estuviera muerto del mundo: por lo cual la libertad del espíritu siempre se reserva en su propia ansiedad.

6. Materia de meditación. Las obras de las manos de Dios, el hombre.---Esto sigue, VERS. 3 y 4: Y mi espíritu se angustió dentro de mí: mi corazón se turbó en mí. Recordé los días antiguos, medité en todas tus obras, en las obras de tus manos meditaba. Sabe que Adán fue capturado por el diablo; y por eso recuerda los días antiguos. Sabe que por la transgresión de la ley establecida fue excluido de las promesas de Dios y de la morada en el paraíso, y por eso recuerda las obras de Dios. Sabe que no basta con la inocencia del pasado, sino que es bienaventurado quien permanece inocente hasta el fin; y por eso meditará en las obras de las manos de Dios. Las obras de las manos de Dios son el mismo hombre: quien, después de pecar, se convirtió en esclavo del pecado. Así pues, medita en ser tal como aquel que fue hecho por Dios, antes del pecado. Por lo cual, porque no murió al mundo, sino que como muerto al mundo está colocado en las tinieblas, meditará siempre; y meditará siempre, porque al recordar los días antiguos, sabe que por la transgresión de la ley entró la muerte del pecado.

7. El hombre es estéril sin la gracia de Dios.---En cuanto a que recuerda los días antiguos y medita en las obras de Dios, y meditará, aunque haya comenzado por su fe, no considera que sea por mérito propio, para no ser considerado insolente, sino que demuestra que ha sido concedido por la ayuda de Dios a quien ha orado, diciendo, VERS. 6: Extendí mis manos hacia ti: mi alma es como tierra sin agua. La tierra sin agua es árida e infecunda, y siempre espera ser regada por la lluvia celestial: así también el alma de los santos, consciente de su naturaleza, desea ser humedecida por el don del divino verbo: de lo cual Moisés dice, Que mi enseñanza caiga como la lluvia, y mis palabras desciendan como el rocío, como la lluvia

sobre la hierba, y como las nieves sobre el heno (Deut. XXXII, 2). Así, el alma seca y sedienta es empapada por la lluvia de tal doctrina profética: para que, muerta y vacía por la aridez de la naturaleza, reviva en abundantes frutos por el conocimiento de los preceptos de Dios.

8. El profeta desea ser liberado rápidamente y estar con Cristo.---Ya en lo que sigue hay una confesión de fe humana y de conciencia, mostrada a través de la intercesión del diapsalma, la impaciencia del deseo profético. VERS. 7. Escúchame rápidamente, Señor, mi espíritu desfallece. El Profeta no soporta las demoras de su cuerpo: y según aquello del Apóstol: Es mejor para mí ser liberado y estar con Cristo (Fil. I, 23), y aquello, ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 24), y aquello, Porque en este tabernáculo gemimos, deseando ser revestidos, él mismo sufre el tedio en este cuerpo de muerte (II Cor. V, 2): pero desea que la rapidez de la ayuda, que suplica debido al desfallecimiento del espíritu, se cumpla con la gracia del don divino en él. Pues, ¿de qué le servirá ser escuchado rápidamente, si no es para salir del cuerpo como fiel y agradable a Dios y descansar en los lugares bienaventurados?

9. Lago, lugar de castigo.---Y por eso dice: No apartes tu rostro de mí: y seré semejante a los que descienden al lago. La Escritura menciona el lago como lugar penal de los infiernos: como en estos salmos dice: Tú, Señor, sacaste mi alma del infierno, me has salvado de los que descienden al lago (Salmo XXIX, 4). Por lo tanto, a menos que el rostro de Dios, que ciertamente es Cristo, quien es la imagen del Dios invisible, esté presente para cada santo; será semejante a aquellos que, destinados al castigo del infierno, han salido de esta vida sin esperanza de descanso.

10. El profeta espera la resurrección.---Pero el Profeta no duda de su esperanza, ni está fuera de la confianza de la seguridad evangélica. Aunque él es anterior en el tiempo, participa en espíritu del gozo apostólico; quienes, contemplando la resurrección del Señor, creyeron en la eternidad de los cuerpos mortales. Pues dice en lo que sigue, VERS 8: Hazme oír por la mañana tu misericordia: porque en ti he confiado. El gozo de esta misericordia matutina se demuestra en muchos lugares, como cuando dice, Al atardecer durará el llanto, y por la mañana la alegría (Salmo XXIX, 6). Este es el tiempo de la resurrección, en el cual, por la misericordia de Dios, el poder de la muerte ha sido quebrantado. Esta misericordia, en la cual el Profeta ha confiado, desea escuchar.

11. Consciente de su ignorancia, pide luz a Dios. Desea regresar al estado original del hombre.---Luego sigue: Hazme conocer el camino por el que debo andar; porque a ti he elevado mi alma. El Apóstol ve a través de un espejo y en enigma, y conoce en parte, y en parte profetiza (I Cor. XIII, 12 y 9). El profeta también, como ignorante por la naturaleza de la fragilidad humana, ora para que le sean dadas a conocer las sendas por las que debe caminar. Pues no son útiles los caminos de este mundo: desea conocer los espirituales y celestiales. Por eso dice: Porque a ti he elevado mi alma. Su alma no está en lo bajo, sino en lo alto; y por eso pide el conocimiento de los caminos elevados. Sabe que tiene enemigos, que lo desvían hacia otros caminos, que lo conducen a otra voluntad. De estos enemigos espirituales, el Apóstol ha hablado mucho y frecuentemente. Por tanto, ora para ser liberado de ellos, y pide conocer ese camino angosto que lleva al cielo, y ser enseñado sobre la voluntad del Señor, y ser guiado por Su Espíritu a la tierra recta: es decir, ser constituido en un hombre no pervertido por los vicios. Pues, ¿cómo desea ser dirigido a la tierra recta, si se pensara que habla de la criatura de este elemento, sino que, según la naturaleza del primer hombre, a quien después del pecado se le dijo, Tierra eres, y a la tierra volverás (Gen. III, 19),

desea ser constituido como un hombre recto e inquebrantable? Esto es lo que se contiene en estas palabras: Hazme conocer el camino por el que debo andar: porque a ti he elevado mi alma. VERS. 9-11. Líbrame de mis enemigos, Señor, a ti he huido: enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios. Tu buen Espíritu me guiará a la tierra recta por tu nombre, Señor.

12. No por méritos propios, sino por la bondad de Dios.---La confesión del Apóstol es coherente con lo que dice: Enséñame a hacer tu voluntad, aquello que fue dicho por él, Y el que cree saber, aún no sabe cómo debe saber (I Cor. VIII, 2). Pues si ni siquiera sabemos orar, y no conocemos cómo expresar nuestros deseos, es más bien el Espíritu quien intercede por nosotros con gemidos inefables, y suple nuestra ignorancia con un afecto secreto de la conciencia, según lo dicho por el Apóstol: Porque no sabemos pedir como conviene; pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables (Rom. VIII, 26); no se cree que el Profeta ore desordenadamente al pedir ser enseñado a cumplir la voluntad de Dios. Y es una confesión adecuada a la verdadera humildad humana, que lo que debe ser guiado por el Espíritu de Dios hacia el camino recto, no lo atribuya a su propio mérito, ni lo reclame por la satisfacción de su propia obediencia: sino que espere todo esto para glorificar en sí el nombre de Dios, para que por el honor del nombre de Dios sea establecido en el camino recto.

13. La bienaventuranza proviene de la misericordia de Dios, sin excluir el deber de merecer. Y puesto que sabe que esta tierra recta no puede serle concedida en el cuerpo de esta muerte, ya que la mancha de la carne humana, debido a la costumbre de los vicios mezclados en ella, no puede ser completamente abolida sino con la transformación de la naturaleza; pide ser vivificado, como si aún no viviera, diciendo: "Me vivificarás en tu equidad. Sacarás de la tribulación mi alma," VERS. 12, "y en tu misericordia destruirás a mis enemigos. Y destruirás a todos los enemigos que persiguen mi alma: porque yo soy tu siervo." En verdad, como hemos dicho, tuvo esta justicia de la modestia, de modo que cualquier bienaventuranza que espere para sí, lo pide más por la magnificencia de Dios (porque es digno atribuir a Dios lo bienaventurado, eterno y bueno) que por su propio mérito. Sin embargo, prefiriendo el honor y la misericordia de Dios, no excluyó el deber de merecerlo por sí mismo. Pues aunque deba ser vivificado, debe ser vivificado en equidad; porque es justo que la vida sea retribuida con los estipendios de la santidad. Y cuando, por la misericordia de Dios, sea sacado de la tribulación y sus enemigos sean destruidos, ya no es misericordia de un juicio indiscreto y confuso; ya que lo que lo saca de la tribulación, destruye a sus enemigos: porque, debido a la diversidad de méritos, el juicio se templa ya sea para castigo o para misericordia.

14. Cuál es la gracia de Dios, cuál, con razón, es la parte en la victoria sobre las tentaciones.---El Profeta no muestra que sus enemigos sean leves, sino que son aquellos que incluso persiguen el alma: no porque pueda ser asesinada con el cuerpo, sino porque es tan fatigada por las infestaciones diabólicas, y quemada bajo los incendios de los vicios inyectados, que merece ser liberada por el Señor. Sin embargo, para que también sus enemigos perezcan, aunque esto se debe principalmente al nombre y la misericordia de Dios; sin embargo, también es porque es un siervo de Dios cuya alma persiguen: y se mezcla la liberalidad (por parte de Dios) y el mérito (por parte del hombre); y a la misericordia del Señor, se añade también la fe y el nombre del siervo: para que la misericordia de Dios, aunque esté disponible para todos, se entienda que asiste a aquellos que son sus siervos, por Él y en Él que dijo: Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mateo XXVIII, 20), nuestro Señor Jesucristo, que es bendito ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXLIII.

Salmo de David contra Goliat.

Bendito sea el Señor, mi Dios, que adiestra mis manos para la guerra y mis dedos para la batalla. Mi misericordia y mi refugio, mi protector y mi libertador (Aquí se añade eres tú). Mi protector, en quien he confiado: quien someterá (Aquí, sometiendo) a mi pueblo bajo mí. Señor, ¿qué es el hombre para que te hagas conocer a él, o el hijo del hombre para que lo consideres? El hombre se ha hecho semejante a la vanidad: sus días pasan como una sombra. Señor, inclina tus cielos y desciende; toca los montes y humeen; lanza relámpagos (Aquí, relámpagos), y dispérsalos; envía tus flechas y confúndelos. Extiende (Aquí, extenderás) tu mano desde lo alto: rescátame y líbrame (falta y líbrame) de las muchas aguas y de la mano (Aquí, mano inicua) de los hijos extraños. Cuya boca ha hablado vanidad: y su diestra es diestra de iniquidad. Dios, cantaré un cántico nuevo para ti, en el salterio de diez cuerdas te cantaré. Tú que das (Aquí, das) la salvación a los reyes: que liberas a tu siervo (Aquí, liberas a David tu siervo) del maligno espada, rescátame (Aquí, rescata) de él. Y líbrame de la mano del hijo extraño (Esto no se encuentra aquí). Cuya boca ha hablado vanidad, y su diestra es diestra de iniquidad. Cuyos hijos son como nuevas plantaciones, establecidas (Aquí, nueva plantación establecida) en su juventud. Sus hijas adornadas (Aquí, compuestas): y decoradas como la semejanza de un templo. Y sus almacenes llenos, rebosantes de esto en aquello. Sus ovejas fecundas, abundantes en sus caminos (Aquí, salidas): sus bueyes gordos (Aquí, gordas). No hay ruina de muro, ni paso, ni clamor en sus plazas. Bienaventurado el pueblo que tiene esto: bienaventurado el pueblo cuyo Señor es su Dios.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Título añadido por los Setenta, que indica cómo debe entenderse el salmo.---VERS. 1-7. También a este salmo los Setenta pensaron en añadirle esta superscripción: Salmo de David contra Goliat; aunque no se encuentra en los libros hebreos, ni otros traductores han prescrito nada más que el simple título, es decir, David. Esto se demuestra que no fue hecho sin una razón espiritual por el texto mismo del salmo: y nada en este salmo tiene de propio que pueda referirse a la gratitud por la muerte de Goliat, ya que más bien hay muchas cosas contrarias tanto a los hechos como al tiempo. Pues cuando se dice: Sujetando a mi pueblo bajo mí, ¿acaso David era rey entonces? ¿O qué pueblo estaba sujeto a él en ese momento, si el pueblo de los filisteos (se sobreentiende) no era suyo? Pero ni siquiera Israel podía estar sujeto, mientras Saúl aún reinaba. Además, aquello: Señor, inclina tus cielos y desciende; toca los montes y humeen; lanza relámpagos y dispérsalos, ¿se entenderá como una oración por el tiempo de una guerra humana? O cuando, según el título, Goliat había sido muerto, ¿qué quieren decir estas súplicas: Rescátame y líbrame de las muchas aguas y de la mano de los hijos extranjeros? O cuando solo había un rey en Israel; ¿qué significa esto que se dice, V. 10: Tú que das la salvación a los reyes? El número plural excluye la comprensión de ese tiempo en el que solo se consideraba a uno. Pero como no es así en los libros hebreos, ni los demás traductores han añadido algo de esto; entendemos que estos setenta ancianos nos dejaron el sentido de la ciencia espiritual: para que supiéramos que en David y Goliat se prefiguraba la guerra de Satanás y del Señor; cuando ni la superscripción existía en los libros, ni el discurso profético concordaba con los hechos.

2. Si los salmos son de David o acerca de David, el lenguaje latino no lo expresa claramente. Este salmo es sobre Cristo. A menudo, la estructura del latín nos presenta dificultades de comprensión, ya que no suele anteponer pronombres a los nombres, como ocurre con el nombre de David. Al faltar el pronombre, queda incierto si el salmo fue compuesto por él o

acerca de él. Cuando se escribe "salmo de David", la sola prescripción del nombre hace ambiguo si fue dicho por él o en relación a él. En cambio, el griego, cuando indica que el salmo fue escrito por David, inscribe el título como ψαλμὸς τοῦ Δαβὶδ. Pero cuando quiere que se entienda que el salmo fue escrito acerca de David, lo sobrescribe como τῷ Δαβὶδ, distinguiendo mediante la propia significación de cada pronombre si David es el autor del salmo escrito o su causa. Así, la sobrescripción de este salmo contiene τῷ Δαβὶδ, lo que significa que fue escrito por él o más bien para él, que por él. De esta sobrescripción del salmo también se muestra que este salmo fue cantado por la virtud del Espíritu y la boca del Profeta sobre aquel hombre que el Señor asumió al nacer en él, y que hemos enseñado que David es nombrado frecuentemente.

3. Bendito sea el Señor mi Dios, que adiestra mis manos para la guerra y mis dedos para la batalla. Si por esto se atribuye este salmo a la celebración de la muerte de Goliat, porque se ha dicho: "Que adiestra mis manos para la guerra", que tomen este ejemplo como más adecuado a la persona del Señor. Pues en el decimoséptimo salmo, que se compone enteramente desde la perspectiva del Señor, recordamos que se ha dicho lo mismo de esta manera: "Que adiestras mis manos para la batalla, y has hecho mis brazos como un arco de bronce" (Sal. XVII, 35). Sin embargo, nada de esto puede referirse a David, en todo el salmo, pero especialmente en estas palabras se enseña: "Oyó desde su santo templo mi voz, y mi clamor llegó a sus oídos en su presencia. Y la tierra se conmovió y tembló, y los cimientos de los montes fueron sacudidos" (Ibid. 7, 8). Y aquello: "Clamaron, pero no había quien los salvara, al Señor, pero no los escuchó. Y los desmenuzaré como polvo ante el viento, como barro de las calles los borraré. Me librarás de las contiendas del pueblo, me pondrás como cabeza de las naciones. El pueblo que no conocía me sirvió, al oír con el oído me obedeció" (Ibid. 42 y ss.). La misma realidad refuta la interpretación errónea de aquellos que sostienen que David dijo esto de sí mismo: cuando todo se ajusta al hombre que el Señor asumió al nacer en él, según la razón espiritual y los hechos.

4. Cristo preparado para la batalla de la pasión.---Por tanto, sus manos están entrenadas para la batalla, cuando vence al mundo: Porque yo, dice, he vencido al mundo (Juan XVI, 33): cuando extendido en la cruz se equipa con las armas invencibles de su pasión: Y pusiste, dice, como arco de bronce mis brazos: cuando triunfa sobre todas las virtudes y potestades, en sí mismo, con el trofeo de la gloriosa cruz; y exhibió a los principados y potestades con confianza, triunfando sobre ellos en sí mismo (Colosenses II, 15): cuando pacifica las cosas celestiales y terrenales en discordia (Colosenses I, 20): Y en él, dice, reconciliar todas las cosas en él, pacificando por la sangre de su cruz, ya sean las que están en la tierra, ya sean las que están en los cielos. Para esta batalla, por tanto, sus manos están entrenadas, en la cual el arco de bronce es vencido en la contienda (Aquí parece faltar el mundo), los poderosos son triunfados por la humillación, los enemigos son reconciliados por la paz. Pero después de la batalla de las manos, sigue también la lucha de los dedos. Pues en él se muestra toda la disposición y lucha de la pasión. Las manos se extienden, y los dedos son clavados en las palmas: borrando, según el Apóstol, el antiguo documento escrito, y clavándolo en la cruz (Colosenses II, 14), también menciona esas partes de las manos en la batalla, con las cuales todos los pecados de los antiguos crímenes están clavados.

5. A continuación sigue: Mi misericordia y mi refugio, mi sustentador y mi libertador eres tú. Mi protector, y en él he confiado. Carecen de esta dificultad. Pues todo esto fue hecho y dicho por él en los Evangelios: para proclamar el honor de la majestad del Padre a través de la confesión de nuestra humildad, cuya condición había asumido.

6. El pueblo de Cristo, no solo los judíos. — Sin embargo, lo que dice: Subyugando a mi pueblo bajo mí, no debe considerarse dicho únicamente desde la perspectiva del pueblo judío, ya que en otro salmo se refiere a la totalidad de la Iglesia como un solo pueblo, diciendo: El pueblo que no conocí me sirvió (Salmo XVII, 45). Pero que incluso aquí, aquellos que no lo conocieron sean suyos, lo enseñan los Evangelios cuando dicen: A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció (Juan I, 11 y 10). Pero para que no se piense que este pueblo, que no lo conoció y le sirvió, no era suyo porque no fue reconocido, aquel divino cántico de Moisés excluye todo error de ambigüedad, diciendo: Cuando el Altísimo dividió las naciones, estableció los límites de los pueblos según el número de sus ángeles, y la porción del Señor fue Jacob, la cuerda de su heredad fue Israel (Deut. XXXII, 8 y 9; ver Tract. Ps. II, n. 31). Este Israel fue elegido como herencia eterna: y por eso, porque era la porción del Señor, los demás eran considerados casi como desconocidos, ya que ellos fueron elegidos por el privilegio de la porción. Sin embargo, todos son suyos; porque lo que son, se lo deben a él como su autor.

7. Cristo, cuándo, por qué y en qué medida se le dio todo.---Le están sometidos, como se dice, "Así como le diste potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le has dado" (Juan XVII, 2): y aquello, "Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra" (Mateo XXVIII, 18). Sin embargo, no se le dio primero, porque ya estaba en el mundo aquel por quien el mundo fue hecho, quien reclama la gloria que tenía antes de la creación del mundo junto al Padre: sino que se le dio después de la asunción de la humanidad; porque así se dijo, "El cual, siendo en forma de Dios, tomó forma de siervo: por lo cual Dios lo exaltó y le dio un nombre que es sobre todo nombre" (Filipenses II, 7 y 9). ¿Qué, entonces, o a quién se le da? No se le da, ciertamente, a aquel que estaba en forma de Dios, para que sea en forma de Dios; pues ya lo era, y porque lo era, no necesitaba de este don. Pero hubo una razón para dar, porque aquel que estaba en forma de Dios, tomó forma de siervo; y vaciándose de la forma de Dios, asumiendo la forma de siervo, fue obediente hasta la muerte. Por lo tanto, a esa obediencia, por la cual se asume el estado servil, y a ese mismo estado servil se le concede que lo que era, sea: es decir, que esté en forma de Dios. Pues la evacuación de la forma de Dios no conoce pérdida en detrimento propio; más bien, adquiriendo nuevamente la forma de Dios en la asunción de la forma servil. Así, ni la Virtud, aunque se contenga en la humildad, se despojó de sí misma, cuando lo que era, es: y la humildad contenida en sí misma, al ser asumida por la Virtud, cuando comenzó a ser lo que no era, recibió el progreso de la Virtud que no se había despojado de sí misma. Y esta es, en verdad, la verdad del sacramento evangélico y de la esperanza humana, que la naturaleza humana y la carne corruptible han sido transformadas en sustancia eterna por esta gloriosa transmutación.

8. El conocimiento de Dios por el hombre indigno. Ser destinado a algo. Todo lo transitorio es vano. El hombre en cuanto conoce a Dios, o para qué es destinado.---Pero la admiración de este hecho tan difícil, y el don de la esperanza más grande y hermosa, también el presente salmo lo atestigua con palabras proféticas, diciendo respecto a lo que había dicho: Subyugando a mi pueblo bajo mí; Señor, ¿qué es el hombre, para que te hayas dado a conocer a él; o el hijo del hombre, para que lo destines? El hombre ha sido hecho semejante a la vanidad: sus días pasan como una sombra. De manera similar, en el octavo salmo proclama el Espíritu Santo: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que lo visites? Esta confesión es hermosísima, para que el hombre mismo testifique que es indigno de tan gran don. Y al confesarse indigno, exalta la gracia de aquel que le concede estas cosas. Pues, ¿qué mérito tiene el hombre para que Dios se le haga conocible, para que la naturaleza incognoscible se someta a nuestro conocimiento? ¿O qué dignidad tiene el hijo del hombre para ser destinado? Se destina, sin embargo, todo lo que de lo que está en él se dirige

a otro. La naturaleza de la cosa la expresa la fuerza de las palabras. El hombre, hecho semejante a la vanidad, y cuyos días pasan como una sombra, es destinado a través del conocimiento concedido de Dios. La vanidad es el mundo, cuya apariencia y forma serán eliminadas. Porque para Dios es vano todo lo que, aunque exista, no subsiste de tal manera que permanezca: y cualquier sombra, aunque sea, sin embargo no es; porque cuando se hace, al irse aquel por quien se producía, se extingue. Por tanto, el hombre no es sombra, sino semejante a la sombra; ni es vanidad, sino semejante a la vanidad por la intercesión de la muerte; pero a través del conocimiento de Dios concedido a él, es destinado. Y a qué es destinado, lo testifica el conocimiento concedido. Pues si Dios no pudo hacerse conocido al hombre, sino asumiendo al hombre, porque nuestra naturaleza no pudo conocer lo incognoscible sino a través de nuestra propia naturaleza; y por este conocimiento el hombre que es destinado, es necesario que sea destinado a aquello en lo que conoció a Dios, es decir, para que se haga conforme a Dios, porque esta es la destinación del conocimiento concedido.

9. Enemigos muy poderosos, los demonios. Los mismos montes.---Y dado que toda esta oración es desde la perspectiva de aquel hombre que el Señor asumió, sabe con cuánta dignidad Dios lo libera de las leyes de la muerte y lo arrebata de las manos de los inicuos por la gloria de la resurrección, diciendo: Señor, inclina tus cielos y desciende; toca los montes, y humeen; lanza relámpagos, y los dispersarás; envía tus flechas, y los turbarás. Extenderás tu mano desde lo alto. Similar a estas palabras se contiene en el salmo que mencionamos anteriormente: Y él inclinó el cielo y descendió (Sal. XVII, 10), y carbones encendidos fueron de él, y fuego de su rostro se encenderá, y subió humo en su ira (Ibid., 9). Envió flechas, y los dispersó; y multiplicó relámpagos, y los turbó (Ibid., 15). Envió desde lo alto, y me tomó, y me sacó de la multitud de aguas. Me libró de mis enemigos más poderosos (Ibid., 17, 18). En cuanto a que los llamó poderosísimos, podemos entender a quiénes se refería; ciertamente de quienes el Apóstol dice: No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra los poderes del mundo, contra las maldades espirituales en los lugares celestiales (Efes. VI, 12): con Satanás mismo introduciéndose en el corazón de Judas, para que entregara al Señor (Luc. XXII, 3). Pero también en este salmo debe observarse: Lanza relámpagos, y los dispersarás; envía tus flechas, y los turbarás. No mostró a aquellos mencionados anteriormente, de los cuales así se recordaba: lo cual es necesario referir a estos montes, que humean al solo toque de Dios. Y para que no pensemos que se dice de estos montes terrenales, se nos advierte en otro salmo, cuando se dice: ¿Por qué habéis recibido montes coagulados? y en cuanto se permite entender, a veces también se considera que los montes significan poderes diabólicos, como ahora en este lugar: quienes, habiendo transgredido las constituciones de la ley divina, como si de la pureza de la leche, han coagulado con la corrupción viciosa del cuajo. Y que estos son sus enemigos más poderosos, lo ha dicho el salmo anterior (XVII).

10. Descenso de Dios, y qué significa la inclinación del cielo.---Descendió, por tanto, el Señor inclinando su cielo, no por un movimiento corporal, de modo que el cielo se inclinara al descender Él, sino que a través de una significación corporal se instruye el sentido espiritual, como cuando se atribuyen a Dios el sueño, la vigilia, la memoria, el olvido, la partida y la llegada; porque, según la diferencia de nuestros méritos, a cada uno de nosotros se le presenta como dormido o vigilante, olvidadizo o recordante, ausente o presente. Y así, el cielo se inclina al descender Él, porque cuando Él desciende para asumir la humanidad, el servicio celestial se presenta. Cuando se anuncia a María, cuando los pastores ven y oyen el coro y el sonido celestiales, cuando después de la tentación del diablo los ángeles ministran, cuando Él mismo, aunque en forma de siervo, sin embargo, se comporta con el poder de la

majestad paterna. Así se inclina el cielo, cuando a la tierra se conduce la Virtud celestial (es decir, el Hijo de Dios) y el honor.

11. El poder del diablo, aunque grande, ha sido quebrantado. Humea, pero aún no se consume por completo.---En cuanto a que los montes tocados humean en lugar de arder, aunque esto indique que se están quemando; luego, cuando con relámpagos se disipan más que iluminan; y cuando, al lanzar flechas, se perturban más que se hieren: esto se dice con una gran razón de inteligencia espiritual. Y de hecho, ya otro salmo significa cosas similares, cuando dice: Preparando los montes con tu poder, ceñido de potencia (Salmo 64, 7). Con la venida del Señor, el poder del diablo ha sido quebrantado y aplastado, al estar sometido a la fe de los hombres santos: no porque no tenga aún grandes fuerzas en su poder, sino porque al estar de alguna manera sometido, se prepara para la venganza y el castigo legítimo en la condición de sujeción presente: de modo que ahora, por esta misma sujeción, tocado por el poder de Dios, humea, aunque aún no se consume por completo: pero por el hecho de que puede humear por ahora, se debe entender que también puede arder. No solo él arde, sino todos los suyos. Este fuego no está preparado solo para uno, como dice el Señor: Apartaos al fuego eterno, que mi Padre ha preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo 25, 41). Estos montes, tocados por el Señor, humean.

12. La doctrina de Dios se difunde.---También se dispersarán por los relámpagos resplandecientes: es decir, la luz de aquellos de quienes se ha dicho: Vosotros sois la luz del mundo (Mat. 5, 14), que no soportan. Porque la venida del Señor se entenderá como un relámpago que aparece de oriente a occidente (Mat. 24, 27). Pero, mientras tanto, hay muchos relámpagos, es decir, las predicaciones apostólicas y el esplendor de la doctrina de Dios, que dispersa con la luz del relámpago aquella densa y conspirada fuerza de los demonios.

13. La doctrina de los fieles es expulsada de su reino.---Las flechas también lanzadas los perturbarán. La misma profecía recuerda en otro lugar estas flechas: Las flechas, dice, de los pequeños se han convertido en sus heridas (Sal. LXIII, 8): de los pequeños, como dice el Apóstol, en malicia, no en entendimiento (1 Cor. XIV, 20). Por lo tanto, las palabras de estos, es decir, de los fieles renacidos a la inocencia, como flechas lanzadas; perturbarán a esos montes humeantes: cuando se predica la bienaventuranza y eternidad del reino celestial, cuando se desprecia el honor del mundo, y se espera la gloria de Cristo: cuando se abandona el lujo y la embriaguez, y el cuerpo se purifica con ayunos; cuando se vence la avaricia, y se practica la generosidad; cuando las Vírgenes odian su propio cuerpo; cuando las Viudas hubieran preferido ser vírgenes; cuando los confesores detestan su vida: cuando morir es deseable para los mártires. Y todo esto lo habrán logrado esas flechas, es decir, las palabras de doctrina y exhortación, que lanzadas perturban a aquellos que se oponían a ellas: cuando, cesando su reino, se predica la expectativa del reino de Cristo.

14. La mano de Dios es Cristo.---Pero también desde lo alto se extiende la mano del Señor. Que la mano de Dios se refiera a nuestro Señor Jesucristo en el Espíritu no es una doctrina oscura. Pues por Él fueron hechas todas las cosas. Y leemos en la Escritura: "Mi mano le auxiliará" (Sal. 88, 22), porque por el Hijo de Dios, el hombre asumido es liberado de los lazos de la muerte y del juicio de una condenación injusta por la gloria de la resurrección.

15. Aguas, pueblos que perecen.---Sigue diciendo: Líbrame de las muchas aguas. Llamar aguas a los pueblos es un conocimiento común (como también se nos enseña por Isaías diciendo (VIII, 7): Por eso, he aquí que el Señor hará venir sobre vosotros las aguas del río, fuertes y muchas, y al rey de Asiria), cuya fuerza y vida se desvanecen hacia un fin de

destrucción, como el ejemplo del agua que fluye. Como dice este mismo Profeta: Perecieron como agua que fluye (Sal. LVII, 8): porque su naturaleza, al cesar el incremento del mar hacia el cual se dirigen, se extingue. Y de la mano de los inicuos hijos extraños. Pues habían dejado de ser de Dios, de quienes se dijo: Los hijos extraños envejecieron (Sal. XVII, 46): y a quienes se les dijo: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Juan VIII, 44).

16. La diestra de aquellos que son inicuos.---No solo son hijos ajenos por no recibir a su Señor, sino también por lo que sigue, VERS. 8: Cuya boca ha hablado vanidad. La vanidad de su boca y de su confesión fue aquella, cuando dijeron: No tenemos más rey que el César (Juan, XIX, 15). Pues el pueblo elegido para el reino eterno escogió al rey del siglo, es decir, de la vanidad. Y su diestra es diestra de iniquidad. La diestra es inicua cuando golpea con las palmas, cuando desgarra con varas, cuando hiere con una caña, cuando ajusta una corona de espinas, cuando clava las manos y los pies con clavos, cuando mezcla hiel con vinagre, cuando consuma todas las obras de iniquidad.

17. Cántico nuevo, para las naciones debido al nuevo conocimiento de Dios.---Después de las obras poderosas realizadas y completadas por el Señor, debemos entonar un cántico nuevo de gloriosa victoria. Pues dice, VERS. 9: Dios, cantaré para ti un cántico nuevo, te alabaré con el salterio de diez cuerdas. Y es necesario considerar qué es este cántico nuevo. Se encuentran varios salmos que cantan un cántico nuevo. El salmo noventa y cinco comienza así: Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra: y nuevamente, Anunciad entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas: y nuevamente, Tiembla ante él toda la tierra, decid entre las naciones, el Señor reina. Este cántico nuevo, que toda la tierra canta, ya no se celebra solo dentro de los límites y confines de Judea el conocimiento de aquel que creó todo; ya se anuncia entre las naciones la gloria del Dios invisible, todas las patrias de las naciones confiesan la alabanza del honor debido, se muestra que Dios reinará entre las naciones. Este es un cántico nuevo en medio de tantos errores del mundo, y para las naciones que antes erraban, este himno es inesperado: por el cual se canta que Dios es invisible, incorpóreo, eterno, juez de justo juicio, y rey de la bienaventurada eternidad.

18. Otro por la admirable resurrección de Cristo.---También el salmo nonagésimo séptimo canta un cántico nuevo: Cantad al Señor un cántico nuevo, porque el Señor ha hecho maravillas. Pero no sé si por eso debe cantarse un cántico nuevo, porque Dios ha hecho maravillas. Desde hace tiempo el cielo permanece bellísimo e inmutable, desde hace tiempo en él las estrellas perseveran en sus incansables cursos de sus oficios, desde hace tiempo los tiempos se regulan con un retorno alterno e inmutable, desde hace tiempo la tierra es rica en frutos anuales, desde hace tiempo el hombre, la obra más maravillosa de Dios, nace: y si después de crear estas cosas Dios no añadió nada maravilloso, pregunto qué cántico nuevo debe cantarse por las maravillas hechas. Y el salmo no nos deja errar por mucho tiempo. Pues por qué maravillas cantaría un cántico nuevo, lo muestra diciendo: Lo liberó su diestra y su santo brazo. El Señor ha hecho conocer su salvación ante la vista de las naciones (Sal. XCVII, 1 y 2). Este es el cántico nuevo, esta es la maravilla de Dios: que lo liberó su diestra, que su propia virtud le otorgó la salvación. Porque, dice, tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla (Juan X, 18). El unigénito Hijo de Dios no necesitó ayuda externa para salvar al hombre, en quien quiso nacer, y permaneciendo en la gloria de la majestad paterna, usó su propio poder: por el cual, con la gloria de la resurrección, hizo conocer su salvación a las naciones, cuando en él reconocen que su carne ha sido transformada en la sustancia de la salvación eterna.

19. Otro motivo por el cual se concede a los santos el poder de juzgar.---El salmo ciento cuarenta y nueve también canta un cántico nuevo. Y el Profeta enseguida explica por qué es este un cántico nuevo, diciendo: Exaltará a los mansos en la salvación. Los santos se regocijarán en la gloria, se alegrarán en sus lechos. Y las alabanzas de Dios estarán en sus gargantas, y espadas de doble filo en sus manos, para ejecutar venganza entre las naciones, reprensiones entre los pueblos, para atar a sus reyes con cadenas y a sus nobles con grilletes de hierro; para ejecutar en ellos el juicio escrito, esta es la gloria de todos sus santos (Sal. 149, 4 y ss.). Este es el cántico nuevo, que los santos de Dios tomen el poder del juicio eterno. Pues los santos, según el Apóstol, juzgarán al mundo (I Cor. VI, 2). Por lo tanto, esto es lo que cantamos como nuevo: la venganza sobre las naciones, la reprensión sobre los pueblos, las cadenas y grilletes de los reyes, y los grilletes de hierro de los nobles, y la sentencia del juicio escrita sobre ellos.

20. Salterio de diez cuerdas. Reyes, consortes del reino de Dios.---Lo cual también se canta de manera similar en el nuevo cántico de este salmo: Dios, te cantaré un cántico nuevo, en el salterio de diez cuerdas te alabaré, tú que das la salvación a los reyes. En el salterio de diez cuerdas, es decir, ya sea porque ese salterio tenga diez cuerdas, o porque este nuevo cántico se cante con el órgano de diez palabras y gestos: o porque el mismo hombre, extendido con diez ciertas cuerdas en manos y pies, perfecto en el gesto y movimiento de sus obras espirituales, así alabe, para que cante este cántico nuevo. VERS 10. Tú que das la salvación a los reyes: a los reyes a quienes se les dijo, Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo (Mat. XXV, 34): quienes atarán a los nobles, quienes a los reyes con esposas y grilletes sujetarán, quienes juzgarán, acusarán, vindicarán.

21. La liberación de Cristo, salvación de los reyes.---Y cómo se otorga la salvación a los reyes, lo muestra: Tú, dice, liberas a David, tu siervo; a ese David, de quien este mismo libro profetiza en otro salmo desde la persona de Dios Padre: He puesto ayuda sobre el poderoso, y he exaltado al elegido de mi pueblo. He hallado a David, mi siervo, con mi óleo santo lo he ungido. Mi mano lo asistirá. Él invocará: Tú eres mi Padre, mi Dios, el sustentador de mi salvación. Y yo lo haré mi primogénito, excelso sobre todos los reyes de la tierra. Y su trono será como el sol en mi presencia, y como la luna perfecta para siempre y testigo fiel en el cielo (Sal. LXXXVIII, 20 y ss.). Y de nuevo en el mismo salmo desde su persona al Padre: Como juraste a David en tu verdad, recuerda, Señor, el oprobio de tu siervo, que llevé en mi seno de muchas naciones. Lo que tus enemigos, Señor, reprocharon, lo que reprocharon la alteración de tu Cristo (Ibid, 50 y ss.). Este David único recibió en su seno los oprobios de muchas naciones. Él mismo tomó nuestras iniquidades y cargó con nuestras enfermedades; por sus llagas fuimos sanados (Isa. LIII, 5). Así, mientras este David es liberado y se exime de la ley de la muerte, también se otorga la salvación a los reyes. Él es el primogénito de entre los muertos (Col. I, 18). Y así como en Adán todos morimos, así también en Cristo todos resucitaremos (I Cor. VIII, 22). Por tanto, su liberación es la salvación de los reyes. Reinarán conformes a su gloria, por la asunción de nuestra naturaleza por él, permaneciendo todos de nuevo en la comunión de su naturaleza.

619 22. Por lo tanto, David es librado aquí del filo de los malvados. Pues Jesús entregó su espíritu cuando quiso, y no esperó a que una herida infligida por otros liberara su alma. La mano irreverente no tuvo poder sobre su alma. Porque dijo: "Líbrame del filo de los malvados". Aunque un soldado ya había atravesado el costado de su cuerpo sin vida (Juan 19, 34), fue un instrumento de la crueldad; sin embargo, el poder de entregar su espíritu no dejó causa para que su alma fuera violentada.

23. Se reprueba la opinión de la falsa felicidad.---Consuma luego el cántico nuevo con un himno de nueva confesión, condenando los juicios terrenales y las alegrías de los bienes mundanos como falsas, cuando dice: Cuya boca ha hablado vanidad, y su diestra es diestra de iniquidad; VERS. 12-15: Cuyos hijos son como nueva plantación establecida en su juventud. Sus hijas adornadas, circundadas como la semejanza de un templo. Y sus despensas llenas, rebosantes de esto en aquello. Sus ovejas fecundas, abundantes en sus salidas: sus bueyes gordos. No hay ruina de muro, ni paso, ni clamor en sus plazas. Dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas: bienaventurado el pueblo cuyo Señor es su Dios. Y estas son, según creo, las bondades de este siglo según el juicio común de todos, hablar y actuar sobre las cosas del mundo, arrebatar o comprar honores, enriquecerse con un precio falso, gloriarse en los hijos de edad madura, cuyos años florecientes confían en la firmeza de una nueva exultación, desear hijas de cuerpo hermoso, y adornarlas como un templo con el daño inútil de un gran gasto de dinero, romper graneros con frutos multiplicados, que las riquezas acumuladas en despensas estrechas rebosen de unas a otras, también desear ovejas con partos gemelos, que al salir no sean disminuidas por el encuentro con fieras, deleitarse en la gordura de sus bueyes, ofrecer incluso casas firmemente cercadas, para que nadie tenga poder de pasar por ellas; no llorar, no lamentar, no gemir, sino que el curso próspero de su felicidad no sea impedido por ninguna molestia de adversa calamidad. Dijeron bienaventurado a este pueblo que tiene estas cosas: pero el Profeta sabe que es falsa la opinión de esta felicidad. Pues, ¿qué son todos estos tantos bienes del mundo para la vida, que habría de ser interrumpida por la muerte, adquirir? Y por eso muestra quién es el pueblo bienaventurado, diciendo, Bienaventurado el pueblo cuyo Señor es su Dios. Ese Dios Señor, que aunque haya concedido estas cosas terrenales, sin embargo, otorgará la eternidad a aquellos que las usen rectamente: quien nos eligió como coherederos de su Hijo en él antes de la constitución del mundo, quien será Dios todo en todos: a él la gloria, la alabanza, el honor, la virtud, el imperio al Padre en el Hijo, al Hijo en el Padre y en el Espíritu Santo, ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXLIV.

Alabanza a David.

Te exaltaré, Dios mío y rey mío, y bendeciré tu nombre por los siglos de los siglos. Cada día te bendeciré, y alabaré tu nombre por los siglos de los siglos. Grande es el Señor, y digno de suprema alabanza, y su grandeza es insondable. Generación tras generación alabará tus obras, y anunciarán tu poder. Hablarán de la magnificencia de tu majestad, y de tu santidad, y contarán tus maravillas. Proclamarán la fuerza de tus hechos terribles, y narrarán tu grandeza. Difundirán la memoria de la abundancia de tu bondad, y cantarán tu justicia. Clemente y misericordioso es el Señor, paciente y de gran misericordia. Bueno es el Señor para con todos, y sus misericordias están sobre todas sus obras. Te alaben, Señor, todas tus obras, y tus santos te bendigan. Hablen de la gloria de tu reino, y hablen de tu poder: para dar a conocer a los hijos de los hombres tu poder, y la gloria de la magnificencia de tu reino. Tu reino es un reino de todos los siglos, y tu dominio perdura por todas las generaciones. Fiel es el Señor en todas sus palabras, y santo en todas sus obras. El Señor sostiene a todos los que caen, y levanta a todos los oprimidos. Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su alimento a su tiempo. Abres tu mano, y colmas de bendiciones a todo ser viviente. Justo es el Señor en todos sus caminos, y santo en todas sus obras. Cercano está el Señor a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de verdad. Cumple el deseo de los que le temen, escucha su clamor y los salva. El Señor guarda a todos los que le aman, y destruye a todos los

pecadores. Mi boca proclamará la alabanza del Señor, y bendiga toda carne su santo nombre por los siglos de los siglos.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. En este salmo, Cristo es alabado bajo el nombre de David.---El salmo está completo, dedicado únicamente a las alabanzas de Dios. Incluso el título mismo enseña que el salmo contiene solo la proclamación de Dios. Sin embargo, al añadir, según la costumbre griega, ahora también como en otros casos, el pronombre, muestra que David es alabado al alabar a aquel. Y quién es este, a quien este salmo alaba, lo proclaman todas las profecías de todos los tiempos, como este mismo Profeta a menudo ha testificado de él: Tu trono, oh Dios, es por los siglos de los siglos, cetro de equidad, cetro de tu reino. Amaste la justicia y odiaste la iniquidad; por eso te ungió Dios, tu Dios (Sal. XLIV, 7, 8). Y de nuevo: Y lo adorarán todos los reyes, y todas las naciones le servirán. Su nombre será bendito por los siglos, antes del sol permanece su nombre. Y en él serán benditas todas las tribus de la tierra, todas las naciones lo magnificarán (Sal. LXXI, 11, 17). Por tanto, su alabanza se canta en este salmo, de cuya persona recordamos que se dijo: Yo he sido constituido rey por él sobre Sion, su monte santo. El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las naciones como herencia, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los regirás con vara de hierro (Sal. II, 6 y ss.). De la perpetuidad de su reino, Daniel ha testificado así, diciendo: Y en los días de esos reyes, el Dios del cielo levantará un reino que nunca será destruido, y su reino no será dejado a otro pueblo: desmenuzará y consumirá todos estos reinos, y este reino (se sobreentiende, permanecerá) para siempre (Dan. II, 14). Y de nuevo: Y he aquí, con las nubes del cielo, como un hijo de hombre viniendo, y llegó hasta el Anciano de días, y le fue dado dominio, gloria y reino: y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán, y su dominio es un dominio eterno que nunca pasará, y su reino no será destruido (Dan. VII, 13, 14). Este rey, por tanto, es alabado a través de lo que se contiene en el salmo: Te exaltaré, Dios mío y rey mío: y por aquello, Tus santos te confesarán, hablarán de la gloria de tu reino y de tu poder. Harán conocer a los hijos de los hombres tu poder, y la gloria de la magnificencia de tu reino. Tu reino es un reino de todos los siglos, y tu dominio en toda generación y progenie.

2. Somos instruidos en la admiración de Dios.---Y aunque aquí, por la gloria del reino eterno, en la cual reinará junto con los santos que con él reinan, se cante alabanza a Dios con la confesión del profeta; sin embargo, el modo y el orden de dicha alabanza están dispuestos de tal manera que lo que se ha dicho de Él se proclame desde el sentido de la inteligencia común: para que, en la medida en que lo permita la costumbre del lenguaje humano, sobre esa inmensa e incomprensible naturaleza de Dios, aunque no sea para un conocimiento perfecto de la verdad, nos instruya en la admiración de esa inmensa virtud que le pertenece. Pues podemos admirarlo al máximo en la medida de nuestras posibilidades: sin embargo, no podemos conocer cuán grande es Él.

3. La alabanza del Padre o del Hijo es mutua.---Sin embargo, dado que en todo salmo hay una alabanza simple y absoluta a Dios, debemos recordar que el Padre es alabado en el Hijo, y el Hijo en el Padre: y puesto que, por la semejanza de sustancia y la propiedad de la naturaleza, uno está en el otro, y ambos son uno, y quien ha visto al Padre, ha visto también al Hijo, (debemos recordar) que no importa cuál de los dos se considere alabado; ya que tanto la semejanza de virtud y obras, como la divinidad indiferente nacida de Dios Padre y del Hijo Dios nacido, testifican que son uno.

4. Contra aquellos que niegan la providencia de Dios o la inmortalidad del alma.---El salmo comienza así, VERS. 1 y 2: Exaltarte, Dios mío y rey mío, y bendeciré tu nombre por los siglos y por los siglos de los siglos. Cada día te bendeciré, y alabaré tu nombre por los siglos y por los siglos de los siglos. La razón y la virtud de la magniloquencia profética deben conocerse a través de la diligente atención al escuchar. Pues dice: Exaltarte, Dios mío y rey mío. Muchos magnifican a Dios por aquellas cosas que, en las obras del mundo, están sujetas a nuestro conocimiento, habiendo sido instituidas por Él; pero son pocos los que quieren creer que será su rey, mientras niegan que Dios tenga cuidado de las obras humanas, o, para consolar la conciencia de lo que han hecho impíamente, al presumir la abolición del alma y del cuerpo, no quieren que el juicio divino esté establecido sobre buenos y malos. Pero el profeta toma de aquí el comienzo de la proclamación de Dios, que es su rey. Y ahora también bendice el nombre de aquel que es su rey y Dios, por la expectativa del reino, cuando dice: Bendeciré tu nombre por los siglos. Pero porque sabe que debe gracia a Dios y a su rey, incluso cuando permanezca en su reino; porque, transformada la debilidad de su cuerpo caduco, y expulsado el dominio de la muerte enemiga, estará presente conforme y coeterno a su rey: añadió, y por los siglos de los siglos, es decir, en aquel siglo, en el cual, despojado del estado de este siglo, ya como el siglo de los siglos, será renovado por la sucesión de la eternidad.

5. Diferencia entre bendición y alabanza. Siempre debemos ambas a Dios.---Y en este mundo, cualquiera que bendice a Dios puede no permanecer siempre en el oficio de bendición, mientras se vea impedido por el luto, ocupado por el miedo, o detenido por la ansiedad de la enfermedad; y ya sea por un ánimo adormecido o ingrato, permanece mudo en las bendiciones de Dios. Pero la perfección de la fe profética está libre de tales cambios de debilidad, diciendo: Cada día te bendeciré. No tiene tiempo vacío, y ningún día es ocioso para él, sin que siempre se ocupe en la confesión de bendiciones. Sin embargo, sucede frecuentemente que de aquellos de quienes podemos hablar bien, no podemos alabarlos. Abstenerse del mal es digno de bendición. Pero solo no admitir el mal no tiene alabanza, a menos que la abstinencia del mal sea seguida por la gloria de una buena obra. Y ciertamente podemos bendecir el beneficio hacia nosotros; porque la naturaleza exige que no critiquemos a aquellos cuya benevolencia nos favorece: pero si también están manchados por otros vicios, son bendecidos para nuestra conveniencia, pero no son proclamados con juicio verdadero. Sin embargo, la perfección de Dios no permite que haya en Él nada parcial. Pues así como es bendito, también es digno de alabanza; teniendo tanto de aquellos, con cuya beneficencia hacia nosotros usamos, la confesión de nuestra bendición, como de la admiración de las virtudes perfectas en Él, el elogio. Por lo cual, el profeta que va a bendecir cada día, también añadió: Y alabaré tu nombre por los siglos de los siglos. Cuando bendice al bendito, y lo alaba por los siglos de los siglos, en nada es débil el oficio del profeta, ni en bendición, ni en alabanza, ni en tiempo.

6. Primera razón para alabar a Dios, su infinitud.---A continuación sigue, VERS. 3: Grande es el Señor, y digno de alabanza, en gran manera, y su grandeza no tiene fin. Esta es la primera y principal alabanza a Dios, que no tiene en sí nada mediocre, nada limitado, nada medido en su grandeza y alabanza. Su poder no se limita a la opinión, no está contenido en lugares, no se expresa con nombres, no está sujeto a los tiempos: nuestro sentido es limitado para ello, nuestro ingenio es torpe, nuestro discurso es mudo. Su magnificencia no conoce fin: y su inmensa grandeza no permite ninguna falsa opinión sobre sí misma. Extendida en todas partes, siempre extendida, tiene esta alabanza de su infinitud: además, excede toda comprensión de esta cualidad infinita en sí misma.

7. A quiénes se debe alabar.---Y dado que este conocimiento de la inmensa magnitud, o la alabanza de las obras de Dios, no pertenece a todas las naciones; a quienes desde la creación del mundo la vida y el sentido les fue y les será dado, consecuentemente se añade, VERS. 4: Generación tras generación alabará tus obras. No ciertamente generaciones y generaciones, que son muchas y adversas en tiempos y naciones: sino la generación que comenzó con Abraham, que a través del signo de la circuncisión se asigna a la Ley; y la generación que se renueva en Cristo, que se instruye desde las doctrinas proféticas hacia la fe de la justificación evangélica. Por lo tanto, es propio de estas generaciones alabar las obras de Dios.

8. Debe ser alabado Dios porque es poderoso en sus obras.---No hay otra razón para alabar las obras de Dios, sino que todas han sido realizadas por Él con poder: para que tenga alabanza, no por haber hecho algo, sino por haberlo hecho poderosamente. Y por eso añadió, Y anunciarán tu poder.

9. Magnífico.---Pero el poder de las obras debe ser alabado en la medida en que se iguale a la magnificencia del que actúa: para que la operación poderosa se entienda como de magnífica potencia. Por lo cual sigue, VERS. 5: La magnificencia de tu majestad.

10. Santo o benéfico.---Pero la magnificencia, si se reserva solo para sí misma, suscita admiración, pero no alabanza: y la acción del poderoso es inútil para los demás, a menos que, a través de la santidad del que actúa, se les otorgue algún beneficio a aquellos que alabarán y admirarán. De lo cual se sigue adecuadamente: Y hablarán de tu santidad. Y la santidad en sí misma ya es buena, y no solo se beneficia a sí misma: ni consume lo que es de sí misma en el uso de su propio provecho. Pues también, para provocar en otros la benevolencia hacia sí misma, se recomienda a través de los oficios de la santidad. Pero no ofrecerá nada digno de admiración si se queda sola. Sin embargo, esto es propio y admirable de la santidad, cuando lo que tiene en sí misma lo concede para el uso de otros a quienes es santa: no necesitando nada para sí misma, salvo quizás por benevolencia, solo para que otro la utilice. Por lo tanto, a lo que se ha dicho, Y hablarán de tu santidad; con razón añadió, Y contarán tus maravillas.

11. Terrible para los malos.---Y es ciertamente admirable que la santidad, sin obtener nada para sí misma, se desborde en beneficio de la felicidad ajena; pero es aún más admirable que la santidad esté llena de terror: para que, si no se muestra indiscriminada a quienes la usan o abundan en ella, mientras es común para buenos y malos, y se ofrece como por necesidad de la naturaleza, no carezca de la admiración de la santidad. Y por eso, inmediatamente añadió, VERS. 6: Y hablarán del poder de tus terribles: para que, al hablar de la santidad y narrar las maravillas, también hablen del poder de los terribles, en medio de la admiración entre la santidad y el terror, mientras el terror dulce y la dulzura terrible hacen admirable tanto el terror dulce como la dulzura terrible.

12. Grande sin medida. Bueno siempre y abundantemente.---Por lo cual, comprendiendo el profeta esta inmensa magnitud de admirable moderación, añadió: Y narrarán tu grandeza. Pues es de infinita grandeza que en Dios lo que es terrible sea suave, y lo que es suave sea terrible. La grandeza, sin embargo, no tiene medida: porque si estuviera medida, ya no sería grandeza por aquello que no carece de medida. Para que, por tanto, la admiración propia de la santidad y el terror consista en la infinitud de su grandeza; permanecerá siempre y abundante, ni definida por el tiempo ni por la cantidad. Y por eso añadió, VERS. 7: Proferirán la memoria de la abundancia de tu suavidad: porque ni la memoria es interceptada por el olvido, ni la abundancia es disminuida por la escasez.

13. La bondad de Dios es moderada por la justicia.---El profeta mantuvo el orden de la oración; de modo que la memoria y la abundancia de la suavidad se temperaran con la condición de una magnitud moderada y conservada, diciendo, Y en tu justicia se regocijarán. En verdad, la memoria y la abundancia de la suavidad son infinitas; porque Dios nunca olvida ser suave, ni cesa de serlo; pero la justicia interpuesta modera la infinitud de la memoria y la abundancia. Sin embargo, no solo modera el modo de dar, sino también el de usar: mientras que lo que por la abundancia y la memoria de Dios siempre está abierto a todos los justos, no es captado por los indignos de usarlo. La santidad de Dios proporcionó un camino a su pueblo al dividir el mar (Éxodo XIV, 22 y siguientes): pero la misma santidad fue también una virtud terrible, cuando para los impíos que entraron en ese camino, donde había sido la salvación de los religiosos, allí se estableció el castigo de los impíos. Las olas, firmes como un muro sólido, rodean a unos, mientras que a otros, las mismas que se habían detenido, al retroceder, los absorben. Para estos, el mar desconoce su naturaleza; a aquellos, los castiga según su naturaleza. Para estos, del mar surge tierra; para aquellos, lo que era tierra es mar. La salvación de unos es la santidad; la muerte de otros es el terror. O cuando con los tres jóvenes cantando en el horno, los que están alrededor son quemados por las llamas que ellos no sienten, para ellos el fuego se templa en la humedad del rocío, mientras que a aquellos el fuego ardiente los consume. Las mismas llamas están dentro y fuera, de las cuales, por la diversidad de méritos, la naturaleza se desvanece de sí misma, y no se desvanece. Pues lo que es, permanece siendo fuego para aquellos a quienes quema; y lo que no es, necesariamente es para aquellos a quienes es rocío. Y así, solo la justicia modera la magnitud de la memoria y la santidad de Dios; ya que por la justicia de Dios, tanto para los impíos como para los justos, la santidad es terror, y el terror templa la santidad.

14. La justicia misericordiosa de Dios y la misericordia justa, no son como las de los hombres. La paciencia de Dios hacia los pecadores. — Y ciertamente la justicia (se sobreentiende de los hombres) es recta y útil; pero, sin embargo, la misma a veces es demasiado dura; de tal manera que no le es permitido usar de la bondad, mientras que, al decidir lo que es justo según la diversidad del juicio, se vuelve severa. Pero la justicia de Dios no se equipara a la justicia humana. Pues no está sujeta a la ley de la naturaleza, por la cual la ley de la naturaleza está establecida: de modo que no tiene la necesidad de no ser buena, siendo justa. La justicia de Dios tiene la voluntad de compadecerse; sin embargo, por la voluntad de compadecerse, no se alterará de tal manera que deje de ser justicia. Pero la justicia humana suele llegar al punto de no ser misericordiosa; y la misericordia se muestra de tal manera que no es justa. Pues no habrá misericordia si, de manera lamentable, niegas el derecho del más rico al pobre que calumnia, si prefieres las lágrimas de una mujer a la afrenta de un hombre, si no consideras que deben ser reprendidas las injurias de un ciego. Pero, por el contrario, la justicia no mantendrá la misericordia si castigas al ladrón de una moneda como al ladrón de un gran tesoro; aunque en una moneda haya tenido un tesoro quien la perdió: de modo que al joven atrapado en un solo y mismo infame adulterio, lo atormentarás con la misma pena de muerte que al artífice de múltiples adulterios; aunque el crimen de muerte esté en ambos. Estas y otras cosas semejantes hacen imperfecta tanto la misericordia como la justicia humana; pero la justicia de Dios se muestra misericordiosa por la paciencia concedida a los pecadores. Quien, contrario a la costumbre de la impaciencia humana, no se apresura a castigar, ha tenido misericordia: manteniendo la justicia en el castigo, después de que la paciencia no ha prosperado en la misericordia; teniendo misericordia en el castigo, después de ejercer la justicia tras la paciencia. Pues Dios no aprovecha las ocasiones de los crímenes humanos, ni como si fuera ignorante de nuestra debilidad y naturaleza, invade el mismo tiempo del error y pecado nuestro para el castigo: sino que disimula y difiere, y espera el consuelo del arrepentimiento con la dilación de la venganza; mostrándose amable con

todos, mientras, a través de la medida de la misericordia y la justicia, se reserva la indulgencia de la severidad a ser moderada.

15. Miserables, la obra principal de Dios.---Esto es lo principal en Dios, esto es lo que debe alabarse en el poderoso: no haber hecho el cielo, porque es poderoso; no haber fundado la tierra, porque es virtud; no haber regulado el año con las estrellas, porque es sabio; no haber dado vida al hombre, porque es vida; no haber movido el mar en sus idas y venidas, porque es espíritu: sino ser misericordioso, quien es justo; sino ser compasivo, quien es rey; sino ser indulgente, quien es Dios. Pues a lo que se ha dicho, Justitia tua exsultabunt, sigue como necesario, VERS. 8 y 9: Miserator et misericors Dominus est, patiens et multae misericordiae. Suavis Dominus universis, et miserationes ejus super omnia opera ejus. Porque lo que es poderoso, es virtud de su naturaleza: pero lo que es misericordioso, es progreso de nuestra salvación. Y es más, no usar lo suyo, sino haber otorgado a otros lo que es suyo: y por eso la misericordia supera a las demás obras de Dios, porque su magnífica operación es cosa de su virtud, pero su misericordia es un uso ajeno.

16. Prueba de nuestra inmortalidad.---Por lo cual, como si el mismo Profeta de las alabanzas divinas estuviera en la cima por la misericordia, muestra el honor debido a Dios como una confesión pública, diciendo, VERS. 10-13: Que te confiesen, Señor, todas tus obras, y que tus santos te confiesen. Hablarán de la gloria de tu reino, y hablarán de tu poder: para que hagan conocer a los hijos de los hombres tu poder, y la gloria de la magnificencia de tu reino. Tu reino es de todos los siglos, y tu dominio en cada generación y progenie. Es digno el orden de las palabras con la magniloquencia profética. Las obras confiesan a Dios: pues cuán magnífico es, lo confiesa la magnificencia de las obras y de la creación. Pero también confiesan los santos, a quienes se digna ser rey. Hablan de la gloria del reino: para que no se ignore y no se desee con usura. También anuncian la magnificencia de la gloria del reino de Dios: para que no se desespere de lo eterno. Se muestra también el dominio de generación en generación: para que se entienda que es coeterno con el dominio. Y así, el conocimiento de Dios está en las obras, el oficio de los santos está en la doctrina, el uso de la profecía está en la predicación, la gloria del reino está en la eternidad del dominio, la eternidad del dominio necesariamente debe tener a aquellos en quienes se ejerza lo eterno.

17. La santidad de las obras de Dios confirma la fe en sus palabras.---Y para que esto sea deseado con esperanzas fieles, la exhortación del Profeta se presenta inmediatamente: Fiel es el Señor en sus palabras, y santo en todas sus obras. La fe en las palabras podría vacilar, si la santidad no estuviera mezclada con las obras. Así, la santidad en las obras confirma la fe en las palabras: para que no dudes de la fe del santo en las promesas, cuya santidad utilizas en las cosas. Pues si entendemos que Dios es santo por el hecho de que nacemos, vivimos, somos alimentados, y abundamos en todas las riquezas adecuadas a la naturaleza humana; esa santidad no puede ser infiel en sus dichos.

18. Dios sostiene a los penitentes.---El Profeta sabe que hay otra obra de la santidad de Dios, en lo que sigue: El Señor sostiene a todos los que caen, y levanta a todos los abatidos. La santidad de Dios está presente para todos, y no se retira de la ayuda humana. Pero el Profeta también mantiene ahora la razón de la justicia y la misericordia. Porque el Señor sostiene, no a los que ya han caído, sino a los que están cayendo. A quienes, aunque la inclinación natural los arrastre hacia la caída, la penitencia, que es la autora de detenerse, los detiene para que no caigan completamente, los sostiene en la caída. Porque caer, no haber caído, puede ser confirmado para que no caiga.

19. Levanta a los caídos por fragilidad o error.---Pero también se levantan los que han sido derribados. Sin embargo, hay una diferencia entre ser golpeado por una fuerza externa y haber caído por su propia culpa. Es derribado aquel a quien la juventud impulsada por el diablo precipitó en la caída, a quien la ignorancia llevó al error, a quien la debilidad de la naturaleza, usando engañosas seducciones, condujo al crimen. Este más bien es derribado, que aquel que permanece por voluntad propia, a quien el hábito de los vicios deleita, a quien no le pesa lo cometido. Pues tiene el consuelo del perdón ante Dios, el haber lamentado sus acciones: y no es indigno de la severidad moderada, el que por el dolor de lo cometido, profesa así su arrepentimiento involuntario.

628 20. Todos los bienes del cuerpo y del alma deben esperarse de Dios.---Y por qué sostiene a los que caen y corrige a los que están abatidos; lo enseña con lo siguiente, diciendo, VERS. 15 y 16: Los ojos de todos esperan en ti, Señor, y tú les das su alimento a su debido tiempo. Abres tu mano, y colmas de bendición a toda alma. Por lo tanto, los que están abatidos y caen deben mirar con todos sus ojos a Dios: y nadie debe confiar tanto en sí mismo como para no temer siempre caer, siempre temer ser abatido. De Él se debe esperar, para no peligrar por una caída, para no ser abatidos por la debilidad de la naturaleza. Todos los auxilios de la vida nos vienen de Él: cuando vivimos de los alimentos concedidos por la oportunidad de los frutos, cuando al abrir su mano llena nuestras almas con dones espirituales, y cuando de la fuente de su virtud abunda en nosotros la plenitud de lo que le es grato. Esto lo distingue en lo que sigue, VERS. 17: Justo es el Señor en todos sus caminos, y santo en todas sus obras. Es justo en sus caminos, cuando lleva nuestra debilidad al reino eterno confirmada por la comunión de los dones espirituales; y es santo en sus obras, cuando proporciona a todos los frutos en el momento oportuno: mostrando su santidad en el sustento de todos, y conservando su justicia al llenar las almas con su beneplácito.

21. Dios en todas partes, con qué disposición debe ser invocado.---Después de lo cual sigue, VERS. 18: El Señor está cerca de los que lo invocan. No está lejos, quien por la virtud de su naturaleza, él mismo (es decir, el mismo) está siempre y en todas partes, y siempre está entero y en todas partes, según aquello del Apóstol: Porque en él vivimos, nos movemos y existimos (Hechos XVII, 28). Está cerca, por tanto, de los que lo invocan, ya que no hay nada que exista sin él. Pero a quiénes está cerca al invocarlo, lo enseña en lo que sigue. A todos los que lo invocan con sinceridad. No a los que lo invocan por ocio, ni desde la incertidumbre de una ambigüedad infiel; sino a los que invocan al verdadero Dios con sincera fidelidad.

22. Con qué fruto.---Y cuando está cerca, muestra lo que concede a quienes lo invocan con verdad, diciendo: Hará la voluntad de los que le temen, no hará las voluntades de los impuros, ni los deseos de los viciosos; sino de los que le temen (se sobreentiende, las voluntades), inocentes por el temor, honestas por la fe, recatadas por la reverencia: y voluntades no ociosas, ni mudas, ni que esperan algo de sí mismas con cierto desprecio del silencio; sino aquellas que la oración expresa, que las súplicas atestiguan. Y por eso añadió: Y escuchará su oración. La voluntad, por tanto, que se cumple por Dios, es la que se escucha con la voz de la oración. Pero, ¿qué voluntad se cumplirá de los que oran? Y los salvará, dice. Esto desean los que temen a Dios, esto oran para ser escuchados, para que no los domine la muerte eterna, para que no sean destinados a la destrucción del juicio perpetuo, sino que estén seguros bajo la custodia de Dios. Pues sigue, VERS. 20: Dios guarda a los que le aman. Los salvará, por tanto, custodiándolos, es decir, reservándolos como partícipes del reino eterno: pero a aquellos que temerán, orarán y amarán. Luego sigue: Y a todos los pecadores destruirá, que ni temieron como hombres, ni oraron como súbditos, ni amaron como quienes han sido donados con la vida y el mundo.

23. Siempre debe ser alabado Dios. Esto es lo que el Profeta desea que todos hagan.---El Profeta concluyó la confesión del honor debido, diciendo, VERS. 21: Mi boca hablará la alabanza del Señor. No basta con haber alabado (se sobreentiende a Él), si no se continúa alabando. Pues seguirá alabando, aunque ya alabe. Pero mientras él alaba, también exhorta a toda la humanidad a la bendición de Dios: Y bendiga toda carne su santo nombre. Por la constancia de su oficio y fe, él siempre alabará: pero el Profeta también se preocupa de que todos bendigan a Dios, y lo desea. Pues no dice, bendecirán, como si estuviera seguro de lo que sucederá en el futuro; sino que dice, bendigan, desde el afecto de su deseo: y eso, más bien para que se entienda que lo desea, que para confiar en que así será. Luego, pide que la bendición no sea temporal, sino eterna, por los siglos de los siglos. Más bien debemos desear que bendigamos al Eterno por la eternidad: porque bendiciendo eternamente, es necesario que permanezca coeterno con Aquel Eterno, a saber, nuestro Señor unigénito y primogénito del Hijo de Dios Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXLV.

Salmo de David. Aleluya. De Ageo y Zacarías.

Alaba, alma mía, al Señor; alabaré al Señor (Dios) en mi vida, cantaré salmos a mi Dios mientras viva. No confiéis en los príncipes, ni en los hijos de los hombres, en quienes no hay salvación. Sale su espíritu, y volverá a su tierra: en ese día perecerán todos sus pensamientos. Bienaventurado aquel cuyo Dios de Jacob es su ayuda, y cuya esperanza está en el Señor su Dios, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay. Él guarda la verdad para siempre, hace justicia a los que sufren injusticia, da alimento a los hambrientos. El Señor libera a los cautivos, el Señor da sabiduría a los ciegos. El Señor levanta a los abatidos, el Señor ama a los justos. El Señor protege a los extranjeros, acoge al huérfano y a la viuda, y destruye los caminos de los pecadores. El Señor reinará por los siglos, tu Dios, Sion, de generación en generación.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Parte añadida al título, por qué. Vida miserable que no es nuestra vida.---También a este salmo les pareció a los traductores añadir algo. Pues entre los Hebreos solo el aleluya es una confesión preferida, les agradó anteponer a Ageo y Zacarías en el título: esto para que reconociéramos que el salmo es profético, ya que por medio de estos profetas, bajo los cuales Jerusalén fue reconstruida, en ese mismo tiempo se proclama la edificación de la Jerusalén eterna, incluso con el testimonio del Evangelio, cuando el Señor iba a entrar al templo y a volcar las mesas de los cambistas y los negocios de los que compraban y vendían (Mat. XXI, 4, 5), está escrito así: Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta Zacarías, diciendo: Decid a la hija de Sion: He aquí, tu rey viene a ti, manso, montado sobre una asna y un pollino, hijo de animal de carga (Zac. IX, 9).

2. Y, como creo, este salmo más bien muestra al rey de Jerusalén y Sion, que comienza así, VERS. 2: Alaba, alma mía, al Señor; alabaré al Señor en mi vida, cantaré a mi Dios mientras exista. Con conocimiento y siguiendo la enseñanza del profeta, mantuvo el orden de las palabras. Primero exhorta a ella (el alma) a la alabanza, que está destinada a esta naturaleza, para que permanezca eterna. Luego, porque por el don de la resurrección, con el cuerpo glorificado, todo (es decir, el cuerpo como el alma) se recordará a sí mismo como coeterno con Él, confiando en el futuro dice: Alabaré al Señor en mi vida. Pues no es esa vida, que

ahora es por las debilidades del cuerpo, la suya: ya que comenzó con Adán, no fue iniciada con Adán, la cual el Apóstol sabe que no es vida, sino muerte, diciendo: ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 24). En esta vida, por tanto, alabará a Dios, tal como fue instituida primero en el hombre. Luego, en tercer lugar, para que no se le considere irreligioso en este mismo cuerpo ahora; añadió: Cantaré a mi Dios mientras exista (completar, en esta vida miserable; ver Prolog. n. 19). En todo este libro de los salmos, recordamos que en cantar se significan las operaciones religiosas del cuerpo: agradando con la variedad adecuada y consonante del movimiento corporal.

3. No se debe confiar en los reyes que la antigüedad se imaginó como dioses.---Después de esto, refuta las opiniones necias de los hombres y las religiones vanas en los nombres de los reyes, a quienes la antigüedad se imaginó como dioses, diciendo: No confiéis en los príncipes, VERS. 3 y 4, en los hijos de los hombres en quienes no hay salvación. Saldrá su espíritu, y volverán a su tierra: en ese día perecerán todos sus pensamientos. Prohibió confiar en los reyes. ¿Y en qué reyes? Añadió: y en los hijos, dice, de los hombres. ¿Y en qué hijos de los hombres? en quienes no hay salvación. ¿Y por qué no hay salvación? lo muestra: Saldrá su espíritu, y todos volverán a su tierra. ¿Y qué será de los que vuelvan a la tierra? En ese día perecerán todos sus pensamientos: evidentemente de origen corrupto; porque persistieron en ser hijos de los hombres, y no quisieron ser hijos de Dios: tampoco hay salvación alguna; porque al salir el espíritu, y disolviéndose los cuerpos en la tierra, sus pensamientos corporales y terrenales perecerán con el cuerpo terrenal.

4. Cuán más correcto es confiar en el creador del mundo.---Pero para que no pongas tu confianza en reyes de esta índole, se muestra en quién se debe esperar, VERS. 5-7: Bienaventurado aquel cuyo Dios de Jacob es su ayudador: su esperanza está en el Señor su Dios, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay; que guarda la verdad para siempre, hace justicia a los que sufren injusticia. No es un pensamiento efímero esperar en un rey de esta índole: y aquella esperanza no perece, que se extiende al Creador del cielo y de la tierra y del mar y de todo este universo. Este es el ayudador en quien se debe esperar, en quien no hay engaño. Pues, según la profecía, todo hombre es mentiroso; solo Él guarda la verdad para siempre: y guardando la verdad, hace justicia por aquellos que sufren injusticia. Bienaventurado es aquel, a quien ayudando, de Jacob hará Israel. Su esperanza es eterna, porque confía en el Creador del cielo y de la tierra y del mar. El Creador de todos estos es verdadero y juez, guardando la verdad y haciendo justicia.

5. El hambre de la palabra de Dios se sacia. Rompe las cadenas espirituales. Disipa la ceguera del mundo. No solo ejecuta juicio, sino también lo que sigue: Da alimento a los hambrientos. El Señor libera a los cautivos, VERS. 8 y 9: El Señor da sabiduría a los ciegos, el Señor levanta a los abatidos, el Señor ama a los justos. El Señor protege al extranjero, acoge al huérfano y a la viuda, y destruye el camino de los pecadores. No es inútil entender esto también de manera corporal: pero el discurso abarca algo más profundo y mayor. Dice: Da alimento a los hambrientos. Veamos qué alimento, y a qué hambrientos. Y estos alimentos corporales no siempre son proporcionados por Dios cuando tenemos hambre. Pues su provisión es anual: y por eso se ofrecen en un tiempo determinado, para que en ese tiempo nadie pase hambre. Por lo tanto, hay otro tipo de hambre, y hay otros hambrientos, a quienes se les proporciona alimento. Pues está escrito en el profeta Amós (VIII, 11): He aquí que envío hambre sobre la tierra; no hambre de pan, ni sed de agua, sino hambre de escuchar la palabra de Dios. Este alimento de la predicación es el que el Señor imparte a los hambrientos. Cuando se asume como alimento, se desatan las cadenas del diablo. Pues, según los Evangelios, ató durante dieciocho años a la hija de Abraham (Luc. XIII, 16). También las

cadenas de la avaricia, la lujuria, la embriaguez, son liberadas por tal alimento. Y una vez liberadas las cadenas, a los ciegos se les concede sabiduría. Si el Profeta hablara de dones corporales, habría mencionado más bien la luz concedida a los ciegos. Pero porque, al ser asumido el alimento de la palabra, se disipa el hambre, se rompen las cadenas del mundo: también la ceguera del mundo se disipa con la impartición de sabiduría. Nos alimentamos, después de un gran hambre de conocimiento divino, con alimentos espirituales: y, liberados de las cadenas que nos impiden correr hacia lo eterno, se disipa la ceguera por la sabiduría concedida. Contemplamos a nuestro Creador con los ojos de la inteligencia. Así cesa el largo hambre, las pesadas cadenas, la ceguera necia, y lo que sigue sucede.

6. Pupilo.---Los abatidos son levantados, los justos son amados, los extranjeros o prosélitos son protegidos, el pupilo y la viuda son acogidos, y el camino de los pecadores es destruido. Cualquiera que sea, quien ahora pertenece a Dios, aunque no de manera uniforme, tiene sin embargo su propio deber, para que, aunque abatido, si no tiene hambre, si no está encadenado y no es necio, pueda ser levantado para que no permanezca caído para siempre; para que el justo sea amado por su justicia; para que el extranjero, aunque no sea amado como el justo, al menos sea protegido por el hecho de haber llegado; para que el pupilo, que ha renunciado al diablo como su padre, no sea dejado huérfano siguiendo el ejemplo de los apóstoles; para que la viuda sea acogida como esposa, después de que este mundo haya sido crucificado para ella en Cristo (V. Tract. Psal. CXXXI, n. 24). Pues el apóstol llamó viuda a toda la fe de los creyentes, a quien, por el cumplimiento de los tiempos, la ley, como primer esposo, ha muerto (Rom. VII, 4). Pero no solo se acoge a la viuda, sino que también se extermina el camino de los pecadores. Con ellos sumergidos en la perdición, la ciudad de Jerusalén de aquel santo rey será habitada: no esta, ciertamente, que desolada y destruida paga las penas de un profano parricidio.

7. La cual es Sion, sede del reino de Dios.---Concluye así, VERS. 10: El Señor reinará eternamente, tu Dios, Sion, de generación en generación. ¿Dónde está esa Sion, en la cual reinará el Señor? ¿Acaso en aquella (se sobreentiende: reinará) que mata a los profetas y apedrea a los que son enviados a ella? Esta ciertamente ya no existe hoy: ¿y cómo reinará el Señor eternamente, si la sede de su reino ha sido destruida? Pero reinará en aquella que es la madre celestial, construida con piedras vivas, y llena de ciudadanos santos, será frecuentada por la generación de la ley y por la generación de la fe por los domésticos de Dios y de nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXLVI.

Aleluya. De Ageo y Zacarías.

Alabad al Señor, porque es bueno el salmo; sea agradable la alabanza a nuestro Dios. El Señor edifica Jerusalén y reúne a los dispersos de Israel. Él sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas. Cuenta el número de las estrellas y a todas ellas llama por su nombre. Grande es nuestro Señor, y grande su poder, y su sabiduría no tiene medida. El Señor sostiene a los mansos; pero humilla a los pecadores hasta la tierra. Comenzad al Señor en confesión, cantad a nuestro Dios con la cítara, Él que cubre el cielo con nubes y prepara la lluvia para la tierra, Él que hace brotar hierba en los montes y plantas para el servicio de los hombres. Da alimento a los animales y a los polluelos de los cuervos que le invocan. No se complace en la fuerza del caballo, ni se deleita en las piernas del hombre. El agrado del Señor está en los que le temen, y en aquellos que esperan en su misericordia.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. No se canta en este salmo la construcción temporal de Jerusalén. Después de la primera destrucción de Jerusalén y del traslado del pueblo cautivo a Babilonia, tanto la historia de los Reyes como el libro de Esdras hablan de la reconstrucción de esa misma ciudad. Pero hoy, la realidad nos enseña que no existe tal ciudad. Esto lo mencionamos para que, al ver que los traductores han asignado a este y al salmo anterior un título referente a Ageo y Zacarías, no pensemos que el conocimiento profético de este tiempo se aplica a las personas de aquella época. Pues el profeta, no ignorante del misterio celestial, al afirmar que la construcción humana de la ciudad de Dios es vana si no es edificada por Él mismo, no nos exhortaría ahora a regocijarnos por una Jerusalén reconstruida por Dios, que antes había predicho que sería vanamente edificada por los hombres. Si alguien piensa que lo que se dice en otro salmo: "Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el guardián" (Sal. 126, 1), fue dicho porque el profeta preveía la destrucción de esa ciudad donde se construiría el templo, debe recordar, al entender esto, que este mismo profeta no podía ignorar que la edificación renovada por Zorobabel sería vana y caduca; ni que la que comenzó Salomón no fue establecida por Dios solo porque sería destruida por el rey de Babilonia (Nabucodonosor, II Crón. 36, 26), ya que después de setenta años (según la profecía de Jeremías 29, 10) fue nuevamente reformada; y que la que fue realizada por Zorobabel fue proclamada como edificación de Dios, aunque luego fue destruida y disuelta sin restauración alguna; y aunque fue seguida por una renovación, fue proclamada vana y humana; pero esta última, que ocurrió sin esperanza de reforma, se renovará con la perpetuidad de la obra divina. Todos estos tipos de entendimiento son necios y ridículos.

2. Jerusalén espiritual es invitada a alabar a Dios con buenas obras. El profeta alaba al Señor que edifica aquella Jerusalén, que según los Evangelios del santo rey (Mat. V, 35) es la ciudad en la que los santos resucitados por el Señor son manifestados, la cual recibió con alegría al Señor montado en un pollino de asna, en la esperanza de los santos. Corporalmente, el Señor entró en aquella que mata a los profetas y apedrea a los apóstoles (Mat. XXI, 9) con tal montura; pero la alegría era de otra ciudad. Por la edificación de aquella, el profeta nos convoca, diciendo, VERS. 1: Alabad al Señor, porque es bueno el salmo: sea agradable la alabanza a nuestro Dios. No es una alabanza de ligera gratulación, cuyo salmo es bueno. Y el salmo suele significar no tanto la voz, como frecuentemente hemos dicho, sino el oficio de la operación corporal. Pues alabamos a Dios no tanto con palabras, sino con hechos y gestos de obediencia: así como el mar, la tierra y el cielo alaban a Dios no tanto con voz, sino con la alternancia y observancia de sus oficios. Por tanto, el profeta nos convoca a la alabanza de Dios: porque el salmo es bueno: y desea que de este buen salmo se haga una alabanza agradable a nuestro Dios, es decir, que nuestras obras sean agradables a Dios, por las cuales se alaba a través de la obediencia de nuestros actos.

3. Israel aquí se edifica, al final de los tiempos será congregado.---VERS. 2-1. El Señor edifica Jerusalén y congrega a los dispersos de Israel. Él sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas. Cuenta el número de las estrellas y a todas ellas llama por su nombre. A los judíos que regresaban de Babilonia a Jerusalén se les dio el poder de regresar bajo el edicto del rey Darío. No estaban detenidos en ningún otro lugar en ese momento, sino solo en los confines del reino de Babilonia: ¿de qué dispersión, entonces, se congrega Israel? Sin duda, de aquella de la que el Señor dice: Enviará a sus ángeles con trompeta y gran voz, y reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos (Mat. XXIV, 31): cuya congregación formará la asamblea de la ciudad santa, que hoy se edifica en nosotros por la obra de la esperanza y la

fe. Y por eso la edificación anterior es la congregación, porque la misericordia de Dios nos edifica por la gracia de la justificación para la congregación de la ciudad futura. Sin embargo, si hablara de una edificación terrenal, primero se debería anunciar la congregación: porque Israel no podría edificar Jerusalén destruida a menos que estuviera congregado.

4. Su salud, ahora iniciada, entonces será perfecta.---Luego sigue el orden adecuado, diciendo, VERS. 3: El que sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas. Pues, al congregarse Israel y reunirse en una ciudad edificada, todas las enfermedades humanas y las manchas corporales serán eliminadas. Absorbida la corrupción y devorados todos los vicios de la naturaleza humana, sucederá la incorruptibilidad eterna, que no será vencida por ninguna muerte de angustias. Porque el Señor vino, según los Evangelios, a sanar a los quebrantados de corazón, a predicar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos en descanso, a proclamar el año de gracia del Señor y el día de la retribución (Luc. IV, 18, 19). Y estas cosas ya han comenzado en parte; porque, según el Apóstol, nos demoramos por espejo y en enigma y en imagen de lo futuro (I Cor. XIII, 12). Sin embargo, aún no hemos alcanzado el fruto de ese tiempo, en el que, alcanzada la consumación de la esperanza, podamos decir según el profeta: Vuelve, alma mía, a tu descanso, porque el Señor te ha favorecido. Porque ha librado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída, agradaré al Señor en la tierra de los vivientes (Sal. CXIV, 7 y ss.). Sanada toda contrición del corazón, y para que no vuelva a surgir perpetuamente, liberados de todas estas debilidades de las pasiones humanas, agradaremos a Dios en la tierra de los vivientes, con nuestra alma en su descanso, del cual fue expulsada por la transgresión de su primer padre, Adán, al retornar (V. Tract. Ps. CXLV, n. 2).

5. Las estrellas, es decir, los elegidos que Dios llama y cuenta. --- Pero después de la predicación del corazón sanado, también se añadió esto al anuncio de la bondad divina: "Cuenta el número de las estrellas, y a todas ellas llama por su nombre". Si se ofrece alabanza a Dios por haber edificado corporalmente Jerusalén, ¿por qué se presenta aquí el número de las estrellas y a todas ellas se les da nombre como una alabanza principal de la obra divina? ¿Acaso es más loable para Dios contar y nombrar las estrellas que crearlas, cuando la creación hizo tanto el número como los nombres, y distinguió los nombres y el número con vocablos? Pero aquí se cuentan las estrellas que Abraham contempló en el cielo, que Isaac recibió en su descendencia, que Pablo distinguió en gloria. Y en cuanto a que sean llamadas por sus nombres, escuchemos a aquel que las llamará. Pues dice en los Evangelios: "No os maravilléis de esto; porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán" (Juan 5, 28-29). Por lo tanto, son llamados y saldrán. Tanto es así que son contados por Dios, que incluso los cabellos, que en cada uno de nosotros se consideran innumerables, están contados, como dice el mismo Señor: "¿No están contados los cabellos de vuestra cabeza?" (Lucas 12, 7). Esto es más digno del Señor, esto debe ser preferido en su misericordia, que a aquellos que ha sanado de corazón contrito, cuyas heridas ha vendado, los llame por sus nombres, los cuente con propiedad, los ilumine con luz celestial.

6. Por estas maravillas suyas y tan ilustres, dice en los VERS. 5 y 6: Grande es nuestro Señor, y grande su poder, y su sabiduría no tiene número. El Señor sostiene a los mansos, pero humilla a los pecadores hasta la tierra. Esto es propio de los mansos, (porque, según los Evangelios, los mansos poseerán la tierra (Mat. V, 4), para que sean dignos ante Dios de nombramiento, número, claridad. Grande es el Señor, cuando reúne a los dispersos. Grande es su poder, cuando glorifica a los quebrantados. Su sabiduría es innumerable, cuando distingue todo tanto por nombres como por número. Pero quien acoge a los mansos, también humilla a los pecadores hasta la tierra. Después del mérito de la santidad, se impone el

castigo de la impiedad: mientras los mansos son acogidos en la claridad de las estrellas, los pecadores, humillados hasta la tierra, son destinados al juicio de la ley infernal.

7. No hay un Creador de todas las cosas y otro Dios de la ley. Por estas razones, el profeta nos exhorta, como si dudáramos y vaciláramos, a alabar, diciendo, VERS. 7, 8: Comenzad al Señor con confesión, cantad a nuestro Dios con cítara, quien cubre el cielo con nubes, quien prepara la lluvia para la tierra, quien hace crecer el heno en los montes, quien da alimento a los animales y a los polluelos de los cuervos que le invocan. Frecuentemente, el discurso profético nos advierte que debemos creer que Él es el Señor de este universo, a quien toda la ley ha proclamado como Dios, quien ha querido ser llamado el Dios de Israel: así, en este mismo salmo, después de haber dicho: Edificando Jerusalén y reuniendo a los dispersos de Israel, y habiéndonos exhortado a alabarle, añadió: Quien cubre el cielo con nubes, quien prepara la lluvia para la tierra: para que no se pueda entender que hay un Dios de la ley promulgada y otro de esta creación. La razón de esta doctrina está tan bien equilibrada que se enumeran tanto los nombres como los tipos de la creación, que, al mostrar que el Dios de la ley promulgada es el creador, contienen en sí mismos el significado de una institución típica y profética. Y ahora se nos advierte que confesemos a Dios por esto, porque cubre el cielo con nubes, porque prepara la lluvia para la tierra, porque hace crecer el heno en los montes, porque da alimento a los animales y hierba al servicio de los hombres, y a los polluelos de los cuervos que le invocan. En todas estas cosas se significa tanto la providencia de Dios como su bondad: para que, al cubrir el cielo con nubes, derrame lluvias sobre la tierra, vista las cumbres de las colinas con heno, provea alimento a los animales y ofrezca comida a las aves, porque toda la creación que Él ha hecho espera de Él su sustento. Pero todas estas cosas, examinadas con más detenimiento, tienen en sí mismas la fuerza de otro significado.

8. Diversa aceptación de las nubes. Por ellas se significa la doctrina de los santos. Sabemos que hay nubes a las que Dios manda que no lluevan sobre la viña, como se dice por Isaías: Y a las nubes mandaré que no lluevan sobre ella; porque la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel (Isa. V, 6). Conocemos las nubes que pasan ante el Señor por su resplandor: Por su resplandor, dice, pasaron las nubes ante Él (Sal. XVII, 12). Conocemos las nubes que Dios puso en su ascensión; y puso la nube en su ascensión (Sal. CIII, 3). Conocemos las nubes hasta las cuales llega la verdad de Dios; Y hasta las nubes tu verdad (Sal. LVI, 11). Y en varios lugares estas nubes se entienden como la doctrina de los santos, que no llueve sobre los infieles, pues el discurso no riega los corazones áridos de los impíos. Cuando el Señor esté presente, cesarán de existir: así como al salir el sol se debilita la luz de las estrellas, así también la doctrina de las nubes pasará cuando el Señor mismo brille por sí mismo. A través de ellas también se asciende al Señor, mientras la predicación divina nos muestra el camino del reino celestial: y por eso estas nubes nos han sido puestas en ascensión. La verdad de Dios también llega hasta esas mismas nubes; porque esta doctrina profética contiene en sí el verdadero conocimiento de Dios.

9. Lluvia de Dios, palabras. Montes fecundos, hombres excelsos. Por lo tanto, estos géneros de criaturas han sido elegidos para la conmemoración de las alabanzas de Dios, ya que, aunque muestran en sí mismos el pregón del Creador, nos ofrecen una enseñanza parabólica o, como dice el Apóstol, alegórica (Gál. IV, 24). Así, el cielo está cubierto de nubes, es decir, la doctrina profética está sujeta a las cosas divinas. La lluvia se vierte sobre la tierra, es decir, las palabras de estas nubes cubiertas se derraman, por las cuales nosotros, que somos infructuosos y áridos, nos humedecemos para extraer de nosotros frutos por el don de la lluvia divina. Y Moisés testificó que estas palabras divinas deben ser entendidas como lluvia, diciendo: "Espere mi palabra como la lluvia, y desciendan mis palabras como el rocío, como

la lluvia sobre la hierba" (Deut. XXXII, 2). Por lo tanto, esta lluvia se prepara para la tierra, por la cual se produce el heno en los montes, y se ofrece como alimento propio a los animales. Creo que los valles son más fecundos que los montes, ya que se enriquecen con la humedad del declive cóncavo de las colinas circundantes: ¿y cuál es la razón para que se alabe la producción de heno en los montes como alimento para los animales? Y aunque muchos montes tienen cumbres fecundas y herbosas, sin embargo, la doctrina espiritual está entrelazada con los nombres de las cosas corporales. Así, los montes producen heno como alimento para los animales; pero los montes que saltaron como carneros (Sal. CXIII, 4), hacia los cuales el profeta frecuentemente levantó sus ojos, diciendo: "Alcé mis ojos a los montes" (Sal. CXX, 1). Estos montes, las alturas de los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, producen heno para los animales. ¿Y para qué animales? Escuchemos a Isaías: "Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; pero Israel no me conoció" (Isa. I, 5). Y porque por la ignorancia irreligiosa de la naturaleza torpe se les llama animales, también su alimento se significa en el heno. Este heno, por lo tanto, se ofrece a estos animales en los montes.

10. Versículo añadido. ¿Qué es la hierba para el servicio de los hombres?---En muchos códices hemos encontrado insertado este versículo: Y la hierba para el servicio de los hombres, para que lo que se dijo anteriormente se entendiera como dicho sobre el hombre por la denominación del mismo hombre. Pero nosotros no necesitamos este sentido. Pues aunque el añadido no impide; sin embargo, no lo abrazamos como si no pudiéramos usar otros para la confirmación de esta inteligencia. Este es el orden de las palabras, VERS. 8 y 9: Él cubre el cielo con nubes, y prepara la lluvia para la tierra, Él hace crecer el heno en los montes, da a los animales su alimento, y la hierba para el servicio de los hombres, y a los polluelos de los cuervos que lo invocan. Ya sea que, a través de la lluvia de las nubes, el heno producido para los animales en los montes pueda entenderse como doctrina alegórica, esta hierba se ofrece para el servicio de los hombres, quienes, dejando atrás la ignorancia de las bestias, finalmente descubrieron a Dios de manera racional; o, lo que puede entenderse de manera más absoluta, en la hierba se enseñan los frutos ofrecidos para los alimentos humanos, porque todos los frutos se confirman a través de la hierba en la cosecha: a Dios es alabanza por ambos, por haber provisto a nuestra debilidad ya sea alimentos corporales en los frutos, o pastos espirituales en los profetas de la vida.

11. La naturaleza de los cuervos.---Pero lo que sigue, ¿cómo debe entenderse, "Y a los polluelos de los cuervos que le invocan"? Invocar a Dios es propio del oficio del hombre, quien, de entre todos los seres animados, es el único que ha sido hecho partícipe de la razón. Pero, ¿cómo invocan a Dios los polluelos de los cuervos? ¿Y por qué los polluelos de los cuervos en lugar de los cuervos, cuya naturaleza es torpe, malvada, imprudente, y no está dotada de conocimiento de Dios? ¿O qué alimento se les proporciona? ¿Acaso como el heno a los animales de carga, y como la hierba a los hombres; así Dios concede a los polluelos de los cuervos que le invocan las inmundicias fétidas de cadáveres corruptos y las muertes de animales para el sustento de la vida presente? Entender esto de tal manera no diría que es un error, sino una irreligiosidad extrema. Por lo tanto, hablaremos de lo que debe entenderse, según hemos recibido el don de la gracia celestial.

12. El cuervo como figura de los pecadores. El cuervo que alimentó a Elías prefigura la conversión de las naciones.---Recordamos que el cuervo fue constituido en la forma del pecador cuando, al ser liberado del arca, no regresó. Pues cuando no había lugar donde posarse, ya que las aguas cubrían todo, él no regresó, a diferencia de la paloma que volvió al no encontrar descanso (Gén. VIII, 7). En ese momento, el arca representaba la forma de la

Iglesia, y aquel que abandona la Iglesia, sin poder encontrar reposo en ningún otro lugar, se convierte en ejemplo del pecador, quien, aunque no tiene otro descanso en el mundo que el de la Iglesia, prefiere permanecer en las vanidades del mundo. También leemos que esta ave fue destinada para alimentar a Elías, siempre llevándole alimentos (III Reyes XVII, 6), y esto ocurrió cuando todo el pueblo se comportaba de manera impía e irreligiosa. Por tanto, esta ave, que fue constituida en la forma del pecador, fue elegida para el servicio de tan gran profeta. Pues cuando el pueblo anterior fue hallado reprobable, la predicación de Dios, que es alimento y sustento de los profetas, se cumplió a través de los servicios de aquellos que eran pecadores. Nosotros, o los que nos precedieron, nacidos y criados de impíos, insolentes, inmundos y crueles, invocamos a Dios como los polluelos de los cuervos, mediante el reconocimiento, la confesión y el servicio: para que, transformados de bestias y animales en hombres por el conocimiento de Dios, participemos de la razón, siendo antes ignorantes de ella, a quienes diariamente, por la acción de Dios a través de los profetas, se nos ofrece la predicación de la doctrina, como heno en las montañas, el alimento celestial.

13. De esto se concluye que los aspectos anteriores deben entenderse alegóricamente. Para que todo esto, que se ha mencionado alegóricamente, se entienda como realizado para el progreso de la salvación humana, se confirma con la conclusión del salmo. Así dice, VERS. 10 y 11: No se complace en la fuerza del caballo, ni se deleita en las piernas del hombre. El Señor se complace en los que le temen, y en todos los que esperan en su misericordia. Estas cosas son contrarias entre sí, si se entienden corporalmente. ¿Cómo es que Dios produce heno para los animales en las montañas, si no se complace en los caballos? Porque proveer alimento a los que no complacen no es un acto de benevolencia providencial, sino de necesidad. Pero como toda la misericordia de Dios se preocupa por la salvación humana, concluye la absolución de lo dicho anteriormente alegóricamente: no agradan a Dios la apariencia y la fuerza de los animales, ni los adornos de casas preciosas, que son la mayor ambición de la opinión humana, tener caballos nobles, casas hermosas, sino que solo agrada aquel que teme, espera, y testifica con esperanza y temor el poder y la misericordia de Dios. Porque es misericordioso y poderoso quien dijo: El que cree en mí, no será juzgado, sino que pasará de la muerte a la vida (Juan 5, 24). Es poderoso para transformar la muerte en vida, y misericordioso para alejar el terror del juicio, nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXLVII.

Aleluya, Ageo y Zacarías.

Alaba, Jerusalén, al Señor, alaba a tu Dios, Sión: porque ha fortalecido los cerrojos de tus puertas, ha bendecido a tus hijos en ti. Él ha puesto paz en tus fronteras, y te sacia con lo mejor del trigo. Él envía su palabra a la tierra, su mensaje corre velozmente. Él da la nieve como lana, esparce la escarcha como ceniza. Envía su hielo como pedazos de pan: ¿quién puede resistir ante su frío? Enviará su palabra, y los derretirá; soplará su viento, y las aguas fluirán. Anunciando su palabra a Jacob, sus justicias y juicios a Israel. No ha hecho así con ninguna otra nación, y sus juicios no los ha manifestado a ellas.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. El Reino de Dios eterno se canta aquí.---Y a este salmo, al igual que al que fue antes del superior, de Ageo y Zacarías, se le asigna un nombre, aunque no exista en los hebreos, para

que tanto por este como por ellos, como mostramos anteriormente, se pueda entender la profecía de la Jerusalén eterna.

2. Por qué se llama Jerusalén.---VERS. 12. Alaba, Jerusalén, al Señor, alaba a tu Dios, Sion. Jerusalén no se diferencia de Sion; pues según los nombres de los lugares, el lugar de la ciudad es el mismo: pero la interpretación de los nombres requería necesariamente esta doble mención de la misma ciudad. Jerusalén es la ciudad de la paz. Y porque el reino de nuestro Señor es en la paz y la unanimidad de los santos; y se ha hecho, dice, en paz su lugar (Salmo LXXV, 3): aquella asamblea de bienaventurados, que es el reino de Dios (o del Señor), se llama Jerusalén como ciudad de la paz. Esta ciudad, construida con piedras vivas, como dice el Apóstol, la asamblea de los santos conforma la gloria de Dios consumada en la resurrección (I Pedro II, 5). Quien se ha contemplado a sí mismo, tal como será, por la fe en el cuerpo del Señor; y por eso también se llama Sion. El cuerpo del Señor, según la virtud de la interpretación, porque en él contemplamos nuestra esperanza por la fe, se considera llamado Sion en todas las Escrituras; porque Sion es contemplación. Pero también aquella ciudad, que es Jerusalén, que por la unanimidad es ciudad de la paz; también por la conformación en sí del cuerpo de Dios, en el cual se ha contemplado antes, se llama Sion: y cuya gloria ha alcanzado, ha recibido también su nombre. Por lo tanto, esa asamblea pacífica, y aquella gloria de los cuerpos transformados, en el nombre de Jerusalén y Sion, que ambos son uno, no son piedras inanimadas, ni edificaciones insensatas, sino un animal racional, fundamentos y piedras vivas de gemas, y ciudadanos de santidad, y el dominio de Dios sobre sus domésticos es esta ciudad, que por el sentido de su bienaventuranza y la confesión de su proclamación es convocada a la alabanza.

641 3. La felicidad y seguridad de la vida eterna.---Y el profeta añadió la causa de la alabanza, VERS. 13 y 14: Porque ha fortalecido los cerrojos de tus puertas, ha bendecido a tus hijos en ti. Él ha puesto paz en tus fronteras, y te sacia con lo mejor del trigo. Esta es la herencia de la tierra bienaventurada que el Señor prometió a los mansos en el Evangelio, diciendo: Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra (Mat. V, 4). En muchos lugares, los profetas han anunciado el tiempo de esta bienaventuranza y la firmeza de esta ciudad eterna: cuyas puertas y cerrojos están tan fortalecidos que permanece impenetrable, inaccesible e indisoluble para nuestros adversarios y enemigos de las virtudes; no necesita de nada para la sustancia del cuerpo y del alma, firme en la eternidad, bendecida en sus habitantes, con voluntad pacífica, abundante en sustancia de vida.

4. La rapidez de la Palabra de Dios para construir la ciudad de Dios.---Pero a esta predicación de Dios también se añade aquello, VERS. 15: Él envía su palabra a la tierra; su palabra corre velozmente. La predicación del reino de Dios no fue una operación lenta; sino que recorrió toda la tierra con incansable movilidad y rapidez. ¿Dónde no salió inmediatamente, cuando el Señor mostró la gloria de su reino en su cuerpo nacido, el curso de la doctrina apostólica y profética? Pues por este rápido recorrido comenzó la edificación de esta bienaventurada ciudad, que, al escuchar las riquezas de su abundancia, se construye diariamente en todas partes con piedras vivas de los fieles, hasta que se alcanza la plenitud de su morada, cuyo veloz mensaje ha precedido en la congregación de todos desde las cuatro partes del mundo, nuevamente para congregar esta ciudad del reino bienaventurado en la asamblea de la plenitud consumada.

5. En el camino de la vida, el trabajo es arduo, pero transitorio.---Pero también se conecta otra predicación, VERS. 16-18: El que da la nieve como lana, esparce la niebla como ceniza. Envía su cristal como bocados, ¿quién podrá resistir ante el rostro de su frío? Enviará su

palabra, y los derretirá; soplará su espíritu, y correrán las aguas. El camino de la vida, como dice el Señor en los Evangelios, es angosto y lleno de tribulaciones (Mat. VII, 14); y no se avanza por este camino hacia el reino de los cielos sino a través de grandes dificultades y molestias. Esto debe entenderse como dicho sobre las molestias de este siglo; pues a través de las presentes aflicciones se accede al descanso eterno. Y aunque por los trabajos de las cosas presentes, como por una cierta violencia del invierno más áspero, seamos quemados; sin embargo, después de los rigores de estas amarguras presentes, cuando Dios las disuelva, descansaremos en paz, tranquilidad y serenidad. Según el dicho profético y la costumbre alegórica, ahora en la nieve, la niebla y el cristal, que por su naturaleza queman y mortifican, se debe creer que se significa el frío nocturno de las molestias, calamidades y dolores seculares que nos afectan. Este mismo profeta sabe que el participante de esta ciudad bienaventurada ya no será quemado por este frío de la injuria secular, diciendo: De día el sol no te quemará, ni la luna de noche (Sal. CXX, 6). Pues todas estas cosas, por las cuales somos quemados por las calamidades presentes, se disuelven nuevamente por la bondad de Dios. La nieve, al caer con la suavidad de la lana, cubriendo todo, lo retiene dentro de sí: la escarcha también, esparcida como ceniza de niebla descendente, constriñe: el cristal, endurecido más allá de la costumbre del granizo y solidificado en fragmentos, tiene en sí tanto ímpetu como rigor. Y si estas cosas permanecieran para siempre, ¿no se secarían siempre todas las cosas quemadas por su frío? ¿Quién podría soportar calamidades corporales eternas e incesantes, si la serie de nuestro mal se prolongara eternamente?

6. Felicidad eterna.---Pero, disueltas las debilidades del cuerpo, el tiempo de este reino bienaventurado es eterno, donde no hay que llorar, no hay que sufrir, no hay que caer por el cambio de la concupiscencia corporal: sino que se vive en aquellas cosas que, dice, el ojo no vio, y el oído no oyó, y no subieron al corazón del hombre (I Cor. II, 8).

Cesa en los bienes futuros de la inteligencia el oído y la vista: ni se somete a la vista, ni se capta por el oído, ni se percibe con la mente, cualquier cosa que se prometa a los Bienaventurados eternos como bienaventuranza eterna. Se disolverán, por tanto, todas estas frialdades de nieve, escarcha y cristal, como por un soplo cálido, cuando después de estos rigores de la noche secular, aquellos tiempos del reino eterno el espíritu de Dios los templará en una única e inmutable tranquilidad.

7. El verdadero Jacob: sus prerrogativas.---Y para que bajo el frío de la nieve, la niebla y el cristal, que sería intolerable si permaneciera, conociéramos que el espíritu de Dios, al disolverlo en deliquio, significaba aquella bienaventurada templanza del reino eterno para el pueblo eterno; el Profeta concluyó el salmo con esta confesión: ¿Quién podrá resistir ante el frío de su presencia? Enviará su palabra, y los derretirá; soplará su espíritu, y correrán las aguas. VERS. 19 y 20. Él anuncia su palabra a Jacob, sus justicias y sus juicios a Israel. No hizo tal con ninguna otra nación, y sus juicios no los manifestó a ellas. Esta es la voluntad peculiar de Dios en Jacob e Israel: no en aquel Israel ni en aquel Jacob, que abrazan este nombre corporal como consuelo de una estirpe noble en sí mismos; sino en aquel Jacob, que suplantó al primero, que compró la primogenitura con la esperanza de la eternidad, a quien se le dio el sobrenombre de Israel por ver a Dios, que es él mismo Jerusalén y ciudad de paz, que edificado sobre la roca de la fe, con los cerrojos de las puertas asegurados, obtendrá las puertas más fuertes del infierno, que se congrega en la palabra de Dios, que no carece de nada, que no se quema con el frío del rigor secular: sino que, disuelto todo, y liberado por el espíritu de Dios, gozará de la templanza de la serenidad eterna. A él se le pronuncia esta palabra, él espera estas justicias y juicios de Dios a través de la inteligencia espiritual. Ninguna otra nación es partícipe de este bien, ni la infidelidad irreligiosa conoce esta gloria

del juicio. Porque vino a los suyos, y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan 1, 11 y 12) nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXLVIII.

Aleluya.

Alabad al Señor desde los cielos, alabadlo en las alturas. Alabadlo, todos sus ángeles; alabadlo, todas sus virtudes. Alabadlo, sol y luna; alabadlo, todas las estrellas y la luz; alabadlo, cielos de los cielos, y aguas que están sobre los cielos, alaben (Infra, el agua que está sobre los cielos alabe) el nombre del Señor. Porque él habló, y fueron hechas; él mandó, y fueron creadas. Las estableció para siempre (Infra, y las estableció por los siglos) y por los siglos de los siglos: puso un precepto, y no pasará. Alabad al Señor desde la tierra, dragones y todos los abismos. Fuego, granizo, nieve, hielo, espíritu de tormentas, que cumplen su palabra (Infra, cristal, espíritu de tormenta que cumplen sus palabras), montes y todas las colinas, árboles frutales y todos los cedros, bestias y todos (Infra, todos) los ganados, serpientes y aves aladas, reyes de la tierra y todos los pueblos, príncipes y todos los jueces de la tierra, jóvenes y vírgenes, ancianos con los jóvenes alaben el nombre del Señor; porque exaltado es solo su nombre. Su gloria sobre el cielo y la tierra. Exaltó (Infra, y exaltó) el poder de su pueblo. Himno para todos sus santos, hijos de Israel, pueblo cercano a él.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Los tres salmos superiores, en los cuales la profecía nos llama a la alabanza del Señor, han seguido la distribución de nuestra bienaventurada esperanza en el mismo orden de sus colocaciones. El primero de ellos fue cantado por la esperanza de la eternidad y la expectativa del reino celestial. El segundo siguió por la edificación de la santa ciudad y la congregación de los santos, que se reúnen para la plenitud de esta santa ciudad. Este tercero ya es por la gratitud de la ciudad edificada, fundada en la paz eterna, y templada por el espíritu celestial después del ardiente y seco frío del siglo, y ha sido compuesto en este himno. Por lo tanto, el orden de la doctrina es el mismo que el de las cosas. Pues, según la predicación profética y apostólica, el orden de este bienaventurado reino y de la ciudad eterna está dispuesto en estos, en la transformación de la resurrección, en la congregación de los santos, en la residencia de los ciudadanos del Señor que se reúnen.

2. La bienaventuranza que toda criatura espera.---Después de esto, ya establecidos todos en la eterna bienaventuranza, el coro de las virtudes celestiales y potestades se reúne con el siguiente salmo para cantar las alabanzas de Dios: para que, al haber sido apartada la vanidad del mundo, toda criatura, liberada de los grandes trabajos de sus oficios y finalmente respirando en el reino bienaventurado de la eternidad, proclame a su Dios con alegría y tranquilidad, y ella misma, según el Apóstol, sea asumida en la gloria de la bienaventuranza eterna, cuando dice: Porque la creación misma espera con ansia la revelación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sometida a la vanidad, no por su voluntad, sino por causa de aquel que la sometió con esperanza: porque también la creación misma será liberada de la esclavitud de la corrupción, a la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom. VIII, 19 y ss.). De aquí, pues, surge el himno de la libertad concedida, ya que, liberada de la necesidad de sus oficios y antes sometida al servicio del uso humano, ahora conformada finalmente a la gloria de los hijos de Dios en la eterna bienaventuranza, los elementos de la creación descansan. De cuya bienaventuranza, según el apóstol Pedro, han sido retenidos por un largo

deseo, cuando dice: Estas cosas que ahora os han sido anunciadas, por aquellos que os evangelizaron con el Espíritu Santo enviado del cielo, en las cuales los ángeles desean mirar (I Pedro I, 12). Por lo tanto, la expectativa celestial es la bienaventuranza terrena (o, de los terrenales): y la transformación de nuestra corrupción demora a los elementos de las divinas creaciones, deseando contemplar esta esperanza de la predicación evangélica (es decir, los elementos), que recibirán su gloria de la conformación de nuestra gloria: la cual, ya alcanzada según la profecía del salmo, son convocados a la alabanza unánime de la bienaventuranza recibida.

3. El mundo no es fortuito, no es Dios. Ninguna parte del mundo debe ser venerada con honor divino.---VERS. 1-6. Alabad al Señor desde los cielos, alabadlo en las alturas. Alabadlo todos sus ángeles: alabadlo todas sus virtudes. Alabadlo sol y luna: alabadlo todas las estrellas y la luz. Alabadlo cielos de los cielos: y el agua que está sobre los cielos, alabe el nombre del Señor. Porque él mandó, y fueron creados; él habló, y fueron hechos; y los estableció para siempre y por los siglos de los siglos: puso un precepto, y no pasará. Con un discurso claro para la comprensión, el profeta exhorta a todas las virtudes celestiales a la alabanza, pero no sin una razón perfecta de doctrina. Primero, desvía este error de la ignorancia humana, por el cual algunos se han atrevido a opinar que este orden del mundo se reunió en sí mismo por encuentros fortuitos, y así, de la desordenación se estableció en orden; luego, que otros piensan que este mismo mundo es Dios, que se agita y se mueve a sí mismo, y se modera en un curso de razón medida hacia la temperatura anual; finalmente, que cada uno elige para sí mismo de estos elementos, ya sea el cielo, el sol, el agua, o el aire, a los cuales rinde honor divino con una religión vana e impía. Por lo tanto, excluyó todo error de ignorancia, diciendo: Porque él habló, y fueron hechos; él mandó, y fueron creados. Por lo tanto, no se admite aquí ningún encuentro fortuito, ninguna virtud de la naturaleza propia, ninguna sustancia de eternidad en sí misma, en estas cosas que se enseñan como creadas.

4. El Hijo asistió al Padre en la creación del mundo.---En esta afirmación también se enseña lo que el Génesis distinguió, los Evangelios testificaron y el Apóstol predicó: que todo fue hecho por mandato de Dios, no existiendo por sí mismo, como si esa misma materia tuviera una obediencia vital al ser ordenada a existir y subsistir, sino que todo fue creado por mandato, y fue dicho por aquel que ordenaba que se hicieran. Así lo expresa el Génesis: Y dijo Dios... Y Dios hizo (Gén. I, 6 y 7). Y ahora el Profeta dice: Dijo, y fueron hechos. No se ordenó a sí mismo que se hicieran, sino que fueron hechos cuando lo dijo. Sin embargo, fueron hechos por aquel de quien el Evangelista testificó: Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho (Juan I, 3); y el Apóstol dice: Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación, porque en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles; sean Tronos, sean Dominaciones, sean Principados, sean Potestades, todo fue creado por él y para él (Colosenses I, 15 y 16). Y la Sabiduría habló de sí misma de esta manera: Yo estaba con él ordenándolo todo; él se regocijaba en mí, mientras se alegraba en el mundo perfecto (Prov. VIII, 30). Así cesa la ambigüedad de la inteligencia, y con la autoridad del Nuevo y del Antiguo Testamento, se confirma que el Hijo permanecía con el Padre antes de los siglos en el inicio de la creación del mundo.

5. Las criaturas no disolubles son invitadas a la alabanza de Dios. Que no se disolverán, lo deben al mandato de Dios, no a su propia naturaleza. El profeta también añadió otra razón para la alabanza: Porque él dijo, y fueron hechas; él mandó, y fueron creadas; las estableció para siempre. Pues permanecen, habiendo sido creadas de la nada, y deben al Creador la gracia de su existencia, sintiendo su bondad y poder, por quien comenzaron a sentir que

viven. Viven de tal manera que permanecen para siempre, y, según el Apóstol, esperan la revelación de los hijos de Dios, para ser liberadas del servicio de la corrupción a la gloria conforme a ellos. Sin embargo, es de notar que, entre estas criaturas establecidas para siempre, ni el cielo llamado firmamento ni la tierra llamada seca fueron enumerados: porque también en los Profetas se dice: He aquí que yo hago un cielo nuevo y una tierra nueva (Isaías 65, 17), y el Señor en el Evangelio dijo: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mateo 24, 35): de los cuales no es este el lugar para hablar. Solo recordamos esto como advertencia, que no se han contado las creaciones disolubles para la alabanza de Dios, sino aquellas que están constituidas en la sustancia de la eternidad. Y para que no se crea que el permanecer para siempre es natural para ellas por la bienaventuranza de su sustancia, añadió: Puso un precepto, y no pasará: para que entiendan que lo que son, es decir, que permanezcan para siempre, no es por su naturaleza, sino por el precepto de aquel que es capaz de conferir la naturaleza de la eternidad a las cosas creadas de la nada. Pues no pasará el precepto, es decir, no habrá fin para su mandato: porque permanecen para siempre, a quienes la Virtud de la eternidad les ha concedido la eternidad.

6. Que las cosas inanimadas alaben a Dios.---Después de esto, nuevamente se convoca a las cosas terrenales restantes a la alabanza, que aunque no todas son parte de la comunión de estos bienes celestiales y bienaventurados, en parte por un sentido irracional, en parte por una naturaleza inanimada, en parte por la ofensa de la impiedad; sin embargo, proclaman a Dios por el hecho de que tales cosas han sido instituidas, por la providencia de la institución que llevan en sí mismas. Pues dice así, VERS. 7-12: Alabad al Señor desde la tierra, dragones y todos los abismos. Fuego, granizo, nieve, cristal, viento de tempestad, que cumplen su palabra, montes y todas las colinas, árboles frutales y todos los cedros, bestias y todo el ganado, serpientes y aves aladas, reyes de la tierra y todos los pueblos, príncipes y todos los jueces de la tierra, jóvenes y vírgenes, ancianos con los jóvenes alaben el nombre del Señor. Todas las cosas entonan la alabanza de Dios, aunque algunas carezcan del sentido de alabanza; pero por el orden de la institución y la calidad de su creación, muestran la proclamación del Creador. Los dragones detenidos en la tierra, y muchos de ellos sumergidos en los abismos: para que nos contengan dentro del temor y la religión, mientras ellos, confinados dentro del abismo y la tierra, se preparan para las penas de nuestra impiedad. La naturaleza del fuego, la blancura de la nieve, el hielo del cristal, el viento de la tempestad, la altura de los montes, la distinción de las colinas, el fruto de los árboles, la variedad de las bestias, la utilidad del ganado, el impulso de las serpientes, el vuelo de las aves, el poder de los reyes, el servicio de los pueblos, la dignidad de los príncipes, la equidad de los jueces, las costumbres, estudios y virtudes de todas las edades y sexos; todas estas cosas, formadas, distinguidas, animadas y perfeccionadas para diversos e inefables usos, alaban la providencia del Creador. Y de aquellas cosas que son inanimadas o irracionales, muestra cuál sería su alabanza, diciendo: Que cumplen su palabra: para que, por el hecho de que han sido constituidas en este orden de sus oficios, testifiquen la proclamación de aquel por quien han sido así instituidas.

7. Racionales que por causa de alabar a Dios. Sede del reino bienaventurado.---A los reyes y a los demás, como partícipes de la razón, se les ha propuesto esta causa de alabanza, VERS. 13: Porque exaltado es su nombre solo, su confesión sobre el cielo y la tierra. Y en verdad, Dios es digno de alabanza por la constitución de reyes, pueblos, príncipes, jueces y de todas las edades, porque (ms. quo) contiene el curso de la vida humana con tal regulación de diversos oficios. Sin embargo, porque toda alabanza superior muestra el tiempo de aquel reino bienaventurado: añadió esta causa de alabanza, porque exaltado es su nombre solo. Entonces, Dios es único, incluso para los que no quieren, y es comprendido y visto, con el

diablo atado, y sus ángeles destinados con él al castigo del fuego eterno, y con todo poder de las maldades espirituales eliminado; cuando ya no haya pecado, ni muerte, ni este mundo terrenal. Dice, VERS. 14: Su confesión sobre el cielo y la tierra, y ha exaltado el cuerno de su pueblo: es decir, en aquella era de la ciudad bienaventurada, donde el Señor exaltará el cuerno de su pueblo, y le impartirá la incorruptibilidad, que se significa en el cuerno, por el honor de la inmortalidad. Entonces habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, cuando, disueltos estos presentes, aquellos nuevos y eternos sucedan. Por eso su confesión será sobre el cielo y la tierra: porque no en este siglo, ni en este aire, sino en los lugares superiores está constituida la sede de aquel reino bienaventurado.

8. El pueblo que se acerca, que ya está en el reino del Hijo, aún no en el reino del Padre. Y porque ese es el reino de los santos, por el cual, reinando el Señor, ascenderán al bienaventurado reino de Dios Padre; el profeta concluyó el salmo así: Himno a todos sus santos, hijos de Israel, pueblo que se acerca a Él. Este es el himno de todos los santos, que alaban a Dios, no como los demás reyes o príncipes o jueces, por la admiración de la virtud y la confesión, sino por el gozo de la bienaventuranza consumada en ellos y la gratitud de los que cantan: los santos, es decir, que son hijos de Israel, acercándose a Dios; no aquellos de los que se dijo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Mat. XV, 8); sino aquellos que merecerán escuchar, El Señor está cerca de todos los que lo invocan (Sal. CXLIV, 18). Por lo tanto, este himno es propio de aquellos que se acercarán a Dios, quienes, por esto, el reino bienaventurado de la Jerusalén santa, cercano al reino eterno, después del reino del Señor Jesucristo, pasarán al reino de Dios Padre, congregando el Señor, como dice el Apóstol: Cuando entregue el reino a Dios Padre, cuando haya destruido todo principado, toda potestad y toda fuerza. Porque es necesario que Él reine hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. Porque una vez que todo esté sujeto bajo sus pies, la última en ser destruida será la muerte. Cuando diga: Todo está sujeto, excepto aquel que le sujetó todo, entonces Él mismo estará sujeto a aquel que le sujetó todo, para que Dios sea todo en todos (1 Cor. XV, 24 y ss.). Este, por lo tanto, es el pueblo que se acerca al reino de Dios Padre, cercano por el reino del Hijo de Dios. Reina, pues, el Señor, para entregar el reino a Dios Padre; no para carecer del poder del reino, sino para entregarnos a nosotros, que somos su reino, a Dios Padre en el reino. La entrega del reino es nuestro avance; para que, estando en el reino del Hijo, también estemos en el reino del Padre: dignos por ello del reino del Padre, porque seremos dignos del reino del Hijo; cercanos entonces al reino del Padre, cuando estemos en el reino del Hijo: que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 149.

Aleluya.

Cantad al Señor un cántico nuevo, su alabanza en la asamblea de los santos. Alégrese Israel en su Creador, y los hijos de Sión se regocijen en su rey. Alaben su nombre con danzas, cántenle con tamboril y cítara. Porque el Señor se complace en su pueblo: exalta a los humildes con salvación. Los santos se alegrarán en la gloria: se regocijarán en sus lechos. Las alabanzas de Dios estarán en sus gargantas, y una espada de dos filos en sus manos, para ejecutar venganza entre las naciones, reprensiones entre los pueblos. Para atar a sus reyes con cadenas y a sus nobles con grilletes de hierro. Para ejecutar en ellos el juicio escrito: esta es la gloria de todos sus santos.

1. Recapitulación del salmo anterior.---El salmo anterior exhortó a toda la diversidad de las creaciones a alabar al Dios creador: y comenzando con el orden celestial, recorrió todos los seres de la tierra, el mar y el aire, recordando a cada género de edades, sexos y potestades el honor de la debida confesión, para que un piadoso discurso de gratitud celebrara la gloria de aquel que les dio vida, los fortaleció y adornó. Después de que, como era digno, el Profeta al final de este salmo cumpliera con el deber propio de su oficio, habiendo exhortado a todos a la alabanza divina, mostró que el himno es solo de sus santos, es decir, de los hijos de Israel, el pueblo que se haría cercano a Dios; de modo que, aunque toda la humanidad alabó a Dios desde el sentido y gratitud de su vida, Israel, sin embargo, apropiándose de él solo, cantara un himno desde la familiaridad del conocimiento y dignación divina. Después de esto, ahora somos incitados a cantar un cántico nuevo a Dios. Y tal vez se crea que el salmo anterior no dejó nada más de novedad y admiración, ya que cualquier cosa que esté en nuestro sentido de gratitud debe estar prescrita en la alabanza. Sin embargo, nuestra mente no es suficiente para elevarse más allá de la sede celestial: pero se nos recuerda alabar a Dios con aquellas cosas que están por encima de los cielos. De nuevo, nuestra opinión no puede extenderse más allá de la inmensidad del abismo de nuestra inteligencia: pero aquellas cosas que están en estos son convocadas al oficio de la alabanza. Ahora bien, esa misma naturaleza del aire en el granizo, la nieve, el cristal y el espíritu de la tormenta son ordenados a cantar la gloria de tan grande alabanza. Luego, toda la humanidad en sus reyes, príncipes, jueces, en toda la flor de la edad o en la madurez de la vejez, es mandada a cantar la alabanza de Dios; porque todas estas cosas permanecen y fluyen en un curso imperturbable y moderado, así ordenadas por la ley de su naturaleza, que no les es permitido apartarse de la constitución en la que fueron creadas.

2. Que este sea su propio cántico nuevo.---Puesto que, fuera de estos decretos divinos y celestiales, no parece habérsele concedido al hombre ningún conocimiento, ni alabanza del conocimiento; veamos a qué nuevo cántico somos llamados ahora, cuando se dice, VERS. 1: Cantad al Señor un cántico nuevo. Es ciertamente un cántico nuevo. Ya hemos mostrado la alegría de este nuevo cántico en los salmos anteriores, en los cuales se canta un cántico nuevo; cuando se muestra que el Señor reinará entre las naciones (Sal. XCV, 10), cuando Él mismo salvará con su diestra para la gloria del reino (Sal. XCVII, 1), cuando tomando su alma del infierno nos tomó con Él como reyes. Por lo tanto, este cántico nuevo es propio de sus santos. Pues sigue: Su alabanza en la Iglesia de los santos. VERS. 2 y 3. Alégrese Israel en aquel que lo hizo, y los hijos de Sión exulten sobre su rey: alaben su nombre en coro, con tamboril y salterio cántenle. Es decir, en aquel que según el cántico nuevo del salmo noventa y cinco reinará entre las naciones, y a quien en el siguiente cántico nuevo, en sus obras maravillosas, el Señor salvará con su diestra. Por tanto, sobre este rey se alegran Israel y los hijos de Sión, es decir, aquella Sión que es madre en los cielos, que es la ciudad de los primogénitos inscritos y de los ángeles que la frecuentan; y aquel Israel, que en espíritu no en letra (se sobreentiende: se alegre) y sobre quien está la paz de los Apóstoles (Gál. VI, 16). Estos hijos, que al recibir y confesar al rey se hicieron hijos de Dios, y aquellos que en el cuerpo reconocieron a Dios con los ojos de la mente, se alegrarán en coro, cantando con tamboril y salterio. Esta es la causa de la alegría en los tabernáculos de los justos, y en el canto de la sinfonía se escucha en el regreso del hijo penitente.

3. El hombre, al ser creado, agradó a Dios, pero al pecar, le desagradó; en Cristo, sin embargo, le complació plenamente. La razón específica de este nuevo cántico, después de la alabanza de las criaturas y los cánticos nuevos anteriores, se muestra diciendo en los VERS. 4 y 5: Porque el Señor se complace en su pueblo: exaltará a los mansos en la salvación. Los santos se regocijarán en la gloria. Todas las cosas, cuando fueron creadas, agradaron a Dios,

como lo atestigua el Génesis al decir: Y vio Dios que eran buenas (Gén. I, 31); pero sabemos que su beneplácito está en su pueblo. La creación del hombre es ciertamente buena, ya que obtuvo el principio de la creación según la semejanza y origen de Dios; pero, al ser moderada por el juicio inmutable de Dios según el cambio de la voluntad y el libre albedrío humano, cuando pecaron y actuaron de manera que requería arrepentimiento, Dios testificó que se arrepentía de haber hecho al hombre. Sin embargo, cuando aquellos mismos fueron reformados de la muerte a la vida, eliminada la queja del arrepentimiento, se muestra ya un afecto de beneplácito hacia ellos. Porque hemos sido reconciliados por el cuerpo y la sangre de Cristo, de enemigos a hijos de Dios, cuando nos prometió la reconciliación del eterno sacerdote con el sacramento de la impenitencia, como dice el Profeta: Juró el Señor, y no se arrepentirá, Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal. CIX, 4). Por lo tanto, es complaciente lo que se juró ser impenitente para él, quien reinando según el orden de Melquisedec, es decir, como rey y sacerdote de las naciones, primero trae salvación a los mansos, y luego esplendor a los santos que se regocijan sobre su rey.

4. Privilegios de los santos. Qué significa la garganta; qué la espada. El uso de las espadas de doble filo para los santos.---Pero después de la gloria de los santos, se debe entender qué sigue a la plenitud del cántico nuevo: Se alegrarán en sus lechos. VERS. 6. Las alabanzas de Dios en su garganta, y espadas de doble filo en sus manos. Ya no se regará el lecho con lágrimas, ni se lavará cada noche el lecho de aquellos que viven en este cuerpo mortal por la necesidad y el dolor del pecado. En sus lechos, los santos se alegrarán en gloria; y por eso las alabanzas de Dios estarán siempre en su garganta. A través del significado de la garganta, se manifiesta el afecto de la conciencia interna. Pero no solo en su garganta está la alabanza de Dios; sino que también sus manos estarán armadas con espadas de doble filo. Este conocimiento el rey concede a los hijos de Sion, para quienes, cantando con coros y panderos, están dispuestas la salvación, la gloria, la alegría, la exaltación y el poder. Pues se nos advierte en muchos lugares y en los siguientes que el poder se significa en la espada. ¿Por qué, entonces, las espadas de doble filo estarían en sus manos? El Profeta lo explicó de inmediato, diciendo, VERS. 7-9: Para ejecutar venganza en las naciones, reprensiones en los pueblos; para atar a sus reyes con cadenas, y a sus nobles con grilletes de hierro; para ejecutar en ellos el juicio escrito: esta es la gloria de todos sus santos. Este, por tanto, es el cántico nuevo cuando los humildes de la tierra y los atribulados de corazón son constituidos reyes sobre reyes, cuando aquellos considerados desechos del mundo y abortos de las naciones son la luz del mundo y vengadores de las naciones (I Cor. IV, 13). Porque las espadas de doble filo están en sus manos: porque a aquel santo en el Apocalipsis la espada de doble filo sale de su boca, ejerciendo juicio con poder por todas partes (Apoc. XIX, 15). Pues el Señor también vino a traer espada a la tierra (Mat. X, 34): y los santos, según el Apóstol, juzgarán al mundo, y en ellos será juzgado el mundo (I Cor. VI, 2). Porque se ha dicho, ¿o no sabéis que habéis de juzgar a los ángeles? Por ellos se ejecuta venganza en las naciones; porque Dios es en nosotros el de las venganzas. Luego se ejerce reprensión sobre los pueblos: porque fiel es el que dice: Te reprenderé, y pondré estas cosas delante de tu rostro (Sal. XLIX, 21). Pero el resultado de esta reprensión es que los reyes de las naciones y sus nobles sean atados con grilletes y cadenas. Porque atados de manos y pies, según los evangelios, son destinados a las tinieblas exteriores (Mat. XXII, 13). Y porque allí habrá llanto y crujir de dientes, se ejecutará el juicio escrito, que la ley había prescrito, que los Profetas habían anunciado, que toda palabra divina había testificado. Esto tiene mérito de fe, piedad, continencia, confesión: esto toma el don del desprecio del mundo, ser hecho rey de reyes, cuyos odios por el nombre de Cristo han sido soportados; ser atados los nobles, cuyos encarcelamientos y prisiones nos han encerrado; se tiene (o se tendrá) juicio escrito sobre ellos, cuyos espadas y poder han desatado su furia. Así, toda la gloria de los santos es de Dios, cuando después de estas

pasiones de la vida y del cuerpo ejercen poder. Así se cumple el himno del cántico nuevo, cuando después del oprobio de las naciones y los tormentos de los reyes, decretan el juicio escrito sobre las naciones y los reyes, para quienes el Señor Jesucristo es tanto unigénito Dios como Señor y rey, quien es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 150.

Alabad al Señor en su santuario; alabadle en el firmamento de su poder. Alabadle por sus proezas; alabadle conforme a la muchedumbre de su grandeza. Alabadle con el sonido de la trompeta; alabadle con el salterio y la cítara. Alabadle con el tamboril y la danza; alabadle con cuerdas y órgano. Alabadle con címbalos resonantes, alabadle con címbalos de júbilo; todo lo que respira alabe al Señor.

TRACTATUS DEL SALMO.

1. Salmos llenos de misterios. Por qué se distribuyen en tres grupos de cincuenta.---Hemos tratado a menudo que el libro de los salmos está lleno de grandes sacramentos de las cosas celestiales, ya sea porque la disposición de cada uno, en contra de la razón del tiempo y de los hechos, ha sido ordenada, numerada y dispuesta, o porque algunos encabezamientos se han asignado de manera diferente a como se contienen en los libros de los hebreos, o porque se presentan varios títulos donde no hay ninguno. Por lo tanto, dado que el volumen está organizado con un sentido de inteligencia superior más allá de la opinión literal, era necesario concluirlo con un final digno: para que, según la gloriosa perfección de nuestra esperanza, también el libro de tan gran Profeta se completara. En primer lugar, se distribuyó en ese número que debía completarse con el número tripartito de cincuenta, ya que en los hebreos el número no está conectado a cada uno, y muchos de sus salmos, para que no coincidiera aquí el número triple de cincuenta, están unidos. Por lo tanto, fue en los traductores un acto de inteligencia espiritual dividir esta serie acumulada y continua en muchos en un número: para que el orden y el número de todos los salmos, que en estos es el trescientos cincuenta, pudiera completarse (V. Prolog., n. 11); y que el mismo estado de todo el libro existiera aquí, que de la fe, como hemos tratado en el salmo cincuenta y el ciento, de los cuales uno, según los preceptos de la ley, después de los sábados de los sábados, abarcó la confesión del pecado y su remisión, y el otro, bajo la plenitud del mismo número, no comprendió la indulgencia del pecado, sino el fruto y el deber de la justicia. Después de lo cual, nuevamente edificada ya la ciudad de Dios para siempre, y con todos advertidos para su gratitud y alabanza, bajo el poder del mismo número, la esperanza de los santos se completó, ya renovados todos a la gloria y naturaleza espiritual: para que gradualmente se llegara a la comunión con Dios, cuando la remisión de los pecados mereciera la inocencia de vida y la constancia del juicio, y la inocencia de vida y la constancia del juicio tomaran la dignidad de la gloria espiritual. Y así todo, el bautismo, la resurrección, la transformación están contenidos, cuando la primera cincuentena de este libro nos regenera a la inocencia, la siguiente resurrección nos lleva al juicio de la inocencia, y la tercera nos establece en la naturaleza del espíritu y la alabanza. Pues después de los reyes atados con grilletes, y los nobles encadenados con esposas, el juicio de los santos está escrito, cuando en todos estos se ha establecido la gloria, sin embargo, esta consumación de la gloria misma ha seguido.

2. El salmo anterior nos llamó a alabar a Dios por la magnificencia de sus creaciones: pero después del himno del cántico nuevo, Dios no debe ser alabado solo por sus obras, sino alabado en sus santos, a quienes, después del juicio, ha colocado en la gloria de la eternidad y ha otorgado un honor celestial inmutable: por lo cual debe ser alabado como el fundamento

de su poder, porque ha traído el fundamento de la virtud eterna, al haber absorbido la muerte en la contienda, cuando la corrupción haya sido devorada por la incorruptibilidad. Y por eso, el fundamento de la virtud es seguido por la alabanza de los poderes, porque la inmortalidad ha consumido la muerte, otorgando lo que el ojo no vio, ni el corazón imaginó, ni el oído escuchó. (Cinco versos, con letras manuscritas faltantes, no pudieron ser leídos aquí.) . . . . . en los santos y para la alabanza . . . . . sus . . . . . Dios, según el Apóstol, nos bendijo con bendición espiritual en los celestiales antes de la constitución del mundo (Efesios I, 3) a cuya gloria de alabanza todos los oficios de voz y obras incitan con la diversidad de las moradas y su claridad. Por eso alabamos con címbalos bien sonoros: en címbalos de júbilo se perfecciona esta alabanza. Toda esta alabanza está en los santos, porque de ellos ha desterrado la corrupción de la carne y la sangre, porque han sido reformados a la imagen de su creador, porque han comenzado a ser conformes a la gloria del cuerpo de Dios, porque están llenos de toda la plenitud de Dios, porque aunque Dios es espíritu, no será ya la carne la que alabe a Dios, sino el espíritu.